



CLÁSICA MAIOR

La pequeña Dorrit

Charles Dickens



Lectulandia

La pequeña Dorrit

Charles Dickens

Traducción:
Ismael Attrache y Carmen Francí

ALBA

«Obra maestra entre las obras maestras», según George B. Shaw, esta novela nos revela no sólo al Dickens más cómico y triste, más exuberante y genial, sino a un implacable fustigador de los vicios del capitalismo. Coincidiendo con el bicentenario del nacimiento de Charles Dickens Alba publica una nueva traducción de *La pequeña Dorrit* a cargo de Carmen Francí e Ismael Attrache y en edición de lujo. Esta es, sin lugar a dudas, una de las mejores novelas de Dickens. Un compendio monumental de su destreza narrativa, de su ingenio cómico y de su talento inigualable para crear ambientes y personajes.

Lectulandia

Charles Dickens

La pequeña Dorrit

ePUB v1.0

Crubiera 02.03.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Little Dorrit*
Charles Dickens, 1855 a 1857.
Traducción: Ismael Attrache y Carmen Francí
Diseño portada: Alba Editorial, S.L.U.

Editor original: Crubiera (v1.0)
ePub base v2.1

El plan de trabajo de Dickens para esta novela indica que pensaba titularla, en principio, *Nobody's Fault* [Culpa de nadie]. Con el título de *La pequeña Dorrit* se publicó por entregas mensuales del 1 de diciembre de 1855 al 1 de junio de 1857, y este mismo año en forma de libro, en un volumen. Esta traducción se basa en el texto de la primera edición en un volumen.

He dedicado a esta historia muchas horas de trabajo a lo largo de dos años. Muy mal las habría empleado si no pudiera dejar que sus méritos y defectos, en conjunto, hablaran por sí mismos al lector. Pero del mismo modo que no deja de ser razonable suponer que he prestado una atención más constante a los hilos que la recorren que la que haya podido prestarles nadie en el curso de su publicación intermitente, también es razonable pedir que se contemple como una obra completa y con el dibujo terminado.

Si tuviera que disculparme por las ficciones exageradas relacionadas con los Barnacle y el Negociado de Circunloquios, buscaría en la experiencia común de cualquier inglés y no me atrevería a mencionar el hecho irrelevante de que yo mismo falté a los buenos modales en los tiempos de la guerra con Rusia y del Tribunal Militar de Chelsea^[1]. Si tuviera la osadía de defender a un personaje tan extravagante como el señor Merdle, insinuaría que está inspirado en la época de las acciones ferroviarias, en los tiempos de determinado banco irlandés y en un par de empresas más igualmente admirables. Si tuviera que alegar algo para atenuar la absurda fantasía de que a veces una mala intención se presenta como buena y de carácter religioso, señalaría la curiosa coincidencia que ha llegado a su clímax en estas páginas en los días del examen público de los anteriores directores de determinado Banco Real Británico. Pero me someto a juicio en todos estos asuntos, si fuera necesario, y aceptaré el testimonio (procedente de una autoridad contrastada) de que nada semejante ha sucedido nunca en este país.

Algunos de mis lectores podrían estar interesados en saber si sigue en pie alguna parte de la cárcel de Marshalsea^[2]. Lo cierto es que ni yo mismo lo sabía hasta el día 6 de este mes, en que fui a echar un vistazo. Encontré la parte delantera del patio, mencionado aquí con frecuencia, convertida en una mantequería, momento en que di casi por perdida la posibilidad de ver un solo ladrillo de la cárcel. Sin embargo, paseando por una callejuela adyacente, denominada «Angel Court en dirección a Bermondsey», llegué a Marshalsea Place, cuyas casas reconocí, no sólo como el gran bloque de la antigua prisión sino como las habitaciones que se pintaban en mi imaginación cuando me convertí en el biógrafo de la pequeña Dorrit. El niño más menudo que he visto en mi vida, que cargaba en brazos con el bebé más enorme que he visto jamás, me dio una inteligentísima explicación del lugar y sus antiguos usos con una exactitud casi total. No sé cómo lo sabía ese joven Newton (porque eso me pareció); era un cuarto de siglo demasiado joven para haberlo conocido por sí mismo. Señalé la ventana de la habitación donde había nacido la pequeña Dorrit y en la que

su padre vivió tanto tiempo y le pregunte cómo se llamaba el inquilino que ocupaba en ese momento el apartamento. Me dijo que Tom Pythick. Le pregunté que quién era ese Tom Pythick y me contestó que el tío de Joe Pythick.

Un poco más adelante encontré el muro más antiguo y más bajo que cerraba la parte interna de la cárcel, ahí donde no se metía a nadie salvo por mera fórmula. Así pues, quien vaya a Marshalsea Place, saliendo de Angel Court y de camino a Bermondsey, se encontrará con que sus pies pisan los mismos adoquines de la antigua cárcel de Marshalsea; verá el estrecho patio a izquierda y derecha, apenas cambiado, aunque los muros se rebajaron cuando el lugar quedó libre; distinguirá las habitaciones en las que vivían los deudores y se hallará entre la multitud de fantasmas de muchos años miserables.

En el prefacio de *Casa desolada* señalé que nunca había tenido tantos lectores. En el prefacio de mi siguiente obra, *La pequeña Dorrit*, debo repetir las mismas palabras. Agradezco profundamente el afecto y la confianza que ha surgido entre nosotros y añado a este prólogo, como añadí al anterior, ¡hasta pronto!

Londres, mayo de 1857

Dedicada a Clarkson Stanfield, R. A.,
de su dilecto amigo.

Libro primero

Pobreza

Un día, hace treinta años, un sol abrasador caía sobre Marsella.

Un sol ardiente en un implacable día de agosto no era algo extraordinario en el sur de Francia; no lo había sido hasta la fecha ni lo sería después. Nada en Marsella ni alrededor de Marsella había dejado de mirar el fiero cielo que, a su vez, todo lo había mirado, hasta tal punto que el hábito de mirar había llegado a generalizarse. La mirada inamovible de las casas blancas, de las paredes blancas, de las calles blancas, de los trechos de áridos caminos, de las colinas cuyo verdor se había agostado, se clavaba en los forasteros hasta sacarlos de quicio. Lo único que no miraba, ni inamovible ni enojado, eran las vides que se inclinaban con el peso de las uvas. Éstas, de vez en cuando, parpadeaban bajo un aire cálido que apenas agitaba las desmayadas hojas.

Ni el menor soplo de viento rizaba las aguas pestilentes del puerto o del bello mar abierto. La línea divisoria entre los dos colores, negro y azul, mostraba el punto que el mar puro jamás querría cruzar, y éste seguía tan inmóvil como el abominable estanque con el que nunca se mezclaba. Los botes sin toldo quemaban tanto que no se podían tocar; los barcos se abrasaban en los amarres; hacía meses que las piedras de los muelles no se enfriaban ni de noche ni de día. Hindúes, rusos, chinos, españoles, portugueses, ingleses, franceses, genoveses, napolitanos, venecianos, griegos, turcos, descendientes de todos los constructores de Babel, llegados a Marsella para comerciar, buscaban por igual la sombra y se refugiaban en el primer escondrijo de un mar demasiado azul para la vista y de un cielo purpúreo, en el que se engarzaba una gran gema.

Aquella mirada universal dañaba los ojos. En la lejana línea de la costa italiana, unas leves nubes de neblina que se alzaban lentamente por la evaporación del mar constituían el único alivio. A lo lejos, los caminos, bajo una capa de polvo, miraban desde las laderas, miraban desde la hondonada, miraban desde la llanura interminable. A lo lejos, las parras polvorientas que colgaban de las casitas a la vera del camino y las monótonas hileras de árboles resecos y sin sombra desfallecían bajo la mirada de la tierra y el cielo. Así como los caballos de campanillas somnolientos, que, en largas filas de coches, reptaban lentamente tierra adentro; y como los carreteros tumbados cuando estaban despiertos, cosa que sucedía raras veces, y como los agotados labradores. La mirada oprimía a todos los seres vivos, excepto a la lagartija, que se deslizaba rápidamente por las rugosas paredes de piedra, y a la cigarra, que repetía su canto caliente y seco como una carraca. Incluso el polvo

parecía calcinado y algo temblaba en la atmósfera, como si el aire mismo jadeara.

Persianas, postigos, cortinas y toldos estaban cerrados y corridos para que no entrara esa mirada, a la que le bastaba una rendija o una cerradura para colarse, disparada como una flecha al rojo blanco. Sólo las iglesias, hasta cierto punto, conseguían librarse de ella. Salir de la penumbra de arcos y pilares —como en un sueño, salpicada de lámparas parpadeantes; como en un sueño, poblada de sombras viejas y deformes que dormitaban piadosamente, escupían y mendigaban— era sumergirse en un río de fuego y nadar hasta la zona de sombra más próxima para salvar la vida. Así, con sus gentes echadas, allí donde hubiera una sombra, con un leve rumor de conversaciones o ladridos y la ocasional nota discordante de las campanas de una iglesia o el redoble de fieros tambores, Marsella, llena de olores y sabores, se abrasaba cierto día bajo el sol.

En esas fechas, había en Marsella una cárcel espantosa. En uno de sus calabozos, lugar tan repugnante que incluso la mirada invasora lo rehuía y sólo lo iluminaban las heces de la luz, había dos hombres. Además de los dos hombres, había también un banco deteriorado y con muescas, sujeto a la pared, en el que se veía un damero toscamente tallado con un cuchillo, una serie de fichas hechas con botones viejos y huesos encontrados en la sopa, un juego de piezas de dominó, dos esteras y dos o tres botellas de vino. Eso era cuanto albergaba la celda, fuera de las ratas y otras alimañas invisibles a simple vista, y de las otras dos alimañas visibles, los dos hombres.

La escasa luz entraba por la cuadrícula de barras de hierro de una ventana bastante grande a través de la cual era posible inspeccionar la celda desde la lúgubre escalera a la que ésta daba. A media altura, la reja se hundía en un amplio antepecho de piedra. Sobre éste se hallaba uno de los dos hombres, medio sentado, medio acostado, con las rodillas dobladas y los pies y los hombros apoyados a cada lado de la abertura. Los barrotes estaban lo bastante separados para permitir que introdujera el brazo hasta el codo; y así lo hacía con un gesto indolente para mayor comodidad.

El hálito de la cárcel lo impregnaba todo. El aire preso, la luz presa, la humedad presa, los hombres presos, todo estaba deteriorado por el confinamiento. Si los cautivos estaban demacrados y macilentos, del mismo modo el hierro estaba oxidado; la piedra, mohosa; la madera, podrida; el aire era escaso; la luz, débil. Como un pozo, como un sótano, como una tumba, la cárcel ignoraba por completo el resplandor exterior; y aquella atmósfera corrupta habría sido la misma aunque se hubiera encontrado en alguna isla de especias del océano Índico.

El hombre del antepecho tenía incluso frío. Se arropó con la capa con un impaciente movimiento del hombro y gruñó:

—¡Maldito sol que nunca entra!

Estaba esperando que le llevaran la comida y miraba de soslayo a través de los barrotes para poder distinguir mejor las escaleras, con una expresión muy similar a la

de una bestia salvaje en situación semejante. Pero sus ojos, demasiado juntos, carecían de la nobleza que caracteriza al rey de las fieras, y parecían más astutos que inteligentes: armas afiladas y tan pequeñas que a duras penas podían revelar sus pensamientos. Carecían de profundidad o de expresión; brillaban, se abrían y cerraban. Fuera cual fuere el uso que el preso les diera, cualquier relojero podría haber fabricado unos mejores. Tenía la nariz aguileña, hermosa en su género, pero demasiado alta, de la misma manera que sus ojos estaban demasiado juntos. Por lo demás, era alto y corpulento, tenía los labios finos, ahí donde el bigote permitía verlos, y una buena cantidad de cabello reseco de color indefinible, por su estado de abandono, en el que se adivinaban hebras rojizas. La mano con la que sujetaba la reja (con el dorso lleno de costurones recientes) era insólitamente pequeña y rolliza; habría sido también insólitamente blanca de no haber sido por la mugre de la cárcel.

El otro hombre estaba echado sobre el suelo de piedra, cubierto con una tosca chaqueta marrón.

—¡Levántate, cerdo! —gruñó el primero—. No quiero que duermas cuando tengo hambre.

—Para mí es lo mismo, capitán —dijo el cerdo con aire sumiso, no desprovisto de satisfacción—. Me despierto cuando quiero y me duermo a voluntad. Tanto me da.

Mientras decía estas palabras se puso en pie, se sacudió, se rascó, anudó por las mangas y en torno al cuello la chaqueta marrón (que había utilizado como manta) y se sentó en el suelo bostezando, con la espalda apoyada en la pared de enfrente de la reja.

—Dime qué hora es —gruñó el primer hombre.

—Las campanas de mediodía tocarán... dentro de cuarenta minutos. —Durante la breve pausa había mirado a un lado y otro como si buscara alguna información.

—Eres un reloj, ¿cómo es posible que siempre lo sepas?

—¡Y yo qué sé! Siempre sé qué hora es y dónde estoy. Me trajeron aquí de noche y en barco, pero sé dónde estoy. ¡Mire! Esto es el puerto de Marsella —se arrodilló y empezó a trazar un mapa en el suelo con su índice moreno—. Esto es Tolón, donde están las galeras, España cae por aquí, Argel allá. Moviéndonos un poco hacia la izquierda, Niza. Más allá de la Cornisa está Génova. El malecón y el puerto de Génova. La zona de cuarentena. Aquí, la ciudad; los jardines en terraza llenos de flores de belladona. Aquí, Porto Fino; saliendo un poco, Liorna. Y en otro cabo, Civitavecchia. Y más abajo... vaya, no me cabe Nápoles —había llegado hasta la pared—. Pero da lo mismo, ¡está aquí!

Siguió de rodillas, contemplando a su compañero de celda con una mirada un tanto alegre para una cárcel. Era un hombre curtido, rápido, ágil, menudo aunque recio. Pendientes en las orejas morenas, dientes blancos que iluminaban un rostro moreno y tan feo que resultaba grotesco, vello intensamente negro en torno a la

morena garganta, una camisa roja, ajada y abierta sobre un pecho moreno. Pantalones anchos de marinero, calzado decoroso, un gorro rojo y largo y una faja roja a la cintura que sujetaba un cuchillo.

—¡Y ahora vuelvo de Nápoles por el mismo camino! Mire, capitán. Civitavecchia, Livorno, Porto Fino, Génova, la Cornisa, las afueras de Niza (que está aquí), Marsella, usted y yo. Aquí está la habitación del carcelero y sus llaves ahí, donde he puesto el pulgar; y aquí, donde está mi muñeca, guardan en su estuche la navaja nacional... la guillotina.

El otro hombre escupió súbitamente en el suelo y carraspeó.

Inmediatamente después, carraspeó también una cerradura en un piso inferior y se oyó un portazo. Empezaron a subir las escaleras unos pasos lentos y ese ruido se mezcló con el parloteo de una dulce vocecita; el guardián apareció con su hija, una niña de tres o cuatro años, y un cesto.

—¿Qué tal va el mundo esta tarde, caballeros? Aquí está mi hijita, de ronda conmigo. Quiere echar un vistazo a los pájaros de su padre. ¡Hete aquí unos pajaritos! ¡Mira los pajaritos, nena, mira los pajaritos!

Dirigió a tales pájaros una mirada penetrante mientras acercaba la niña a la reja, especialmente al pájaro más pequeño, cuya actividad parecía inspirarle desconfianza.

—Le traigo su pan, *signor* Giovanni Baptista —dijo el hombre (hablaban en francés, pero el hombrecillo era italiano)—; y permítanme recomendarles que no jueguen...

—¡Al capitán no se le dan consejos! —dijo Giovanni Baptista, mostrando los dientes al sonreír.

—¡Ah, pero el capitán gana y usted pierde! —replicó el carcelero mirando de reojo sin especial agrado al otro hombre—. Éste es otro asunto. Usted tiene pan rústico y bebida amarga; y él tiene salchichas de Lyon, ternera en sabrosa gelatina, pan blanco, queso *strachino* y buen vino. ¡Mira los pájaros, mi vida!

—¡Pobres pájaros! —dijo la niña.

La linda carita, que mostraba una compasión divina mientras atisbaba a través de la reja con expresión asustada, era como la de un ángel en aquella cárcel. Giovanni Baptista se levantó y se acercó a ella, como arrastrado por una poderosa atracción. El otro pájaro no se inmutó, aunque miraba con impaciencia el cesto.

—¡Quieto! —dijo el carcelero, subiendo a la niña al alféizar exterior de la reja—. La niña dará de comer a los pájaros. Esta rebanada grande es para el *signor* Giovanni Baptista. Tenemos que partirla para meterla en la jaula. ¡Mira, un pájaro domesticado que besará la manita! Esta salchicha envuelta en una hoja de parra es para *monsieur* Rigaud. Esta ternera en sabrosa gelatina también es para *monsieur* Rigaud. Y estas tres rebanaditas de pan blanco también son para *monsieur* Rigaud. Y este queso y este vino y este tabaco también son para *monsieur* Rigaud. ¡Un pájaro con suerte!

La niña pasó todas esas cosas por los barrotes y las depositó con temor evidente en la mano suave, fina y bien formada; y en más de una ocasión retiró la suya y miró al hombre con el lindo ceño fruncido en una expresión entre temerosa e irritada. En cambio, había puesto con confianza instantánea el mendrugo de pan tosco en las manos morenas, escamosas y encallecidas de Giovanni Baptista (cuyas diez uñas, sumadas, apenas igualarían en tamaño a una sola de *monsieur* Rigaud), y, cuando éste le había besado la mano, la había deslizado por el rostro del hombre en una caricia. *Monsieur* Rigaud, indiferente a esta distinción, se ganaba la simpatía del padre riendo y asintiendo a la niña a cada cosa que le daba; y, en cuanto tuvo todas sus viandas convenientemente dispuestas en los diversos rincones del alféizar en el que estaba sentado, empezó a comer con apetito.

Cuando *monsieur* Rigaud se echaba a reír, en su rostro se operaba un cambio que resultaba más llamativo que agradable. El bigote ascendía bajo la nariz y la nariz descendía sobre el bigote en una expresión siniestra y cruel.

—¡Ya está! —dijo el carcelero dando la vuelta al cesto para sacudir las migas—: ya he gastado todo el dinero que he recibido; aquí está la nota y ya está hecho. *Monsieur* Rigaud, tal como esperaba ayer, el presidente del tribunal tendrá el placer de encontrarse con usted hoy mismo una hora después del mediodía.

—Para juzgarme, ¿eh? —dijo Rigaud, deteniéndose, cuchillo en mano, con un trozo de comida en la boca.

—Usted lo ha dicho. Para juzgarlo.

—¿Y no hay noticias de lo mío? —preguntó Giovanni Baptista, que había empezado a masticar su pan con aire satisfecho.

El carcelero se encogió de hombros.

—¡La Virgen! ¿Y voy a pasarme aquí toda la vida, compadre?

—¡Yo qué sé! —exclamó el carcelero dando media vuelta con vivacidad meridional y gesticulando con las dos manos y todos los dedos, como si estuviera amenazando con destrozarlo—. Amigo mío, ¿cómo voy a decirle yo cuánto tiempo va a pasar aquí? ¿Qué sé yo, Giovanni Baptista Cavalletto? ¡Así me caiga muerto! Por aquí tenemos algunos presos que no tienen tanta prisa en que los juzguen.

Al decir esto, pareció lanzar una mirada de soslayo a *monsieur* Rigaud; pero éste había vuelto a comer, si bien no con tanto apetito como antes.

—*Adieu*, pajaritos —dijo el guardián de la cárcel cogiendo a su linda hija en brazos y dictándole estas palabras con un beso.

—¡*Adieu*, pajaritos! —repitió la nena.

Su rostro inocente los miró con una expresión tan alegre por encima del hombro de su padre mientras éste se la llevaba cantándole la canción de un juego infantil:

¿Quién anda tan tarde por la calle?
Compagnon de la Majoline!

¿Quién anda tan tarde por la calle?
¡Siempre va contento!

que Giovanni Baptista consideró cuestión de honor contestar desde la reja, con buena afinación y buen ritmo, aunque con voz un poco ronca:

De todos los caballeros del rey es el primero,
compagnon de la Majolaine.
De todos los caballeros del rey es el primero,
¡siempre va contento!

Canción que los acompañó por las cortas y empinadas escaleras, de tal modo que el carcelero tuvo que detenerse al fin para que su hijita la oyera hasta el final y repitiera el estribillo cuando ambos todavía estaban a la vista. Después desapareció la cabeza de la niña y la cabeza del carcelero desapareció también, pero la vocecita siguió cantando hasta que la puerta se cerró con un golpe.

Monsieur Rigaud tropezó en su camino con Giovanni Baptista, que todavía escuchaba los ecos antes de que se extinguieran (incluso los ecos parecían más lentos y debilitados en aquel encierro), y le recordó con un puntapié que debía volver a su oscuro rincón. El hombrecillo se sentó de nuevo en el suelo con la abandonada comodidad de quien está acostumbrado a ese tipo de asiento; y, tras colocarse delante los tres trozos de pan duro y atacar el cuarto, se dispuso a dar cuenta de ellos como si fuera un juego.

Tal vez echara un vistazo a la salchicha de Lyon y quizá mirara de reojo la ternera en sabrosa gelatina, pero no estuvieron ahí mucho tiempo esos manjares para hacerle la boca agua; *monsieur* Rigaud no tardó en liquidarlos a pesar del presidente y del tribunal, y a continuación se chupó los dedos hasta dejarlos tan limpios como pudo y se los secó con las hojas de parra. Después, mientras hacía un alto en la bebida para contemplar a su compañero de celda, su bigote se alzó y su nariz bajó.

—¿Qué tal está el pan?

—Un poco seco, pero aquí tengo mi propia salsa —contestó Giovanni Baptista, sosteniendo la navaja.

—¿Qué salsa?

—Puedo cortar el pan así... como si fuera melón. O así... como una tortilla. O así... como un pescado frito. O así... como una salchicha de Lyon —dijo Giovanni Baptista cortando los diversos trozos tal como indicaba y masticando con sobriedad lo que tenía en la boca.

—¡Toma! —exclamó *monsieur* Rigaud—. Bébetelo. Puedes terminártelo.

No era un gran regalo, ya que quedaba poco vino; pero el *signor* Cavalletto, poniéndose en pie de un brinco, cogió la botella con agradecimiento, se la llevó a la boca e hizo chasquear los labios.

—Pon la botella con las otras —dijo Rigaud.

El hombrecito obedeció la orden y se dispuso a encenderle una cerilla; Rigaud estaba ya liando unos cigarrillos con ayuda de los papelillos cuadrados que le habían traído con el tabaco.

—Ten, toma uno.

—Mil gracias, capitán —dijo Giovanni Baptista en su lengua y con la cortesía propia de sus compatriotas.

Monsieur Rigaud se irguió, encendió un cigarrillo, se guardó el resto del tabaco en un bolsillo del pecho y se tumbó cuan largo era en el banco. Cavalletto se sentó en el suelo sujetándose un tobillo con cada mano y fumando apaciblemente. Los ojos de *monsieur* Rigaud parecían sentirse incómodamente atraídos por la zona del suelo que el pulgar había señalado en el plano. De tal modo se le iban que el italiano, en más de una ocasión, le siguió la mirada hasta el suelo y de nuevo hasta él con cierta sorpresa.

—¡Maldito agujero! —dijo *monsieur* Rigaud, rompiendo una larga pausa—. ¡Mira la luz del día! ¿Del día? La luz de la semana pasada, de hace seis meses, de hace seis años, ¡una luz débil, muerta!

La luz entraba por una conducción cuadrada que cegaba una ventana situada en la pared de la escalera, a través de la cual no se veía el cielo... ni ninguna otra cosa.

—Cavalletto —dijo *monsieur* Rigaud, apartando repentinamente la vista de la conducción hacia la que ambos habían vuelto los ojos de modo involuntario—, ¿me tienes por un caballero?

—Claro, claro.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—En mi caso, mañana a las doce de la noche se cumplirán once semanas. En el suyo, a las cinco de esta tarde serán nueve semanas y tres días.

—¿He hecho algo alguna vez? ¿He tocado la escoba, he extendido las colchonetas o las he enrollado, he recogido las damas o las fichas del dominó o he hecho algún trabajo con las manos?

—¡Jamás!

—¿Has pensado alguna vez que yo podría llegar a hacer algún tipo de trabajo?

Giovanni Baptista contestó con el típico movimiento del índice derecho que es el gesto de negación más expresivo del lenguaje gestual de los italianos.

—¡No! Desde el momento en que me viste supiste que yo era un caballero, ¿verdad?

—*Altro!* —contestó Giovanni Baptista cerrando los ojos y moviendo la cabeza con vehemencia. Esta palabra, pronunciada con énfasis genovés, podía indicar confirmación, contradicción, afirmación, negación, insulto, cumplido, burla y cincuenta cosas más, pero en este caso concreto y con una vehemencia mucho más poderosa que cualquier expresión escrita en nuestra lengua familiar, quería decir:

«¡Por supuesto que lo creo!».

—¡Ajá! ¡Tienes razón! ¡Claro que soy un caballero! ¡Y como caballero viviré y como caballero moriré! ¡Tengo intención de ser un caballero, es justo lo que pretendo y pongo en práctica ahí donde voy, así me caiga muerto! —Se incorporó y se quedó sentado, y, con aire triunfante, exclamó—: ¡Aquí estoy! ¡Mírame! En compañía de un simple contrabandista por voluntad del destino, encerrado con un pobre bandido que no tiene los papeles en regla, al que la policía echó mano por poner su bote, como modo de cruzar la frontera, a disposición de otras personas sin importancia que tampoco tienen los papeles en regla; y que reconoce instintivamente mi posición, incluso con tan poca luz y en este lugar. ¡Bien hecho! ¡Seguro que gano en cualquier circunstancia!

De nuevo el bigote subió y la nariz bajó.

—¿Qué hora es ahora? —preguntó con una palidez y acaloramiento que difícilmente podía asociarse con la alegría.

—Media hora después de mediodía.

—¡Bien! El presidente no tardará en tener ante sí a un caballero. ¡Vamos! ¿Quieres que te diga de qué se me acusa? Será ahora o nunca, porque no voy a volver aquí. O me liberan o me preparan para el afeitado. Ya sabes dónde guardan la navaja.

El *signor* Cavalletto se quitó el cigarrillo de los labios entreabiertos y por un momento pareció más incómodo de lo que podría haberse esperado.

—Yo soy... —*monsieur* Rigaud se puso en pie para decirlo—, soy un caballero cosmopolita, no pertenezco a ningún país. Mi padre era suizo, del cantón de Vaud. Mi madre era francesa de origen, nacida en Inglaterra. Yo nací en Bélgica. Soy ciudadano del mundo.

El aire teatral, mientras hablaba con un brazo en la cadera entre los pliegues de la capa, y la manera con que parecía despreciar a su compañero tomando, en su lugar, a la pared como interlocutor, sugerían que estaba ensayando para actuar delante del presidente del tribunal ante el que iba a comparecer en breve en vez de estar molestándose en informar a un personaje tan insignificante como Giovanni Baptista Cavalletto.

—Pongamos que tengo treinta y cinco años de edad. He visto mundo, he vivido aquí y allá y en todas partes como un caballero. Me han tratado y respetado en todas partes como a un caballero. Si alguien tratara de alegar contra mí que he vivido de mi ingenio, le preguntaría: ¿cómo viven vuestros abogados? ¿Vuestros políticos? ¿Vuestros intrigantes? ¿Los hombres de las finanzas?

No dejaba de hacer gestos con la mano, como si ésta fuera un testigo de su condición de caballero que le hubiera prestado ya buenos servicios en ocasiones anteriores.

—Llegué a Marsella hace dos años. Reconozco que era pobre; había estado

enfermo. Cuando vuestros abogados, vuestros políticos, vuestros intrigantes, vuestros hombres de negocios se ponen enfermos y no han ahorrado dinero, caen en la pobreza. Me alojé en La Cruz de Oro, que entonces era propiedad de *monsieur* Henri Barronneau, el cual tendría unos sesenta y cinco años y mala salud. Viví en la casa varios meses cuando *monsieur* Barronneau tuvo la desgracia de morir —en cualquier caso, no tuvo nada de raro esa desgracia; esas cosas suceden con cierta frecuencia— sin ninguna colaboración por mi parte.

Giovanni Baptista se había fumado el cigarrillo hasta el extremo y *monsieur* Rigaud tuvo la magnanimidad de lanzarle otro. Encendió el segundo con la colilla del primero y se lo fumó mirando de refilón a su compañero; el cual, absorto en su caso, apenas lo miraba.

—*Monsieur* Barronneau dejó una viuda. Tenía veintidós años, fama de hermosa y, cosa que no siempre sucede, además lo era. Seguí viviendo en La Cruz de Oro y me casé con *madame* Barronneau. No me corresponde a mí decir si fue una unión desigual. Aquí estoy, mancillado por la cárcel, pero es posible que me considere usted más apto que el anterior marido.

Tenía cierto aire de ser un hombre guapo —cosa que no era— y cierto aire de hombre bien educado —cosa que tampoco era—. En realidad, era sólo un fanfarrón de aire desafiante; pero en este terreno, como en muchos otros, en medio mundo se acepta como prueba la afirmación de un bravucón.

—Sea como fuere, fui del gusto de *madame* Barronneau; espero que eso no vaya a perjudicarme...

En ese momento, su mirada se detuvo en Giovanni Baptista; el hombrecillo negó vivamente con la cabeza y repitió infinitas veces por lo bajo como si fuera un argumento: *altro, altro, altro, altro...*

—Y no tardaron en sobrevenir las dificultades de nuestra situación. Soy un hombre orgulloso. Nada diré en defensa del orgullo, pero soy orgulloso. También está en mi carácter el deseo de mandar. No puedo someterme, tengo que dirigir yo. Lamentablemente, los bienes de *madame* Rigaud estaban a su nombre, tal había sido la insensata decisión de su difunto marido. Más lamentablemente todavía, tenía parientes. Cuando los parientes de una mujer se interponen entre ésta y un marido que es un caballero, que es orgulloso y que tiene la necesidad de mandar, las consecuencias no llevan precisamente a la paz. Había también otra fuente de discordias entre nosotros. Por desgracia, *madame* Rigaud era un poco vulgar. Intenté corregir sus modales y mejorar su estilo en general, pero ella, con el apoyo de sus parientes, se lo tomó a mal. Empezamos a pelearnos y estas discusiones, propagadas y exageradas por las calumnias de los parientes de *madame* Rigaud, llegaron a oídos de los vecinos. Dijeron que maltrataba a *madame* Rigaud; quizá me vieran darle un bofetón, pero nada más. Tengo la mano ligera y, si se me ha visto corregir de ese

modo a *madame* Rigaud, sería poco más que un juego.

Si el carácter juguetón de *monsieur* Rigaud era lo que expresaba su sonrisa en aquel momento, bien podrían haber dicho los parientes de *madame* Rigaud que preferían que corrigiera en serio a la infortunada mujer.

—Soy sensible y valiente. No digo que sea un mérito ser sensible y valiente, pero tal es mi carácter. Si los parientes varones de *madame* Rigaud se hubieran manifestado abiertamente, yo habría sabido cómo tratarlos. Lo sabían y por ese motivo urdieron sus maquinaciones en secreto; como consecuencia, *madame* Rigaud y yo tuvimos enfrentamientos frecuentes y lamentables. Ni siquiera cuando yo quería una pequeña cantidad de dinero para mis gastos personales podía obtenerla sin enfrentamientos, ¡y eso tenía que sufrirlo un hombre de carácter dominante! Una noche, *madame* Rigaud y yo estábamos paseando amistosamente, diría que como enamorados, por un acantilado sobre el mar. Una mala estrella hizo que *madame* Rigaud aludiera a sus parientes; razoné con ella y le reproché la falta de fidelidad y devoción que manifestaba al dejarse influir por la celosa animosidad de éstos a su esposo. *Madame* Rigaud me replicó; yo le repliqué. *Madame* Rigaud se acaloró; me acaloré y la provoqué. Lo admito. La sinceridad también es rasgo de mi carácter. Finalmente, *madame* Rigaud, en un acceso de furia que siempre deploraré, se lanzó sobre mí con gritos de ira (sin duda, los que se oyeron a lo lejos), me destrozó la ropa, me tiró del pelo, me hirió las manos, pataleó y, por último, tropezó y se precipitó a la muerte sobre las rocas al pie del acantilado. Tal es la cadena de acontecimientos que la malevolencia ha tergiversado y según la cual yo había intentado convencer a mi mujer para que renunciara a sus derechos y, como ésta se negaba a acceder a mis peticiones, había discutido con ella... ¡y la había asesinado!

Dio un paso hacia la repisa en la que se encontraban las hojas de parra, cogió dos o tres y se limpió las manos, dando la espalda a la luz.

—Bueno —preguntó tras un silencio—, ¿no tienes nada que decir?

—Un caso feo —contestó el hombrecillo, que se había puesto en pie y estaba sacando brillo a la navaja con el zapato mientras apoyaba un brazo en la pared.

—¿Qué quieres decir?

Giovanni Baptista pulía la hoja en silencio.

—¿Quieres decir que no he presentado el caso debidamente?

—*Altro!* —contestó Giovanni Baptista. Ahora la palabra era una disculpa y quería decir: «¡De ningún modo!».

—Entonces, ¿qué?

—Los presidentes y los tribunales tienen tantos prejuicios...

—Bueno —exclamó el otro, echándose un extremo de la capa sobre el hombro con un juramento—: pues entonces, que hagan lo peor.

—Eso creo que harán —murmuró Giovanni Baptista para sí mientras inclinaba la

cabeza para meterse la navaja en la faja.

No dijeron nada más, aunque ambos empezaron a caminar de un lado a otro, lo que los obligaba a cruzarse a cada vuelta. *Monsieur* Rigaud se detenía de vez en cuando, como si fuera a presentar su caso de otro modo o a formular una protesta airada. Pero, como el *signor* Cavalletto seguía caminando de un lado para otro en un grotesco trotecillo, con los ojos bajos, esos gestos quedaron en mero conato.

Al poco, el ruido de la llave en la cerradura los detuvo a ambos. Se oyó luego ruido de voces y de pasos. La puerta se cerró con un golpe, las voces y los pies fueron subiendo mientras el carcelero ascendió lentamente por las escaleras seguido por una guardia de soldados.

—*Monsieur* Rigaud —dijo, deteniéndose un momento ante la reja con las llaves en la mano—, tenga la bondad de salir.

—Por lo que veo, me llevan con toda ceremonia.

—De no ser así —contestó el carcelero—, tal vez compareciera ante el tribunal tan maltrecho que sería difícil recomponerlo. Hay ahí fuera una multitud, *monsieur* Rigaud, que no le tiene el menor aprecio.

Desapareció de su vista y descorrió los cerrojos de una portezuela situada en el rincón de la celda.

—Venga —dijo al abrirla y aparecer por ella—, salga.

De todos los tonos del blanco existentes, ninguno se aproxima a la blancura del rostro de *monsieur* Rigaud en aquel momento, ni ningún rostro humano expresó jamás el terror como en aquel momento se manifestó en cada una de sus arrugas. Ambas cosas se comparan tradicionalmente con la muerte, pero la diferencia es tan enorme como la que existe entre lo más fiero de un combate y su resultado.

Encendió un cigarrillo con el de su compañero; se lo puso entre los dientes y lo apretó con fuerza; se cubrió la cabeza con un sombrero de fieltro de ala flexible; lanzó de nuevo el extremo de la capa sobre el hombro y salió a la galería lateral a la que daba la puerta sin volverse a mirar al *signor* Cavalletto. En cuanto al hambrecillo, éste había concentrado toda su atención en acercarse a la puerta y mirar por ella. Exactamente igual que un animal salvaje se acercaría a la puerta abierta de su jaula para contemplar la libertad, él dedicó aquellos breves momentos a atisbar el exterior hasta que la puerta se cerró de nuevo.

Al mando de los soldados se encontraba un oficial: un hombre profundamente tranquilo, recio y diligente que, con la espada desenvainada en la mano, fumaba un cigarro. Rápidamente, hizo que *monsieur* Rigaud se colocara en el centro del grupo, se puso al frente con consumada indiferencia, dio la orden de: «¡En marcha!» y bajaron todos por la escalera con un tintineo. La puerta restalló, giró la llave y fue como si hubiera pasado por la celda un rayo de luz insólita, una ráfaga insólita de aire, que se fueron desvaneciendo con la diminuta voluta de humo del cigarro.

Todavía en su cautiverio, como un animal inferior —como un mono impaciente o un oso menudo que anduviera sobre dos patas—, el preso, ahora solo, había saltado sobre el antepecho para no perderse ni un instante de esta marcha. Mientras seguía agarrado a la reja con ambas manos, un rugido llegó a sus oídos: gritos, alaridos, juramentos, amenazas, insultos, todo en uno, en una única descarga, como si fuera una tormenta.

El deseo de saber qué estaba pasando puso tan nervioso al preso que, en su inquietud, aún se asemejaba más a una bestia enjaulada; saltó ágilmente al suelo, corrió por la celda, saltó de nuevo, se agarró a la reja e intentó sacudirla, bajó de un salto y corrió, subió de un salto y escuchó, y no descansó hasta que el ruido, cada vez más lejano, dejó de oírse. Cuántos presos mejores que él se han consumido de este modo sin que nadie pensara en ellos, sin que lo supieran aquellos a quienes más querían; mientras los grandes reyes y gobernadores que los habían llevado al cautiverio desfilaban alegremente entre vítores bajo luz del sol. Incluso a estos grandes personajes que han muerto en la cama, con un final ejemplar y un sonoro discurso, ¡la historia, el más servil de sus instrumentos, los ha embalsamado!

Finalmente, Giovanni Baptista, que ahora ya podía elegir un lugar dentro de aquellas paredes para echarse a dormir a voluntad, se tumbó en el banco, con el rostro sobre los brazos cruzados, y se quedó dormido. En su sumisión, en su ligereza, en su buen humor, en sus arrebatos y en su facilidad para contentarse con pan duro y piedras duras, en su sueño rápido, en sus furiosos y sobresaltos, era un verdadero hijo de la tierra que lo había visto nacer.

La amplia mirada lo contempló todo durante un rato; el sol se puso con un glorioso esplendor rojo, verde y oro; las estrellas aparecieron en el cielo y las luciérnagas remedaron su brillo en la tierra, de la misma manera que los hombres imitan débilmente la bondad de un orden de cosas superior; las largas y polvorientas carreteras y las llanuras interminables descansaron; y se hizo un silencio tan profundo sobre el mar que éste apenas emitió un suspiro sobre el momento en que entregará a sus muertos.

—Hoy no se oyen alaridos como los de ayer, ¿verdad, señor?

—No he oído ninguno.

—Entonces, puede estar seguro de que no los hay. Cuando esta gente grita, grita para que la oigan.

—Como casi todo el mundo, imagino.

—Ah, pero esta gente siempre grita. Si no grita, no está contenta.

—¿Se refiere a los marselleses?

—Me refiero a los franceses. Siempre están gritando. Marsella ya sabemos cómo es. Ha dado al mundo el mayor canto a la insurrección jamás compuesto. No podría existir sin todo ese *allez* y *marchez* hacia un sitio u otro: a la victoria, a la muerte, al incendio o lo que sea.

El que así hablaba, con un frívolo buen humor, miraba, con el mayor desprecio por la ciudad, por encima del muro que hacía de parapeto; y, adoptando una posición decidida, con las manos en los bolsillos y jugueteando con las monedas que ahí tenía, apostrofó con una breve carcajada:

—*Allez y marchez*, claro que sí. ¡Sería más encomiable, me parece a mí, que permitieras que los demás *allerán* y *marcherán* a sus honrados negocios en vez de encerrarlos en una cuarentena!

—Bastante fatigosa —dijo el otro—, pero saldremos hoy.

—¡Saldremos hoy! —repitió el primero—. Que salgamos hoy agrava incluso el disparate. ¡Salir! ¿Y por qué nos metieron dentro?

—Me parece a mí que por ningún motivo importante, pero como venimos del este y en Oriente hay peste...

—¡Peste! —repitió el otro—. De eso me quejo, desde que llegué me siento apestado. Soy como un hombre cuerdo encerrado en un manicomio; no puedo soportar la sospecha. He llegado más sano que nunca, pero sospechar que tengo la peste es como contagiármela. La he tenido... y la tengo.

—Pues lleva usted muy bien la enfermedad, señor Meagles —dijo su interlocutor con una sonrisa.

—No, si conociera bien la situación sería la última observación que se le ocurriría. Me he despertado noche tras noche diciéndome: ya la tengo, ya la he contraído, ahora sí que se está desarrollando, ahora, con tantas precauciones, estos individuos han conseguido que la tenga. Vaya, si es que preferiría que me atravesaran con una aguja y me pincharan en un cartón para coleccionarme como un escarabajo

antes de tener que llevar la vida que he llevado aquí.

—Vamos, señor Meagles, no insista más, ahora que ha terminado —lo apremió una alegre voz femenina.

—¡Terminado! —repitió Meagles, que parecía encontrarse (aunque sin ningún resquemor) en ese especial estado de ánimo en que toda palabra que añade otra persona constituye una nueva ofensa—. ¡Terminado! ¿Y por qué no iba yo a decir nada más aunque todo haya terminado?

Era la señora Meagles quien se había dirigido al señor Meagles; y la señora Meagles era, como el señor Meagles, sana y atractiva, con un agradable rostro inglés que, tras observar durante más de cincuenta y cinco años objetos sencillos y cotidianos, había acabado convertida en un brillante reflejo de éstos.

—Nada, déjalo, déjalo, padre —dijo la señora Meagles—. Por el amor de Dios, consuélate con Tesoro.

—¿Con Tesoro? —repitió el señor Meagles, todavía ofendido. Tesoro, sin embargo, que estaba justo detrás de él, lo tocó en el hombro y el señor Meagles inmediatamente perdonó a Marsella en el fondo de su corazón.

Tesoro tendría unos veinte años. Era una joven hermosa con un espléndido cabello castaño que le caía suelto en rizos naturales. Una muchacha preciosa con un rostro franco y ojos espléndidos; tan grandes, tan tiernos, tan brillantes y tan bien situados en un rostro de expresión dulce. Era éste de líneas redondas, lozano, con hoyuelos, de expresión consentida, y tenía un aire de timidez y sumisión que constituía la mejor de las debilidades y le confería un encanto supremo del que una muchacha tan joven y agradable podría perfectamente haber prescindido.

—Y ahora le formularé una pregunta bien sencilla —dijo el señor Meagles con el tono más tierno y confidencial, dando un paso atrás y obligando a su hija a dar un paso hacia delante para que pudiera así ilustrar su argumento—, de hombre a hombre, ¿ha visto alguna tontería mayor que la de poner a Tesoro en cuarentena?

—En conclusión, ha hecho que la cuarentena fuera incluso agradable.

—Sin duda —dijo Meagles—, y le agradezco la observación. Oye, Tesoro, querida, será mejor que vayas con tu madre y te prepares para subir al barco. El funcionario de Sanidad y una serie de farsantes con sombreros de tres picos van a venir para dejarnos salir de aquí de una vez; y todos nosotros, los pájaros enjaulados, vamos a desayunar juntos de un modo más cristiano antes de volar a nuestros diferentes destinos. Tattycoram, no te alejes de la señorita.

Dijo esto dirigiéndose a una hermosa joven de ojos y cabello de un brillante color negro, muy pulcramente vestida, que contestó con una leve inclinación cuando se alejó tras la señora Meagles y Tesoro. Las tres cruzaron la explanada desnuda y agostada y desaparecieron por un arco blanco. El compañero del señor Meagles, un hombre de gesto grave y tez oscura, de unos cuarenta años, siguió contemplando el

arco después de que desaparecieran; hasta que el señor Meagles le dio unos golpecitos en el brazo.

—Usted perdone —dijo con un sobresalto.

—No hay de qué —contestó el señor Meagles.

Anduvieron en silencio de un lado a otro a la sombra de la pared para disfrutar, desde la altura en que estaban situados los barracones de la cuarentena, del escaso refresco de la brisa marina de las siete de la mañana. El acompañante del señor Meagles reanudó la conversación.

—¿Puedo preguntarle cómo se apellida...?

—¿Tattycoram? —le interrumpió Meagles—. No tengo la más remota idea.

—Pensaba que... —dijo el otro.

—¿Tattycoram? —sugirió de nuevo el señor Meagles.

—Gracias... Pensaba que Tattycoram era un apellido y algunas veces me ha llamado la atención por su rareza.

—Mire, lo que sucede es que la señora Meagles y yo somos personas prácticas —dijo el señor Meagles.

—Me lo han dicho ustedes con frecuencia en el curso de las agradables e interesantes conversaciones que hemos tenido caminando arriba y abajo por estas piedras —dijo con una media sonrisa en su rostro grave y oscuro.

—Somos prácticos. Por ese motivo, un día, hace cinco o seis años, cuando llevamos a Tesoro a la iglesia del hospicio... ¿ha oído hablar del hospicio de Londres? Es parecido a la institución para niños abandonados de París.

—Lo he visto.

—Pues bien, un día llevamos a Tesoro a esa iglesia a oír la música... porque, en nuestra condición de personas prácticas, nos tomamos muy en serio la tarea de enseñarle todo lo que nos parece que puede gustarle. Madre, que es como llamo habitualmente a la señora Meagles, se echó a llorar de tal modo que tuvimos que salir. «¿Qué te pasa, madre? —pregunté cuando ya habíamos conseguido calmarla un poco —: Estás asustando a Tesoro, querida». «Sí, ya lo sé, padre —dijo madre—. Pero es que la quiero tanto que se me ha ocurrido una idea». «¿Y qué idea se te ha ocurrido, madre?» «Oh, querido —exclamó madre, prorrumpiendo otra vez en sollozos—, cuando he visto a todos esos niños ordenados en filas, rogando por el padre que ninguno de ellos ha tenido en la tierra al gran Padre de todos nosotros en el Cielo, se me ha ocurrido pensar en si alguna desdichada madre habría ido alguna vez a mirar entre esas caritas, preguntándose cuál era la pobre criatura que había traído a este triste mundo, ¡para que no conociera nunca su amor, sus besos, su rostro, ni siquiera su nombre!» Eso fue una idea práctica de madre, y eso le dije. Dije: «Madre, eso es lo que yo llamo una idea práctica de las tuyas, querida».

Su interlocutor asintió, no sin emoción.

—Así que al día siguiente dije: mira, madre. Tengo que hacerte una propuesta que me parece que te gustará. Llevémonos a una de estas niñas para que sea la doncella de Tesoro. Somos prácticos. De modo que, si encontramos que su carácter tiene algún defecto o sus modales son muy distintos de los nuestros, sabremos encajarlo. Sabemos que tendremos que calcular una enorme diferencia respecto a todas las experiencias e influencias que nos han formado a nosotros: una niña sin padres, sin hermanos ni hermanas, familia propia ni zapatito de Cenicienta o Hada Madrina. Y así fue como encontramos a Tattycoram.

—¿Y el nombre?

—¡Vaya! —dijo el señor Meagles—. Me olvidaba del nombre. Caramba, en la institución la llamaban Harriet Bedel, un nombre elegido de modo arbitrario, claro. Así que de Harriet pasamos a Hattey y de ahí a Tatty porque, como personas prácticas que somos, pensamos que un mote afectuoso sería algo nuevo para ella y le parecería más cariñoso, ¿no cree usted? En cuanto al «Bedel», no es necesario decir que nos pareció totalmente innecesario. Si hay algo que no debe tolerarse es la imposición arbitraria de insolencias y absurdos por parte de la autoridad. Un bedel es una pequeña autoridad que, con chaleco, sobretodo y bastón, representa el apego de los ingleses por las tonterías, ¿ha visto un bedel últimamente?

—Dado que soy un inglés que acaba de pasar más de veinte años en China, pues no.

—En ese caso —dijo el señor Meagles, apoyando el índice sobre el pecho de su interlocutor con gran animación—, será mejor que tampoco lo vea ahora, si puede evitarlo. Cuando veo un bedel con todas sus galas bajando por la calle un domingo, al frente de una fila de chicos de una escuela de caridad, doy media vuelta y salgo corriendo para no pegarle. Descartado el apellido Bedel y dado que el creador de la institución para aquellos pobres expósitos fue una bendita criatura apellidada Coram, pusimos ese apellido a la pequeña doncella de Tesoro. En algunas ocasiones era Tatty, en otras era Coram, hasta que lo mezclamos y ahora la llamamos siempre Tattycoram.

—Su hija es la única que tienen, ya lo sé, señor Meagles —dijo su interlocutor después de ir y volver otra vez en silencio y detenerse unos momentos junto a una tapia para mirar el mar y reanudar de nuevo el paseo—. No es por curiosidad impertinente sino porque he experimentado un gran placer en su compañía, quizá en este laberinto de mundo no vuelva a cruzar palabra con usted y desearía tener un recuerdo exacto de los suyos, pero ¿podría preguntarle si me he equivocado al deducir de las palabras de su buena esposa que han tenido más hijos?

—No, no —dijo el señor Meagles—. No hemos tenido otros hijos, sólo otra más.

—Me temo que sin querer he tocado un tema delicado.

—No se preocupe —dijo el señor Meagles—. Si bien es un asunto serio, tampoco me entristece. Me deja pensativo, pero no triste. Tesoro tuvo una hermana gemela que

murió cuando apenas asomaba los ojos, exactos a los de Tesoro, por encima de la mesa, si se sujetaba y se ponía de puntillas.

—¡Ah, vaya!

—Sí, y como somos personas prácticas, la señora Meagles y yo hemos acabado pensando una cosa que tal vez usted entienda o tal vez no. Tesoro y su hermanita eran tan parecidas y tan idénticas que en nuestros pensamientos nunca hemos podido separarlas. En vano nos dirán que nuestra niña era sólo una criatura: para nosotros ha cambiado igual que la niña que sobrevivió. Mientras Tesoro crecía, la otra niña crecía; a medida que Tesoro se ha hecho más sensata y adulta y femenina, su hermana se ha hecho más sensata y femenina en el mismo grado. Sería difícil convencerme de que, si falleciera mañana mismo, no me recibiría, por la gracia de Dios, una hija idéntica a Tesoro; tan difícil como hacerme creer que la misma Tesoro no es una realidad que tengo a mi lado en este momento.

—Lo comprendo —dijo el otro amablemente.

—En cuanto a ella —prosiguió su padre—, la repentina pérdida de su retrato y compañera de juegos, y ese primer contacto con ese misterio a que todos nos llega, si bien no tan temprano, sin duda ha tenido alguna influencia en su carácter. Su madre y yo no éramos jóvenes cuando nos casamos y Tesoro ha llevado siempre una vida de persona mayor con nosotros, si bien hemos intentado adaptarnos a ella. En más de una ocasión nos aconsejaron, cuando tuvo alguna enfermedad, que cambiáramos de clima y de aires con la mayor frecuencia posible, especialmente a esta edad, y que lauviéramos entretenida. Así pues, como ya no tengo necesidad de estar atado al despacho de un banco (aunque fui pobre en otros tiempos, se lo aseguro; si no hubiera sido así, me habría casado antes con la señora Meagles), nos dedicamos a rondar por el mundo. Por ese motivo nos encontró usted contemplando el Nilo, las Pirámides, la Esfinge, el desierto y todo lo demás; y por eso Tattycoram será, con el tiempo, más viajera que el capitán Cook.

—Le agradezco mucho la confianza que me muestra.

—No hay de qué —contestó el señor Meagles—. Y ahora, señor Clennam, tal vez pueda preguntarle si ha tomado una decisión sobre dónde irá a continuación.

—Pues no. Tengo tan pocas raíces que me arrastra cualquier corriente.

—Me parece tan extraordinario, si me permite la libertad de opinar, que no vaya directamente a Londres —dijo el señor Meagles en el tono de quien da un consejo personal.

—Quizá termine en Londres.

—Ah, pero yo me refería a su falta de voluntad de ir.

—No tengo ninguna voluntad. Es decir —aclaró sonrojándose un poco—, ningún deseo concreto. Fui educado por una fuerza que me rompió, no me doblé; fui aplastado con un objetivo que jamás se me consultó y que nunca fue el mío; me

embarcaron al otro extremo del mundo antes de la mayoría de edad y me exiliaron allí hasta que murió mi padre, hace un año; he estado dando vueltas a un molino que siempre he odiado. ¿Qué se espera de mí, alcanzada la mediana edad? ¿Voluntad, objetivos, esperanza? Todas esas luces se apagaron antes de que pudiera pronunciar esas palabras.

—¡Enciéndalas de nuevo! —exclamó el señor Meagles.

—Ah, eso es fácil decirlo. Señor Meagles, soy hijo de unos padres duros. Soy hijo único de unos padres que todo lo sopesaban, medían y tasaban, y para quienes lo que no podía pesarse, medirse y tasarse no existía. Personas estrictas que, como se dice comúnmente, profesaban una religión severa; su auténtica religión era un triste sacrificio de los gustos y simpatías ajenos, ofrecidos como parte del trato que les garantizara la seguridad de sus posesiones. Rostros austeros, disciplina inflexible, penas en este mundo y terror en el próximo... nada amable o agradable en ningún lugar y el vacío en mi corazón acobardado en todas partes: eso fue mi infancia, si es que puede emplearse esa palabra para aplicarla a semejante inicio en la vida.

—¿De veras? —preguntó el señor Meagles, muy incómodo ante la imagen que se le ofrecía—. Unos principios muy duros. Pero, vamos, ahora debe estudiar, aprovechar lo que tenga, como un hombre práctico.

—Si las personas que normalmente llamamos prácticas lo fueran en el sentido que usted indica...

—Caramba, claro que lo son —dijo el señor Meagles.

—¿De veras?

—Bueno, eso supongo —contestó el señor Meagles pensando un poco—. No queda más remedio que ser práctico, y eso somos la señora Meagles y yo.

—Entonces, mi camino desconocido es más sencillo y útil de lo que esperaba —dijo Clennam, negando con la cabeza y con una sonrisa grave—. Bueno, ya hemos hablado bastante de mí, aquí está el barco.

El barco estaba lleno de los sombreros de tres picos contra los que el señor Meagles sentía una aversión nacional; los portadores de esos sombreros desembarcaron y subieron los escalones, y todos los viajeros en cuarentena se congregaron. A continuación, los de los sombreros sacaron multitud de papeles y se pusieron a pasar lista con mucha firma, sello, estampilla, tinta y secado de tinta, lo que dio resultados borrosos, arenosos e indescifrables. Finalmente, todo se hizo de acuerdo con las normas y los viajeros pudieron partir libremente hacia donde quisieron.

Apenas prestaron atención a la mirada cegadora, satisfechos por haber recuperado la libertad, de modo que revolotearon por el puerto en alegres botes y se reunieron en un gran hotel con celosías cerradas que no admitían la luz del sol y donde los suelos desnudos, los altos techos y los resonantes pasillos atemperaban el calor intenso. Allí,

una gran mesa en una gran sala no tardó en verse profusamente cubierta de una espléndida comida; y los recintos de la cuarentena quedaron desiertos, apenas un recuerdo entre los platos exquisitos, frutos del sur, vinos frescos, flores de Génova, nieve de las cumbres y todos los colores del arco iris lanzando destellos en los espejos.

—Ahora ya no odio aquellas monótonas paredes —dijo el señor Meagles—. Uno siempre empieza a perdonar un lugar tan pronto como lo abandona; me atrevería a decir que, en cuanto sale, el preso empieza a atenuar el odio que siente por su cárcel.

Eran unas treinta personas que conversaban, pero forzosamente en diversos grupos. Padre y madre Meagles se habían sentado a ambos lados de su hija, en un extremo de la mesa; en el lado opuesto estaba el señor Clennam; un caballero francés alto de cabello y barba negros como ala de cuervo, de un aspecto moreno y terrible, para no decir distinguidamente diabólico (pero que se había mostrado como el más afable de los hombres); y una joven y hermosa inglesa que viajaba sola, de rostro orgulloso y observador, que siempre se apartaba de los demás o bien éstos la evitaban: nadie, tal vez sólo ella, podría haber dicho cuál de ambas cosas. El resto del grupo lo integraban los individuos de costumbre: viajeros de negocios y viajeros por placer; oficiales de la India con permiso; mercaderes que comerciaban con Grecia y con Turquía; un clérigo inglés, vestido con un chaleco estrecho sin pretensiones, en viaje de novios con su joven esposa; unos majestuosos papá y mamá ingleses, de clase patricia, con tres hijas crecidas que llevaban un diario para mayor confusión de sus congéneres; y una vieja y sorda madre inglesa, curtida en viajes, con una hija definitivamente crecida que recorría el universo entero tomando apuntes del natural con la esperanza de dibujarse casada algún día.

La inglesa de aspecto reservado se mostró en desacuerdo con la última observación del señor Meagles.

—¿Quiere decir que el preso perdona a su prisión? —preguntó, lentamente y con énfasis.

—Sí, sobre eso especulaba, señorita Wade, pero no pretendo saber con exactitud cómo se siente un preso, ya que nunca había estado preso antes de ahora.

—*Mademoiselle* duda de que sea tan fácil perdonar —dijo el caballero francés en su idioma.

—Eso es.

Tesoro tuvo que traducir estas intervenciones al señor Meagles, el cual, en ninguna circunstancia adquiriría el menor conocimiento de la lengua del país que estuviera visitando.

—Vaya —contestó finalmente—. Qué pena, ¿no les parece?

—¿Que no me crea sus palabras? —preguntó la señorita Wade.

—No, no es eso, sino que a usted no le parezca fácil perdonar.

—La experiencia me ha hecho cambiar de opinión en muchos sentidos —contestó ella con calma— a lo largo de los años. Según tengo entendido, es la manera habitual de madurar.

—Bueno, bueno. Pero no me dirá usted que lo natural es guardar rencor —dijo el señor Meagles alegremente.

—Si me hubieran encerrado en un lugar para que penara y sufriera, odiaría ese lugar para siempre y desearía quemarlo o arrasarlo, de eso estoy segura.

—De armas tomar, ¿verdad? —dijo el señor Meagles al francés, ya que otra de sus costumbres era la de dirigirse a individuos de todas las naciones en inglés coloquial, convencido de que de un modo u otro tenían que entenderlo—. Convendrá conmigo en que nuestra bella amiga es de rompe y rasga.

El caballero francés contestó cortésmente:

—*Plaît-il?*^[3]

—En mi opinión, tiene usted razón —contestó el señor Meagles con gran satisfacción por su parte.

Como el desayuno empezaba a languidecer, el señor Meagles dirigió un pequeño discurso a los presentes, breve y sensato, teniendo en cuenta que era un discurso, y cordial. En el que dijo que, puesto que el azar los había unido y se habían entendido bien y estaban a punto de dispersarse y, probablemente, no volverían a verse, lo mejor que podían hacer era despedirse, desearse buena suerte y brindar todos a la vez con una copa de champán fresco. Así hicieron y, tras estrecharse la mano, el grupo se disolvió para siempre.

La joven dama solitaria no había dicho una palabra más. Se había puesto en pie con los demás y se había retirado en silencio a un rincón alejado de la gran sala, donde se había sentado en un sofá, junto a la ventana, como si contemplara el reflejo plateado del agua que temblaba en la celosía. Se había alejado de toda la sala, como si la soledad fuera producto de una decisión altiva. Sin embargo, habría sido tan difícil como en otras ocasiones afirmar que era ella quien evitaba a los demás o justo lo contrario.

La sombra en la que se encontraba, y que le caía como un velo sombrío sobre la frente, encajaba perfectamente con su tipo de belleza. Era arduo contemplar aquel rostro, inmóvil y desdeñoso, enmarcado por unas cejas oscuras y arqueadas, y los pliegues del cabello oscuro sin preguntarse cómo sería su expresión si cambiara. Parecía prácticamente imposible que se suavizara o dulcificara; la mayoría de los observadores, por el contrario, darían por hecho que, de producirse algún cambio, éste podría derivar hacia un gesto de enfado o desafío. En aquel momento, su rostro carecía de una expresión elaborada; si bien no tenía un gesto franco, tampoco manifestaba fingimiento alguno. «Soy reservada e independiente; tanto me da vuestra opinión; no me interesáis, no me importáis, y os oigo y os veo con indiferencia»,

decía con toda claridad. Lo decían los ojos orgullosos, las ventanas de la nariz abiertas, la boca hermosa pero de labios apretados, incluso crueles. Y, aunque dos de las mencionadas vías de expresión hubieran estado ocultas, la tercera habría continuado impasible. Y, si se hubieran velado las tres, habría bastado un movimiento de la cabeza para revelar un carácter indómito.

Tesoro se había acercado hasta ella (su familia y el señor Clennam, que eran ya los únicos ocupantes de la sala, habían estado comentando su actitud) y se detuvo a su lado.

—¿Está usted... —la señorita Wade volvió los ojos hacia Tesoro y ésta vaciló— ... esperando a alguien, señorita Wade?

—¿Yo? No.

—Mi padre va a enviar a un mozo a la *Poste Restante*, será un placer pedirle que pregunte si hay cartas para usted, si lo desea.

—Muchas gracias, pero ya sé que no habrá ninguna.

—Nos inquietaría —dijo Tesoro, sentándose a su lado con timidez y cierta ternura— que se sintiera sola cuando nos hayamos ido.

—¡No me diga!

—Por supuesto —dijo Tesoro con tono de disculpa, cohibida por su mirada—, no creemos que hasta el momento le hayamos hecho compañía o que podamos hacérsela; ni siquiera que usted lo desee.

—No ha sido mi intención dar a entender que deseaba compañía.

—No, claro que no —dijo Tesoro, tocándole tímidamente la mano que permanecía inmóvil entre ambas en el sofá—, pero ¿no desea que mi padre le preste algún servicio? Lo hará con sumo placer.

—Será un placer —insistió el señor Meagles acercándose con su esposa y Clennam—. Menos hablar francés, haría cualquier cosa por usted, se lo aseguro.

—Se lo agradezco muchísimo —contestó ella—, pero lo tengo ya todo organizado y prefiero hacer las cosas sola y a mi modo.

—¿De veras? —dijo el señor Meagles para sí mientras la examinaba con una mirada desconcertada—. ¡Bien, también es buena muestra de carácter!

—No estoy muy acostumbrada a la compañía de señoritas y me temo que no la aprecie como otros harían. Les deseo buen viaje, ¡adiós!

Dio la impresión de que, si por ella fuera, no habría extendido la mano, pero el señor Meagles le tendió la suya de tal modo que no pudo hacer caso omiso. Así que se la dio con la misma indiferencia con que antes la había dejado sobre el sofá.

—¡Adiós! —dijo el señor Meagles—. Ésta es nuestra despedida, ya que madre y yo nos hemos despedido ya del señor Clennam aquí presente y él sólo está esperando para despedirse de Tesoro. ¡Adiós! Probablemente no volvamos a vernos.

—En esta vida nos cruzamos con personas que proceden de muchos lugares

extraños y se nos acercan por muchos caminos extraños —fue la tranquila respuesta—. Y lo que esté escrito que tengamos que hacerles o que nos tengan que hacer, sucederá.

Pronunció estas palabras de una manera que algo chirrió en los oídos de Tesoro: daban a entender que lo que se hiciera sería necesariamente malo y, sin poderlo remediar, la muchacha cuchicheó: «Oh, padre», y se encogió con un gesto infantil de niña mimada para acercarse más a él. La señorita Wade no dejó de advertirlo.

—Su linda hija se sobresalta al pensar en estas cosas —dijo, mirándola abiertamente—; sin embargo, puede estar segura de que hay hombres y mujeres que están ya en camino y cuyas ocupaciones se mezclarán con las suyas inevitablemente. No le quepa duda. Quizá vengan desde cientos o miles de kilómetros de distancia, del otro lado del mar; quizá estén ya cerca; quizá estén acercándose sin que lo sepa ni pueda hacer nada para evitarlo, desde las cloacas más abyectas de esta misma ciudad.

Con la más fría de las despedidas y con un gesto de cansancio que daba una expresión marchita a un rostro todavía joven, salió de la habitación.

A continuación tuvo que recorrer muchas escaleras y pasillos para llegar desde aquella zona del espacioso hotel a la habitación que había reservado a su nombre. Ya casi había terminado el trayecto y cruzaba el pasillo en el que se encontraba su cuarto, cuando oyó airados murmullos y sollozos. A través de una puerta abierta vio a la camarera de la joven a la que acababa de dejar; la doncella que llevaba un curioso nombre.

Se detuvo para mirar a la muchacha, ¡una joven hosca y colérica! El abundante cabello negro le caía sobre la cara, congestionada y furiosa, y, mientras bramaba, se tiraba de los labios con una mano despiadada.

—¡Bestias egoístas! —decía la muchacha entre sollozos y suspiros—. ¡Les da igual lo que sea de mí! ¡Me dejan aquí, hambrienta, sedienta y cansada, para que me muera de hambre, les da igual! ¡Bestias! ¡Demonios! ¡Sinvergüenzas!

—Pobrecilla, dime qué te pasa.

La joven alzó repentinamente los ojos enrojecidos y se detuvo con las manos en el aire cuando iba a pellizcarse el cuello, donde se veían ya marcas rojizas recientes.

—¿Y a usted qué le importa? Lo que a mí me pase le da igual a todo el mundo.

—Claro que me importa, me da pena verte así.

—A usted no le da ninguna pena —dijo la joven— sino que se alegra. Y usted sabe que se alegra. Sólo me he puesto así dos veces durante la cuarentena, y las dos ha aparecido usted, me da miedo.

—¿Te doy miedo?

—Sí, aparece usted como mi propia rabia, mi propio mal genio y mi... yo que sé, no sé lo que es. Pero ¡es que me maltratan, me maltratan, me maltratan! —Al llegar a este punto regresaron los sollozos y las lágrimas, y volvió a lastimarse con la mano

que había quedado en suspenso.

La visitante se quedó mirándola con una sonrisa extrañamente atenta. La furia de la joven y cómo se debatía era un espectáculo; como si la desgarraran antiguos demonios.

—Soy dos o tres años menor que ella, pero ¡tengo que ser yo quien la cuide, como si fuera mayor, y a ella la miman y la llaman Nena! Odio ese nombre, la odio. La están convirtiendo en una idiota, la miman demasiado. Sólo piensa en sí misma, me hace tan poco caso como si yo fuera una piedra en el camino —prosiguió la joven.

—Tienes que tener paciencia.

—¡No quiero tener paciencia!

—No debe importarte que se ocupen mucho de sí mismos y poco de ti.

—Pues me importa.

—¡Sssst! Sé más prudente. Olvidas que ocupas una posición subalterna.

—Me da igual. Me escaparé. Haré algo mal, no quiero aguantar más, no puedo aguantar más. ¡Si intento aguantarlo, me moriré!

La observadora se había llevado la mano al pecho y contemplaba a la muchacha como la víctima de una enfermedad contemplaría con curiosidad la disección y exposición de un caso análogo al suyo.

La joven rabiaba y batallaba con toda la fuerza de su juventud y vitalidad, hasta que, poco a poco, sus exclamaciones airadas se fueron convirtiendo en murmullos entrecortados, como si experimentara algún dolor. Y poco a poco, fue cayendo en una silla, después sobre las rodillas, después al suelo, junto a la cama, arrastrando la colcha consigo, en parte para esconder su rostro avergonzado y su cabello húmedo y en parte, al parecer, para estrecharla contra su pecho arrepentido a falta de algo mejor que abrazar.

—¡Váyase, váyase! Cuando estoy furiosa me pongo como loca. Sé que podría evitarlo si me esforzara, y muchas veces me esfuerzo, pero otras veces no quiero y no lo hago. ¡Qué cosas he dicho! Cuando las decía sabía que eran mentiras. Piensan que se ocupan de mí y tengo todo lo que quiero. Son muy buenos y los quiero mucho, nadie sería tan bueno como ellos con una criatura desagradecida. Váyase, váyase de aquí, me da usted miedo. Me doy miedo cuando me entran estos ataques y también me da miedo usted. Aléjese de mí y déjeme llorar y rezar para que Dios me haga mejor persona.

Fue pasando el día y de nuevo la amplia mirada lo abarcó todo; y la noche calurosa llegó a Marsella, durante la cual el grupo de la mañana se dispersó y cada uno tomó su camino. Y así, día y noche, bajo el sol y las estrellas, trepando por las colinas polvorientas y abriéndonos paso penosamente por las tediosas llanuras, viajando por tierra y por mar, yendo de un lado a otro de modo absurdo, para

encontrarnos, actuar y reaccionar en nuestro trato con los demás, nos movemos todos, viajeros incansables, por el peregrinaje de esta vida.

Era un domingo por la noche en Londres, triste, bochornoso y rancio. Las enloquecedoras campanas de iglesia que tañían en toda la gama de disonancias, demasiado agudas o demasiado graves, cascadas o claras, lentas o rápidas, levantaban ecos horribles en las paredes de ladrillo y mortero. Las calles melancólicas, vestidas de hollín como si fuera un traje de penitente, sumían en un abatimiento extremo al alma de quien estuviera condenado a verlas por la ventana. En cada avenida, por las callejuelas y a la vuelta de casi todas las esquinas, alguna campana lúgubre latía, se agitaba, tañía, como si a la ciudad la asediara la peste y los coches fúnebres rondaran por ella. Todo cuanto podía proporcionar alivio a unos habitantes agotados por el trabajo estaba cerrado a cal y canto: ningún cuadro, ningún animal raro, ninguna planta o flor exótica, ninguna maravilla natural o artificial de la antigüedad: todas estas cosas se consideraban tabú con tan iluminado rigor, que los feos dioses de los Mares del Sur que se alojaban en el Museo Británico bien podían imaginar que se hallaban de nuevo en su país. Sólo se veían calles, calles, calles. Sólo se respiraban calles, calles, calles. Nada había capaz de levantar el ánimo o cambiarlo. Nada para el agotado trabajador, que sólo podía comparar la monotonía del séptimo día con la rutina de los seis precedentes, pensar en la triste vida que llevaba y en cómo extraer de ella lo mejor... o lo peor, según las probabilidades.

En ese momento tan feliz, tan propicio a los intereses de la religión y de la moral, el señor Clennam, recién llegado de Marsella vía Dover, y de esta localidad a Londres con la diligencia llamada «La doncella de ojos zarcos», se hallaba junto a la luna de una cafetería de Ludgate Hill. Lo rodeaban diez mil casas responsables que miraban ceñudas las calles que formaban, como si las habitaran los diez jóvenes del cuento del príncipe Kalender que se teñían de oscuro la cara y se lamentaban de su suerte todas las noches. Lo rodeaban cincuenta mil guaridas en las que la gente vivía en un ambiente tan malsano que, si el sábado por la noche dejaba agua potable en su habitación, el domingo por la mañana estaba ya podrida; aunque milord, el diputado del distrito, se sorprendía de que no pudieran dormir en compañía de la carne del carnicero. Kilómetros de casas como agujeros y como pozos cerrados, en las que se respiraba con dificultad por falta de aire, se extendían hacia todos los puntos cardinales. Por el corazón de la ciudad subía y bajaba con la marea un arroyo mortal en lugar de un río de aguas cristalinas. ¿Qué carencia secular podía tener el millón aproximado de seres humanos cuyo trabajo diario, seis días por semana, se desarrollaba entre aquellos objetos tan arcádicos, de cuya dulce monotonía no podían

escapar desde la cuna hasta el sepulcro? ¿Qué carencia secular podría colmarse el séptimo día? Sin duda, lo que necesitaban era un policía estricto.

Arthur Clennam se hallaba junto a la luna del café de Ludgate Hill contando las campanadas del vecindario y, muy a su pesar, éstas se convertían en frases y estribillos de canciones, y se preguntaba cuántas muertes causarían entre los enfermos a lo largo de un año. A medida que se acercaba el momento, los cambios de ritmo eran cada vez más exasperantes. Cuando faltaba un cuarto de hora, tocaban con una vitalidad letal e impertinente, apremiando locuazmente a las masas a ir a la iglesia, ir a la iglesia, ir a la iglesia. A los diez minutos, como se daban cuenta de que la congregación sería escasa, tañían lentas y abatidas: no vendrán, no vendrán, no vendrán. A los cinco minutos, abandonaban la esperanza y hacían temblar todas las casas del vecindario durante trescientos segundos, con un lúgubre tañido por segundo semejante a un gemido de desesperación.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Clennam cuando sonó la hora y la campana se paró.

Pero el son había revivido una larga serie de tristes domingos y la procesión no quiso detenerse con la campana y siguió avanzando.

—Que el cielo y quienes me criaron me perdonen —dijo—. ¡Cuánto he odiado los domingos!

Odiaba los horribles domingos de su niñez, cuando se sentaba con las manos delante, terriblemente asustado por un horrible librito que empezaba preguntando en su título *¿Por qué vas camino de la perdición?*, una curiosidad que en aquellos tiempos de bata y calzones un niño no estaba en condiciones de satisfacer, y que, como mayor aliciente para la imaginación infantil, tenía paréntesis aquí y allá con referencias entrecortadas del tipo 1 Ts. C. III, v. 6 y 7. Volvían ahora los soñolientos domingos de su niñez en los que, como si fuera un desertor del ejército, un pelotón de maestros lo conducía tres veces al día a la capilla, esposado moralmente a otro muchacho; y en el que gustoso habría cambiado dos raciones de indigesto sermón por una o dos onzas de cordero, aunque fuera peor alimento, para aumentar el escaso sustento que recibía su cuerpo físico. Volvían ahora los domingos interminables de su minoría de edad en los que su madre, severa de rostro e implacable de corazón, pasaba el día entero detrás de una Biblia —encuadrada a imagen y semejanza de sí misma con las más duras, sobrias y rígidas cubiertas que quepa imaginar, adornadas apenas con un grabado similar al que produciría el roce de una cadena y con el canto de las hojas salpicado furiosamente de rojo—, como si ese libro, ¡ése precisamente!, fuera una pócima contra la dulzura de carácter, el cariño natural y el trato afectuoso. Volvían también los domingos de tiempos posteriores, llenos de resentimiento, en los que, sentado, furioso y melancólico a lo largo de la lenta extensión del día albergaba la sensación de tener el corazón herido y sin mayor conocimiento de la benéfica

historia del Nuevo Testamento que si se hubiese criado entre idólatras. Una legión de domingos, días todos de inútil amargura y mortificación, desfilaron despacio ante sus ojos.

—Perdone, caballero —dijo un brioso camarero mientras frotaba la mesa—, ¿quiere ver la habitación?

—Sí, estaba pensando que precisamente eso era lo que quería hacer.

—¡Chica! —gritó el camarero—. ¡El señor de la siete quiere ver la habitación!

—¡Alto! —dijo Clennam, poniéndose en pie—. Lo he dicho sin pensar, he contestado de modo mecánico. No voy a dormir aquí, me voy a mi casa.

—¿Sí, señor? ¡Chica! El caballero de la siete no duerme aquí, se va *pa* casa.

No se movió de su asiento mientras moría el día, contemplando las tristes casas situadas en la acera de enfrente y pensando que si los espíritus incorpóreos de los anteriores inquilinos hubieran sido conscientes del lugar que habitaban, cuánto se habrían compadecido de haber vivido ahí encerrados. De vez en cuando, asomaba una cara detrás de los sucios cristales de una ventana y en seguida se esfumaba en la oscuridad, como si ya hubiese visto bastante de la vida y se retirara de ella, desvaneciéndose. Oblicuas ráfagas de lluvia empezaron a caer entre él y esas casas, y la gente empezó a refugiarse en el pasaje que había enfrente, mirando al cielo con desazón mientras la lluvia caía cada vez más tupida y más rápida. Aparecieron paraguas mojados, faldas que se arrastraban por el suelo, y barro. ¿Quién podía saber dónde había estado el barro o de dónde venía? Parecía haberse congregado en un momento, como hacen las multitudes, y en cinco minutos había salpicado a todos los hijos e hijas de Adán. El farolero inició la ronda y, a medida que los feroces chorros de fuego surgían bajo su toque, uno imaginaba su sorpresa al ver que se toleraba que introdujeran una muestra de claridad en una escena tan lúgubre.

Arthur Clennam cogió el sombrero, se abrochó el abrigo y salió a la calle. En el campo, la lluvia habría generado mil aromas deliciosos y cada gota se habría asociado con alguna hermosa forma de brote o de vida. En la ciudad, sólo producía olores rancios y era una aportación sucia, tibia y malsana a las cloacas.

Cruzó por delante de San Pablo y siguió hacia abajo, describiendo un largo ángulo, casi hasta la orilla del agua, por algunas de las calles torcidas que bajaban entre el río y Cheapside (en aquella época eran todavía más torcidas y estrechas en esa zona). Pasó por delante del mohoso salón de alguna honorable asociación, por las ventanas iluminadas de una iglesia sin fieles que parecía estar esperando que un arriesgado Belzoni^[4] la sacase a la superficie y descubriese su historia; cruzó por delante de almacenes y muelles, y aquí y allá, por alguna estrecha calle que conducía al río, y en cuyos muros húmedos lloraba un triste cartel que decía: «Encontrados ahogados»; finalmente llegó a la casa que buscaba, tan sucia que parecía negra, aislada detrás de una verja. Delante, un patio cuadrado en el que un par de matas y un

fragmento de hierba estaban tan crecidos como oxidada estaba la verja (y es mucho decir); en la parte trasera, se juntaba una maraña de raíces. Era una casa unida a otra igual, con ventanas largas y estrechas de gruesos marcos. Muchos años antes había tenido la ocurrencia de inclinarse hacia un lado; sin embargo, la habían apuntalado y se apoyaba en media docena de muletas gigantescas: un gimnasio para los gatos del barrio, deteriorado por el tiempo, manchado por el humo, cubierto de hierbas que, a estas alturas, ya no ofrecía mucha seguridad.

—No ha cambiado nada —dijo el viajero, deteniéndose—. Tan oscuro y miserable como siempre. Una luz en la ventana de mi madre, que parece no haberse apagado desde la época en que volvía a casa del colegio dos veces al año y arrastraba mi maleta por esta misma acera. ¡Vaya, vaya!

Se dirigió a la puerta, que tenía una marquesina de madera tallada con festones y cabezas de niños hidrocéfalos, diseñada a imitación de un modelo monumental pasado de moda, y llamó. En seguida se oyó un arrastrar de pies por el suelo de piedra de la entrada y abrió la puerta un anciano encorvado y seco, pero de ojos vivos.

Tenía una vela en la mano y la levantó un momento para ayudar a sus ojos perspicaces.

—Ah, ¿Arthur? ¿Así que, al final, ha venido? Pase.

Arthur entró y cerró la puerta.

—Su figura se ha hecho más ancha y sólida —dijo el anciano, volviéndose a mirarlo otra vez con la luz levantada mientras movía la cabeza—. Pero, en mi opinión, no llega a la altura de su padre. Ni tampoco a la de su madre.

—¿Cómo está mi madre?

—Igual que en los últimos tiempos. Se queda en su dormitorio incluso cuando no está obligada a guardar cama: no habrá salido ni quince veces en otros tantos años, Arthur.

Habían entrado en un comedor sobrio y precario. El viejo había dejado la palmatoria sobre la mesa y, apoyando el codo derecho en la mano izquierda, se acariciaba la correosa barbilla mientras miraba al visitante. Éste le tendió la mano. El viejo la estrechó fríamente y pareció preferir la barbilla, a la que regresó tan pronto como pudo.

—No sé si a su madre le parecerá bien que venga a casa en fiesta de guardar —dijo moviendo la cabeza con gesto de duda.

—No querrá que me vaya, ¿verdad?

—¿Yo? ¿Yo? Yo no soy el dueño de la casa, no es lo que yo haría. He mediado entre su padre y su madre unos cuantos años y ahora no quiero interponerme entre su madre y usted.

—¿Querría decirle que he llegado a casa?

—Sí, Arthur, sí. Claro que sí. Le diré que ha llegado a casa. Por favor, espere aquí, verá que no ha cambiado nada.

Cogió otra vela de un cajón, la encendió, dejó la primera en la mesa y marchó a cumplir lo prometido. Era un hombre bajo y calvo; iba vestido con una chaqueta de hombros altos y chaleco, calzones de color apagado y largos, y polainas del mismo color. Por su vestido, podría ser tanto un oficinista como un criado, y de hecho hacía tiempo que era las dos cosas. No llevaba ningún ornamento, excepto un reloj hundido en las profundidades del correspondiente bolsillo gracias a una vieja cinta negra, y tenía una llave de cobre deslucida encima para indicar el lugar en que se hundía. Tenía la cabeza ladeada y se movía de costado, como un cangrejo, como si sus cimientos hubieran cedido al mismo tiempo que los de la casa y también fuera necesario apuntalarlo.

—Soy tan débil —se dijo Arthur Clennam cuando el hombre se marchó— que una acogida como ésta podría hacer que se me saltaran las lágrimas. A mí, que no conozco otra cosa, que nunca he conocido otra cosa.

Podría hacerlo y lo hizo. Fue una debilidad momentánea en una naturaleza decepcionada desde la aurora primera de sus percepciones y que todavía no había renunciado a todos sus anhelos llenos de esperanza. Los viejos muebles estaban en su antiguo sitio: las plagas de Egipto, atenuadas por las plagas de Londres —las moscas y el humo—, enmarcadas y congeladas, colgaban de las paredes. El viejo mueble bar vacío, forrado de plomo, como una especie de ataúd con compartimientos; el viejo armario oscuro, también vacío, del que había sido en muchas ocasiones el único contenido en días de castigo, cuando lo contemplaba como la verdadera entrada de un destino hacia el cual, según el librito mencionado, avanzaba al galope. Estaba, sobre el aparador, el reloj grande y anguloso que en su imaginación lo miraba ceñudo y con feroz regocijo cuando se retrasaba con las lecciones y que, cuando se le daba cuerda una vez a la semana con una manecilla de hierro, sonaba como si gruñera de satisfacción al imaginar las miserias que le traía. Pero estaba también otra vez el anciano diciendo:

—Arthur, iré delante de usted para iluminarle el camino.

Arthur lo siguió por las escaleras, revestidas de unas planchas de madera que parecían lápidas, hasta llegar a una habitación mal iluminada, el suelo de la cual se había ido hundiendo gradualmente de tal manera que la chimenea descansaba sobre una hondonada. En esa hondonada, en un sofá que parecía un féretro, recostada en una gran almohada cilíndrica similar al tajo que se utilizaba en las ejecuciones de los viejos tiempos, se encontraba su madre, vestida de luto.

Desde sus primeros recuerdos, su padre y su madre nunca habían estado de acuerdo en nada. Una de las ocupaciones más apacibles de su infancia había sido mirar alternativamente, sentado en silencio, uno y otro rostro enfrentados. Su madre

le dio un beso helado y le tendió cuatro dedos rígidos envueltos en estambre. Tras el saludo, Arthur se sentó al otro lado de una mesilla. Había un fuego encendido, igual que lo había estado noche y día a lo largo de quince años. Y había una tetera en la lumbre, como noche y día a lo largo de quince años. Había un montoncito de cenizas sobre el fuego, sofocándolo, y otro montoncito bajo la rejilla, como noche y día a lo largo de quince años. En la habitación mal ventilada olía a tinte negro; el fuego llevaba quince meses extrayendo vapores del brazaete negro y de la tela del vestido de luto, y quince años del sofá que parecía un ataúd.

—Madre, veo que esto es un cambio, comparado con sus viejas costumbres activas.

—El mundo se ha reducido a estas dimensiones, Arthur —contestó la madre recorriendo la habitación con la mirada—. Tengo la suerte de que nunca me interesaran sus huecas vanidades.

La vieja influencia de su presencia y de su voz seca y fuerte tuvo tal peso sobre su hijo que éste sintió de nuevo el escalofrío de timidez y reserva de su infancia.

—¿No sale nunca de su habitación, madre?

—Con mi reumatismo y con la debilidad nerviosa que lo acompaña, da lo mismo cómo se llame, he perdido la capacidad de mover las piernas. No salgo nunca de mi habitación, no he pasado por esta puerta desde... díselo —ordenó, hablando por encima de su hombro.

—Las próximas Navidades se cumplirá la docena de años —respondió una voz cascada desde la oscuridad.

—¿Affery? —preguntó Arthur, mirando hacia allí.

La voz cascada contestó que sí y una anciana se adelantó hacia la luz incierta; besó la mano de la señora de la casa y desapareció otra vez en la oscuridad.

—Puedo ocuparme de mis tareas diarias —dijo la señora Clennam indicando vagamente con la mano derecha, envuelta en estambre, una silla de ruedas delante de un escritorio cerrado— y doy las gracias por ese privilegio. Es un gran privilegio. Pero no hablemos de negocios hoy. Mala noche, ¿verdad?

—Sí, madre.

—¿Está nevando?

—¿Nevando? Si sólo estamos en septiembre.

—Todas las estaciones son iguales para mí —contestó la mujer con una expresión de triste magnificencia—. Aquí, encerrada, no me entero de si es verano o es invierno. El Señor ha tenido a bien colocarme más allá de estas cosas.

Con su frío cabello gris y sus fríos ojos grises, su rostro hierático, tan rígido como los pliegues de su pétreo tocado, que estuviera fuera del alcance de las estaciones parecía una consecuencia lógica de estar fuera del alcance de cualquier emoción cambiante.

En la mesilla tenía dos o tres libros, un pañuelo, las gafas de acero que acababa de quitarse y un anticuado reloj de oro en una pesada caja doble. Sus ojos y los de su hijo se detuvieron a la vez sobre ese objeto.

—Veo que le llegó el paquete que le mandé a la muerte de mi padre, madre.

—Ya lo ves.

—Nunca había visto que mi padre mostrara tanta inquietud. Quería que recibiera usted este reloj.

—Lo guardo aquí en memoria de tu padre.

—No expresó su deseo hasta el final; cuando sólo tenía fuerzas para cogerlo y farfullar con poca claridad: «Tu madre». Un momento antes, pensaba que estaba desvariando, como llevaba haciendo varias horas (creo que no padeció en toda su breve enfermedad), y de repente lo vi volverse en la cama e intentar abrirlo.

—Entonces, ¿no deliraba cuando intentó abrirlo?

—No, en ese momento estaba en su pleno juicio.

La señora Clennam negó con la cabeza aunque no expresó con claridad si en una señal de despedida al fallecido o de negativa ante la opinión de su hijo.

—Tras la muerte de mi padre, abrí el reloj pensando que tendría algún tipo de memorándum. Pero no hace falta que le diga, madre, que no había otra cosa que el viejo papel de seda con dibujos que sin duda usted encontró en su sitio, entre las tapas, ahí donde yo lo encontré y lo dejé.

La señora Clennam asintió; después dijo:

—No hablemos de negocios en un día como hoy —y luego añadió—: Affery, son las nueve.

Al oír eso, la anciana recogió la mesita, salió de la habitación y regresó en seguida con una bandeja en la que había un plato de tostadas y una pequeña porción de mantequilla fresca, simétrica, blanca y esponjosa. El viejo, que no se había movido de la puerta, contemplando a la madre en el piso de arriba igual que había contemplado al hijo en el piso de abajo, salió al mismo tiempo y, tras una ausencia algo mayor, regresó con otra bandeja con una botella de oporto casi llena (que, a juzgar por el jadeo, traía del sótano), un limón, un azucarero y una caja de especias. Con esos materiales y la ayuda de la tetera, llenó un vasito con una mezcla caliente y aromática, medida y preparada con la misma precisión que si se tratara de una receta del médico. La señora Clennam mojó en la mezcla algunas de las tostadas y se las comió; mientras tanto, la anciana ponía mantequilla en otras que se comería sin acompañamiento. Cuando la inválida se hubo comido todas las tostadas y hubo bebido toda la mezcla, retiraron las dos bandejas y volvieron a colocar los libros, la vela, el reloj, el pañuelo y las gafas. Entonces se puso las gafas y leyó en voz alta varios pasajes de un libro —con firmeza, ferocidad e incluso ira— orando para que sus enemigos (con su tono y actitud los hacía totalmente suyos) fueran pasados por la

espada, consumidos por el fuego, devorados por la peste y la lepra, para que sus huesos quedaran reducidos a polvo y fueran totalmente exterminados. Mientras leía, para su hijo los años iban retrocediendo como si fuera un sueño, y se cernieron sobre él los viejos horrores de lo que habían sido los preparativos habituales antes de irse a dormir.

La mujer cerró el libro y estuvo un rato con el rostro oculto por una mano. Lo mismo hizo el anciano, que seguía impasible; y eso mismo hizo también, probablemente, la anciana que se encontraba en la parte más oscura de la habitación. Después, la mujer enferma estuvo ya dispuesta para irse a la cama.

—Buenas noches, Arthur. Affery se ocupará de acomodarte. Tócame con cuidado porque tengo la mano muy sensible.

Tocó la envoltura de estambre de la mano —como si no fuera nada: si su madre hubiera estado envuelta en bronce no habría habido mayores barreras entre ellos— y siguió a los ancianos hacia el piso inferior.

La mujer le preguntó, cuando estuvieron solos en las densas sombras del salón, si quería algo de cena.

—No, Affery, nada de cena.

—Como quiera —dijo Affery—. En la despensa está la perdiz de mañana, la primera de este año. Diga una palabra y se la preparo.

No, no hacía mucho que había cenado y no quería comer nada más.

—Entonces, beba algo —dijo Affery—. Puede beber de su botella de oporto, si quiere. Diré a Jeremiah que me ha ordenado que se la traiga.

—No, tampoco me apetece.

—No hay motivo, Arthur —dijo la anciana, inclinándose hacia él para susurrar— para que les tenga un miedo feroz aunque yo se lo tenga. La mitad de los bienes son suyos, ¿verdad?

—Sí, sí.

—Entonces, no se acobarde. Usted es listo, ¿verdad, Arthur?

Éste asintió, ya que ella parecía esperar una afirmación.

—Entonces, ¡plántese! Ella es listísima y sólo una persona lista puede dirigirle la palabra. Él también es listo, listísimo, y le da la réplica cuando quiere, claro que sí.

—¿Su marido le contesta?

—¿Que si lo hace? Me pongo a temblar de pies a cabeza cuando le contesta. Mi marido, Jeremiah Flintwinch^[5], es capaz de derrotar incluso a su madre. ¡Mire si es listo!

El rumor de los pasos del aludido, arrastrando los pies, hizo que la mujer se retirara al otro extremo de la habitación. Aunque era una anciana alta, poco agraciada y nervuda, que en su juventud podría haberse alistado en la infantería sin correr grave riesgo de que la descubrieran, se derrumbaba ante aquel anciano de ojos vivos y aire

de cangrejo.

—Venga, Affery —dijo éste—, mujer, ¿qué estás haciendo? ¿No eres capaz de encontrar algo de comer para el señorito Arthur?

El señorito Arthur volvió a repetir que no deseaba tomar nada.

—Bien, entonces —dijo el anciano—. Hazle la cama, espabila.

Tenía el cuello tan torcido que los extremos de los lazos del pañuelo blanco que llevaba ahí anudado le rozaban una de las orejas; su mordacidad y su energía naturales, siempre en lucha con la costumbre impuesta de la represión, daban a sus rasgos una expresión hinchada y contenida; en conjunto, tenía un curioso aspecto, como si se hubiera ahorcado en algún momento de su vida, alguien hubiera cortado la cuerda a tiempo y, desde entonces, no hubiera cambiado de postura.

—Mañana tendrán una conversación amarga, Arthur, usted y su madre —dijo Jeremiah—. Aunque hemos dejado que sea usted quien se lo diga, su madre sospecha que ha abandonado el negocio a la muerte de su padre y no lo dejará pasar así como así.

—He renunciado a todas las cosas de la vida por el negocio y ahora ha llegado el momento de dejarlo.

—¡Estupendo! —exclamó Jeremiah, que sin duda quería decir «qué desastre»—. ¡Muy bien!, pero no seré yo quien medie entre usted y su madre, Arthur. Ya medié entre su madre y su padre, esquivé golpes de uno y de otro hasta que me aplastaron entre los dos: ya me he cansado de hacerlo.

—Nunca le pediré que lo haga por mí, Jeremiah.

—Bien, me alegra oírlo porque me habría negado si me lo hubiera pedido. Como dice su madre, ya hemos hablado más que suficiente de estos asuntos, teniendo en cuenta que es día de guardar. Affery, mujer, ¿has encontrado ya lo que necesitas?

La mujer había estado buscando sábanas y colchas en un armario y se apresuró a cogerlos y a contestar:

—Sí, Jeremiah.

Arthur Clennam la ayudó llevando la carga, deseó buenas noches al anciano y subió con ella hasta lo alto de la casa.

Subieron y subieron a través del olor a moho típico de una vieja casa cerrada y poco habitada hasta un gran dormitorio en la buhardilla. Sobria y austera, como las demás habitaciones, era todavía más fea y triste que ellas, ya que hacía las veces de trastero de muebles viejos. Estaba amueblada con sillas feas y viejas con asientos desgastados, y otras sillas, también feas y viejas, sin ningún asiento; una alfombra ajada a la que se le había borrado el dibujo, una mesa maltrecha, un armario lisiado, un juego de hierros de chimenea que parecían el esqueleto de otro juego fallecido, un aguamanil sobre el que parecía haber caído durante años una lluvia de espuma sucia, y un catre con cuatro postes descarnados terminados en una punta de lanza, como

preparados para acoger a inquilinos deseosos de empalarse. Arthur abrió la ventana larga y baja, y se asomó para contemplar el viejo bosque de chimeneas ennegrecido y quemado, y el viejo resplandor rojizo del cielo, que en otros tiempos le había parecido el reflejo nocturno del ardiente entorno que, en su imaginación infantil, lo rodeaba por todas partes, mirara por donde mirara.

Metió la cabeza, se sentó junto a la cama y observó cómo Affery Flintwinch la preparaba.

—Affery, cuando yo me fui no estabas casada.

Ésta frunció los labios como para decir «no», negó con la cabeza y empezó a meter una almohada en su funda.

—¿Y cómo fue?

—Cosas de Jeremiah, claro —dijo Affery, con un extremo de la funda de almohada entre los dientes.

—Claro, fue él quien lo propuso, pero ¿cómo fue? Habría dicho que ninguno de los dos quería casarse y menos todavía el uno con el otro.

—Y yo también lo habría dicho —dijo la señora Flintwinch, atando con fuerza las cintas de la funda.

—A eso me refería, ¿cómo es que cambiaste de opinión?

—Nunca cambié de opinión —dijo la señora Flintwinch.

Colocó la almohada en su sitio, junto al cabezal y, al ver que Arthur seguía mirándola como si esperara que acabara de responder, dio un fuerte golpe en el centro, y dijo:

—¿Y cómo iba a evitarlo?

—¿Que cómo ibas a evitar casarte?

—Claro —dijo la señora Flintwinch—. No fue cosa mía, a mí no se me habría ocurrido nunca nada semejante. Ya tenía cosas que hacer para pensar en eso. Ella no paraba de decirlo cada vez que podía, y él también, y entonces podía mucho.

—¿Y qué?

—¿Y qué? —repitió la señora Flintwinch—. Eso es lo que me digo, ¿y qué? ¿De qué sirve preguntárselo? Si dos personas tan listas como ellos han tomado una decisión, ¿qué puedo yo hacer? Nada.

—Entonces, ¿fue idea de mi madre?

—Que Dios lo bendiga, Arthur, y perdone mis deseos —exclamó Affery pero sin dejar de hablar en voz baja—. Si no se hubieran puesto de acuerdo, ¿cómo podría haber sucedido? Jeremiah nunca me cortejó ¿cómo iba a hacerlo después de vivir en la casa conmigo y darme órdenes durante años? Un día me dijo: «Affery —me dijo—: Voy a decirte una cosa, ¿qué te parece el apellido Flintwinch?». «¿Que qué me parece?», le pregunto. «Sí» —dijo—, porque te vas a llamar así», dijo. «¿Que me voy a llamar así?, —digo yo—. ¿Jeremiah?» Oh, ¡qué listo es!

La señora Flintwinch extendió la sábana superior sobre la cama y encima puso la manta y la colcha, como si hubiera terminado la historia.

—¿Y qué más? —repitió Arthur.

—¿Y qué más? —repitió la señora Flintwinch de nuevo—. ¿Cómo iba a evitarlo? Me dijo: «Affery, tú y yo tenemos que casarnos, y te diré por qué. La señora tiene mala salud y requiere atención constante en su dormitorio, y tendremos que estar mucho con ella, y nadie más la cuidará cuando no estemos, y así será lo más conveniente. Ella opina lo mismo que yo —dijo—. Así que si te pones la capota el próximo lunes a las ocho de la mañana, liquidamos el asunto».

La señora Flintwinch remeti6 la cama.

—¿Y qué más?

—¿Y qué más? —repitió la señora Flintwinch—. Pues muy bien, me siento y le digo: «¡Bien!». Entonces Jeremiah me contesta: «En cuanto a las amonestaciones, el próximo domingo se cumplen las tres semanas, ya que las primeras las hice anunciar hace quince días, por ese motivo he elegido el lunes. Ella te hablará de todo esto, y ahora ya te encontrará preparada, Affery». Ese mismo día, ella habló conmigo y me dijo: «Así pues, Affery, creo que tú y Jeremiah os vais a casar. Me alegro y tú también tienes motivos para alegrarte. Es una buena cosa para ti y a mí me conviene mucho, dadas las circunstancias. Es un hombre sensato, digno de confianza, perseverante y piadoso». ¿Qué iba a decir yo llegados a este punto? Si en lugar de casarme me hubieran ahogado —la señora Flintwinch elaboró con gran esfuerzo esta última frase—, tampoco habría podido resistirme a esas personas tan listas.

—Me lo creo, desde luego.

—Puede usted creerlo, Arthur.

—Affery, ¿quién era esa muchacha que estaba en la habitación de mi madre hace un rato?

—¿Muchacha? —contestó la señora Flintwinch con voz más aguda.

—No me cabe duda de que vi a una joven cerca de usted, casi escondida en la oscuridad.

—Ah, ¿ella? Es la pequeña Dorrit. No es nada, es un capricho de ella —Affery Flintwinch nunca se refería a la señora Clennam por su nombre—. Pero hay otra joven por ahí, ¿ha olvidado usted a su antiguo amor? Claro que fue hace mucho tiempo.

—Sufrí demasiado por la separación que impuso mi madre para olvidarla. La recuerdo muy bien.

—¿Tiene otra enamorada?

—No.

—Entonces, eso será para usted una noticia. Ahora está bien situada y es viuda, y si quiere cortejarla, puede.

—¿Y cómo lo sabes, Affery?

—Esos dos tan listos han estado hablando de eso... ¡Oigo a Jeremiah en las escaleras! —dijo, y desapareció al instante.

La señora Flintwinch había introducido el último hilo en la red que la imaginación de Arthur tejía laboriosamente en aquel viejo taller donde una vez se había instalado el telar de su juventud. La etérea locura de un amor juvenil se había abierto camino hasta en una casa como aquélla, y Arthur se había sentido tan desgraciado por aquel amor sin esperanza como si la casa fuera un castillo romántico. Apenas una semana antes, en Marsella, el rostro de la jovencita de la que se había separado con pesar había despertado en él un interés insólito y cierta ternura debido a un parecido, real o imaginario, con ese primer rostro que lo había arrancado de su triste vida y conducido hacia las brillantes glorias de la imaginación. Se recostó en el alféizar de la ventana larga y baja y, contemplando de nuevo el bosque ennegrecido de chimeneas, empezó a soñar: ésa había sido la tendencia habitual de su vida de adulto —tan pocas cosas tenía en que pensar, tantas cosas podrían haber ido mejor, tantas haberle procurado reflexiones más felices— y lo había convertido, al final, en un soñador.

Capítulo IV

La señora Flintwinch tiene un sueño

La señora Flintwinch, a diferencia del hijo de su vieja señora, cuando soñaba lo hacía con los ojos cerrados. Aquella noche tuvo un sueño curiosamente nítido, varias horas después de dejar al hijo de su vieja señora. Fue tan real en todos los sentidos que no pareció un sueño. Sucedió lo siguiente:

La habitación que ocupaban el señor y la señora Flintwinch distaba pocos pasos de la de la señora Clennam, en la que llevaba tanto tiempo confinada. No estaba en el mismo piso sino en un lado de la casa al que se accedía por un tramo empinado de apenas unos escalones que salían de la escalera principal, situada casi enfrente de la puerta de la señora Clennam. No se podía decir que quedara al alcance de una llamada, ya que la vieja casa estaba repleta de obstáculos en forma de paredes, puertas y paneles; sin embargo, sí era fácil el acceso en cualquier atuendo, a cualquier hora del día o de la noche, hiciera frío o calor. A la cabecera de la cama y a poca distancia de la oreja de la señora Flintwinch, había una campanilla movida por un cordón que terminaba en la mano de la señora Clennam. Cuando la campana sonaba, despertaba a Affery y ésta aparecía en la habitación de la enferma antes incluso de despertarse.

Aquella noche, tras acostar a su señora, encenderle la lámpara y deseárselo las buenas noches, la señora Flintwinch se recogió en su habitación como de costumbre, aunque su señor todavía no había aparecido. Fue su señor —el último motivo que debía pasarle por la cabeza, según opinan la mayoría de los filósofos— quien se convirtió en protagonista del sueño de la señora Flintwinch. Tuvo la sensación de que se despertaba después de dormir varias horas y veía que Jeremiah todavía no se había acostado. Creyó reparar en la vela que había dejado encendida y, con la misma forma de medir el tiempo que el rey Alfredo el Grande, al ver lo mucho que se había consumido, se convenció de que había dormido mucho rato. Soñó que se levantaba, se ponía una bata y unos zapatos y salía a las escaleras, sorprendida, a buscar a Jeremiah.

La escalera era de madera y tan sólida como era menester, y Affery la bajó sin ninguna de las distracciones típicas de los sueños. No la bajó deslizándose sino paso a paso, guiándose por la barandilla, ya que se le había apagado la vela. En un rincón de la entrada, detrás de la puerta de la casa, había un pequeño saloncito que semejaba un pozo, con una ventana larga y estrecha que parecía producto de un desgarrón. En esa habitación, que nunca se usaba, vio una luz encendida.

La señora Flintwinch cruzó la entrada, sintiendo el frío del suelo bajo los pies

desnudos, y atisbó por las oxidadas bisagras de la puerta, que estaba un poco abierta. Esperaba ver a Jeremiah medio dormido o víctima de algún ataque, pero éste se encontraba tranquilamente sentado en una silla, despierto, y en su habitual estado de salud. Pero... ¿cómo?... ¡santo Dios! La señora Flintwinch murmuró una exclamación y se sintió aturdida.

Un señor Flintwinch despierto contemplaba a otro señor Flintwinch dormido. Uno estaba sentado junto a una mesilla y se contemplaba con ojos vivos a sí mismo al otro lado de ésta, con la barbilla hundida contra el pecho, roncando. Al Flintwinch despierto se le veía de cara desde donde estaba su mujer; al Flintwinch dormido, de perfil. El Flintwinch despierto era el original; el durmiente era el doble. Igual que habría sabido distinguir entre un objeto tangible y su reflejo en un espejo, Affery constató estas diferencias sin que la cabeza dejara de darle vueltas.

Si hubiera tenido alguna duda de cuál de los dos era su Jeremiah, la impaciencia de éste último la habría sacado de dudas. Jeremiah buscó a su alrededor un arma ofensiva, cogió un apagavelas y, antes de aplicarlo a la vela, cuya parte superior había ido creciendo hasta parecer un repollo, arremetió contra el durmiente como si quisiera clavárselo en el cuerpo.

—¿Quién es? ¿Qué pasa? —exclamó el durmiente, sobresaltado.

El señor Flintwinch hizo un movimiento con el apagavelas como si estuviera dispuesto a metérselo por la garganta a su compañero para que se callara; éste, despertándose y frotándose los ojos, dijo:

—Se me había olvidado dónde estaba.

—Has dormido dos horas —gruñó Jeremiah mirando su reloj—. Dijiste que te bastaría una siestecilla para descansar.

—Ha sido una siestecilla —dijo el Doble.

—Las dos y media de la madrugada —murmuró Jeremiah—. ¿Dónde está tu sombrero? ¿Dónde está el abrigo? ¿Dónde tienes la caja?

—Todo está aquí —dijo el Doble, abrigándose el cuello con un pañuelo con soñoliento cuidado—. Espera un minuto, dame ahora la manga... Ésa no, la otra... ¡Ahora! Ya no soy tan joven como era. —El señor Flintwinch lo había enfundado en su abrigo con gran energía—. Me prometiste que me darías otro vaso después de que descansara.

—¡Bébetelo y... —contestó Jeremiah— atragántate!, iba a decir. Pero no, bébetelo y márchate —al mismo tiempo, sacó la botella de oporto y llenó un vaso de vino.

—Es su oporto, supongo, ¿no? —dijo el Doble, probándolo como si estuviera en los muelles y tuviera mucho tiempo libre—. ¡A su salud!

Tomó un sorbo.

—¡A la tuya!

Tomó otro sorbo más.

—¡Y a la de él!

Tomó otro sorbo.

—¡Y por todos los amigos de los alrededores de la catedral de San Pablo! —vació el vaso con este brindis tradicional, lo dejó en la mesa y cogió la caja. Era una caja de hierro de unos sesenta centímetros de lado y la cargó bajo el brazo con facilidad. Jeremiah miró con ojos ansiosos cómo la colocaba; intentó arrebatársela con las dos manos para comprobar que la sujetaba bien, le rogó por su vida que tuviera cuidado y se dirigió de puntillas a abrirle la puerta. Affery, previendo este último movimiento, estaba ya en la escalera. La secuencia de acontecimientos era tan normal y tan natural que, desde allí, oyó cómo se abría la puerta, notó el aire de la noche y vio los escalones de fuera.

Pero la parte más extraña del sueño fue la que vino a continuación. Tenía tanto miedo a su marido que, aunque estaba en la escalera, no se sintió con fuerzas para retirarse a su dormitorio (cosa que podría haber hecho con facilidad antes de que él cerrara la puerta) y se quedó ahí quieta. Así pues, cuando él empezó a subir la escalera para irse a la cama, vela en mano, se dio de bruces con ella: la miró asombrado, pero no dijo nada. Siguió su camino sin dejar de mirarla y ella, completamente dominada, fue retrocediendo a medida que él avanzaba. Así, andando ella hacia atrás y él hacia delante, entraron en su dormitorio. En cuanto cerraron la puerta, el señor Flintwinch la cogió por la garganta y empezó a zarandearla hasta que se le puso negra la cara.

—Vamos, Affery, ¡Affery! —dijo el señor Flintwinch—. ¿Qué estabas soñando? Despierta, despierta, ¿qué te pasa?

—¿Qué me pasa, Jeremiah? —jadeó la señora Flintwinch con los ojos en blanco.

—Vamos, Affery, mujer... ¡Affery! Estabas andando en sueños, querida. Yo subía por las escaleras, porque también me había quedado dormido abajo y te he encontrado aquí con tu bata, en plena pesadilla. Affery, mujer —dijo el señor Flintwinch con una sonrisa amistosa en su expresivo rostro—, si vuelves a tener un sueño así tendremos que darte un purgante. Y te daré una dosis... menuda dosis te daré.

La señora Flintwinch le dio las gracias y se metió en la cama sigilosamente.

Cuando los relojes de Londres dieron las nueve el lunes por la mañana, Jeremiah Flintwinch, el hombre que parecía haber descendido de la horca, llevó a la señora Clennam en su silla de ruedas hasta el alto escritorio. Después de que ésta lo abriera con llave y se instalara, Jeremiah se retiró —tal vez para ir a ahorcarse con mayor eficacia— y apareció su hijo.

—¿Está usted mejor esta mañana, madre?

La mujer negó con la cabeza con el mismo alarde de ascetismo que había mostrado la víspera al hablar del tiempo.

—Nunca estaré mejor. Afortunadamente, Arthur, lo sé y puedo soportarlo.

Con ambas manos sobre el escritorio, a cierta distancia la una de la otra, y el alto mueble cerniéndose sobre ella, parecía estar tocando un órgano de iglesia mudo. Eso pensó su hijo (era una vieja idea) cuando se sentó a su lado.

La mujer abrió un par de cajones, revisó unos papeles de negocios y los dejó de nuevo. Su rostro severo no se relajaba: en él ningún hilo podría haber guiado a un explorador por el lúgubre laberinto de sus pensamientos.

—¿Quiere que le hable de nuestros asuntos, madre? ¿Desea usted hablar de negocios?

—¿Que si lo deseo, Arthur? O, mejor dicho, ¿lo deseas tú? Tu padre lleva muerto más de un año, he estado a tu disposición desde entonces y esperando a que te apeteciera.

—Había muchas cosas que arreglar antes de que pudiera marcharme; y cuando partí, viajé un poco para descansar y aliviarme.

Ella se volvió hacia él como si no hubiera oído bien o no hubiera entendido las últimas palabras.

—Para descansar y aliviarte.

Recorrió con la mirada la sombría habitación y, por el movimiento de sus labios, pareció que repetía las palabras para sí, como si quisiera ponerla por testigo del poco descanso y alivio que ella se permitía.

—Además, madre, en su condición de única albacea y teniendo la dirección y gestión de los bienes, poco trabajo, bien podría decir que ninguno, me correspondía a mí hasta que usted tuviera tiempo de arreglar las cosas a su entera satisfacción.

—Las cuentas están hechas —contestó ella—, aquí las tengo. Los comprobantes están todos examinados y verificados. Puedes estudiarlos cuando quieras, Arthur; ahora mismo, si quieres.

—Madre, me basta con saber que el negocio está en orden. ¿Sigo adelante, entonces?

—¿Por qué no? —dijo ella con su gélido estilo.

—Madre, nuestra empresa lleva años rindiendo cada vez menos y nuestros negocios han ido declinando progresivamente. No hemos mostrado confianza ni la hemos favorecido; no hemos conseguido ganar fidelidades; el camino que hemos seguido no era el camino de los tiempos modernos y nos hemos quedado muy atrás. No necesito demorarme en esto, por fuerza lo sabe usted.

—Entiendo lo que quieres decir —contestó ella en tono experto.

—Incluso esta casa en la que nos encontramos —prosiguió su hijo— es un ejemplo de lo que digo. En los primeros tiempos de mi padre y, antes que él, en los de su tío, aquí se hacían todos los negocios, aquí se trabajaba y ésta era la sede. Ahora es una anomalía, una incongruencia, algo anacrónico y sin sentido. Hace tiempo que todos nuestros envíos se hacen a través de los Rovingham, los comerciantes comisionistas; y, aunque usted ha atendido y vigilado los bienes de mi padre en calidad de administradora, sin duda podría haber hecho lo mismo desde una residencia particular, ¿no le parece?

—Así que a ti te parece que una casa no sirve para nada —replicó ella sin dar respuesta a la pregunta— aunque aloje a tu madre enferma e inválida, justamente inválida y con motivos para estar enferma, ¿verdad?

—Estoy hablando únicamente de negocios.

—¿Con qué propósito?

—Ahora se lo diré.

—Ya me imagino lo que quieres decir —contestó ella mirándolo fijamente—. Pero Dios no quiera que me lamente de los castigos que me envía: como pecadora, merezco las mayores decepciones y las acepto.

—Madre, lamento oírle hablar de ese modo, aunque ya temía yo...

—Sabías que diría eso, me conoces bien —lo interrumpió ella.

El hijo hizo una breve pausa: había conseguido que su madre contestara con emoción y estaba sorprendido.

—¡Bueno! —dijo ella, volviendo a su naturaleza pétrea—. Sigue, te escucho.

—Ha adivinado, madre, que he decidido dejar el negocio. No quiero seguir con él. No me corresponde a mí aconsejarla; veo que ha decidido continuar. Si yo tuviera alguna influencia sobre usted, la utilizaría para atenuar la decepción que le estoy causando, para explicarle que he vivido la mitad de una larga vida sin oponerme jamás a su voluntad. No puedo decir que haya sido capaz de adaptarme, ni en corazón ni en espíritu, a sus normas; no puedo decir que crea que mis cuarenta años han sido provechosos o agradables para mí o para otra persona; pero le ruego que recuerde que nunca me he rebelado.

Pobre del suplicante —si alguno se atreviera alguna vez— que tuviera que rogar al inexorable rostro sentado ante el escritorio. Pobre del moroso que tuviera que apelar a un tribunal presidido por ojos tan severos. Grande era la necesidad que aquella mujer rígida tenía de su religión mística, velada de oscuridad y tinieblas, en las que estallaban relámpagos de maldiciones, venganzas y destrucción entre negros nubarrones. Para ella, lo de perdonar nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores era una plegaria de pobres de espíritu. Golpea a mis deudores, Señor; agóstalos, aplástalos, haz con ellos lo que yo haría y te adoraré: ésa era la impía torre de piedra que había construido para alcanzar el Cielo.

—¿Has terminado, Arthur, o tienes algo más que decirme? Creo que no puede haber más: ¡has sido breve pero has dicho muchas cosas!

—Madre, tengo algo más que decirle. Es algo que he tenido en la cabeza, noche y día, durante todo este largo tiempo. Es mucho más difícil de decir que lo anterior. Es algo que me afecta, que nos afecta a todos.

—¡A todos nosotros! ¿Quiénes somos todos nosotros?

—Usted, yo, y mi difunto padre.

La anciana apartó las manos del escritorio, las juntó sobre el regazó y se quedó contemplando el fuego con la impenetrabilidad de una antigua escultura egipcia

—Usted conocía a mi padre muchísimo mejor que yo; y, si bien conmigo era reservado, no tenía con usted la misma reserva. Usted era la más fuerte, madre, y lo dirigía. Ya me daba cuenta cuando era niño, igual que ahora lo sé. Sé que su ascendencia sobre él fue la causa de que marchara a China a ocuparse allí del negocio mientras usted se ocupaba de él aquí, aunque no sé si éste fue exactamente un acuerdo de separación; también sé que fue voluntad de usted que me quedara aquí hasta los veinte años y después me fuera con él, tal como hice. Espero que no le moleste que recuerde todo esto transcurridos veinte años, ¿verdad?

—Estoy esperando a saber por qué me lo recuerdas.

Arthur bajó la voz y dijo con evidente reticencia y a su pesar:

—Quisiera preguntarle, madre, si alguna vez se le ocurrió sospechar...

Al oír la palabra «sospechar» la anciana volvió los ojos por un momento hacia su hijo con el ceño fruncido. Después permitió que buscaran el fuego, como antes; pero sin dejar de fruncir el ceño, como si el escultor del antiguo Egipto hubiera querido que el rostro de granito frunciera el ceño durante siglos.

—... que tal vez padre tuviera algún recuerdo secreto que le causara inquietud, algún remordimiento. Si alguna vez observó algo en su conducta que lo indicara. Si alguna vez habló con él de tal cosa o le oyó insinuarla.

—No entiendo de qué clase de recuerdo secreto parece sugerir que tu padre era víctima —contestó ella tras un silencio—. Hablas de un modo muy misterioso.

—Madre —el hijo se inclinó hacia delante para estar más cerca de ella; hablaba

en susurros y puso una mano nerviosa sobre el escritorio—, ¿es posible que hubiera causado algún daño a alguien y no hubiera reparado su falta?

La anciana lo miró iracunda y se echó hacia atrás en la silla para guardar las distancias, pero no contestó.

—Madre, soy muy consciente de que si esta idea nunca le ha pasado a usted por la cabeza le parecerá cruel y antinatural que la formule yo, aunque sea en confianza. Pero no puedo quitármela de encima. El tiempo y el cambio (he intentado ambas cosas antes de romper este silencio) no han conseguido borrarla. Recuerde que se trata de mi padre. Recuerde que vi su rostro cuando me dio el reloj e hizo un gran esfuerzo para decirme que lo enviaba como una señal que usted entendería. Recuerde que lo vi en sus últimos momentos con un lápiz en la mano sin fuerzas, intentando escribir unas palabras para usted, pero no consiguió darles forma. Cuanto más remota y cruel es esta vaga sospecha, más fuertes son las circunstancias que parecen darle visos de realidad. Por amor de Dios, le ruego que consideremos con todo respeto si nos corresponde compensar algún daño hecho en otro tiempo. Y sólo usted puede ayudarme a hacerlo.

Mientras hacía retroceder, poco a poco, la silla de ruedas con ayuda de su peso, lo que le daba la apariencia de un feroz fantasma que se fuera alejando de Arthur, la señora Clennam levantó el brazo izquierdo, doblado en el codo, interponiéndolo entre ella y su hijo, se llevó el dorso de la mano al rostro y lo miró en un silencio hierático.

—Madre, he empezado y ahora debo hablar de estas cosas: al manejar dinero y ser duro negociando quizá alguien resultara engañado, perjudicado, arruinado. Usted era la fuerza que movía esta maquinaria antes de que yo naciera; su espíritu fuerte ha estado presente en todos los tratos que ha hecho mi padre durante más de cuatro décadas. Me parece que usted puede disipar mis dudas si de veras quiere ayudarme a descubrir la verdad, ¿quiere, madre?

Se detuvo con la esperanza de que ella quisiera hablar, pero el cabello gris dividido por una raya seguía tan inamovible como sus labios.

—Si se puede reparar algún daño, devolver algo, sepámoslo y hagámoslo. Mejor dicho, madre: dentro de mis posibilidades, permita usted que lo haga yo. Por lo que he visto, el dinero da tan poca felicidad, ha traído tan poca paz a esta casa y a sus habitantes que para mí tiene menos valor que para nadie. No puedo comprar con él nada que no acarree recriminación y tristeza mientras me acose la sospecha de que ensombreció con remordimientos las últimas horas de mi padre y de que, en justicia, no me pertenece honradamente.

De la pared panelada colgaba una cuerda de campana a escasa distancia del escritorio. Con un movimiento rápido y repentino de los pies, la anciana retrocedió y tiró de ella con violencia; tenía aún el brazo en la misma postura de escudo, como si Arthur estuviera pegándole y ella se defendiera de los golpes.

Apareció en seguida una jovencita, asustada.

—¡Dile a Flintwinch que venga!

En cuestión de segundos la joven había desaparecido y el viejo se encontraba en la habitación.

—Vaya, ¿ya están discutiendo ustedes dos? —dijo con frialdad mientras se acariciaba la cara—. Lo sabía, estaba seguro.

—¡Flintwinch! —dijo la madre—. ¡Mire a mi hijo! ¡Mírelo!

—Sí, ya lo estoy mirando —dijo Flintwinch.

La mujer extendió el brazo que había utilizado como escudo y, sin dejar de hablar, señaló hacia la causa de su ira.

—¡Nada más volver, cuando sus zapatos ni siquiera se han secado, ya se atreve a ensuciar la memoria de su padre delante de su madre! ¡Le pide a su madre que se convierta, como él, en espía de las transacciones que hizo su padre a lo largo de toda su vida! ¡Sospecha que los bienes de este mundo que hemos ido reuniendo dolorosamente, con esfuerzo y penurias, podrían ser fruto del saqueo! ¡Y pregunta a quién deben devolverse como reparación!

Aunque estaba furiosa, hablaba con voz perfectamente controlada, más grave incluso de lo normal, pronunciando con gran nitidez.

—¡Reparación! —exclamó—. ¡Sí, eso dice! Es fácil para él hablar de reparación a la vuelta de sus viajes y juerguecitas por el extranjero, después de una vida de vanidades y placeres. Pero mírenme a mí, encerrada en esta casa. Lo soporto sin una queja porque debo hacerlo en reparación de mis pecados. ¡Reparación! ¿Es que no la hay ya en esta habitación? ¿Es que no la ha habido a lo largo de estos quince años?

Así llevaba la señora Clennam la contabilidad con el Señor, apuntando entradas y salidas y reclamando deudas. Sin embargo, puesto que a diario miles y miles de personas hacen lo mismo, de una u otra manera, lo único notable en ella era la energía y el énfasis con que lo hacía.

—Flintwinch, ¡deme ese libro!

El viejo le tendió el libro que estaba en la mesa. La anciana puso dos dedos entre las hojas, cerró el libro sobre éstos y se lo ofreció a su hijo de modo amenazador.

—En otros tiempos, Arthur, que este libro describe, había hombres piadosos, amados del Señor, que habrían maldecido a sus hijos por mucho menos: que los habrían apartado, que habrían apartado naciones enteras, si hubiera sido necesario, para que fueran despreciadas por Dios y el hombre, y todos hallaran la muerte, incluso los niños de pecho. Pero yo sólo te diré que, si vuelves a hablar de este asunto, renegaré de ti; te echaré de esta casa de tal manera que preferirías haber sido huérfano desde la cuna. Nunca más querré verte o saber de ti. Y si, después de eso, apareces en esta oscura habitación para atenderme en mi lecho de muerte, en lo que a mí respecta, mi cuerpo empezará a sangrar en cuanto te acerques.

Aliviada en parte por la intensidad de esta amenaza y en parte, por monstruoso que parezca, por la sensación de que se trataba de algún tipo de ceremonia religiosa, devolvió el libro al viejo y se calló.

—Bueno —dijo Jeremiah—, si bien les prevengo que no pienso interponerme entre ustedes dos, ¿me permiten preguntar, puesto que me han llamado y me han hecho testigo, de qué trata todo esto?

—Que se lo cuente mi madre —contestó Arthur, viendo que se esperaba que hablara él—. Dejémoslo aquí. Lo que he dicho, se lo he dicho sólo a mi madre.

—Oh —contestó el viejo—. ¿Que me lo cuente su madre? ¿Que me lo cuente ella? ¡Bueno! Pero su madre ha dicho que sospecha usted de su padre. Eso no está bien, Arthur. ¿De quién sospechará a continuación?

—Ya es suficiente —dijo la señora Clennam, volviendo el rostro de tal modo que, en aquel momento, se dirigía sólo al anciano—. Ni una palabra más.

—Sí, pero un momento, un momento —insistió el anciano—. Veamos en qué queda todo esto. ¿Le ha dicho usted al señor que no puede venir a ofender a nadie en la casa de su padre? ¿Que no tiene derecho a hacerlo? ¿Que no hay motivo alguno?

—Se lo digo ahora.

—Ah, exactamente —dijo el anciano—. Se lo dice ahora. No se lo había dicho antes y se lo dice ahora. ¡Vaya, vaya! Sabe bien que he mediado entre usted y el padre de este hijo durante tanto tiempo que es como si la muerte no hubiera cambiado nada y siguiera aquí entre nosotros. Así que quiero, y con justicia pido que quede eso claro, Arthur, quiero que sepa que no tiene usted derecho a desconfiar de su padre y no tiene motivo alguno para hacerlo.

Puso las manos en el respaldo de la silla de ruedas y murmurando para sí, empujó lentamente a su señora hacia el escritorio.

—Veamos —prosiguió, a su espalda—, por si tuviera que irme dejando las cosas a medias y luego se me requiriera cuando le diera a usted uno de sus arrebatos, ¿le ha dicho Arthur lo que piensa hacer con el negocio?

—Ha renunciado ya a él.

—En favor de nadie, supongo.

La señora Clennam miró a su hijo, que se había apoyado contra una de las ventanas.

Éste sostuvo la mirada y dijo:

—En favor de mi madre, por supuesto. Que actúe como le plazca.

—Si algún placer —dijo la señora Clennam tras una breve pausa— pudiera obtener de ver truncada la esperanza de que mi hijo, en la flor de la vida, infundiera juventud y fuerza en el negocio, haciéndolo crecer y volviéndolo más rentable, sería el de premiar a un sirviente viejo y fiel. Jeremiah, el capitán abandona el barco, pero tú y yo flotaremos o nos hundiremos con él.

Jeremiah, cuyos ojos brillaron como si hubiera visto dinero, miró rápidamente al hijo como si le estuviera diciendo: «No te debo la menor gratitud, tú no has hecho nada», y después le dijo a la madre que se lo agradecía mucho, que Affery se lo agradecía mucho; que él nunca la abandonaría y que Affery nunca la abandonaría. Finalmente, sacó el reloj de las profundidades y dijo:

—Son las once, ¡la hora de las ostras! —y con ese cambio de tema, que no supuso ningún cambio de expresión ni de actitud, tiró de la campana.

Sin embargo, la señora Clennam, dispuesta a tratarse a sí misma con el mayor rigor después de que sospechara de ella que no estaba familiarizada con la reparación de daños, se negó a comer las ostras cuando las trajeron. Las ocho ostras resultaban muy tentadoras, dispuestas en una fuente blanca sobre una bandeja cubierta con un mantel blanco, flanqueadas por una rebanada de pan con mantequilla y un vasito de agua y vino frescos; no quiso que le insistieran y las mandó retirar para poder anotar el gesto en su «haber» del libro de cuentas de la Eternidad.

El pequeño refrigerio de las ostras no lo sirvió Affery sino la joven que había aparecido al sonar la campanilla, la misma que estaba en la habitación en penumbra la noche anterior. En ese momento Arthur tuvo la oportunidad de observarla y le pareció que la diminuta figura, los rasgos menudos y el atuendo escaso y austero hacían que aparentara menos edad de la que tenía. Era una mujer de unos veintidós años, pero por la calle le habría parecido una chiquilla de poco más de la mitad. No es que su rostro fuera muy aniñado, porque lo cierto era que éste expresaba más atención y cuidado de lo que correspondía naturalmente; pero era tan pequeña y ligera, hacía tan poco ruido y era tan tímida, parecía tan incómoda entre tres personas mayores y severas, que tenía la actitud y el aspecto de una niña sumisa.

Con dureza, y con una vacilación que fluctuaba entre la condescendencia y el desprecio, entre un chorro a presión y el vapor de una tetera, la señora Clennam mostraba interés por su criada. Incluso cuando ésta entró tras el violento campanazo, mientras ella se defendía con ese gesto de su hijo, sus ojos la miraron con una consideración que sólo ella parecía merecer. Así como el más duro de los metales tiene diversos grados de dureza y el mismo color negro tiene diversos tonos de color, también en la aspereza de la actitud de la señora Clennam con el resto de la humanidad y con la pequeña Dorrit había cierta gradación.

La pequeña Dorrit hacía labores de aguja y podían contratarla por tanto —o tan poco— al día, de ocho a ocho. Puntualmente aparecía; puntualmente desaparecía. Y lo que sucedía antes de las ocho y después de las ocho era un misterio.

Otro de los fenómenos morales de la pequeña Dorrit era que, además de una cantidad de dinero, su contrato diario incluía las comidas, pero sentía una extraordinaria repugnancia por comer en compañía y nunca lo hacía si podía evitarlo. Siempre alegaba que tenía que empezar un trabajo o terminarlo; y al dictado de algún

plan, no muy astuto, porque no engañaba a nadie, comía sola. Cuando lo conseguía, se llevaba feliz el plato a cualquier sitio y utilizaba como mesa su regazo, una caja, el suelo o, incluso, según imaginaban, comía de puntillas con el plato en la repisa de la chimenea; después de eso, la gran inquietud del día de la pequeña Dorrit desaparecía.

No era fácil ver con claridad el rostro de la pequeña Dorrit; tan retraída era, tan remotos los rincones en los que se dedicaba a su labor y tanto se apartaba, asustada, si alguien se cruzaba con ella en las escaleras. Sin embargo, parecía tener un rostro pálido y transparente y una expresión viva, si bien sus rasgos, con la única excepción de sus dulces ojos color avellana, no eran hermosos. Cuando la pequeña Dorrit se sentaba a trabajar, era sólo una cabeza delicadamente inclinada, un cuerpo diminuto, unas manitas ocupadas y un vestido ajado —muy ajado tenía que estar para que se notara, tan limpio estaba—.

Estos particulares —o estas generalidades— relacionados con la pequeña Dorrit los obtuvo Arthur a lo largo del día a partir de su propia observación o directamente de Affery. Si Affery hubiera tenido voluntad u opinión propias, probablemente se habría opuesto a la pequeña Dorrit. Pero, como «esas personas tan listas» —así se refería ella a quienes habían devorado su personalidad— convenían en aceptar la presencia de la pequeña Dorrit como hecho indiscutible, no tenía otro remedio que aceptarla también. De la misma manera, si ese par de listos hubiera acordado asesinar a la pequeña Dorrit a la luz de la vela y le hubiera pedido a Affery que sostuviera la palmatoria, sin duda la habría sostenido.

Mientras asaba la perdiz para el cuarto de la enferma y preparaba ternera asada y pudín para el comedor, Affery iba asomando de vez en cuando la cabeza por la puerta para comunicarle a Arthur lo expuesto más arriba y fomentar la resistencia contra ese par de listos. La señora Flintwinch parecía obsesionada con la idea de que el hijo único se enfrentara a ambos.

A lo largo del día, además, Arthur se dedicó a examinar la casa. La encontró triste y oscura. Las severas habitaciones, que llevaban desiertas años y años, parecían instaladas en un sombrío letargo del que nada podía despertarlas. El mobiliario, a un tiempo superfluo y pesado, más que amueblar las habitaciones se diría que las utilizaba para esconderse. No había color en toda la casa; el color que pudo albergar en otros tiempos se había marchado en perdidos rayos de sol, tal vez para que lo absorbieran, por qué no, flores, mariposas, plumas de pájaros o piedras preciosas. De los cimientos al tejado no había un solo piso horizontal; los techos tenían tal capa de humo y polvo que las adivinas podrían ver en ellos el futuro mejor que en los posos de té; los gélidos hogares no ofrecían otro indicio de haber sido encendidos que los montones de hollín que formaban pequeños torbellinos cuando se abrían las puertas. En lo que había sido un saloncito, quedaba un par de pobres espejos con tristes procesiones de figuras negras con negras guirnaldas que daban vueltas en torno al

marco, pero incluso a ellos les faltaban la cabeza y las piernas, y un Cupido con cara de enterrador, después de girar sobre sí mismo, se había puesto cabeza abajo; otro se había caído del todo. El despacho donde trabajaba el difunto padre de Arthur Clennam, de acuerdo con los más antiguos recuerdos de éste, había cambiado tan poco que era fácil imaginar que seguía ocupándolo invisiblemente, igual que su viuda mantenía su habitación en el piso de arriba, e igual que Jeremiah Flintwinch seguía mediando entre ambos. Su retrato, oscuro y lúgubre, firmemente mudo en la pared, miraba a su hijo intensamente, como cuando lo abandonó la vida, y parecía apremiarlo horriblemente a llevar a cabo la misión encomendada; pero ahora el hijo no albergaba ilusiones de que su madre cediera y, si pensaba en cualquier otro medio de acallar su inquietud, hacía ya tiempo que había perdido toda esperanza. Tanto abajo, en el sótano, como arriba, en los dormitorios, el tiempo y la decadencia habían transformado los viejos objetos que recordaba perfectamente, pero seguían éstos en el mismo sitio; incluso los barriles de cerveza cubiertos de telarañas y las botellas de vino vacías con el cuello estrangulado por hongos y pelusa. También allí, entre raros botelleros y pálidos rayos de luz procedentes del patio, se encontraba la habitación repleta de viejos libros de cuentas: de ella emanaba un olor tan mohoso y corrupto como si todas las noches los viejos contables resucitaran para tener al día los balances.

La carne asada se sirvió, en un acto de penitencia, sobre un mantel encogido y en el extremo de la mesa del comedor, a las dos en punto. Ahí Arthur comió con el señor Flintwinch, el nuevo socio. El señor Flintwinch le informó de que su madre había recuperado la calma y de que no debía temer que aludiera a lo sucedido por la mañana.

—Y no ofenda usted a su padre en su propia casa, Arthur —añadió Jeremiah—. ¡De una vez por todas, no lo ofenda! Y no hay nada más que añadir sobre el asunto.

El señor Flintwinch había estado ya arreglando y limpiando el polvo de su pequeño despacho con intención de ponerse a la altura de su nueva dignidad. Reanudó su trabajo después de saciarse de ternera, de sorber toda la salsa de la carne con la parte contraria al filo de la hoja del cuchillo y de servirse generosamente del barril de cerveza de baja graduación que se guardaba en un cuartito anexo a la cocina. Así repuesto, se remangó y volvió al trabajo. Arthur, contemplándolo, concluyó que el retrato de su padre o su misma tumba habrían sido tan comunicativos como el anciano.

—Affery, mujer —dijo el señor Flintwinch mientras cruzaba el vestíbulo—. La última vez que he subido todavía no habías hecho la cama del señor. Espabila.

Pero Arthur había encontrado la casa tan desolada y lóbrega y estaba tan poco dispuesto a asistir a otra implacable maldición de su madre, deseando a sus enemigos (tal vez él entre ellos) una desfiguración mortal y una ruina inmortal, que anunció su

intención de alojarse en la posada donde había dejado el equipaje. El señor Flintwinch recibió bien la idea de librarse de él, y como su madre era totalmente indiferente —más allá de las consideraciones sobre la necesidad de ahorrar— a cualquier acontecimiento doméstico que tuviera lugar fuera de las paredes de su dormitorio, Arthur pudo disponer sus arreglos sin ofender a nadie. Acordaron un horario para que su madre, el señor Flintwinch y él trabajaran revisando libros y papeles, y salió de la casa que había encontrado hacía tan poco con el corazón abatido.

¿Y la pequeña Dorrit?

El horario dedicado a los negocios, que incluía las pausas en las que la inválida tomaba ostras y perdices y que Clennam aprovechaba para reponerse con un paseo, fue de diez de la mañana hasta seis de la tarde durante aproximadamente una quincena. Algunas veces, la pequeña Dorrit estaba ocupada cosiendo, otras veces no estaba y otras aparecía como una humilde visita, igual que el día en que llegó Arthur. La curiosidad inicial de éste iba amentando día a día mientras la esperaba, la viera o no la viera, y se entregaba a la especulación. Influido por la idea que le dominaba, hasta llegó a pensar en la posibilidad de que, en cierto modo, la joven guardara alguna relación con ella. Finalmente, decidió vigilar a la pequeña Dorrit y averiguar algo más sobre su historia.

Capítulo VI

El padre de Marshalsea

Hace treinta años, a unas pocas puertas de la iglesia de Saint George, en el barrio de Southwark, al lado izquierdo del camino que iba hacia el sur, estaba la cárcel de Marshalsea. Llevaba allí muchos años y aún estaría unos cuantos más, pero ahora ha desaparecido y no por ello el mundo es un lugar peor.

Era una mole oblonga de aspecto cuartelario, dividida en casas miserables unidas unas a otras por la parte trasera, de modo que no tenía habitaciones posteriores; rodeada por un estrecho patio adoquinado y cercada por altos muros debidamente rematados por pinchos. Era una cárcel angosta y reducida para deudores, y tenía dentro otra más angosta y reducida para contrabandistas. Infractores de las leyes fiscales y defraudadores de aranceles e impuestos de aduana, castigados con multas que no podían pagar, eran —en principio— encarcelados tras una puerta con chapa de hierro que cerraba una segunda cárcel formada por una o dos celdas de aislamiento y un callejón sin salida de un metro y medio de anchura; este callejón constituía el misterioso final de un pequeño campo de bolos en el que los deudores de Marshalsea echaban sus penas a rodar.

Tales infractores estaban —en principio— ahí encarcelados, pero con el paso del tiempo las celdas y el callejón sin salida se habían revelado insuficientes; en la práctica, estas condiciones habían llegado a considerarse excesivamente duras, aunque, en teoría, eran tan buenas como siempre; lo mismo se podría decir actualmente de otras celdas nada aisladas y otros callejones sin salida. Por ello, normalmente los contrabandistas confraternizaban con los deudores (que los recibían con los brazos abiertos), excepto en algunos momentos cruciales en que algún funcionario procedía a alguna revisión que ni él ni nadie sabía en qué consistía. En estas ocasiones, auténticamente británicas, los contrabandistas, si es que alguno había, simulaban entrar en las celdas aisladas y el callejón sin salida, mientras el funcionario simulaba hacer su trabajo... y sin simulación alguna se marchaba inmediatamente después de no hacerlo, claro epítome del modo en que se gestionan la mayoría de los asuntos públicos de nuestra isla, nuestra pequeña isla.

Mucho antes del día en que el sol brillaba en Marsella, al principio de esta narración, un deudor con el que ésta guarda alguna relación había ingresado en la cárcel de Marshalsea.

Era, en ese momento, un caballero de mediana edad, muy amable y muy inofensivo, que iba a salir de inmediato. Sin duda, iba a salir en seguida porque el cerrojo de Marshalsea nunca había encerrado a un deudor que no lo fuera. Llevaba

una maleta con él y no estaba seguro de que mereciera la pena deshacerla; tan claro le parecía —como a todos los demás, decía el portero— que iba a salir en seguida.

Era un hombre tímido y reservado; apuesto pero de un modo algo afeminado; con una voz suave, cabello rizado y unas manos indecisas —en aquellos tiempos, con anillos en los dedos— que, nerviosas, se llevó a la boca cientos de veces en la primera media hora que pasó justo después de que ingresara en la cárcel. Su principal inquietud era su esposa.

—¿Cree usted, señor —le preguntó al portero—, que se quedará muy impresionada si mañana por la mañana se presenta ante esta puerta?

El portero contestó que, según su experiencia, sabía que algunas se impresionaban mucho y otras no. En general, eran mayoría las que no se impresionaban.

—¿Cómo es la mujer? Porque ahí está la clave —preguntó filosóficamente.

—Es muy delicada e inexperta.

—Pues eso que tiene en contra.

—Está tan poco acostumbrada a salir sola —dijo el deudor—, que no sé si sabrá llegar hasta aquí, si viene andando.

—Quizá —dijo el portero— coja un coche de alquiler.

—Quizá. —Los dedos indecisos tocaron los labios temblorosos—. Espero que lo haga, quizá no se le ocurra.

—O a lo mejor —dijo el portero, ofreciendo sus consejos desde lo alto de un gastado taburete de madera, como los habría podido ofrecer a un niño por cuya debilidad sintiera compasión— pide a un hermano o una hermana que la acompañen.

—No tiene hermanos.

—Pues a una sobrina, un sobrino, un primo, un criado, una criada o un vendedor de verduras. ¡Vaya! Quien sea —dijo el portero, oponiéndose de antemano a cualquier respuesta negativa a sus sugerencias.

—Me temo... Espero que no vaya contra las normas... Temó que venga con los niños.

—¿Los niños? —dijo el portero—. ¿Las normas? Vaya, el Señor lo ha puesto en el mejor sitio. Tenemos un campo de juegos para niños. ¡Niños! Esto está lleno de niños, ¿cuántos tiene usted?

—Dos —dijo el deudor, llevándose de nuevo los dedos indecisos a los labios y regresando al interior de la cárcel.

El portero lo siguió con los ojos. «Y con él ya son tres —pensó—. Y su mujer, otra criatura, me apostaría una corona. Así que ya son cuatro. Y otro en camino, apostaría media corona. Cinco en total. Y me jugaría otros siete chelines y tres peniques a que sé quién es el más indefenso, el niño que no ha nacido o usted».

Había acertado en todos los detalles. La mujer apareció al día siguiente con un niño de tres años y una niña de dos y lo corroboró todo.

—Tiene ya habitación, ¿verdad? —preguntó el portero al deudor al cabo de una semana o dos.

—Sí, tengo una muy buena.

—¿Va a traer algún trasto para amueblarla? —preguntó el portero.

—Espero que esta tarde el transportista me traiga algunos muebles.

—¿La parienta y los niños van a venir a hacerle compañía? —preguntó el portero.

—Sí, nos parece mejor que no nos separemos, ni siquiera unas semanas.

—Aunque sólo sean unas semanas, claro —contestó el portero. Lo siguió con los ojos y asintió varias veces antes de que desapareciera.

Los asuntos de este deudor los había complicado una empresa a la que estaba asociado, de la que lo único que sabía era que había invertido dinero en ella; y, mediante cesiones y acuerdos, un traspaso aquí y otro traspaso allá, y la sospecha de que los acreedores le tenían una preferencia ilegítima y de que se habían producido desapariciones misteriosas de los bienes; y, como nadie en la faz de la tierra era más incapaz que el deudor mismo de explicar una sola cosa en aquel cúmulo de confusión, era imposible sacar nada comprensible del caso. Hacerle preguntas detalladas y esforzarse por encajar sus respuestas, o encerrarlo con contables y sabios profesionales, expertos en artimañas de insolvencia y bancarrota, equivalía a situarlo todo a un interés compuesto de incomprensibilidad. Los dedos indecisos iban y venían de los labios temblorosos cada vez con mayor ineficacia en tales ocasiones y los profesionales más agudos lo habían dejado por imposible.

—¿Salir? —dijo el portero—. Éste no sale a menos que sus acreedores lo agarren por los hombros y lo saquen a empujones.

Llevaba ya cinco o seis meses en la cárcel cuando una mañana el preso fue corriendo al portero, sin aliento y pálido, para decirle que su mujer estaba mal.

—Como era de prever —dijo el portero.

—Teníamos previsto que se marchara mañana a una casa de campo —contestó el preso—. ¿Qué hago? ¡Santo cielo, qué voy a hacer!

—No pierda el tiempo retorciéndose las manos y mordiéndose los dedos —contestó el portero, que era un hombre práctico, agarrándolo por el codo—. Venga conmigo.

El portero lo condujo por una de las escaleras comunes de la cárcel hasta la puerta de la buhardilla mientras el preso temblaba de pies a cabeza, gemía por lo bajo: «¡Qué hago, qué hago!» y sus dedos indecisos le esparcían las lágrimas por el rostro. El portero llamó con la empuñadura de la llave.

—¡Adelante! —gritó una voz desde dentro.

El portero abrió la puerta y, en una habitación pequeña, miserable y maloliente, aparecieron dos personajes de cara rubicunda, hinchados y roncós, que, sentados ante una mesilla, jugaban a las cartas mientras fumaban en pipa y bebían brandy.

—Doctor —dijo—, la esposa de este caballero lo necesita a usted cuanto antes.

El amigo del doctor ofrecía a la vista cierto grado de ronquera, hinchazón, rubicundez, naipes, tabaco, suciedad y brandy; pero, en comparación, el médico resultaba más ronco, más hinchado, más rubicundo, más sucio y más impregnado de naipes, tabaco y brandy. Iba increíblemente mal vestido, con una chaqueta de marinero rasgada y zurcida, rota en los codos y a la que ostensiblemente le faltaban varios botones (en sus buenos tiempos había sido el experimentado médico de un barco de pasajeros), los pantalones blancos más inmundos que un mortal pueda concebir, unas zapatillas de fieltro y, al parecer, ninguna ropa blanca.

—¿De parto? ¡Eso es lo mío! —exclamó el médico.

Tras decir estas palabras, cogió un peine de la repisa de la chimenea y se peinó hasta dejarse los cabellos de punta —ésa era, al parecer, su manera de asearse—, sacó luego un maletín profesional de abyecta apariencia del mismo armario en que guardaba tazas, platos y el carbón de la chimenea, asentó la barbilla dentro de la astrosa bufanda que llevaba en torno al cuello y se convirtió en un espantoso espantapájaros médico.

El doctor y el deudor bajaron corriendo las escaleras, dejaron al portero volver a su puesto de guardia y se dirigieron a la habitación del deudor. Todas las mujeres que vivían en la cárcel se habían enterado de la noticia y estaban en el patio. Algunas se habían hecho cargo ya de los dos niños y se los llevaban generosamente con ellas; otras ofrecían en préstamo las pequeñas comodidades que poseían; otras manifestaban su comprensión con la mayor locuacidad. Los varones, sintiéndose en situación de inferioridad, en su mayoría se habían retirado, por no decir se habían escabullido a sus respectivas habitaciones; desde las ventanas abiertas algunos saludaron con silbidos al médico cuando lo vieron pasar, mientras otros, a varios pisos de distancia, bromeaban sobre el nerviosismo general.

Era un caluroso día de verano y las habitaciones de la cárcel se cocían entre los altos muros. En la habitación del deudor, la señora Bangham, asistenta y mujer de los recados, que no estaba presa (aunque lo había estado) y hacía para muchos de medio de comunicación con el mundo exterior, había brindado sus servicios como cazamoscas y en todo lo que fuera menester. Las paredes y el techo de la habitación estaban negros de moscas. La señora Bangham, experta en improvisar artefactos, abanicaba con una mano a la paciente con una hoja de col mientras con la otra colocaba trampas de vinagre y azúcar, dentro de botes de hojalata, para atrapar a tales insectos; y al mismo tiempo formulaba expresiones de ánimo y felicitación adaptadas al momento.

—Le molestan las moscas, ¿verdad, querida? —dijo la señora Bangham—. Bueno, quizá la distraigan y le vengán bien. Entre el cementerio, la tienda de ultramarinos, los establos y la tripería, las moscas de Marshalsea engordan mucho. A

lo mejor nos las envían como consuelo y no lo sabemos. ¿Cómo se encuentra ahora, querida? ¿No está mejor? Claro que no, cariño. Se encontrará peor antes de mejorar, eso ya lo sabe usted, ¿verdad? ¡Eso está bien! ¡Y pensar que ese angelito va a nacer dentro de la cárcel ¿No es una cosa bonita? ¿No la ayuda a tolerar mejor este mal rato? No recuerdo que haya sucedido nada parecido, creo que no lo he visto nunca. ¿Qué es eso? ¿Está llorando? —dijo la señora Bangham con intención de animar a la paciente—. ¡Usted, que va a ser famosa! ¡Llora cuando las moscas están cayendo en los frascos por decenas! ¡Cuando todo va tan bien! ¡Y aquí tenemos a su querido esposo con el doctor Haggage! ¡Ahora sí que está todo listo! —añadió mientras se abría la puerta.

La del doctor no era precisamente una aparición que inspirara la idea de que estuviera todo listo, pero no tardó en dar su opinión:

—Señora Bangham, estamos todo lo bien que podemos estar y saldremos de ésta igual que de una casa ardiendo.

Y, como entre uno y otra se hicieron dueños de aquella pobre pareja desvalida, como todo el mundo había hecho siempre, los recursos disponibles fueron en conjunto tan buenos como los mejores. El rasgo distintivo del tratamiento del doctor Haggage fue su firme resolución de que la señora Bangham estuviera a la altura de la situación. He aquí un ejemplo:

—Señora Bangham —dijo cuando no llevaba allí ni veinte minutos—, vaya a buscar un poco de brandy porque, de otro modo, va usted a desmayarse.

—Gracias, señor, pero no lo necesito —contestó la señora Bangham.

—Señora Bangham —insistió el médico—, estoy atendiendo a esta dama profesionalmente y no admito discusión alguna. Vaya y traiga un poco de brandy porque de otro modo sé que no va usted a aguantar.

—Obedezco, señor —dijo la señora Bangham poniéndose en pie—; y, si se lleva usted el brandy a la boca, tampoco estará peor por ello, ya que no tiene muy buen aspecto.

—Señora Bangham —contestó el médico—, gracias, pero mi estado no es asunto suyo, como sí lo es para mí el suyo. Olvídese de mí, haga el favor. Su deber es hacer lo que se le pide e ir a buscar lo que le digo.

La señora Bangham obedeció y el médico, tras administrarle su dosis, tomó la propia. Repitió el tratamiento cada hora y se mostró muy firme con la señora Bangham. Pasaron tres o cuatro horas; las moscas caían a centenares en las trampas y al final, una vida, apenas más fuerte que la de esos insectos, apareció entre la multitud de pequeños cadáveres.

—Una niña preciosa —dijo el médico—. Pequeñita pero bien formada. ¡Vaya, señora Bangham! Tiene usted mal aspecto. Salga a buscar un poco más de brandy ahora mismo o tendrá un ataque de histeria.

Para entonces los anillos habían empezado a caer de los indecisos dedos del deudor como hojas de un árbol en invierno. No quedaba ya ninguno en ellos aquella noche cuando depositó algo que tintineaba en la grasienta palma del médico. En el ínterin, la señora Bangham había salido a hacer un recado a un establecimiento cercano, decorado con las tres bolas doradas distintivas de las casas de empeños, en el que era bien conocida.

—Gracias —dijo el médico—. Gracias. Su esposa está bastante bien, se recupera estupendamente.

—Estoy muy feliz y muy agradecido —dijo el deudor—. Aunque nunca se me habría ocurrido que...

—¿Que fuera a tener un hijo en un lugar así? —dijo el médico—. Bah, bah... ¿eso qué más da? Lo que necesitamos aquí es un poco más de espacio para movernos. Por lo demás, aquí se está tranquilo, nadie nos molesta; aquí no hay aldaba a la que vengan a llamar los acreedores y el corazón de un hombre no tiene por qué dar un vuelco. Nadie viene a preguntar si hay alguien en casa ni dice que esperará en el felpudo hasta que aparezca. Nadie envía cartas amenazadoras por cuestiones de dinero. Esto es la libertad, señor, es la libertad. He atendido casos como el de hoy en el país y en el extranjero, durante un viaje y a bordo de un barco, y le diré una cosa: creo que nunca he trabajado con tanta calma como hoy. En otros lugares la gente está inquieta, preocupada, llena de prisas, intranquila por esto o aquello. Aquí no pasan estas cosas. La suerte está ya echada, conocemos lo peor; hemos tocado fondo y ya no podemos caer más bajo. ¿Y con qué nos hemos encontrado? Con la paz. He aquí la palabra: paz.

Y con esta profesión de fe, el médico, que era preso viejo, estaba más borracho que de costumbre y tenía el estímulo adicional e insólito del dinero en el bolsillo, regresó con su camarada y compañero en ronquera, hinchazón y rubicundez, así como en afición a los naipes, el tabaco, la suciedad y el brandy.

Aunque el deudor era un hombre muy distinto del médico, había empezado ya a viajar, desde el extremo opuesto, hacia el mismo punto. Al principio, aplastado por la encarcelación, no había tardado en encontrar en ella un sordo alivio. Estaba encerrado bajo llave, pero la llave que lo recluía dejaba fuera, al mismo tiempo, gran parte de sus problemas. Si hubiera sido un hombre con fuerza de voluntad suficiente para hacer frente a esas dificultades y combatir las, también habría podido romper la red que lo envolvía... o se habría destrozado el corazón; siendo como era, se fue deslizándose lánguidamente pendiente abajo y nunca más volvió a dar un paso para remontarla.

Cuando se vio libre de los complejos asuntos que ningún expediente podía aclarar, después de que una docena de agentes, uno tras otro, se revelaran incapaces de encontrar un principio, un nudo o un desenlace en ellos o en él, el deudor halló en

aquel miserable lugar de refugio un cobijo más tranquilo que en los primeros días. Hacía tiempo que había desempaquetado la maleta; sus hijos mayores jugaban habitualmente en el patio y todo el mundo conocía a la niña y, de un modo u otro, reclamaba sobre ella derechos de propiedad.

—Vaya, me siento orgulloso de usted —le dijo su amigo el portero, un día—. Pronto será el habitante más viejo de la casa. Marshalsea no sería lo que es sin usted y su familia.

El portero de veras estaba orgulloso de él. Lo elogiaba ante los recién llegados, cuando no estaba presente, diciendo:

—¿Han visto al hombre que acaba de salir de la portería?

Y, cuando el recién llegado probablemente decía que sí:

—Pues era el más refinado de los caballeros. Educado sin reparar en gastos. En una ocasión estuvo en casa del director para probar un piano nuevo. Y lo tocó maravillosamente. Y en cuestión de lenguas... las habla todas. Una vez tuvimos aquí a un francés y yo creo que este caballero hablaba mejor el francés que el francés mismo. Tuvimos a un italiano y lo hizo callar en medio minuto. Encontrarán a otros personajes en otras cárceles, no digo que no; pero para ver al mejor en todos los aspectos que he mencionado tienen que venir a Marshalsea.

Un día, cuando su hija pequeña tenía ocho años, su mujer, que llevaba tiempo languideciendo —porque su constitución era débil, pero no porque fuera más sensible al lugar en que se encontraba—, viajó al campo para visitar a una amiga pobre que había sido su niñera y murió allí. El deudor no salió de su habitación en quince días; y un escribiente (que debía comparecer ante el tribunal de insolventes) redactó una carta de condolencia que parecía un contrato de arrendamiento y que firmaron todos los presos.

Cuando apareció de nuevo, tenía el cabello todavía más gris (había empezado a encanecer bastante pronto); y el portero advirtió que, igual que al llegar a la cárcel, volvía a tener la costumbre de llevarse los dedos a los labios temblorosos.

Sin embargo, en el plazo de uno o dos meses llegó a recuperarse bastante; y, mientras tanto, los niños jugaban en el patio como siempre, pero vestidos de negro.

Por entonces, la señora Bangham, que durante mucho tiempo había sido un medio de comunicación con el mundo exterior muy solicitado, empezó a moverse con dificultad y, cada vez con mayor frecuencia, la encontraban en estado comatoso, caída sobre la acera, con el cesto de la compra desparramado y, además, en el cambio que tenía que devolver a sus clientes faltaban nueve peniques. El hijo del caballero empezó a sustituir a la señora Bangham y a hacer recados con gran habilidad, y así se convirtió en preso de la prisión y callejero de las calles.

Pasó el tiempo y el portero empezó a encontrarse mal. Se le hinchaba el pecho, tenía las piernas cada vez más débiles y le faltaba el aliento. El gastado taburete de

madera quedaba «fuera de su alcance». Se sentaba en un sillón con un cojín y algunas veces resoplaba tanto y tanto tiempo que no podía ni girar la llave. Cuando estos ataques podían con él, el deudor giraba la llave en su lugar.

—Usted y yo —dijo el portero una noche de invierno en la que nevaba, y la portería, en la que ardía un buen fuego, estaba muy concurrida— somos los habitantes más antiguos. Yo no llevaba todavía siete años cuando llegó usted. Y no duraré mucho. Cuando descorra el cerrojo de este mundo, usted será el Padre de Marshalsea.

El portero descorrió definitivamente el cerrojo de este mundo al día siguiente. Todos recordaron sus palabras y las repitieron; y a partir de entonces la tradición dijo, de generación en generación —una generación de Marshalsea tendría unos tres meses— que el viejo y ajado deudor, de finos modales y cabello blanco, era el Padre de Marshalsea.

Y él llegó a sentirse orgulloso del título. Si algún impostor se hubiera atrevido a reclamarlo, habría vertido lágrimas de resentimiento por ese intento de privarlo de sus derechos. Empezó a manifestar cierta tendencia a exagerar el número de años que llevaba en la cárcel; se decía que había que restar en algunos de sus cálculos, y las generaciones pasajeras de deudores lo consideraban vanidoso.

Le presentaban a todos los recién llegados y era puntilloso en la exigencia de que se cumpliera esa ceremonia. Los tipos graciosos celebraban la ceremonia de presentación con exagerada pompa y finura, pero difícilmente superaban la gravedad con que él se la tomaba. Los recibía en su pobre habitación (no le gustaba que las presentaciones se hicieran en el patio porque le parecía informal, una cosa que podía suceder a cualquiera), con una especie de ceremonia de sometimiento. Bienvenidos a Marshalsea, les decía. Sí, él era el Padre de la casa, así era como tenían la gentileza de llamarlo, si más de veinte años de residencia le daban derecho a reclamar el título. Al principio aquello les parecería pequeño, pero la compañía era buena; como había de todo, también había cosas buenas, por supuesto. Y muy buen ambiente.

Empezó a ser frecuente que, por la noche, pasaran por debajo de su puerta una carta con media corona, dos medias coronas y, muy de vez en cuando, incluso medio soberano, destinada al Padre de Marshalsea.

«Con los respetos de un interno que se marcha». Él recibía estos regalos como tributos de admiradores a una personalidad pública. A veces, algunos de sus corresponsales firmaban con nombres graciosos como Ladrillo, Fuelles, Vieja Carabina, Despabilado, Burlón, Fregona, Frac, El Hombre de la Carne de Perro; pero a él le parecía de mal gusto y siempre lo ofendía un poco.

Con el paso del tiempo, como esta correspondencia empezó a hacerse menos frecuente y parecía requerir un esfuerzo por parte de los corresponsales para el que, en las prisas de la partida, no estaban preparados, el Padre de Marshalsea tomó por

costumbre acompañar hasta la puerta a los internos de cierta importancia para despedirlos. El interno así agasajado, tras estrecharle la mano, algunas veces se detenía para envolver algo en un trozo de papel y volvía sobre sus pasos gritando:

—¡Eh!

Él miraba a su alrededor sorprendido y contestaba:

—¿Es a mí? —con una sonrisa. Para entonces, el colega estaba ya a su altura y el deudor añadía con tono paternal—: ¿Qué se le ha olvidado? ¿Puedo hacer algo por usted?

—Se me había olvidado dejar esto —contestaba habitualmente el interno— para el Padre de Marshalsea.

—Querido amigo —contestaba él—, el Padre le está infinitamente agradecido.

Sin embargo, la antigua mano indecisa no salía del bolsillo en el que había metido el dinero hasta haber dado dos o tres vueltas por el patio, no fuera a resultar aquella transacción demasiado llamativa para los demás internos.

Una tarde había estado haciendo los honores a un grupo bastante numeroso de internos que salían, cuando, al volver, se encontró con uno de los más pobres; lo habían encarcelado por deudas la semana anterior, pero aquella misma tarde las había saldado y también se marchaba. El hombre era un simple yesero e iba vestido con su traje de faena; llevaba un hatillo, lo acompañaba su mujer y estaba de muy buen humor.

—Dios lo bendiga, señor —dijo al pasar.

—Y a usted —contestó benévolo el Padre de Marshalsea.

Se encontraban ya a cierta distancia el uno del otro, puesto que cada uno iba en distinta dirección, cuando el yesero lo llamó:

—¡Oiga, señor! —y se acercó hasta él—. No es mucho —dijo el yesero, poniéndole un montoncito de monedas de medio penique en la mano—, pero lo importante es la intención.

Era la primera vez que el Padre de Marshalsea recibía un tributo en monedas tan pequeñas. Los niños las habían recibido con frecuencia, y con su aquiescencia habían ido a parar al fondo común para comprar la carne que él había comido y la bebida que había bebido; pero que un hombre vestido con ropa basta, manchada de cal blanca, le diera monedas de medio penique, en su propia cara, era cosa nueva.

—¡Cómo se atreve! —le dijo al hombre, y se echó a llorar débilmente.

El yesero lo volvió contra la pared para que nadie le viera la cara; el gesto fue tan delicado, el hombre estaba tan arrepentido y le pidió perdón con tanta sinceridad que sólo pudo decir:

—Sé que lo hacía con buena intención, no diga nada más.

—Dios lo bendiga —dijo el yesero—. Lo he hecho de corazón. Haría más por usted que los demás, me parece a mí.

—¿Qué haría usted?

—Vendré a verlo cuando esté libre.

—Deme el dinero otra vez y lo guardaré. No lo gastaré. Gracias, muchas gracias.

¿Lo veré de nuevo, entonces?

—Me verá si vivo más de una semana.

Se dieron la mano y se despidieron. Los internos, reunidos en simposio en el Salón aquella noche, comentaron asombrados lo que le ocurría a su Padre, que estuvo caminando hasta tarde por las sombras del patio y parecía muy abatido.

La niña que recibió su primera bocanada de aire impregnada en los vapores del brandy del doctor Haggage pasó de interno en interno, de generación en generación, como la tradición que versaba sobre su padre común. En las primeras etapas de su existencia, fue de mano en mano en el sentido más literal de la expresión; casi formaba parte de los ritos de ingreso de cada nuevo interno cuidar de la niña que había nacido en el Internado.

—Me correspondería el derecho —señaló el portero cuando se la enseñaron por primera vez— de ser el padrino.

El deudor pensó indeciso durante un minuto y dijo:

—¿No tendría usted inconveniente en ser el padrino?

—No, no tengo el menor inconveniente si usted no lo tiene —contestó el portero.

Así fue como la bautizaron un domingo por la tarde, mientras el portero era sustituido en su puesto; y éste se dirigió a la fuente bautismal de la iglesia de Saint George y prometió, juró y renunció en su nombre, tal como contó a su regreso, «como las buenas gentes».

Esta circunstancia confirió al portero una participación adicional en la propiedad de la niña, además de la que ya tenía. Cuando ésta empezó a caminar y hablar, le cogió mucho cariño; le compró una sillita y la colocó junto al alto guardafuegos de la chimenea de la portería; le gustaba contar con su compañía mientras trabajaba como vigilante; y acostumbraba a sobornarla con juguetitos baratos para que fuera a hablar con él. La niña, por su parte, no tardó en sentir por el portero tanto cariño que tomaba la iniciativa de trepar por los escalones de la portería a todas horas. Cuando se dormía en el silloncito delante del alto guardafuegos, él la tapaba con un pañuelo; y cuando, allí sentada, vestía y desvestía una muñeca que no tardó en parecerse poquísimamente a las muñecas del mundo libre y a guardar un inquietante aire de familia con la señora Bangham, él la contemplaba con la mayor ternura. Al verlo, los internos comentaban que el portero, aunque era soltero, estaba hecho para tener familia. Pero él les agradecía la reflexión y contestaba:

—No, la verdad es que me basta con ver a los niños de los demás.

Sería difícil decir en qué momento de su tierna infancia la criatura empezó a darse cuenta de que no era costumbre generalizada vivir encerrado en patios estrechos rodeados por altos muros coronados de pinchos. Pero era muy, muy pequeña todavía cuando ya sabía, de un modo u otro, que la mano de su padre se soltaba siempre en la puerta que abría una gran llave; y que si bien sus pasitos ligeros eran libres de cruzar

el umbral, los de su padre jamás podían atravesar esa línea. Y tal vez formara parte de este descubrimiento la mirada compasiva y melancólica con que había empezado a contemplarlo siendo todavía extremadamente joven.

Con una mirada compasiva y melancólica sobre todas las cosas, sin duda —una mirada que, cuando se posaba sobre su padre, expresaba también un sentimiento de protección—, la hija de Marshalsea e hija del Padre de Marshalsea hizo compañía a su amigo el vigilante en la portería, cuidó de la habitación familiar o deambuló por el patio de la cárcel en sus primeros ocho años de vida. Tuvo una mirada compasiva y melancólica para su caprichosa hermana; para su hermano ocioso; para los muros altos y lisos; para la multitud sin vida que encerraban; para los niños de la cárcel que corrían y chillaban, jugaban al escondite y convertían en «casa» la parte que quedaba dentro de los barrotes de la puerta.

En verano, melancólica y perpleja, se sentaba delante del alto guardafuegos de la portería, contemplando el cielo a través de los barrotes de la ventana hasta que, cuando apartaba los ojos, veía barrotes de luz entre ella y su amigo, y lo veía, a él también, a través de una reja.

—¿Estás pensando en el campo? —le preguntó una vez el portero después de mirarla.

—¿Y dónde está eso? —preguntó ella.

—Vaya, pues está por ahí, querida —dijo el portero describiendo un gesto con la llave—: por ahí.

—¿Y alguien lo abre y lo cierra? ¿Está cerrado con llave?

El portero se sintió desconcertado.

—Bueno, por lo general, no.

—¿Y es muy bonito, Bob? —lo llamaba así a petición suya.

—Precioso, lleno de flores. Hay ranúnculos y margaritas, hay también... —el portero vaciló pues no poseía mucho vocabulario floral—, hay también diente de león y todo tipo de diversiones.

—¿Es muy agradable estar ahí, Bob?

—Muchísimo —contestó el portero.

—¿Mi padre ha ido alguna vez?

—Ejem —carraspeó el portero—. Oh, sí, claro, alguna vez.

—¿Le da pena no ir más?

—No... no mucha —dijo el portero.

—¿Ni a los demás? —preguntó, mirando a la multitud apática de la cárcel—. ¿Estás seguro de verdad, Bob?

Llegados a este punto difícil de la conversación, Bob se dio por vencido y pasó a hablar de dulces: era siempre su último recurso cuando su amiguita lo acorralaba con alguna cuestión política, social o teológica. Pero ése fue el origen, para este par de

curiosos personajes, de una serie de excursiones dominicales. Salían de la portería en domingos alternos con aire grave, de camino a algunos prados y verdes caminos que el portero había elegido con cuidado a lo largo de la semana; y ahí la niña cogía hierba y flores para llevar a casa mientras él fumaba una pipa. Después iban a casas de té con grandes jardines y disfrutaban de exquisiteces como langostinos o cerveza; y volvían de la mano a menos que ella, más cansada de lo normal, se hubiera quedado dormida con la cabeza recostada sobre el hombro de su padrino.

En esos días primeros, el portero empezó a meditar profundamente sobre una cuestión que le costaba tanto dilucidar, de hecho, que no llegó a tener resuelta ni el día de su muerte. Tomó la decisión de legar sus escasas propiedades a su ahijada y no sabía cómo dejarlo todo «bien atado» para que sólo ella fuera la beneficiaria. Su experiencia en la cárcel le había procurado una visión tan aguda de la enorme dificultad de «atar» bien las cuestiones de dinero y, por el contrario, de la facilidad con que se desataban, que a lo largo de los años no dejó de plantear la cuestión a todos los agentes insolventes y caballeros especialistas en leyes que entraron o salieron de la cárcel.

—Supongamos —decía, apoyando la llave sobre el chaleco del caballero—, supongamos que un hombre quisiera dejar sus propiedades a una jovencita y quisiera dejarlo todo tan bien atado que nadie más que ella pudiera ponerles la mano encima, ¿cómo lo haría usted?

—Especificando que son para ella —contestaba el caballero con aire de suficiencia.

—Pero imaginemos que la joven tuviera, por ejemplo, un hermano, un padre o un marido capaz de meter mano en esos bienes cuando ella los herede, ¿qué pasa entonces? —proseguía el portero.

—Si los bienes están vinculados a ella, no tendrán mayor derecho a reclamarlos que usted —era la respuesta del experto en leyes.

—Un momento —decía el portero—. Supongamos que fuera una joven de corazón tierno y se ejerciera sobre ella una poderosa influencia, ¿en qué medida la ley podría impedirlo?

Ni el más profundo de los personajes al que el portero sondeó fue capaz de mencionar una ley capaz de atar un nudo semejante. Así pues, dedicó toda su vida a meditar el asunto y finalmente murió intestado.

Pero eso fue mucho después, cuando su ahijada tenía ya más de dieciséis años. La primera mitad de este período acaba de cumplirse cuando la mirada compasiva y melancólica vio a su padre convertido en viudo. En ese momento, la mirada protectora que sus ojos perplejos le dedicaban pasó a la acción y la hija de Marshalsea adoptó una relación nueva con el padre.

Al principio la niña era tan pequeña que poco más podía hacer que sentarse con

él, desertando de la animación que reinaba junto al alto guardafuegos, y contemplarlo en silencio. Pero ese simple gesto hizo de ella una presencia tan necesaria para su padre que se acostumbró a ella y empezó a echarla de menos cuando no estaba a su lado. A través de esa puertecita, la niña abandonó la infancia para entrar en el mundo de las preocupaciones.

Lo que su mirada compasiva vio, a tan temprana edad, en su padre, en su hermana, en su hermano o en la cárcel —lo mucho o poco que de aquella desdichada realidad quiso Dios que percibiera— es un misterio. Basta saber que fue para ella una inspiración para convertirse en una persona muy diferente a las demás, muy distinta y trabajadora, en bien de los demás. ¿Una inspiración? Sí. ¡Cómo vamos a hablar de la inspiración del poeta o del sacerdote y olvidar la del corazón movido por el amor y la devoción, que se dedica a los trabajos más humildes en la más humilde de las vidas!

Sin ningún amigo en este mundo que la ayudara o siquiera acompañara, más que aquel al que tan extrañamente se había visto unida; sin el menor conocimiento de la vida y costumbres diarias de los miembros de la comunidad libre que no está encerrada en prisión; nacida y criada en una condición social falsa, aún comparada con la más falsa de las condiciones allende los muros; bebiendo desde la infancia de un pozo de aguas peculiarmente enturbiadas y con su propio sabor malsano y antinatural, la hija de Marshalsea empezó su vida de mujer.

Fueron muchos los errores e impedimentos, las situaciones ridículas (aunque no malintencionadas, sí profundamente sentidas) a las que la expuso su juventud y su pequeña figura, fueron grandes la humilde conciencia de su corta edad y de sus escasas fuerzas, incluso para levantar o cargar objetos, el cansancio y la desesperanza y las lágrimas vertidas en secreto; y aun así la niña no cejó hasta que fue reconocida como una persona útil, incluso indispensable. Llegó ese momento. Ocupó el lugar del mayor de los tres hijos en todo menos en el orden de precedencias; se convirtió en la cabeza de aquella familia perdida y cargó, en su corazón, con sus inquietudes y vergüenzas.

A los trece años sabía leer y llevar las cuentas; es decir, era capaz de plasmar en palabras y cifras cuánto costarían sus necesidades básicas y cuáles eran los escasos recursos con que contaban. Había asistido en períodos irregulares de varias semanas a una escuela nocturna del exterior y había conseguido que su hermana y su hermano fueran a colegios diurnos tres o cuatro años. Ahí donde vivían no se impartía ninguna enseñanza, pero sabía bien —nadie mejor que ella— que un hombre tan maltrecho para ser el Padre de Marshalsea no podía ejercer de padre de sus propios hijos.

A estos escasos medios de formación añadió otro de su propia cosecha. En una ocasión, entre la heterogénea multitud de internos, apareció un profesor de danza. Su hermana tenía un gran deseo de aprender su arte y parecía tener talento. A los trece años, la hija de Marshalsea se presentó al maestro de baile con una bolsita en la mano

y le expuso su humilde petición.

—Si tiene la amabilidad de escucharme... es que yo nací aquí, señor.

—Ah, ¿es usted esa jovencita? —dijo el profesor de danza, contemplando la pequeña figura y el rostro alzado hacia él.

—Sí, señor.

—¿Y qué puedo hacer por usted? —preguntó el maestro de baile.

—Por mí, nada. Gracias, señor —contestó desatando inquieta los cordones del bolsito—; pero si mientras estuviera aquí tuviera usted la amabilidad de dar a mi hermana clases por un precio módico...

—Mi querida niña, le daré clases gratis —contestó el maestro de baile cerrando la bolsa.

Era el maestro de baile más bondadoso que había bailado jamás ante el tribunal de insolventes y cumplió su palabra. La hermana se reveló una alumna tan aventajada y el maestro tenía tanto tiempo para enseñarle (porque le costó unas diez semanas zanjar sus cuentas, poner su caso en marcha, convencer a los miembros de la comisión y regresar a su trabajo) que la muchacha aprendió muchísimo. Lo cierto era que el maestro estaba tan orgulloso y tan deseoso de exhibir sus progresos ante unos pocos amigos internos que, a las seis de la mañana de cierto día, los obsequió con un *minuet* en el patio —las habitaciones eran demasiado reducidas para tal fin—, en el que se abarcó tanto espacio y los pasos se ejecutaron con tanta precisión que el hombre, que tenía que tocar además un pequeño violín, se quedó sin aliento.

Este primer éxito, que llevó a que el maestro de baile siguiera dando clase tras quedar en libertad, animó a la pobre niña a intentarlo de nuevo. Estuvo esperando meses la aparición de una costurera. Con el tiempo, ingresó una sombrerera y la niña se fijó en ella con intención de aprovechar la oportunidad para sí misma.

—Usted perdone, señora —dijo asomando tímidamente la cabeza por la puerta de la sombrerera, a la que encontró llorando en la cama—: yo nací aquí.

Al parecer, todo el mundo oía hablar de ella en cuanto llegaba, ya que la sombrerera se sentó en la cama, se secó los ojos y dijo, igual que el profesor de baile:

—Oh, ¿así que eres tú?

—Sí, señora.

—Siento no tener nada que darte —dijo la sombrerera moviendo tristemente la cabeza.

—No es eso, señora. Si tiene usted la amabilidad, me gustaría aprender a coser.

—¿Y para qué? —contestó la sombrerera—. ¿No me ves? A mí no me ha servido de mucho.

—Nada parece haber servido de mucho a los que vienen aquí —contestó la niña con sencillez—, pero quiero aprender de todos modos.

—Me parece que eres muy débil —objetó la sombrerera.

—Creo que no, señora.

—Y eres tan, tan pequeñita —volvió a objetar la sombrerera.

—Sí, me parece que soy muy menuda —contestó la hija de Marshalsea, y se echó a llorar al pensar en ese lamentable defecto que tantas veces se interponía en su camino.

La sombrerera, que no era mujer hosca ni dura de corazón, sólo insolvente por primera vez, se sintió conmovida, la tomó a su cargo con buena voluntad, encontró en ella la más interesada y paciente de las alumnas y terminó convirtiéndola en una obrera muy hábil.

Con el paso del tiempo —y durante el mismísimo transcurso del tiempo— un nuevo rasgo floreció en el carácter del Padre de Marshalsea. Cuanto más consolidada estaba su figura de Padre de Marshalsea como interno más antiguo y más dependiente era de las contribuciones de su cambiante familia, mayor ostentación hacía de su triste condición de caballero. Con la misma mano que se metía en el bolsillo la moneda de media corona que le había dado un interno media hora antes, se enjugaba las lágrimas que le corrían por las mejillas cuando se aludía al hecho de que sus hijas se ganaran el pan. Así, además de sus tareas diarias, la hija de Marshalsea tenía siempre a su cargo el cometido de mantener la aristocrática ficción de que eran unos pordioseros ociosos.

La hermana llegó a ser bailarina. En la familia había un tío arruinado —arruinado por su hermano, el Padre de Marshalsea, que no sabía más de su ruina que el mismo causante, pero la aceptaba como algo inevitable— en el cual recaía la misión de protegerla. Hombre de temperamento sencillo y retirado, no pareció acusar el golpe, cuando la calamidad cayó sobre él, más que en el único detalle de que dejó de lavarse y no volvió a permitirse ese lujo nunca más. En sus buenos tiempos había sido un aficionado a la música un tanto indiferente y, cuando se hundió con su hermano, recurrió a un clarinete tan sucio como él para ganarse la vida en una pequeña orquesta teatral. En ese teatro empezó a bailar su sobrina cuando él llevaba ya mucho tiempo empleado, y aceptó la tarea de servir como su escolta y guardián, igual que habría aceptado una enfermedad, un legado, un festín o una hambruna... cualquier cosa menos el jabón.

Para que la niña pudiera ganarse unos pocos chelines por semana fue necesario que la hija de Marshalsea hiciera malabarismos.

—Fanny no va a seguir viviendo con nosotros como ahora. Pasará parte del día, pero va a vivir fuera, con el tío.

—Qué sorpresa, ¿por qué?

—Creo que el tío quiere compañía, padre. Alguien tiene que ocuparse de él y cuidarlo.

—¿Compañía? Si pasa aquí gran parte del tiempo. Y tú te ocupas de él y lo

cuidas, Amy, mucho mejor de lo que jamás lo hará tu hermana. Salís mucho, salís mucho...

Todo ello para mantener la farsa y la fachada de que no tenía ni idea de que la propia Amy salía durante el día para trabajar.

—Pero siempre nos alegramos de volver a casa, ¿verdad? Y a Fanny quizá además de hacer compañía al tío y cuidarlo, le iría bien no vivir aquí siempre. Ya sabe usted que ella no nació aquí como yo, padre.

—Bien, Amy, bien. No sé si sigo tu razonamiento, pero imagino que es natural que Fanny prefiera estar fuera, e incluso que tú también prefieras salir a menudo. Así que tú, Fanny y tu tío, querida, podéis hacer lo que os parezca mejor. Bien, bien... no me meteré, no os preocupéis por mí.

La tarea más difícil fue conseguir que su hermano saliera de la cárcel, que dejara el trabajo de recadero heredado de la señora Bangham y las conversaciones en la jerga de los bajos fondos, que tenía con compañías dudosas como consecuencia de las circunstancias mencionadas. Habría sido capaz de seguir así, de los dieciocho a los ochenta, viviendo día a día, penique a penique, una existencia precaria. No podía aprender nada útil o bueno de ninguno de los habitantes de la cárcel, y Amy no pudo encontrar mejor modelo para él que su viejo amigo y padrino.

—Querido Bob —le dijo—, ¿qué va a ser del pobre Tip?

El chico se llamaba Edward; de ahí había pasado a Ted y dentro de los muros de la cárcel se había convertido en Tip.

El portero tenía una opinión formada de lo que sería del pobre Tip y, con el fin de evitarlo, había llegado a sondear al muchacho en relación con la posibilidad de marcharse para servir a su país.

—Bien, querida —dijo el portero—. Algo habrá que hacer con él. ¿Y si intento que se dedique a las leyes?

—¡Cuánto te lo agradecería, Bob!

Ahora, el portero tenía dos cuestiones que plantear a los hombres de leyes cuando entraban o salían de la cárcel. Y planteaba la segunda con tanta perseverancia que al final encontró para Tip un taburete y doce chelines por semana en el despacho de un abogado del tribunal de Marshalsea; por entonces, uno más de la considerable lista de eternos baluartes de la dignidad y seguridad de Albión, ya desaparecidos.

Tip languideció seis meses entre los abogados de Clifford's Inns y al final de ese período regresó una tarde paseando con las manos en los bolsillos y, como quien no quiere la cosa, comentó a su hermana que no pensaba volver.

—¿Que no piensas volver? —preguntó la pobrecilla hija de Marshalsea, inquieta, que situaba en el primer lugar de sus preocupaciones los planes y previsiones para Tip.

—Me tenía tan aburrido —dijo Tip— que lo he dejado.

Tip se cansaba de todo. Con períodos ociosos en Marshalsea, ocupándose a ratos de las tareas heredadas de la señora Bangham, Amy, su segunda madrecita, con la ayuda de su amigo de confianza, consiguió colocarlo en un almacén, en un huerto, en el comercio de lúpulo, de nuevo en un despacho de abogados, con un subastador, en una cervecería, con un corredor de bolsa, de nuevo en un despacho de leyes, en una oficina, con un repartidor, de nuevo entre abogados, con un comerciante, en una destilería, otra vez con unos abogados, en un comercio de lanas, en un comercio de comestibles, en el comercio de pescado, en el de frutas importadas y en los muelles. Pero fuera donde fuera, Tip siempre se cansaba y lo dejaba. Ahí donde fuera, Tip parecía predestinado a llevar los muros de la cárcel consigo y dar vueltas en sus estrechos límites mal calzado, sin objetivo, desastrado; hasta que las paredes de Marshalsea, verdaderas e inalterables, ejercían sobre él su fascinación y lo atraían de nuevo.

Sin embargo, la valiente criaturita puso tanto empeño en rescatar a su hermano que mientras él le anunciaba esos tristes cambios, ella fue ahorrando y economizando lo suficiente para embarcarlo hacia Canadá. Cuando Tip se cansó de no hacer nada y se dispuso a abandonar incluso el ocio, aceptó generosamente irse a Canadá. Y aunque Amy lo despidió con tristeza, la alegraba la esperanza de que por fin estuviera en el buen camino.

—Que Dios te bendiga, Tip. Que cuando seas rico el orgullo no te impida venir a vernos.

—¡De acuerdo! —dijo Tip, y se marchó.

Pero no llegó a Canadá; en realidad, no pasó de Liverpool. Tras viajar hasta ese puerto desde Londres, sintió tan fuertes impulsos de abandonar el barco que decidió regresar andando. Tras lo cual se presentó ante la niña pasado un mes, vestido con andrajos, sin zapatos y más cansado que nunca. Al final, tras otro intervalo como sucesor de la señora Bangham, encontró por sí mismo una ocupación y así lo anunció.

—Amy, tengo trabajo.

—¿De verdad, Tip?

—Sí, ahora sí que me irá bien. No necesitas preocuparte más por mí, hermanita.

—¿Y de qué se trata, Tip?

—Conoces a Slingo de vista, verdad?

—¿Es el hombre al que llaman el tratante?

—Ese mismo. Sale el lunes y va a darme empleo.

—¿Y a qué se dedica, Tip?

—A los caballos. Ahora seguro que me va bien, Amy.

Tras esto, lo perdió de vista durante unos meses y sólo se oyó hablar de él en una ocasión. Entre los internos más veteranos corrió el rumor de que lo habían visto en

una falsa subasta de Moorfields simulando que compraba artículos plateados como si fueran de plata maciza y pagándolos generosamente con billetes de banco, pero este rumor nunca llegó a los oídos de la niña. Una tarde, mientras estaba sola trabajando, de pie junto a la ventana para aprovechar la luz del crepúsculo que entraba por encima del muro, se abrió la puerta y entró Tip.

Ella le dio un beso y la bienvenida, pero tuvo miedo de preguntarle nada. Él se dio cuenta de lo inquieta y temerosa que se sentía y pareció lamentarlo.

—Me temo, Amy, que esta vez te vas a enfadar conmigo. De verdad me lo temo.

—Siento mucho oírte decir eso, Tip. ¿Has vuelto?

—Pues sí.

—Como esta vez no esperaba que el trabajo que habías encontrado saliera bien, no estoy tan sorprendida ni lo siento tanto como sería de esperar, Tip.

—Ah, pero eso no es lo peor.

—¿No es lo peor?

—No te asustes, Amy. Pero no, no es lo peor. He vuelto, pero... no te asustes... he vuelto de otro modo diferente. Ahora no es de modo voluntario sino como interno.

—¡No me digas que estás preso, Tip! ¡No me lo digas!

—Bueno, no quisiera tener que decirlo —contestó con tono de fastidio—. Pero si no me vas a entender si no te lo digo, ¿qué le voy a hacer? Estoy aquí por una deuda de cuarenta y tantas libras.

Por primera vez en todos aquellos años, la muchacha no pudo con la carga de sus preocupaciones. Se echó a llorar con las manos unidas sobre la cabeza, diciendo que eso mataría a su padre si lo supiera, y cayó a los torpes pies de Tip.

Le costó menos a Tip calmarla que a su hermana hacerle entender que el Padre de Marshalsea no podría soportar la verdad. Para Tip la idea resultaba incomprensible y, en conjunto, bastante insólita. Pero se avino a ella únicamente bajo esta luz, después de oír las súplicas de Amy, secundadas por las de su tío y su hermana. Su retorno no carecía de precedentes y su padre lo aceptó como otras veces; y los internos, que comprendieron la piadosa mentira mejor que Tip, la respaldaron con lealtad.

Ésa había sido la vida y ésa era la historia de la hija de Marshalsea cuando cumplió veintidós años. Todavía sobrevivía un vínculo con el miserable patio y bloque de casas donde había nacido y tenía su hogar, y ahora entraba y salía con la conciencia de que todo el mundo la señalaba. Desde que había empezado a trabajar más allá de los muros, había considerado necesario ocultar dónde vivía, e iba y venía con el mayor sigilo de la ciudad libre a las puertas de hierro, fuera de las cuales no había pasado una noche en toda su vida. Su timidez natural había ido creciendo con este secreto y sus pasos ligeros y su figura menuda se escabullían cuando cruzaba las calles abarrotadas.

Experta en necesidades y miserias, era, sin embargo, inocente en todo lo demás.

Inocente tras la niebla a través de la cual veía a su padre, la cárcel y el turbio río viviente que la recorría.

Ésta era la vida y ésta es la historia de la pequeña Dorrit, que en aquella triste noche de septiembre volvía a casa, observada a distancia por Arthur Clennam. Ésta era la vida y ésta es la historia de la pequeña Dorrit, que se dio la vuelta en un extremo del puente de Londres, lo volvió a cruzar, retrocedió de nuevo, pasó por delante de Saint George, dio media vuelta de repente otra vez y entró por la puerta exterior, que estaba abierta, en el pequeño patio de Marshalsea.

Arthur Clennam aguardó en la calle a algún viandante a quien preguntar qué lugar era aquél. Dejó pasar a unas pocas personas cuyo rostro no animaba a las pesquisas y seguía en la calle cuando apareció un anciano que se encaminó hacia el patio.

Era un anciano cargado de espaldas que andaba con paso lento y preocupado, un modo de andar que hacía de las calles más llenas de Londres un lugar poco seguro para él. Iba vestido con ropa sucia y pobre, con un sobretodo ajado que había sido azul y le llegaba a los tobillos; lo llevaba abrochado hasta la barbilla, donde se desvanecía en el pálido fantasma de un cuello de terciopelo. Un trozo de tela roja, que en otros tiempos daba rigidez al cuello fantasma, quedaba ahora a la vista y asomaba por la nuca, lo que, sumado al cabello gris y una hebilla, casi le tiraban el sombrero. Era éste una cosa grasienta y pelada que le caía sobre los ojos, agrietado y arrugado en el ala y; por debajo de él, asomaba la punta de un pañuelo de bolsillo. Los pantalones eran tan largos y anchos, y los zapatos tan grandes y toscos que arrastraba los pies como un elefante, aunque nadie habría podido decir si el responsable de este movimiento era su paso o la ropa y el cuero que llevaba. Bajo un brazo sostenía un estuche reblandecido y raído con algún tipo de instrumento de viento; en la misma mano llevaba un poco de rapé en un paquetito de papel marrón claro; con él se aliviaba la vieja nariz azulada aspirando un pellizco lentamente mientras Arthur Clennam lo miraba.

A este anciano le dio un golpecito en el hombro y le dirigió su pregunta. El viejo se detuvo, miró a un lado y a otro con la expresión, en sus débiles ojos grises, de estar pensando en otras cosas y es, además, un poco duro de oído.

—Por favor, señor —dijo Arthur repitiendo la pregunta—, ¿qué lugar es éste?

—¿Cómo? ¿Este edificio? —contestó el anciano interrumpiendo la aspiración del rapé y señalando el edificio sin mirarlo—. Esto es Marshalsea, señor.

—¿La cárcel de deudores?

—La cárcel de deudores —contestó el anciano con el aire de quien no juzga necesario insistir en semejante designación.

Dio media vuelta y siguió su camino.

—Usted perdone —dijo Arthur, deteniéndolo de nuevo—. ¿Me permite que le haga una pregunta? ¿Puede entrar cualquiera?

—Entrar, puede entrar cualquiera —respondió el anciano; y añadió llanamente con la fuerza de su énfasis—: pero lo que es salir... eso no puede hacerlo cualquiera.

—Discúlpeme una vez más, ¿conoce usted bien este sitio?

—Señor —contestó el viejo apretando el paquetito de rapé y volviéndose hacia su interrogador como si semejantes preguntas le hicieran daño—, lo conozco.

—Le ruego que me disculpe, mi curiosidad no es impertinente, sino que tiene un buen motivo. ¿Conoce a alguien llamado Dorrit?

—Yo mismo me llamo Dorrit, señor —contestó el hombre de la manera más inesperada.

Arthur lo saludó quitándose el sombrero.

—En ese caso, permítame que hable con usted. Su respuesta me ha pillado por sorpresa y espero que eso sea disculpa suficiente por haberme permitido la libertad de dirigirle la palabra. He regresado a Inglaterra hace poco tras una larga ausencia. He visto en casa de mi madre, conocida como la señora Clennam en la City, a una joven costurera a la que llaman la pequeña Dorrit. Ha despertado en mí un sincero interés y tengo muchas ganas de saber algo más sobre ella. La he visto entrar por esta puerta apenas un minuto antes de que usted apareciera.

El anciano lo miró con atención.

—¿Es usted marino, señor? —preguntó, y pareció algo decepcionado ante el gesto de negación—. ¿No es marino? Me lo ha parecido por su rostro bronceado. ¿Sus intenciones son serias, señor?

—Le aseguro que soy una persona muy seria y le ruego que me crea.

—Sé muy poco del mundo, señor —contestó el hombre, que tenía una voz débil y temblorosa—. Soy sólo un transeúnte, igual que la sombra en el reloj de sol. No merece la pena que nadie pierda el tiempo engañándome, sería demasiado fácil, tan sencillo que no obtendría ninguna satisfacción. La jovencita que acaba de ver entrar es la hija de mi hermano. Mi hermano es William Dorrit; yo soy Frederick. Me dice que la ha visto en casa de su madre (sé que su madre tiene amistad con ella), ha despertado en usted cierto interés y tiene ganas de saber qué hace aquí. Pase y vea.

Se puso en marcha y Arthur lo acompañó.

—Mi hermano —dijo el anciano, deteniéndose en el escalón y dando media vuelta despacio— lleva aquí muchos años y gran parte de lo que pasa, incluso entre nosotros, en el exterior, lo guardamos para nosotros por motivos que no es necesario especificar ahora. Tenga la amabilidad de no decir que mi sobrina se dedica a coser. Tenga la amabilidad de no decir nada que vaya más allá de lo que acabamos de mencionar. Si respeta usted estos límites, no pasará nada. Ahora venga y vea.

Arthur lo siguió por la estrecha entrada, al extremo de la cual giraron una llave y se abrió desde dentro una gruesa puerta. Ésta daba paso a un vestíbulo o portería que cruzaron, así como otra puerta y una reja que conducían a la cárcel. El anciano pasaba siempre delante con paso vacilante; encorvado, se dio la vuelta con un gesto rígido y lento cuando llegaron al portero de guardia, como si quisiera presentar a su acompañante. El portero asintió y el acompañante pasó sin que le preguntaran qué

quería.

La noche era oscura; las lámparas del patio de la cárcel y las velas en las ventanas brillaban débilmente tras diversos tipos de viejas cortinas y visillos que no parecían contribuir a una mejor iluminación. Merodeaban algunas personas por ahí, pero la mayor parte estaba en el interior de los edificios. El viejo recorrió el patio por el lado derecho, se volvió al llegar a la tercera o cuarta puerta y empezó a subir unas escaleras.

—Están bastante oscuras, señor, pero no encontrará ningún obstáculo en el camino.

Se detuvo un momento antes de abrir una puerta en el segundo piso. Apenas había girado el pomo cuando el visitante vio a la pequeña Dorrit y comprendió el motivo de que pusiera tanto empeño en comer sola.

Llevaba a casa la carne que tendría que haberse comido y la estaba calentando sobre el fuego en una parrilla para su padre, el cual, vestido con un viejo batín gris y una gorra negra, esperaba la cena sentado a la mesa. Tenía delante un mantel limpio con un cuchillo, tenedor y cuchara, sal, pimienta, vaso y un jarro de peltre con cerveza. No faltaban detalles como un pequeño frasco con pimienta de cayena y un penique de encurtidos en un plato.

La joven se sobresaltó, se sonrojó profundamente y se puso pálida. El visitante, más con los ojos que con el leve movimiento impulsivo de una mano, hizo un gesto destinado a calmarla e inspirarle confianza.

—He encontrado a este caballero —dijo el tío—, llamado Clennam, hijo de la amiga de Amy; William, estaba en la puerta y no sabía si entrar o no a hacer una visita. Éste es mi hermano William, señor.

—Espero —dijo Arthur, sin saber muy bien qué decir—, que el respeto que siento por su hija explique y justifique mi deseo de que seamos presentados, señor.

—Señor Clennam —contestó el padre de Amy, poniéndose en pie, quitándose el gorro y dejándolo en la mano, dispuesto a volvérselo a poner—. Es un honor, sea usted bienvenido —y, con una profunda reverencia, añadió—: Frederick, una silla. Le ruego que se siente, señor Clennam.

Se puso el gorro negro tal como se lo había quitado y se sentó de nuevo. Sus modales tenían un agradable aire de benevolencia y superioridad. Con esas mismas ceremonias recibía a otros internos.

—Bienvenido a Marshalsea, señor. He dado la bienvenida a muchos caballeros entre estas paredes. Quizá sepa usted, porque mi hija Amy se lo haya mencionado, que soy el Padre de este lugar.

—Eso... es lo que tengo entendido —contestó Arthur precipitadamente.

—Ya sabrá, me imagino, que mi hija Amy nació aquí. Una buena chica, señor, una niña buenísima y un gran consuelo y apoyo para mí. Amy, querida, pon el plato;

el señor Clennam sabrá disculpar las costumbres primitivas a las que nos vemos reducidos en este lugar. Es un placer para mí preguntarle si me haría el honor de...

—Gracias —contestó Arthur—, ni siquiera un bocado.

Estaba maravillado y desconcertado ante los modales del anciano y de que ni le pasara por la cabeza la posibilidad de que su hija hubiera ocultado la historia de la familia.

La joven llenó un vaso, dispuso sobre la mesa todo lo que necesitaba su padre y se sentó a su lado mientras cenaba. Siguiendo lo que probablemente era su costumbre diaria, se puso un poco de pan delante y se llevó el vaso de su padre a los labios; pero Arthur se dio cuenta de que estaba inquieta y no comía ni bebía. La forma de mirar a su padre, mitad con orgullo y admiración, mitad con vergüenza, pero, en conjunto, con devoción y amor, le llegó al alma.

El Padre de Marshalsea trataba a su hermano con aire de superioridad, como si éste fuera un hombre amable y bienintencionado que no hubiera alcanzado la distinción.

—Frederick —dijo—, ya sé que Fanny y tú cenáis en vuestras habitaciones. ¿Qué has hecho con Fanny, Frederick?

—Ha ido a dar un paseo con Tip.

—Tip, como usted sabrá, es mi hijo, señor Clennam. Ha sido un chico un poco rebelde y ha costado que sentara la cabeza, pero lo cierto es que su llegada al mundo se produjo —encogió los hombros con un débil suspiro y miró por la habitación— en una situación un tanto adversa. ¿Es su primera visita a este lugar, señor?

—Sí, la primera.

—Difícilmente podría haber estado usted aquí desde su infancia sin que yo lo supiera. Pocas veces viene alguien de cierto nivel sin que me lo presenten.

—A mi hermano han llegado a presentarle a cuarenta o cincuenta personas al día —dijo Frederick, animándose un poco con un destello de orgullo.

—Sí —asintió el Padre de Marshalsea—, incluso hemos superado ese número. Los domingos de la temporada de sesiones esto es como una recepción oficial. Amy, querida, llevo medio día intentando recordar el nombre del caballero de Camberwell que me presentó las Navidades pasadas aquel agradable comerciante en carbones que estuvo seis meses interno.

—No recuerdo cómo se llamaba, padre.

—Frederick, ¿lo recuerdas tú?

Frederick puso en duda que hubiera oído su nombre una vez siquiera. Indudablemente, Frederick era la última persona en este mundo a la que se podía plantear semejante pregunta con la esperanza de obtener alguna información.

—Estoy hablando —dijo su hermano— del caballero que tuvo conmigo un gesto muy considerado; tal vez quiera usted saber cuál fue.

—Por supuesto —dijo Arthur, apartando la vista de la delicada cabeza que empezaba a agacharse y del pálido rostro que expresaba una nueva inquietud.

—Fue un gesto tan generoso y una expresión de sentimientos tan refinados que es casi un deber dejar constancia de él. Dije entonces que lo recordaría siempre que viniera a cuento sin preocuparme por mis sentimientos personales. En fin, no sirve de nada disimular los hechos: debe saber, señor Clennam, que la gente que viene aquí desea tener algunas veces un pequeño gesto con el Padre de Marshalsea.

Ver la mano de la joven sobre el brazo de su padre en una súplica muda y contenida, mientras la menuda figura se apartaba un poco, era triste, muy triste.

—Algunas veces —prosiguió el padre con una voz baja, suave y algo alterada, sin dejar de carraspear para aclararse la garganta— algunas veces, ejem, toma una forma u otra; pero por lo general, ejem, es dinero. Y la verdad, no puedo por menos de confesar que con frecuencia, ejem, es bien venido. A ese caballero al que me refiero me lo presentaron, señor Clennam, de manera muy gratificante para mis sentimientos y no sólo conversaba con gran cortesía sino que también estaba, ejem, muy bien informado —mientras hablaba, aunque había terminado la cena, manejaba el cuchillo y el tenedor como si tuviera todavía comida en el plato—. De su conversación se deducía que tenía un jardín, aunque al principio evitaba hablar de él ya que, ejem, yo no puedo disfrutar ahora de los jardines. Pero lo dijo un día al ver cómo admiraba yo un ramo de geranios, un bello ramo de geranios, sin duda, que me había traído de su invernadero. Cuando comenté la belleza del colorido, me mostró un trozo de papel en el que estaba escrito «Para el Padre de Marshalsea», y me lo dio. Pero, ejem, eso no fue todo. Al marcharse, me dijo que pasada media hora retirara el papel. Eso hice y encontré en su interior, ejem, dos guineas. Se lo aseguro, señor Clennam, he recibido, ejem, muestras de agradecimiento de todo tipo y de diferente valor, y siempre han sido, ejem, lamentablemente, bien venidas; pero ninguna me había gustado tanto como, ejem, ese gesto.

Arthur estaba a punto de decir lo poco que era capaz de decir sobre semejante asunto cuando empezó a sonar una campana y unos pasos se acercaron a la puerta. Una linda muchacha de mejor figura y mucho más desarrollada que la pequeña Dorrit, aunque de aspecto mucho más juvenil, se paró en el umbral al ver a un desconocido; y el joven que estaba con ella también se detuvo.

—Señor Clennam, mi hija Fanny. Mi hija mayor y mi hijo, señor Clennam. La campana es la señal para que los visitantes se retiren y por eso vienen a darme las buenas noches; pero queda mucho tiempo, mucho tiempo. Hijas, el señor Clennam disculpará los trabajos que tengáis que hacer juntas. Me parece que sabe que aquí sólo tengo una habitación.

—Sólo quiero que Amy me dé mi vestido limpio, padre —dijo la segunda muchacha.

—Y mi ropa —dijo Tip.

Amy abrió un cajón en un viejo mueble que en la parte superior era una cómoda y en la parte inferior era una cama, y sacó dos hatillos que tendió a su hermano y a su hermana.

—¿Cosido y arreglado? —oyó Clennam que la hermana le preguntaba en un susurro, al que Amy contestaba afirmativamente. Se había levantado ya y aprovechó la oportunidad para recorrer la habitación con la mirada. Las paredes desnudas las había pintado de verde, sin duda, una mano poco experta, y estaban pobremente decoradas con unas pocas reproducciones. La ventana tenía una cortina y había una alfombra en el suelo; se veían estantes y percheros, y otros objetos útiles acumulados en el curso de los años. Era una habitación estrecha, mal ventilada, escasamente amueblada; por añadidura, la chimenea humeaba, o bien la diminuta plancha que la cubría era inútil; pero los cuidados constantes hacían de la habitación un lugar pulcro e incluso, a su manera, confortable.

La campana no había dejado de sonar y el tío estaba inquieto.

—¡Vamos, Fanny, vamos, Fanny! —decía con el ajado estuche del clarinete bajo el brazo—. Que cierran, niña, que cierran.

Fanny deseó buenas noches a su padre y salió con paso ligero. Los pasos de Tip resonaban ya escalera abajo.

—Señor Clennam —dijo el tío, mirando hacia atrás mientras arrastraba los pies en pos de los chicos—, que cierran, señor, que cierran.

El señor Clennam tenía dos cosas que hacer antes de marcharse; una, ofrecer su tributo al Padre de Marshalsea sin ofender a su hija; otra, decir algo a la hija, aunque sólo fuera una palabra, para explicar su presencia.

—Permítame —dijo el Padre— que lo acompañe hasta la escalera.

La joven se había escabullido detrás de los demás y los dos hombres estaban solos.

—Si bien no es por ningún motivo concreto —dijo el visitante apresuradamente—, permítame que... —clinc, clinc, clinc.

—Señor Clennam —dijo el Padre—. Estoy muy, muy... —pero su visitante le había cerrado la mano para impedir el tintineo y había bajado las escaleras a toda velocidad.

No vio a la pequeña Dorrit mientras bajaba ni tampoco la vio en el patio. Dos o tres personas rezagadas se encaminaban a toda prisa hacia la portería y él iba detrás cuando la vio en el umbral de la primera casa situada junto a la entrada. Clennam se volvió rápidamente.

—Le ruego que me perdone —dijo Clennam— por dirigirle aquí la palabra. ¡Le ruego que me perdone por haber venido! Esta noche la he seguido. Mi objetivo era prestarles a usted y a su familia algún servicio. Ya conoce cuál es la situación entre

mi madre y yo, y quizá no le sorprenda que en la casa haya tenido con usted una relación tan distante por temor a provocar sus celos, su enfado u ofenderla sin querer. Lo que he visto aquí, en este ratito, ha incrementado mi sincero deseo de brindarle mi amistad, si fuera posible obtener su confianza.

Al principio, la joven parecía asustada, pero fue armándose de valor mientras él le hablaba.

—Es usted muy bueno, señor. Me habla con mucha seriedad. Pero yo... habría preferido que no me vigilara.

Clennam entendió que la emoción de sus palabras se debía a que estaba pensando en su padre; la respetó y guardó silencio.

—La señora Clennam me ha ayudado mucho; no sé lo que habría hecho sin el empleo que me ha dado. Me temo que no sería justo pagárselo ocultándole secretos; esta noche no puedo decir nada más, señor. Estoy segura de que quiere ser amable con nosotros. Gracias, gracias.

—Permita que le pregunte algo antes de marcharme, ¿hace tiempo que conoce a mi madre?

—Creo que dos años, señor... La campana ha dejado de sonar.

—¿Y dónde la conoció? ¿Vino a buscarla aquí?

—No, ni siquiera sabe que vivo aquí. Tenemos un amigo, mi padre y yo (un pobre obrero, pero el mejor de los amigos); escribí una nota ofreciéndome para trabajar como costurera en la que facilitaba su dirección. Él colgó el anuncio en algunos lugares donde no costaba dinero y así fue como la señora Clennam supo de mí y me mandó llamar. ¡Van a cerrar la puerta, señor!

Estaba tan temblorosa y agitada, y Arthur estaba tan conmovido por la compasión que le inspiraba y el profundo interés que sentía por su historia que ahora que empezaba a conocerla no era capaz de separarse de ella. Pero el silencio de la campana y la quietud de la cárcel eran una señal de que debía marchar; y, con unas pocas y apresuradas palabras de aliento la dejó mientras ella volvía corriendo con su padre.

Pero era ya demasiado tarde. La verja interior estaba cerrada y la portería también. Después de llamar infructuosamente con el puño, se quedó ahí plantado con la desagradable convicción de que tendría que pasar la noche en la cárcel. Entonces una voz se le acercó por detrás.

—Así que se ha quedado encerrado —oyó—. No podrá volver a su casa hasta mañana por la mañana. Oh, si es usted, señor Clennam.

Era la voz de Tip y se quedaron mirándose el uno al otro en el patio de la cárcel mientras empezaba a llover.

—¡Sí que la ha hecho buena! —señaló Tip—. La próxima vez tiene que espabilar más.

—Pero usted también está encerrado —dijo Arthur.

—¡Claro que lo estoy! —dijo Tip con sarcasmo—. ¡Por todas partes! Pero no como usted. Yo soy de la casa, aunque mi hermana tiene la teoría de que el viejo no tiene que enterarse. La verdad es que no sé por qué.

—¿Y puedo encontrar algún acomodo? —preguntó Arthur—. ¿Qué debo hacer?

—Lo primero, ir a ver a Amy —dijo Tip, dando por hecho que ante la menor dificultad había que recurrir a ella.

—Preferiría pasear toda la noche, me da igual, antes que molestarla.

—No es necesario, si no le importa pagar una cama. Si no le importa, le prepararán una en la mesa del Salón teniendo en cuenta sus circunstancias. Si viene conmigo, lo presentaré.

Mientras cruzaban el patio, Arthur alzó la vista hacia la ventana de la habitación de la que acababa de salir, donde había una luz encendida.

—Sí, señor —dijo Tip siguiendo su mirada—. Es la del viejo. Ella se queda una hora más leyéndole el periódico del día anterior o algo parecido; y después se irá como un fantasma y se desvanecerá sin hacer ruido.

—No entiendo lo que dice.

—Nuestro padre duerme en la habitación y ella tiene una en la portería. Es la primera casa de aquí —dijo Tip señalando la puerta por la que la muchacha había salido—. En la primera casa, en la buhardilla. Paga el doble de lo que pagaría por una el doble de buena en el exterior, pero así está con nuestro padre, pobre niña, día y noche.

Con esta conversación llegaron a la taberna situada en el extremo de la cárcel, que los internos acababan de dejar vacante después de la reunión vespertina de su club social. El piso de la planta baja donde se congregaban era el Salón; la tribuna del presidente, las jarras de peltre, los vasos, pipas, cenizas de tabaco y olor de la concurrencia estaban tal como aquella institución de camaradas los había dejado al marcharse. El Salón tenía dos de las cualidades que normalmente se consideran esenciales en un buen *grog* para damas: fuerte y caliente. Pero, en el tercer punto de la analogía —el que requiere que, además, sea generoso—, resultaba insuficiente, ya que era un corral.

El visitante neófito daba por hecho que todos los presentes eran presos: el encargado, el camarero, la camarera, el mozo y los demás. Lo fueran o no lo fueran, todos tenían un aspecto demacrado. El tendero que tenía su comercio en una sala cercana y que alojaba a caballeros echó una mano para hacer la cama. Había sido sastre en sus tiempos e incluso había tenido un faetón, decía. Presumía de haber iniciado un litigio en beneficio de los internos, y tenía ideas poco definidas e indefinibles sobre uno de los funcionarios del juzgado que, según él, había interceptado un «fondo» que correspondía a los internos. Le gustaba creer eso y

siempre impresionaba a los recién llegados y a los desconocidos con esa confusa reclamación; pero habría sido incapaz, aunque le hubiera ido la vida en ello, de explicar a qué tipo de fondo se refería ni por qué esa idea había arraigado en su pensamiento. Sin embargo, había llegado a la conclusión de que la parte del fondo que le correspondía era una renta de tres chelines y nueve peniques por semana; y que esa cantidad se la robaba todos los lunes, a él personalmente, el funcionario del juzgado. Daba la impresión de que ayudaba a hacer la cama para no perder la oportunidad de explicar su caso; tras exponer sus quejas y anunciar (como, al parecer, hacía siempre, sin la menor consecuencia) que iba a escribir una carta a los periódicos y poner en evidencia al funcionario del juzgado, empezó a hablar un poco de todo con los demás. Era evidente, por el tono general del grupo, que habían llegado a considerar que la insolvencia era el estado normal de la humanidad, y el pago de deudas, una enfermedad que se declaraba de vez en cuando.

En este extraño escenario y con esos extraños espectros revoloteando a su alrededor, Arthur Clennam contemplaba los preparativos como si formaran parte de un sueño. Mientras tanto, Tip, que conocía a fondo los recursos del Salón y los disfrutaba plenamente, le señaló el fuego de la cocina común, mantenido por suscripción de los internos, lo mismo que el hervidor para el agua caliente y otros bienes que permitían deducir que si uno quería ser rico, sano y listo, debía pasar por Marshalsea.

Las dos mesas unidas en un rincón formaban, a lo largo, una buena cama; y al forastero lo dejaron entre las sillas windsor, la tribuna presidencial, la atmósfera impregnada de cerveza, el serrín, las velas, las escupideras y el reposo. Esto último, sin embargo, tardó mucho en imponerse. La novedad del lugar, haber aparecido en él sin haberlo previsto, la sensación de estar encerrado, el recuerdo de la habitación del piso superior, de los dos hermanos y, sobre todo, de la silueta infantil y del rostro en el que ahora veía años de alimentación insuficiente, si no de verdadera hambre, lo tuvieron despierto y triste.

Además, en su desvelo, cruzaron por su cabeza, como pesadillas, especulaciones que guardaban la más extraña relación con la cárcel, y que siempre tenían que ver con ella. Si tenían ataúdes preparados para la gente que moría ahí dentro, dónde los guardaban, cómo, dónde enterraban a los presos, cómo los sacaban y si un acreedor implacable podía detener a los muertos. Y, si pensaba en la posibilidad de fuga, si un preso podría escalar los muros con una cuerda y un gancho, cómo bajaría por el otro lado. Si se podría saltar al tejado de otra casa y bajar a hurtadillas por la escalera, salir por la puerta y perderse en la multitud. ¿Y si se declaraba un incendio? ¿Qué pasaría si estallaba un incendio mientras él estaba dentro?

Todos estos arrebatos de su imaginación no eran más, al fin y al cabo, que el marco de un cuadro en el que aparecían tres personas. Su padre, aún mirándolo desde

el lecho de muerte, proféticamente ensombrecida en su retrato; su madre, con el brazo en alto, refutando toda sospecha; la pequeña Dorrit, con la mano en el brazo agotado de su padre, la cabeza gacha, vuelta hacia otro lado.

¿Y si su madre tuviera algún viejo motivo para ayudar a la pobre muchacha? ¿Y si el preso que ahora dormía apaciblemente —¡ojalá el cielo se lo permitiera!— pudiera, el día del juicio final, vincular su caída a la señora Clennam? ¿Y si ésta y su padre hubieran hecho algo que hubiera precipitado que las cabezas canosas de aquellos dos hermanos cayeran tan bajo?

Le pasó por la cabeza una idea a toda velocidad. Aquella larga condena y el largo confinamiento de su madre en su habitación, ¿no eran para ella una forma de hacer balance con sus culpas? «Admito que algo tuve que ver con el encierro de este hombre. Él se ha consumido en su cárcel, yo en la mía. He pagado mi falta».

Cuando todos los pensamientos se hubieron desvanecido, este último se apoderó de él. Y, al quedarse dormido, su madre se le apareció en su silla de ruedas y puso fin a sus dudas con esta justificación. Arthur se despertó de un brinco, asustado sin motivo, y las palabras resonaban en sus oídos, como si la voz de su madre las hubiera murmurado para despertarlo: «Él se marchita en su cárcel, yo en la mía. Se ha hecho justicia de modo inexorable. ¿No está saldada ya mi deuda?».

La luz de la mañana no se dio prisa en trepar por el muro de la cárcel y asomarse a las ventanas del Salón; y, cuando por fin apareció, habría sido mejor recibida si hubiera llegado sola en lugar de traer consigo una lluvia torrencial. Pero los vientos del equinoccio soplaban en el mar y el imparcial viento del sudeste, en su trayectoria, no pasaba por alto siquiera la angosta cárcel de Marshalsea. Mientras rugía por el campanario de la iglesia de Saint George y hacía girar las caperuzas de las chimeneas del vecindario, bajaba en picado para meter en la cárcel el humo de Southwark; y, zambulléndose por las chimeneas de los pocos internos que habían madrugado y estaban ya encendiendo el fuego, poco faltó para que los asfixiara.

Arthur Clennam habría estado poco predispuesto a remolonear en la cama aunque ésta se encontrara en un entorno más privado y menos expuesto a la limpieza de los restos del fuego de la víspera, al encendido del fuego del día bajo el hervor de los internos, al llenado de tan espartano recipiente en la bomba, al barrido y vertido de serrín en la sala común y otros preparativos semejantes. Francamente contento de ver la mañana, a pesar de haber descansado poco aquella noche, se puso en pie apenas pudo distinguir los objetos que lo rodeaban y recorrió a grandes zancadas el patio durante dos largas horas antes de que se abriera la puerta principal.

Las paredes estaban tan próximas y las nubes enloquecidas pasaban tan deprisa que, cuando miraba el cielo ventoso, tenía la sensación de que iba a marearse. La lluvia, arrastrada oblicuamente por las ráfagas de viento, ennegrecía el costado del edificio central que había visitado la noche anterior, pero no había mojado un estrecho pasillo a sotavento del muro; por él se paseó Arthur Clennam entre residuos de paja, polvo y papel, los charcos de la bomba y los restos de las verduras del día anterior. Era el más desolador de los panoramas que podía contemplarse en esta vida.

No tuvo tampoco el consuelo de ver por un momento a la joven que lo había llevado hasta allí. Quizá había salido en silencio para ir a ver a su padre mientras él miraba hacia otro lado; el caso es que no la había visto. Era demasiado pronto para su hermano; le había bastado con verlo un instante para comprender que era de los que remoloneaban antes de dejar la cama que ocupaba por las noches, por desastrada que ésta fuera. Así pues, mientras Arthur Clennam paseaba arriba y abajo, esperando que abrieran la verja, más que en el presente, pensaba en cómo seguir con sus averiguaciones en el futuro.

Finalmente, se abrió la entrada de la portería y el portero, peinándose en el umbral, estuvo listo para dejarlo salir. Con una alegre sensación de alivio, Clennam

cruzó la portería y se encontró de nuevo en la pequeña explanada de la calle, allí donde había hablado con el hermano la noche anterior.

Se había formado ya en la entrada una cola desordenada de gente, entre la que no le costó identificar a los mensajeros, recaderos e intermediarios. Algunos habían estado esperando bajo la lluvia a que se abriera la puerta; otros, que habían calculado la hora con exactitud, aparecían en aquel momento con bolsas mojadas de papel de color marrón claro, procedentes de las tiendas de comestibles, y con barras de pan, trozos de mantequilla, huevos, leche y otros productos similares. La miseria de estos servidores de la miseria y la pobreza de estos insolventes asistentes de la insolvencia eran dignas de verse. En ningún mercadillo de ropa usada se veían abrigos y pantalones más gastados, vestidos y chales más mohosos, sombreros y capotas más deformes, botas y zapatos, paraguas y bastones como aquéllos. Todos llevaban ropas desechadas por otros hombres y mujeres; su aspecto se componía de retales y fragmentos de otros individuos y carecían de existencia sartorial propia. Sus pasos eran los pasos de otra raza. Se escabullían de un modo peculiar por las esquinas, como si estuvieran siempre de camino a la casa de empeños. Tosían como personas acostumbradas a que las olvidaran en umbrales y callejones barridos por el viento, esperando respuesta a cartas escritas con tinta desvaída que procuraban a sus destinatarios grandes inquietudes y escasas satisfacciones. Cuando miraban a algún desconocido al pasar, era con ojos pedigüeños: hambrientos, ansiosos, especulando sobre su amabilidad —si de algún modo podían aspirar a ella— y sobre la probabilidad de que se mostrara generoso. La mendicidad a comisión se encorvaba con sus hombros encogidos, tropezaba con sus piernas inestables, abrochaba, sujetaba con alfileres, zurcía y arrastraba su ropa, deshilachaba sus ojales, se desprendía de sus siluetas con trocitos de cinta sucia y salía de sus bocas en alientos alcohólicos.

Mientras toda esa gente pasaba por su lado, Arthur Clennam se detuvo en la explanada, y, cuando un hombre se volvió para preguntarle si podía ofrecerle sus servicios, se le ocurrió que podría hablar de nuevo con la pequeña Dorrit antes de marcharse. La joven se habría recuperado ya de la sorpresa y tal vez se sintiera más cómoda con él. Preguntó a aquel miembro de la fraternidad (que tenía dos arenques ahumados en la mano y una barra de pan y un cepillo para los zapatos bajo el brazo) cuál era el lugar más cercano para tomar un café. El individuo, bastante anodino, le contestó muy amablemente y lo llevó consigo a un café en una calle a un tiro de piedra de la cárcel.

—¿Conoce usted a la señorita Dorrit? —preguntó el nuevo cliente.

El individuo anodino conocía a dos señoritas Dorrit: una que había nacido en la cárcel... ¡Era ésa! ¿Era ésa? El individuo anodino la conocía desde hacía años. En cuanto a la otra señorita Dorrit, el individuo anodino vivía en la misma casa que ella y su tío.

Eso hizo que el nuevo cliente abandonara la idea inicial de aguardar en el café a que el individuo anodino le diera noticia de que la pequeña Dorrit había salido a la calle. Confió al individuo anodino un mensaje confidencial dirigido a la joven: el visitante de la noche anterior le rogaba que le concediera el favor de intercambiar unas palabras con ella en casa de su tío; obtuvo de la misma fuente la dirección completa de la casa de éste, que estaba muy próxima; despidió al individuo anodino y lo recompensó con media corona y, tras recomponerse rápidamente en el café, se dirigió a toda velocidad a la morada del clarinetista.

El edificio tenía tantos inquilinos que la jamba de la puerta parecía tan llena de tiradores de campanas como registros tiene el órgano de una catedral. Mientras dudaba cuál podría ser la del clarinetista, de la ventana de un salón salió un volantín que fue a aterrizar en su sombrero. Observó entonces que en esa ventana, inscrito en una persiana, un letrero rezaba: «Academia del señor Cripples»; y, en otra línea: «Clases nocturnas». Detrás de la persiana había un chico pálido con una rebanada de pan con mantequilla y una raqueta. Como la ventana estaba a la altura de la entrada, Clennam se asomó por encima de la persiana, devolvió el volantín y preguntó por el señor Dorrit:

—¿Dorrit? —contestó el muchacho que, de hecho, era el hijo de Cripples—. ¿El señor Dorrit? Tercera campana y un golpe.

Se diría que los alumnos del señor Cripples habían hecho del portal un cuaderno de caligrafía, ya que estaba lleno de inscripciones en lápiz. La frecuencia con que aparecía escrito «Dorrit viejo» y «Tipo Guarro» sugería una personalidad incipiente por parte de dichos alumnos. Clennam tuvo mucho tiempo para hacer estas observaciones antes de que el pobre anciano en persona abriera el portal.

—Ah —dijo despacito, recordando quién era su visitante—, ¿al final se quedó usted encerrado anoche?

—Sí, señor Dorrit. Espero poder hablar aquí con su sobrina.

—Oh —dijo el anciano, pensativo—. ¿Sin que esté presente mi hermano? Bueno, ¿quiere subir y esperarla?

—Gracias.

Dándose la vuelta tan despacio como daba vueltas en su cabeza a todo lo que oía o decía, el señor Dorrit empezó a subir las estrechas escaleras. En la casa todo estaba cerrado y desprendía un olor insalubre. Los ventanucos de la escalera daban sobre las ventanas traseras de otras casas, igual de insalubres, y de ellas sobresalían palos y cuerdas con deslucidas prendas de ropa colgadas; como si los habitantes estuvieran pescando y sus capturas fueran tan miserables que no mereciera la pena recogerlas. En la buhardilla que daba a la parte posterior —una habitación horrible con un catre plegable recogido con tanta prisa y hacía tan poco tiempo que daba la impresión de que las mantas hervían y, por así decir, levantaban la tapa de la olla—, un desayuno

de café y tostadas para dos personas, a medio terminar, estaba puesto de cualquier manera en una mesa desvencijada.

No había nadie. El viejo murmuró para sí, tras meditar un poco, que Fanny había huido y se dirigió a la habitación contigua dispuesto a hacerla volver. El visitante, observando que la puerta estaba cerrada por dentro y que, cuando el tío intentó abrirla, se oyó un grito que decía: «¡No abra, imbécil!», y se vislumbraron unas medias y una prenda de franela, llegó a la conclusión de que la joven estaba en ropa interior. El tío, sin que pareciera llegar a ninguna conclusión, regresó arrastrando los pies, se sentó en la silla y empezó a calentarse las manos en el fuego; no porque hiciese frío sino porque no tenía una idea clara de si lo hacía o no.

—¿Qué opinión le merece mi hermano, señor? —preguntó y, cuando finalmente se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se levantó, extendió la mano hacia la chimenea y cogió el estuche del clarinete.

—Me alegró mucho encontrarlo tan bien y tan animado —contestó Arthur, desconcertado, pues él estaba pensando en el hermano que tenía delante.

—¡Ajá! —murmuró el viejo—: sí, sí, sí.

Arthur se preguntó para qué querría el estuche del clarinete. No lo quería para nada. El anciano descubrió, en su momento, que aquello no era el paquetito de rapé (que se encontraba también en la chimenea), lo devolvió a su sitio, cogió el rapé y se dio el gusto de aspirar un pellizco. Aspiraba con los mismos gestos débiles, escasos y lentos de siempre, pero una leve expresión de placer recorría los pobres y gastados nervios de las comisuras de los párpados y los labios.

—Y Amy, señor Clennam, ¿qué opinión le merece a usted?

—Estoy muy impresionado, señor Dorrit, por todo lo que he visto y he pensado de ella.

—Sin ella, mi hermano estaría perdido —contestó—. Todos estaríamos perdidos sin Amy. Es muy buena chica, Amy. Cumple con su deber.

Arthur creyó ver en estos elogios cierto tono rutinario, el mismo que la noche anterior había percibido en el padre con íntima protesta y rechazo. No escatimaban elogios a la joven ni eran insensibles a lo que hacía; pero se habían acostumbrado perezosamente a ella, igual que a su propio modo de vivir en general. Reflexionó que, aunque tenían delante de sus ojos, a diario, elementos de comparación entre la muchacha, los demás y ellos mismos, consideraban que, en realidad, Amy ocupaba el lugar que le correspondía, de la misma manera que le correspondía su nombre o su edad. Creyó que la veían como si Amy no se hubiera elevado por encima de la atmósfera de la cárcel, como si todavía formara parte de ella; como si, de un modo u otro, fuera eso lo que ellos tenían derecho a esperar.

El tío reanudó el desayuno y estaba masticando unas tostadas mojadas en el café, sin acordarse de su huésped, cuando sonó la tercera campanilla. Era Amy, dijo, y bajó

para abrirle la puerta, dejando al visitante con una vívida imagen de unas manos sucias, un rostro marcado por la mugre y una silueta andrajosa, como si todavía estuviera sentado en la silla.

Amy entró tras él con su habitual vestido sencillo y sus habituales modales tímidos. Tenía los labios un poco separados, como si le latiera el corazón más deprisa que de costumbre.

—Amy, el señor Clennam lleva un rato esperándote.

—Me he tomado la libertad de enviarle un recado.

—Lo he recibido, señor.

—¿Va a ir usted a casa de mi madre esta mañana? Supongo que no, ya que a esta hora ya acostumbra a estar ahí.

—Hoy no, señor. No me necesitan.

—¿Me permitiría ir un rato con usted en la dirección que lleve? Puedo hablar mientras andamos, así no la retengo más aquí ni molesto por más tiempo.

Pareció cohibida, pero se mostró de acuerdo, si ése era su deseo. Clennam simuló haber perdido el bastón para dar tiempo a la muchacha de colocar bien la cama plegable, contestar al impaciente golpe de su hermana en la pared y decirle algunas palabras a su tío en voz baja. Cuando encontró el bastón, bajaron las escaleras; ella primero, él detrás; el tío los acompañó al rellano de la escalera y, probablemente, los olvidó antes de que llegaran a la planta baja.

Los discípulos del señor Cripples, que en ese momento estaban entrando en clase, renunciaron a la diversión matutina de golpearse unos a otros con bolsas y libros para examinar con los ojos bien abiertos al desconocido que había ido a ver al Tipo Guarro. Contemplaron el insólito espectáculo en silencio hasta que el misterioso visitante se encontró a una distancia prudencial; entonces empezaron a lanzar gritos y guijarros, así como a bailar danzas obscenas: en todos los sentidos, enterraron la pipa de la paz con ceremonias tan salvajes que, si el señor Cripples hubiera sido el jefe de la tribu de los cripplesaches y luciera pinturas de guerra, los chicos no se habrían mostrado más dignos de la educación recibida.

En mitad de aquel homenaje, Arthur Clennam ofreció el brazo a la pequeña Dorrit y ésta lo aceptó.

—¿Quiere ir por el Puente de Hierro^[6] para evitar el ruido de la calle?

La pequeña Dorrit se mostró de acuerdo, si ése era su deseo, y se aventuró a decir que esperaba que no le hubieran molestado los alumnos del señor Cripples, ya que también ella debía toda la educación que poseía a aquella academia nocturna. Él contestó con la mejor voluntad del mundo que había perdonado de corazón a los chicos del señor Cripples. De esta manera y sin saberlo, Cripples se convirtió en maestro de ceremonias entre ellos y los unió con más naturalidad de lo que habría hecho Beau Nash^[7] si hubieran vivido en sus tiempos y hubiera bajado de un coche

de seis caballos con ese único fin.

La mañana seguía borrascosa y las calles estaban incómodamente llenas de barro, pero no llovía mientras caminaban hacia el Puente de Hierro. La muchacha parecía tan joven a los ojos de Clennam que en algunos momentos se sorprendía pensando en ella, e incluso hablando con ella, como si fuera una niña. Quizá a ella le pareciera tan viejo como ella le parecía joven a él.

—Lamento que anoche sufriera el contratiempo de quedarse encerrado, señor. Qué mala suerte.

Él contestó que no tenía importancia, que había conseguido una buena cama.

—¡Oh, sí! —contestó ella al instante; según creía, la taberna cercana tenía camas excelentes.

Clennam reparó en que, para ella, la taberna era un hotel de lujo y apreciaba su buena fama.

—Me parece que es muy cara —añadió la pequeña Dorrit—, pero mi padre me ha dicho que se cena muy bien. Y el vino es muy bueno —añadió con aire inseguro.

—¿Ha estado alguna vez?

—Oh, no. Sólo he entrado en la cocina a buscar agua caliente.

¡Y pensar que la joven se había criado con una especie de reverencia hacia los lujos de aquel establecimiento, el Hotel Marshalsea!

—Le pregunté anoche cómo había conocido usted a mi madre —prosiguió Clennam—. ¿Había oído alguna vez hablar de ella antes de que la mandara llamar?

—No, señor.

—¿Y cree que su padre la conocía?

—No, señor.

Los ojos de la muchacha se alzaron hasta los de Clennam con tanta sorpresa (la joven se sobresaltó y se encogió cuando sus miradas se encontraron) que a éste le pareció necesario añadir:

—Tengo un motivo para preguntárselo que no puedo explicarle con detalle; pero debe usted dar por hecho que en ningún modo debe inquietarse sino todo lo contrario. ¿Y cree usted que en ningún momento el apellido Clennam le ha sido familiar a su padre?

—No, señor.

Por el tono en que la joven hablaba, Arthur tuvo la sensación de que le lanzaba una rápida mirada con los labios entreabiertos, pero puso cuidado en mirar al frente para evitar que la joven se sintiera incómoda y el corazón le latiera más deprisa.

Así llegaron al Puente de Hierro, que, después de cruzar las ruidosas calles, les pareció tan silencioso como si se encontraran en pleno campo. El viento soplaba con fuerza; las ráfagas mojadas, después de azotarlos, rozaban los charcos del suelo y los arrastraban para tirarlos al río convertidos en lluvia. Las nubes corrían furiosas por el

cielo color de plomo, el humo y la niebla las perseguían, la oscura marea corría veloz en la misma dirección. La pequeña Dorrit parecía la más menuda, callada y débil de las criaturas del Cielo.

—Permita que le busque un coche —dijo Clennam, a punto de añadir «pobrecilla niña mía».

Ella se apresuró a rechazarlo diciendo que le daba lo mismo que lloviera o no; estaba acostumbrada al tiempo que hiciera, bueno o malo. Clennam sabía que era cierto y se sintió todavía más conmovido al imaginar la figura menuda que tenía al lado recorriendo por las noches las calles oscuras, bulliciosas y mojadas rumbo a semejante lugar de descanso.

—Anoche me habló usted con tan honda emoción y después vi que había sido tan generoso con mi padre que no he podido negarme a obedecer a su recado, aunque sólo fuera para darle las gracias, especialmente porque quería decirle... —vaciló, temblorosa, y se le llenaron los ojos de lágrimas, que no cayeron.

—¿Decirme...?

—Que espero que no malinterprete a mi padre. No lo juzgue como juzgaría a otras personas que viven al otro lado de la verja. ¡Lleva tanto tiempo encerrado! No lo he visto nunca fuera, pero me imagino que ha cambiado bastante.

—Mis pensamientos nunca serán duros o injustos con él, puede estar segura.

—No es que tenga motivos para avergonzarse —añadió con aire más orgulloso; era evidente que la asaltaba la idea de que podía parecer que abandonaba a su padre — o los tenga yo para avergonzarme de él. Pero hay que entenderlo. Sólo pido que se tenga un recuerdo justo de su vida. Todo lo que dijo era cierto. Todo sucedió como él lo contó. Es muy respetado. Todos los que entran se alegran de conocerlo, goza de mayor consideración que el propio director de la cárcel.

Si alguna vez ha existido orgullo inocente, ha tenido que ser el de la pequeña Dorrit al hablar de su padre.

—Muchos dicen que tiene modales de auténtico caballero y que son todo un ejemplo. No conozco otros como los suyos en ese lugar, pero es que todo el mundo reconoce que es superior a los demás. Por ese motivo le hacen regalos, y porque saben que lo necesita. No es culpa suya tener necesidades. ¿Quién puede pasar en la cárcel un cuarto de siglo y ser próspero?

¡Cuánto afecto había en sus palabras, cuánta compasión en las lágrimas contenidas, qué fidelidad en su alma, qué auténtica era la luz que proyectaba un falso brillo alrededor de su padre!

—Si he llegado a la conclusión de que es mejor ocultar dónde vivo no es porque me avergüence de mi padre, Dios no lo quiera. Ni me avergüenzo de ese lugar, como podría suponerse. La gente no va a parar a ese sitio porque sea mala. He conocido a mucha gente buena, leal y sincera que ha acabado ahí porque ha tenido mala suerte.

La mayoría tiene buen corazón y así se comportan unos con otros. Y sería muy ingrato por mi parte olvidar que he pasado allí muchas horas tranquila y a mis anchas; que tuve allí un amigo excelente cuando era una niña, que me quería mucho; que allí me han enseñado, he trabajado y he dormido en paz. Me parece que sería casi cobarde y cruel no sentir por ese lugar cierto aprecio, después de todo.

La pequeña Dorrit había desahogado su fiel corazón y, mirando con recato a los ojos de su nuevo amigo, añadió suplicante:

—No tenía intención de contar tanto ni tampoco había hablado nunca antes de todo esto, pero creo que así dejo las cosas más claras que anoche. Le dije entonces que me habría gustado que no me hubiera seguido, señor. Ahora he cambiado de opinión, a menos que usted piense... aunque no lo deseo en absoluto, a menos que me haya expresado de modo tan confuso que... apenas pueda usted entenderme, y me temo que será el caso.

Arthur le contestó sin faltar a la verdad que no era así; e, interponiéndose entre ella y el viento cargado de lluvia, la protegió tan bien como pudo.

—Me siento ahora más autorizado a interesarme más por su padre. ¿Tiene muchos acreedores?

—Oh, muchísimos.

—Me refiero a los acreedores que hacen que siga estando donde está.

—Oh, sí, muchísimos.

—¿Podría decirme cuál es el más influyente de todos? Si no lo sabe usted, seguramente podré averiguarlo.

La pequeña Dorrit dijo, tras pensar un poco, que en otro tiempo había oído hablar del señor Tite Barnacle^[8] como hombre de gran influencia. Era comisionista, miembro de algún consejo de administración o fideicomisario o algo así. Vivía en Grosvenor Square, según creía, o en sus proximidades. Tenía un cargo público... Ocupaba un puesto muy elevado en el Negociado de Circunloquios. Amy parecía haber adquirido en su infancia alguna terrible impresión del poder de este formidable Tite Barnacle que vivía en Grosvenor Square o en sus proximidades, así como del Negociado de Circunloquios; se diría que le bastaba con mencionarlo para sentirse abrumada.

«No puede perjudicar a nadie —pensó Arthur— que visite a este Tite Barnacle».

Sin embargo, la pequeña Dorrit adivinó su pensamiento.

—¡Ah! —exclamó mientras negaba con la cabeza con la tibia desesperanza de toda una vida—. Muchos son los que han intentado sacar a mi padre de la prisión, pero no sabe hasta qué punto es inútil.

Por un momento olvidó su timidez para prevenir a Arthur sinceramente de la imposibilidad de la empresa; y lo miró con unos ojos que, sin la menor duda, sumados a aquel rostro paciente, la figura frágil, el vestido humilde, el viento y la

lluvia, no consiguieron disuadirlo de la decisión de ayudarla.

—Aunque fuera posible —insistió ella—, que no lo es, ¿dónde viviría mi padre? ¿De qué viviría? He pensado muchas veces que, si eso sucediera, en este momento ya no supondría nada bueno para él. Quizá, en el exterior, la gente no lo tenga en tanta consideración. Quizá no lo trate tan bien. Tal vez él no esté tan preparado para la vida en el exterior como lo está para la que lleva.

Al llegar a este punto, por primera vez no pudo impedir que le corrieran las lágrimas; y las manos menudas y finas que Arthur había admirado cuando estaban ocupadas, temblaron mientras la pequeña Dorrit las estrechaba con fuerza.

—Para él sería incluso motivo de tristeza saber que Fanny y yo ganamos un poco de dinero. Se preocupa muchísimo por nosotras porque se siente ahí encerrado e impotente. ¡Es tan, tan buen padre!

Antes de decir nada, Arthur guardó un breve silencio esperando que Amy se calmara. No tardó mucho. La pequeña Dorrit no estaba acostumbrada a pensar en sí misma ni a molestar a nadie con sus emociones. Clennam contempló unos instantes los tejados y las chimeneas, entre las cuales el humo formaba densas volutas, el bosque impenetrable de los mástiles del río y la selva de torres en tierra, envuelto todo ello en la neblina de la tormenta; y Amy estaba ya tan tranquila como si se encontrara, aguja en mano, en el cuarto de la madre de Arthur.

—¿Y se alegraría usted de que su hermano quedara en libertad?

—¡Oh, me alegraría muchísimo, señor!

—Bueno, en ese caso, lo intentaremos. Anoche me dijo que tenía un amigo, ¿no es cierto?

—Se llama Plornish —dijo la pequeña Dorrit.

¿Y dónde vivía Plornish? Plornish vivía en la Plaza del Corazón Sangrante. Era «un simple yesero», dijo la pequeña Dorrit para que Clennam no imaginara que Plornish pertenecía a una clase social elevada. Vivía en la última casa de la Plaza del Corazón Sangrante y su nombre aparecía en una pequeña verja. Arthur tomó nota de la dirección y le dio la suya. Había hecho ya todo lo que se había propuesto por el momento, si bien quería que la pequeña Dorrit quedara convencida plenamente de que podía confiar en él.

—Aquí tiene a un amigo —dijo, guardando la agenda—. Y mientras la acompaño... va a volver, ¿o no?

—Oh, sí, vuelvo directamente a casa.

—Pues mientras la acompaño —la palabra «casa» le produjo un sobresalto—, intentaré convencerla de que tiene otro amigo. No quiero prometer nada y no diré nada más.

—Es usted muy amable conmigo, no necesito nada más.

Regresaron a la cárcel por calles tristes y enfangadas, y entre tiendas pobres y

roñosas, empujados por multitudes de sucios buhoneros, habituales en los barrios pobres. En el corto trecho nada resultó agradable a ninguno de los cinco sentidos. Sin embargo, para Clennam, que llevaba del brazo a aquella criatura menuda, frágil y prudente, el trayecto bajo la vulgaridad de la lluvia, el ruido y el barro no fue un paseo vulgar. No nos entretendremos ahora a analizar qué joven le parecía ella a él o qué viejo le parecía él a ella; tampoco en qué medida constituían el uno un misterio para el otro en un momento en que empezaba a entrelazarse la vida de ambos. Clennam iba pensando en la pequeña Dorrit, en que había nacido y se había criado en aquellos parajes y en que ahora, al cruzarlos, estaba incómoda porque, si bien le eran familiares, se sentía fuera de lugar; Clennam pensaba en que la pequeña Dorrit conocía desde pequeña las más sórdidas carencias de la vida; iba pensando en su inocencia, en su devoción por los demás, en sus pocos años, en su aspecto aniñado.

Habían llegado a High Street, donde se encontraba la cárcel, cuando una voz exclamó:

—¡Madrecita, madrecita!

La pequeña Dorrit se detuvo y miró hacia atrás; un extraño personaje muy alterado chocó con ellos; sin dejar de gritar «madrecita», se cayó y desparramó por el suelo, sobre el barro, las patatas que contenía una gran cesta.

—¡Oh, Maggy! —exclamó la pequeña Dorrit—. ¡Qué torpe eres!

Maggy no se había hecho daño, así que se levantó rápidamente y empezó a recoger las patatas con la ayuda de la pequeña Dorrit y de Arthur Clennam. Maggy recogió unas pocas y gran cantidad de barro; pero las recuperaron todas y las depositaron en el cesto. Maggy se frotó entonces la cara sucia con el chal y, mostrándosela al señor Clennam como si fuera una forma de pureza, permitió que viera cómo era.

Era una joven de unos veintiocho años, de huesos grandes, rasgos grandes, pies y manos grandes, ojos grandes y ningún cabello. Los ojos grandes eran cristalinos, casi incoloros; parecía que la luz los afectara poco y siempre estaban anormalmente inmóviles. Su rostro tenía la expresión de escucha atenta que vemos en los ciegos; pero ella no lo era por completo, ya que al menos uno de sus ojos desempeñaba razonablemente sus funciones. No era del todo fea, pero sólo se salvaba de serlo por su sonrisa; una sonrisa alegre y simpática que, a la larga, suscitaba compasión porque no se borraba nunca. Una gran cofia blanca con una profusa y opaca cantidad de volantes que no paraban de revolotear excusaba la visión de la calvicie de Maggy y hacía tan difícil que la vieja capota negra se mantuviera sobre la cabeza que casi le colgaba del cuello, como si fuera una gitana con un crío a cuestas. Sólo una comisión de merceros podría haber averiguado de qué estaba hecho el resto de su vestimenta, de un gran parecido con las algas, y, entre ellas, alguna hoja de té de tamaño gigantesco. El chal, en particular, parecía una gran hoja de té sometida a una larga

infusión.

Arthur Clennam miró a la pequeña Dorrit como si preguntara: «¿Podría decirme usted quién es?». La pequeña Dorrit, cuya mano aquella Maggy, que seguía llamándola madrecita, había empezado a acariciar, le respondió con palabras (en aquel momento se encontraban en el portal donde habían ido a parar gran parte de las patatas):

—Le presento a Maggy, señor.

—Maggy, señor —repitió el personaje—. ¡Madrecita!

—Es la nieta... —explicó la pequeña Dorrit.

—La nieta —repitió Maggy.

—De mi ama de cría, que murió hace mucho tiempo. Maggy, ¿cuántos años tienes?

—Diez, madre —dijo Maggy.

—No puede imaginarse lo buena que es, señor —dijo la pequeña Dorrit con infinita ternura.

—Lo buena que es ella —repitió Maggy, convirtiendo del modo más expresivo posible a la pequeña Dorrit en el sujeto de la frase.

—O lo lista que es —añadió Amy—. Hace los recados mejor que nadie —Maggy se echó a reír—. Y es más de fiar que el Banco de Inglaterra —Maggy se rio—. Se gana la vida ella sola, señor —dijo la pequeña Dorrit bajando la voz con tono triunfante—. ¡De veras!

—¿Y cuál es su historia? —preguntó Clennam.

—¿Has visto eso, Maggy? —dijo Amy cogiéndole las grandes manos y uniéndolas en una palmada—. ¡Un caballero venido desde lejísimos quiere conocer tu historia!

—¿Mi historia, madrecita? —exclamó Maggy.

—Me quiere —dijo la pequeña Dorrit, algo confusa—. Está muy unida a mí. Su vieja abuela no fue con ella todo lo buena que habría tenido que ser, ¿verdad, Maggy?

Maggy asintió con la cabeza, cerró la mano izquierda y, como si fuera un vaso, se la llevó a la boca y dijo:

—Ginebra —pegó a una niña imaginaria y añadió—: palo de escoba y atizadores del fuego.

—Cuando Maggy tenía diez años —explicó la pequeña Dorrit, mirándola mientras hablaba— tuvo unas fiebres muy malas y desde entonces no ha crecido más.

—Diez años —dijo Maggy, asintiendo con la cabeza—. Pero ¡qué hospital tan bonito! ¡Qué cómodo!, ¿verdad? ¡Qué bonito era, qué sitio tan tranquilo!

—Es que nunca había tenido tranquilidad, señor —dijo la pequeña Dorrit volviéndose a Arthur y bajando la voz—, y siempre dice lo mismo.

—¡Qué camas! —exclamó Maggy—. ¡Qué limonadas! ¡Qué naranjas! ¡Qué caldo

y qué vino más deliciosos! ¡Qué pollo! ¡Qué sitio tan *güeno* para vivir toda la vida!

—Así que Maggy se quedó ahí todo el tiempo que pudo —prosiguió la pequeña Dorrit, como si contara un cuento a un niño y con un tono destinado a Maggy—. Y al final, cuando ya no pudo quedarse más, salió. Así, como siempre tendría diez años, por mucho que viviera...

—Por mucho que viviera... —repitió Maggy como un eco.

—Y, como estaba muy débil, tan débil que cuando empezaba a reírse no podía parar, cosa que daba mucha pena... —Maggy se puso seria de repente—. Su abuela no sabía qué hacer con ella y durante algunos años se portó muy mal. Con el tiempo, Maggy se esforzó en mejorar y empezó a mostrarse muy atenta e industriosa; y le fueron dejando entrar y salir cuando quería y pudo ganar lo suficiente para mantenerse. Y ésa —dijo la pequeña Dorrit, dando otra palmada con las grandes manos de Maggy —es la historia de Maggy, como ella sabe bien.

¡Ah! Arthur habría adivinado lo que faltaba para completarla aunque no hubiera oído nunca las palabras «madrecita»; aunque no la hubiera visto acariciar la mano de la pequeña Dorrit; aunque no hubiera visto las lágrimas que ahora asomaban a aquellos ojos incoloros; aunque no hubiera oído el sollozo que puso fin a la torpe risa. Más tarde, cuando evocó ese momento, el sucio portal en el que silbaban el viento y la lluvia, la cesta con patatas sucias de barro que esperaban que las recogieran o tiraran de nuevo, nunca le parecieron lo miserables que eran en realidad, ¡nunca, nunca!

Estaban muy cerca del final de su paseo y salieron del portal para seguir su camino. Maggy se empeñó en que se detuvieran ante el escaparate de una tienda, a poca distancia de su destino, para enseñarles lo que sabía: más o menos, sabía leer y entendía gran parte de las cifras de los precios. También le costaba, pero casi siempre lo lograba, leer las filantrópicas recomendaciones de los anuncios: pruebe nuestra mezcla, pruebe nuestro té negro para la familia, pruebe el *pekoe* con aroma a naranja, sin rival entre los tés con aroma a flores; y diversas advertencias al público contra los establecimientos espurios y los artículos adulterados. Arthur vio que el placer sonrojaba las mejillas de la pequeña Dorrit cuando Maggy acertaba y tuvo la sensación de que podría quedarse ahí, delante del escaparate de la tienda de alimentación, hasta que el viento y la lluvia se cansaran.

Por fin los recibió la explanada y ahí se despidió de la pequeña Dorrit. Siempre le había parecido menuda y en aquel momento, cuando la vio entrar por la portería de Marshalsea, la madrecita con su hija grandullona le pareció más menuda todavía. La puerta de la jaula se abrió y, cuando el pajarito, criado en cautividad, voló hacia dentro como un animal domesticado, lo vio de nuevo encerrado y se marchó.

Capítulo X

En el que se expone toda la ciencia del buen gobierno

El Negociado de Circunloquios (como todo el mundo sabe sin que se lo tengan que decir) era el Negociado más importante del gobierno. Ningún asunto público podía resolverse en ningún momento sin el visto bueno del Negociado de Circunloquios. Metía baza en asuntos mayores y menores. Era igualmente imposible hacer el bien más sencillo o deshacer el más sencillo de los males sin la autorización expresa del Negociado de Circunloquios. Si se hubiera descubierto otra Conspiración de la Pólvora^[9] media hora antes de que se encendiera la cerilla, nadie habría estado autorizado a salvar el Parlamento antes de que se creara una decena de comisiones, se redactara un montón de actas, varios sacos de memorandos oficiales y se llenara una bodega de correspondencia agramatical procedente del Negociado de Circunloquios.

Esta gloriosa institución había aparecido muy pronto, cuando se reveló con claridad a los hombres de Estado un principio sublime relacionado con el difícil arte de gobernar un país. Fue la primera en estudiar esa brillante revelación y en trasladar su reluciente influencia a todos los procedimientos oficiales. Cuando se tenía que hacer algo, fuera lo que fuere, el Negociado de Circunloquios se adelantaba a todos los departamentos públicos con el arte de descubrir «cómo no hacer las cosas».

A través de esta fina percepción, gracias al tacto con el que invariablemente trabajaba y al genio que siempre mostraba, el Negociado de Circunloquios se había situado en lo más alto de los departamentos públicos; y la situación de los asuntos públicos había llegado a ser... la que era.

Es cierto que «cómo no hacer las cosas» era el objeto de estudio de todos los departamentos públicos y de los políticos profesionales del entorno del Negociado de Circunloquios. Es cierto que cada nuevo primer ministro y cada nuevo gobierno, que habían alcanzado sus cargos porque sostenían la necesidad de que se hicieran algunas cosas, en cuanto tenían poder aplicaban todas sus facultades en descubrir «cómo no hacer las cosas». Es cierto que en el mismo momento en que terminaban unas elecciones generales, los hombres electos que antes habían despoticado en la palestra por algo que no se había hecho, y que habían rogado a los amigos del honorable caballero, de ideas contrarias a las suyas, expuesto a una acusación formal por incumplimiento, que les explicara por qué no se había hecho, y que habían afirmado repetidas veces que tenía que haberse hecho, y que se habían comprometido a hacerlo, empezaban a pensar en «cómo no hacerlo» de inmediato. Es cierto que los debates de ambas Cámaras del Parlamento dedicaban todas sus sesiones a la deliberación prolongada de «cómo no hacer las cosas». Es cierto que el discurso de la

corona al inicio de la temporada parlamentaria venía a decir: caballeros, tienen mucho trabajo que hacer, de modo que hagan el favor de retirarse a sus respectivas Cámaras a discutir «cómo no hacerlo». Es cierto que el discurso de la Corona, en el acto de cerrar ese período parlamentario, decía: caballeros, a lo largo de varios meses de trabajo, han analizado con gran lealtad y patriotismo «cómo no hacer las cosas» y lo han averiguado; y con la bendición de la providencia sobre la cosecha (la natural, no la política), ahora los despido. Todo eso es cierto, pero el Negociado de Circunloquios iba más allá.

Porque el Negociado de Circunloquios avanzaba de modo mecánico, día tras día, manteniendo en movimiento esa rueda maravillosa del estadista que se llama «cómo no hacer las cosas». Porque el Negociado de Circunloquios se abalanzaba sobre cualquier funcionario mal aconsejado que pretendiera hacer algo o que, por algún pasmoso accidente, estuviera en remoto peligro de hacer algo; y con un escrito, un memorándum y una circular terminaba con él. Era este espíritu de eficacia nacional del Negociado de Circunloquios lo que lo había llevado gradualmente a tener algo que ver con todo. Mecánicos, filósofos naturalistas, soldados, marineros, demandantes, memorialistas, personas con motivos de queja, personas que querían corregir los motivos de queja, personas que querían impedir los motivos de queja, chalanes, chalaneados, personas que no veían recompensados sus méritos y personas a las que no se podía castigar por falta de méritos, todos quedaban indiscriminadamente sepultados bajo los pliegos del Negociado de Circunloquios.

Multitud de personas se perdían en el Negociado de Circunloquios. Infelices que habían sufrido injusticias, o que tenían proyectos para el bienestar general (y más les habría convenido sufrir injusticias desde el principio que verse sometidos a esa amarga receta inglesa que se las haría sufrir inexorablemente), y que tras un lento período de tiempo y angustias habían sobrevivido a otros departamentos oficiales; personas que, por norma, se habían visto maltratadas en éste, cercenadas en sus esperanzas por aquél y eludidas en el otro, eran remitidas finalmente al Negociado de Circunloquios y no volvían a aparecer a la luz del día. Las comisiones las bloqueaban, las secretarías les hacían un escrito, los comisionados farfullaban sobre ellas, los funcionarios registraban, daban entrada, repasaban, descartaban y los despachaban con una etiqueta, y tales personas terminaban por desaparecer. En definitiva, todos los asuntos del país pasaban por el Negociado de Circunloquios, con la única excepción de aquellos que no pasaban porque entraban y no salían, y su nombre era Legión.

A veces, algunos espíritus irritados atacaban el Negociado de Circunloquios. A veces, se planteaban preguntas en el Parlamento e incluso algunos demagogos tan torpes e ignorantes que sostenían que el gobierno debía basarse en «cómo hacer las cosas» aprobaban mociones parlamentarias o amenazaban con ellas. Entonces el

noble lord o el muy honorable caballero del departamento encargado de defender el Negociado de Circunloquios se metía una naranja en el bolsillo y aprovechaba para convertir la ocasión en un día de maniobras. Llegaba al Parlamento, daba una palmada en la mesa y se enfrentaba al honorable caballero de tú a tú. Entonces le decía que estaba ahí para decirle al honorable caballero que el Negociado de Circunloquios no sólo era totalmente inocente en ese asunto sino que era digno de elogio en ese asunto, que merecía que lo pusieran por las nubes en todo lo relacionado con ese asunto. Y debía decirle también al honorable caballero que, aunque el Negociado de Circunloquios tenía siempre la razón y toda la razón, nunca había tenido tanta razón como en ese asunto. Y aún declaraba ante aquel honorable caballero que habría sido más conveniente para su honor, para su fama, para su buen gusto, para su sentido común, para más de la mitad del contenido de un diccionario de lugares comunes, que hubiera dejado en paz al Negociado de Circunloquios y no hubiera planteado nunca el asunto. Después, observaba al experto del Negociado de Circunloquios sentado en la zona de invitados de la cámara y, con su ayuda, aplastaba al honorable caballero. Y, aunque siempre ocurría una de las dos cosas siguientes —a saber: que el Negociado de Circunloquios no tenía nada que decir y así lo decía, o que tenía algo que decir y el noble lord o el honorable caballero farfullaban la mitad olvidándose de la otra mitad—, el Negociado de Circunloquios siempre salía inmaculado de las votaciones de una mayoría dócil.

En virtud de una larga carrera de estas características, el Negociado se había convertido en un centro de formación de hombres de Estado de tal calibre que varios lores solemnes habían alcanzado la reputación de ser prodigios en los negocios por el mero hecho de haber puesto en práctica «cómo no hacer las cosas» cuando dirigían el Negociado de Circunloquios. En cuanto a los sacerdotes y acólitos subalternos de este templo, como resultado de lo dicho se dividían en dos clases, empezando por el más joven de los recaderos: o bien creían que el Negociado de Circunloquios era una institución de origen divino que tenía todo el derecho del mundo a hacer lo que le viniera en gana, o bien se refugiaban en una infidelidad total y lo consideraban un auténtico engorro.

La familia Barnacle llevaba tiempo ocupándose de administrar el Negociado de Circunloquios. Es más, los miembros de la rama de Tite Barnacle se consideraban, en general, poseedores de derechos adquiridos y se tomaban a mal que cualquier otra familia interviniera. La de los Barnacle era una familia muy distinguida y numerosa. Se repartía por todos los Negociados y ocupaba todo tipo de cargos públicos. O bien el país debía mucho a los Barnacle o bien los Barnacle debían mucho al país. No todo el mundo estaba de acuerdo; los Barnacle tenían una opinión y el país tenía otra.

El Tite Barnacle de turno que en el período que nos interesa formaba o instruía al hombre de Estado que dirigía el Negociado de Circunloquios —cuando ese noble o

justo individuo se sentía incómodo en su poltrona después de que algún pelagatos arremetiera contra él en un periódico— tenía más parentela que dinero. En tanto que Barnacle, tenía un puesto, francamente confortable; y en tanto que Barnacle, como es natural, había colocado a su hijo en el Negociado. Pero se había casado con un miembro de la rama de los Stiltstalking^[10], también mejor dotados en parientes que en lo relativo a los bienes muebles o inmuebles, y este matrimonio había tenido descendencia, Barnacle hijo y tres jóvenes damas. Debido a las necesidades patricias del joven Barnacle, de las tres jóvenes damas, de la señora de Tite Barnacle, nacida Stiltstalking, y de él mismo, Tite Barnacle encontraba que los intervalos trimestrales entre días de pago eran más largos de lo que él habría deseado; una circunstancia que siempre atribuía a la mezquindad del país.

Un día Arthur Clennam preguntó por quinta vez por este tal Tite Barnacle en el Negociado de Circunloquios; en ocasiones anteriores, lo habían hecho aguardar en un vestíbulo, en una urna de cristal, en una sala de espera y en un pasillo de incendios en el que el departamento parecía almacenar el aire. En esta ocasión, a diferencia de las anteriores, el señor Barnacle no estaba ocupado con el noble prodigio que dirigía el departamento sino que se hallaba ausente. Sin embargo, le anunciaron la presencia de Barnacle hijo, una estrella menor pero bien visible en el horizonte del Negociado.

Clennam manifestó su interés por consultar con este Barnacle hijo y lo encontró chamuscándose las pantorrillas frente al fuego paterno y apoyando la columna vertebral en la repisa de la chimenea. Era una sala cómoda, bellamente amueblada al estilo de los altos funcionarios y con regias señales del Barnacle ausente en la gruesa alfombra, el escritorio forrado de piel para sentarse, el escritorio forrado de piel para despachar de pie, la formidable butaca y la alfombra delante de la chimenea, el guardafuegos, los papeles rotos, las cajas de las que asomaban pequeñas etiquetas, como si fueran botellas de medicamentos o trofeos de caza, el penetrante olor a cuero y caoba y una hechizante atmósfera de «cómo no hacer las cosas».

Este Barnacle, que sostenía la tarjeta de Clennam en la mano, tenía un aspecto juvenil y el bigotito más sedoso que tal vez se haya visto nunca. En la joven barbilla crecía una pelusa tan suave que parecía un pajarillo que estuviera echando las plumas; un observador compasivo habría alegado que, si no hubiera estado chamuscándose las pantorrillas, habría muerto de frío. Le colgaba del cuello un monóculo buenísimo, pero lamentablemente tenía unas órbitas tan planas y unos párpados tan débiles que no se sostenía cuando se lo colocaba sino que se le caía sobre los botones del chaleco con un repiqueteo que le molestaba sobremanera.

—¡Ah, sí, bueno, mire! Mi padre no está y no estará hoy —dijo Barnacle hijo—. ¿Puedo ayudarlo en algo?

(¡Clic! Cayó el monóculo. Barnacle hijo se sobresaltó y lo buscó a tientas, sin encontrarlo).

—Es usted muy amable —contestó Arthur Clennam—. Sin embargo, desearía ver al señor Barnacle.

—Pero, sí, bueno, mire; no tiene cita previa —dijo el joven Barnacle.

(Para entonces había encontrado el monóculo y se lo había puesto).

—No, una cita es justo lo que desearía.

—Ah, sí, bueno, mire, ¿es un asunto oficial? —preguntó Barnacle hijo.

(¡Clic! El monóculo volvió a caerse. Barnacle hijo se sumió en un estado de búsqueda durante el cual el señor Clennam consideró innecesario contestar).

—¿Se trata de algún asunto de tonelaje náutico —preguntó Barnacle hijo al observar el rostro bronceado del visitante— o algo parecido?

(Hizo una pausa esperando la respuesta, se abrió el ojo derecho con la mano y se metió la lente de modo tan inflamatorio que el ojo empezó a llorarle terriblemente).

—No —contestó Arthur—, no tiene nada que ver con el tonelaje.

—Ah, sí, bueno: entonces, será un asunto particular, ¿no?

—No estoy muy seguro, está relacionado con un tal señor Dorrit.

—Sí, bueno, mire: lo mejor es que se pase por nuestra casa, si le pillas de camino. Es el número 24 de Mews Street, en Grosvenor Square. Mi padre tiene un leve ataque de gota que lo ha obligado a quedarse en casa.

(El mal aconsejado joven Barnacle se estaba quedando ciego por culpa del monóculo, pero le daba vergüenza seguir manipulándolo).

—Muchas gracias, pasaré ahora mismo, buenos días.

El joven Barnacle pareció desconcertado al oírlo, ya que nunca había pensado que le hiciera caso.

—¿Está usted seguro —preguntó cuando Clennam se dirigía hacia la puerta, poco dispuesto a renunciar al brillante negocio que se le había ocurrido— de que no tiene nada que ver con el tonelaje naval?

—Segurísimo.

Con esa afirmación, y algo intrigado por lo que habría pasado si hubiera sido un asunto relacionado con el tonelaje, el señor Clennam se retiró para seguir con sus investigaciones.

Mews Street no estaba en Grosvenor Square, pero sí muy cerca. Era una callecilla infecta de paredes ciegas, caballerizas y montañas de estiércol, con buhardillas sobre las cocheras habitadas por las familias de los cocheros, aficionados a tender la ropa y adornar los alféizares de las ventanas con rejas en miniatura. El principal deshollinador de aquel barrio elegante vivía en el extremo sin salida de la calle; y ese mismo rincón albergaba un establecimiento muy frecuentado a primera hora de la mañana y a primera hora de la noche para la compra de botellas de vino y grasas residuales de las cocinas. Los propietarios de los teatros de títeres tenían por costumbre dejar sus bártulos junto a las paredes ciegas de Mews Street mientras

cenaban en otro lugar; y los perros del vecindario se citaban también ahí mismo. Sin embargo, había dos o tres casas pequeñas y mal ventiladas en la entrada de la calle, alquiladas a un altísimo precio por el mero hecho de hallarse en la abyecta proximidad de una zona elegante; y, cuando alguna de esas espantosas jaulitas quedaba libre (cosa que sucedía raras veces, puesto que estaban muy solicitadas), el agente inmobiliario la anunciaba como una residencia señorial en el barrio más aristocrático de la ciudad, habitada exclusivamente por la *elite* del *beau monde*.

Si la parentela de los Barnacle no hubiera exigido una residencia señorial situada en ese reducido barrio, esa rama de la familia habría podido elegir entre, por lo menos, unas diez mil casas cincuenta veces más amplias por un tercio del alquiler solicitado. Y lo cierto era que el señor Barnacle, a quien aquella residencia señorial le parecía extremadamente incómoda y extremadamente cara, en tanto que funcionario, reprochaba la circunstancia a la nación y se lo echaba en cara como una muestra más de su tacañería.

Arthur Clennam se encontró con que el número 24 de Mews Street, Grosvenor Square, era una casa apretujada entre otras, con una fachada deslucida e inclinada hacia delante, ventanucos sucios y un pequeño patio delantero que parecía el bolsillo húmedo de un chaleco. La casa era, para el sentido del olfato, como un frasco lleno de un poderoso destilado de caballerizas^[11]; y, cuando el lacayo abrió la puerta, se habría dicho que lo descorchaba.

Aquel lacayo era a los lacayos de Grosvenor Square lo mismo que la casa era a las casas de Grosvenor Square. Admirable en su estilo, un estilo propio de una vía de servicio. Su magnífica apariencia no carecía de suciedad; y tanto su rostro como su consistencia padecían las consecuencias de la estrechez de su despensa. Cuando abrió la puerta y puso la botella en la nariz del señor Clennam, tenía un aspecto flácido y cetrino.

—Tenga usted la amabilidad de dar esta tarjeta al señor Tite Barnacle y de decirle que acabo de ver a su hijo, el cual me ha sugerido que me pasara por aquí.

El lacayo (que tenía en el traje tantos botones grandes con la divisa de los Barnacle como si fuera la caja fuerte de la familia y llevara consigo las joyas y la plata de la casa) examinó la tarjeta un momento y después dijo:

—Pase usted.

Fue necesaria cierta prudencia para entrar sin chocar con la puerta abierta del interior del vestíbulo y, en la consiguiente confusión mental y oscuridad física, caer por las escaleras de la cocina. Sin embargo, el visitante consiguió llegar sano y salvo al felpudo de la puerta.

—Pase usted —repitió el lacayo, y el visitante lo siguió. En la puerta interior del vestíbulo fue como si le tendieran otro frasco y lo destaparan. Esta segunda botella parecía estar llena de provisiones concentradas y de extracto de fregadero. Tras una

escaramuza en el estrecho pasillo, pues el lacayo había abierto la puerta del sombrío comedor con gesto firme, éste comprobó consternado que había alguien dentro y retrocedió sobre el visitante con cierta confusión; entonces lo condujo a una reducida salita en la parte de atrás mientras procedía a anunciar su presencia. Allí Clennam tuvo la oportunidad de recrearse con ambos frascos a un tiempo mientras contemplaba por la ventana el muro que se alzaba a un metro de distancia y especulaba sobre el número de familias Barnacle que vivían en Londres en cuchitriles como aquél por su propia voluntad de esbirros.

El señor Barnacle estaba dispuesto a recibirlo, ¿tenía la bondad de subir las escaleras? No tenía inconveniente y eso hizo; y en el salón, con la pierna en reposo, encontró al señor Barnacle en persona, la imagen explícita y manifiesta de «cómo no hacer las cosas».

El señor Barnacle databa de tiempos mejores, tiempos en los que el país no era tan tacaño y el Negociado de Circunloquios no estaba tan mal dirigido. Llevaba un pañuelo blanco que le daba vueltas y vueltas al cuello, de la misma manera que él, si le dejaran, envolvería el país con legajos y balduques. El cuello y los puños de la camisa eran opresivos; su voz y sus modales eran opresivos. Llevaba una larga cadena de reloj y una serie de sellos, una levita abotonada con el fin de ocasionarle las máximas molestias, un chaleco abotonado con idéntico propósito, unos pantalones impecablemente planchados y unas botas rígidas. Era espléndido, sólido, abrumador e inaccesible. Parecía que llevara posando toda la vida para un retrato de sir Thomas Lawrence^[12].

—¿Es usted el señor Clennam? —preguntó el señor Barnacle—. Tome asiento.

El señor Clennam se sentó.

—Según creo, me ha ido usted a ver al Negociado de Circunloquios —pronunció esta última palabra como si tuviera veinticinco sílabas.

—Me he tomado esa libertad.

El señor Barnacle inclinó la cabeza solemnemente como si dijera: «No niego que se ha tomado usted una libertad; tómese otra y expóngame sus asuntos».

—Permítame señalarle que he vivido unos años en la China, soy casi extranjero en mi país y no tengo motivos ni intereses personales en los asuntos que le voy a exponer.

El señor Barnacle tamborileó en la mesa con los dedos y, como si posara para un artista nuevo y desconocido, parecía decir al visitante: «Le agradeceré que me retrate con esta expresión altiva».

—He conocido a un deudor llamado Dorrit que lleva en la cárcel de Marshalsea muchos años. Me gustaría investigar sus confusos asuntos a fin de averiguar si, después de todo el tiempo transcurrido, sería posible mejorar su desgraciada situación. Según me han dicho, Tite Barnacle tiene una gran influencia entre sus

acreedores, ¿me han informado bien?

Dado que uno de los principios del Negociado de Circunloquios era que jamás, en ninguna circunstancia, se podía dar una respuesta franca, el señor Barnacle contestó:

—Es muy posible.

—¿Puedo preguntar si es en nombre de la Corona o en calidad de particular?

—Tal vez el Negociado de Circunloquios haya recomendado alguna reclamación oficial contra una empresa insolvente cuyo propietario o copropietario sea la persona mencionada; pero digo «tal vez», no puedo asegurarlo. Si así fuera, el asunto podría haberse remitido en su curso normal al Negociado de Circunloquios para su estudio. El Negociado podría haber originado o bien haber confirmado un escrito con esta recomendación.

—Deduzco que fue así, en ese caso.

—El Negociado de Circunloquios no se hace responsable de las deducciones de ningún caballero.

—¿Y podría saber cómo puedo obtener información oficial sobre la situación real del caso?

—Cualquier persona del... público —el señor Barnacle pronunció esta última palabra con asco, como si fuera su enemigo natural— puede presentar un escrito al Negociado de Circunloquios. Los requisitos necesarios para hacerlo se le explicarán si pregunta en la sección correspondiente de ese Negociado.

—¿Y cuál es la sección correspondiente?

—Debo remitirlo a usted al Negociado mismo para que reciba una respuesta formal a esa pregunta —dijo el señor Barnacle tocando la campanilla.

—Disculpe usted que mencione...

—El Negociado está abierto al... público —el señor Barnacle tenía siempre dificultad en pronunciar esa palabra de significado impertinente— siempre que reciba una solicitud de acuerdo con las formas establecidas; si el... público no presentara la solicitud de acuerdo con las formas establecidas, la culpa sería del... público.

El señor Barnacle despidió al señor Clennam inclinando severamente la cabeza como un hombre de familia ofendido, un hombre de posición ofendido y un hombre de residencia señorial ofendido, todo en uno; Clennam se despidió con otro gesto de cabeza y el flácido lacayo lo plantó en Mews Street.

Llegado a este punto, tomó la decisión de perseverar, dirigirse otra vez al Negociado de Circunloquios e intentar obtener alguna respuesta. De modo que regresó al Negociado de Circunloquios y, de nuevo, dio su tarjeta, destinada al joven Barnacle, a un mensajero que se tomó muy a mal su vuelta y que estaba comiendo puré de patatas con salsa de carne detrás de una mampara situada junto a la chimenea del vestíbulo.

Volvieron a admitirlo a presencia de Barnacle hijo y, en esta ocasión, encontró al

joven caballero chamuscándose las rodillas y, con la boca abierta, dejando que el tiempo transcurriera hasta que fueran las cuatro.

—Sí, bueno, mire, está usted poniéndose muy pesado —dijo Barnacle hijo, mirando por encima del hombro.

—Quisiera saber...

—Bueno, mire, le aseguro que no puede usted entrar en un sitio diciendo que quiere saber algo —replicó Barnacle hijo, dando media vuelta y poniéndose el monóculo.

—Quisiera saber —repitió Arthur Clennam, que había tomado la decisión de insistir con una frase breve— la naturaleza exacta de la demanda de la Corona contra un preso por deudas llamado Dorrit.

—Bueno, mire, no vaya tan deprisa. ¡Pardiez! Si es que no tiene usted ni cita previa —exclamó Barnacle hijo como si la cosa estuviera poniéndose seria.

—Quisiera saber... —dijo Arthur, y repitió la petición.

El joven Barnacle lo miró fijamente hasta que se le cayó el monóculo, se lo puso otra vez y volvió a mirarlo hasta que se le cayó de nuevo.

—No tiene usted derecho a tomar estas iniciativas —y añadió con voz débil—: Mire, ¿qué pretende? Me ha dicho antes que no sabía si se trataba de un asunto público o privado.

—Ahora sé que se trata de un asunto público —contestó el demandante—. Y quisiera saber... —añadió, repitiendo la monótona petición.

Lo que tuvo como consecuencia que Barnacle hijo repitiera con aire indefenso:

—¡Bueno, mire! ¡Ya le he dicho que no puede irrumpir aquí diciendo que quiere saber algo!, ¿sabe?

Lo que tuvo como consecuencia que Arthur Clennam repitiera la petición exactamente con las mismas palabras y el mismo tono que antes. Y eso tuvo como consecuencia, a su vez, que el joven Barnacle pareciera derrotado e indefenso.

—Oiga, mire, será mejor que pregunte en el departamento de Secretaría —dijo finalmente, inclinándose para tocar la campanilla—. ¡Jenkinson —dijo al mensajero del puré de patatas—, el señor Wobbler!

Arthur Clennam, que tenía ahora la sensación de que había iniciado el asalto al Negociado de Circunloquios y tenía que llegar hasta el final, acompañó al mensajero a otro piso del edificio, donde ese funcionario le indicó la puerta del despacho del señor Wobbler. Entró en la oficina y encontró a dos caballeros, sentados frente a frente en un gran escritorio: uno de ellos estaba puliendo el cañón de una pistola con un pañuelo mientras el otro extendía mermelada con un abrecartas sobre un trozo de pan.

—¿El señor Wobbler? —preguntó el demandante.

Los dos hombres lo miraron y parecieron sorprendidos de su aplomo.

—Así que se marchó —dijo el caballero del arma, que elegía sus palabras con sumo cuidado— a casa de su primo y se llevó el perro en el tren. Un perro inestimable. Saltó sobre el portero cuando lo metieron en el compartimiento para perros y saltó sobre el vigilante cuando lo sacaron. El individuo reunió a media docena de sujetos en una cabaña, un buen número de ratas y cronometró al perro. Como el perro era muy bueno, el individuo organizó un concurso y apostó mucho por el perro. Pero, cuando llegó el momento, sobornaron a alguien, emborracharon al perro y el amo quedó desplumado.

—¿El señor Wobbler?

El caballero que estaba untando mermelada contestó sin levantar la vista de su tarea.

—¿Y cómo se llamaba el perro?

—Se llamaba Lovely —dijo el otro caballero—. Él decía que el perro era el vivo retrato de una vieja tía en cuya herencia tenía puestas algunas esperanzas. Se parecía especialmente cuando estaba borracho.

—¿El señor Wobbler? —preguntó el demandante.

Ambos caballeros rieron un rato. El caballero del arma, después de inspeccionarla, le dio el visto bueno y se la pasó al otro; tras recibir confirmación de éste, la colocó en su sitio, en un estuche que tenía delante, cogió la culata y la limpió mientras silbaba suavemente.

—¿El señor Wobbler? —preguntó el demandante.

—¿Qué quiere? —dijo entonces el señor Wobbler con la boca llena.

—Quisiera saber... —y Arthur Clennam expuso mecánicamente lo que quería saber.

—No puedo informarle —dijo el señor Wobbler dirigiéndose, aparentemente, a su comida—. No he oído nunca hablar del caso. No tengo nada que ver con él. Consulte al señor Clive, segunda puerta a la izquierda del siguiente pasillo.

—Tal vez él me dé la misma respuesta.

—Es muy probable. No sé nada del caso —dijo el señor Wobbler.

El demandante dio media vuelta y había salido del despacho cuando el caballero del arma exclamó:

—¡Oiga, caballero!

Clennam volvió a asomarse a la oficina.

—¡Cierre la puerta al irse, deja entrar una corriente de mil demonios!

Unos pocos pasos lo llevaron hasta la segunda puerta a la izquierda del siguiente pasillo. En esa sala encontró a tres caballeros: el número uno no hacía nada en concreto, el número dos no hacía nada en concreto y el número tres no hacía nada en concreto. Sin embargo, parecían más directamente ocupados que los anteriores en la ejecución material del gran principio del Negociado, puesto que la sala daba a un

terrible despacho interior, con una puerta doble, en el que los Sabios de la Circunlocución parecían haberse reunido en consejo, y del cual entraban y salían constantemente una cantidad imponente de documentos; tarea de la que se ocupaba el caballero número cuatro.

—Quisiera saber... —dijo Arthur Clennam, exponiendo de nuevo el caso como un organillo. Mientras el número uno lo remitía al número dos y el número dos lo remitía al número tres, tuvo ocasión de plantear el asunto tres veces antes de que los tres lo remitieran al número cuatro, al cual volvió a exponerle el caso.

El número cuatro era un joven vivaz, apuesto, bien vestido y agradable —era un Barnacle, pero de la rama más despierta de la familia—, y contestó con aire desenvuelto:

—Oh, me parece que no tendría que haberse preocupado.

—¿Que no tendría que haberme preocupado?

—¡No! Le recomiendo que no se preocupe de este asunto.

Era un punto de vista tan novedoso que Arthur Clennam no supo cómo interpretarlo.

—Puede usted preocuparse, si quiere. Puedo darle multitud de impresos para rellenar. Montones. Una docena, si quiere, pero no sacaré nada en limpio —dijo el número cuatro.

—¿Tan inútil será todo? Usted perdone, pero es que me siento como un extranjero en Inglaterra.

—No le digo que no sirva para nada —contestó el número cuatro con una sonrisa franca—. No le doy mi opinión sobre el asunto, sólo le doy mi opinión sobre usted. No creo que pueda usted sacar adelante nada. Por supuesto, puede usted hacer lo que quiera. Supongo que es algún caso de incumplimiento de contrato, ¿no es así?

—Lo cierto es que no lo sé.

—¡Bueno! Eso lo puede averiguar usted. Después tendrá que enterarse de en qué departamento estaba el contrato y allí le informarán.

—Usted perdone, ¿cómo puedo averiguarlo?

—¿Cómo...? Pues pregunte hasta que se lo digan. A continuación, escriba usted un memorándum al otro departamento (de acuerdo con las pautas que tendrá usted que conocer) solicitando permiso para dirigir un memorándum a este departamento. Si lo obtiene (cosa que es posible, transcurrido cierto tiempo), el memorándum tendrá que pasar al otro departamento, lo enviarán para que se registre su entrada en este departamento, de ahí para que se firme en el otro departamento, lo volverán a enviar para que se refrende en este departamento y entonces se admitirá debidamente en el otro departamento. Averiguará en cuál de estas etapas se encuentra preguntando en ambos departamentos hasta que se lo digan.

—Pero esa no será la manera habitual de hacer las cosas —exclamó Arthur

Clennam sin poder contenerse.

Al joven y animoso Barnacle le hizo gracia la ingenuidad de que Arthur hubiera supuesto, por un momento, que podía serlo. El joven y sensible Barnacle sabía perfectamente que no era el caso. El joven y osado Barnacle había convertido el departamento en una secretaría privada, preparada para hacerse con cualquier fortuna que se pusiera al alcance de la mano; y consideraba que el departamento era una maquinaria consistente en un galimatías político y diplomático, destinada a prestar ayuda a los poderosos para mantener alejados a los menesterosos. Este joven y gallardo Barnacle, en una palabra, bien podría llegar a ser un hombre de Estado y convertirse en un alto personaje.

—Cuando el asunto llegue por la vía reglamentaria a un departamento, sea el que sea —prosiguió el joven y brillante Barnacle—, podrá usted seguirle los pasos en ese departamento. Cuando llegue por la vía reglamentaria a este departamento, entonces podrá seguirle los pasos en este departamento. De ahí podremos remitirlo a un lado o a otro; y, cuando lo remitamos, tendrá usted que venir a ver dónde está. Y, si el asunto vuelve a nosotros, hará usted bien en volver a hablar con nosotros. Si en alguno de estos pasos se atasca, tendrá que darle usted un empujón. Y, cuando escriba a otro departamento sobre el asunto y después a este departamento, si no obtiene noticias satisfactorias del caso, en ese caso hará usted bien en seguir escribiendo.

Arthur Clennam tenía una expresión de gran perplejidad.

—En todo caso, muchas gracias por su amabilidad —dijo.

—No hay de qué —contestó el joven y encantador Barnacle—. Inténtelo y ya verá si le gusta. Si no le gusta, siempre puede dejarlo correr. Hará bien en llevarse un montón de impresos. ¡Denle un montón de formularios!

El joven y radiante Barnacle, tras dar esta instrucción al número dos, cogió un puñado de papeles de los números dos y tres y los llevó al santuario para ofrecérselos al Ídolo del Negociado de Circunloquios.

Arthur Clennam se metió los impresos en el bolsillo con aire pesimista y recorrió el largo pasillo de piedra y la larga escalera de piedra. Había llegado a las puertas de vaivén que daban a la calle y estaba esperando, sin demasiada paciencia, a que salieran las dos personas que tenía delante, cuando la voz de una de ellas le resultó familiar. Miró hacia quien hablaba y reconoció al señor Meagles; éste tenía el rostro colorado —mucho más que lo que el viajar podía enrojecerlo— y agarraba por el cuello al hombre bajo que tenía a su lado mientras le decía:

—Fuera de aquí, granuja, ¡fuera!

Fue tan sorprendente oírlo y fue también tan sorprendente ver al señor Meagles abrir de golpe las puertas y salir a la calle con aquel hombre menudo de aspecto inofensivo que Clennam se quedó inmóvil un momento y cruzó una mirada de sorpresa con el portero. Sin embargo, salió rápidamente y vio que el señor Meagles

andaba calle abajo con su enemigo. No tardó en ponerse a la altura de su antiguo compañero de viaje y darle un golpecito en la espalda. El rostro colérico del señor Meagles se suavizó cuando se dio la vuelta, lo reconoció y le tendió una mano amistosa.

—¿Qué tal está usted? —exclamó Meagles—. ¿Qué tal le va? Acabo de llegar del extranjero, me alegro de verlo.

—Y yo me alegro de verlo a usted.

—¡Gracias, gracias!

—¿Cómo están la señora Meagles y su hija?

—Lo mejor posible —contestó Meagles—. Me habría gustado que me hubiera encontrado usted en un momento de mayor tranquilidad.

Aunque el día no tenía nada de caluroso, el señor Meagles estaba tan acalorado que llamaba la atención de los transeúntes; más todavía cuando se apoyó en una verja, se quitó el sombrero y la corbata y se frotó la cabeza, el rostro, las orejas enrojecidas y el cuello sin preocuparse gran cosa por la opinión ajena.

—¡En fin! —exclamó Meagles, arreglándose de nuevo—. Así está mejor, me siento algo más fresco.

—Parece que ha tenido una trifulca, señor Meagles, ¿qué ha pasado?

—Espere un momento y se lo contaré. ¿Tiene tiempo de dar un paseo por el parque?

—Todo el que quiera.

—Entonces, venga conmigo. ¡Ah!, puede también mirarlo a él —añadió al ver que Clennam había vuelto los ojos hacia el individuo que había agarrado por el cuello—. Este individuo es digno de verse.

No había mucho que ver en el tamaño del individuo o su atuendo; era bajo, recio, con aspecto práctico, cabello gris y rostro y frente surcados por profundas arrugas, producto de la cavilación, como talladas en madera. Iba vestido de un color negro decente, un poco ajado, y parecía un artesano cualificado. Llevaba en la mano un estuche de gafas al que daba vueltas mientras Arthur y el señor Meagles hablaban de él; movía los pulgares con la soltura de las manos acostumbradas a manejar herramientas.

—Usted viene con nosotros —anunció Meagles con tono amenazador—, que ya le presentaré. ¡Vamos!

Mientras tomaban el camino más corto hacia el parque, Clennam se preguntó qué podría haber hecho el desconocido (que obedeció la orden sin rechistar). Nada en él permitía sospechar que hubiera albergado intenciones aviesas respecto al pañuelo de bolsillo del señor Meagles; nada tampoco sugería que fuera un hombre pendenciero o violento. Era un hombre tranquilo, sencillo y formal; no intentaba escapar y parecía un poco deprimido, pero no avergonzado ni arrepentido. Si se trataba de un

delincuente, sin duda era también un hipócrita incorregible; y, si no era un criminal, ¿por qué el señor Meagles lo había agarrado en el Negociado de Circunloquios? Clennam advirtió que el hombre no sólo le daba a él que pensar: también el señor Meagles parecía preocupado; la conversación que mantuvieron en el breve trayecto hasta el parque no fue fácil y Meagles no dejó de mirar al hombre, incluso cuando lo que decía no tenía nada que ver con él.

Finalmente, ya entre los árboles, el señor Meagles se detuvo en seco y dijo:

—Señor Clennam, ¿quiere hacerme el favor de observar a este hombre? Se llama Doyce, Daniel Doyce. No diría usted que parece un auténtico granuja, ¿verdad?

—Desde luego que no. —Era una pregunta muy desconcertante, con el hombre delante.

—No, no lo diría. Ya sé que no lo diría. Ni imaginaría usted que es un delincuente, ¿verdad?

—Pues no.

—No. Pues lo es. Es un delincuente. ¿De qué es culpable? ¿De asesinato, homicidio, incendio provocado, falsificación, estafa, robo, atraco, hurto, conspiración, fraude? ¿Qué diría usted ahora?

—Diría —contestó Arthur Clennam, observando una débil sonrisa en el rostro de Daniel Doyce— que de ninguna de esas cosas.

—Tiene usted razón —dijo Meagles—. Pero ha sido ingenioso y ha intentado poner su ingenio al servicio de su país. Y eso lo convierte en un delincuente, señor.

Arthur miró al hombre y éste se limitó a negar con la cabeza.

—Este Doyce —dijo Meagles— es herrero y mecánico. No a gran escala, pero es un hombre conocido y muy ingenioso. Hace una docena de años perfeccionó un invento (con un proceso secreto muy curioso) de gran importancia para su país y sus conciudadanos. No diré cuánto dinero le costó ni cuántos años de su vida invirtió, pero lo perfeccionó hará unos doce años. Doce, ¿verdad? —preguntó Meagles dirigiéndose a Doyce—. Es el hombre más desesperante del mundo, nunca se queja de nada.

—Sí, algo más de doce.

—¿Más? Como si son menos —dijo Meagles—. Bueno, señor Clennam: este hombre va y se dirige al gobierno. ¡Y en el momento en que se dirige al gobierno, se convierte en un delincuente! —prosiguió Meagles, que de nuevo se arriesgaba a acalorarse demasiado—. Deja de ser un ciudadano inocente y se convierte en culpable.

»A partir de ese momento, lo tratan como si fuera un hombre que hubiera cometido algún acto infernal. Es un hombre al que hay que eludir, rechazar, intimidar, denigrar; al que un caballero, joven o viejo, con muy buenos contactos, remite a otro caballero, joven o viejo, con muy buenos contactos, para que, de nuevo, se lo pase a

otro; es un hombre que ya no posee derechos sobre su tiempo o sus propiedades, un proscrito del que pueden librarse de cualquier modo; un hombre al que hay que agotar por todos los medios posibles.

Después de la experiencia de la mañana aquello era mucho más verosímil de lo que suponía el señor Meagles.

—No se quede ahí, Doyce, dando vueltas al estuche de gafas una y otra vez —exclamó Meagles—, cuénteles al señor Clennam lo que me confesó a mí.

—Desde luego, me han hecho sentir como si hubiera cometido un delito —dijo el inventor—. Me han enviado de una oficina a otra y me han tratado siempre, más o menos, como un delincuente. Más de una vez me he tenido que parar a pensar, para no caer en el desánimo, que no he hecho nada para que me metan en la cárcel. Yo sólo busco una gran mejora y un gran ahorro.

—¡Ahí está! —dijo Meagles—. Juzgue usted si exagero. Ahora me creerá cuando le cuente el resto del caso.

Tras este preludeo, Meagles narró el resto: una historia que, a fuerza de repetirla, resultaba ya aburrida; una historia sabida que todos conocemos ya de memoria. De cómo, después de innumerables visitas y cartas, los lores, después de responder con infinitas muestras de impertinencia, indiferencia e insultos, habían redactado un escrito al que había correspondido el número tres mil cuatrocientos setenta y dos, por el cual permitían al culpable que realizara ciertas pruebas de su invención con los gastos a su cargo.

De cómo las pruebas se hicieron en presencia de un comité de seis personas, dos de ellas, ancianas y con mala vista; otras dos, ancianas y con mal oído; otra, anciana y tan coja que no pudo llegar a la reunión; y el último anciano era tan testarudo que no quiso ni mirar. De cómo pasaron más años y trajeron consigo más impertinencias, más indiferencia e insultos. De cómo entonces los lores redactaron un escrito, el número cinco mil ciento tres, por el que remitían el asunto al Negociado de Circunloquios. De cómo este Negociado de Circunloquios, a su debido tiempo, se ocupó del caso como si fuera un nuevo asunto del que nunca se hubiera oído hablar; y lo enfangó, lo embarulló y lo dejó irreconocible. De cómo se multiplicaron las impertinencias, indiferencias e insultos. De cómo se remitió el invento a tres Barnacle y un Stiltstalking, que nada sabían de él y en cuyas cabezas no se podía meter ni a martillazos la menor idea sobre el asunto; que se aburrían del caso y alegaron imposibilidades físicas. De cómo el Negociado de Circunloquios, en un escrito, el número ocho mil setecientos catorce, declaró que «no veía motivo para revocar la decisión a la que habían llegado los lores». De cómo el Negociado de Circunloquios, cuando se le recordó que los lores no habían llegado a ninguna decisión, archivó el asunto. De cómo, en una última entrevista con la cabeza del Negociado de Circunloquios aquella misma mañana, la Cabeza de Latón había emitido su opinión y,

en conjunto, y teniendo en cuenta todas las circunstancias, y analizando el asunto desde todos los puntos de vista, dijo que, en relación con el caso, podían tomarse dos caminos: o bien abandonarlo para siempre o volver a empezar desde el principio.

—Tras lo cual —dijo Meagles—, en mi condición de hombre práctico, en ese mismo momento he agarrado a Doyce por el cuello y le he dicho que para mí era evidente que se trataba de un pillo infame, de un traidor dispuesto a alterar la paz del gobierno, y me lo he llevado. Lo he sacado por la puerta del Negociado agarrado por el cuello para que hasta el portero supiera que soy un hombre práctico que aprecia el valor que los funcionarios dan a tales personajes, ¡y aquí estamos!

Si el joven y displicente Barnacle hubiera estado presente, tal vez le habría dicho con franqueza que el Negociado de Circunloquios había hecho su trabajo. Que lo que los Barnacle tenían que hacer era sujetarse con fuerza al barco de la nación mientras pudieran. Que pulir el barco, iluminarlo y limpiarlo supondría que los echaran; y, que una vez fuera, sería para siempre, y que, si el barco se hundía con ellos, eso era problema del barco y no suyo.

—¡Ya está! —exclamó Meagles—. Ahora ya lo sabe todo de Doyce. Excepto una cosa que no me tranquiliza demasiado y es que ni siquiera ahora lo oírás quejarse.

—Debe usted de tener mucha paciencia —dijo Arthur Clennam mirándolo con admiración.

—No —contestó Doyce—, no creo que tenga más paciencia que cualquier otra persona.

—¡Por Dios!, desde luego, tiene mucha más que yo —exclamó Meagles.

Doyce sonrió mientras le decía a Clennam:

—Es que mi experiencia con estas cosas no ha empezado conmigo. De vez en cuando he tenido noticias y mi caso no es excepcional. No se me ha tratado peor que a otros cientos de personas que se han encontrado en mi misma situación, diría yo.

—No sé si a mí eso me serviría de consuelo, en su lugar; pero me alegro de que para usted lo sea.

—¡Entiéndame! —contestó Doyce con voz tranquila y reflexiva, mientras miraba a lo lejos, como si estuviera calculando las distancias con sus ojos grises—: No digo que ésa sea manera de tratar el trabajo y las esperanzas ajenas; pero en cierto modo es un alivio estar preparado para semejante trato.

Hablaba con voz calmada y precisa, en ese tono grave que se observa con frecuencia en los mecánicos acostumbrados a examinar y ajustar piezas con minuciosidad. Formaba parte de él, de la misma manera que sus pulgares hábiles o su forma peculiar de levantarse el sombrero por detrás de vez en cuando, como si estuviera examinando y pensando en algún trabajo que tuviera entre manos.

—¿Decepcionado? —prosiguió, paseando entre los dos hombres, bajo los árboles—. Sí, sin duda estoy decepcionado. ¿Ofendido? Sí, sin duda estoy ofendido. Es

natural. Pero veo que otras personas en la misma situación reciben el mismo trato...

—En Inglaterra —puntualizó Meagles.

—¡Oh, claro! Me refiero a Inglaterra. Cuando llevan sus inventos a países extranjeros es muy distinto. Y por ese motivo se marcha tanta gente.

El señor Meagles se acaloró de nuevo.

—Lo que quiero decir es que, por el motivo que sea, así se comporta habitualmente nuestro gobierno. ¿Han oído hablar alguna vez de un inventor o proyectista que no se haya encontrado con un camino inaccesible y al que no hayan desanimado y maltratado?

—No podría decirle.

—¿Ha visto alguna vez que el gobierno se haya adelantado en la adopción de alguna medida útil? ¿Ha visto alguna vez que diera un ejemplo útil?

—Soy mucho más viejo que mi amigo aquí presente —dijo Meagles—. Y contestaré yo: nunca.

—Pero supongo que los tres habremos visto muchos casos —dijo el inventor— en que el gobierno se ha empeñado en ir muy por detrás, año tras año, de todos nosotros; y lo hemos visto aferrarse al uso de objetos que llevaban años obsoletos, incluso después de que aparecieran y se adoptaran otros mejores.

Los tres se mostraron de acuerdo.

—Pues bien —añadió Doyce con un suspiro—: de la misma manera que sé cómo se comportará un metal a determinada temperatura o cierto cuerpo sometido a determinada presión, si me paro a pensar, sé perfectamente cómo estos grandes lores y caballeros van a tratar un asunto como el mío. No tengo derecho a sorprenderme, mientras tenga la cabeza sobre los hombros y un poco de memoria en ella, si voy a parar a las mismas filas que todos los que pasaron antes que yo. Tendría que haberme olvidado de todo, me parece que ya he recibido suficientes advertencias.

Después de estas palabras, alzó la mano con la que sostenía el estuche de las gafas y le dijo a Arthur:

—No me quejo, señor Clennam; estoy agradecido. Y le aseguro que siento gratitud hacia nuestro común amigo. Me ha respaldado en muchas ocasiones y de muchas maneras.

—Tonterías —dijo Meagles.

Se produjo un silencio durante el cual Arthur no pudo por menos de echar una mirada discreta a Daniel Doyce.

Aunque era evidente por su carácter y por el respeto que sentía por su propio caso que no se dedicaría a perder el tiempo rezongando, era también evidente que la dura prueba que había tenido que soportar lo había envejecido, endurecido y empobrecido. Arthur no pudo dejar de pensar que a aquel hombre le habría ido mejor si hubiera seguido los consejos de los caballeros que tenían la amabilidad de ocuparse de los

asuntos del país y hubiera aprendido a «cómo no hacer las cosas».

El señor Meagles pareció abatido y acalorado unos cinco minutos, después empezó a tranquilizarse.

—Vamos, vamos —dijo—. No nos servirá de nada enfadarnos. ¿Adónde va usted, Dan?

—Vuelvo al taller —dijo Dan.

—En ese caso, iremos todos al taller o caminaremos en esa dirección —contestó Meagles alegremente—. El señor Clennam no se negará a acompañarnos a la Plaza del Corazón Sangrante.

—¿La Plaza del Corazón Sangrante? —preguntó Clennam—. Quiero ir.

—¡Magnífico! —exclamó Meagles—. ¡Venga!

Mientras allí se dirigían, ciertamente algún miembro del grupo, tal vez incluso más de uno, pensó que la Plaza del Corazón Sangrante no era mal destino para un hombre que había mantenido una correspondencia oficial con los lores y los Barnacle... Tal vez incluso tuvo el mal presentimiento de que cualquier aciago día Britannia misma terminaría por buscar alojamiento en la Plaza del Corazón Sangrante si se excedía con el Negociado de Circunloquios.

Una noche triste de finales de otoño caía sobre el río Saona. La corriente, como un espejo turbio en un lugar sombrío, reflejaba prolijamente las nubes; y las bajas orillas se asomaban de vez en cuando al río, medio curiosas, medio temerosas, de verse reflejadas en el agua. La inmensa llanura en torno a Chalons se extendía como una gran mancha oscura, interrumpida de vez en cuando por una hilera de álamos que se erguían contra la airada puesta de sol. Oscurecía deprisa en las riberas húmedas, tristes y solitarias del Saona.

La única figura que destacaba en el paisaje era la de un hombre que avanzaba lentamente hacia Chalons; tal vez Caín no hubiera ofrecido una imagen tan solitaria y evitada por todos. Con un morral de piel de oveja a la espalda y en la mano un palo tosco y descortezado, cortado de cualquier árbol; cubierto de barro, con los pies doloridos, los zapatos y las polainas agujereados, el cabello y la barba enmarañados; la capa al hombro y la ropa que llevaba, empapadas; cojeaba con dolor y dificultad; parecía como si las nubes se espantaran al verlo, como si el gemido del viento y el estremecimiento de la hierba se dirigieran contra él, como si el grave y misterioso chapoteo del agua murmurara sobre él, como si la inquieta noche otoñal se sintiera alterada por su presencia.

El hombre miraba a un lado y a otro con aire hosco, pero cohibido; y, de vez en cuando, se detenía, se volvía y echaba un vistazo a su alrededor. Después seguía adelante cojeando, renqueante, sin dejar de refunfuñar:

—¡Maldita llanura que no se termina nunca! ¡Malditas piedras que cortan como cuchillos! ¡Maldita oscuridad que me deja helado! ¡Os odio!

Y, si hubiera podido, habría extendido su odio a todo cuanto contemplaba su mirada ceñuda. Avanzó a trompicones un poco más y, mirando a lo lejos, se detuvo de nuevo.

—Tengo hambre y sed, estoy cansado. ¡Vosotros, imbéciles, que vivís allá, en las luces, coméis y bebéis, y os calentáis junto al fuego! ¡Me gustaría saquear vuestra ciudad! ¡Me las pagaríais, mentecatos!

No obstante, por mucho que enseñó los dientes o amenazó con el puño a la ciudad, no consiguió que ésta se acercara. Y, cuando por fin pisó el deteriorado pavimento de la población y se detuvo a echar un vistazo, estaba más hambriento, más sediento y más cansado.

Encontró el hotel con su portalón y su sabroso aroma a comida; el café con los ventanales iluminados y el repiqueteo de las fichas de dominó; el tintorero con las

cintas de tela roja en las jambas de la puerta; el joyero con sus pendientes y ofrendas votivas; el vendedor de tabaco con un animado grupo de soldados que salían del establecimiento con la pipa en la boca; los diversos hedores de la ciudad, la lluvia y los residuos de los desagües, los débiles faroles que colgaban en la calle, y la enorme diligencia con una montaña de equipaje y los seis caballos grises de colas trenzadas, poniéndose en marcha en la casa de postas. Pero, como no vio ningún pequeño establecimiento apto para un viajero sin dinero, tuvo que buscar uno a la vuelta de la esquina, en una calle donde se amontonaba una capa más gruesa de hojas de col, pisoteadas en las cercanías de una cisterna pública de la que las mujeres no dejaban de sacar agua. Ahí encontró una taberna, en una calle trasera, llamada El Amanecer. Las cortinas de los cristales encapotaban El Amanecer, pero la taberna parecía iluminada y cálida, y en unas inscripciones legibles, embellecidas con las imágenes pertinentes de unos tacos y unas bolas, se anunciaba que en ella se podía jugar al billar; que se podía encontrar comida, bebida y alojamiento, llegara el viajero a caballo o a pie; que tenía buenos vinos, licores y brandy. El hombre giró el tirador de El Amanecer y entró cojeando.

Tras cruzar la puerta, se llevó la mano al ajado sombrero, mirando a los pocos parroquianos que ocupaban la sala. Dos jugaban al dominó en una de las mesitas; tres o cuatro estaban sentados en torno a la estufa, charlando y fumando; la mesa de billar situada en el centro estaba en ese momento sola; la patrona de El Amanecer, sentada detrás del pequeño mostrador entre turbias botellas de siropes, cestitos con galletas y un recipiente de plomo donde se secaban los vasos, cosía una labor.

El viajero se acercó a una mesita vacía que se encontraba en un rincón de la sala, detrás de la estufa, y dejó el morral y la capa en el suelo. En cuanto lo hizo y alzó la cabeza, encontró a la tabernera a su lado.

—¿Se puede dormir aquí, señora?

—¡Claro que sí! —contestó la patrona con una voz alegre, aguda y cantarina.

—Bien, ¿y se puede cenar o comer, como ustedes lo llamen?

—¡Por supuesto! —exclamó la mujer con el mismo tono.

—Entonces dese usted prisa, señora, por favor. Póngame algo para comer lo antes posible y un poco de vino ahora mismo, estoy agotado.

—Hace muy mal tiempo, señor —dijo la tabernera.

—Maldito tiempo.

—Y el camino es largo.

—Maldito camino.

La voz, ya ronca, se le quebró, y el viajero descansó la cabeza en las manos hasta que le trajeron del mostrador una botella de vino. Después de llenar y vaciar el vasito dos veces y después de partir un extremo del gran trozo de pan que le pusieron delante con el mantel y la servilleta, un plato soper, sal, pimienta y aceite, apoyó la

espalda en el rincón de la pared, se repantigó en el banco en el que estaba sentado y se puso a mascar un poco de corteza mientras esperaba que la comida estuviera lista. La conversación se había interrumpido momentáneamente junto a la estufa, igual que se había producido la breve distracción que acostumbra a acompañar la llegada de un desconocido. Pero eso había pasado ya, los hombres habían dejado de mirarlo y estaban charlando de nuevo.

—Ése es el verdadero motivo —dijo uno de ellos, concluyendo la historia que había estado contando—, ése es el verdadero motivo de que dijeran que habían dejado suelto al diablo.

Era un suizo alto que pertenecía a la iglesia y aportaba a la discusión parte de la autoridad de ésta, especialmente cuando del diablo se trataba.

La patrona, después de dar indicaciones a su marido, que hacía de cocinero en El Amanecer, para atender al nuevo huésped, había retomado la labor detrás del mostrador. Era una mujercita pulcra, aguda y despierta, con mucha cofia y mucha media, e intervino en la conversación asintiendo con la cabeza, riendo y sin levantar la vista de la costura.

—¡Santo Cielo! —exclamó—. Cuando llegó la barca de Lyon y trajo la noticia de que habían soltado al diablo de Marsella, algunos bobos se lo tragaron, pero ¿yo? Yo no.

—Señora, usted siempre tiene razón —contestó el suizo alto—. Le teníais ojeriza a ese hombre, ¿verdad, señora?

—¡Por supuesto! —exclamó la patrona, apartando la vista de la labor, abriendo mucho los ojos y ladeando la cabeza—. Claro que sí.

—Era un mal hombre.

—Era un malvado —remachó la patrona— y merecía el castigo al que, por desgracia, tuvo la fortuna de escapar.

—Espere, señora. Vamos a ver —dijo el suizo mientras daba vueltas al cigarro entre los labios con ganas de discutir—. Tal vez todo se debiera a su desgraciado destino, quizá fue hijo de las circunstancias. Es posible que sea bueno en el fondo, si uno sabe mirar bien. La filantropía filosófica nos enseña...

El resto del grupito que se congregaba en torno a la estufa objetó entre murmullos a la introducción de una expresión tan amenazadora. Incluso los dos jugadores de dominó dejaron de prestar atención a su juego, como si quisieran protestar por la apelación a la filantropía filosófica en El Amanecer.

—Alto ahí usted y su filantropía —exclamó la sonriente tabernera, asintiendo con la cabeza con más entusiasmo que nunca—. Oiga usted. Soy una mujer. No sé nada de filantropía filosófica, pero sé lo que he visto y lo que me he encontrado frente a frente en el mundo que me rodea. Y le diré, amigo mío, que hay personas, tanto hombres como mujeres, por desgracia, que no tienen nada bueno dentro, nada bueno.

Que hay personas a las que hay que odiar sin término medio. Que hay personas a las que hay que tratar como enemigos de la raza humana. Que hay personas que no tienen corazón de ser humano y a las que hay que aplastar como si fueran fieras salvajes y quitarlas de en medio. Son pocas, espero; pero, incluso en este mundo en el que me encuentro, incluso en este pequeño Amanecer, he visto que hay personas así. Y no dudo que este hombre, se llame como se llame, porque se me ha olvidado su nombre, es una de esas personas.

El animado discurso de la tabernera fue recibido con mayor entusiasmo en El Amanecer del que habría suscitado en la cercana Gran Bretaña entre algunos amables hipócritas pertenecientes a la clase a la que de modo tan poco racional se oponía la mujer.

—A fe mía, si su filantropía filosófica —añadió, dejando la labor y levantándose para coger la sopa del desconocido de manos de su marido, que apareció por una puerta lateral— deja a alguien a merced de personas como ésa, contemporizando con ellas de palabra, de obra o ambas cosas, llévesela de El Amanecer porque no vale un *sou*.

Mientras servía la sopa al cliente, éste se incorporó, miró a la cara de la patrona y su bigote se alzó bajo la nariz y la nariz bajó sobre el bigote.

—¡Bueno! —exclamó el hombre que había hablado antes—, volvamos al asunto. Precisamente porque el hombre fue absuelto en el juicio, la gente de Marsella dijo que habían soltado al diablo. Así fue como empezó a circular la frase y eso es lo que quería decir, nada más.

—¿Y cómo se llama el individuo? —preguntó la tabernera—. Algo así como Biraud, ¿no?

—Rigaud, *madame* —contestó el suizo alto.

—¡Claro, Rigaud!

Después de la sopa del viajero, llegó un plato de carne y luego otro de verduras. El hombre comió todo lo que le pusieron delante, vació la botella de vino, pidió un vaso de ron y se fumó un cigarrillo con una taza de café. A medida que se recuperaba de su cansancio, iba adoptando una actitud dominante; intervino en la charla de El Amanecer con una actitud que parecía indicar que su condición social se hallaba muy por encima de su aspecto.

Fuera porque los presentes tuvieran otros compromisos o porque les molestara que los tratara como inferiores, se fueron dispersando y, como nadie ocupó su lugar, dejaron al nuevo cliente en posesión de El Amanecer. El patrón trajinaba en la cocina haciendo ruido; la patrona cosía en silencio, y el viajero, ya recuperado, fumaba junto a la estufa, calentándose los maltrechos pies.

—Disculpe, *madame*... ese Biraud...

—Rigaud, señor.

—Rigaud, disculpe de nuevo... ¿Cómo es que le tiene tanta inquina?

La patrona, que, por unos momentos, había pensado que el viajero era un hombre guapo y, por otros, había considerado que era feo, al ver cómo bajaba la nariz y subía el bigote se decantó definitivamente por la segunda idea. Le explicó que Rigaud era un criminal que había matado a su mujer.

—¡Vaya, vaya! Pardiez, eso sí que es de veras criminal... pero ¿usted cómo lo sabe?

—Todo el mundo lo sabe.

—¡Ah! ¿Y ha escapado de la justicia?

—*Monsieur*, la ley no pudo demostrarlo sin resquicio de duda. Eso dice la ley. Pero todo el mundo sabe que la mató; la gente lo sabía tan bien que intentó descuartizarlo.

—¿Y en eso sí estaban completamente de acuerdo maridos y mujeres? —preguntó el cliente.

—¡Ja, ja!

La patrona de El Amanecer lo miró de nuevo y confirmó casi por completo la decisión que había tomado. Sin embargo, tenía unas manos finas con las que gesticulaba ostensiblemente. Empezó a pensar de nuevo que no era un hombre feo, al fin y al cabo.

—¿Ha dicho usted, señora, o alguno de los caballeros, qué fue de él?

La patrona negó con la cabeza; era la primera vez que no asentía con vivacidad siguiendo el ritmo de sus propias palabras. Se había dicho en El Amanecer, citando a los periódicos, señaló, que lo habían retenido en la cárcel por su propia seguridad. Sin embargo, había escapado a lo que merecía; mal asunto.

El cliente se quedó mirándola mientras fumaba un último cigarrillo —y ella cosía con la cabeza inclinada sobre la labor—, con una expresión que, si la tabernera hubiera visto, habría resuelto sus dudas y habría zanjado la cuestión de si era un hombre guapo o feo. Cuando la mujer alzó la vista, la expresión había desaparecido y el hombre se alisaba el hirsuto bigote con una mano.

—¿Podría mostrarme usted mi cama, *madame*?

Alegremente, la tabernera de El Amanecer, interrumpiéndose varias veces para gritar por la puerta lateral: «¡Eh, marido!», le explicó que éste lo acompañaría al piso de arriba, donde había un viajero dormido que se había acostado muy temprano, ya que estaba muy cansado; pero que era una habitación grande con dos camas y espacio para veinte.

El marido contestó por fin: «Aquí estoy, mujer» y apareció con el gorro de cocinero; iluminó las estrechas y empinadas escaleras al viajero y lo acompañó al piso; el viajero, cargado con el morral y la capa, deseó buenas noches a la tabernera al tiempo que le expresaba el placer que tendría de verla al día siguiente. La

habitación era grande, con un suelo tosco y astilloso, vigas al descubierto y dos camas en los extremos. El marido dejó la vela que llevaba y, después de mirar de soslayo al cliente que se inclinaba sobre el morral, dijo bruscamente: «La cama de la derecha» y lo dejó para que se acostara. Fuera buen o mal fisionomista, el tabernero había llegado a la conclusión definitiva de que el cliente era un individuo de mala catadura.

El cliente miró con desprecio la ropa de cama, limpia y tosca, que le habían preparado y, tras sentarse en la silla de mimbre que había junto al lecho, sacó el dinero del bolsillo y, contemplándolo en su mano, murmuró: «Uno tiene que comer, pero vive Dios que mañana comeré a costa de otro».

Mientras meditaba y sopesaba mecánicamente su dinero, la respiración profunda del viajero acostado en la otra cama atrajo su atención. El hombre estaba bien cubierto y había corrido la cortina blanca junto a la cabeza, de modo que se le oía pero no se le veía. Pero la respiración profunda y regular, que no cesó mientras él se quitaba los gastados zapatos y polainas, y se prolongó después de que se despojara de la chaqueta y la corbata, terminó por suscitar su curiosidad de tal modo que decidió echar un vistazo a la cara del durmiente.

Así pues, el viajero despierto se fue acercando a hurtadillas un poquito, luego otro poquito y otro poquito más a la cama del viajero durmiente hasta plantarse a su lado. Ni siquiera entonces pudo verle el rostro, ya que estaba cubierto por la sábana. La respiración seguía siendo regular, de modo que llevó su fina y blanca mano (¡qué traicionera parecía mientras la extendía!) a la sábana y la apartó suavemente.

—¡Así me caiga muerto! —susurró, dando un paso atrás—. ¡Si es Cavalletto!

El pequeño italiano, que tal vez había intuido en sueños la presencia sigilosa junto a su cama, dejó de respirar con regularidad y, tras una larga inspiración, abrió los ojos. Al principio, aunque los tenía abiertos, no estaban despiertos. Por unos segundos observaron plácidamente a su viejo compañero de celda hasta que, de repente, con un grito de sorpresa y alarma, se incorporó de un brinco.

—¡Ssst! ¿Qué pasa? ¡Calla! ¿Me reconoces? —exclamó el otro en voz baja.

Pero Giovanni Baptista, con los ojos bien abiertos, murmurando invocaciones e imprecaciones mientras se ponía los pantalones y se ataba el abrigo al cuello por las mangas, manifestaba un inconfundible deseo de huir antes que reanudar aquella amistad. Al verlo, el viejo camarada de la cárcel corrió a la puerta y apoyó en ella la espalda.

—Cavalletto, despierta, muchacho. Frótate los ojos y mírame. No se te ocurra llamarme como antes, llámame Lagnier... ¡Lagnier!

Giovanni Baptista, contemplándolo con ojos que se le salían de las órbitas, agitó el índice derecho en el aire con el gesto típico de los de su país, como si estuviera dispuesto a rechazar por adelantado cualquier propuesta que pudiera hacerle el otro

en toda la vida.

—¡Cavalletto! Dame la mano. Ya conoces a este caballero llamado Lagnier. ¡Estrecha la mano de un caballero!

Giovanni Baptista, cediendo al viejo tono de autoridad condescendiente, aunque todavía no se sostenía con firmeza sobre las piernas, avanzó y tendió la mano a su señor. *Monsieur* Lagnier se rio y, después de estrechársela, tiró de ella y la soltó.

—Así que no... —tartamudeó Giovanni Baptista.

—... No me afeitaron, no. ¡Mira! —exclamó Lagnier, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Tan en su sitio como la tuya.

Giovanni Baptista, con un ligero estremecimiento, inspeccionó la habitación como si tuviera que recordar en qué lugar se encontraba. Su señor aprovechó la oportunidad para dar la vuelta a la llave en la cerradura y sentarse en la cama.

—¡Mira! —le dijo, enseñándole los zapatos y las polainas—. Mal atuendo para un caballero, dirás. No te preocupes, ya verás cómo pronto lo arreglo. Ven y siéntate, ocupa tu viejo sitio.

Giovanni Baptista, que parecía cualquier cosa menos tranquilo, se sentó en el suelo junto al lecho, sin apartar los ojos de su señor.

—Así está bien —exclamó Lagnier—. Como si estuviéramos en aquel agujero del infierno, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo llevas fuera?

—Salí dos días después que usted, capitán.

—¿Y cómo has venido a parar aquí?

—Me dijeron que no me quedara por ahí, así que me fui de la ciudad en seguida y, desde entonces, he ido moviéndome. He estado haciendo cosillas por Aviñón, en Pont d'Esprit, en Lyon; en el Ródano y en el Saona —mientras decía esto, dibujaba el mapa con su mano morena sobre el suelo.

—¿Y adónde vas?

—¿Que adónde voy, capitán?

—Sí.

Se habría dicho que Giovanni Baptista no quería responder a la pregunta pero no sabía cómo evitarla.

—¡Por Baco! —dijo finalmente, como obligado a confesarse—. Algunas veces he pensado en ir a París y luego a Inglaterra.

—Cavalletto, te lo digo en confianza: yo también voy a París y quizá a Inglaterra. Iremos juntos.

El hombrecillo asintió y enseñó los dientes, aunque no parecía muy convencido de que la idea fuera buena.

—Iremos juntos —repitió Lagnier—. Ya verás lo poco que tardo en conseguir que se me trate como a un caballero y tú te beneficiarás de ello, ¿de acuerdo? ¿Vamos juntos?

—Claro, claro —contestó el hombrecillo.

—Entonces, antes de que me duerma (porque quiero dormir) te contaré en seis palabras que para ti seré Lagnier. Recuérдалo, no el otro.

—*Altro, altro!* No Ri... —antes de que Giovanni Baptista pudiera completar el nombre, su camarada le había puesto la mano bajo la barbilla y le había cerrado la boca con fuerza.

—¡Maldición! ¿Qué haces? ¿Quieres que me pisoteen y me lapiden? ¿Quieres que te pisoteen y te lapiden a ti? Serían capaces. No creerás que, si me pillan, dejarán escapar a mi compañero de cárcel. Ni se te ocurra.

De la expresión de su rostro cuando le soltó la barbilla, su amigo dedujo que, si los acontecimientos terminaban por llevarlos al pisoteo y el apedreamiento, *monsieur* Lagnier lo señalaría asegurándose de que también él recibiera su parte. Recordó que *monsieur* Lagnier era un caballero cosmopolita y no se paraba en distinciones menores.

—Soy un hombre al que la sociedad ha maltratado mucho desde la última vez que me viste —explicó *monsieur* Lagnier—. Ya sabes que soy sensible y valiente y que tengo un carácter hecho para mandar. ¿Y de qué manera ha respetado la sociedad estas cualidades mías? He tenido que encogerme por las calles. Han tenido que protegerme en las calles de los hombres y especialmente de las mujeres que corrían hacia mí, armados con cualquier arma que tuvieran a mano. Me han metido en una cárcel y han ocultado mi paradero por mi propia seguridad, para que no me sacaran de ahí y me mataran a golpes. He tenido que salir de Marsella en carro, en plena noche, y me han llevado a leguas de la ciudad envuelto en paja. Habría sido peligroso volver a mi casa y, con la miseria de un mendigo en el bolsillo, he caminado por el barro y las inclemencias desde entonces, hasta dañarme los pies, ¡míralos! Ésas son las humillaciones que la sociedad me ha infligido a pesar de las cualidades que he mencionado y que tú bien sabes que poseo. Pero la sociedad pagará por ello.

Todo esto lo dijo al oído de su compañero y mientras le tapaba la boca.

—Incluso aquí —prosiguió del mismo modo—, incluso en esta miserable taberna, la sociedad me persigue. La patrona me difama y sus clientes me difaman. A mí, a un caballero con modales y conocimientos que podrían dejarlos muertos. Pero guardo en el pecho todos los daños que esta sociedad me ha infligido.

Giovanni Baptista, que escuchaba atentamente la voz ronca y ahogada, decía de vez en cuando: «¡Claro, claro!», mientras movía la cabeza y cerraba los ojos, como si estuviera ante el caso más flagrante de injusticia social.

—Pon ahí los zapatos —prosiguió Lagnier—. Cuélgame la capa junto a la puerta para que se seque. Coge el sombrero —Giovanni Baptista obedeció a cada orden a medida que la recibía—. Y ésta es la cama a la que la sociedad me condena, ¿verdad? Bueno, magnífico.

Mientras Lagnier se tumbaba en el lecho con un ajado pañuelo atado en torno a la malvada cabeza y dejando que sólo esta asomara entre la ropa de cama, Giovanni Baptista recordó nítidamente lo que había estado a punto de ocurrir para que ese bigote no subiera nunca más y esa nariz no bajara nunca más.

—Así que el cubilete de dados del destino ha vuelto a ponerme a tu lado, ¿verdad? Cáspita, mejor para ti, ya sacarás partido. Necesito descansar, no me despiertes por la mañana.

Giovanni Baptista contestó que durmiera tanto como quisiera y, deseándole buenas noches, apagó la vela. Alguien podría pensar que el paso siguiente del italiano consistiría en desvestirse, pero hizo justo lo contrario, se vistió de pies a cabeza, aunque no se puso los zapatos. Después, se acostó y se tapó con la ropa de cama, con el abrigo todavía atado al cuello, dispuesto a pasar la noche.

Cuando se despertó, el amanecer atisbaba en la taberna que llevaba su nombre. Cavalletto se levantó, cogió los zapatos en la mano, abrió la puerta con la llave y bajó las escaleras. Todos dormían menos el olor a café, vino, tabaco y siropes; el pequeño mostrador de *madame* tenía un aire fantasmal. Pero Giovanni Baptista había pagado a *madame* por adelantado y no quería ver a nadie, sólo quería ponerse los zapatos, coger el morral, abrir la puerta y huir.

Consiguió su objetivo. No se oyó ni un movimiento ni una voz cuando abrió la puerta; ninguna cabeza malvada con un pañuelo viejo atado asomó por la ventana del piso superior. Cuando el sol hubo alzado todo su disco sobre la línea del horizonte y ya arrancaba destellos de la fangosa carretera pavimentada con su monótona avenida de arbolillos, una manchita negra se movía por el camino, chapoteando entre los flameantes charcos de agua de lluvia; la mancha negra era Giovanni Baptista Cavalletto, que huía de su señor.

Capítulo XII

La Plaza del Corazón Sangrante

En Londres, si accedemos a la ciudad por la carretera rural que conduce a un afamado barrio en el cual, en la época del dramaturgo y actor William Shakespeare, se encontraban los cotos de caza de la realeza, pese a que en la actualidad no se pueda practicar en ellos otro deporte que no sea la caza de hombres, acabamos llegando a la Plaza del Corazón Sangrante. Un lugar de aspecto y fortuna muy cambiados, pero con cierto regusto de antiguo esplendor. Dos o tres portentosas series de chimeneas y algunas viviendas amplias y oscuras que se habían librado de los muros y las subdivisiones capaces de eliminar las antiguas proporciones, daban a la Plaza una personalidad propia. En ella vivía gente pobre que se había establecido en medio de aquella magnificencia venida a menos igual que esos árabes del desierto que montan las tiendas entre las piedras caídas de las pirámides; no obstante, en la Plaza reinaba la idea familiar y sentimental de que tenía personalidad.

Como si la ciudad hubiera elevado, en sus aspiraciones, el nivel del suelo sobre el que estaba construida, el terreno había subido tanto en torno la Plaza que había que llegar a ella bajando unas escaleras que no formaban parte del trazado original, y salir por una puerta baja que conducía a un laberinto de calles desastradas que daban vueltas y más vueltas; por ellas se volvía de forma tortuosa al nivel de los alrededores. En ese extremo de la Plaza, y pasada la puerta de entrada, se hallaba el taller de Daniel Doyce, donde frecuentemente se oían golpes semejantes a los latidos de un sangrante corazón de hierro cuando el metal chocaba con el metal.

Las opiniones estaban divididas sobre el origen del nombre de la Plaza. Los habitantes más prácticos observaban la tradición y pensaban que se debía a un asesinato; los más imaginativos y menos violentos, entre los que se contaba la totalidad del bello sexo, se mostraban fieles a la leyenda de una joven dama de una época pretérita, encerrada a cal y canto en su habitación por un padre cruel tras haberse negado a traicionar a su verdadero amor, y no haber accedido a casarse con el pretendiente que ese padre le había elegido. La leyenda contaba que se había visto a menudo a la joven dama, detrás de la ventana enrejada, musitando hasta el día de su muerte una canción de amor arrebatado, cuyo estribillo decía: «Corazón sangrante, corazón sangrante, que no deja de sangrar». La facción favorable al asesinato objetaba que dicho estribillo, como todo el mundo sabía, era obra de una bordadora, solterona y romántica, que aún vivía en la Plaza. No obstante, dado que las leyendas más queridas deben vincularse siempre a los afectos, y siendo mucho más frecuente que la gente se enamore, y no que cometa asesinatos —y esperemos que ese signo

siga rigiendo nuestros destinos hasta el fin de los tiempos, por mucha maldad que anide en nosotros—, la historia del corazón sangrante, corazón sangrante, que no deja de sangrar, contaba con un número mucho mayor de adeptos. Ninguna de las dos facciones hacía caso a los expertos en antigüedades, que iban soltando doctas peroratas por el vecindario para explicar que el corazón sangrante era el escudo heráldico de la antigua familia que había sido dueña de aquel lugar. Pero, teniendo en cuenta que la arena que llenaba el reloj al que iban dando la vuelta cada año era sumamente terrosa y áspera, los habitantes de la Plaza contaban con motivos suficientes para resistirse a que se les arrebatara el único grano dorado de poesía que brillaba en ese reloj.

Por los escalones que llevaban a la Plaza bajaron Daniel Doyce, el señor Meagles y Clennam. Cruzaron la explanada, pasaron delante de las puertas abiertas de las casas de una y otra parte, todas rebosantes de niños alegres que cuidaban a niños desconsolados, y llegaron a la frontera del otro lado: a la puerta de salida. Allí, Arthur Clennam se detuvo e intentó encontrar el domicilio de Plornish, yesero, cuyo nombre, siguiendo las costumbres de los londinenses, Daniel Doyce nunca había visto ni oído hasta ese momento.

No obstante, no resultó difícil hallarlo, como la pequeña Dorrit había asegurado; estaba en una esquina, en una entrada manchada de cal, donde Plornish guardaba una escalera y un par de toneles. La última vivienda de la Plaza del Corazón Sangrante, en la que la muchacha había dicho que vivía el yesero era grande y estaba alquilada a varias personas, pero Plornish había conseguido indicar ingeniosamente que él residía en el salón pintando una mano debajo de su nombre; el dedo índice de esa mano (al que el artista había puesto un anillo y una uña, de forma elegantísima, con todo lujo de detalles) guiaba a las visitas a su alojamiento.

Clennam se despidió de sus acompañantes después de concertar otro encuentro con el señor Meagles, entró solo en la vivienda y llamó con los nudillos a la puerta del salón. En seguida la abrió una mujer, con un niño en brazos y recomponiéndose apresuradamente la parte superior del vestido con la mano libre. Se trataba de la señora Plornish, y esas actividades maternas constituían toda su actividad durante una parte sustancial de sus horas de vigilia.

¿Estaba el señor Plornish en casa?

—Verá usted, caballero —respondió ella, una mujer muy educada—, no quiero mentirle: ha salido a buscar trabajo.

«No quiero mentirle» era una de las frases que más repetía la señora Plornish. Pasara lo que pasara, ella mentía lo menos posible, pero siempre conseguía que sus respuestas fueran provisionales.

—Si lo espero, ¿cree usted que tardará mucho?

—Hace media hora —respondió ella— que espero que aparezca en cualquier

momento. Pase, señor.

Arthur entró en un salón oscuro y de ambiente bastante viciado (aunque de techos altos), y se sentó en la silla que ella le ofreció.

—No quiero engañarle señor: me he dado cuenta —añadió la mujer—, y lo considero muy amable por su parte.

Él no alcanzó a entender a qué se refería, y, con un gesto, le pidió que se explicara.

—No hay muchas personas que, al entrar en un hogar pobre, consideren necesario quitarse el sombrero —aclaró la señora Plornish—. Pero significa más para nosotros de lo que la gente suele creer.

Clennam respondió, con una sensación de malestar por lo infrecuente de esa pequeña expresión de cortesía, que su gesto no tenía importancia, y se agachó a pellizcar la mejilla de otro niño pequeño que estaba sentado en el suelo y lo miraba de hito en hito; le preguntó a la señora Plornish cuántos años tenía aquel chico tan guapo.

—Acaba de cumplir cuatro, señor —respondió ella—. Está hecho un hombrecito, ¿verdad? Pero éste siempre está enfermo. —Mientras decía esto, acunaba con ternura al bebé que tenía en brazos—. No le importará que le pregunte si ha venido usted por algún trabajo, ¿verdad, señor? —añadió tristemente.

Lo dijo con tanta angustia que, si Arthur hubiera tenido casa propia, habría encargado aplicarle una gruesa capa de yeso antes que responder que no. Pero se vio obligado a dar precisamente esta última respuesta, y notó la sombra de la decepción en el rostro de la señora mientras ésta contenía un suspiro y miraba el débil fuego. También advirtió que era una mujer joven, cuya apariencia y posesiones ofrecían un aspecto algo abandonado por culpa de la pobreza; y tanto la pobreza como los niños habían pasado por encima de ella de tal modo que la fuerza sumada de ambos había dejado en su rostro unas arrugas que parecían surcos.

—Todos los trabajos —continuó la señora Plornish— parecen haber desaparecido de la faz de la tierra.

(Este comentario se limitaba al oficio de yesero, y no incluía el Negociado de Circunloquios ni a la familia Barnacle).

—¿Resulta muy difícil conseguir empleo? —se interesó Arthur Clennam.

—Eso dice Plornish —respondió ella—. Tiene muy mala suerte. Una suerte malísima.

Efectivamente, era malísima. Aquel hombre era, en el camino de la vida, uno de tantos caminantes que, por lo que se ve, tienen unos callos tan fuera de lo normal que son incapaces de seguir el paso siquiera de sus rivales más cojos. Tipo animoso, trabajador, de gran corazón pero talante escasamente práctico, Plornish aceptaba su suerte con el mayor de los sosiegos, aunque esa suerte le era muy poco favorable. Lo

mandaban llamar con muy poca frecuencia; era tan insólito que requirieran sus servicios que su despistada cabeza no conseguía averiguar cómo había sobrevenido semejante acontecimiento. Por tanto, aceptaba las cosas como venían, tropezaba con toda clase de dificultades y salía de ellas a tropezones; y, al transitar por la vida con tantos tropiezos, acababa considerablemente magullado.

—No es por falta de empeño en buscar trabajo, de eso no cabe duda —dijo la señora Plornish, alzando las cejas y buscando una solución entre las varillas de la rejilla de la chimenea—, ni por falta de ahínco, cuando hay una ocupación. Nadie ha oído nunca a mi marido quejarse de tener que trabajar.

De un modo u otro, ésa era la desgracia general en la Plaza del Corazón Sangrante. De vez en cuando se alzaban protestas públicas, que circulaban patéticamente, por la escasez del trabajo (una circunstancia que ciertas personas se tomaban extraordinariamente mal, como si les asistiera un derecho incuestionable a imponer sus condiciones laborales), pero en la Plaza del Corazón Sangrante, donde se mostraba la misma buena disposición que en cualquier otro lugar de Gran Bretaña, las ofertas nunca llegaban. Los Barnacle, una familia antigua y distinguida, llevaba mucho tiempo demasiado preocupados por sus grandes principios para tratar de arreglar la cuestión; y dicha cuestión, efectivamente, era de todo punto ajena a su afán de destacar sobre las demás familias antiguas y distinguidas, exceptuando a los Stiltstalking.

Mientras la señora Plornish pronunciaba estas palabras sobre su ausente señor, el señor regresó: un hombre de rostro lampiño, color de tez saludable y bigotes de un rubio rojizo. De piernas largas, patizambo, semblante necio, chaqueta de franela, manchado de cal.

—Le presento a Plornish, señor.

—He venido —anunció Clennam mientras se ponía en pie— porque quiero tener una pequeña charla con usted, si no le importa, a propósito de la familia Dorrit.

Plornish reaccionó con recelo; dio la impresión de que sospechaba que se trataba de un acreedor:

—Ah, ya —dijo—. Pero ¿qué puedo contarle yo a un caballero de esa familia? ¿A qué asunto se refiere?

—Lo conozco a usted mejor de lo que cree —replicó Clennam con una sonrisa.

Plornish lo examinó sin devolverle la sonrisa, y afirmó que no tenía el placer de conocer al caballero, que él supiera.

—No —confirmó Arthur—; estoy al corriente de su bondad por lo que me han contado, pero ha sido una persona que me merece la máxima confianza: la pequeña Dorrit... la señorita Dorrit, quiero decir —explicó.

—Ah, ¿es usted el señor Clennam? ¡Oh! Me han hablado mucho de usted, señor.

—Y a mí de usted.

—Siéntese de nuevo, por favor, y considérese en su casa. Desde luego, desde luego —añadió Plornish, cogiendo una silla y subiéndose a su hijo mayor a la rodilla, para disponer del apoyo moral que brinda dirigirse a un desconocido con un niño en el regazo—. Yo también he estado entre rejas, y por eso conocimos a la señorita Dorrit. Mi mujer y yo hemos tenido mucho trato con ella.

—¡Un trato íntimo! —exclamó la señora. Tan orgullosa estaba de esa amistad que había despertado cierto rencor en la Plaza del Corazón Sangrante al exagerar enormemente la cantidad por la que habían declarado insolvente al padre de la señorita Dorrit. Al Corazón Sangrante le disgustaba que afirmase conocer a personas tan distinguidas.

—Fue al padre a quien conocí primero. Y, al conocerlo a él, pues también la conocí a ella —declaró Plornish tautológicamente.

—Ajá.

—¡Ah! ¡Qué modales! ¡Qué refinamiento! ¡Un caballero así, echado a perder en la cárcel de Marshalsea! Quizá no esté usted enterado... —añadió el yesero, bajando la voz y con una admiración perversa por aquello que debería haberle inspirado compasión o desprecio—, no esté usted enterado de que ni la señorita Dorrit ni su hermana se atreven a contarle a su padre que trabajan para ganarse el pan. ¡No! —remató, dirigiendo una ridícula mirada de triunfo a su mujer y después por toda la sala—. ¡No se atreven a decírselo, no se atreven!

—Él no es digno de admiración por eso —objetó Clennam en voz baja—; lo compadezco profundamente.

Esta observación, al parecer, indicó por primera vez a Plornish que, después de todo, semejante rasgo de carácter podía no resultar precisamente encomiable. Caviló un instante sobre la cuestión, pero acabó desistiendo.

—En lo que respecta a su trato conmigo —añadió—, el señor Dorrit no podía mostrar mayor afabilidad, a mi entender. Más aún si tenemos en cuenta las diferencias y la distancia que media entre nosotros. Pero hablábamos de la señorita Dorrit.

—Es cierto. ¿Podría decirme usted cómo la presentó en casa de mi madre?

El señor Plornish se quitó una pella de cal del bigote, se la metió en la boca, le dio unas vueltas con la lengua como si fuera una golosina, reflexionó, se consideró incapaz de ofrecer una explicación lúcida, se dirigió a su mujer y le dijo:

—Sally, cuéntale tú cómo fue, mujer.

—La señorita Dorrit —empezó ésta, mientras mecía al bebé para que se estuviera quieto y le colocaba la barbilla encima de una manita que intentaba desarreglarle otra vez el vestido— se presentó aquí una tarde con una nota en la que se ofrecía como costurera, y nos preguntó si nos molestaría que dijera que ésta era su dirección. (El marido repitió: «Que ésta era su dirección», como si estuviera siguiendo un servicio

religioso). Plornish y yo respondimos: «No, señorita Dorrit, ¡cómo va a molestarnos!» —(Plornish repitió: «¡Cómo va a molestarnos!»), y entonces ella la escribió en la nota. Pero en ese momento Plornish y yo le dijimos: «¡Oiga, señorita Dorrit!» (Plornish repitió: «¡Oiga, señorita Dorrit!»). ¿No ha pensado en copiarla tres o cuatro veces, para que la vean en más de un sitio? Ella respondió que no, pero que lo haría. Entonces la copió, en esta mesa, con una letra preciosa, y Plornish la llevó donde trabajaba, pues en aquel momento tenía un empleo («Tenía un empleo», repitió Plornish), y también se la dio al dueño de la Plaza, gracias al cual la señora Clennam ofreció una ocupación a la señorita Dorrit.

«Una ocupación a la señorita Dorrit», repitió Plornish; y la mujer, como había terminado, simuló morder los dedos de la manita del niño mientras la besaba.

—El dueño de la Plaza —dijo Arthur Clennam— es...

—Es el señor Casby; así se llama —le informó el hombre—; y, quien cobra el alquiler, Pancks. Así —añadió, sin cambiar de tema, con una actitud reflexiva que no parecía estar relacionada con ningún asunto en particular, ni tampoco producir resultado alguno— es como se llaman, lo quiera creer o no, como guste.

—¡No me diga! —exclamó Clennam, adoptando a su vez un gesto reflexivo—. ¡Conque el señor Casby! ¡Es un conocido mío, de hace mucho tiempo!

El señor Plornish no vislumbró modo alguno de comentar este dato, y nada comentó. Dado que tampoco existía un verdadero motivo para que le interesara, Arthur Clennam pasó al auténtico propósito de su visita, es decir, convertir a Plornish en el instrumento de la liberación de Tip, causando el menor perjuicio posible a la seguridad en sí mismo y a la capacidad de salir adelante del muchacho, suponiendo que aún le quedara algún resto de estos atributos, lo cual era indudablemente mucho suponer. Plornish, a quien el propio acusado había contado de qué estaba imputado, reveló a Arthur que el demandante era un tipo «caballeroso» (aunque no se refería a un hombre de buenos modales, sino a un tratante de caballos), y que él personalmente consideraba que diez chelines por libra «arreglarían bien el asunto», y que una cantidad mayor sería tirar el dinero. El instigador y su instrumento no tardaron en dirigirse a una cuadra de High Holborn, en la que un caballo castrado, gris y particularmente espléndido, cuyo precio, como poco, era de setenta y cinco guineas (sin tener en cuenta lo que habían costado los perdigones que le habían obligado a tragar, para que diera la impresión de que gozaba de mejor estado)^[13], iba a ser vendido a cambio de un billete de veinte libras, pues la semana anterior se había escapado llevando a lomos a la mujer del capitán Barbary de Cheltenham, quien no deseaba disponer de una montura tan aguerrida, y quien, de pura rabia, insistió en venderlo por esa cantidad ridícula, o, por decirlo de otro modo, en regalarlo. Plornish dejó al instigador en la calle, entró solo en el establo y se encontró con un caballero de pantalones prietos y de tonos apagados, con un sombrero bastante viejo, un

pequeño gancho de palo y un pañuelo azul en el cuello (el capitán Maroon de Gloucestershire, un amigo particular del capitán Barbary), quien había ido allí amistosamente para señalar las pequeñas características de aquel caballo castrado, gris, y particularmente espléndido a cualquier entendido en la materia y cualquier comprador avisado, que no tendría más que fijarse en la destreza del animal para contar con una garantía. Este caballero, que también resultó ser quien le había interpuesto la demanda a Tip, pidió a Plornish que se dirigiera a su abogado, se negó a hablar con él y ni siquiera le dio permiso para seguir en la cuadra si no volvía a ella con un billete de veinte libras; sólo en ese caso deduciría el caballero, a tenor de las circunstancias, que las intenciones de Plornish eran serias, y podría mostrarse dispuesto. Tras semejante indicación, el yesero se retiró a deliberar con el instigador y al poco regresó con las credenciales solicitadas. Entonces preguntó el capitán Maroon: «¿Cuánto tiempo necesita usted para traerme las otras veinte? Veamos... le concedo un mes». Pero, cuando ESTO no funcionó, añadió el capitán: «Le diré lo que vamos a hacer. ¡Me trae usted un pagaré a cuatro meses, que yo pueda canjear en el banco por las otras veinte!». Y, cuando ESTO tampoco funcionó, dijo el capitán: «¡Oiga! Ésta es mi última palabra. Deme otras diez libras ahora mismo, y con eso me daré por satisfecho». Y, cuando ESTO tampoco funcionó, dijo el capitán: «Ya lo tengo: con esto cerramos el asunto. Él me ha estafado, pero retiraré los cargos a cambio de otras cinco libras ahora mismo y una botella de vino; si está usted de acuerdo, dígalo; si no, márchese». Finalmente anunció, cuando ESTO tampoco funcionó: «¡Bueno, deme el dinero!», refiriéndose a la primera oferta: le firmó un recibo detallado y liberó al prisionero.

—Señor Plornish —pidió Arthur—, le ruego que me guarde el secreto, si me hace el favor. Encárguese de anunciar al joven que es libre, y dígale que le ha encomendado el pago de la deuda una persona cuyo nombre no puede revelar; no sólo me prestará a mí un gran servicio, sino que quizá también se lo preste a él, y a su hermana.

—Este último motivo, señor —respondió Plornish—, sería más que suficiente. Cumpliré sus deseos.

—Por favor, comuníqueme que un amigo le ha conseguido la libertad. Un amigo que espera que, aunque sólo sea por su hermana la emplee de forma juiciosa.

—Cumpliré sus deseos, señor.

—Y, dado que usted conoce mejor a la familia, le ruego que me señale sin ambages de qué forma cree que yo podría ayudar de veras y discretamente a la pequeña Dorrit; le estaría sumamente agradecido.

—No se preocupe usted, señor —respondió Plornish—; no sólo será un placer, sino también... No sólo será un placer, sino también...

Al verse incapaz de concluir la frase tras dos intentos, muy sabiamente la dejó

inacabada. Cogió la tarjeta de Clennam y la pertinente recompensa económica.

Plornish se manifestó más que dispuesto a llevar a cabo su cometido inmediatamente, y el instigador fue de la misma opinión. Clennam se ofreció a llevarlo hasta la puerta de Marshalsea, y allí se dirigieron en coche, pasando por el puente de Blackfriars. Durante el trayecto, Arthur consiguió que su nuevo amigo le hiciera un confuso resumen de la vida interior de la Plaza del Corazón Sangrante. En él todos pasaban apuros económicos, le contó el yesero, más apuros que en ninguna otra parte, de eso no cabía duda. No podía decirle por qué, pero cualquiera podía confirmárselo; él sólo sabía que así eran las cosas, y ya estaba. Cuando un hombre notaba, en la espalda y en el vientre, que era pobre, ese hombre (el señor Plornish estaba firmemente convencido), sabía a la perfección que era pobre, de un modo u otro, y no había manera de convencerle de lo contrario, del mismo modo que no se puede convencer a nadie de que coma carne. Pero resultaba que algunas personas de la Plaza no pasaban tantas calamidades, muchas de ellas se daban a la buena vida cuando no a la gran vida, por lo que le contaban; aunque se trataba de gente «imprevisora» (ésa era la palabra que empleaban). Por ejemplo, si veían a un hombre con la piel muy blanca que se dirigía a Hampton Court^[14], con su mujer y sus hijos, quizá una vez al año, le decían: «¡Caramba! ¡Pensaba que era usted pobre, mi imprevisor amigo!». Cielo santo, ¡qué difícil era la vida! ¿Qué podía hacer uno? Él no podía volverse loco de remate, y, aunque lo hiciera, tampoco ganaría nada. En su opinión, hasta le perjudicaría. Pero parecía que todo se aliaba contra él para volverlo loco de remate. Siempre era igual: si no por una cosa, por otra. ¿A qué se dedicaban los inquilinos de la Plaza? Pues no había más que verlos: las muchachas y las madres a coser, a remendar zapatos, a hacer arreglos, a confeccionar chalecos, de sol a sol, un día tras otro, sin que con eso apenas ganaran para mantenerse a flote: muchas veces no lo conseguían. En la Plaza había representantes de casi todos los oficios que uno pudiera imaginar, todos dispuestos a trabajar, pero sin poder hacerlo. También vivían ancianos que, después de una larga vida de fatigas, acababan encerrados en el asilo de pobres, donde recibían peor comida y peor alojamiento y peor trato que... el señor Plornish dijo que peor que los trabajadores, aunque dio la impresión de que quería decir truhanes. ¡Caray, uno no sabía a quién recurrir para obtener una pizca de consuelo! ¿Quién tenía la culpa? El señor Plornish no lo sabía. Podía decir quién sufría, pero no quién era el responsable. No le correspondía precisamente a él averiguarlo, y ¿a quién iba a importarle si lo descubría? Él sólo sabía que la situación no la arreglaban aquellos a quienes correspondía arreglarla, y que sola no se solucionaba. En pocas palabras, su ilógica opinión era la siguiente: si nadie podía hacer nada por él, él no tenía que rendir cuentas a nadie por no ocuparse de él; a su entender, la cuestión se reducía a eso. Así, de ese modo prolijo, rezongón y necio, Plornish fue desenredando sin el menor orden la enmarañada madeja de la Plaza,

como un ciego que intentase encontrar el principio o el final de esa madeja, hasta que finalmente llegaron a la puerta de la cárcel. Allí dejó solo a su instigador, que se quedó pensando, mientras seguía su camino, en los miles de Plornishes que uno podría conocer a uno o dos días de viaje del Negociado de Circunloquios, dedicados a interpretar diversas y curiosas versiones de la misma melodía, que nunca llegaban a los oídos de esa gloriosa institución.

El nombre del señor Casby había reavivado, en el recuerdo de Clennam, las ascuas incandescentes de curiosidad e interés sobre las que la señora Flintwinch había soplado la noche de su llegada. Flora Casby había sido su enamorada de la infancia; y Flora era la hija y único vástago de Christopher Cabeza de Serrín (a quien todavía llamaban así algunos individuos irreverentes que tenían trato con él, y a quienes la confianza, quizá, había inspirado el mencionado epíteto), de quien se decía que era rico en alquileres semanales, y que conseguía sacar un buen dinero de debajo de las piedras de varios callejones y plazas de aspecto poco prometedor.

Después de varios días de pesquisas e indagaciones, Arthur Clennam llegó a la conclusión de que el caso del Padre de Marshalsea era, en efecto, desesperado, y renunció con tristeza a la idea de ayudarlo a recobrar la libertad. En ese momento tampoco podía realizar ninguna gestión útil por la pequeña Dorrit, pero se dijo que cabía la posibilidad, pues nada indicaba lo contrario, de que la reanudación de aquella antigua relación le sirviera de algo a la pobre criatura. No es necesario añadir que, sin ninguna duda, Arthur se habría presentado en casa del señor Casby aunque la pequeña Dorrit no hubiera existido, pues ya sabemos que todos nos engañamos: es decir, la gente, en general, excepto en lo más profundo de su ser, se engaña en lo que respecta a las motivaciones de sus actos.

Con la cómoda sensación en su interior, bastante sincera a su manera, de que sólo prestaba un servicio a la pequeña Dorrit haciendo algo que no tenía nada que ver con ella, una tarde Arthur apareció en la esquina de la calle del señor Casby. La calle salía de Gray's Inn Road, y se había separado de la vía principal con la intención de adentrarse imparable en el valle y conquistar seguidamente la cumbre de la colina de Pentonville, pero se había quedado sin aliento al cabo de veinte metros y en ese momento había dejado de avanzar. Ya no existe este lugar, pero allí estuvo muchos años, contemplando con semblante crítico el paisaje agreste, con algunos huertos estériles y un sarpullido de casas de veraneo del que se había propuesto curarse en un santiamén.

«Esta casa —pensó Clennam mientras franqueaba el umbral— ha cambiado tan poco como la de mi madre, y está casi igual de lúgubre. Pero las similitudes terminan aquí fuera. Conozco la aburrida calma que reina dentro. Parece que huelo desde aquí los tarros de viejos pétalos de rosa y de lavanda».

Cuando llamó a la brillante aldaba de latón, con una forma pasada de moda, y una criada le abrió la puerta, esos aromas del pasado le dieron genuinamente la

bienvenida como una ráfaga invernal aún cargada de un leve recuerdo de la primavera desaparecida. Entró en la casa silenciosa y sobria, sin ninguna corriente de aire (cabía imaginarse que esa quietud se debía a la presencia de sirvientes mudos, como sucede en Oriente), y la puerta, al cerrarse de nuevo, pareció dejar en el exterior todo sonido y todo movimiento. Los muebles eran formales, sencillos, propios de cuáqueros, pero estaban bien cuidados y tenían la apariencia más agradable que se puede exigir a cualquier cosa, ya se trate de un ser humano o de una banqueta de madera, destinada a ser muy utilizada y a la que no se ahorra ninguna tarea. Había un reloj solemne que marcaba los segundos en algún lugar de la escalera, y por la misma zona un pájaro que no cantaba, y que daba picotazos a la jaula como si también marcara el paso del tiempo. En el hogar del salón, el fuego marcaba asimismo los segundos. Sólo se veía a una persona delante de la chimenea, y el ruidoso reloj que llevaba en el bolsillo marcaba la hora de forma ostensible.

La criada pronunció las palabras «el señor Clennam» con el mismo deje acompasado de un reloj, tan bajito que no se la oyó; por tanto, cuando se retiró y cerró la puerta, Arthur se encontró delante de ésta sin que se advirtiera su presencia. En una butaca reposaba la figura de un hombre entrado en años, con ralas cejas grises en las que se reflejaba la luz de la chimenea y que parecían moverse al compás del segundero; tenía unas zapatillas hechas de retales en la alfombra, y giraba los pulgares lentamente, uno alrededor del otro. Se trataba del viejo Christopher Casby —reconocible con un solo vistazo—, que en más de veinte años había cambiado tan poco como sus muebles macizos: las influencias de las distintas estaciones le habían afectado tan poco como a los viejos pétalos de rosa y lavanda de sus tarros de porcelana.

Es posible que no haya existido otro hombre, en este atribulado mundo, tan difícil de imaginar de niño. Y, sin embargo, había cambiado muy poco a lo largo de su vida. Delante de él, en la sala, se veía el retrato de un muchacho en el que cualquiera, sólo de verlo, habría reconocido al señorito Christopher Casby, a los diez años, aunque disfrazado con una horca para el heno, instrumento que había tenido para él la misma utilidad, o el mismo interés, en toda su vida, que una campana de inmersión submarina; aparecía sentado (sobre una pierna) delante de un arriate de violetas, movido a una precoz contemplación por el campanario de una iglesia de pueblo. Ahí se veían el mismo rostro lampiño y la misma frente, la misma mirada azul y tranquila, la misma actitud de placidez. La cabeza calva, que tan enorme parecía de lo mucho que brillaba, y el largo cabello gris que, como hilo de seda o lana de vidrio, le caía a ambos lados de la cara y por el cuello, con un aire de benevolencia porque nunca era cortado, no se apreciaban en el niño, claro está, como en el adulto. Pero está claro que en la criatura seráfica de la horca del heno, se encontraban los rudimentos del patriarca de las zapatillas de retales.

«Patriarca» era el nombre que mucha gente le daba. Varias damas ancianas del vecindario declaraban que era «el último de los patriarcas». Tan gris, tan lento, tan callado, tan impasible, de cabeza tan voluminosa, «Patriarca» era la palabra más adecuada para él. Lo habían parado por la calle y le habían pedido respetuosamente que adoptara ese papel pintores y escultores, y con tanta insistencia, en verdad, que parecía que las Bellas Artes fueran incapaces de recordar las características de un patriarca o de inventar uno. Filántropos de ambos sexos habían querido saber quién era, y al descubrir que se trataba de «el viejo Christopher Casby, antiguo procurador de lord Decimus Tite Barnacle», habían exclamado en un paroxismo de desilusión: «¡Oh! ¡Caramba! ¡Con esa cabeza, y no es un benefactor de la humanidad! ¡Con esa cabeza, caray, y no se ha convertido en un padre para los huérfanos y en un amigo para los que no tienen ninguno!». Con esa cabeza, no obstante, seguía siendo el viejo Christopher Casby, rico, según todos proclamaban, en propiedades inmobiliarias; y con esa cabeza se hallaba ahora sentado en su silencioso salón. No cabe duda de que sería el colmo de la sinrazón esperar verlo allí sentado sin esa cabeza.

Arthur Clennam se movió para llamar su atención, y las cejas grises se volvieron hacia él.

—Discúlpeme —dijo Clennam—, me temo que no ha oído usted cómo me anunciaban.

—No, señor, no lo he oído. ¿Quería verme?

—He venido a presentarle mis respetos.

Al señor Casby parecieron decepcionarle un ápice estas palabras, pues quizá se había preparado para una visita de índole más económica.

—¿Tengo el placer de...? —comenzó a decir—. Coja una silla, por favor... ¿Tengo el placer de conocerlo? ¡Ah! ¡Desde luego, creo que sí! Me parece que no me equivoco al suponer que conozco esa cara. ¿Es posible que esté hablando con un caballero de cuyo regreso a este país me ha informado el señor Flintwinch?

—El mismo que tiene delante.

—¿De veras? ¡El señor Clennam!

—Así es, señor Casby.

—Señor Clennam, me alegro de verlo. ¿Le ha ido todo bien desde la última vez que nos vimos?

Sin considerar que mereciese la pena explicar que, en el transcurso de unos veinticinco años, había pasado por leves fluctuaciones de salud y de ánimo, Arthur respondió, sin entrar en detalles, que nunca le habían ido mejor las cosas, o algo semejante, y le estrechó la mano al dueño de «esa cabeza» que irradiaba sobre él una luz patriarcal.

—Somos más viejos, señor Clennam —observó Christopher Casby.

—Más jóvenes no somos —confirmó Clennam. Después de este comentario le

pareció que no estaba comportándose de un modo precisamente muy brillante, y advirtió que se había puesto nervioso.

—¡Y su distinguido padre —prosiguió el señor Casby— ya no se halla entre nosotros! Lamenté mucho enterarme de la noticia, señor Clennam, lo lamenté mucho.

Arthur respondió, del modo habitual, que le estaba infinitamente agradecido.

—Hubo una época —añadió el señor Casby— en que las relaciones entre sus padres y yo no fueron amistosas. Se produjo un pequeño malentendido familiar. Puede que su distinguida madre estuviera bastante celosa del hijo; y, cuando hablo del hijo, me refiero a usted, a usted mismo.

Su rostro lampiño mostraba el esplendor de una fruta de invernadero madura. Con ese rostro en su máximo esplendor, esa cabeza y esos ojos azules, daba la impresión de comunicar sentimientos de virtud y sabiduría extraordinarios. Del mismo modo, su expresión fisonómica parecía rebosar bondad. Nadie podría haber señalado dónde residían esa sabiduría, esa virtud, esa bondad; pero transmitía la impresión de que las tres se encontraban en él.

—Esa época, sin embargo —siguió el señor Casby—, es cosa del pasado, cosa del pasado. De vez en cuando me tomo la libertad de visitar a su distinguida madre y de admirar la fortaleza y la presencia de ánimo con que afronta las dificultades, con que afronta las dificultades.

Cuando cometía esas pequeñas repeticiones, con las manos entrelazadas, ladeaba la cabeza con una sonrisa cariñosa, como si estuviera pensando en algo demasiado profundo y dulce para ser expresado en palabras. Como si se negara el placer de pronunciarlo, para no dar forma a ideas demasiado elevadas; como si, en aras de una profunda humildad, prefiriera sacrificar la elocuencia.

—Me han dicho que, en una de esas ocasiones —intervino Arthur, aprovechando la oportunidad que se le presentaba—, tuvo usted la gentileza de hablarle a mi madre de la pequeña Dorrit.

—¿La pequeña...? ¿Dorrit? ¿Se trata de la costurera de la que me habló uno de mis inquilinos? Ah, sí, Dorrit. Así es como se llamaba. ¡Sí, sí! ¿La llama usted pequeña Dorrit?

No pudieron avanzar por ese camino. El atajo no llevó a ningún sitio ni llegaron más lejos.

—Es posible que esté usted al corriente, señor Clennam —anunció el señor Casby—, de que mi hija Flora se casó y alcanzó una buena posición en la vida hace algunos años. Tuvo la mala fortuna de perder al marido cuando sólo llevaba unos meses de matrimonio. Ha vuelto a vivir conmigo. Se alegrará de verlo, si me permite usted que le anuncie su presencia.

—No faltaba más —respondió Clennam—. Se lo habría pedido yo mismo si no hubiera sido usted tan amable de anticiparse.

Al oír estas palabras, el señor Casby se puso las zapatillas de retales, se levantó y, con paso lento y trabajoso (su constitución era elefantina), se dirigió a la puerta. Llevaba una larga chaqueta con amplios faldones de color verde botella, unos pantalones de color verde botella y un chaleco de color verde botella. Los patriarcas no llevan prendas de paño de color verde botella, pero las suyas no dejaban de tener un aire patriarcal.

Apenas hubo salido de la sala y el sonido del segundero se hizo audible de nuevo, una mano imperiosa giró la llave de la puerta de la calle, abrió y cerró. Inmediatamente después, un hombre moreno, brioso y apresurado irrumpió en la estancia con tanto ímpetu que no se detuvo hasta encontrarse a escasa distancia de Clennam.

—¡Caramba! —exclamó.

Clennam no vio ningún motivo para no exclamar, a su vez:

—¡Caramba!

—¿Qué sucede? —inquirió el hombre bajo y moreno.

—Que yo sepa, nada —replicó Clennam.

—¿Dónde está el señor Casby? —preguntó el hombre, mirando a un lado y otro.

—Si quiere usted verlo, no tardará en venir.

—¿Que yo quiero verlo? ¿Y no quiere verlo usted?

Esto dio pie a algunas explicaciones por parte del visitante; mientras las ofrecía, el hombre bajo y moreno contuvo el aliento y se quedó mirándolo. Su ropa era negra y del color del hierro oxidado; sus ojos, redondos como cuentas y negros como la pez; tenía un mentón menudo, negro y de barba descuidada, un cabello negro y áspero que le salía en punta, como dientes de un tenedor u horquillas; una tez mugrienta por naturaleza, o muy sucia por artificio, o por una mezcla de naturaleza y artificio. Llevaba las manos también sucias, las uñas partidas y cochambrosas, y parecía haber salido de una mina de carbón; sudaba; respiraba con ronquidos, jadeos, bufidos y resoplidos, como un motorcito de vapor en funcionamiento.

—¡Oh! —observó después de que Arthur le contase el propósito de su visita—. Muy bien. De acuerdo. Si pregunta por Pancks, ¿sería usted tan amable de decirle que he venido?

A continuación, con un bufido y un resoplido, se marchó por otra puerta.

Antes de salir de Inglaterra, ciertas dudas audaces que sobre el último de los patriarcas flotaban en el ambiente, habían llegado, no recordaba cómo, a los órganos sensibles de Arthur. Sabía que circulaban sombras y atisbos de sospecha en aquel entonces, y según ellas Christopher Casby era como el cartel de una posada sin una posada detrás: una invitación al descanso y la gratitud, cuando no había sitio donde alojarse ni nada por lo que mostrarse agradecido. Estaba al tanto de que en algunos de esos rumores se llegaba a afirmar que Christopher Casby era capaz de tramar ardid

con «esa cabeza»: que era un artero impostor. Otras sombras lo señalaban como un necio inconstante, obtuso y egoísta que se había dado cuenta, en el curso de sus aparatosos encontronazos con otros hombres, de que, para vivir rodeado de comodidades y honores, le era suficiente tener la boca callada, llevar bien lustrosa la calva y no peinarse; que su escasa astucia había bastado para captar esa idea y no desviarse de ella. Se decía que su puesto como procurador de lord Decimus Tite Barnacle se debía no a la posesión de la menor capacidad para los negocios, sino a ese aspecto insuperablemente bonachón que no permitía a nadie imaginar que los inmuebles representados por ese hombre pudieran adolecer de carencias o desperfectos; también se afirmaba que por los mismos motivos ganaba ahora más dinero con sus turbios alquileres, sin que nadie lo molestara, que el que habría ganado cualquier otra persona con una testa menos protuberante y reluciente. En dos palabras: se afirmaba (recordó Clennam, a solas en el salón) que muchas personas eligen a los que acabamos de mencionar, escogen a los suyos; pues, igual que podemos ver todos los años en la Royal Academy a algún granuja que se dedica a robar perros encarnando todas las virtudes cardinales, gracias a sus pestañas, su mentón o sus piernas (y clavando así espinas de confusión en el ánimo de los estudiantes de la naturaleza más observadores), en la gran exposición de la sociedad, muchas veces aceptamos los accesorios en vez de las cualidades interiores.

Al rememorar tales cosas, y clasificando al señor Pancks entre ellas, Arthur Clennam se inclinaba a confirmar la opinión, sin llegar a rubricarla del todo, de que el último Patriarca era el necio voluble antes descrito, cuya única idea consistía en llevar bien lustrosa la calva; recordó que, pese a que a veces pueda verse en el Támesis algún barco de difícil manejo avanzando de costado, con la popa en la posición de la proa, abriéndose paso a sí mismo y cortando el paso a los demás, aunque siempre ofreciendo un vistoso espectáculo de navegación, de pronto aparece un pequeño remolcador de carbón que se acerca a él, lo engancha y se lo lleva a toda velocidad; del mismo modo, el voluminoso patriarca había sido remolcado por el señor Pancks y sus resoplidos, y ahora seguía la estela de ese pequeño y cochambroso truhán.

El regreso del señor Casby, acompañado de su hija Flora, puso fin a estas reflexiones. Y, en cuanto la vista de Clennam se posó sobre el objeto de su antigua pasión, ésta se tambaleó y se hizo añicos.

Muchos hombres encontramos que son lo bastante fieles a sí mismos para serlo también a una vieja idea. No supone este rasgo síntoma de un espíritu voluble, sino precisamente lo contrario, esa idea no resiste una comparación minuciosa con la realidad, y el contraste le asesta un golpe fatal. Tal era el caso de Clennam. De joven había amado con gran fervor a esa mujer, y había vertido en ella todos los tesoros encerrados de su cariño y su imaginación. Tales tesoros habían sido, en su casa

desierta, como el dinero de Robinson Crusoe: no había podido intercambiarlos con nadie, habían estado oxidándose, inutilizados en la oscuridad, hasta que se los entregó por completo a ella. Desde esa época memorable, aunque él, hasta la noche de su llegada, al acordarse de ella no la relacionaba ni con su presente ni con su futuro, como si hubiera muerto (y fácilmente así podría haber sido, por lo que él sabía), no había abandonado esa antigua fantasía de un pasado incólume en un lugar antiguo y sagrado. Y ahora, al fin, el último de los patriarcas entraba tranquilamente en el salón como si en efecto le dijera: «Tenga la amabilidad de arrojar sus fantasías y pisotearlas. Aquí está Flora».

Flora, que siempre había sido alta, había adquirido también una gran anchura y le costaba respirar, pero eso no era lo importante. Flora, que era una azucena cuando él se marchó, se había convertido en una peonía, pero eso tampoco era lo importante. Flora, cuyas palabras e ideas siempre le habían dado un gran encanto, era verbosa y estúpida. Eso sí era importante. Flora, que tantos años antes había sido una mimada y una ingenua, ahora se empeñaba en ser una mimada y una ingenua. Esto era un golpe fatal.

¡Aquí está Flora!

—Qué barbaridad —dijo ella entre risitas, ladeando la cabeza en una caricatura de sus gestos de juventud, como habría hecho, en la Antigüedad clásica, una actriz con máscara que hubiera asistido a su propio funeral—, qué vergüenza me da ver al señor Clennam, estoy hecha un manojo de nervios, sé que me va a ver cambiadísima, ahora soy una vieja, me quedo de piedra al ver que la gente me trata así, ¡me quedo de piedra!

Arthur le aseguró que estaba tal como había esperado, y que los años también habían pasado por él.

—¡Oh! Pero el caso de un caballero es muy distinto y usted está tan espléndido que no tiene ningún derecho a afirmar tal cosa, pero en lo que a mí respecta... ¡Ay! —añadió soltando un gritito—. ¡Estoy espantosa!

El Patriarca, que al parecer todavía no comprendía cuál era su papel en el drama que se representaba, irradiaba una vacua serenidad.

—Aunque, hablando de personas que no han cambiado —prosiguió Flora, quien, dijese lo que dijese, nunca hacía un punto y seguido—, mire a mi padre, ¿no está mi padre exactamente igual que cuando usted se marchó, no es cruel y antinatural por su parte que se haya convertido en tal deshonor para su propia hija?, si seguimos así durante mucho tiempo ¡la gente que no nos conozca empezará a creer que soy la madre de mi padre!

Arthur respondió que eso todavía tardaría mucho en ocurrir.

—Oh, señor Clennam, es usted el menos sincero de los hombres —protestó ella—, veo que no ha perdido esa vieja costumbre de decir piropos, esa vieja costumbre

que tenía cuando fingía albergar unos sentimientos tan fuertes, ya lo recordará, aunque no quiero decir que... ¡ay, no sé qué quiero decir!

En ese momento, turbada, ahogó una risa y le lanzó una de sus miradas de antaño.

El Patriarca, como si acabara de percatarse de que su papel en la representación consistía en abandonar el escenario con la mayor celeridad, se dirigió a la puerta por la que Pancks había salido llamando de viva voz al mencionado remolcador. Se oyó una respuesta desde algún muelle emplazado tras la puerta, fue arrastrado y desapareció en seguida.

—Ni se le ocurra marcharse todavía —le conminó Flora; Arthur se miró el sombrero, sumido en una absurda congoja, sin saber qué hacer—; no creo que vaya a ser usted tan descortés de pensar en marcharse, Arthur, señor Arthur, quería decir, bueno, supongo que señor Clennam sería mucho más adecuado, aunque no sé qué estoy diciendo, hay que ver, no hablemos de esa época que ya nunca volverá, pensándolo bien me atrevo a decir que es mucho mejor que no hablemos de ella y también es muy probable que tenga usted algún compromiso mucho más tentador y le ruego que no permita que precisamente yo me interponga en sus asuntos, aunque usted y yo tuvimos un pasado, pero estoy volviendo a decir disparates.

¿Era posible que Flora fuera tan parlanchina en esa época a la que se refería? ¿Se había manifestado ya esa locuacidad inconexa en las fascinaciones que habían embelesado a Arthur?

—Estoy convencidísima —siguió Flora a una velocidad asombrosa, puntuando su conversación únicamente con comas, y muy pocas— de que se ha casado usted con una dama china después de haber pasado tanto tiempo en China por asuntos de negocios, era natural que deseara usted sentar la cabeza y entablar más vínculos, era lógico que le pidiera la mano a alguna dama china y era natural me parece a mí que la dama china aceptara y estoy segura de que ella también goza de una espléndida posición, lo único que espero es que no se trate de una de esas herejes que rezan en las pagodas.

—No me he casado con ninguna dama —respondió Arthur, sonriendo a su pesar.

—¡Oh por el amor de Dios, espero que no se haya quedado soltero tanto tiempo por mí! —dijo Flora riendo—. Pues claro que no ha sido así, cómo iba usted a hacer tal cosa, no sé de qué estoy hablando, ay, por favor, cuénteme cómo son esas damas chinas si de veras tienen los ojos tan largos y estrechos siempre me recuerdan a esas fichas nacaradas que utilizan para jugar a las cartas, y si llevan realmente coletas hasta la cintura, si se las trenzan ¿o sólo lo hacen los hombres?, y cuando se recogen el pelo por detrás tan tirante ¿no se hacen daño?, y ¿por qué cuelgan campanillas de todos sus puentes y templos y sombreros y cosas o en realidad no cuelgan nada?

Flora le dirigió otra de esas antiguas miradas. Pero inmediatamente comenzó a parlotear de nuevo, como si Arthur llevara respondiéndole un buen rato.

—¡Entonces es cierto, cuelgan campanillas! ¡Caramba, Arthur! Discúlpeme por favor, la vieja costumbre, señor Clennam resulta mucho más apropiado, menudo país para vivir tanto tiempo con tantos farolillos y sombrillas, imagino que siempre está todo muy oscuro y muy húmedo y no me cabe duda de que efectivamente así es, y la de dinero que deben ganar con esas dos cestas que llevan todos y que cuelgan en todas partes y esos zapatitos y los pies que les aprietan con vendas en la infancia, qué sorprendente, ¡menudo viajero está usted hecho!

Presa de una ridícula angustia, Arthur recibió otra de esas viejas miradas sin tener la menor idea de qué hacer con ella.

—Vaya, vaya —prosiguió Flora—, hay que ver la de cambios que se han producido aquí, Arthur, no puedo evitarlo, me es lo más natural, señor Clennam resulta mucho más indicado, desde que usted se familiarizara con las costumbres y el idioma chinos, que estoy segura de que habla como un nativo, si no mejor pues siempre ha sido agudo e inteligente aunque no me cabe duda de que debe ser difícilísimo, estoy segura de que con tantas cajitas para el té yo me haría un lío y me moriría, qué de cambios, Arthur, lo he vuelto a decir, me resulta tan natural, qué poco decoro, nadie lo habría dicho, nadie habría podido imaginar que sería la señora Finching, ¡si ni yo misma lo imaginaba!

—¿Es ése su apellido de casada? —inquirió Arthur, conmovido, en medio de todo, por el cierto tono de cariño con que ella había recordado, aun de tan extraña manera, su relación de juventud—. ¿Finching?

—Finching, eso es, se trata de un apellido espantoso pero tal y como me dijo el señor F. cuando me pidió la mano, cosa que hizo siete veces y accedió muy galantemente, debo decir, a que yo lo pusiera «a prueba», como decía él durante doce meses, al fin y al cabo, pues me dijo que él no era responsable de ese apellido y qué iba a hacer él, un hombre magnífico, no tanto como usted pero ¡magnífico!

Al fin quedó un instante sin aliento, de tanto hablar. Un instante: pues lo recobró mientras se llevaba al ojo una minúscula esquina del pañuelo, en homenaje al espíritu del fallecido señor F.; empezó de nuevo:

—No hay nada que objetar, Arthur, señor Clennam, a que cultivemos una relación formal de amistad en estas nuevas circunstancias, pues ninguna otra podríamos entablar, pero no puedo dejar de recordar que hubo una época en que las cosas fueron muy distintas.

—Mi querida señora Finching... —dijo Arthur, de nuevo conmovido por el tono afectuoso.

—¡Oh, no me llame por ese apellido tan feo y espantoso, llámeme Flora!

—Flora. Le aseguro, Flora, que me alegra volver a verla y descubrir que, como yo, tampoco usted ha olvidado esos viejos y disparatados sueños en los que veíamos todo nuestro futuro bajo la luz de la juventud y la esperanza.

—No lo parece —objetó ella con un mohín—, se comporta usted con gran frialdad, pero sé que lo he decepcionado, supongo que por culpa de las damas chinas, de las mandarinas si es que se llaman así, o quizá la culpa es sólo mía, lo que parece igual de probable.

—No, no —protestó Clennam—, no diga eso.

—Es que no me queda otro remedio —añadió Flora cobrando ánimo—, sería una bobada no decirlo, sé que no soy lo que esperaba, lo sé perfectamente.

Entre tanta celeridad, Flora se había dado cuenta de lo que acababa de decir con la aguda percepción de una mujer más inteligente. No obstante, el parloteo deslavazado y profundamente insensato con que a continuación vinculó aquellas remotas relaciones juveniles con la conversación de ese momento produjo en Clennam una sensación de mareo.

—Una observación —puntualizó Flora, dando a la conversación, sin reparar en ello y para gran pavor de Clennam, el tono de una pelea amorosa— que quiero hacer, una explicación que quiero dar, cuando vino su madre y montó una escena con mi padre y cuando luego me pidieron que bajara a la sala del desayuno, donde los vi a los dos, con el parasol de su madre entre uno y otro, sentados en sus sillas como toros enloquecidos... ¡yo qué iba a hacer!

—Querida señora Finching —le instó Arthur—, eso pasó hace mucho tiempo y ya ha terminado todo, ¿realmente merece la pena...?

—Arthur, no puedo permitir que toda la sociedad china me considere una mujer sin sentimientos, debo defenderme si tengo la oportunidad de hacerlo, y usted sabe perfectamente que me tenía que devolver la novela *Pablo y Virginia* y que lo hizo sin nota ni comentario alguno, no quiero decir que me podría haber escrito, vigilada como estaba, pero si me la hubiera devuelto con una señal roja en la portada yo habría sabido que me estaba pidiendo que lo acompañara a Pekín, a Nankín o a esa otra tercera ciudad, descalza.

—Querida señora Finching, la culpa no fue suya, yo nunca pensé que lo fuera. Los dos éramos demasiado jóvenes, demasiado dependientes y carecíamos de recursos; no podíamos reaccionar de otro modo que no fuera aceptando nuestra separación. Tenga en cuenta el tiempo que hace de eso —protestó suavemente Arthur.

—Una observación más que quiero hacer —añadió Flora, con una locuacidad infatigable—, una explicación más que quiero darle, estuve resfriada cinco días de tanto llorar y los pasé enteros en el salón de atrás, ese salón sigue estando en el primer piso y en la parte posterior de la casa, lo que confirma mis palabras, y cuando ese espantoso período terminó llegó una época de calma, pasaron los años y conocimos al señor F. en casa de un amigo común, se deshizo en atenciones, al día siguiente vino de visita, al poco empezó a presentarse tres veces por semana y a mandar pequeños manjares para la cena, lo que él sentía no era amor sino adoración,

y el señor F. pidió mi mano contando con el pleno consentimiento de mi padre, ¿qué iba a hacer yo?

—Nada de nada —respondió Arthur con animosa solicitud—; precisamente lo que hizo. Permita que un viejo amigo le asegure, completamente convencido, que obró usted bien.

—Una última observación que quiero hacer —añadió Flora, rechazando esa vida convencional con un ademán—, una explicación más que quiero darle, sí que hubo una época en que el señor F. me cortejó, eso no se puede negar, pero forma parte de un pasado malogrado, querido señor Clennam, pero ya no lleva usted una cadena de oro, es usted libre, confío en que sea feliz, aquí viene mi padre, siempre tan fastidioso y metiendo la nariz donde no lo llaman.

Con estas palabras y un rápido gesto, imbuido de tímida cautela —gesto que Clennam le había visto hacer muchas veces antiguamente—, la pobre Flora volvía a tener dieciocho años, época desde la cual había transcurrido muchísimo tiempo; y finalmente hizo un punto y seguido.

O, más bien, dejó la mitad de sí misma en esos dieciocho años y dedicó la otra mitad a ser la viuda relictiva del difunto señor F., convirtiéndose así en una sirena moral, cosa que su enamorado de juventud contempló con unos sentimientos en los que se fundían de una forma curiosa el tono pesaroso y el cómico.

Por ejemplo: como si existiera un entendimiento secreto entre los dos, de naturaleza sumamente emocionante; como si una comitiva de sillas de posta de cuatro caballos, con destino a Escocia^[15], los esperara en ese momento en la esquina; como si ella no hubiera podido (ni querido) entrar con Arthur en la iglesia parroquial, resguardada bajo la sombrilla familiar, con la bendición patriarcal en la frente y la aprobación general de toda la humanidad, Flora se consolaba haciendo exageradas y misteriosas señales que expresaban un gran temor a ser descubierta. Con la sensación de que se mareaba más a cada instante, Clennam advirtió que la viuda relictiva del difunto señor F. se estaba divirtiendo de lo lindo devolviéndolos a los dos sus antiguas posiciones y sus antiguos sus viejos personajes: ahora, cuando el escenario estaba lleno de polvo, el foso de la orquesta vacío, las luces apagadas. Sin embargo, gracias a esa grotesca restauración de todo cuanto en ella, según él recordaba, había sido natural y hermoso, Clennam no pudo dejar de sentir que todas esas cualidades revivían ahora, y que afloraban en ellas recuerdos tiernos.

El Patriarca insistió en que se quedara a cenar, y Flora hizo un gesto que significaba: «¡Sí!». Clennam lamentó no poder hacer algo más que quedarse a cenar; lamentó profundamente no haber encontrado a la Flora que fue, o a la que nunca había sido, y le pareció que la mínima expiación que podía ofrecer por esa decepción, de la que casi se avergonzaba, era acatar el deseo de la familia. Así pues, se quedó a cenar.

Pancks los acompañó: salió de su muelle, despidiendo vapor, a las seis menos cuarto, y puso rumbo directo al Patriarca, que en ese momento se hallaba entregado, con estilo inane, a un relato carente de interés sobre la Plaza del Corazón Sangrante. Se acercó a él, aseguró un cabo y lo haló.

—¿La Plaza del Corazón Sangrante? —dijo Pancks con un jadeo y un resoplido—. Un lugar que da muchos problemas. Se le saca un buen dinero, pero cuesta mucho cobrar los alquileres. Le da más complicaciones que ningún otro de los que tiene usted.

Del mismo modo que la mayoría del público otorga al barco grande que es remolcado la distinción de ser el objeto poderoso, normalmente daba la impresión de que era el Patriarca quien pronunciaba las palabras de Pancks.

—¿De veras? —preguntó Clennam, quien también se había llevado esa impresión gracias a un simple pero muy eficaz destello de la calva lustrosa, que le llevó a dirigir la pregunta al barco, y no al remolcador—. ¿Tan pobres son sus habitantes?

—Es imposible saber —replicó Pancks con un bufido, sacándose una de las sucias manos de los bolsillos, de color grisáceo como el acero oxidado, para morderse las uñas, en caso de poder encontrarlas, y volviendo sus ojillos redondos y brillantes a su patrón— si son pobres o no. Eso afirman, pero todos dicen lo mismo. Si un hombre declara ser rico, generalmente se puede estar seguro de que no lo es. Además, si efectivamente son pobres, usted no puede hacer nada por remediarlo. Acabaría siéndolo también si no le pagaran el alquiler.

—Eso es cierto —observó Arthur.

—Usted no va a abrir un hospicio para todos los pobres de Londres —prosiguió Pancks—. Ni a alojarlos gratis. No va a abrirles sus puertas de par en par a cambio de nada. No lo hará, si lo puede evitar.

El señor Casby asintió con la cabeza con una imprecisión plácida y benévola.

—Si una persona le alquila una habitación a media corona por semana y, cuando pasa la semana, no da la media corona, hay que decirle: «¿Cómo es que tiene usted la habitación? Si no tiene una cosa, ¿cómo es que tiene la otra? ¿Dónde ha estado usted, y qué ha hecho con su dinero? ¿Qué pretende? ¿Qué se trae entre manos?». Eso es lo que hay que decirle a una persona de esa calaña y, si no lo hace, ¡peor para usted!

En ese momento, el señor Pancks emitió un ruido singular y sorprendente al exhalar un soplido enormemente trabajoso por la nariz, que no obtuvo otro efecto que el acústico.

—Tengo entendido que posee usted varios inmuebles en el este y el noroeste de la ciudad —intervino Clennam, sin saber muy bien a cuál de los dos dirigirse.

—Unos cuantos —respondió Pancks—. Pero no sólo en el este y el noroeste, sino en los cuatro puntos cardinales. Lo que a uno le interesa es una buena inversión y unas ganancias rápidas. Hay que aprovechar las oportunidades que se presentan. La

situación no es importante.

Había un cuarto y originalísimo personaje, que apareció antes de la cena, en la tienda del Patriarca. Era una ancianita sorprendente, con un rostro que parecía el de una muñeca de madera de ojos inmóviles, demasiado barata para expresar un gesto, y una apelmazada peluca amarilla colocada torcidamente en la cabeza, como si la niña a quien perteneciera se la hubiera clavado de cualquier modo con una tachuela y sólo hubiera quedado fijada por ese punto. Otro rasgo sorprendente de la ancianita era que la misma niña parecía haberle dañado el rostro, en dos o tres sitios, con algún instrumento contundente semejante a una pala; en su semblante, en especial en la punta de la nariz, se observaban varias mellas, que hacían pensar en la concavidad del objeto mencionado. Otro elemento sorprendente de la ancianita era que no tenía otro nombre que tía del señor F.

Las presentaciones se habían hecho en las siguientes circunstancias: Flora comentó, mientras servían el primer plato, que quizá el señor Clennam no estuviera al tanto de que el señor F. le había dejado una herencia. Clennam expresó entonces su esperanza de que el señor F. le hubiera legado a la mujer que tanto adoraba la mayor parte de sus bienes terrenales, si no todos. Flora respondió que sí, pero que no hablaba de eso, que el señor F. había hecho un testamento espléndido, pero que le había dejado otra herencia aparte: a su tía. Salió de la estancia para buscar esta parte del legado y, al volver, la presentó con aire victorioso: «La tía del señor F.»

Las principales características que el huésped distinguió en la tía del señor F. fueron una extrema severidad y una lúgubre actitud taciturna, a veces interrumpida por cierta tendencia a hacer, en una grave voz admonitoria, comentarios que, al no responder a algo dicho por otra persona, ni poder vincularse a ninguna asociación de ideas, producían confusión y pavor. Cabe la posibilidad de que la tía del señor F. hiciera esos comentarios siguiendo un sistema propio que quizá fuera ingenioso, o incluso sutil; pero la clave faltaba.

La cena, primorosamente servida y bien preparada (pues todo en el hogar patriarcal propiciaba una digestión tranquila) empezó con una sopa, unos lenguados fritos, una salsera con salsa de gambas y un plato de patatas. La conversación siguió versando en torno al cobro de los alquileres. La tía del señor F., después de escudriñar a los congregados con una mirada malévola, hizo la siguiente y aterradora observación:

—Cuando vivíamos en Henley, a Barnes unos gitanos le robaron el ganso.

El señor Pancks asintió valientemente y dijo: «Claro que sí, señora». Pero el efecto que la extraña declaración obró en Clennam fue el de un miedo enorme. Otra circunstancia confería a esa anciana dama un aire particularmente temible. Aunque siempre miraba fijamente algo, nunca parecía ver a nadie. El invitado educado y atento podía querer saber, pongamos por caso, si le gustaban las patatas. Ella no se

daba por aludida, y entonces ¿qué podía hacer nuestro invitado? Ningún hombre podía decir: «Tía del señor F., ¿sería usted tan amable?». Debía, como hizo Clennam, alejarse de la cuchara de servir, acobardado y estupefacto.

Sirvieron cordero, ternera y una tarta de manzana (nada que guardara la más remota relación con un ganso); la cena se desarrolló como un festín marcado por el desencanto, que es lo que efectivamente fue. Hubo una época en que Clennam, en esa misma mesa, no reparaba en nada que no fuese Flora; pero ahora sí reparaba en ella, sin querer, era por su desmedida afición por el oporto, por su combinación de grandes dosis de jerez y sensiblería y porque, si parecía un poco rechoncha, motivos no le faltaban. El último de los patriarcas había demostrado un voraz apetito toda su vida, e ingirió una grandísima cantidad de alimentos sólidos con la benevolencia de un alma caritativa que da de comer a otra persona. El señor Pancks, que siempre tenía prisa, y que de tanto en tanto consultaba una sucia libretita que tenía al lado (en la que quizá se incluían los nombres de los morosos que iría a perseguir, en vez de tomar un postre), tragaba la comida como una caldera de carbón: con mucho ruido, salpicando mucho, y algún soplido y algún bufido que otro, como un barco de vapor a punto de zarpar.

En el curso de la cena, Flora combinó su actual voracidad por la comida y la bebida con su pretérita voracidad por el amor romántico, de un modo tal que a Clennam le daba miedo levantar la vista del plato, pues no podía mirarla sin recibir a cambio algún gesto a advertencia de un significado misterioso, como si ambos estuvieran incriminados en algún complot. La tía del señor F. guardó silencio, desafiándolo con un semblante de profundo rencor hasta que retiraron el mantel y trajeron las botellas de licor, instante en el que hizo otra observación (que sonó en la conversación como un reloj) sin consultar a nadie.

Flora acababa de decir:

—Señor Clennam, ¿me pasa usted un vaso de oporto para la tía del señor F.?

—El monumento que está cerca del puente de Londres —proclamó inmediatamente la dama— fue erigido después del Gran Incendio en la ciudad; y ese Gran Incendio de Londres no fue el mismo que arrasó los talleres de tu tío George.

El señor Pancks, con la misma valentía de antes, comentó: «No me diga, señora. ¡Qué barbaridad!». No obstante, aparentemente indignada por alguna refutación imaginaria u otra afrenta, la tía del señor F., en vez de volver a guardar silencio, declaró:

—¡Detesto a los necios!

Imprimió a este sentimiento, en sí mismo casi salomónico, un carácter tan insuperablemente injurioso y personal, pues lo pronunció mirando directamente a la cara del invitado, que fue necesario sacarla de la sala. Fue Flora quien se encargó discretamente; la tía del señor F. no ofreció resistencia, pero mientras se marchaba

preguntó: «¿Y ése a qué ha venido aquí?» con una animosidad implacable.

Cuando Flora volvió, explicó que su legado era una anciana muy inteligente, pero que a veces se mostraba un tanto peculiar y que «cogía manías»: rarezas de las que la sobrina parecía sentirse eminentemente orgullosa. Como el buen carácter de Flora no dejó de manifestarse en todo este episodio, Clennam no le reprochó su falta a la anciana, ahora que se veía a salvo de los terrores de su presencia; tomaron un par de copas de vino en paz. Entonces, viendo que Pancks llevaría el ancla al cabo de poco tiempo, y que el Patriarca se iría a dormir, dijo que tenía que visitar a su madre y le preguntó al señor Pancks adónde se dirigía.

—A la City, señor —respondió éste.

—¿Quiere usted que vayamos juntos? —propuso Arthur.

—Será un placer.

Entre tanto, Flora le susurraba unas palabras apresuradamente a Arthur al oído, le decía que los dos tenían un pasado común, pero que, sin embargo, ese pasado era un abismo inmenso y que él ya no estaba atado por una cadena de oro y que ella honraba con gran devoción el recuerdo del difunto señor F. y que el día siguiente estaría en casa a la una y media y que los designios del destino eran insondables y que le parecería sumamente improbable que Arthur fuera a pasear por el lado norte de los jardines de Gray's Inn a las cuatro en punto de la tarde. Arthur intentó, al despedirse, estrecharle la mano con franqueza a la Flora real —no a la Flora que ya no existía, ni a la sirena—, pero ella se negó, se mostró de todo punto incapaz de separarse de él y de los personajes que ambos habían encarnado en otro tiempo. Clennam salió de la casa bastante abatido y tan sumamente mareado que, si no hubiera tenido la suerte de contar con un remolcador, sus pasos podrían haberlo llevado, durante el primer cuarto de hora, a cualquier parte.

Cuando empezó a recobrar la serenidad, en un ambiente más frío y en ausencia de Flora, se dio cuenta de que Pancks avanzaba a toda velocidad, sin dejar de comerse los escasos pastos de uñas que encontraba ni de resoplar de vez en cuando. Éstas, junto al gesto de llevarse una mano al bolsillo y ponerse el raído sombrero al revés, constituían sin duda las condiciones que necesitaba para reflexionar.

—¡Qué noche tan fresca! —observó Arthur.

—Fresquísima —confirmó Pancks—. Seguramente usted, al venir de fuera, percibe las condiciones atmosféricas mejor que yo. Yo no tengo tiempo de fijarme en ellas.

—¿Tan atareado está?

—Sí, siempre ando buscando a alguien o ocupándome de algún asunto. Pero me gustan los negocios —prosiguió, apretando el paso—. Para ellos está hecho el hombre.

—¿Para nada más que eso? —objetó Clennam.

Pancks le devolvió la pregunta:

—¿Para qué, si no?

Estas palabras resumían, de la forma más sucinta, una carga que Arthur llevaba arrastrando toda la vida, y no respondió.

—Eso es lo que les pregunto a nuestros inquilinos cada semana —declaró Pancks—. Algunos me ponen caras largas y me dicen: «Señor, aunque nos vea tan pobres, siempre estamos trabajando, penando, esforzándonos, de sol a sol». Yo les replico: «¿Para qué otra cosa estáis hechos?». Así se callan. No saben qué responder. ¿Para qué otra cosa estáis hechos? Así se zanja la cuestión.

—¡Ay, cielos! —suspiró Clennam.

—Míreme a mí —añadió Pancks, que continuaba su discusión de todas las semanas con el inquilino—. ¿Para qué otra cosa cree que estoy hecho yo? Para nada más. Me levanto temprano, me pongo en marcha, tardo el menor tiempo posible en comer y nunca dejo de trabajar. Yo no dejo nunca de trabajar, usted tampoco dejará de hacerlo y, gracias a usted, otra persona tampoco dejará de hacerlo. Ésta es la principal obligación de un hombre en un país dedicado al comercio.

Después de caminar un rato más en silencio, Clennam preguntó:

—¿Y no tiene usted intereses?

—¿Qué entiende usted por intereses? —replicó Pancks.

—Aficiones, digamos.

—Mi afición es ganar dinero, señor, si me da usted la oportunidad.

Volvió a emitir aquel sonido, y a su acompañante se le ocurrió, por primera vez, que ésa era su forma de reír. Era un hombre singular en todos los aspectos: cabía la posibilidad de que sus declaraciones no fueran completamente en serio, pero el tono breve, arisco y rápido en que expelía sus principios, como pequeñas rocas expulsadas por revoluciones mecánicas, parecía incompatible con las bromas.

—No lee usted mucho, ¿verdad? —quiso saber Clennam.

—Lo único que leo son cartas y libros de cuentas. Sólo colecciono avisos relativos a herencias. Si eso cuenta como un interés, pues entonces lo tengo. Usted no es de los Clennam de Cornualles, señor.

—No, que yo sepa.

—Sé que no lo es. Se lo he preguntado a su madre. Ella tiene demasiado carácter para dejar escapar una oportunidad.

—¿Y si hubiera sido de los Clennam de Cornualles?

—Pues le habría dado una noticia muy buena.

—¿De veras? Hace bastante tiempo que no me dan una noticia buena.

—En Cornualles hay un inmueble que nadie reclama, y cualquier Clennam de esa región podría hacerse con él sólo con pedirlo —anunció Pancks, sacándose la libreta del bolsillo superior y guardándosela de nuevo—. Yo me desvío aquí. Buenas noches.

—¡Buenas noches! —se despidió Arthur. Pero el remolcador se había animado de pronto y, libre del fin del deber de arrastrar una carga, ya se alejaba entre resoplidos.

Habían cruzado Smithfield juntos; Clennam se quedó solo en una esquina de Barbican. No tenía la menor intención de visitar la lóbrega habitación de su madre esa noche, y no se habría sentido más desanimado ni más abandonado si se hubiera encontrado en una selva. Fue bajando por Aldersgate Street, y se encaminaba a la catedral de San Pablo, dispuesto a salir a alguna de las calles más amplias, donde hubiera vida y luz, cuando una multitud se abalanzó sobre él en la acera; se hizo a un lado, delante de una tienda, para dejarla pasar. Vio que la multitud rodeaba algo que unos hombres llevaban a hombros. En seguida advirtió que se trataba de una camilla, hecha apresuradamente con un postigo o algo semejante, en la que iba tumbado un cuerpo; y lo que oía hablar al gentío, y un hatillo embarrado que sostenía un hombre, y el sombrero embarrado que sostenía otro, le indicaron que se había producido un accidente. La camilla se detuvo debajo de una farola a menos de doce pasos delante de él, para recolocar el cargamento; como la turba también se detuvo, él se encontró en medio de ella.

—¿Es un accidentado al que llevan al hospital? —preguntó a un anciano que estaba a su lado y que movía la cabeza, incitando a la conversación.

—Sí —confirmó el hombre—, por culpa de un coche de correos. Habría que perseguir y multar a esos coches de correos. Salen como alma que lleva el diablo de Lad Lane y de Wood Street, a veinte o veintidós kilómetros por hora, esos coches de correos. Lo que es increíble es que no maten a más gente.

—Pero esa persona no ha muerto, espero.

—¡No lo sé! Si no ha muerto, no habrá sido por falta de ganas del cochero.

El hombre cruzó los brazos y adoptó una postura cómoda para expresar el desprecio que le inspiraban esos coches de correos a cualquier curioso que quisiera escucharlo, y varias voces, por pura compasión al afectado, ratificaron su opinión. Una de ellas le dijo a Clennam: «Son un enemigo público, esos coches de correos, señor»; otra: «Pues yo he visto a uno frenar a escasa distancia de un niño, señor»; otra: «Pues yo he visto a otro atropellar a un gato, y eso le podría haber pasado a su propia madre»; y todas le daban a entender que, si por casualidad gozaba de cierta influencia social, no había mejor forma de ejercerla que denunciando a los coches de correos.

—¡Caray! Un inglés se enfrenta a esa situación todas las noches, cuando esos coches de correos ponen en peligro su vida —adujo el primer hombre—, y eso que él ya sabe cuándo van a doblar la esquina y corre el riesgo de que lo hagan trizas. ¿Qué podemos esperar de un pobre extranjero que no sabe nada de ellos?

—¿Se trata de un extranjero? —preguntó Clennam, echándose hacia delante para mirar.

En medio de respuestas como «Es francés, señor», o «Portugués, señor», «Holandés, señor», «Prusiano, señor», y otros testimonios contradictorios, oyó una voz débil que pedía agua en italiano y en francés, y a la que respondió el siguiente comentario general: «Ah, pobre hombre, dice que no va a sobrevivir, ¡y no es de extrañar!». Clennam rogó que le dejaran acercarse, pues comprendía al infortunado. Inmediatamente lo llevaron a la primera fila para que hablara con él.

—En primer lugar, quiere agua —anunció Clennam, mirando a su alrededor (una docena de hombres buenos se dispersaron para llevársela)—. ¿Está usted muy malherido, amigo mío? —preguntó al tendido en la camilla, un italiano.

—Sí, señor; sí, sí, sí. Ha sido en la pierna, en la pierna. Pero me alegra oír esta vieja música, pese a que estoy muy mal.

—¿Se encuentra usted de viaje? ¡No se mueva! ¡Aquí está el agua! Le voy a dar un poco.

Habían colocado la camilla encima de una pila de adoquines, a una cómoda altura del suelo, y, agachándose, Clennam pudo levantarle al accidentado un poco la cabeza con una mano y acercarle el vaso a los labios con la otra. Un hombre bajo, musculoso, moreno, de cabello negro y dientes blancos. Un rostro al parecer vivaracho. Pendientes en las orejas.

—Muy bien. ¿Se encuentra usted de viaje?

—Efectivamente, señor.

—¿Es usted un forastero en esta ciudad?

—En efecto, en efecto, un completo forastero. He llegado esta desgraciada tarde.

—¿De dónde venía?

—De Marsella.

—¡Vaya, qué curioso! ¡Yo también! Y casi soy tan forastero como usted; aunque nací aquí, he vuelto recientemente de Marsella. No pierda el ánimo. —El rostro lo miró implorante cuando Arthur se incorporó, tras enjugarlo y colocar de nuevo el abrigo que tapaba su cuerpo tembloroso—. No lo voy a dejar solo hasta que se ocupen de usted como es debido. ¡Valor! Dentro de media hora se encontrará mucho mejor.

—¡Ah! *Altro, altro!* —exclamó el pobre hombrecillo en un tono levemente incrédulo; cuando lo levantaron, extendió el brazo derecho y blandió el dedo índice.

Arthur Clennam se dio la vuelta, empezó a andar al lado de la camilla y, sin dejar de decir alguna palabra de aliento, acompañó al herido hasta el cercano hospital de Saint Bartholomew. De la muchedumbre, sólo dejaron pasar a los portadores y a él. En seguida trasladaron al herido tranquila y metódicamente a una mesa, donde fue minuciosamente examinado por un médico que estaba disponible, y que apareció tan raudo como la calamidad en persona.

—Casi no sabe hablar inglés —explicó Clennam—. ¿Está muy malherido?

—Primero vamos a verlo todo —respondió el médico, continuando el examen con un deleite profesional— antes de pronunciarlos.

Después de palpar la pierna con un dedo, luego con dos, con una mano y con dos, por arriba y por abajo, del derecho y del revés, por todas partes, y de comentar, con un gesto de aprobación, los puntos de interés a otro caballero que se unió a él, el médico al fin dio un golpecito al paciente en el hombro y dijo: «No le va a doler. Se curará. Ha sido un golpe feo, pero por esta vez no hará falta que se despida de la pierna». Clennam se lo tradujo al enfermo, quien se mostró sumamente agradecido y, con sus modales efusivos, besó varias veces tanto la mano del intérprete como la del médico.

—Se trata de una herida grave, imagino —dijo Clennam.

—¡Sí! —respondió el médico con el placer reflexivo de un artista que contempla su obra en el caballete—. Lo es, bastante. Hay una fractura compuesta por encima de la rodilla, y una dislocación por debajo. Las dos, preciosas. —Dio al paciente otra amistosa palmada en el hombro, como si en verdad pensara que era un hombre espléndido, digno de ser alabado por haberse roto la pierna de un modo científicamente interesante—. ¿Habla francés?

—Oh, sí, habla francés.

—Entonces aquí se hará entender —dijo el médico—. Sólo tendrá usted que aguantar un poco el dolor como un valiente, amigo mío, y dar las gracias de que todo haya salido tan bien —añadió en ese idioma—; volverá a andar perfectamente. Ahora veamos si hay alguna otra complicación, fijémonos en las costillas.

No había ninguna otra complicación, y las costillas estaban bien. Clennam no se movió hasta que todo lo que se podía hacer se hizo con precisión y eficacia —el pobre viajero, abandonado en un país extranjero, le había pedido ese favor de forma conmovedora—, e hizo compañía al enfermo, al lado de la cama a la que lo trasladaron a su debido tiempo, hasta que se quedó dormido. Entonces le escribió unas palabras en su tarjeta para prometerle que volvería al día siguiente, y la dejó para que se la dieran cuando despertara.

Todos estos incidentes se prolongaron tanto que daban las once de la noche cuando salió por la puerta del hospital. Había alquilado un alojamiento temporal en Covent Garden, y tomó el camino más corto a ese barrio, por Snow Hill y Holborn.

De nuevo solo, tras la solicitud y la compasión mostradas en su última aventura, le sobrevino de modo natural un estado de ánimo reflexivo. Con la misma naturalidad, no podía andar y pensar diez minutos sin acordarse de Flora. Inevitablemente, le obligaba a cavilar sobre su vida, tan mal encaminada y tan poco feliz.

Cuando llegó a su alojamiento se sentó delante de las últimas llamas del fuego, como se había sentado unos días antes delante de la ventana de su antigua habitación

para contemplar el bosque ennegrecido de chimeneas; y volvió la vista al pasado, al sombrío panorama que le había conducido a esta fase de su existencia. Tan extenso, tan yermo, tan vacío. No había tenido infancia; tampoco juventud, apenas un único recuerdo; y ese mismo día había descubierto que ese recuerdo era un disparate.

Para él este descubrimiento constituía una desgracia, aunque para otro pudiera ser una nimiedad. Porque, si todo cuanto había de duro e implacable en sus recuerdos había seguido siendo real al verse sometido a prueba —áspero a la vista y al tacto, con toda su indómita lobreguez—, el único recuerdo tierno de su experiencia no había podido superar esa misma prueba, y se había deshecho. Lo había previsto, la noche anterior, mientras soñaba con los ojos abiertos; pero entonces no se había dado cuenta; ahora sí.

Y precisamente soñaba porque era un hombre con un carácter que no había perdido la fe en todas esas cosas buenas y amables de las que su vida había carecido. Educado en la avaricia y la falta de misericordia, la fe lo había salvado y lo había convertido en un hombre de nobles pensamientos y mano generosa. Educado en la frialdad y en la severidad, la fe lo había salvado dotándolo de un corazón cariñoso y compasivo. Educado en un credo de una osadía demasiado oscura, imposible de observar, en el cual se había trastocado la creación del hombre a imagen y semejanza de su Creador por la del Creador a imagen y semejanza de un hombre falible, la fe lo había salvado y le había enseñado a no juzgar, le había dado la humildad necesaria para mostrarse misericordioso, le había infundido esperanza y caridad.

Y la fe seguía salvándolo de la debilidad quejosa y del cruel egoísmo: él no podía sostener que, como la felicidad o la virtud le habían sido vedadas, o no le habían servido de nada, éstas no formaban parte del orden de las cosas, sino que se reducían, cuando uno creía encontrarlas, a los elementos más abyectos. Su espíritu carecía de ilusiones, pero al mismo tiempo era demasiado firme y sano para un ambiente tan nocivo. Cuando se veía sumido en las tinieblas, ese espíritu era capaz de alcanzar la luz, de ver cómo se reflejaba en los otros, y de celebrarla.

Así pues, delante de los últimos rescoldos del hogar, se entristeció al pensar en lo que había descubierto esa noche, pero sin que le envenenase la diferente suerte de otros hombres. Que le hubieran sido vedadas tantas cosas, y que en ese momento de su vida no tuviera un apoyo que le brindara compañía en sus años de declive, ni que los alegrara, eran motivos para lamentarse justamente. Contempló el fuego en el que se apagaban las llamas, en el que apenas se apreciaba el último resplandor, en el que las ascuas se tornaban grises, para finalmente convertirse en cenizas, y pensó: «¡Yo tampoco tardaré en cambiar del mismo modo y desaparecer!».

Repasar su vida era como bajar por un árbol de hojas y frutos verdes y ver que las ramas, una a una, se iban marchitando y desprendiendo a medida que se acercaba a ellas al descender.

«Desde los días reprimidos e infelices de mi infancia, pasando por el hogar rígido y sin amor en el que viví después, por mi partida, mi largo exilio, mi regreso, el recibimiento de mi madre, mi trato con ella desde entonces, hasta la tarde de hoy con la pobre Flora —se decía Arthur Clennam—, ¿qué es lo que he encontrado?»

La puerta se abrió sin ruido y le sobresaltaron unas palabras pronunciadas a viva voz, y que oyó como si fueran una respuesta:

—La pequeña Dorrit.

Capítulo XIV

La fiesta de la pequeña Dorrit

Arthur Clennam se puso rápidamente en pie y la vio esperando en la puerta. Esta historia tendría que verse en ocasiones a través de los ojos de la pequeña Dorrit, y empezará a hacerlo viéndolo a él.

La pequeña Dorrit vio una habitación en penumbra, que le pareció espaciosa y magníficamente amueblada. Ideas galantes de Covent Garden, un lugar de famosos cafés, en el que caballeros con espadas y chaquetas de encaje dorado reñían y se batían en duelo; ideas opulentas de Covent Garden, un lugar en el que se vendían flores en invierno, a una guinea cada una, piñas a una guinea la libra, y guisantes, a una guinea la pinta; ideas pintorescas de Covent Garden, un lugar en el que había un teatro imponente, donde se representaban cosas maravillosas y hermosas para damas y caballeros espléndidamente vestidos, y que nunca estaría al alcance de la pobre Fanny ni del pobre tío; ideas desoladoras de Covent Garden, donde, bajo las arcadas, niños miserables vestidos con harapos, como los que acababa de ver, se escabullían y se escondían, se alimentaban de vísceras y se apretujaban unos contra otros para entrar en calor como ratas jóvenes, y eran perseguidos (¡vosotros, todos los Barnacle, fijaos en las ratas jóvenes, y en las ratas viejas, pues están devorando nuestros cimientos delante de los ojos de Dios, y un día los tejados se desplomarán sobre vosotros!); un sinfín de ideas de Covent Garden, un lugar de misterios pasados y presentes, de aventura, abundancia, privación, belleza, fealdad, hermosos jardines campestres y hediondas alcantarillas, todo a la vez... Por efecto de todas estas ideas, la penumbra de la habitación se hizo mayor de lo que era a ojos de la pequeña Dorrit, cuando ésta la contempló tímidamente desde la puerta.

Al principio en la butaca delante del fuego apagado, después volviendo el rostro, sorprendido de verla, estaba el caballero que buscaba. Ese caballero moreno y solemne, de sonrisa tan agradable, de actitud tan franca y tan considerada, en cuya seriedad, sin embargo, había algo que le recordaba a la madre, con la gran diferencia de que ella era seriamente áspera, y él, seriamente amable. Ahora, él le dirigía esa mirada atenta e inquisitiva ante la que ella siempre había bajado los ojos, ante la que aún seguía bajándolos.

—¡Pobre criatura! ¿Aquí a medianoche?

—He dicho mi nombre a propósito, señor, para avisarlo. Sé que debo haberlo sorprendido.

—¿Has venido sola?

—No, señor, me acompaña Maggy.

Considerando que su entrada ya había sido suficientemente anunciada con la mención de su nombre, Maggy cruzó el descansillo y entró con una amplia sonrisa. Sin embargo, borró inmediatamente esa expresión y adoptó un gesto rígidamente solemne.

—Me he quedado sin fuego —se lamentó Clennam—. Y vienes... —Iba a añadir que con poca ropa, pero se calló para no aludir a su pobreza, y dijo—: Y hace mucho frío.

Acercó a la rejilla la butaca de la que se había levantado y le pidió que se sentara en ella; buscó a toda prisa leña y carbón, los apiló y encendió la chimenea.

—Niña, tienes el pie frío como el mármol. —Se lo había rozado al agacharse, apoyado en una rodilla, para avivar el fuego—. Acércalo al calor.

Ella se apresuró a darle las gracias. ¡Lo tenía bastante caliente, lo tenía muy caliente! A él le conmovió ver que ocultaba su zapato fino y gastado.

La pequeña Dorrit no se avergonzaba de sus míseros zapatos. Él la conocía, y sabía que no se trataba de eso. Ella temía que le echase la culpa a su padre; que, si los viera, pensara: «¡Vaya, esta noche él ha cenado, pero ha dejado a esta pobre criatura a merced de las piedras frías!». Creía que esa idea no habría sido justa, pero sabía, por experiencia, que a veces la gente se llamaba a engaño. Tales cosas formaban parte de las desgracias de su padre.

—Antes de decirle nada —anunció la muchacha mientras se sentaba delante del débil fuego y volvía a dirigir los ojos al rostro que, con esa mirada armoniosa de interés, compasión y protección, le parecía un misterio muy superior a sus capacidades, y casi imposible de resolver—, ¿puedo contarle una cosa, señor?

—Sí, niña mía.

Una sombra de desazón cruzó su rostro, inspirada por la gran frecuencia con que la llamaba niña. Le sorprendió que él se diera cuenta, que se fijara en una minucia así, pero Clennam añadió entonces:

—Sólo buscaba una palabra cariñosa y no se me ha ocurrido otra. Como tú misma has utilizado ese nombre con el que te llaman en casa de mi madre, y dado que es el nombre con que siempre me acuerdo de ti, permite que te llame pequeña Dorrit.

—Gracias, señor, ése es el nombre que prefiero.

—Pequeña Dorrit.

—Pequeña madre —intervino Maggy (que se estaba quedando dormida), como efectuando una corrección.

—Es lo mismo, Maggy —respondió la pequeña Dorrit—, es lo mismo.

—¿Lo mismo, madre?

—Lo mismo.

Maggy soltó una carcajada y en seguida se puso a roncar. A ojos y oídos de la pequeña Dorrit, esa figura tosca y ese ruido tosco no podían ser más agradables.

Cubrió entonces su semblante una resplandeciente expresión de orgullo, inspirada por su niña mayor, cuando volvió a encontrarse con la mirada del caballero moreno y serio. Se preguntó en qué pensaría mientras las miraba. Pensó que sería un padre espléndido. Que, con una mirada así, podría aconsejar y consolar a una hija.

—Lo que iba a contarle, señor —anunció la pequeña Dorrit—, es que mi hermano es libre.

A Arthur le alegró la noticia; esperaba que las cosas le fueran bien.

—Y lo que también iba a decirle, señor —añadió, con todo el cuerpecillo y la voz temblando—, es que nadie me dice quién fue tan generoso para procurar su liberación, no puedo preguntarlo y jamás me lo dirán, ¡y nunca podré expresarle a ese caballero toda la gratitud de mi corazón!

Clennam contestó que éste seguramente no necesitaba que le agradecieran nada. Que seguramente ya daba las gracias (y con motivo) por haber dispuesto de los medios y la oportunidad de prestarle un pequeño servicio a ella, que merecía uno muy grande.

—Y también quería decirle —prosiguió la pequeña Dorrit, temblando cada vez más— que, si lo conociera, y pudiera, le diría que no puede hacerse una idea de cuánto aprecio su bondad, y de cuánto la apreciaría mi pobre padre. Y le iba a decir, señor, que, si lo conociera, y pudiera, pero no lo conozco y no debo, ¡lo sé!, le diría que nunca más me iré a dormir sin haber rezado para que el Cielo lo colme de bendiciones y recompensas. Y si lo conociera, y pudiera, me arrodillaría delante de él, le cogería la mano y se la besaría, y le pediría que no la retirara, que la dejara, ay, que la dejara un momento, que permitiera que mis lágrimas de gratitud cayeran sobre ella, ¡pues no tengo otras gracias que darle!

La joven se había llevado la mano de Arthur a los labios y se habría arrodillado, pero él se lo impidió con delicadeza y la volvió a sentar en la butaca. En sus ojos, en sus tonos de voz, había encontrado una gratitud mayor de la que ella pensaba. No pudo decir con la misma serenidad de siempre:

—¡Tranquila, pequeña Dorrit, tranquila! Imaginaremos que conoces a esa persona, que has cumplido tu propósito y que ya está hecho. Y ahora dime a mí, que no soy esa persona, simplemente un amigo que te ha rogado que confíes en él, por qué has salido a medianoche, y por qué has recorrido unas calles tan lejanas a una hora tan tardía, ¡mi menuda, mi delicada —la palabra niña le afloró otra vez a los labios— pequeña Dorrit!

—Esta noche Maggy y yo —respondió ella, serenándose sin apenas esfuerzo, como estaba acostumbrada— hemos ido al teatro en el que trabaja mi hermana.

—¡Oh, y era un sitio *mu* bonito! —intervino de repente Maggy, que parecía poseer la capacidad de dormirse y despertarse a voluntad—. Casi tan bonito como un hospital. Pero en él no hay niños.

Entonces, con una sacudida, se volvió a quedar dormida.

—Hemos ido —prosiguió la pequeña Dorrit, mirando a su protegida— porque a veces quiero comprobar por mí misma que mi hermana está bien; y quiero verla ahí, con mis propios ojos, sin que ella ni mi tío lo sepan. Lo puedo hacer muy pocas veces, porque cuando no he salido a trabajar estoy con mi padre, e incluso cuando salgo vuelvo corriendo a su lado. Pero esta noche he fingido que asistía a una fiesta.

Al hacer esta confesión, tímida y dubitativa, levantó la mirada, la dirigió al rostro de Arthur e interpretó su gesto tan claramente que respondió:

—¡Oh, no, desde luego que no! No he ido a una fiesta en mi vida.

Calló brevemente mientras él la miraba y añadió:

—Espero no haberme portado mal. Nunca le habría sido útil a nadie si no hubiera fingido un poco.

Temía que Arthur le estuviera reprochando, en su fuero interno, haber decidido fingir por ellos, pensar por ellos, preocuparse por ellos, sin que ellos lo supieran ni se lo pudieran agradecer, quizá incluso acusándola de un supuesto abandono. Pero él pensaba realmente en esa débil figura con esa voluntad férrea, en los finos zapatos gastados, en el vestido insuficiente, en la simulación de diversiones y distracciones. Le preguntó dónde se celebraba la supuesta fiesta. En un lugar donde ella trabajaba, respondió Amy ruborizándose. No había dado muchos detalles; sólo unas palabras para tranquilizar al padre. Éste no había creído que se tratase de una fiesta espléndida, ¿cómo iba a creerlo? Y la muchacha se miró brevemente el chal que llevaba.

—Es la primera noche —anunció ella— que he salido de casa. Y Londres parece tan grande, tan árido, tan salvaje...

A ojos de la pequeña Dorrit, la enormidad de la ciudad bajo el firmamento negro resultaba aterradora, y un temblor recorrió su cuerpo al decir esas palabras.

—Pero no es por esto —prosiguió, de nuevo con ese esfuerzo tranquilo— por lo que he venido a importunarlo, señor. Mi hermana ha entablado amistad con una dama de la que me ha hablado, que me inspira una gran inquietud; ése ha sido el motivo principal por el que he salido de casa. Y al salir, al acercarme (a propósito) donde usted vive, al ver una luz en la ventana...

No por primera vez. No, no por primera vez. A ojos de la pequeña Dorrit, esa ventana había sido una estrella lejana también en otras noches. Se había apartado lentamente de su camino, agotada y atribulada, para mirarla, para imaginar al caballero serio y moreno que había venido de tan lejos, que le había hablado como un amigo y un protector.

—Había tres cosas que quería decirle —añadió—, si llegaba a subir las escaleras y encontrarlo solo. En primer lugar, lo que he intentado comunicarle, pero que nunca podré, pero que nunca...

—¡Chitón! Esa cuestión ya está zanjada, cerrada. Pasemos a lo segundo —

intervino Clennam, sonriendo para aliviar su preocupación, procurando que el fuego la calentara y acercándole, en la mesa, vino, un bizcocho y fruta.

—Creo... —continuó Amy—, y esto es lo segundo, creo que la señora Clennam ha descubierto mi secreto, que sabe de dónde vengo y adónde regreso. Es decir, dónde vivo.

—¿De veras? —dijo Arthur rápidamente. Tras una breve reflexión le preguntó por qué pensaba eso.

—Me parece —respondió ella— que el señor Flintwinch me ha visto.

Y por qué, inquirió Clennam mirando, frunciendo el ceño y volviendo a cavilar, ¿por qué pensaba eso?

—Me he cruzado con él dos veces. Las dos cerca de mi casa. Las dos de noche, mientras volvía. En las dos tuve la impresión (aunque me puedo haber equivocado fácilmente) de que no se había cruzado conmigo por casualidad.

—¿Te dijo algo?

—No, sólo me saludó con la cabeza y la ladeó.

—¡Que el diablo se lleve esa cabeza! —exclamó Clennam meditabundo, sin apartar la vista del fuego—. Siempre la tiene ladeada.

Salió de su ensimismamiento para convencerla de que tomara un poco de vino y de que comiera algo, lo que resultaba muy difícil por lo tímida y apocada que se mostraba, y después dijo con el mismo gesto meditabundo:

—¿Ha cambiado la actitud de mi madre contigo?

—No, en nada. Se comporta igual. Pensé que quizá debería contarle mi historia. Que quizá... bueno, que quizá usted querría que lo hiciese. Pensé —confesó, mirándolo suplicante y apartando gradualmente la mirada mientras él la contemplaba— que usted me diría lo que debo hacer.

—Pequeña Dorrit —respondió Clennam; estas dos palabras ya habían empezado, entre ellos, a sustituir a cientos de expresiones de cariño, según los cambios de tono y el contexto en que se empleaban—, no hagas nada. Tendré unas palabras con mi vieja amiga, Affery. No hagas nada, pequeña Dorrit, excepto reponerte con los medios de que dispones aquí. Te lo ruego.

—Gracias, no tengo hambre. Tampoco sed —aclaró cuando él le acercó la copa con delicadeza—. Pero quizá a Maggy le apetezca algo.

—En seguida le daremos un poco de todo lo que hay —le tranquilizó Clennam—, pero, antes de que la despertemos, me ibas a decir una tercera cosa.

—Sí. ¿No se ofenderá, señor?

—Lo prometo, sin condiciones.

—Le va a parecer extraño. No sé muy bien cómo expresarlo. No me considere poco razonable ni desagradecida —suplicó con una desazón creciente que volvía a aparecer.

—No, no, no. Estoy seguro de que será algo natural y correcto. No temo interpretarlo de forma errónea, sea lo que sea.

—Gracias. ¿Va a volver a ver a mi padre?

—Sí.

—¿Ha sido usted tan amable y tan previsor de escribirle una nota en la que anunciaba que le iba a visitar mañana?

—¡Oh, no tiene importancia! Sí.

—¿Puede adivinar —inquirió la pequeña Dorrit, entrelazando fuertemente las manos y mirándolo con toda seriedad— qué voy a pedirle que no lo haga?

—Creo que sí. Pero me puedo equivocar.

—No, no se equivoca —respondió ella, negando con la cabeza—. Si nos hiciera tanta, tantísima falta que nos viéramos en una auténtica necesidad... permita que sea yo quien se lo pida.

—Eso haré... eso haré.

—No deje que se lo pida él. Haga como que no lo entiende, si se lo solicita. No se lo dé. ¡Ahórrele y dispénsele esa situación, y podrá tener una mejor opinión de él!

Clennam le aseguró —no de forma muy clara, al ver las lágrimas que brillaban en sus ojos angustiados— que ese deseo sería sagrado para él.

—Usted no sabe cómo es —se lamentó ella—, no sabe cómo es de veras. ¿Cómo va a saberlo, por amor de Dios, si lo ha conocido ya donde está ahora, y no poco a poco, como yo? Usted ha sido tan bueno con nosotros, tan bueno de una forma tan delicada y auténtica, que quiero que su opinión sobre él sea la mejor de todas. ¡Y no soporto —sollozó, tapándose las lágrimas con las manos— que sea precisamente usted quien lo vea en sus únicos momentos de degradación!

—Te lo suplico —le imploró Arthur—, no sufras tanto. ¡Te lo suplico, pequeña Dorrit! Comprendo perfectamente la situación.

—Gracias, señor. ¡Gracias! He intentado por todos los medios no pedírselo; lo he pensado y vuelto a pensar día y noche; pero, cuando supe a ciencia cierta que iba a volver, me decidí a hablarle. No porque me avergüence de él —dijo secándose las lágrimas con rapidez—, sino porque lo conozco mejor que nadie, y lo quiero, y estoy orgullosa de él.

Aliviada de ese peso, la pequeña Dorrit se puso muy nerviosa y quiso marcharse. Como Maggy estaba muy espabilada, y contemplando a cierta distancia la fruta y los bizcochos y relamiéndose por anticipado, Clennam hizo todo lo que pudo por entretenerla sirviéndole una copa de vino, que ellaapuró con una serie de sonoros lengüetazos, llevándose la mano a la garganta después de cada uno y proclamando entrecortadamente: «¡Ay, qué rico! ¡Qué *considerao* es usted!». Al terminar el vino y los halagos, Arthur le pidió que metiera en la cesta (ella nunca se separaba de esa cesta) todas las viandas que había en la mesa, y que se cerciorara de no dejar ni una

miga. El placer de Maggy al hacerlo, y el placer de su madrecita al ver a Maggy complacida, fue el mejor desenlace que las circunstancias podrían haber dictado para esa nocturna conversación.

—Pero las puertas llevarán mucho tiempo cerradas —recordó Clennam súbitamente—. ¿Dónde vas a ir?

—Donde se aloja Maggy —respondió la pequeña Dorrit—. Estaré a salvo y me cuidarán bien.

—Te acompañaré —dijo él—. No puedo dejar que vayas sola.

—No, por favor, déjenos ir solas. ¡Se lo ruego! —le imploró ella.

Formuló el ruego con tanta seriedad que a él le dio apuro imponerle su presencia, sobre todo porque adivinaba perfectamente que el lugar donde vivía Maggy era de lo más mísero.

—Vamos, Maggy —dijo la muchacha con tono animado—; llegaremos estupendamente. Ya sabemos el camino, ¿verdad?

—Sí, madrecita, sí, sabemos el camino —respondió Maggy entre risas.

Y se marcharon. Al llegar a la puerta, la pequeña Dorrit se dio la vuelta y dijo: «¡Que Dios lo bendiga!». Pronunció esas palabras muy bajito, aunque quizá fue escuchada desde las alturas —¡quién sabe!— con la misma fuerza que un coro catedralicio.

Arthur Clennam esperó a que doblaran la esquina de la calle antes de seguir las a cierta distancia; no pretendía invadir por segunda vez la intimidad de la muchacha, sino cerciorarse de que no corría ningún peligro en el barrio que ella conocía tan bien. Parecía tan menuda, frágil e indefensa en ese tiempo húmedo y oscuro, mientras seguía la sombra torpe de su protegida, que Arthur, inspirado por la compasión y por la costumbre de considerarla una niña distinta al resto del tosco mundo, tuvo ganas de cogerla en brazos y llevarla así al término de su viaje.

Al cabo de un rato llegaron a la calle principal donde estaba la cárcel de Marshalsea; entonces vio que aflojaban el paso y que tomaban otra calle perpendicular. Se detuvo; le pareció que ya no tenía derecho a seguir y poco a poco se fue alejando. No sospechaba que corrían el riesgo de vagar a la intemperie hasta la mañana siguiente; ni siquiera sospechó la verdad hasta mucho, mucho después.

Sin embargo, la pequeña Dorrit, cuando se detuvieron delante de una casa miserable y completamente a oscuras, aplicó el oído a la puerta, sin oír nada dentro, y dijo:

—Mira, éste es un buen alojamiento para ti, Maggy, pero no debemos molestar. Por eso, sólo llamaremos dos veces, no muy fuerte; si no los despertamos, tendremos que caminar hasta que amanezca.

Llamó una vez con cuidado y prestó atención. Llamó una segunda vez, con cuidado, y también prestó atención. Todo estaba cerrado y en silencio.

—Maggy, hay que apañarse, querida. Tenemos que armarnos de paciencia y esperar al alba.

La noche era oscura y fría y soplaban un viento húmedo cuando volvieron a la calle principal y oyeron que los relojes daban la una y media. «Dentro de cinco horas y media, nada más —calculó la pequeña Dorrit—, podremos volver a casa». Al mencionar su casa, estando tan cerca de ella, ir a verla parecía una consecuencia lógica. Se acercaron a la puerta cerrada y atisbaron el patio a través de la reja.

—Espero que esté profundamente dormido —deseó la pequeña Dorrit, besando uno de los barrotes— y que no me eche de menos.

Esa puerta les resultaba tan familiar, se parecía tanto a una compañera, que dejaron la cesta de Maggy en una esquina para que les sirviera de asiento y, muy juntas, descansaron allí un rato. Cuando la calle estaba vacía y silenciosa, la pequeña Dorrit no tenía miedo; sin embargo, si oía unos pasos a lo lejos o si veía una sombra en movimiento entre las farolas, se sobresaltaba y susurraba: «Maggy, veo a alguien. ¡Vámonos!». Entonces ésta se despertaba más o menos inquieta, deambulaban un poco y volvían.

Mientras la comida le brindó novedad y entretenimiento, Maggy aguantó la situación bastante bien. No obstante, terminado ese período, empezó a quejarse del frío, a temblar y a refunfuñar.

—Ya queda poco, cielo —le dijo la pequeña Dorrit pacientemente.

—Oh, para ti es muy fácil, madrecita —replicó Maggy—, pero yo soy muy pequeña, sólo tengo diez años.

Al fin, en plena madrugada, cuando la calle estaba tranquilísima, la pequeña Dorrit apoyó la compungida cabeza de la niña en el regazo y la arrulló para que se durmiera. Y así, sentada delante de la puerta, como si estuviera sola, contempló las estrellas y vio cómo las nubes pasaban por delante de ellas en un vuelo desbocado que se convirtió en el baile de su fiesta.

«¡Ojalá fuera una fiesta de veras! —pensó en cierto momento—. ¡Ojalá estuviera llena de luz, de calor y de hermosura, ojalá fuera nuestra casa y mi pobre padre fuera el dueño y nunca hubiera ido a parar detrás de esos muros! ¡Ojalá fuera el señor Clennam uno de nuestros invitados y bailáramos al son de una música maravillosa, y estuviéramos todos de lo más alegres, sin preocupaciones! Me imagino...»

Imaginó unas vistas tan maravillosas que siguió mirando las estrellas, embelesada, hasta que Maggy volvió a protestar y quiso levantarse y estirar las piernas.

Dieron las tres, las tres y media, y ya habían cruzado el puente de Londres. Ya habían oído la fuerza de la corriente contra los obstáculos; habían contemplado desde arriba, sobrecogidas, el vapor oscuro del río; habían visto pequeñas franjas de agua iluminada allí donde se reflejaban las farolas del puente, que brillaban como ojos

demoníacos, terriblemente fascinantes, que evocaban la culpa y la desgracia. Se habían hecho a un lado al encontrarse con vagabundos tumbados, en forma de ovillo, en algunos recodos. Habían huido de borrachos. Se habían asustado y alejado de hombres sigilosos, silbándose y haciéndose señas en esquinas apartadas o habían echado a correr a gran velocidad. Aunque siempre ejercía el papel de cabecilla y guía, la pequeña Dorrit, contenta por una vez de su aspecto infantil, fingió que se aferraba a Maggy y que se dejaba llevar por ella. Y más de una vez alguna voz, en medio de una riña o de un grupo de transeúntes que les impedían proseguir, le había gritado a sus acompañantes: «¡Dejad avanzar a la mujer y a la niña!».

Así, la mujer y la niña habían avanzado; habían seguido avanzando, y habían dado las cinco en los campanarios. Se encaminaban lentamente al este, buscando la primera pálida franja de luz, cuando una mujer las abordó:

—¿Qué haces con esa niña? —le preguntó a Maggy.

Era joven —¡demasiado joven para estar ahí, vive Dios!—; ni fea ni de rostro maligno. Hablaba con vulgaridad, pese a que su voz no fuese naturalmente vulgar; en su tono incluso había algo musical.

—¿Y tú qué es lo que estás haciendo aquí? —replicó Maggy, a falta de una respuesta mejor.

—¿No lo ves sin que te lo diga?

—Pues no.

—Me estoy suicidando. Ahora que he respondido, respóndeme tú. ¿Qué haces con esa niña?

La supuesta niña seguía con la cabeza gacha, sin despegarse del costado de Maggy.

—¡Pobre criatura! —recriminó la mujer—. ¿No tienes compasión? ¿Por qué la sacas a estas horas a la crueldad de las calles? ¿No tienes ojos? ¿No ves lo delicada y lo poca cosa que es? ¿No tienes cabeza (no parece que tengas mucha) para compadecerte un poco de esta manita temblorosa y fría?

Se había acercado a ellas, había cogido la mano de Amy entre las suyas y se la había empezado a frotar.

—Besa a esta pobre mujer perdida, cariño —le dijo, bajando el rostro—, y dime adónde quieres que te lleve.

La pequeña Dorrit la miró.

—¡Cielo santo —exclamó la desconocida, echándose atrás—, si eres una mujer!

—¿Y qué más da? —replicó la pequeña Dorrit mientras agarraba una de las manos que, repentinamente, habían soltado la suya—. No me das miedo.

—Pues debería dártelo —respondió—. ¿No tienes madre?

—No.

—¿Ni padre?

—Sí, y lo quiero mucho.

—Vuelve a su lado, y ten miedo de mí. Suéltame. ¡Buenas noches!

—Antes quiero darte las gracias; permíteme hablarte como si realmente fuera una niña.

—No puedes —dijo la mujer—. Eres bondadosa e inocente, pero no puedes mirarme con los ojos de una niña. No te habría tocado si no hubiera creído que eras una chiquilla.

Y, con un grito extraño y salvaje, se marchó.

El día todavía no había despuntado en el firmamento, pero ya había amanecido para el ruidoso pavimento de las calles; para los carros, las carretas y los coches; para los trabajadores que se dirigían a sus diversas ocupaciones; para las tiendas que se abrían; para el comercio de los mercados; para el bullicio de la ribera. Se notaba el día incipiente en la luz que brillaba tenuemente, con un color más apagado que en cualquier otro momento; se notaba el día incipiente en el mayor frescor del aire y en la muerte espantosa de la noche.

Volvieron a la entrada de la cárcel con la intención de esperar ahí hasta que abrieran; pero hacía un frío tan cortante que la pequeña Dorrit, llevando de la mano a la adormilada Maggy, no quiso detenerse. Al pasar por detrás de la iglesia vio que había luz en ella; subió los escalones de la puerta y echó un vistazo dentro.

—¿Quién anda ahí? —exclamó un fornido anciano que se estaba poniendo un gorro de dormir, como si fuera a acostarse en una cripta.

—Nadie en particular, señor —anunció ella.

—¡Deténgase! —ordenó el hombre—. ¡Quiero ver quién es!

Eso la obligó a darse la vuelta de nuevo, cuando ya se estaba marchando, para anunciar su identidad y la de su protegida.

—¡Ya me parecía! —dijo el hombre—. Sé quién eres.

—Nos hemos visto muchas veces —confirmó Amy, pues había reconocido al sacristán, o al pertiguero, o quienquiera que fuese—, cuando he venido a esta iglesia.

—No sólo eso; aquí está inscrito tu nacimiento; eres una de nuestras curiosidades.

—¿De veras?

—Desde luego. Siendo hija de... Por cierto, ¿cómo has salido tan temprano?

—Anoche nos cerraron la puerta antes de que llegáramos y estamos esperando para entrar.

—¡Vaya, vaya! ¡Todavía falta más de una hora! Venid a la sacristía. Ahí tenemos una chimenea encendida para los pintores. Los estoy esperando; si no, no estaría aquí, de eso puedes estar segura. Una de nuestras curiosidades no debe coger frío, si está en nuestra mano darle calor y comodidad. Venid.

Se trataba de un anciano muy bueno y muy afable; después de avivar el fuego de la sacristía, buscó un tomo en las estanterías de los registros.

—Ya está, aquí lo tenemos —declaró mientras lo cogía y pasaba las páginas—. ¿Quién te imaginas que aparece aquí? Pues tú, Amy, hija de William y Fanny Dorrit. Nacida en la cárcel de Marshalsea, parroquia de Saint George. A la gente le contamos que llevas viviendo ahí desde entonces, sin faltar ni un solo día ni una sola noche. ¿Estoy en lo cierto?

—Era completamente cierto, hasta ayer.

—¡Caray! —Al observarla, con una mirada de admiración, al anciano le vino otra idea a la cabeza—: Pero lamento verte débil y cansada. Quédate un rato. Te traeré unos cojines de la iglesia para que tu amiga y tú os tumbéis delante del fuego. No tengas miedo de no presentarte al lado de tu padre cuando abran la puerta. Yo te llamaré.

No tardó en aparecer con los cojines y en esparcirlos por el suelo.

—Ya está. ¿A que tampoco imaginabas esto? No, no hace falta que me des las gracias. Yo también tengo hijas. Y aunque no nacieron en la cárcel de Marshalsea, lo podrían haber hecho si mi conducta hubiera sido parecida a la de tu padre. Espera un momento. Tengo que ponerte algo debajo del cojín, para la cabeza. Aquí hay un libro de entierros. ¡Qué curioso! En él aparece la señora Bangham. Aunque, para la mayoría de la gente, el interés de estos libros no reside en quién sale en ellos, sino en quién no; quién va a ser inscrito, y cuándo. Eso es lo interesante.

Tras contemplar satisfecho la almohada que había improvisado, las dejó que descansaran durante una hora. Maggy ya roncaba, y la pequeña Dorrit no tardó en quedarse dormida con la cabeza apoyada en ese libro sellado del Destino, sin que la perturbaran sus misteriosas páginas en blanco.

Así transcurrió la fiesta de la pequeña Dorrit. El oprobio, el abandono, la maldad y los peligros de la gran capital; el frío, la humedad, las horas lentas y las nubes rápidas de la noche desolada. Así transcurrió la fiesta, y a su término la joven volvió a casa, fatigada, con la primera neblina gris de una mañana lluviosa.

Capítulo XV

La señora Flintwinch tiene otro sueño

En la desvencijada y vieja casa de la ciudad, envuelta en un manto de hollín y muy apoyada en las muletas que habían compartido su deterioro y que se habían desgastado con ella, nunca se vivía un período de salud ni de alegría, pasase lo que pasase. Si el sol la rozaba, era sólo con un rayo, que desaparecía al cabo de media hora; si la luna la iluminaba, era sólo pintando unas escasas franjas en su lúgubre fachada y dándole un aspecto aún más lamentable. Las estrellas, desde luego, no dejaban de mirarla cuando las noches y el humo estaban lo bastante despejados, y el tiempo inclemente se aferraba a ella con una insólita fidelidad. En ese penoso edificio todavía podían encontrarse la lluvia, el granizo, la escarcha y el hielo cuando ya habían desaparecido de otros lugares; y la nieve duraba allí semanas, mucho después de haber pasado del amarillo al negro, e iba perdiendo su mugrienta vida deshaciéndose lentamente en lágrimas. La casa no tenía más partidarios. Los ruidos de la ciudad, el rumor de las ruedas en la calle, pasaban a toda velocidad por delante de la puerta y se marchaban con la misma velocidad, por lo que Affery, cuando escuchaba, tenía la sensación de estar sorda, de recobrar el oído sólo en ráfagas brevísimas. Lo mismo sucedía con los silbidos, las canciones, las conversaciones, las risas y todos los sonidos humanos agradables. Cruzaban el abismo en un instante y seguían su camino.

La luz cambiante del fuego y de las velas de la habitación de la señora Clennam era el mayor cambio que llegaba a obrarse en la mortecina monotonía de aquella casa. En sus dos ventanas estrechas el fuego brillaba malhumorado todo el día y malhumorado toda la noche. En contadas ocasiones emitía un destello intenso, igual que ella, pero casi siempre parecía sofocado, como ella, y se iba consumiendo de forma constante y parsimoniosa. Sin embargo, en las largas horas de los cortos días invernales, cuando entraba el ocaso al principio de la tarde, unas imágenes distorsionadas y cambiantes de la señora Clennam en la silla de ruedas, del señor Flintwinch con el cuello torcido, de Affery entrando y saliendo, se proyectaban en las paredes de la casa, y en ellas se demoraban unos instantes como sombras de una gran linterna mágica. Cuando la inválida recluida se disponía a dormir, desaparecían poco a poco: la sombra aumentada de Affery era la última que se veía revolotear, hasta que al fin se disipaba, como rumbo a un aquelarre. Entonces la luz solitaria ardía sin alteraciones; antes del alba casi dejaba de brillar, y acababa muriendo bajo el aliento de Affery cuando la sombra de ésta se abatía sobre ella al salir del mundo embrujado del sueño.

¡Qué extraño que la pequeña habitación de esa mujer enferma fuera de hecho un faro dirigido a alguien, y que la persona más impensable del mundo debiera acudir a él! ¡Qué extraño que la luz de la pequeña habitación de esa mujer enferma fuera de hecho una lámpara nocturna que nunca se apagaría hasta que se produjera el acontecimiento señalado que debía iluminar! ¿Quién, entre la enorme multitud de viajeros, bajo el sol y bajo las estrellas, que subían colinas polvorientas y avanzaban penosamente por agotadoras llanuras, que viajaban por tierra y viajaban por mar, que iban y venían asombrosamente, dispuestos a reunirse y relacionarse unos con otros y reaccionar al comportamiento de los demás... qué huésped, sin sospechar cuál era la meta del viaje, podría estar acercándose indudablemente a ese lugar?

El tiempo nos lo dirá. El lugar del honor y el de la vergüenza, la posición del general y la del tambor, la estatua de un lord en la abadía de Westminster y la hamaca de un marinero en lo más profundo del océano, la mitra y el taller, el asiento del gran canciller de la Cámara de los Lores y la horca, el trono y la guillotina: todos los viajeros transitan por el mismo camino ancho, pero éste se bifurca en maravillosas divergencias, y sólo el tiempo nos dirá adónde se encamina cada viajero.

Una tarde de invierno, al anochecer, la señora Flintwinch, que llevaba aturdida todo el día, tuvo el siguiente sueño:

Le pareció que estaba en la cocina, preparando el té, y se calentaba los pies en el guardafuegos, con la falda remangada, delante del fuego exiguo en mitad del hogar, flanqueada a ambos lados por un barranco frío, negro y profundo. Mientras tanto, no dejaba de reflexionar sobre si la vida era para algunas personas una ficción bastante anodina; entonces le sobresaltó un ruido repentino que venía de detrás de ella. Creyó recordar que la semana anterior la había asustado algo parecido, que aquel sonido era misterioso: un crujido, seguido de tres o cuatro golpes rápidos que parecían pasos presurosos; le sobrevino un temblor o una conmoción al corazón, como si los pasos hubieran hecho vibrar el suelo, incluso como si la hubiera tocado una mano horrenda. Sintió revivir sus antiguos temores de que la casa estuviera encantada, y también le pareció que subía a todo correr las escaleras de la cocina; sin saber cómo se había levantado, para estar más cerca de otras personas.

Affery creyó, al llegar al vestíbulo, ver abierta la puerta del estudio de su señor y la estancia vacía. Que se asomaba a la ventana rota de la salita cerca de la entrada para conectar su palpitante corazón, a través del cristal, con cosas que vivían más allá y fuera de la casa encantada. Que después veía, en la pared de encima de la entrada, las sombras de aquellos dos seres tan listos que conversaban en el piso de arriba. Que después subía las escaleras con los zapatos en la mano, en parte para estar cerca de los listos, que podían competir con cualquier fantasma, y en parte para enterarse de lo que hablaban.

—A mí no me venga con bobadas —decía el señor Flintwinch—. A usted no se

las voy a consentir.

La señora Flintwinch soñó que se quedaba detrás de la puerta, apenas entreabierta, y que escuchaba perfectamente esas osadas palabras de su marido.

—Flintwinch —replicaba la señora Clennam, con su acostumbrada voz recia y baja—, tiene usted un demonio rabioso en su interior. Guárdese de él.

—Me da igual si tengo uno o tengo doce —respondía el señor Flintwinch, indicando claramente con su tono que el número más elevado se aproximaba más a la verdad—. Aunque tuviera cincuenta, todos dirían: «A mí no me venga con bobadas, no se las voy a consentir». Yo les obligaría a decirlo, quisieran o no.

—¿Qué he hecho yo para inspirar tanta ira? —preguntó la voz recia.

—¿Qué ha hecho? —respondió el señor Flintwinch—. Se ha lanzado usted sobre mí.

—Si se refiere a la reprimenda...

—No ponga en mi boca palabras que no son mías —protestó Jeremiah, negándose a abandonar la expresión metafórica con una obstinación tenaz e impenetrable—. Lo que digo es que se ha lanzado usted sobre mí.

—Le he regañado —insistió ella— porque...

—¡De eso nada! —exclamó él—. Se ha lanzado usted sobre mí.

—Me he lanzado sobre usted, si insiste, hombre enajenado —Jeremiah sonrió al ver que la había obligado a utilizar su expresión—, por haberse mostrado innecesariamente locuaz con Arthur aquella mañana. Tengo derecho a protestar; casi fue un abuso de confianza. Usted no pretendía...

—¡De eso nada! —interrumpió el contradictorio Jeremiah, refutando esa claudicación—. Claro que lo pretendía.

—Supongo que debo dejar que pronuncie usted un monólogo, si eso es lo que desea —respondió la señora Clennam después de una pausa que parecía deberse a la irritación—. Es inútil hablar con un anciano imprudente y testarudo que está firmemente decidido a no escucharme.

—¡Eso tampoco se lo voy a consentir! —bramó él—. Nada más lejos de mi intención. Le he dicho que sí lo pretendía. ¿Quiere saber por qué, anciana imprudente y testaruda?

—Al fin y al cabo, sólo me está devolviendo mis propias palabras —dijo ella, luchando con su indignación—. Sí.

—Pues he aquí el motivo: porque no le despejó usted las dudas que él tenía sobre su padre, y tendría que haberlo hecho. Porque, antes de ofenderse usted, que es...

—¡Cuidado, Flintwinch! —exclamó la señora Clennam con otro tono—. Es posible que diga una palabra de más.

El anciano pareció opinar lo mismo. Se produjo un silencio; Flintwinch ya estaba en otra parte de la estancia cuando añadió, con menor brusquedad:

—Le iba a explicar el motivo. Porque, antes de defenderse usted, creo que tendría que haber defendido al padre de Arthur. ¡El padre de Arthur! Nunca le tuve mucho afecto. Serví al tío del padre de Arthur en esta casa, cuando el padre no ocupaba un lugar muy superior al mío (tenía los bolsillos más vacíos que los míos), y el tío habría preferido nombrarme a mí su heredero, antes que a él. Él pasaba hambre en el salón y yo la pasaba en la cocina: ésa era la diferencia principal en nuestra posición; apenas nos separaba un tramo de escaleras empinadísimas. No le cogí una simpatía especial en aquellos días; tampoco llegó nunca a inspirármela. Era un hombre indeciso, titubeante, a quien todo le daba miedo desde pequeño, excepto ser huérfano. Y, cuando la trajo a usted a esta casa, la mujer que su tío había elegido para él, no me hizo falta mirarla dos veces (era usted guapa en esa época) para darme cuenta de quién llevaría las riendas. Desde entonces, usted se ha valido por sí misma. Haga lo mismo ahora. No se aproveche de los muertos.

—No me aprovecho en absoluto de los muertos, como usted afirma.

—Pero tenía intención de hacerlo, si yo hubiera cedido —gruñó Jeremiah—, y por eso se ha lanzado sobre mí. Es incapaz de olvidar que no he cedido. Supongo que se quedó estupefacta al ver que yo decidía que merecía la pena hacerle justicia al padre de Arthur. ¿Verdad? Da igual que responda o no, porque sé que estoy en lo cierto, y usted también lo sabe. Le voy a decir lo que pasa. Es posible que mi carácter sea algo peculiar, pero así soy: no puedo dejar que nadie se salga completamente con la suya. Usted es una mujer de gran determinación, e inteligente: cuando se traza un objetivo, nada la desvía de su camino. ¿Quién sabe eso mejor que yo?

—Nada me desvía de mi camino, Flintwinch, cuando he justificado ese objetivo ante mí misma. No lo olvide.

—¿Cuándo lo ha justificado ante sí misma? He dicho que no había mujer con mayor determinación que usted en la faz de la tierra (o eso quería decir), y, si usted ha tomado la determinación de justificar cualquier objetivo que se haya trazado, no cabe duda de que lo conseguirá.

—¡Diantre! Encuentro mi justificación en las palabras de estas Escrituras — exclamó la señora Clennam con un adusto énfasis y, al parecer, a juzgar por el ruido que se oyó a continuación, dando un golpe en la mesa con el peso muerto de su brazo.

—Qué más da —respondió Jeremiah con tranquilidad—, ahora no vamos a entrar en esa cuestión. De un modo u otro, usted consigue cumplir sus propósitos, y todo lo supedita a ellos. Pero yo no me voy a supeditar a ellos. Le he sido fiel, le he sido útil y le tengo cariño. Pero no puedo consentir, ni voy a consentir, ni nunca he consentido, ni nunca consentiré, que me anule. Tráguese a quien quiera, a mí me da igual. La peculiaridad de mi carácter, señora, reside en que yo me niego a que me traguen vivo.

Quizá ahí estaba el origen de su mutuo entendimiento. Al percibir un carácter tan fuerte en el señor Flintwinch, quizá la señora Clennam había considerado que una

alianza con él podía beneficiarla.

—Demos por zanjada la cuestión —propuso ella sombríamente.

—Siempre que no vuelva a lanzarse sobre mí —replicó el persistente Flintwinch—; de otro modo, volveremos a hablar.

Affery soñó que, en ese momento, la figura de su marido empezaba a pasearse por la habitación, como si quisiera mitigar su cólera, y que ella se marchaba corriendo; sin embargo, como él no salía mientras ella esperaba atenta y temblorosa en el tenebroso vestíbulo, volvía a subir sigilosamente las escaleras, hostigada como antes por los fantasmas y por la oscuridad, y de nuevo se agazapaba detrás de la puerta.

—Le ruego que encienda la vela, señor Flintwinch —decía la señora Clennam, al parecer con la intención de que él volviera a adoptar su tono habitual—. Casi es la hora del té. Va a venir la pequeña Dorrit y me va a encontrar a oscuras.

Flintwinch encendió la vela con prontitud y preguntó, mientras la colocaba en la mesa:

—¿Qué va a hacer usted con la chiquilla? ¿Va a venir siempre a trabajar aquí? ¿Va a venir siempre a tomar el té? ¿Va a estar entrando y saliendo de aquí a voluntad, del mismo modo, siempre?

—¿Cómo puede decirle «siempre» a una inválida como yo? ¿Acaso no nos siegan como la hierba de los campos, acaso no me cortó la guadaña hace muchos años y llevo aquí desde entonces, esperando a que me recojan y me lleven al granero?

—¡Sí, sí! Pero está usted aquí, en absoluto agonizante, nada de eso, muchos niños y jóvenes, mujeres en la flor de la vida, hombres fuertes y personas de todo tipo, han sido segados y han pasado a mejor vida, mientras que usted sigue aquí, sin haber conocido grandes cambios. Es posible que tanto a usted como a mí todavía nos quede mucho tiempo de vida. Cuando digo «siempre», me refiero (aunque no tenga talante poético) a todo el tiempo que nos queda por delante.

El señor Flintwinch ofreció esta explicación con gran tranquilidad, y tranquilamente aguardó la respuesta.

—Mientras la pequeña Dorrit no alborote, sea hacendosa, y siga necesitando la menor ayuda que yo pueda brindarle, la merecerá; a no ser, supongo, que se marche por voluntad propia; entre tanto, seguirá viniendo. Se me concederá ese deseo.

—¿No hay nada más? —inquirió Flintwinch, frotándose la boca y el mentón.

—¿Qué más va a haber? ¿Qué más podría haber? —exclamó la señora Clennam asombrada, con severidad.

La señora Flintwinch soñó que, durante uno o dos minutos, la señora Clennam y el señor Flintwinch estuvieron mirándose con la vela entre uno y otro, y, sin saber cómo, se llevó la impresión de que se habían sostenido la mirada largamente.

—¿Sabe usted por casualidad, señora Clennam —preguntó entonces el marido de

Affery en voz mucho más baja, y con un tono que parecía no guardar proporción con el simple contenido de sus palabras—, dónde vive?

—No.

—Bueno, y... ¿le gustaría saberlo? —añadió Jeremiah dando un salto, como si fuera a abalanzarse sobre ella.

—Si me hubiera interesado, ya lo sabría. ¿No se lo podría haber preguntado en cualquier momento?

—Entonces, ¿no le interesa saberlo?

—No.

El anciano, después de un suspiro largo e insinuante, dijo con el mismo énfasis:

—Porque... casualmente, que conste... lo he descubierto.

—Viva donde viva —respondió la señora Clennam con una voz monocorde e inflexible, separando las palabras de forma tan clara como si las leyera en distintas piezas de metal que fuera cogiendo una a una—, ha decidido guardar el secreto, y para mí seguirá siendo un secreto.

—Lo cierto es que también es posible que usted lamentara después haberse enterado —aventuró Jeremiah, y lo dijo con cierto tonillo, como si se le hubiera escapado un deje irónico.

—Flintwinch —respondió su señora y socia en un súbito arrebato de energía que sobresaltó a Affery—, ¿por qué me acosa? Mire esta habitación. Si eso supone una compensación por mi enfermedad... ya sabe que nunca me quejo de ella... si para mí supone una compensación por mi larga reclusión en esta habitación que, dado que me están vedados los cambios agradables, también me esté vedado saber ciertas cosas que prefiero ignorar, ¿por qué iba usted, precisamente, a negarme ese consuelo?

—No se lo niego —objetó Jeremiah.

—Entonces, no diga nada más. No diga nada más. Que la pequeña Dorrit no me desvele su secreto, y no me lo desvele usted tampoco. Que entre y salga sin vigilancia y sin preguntas. Déjeme sufrir, pero déjeme también disponer del alivio que me brinda mi estado. ¿Tanto pido? ¿Por eso me atormenta con malicia?

—Le he hecho una pregunta. Sólo eso.

—La he respondido. No diga nada más. No diga nada más.

Entonces se oyó en el suelo el ruido de la silla de ruedas, y el timbre de Affery sonó en la cocina imperiosa y bruscamente.

Con más miedo en ese momento de su marido que del sonido misterioso de la cocina, Affery se escabulló con todo el sigilo y la rapidez posibles, bajó las escaleras casi con la misma velocidad con que las había subido, se volvió a sentar en la cocina delante del fuego, se volvió a remangar la falda y, por último, se tapó la cabeza con el delantal. Entonces sonó el timbre otra vez y después, también otra vez, siguió sonando; a pesar de esa llamada insistente, Affery no se movió; cubierta por el

delantal, recobraba el aliento.

Por fin el señor Flintwinch bajó las escaleras trabajosamente y llegó al vestíbulo, sin dejar de decir entre dientes: «¡Affery, mujer!» durante todo el camino. Affery todavía estaba cubierta por el delantal cuando su marido, cansado, acabó de bajar las escaleras de la cocina, con una vela en la mano; se dirigió a ella, le bajó el delantal de un tirón y la despertó.

—¡Ay, Jeremiah! —exclamó ella al despertarse—. ¡Qué susto me has dado!

—¿Qué hacías, mujer? —dijo él—. Te han llamado cincuenta veces.

—¡Ay, Jeremiah! —repitió ella—. ¡Estaba soñando!

Al recordar la anterior experiencia de su mujer en esas lides, el señor Flintwinch le acercó la vela a la cabeza, como si quisiera prenderle fuego para iluminar la cocina.

—¿No sabes que ya es la hora del té? —preguntó con una sonrisa maliciosa mientras le daba un puntapié a una de las patas de la silla.

—¡Jeremiah! ¿La hora del té? No sé qué me ha pasado. Pero me ha sucedido una cosa espantosa, antes de ponerme a... a soñar, seguramente ése ha sido el motivo.

—¡Quita! ¡Dormilona! —dijo él—. ¿Qué estás diciendo?

—Un ruido extrañísimo, Jeremiah, y un movimiento de lo más peculiar. En la cocina, aquí, justo aquí.

Jeremiah levantó la vela y contempló el techo ennegrecido; la bajó y contempló el húmedo suelo de piedra; la paseó por la estancia y contempló las paredes manchadas y sucias.

—Ratas, gatos, agua, cañerías —propuso.

Affery descartó todas esas posibilidades negando con la cabeza.

—No; ya lo he oído antes. Lo he oído en el piso de arriba, y una vez en la escalera, de noche, mientras iba de su habitación a la nuestra: un crujido y una especie de mano temblorosa detrás de mí.

—Affery, mujer —le advirtió ominosamente el señor Flintwinch, aproximando la nariz a los labios de la dama para ver si olía bebidas espirituosas—, si no preparas el té en seguida, vieja, notarás sobre ti un crujido y una mano que te lanzarán al otro lado de la cocina.

Esta predicción animó a la señora Flintwinch a moverse y a subir rápidamente a la habitación de la señora Clennam. No obstante, había empezado a abrigar el férreo convencimiento de que algo pasaba en aquella lóbrega casa. Por tanto, ya no podía estar tranquila en ella cuando se ponía el sol, y nunca bajaba ni subía las escaleras a oscuras sin taparse antes la cabeza con el delantal, por si acaso veía algo.

Por culpa de estos temores fantasmales y de sus sueños singulares, la señora Flintwinch se sumió aquella noche en un tortuoso estado de ánimo, cuyos síntomas de recuperación quizá todavía tarden en aparecer en este relato. Obsesionada por la imprecisión y la vaguedad de todas esas experiencias y percepciones nuevas, y dado

que todo cuanto la rodeaba le resultaba misterioso, ella también empezó a parecerles misteriosa a los demás; se convirtió en una persona tan difícil de descifrar para los otros, como difícil le resultaba a ella descifrar la casa y todo lo que había en ella.

Todavía no había terminado de preparar el té de la señora Clennam cuando se oyeron los golpecitos en la puerta que siempre anunciaban a la pequeña Dorrit. Affery la observó mientras la muchacha se quitaba la fea capota en el vestíbulo, y también miró al señor Flintwinch, que apretaba los dientes y la contemplaba callado, como si esperara algún accidente extraordinario que la volviera loca de remate o que los dejara a los tres hechos trizas.

Después del té llamaron de nuevo a la puerta; esta vez era Arthur. Affery bajó a abrir, y él, al entrar, dijo:

—Affery, me alegro de que sea usted. Quiero preguntarle una cosa.

Ella respondió inmediatamente:

—¡Por amor de Dios, no me pregunte nada! Me paso la mitad del día asustada, y la otra mitad soñando. ¡No me pregunte nada! ¡Ya no sé qué es verdad ni qué es mentira! —y en seguida se retiró y no volvió a acercarse.

Como a Affery no le gustaba leer y no disponía de luz suficiente en la habitación en penumbra para coser (en el caso de que hubiera tenido esa afición), ahora se sumía todas las noches en las tinieblas de las que por un instante había salido la tarde del regreso de Arthur Clennam, y se entregaba a un sinfín de descabelladas especulaciones y sospechas sobre su señora, su marido y los ruidos de la casa. Cuando se encontraba enzarzada en esos devotos y atroces ejercicios, las especulaciones dirigían su vista hacia la puerta, como si esperara, en esos momentos propicios, ver entrar una forma oscura dispuesta a ofrecerle una compañía no deseada.

Por otra parte, jamás decía ni hacía nada que pudiera llevar a los dos listos a fijarse en ella, excepto en contadas ocasiones, generalmente en los momentos de tranquilidad antes de irse a la cama: entonces de pronto salía como una flecha de su umbría esquina y, con un gesto de terror, le susurraba al señor Flintwinch, que leía el periódico al lado de la mesilla de la señora Clennam:

—¡Escucha, Jeremiah! ¡Ahora! ¡Ése es el ruido!

Entonces el ruido, si es que existía, cesaba, y Jeremiah gruñía, mirándola como si en ese preciso instante le hubiera interrumpido contra su voluntad:

—¡Affery, vieja, te vas a llevar una buena! ¡Otra vez soñando!

Dado que había llegado el momento de reanudar las relaciones con la familia Meagles, Clennam, observando el contrato pactado con el señor Meagles en la Plaza del Corazón Sangrante, cierto sábado dirigió sus pasos a Twickenham, donde dicho señor tenía una casa de campo. Como hacía buen tiempo y no había humedad y para él, que había estado ausente tanto tiempo, los caminos ingleses rebosaban interés, mandó el baúl en un coche y decidió ir a pie. Pasear le procuraba un nuevo deleite, un deleite del que raramente había podido gozar en su estancia en tierras lejanas.

Pasó por Fulham y Putney por el mero placer de cruzar el brezal. En él brillaba un sol intenso; al alejarse del camino que llevaba a Twickenham, se internó en otro sendero que conducía a diversos destinos más vagos y más secundarios, con los que se encontró en seguida en el transcurso del sano ejercicio. No es fácil pasear solo por el campo sin cavilar sobre algo. Y él tenía suficientes cuestiones no resueltas sobre las que reflexionar, aunque se encaminara al fin del mundo.

En primer lugar estaba la cuestión en la que raramente dejaba de pensar: qué haría a partir de entonces con su vida, a qué ocupación debía dedicarse y en qué ámbito debía buscarla. Distaba mucho de ser rico, y cada día de indecisión y ociosidad aumentaba la preocupación por su herencia. En cuanto empezaba a pensar en cómo aumentarla, o en cómo ponerla a buen recaudo, regresaban los temores de que alguien pudiera acusarle de no tener derecho a ella; sólo esa cuestión ya excedía la duración de cualquier paseo. También estaban las relaciones con su madre, que ahora conocían un equilibrio estable y tranquilo pero nada seguro; la veía varias veces por semana. La pequeña de los Dorrit constituía un tema principal y constante, pues las circunstancias de su vida, junto a la historia de la muchacha, hacían que la considerara la única persona con la que había entablado unos lazos de confianza inocente, por un lado, y de protección afectuosa, por otro; lazos de solidaridad, respeto, interés no egoísta y piedad. Al pensar en ella y en la posibilidad de que la mano liberadora de la muerte sacara al padre de la cárcel —el único cambio de circunstancias que podría brindarle la oportunidad de ser para ella el amigo que quería ser, de alterar toda la vida de la joven, de allanarle el difícil camino, de darle un hogar—, la imaginaba, desde esa perspectiva, como si fuera su hija adoptiva, su pobre niña de Marshalsea a la que arrullaba para que descansara. Si había un último elemento en sus pensamientos que se refiriera a Twickenham, tenía una forma tan imprecisa que apenas componía el ambiente de fondo en el que flotaban esas otras preocupaciones.

Había cruzado el brezal y estaba saliendo de él cuando se aproximó a una figura que llevaba cierto tiempo andando por delante y a la que, al acercarse, le pareció conocer. Tuvo esa impresión por cierta forma característica de la cabeza y por la actitud contemplativa del desconocido mientras avanzaba de forma harto torpe. Cuando la silueta del hombre —pues se trataba de un hombre— se echó hacia atrás el sombrero y se detuvo para contemplar un objeto que tenía delante, advirtió que era Daniel Doyce.

—¿Cómo está usted, señor Doyce? —dijo Clennam al alcanzarlo—. Me alegro de volver a verlo, y en un lugar más saludable que el Negociado de Circunloquios.

—¡Caramba! ¡El amigo del señor Meagles! —exclamó el reo, abandonando ciertas combinaciones mentales a las que se hallaba entregado y tendiendo la mano—. Me alegro de verlo, señor. Perdóneme, pero he olvidado cómo se llamaba usted.

—No se inquiete. No tengo un nombre conocido. No soy un Barnacle.

—Desde luego —respondió Daniel entre risas—. Pero ya lo he recordado. Se llama Clennam. ¿Cómo está usted?

—Albergo cierta esperanza —aventuró Arthur mientras echaban a andar juntos— de que nos dirijamos al mismo lugar, señor Doyce.

—¿Se refiere usted a Twickenham? —inquirió Daniel—. Lo celebro.

No tardaron en coger confianza, y animaron el camino con una conversación sobre diversos temas. El ingenioso malhechor era un hombre de gran humildad y sentido común y, pese a no ocupar una posición distinguida, estaba tan habituado a combinar ideas originales y audaces con ejecuciones pacientes y minuciosas que era cualquier cosa menos un hombre vulgar. Al principio resultaba arduo conseguir que hablara de sí mismo, y frenó las preguntas de Arthur reconociendo vagamente que sí, que había hecho esto y había hecho aquello, y que tal otra cosa era obra suya, y que tal otra la había descubierto él, pero en eso consistía su oficio, no era más que su oficio; hasta que, al convencerse poco a poco de que a su acompañante le interesaba de veras lo que tenía que contar, respondió con franqueza cuanto le preguntaba. Entonces resultó que era hijo de un herrero del norte; que inicialmente su madre viuda le había enseñado el oficio de cerrajero; que en el taller del cerrajero había «creado algunos objetos» gracias a los cuales se dio por terminado su aprendizaje y obtuvo una carta de recomendación, que le permitió cumplir el imperioso deseo de vincularse a un ingeniero en activo, con el cual había trabajado mucho, había aprendido mucho y había vivido mucho durante siete años. Al terminar ese aprendizaje había «pasado al taller», a cambio de un salario semanal, otros siete u ocho años, y después se había marchado a orillas del Clyde, donde había estudiado y limado y martilleado y ampliado sus conocimientos otros siete u ocho años. Después le habían propuesto que fuera a Lyon, cosa que había aceptado; en Lyon le ofrecieron un trabajo en Alemania, y en Alemania otro trabajo en San Petersburgo, donde las

cosas le habían ido muy bien, mejor que nunca. Sin embargo, sentía una natural predilección por su país y deseaba hacerse un nombre en él, y prestar allí sus servicios antes que en cualquier otro sitio. Por tanto, regresó a su lugar de origen. Por tanto, en su lugar de origen había establecido su negocio, había inventado y había puesto en práctica sus inventos, había seguido ejerciendo su profesión, hasta que, al cabo de una docena de años de servicios y esfuerzos, le habían concedido la Legión de Honor de la Gran Bretaña, la Legión de los Rechazados por el Negociado de Circunloquios, y le habían impuesto la Gran Orden Británica del Mérito, la Orden del Desorden de los Barnacle y de los Stiltstalking.

—Es una verdadera pena —observó Clennam— que decidiera usted volver, señor Doyce.

—Cierto, señor, hasta cierto punto. Pero qué se le va a hacer. Si un hombre tiene la desgracia de descubrir algo útil para su nación, debe seguir la ruta que su descubrimiento le traza.

—¿No sería mejor que se olvidara de él? —propuso Clennam.

—Imposible —respondió Doyce, negando con la cabeza y con una sonrisa reflexiva—. A nadie le vienen ideas para enterrarlas. Le vienen para que las convierta en algo útil. Uno es dueño de su vida con la condición de que luche denodadamente por esas ideas, hasta el final. Los hombres que descubren algo se comportan así.

—¿Eso quiere decir —preguntó Arthur, a quien su acompañante inspiraba una admiración creciente— que ni siquiera ahora ha desfallecido usted?

—No me asiste ningún derecho a hacerlo —dijo Doyce—. La idea que tengo no ha perdido ni un ápice de su verdad.

Después de caminar un trecho en silencio, Clennam, que quería cambiar de conversación sin que ese cambio fuera demasiado abrupto, le preguntó si contaba con algún socio en el negocio que le permitiera aliviar algunas de sus inquietudes.

—No, ahora mismo no. Tenía uno nada más empezar, un hombre espléndido. Pero murió hace varios años, y, como no podía acostumbrarme a otro después de su muerte, compré su parte y desde entonces estoy solo. Además —añadió, deteniéndose un instante con una mirada risueña y bienhumorada, cerrando la mano derecha, con ese pulgar peculiarmente ágil, y colocándola en el brazo de Clennam—, la verdad es que ningún inventor sirve como hombre de negocios.

—¿Ah, no?

—¡Si los propios hombres de negocios lo afirman! —respondió mientras reanudaba el paso, soltando una carcajada—. No sé por qué todos dan por hecho que a nosotros, pobres desgraciados, nos falta el sentido común, pero en general eso es lo que se cree. Hasta el mejor amigo que tengo, nuestro querido amigo que vive allí —dijo, señalando Twickenham con la cabeza—, me dispensa una suerte de protección, como si yo no supiera cuidar de mí mismo.

Arthur Clennam no tuvo más remedio que unirse a las alegres risas, viendo lo fidedigno de esa descripción.

—Por eso debo encontrar un socio que sea un hombre de negocios, que no sea culpable de ningún invento —prosiguió Doyce, quitándose el sombrero para pasarse la mano por la frente—, aunque sólo sea para corroborar la opinión imperante y para incrementar el prestigio de mi taller. Creo que este socio no vería grandes negligencias ni grandes desórdenes en mi forma de gestionarlo, pero eso debería decirlo él, sea quien sea, no yo.

—Entonces, ¿lo ha elegido ya?

—No, señor. Sólo he tomado la decisión de buscarlo. Lo cierto es que tengo más trabajo que antes, y, a medida que cumplo años, me basta con el taller. Con tanta contabilidad y correspondencia, con tantos viajes al extranjero para los que sería necesario un representante, no lo puedo hacer todo. Voy a hablar con mi... cuidador y protector, para ver cómo negociar el asunto de la mejor manera posible, si encuentro media hora libre de aquí al lunes por la mañana —anunció, otra vez con esa mirada de buen humor—. Es un hombre sagaz en asuntos de negocios, en los que ha tenido un buen aprendizaje.

Luego hablaron de cosas intrascendentes hasta llegar a su destino. En Daniel Doyce se percibía una independencia sosegada y discreta —una tranquila certeza de que lo que era verdad seguiría siendo verdad pese a todos los Barnacle del océano familiar, y no dejaría de serlo ni cuando dicho mar se secase— que estaba imbuida de cierta grandeza, aunque no de la que se reviste de carácter oficial.

Como conocía bien la casa, guió a Arthur por ella para que se llevara la mejor impresión posible. Se trataba de un lugar encantador (con cierta excentricidad que no le restaba atractivo), en una calle delante del río: precisamente como debía ser la residencia de la familia Meagles. La rodeaba un jardín, indudablemente tan rozagante y hermoso en ese mes de mayo como Tesoro, que se hallaba en el mes de mayo de su vida; y la protegía un magnífico grupo de árboles excelentes y de plantas de hoja perenne que se extendían sobre ella del mismo modo que el señor y la señora Meagles protegían a Tesoro. El edificio tenía su origen en una vieja casa de ladrillo que había sido parcialmente demolida; otra parte se había renovado, y había, por tanto, una parte robusta y vieja, que representaba al señor y a la señora Meagles, y otra parte joven y agradable a la vista, muy bonita, que representaba a Tesoro. Incluso se había añadido después un invernadero al abrigo de la casa, con unas gruesas vidrieras de tonalidades imprecisas cuyos fragmentos más transparentes reflejaban los rayos del sol, ora como fuego, ora como inocuas gotas de agua, que podría haber representado a Tattycoram. Desde allí se veían el río apacible y el transbordador, y ambos, moralizando, parecían decir a los residentes: seáis jóvenes o viejos, apasionados o tranquilos, estéis irritados o satisfechos, la corriente siempre fluye

igual. Por mucho que el espíritu sufra toda clase de tribulaciones, las ondulaciones del agua suenan siempre con la misma melodía en la proa del transbordador. Año tras año, por mucho que la embarcación navegue sin rumbo, por muy rápido que avance la corriente, aquí siguen los juncos, allá las azucenas, la incertidumbre y el desasosiego desaparecen ante ese cauce que huye continuamente, mientras vosotros, inmersos en el cauce imparable del tiempo, os mostráis caprichosos y os distraéis.

Apenas había sonado el timbre cuando salió a recibirlos el señor Meagles. Apenas había salido el señor Meagles cuando salió la señora Meagles. Apenas había salido la señora Meagles cuando salió Tesoro. Apenas había salido Tesoro cuando salió Tattycoram. Jamás tuvieron unos huéspedes una bienvenida más hospitalaria.

—Aquí estamos, señor Clennam —dijo el señor Meagles—, confinados en nuestra propia casa, como si nunca más fuéramos a expandirnos... es decir, a viajar. Esto no se parece a Marsella, ¿verdad? Aquí se ha acabado todo eso del *marchez*, todo eso del *allez*.

—Pero ¡aquí se encuentra una belleza de otra clase, qué duda cabe! —afirmó Clennam, mirando en derredor.

—Pero ¡era agradabilísimo estar en cuarentena, caramba! —exclamó el señor Meagles, frotándose las manos con satisfacción—. ¡Muchas veces he querido volver a esa situación! Formábamos un grupo maravilloso.

Ésta era una costumbre invariable en el señor Meagles: siempre les sacaba defectos a todas las cosas cuando viajaba, pero siempre quería volver a ellas cuando no viajaba.

—Si estuviéramos en verano —prosiguió—, y lamento por usted que no sea así, porque no podrá ver este lugar en su apogeo, los pájaros casi le impedirían oír lo que dice. Como somos gente práctica, no consentimos que nadie los espante; y los pájaros, como también son gente práctica, acuden a nosotros en bandada. Celebramos verlo, Clennam (si me lo permite, prescindiré del «señor»); le aseguro con toda sinceridad que lo celebramos.

—No me habían dispensado una acogida tan agradable —contestó el visitante, pero entonces recordó lo que la pequeña Dorrit le había dicho al llegar a su habitación, y añadió fielmente—, si exceptuamos una sola ocasión, desde nuestros paseos contemplando el Mediterráneo.

—¡Oh! —dijo el señor Meagles—. Allá sí que estábamos vigilados, ¿verdad? No abogo por un gobierno militar, pero a veces, en este barrio, echo de menos un poco de ese *allez* y de ese *marchez*. Éste sigue siendo un sitio endiablado.

Después de cantar las alabanzas sobre el carácter retirado de su refugio con un dubitativo movimiento de cabeza, los hizo pasar a la casa. Era grande aunque no sobrara espacio, tan bonita por dentro como por fuera, muy bien arreglada y cómoda. Ciertas huellas de las costumbres migratorias de los habitantes se observaban en los

marcos, en los muebles y en las colgaduras enrolladas, aunque no costaba apreciar que uno de los caprichos del señor Meagles consistía en tener siempre la casa, cuando no estaban, como si fueran a volver al cabo de dos días. De los recuerdos de sus diversas expediciones se veía tan amplia variedad que aquello parecía la morada de un afable corsario. Había antigüedades de la Italia central, fabricadas por los mejores establecimientos modernos de ese ramo de la industria; fragmentos de momias de Egipto (y quizá de Birmingham); maquetas de góndolas venecianas; maquetas de pueblos suizos; teselas sueltas de mosaicos de Pompeya y Herculano, que parecían carne de ternera picada y petrificada; cenizas provenientes de tumbas y lava procedente del Vesubio; abanicos españoles; sombreros de paja de La Spezia; babuchas de Marruecos; horquillas toscanas; esculturas de Carrara; pañuelos del Trastevere; terciopelo y filigrana de Génova; coral napolitano; camafeos romanos; joyas ginebrinas; lámparas árabes; rosarios bendecidos por el Papa en persona; y un sinfín de cachivaches. Había vistas, acertadas y no acertadas, de multitud de parajes; y también una salita con unos cuadros pegajosos consagrados a los santos de siempre, con tendones que parecían tralla, un cabello que parecía el de Neptuno, arrugas que parecían tatuajes y tales capas de barniz que tan sacros personajes hacían las veces de atrapamoscas, convertidos en lo que actualmente se conoce como insecticida. El señor Meagles habló de esas adquisiciones pictóricas con su tono habitual. Afirmó que su único criterio era aquello que le gustaba; las había comprado a un precio regalado, y a la gente le habían parecido bastante buenas. Un hombre, que en cualquier caso debía saber algo sobre la materia, había declarado que *Sabio leyendo* (un anciano caballero especialmente pringoso envuelto en una manta, con una barba semejante a una estola de lana suave y una telaraña de grietas por toda la piel que recordaba a la gruesa corteza de un bizcocho) era un magnífico *guercino*; en cuanto a ese otro cuadro de Sebastián del Piombo, que lo juzgara él mismo: si en él no se veía el estilo de la última etapa, entonces: ¿quién lo había pintado? Quizá Tiziano, o no; cabía la posibilidad de que sólo lo hubiera retocado. Daniel Doyce comentó que a lo mejor no lo había retocado, pero el señor Meagles prefirió hacer oídos sordos a esa observación.

Después de exhibir todos sus tesoros, el anfitrión los acompañó a su acogedora habitación, que daba al jardín y que estaba por un lado amueblada como un vestidor y por otro como una oficina, y en la cual, en una especie de mostrador, reposaban una balanza de latón para pesar oro y una palita para recoger monedas.

—Guardo estos objetos aquí —explicó— porque pasé con ellos treinta y cinco años, cuando tenía tan pocas ganas de andar por ahí zascandileando como tengo ahora de quedarme en casa. Al marcharme del banco definitivamente pedí llevármelos y me los traje. Se lo aclaro de inmediato, no vayan a pensar que me paso el día en esta contaduría (como dice Tesoro), calculando cuánto dinero tengo, como si

fuera el rey del poema de los veinticuatro mirlos.

Clennam se fijó en un cuadro de la pared, de estilo naturalista, en el que aparecían dos niñas muy guapas con los brazos entrelazados.

—Sí, Clennam —confirmó el señor Meagles—. Son ellas. Fue pintado hace unos diecisiete años. Como le suelo decir a madre, en esa época eran unas criaturas.

—¿Cómo se llaman?

—¡Ah, claro! Usted sólo conoce el apodo de Tesoro. Tesoro se llama Minnie; su hermana, Lillie.

—¿A que no sabe usted, señor Clennam, que una de esas niñas soy yo? —preguntó Tesoro, que había aparecido en la puerta.

—Yo habría pensado que las dos eran usted, dado lo mucho que se le parecen. De hecho —añadió Clennam, primero mirando al bello original, luego al cuadro y de nuevo al modelo—, ni siquiera ahora podría decir cuál de las dos es usted.

—¿Has oído, madre? —exclamó el señor Meagles dirigiéndose a su mujer, que había seguido a la hija—. Siempre sucede lo mismo, Clennam: nadie las distingue. Tesoro es la de la izquierda.

El cuadro estaba cerca de un espejo. Al volver a contemplarlo, Arthur vio, en el reflejo del espejo, que Tattycoram se detenía al pasar por delante de la puerta, que escuchaba lo que se decía y que proseguía su camino con un gesto de rabia y desprecio que transformaba su belleza en fealdad.

—¡Sígueme! —dijo el señor Meagles—. Han caminado mucho y querrán quitarse las botas. Aunque supongo que Daniel se negará a quitarse las suyas a menos que le demos un sacabotas.

—¿Y por qué no? —inquirió Doyce, dirigiendo a Clennam una sonrisa de complicidad.

—¡Oh! Usted ya tiene tantísimas cosas en que pensar... —replicó el señor Meagles mientras le daba una palmada en el hombro, como si fuera una persona tan débil que no se la podía dejar sola en ningún momento—. En números, ruedas, dientes de ruedas, palancas, tuercas, cilindros y mil cosas más.

—En mi vocación —replicó Doyce, divertido— lo grande normalmente incluye lo pequeño. Pero ¡no pasa nada! Yo siempre me conformo con lo que usted decida.

Clennam no podría dejar de pensar, cuando se acomodó junto al fuego, que quizá hubiera en el interior del sincero, afectuoso y cordial señor Meagles una porción microscópica de la semilla de mostaza que había brotado en el gran árbol del Negociado de Circunloquios. Su curioso sentimiento de superioridad general respecto a Daniel Doyce, que no parecía inspirarse en un rasgo particular del carácter de este último, sino más bien en el simple hecho de que era inventor y una persona poco convencional, le sugería esa idea. Podría haber estado ocupado con eso hasta la hora de la cena, una hora después, si no hubiera tenido otra cuestión que ponderar, a la que

llevaba dando vueltas desde los días de cuarentena en Marsella, a la que ahora regresó y que le urgía considerar. La cuestión, nada más y nada menos, era la siguiente: ¿podía permitirse enamorarse de Tesoro?

La doblaba en edad. (Descruzó la pierna que tenía encima de la otra y volvió a efectuar el cálculo, pero no consiguió que el resultado arrojara una cifra menor). La doblaba en edad. ¿Y qué? Era joven de aspecto, joven de salud y joven de espíritu. Indudablemente, un hombre de cuarenta años no era viejo, y muchos no gozaban de las condiciones necesarias para casarse, o no se casaban, hasta que llegaban a esa edad. Por otro lado, la cuestión no estaba en lo que él pensaba de ese asunto, sino en lo que pensaba ella.

Creía que el señor Meagles estaba dispuesto a mirarlo con buenos ojos, y sabía que tanto él como su mujer le inspiraban un sincero afecto. Imaginaba que entregar a un marido a su preciosa y única hija, a la que tanto querían, constituiría una prueba de amor que quizá hasta entonces no hubieran tenido la entereza necesaria para sopesar. No obstante, cuanto más hermosa y más irresistible y más encantadora se mostraba ella, más se acercaban ellos a la necesidad de pensar en eso. ¿Y por qué iban a elegir a otro antes que a él?

Llegado a ese punto, volvió a decirse que la cuestión no era lo que opinaran ellos, sino lo que opinara ella.

Arthur Clennam era un hombre apocado y se encontraba muchos defectos; exageraba tanto las virtudes de la hermosa Minnie y depreciaba tanto las suyas que, en sus cavilaciones, empezó a perder toda esperanza. Llegó a la conclusión final, mientras se preparaba para la cena, de que no podía permitirse enamorarse de Tesoro.

Sólo fueron cinco en torno a una mesa redonda; la velada resultó enormemente agradable. Tenían tantos lugares y personas que recordar, y todos se sentían tan cómodos y alegres (Daniel Doyce ocupaba con facilidad la entretenida posición de un espectador de una partida de cartas, o bien intervenía contando anécdotas ingeniosas que le habían ocurrido a él, cuando venían al caso) que podrían haberse reunido veinte veces sin cansarse los unos de los otros.

—¿Y a la señorita Wade —preguntó el señor Meagles después de que ya se hubieran acordado de otros compañeros de viaje—, alguien la ha visto?

—Yo sí —dijo Tattycoram.

Ésta había traído un chal que su joven señora le había pedido y estaba agachada detrás de ella, colocándose, cuando levantó los ojos oscuros y respondió de esa forma inesperada.

—¡Tatty! —exclamó la joven señora—. ¿Has visto a la señorita Wade? ¿Dónde?

—Aquí.

—¿Cómo?

A Clennam le pareció que la mirada impaciente de Tattycoram respondía: «¡Con

los ojos!». Pero sus únicas palabras fueron:

—Me encontré con ella cerca de la iglesia.

—Pues no sé qué haría por allí —comentó el señor Meagles—. No creo que fuera a un servicio religioso.

—Me había escrito antes —anunció Tattycoram.

—¡Ay, Tatty! —farfulló su señora—. Quítame las manos de encima. ¡Tengo la impresión de que me está tocando otra persona!

Lo dijo de forma rápida e involuntaria, medio en broma, sin mostrar más petulancia o más grosería que las que habría mostrado una niña mimada antes de echarse a reír. Tattycoram apretó los labios rojos y carnosos y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Señor, ¿quiere saber —inquirió mirando al señor Meagles— qué me contaba en esa carta?

—Bueno, Tattycoram —respondió él—, ya que me lo preguntas y siendo aquí todos amigos, quizá podrías decírnoslo si no ves inconveniente.

—Mientras estábamos de viaje ella se enteró de dónde vivía usted —dijo la muchacha—, y había visto que yo no estaba muy... muy...

—¿Que no estabas de muy buen humor? —propuso el señor Meagles, moviendo la cabeza con un gesto de suave advertencia dirigido a esos ojos oscuros—. No te precipites... cuenta hasta veinticinco.

Ella volvió a apretar los labios y respiró profundamente.

—Me escribió para decirme que, si en alguna ocasión creía que se me había ofendido —dijo mirando a su joven señora— o me sentía angustiada —la volvió a mirar—, podía acudir a ella y me trataría con consideración. Debía reflexionar; podía encontrarme con ella al lado de la iglesia. Fui a darle las gracias.

—Tatty —dijo Tesoro, apoyando la mano en su hombro para que pudiera cogérsela—, la señorita Wade casi me dio miedo cuando nos despedimos de ella, y no me gusta imaginar que ha estado muy cerca de mí sin que yo lo sepa. ¡Tatty, querida!

Ésta se quedó inmóvil un instante.

—¡Eh! —gritó el señor Meagles—. Vuelve a contar hasta veinticinco, Tattycoram.

Apenas le habría dado tiempo a contar hasta doce cuando se agachó y posó los labios sobre la mano que le acariciaba la mejilla, rozando los preciosos rizos de Tesoro; después, Tattycoram se marchó.

—Vaya, vaya —observó el señor Meagles en voz baja mientras daba la vuelta a la mesita con ruedas que tenía a la derecha para acercarse el azúcar—. He aquí una muchacha que podría perderse y corromperse si no viviera rodeada de gente práctica. Madre y yo sabemos, por lo prácticos que somos, que a veces se apodera de ella un gran resentimiento por lo unidos que estamos a Tesoro. Ella no ha estado nunca unida

a un padre y una madre, la pobre criatura. No quiero ni imaginar lo que esa desventurada muchacha, con tanta pasión y rebeldía en su interior, debe de sentir cuando escucha el quinto mandamiento los domingos. Yo siempre intento decirle: acuérdate de la iglesia y cuenta hasta veinticinco, Tattycoram.

El servicio de mesa lo completaban dos criadas de rostros rubicundos y ojos brillantes, que constituían una parte muy ornamental de la decoración.

—¿Y por qué no? —preguntó el señor Meagles, en referencia a esa decoración—. Como siempre le digo a madre: si tenemos que contemplar algo, mejor que sea hermoso, ¿verdad?

Una tal señora Tickit, cocinera y ama de llaves cuando la familia estaba en casa, y sólo ama de llaves cuando se hallaba ausente, completaba el servicio. El señor Meagles lamentaba que la naturaleza de las obligaciones a las que la señora Tickit debía atender impidiera que hiciera acto de presencia en ese momento, pero esperaba que el nuevo invitado la conociese al día siguiente. Afirmó que era una parte importante de la casa y que todos sus amigos la conocían. La retratada en el cuadro de la esquina era ella. Cuando se marchaban, esta señora siempre se ponía el vestido de seda y se hacía el flequillo de rizos negros como el azabache que se veían en el retrato (en la cocina tenía el cabello entre pelirrojo y canoso), se plantaba en la sala del desayuno, dejaba las gafas entre dos páginas concretas de la *Medicina doméstica* del doctor Buchan^[16], y se pasaba todo el día mirando los postigos hasta que ellos volvían. Al parecer, no había modo de convencer a la señora Tickit de que abandonara su puesto delante de los postigos por larga que fuera la ausencia, ni de que renunciara a la asistencia del doctor Buchan, aunque el señor Meagles daba a entender implícitamente que la mujer no había consultado ni una sola de las palabras del docto médico en toda su vida.

Esa noche echaron unas partidas de un juego pasado de moda y Tesoro se sentó detrás de su padre para mirarle las cartas, y también se dedicó, a ratos, a cantar para sus adentros delante del piano. Era una niña mimada, como no podía ser de otro modo. ¿Quién podía tratar a una criatura tan hermosa y tan flexible y no acabar cogiéndole cariño? ¿Quién podía pasar una velada en esa casa sin quererla por la elegancia y el encanto que su presencia imprimía a la estancia? Tales fueron las reflexiones de Clennam, a pesar de la conclusión definitiva a la que había llegado en el piso de arriba.

Mientras estaba entregado a ellas anunció que no iba a seguir jugando.

—Pero ¿en qué está usted pensando? —preguntó un asombrado señor Meagles, que era su compañero.

—Perdón, en nada —contestó Clennam.

—Pues la próxima vez hágame el favor de pensar en algo —le pidió su anfitrión.

Tesoro afirmó entre risas que el señor Clennam estaba pensando en la señorita

Wade.

—¿Y por qué en ella, Tesoro? —quiso saber el padre.

—Eso, ¿por qué en ella? —repitió Arthur.

Tesoro se sonrojó un poco y regresó al piano.

Al despedirse para irse a la cama, a Arthur le pareció oír que Doyce le pedía al anfitrión media hora para hablar de una cuestión por la mañana, antes del desayuno. Éste accedió y Arthur se demoró, pues quería pedirle algo parecido.

—Señor Meagles —le preguntó—, ¿se acuerda de que me aconsejó usted que volviera inmediatamente a Londres?

—Perfectamente.

—¿Y de que me dio otro buen consejo que en ese momento yo necesitaba?

—No creo que fuera muy valioso —respondió el señor Meagles—, pero claro que recuerdo que tuvimos una conversación muy agradable e íntima.

—He seguido ese consejo y, después de haberme desligado de la profesión que me resultaba dolorosa por muchos motivos, quiero dedicarme a otra cosa con todos los medios de los que dispongo.

—¡Espléndido! Cuanto antes, mejor —lo animó el señor Meagles.

—Hoy, mientras venía, me he enterado de que su amigo el señor Doyce busca un socio: no un socio que conozca la mecánica de su oficio, sino la forma y los métodos de sacar el máximo provecho al negocio derivado de ese oficio.

—Eso es —le confirmó el señor Meagles con las manos en los bolsillos y con ese viejo gesto comercial que remitía a la balanza y la palita.

—El señor Doyce me ha comentado de pasada, en el curso de nuestra conversación, que iba a pedirle su valioso consejo para encontrar a ese socio. Si considera posible que nuestras ideas y nuestras oportunidades coincidan, le rogaría que le hiciera saber mi disponibilidad. Hablo, evidentemente, sin conocer los detalles, y cabe la posibilidad de que éstos no convengan a ninguna de las dos partes.

—Sin duda, sin duda —observó el señor Meagles con la cautela que podía asociarse a la balanza y la palita.

—Pero habrá que mirar los números y las cuentas...

—Eso es, eso es —repitió el señor Meagles con la solidez aritmética propia de la balanza y la palita.

—Y estaré más que dispuesto a participar si el señor Doyce da su consentimiento y a usted le parece bien. Por eso, si fuera usted tan amable de encargarse de la cuestión, le estaría enormemente agradecido.

—Clennam, acepto el encargo de mil amores —respondió el señor Meagles—. Y, sin adelantarme a ninguna de las evidentes objeciones que usted, como hombre de negocios, ya ha señalado, me permito afirmar que seguramente la empresa llegará a buen puerto. De una cosa puede estar completamente seguro: Daniel es un hombre

sincero.

—Estaba tan convencido de ello que quería hablar con usted sin más dilación.

—Pero debe usted guiarlo, orientarlo, dirigirlo; tiene un carácter algo caprichoso —le previno, aunque era evidente que sólo quería indicarle que Daniel Doyce hacía cosas nuevas, que recorría caminos nuevos—, pero es de lo más honrado. ¡Buenas noches!

Clennam volvió a su habitación, se sentó delante del fuego y resolvió que se alegraba de haber decidido no enamorarse de Tesoro. Era tan guapa, tan afectuosa, estaba tan dispuesta a recibir cualquier impresión sincera que se ofreciera a su dulce carácter y a su inocente corazón, y a convertir al hombre que tuviera la suerte de transmitírsela en el más afortunado y envidiado del mundo, que se alegraba mucho de haber tomado esa decisión.

Sin embargo, como todo eso podía constituir un motivo para tomar la decisión contraria, volvió a considerarlo brevemente. Para justificarse, quizá.

«Imaginemos a un hombre —pensó— que ha alcanzado la mayoría de edad hace veinte años; que carece de confianza en sí mismo por las circunstancias vividas en su juventud; que es bastante serio por la forma en que se ha desarrollado su vida; que sabe que le faltan un sinnúmero de atractivas cualidades que admira en otros, por haber pasado demasiado tiempo en países lejanos; no tiene nada que mitigue la dureza de su entorno; ni hermanas cariñosas que presentarle; ni un hogar ameno en el que ella pueda darse a conocer; que es un forastero; que no dispone de una fortuna que compense en cierto modo esos defectos; que sólo cuenta con un amor sincero y una disposición general a obrar con rectitud... Imaginemos que ese hombre viniera a esta casa, quedara fascinado por esta muchacha encantadora y concluyera que podía aspirar a conquistarla... ¡Eso sería una gran debilidad!»

Abrió la ventana sin hacer ruido y contempló el río sereno. Año tras año, siempre se veía el curso errante del transbordador, esa velocidad en el fluir de la corriente, aquí los juncos, allá las azucenas, sin incertidumbre, sin desasosiego.

¿Por qué iba él a enfadarse, o su corazón a amargarse? Él no tenía esa debilidad que había imaginado. Nadie la tenía, nadie que él conociera, ¿por qué iba a perturbarlo? No obstante, lo perturbaba. Y pensó (quién no ha pensado alguna vez por un instante) que quizá sería mejor fluir monótonamente como el río y compensar la insensibilidad a la felicidad con la insensibilidad al dolor.

Por la mañana, antes del desayuno, Arthur salió a dar una vuelta por los alrededores. Como hacía buen tiempo y disponía de una hora, cruzó el río en el transbordador y paseó por un sendero que atravesaba unos prados. Al regresar al camino de sirga vio que el transbordador estaba en la otra orilla, y que un caballero que esperaba para cruzar hacía una seña a la embarcación para que parara.

Parecía que el caballero apenas había cumplido los treinta. Iba bien vestido; tenía un aire alegre y vivaracho, el cuerpo fornido y la tez intensamente oscura. Mientras Arthur se aproximaba a la escalerilla, al pie de la ribera, el hombre que esperaba lo observó un instante y en seguida reanudó, perezosamente, la actividad de dar patadas a unas piedras y lanzarlas al agua. Había algo en su forma de moverlas con el talón y de colocarlas para tal efecto que a Clennam le transmitió un sentimiento de crueldad. Casi todos hemos tenido una impresión similar, con mayor o menor frecuencia, al ver a una persona entregada a alguna acción minúscula: arrancar una flor, apartar un obstáculo o incluso destruir un objeto inanimado.

El rostro del caballero denotaba su ensimismamiento: no prestaba atención a un magnífico terranova que lo miraba atentamente, que también contemplaba todas las piedras y que esperaba impaciente la orden de su amo para lanzarse al agua. Pero llegó el transbordador sin que recibiera orden alguna y, cuando la embarcación amarró, el amo lo cogió por la correa y le hizo subir.

—Esta mañana, no —le dijo al animal—. Si estás empapado no serás buena compañía para las damas. Túmbate.

Clennam siguió al hombre y al perro, subió a la embarcación y se sentó. El perro hizo lo que le habían mandado. El hombre se quedó de pie con las manos en los bolsillos, tapándole a Clennam el panorama con su gran altura. Hombre y perro bajaron de un brinco nada más llegar al otro lado y desaparecieron. Él se alegró de perderlos de vista.

Mientras subía por el caminito que conducía a la verja del jardín, en el reloj de la iglesia sonó la hora del desayuno. En cuanto tocó la campanilla unos profundos ladridos lo asediaron desde detrás del muro.

«Anoche no oí ningún perro», pensó. Una de las criadas rubicundas le abrió: en el jardín estaban el terranova y el hombre.

—La señorita Minnie aún no ha bajado, caballeros —anunció la sonrojada portera mientras cruzaban juntos el jardín. Luego le dijo al dueño del perro—: Éste es el señor Clennam.

Y se marchó a paso ligero.

—Qué curioso, señor Clennam, que nos acabemos de ver —comentó el hombre. En ese momento el perro enmudeció—. Permítame que me presente: soy Henry Gowan. ¡Qué lugar tan fabuloso, y qué bonito está hoy!

La actitud era cordial y la voz agradable, pero Clennam siguió pensando que, si no hubiera tomado la firme decisión de no enamorarse de Tesoro, el tal Henry Gowan le habría caído antipático.

—Es la primera vez que viene, por lo que veo —dijo Gowan después de que Arthur elogiara la casa.

—Sí, la primera. Llegué ayer por la tarde.

—¡Ah! Pero ahora no está en su mejor momento. Estaba preciosa en primavera, antes de que se marcharan la última vez. Lamento que no la viera entonces.

Si no hubiera sido por esa decisión de la que se acordaba con tanta frecuencia, Clennam habría lamentado, en respuesta a esa frase amable, que el nuevo visitante no se hallara en el cráter del Etna.

—He tenido el placer de verla en muy diversas circunstancias a lo largo de los últimos tres años, y es... un paraíso.

Estas palabras expresaban un descaro muy hábil, con esa referencia al paraíso (o podrían haberlo expresado si Clennam no hubiera tomado esa sabia decisión). Y la única razón era que el caballero había sido el primero en ver que ella se acercaba y quería que lo oyera llamarla ángel, ¡el muy granuja!

¡Oh, qué radiante estaba, y qué contenta! ¡Cómo acarició al perro, y qué bien la conocía éste! ¡Qué expresivos el rubor de su piel, los gestos nerviosos, la mirada baja, su felicidad titubeante! ¿Cuándo la había visto Arthur así? Claro que no tenía ningún motivo para poder, querer, desear o deber haberla visto así, ni tampoco había esperado verla así cuando lo recibía, pero... ¡nunca se había comportado así delante de él!

Guardó cierta distancia. El tal Gowan, al mencionar el paraíso, se había acercado a ella y le había cogido la mano. El perro le había puesto sus grandes patas en el brazo y había apoyado la cabeza en su amado seno. Ella había reído y les había dado la bienvenida y le había hecho demasiado caso a aquel animal, más que demasiado; esto es, suponiendo que hubiera habido una tercera persona, observando la escena, que la amara.

La muchacha dejó a sus nuevos visitantes, se aproximó a Clennam, le dio la mano y los buenos días e hizo un gesto elegante para que la tomara del brazo y la acompañara a la casa. Gowan no puso ningún reparo. No: sabía demasiado bien que no corría ningún peligro.

Una nube pasajera cruzó el rostro jovial del señor Meagles cuando los tres (o los cuatro contando al perro, que era el miembro más reprobable del grupo si olvidamos

a otro) entraron a desayunar. A Clennam no se le escaparon ni ese gesto ni el leve malestar con el que la señora Meagles se fijó en el animal.

—Bueno, Gowan —dijo el señor Meagles mientras reprimía un suspiro—, ¿cómo se encuentra usted esta mañana?

—Como siempre, señor. León y yo estamos dispuestos a aprovechar al máximo nuestra visita semanal; nos hemos levantado temprano y hemos venido desde Kingston, donde resido ahora y donde estoy haciendo algunos bocetos.

A continuación contó que se había encontrado con el señor Clennam en el transbordador, y que habían llegado juntos.

—Henry, ¿la señora Gowan se encuentra bien? —inquirió la señora Meagles. (Clennam aguzó el oído).

—Mi madre está muy bien, gracias. —Clennam dejó de aguzar el oído—. Me he tomado la libertad de incluir un invitado más a la comida familiar de hoy; espero que no les moleste ni a usted ni al señor Meagles. Me ha sido imposible decir que no —explicó, mirando a este último—. El joven me escribió para pedírmelo; como está bien relacionado, he pensado que no les importaría que lo citara aquí.

—Pero ¿quién es ese joven? —preguntó el señor Meagles con un alborozo peculiar.

—Un miembro de la familia Barnacle. Se trata de Clarence, el hijo de Tite Barnacle, que trabaja en el departamento de su padre. Al menos puedo garantizar que el río no sufrirá daños por su visita. No le prenderá fuego.

—¡Ah, no me diga! —exclamó el señor Meagles—. ¿Así que es un Barnacle? Nosotros sabemos un par de cosillas sobre esa familia, ¿verdad, Dan? ¡Están en lo más alto! Veamos. ¿Cuál es el parentesco entre este joven y lord Decimus? Su señoría se casó, en 1797, con lady Jemima Bilberry, que era la segunda hija del tercer matrimonio... ¡No! ¡Me equivoco! Ésa era lady Seraphina; lady Jemima era la primera hija del segundo matrimonio del decimoquinto conde de Stiltstalking, con la honorable Clementina Toozellem. Muy bien. Entonces, el padre de este joven se casó con una Stiltstalking y el padre de este padre se casó con la prima, que era una Stiltstalking. El padre de este padre que se había casado con una Barnacle se casó con una Joddleby. Estoy retrocediendo demasiado, Gowan; quiero dilucidar cuál es el parentesco entre el joven y lord Decimus.

—Es muy sencillo. Su padre es el sobrino de lord Decimus.

—Sobrino... de... lord Decimus —repitió voluptuosamente el señor Meagles con los ojos cerrados, para que nada le impidiera saborear en su plenitud el árbol genealógico—. Caramba, tiene usted razón, Gowan. Eso es.

—Por tanto, lord Decimus es su tío abuelo.

—¡Un momento! —exclamó el señor Meagles abriendo los ojos, porque acababa de descubrir algo—. En ese caso, por parte de madre, lady Stiltstalking es su tía

abuela.

—Efectivamente.

—¡Vaya, vaya, vaya! —comentó el anfitrión con gran interés—. ¿Conque ésas tenemos? Estaremos muy contentos de verlo. Lo recibiremos lo mejor que podamos dentro de nuestra humildad; en cualquier caso, aquí no se morirá de hambre, o eso espero.

Al inicio de ese diálogo, Clennam había esperado un gran pero inofensivo estallido por parte del señor Meagles, como el del día en que, en el Negociado de Circunloquios, había agarrado a Doyce por el cuello de la camisa. Pero su buen amigo tenía una debilidad tan evidente que no es difícil de imaginar, que las experiencias vividas en Circunloquios, por abundantes que fuesen, no podían mitigar por mucho tiempo. Clennam miró a Doyce, pero éste ya estaba al corriente de todo; miró el plato, no hizo ningún gesto y no dijo nada.

—Le estoy muy agradecido —declaró Gowan para zanjar el asunto—. ¡Clarence es un gran necio, pero uno de los tipos más simpáticos y mejores que existen!

Antes de que acabara el desayuno, se vio que todos los conocidos del tal Gowan eran más o menos necios, o más o menos unos granujas, pero, a pesar de ello, los tipos más simpáticos, más encantadores, más sinceros, más amables, más cariñosos y mejores que existían. El proceso mediante el cual se lograba ese resultado invariable, fueran cuales fueran las premisas, podría haber sido expresado por Henry Gowan del siguiente modo: «Llevo un registro constante, y muy minucioso, de la vida de cada hombre, y anoto todas sus acciones buenas y todas las malas. Lo llevo a cabo concienzudamente, y me complace comunicarles que considero hasta al más inútil de los hombres una persona simpatiquísima, y me hallo en condiciones de presentar un grato informe que demuestra que hay una diferencia mucho menor de lo que tienden ustedes a suponer entre una persona honrada y un golfo». El efecto de este alentador hallazgo era que, al descubrir escrupulosamente el bien en la mayoría de los hombres, en realidad lo rebajaba allá donde existía, y lo exaltaba allá donde no lo había, pero éste era su único rasgo desagradable o peligroso.

Sin embargo, estas declaraciones no procuraron al señor Meagles la misma satisfacción que la genealogía de los Barnacle. La nube que Clennam nunca había visto en su rostro antes de esa mañana volvió a aparecer, y con frecuencia, y en el bello semblante de su mujer se proyectaba la misma sombra cuando observaba inquieta a Gowan. En más de una ocasión, mientras Tesoro acariciaba al perro, le pareció a Clennam que al padre le disgustaban esas caricias; en una ocasión concreta Gowan, que estaba al otro lado del animal, bajó la cabeza al mismo tiempo que ella, y Arthur creyó ver lágrimas en los ojos del anfitrión, que salió apresuradamente de la sala. Quizá también era verdad, o quizá seguía imaginando, que Tesoro no era insensible a esos pequeños incidentes; que intentaba, con un afecto más delicado de

lo habitual, expresarle a su buen padre cuánto lo quería, y que por esta razón se quedó detrás de los demás, al ir y volver de la iglesia, y lo cogió el brazo. No podría haberlo jurado, pero le pareció, mientras paseaba solo por el jardín más tarde, ver fugazmente a Tesoro en la habitación del padre, abrazada a éste y a su madre con la mayor ternura, llorando en el hombro de él.

Como en las últimas horas del día se puso a llover, se quedaron de buena gana en casa, admiraron la colección del señor Meagles y mataron el tiempo charlando. Al tal Gowan le gustaba mucho hablar de sí mismo, cosa que hacía de forma espontánea y divertida. Al parecer se dedicaba al arte y había pasado una temporada en Roma, pero la suya era una actitud diletante, despreocupada, insustancial —una debilidad perceptible tanto en su dedicación al arte como en sus obras— que a Clennam le costaba comprender.

Pidió ayuda a Daniel Doyce, al que se encontró mirando por la ventana.

—¿Conoce usted al señor Gowan? —le preguntó en voz baja.

—Lo he visto aquí. Viene todos los domingos cuando ellos están.

—Es artista, según deduzco de sus palabras.

—Más o menos —respondió el otro con tono hosco.

—¿Cómo que más o menos? —inquirió Clennam con una sonrisa.

—Bueno, se dedica a las artes como quien da un paseo por Pall Mall —contestó Doyce—, pero no creo que a los paseantes les importara tan poco como a él la fría recepción de que es objeto.

Clennam continuó interesándose y se enteró de que la familia Gowan era una ramificación muy lejana de los Barnacle; que al padre, originalmente empleado en una legación en el extranjero, le habían dado un cargo muy bien remunerado en una comisión de no se sabía muy bien qué en algún lugar impreciso; había muerto en el desempeño de sus funciones y sin dejar de recibir todo aquel salario, que defendió noblemente hasta el final. Teniendo en cuenta este eminente servicio público, el Barnacle que en ese momento ostentaba el poder había recomendado a la Corona que se concediera una pensión de doscientas o trescientas libras anuales a la viuda, a la que el siguiente Barnacle en ostentar el poder había añadido unos aposentos tranquilos y sombreados en el palacio de Hampton Court; en ellos residía aún la anciana dama despotricando contra la degeneración de la época y acompañada de otras ancianas damas de ambos sexos. El hijo, Henry Gowan, había obtenido gracias a la herencia de su padre, el comisario, cierta independencia económica en la vida, lo que supone una ayuda muy cuestionable, y le había costado encontrar su camino: más aún considerando que los puestos de funcionario escaseaban y que su talento, en la primera parte de su vida adulta, había sido de una tonalidad exclusivamente parda, concretamente la que encontramos en los picos pardos. Por fin había declarado que se iba a dedicar a la pintura, en parte porque tal actividad siempre le había interesado de

forma ociosa, y en parte para incordiar a los Barnacle que ostentaban el poder y que no le habían solucionado la vida. A partir de aquí, sucedieron varias cosas: en primer lugar, varias damas distinguidas se llevaron un tremendo sofoco; después, en varias veladas se distribuyeron muestras de su obra y se declaró con gran éxtasis que eran Claudes perfectos y Cuyps^[17] perfectos, cuadros perfectos; a continuación, lord Decimus había comprado su retrato, había invitado a cenar impulsivamente al presidente y al consejo y les había asegurado, con su imponente seriedad: «¿Saben ustedes que veo un gran mérito en esta obra?». En resumidas cuentas, gentes de toda condición habían hecho todo lo posible por ponerlo de moda. Pero, sin saber por qué, había fracasado. El público, lleno de prejuicios, se había empeñado en oponerse. Todo el mundo se había empeñado en no admirar el retrato de lord Decimus. Se habían empeñado en creer que en todos los ámbitos, excepto en el propio, una persona debe alcanzar el reconocimiento trabajando de sol a sol, poniendo todo su afán, con todas sus fuerzas. Por eso ahora el señor Gowan, como ese desgastado y viejo ataúd que nunca ha sido de Mahoma ni de nadie, estaba suspendido^[18] entre dos lugares: se mostraba celoso y criticón con el sitio que había abandonado, y celoso y criticón con el sitio que no podía alcanzar.

Esto fue lo que pudo averiguar Clennam esa lluviosa tarde de domingo, y después.

En torno a una hora después de la cena apareció el joven Barnacle acompañado de su monóculo; en honor a sus vínculos familiares, el señor Meagles había dado el resto del día libre a las dos hermosas criadas y las había sustituido por dos hombres de triste semblante. El joven Barnacle se quedó sumamente perplejo y desconcertado al ver a Arthur, y musitó involuntariamente: «¡Pero bueno! ¡Esto es inaudito!», antes de recobrar la compostura.

Después se vio obligado a aprovechar la primera oportunidad para llevarse a su amigo junto a una ventana y a decirle, con una voz nasal que formaba parte de su debilidad general:

—Oiga, Gowan, quiero hablar con usted. ¿Quién es ese tipo?

—Un amigo del anfitrión. Mío no.

—¿Sabía que es un fervoroso radical^[19]? —preguntó el joven Barnacle.

—¿Ah, sí? ¿Cómo lo sabe?

—Verá, señor, el otro día empezó a acosar a los nuestros, fue espantoso. Se presentó en nuestra casa y acosó también a mi padre, hasta tal punto que hubo que echarlo. Volvió a nuestro departamento y me acosó a mí. Es todo un caso, se lo aseguro.

—¿Y qué quería?

—Verá, señor —respondió el joven Barnacle—. ¡Dijo que quería saber! Invadió nuestro departamento sin cita previa, ¡y dijo que quería saber!

La mirada de indignada estupefacción con la que el muchacho acompañó semejante revelación le habría forzado la vista hasta dañársela si no se hubiera presentado el oportuno alivio de la cena. El señor Meagles (que había mostrado un gran interés por saber cómo estaban los tíos del joven) le rogó que acompañara a la señora Meagles al comedor. Cuando el invitado se sentó a la derecha de ésta, el anfitrión parecía tan contento como si hubiera reunido a toda la familia.

Todo el encanto natural del día anterior había desaparecido. Los comensales, al igual que la comida en sí, estuvieron tibios, insípidos, blandos, y todo se debía al soso del joven Barnacle. Siempre poco locuaz, ahora era víctima de un defecto limitado a esta ocasión y únicamente relacionado con el señor Clennam: lo invadía la necesidad imperiosa y continua de mirar a este caballero, lo que ocasionó que el monóculo se le cayera en la sopa, en la copa de vino, en el plato de la señora Meagles, que le colgara por la espalda como la cuerda de una campana y que los hombres de triste semblante se lo tuvieran que colocar de nuevo en el pecho, vergonzosamente. Con el ánimo debilitado por las pérdidas frecuentes de este instrumento, por la determinación de éste de no moverse de su sitio, con el intelecto cada vez más menguado cada vez que miraba al misterioso Clennam, el joven se llevaba al ojo cucharas, tenedores y otros objetos extraños del servicio de mesa. El descubrimiento de semejantes errores aumentaba enormemente su torpeza, pero jamás lo liberaba de la necesidad de contemplar a Clennam. Siempre que éste hablaba, al desventurado joven le acometía un temor profundo y evidente de hallarse en la situación de que el nuevo invitado, mediante un ardid, le exigiera saber, verá usted.

Se puede poner en duda, por tanto, que alguna otra persona aparte del señor Meagles disfrutara de la velada. A éste, sin embargo, la presencia del joven Barnacle le procuraba un enorme placer. Del mismo modo que, en el cuento de las *Mil y una noches*, un solo frasco de agua dorada se convertía en toda una fuente cuando se vertía, el señor Meagles parecía creer que esa pizca de Barnacle daba a su mesa el sabor de todo el árbol genealógico. Ante su presencia, los espléndidos atributos de sinceridad y de autenticidad que caracterizaban al anfitrión perdían fuerza: no se mostraba tan espontáneo, tan natural, se esforzaba por alcanzar algo que no tenía, no era él. ¡Qué peculiaridad tan extraña, tratándose del señor Meagles! ¿Dónde encontraremos un caso similar?

Por fin, terminó el domingo lluvioso dando paso a una noche lluviosa; el joven Barnacle se marchó en un coche, fumando débilmente, y el reprobable Gowan se fue a pie, acompañado por el reprobable perro. Tesoro había hecho todo el día grandes y cordiales esfuerzos para ser simpática con Clennam, pero éste había estado algo reservado desde el desayuno... es decir, lo habría estado si hubiese estado enamorado de ella.

Después de regresar a su habitación y de desplomarse en la butaca delante del

fuego, el señor Doyce llamó a la puerta, vela en mano, para preguntarle cómo y a qué hora pensaba volver al día siguiente. Decidido este asunto, le habló a Doyce del tal Gowan, que habría ocupado gran parte de sus pensamientos si hubiera sido su rival.

—No parece muy prometedor como pintor —observó Clennam.

—No —confirmó Doyce.

Este último seguía de pie, con la palmatoria en una mano y la otra en el bolsillo, mirando de hito en hito la llama de la vela con cierto gesto de tranquilidad que expresaba el convencimiento de que iban a seguir hablando.

—He visto a nuestro buen amigo un poco cambiado y desanimado después de esta mañana —aventuró Clennam.

—Sí —convino Doyce.

—Pero a su hija no —prosiguió Clennam.

—No —dijo Doyce.

Se produjo un silencio por ambas partes. El señor Doyce, sin apartar la vista de la llama, añadió lentamente:

—Lo cierto es que se ha llevado a la hija dos veces al extranjero con la esperanza de separarla del señor Gowan. Cree que ella podría verlo con buenos ojos, y las perspectivas de semejante matrimonio le inspiran unas dudas incómodas, con las que yo coincido, como me atrevo a decir que coincide usted.

—Se han... —preguntó Clennam antes de ahogarse, toser y detenerse.

—Se ha resfriado usted —observó Doyce sin mirarlo.

—Se han comprometido, ¿verdad? —añadió Clennam como si no le diera importancia.

—No. Según me han contado, nada de eso. El caballero ha solicitado el compromiso, pero éste no se ha concretado. Desde su reciente regreso, nuestro amigo ha hecho una visita semanal, pero hasta aquí han llegado las cosas. Usted ha viajado con ellos, y creo que conoce el vínculo existente entre los dos jóvenes, que supera incluso las fronteras de este mundo. No me cabe duda de que vemos todo lo que sucede entre la señorita Minnie y el señor Gowan.

—¡Ah! ¡Ya vemos bastante! —gritó Arthur.

El señor Doyce le dio las buenas noches con el tono de una persona que ha oído una exclamación lastimera, por no decir desesperada, y que quiere infundir ciertos ánimos y cierta esperanza en el espíritu de la persona que la ha pronunciado. Seguramente tal tono era otra de sus rarezas de hombre caprichoso, porque ¿cómo iba a haber oído eso sin que Clennam también lo oyera?

La lluvia caía torrencialmente sobre el tejado, tamborileaba en el suelo y goteaba entre las plantas de hoja perenne y las ramas peladas de los árboles. La lluvia caía torrencial, lúgubrememente. Era una noche de lágrimas.

Si Clennam no hubiera decidido no enamorarse de Tesoro; si hubiera sido débil y

lo hubiera hecho; si se hubiera animado, poco a poco, a dedicar toda la sinceridad de su naturaleza, toda la fuerza de su esperanza, toda la riqueza de su carácter maduro, a esa posibilidad; si hubiera hecho eso y hubiera descubierto que todo estaba perdido, habría estado, esa noche, indescriptiblemente abatido. Pero en realidad...

Pero en realidad la lluvia caía torrencial, lúgubrementemente.

Capítulo XVIII

El pretendiente de la pequeña Dorrit

La pequeña de los Dorrit no había cumplido los veintidós años sin que le saliera un pretendiente. Incluso en la insalubre cárcel de Marshalsea, el arquero eternamente joven disparaba de vez en cuando con un arco mohoso algunas flechas sin plumas, y alcanzaba a un par de reclusos.

Sin embargo, el pretendiente de la pequeña Dorrit no era un recluso. Se trataba del hijo sentimental de un carcelero. El padre de éste esperaba, con el tiempo, dejarle como herencia una llave inmaculada, y le había enseñado desde muy temprano las obligaciones de la profesión, pues aspiraba a que las cerraduras de la cárcel siguieran en manos de la familia. Mientras tal sucesión se materializaba, el chico se dedicaba a ayudar a su madre a regentar un estanco de las inmediaciones, en la esquina de Horsemonger Lane (el padre no dormía en la cárcel), que siempre gozaba de excelentes relaciones con el interior de la prisión.

Muchos años antes, cuando el objeto de su amor se sentaba en una butaquita al lado de las altas verjas, el joven John (de apellido Chivery), un año mayor que ella, la contemplaba con asombro y admiración. Cuando jugaba con ella en el patio, su juego preferido era fingir que la atrapaba en las esquinas, y fingir que la liberaba a cambio de besos de verdad. Cuando se hizo lo bastante alto para espiar por el ojo de la enorme cerradura de la puerta principal, varias veces había faltado a la comida o a la cena que se servía en casa de su padre, en el exterior, para mirar, mientras recibía una corriente fría en un ojo, a través de esa espaciosa perspectiva.

Si la fe de John hijo flaqueó en algún momento en esos días incomprensibles en que la juventud tiende a llevar los cordones de las botas desatados y es felizmente inconsciente de los órganos digestivos, no tardó en recuperarla y reforzarla. A los diecinueve años, el día del cumpleaños de la muchacha, la mano del joven escribió en tiza, en la parte del muro que quedaba delante de su habitación: «¡Bienvenida, dulce hija de las hadas!». A los veintitrés, esa misma mano ofrecía temblorosa puros habanos al Padre de Marshalsea y padre de la reina de su alma.

El joven John era bajo, de piernas débiles y un cabello rubio debilísimo. Uno de sus ojos (quizá aquel con el que espiaba por la cerradura) también era débil y parecía más grande que el otro, como si no pudiera cerrarse. Además, el joven John era delicado. Pero de gran corazón. De temperamento poético, expresivo, leal.

Aunque demasiado humilde delante de la dueña de su corazón para mostrarse apasionado, John había estudiado al objeto de su cariño con todas sus luces y sus sombras. Después de obtener un resultado ventajoso, había vislumbrado, sin exagerar,

una situación muy apropiada. Imaginemos que la cosa prosperaba y que ellos se casaban. Ella, la hija del Padre de Marshalsea; él, hijo del carcelero. Era conveniente. Imaginemos que él se convertía en carcelero residente. Ella pasaría a ocupar oficialmente la habitación que había alquilado tanto tiempo. Era algo magnífico y conveniente. Desde allí se veía la pared si uno se ponía de puntillas; con un enrejado por el que treparan unas judías pintas y un canario, o algo así, podría convertirse en todo un cenador. La idea era encantadora. Después, como sólo se tendrían el uno al otro, hasta la cerradura rezumaría una conveniente elegancia. El mundo no pasaría de las puertas cerradas (excepto la parte de éste que quedara en el interior); sólo conocerían el tráfigo y el alboroto por los comentarios, de las descripciones de los peregrinos que se entretuviesen un rato con ellos antes de dirigirse al Altar de los Insolventes; tendrían el cenador arriba y sus dependencias debajo; navegarían por el río del tiempo en una felicidad doméstica y pastoral. John hijo se secó unas lágrimas al concluir la estampa con una lápida en el cementerio de al lado de la cárcel, en la que se leería la siguiente y conmovedora inscripción: «En memoria de JOHN CHIVERY, carcelero durante sesenta años, carcelero principal durante cincuenta, de la vecina prisión de Marshalsea, que pasó a mejor vida entre la admiración universal, el 31 de diciembre de 1886, a los ochenta y tres años. También en memoria de su amada y devota mujer, AMY, cuyo apellido de soltera era DORRIT, que no lo sobrevivió ni cuarenta y ocho horas, y que exhaló su último suspiro en la ya mencionada cárcel de Marshalsea. En ella nació, en ella vivió, en ella murió».

Los padres de Chivery no desconocían los sentimientos del hijo; estos sentimientos lo habían sumido excepcionalmente en un estado de ánimo que lo había llevado a responder a los clientes de forma irascible, y a perjudicar el negocio; pero los padres también habían vislumbrado las conclusiones más halagüeñas de tal afecto. La señora Chivery, una mujer prudente, había señalado a su marido que las posibilidades de John de obtener el puesto de carcelero se verían indudablemente reforzadas si se casaba con la señorita Dorrit, que también tenía ciertos derechos dentro de la prisión, donde era muy respetada. La señora Chivery había señalado a su marido que, por un lado, su John gozaba de una buena situación y de un puesto de responsabilidad, pero la señorita Dorrit, por otro lado, tenía una familia; y era su opinión (la de la señora Chivery) que con dos mitades se conseguía el todo. También, hablando como madre y no como diplomática, señaló a su marido, en otro orden de cosas, que su John nunca había sido fuerte, que el amor que sentía ya le había causado suficientes inquietudes y preocupaciones sin necesidad de cometer ningún disparate, y quién sabe si no lo cometería en caso de enfadarse. Estos argumentos habían obrado un efecto tan grande en el ánimo del señor Chivery, hombre de pocas palabras, que algunos domingos por la mañana le había dado a su muchacho lo que él llamaba un «toque de la suerte», con el que consideraba que atraía sobre él la buena

fortuna, a fin de que, el día en que declarase su amor, saliera victorioso. Pero el joven John nunca había hecho acopio del valor necesario para declararse, y era fundamentalmente en esas ocasiones cuando volvía alterado al estanco y se ponía desagradable con los clientes.

En esta cuestión, como en todas las demás, la pequeña Dorrit fue la última persona a la que se tuvo en cuenta. Su hermano y su hermana estaban al corriente de la situación, y consiguieron cierta preeminencia utilizando la situación como una percha en la que exhibir esa vieja y tristemente desgastada ficción sobre la alta alcurnia de su familia. Su hermana hacía gala de semejante alcurnia mofándose del pobre chico cuando éste deambulaba por la cárcel intentando atisbar a su amada. Tip, por su parte, manifestaba la alcurnia familiar, y la suya propia, adoptando el papel del hermano aristocrático, dedicándose a pasearse altivamente por el pequeño campo donde los muchachos jugaban a los bolos y fingiendo que agarraba algo por el pescuezo, para indicar la amenazadora posibilidad de que un caballero desconocido matara un cachorrito no mencionado. No eran los únicos miembros de la familia Dorrit que sacaron provecho de la situación. No, no. Aparentemente, el Padre de Marshalsea no sabía nada, como no podía ser de otro modo: su honor no podía rebajarse hasta tal punto. Pero los domingos aceptaba los habanos, y le alegraba que se los dieran; a veces incluso accedía a pasear por el patio con el donante (en esa época henchido de orgullo y esperanza), y a fumarse uno con gran benevolencia a su lado. Con la misma prontitud y condescendencia recibía las atenciones del señor Chivery, que siempre le cedía la butaca y el periódico cuando estaba de servicio y él aparecía en la portería; incluso le había dicho que si en algún momento, después del ocaso, quería salir al patio delantero y mirar la calle, nada se lo impediría. Si no se sirvió de esta última deferencia fue porque había dejado de interesarle; pero aceptaba en cambio todos los demás favores, y a veces decía: «Chivery es un hombre educadísimo, muy atento y muy respetuoso. El hijo también; comprende perfectamente la posición que ocupo aquí. Los Chivery constituyen una familia de conducta intachable, de eso no cabe duda. Se portan muy bien, y eso me complace».

Entre tanto, el joven y devoto John reverenciaba a los Dorrit. Jamás osó poner en duda sus pretensiones, y se creía todas las deplorables supercherías a las que se entregaban. Respecto a las ofensas que le infligía el hermano de Amy, le habría parecido, aunque su carácter no hubiera sido naturalmente pacífico, que criticar verbalmente o agredir físicamente al sagrado caballero habría sido un sacrilegio. Lamentaba que el noble espíritu del hermano se sintiera deshonrado con tanta facilidad, pero le parecía que eso no era incompatible con su nobleza, e intentaba aplacar y contentar a esa alma gallarda. Al padre, un caballero desventurado, un caballero de gran refinamiento y modales corteses, que siempre era paciente con él, lo respetaba profundamente. A la hermana la consideraba algo vanidosa y orgullosa,

aunque también la veía como una joven dama de infinitos méritos incapaz de olvidar el pasado. Era un reflejo instintivo de la valía de la pequeña Dorrit, y algo que la distinguía de los demás, que el pobre muchacho la honrara y la quisiera sencillamente por ser como era.

El estanco de la esquina de Horsemonger Lane estaba en un edificio rústico de dos pisos que se beneficiaba del aire de los patios de la vecina cárcel de Horsemonger Lane, y que tenía la ventaja de que desde él se podía dar un tranquilo paseo delante del muro de esa agradable institución. La tienda era modesta y no necesitaba un cartel de gran tamaño, pero había uno pequeño, colgado de la jamba, que parecía un querubín caído que hubiera creído necesario ataviarse con una falda escocesa^[20].

Por la puerta así decorada salió John hijo un domingo, después de darse prisa en terminar la comida preparada en el horno, con el fin de cumplir con el habitual recado de los domingos; no salía con las manos vacías: llevaba los habanos que regalaba habitualmente. Iba muy bien vestido con una chaqueta de color ciruela y un cuello de terciopelo del máximo tamaño que su cuerpo podía aguantar; un chaleco de seda adornado con espigas doradas; un sencillo pañuelo atado al cuello, muy en boga aquellos días, en el que se habían representado unos faisanes de color lila sobre un terreno ocre; pantalones con tantas franjas laterales que cada pierna parecía un laúd de tres cuerdas; y un sombrero imponente, muy alto y muy duro. Cuando la prudente señora Chivery se percató de que, además de semejantes galas, John había cogido un par de guantes de cabritillo y un bastón que recordaba a un poste, coronado por un mango de marfil que le indicaba el camino que debía seguir, y lo vio doblar la esquina, a la derecha, en perfecto estado de revista, le comentó al señor Chivery, que se hallaba en casa en ese momento, que creía saber lo que se avecinaba.

Los reclusos recibían un elevado número de visitas esa tarde de domingo, y el Padre de Marshalsea se había quedado en su habitación para atender a los huéspedes. Después de recorrer el patio, el pretendiente de la pequeña Dorrit subió las escaleras con gran premura y llamó a la puerta del padre.

—¡Pase, pase! —respondió una gentil voz. La del padre de ella, el Padre de Marshalsea. Estaba sentado y llevaba el gorro negro de terciopelo; había dejado apresuradamente el periódico de un chelín en la mesa; habían colocado dos sillas. Todo estaba preparado para recibir a la corte—. ¡Ah, joven John! ¿Cómo está usted, cómo está usted?

—Muy bien, gracias, señor. Espero que usted también.

—Sí, John Chivery, sí. No me puedo quejar de nada.

—Señor, me he tomado la libertad de...

—¿Eh? —El Padre de Marshalsea siempre alzaba las cejas en ese momento, adoptaba un gesto afable y distraído, y sonreía absorto.

—Unos habanos, señor.

—¡Oh! —Excesivamente sorprendido, dadas las circunstancias—. Gracias, joven John, gracias. Aunque me temo que soy demasiado... ¿No? Está bien, no diré nada más. Déjelos en la repisa, por favor. Y siéntese, siéntese. Aquí está usted en su casa.

—Gracias, señor, desde luego que lo estoy. La señorita... —El joven John empezó a dar vueltas al enorme sombrero con la mano izquierda, como la rueda que gira lentamente en la jaula de un ratón—. ¿Se encuentra bien la señorita Amy, señor?

—Sí, John, sí, muy bien. Ha salido.

—No me diga, señor.

—Sí. Se ha marchado a dar un paseíto al aire libre. Mis chiquillos salen mucho. Aunque, con la edad que tienen, es normal.

—Desde luego. Así es, señor.

—Un paseíto. Un paseíto. Sí. —Tamborileó débilmente en la mesa con los dedos y dirigió la mirada a la ventana—. Amy ha salido a dar un paseo por el Puente de Hierro. Últimamente se ha aficionado mucho a ese puente, parece que es su sitio preferido para pasear. —Volvió a la conversación—. Su padre no está ahora de servicio, ¿verdad, John?

—No, señor, entra más tarde. —Otro giro del gran sombrero, y el muchacho dijo mientras se ponía en pie—: Me temo que debo despedirme de usted, señor.

—¿Ya? Adiós, John. No, no —añadió con la mayor de las condescendencias—, no hace falta que se quite el guante. Me puede estrechar la mano con él puesto. Aquí está usted como en su casa.

Muy satisfecho con la amabilidad con que había sido recibido, el joven bajó las escaleras. Mientras descendía se encontró con varios reclusos que acompañaban a visitantes que querían ser presentados; el señor Dorrit le dijo desde la barandilla, de forma especialmente audible:

—¡Le agradezco mucho el regalito, John!

El pretendiente de la pequeña Dorrit no tardó en dejar un penique en el platillo del Puente de Hierro, y accedió a él en busca de esa figura tan conocida y tan querida. Primero temió no encontrarla, pero, mientras cruzaba a la otra orilla, la vio muy quieta y contemplando el agua. Estaba ensimismada; se preguntó en qué pensaría. Desde allí se divisaba una gran cantidad de tejados y chimeneas, con menos humo que en los días laborables; también se divisaban los mástiles y los campanarios lejanos. Quizá pensara en ellos.

Ella caviló tanto tiempo y estaba tan abstraída que, aunque el pretendiente no le dijo nada durante un rato que le pareció larguísimo, y se marchó dos o tres veces para después volver, cada vez la encontraba inmóvil. Al final resolvió seguir caminando, fingir que se topaba con ella por casualidad y decirle algo. Todo estaba en silencio; debía hablar con ella entonces o callar para siempre.

Siguió andando; Amy no oyó los pasos hasta que casi la había alcanzado. Cuando

él dijo: «¡Señorita Dorrit!», se sobresaltó y se apartó con una expresión asustada y cierto disgusto que al muchacho le causó una congoja indecible. Ella ya se había zafado de él muchas veces: en realidad, llevaba mucho tiempo haciéndolo. Se había dado la vuelta y se había marchado tan frecuentemente al ver que se le acercaba que el pobre John no podía pensar que fuera casual. Pero había confiado en que se debiera a la timidez, a un carácter apocado, a que ella ya supiera lo que él sentía, a cualquier cosa, pero no a la aversión. Ahora, esa mirada fugaz había dicho: «¡Precisamente tenías que ser tú! ¡La última persona a quien querría ver!».

Sólo había sido fugaz porque Amy en seguida se había contenido, añadiendo con su suave vocecita: «¡Oh, señor John! ¿Es usted?». Pero se daba cuenta de lo que había pasado, y él se daba cuenta de lo que había pasado; y se quedaron mirándose en un estado de confusión similar.

—Señorita Amy, me temo que la he asustado al dirigirla la palabra.

—Sí, bastante. Había... había venido aquí para estar sola, y creía estarlo.

—Me he tomado la libertad de acercarme porque el señor Dorrit me ha dicho de pasada, cuando lo he visitado hace un momentito, que usted...

Ella le causó una tristeza aún mayor al ocultar el rostro y musitar de pronto, con un tono desgarrador: «¡Ay, padre, padre!».

—Señorita Amy, espero no haberla inquietado hablándole del señor Dorrit. Le aseguro que lo he visto muy bien, de un ánimo excelente; me ha tratado con una amabilidad aún mayor que la habitual: tan amable ha sido que incluso me ha dicho que me sintiera como en mi casa, y ha sido enormemente atento conmigo.

Para indescriptible consternación del pretendiente, la pequeña Dorrit se llevó las manos al rostro y, meciendo el cuerpo, como poseída por un dolor muy intenso, murmuró:

—¡Ay, padre, padre, cómo has podido! ¡Querido padre, cómo has podido hacerlo!

El pobre tipo se quedó mirándola con gran compasión pero sin saber cómo tomarse su reacción, hasta que Amy se sacó el pañuelo, se tapó con él la cara, que aún tenía oculta, y se marchó rápidamente. Al principio él no se movió, pero después echó a correr detrás de ella.

—¡Señorita Amy, se lo ruego! Tenga la bondad de detenerse un momento. Señorita, si es necesario, seré yo el que se vaya. No soportaría pensar que la he obligado a marcharse de este modo.

Su voz trémula y su sincera seriedad frenaron a la pequeña Dorrit.

—¡Oh, no sé qué hacer! —gimió—. ¡No sé qué hacer!

Para el joven John, que nunca la había visto perder su callado dominio de sí misma, que desde la infancia la había visto obrar con medida y discreción, esa angustia lo dejó estupefacto; y, como tuvo que considerar la causa, la estupefacción fue tal que se le cayó el sombrero. Sintió la necesidad de explicarse. Tal vez se tratara

de un malentendido: quizá había dicho algo o hecho algo sin darse cuenta. Le suplicó que le permitiera explicarse, asegurándole que era el mayor favor que podía hacerle.

—Señorita Amy, sé perfectamente que su familia ocupa una posición muy superior a la mía. Sería inútil negarlo. Que yo sepa, entre los Chivery nunca ha habido un caballero, y no voy a cometer la tropelía de faltar la verdad en una cuestión tan trascendental. Señorita Amy, sé perfectamente que su noble hermano y su enérgica hermana me miran por encima del hombro. Lo que debo hacer es respetarlos, esperar que acepten mi amistad y admirar su rango eminente desde mi lugar inferior (ya que, tanto si mi sitio se halla en el estanco o en las puertas de la cárcel, sé que ocupo una posición humilde), y desearles bienestar y felicidad.

Lo cierto es que había en el pobre muchacho una autenticidad y un contraste entre la rigidez de su sombrero y la delicadeza de su corazón (y quizá también de sus pensamientos) que resultaba conmovedor. La pequeña Dorrit le pidió que no se despreciara a sí mismo ni menospreciara su posición y que, sobre todo, se quitara de la cabeza la idea de que ella era superior a él. Eso procuró cierto consuelo al joven.

—Señorita Amy —añadió entonces entre titubeos—, llevo muchísimo tiempo... tengo la impresión de que toda una eternidad... deseando decirle una cosa. ¿Puedo decírsela?

Ella se apartó otra vez, sin querer, con una sombra levísima del semblante anterior; consiguió controlar el gesto y cruzó la segunda mitad del puente a gran velocidad, sin responder.

—Señorita Amy, se lo pido con toda humildad... ¿puedo decírselo? Ya he tenido la mala suerte de apenarla sin pretenderlo, ¡lo juro! Así que no tema, no hablaré a menos que me dé permiso. Puedo estar triste solo, puedo sufrir solo; ¿por qué iba a llevar más tristeza y sufrimiento a la persona por la que me tiraría por ese pretil, si eso le procurara un instante de felicidad? Tampoco es que esa acción valga mucho: lo haría por dos peniques.

Su ánimo abatido y su apariencia vistosa podrían haberle dado un aspecto ridículo, pero su delicadeza le confería dignidad. Esa dignidad inspiró a la pequeña Dorrit lo que debía responder.

—John Chivery, se lo ruego —dijo temblando, pero con calma—, dado que tiene usted la consideración de preguntarme si debe seguir hablando... le ruego que no lo haga.

—¿Nunca, señorita Amy?

—Nunca, se lo ruego.

—¡Dios mío! —exclamó el joven John.

—Pero permítame decirle algo. Quiero decírselo con toda seriedad, con la mayor sencillez y claridad posibles. Cuando piense en nosotros, es decir, en mis hermanos y en mí, no nos considere distintos a los demás; fuéramos lo que fuéramos en el pasado

(cosa que yo desconozco), dejamos de serlo hace mucho tiempo, y jamás lo volveremos a ser. Les convendrá mucho más, a usted y a otros, obrar como le indico, y no como actúan ahora.

El joven replicó compungido que intentaría recordarlo y que le alegraría mucho hacer cualquier cosa que ella le pidiera.

—Por mi parte —continuó la pequeña Dorrit—, piense en mí lo menos posible; cuanto menos, mejor. Cuando se acuerde de mí, John, véame simplemente como aquella niña a la que vio crecer en la cárcel, siempre ocupada con sus obligaciones; véame como una muchacha débil, tímida, desprotegida y que se conforma con lo que tiene. Quiero que recuerde especialmente que, cuando salgo por esa la puerta para ir al exterior, estoy desprotegida y sola.

Él intentaría todo lo que ella quisiera. Pero ¿por qué ponía tanto empeño en que recordara eso?

—Porque sé que usted no olvidará este día —respondió la muchacha—, y que no volverá a hablarme de él. Es tan generoso que sé que puedo confiar en usted; confío, y siempre será así. Le voy a demostrar ahora mismo hasta dónde alcanza mi confianza en usted. Este lugar en el que estamos es el que más me gusta en el mundo —prosiguió; su leve rubor se había desvanecido, pero al pretendiente le pareció que reaparecía en ese momento—, y es probable que venga aquí muchas veces. Sé que me basta con pedírselo para estar segura de que no volverá a buscarme aquí. ¡Y estoy muy segura!

El joven le confirmó que podía darlo por hecho. Se sentía profundamente desgraciado, pero las palabras de ella eran más que órdenes para él.

—Adiós, John —dijo la pequeña Dorrit—. Espero que algún día encuentre una buena mujer y que sea feliz. Estoy convencida de que merece serlo y de que lo será.

Acto seguido le tendió la mano, y el corazón que se cubría con el chaleco decorado con espigas (de muy pobre manufactura, todo sea dicho) se hinchó hasta adquirir el tamaño del de un caballero; como el pobre hombre común que lo albergaba no disponía de espacio suficiente para él, se echó a llorar.

—Oh, no llore —dijo la pequeña Dorrit con compasión—. ¡No llore! Adiós, John. ¡Que Dios lo bendiga!

—¡Adiós, señorita Amy!

Y se alejó de ella, pero no sin fijarse en que se sentaba en la esquina de un banco y no sólo apoyaba la manita en el tosco muro, sino también la cara, como si le pesara la cabeza y la embargaran pensamientos tristes.

Era un ejemplo conmovedor del fracaso de los proyectos humanos ver al pretendiente, con el sombrero enorme calado hasta los ojos, el cuello de terciopelo subido como si lloviera, la chaqueta de color ciruela abotonada para tapar el chaleco de seda adornado con espigas doradas, y el pequeño poste que señalaba

inexorablemente el camino al hogar, avanzando sigilosamente por los peores callejones y redactando mientras caminaba una nueva inscripción para una lápida del cementerio de Saint George. Esta inscripción decía lo siguiente: «Aquí reposan los restos mortales de JOHN CHIVERY, que nunca hizo nada digno de mención y que murió a finales del año 1826 porque le rompieron el corazón; antes de exhalar el último suspiro pidió que grabaran la palabra AMY encima de sus cenizas, deseo que cumplieron fielmente sus afligidos padres».

Capítulo XIX

Las relaciones sociales del Padre de Marshalsea

Los hermanos William y Frederick Dorrit, cuando paseaban arriba y abajo por el patio del Internado —por supuesto, por el aristocrático lado de la bomba de agua, pues el Padre ponía mucho empeño en no mezclarse con sus hijos en la zona pobre, excepto los domingos por la mañana, en Navidades y en otras fechas señaladas, principio que respetaba puntualmente; en esas ocasiones, ponía la mano en la cabeza de sus ahijados y bendecía a esos jóvenes insolventes con una benignidad muy edificante—, constituían una estampa memorable. Frederick, el hermano libre, estaba tan humillado, abatido, agotado y deslucido, y William, el preso, era tan distinguido, condescendiente y benévolamente consciente de su posición que, sólo por eso, si no por más motivos, los hermanos eran un espectáculo digno de verse.

Paseaban por el patio la misma tarde en que la pequeña Dorrit se había encontrado con su enamorado en el Puente de Hierro. Las tareas oficiales habían terminado ya aquel día, el Salón había estado muy concurrido, habían tenido lugar varias presentaciones nuevas, los tres chelines y seis peniques depositados en la mesa, como por casualidad, habían llegado a convertirse, también como por casualidad, en doce chelines, y el Padre de Marshalsea descansaba ahora dando unas caladas a un cigarro. Mientras paseaba arriba y abajo, ajustando el ritmo afectuosamente al paso renqueante de su hermano, más considerado con esa pobre criatura que orgulloso de su superioridad, compartiendo la carga de sus males y exhalando tolerancia con cada bocanada que, tras salir de sus labios, intentaba pasar por encima de la tapia coronada con pinchos afilados, componía una estampa digna de verse.

Su hermano Frederick, el de los ojos turbios, manos torpes, silueta encorvada y cabeza obtusa, arrastraba los pies, sumiso, a su lado, aceptando su autoridad como aceptaba cualquier otro incidente del mundo laberíntico en que se había perdido. Llevaba en la mano el habitual papelito marrón retorcido del que, una y otra vez, sacaba un pellizquito de rapé. Tras aspirarlo tembloroso, contemplaba a su hermano no sin admiración, unía las manos a la espalda y seguía caminando, arrastrando los pies, a su lado, hasta que volvía a tomar otro pellizco de rapé o se detenía para mirar a su alrededor... tal vez echando de menos, de repente, el clarinete. Los visitantes del Internado iban desapareciendo a medida que las sombras de la noche avanzaban, pero el patio seguía bastante lleno, ya que los internos habían salido de sus habitaciones para acompañar a sus amigos hasta la portería. Mientras los dos hermanos recorrían el patio, William, el preso, miraba a un lado y a otro, dispuesto a recibir y devolver

los saludos alzando elegantemente el sombrero y, con aire amabilísimo, a impedir que Frederick, el libre, tropezara con la gente o lo empujaran contra la tapia. Como institución, los internos no eran fácilmente impresionables, pero incluso ellos, en diversos grados, parecían considerar que los dos hermanos ofrecían una imagen digna de verse.

—Te veo un poco alicaído esta tarde, Frederick —dijo el Padre de Marshalsea—. ¿Pasa algo?

—¿Si pasa algo? —abrió un instante los ojos y luego agachó de nuevo la cabeza—. No, William, no. No pasa nada.

—Si pudiera convencerte de que te arreglaras un poco, Frederick...

—¡Sí, sí! —se apresuró a contestar el anciano—. Pero no me convencerás, no me convencerás. No me hables así. Todo ha terminado.

El Padre de Marshalsea miró de soslayo a un miembro del Internado que pasaba a su lado, una de sus amistades, como si dijera: «Es un anciano debilitado; pero es mi hermano, caballero, mi hermano ¡y la voz de la sangre es poderosa!», mientras lo apartaba de la palanca de la bomba de agua tirándole de la manga raída. Habría estado perfecto en el papel de guía fraternal, filósofo y amigo, si, en realidad, hubiera apartado a su hermano de la ruina en lugar de haberlo arrastrado a ella.

—William —dijo el objeto de sus afectuosos desvelos—, me parece que estoy cansado y quiero irme a casa a la cama.

—Querido Frederick —contestó el otro—, no te retengo, no sacrifiques tus deseos por mí.

—Imagino que la edad, estas horas avanzadas y las atmósferas cargadas acaban con mis fuerzas.

—Querido Frederick —contestó el Padre de Marshalsea—, ¿crees que te cuidas lo suficiente? ¿Te parece que tus costumbres son tan precisas y metódicas como... las mías, por ejemplo? Por no volver a la pequeña excentricidad de la que te he hablado hace un momento. Me gustaría saber si respiras aire puro y haces suficiente ejercicio, Frederick. Aquí tienes este paseo, siempre a tu disposición, ¿por qué no vienes más regularmente?

—Ah —dijo el hermano con un suspiro—: sí, sí, sí, sí.

—De nada sirve que digas que sí, sí, querido Frederick, a menos que actúes en consecuencia —insistió el Padre de Marshalsea con afable sabiduría—: mírame a mí, Frederick. En cierto modo, soy un ejemplo. La necesidad y los años me han enseñado lo que tengo que hacer. A determinadas horas del día, me encontrarás en el paseo, en mi habitación o en la portería, leyendo el periódico, recibiendo visitas, comiendo y bebiendo. Por ejemplo, durante estos años, he inculcado a Amy que debo comer puntualmente. Amy ha crecido conociendo la importancia de estas medidas y ya sabes lo buena chica que es.

El hermano se limitó a suspirar de nuevo mientras avanzaba trabajosamente, perdido en sus ensoñaciones.

—Ah, sí, sí, sí.

—Querido hermano —dijo el Padre de Marshalsea, poniéndole la mano en el hombro y azuzándolo con tibieza; con tibieza, precisamente, debido a su debilidad, pobrecillo—: eso ya lo has dicho antes y no expresa gran cosa, aunque signifique mucho. Me gustaría animarte, mi querido Frederick; necesitas un poco de ánimo.

—Sí, William, sí. Sin duda —contestó Frederick, alzando sus ojos débiles—. Pero es que yo no soy como tú.

Encogiéndose de hombros con un gesto de modestia, el Padre de Marshalsea contestó:

—Oh, querido Frederick, podrías ser como yo. ¡Si quisieras, podrías! —Y, con la magnanimidad propia de su fortaleza, no presionó más al hermano caído.

Como era frecuente los domingos al atardecer, los rincones se llenaban de despedidas; y aquí y allá, en la oscuridad, alguna pobre mujer, esposa o madre, lloraba con algún nuevo miembro del Internado. Había pasado ya el tiempo en que también el Padre lloraba en las sombras de aquel patio, igual que había llorado su pobre esposa. Pero eso había sido muchos años antes y ahora era como el pasajero embarcado en un largo viaje que, tras recuperarse del mareo, se impacienta con la debilidad de los que han subido a bordo en el último puerto. Se sentía inclinado a reprobar esa actitud y a expresar su opinión de que las personas incapaces de contener las lágrimas poco tenían que hacer allí. Con gestos, si no con palabras, siempre daba muestras de oposición a semejantes interrupciones de la armonía general; y la oposición se entendía tan bien que quienes infringían la norma acostumbraban a retirarse si advertían su presencia.

Aquel domingo por la tarde acompañó a su hermano a la puerta con actitud de resistencia y compasión, pues se sentía generoso y bien dispuesto a tolerar las lágrimas. Varios internos se reconfortaban junto a la brillante luz de gas de la portería; algunos se despedían de los visitantes y otros, que no habían recibido visita, contemplaban el giro frecuente de la llave y conversaban entre sí o con el señor Chivery. Como es natural, la entrada del Padre no pasó inadvertida; y el señor Chivery, llevándose la llave al sombrero (aunque con un gesto muy parco), le preguntó si se encontraba razonablemente bien.

—Gracias, Chivery, bastante bien, ¿y usted?

El señor Chivery contestó con un leve gruñido que no estaba mal, tal como acostumbraba a responder cuando le preguntaban por su salud y estaba de un ánimo un poco sombrío.

—Chivery, hoy he recibido visita de John hijo. Y le aseguro que iba muy elegante.

Eso había oído decir el señor Chivery, aunque debía confesar que preferiría que su hijo no gastara tanto dinero en arreglarse. ¿De qué servía? A cambio sólo obtenía disgustos, y los disgustos bien podía encontrarlos en cualquier sitio y, además, gratis.

—¿De qué disgustos me habla, Chivery? —preguntó el bondadoso Padre.

—Da lo mismo —contestó el señor Chivery—, no se preocupe. ¿Va a salir el señor Dorrit?

—Sí, Chivery, mi hermano se va a casa a acostarse. Está cansado y no se encuentra muy bien. Cuídate, Frederick, cuídate. Buenas noches, querido Frederick.

Tras estrechar la mano a su hermano y después de alzar levemente el sombrero grasiento para saludar a la concurrencia de la portería, Frederick salió lentamente, arrastrando los pies, por la puerta que el señor Chivery le había abierto. El Padre de Marshalsea, con la amable solicitud de un ser superior, veló para que no sufriera ningún daño.

—Chivery, tenga la amabilidad de mantener la puerta abierta un momento para que lo vea recorrer el pasillo y bajar las escaleras. ¡Cuidado, Frederick! (Está muy delicado). ¡Atención a los escalones! (Es tan despistado). Cuidado al cruzar (No me gusta nada que se vaya solo, es muy fácil que lo tiren al suelo).

Con estas palabras y con una expresión en el rostro que revelaba muchas dudas y una vigilancia inquieta, dirigió su atención al grupo reunido en la portería; era tan manifiesta la idea de que su hermano era digno de conmiseración por no encontrarse bajo llave que todos los internos ahí presentes manifestaron el mismo parecer.

Sin embargo, él recibió los comentarios con reservas; al contrario, dijo, no, caballeros: no debían malinterpretar la situación. Su hermano Frederick estaba destrozado, sin duda, y tal vez habría sido más cómodo para él (el Padre de Marshalsea) saber que se encontraba a salvo entre aquellos muros. Sin embargo, debía recordarles que para sobrevivir allí muchos años era necesaria cierta combinación de cualidades morales —no decía él que fueran grandes cualidades, pero cualidades al fin—. ¿Poseía su hermano Frederick esa peculiar combinación de cualidades? Caballeros: su hermano era un hombre excelente, un hombre tierno, amable y digno de estima, sencillo como un niño; pero, siendo tan poco apto para tantos lugares, ¿lo sería para aquél? No, claro que no. Y añadió:

—Dios no quiera que Frederick tenga que encontrarse aquí de otro modo que como está ahora, voluntariamente. Caballeros, quien venga a este Internado para mucho tiempo deberá poseer suficiente fortaleza de carácter para superar muchas cosas y sobreponerse a muchas otras.

¿Su querido hermano Frederick era un hombre así? No. Ya veían cómo estaba, aplastado. La desgracia lo había aplastado. No era capaz de recuperarse, no tenía la elasticidad necesaria para permanecer mucho tiempo en aquel lugar y conservar el respeto por sí mismo y la conciencia de ser un caballero. Frederick no poseía (si

podía decirlo de ese modo) la fortaleza para ver en cada delicada atención y testimonio que él recibía en esas circunstancias la bondad de la naturaleza humana, el bello espíritu que animaba a los internos como comunidad y, al mismo tiempo, no sentirse degradado ni disminuido en su condición de caballero. Y el Padre de Marshalsea se despidió de aquellos caballeros deseando que Dios los bendijera.

Con este edificante sermón obsequió a los presentes en la portería antes de regresar a las sombras cetrinas del patio y de pasar, digno y astroso, por delante del interno vestido con batín porque no tenía abrigo, del interno con chanclas que no tenía zapatos y del recio interno comerciante de ultramarinos con pantalones cortos de pana que no tenía preocupaciones, así como del flaco escribiente, vestido de negro y sin botones, que no tenía esperanzas. Luego subió la desastrada escalera y llegó a su desastrada habitación.

Allí encontró la mesa puesta para la cena y el viejo batín gris preparado en el respaldo de la silla, junto al fuego. Su hija se guardó en el bolsillo el librito de oraciones —¡había estado rezando para que Dios se apiadara de todos los presos y cautivos!— y se puso de pie para darle la bienvenida.

Mientras cogía el abrigo de su padre y le daba el gorro de terciopelo negro, le preguntó si el tío se había marchado ya. Sí, el tío se había ido a casa. Luego quiso saber si su padre había disfrutado del paseo. Vaya, pues no mucho, Amy, no mucho. ¿No se encontraba bien?

Mientras ella, a su lado, se inclinaba sobre la silla con gesto amoroso, el padre miraba el fuego, abatido. Se apoderó de él una sensación de incomodidad cercana al pudor y empezó a hablar de un modo algo inconexo y avergonzado.

—Algo raro, ejem, le pasa a Chivery. Esta noche, ejem, no estaba tan atento y respetuoso como otras veces. Es algo poco importante, ejem, pero me inquieta, cariño. Es imposible olvidar —dijo sin dejar de frotarse las manos y mirarlas atentamente— que en la vida que llevo, ejem, por desgracia dependo de hombres como él para todo, día y noche.

La pequeña Dorrit le había pasado un brazo por encima del hombro, pero no le miraba la cara mientras hablaba. Con la cabeza ladeada, miraba hacia otro sitio.

—Ejem, no se me ocurre, Amy, qué es lo que puede haber ofendido a Chivery, ejem. Por lo general es tan atento y respetuoso. Y hoy ha estado bastante seco conmigo. ¡Y delante de otras personas! No sé por qué será. Si perdiera el apoyo y el reconocimiento de Chivery y de los demás funcionarios me moriría de hambre.

Mientras hablaba, abría y cerraba las manos como si fueran válvulas; tan consciente de su vergüenza que se encogía ante lo que ésta significaba.

—No puedo imaginarme, ejem, a qué se debe. De veras no puedo imaginármelo. Hubo aquí un tal Jackson, un portero llamado Jackson (no creo que lo recuerdes, querida, eras muy pequeña), y, ejem, tenía un... hermano y este... hermano menor

cortejaba... bueno, quizá no llegaba a cortejar, pero mostraba su admiración... con mucho respeto... en este caso no era la hija sino la hermana... de uno de nosotros; un interno muy distinguido, podría decir que muy distinguido. Era el capitán Martin: y en una ocasión me consultó sobre si era necesario que su hija... su hermana... corriera el riesgo de ofender al hermano del portero siendo demasiado... ejem... demasiado franca con él. El capitán Martin era un caballero y un hombre de honor y quise conocer su opinión antes de darle la mía. El capitán Martin (un hombre muy respetado en el ejército) me dijo algo dubitativo que le parecía que su... ejem... su hermana no tenía ninguna necesidad de darse por enterada de las intenciones del joven y que bien podría darle esperanzas (ahora no sé si la expresión exacta del capitán Martin fue «darle esperanzas»: creo que dijo «tolerarlo») por el bien de su padre... quiero decir, de su hermano. No sé por qué me he acordado de esta historia, supongo que porque no se me ocurre qué le podría pasar a Chivery, pero no veo qué relación puede haber entre los dos casos.

Su voz se fue apagando, como si su hija, incapaz de soportar el dolor que le causaba oírlo, le hubiera acercado la mano lentamente a los labios. Durante unos instantes guardaron silencio, sin moverse; el anciano seguía encogido en la silla y su hija abrazándolo y recostando la cabeza sobre su hombro.

La cena del anciano se calentaba en una sartén en el fuego y, cuando la hija se movió, sólo fue para colocarla en la mesa. El padre se sentó en su sitio de costumbre, la hija en el suyo, y él empezó a cenar. No se miraban el uno al otro. El anciano empezó poco a poco: primero dejó el cuchillo y el tenedor haciendo ruido, luego cogió los diversos objetos de la mesa con un gesto brusco, mordió el pan como si éste lo hubiera ofendido y con gestos similares fue demostrando su irritación. Por último, apartó el plato y con la más extraña falta de lógica, dijo:

—¿Y qué más da si como o me muero de hambre? ¿Qué más da si una vida arruinada como la mía se termina ahora, la semana que viene o el año que viene? ¿De qué le sirvo a nadie? Un pobre preso, alimentado con limosnas y restos; un desecho miserable y sin honra.

—¡Padre, padre!

Mientras su padre se incorporaba, Amy se arrodilló ante él y le tendió las manos.

—Amy —prosiguió con voz ahogada, temblando violentamente y mirándola con una expresión tan desquiciada como si se hubiera vuelto loco—. Te aseguro que, si pudieras verme como me veía tu madre, no creerías que soy la misma persona que has conocido sólo a través de los barrotes de esta jaula. Era joven, educado, guapo, económicamente independiente ¡claro que lo era, hija mía! Y la gente buscaba mi compañía y me envidiaba. ¡Me envidiaba!

—¡Querido padre! —la hija intentó bajar la mano temblorosa que gesticulaba en el aire, pero él se resistió y la apartó.

—Si tuviera un solo retrato de esa época, por malo que fuera, estarías orgullosa, estarías orgullosa. Pero no tengo ninguno. ¡Que sirva yo de ejemplo! —exclamó, mirando a su alrededor—. Que ningún hombre deje de conservar esa pequeña muestra de los tiempos en que era próspero y respetado. Que sus hijos tengan un indicio de lo que fue. A menos que mi rostro, cuando muera, recupere la expresión que antes tenía (dicen que esas cosas suceden, pero no lo sé), mis hijos nunca me habrán visto como fui.

—¡Padre, padre!

—¡Despreciadme, despreciadme! No me miréis, no me escuchéis, detenedme, avergonzaos de mí, llorad por mí... ¡incluso tú, Amy! ¡Tú también! Avergonzaos. Me he endurecido, he caído tan bajo que ni siquiera lo sufriré mucho tiempo.

—¡Padre, querido padre!

Amy se había abrazado a él y consiguió que se sentara de nuevo, le cogió el brazo alzado e intentó que le rodeara el cuello con él.

—Deje el brazo aquí, padre. Míreme, padre; deme un beso, padre. Piense en mí por un momentito.

Sin embargo, él siguió en el mismo tono enloquecido hasta que sus palabras fueron convirtiéndose en un penoso gemido.

—Y, sin embargo, aquí me respetan un poco. He conseguido resistirme, no me pisotean. Sal y pregunta quién es la persona más importante y te contestarán que tu padre. Ve y pregunta de quién no se burlan jamás y a quién tratan siempre con delicadeza. Te dirán que a tu padre. Ve y pregunta qué funeral será el más comentado (porque se celebrará aquí, no podría ser en otro sitio), tal vez incluso el que inspire más tristeza, de todos los celebrados en este lugar. Te dirán que el de tu padre. Así pues, ¡Amy, Amy! ¿Tan universalmente despreciado es tu padre? ¿Nada va a redimirlo? ¿No recordarás nada más de él que su ruina y decadencia? ¿No sentirás afecto por él cuando esa pobre piltrafa humana se haya ido?

Rompió a llorar, lleno de conmiseración por sí mismo, y finalmente aceptó que Amy lo abrazara, se ocupara de él, atrajera la cabeza gris hacia su pecho y aliviara su desdicha. Después cambió el objeto de sus lamentaciones y, sujetándola con las manos, exclamó: Oh, Amy, su pobre niña, huérfana de madre y desamparada, ¡cuántos días la había visto cuidarlo con atención y esmero! Después volvió a hablar de sí mismo y, con voz débil, le dijo cuánto más lo habría ella querido si lo hubiera conocido como era antes, cómo la habría casado con un caballero que habría estado orgulloso de ella, en su condición de hija de su padre, y cómo (el anciano volvió a echarse a llorar con estas palabras) habría cabalgado junto a él en su propio caballo y cómo la plebe (término con el cual se refería a quienes le habían dado los doce chelines que tenía en aquel momento en el bolsillo) le habría mostrado respeto en las carreteras polvorientas.

De este modo, ahora presumiendo, ahora desesperando y siempre cautivo de la miseria de la cárcel, impregnado hasta lo más hondo de la mancha de su confinamiento, exhibió su decadencia ante su afectuosa hija. Nadie lo había visto nunca tan humillado. Los demás internos, que en aquel momento se reían en sus habitaciones de las palabras que les había dirigido en la portería, poco imaginaban la triste imagen que componía en la galería de Marshalsea aquel domingo por la noche.

Tal vez en la Antigüedad clásica hubo alguna hija que cuidara de su padre preso igual que su madre la había cuidado a ella. La pequeña de los Dorrit, aunque no pertenecía al género de los héroes clásicos, ya que era una inglesa contemporánea, se esforzó en consolar el destrozado corazón del suyo atrayéndolo hacia su pecho, fuente de amor y fidelidad que nunca se agotó ni dejó de manar en aquellos años de hambre.

Lo consoló, le suplicó que la perdonara si había faltado o le había parecido que faltaba a sus obligaciones; le aseguró que, como bien sabía Dios, no podría honrar más a su padre si fuera el favorito de la Fortuna y el mundo entero lo tratara con respeto. Cuando se secaron las lágrimas del anciano y éste, débil y agotado, dejó de sollozar y de sentirse avergonzado por tal motivo, y volvió a su ser, ella le calentó de nuevo los restos de la cena y, sentada a su lado, gozó viéndolo comer y beber. Tocado con el gorro negro de terciopelo y un viejo batín gris, volvía a tener un aspecto magnánimo y se habría comportado con cualquier interno que hubiera entrado en aquel momento a pedirle consejo como un gran lord Chesterfield^[21] moral o un maestro de las ceremonias éticas de Marshalsea.

Para distraerlo un poco con otra cosa, Amy se puso a hablar de su guardarropa; respecto al cual el anciano dijo que sí, que aquellas camisas que le proponía serían muy aceptables porque las que tenía estaban muy gastadas y, como eran de confección, nunca le habían sentado bien. Con deseos de conversar y en un estado de ánimo razonable, llamó la atención de su hija sobre el abrigo que colgaba detrás de la puerta, indicando que el Padre de Marshalsea daría un mal ejemplo a sus hijos, que mostraban ya cierta tendencia al descuido, si anduviera por ahí con los codos agujereados. Hizo también una broma a propósito del remiendo en los tacones que necesitaban sus zapatos; pero se puso más serio a la hora de hablar de la corbata y le dio autorización para que, cuando pudiera, le comprara una nueva.

Mientras fumaba su cigarro apaciblemente, Amy le hizo la cama y arregló la pequeña habitación para que descansara. Fatigado por lo avanzado de la hora y por las emociones, se levantó para bendecirla y desearle buenas noches. Llegados a este punto, ni le había pasado por la cabeza que ella necesitara vestido, zapatos o cualquier otra cosa. Nadie en el mundo, con excepción de la misma Amy, podría haber sido tan indiferente a sus necesidades.

La besó varias veces diciéndole:

—Dios te bendiga, querida mía. Buenas noches, niña querida.

Pero el tierno corazón de Amy se había sentido tan profundamente conmovido por lo que había visto que no deseaba dejarlo solo, temiendo que volviera a lamentarse y a desesperarse.

—Querido padre, no estoy cansada; permítame que vuelva dentro de un rato, cuando esté usted en la cama, y me siente a su lado.

El padre le preguntó con aire protector si se sentía sola.

—Sí, padre.

—En ese caso, no dudes en volver, querida niña.

—No haré ruido, padre.

—No pienses en mí, querida niña —dijo él, dándole su total autorización—. No dudes en volver.

Parecía dormitar cuando Amy regresó y arregló el fuego con mucho cuidado para no despertarlo. Pero el anciano oyó algo y preguntó quién andaba por ahí.

—Sólo soy yo, Amy, padre.

—Amy, hija mía, ven aquí. Quiero decirte una cosa.

Se incorporó un poco en la cama baja mientras ella se arrodillaba a su lado para que sus caras estuvieran más juntas; el anciano puso una mano entre las de ella. En aquel momento, tanto el padre natural como el Padre de Marshalsea habían recuperado las fuerzas.

—Querida hija, has llevado una vida muy dura aquí dentro. Sin amigas, sin diversiones y con tanto trabajo, ¿verdad?

—No piense en eso, querido padre. Yo no lo pienso.

—Ya conoces mi posición, Amy. No he podido hacer mucho por ti; pero he hecho todo lo que he podido.

—Sí, querido padre —contestó ella, dándole un beso—. Lo sé, lo sé.

—Llevo aquí veintitrés años —dijo él con voz entrecortada no tanto por un sollozo como por un estremecimiento de satisfacción, estallido breve de la conciencia de su propia nobleza—. He hecho todo lo que podía hacer por mis hijos. Amy, querida mía, tú eres con mucho la que más quiero de los tres; siempre te he tenido más presente en mi pensamiento... y todo lo que haya hecho por tu bien, querida niña, lo he hecho libremente y sin protestar.

Sólo la sabiduría que posee la clave de todos los corazones y misterios puede saber en qué medida un hombre, especialmente un hombre derrotado como aquél, es capaz de sobreponerse. En el caso que nos ocupa, bastó con que se recostara con las pestañas húmedas, sereno, con gesto majestuoso, tras mostrar su vida de degradación como una especie de dote a la hija devota sobre la cual habían caído, como una losa, sus miserias y cuyo amor había impedido que siguiera degradándose.

Aquella hija no tenía dudas, no se hacía preguntas porque le bastaba con verlo

rodeado de un halo. Hizo callar a su padre para que se durmiera y sus únicas palabras fueron pobrecito, querido mío, el más querido y tierno de todos los padres.

No lo dejó solo aquella noche. Como si ella misma le hubiera causado algún daño que sólo su ternura pudiera reparar, pasó la noche velándolo, y a veces lo besaba conteniendo el aliento y le susurraba alguna palabra cariñosa. En otras ocasiones se apartaba para no taparle el calor del fuego y, al contemplarlo mientras dormía profundamente, se preguntaba si no sería aquél su rostro cuando era feliz y próspero; tanto la había conmovido pensar que podría volver a tener ese aspecto en la más terrible de las ocasiones. Al pensar en ese momento final, se arrodilló de nuevo junto a la cama y rezó: «¡Perdónale la vida, Señor! ¡Sálvalo, hazlo por mí! ¡Apiádate de mi querido padre que tanto ha sufrido, tan desgraciado ha sido y tanto ha cambiado!».

Hasta que llegó la mañana para protegerlo y animarlo, no le dio el último beso y salió de la pequeña habitación. Cuando hubo bajado son sigilo las escaleras, cruzado el patio vacío y subido a su buhardilla, a la luz de la mañana se distinguían ya sobre el muro los tejados sin humo y las distantes colinas del campo. Cuando abrió con cuidado la ventana y miró hacia el este, sobre el patio de la cárcel, los pinchos que remataban el muro estaban ya manchados de rojo y, al poco, formaron un triste dibujo contra el sol cuando éste ascendió flameando por el cielo. Aquellos pinchos nunca le habían parecido tan agudos ni tan crueles, ni los barrotes tan pesados, ni la cárcel tan sombría y tan angosta. Amy imaginó el amanecer sobre el agua de los ríos, el amanecer sobre los grandes mares, el amanecer sobre hermosos paisajes, el amanecer sobre grandes bosques entre el despertar de los pájaros y el rumor de los árboles; y bajó los ojos hacia la tumba viviente sobre la que el sol se había alzado y en la que su padre llevaba encerrado veintitrés años, y exclamó, en un arranque de pena y compasión:

—¡No, no! ¡Nunca he visto su verdadero rostro!

Si el hijo de Chivery hubiera tenido la voluntad y el talento necesarios para escribir una sátira del orgullo familiar, no habría necesitado salir de la familia de su amada para vengarse con un ejemplo ilustrativo. Constituían un buen modelo el gallardo hermano y la melindrosa hermana, tan imbuidos de experiencias mezquinas y tan orgullosos de su linaje; tan dispuestos a mendigar o tomar prestado de los más pobres, a comerse el pan ajeno, a gastar el dinero ajeno, a beber de la copa ajena y romperla después. Si el joven John Chivery hubiera sido capaz de describir los sórdidos hechos de la vida de ambos y su tendencia a invocar el fantasma del origen aristocrático de la familia para amedrentar a sus benefactores, se habría convertido en un escritor satírico de primera.

Tip había empleado su libertad de modo prometedor haciéndose marcador de tantos de billar. Se había tomado tan pocas molestias en averiguar a quién debía su libertad que Clennam bien podría haberse evitado el esfuerzo de insistir al señor Plornish para que fuera discreto. Sin importarle demasiado quién le había hecho el favor, lo aceptó encantado, se limitó a expresar su agradecimiento y ahí acabó todo. Así salió a la calle sin dificultad y se convirtió en marcador de resultados de billar; y de vez en cuando aparecía por el pequeño campo de bolos de la cárcel vestido con una levita verde (de segunda mano), con un cuello resplandeciente y botones brillantes (nuevos) y se bebía la cerveza de los internos.

En el carácter inestable de este caballero sólo había un punto invariable: el respeto y la admiración por su hermana Amy. Este sentimiento nunca lo había llevado a ahorrarle la menor incomodidad ni a tomarse la menor molestia por ella; pero, aunque su afecto estaba marcado por el hedor de Marshalsea, lo cierto era que la quería. Ese mismo olor rancio a Marshalsea se percibía en la clara conciencia del joven de que Amy había sacrificado su vida por su padre, pero no de que hubiera hecho algo por él.

Esta narración no puede precisar en qué momento ese brioso joven y su hermana habían empezado a airear sistemáticamente el fantasma familiar para impresionar a los internos; probablemente, en el mismo momento en que empezaron a comer de la caridad del Internado. Pero lo cierto es que, cuanto más pobres y necesitados eran, más pomposo parecía el fantasma al salir de su tumba; y, cuanto más raída era la concurrencia, con más entusiasmo se aireaba el espantoso fantasma.

El lunes por la mañana a la pequeña Dorrit se le hizo tarde porque su padre durmió mucho y tuvo que prepararle el desayuno y asear la habitación. Sin embargo,

no tenía que salir a trabajar y por ese motivo se quedó con él hasta que, con ayuda de Maggy, lo arregló bien y lo envió a dar el paseo matinal (de escasa distancia) hasta la taberna de la cárcel donde leía el periódico.

Entonces, aunque llevaba ya mucho rato deseándolo, se puso la capota y salió. Como de costumbre, se interrumpieron las conversaciones de la portería cuando la cruzó y un interno que había ingresado el sábado por la noche recibió el codazo de un veterano: «Mírala, es ella».

Amy quería ver a su hermana, pero al llegar a casa del señor Cripples se encontró con que se había ido con su tío al teatro donde estaban contratados. Como ya había pensado en esa posibilidad y había tomado la decisión de que, en tal caso, seguiría sus pasos, se encaminó hacia el teatro, que se encontraba en ese mismo lado del río y no muy lejos.

Amy sabía tan poco de las costumbres de los teatros como de minas de oro y, cuando le indicaron que se dirigiera a una puerta de aire furtivo, con aspecto de haber pasado la noche en vela y de estar tan avergonzada de sí misma que se escondía en un callejón, vaciló antes de acercarse; además, le acobardaba la presencia de media docena de caballeros bien afeitados con los sombreros colocados en extraños ángulos, que aguardaban ociosos ante la puerta con una actitud no muy distinta a la de los internos de Marshalsea. Tranquilizada por esta semejanza, les preguntó cómo podía encontrar a la señorita Dorrit y los hombres se apartaron para dejarla entrar en un oscuro vestíbulo —que le recordó una gran lámpara sombría y apagada—, desde el que oyó, a lo lejos, música y ruido de pies que bailaban. En un agujero de un rincón, como una araña, vigilaba un hombre tan necesitado de tomar el aire que parecía recubierto de moho azul; le dijo que enviaría recado a la señorita Dorrit con la primera señora o el primer caballero que pasara. La primera señora que pasó llevaba un rollo de música, medio metido en el manguito, medio fuera, e iba tan arrugada que habría sido una buena acción pasarle la plancha. Pero, como era bondadosa y dijo: «Venga conmigo, en seguida le encuentro a la señorita Dorrit», la hermana de la señorita Dorrit fue con ella. A cada paso que daba en la oscuridad, se acercaba a la música y al ruido de pies que bailaban.

Finalmente llegaron a un laberinto de polvo en el que un gran número de personas tropezaban unas con otras y donde había tal confusión de siluetas de vigas, mamparas, muros de ladrillo, cuerdas y rodillos, y tal mezcla de luz de gas y luz natural, que Amy tuvo la sensación de haber caído en el envés del universo. Allí se quedó sola, soportando los empujones y totalmente desconcertada, hasta que oyó la voz de su hermana.

—¡Caramba, qué veo! Amy, ¿qué te trae por aquí?

—Quería verte, querida Fanny; y, como mañana estaré ocupada y sabía que hoy igual estabas tú ocupada todo el día, pensé...

—Pero qué ocurrencia, Amy, seguirme hasta aquí. Yo nunca he hecho nada semejante.

Mientras decía estas palabras en un tono de bienvenida no muy cordial, Fanny la iba llevando a una zona más despejada del laberinto donde se amontonaban varias butacas y mesas doradas y una serie de jóvenes damas se habían sentado y charlaban. Todas ellas necesitaban un buen planchado y tenían una curiosa manera de mirar a su alrededor mientras hablaban.

En el mismo momento en que entraron las hermanas, un chico asomó la cabeza, tocada con una gorra escocesa, tras una viga situada a la izquierda, y dijo con voz monótona:

—Menos ruido, señoritas —y desapareció.

Inmediatamente después, un enérgico caballero con largo cabello negro se asomó por una viga situada a la derecha y dijo:

—Menos ruido, chicas —y desapareció también.

—Cómo se te ocurre mezclarte con artistas profesionales, Amy, ¿es lo último que me habría pasado por la cabeza! —dijo Fanny—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—No lo sé. La señora que me dijo que estabas aquí tuvo la amabilidad de acompañarme.

—Con tus modales tan modositos, puedes colarte en cualquier sitio, me parece a mí. Yo no lo habría conseguido, Amy, aunque sé mucho más del mundo que tú.

Era costumbre de la familia determinar como si fuera una ley interna que Amy era una criatura simple y doméstica, y carecía de la sabiduría y la experiencia de los demás miembros. Esta ficción era una sencilla manera de afirmar los méritos de la familia y rebajar los de Amy. No había que considerarlos demasiado.

—Bueno, y ¿qué es lo que quieres, Amy? Algo te traes entre manos —dijo Fanny. Hablaba como si su hermana, dos o tres años menor que ella, fuera una abuela llena de prejuicios.

—No gran cosa, Fanny, pero como me contaste que una señora te regaló una pulsera...

El joven de voz monótona asomó la cabeza por la viga de la izquierda y dijo:

—Preparadas, señoritas —y desapareció.

El enérgico caballero de cabello negro asomó la cabeza por la derecha de modo igualmente repentino y dijo:

—Preparadas, chicas —y también desapareció.

Tras lo cual las jóvenes se pusieron en pie y se sacudieron un poco la falda.

—¿Así pues, Amy? —dijo Fanny, haciendo lo mismo que las demás—. ¿Qué ibas a decir?

—Desde que me contaste que una señora te había dado la pulsera que me enseñaste, Fanny, estoy intranquila y me gustaría saber un poco más, si quisieras

tener la confianza de contármelo.

—Ahora, señoritas —dijo el chico de la gorra escocesa.

—Ahora, chicas —dijo el caballero del cabello negro. Desaparecieron al instante y la música y los pies de los bailarines se oyeron de nuevo.

La pequeña Dorrit se sentó en una butaca dorada, aturdida por las bruscas interrupciones. Su hermana y las demás pasaron mucho tiempo fuera y, en su ausencia, una voz (que parecía ser la del caballero con el cabello negro) gritaba por encima de la música:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... ¡venga! Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... ¡venga! ¡Tranquilas, chicas! Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis... ¡venga!

Finalmente, la voz se calló y las chicas volvieron de nuevo, más o menos sin aliento, envolviéndose en los chales y preparándose para salir a la calle.

—Espera un momento, Amy, deja que se vayan primero —susurró Fanny.

Las chicas empezaron a marcharse y, entre tanto, lo único digno de mención fue que el chico se asomó por la misma viga y dijo:

—¡Todas aquí mañana a las once, señoritas!

Y el caballero del cabello negro volvió a asomarse por la misma viga y dijo:

—¡Todas aquí mañana a las once, chicas! —cada uno de ellos con el tono de siempre.

Cuando se quedaron solas, alguien enrolló o recogió algo de tal manera que quedó un gran foso vacío delante de ellas; Fanny se asomó a las profundidades y dijo:

—Eh, tío.

La pequeña de los Dorrit, que empezaba a estar acostumbrada a la oscuridad, lo vio en el fondo del foso, solo y perdido en un rincón, con el instrumento bajo el brazo, guardado en el estuche raído.

Las remotas ventanas de la galería superior, con su pequeña franja de cielo, podrían haber sido el punto de partida de los años de fortuna del anciano, desde el que hubiera ido descendiendo gradualmente hasta encontrar su lugar en el foso. Hacía ya muchos años que pasaba ahí seis días por semana, pero nadie lo había visto nunca alzar los ojos de la partitura y se decía que nunca había prestado atención a una función. Según la leyenda del lugar, no sólo ni siquiera conocía de vista a los protagonistas sino que el gracioso de la obra había hecho burla de él cincuenta noches seguidas por una apuesta y el anciano no había dado muestras de advertirlo. Los carpinteros bromeaban diciendo que estaba muerto y no se había dado cuenta; y los que frecuentaban el foso daban por hecho que pasaba la vida entera, noche y día, incluidos los domingos, en la orquesta. Le habían ofrecido unas pocas veces un poco de rapé desde la barandilla y siempre había respondido a esa atención despertando momentáneamente con unos modales que eran pálido reflejo de los de un caballero: pero, por lo demás, en ninguna otra ocasión había tenido otro papel que el escrito

para el clarinete; y en la vida privada, donde no había partitura para el clarinete, no tenía papel alguno. Algunos decían que era pobre, otros decían que era un rico avaro; pero él no decía nada, no alzaba nunca la cabeza gacha, andaba siempre arrastrando los pies, sin levantarlos del suelo. Aunque esperaba la llamada de su sobrina, no la oyó hasta la tercera o cuarta vez y no se sorprendió de la presencia de dos sobrinas en lugar de una, sino que se limitó a decir con voz trémula:

—Ya voy, ya voy —y subió por algún camino subterráneo que olía a sótano.

—Así pues, Amy —dijo Fanny cuando salieron los tres por aquella puerta que se avergonzaba de ser distinta a las otras puertas; el tío, instintivamente, se cogió del brazo de Amy como si éste le ofreciera mayor confianza—. Así pues, Amy, ¿sientes curiosidad por mis cosas?

Fanny era bonita, lo sabía y alardeaba de serlo; y el aire paternalista con que dejó a un lado la superioridad que le otorgaban sus encantos y su experiencia mundana para dirigirse a su hermana casi en pie de igualdad era muy propio de la familia.

—Fanny, a mí me interesa y me preocupa cualquier cosa que te preocupe a ti.

—Claro, claro, y eres la mejor de las hermanas. Si alguna vez te parezco un poco irritante, seguro que tendrás en cuenta lo que significa ocupar mi posición siendo consciente de que estoy muy por encima de ella. No me importaría si los demás no fueran tan vulgares —dijo la hija del Padre de Marshalsea—. Ninguno de ellos ha venido al mundo en una familia como la nuestra, pertenecen a otro nivel: son vulgares.

La pequeña Dorrit miraba a su interlocutora de reojo, pero no la interrumpió. Fanny sacó el pañuelo y se secó los ojos con gesto de enfado.

—Yo no nací en el mismo sitio que tú, ya lo sabes, Amy, y quizá eso me haga algo distinta. Querida Amy, cuando nos libremos de tío Frederick te contaré más cosas. Lo dejaremos en el sitio donde va a comer.

Anduvieron con él hasta que llegaron a un escaparate sucio en una calle sucia, casi opaco del vapor de la comida caliente, las verduras y los púdines. Pero se vislumbraba una pierna de cerdo que lloraba lágrimas de salvia y de cebolla en una fuente metálica llena de salsa, una brillante pieza de rosbif y un hinchado pudín de yorkshire que burbujeaba, caliente, en un receptáculo similar, un solomillo de ternera de corte rápido, un jamón que sudaba por el ritmo al que iba, un tanque de patatas asadas, apelotonadas por su propia esencia y un par de pilas de verduras hervidas y otras delicias sustanciosas. En el interior del establecimiento, detrás de dos compartimentos de madera, los clientes que consideraban más pertinente llevarse la comida en el estómago que en la mano se cebaban con sus compras en soledad. Fanny abrió el monedero mientras lo examinaban todo, sacó un chelín y se lo tendió a su tío. Por unos instantes, el tío no prestó atención a lo que le daba; después adivinó para lo que era y murmuró:

—¿La comida? Ah, sí, sí, sí —y desapareció en la nube de vapor.

—Amy —dijo su hermana—, ven conmigo si no estás demasiado cansada para andar hasta Harley Street, en Cavendish Square.

El tono con que pronunció la elegante dirección y la inclinación que dio a su nueva capota (más vaporosa que útil) causaron la admiración de su hermana; no obstante, ésta se mostró dispuesta a ir a Harley Street y hacia allí dirigieron sus pasos. Al llegar a su magnífico destino, Fanny señaló la más bella de las casas y, tras llamar a la puerta, preguntó por la señora Merdle. El lacayo que abrió la puerta, aunque llevaba la cabeza empolvada y tenía detrás otros dos lacayos igualmente empolvados, no sólo admitió que la señora estaba en casa sino que permitió que Fanny entrara. Fanny entró, pues, con su hermana; y subieron las escaleras con un empolvado delante mientras los otros dos se quedaban detrás. Así fueron conducidas a una espaciosa sala semicircular, una entre tantas, donde, en el exterior de una jaula dorada, un loro se sostenía por el pico, cabeza abajo, con las escamosas patas en el aire y en las más extrañas posturas. Esa misma peculiaridad se puede observar en aves de muy otro plumaje que trepan por alambres de oro.

La habitación era mucho más espléndida de lo que la pequeña de los Dorrit habría imaginado jamás y habría sido espléndida y lujosa para cualquier observador. Miró desconcertada a su hermana y habría deseado preguntarle algo, pero Fanny frunció el ceño a modo de advertencia y señaló una puerta, cubierta con una cortina, que daba a otra estancia. En ese momento, la cortina se agitó y apareció una dama que, tras alzarla con una mano llena de anillos, la dejó caer a su espalda.

La dama no era joven y lozana gracias a la mano de la naturaleza: debía su juventud y lozanía a las manos de su doncella. Tenía unos ojos grandes, hermosos y fríos, el cabello oscuro, hermoso y frío, el busto amplio, hermoso y frío, y del menor detalle sacaba el máximo partido. Ya fuera porque estaba acatarrada o porque le sentaba bien, llevaba una elegante banda blanca en la cabeza, anudada bajo la barbilla. Y si ha existido alguna vez una barbilla hermosa y fría con aspecto de no haber recibido nunca, para decirlo en términos familiares, carantoñas de la mano de un hombre, era la barbilla de aquella mujer, ceñida y ajustada por la brida de encaje.

—Señora Merdle —dijo Fanny—, le presento a mi hermana.

—Me alegro de conocer a su hermana, señorita Dorrit. No recordaba que tuviera una hermana.

—No se lo había dicho —dijo Fanny.

—¡Ah! —la señora Merdle curvó el meñique de la mano izquierda como si dijera: «Te pillé, ¡sabía que no me lo habías dicho!»—. Acostumbraba a gesticular con la mano izquierda porque no tenía las dos manos iguales, y la izquierda era mucho más blanca y bien formada que la otra. Y añadió—: Siéntense —mientras ella hacía lo propio, voluptuosamente, sobre una otomana, en un nido de cojines dorados y carmesíes,

cerca del loro—. ¿Usted también es artista profesional? —preguntó, mirando a la pequeña de los Dorrit a través de un monóculo.

Fanny contestó que no.

—No —dijo la señora Merdle, dejando caer el monóculo—. No tiene aire de bailarina profesional. Muy agradable, pero no es profesional.

—Mi hermana, señora —dijo Fanny con una mezcla singular de deferencia y audacia—, me ha pedido que le cuente, en su condición de hermana, cómo fue que tuve el honor de conocerla. Y, como me había comprometido a volver a verla, quizá usted quiera explicárselo. Me gustaría que lo supiera y tal vez desee usted contárselo.

—¿Usted cree, a su edad? —insinuó la señora Merdle.

—Es mucho mayor de lo que parece —dijo Fanny—, tiene casi mi edad.

—Es tan difícil explicar —dijo la señora Merdle, curvando de nuevo el meñique— lo que es la Sociedad a los jóvenes (en realidad, es difícil explicárselo la mayoría de las personas), que me alegra oír esta petición. Me gustaría que la Sociedad no fuera tan arbitraria, que no fuera tan exigente... ¡Bicho, cállate!

El loro había dado un grito penetrante, como si se llamara Sociedad y estuviera afirmando su derecho a exigir algo.

—Pero debemos aceptar las cosas como son —prosiguió la señora Merdle—. Sabemos que es algo hueco, convencional, mundano e incluso escandaloso, pero, si no queremos ser como los salvajes de los mares tropicales (me habría encantado serlo, una vida deliciosa y un clima perfecto, según dicen), debemos seguir sus dictados, no tenemos más remedio. El señor Merdle es un importantísimo hombre de negocios, comercia a gran escala, su riqueza e influencia son muy grandes, pero incluso él... ¡Pájaro, estate quieto!

El loro había lanzado otro grito que completaba la frase de un modo tan expresivo que la señora Merdle no tuvo necesidad de hacerlo.

—Puesto que su hermana me ruega que ponga fin a nuestra relación personal relatándole a usted unas circunstancias que dicen mucho en su favor —empezó de nuevo la señora Merdle dirigiéndose a la pequeña de los Dorrit—, no puedo por menos de satisfacer su petición. Tengo un hijo de veintidós o veintitrés años (me casé por primera vez cuando era muy joven).

Fanny apretó los labios y miró con cierta expresión de triunfo a su hermana.

—Un hijo de veintidós o veintitrés años. Es un poco alegre, cosa que la Sociedad está acostumbrada a aceptar en los jóvenes varones, y es muy impresionable. Quizá lo haya heredado de mí, ya que yo también soy muy impresionable por naturaleza. Soy la más débil de las criaturas, me conmuevo con mucha facilidad.

Decía esto, como todo lo demás, con la frialdad de una mujer de nieve; olvidando la presencia de las hermanas casi por completo y dirigiéndose, aparentemente, a una encarnación abstracta de la Sociedad; en honor de la cual, además, se arreglaba

ocasionalmente el vestido o componía la imagen que ofrecía su figura sobre la otomana.

—Así que es muy impresionable. Cosa que, en nuestro estado natural no sería una desgracia, pero no vivimos en un estado natural. Lo que es muy lamentable, sin duda, especialmente en mi caso, que soy hija de la naturaleza y así lo demostraría si pudiera; pero así son las cosas. La Sociedad nos oprime y nos domina. ¡Bicho, estate quieto!

El loro se había echado a reír a carcajadas después de retorcer varios barrotes de la jaula con el pico curvo y de lamerlos con la lengua negra.

—Es completamente innecesario que le recuerde a una persona con su buen sentido, amplia experiencia y sentimientos cultivados —dijo la señora Merdle desde su nido de oro y carmesí, mientras se ponía el monóculo, como si quisiera recordar exactamente con quién estaba hablando— que los escenarios algunas veces ejercen una gran fascinación en los jóvenes con este tipo de carácter. Cuando dijo los escenarios me refiero a las personas de género femenino que se suben a ellos. Sin embargo, cuando oí que mi hijo estaba fascinado por una bailarina, entendí lo que normalmente quiere decir eso en nuestra Sociedad y confié en que fuera una bailarina de la ópera, que es donde acostumbran a quedar fascinados los jóvenes de la buena sociedad.

Deslizó una blanca mano sobre otra y se detuvo a observar a las hermanas; los anillos que llevaban en los dedos chirriaron con un sonido desagradable.

—Como le dirá su hermana, cuando averigüé de qué teatro se trataba, me quedé sorprendida y consternada. Pero, cuando me enteré de que su hermana, al rechazar los galanteos de mi hijo (debo añadir que de modo totalmente inesperado), lo había llevado al punto de proponerle matrimonio, mis sentimientos fueron de la mayor angustia, una angustia terrible.

La señora Merdle se pasó un dedo por la ceja izquierda para arreglársela.

—Completamente destrozada, como sólo una madre, una madre que se desenvuelve en Sociedad, puede estarlo, decidí ir por mí misma al teatro y exponer mi estado de ánimo a la bailarina. Me presenté ante su hermana y, para mi sorpresa, en muchos aspectos resultó distinta a lo que esperaba; y lo que más me sorprendió fue que me encontré, cómo lo diría... con cierto orgullo de su origen por su parte —dijo la señora Merdle con una sonrisa.

—Ya le dije, señora —dijo Fanny, sonrojándose un poco—, que, aunque usted me hubiera encontrado en esa situación, yo estaba muy por encima de los demás; que consideraba que mi familia era tan buena como la de su hijo y que tenía un hermano que, de conocer las circunstancias, sería de la misma opinión y no consideraría ese vínculo un honor en absoluto.

—Señorita Dorrit —dijo la señora Merdle después de mirarla gélidamente por el

monóculo—, precisamente estaba a punto de decirle eso a su hermana, ya que así me lo ha pedido usted. Le agradezco que me lo haya recordado con tanta precisión y se me haya anticipado. Inmediatamente —prosiguió, dirigiéndose a la pequeña de los Dorrit—, porque soy una persona impulsiva, cogí una de las pulseras que llevaba puestas y rogué a su hermana que me permitiera ponérsela en el brazo como muestra de la alegría que me daba poder tratar el asunto de tú a tú —cosa que era perfectamente cierta, ya que, cuando iba de camino a verla, la dama había comprado un brazalete barato y ostentoso pensando en una forma difusa de soborno.

—Ya le dije, señora Merdle —insistió Fanny— que mi familia puede ser desventurada, pero no es vulgar.

—Creo que eso es exactamente lo que me dijo, señorita Dorrit —asintió la señora Merdle.

—Y le dije, señora Merdle —prosiguió Fanny—, que, si me hablaba del papel superior de su hijo en la Sociedad, era muy probable que se equivocara usted al imaginar mi origen; y que la clase social de mi padre, incluso en la Sociedad en la que ahora se movía (información que reservo para mí), era de gran preeminencia y ampliamente reconocida.

—Exactamente —replicó la señora Merdle—. Una memoria admirable.

—Gracias, señora. Quizá tenga usted la amabilidad de contarle lo demás a mi hermana.

—Queda muy poco que contar —dijo la señora Merdle, examinando con la vista su generoso busto, cuya amplitud parecía necesaria para albergar una falta total de sentimientos— y lo que queda honra a su hermana. Le expuse a su hermana el caso con toda claridad: la imposibilidad de que la Sociedad en la que nos movemos reconociera a la Sociedad en la que ella se movía, por encantadora que fuera ésta, de lo que no me cabe duda; la situación de tremenda inferioridad en la que, como consecuencia, colocaría a una familia de la que ella tenía tan alta opinión y a la que nosotros nos veríamos obligados a mirar con desdén y de la que no tendríamos otro remedio que apartarnos horrorizados (desde el punto de vista social, claro). En definitiva, apelé a ese orgullo tan laudable de su hermana.

—Si tiene la amabilidad, dígame a mi hermana, señora Merdle —dijo Fanny con un mohín y dando un golpecito a la capota de gasa que llevaba—, que yo había tenido ya el honor de decirle a su hijo que no quería volver a hablar con él.

—Bien, señorita Dorrit —asintió la señora Merdle—; quizá tenía que haberlo dicho antes. Si no lo he recordado tal vez ha sido porque he vuelto a temer que el chico insistiera y usted tuviera algo que decirle. También le señalé a su hermana —se dirigió de nuevo a la señorita Dorrit que no era artista profesional— que mi hijo, en caso de celebrarse semejante casamiento, no tendría nada y sería un completo mendigo (lo aclaro porque forma parte de la historia, no porque suponga que ese

hecho haya influido en su hermana más allá del modo legítimo y prudente en que, en este mundo artificial en el que vivimos, debemos dejarnos influir por consideraciones de semejante índole). Finalmente, tras unas cuantas palabras arrogantes y vehementes por parte de su hermana, coincidimos ambas por completo en que no había peligro; y su hermana tuvo la amabilidad de aceptar una o dos muestras de mi aprecio a través de mi modista.

La pequeña de los Dorrit, apenada, miró a su hermana con rostro inquieto.

—Además —dijo la señora Merdle—, me prometió que tendría la amabilidad de venir a verme por última vez para que nos despidiéramos con la mayor cordialidad. Ocasión que la señorita Dorrit permitirá que aproveche para decirle adiós con mis mejores deseos, a mi modo poco expresivo —añadió, abandonando el nido y depositando algo en la mano de Fanny.

Las hermanas se pusieron en pie al unísono, cerca de la jaula del loro. Éste destrozaba la galleta que tenía en la garra, escupía trozos por todas partes y parecía burlarse de ellas bailando pomposamente sin mover las garras; de repente, se puso patas arriba y recorrió todo el exterior de la jaula con ayuda del pico cruel y la lengua negra.

—*Adieu*, señorita Dorrit, le deseo lo mejor —dijo la señora Merdle—. Si viviéramos en un mundo ideal imaginario o algo parecido, yo, por ejemplo, tendría el placer de conocer a una serie de personas encantadoras y llenas de talento de cuyo trato ahora me veo privada. Para mí sería delicioso vivir en un estado de la Sociedad más primitivo. Cuando estudiaba, aprendí un poema que decía algo como «Hete aquí al pobre indio cuya inteligencia» no sé qué... Si algunos miles de personas que se mueven en Sociedad se ofrecieran a vivir como indios, me apuntaba ahora mismo; pero, desgraciadamente, quienes nos movemos en Sociedad no podemos ser indios... ¡Buenos días!

Bajaron las escaleras con un empolvado delante y otro detrás, la hermana mayor altiva y la pequeña humillada. La puerta se cerró tras ellas y se encontraron en la poco empolvada Harley Street, Cavendish Square.

—¿Y pues? —dijo Fanny cuando ya habían dado unos pasos sin decirse nada—. ¿No tienes nada que decir, Amy?

—¡Oh, no sé qué decir! —contestó abatida—. ¿No te gustaba ese joven, Fanny?

—¿Que si me gustaba? Es casi idiota.

—Lo siento, no te ofendas, pero, ya que me preguntas qué opino, siento mucho, Fanny, que hayas tenido que aguantar que esa señora te diera algo.

—¡Serás boba! —le contestó su hermana, dándole tal tirón del brazo que la sacudió entera—. ¿No entiendes nada? Así es como hay que hacer las cosas. No sientes respeto por ti misma, no tienes el orgullo que hay que tener. Igual que permites que te persiga ese despreciable Chivery, permitirías sin protestar que

pisotearan a tu familia —dijo con énfasis burlón.

—No digas eso, querida Fanny. Hago todo lo que puedo.

—¡Haces todo lo que puedes! —repitió Fanny, caminando a su lado muy deprisa—. ¿Permitirías que una mujer como ésa, que, como sabrías, si tuviera experiencia de la vida, es la mujer más falsa e insolente del mundo, pisoteara tu familia y luego le darías las gracias?

—No, Fanny, claro que no.

—Entonces, házselo pagar, niña tonta. ¿A qué otra cosa puedes obligarla? Házselo pagar, boba, para mayor honra de tu familia.

No hablaron más en todo el camino de regreso a la casa donde vivían Fanny y su tío. Al llegar, encontraron al viejo ensayando con el clarinete con la mayor tristeza en un rincón de la habitación. Fanny tenía para comer chuletas, cerveza negra y té; y con gesto indignado simuló preparar la comida aunque, en realidad, fue su hermana quien lo hizo todo en silencio. Cuando por fin Fanny se sentó a comer y beber, tiró las cosas de la mesa y se mostró tan enfadada con el pan como su padre la noche anterior.

—Si me desprecias porque soy bailarina —exclamó, echándose a llorar—, ¿por qué me pusiste en camino de serlo? Ha sido culpa tuya. Te habría gustado que me rebajara delante de la señora Merdle y le habrías permitido decir lo que le diera la gana y hacer lo que le diera la gana, despreciándonos a todos, y decírmelo a la cara, ¡porque soy bailarina!

—¡Oh, Fanny!

—¡Y también al pobre Tip, pobrecillo! Lo desprecia como le viene en gana, supongo que porque ha trabajado en un bufete, en los muelles y en otras cosas. Pero si fue culpa tuya, Amy. Por lo menos, tendrías que ver con buenos ojos que lo defendiera.

Mientras tanto, el tío tocaba tristemente el clarinete en un rincón; de vez en cuando, lo separaba un poco de los labios y se detenía para mirarlas con la vaga sensación de que alguien había dicho algo.

—Y tu padre, tu pobre padre, Amy. Como no es libre de presentarse por sí mismo y de hablar por sí mismo, tú permitirías que esta gente lo insultara impunemente. Si no lo lamentas por ti misma porque puedes salir a trabajar, podrías sentirlo por él, me parece, sabiendo lo que ha sufrido durante tanto tiempo.

La pobrecilla Amy se sintió muy dolida por aquel ataque. Los recuerdos de la víspera lo hacían todavía más doloroso. No contestó nada, pero apartó la silla de la mesa y la acercó al fuego. El tío, tras una última pausa, arrancó un triste gemido al clarinete y siguió tocando.

Fanny dispuso las tazas de té y el pan con furia, aún enfadada, afirmando que era la muchacha más desgraciada del mundo y deseaba morir. Después, sus lágrimas se llenaron de remordimiento, se levantó y abrazó a su hermana. La pequeña Dorrit

intentó impedir que hablara, pero Fanny dijo que quería hablar, que tenía que hablar. Y repitió una y otra vez: «Por favor, perdóname, Amy. Perdóname, Amy» casi con tanta pasión como había dicho las cosas de las que ahora se arrepentía.

—Pero de verdad, de verdad, Amy —añadió cuando ya estuvieron en paz, sentadas una junto a otra—. Creo que habrías visto las cosas de otro modo si conocieras un poco mejor la Sociedad.

—Quizá sí, Fanny —dijo la dulce pequeña de los Dorrit.

—Sabes, mientras tú vivías una vida doméstica y resignada, Amy —prosiguió su hermana, adoptando poco a poco una actitud más paternalista—, yo he estado fuera, desenvolviéndome en Sociedad y quizá me haya vuelto más orgullosa y enérgica, quizá más de la cuenta.

—Sí, claro que sí —contestó Amy.

—Y, mientras tú pensabas en comidas y en ropa, quizá yo estaba pensando en la familia, ¿no te parece, Amy?

—Sí —dijo Amy con el rostro más alegre que el corazón.

—Especialmente cuando sabemos que este lugar al que siempre has sido leal tiene un tono propio y exclusivo que lo diferencia de otros aspectos de la Sociedad. Dame otro beso, Amy querida, y estaremos de acuerdo en que las dos tenemos razón y en que eres una chica buena, casera y tranquila.

El clarinete había entonado un lamento patético durante todo el diálogo, pero se interrumpió en cuanto Fanny anunció que era hora de salir; cosa que comunicó a su tío cerrándole la partitura y quitándole el clarinete de la boca.

La pequeña de los Dorrit se despidió de ellos en la puerta y se apresuró a regresar a Marshalsea. Ahí anocheceía antes que en otros lugares y entrar de noche era como entrar en una trinchera profunda. La sombra del muro se proyectaba en todos los objetos y, quizá más que sobre ningún otro, en la figura vestida con batín gris y gorro de terciopelo negro que se volvió hacia ella cuando abrió la puerta de la oscura habitación.

«Y por qué no iba a proyectarse también sobre mí —pensó la pequeña Dorrit, todavía con la mano en la puerta—. Quizá Fanny tenga razón».

Capítulo XXI

El malestar del señor Merdle

Sobre la mansión de los Merdle en Harley Street, Cavendish Square, no se proyectaba otra sombra que la de las fachadas de las magníficas mansiones del otro lado de la calle. Al igual que la intachable buena Sociedad, las casas de Harley Street se miraban ceñudas de acera a acera. De hecho, las mansiones y sus habitantes eran tan parecidos en este aspecto que, con frecuencia, se veía a los comensales sentados a ambos lados de la mesa, a la sombra de su propia altanería, mirándose unos a otros con el mismo aburrimiento que las casas.

Todo el mundo sabe hasta qué punto se parecen a una calle las personas que se sientan a ambos lados de una mesa, especialmente las que se precian de ser quienes son por vivir en la calle en que viven. Las veinte casas uniformes e inexpresivas, a las que se llama con la misma aldaba o campanilla, a las que se accede por idénticos tristes escalones, todas protegidas por la misma reja, todas con las mismas salidas de incendios impracticables, los mismos artefactos incómodos por copete, todo ello, sin excepción, carísimo... ¿quién no ha cenado con ellas? La casa que necesita una reforma urgente, la que tiene un ventanal inesperado, la que está cubierta de estuco, la que tiene la fachada rehecha, la de la esquina llena de habitaciones en ángulo, la que tiene siempre las persianas echadas, la que luce siempre el escudo heráldico de un difunto, la casa a la que el cobrador ha ido a buscar un cuarto de idea y no ha encontrado cuartos de ninguna clase... ¿Quién no ha cenado con todas ellas? La casa que nadie quiere y que se vende por una ganga, ¿quién no la conoce? La casa ostentosa de la que se hizo cargo para toda la vida un caballero decepcionado y que no le conviene nada, ¿quién no conoce una casa embrujada así?

Harley Street, Cavendish Square, era muy consciente de que ahí vivían el señor y la señora Merdle. Tal vez no advirtiera la presencia de un intruso; pero la calle se sentía honrada con la presencia del señor y la señora Merdle. La Sociedad era consciente de la presencia del señor y la señora Merdle. La Sociedad había dicho: «Démosles el visto bueno, conozcámoslos».

El señor Merdle era inmensamente rico; un hombre de iniciativa prodigiosa; un rey Midas sin orejas de asno que convertía en oro todo lo que tocaba. Todo se le daba bien, de la banca a la construcción. Era miembro del Parlamento, por supuesto. Tenía su sede en la City, por descontado. Era presidente de esto, fideicomisario de aquello, director de lo otro. Los hombres más influyentes preguntaban a los empresarios: «¿Con quién trata? ¿Con Merdle?» y, si la respuesta era negativa, contestaban: «En tal caso, no quiero tener nada que ver con usted».

Este hombre grande y afortunado había proporcionado un nido de oro y carmesí, quince años antes, al amplio busto que necesitaba tanto espacio para albergar tan pocos sentimientos. No era un busto en el que se pudiera reposar, pero era un busto magnífico para colgar joyas. El señor Merdle necesitaba algo para colgar joyas y lo compró a tal fin. Bien podrían haberse casado por el mismo criterio Storr y Mortimer^[22].

Como todas sus actividades especulativas, ésta fue sólida y tuvo éxito. Las joyas lucían en todo su esplendor. El busto cubierto de joyas atraía la admiración general de la Sociedad en la que se movía. Y, si la Sociedad daba el visto bueno, el señor Merdle estaba satisfecho. Era el más desinteresado de los hombres: todo lo hacía por la Sociedad y casi nada para sí mismo.

Es decir, es de suponer que había obtenido ya todo lo que quería porque, de otro modo, lo habría conseguido gracias a su riqueza sin límite. Pero su deseo era satisfacer a la Sociedad (fuera eso lo que fuere) aunque pagara el tributo con incontables cheques. No brillaba en las ceremonias sociales; no tenía mucho que decir; era un hombre reservado, con una cabeza grande, destacada y vigilante, con ese particular tono rojizo en las mejillas que parece más rancio que fresco, y con cierta inquietud con los puños de la levita, como si estuvieran bajo su custodia y tuvieran motivos para esconder, nerviosamente, las manos. En lo poco que decía, era un hombre agradable; normal, deseoso de ganarse la confianza pública y privada y tenaz en el empeño de que todo el mundo mostrara la mayor deferencia, en todos los casos, a la Sociedad. En esa misma Sociedad (si por Sociedad se entiende a las personas que asistían a sus cenas y a las recepciones y conciertos de la señora Merdle), apenas parecía divertirse y era fácil encontrarlo detrás de una puerta o pegado a una pared. Por otro lado, cuando visitaba él a la Sociedad en lugar de recibirla en casa, parecía un poco cansado y con ganas de irse a la cama; pero no por ello dejaba de cultivarla y desenvolverse en ella, gastándose el dinero con la mayor prodigalidad.

El primer marido de la señora Merdle había sido un coronel bajo cuyos auspicios el Busto había entrado en competición con las nieves de Norteamérica y, si bien no alcanzaba la blancura de éstas, lo cierto es que las igualaba en frialdad. El hijo del coronel era el único que tenía la señora Merdle. Era un cabeza de chorlito sobre unos hombros altos con el aspecto de ser, más que un hombre joven, un niño hinchado. Había dado tan pocas muestras de razón que en su círculo de amistades se decía que se le había congelado el cerebro en una tremenda helada que había tenido lugar en St John's, New Brunswick, en el momento de su nacimiento y aún no se había deshelado. También se decía que en la infancia, por negligencia de la niñera, se había caído de cabeza por una ventana alta, y, según testigos fidedignos, se la había oído crujir. Es posible que ambos rumores se hubieran difundido *ex post facto*; el joven caballero (que respondía al expresivo nombre de Sparkler^[23]) tenía la monomanía de

proponer matrimonio a toda clase de jóvenes indeseables y observar sobre cada una de las damas a las que pedía la mano que se trataba de una «chica estupendísima; además, bien educada y llena de sensatez».

Un hijastro de tan limitado talento podría haber sido una traba para otro hombre; pero el señor Merdle no quería un hijastro para él, sino para la Sociedad. Como el señor Sparkler había estado en la Guardia y frecuentaba todo género de carreras, salones y fiestas, y era bien conocido, la Sociedad estaba satisfecha con ese hijastro. El señor Merdle habría considerado cumplido su objetivo aunque el señor Sparkler hubiera sido un artículo todavía más costoso. Y no resultaba en absoluto barato en las circunstancias del momento.

Aquella noche, mientras la pequeña Dorrit, al lado de su padre, le cosía las camisas nuevas, en la mansión de Harley Street daban una cena; asistían los prohombres de la Corte y los prohombres de la City, los prohombres de la Cámara de los Comunes y los prohombres de la Cámara de los Lores, los prohombres de la Judicatura y los prohombres de la Abogacía, los prohombres del Obispado, los prohombres del Tesoro, los prohombres de la Guardia a Caballo, los prohombres del Almirantazgo... todos los prohombres que dirigen nuestra marcha y a veces nos hacen caer.

—Me han dicho —dijo el prohombre del Obispado al prohombre de la Guardia a Caballo— que el señor Merdle ha hecho otro negocio enorme. Dicen que de cien mil libras.

La Guardia a Caballo había oído que eran doscientas mil.

El Tesoro había oído que trescientas mil.

La Abogacía, sosteniendo sus persuasivos anteojos, dijo que la cosa no estaba clara, pero que bien podrían ser cuatrocientas mil. Había sido uno de esos golpes afortunados, producto del cálculo y la combinación, cuyo resultado era difícil estimar. Uno de esos casos, de los que se daban pocos en una generación, en que la ambición se sumaba a la suerte habitual y a la osadía característica. Pero ahí se encontraba uno de los hermanos Bellows, que conocía el gran caso del banco y que, probablemente, podría decirles más. ¿En cuánto cifraba el nuevo éxito?

El hermano Bellows iba de camino a saludar al Busto y sólo pudo comunicarles al pasar que había oído decir, con gran verosimilitud, que el negocio había sido, en total, de medio millón de libras.

El Almirantazgo manifestó que el señor Merdle era un hombre magnífico; el Tesoro proclamó que era un nuevo poder en el país y que podría comprar el Parlamento entero. El Obispado declaró que se alegraba al pensar que tanta riqueza había fluido hacia las arcas de un caballero que estaba siempre dispuesto a defender lo que mejor convenía a la Sociedad.

Por lo general, el señor Merdle llegaba tarde a estas ocasiones, dado que era un

hombre retenido por las garras de gigantescas empresas cuando otros hombres se habían sacudido ya a los enanos que los ocupaban durante el día. Esta vez también fue el último en llegar. El Tesoro dijo que el trabajo de Merdle lo tenía un poco esclavizado. El Obispado dijo que le alegraba pensar que tanta riqueza había fluido hacia las arcas de un caballero que la aceptaba con mansedumbre.

¡Pelucas empolvadas! Era tan abundante el servicio con peluca empolvada que el polvo condimentaba la cena. Las partículas caían en los platos, y los alimentos de la Sociedad estaban sazonados con lacayos de primera clase. El señor Merdle acompañó hasta el piso de abajo a una condesa secuestrada en lo más profundo de un inmenso vestido, como el cogollo de una inmensa col. Si se admite un símil tan rústico, el vestido bajaba por la escalera como uno de esos personajes que se cubren de vegetación en las fiestas de mayo y nadie sabe quién es la persona que ocultan las ramas.

La Sociedad tenía para cenar todo lo que quisiera e incluso lo que pudiera no querer. Tenía de todo para mirar, para comer y para beber. Es de esperar que lo disfrutara; porque lo que consumió el señor Merdle se habría pagado con dieciocho peniques. La señora Merdle estaba magnífica. Y el jefe de los mayordomos, en cuanto a magnificencia, aquel día ocupaba el segundo lugar. No hacía nada, pero tenía un aspecto que pocos hombres podrían igualar. Era la última donación del señor Merdle a la Sociedad. Al señor Merdle no le gustaba y, cuando aquella gran criatura lo miraba, perdía la calma, pero la insaciable Sociedad lo quería y ahí lo tenía.

En el momento habitual de la diversión, la invisible condesa se llevó consigo la vegetación y la hilera de bellezas se puso en marcha con el Busto en último lugar. El Tesoro la comparó con Juno; el Obispado con Judith. La Abogacía se lanzó a discutir con la Guardia a Caballo a propósito de los consejos de guerra. Los hermanos Bellows y la Judicatura intervinieron. Otros prohombres fueron trabando conversación en parejas. El señor Merdle permanecía sentado en silencio mirando el mantel. De vez en cuando, un prohombre se dirigía a él para incorporarlo a su conversación; pero el señor Merdle pocas veces prestaba atención y hacía poco más que despertar momentáneamente de sus cálculos mentales y pasarle el vino.

Cuando se levantaron, tantos eran los prohombres que tenían algo que decirle personalmente al señor Merdle que éste tuvo que ir celebrando breves audiencias junto al aparador, uno por uno, mientras salían por la puerta.

El Tesoro le dijo que deseaba felicitar a uno de los capitalistas ingleses de fama mundial, a un príncipe del comercio, por su nuevo logro (había expresado ya varias veces este genuino sentimiento en el Parlamento y le resultaba fácil repetirlo). Difundir los triunfos de hombres como él era difundir los triunfos y recursos de la nación; el Tesoro se sentía —quería que el señor Merdle lo supiera— patriótico a raíz de este asunto.

—Gracias, milord —contestó Merdle—. Muchas gracias. Acepto sus felicitaciones con orgullo y me alegro mucho de su aprobación.

—Pero no le doy el visto bueno sin reservas, señor Merdle —el Tesoro lo cogió por el brazo, se lo llevó hacia el aparador y añadió en tono jocos—, ya que no tiene usted la intención de unirse a nosotros y ayudarnos.

El señor Merdle se sintió muy honrado por...

—No, no —interrumpió el Tesoro—, no debería verlo así una persona como usted, que se distingue por sus conocimientos prácticos y una gran previsión. Si tuviéramos control sobre las circunstancias y pudiéramos rogar que se uniera a nosotros a una persona tan influyente, de sus conocimientos y carácter, sólo podríamos proponérselo como un deber. De hecho, como un deber para con la Sociedad.

El señor Merdle proclamó que la Sociedad era la niña de sus ojos, que sus exigencias eran para él de la mayor importancia y pasaban por encima de cualquier otra consideración. El Tesoro se fue y llegó el prohombre de la Abogacía. Éste, con la ligera inclinación judicial propiciatoria que lo caracterizaba y jugueteando con sus persuasivos anteojos, manifestó su deseo de que lo disculpara si traía a colación ante uno de los grandes transformadores de la raíz de todo mal en la raíz de todo bien, ante un hombre que durante tanto tiempo había impreso su lustre y su brillo en los anales de un país tan comercial como el nuestro... si mencionaba, desinteresadamente, y en calidad de lo que ellos, los abogados, denominaban pedantemente *amicus curiae*^[24], un hecho del que había tenido noticia casualmente: le habían pedido que examinara los títulos de propiedad de una finca de considerable extensión situada en los condados del este del país. Para ser exactos, ya que el señor Merdle sabía que a los abogados les gustaba ser exactos, en la frontera de dos de los condados del este. Así pues, los títulos eran perfectamente válidos y bien podría comprar esas fincas en unas condiciones muy ventajosas quien tuviera a su alcance... dinero (pequeña reverencia judicial y persuasiva mirada a través de los anteojos). Precisamente, había tenido conocimiento de los hechos ese mismo día y se le había ocurrido que «si tenía el honor de cenar con mi queridísimo amigo el señor Merdle esta noche, y en un aparte, con discreción, le plantearé esa oportunidad». Semejante compra no supondría únicamente una gran influencia política completamente legítima, sino también media docena de beneficios eclesiásticos que ascendían a una considerable renta anual. Por supuesto, sabía que el señor Merdle no tenía la menor dificultad a la hora de encontrar medios para ocupar justísimamente su capital y emplear justísimamente su intelecto, tan vigoroso como activo, lo sabía perfectamente; pero se aventuraba a hacer la siguiente elucubración: si una persona que, merecidamente, había llegado a ocupar una posición tan elevada y a labrarse una reputación tan sólida en toda Europa no estaba obligada... no diría consigo misma, pero sí con la Sociedad, a hacerse

cargo de tales influencias y ejercerlas, no para sí ni para los suyos, sino en beneficio de la Sociedad.

El señor Merdle se mostró de nuevo como un sumiso devoto a ese objeto de su atención constante, y la Abogacía subió al piso de arriba por las grandes escaleras llevándose consigo los persuasivos anteojos. A continuación, al desgaire, el Obispado se aproximó al aparador.

El Obispado comentó, como quien no quiere la cosa, que, sin duda, los bienes de esta tierra difícilmente podrían estar en mejores manos que cuando se acumulaban bajo el toque mágico de los hombres más sabios y sagaces, hombres que, al tiempo que conocían el justo valor de la riqueza (en este punto el obispado intento adoptar un aire de extrema pobreza), eran conscientes de la importancia que ésta tenía cuando era juiciosamente administrada y correctamente distribuida para el beneficio común de todos nuestros hermanos.

El señor Merdle expresó con humildad su convicción de que el Obispado no estaría refiriéndose a él y a continuación, con total incoherencia, expresó su gratitud por la buena opinión que de él tenía el Obispado.

Llegados a ese punto, el Obispado adelantó una pierna bien torneada, como si dijera al señor Merdle: «No se preocupe por los atuendos episcopales, son meras convenciones», y expuso el caso a su buen amigo: ¿no se le había ocurrido a su buen amigo que la Sociedad podría tener esperanzas fundadas en que alguien tan afortunado en sus empresas y cuyo ejemplo, dado el lugar destacado que ocupaba, era tan influyente, enviara un poco de dinero para una misión en África o algo similar?

Después de que el señor Merdle contestara que meditaría sobre la idea, el Obispado le planteó otra pregunta: deseaba saber si su buen amigo se había interesado por el desarrollo del Comité Mixto para la Dotación Adicional de Dignatarios y si se le había ocurrido que sería una gran idea bellamente ejecutada aportar un poco de dinero.

El señor Merdle contestó de modo similar y el Obispado explicó los motivos de su interés: la Sociedad confiaba en que hombres como su buen amigo hicieran cosas así. No es que fuera él, en concreto, quien albergara tales esperanzas: era la misma Sociedad quien lo hacía. Como tampoco era Nuestro Comité quien necesitaba la Dotación Adicional de Dignatarios, sino la Sociedad, que no veía la hora de conseguirla. Aseguraba humildemente a su buen amigo que era extremadamente sensible a su buena opinión en cuanto a lo que mejor convenía a la Sociedad; y consideraba que estaba, a un tiempo, representando tal conveniencia y exponiendo los sentimientos de la Sociedad al desearle que siguiera prosperando, siguiera enriqueciéndose y siguiera todo bien en general.

El Obispado marchó escaleras arriba y los otros prohombres lo siguieron hasta que en el piso de abajo no quedó nadie más que el señor Merdle. Este caballero,

después de contemplar el mantel hasta que el alma del jefe de los camareros se iluminó con un noble resentimiento, siguió lentamente a los demás y se confundió entre la masa que subía por la escalera. La señora Merdle estaba en su salsa, exhibía las mejores joyas, la Sociedad tenía lo que había ido a buscar y el señor Merdle bebía en un rincón un poco de té por valor de dos peniques y, en conjunto, recibía más de lo que quería.

Entre los prohombres de la fiesta se encontraba un famoso médico que a todos conocía y al que todos conocían. Al llegar a la puerta, se topó con el señor Merdle tomando un té en el rincón y le dio un golpecito en el brazo.

—Oh, es usted —dijo Merdle, sobresaltado.

—¿Se encuentra mejor hoy?

—No, no estoy mejor —contestó Merdle.

—Es una pena que no lo haya visto esta mañana. Vaya a verme mañana o permita que venga yo.

—¡De acuerdo! Ya me pasaré por su casa.

La Abogacía y el Obispado estaban cerca mientras se desarrollaba este breve diálogo y, cuando la multitud arrastró al señor Merdle, se pusieron a departir con el médico. La Abogacía dijo que había cierto punto de tensión mental que un hombre no podía superar; que el punto variaba en función de las diversas texturas del cerebro y las peculiaridades de la constitución, según había tenido ocasión de observar en varios de sus colegas más sabios, y, si se cruzaba cierto límite, se caía en la depresión y la dispepsia. Sin querer entrometerse en los sagrados misterios de la medicina, deducía (dijo con la inclinación judicial y moviendo los persuasivos anteojos) que ése era el caso de Merdle, ¿no era así? El Obispado contó que, cuando era joven, durante una temporada se dedicó a escribir sermones los sábados, hábito que todos los jóvenes hijos de la iglesia deberían evitar diligentemente, y con frecuencia resultó sensible a la depresión a raíz de una exigencia intelectual excesiva que combatía de la más eficaz de las maneras con una receta que le preparaba la mujer en cuya casa se alojaba; dicha receta consistía en una yema de huevo fresco batida en una copa de jerez, un poco de nuez moscada y azúcar en polvo. Si bien no pretendía someter un remedio tan simple a la consideración de un profesor tan experto en el gran arte de curar, se aventuraba a preguntarle si no sería posible recuperarse de la tensión causada por los cálculos complejos gracias a un estimulante agradable y generoso.

—Sí —dijo el médico—. Los dos tienen razón. Pero también puedo decirles que no localizo la causa del malestar del señor Merdle. Tiene la constitución de un rinoceronte, la digestión de un avestruz y la concentración de una ostra. Y, desde el punto de vista nervioso, el señor Merdle posee un temperamento frío y poco sensible: diría que es tan invulnerable como Aquiles. Les parecerá extraño que un hombre así se encuentre mal sin motivo. Pero no he dado con la causa. Quizá tenga un malestar

muy oculto, no lo sé. Sólo puede decir que, hasta la fecha, no lo he descubierto.

No se advertía ni sombra del malestar del señor Merdle en el Busto que exhibía piedras preciosas y rivalizaba con otros escaparates similares; tampoco se advertía ni sombra del malestar del señor Merdle en el joven Sparkler, que iba de sala en sala buscando obsesivamente una joven lo bastante inconveniente y llena de sensatez; no había ni sombra del malestar del señor Merdle en los Barnacle ni en los Stiltstalking —había una auténtica colonia de ellos—, ni tampoco en ninguno de los presentes. Incluso en él, la sombra era muy débil mientras se movía entre la multitud, recibiendo cumplidos.

El malestar del señor Merdle. La Sociedad y él tenían tanto en común que resulta difícil imaginar que tuviera un malestar, si es que lo tenía, y que fuera sólo cosa suya. ¿Realmente tenía un mal muy oculto y algún médico supo dar con él? Paciencia. Entre tanto, la sombra del muro de Marshalsea oscurecía visiblemente a la familia Dorrit a lo largo de todo el recorrido del sol.

El aprecio que el Padre de Marshalsea sentía por el señor Clennam no fue aumentando en la misma proporción que sus visitas. La ceguera de éste en la gran cuestión de los testimonios de agradecimiento no despertaba admiración en el pecho paternal sino cierta tendencia al agravio de ese órgano tan vulnerable, ante el cual semejante ceguera pasaba por signo de insensibilidad impropio de un caballero. Una sensación de desengaño, ocasionada por el descubrimiento de que el señor Clennam apenas poseía esa delicadeza que el Padre de Marshalsea, confiadamente, se había sentido inclinado a atribuirle, empezó a ensombrecer el concepto que tenía de este caballero. El Padre llegó al punto de decir, en su círculo familiar, que temía que el señor Clennam no fuera un hombre de instintos elevados. Señaló que, en su condición pública de representante y dirigente de los miembros del Internado, se alegraba de recibir al señor Clennam cuando acudía a presentarle sus respetos; pero le parecía que, personalmente, no se llevaba bien con él. Tenía la impresión de que le faltaba algo, aunque no sabía qué. Sin embargo, el Padre no daba la menor muestra de descortesía sino que, por el contrario, lo honraba con mucha atención; quizá con la esperanza de que, aunque no fuera un hombre lo bastante inteligente y espontáneo para repetir voluntariamente su primer gesto testimonial, quizá, en el fondo, formara parte de su naturaleza comportarse como un caballero en ese sentido.

En las tres vertientes —caballero del exterior que se había quedado encerrado la noche de su primera visita, caballero del exterior que se había interesado por los asuntos del Padre de Marshalsea con la idea magnífica de sacarlo de ahí, y caballero del exterior que se había interesado por la hija de Marshalsea—, Clennam no tardó en convertirse en un visitante de categoría.

A Clennam no le sorprendían las atenciones que le dispensaba el señor Chivery cuando este funcionario estaba en la puerta porque distinguía poco entre la cortesía del señor Chivery y la de otros vigilantes. Sin embargo, una tarde el señor Chivery lo sorprendió al destacarse de sus compañeros con toda nitidez.

El señor Chivery, mediante algún hábil ejercicio de su capacidad para vaciar el edificio de la portería, se las había ingeniado para librarse de todos los internos que merodeaban por ella a fin de que el señor Clennam, al salir de la cárcel, lo encontrara solo.

—Usted perdone, caballero —susurró con tono confidencial—, ¿podría decirme hacia dónde va?

—Voy hacia el puente —contestó Clennam atónito al ver que Chivery se había

llevado la llave a los labios como si fuera una alegoría del silencio.

—Le ruego de nuevo que me perdone —susurró Chivery—, pero ¿le molestaría ir por Horsemonger Lane? ¿Podría pasar por esta dirección? —le dijo, tendiéndole una tarjeta impresa destinada a circular entre las amistades de Chivery & Co., tabacos, importadores de puros habanos, cigarros de Bengala, cigarros aromáticos cubanos, comerciantes en rapé, etc., etc.—. No es un asunto de trabajo —añadió—. La verdad es que se trata de mi mujer, quiere hablar con usted por una cuestión relacionada con... sí, con ella —dijo contestando a la mirada de recelo de Clennam con un movimiento de la cabeza.

—Pues la veré de inmediato.

—Gracias, señor. Muchas gracias. No lo apartará ni diez minutos de su camino. ¡Pregunte usted por la señora Chivery! —Chivery, que ya había dejado salir a Clennam, le dio estas últimas instrucciones a través de una ventanilla de la puerta que, cuando le parecía oportuno, podía abrir desde dentro para examinar a los visitantes.

Arthur Clennam, con la tarjeta en la mano, se dirigió a la dirección que en ésta figuraba y llegó rápidamente. Era un establecimiento muy pequeño en el que una mujer de aspecto decoroso cosía detrás de un mostrador. Tarritos de tabaco, cajitas de puros, una pequeña variedad de pipas, un par de tarritos de rapé y, para servir todo lo anterior, una palita de cuerno componían las existencias del comercio.

Arthur se presentó y agregó que, atendiendo a una petición del señor Chivery, había ido a tratar algo relacionado con la señorita Dorrit, según creía. Al instante, la señora Chivery dejó a un lado la labor, abandonó el asiento que ocupaba detrás del mostrador y movió la cabeza con gesto de pena.

—Ahora lo verá —dijo—, si tiene la bondad de mirar a hurtadillas.

Con estas misteriosas palabras, guió al visitante detrás de la tienda a un saloncito situado con un ventanuco que daba a un patio triste y diminuto. En ese patio, la colada de sábanas y manteles intentaba secarse (en vano, por falta de aire), colgada en un par de cuerdas; y entre la ropa, sentado en una silla, como si fuera el último marinero vivo en la cubierta de un barco, empapado e incapaz de plegar las velas, se hallaba un joven abatido por el dolor.

—Éste es nuestro hijo John —dijo la señora Chivery.

El señor Clennam no quiso parecer indiferente y preguntó qué le pasaba.

—Es lo único que hace —dijo la señora Chivery moviendo otra vez la cabeza—: estar ahí. No quiere salir, ni siquiera al patio cuando no hay ropa tendida; pero, cuando la ropa lo oculta de los vecinos, entonces sale y se queda ahí sentado durante horas. Horas y horas. ¡Dice que es como un bosque! —la señora Chivery negó de nuevo con la cabeza, se llevó el delantal a los ojos con gesto maternal y volvió con el visitante hacia la zona de la tienda—. Siéntese, por favor, caballero —dijo—. Lo que

le pasa a nuestro John tiene que ver con la señorita Dorrit; tiene el corazón destrozado por su causa y me gustaría tomarme la libertad de preguntarle qué podremos hacer sus padres cuando se rompa definitivamente.

La señora Chivery, que era una mujer de aspecto convencional muy respetada en Horsemonger Lane por sus buenos sentimientos y su conversación, dijo esto último sin perder la compostura, y luego volvió a negar con la cabeza y a secarse los ojos.

—Caballero —dijo a continuación—. Usted conoce a esa familia, se ha interesado por esa familia y tiene influencia en esa familia. Si pudiera mediar para que dos jóvenes fueran felices, permita que le ruegue, por nuestro pobre John y por el bien de los dos jóvenes, que lo haga.

—No la conozco desde hace mucho —contestó Arthur desconcertado— pero en este tiempo me he acostumbrado a ver a la pequeña... a la señorita Dorrit bajo una luz tan distinta que lo que me dice ahora me pilla completamente por sorpresa. ¿La señorita Dorrit conoce a su hijo?

—Se criaron juntos, señor —dijo la señora Chivery—. Jugaban juntos.

—¿Y conoce los sentimientos de su hijo?

—¡Santo cielo! —exclamó la señora Chivery con una especie de susurro triunfal—. Es imposible que lo haya visto los domingos y no se haya dado cuenta. Sólo el bastón, si no el resto, bastaría para que se enterara. Los jóvenes como John no se aficionan a las empuñaduras de marfil sin ton ni son. Así fue como me di cuenta yo.

—Quizá la señorita Dorrit no se fije tanto como usted.

—Pero es que lo sabe porque él se lo ha dicho —replicó la señora Chivery.

—¿Está usted segura?

—Caballero —declaró la señora Chivery—, estoy tan segura como de que me encuentro en esta casa. He visto con mis propios ojos a mi hijo salir de esta casa y he visto con mis propios ojos a mi hijo volver a esta casa y sé que ha hablado con ella — la señora Chivery conseguía dar un énfasis sorprendente mediante la repetición y los detalles.

—¿Podría preguntarle cómo se sumió en este triste estado que le causa a usted tanta inquietud?

—Fue el mismo día en que a esta casa vi volver a mi hijo con estos ojos. Desde entonces, ya no ha sido el mismo en esta casa. Ya no ha sido como era antes, cuando llegamos aquí hace siete años como inquilinos por trimestres.

La curiosa manera que tenía la señora Chivery de construir las frases les daba cierto aire de declaración jurada.

—¿Y puedo aventurarme a preguntarle cuál es su versión de todo este asunto?

—Puede usted —dijo la señora Chivery—, y se la daré con palabras tan ciertas como que estoy en esta tienda. Nuestro John sólo recibe buenas palabras y buenos deseos de todo el mundo. Jugaba con ella de niño cuando ella jugaba en el patio. La

conoce desde entonces. Un domingo por la tarde fue a verla después de comer y la vio, no sé si con cita o sin cita, no pretendo saber tanto. Y le hizo la proposición. El hermano y la hermana de ella se dan aires y están en contra de nuestro John. Su padre sólo piensa en sí mismo y no está dispuesto a compartirla con nadie. En estas circunstancias, ella contestó a nuestro John: «No, John, no puedo corresponderte, no puedo casarme, y no pienso casarme nunca, me sacrificaré por mi padre. Adiós, ¡encuentra otra mujer digna de ti y olvídate!». Así se propone ser una esclava para siempre de unas personas que no merecen que se convierta en esclava para siempre. Así es como nuestro John ya sólo quiere estar enfriándose entre la ropa tendida y quedarse en ese patio, como le he enseñado a usted, ¡convertido en una ruina que destroza el corazón de su madre!

Al decir esto, la buena mujer señaló el ventanuco tras el cual se veía a su hijo desconsolado, sentado bajo el bosquecillo poco melodioso; de nuevo negó con la cabeza y se secó los ojos, y rogó a Clennam, por el bien de ambos jóvenes, que ejerciera su influencia para cambiar el curso de los tristes acontecimientos.

Estaba tan convencida de su exposición de los hechos, y su relato parecía tan bien fundamentado, al menos, en lo que se refería a la pequeña Dorrit y a su familia, que Clennam no pudo pensar que no estuviera en lo cierto. Había llegado a asociar a la pequeña Dorrit a un interés tan peculiar —un interés que, a medida que iba en aumento, la alejaba de todo lo vulgar y desagradable que la rodeaba— que le decepcionaba, disgustaba y casi le dolía imaginarla enamorada del joven Chivery del patio trasero o de cualquier otro similar. Por otra parte, razonaba Clennam para sí, tan buena y tan justa seguía siendo la muchacha si estaba enamorada de Chivery como si no lo estaba; y convertirla en una especie de hada domesticada, bajo pena de aislarla de las únicas personas que conocía, sería una debilidad de su imaginación y, además, muy poco amable por su parte. Sin embargo, la apariencia juvenil y etérea de Amy, sus modales tímidos, el encanto y la sensibilidad de sus ojos y su voz, tantos detalles de su personalidad que habían despertado su interés, y la gran diferencia que había entre ella y quienes la rodeaban, no encajaban y nunca encajarían con la noticia que acababan de darle.

Tras dar vueltas a estas ideas, incluso mientras la admirable señora Chivery le hablaba, Clennam contestó que podía estar segura de que haría todo lo posible, en toda ocasión, para procurar la felicidad, así como satisfacer los deseos del corazón de la señorita Dorrit, siempre que estuviera en su mano y descubriera cuáles eran. Al mismo tiempo, le advirtió que no diera por buenas las deducciones ni las apariencias; le recomendó que guardara un silencio y un secreto estrictos, no fueran a perjudicar a la señorita Dorrit; y le aconsejó, en concreto, que se ganara la confianza de su hijo para conocer bien el estado del caso.

La señora Chivery consideró que esta última precaución era superflua, pero dijo

que lo intentaría. Negó con la cabeza como si no hubiera conseguido todo el consuelo que esperaba de la conversación, pero, a pesar de todo, le dio las gracias por las molestias que tan amablemente se había tomado. Se despidieron cordialmente y Arthur se marchó.

La multitud de la calle chocaba con la multitud que se movía por sus pensamientos, y, como la confusión era tal, evitó el puente de Londres y se desvió para tomar el Puente de Hierro, en una zona más tranquila. Había apenas empezado a recorrerlo cuando vio a la pequeña de los Dorrit caminando delante de él. Hacía un día agradable, soplaba una ligera brisa y parecía que hubiera salido a tomar el aire. Clennam la había dejado en la habitación de su padre una hora antes.

Ahora se le ofrecía la oportunidad deseada de observar su rostro y su comportamiento a solas. Aceleró el paso pero, antes de llegar a su altura, ella volvió la cabeza.

—¿La he asustado? —preguntó Clennam.

—Me ha parecido que conocía esos pasos —contestó Amy, vacilante.

—¿Y ha adivinado de quién eran, señorita Dorrit? Difícilmente podría esperar que fuera yo.

—No esperaba que fueran de nadie. Pero, cuando oí los pasos, pensé... me parecieron los suyos.

—¿Va usted muy lejos?

—No, señor, sólo estoy dando un paseo por aquí para variar.

Pasearon juntos y ella volvió a mostrar confianza en él y lo miró a la cara mientras decía, después de echar un vistazo a su alrededor:

—Es raro, quizá usted no lo entienda. Algunas veces tengo la sensación de que es desconsiderado pasear por aquí.

—¿Desconsiderado?

—Ver el río, tanto cielo, tantas cosas, tanto cambio y movimiento. Y luego volver y ver a mi padre en el mismo rincón angosto.

—¡Ah, sí! Pero, cuando vuelva, recuerde que lleva consigo el espíritu y la influencia de estas cosas para alegrarlo.

—¿De veras? Me gustaría que fuera así. Me temo que va usted demasiado lejos y supone que mi influencia es muy grande. Si estuviera usted en la cárcel, ¿podría llevarle semejante alivio?

—Sí, pequeña Dorrit, estoy seguro de que sí.

Clennam dedujo del temblor de sus labios, y de una sombra efímera de emoción que le recorrió el rostro, que la joven pensaba en su padre. Guardó silencio durante unos momentos y esperó a que recuperara la calma. La pequeña Dorrit, que temblaba en su brazo, era más ajena que nunca a la teoría de la señora Chivery y, sin embargo, no era irreconciliable con una nueva idea que se le ocurrió de repente: quizá existiera

otra persona a una distancia inalcanzable... y aún imaginó más: a una distancia inalcanzable y sin esperanza.

Dieron media vuelta y Clennam exclamó:

—¡Por ahí viene Maggy!

La pequeña Dorrit alzó la vista, sorprendida, y vio a Maggy, que se detuvo en seco al verlos. Iba andando a paso ligero, tan atareada y preocupada que no los reconoció hasta que los tuvo encima. Por un momento pareció sentirse tan culpable que el canasto que llevaba compartió el cambio de ánimo.

—Maggy, me prometiste que te quedarías un rato con mi padre.

—Eso quería hacer, madrecita, pero él no ha querido. Si me manda a un recado, tengo que salir. Si va y dice: «Maggy, lleva esta carta y te ganarás seis peniques si la respuesta es buena», tengo que hacerlo. Madrecita, ¿qué puede hacer una niña de diez años? Y si el señor Tip se cruza conmigo porque llega cuando salgo y dice: «¿Adónde vas, Maggy?»; y yo le digo: «Voy a tal sitio»; y me dice: «Espera, que yo también lo intento» y se va a lo de George y escribe una carta y me la da y dice: «Lleva esto al mismo sitio y si la respuesta es buena te daré un chelín», ¡no es culpa mía, madre!

Arthur leyó, en la mirada baja de la pequeña Dorrit, el destino que imaginaba para las cartas.

—Voy a tal sitio, ahí voy —dijo Maggy—. Voy a tal sitio. Tú no tienes nada que ver, madrecita, las cartas son para usted —dijo Maggy, dirigiéndose a Arthur—. Será mejor que vaya usted a tal sitio para que se las pueda dar.

—No hace falta que sigamos las indicaciones tan al pie de la letra, Maggy. Dámelas aquí —dijo Clennam con voz grave.

—Entonces, vamos a cruzar la calle —dijo Maggy con un susurro sonoro—. Madrecita no tiene que saber nada de esto y no lo habría sabido si usted hubiera estado en tal sitio en lugar de ir de un lado para otro. No tengo la culpa. Tengo que hacer lo que me dicen. Tendrían que avergonzarse por decírmelo.

Clennam cruzó al otro lado de la calle y se apresuró a abrir las cartas. La del padre exponía que, tras encontrarse, del modo más inesperado, en la insólita situación de no haber recibido un envío de la City con el que contaba, tomaba la pluma, obligado por la lamentable circunstancia de su encarcelación, que duraba ya veintitrés años (subrayado dos veces), que le impedía presentarse personalmente, como habría hecho de otro modo; así pues, tomaba la pluma para rogar al señor Clennam que le avanzara la cantidad de tres libras y diez chelines, que le devolvería puntualmente, y que le rogaba que incluyera en su carta de respuesta. La del hijo decía que, sin duda, el señor Clennam se alegraría de oír que por fin había conseguido un empleo permanente muy satisfactorio, acompañado de la perspectiva de un gran éxito en la vida; pero que su jefe no podía pagarle en aquel momento el salario que le adeudaba (en tal circunstancia, dicho empresario había apelado a la generosidad que, según

confiaba, encontraría siempre en los demás), lo que, sumado al engaño de un falso amigo y al altísimo precio que tenían en aquel momento los alimentos, lo había puesto al borde de la ruina si a las seis menos cuarto de aquella misma tarde no había reunido la cantidad de ocho libras. Sin duda, al señor Clennam le complacería saber que, gracias a la ayuda de varios amigos que confiaban en su probidad, había reunido ya esa suma, si bien le faltaba una menudencia para completarla: una libra con diecisiete chelines y cuatro peniques; el préstamo de dicha cantidad por un mes tendría las habituales consecuencias beneficiosas.

Clennam contestó ambas cartas ahí mismo con ayuda de un lápiz y de la cartera; envió al padre lo que pedía y se disculpó con el hijo por no poder acceder a su petición. Luego encargó a Maggy que entregara las respuestas y le dio el chelín que perdía por no haber conseguido parte de su objetivo.

Después, regresó con la pequeña Dorrit y paseaban de nuevo cuando ésta exclamó de repente:

—Será mejor que me vaya, es mejor que me vaya a casa.

—No se aflija —dijo Clennam—. He contestado las cartas, no era nada importante. Ya lo sabe usted, no era nada importante.

—Pero me da miedo dejarlo —contestó ella—. Me da miedo dejarlos a los dos. Cuando no estoy, pervierten hasta a Maggy, aunque lo hagan sin querer.

—Era un recado muy inocente, pobrecilla. Y al ocultárselo a usted no me cabe duda de que sólo quería ahorrarle las molestias.

—Sí, eso espero, eso espero. Pero ¡es mejor que me vaya a casa! El otro día, mi hermana me dijo que me había acostumbrado tanto a la cárcel que ya tenía su tono y su carácter. Será eso. Estoy segura de que así es cuando veo estas cosas. Mi sitio está ahí. Estoy mejor ahí. No es considerado por mi parte estar aquí cuando no puedo hacer nada. Adiós. ¡Habría sido mejor que me quedara en casa!

Lo dijo con tanta angustia, como si se le escapara del corazón oprimido, que a Clennam le costó contener las lágrimas.

—¡No la llame «casa», criatura! —suplicó—. Me resulta doloroso oírsele decir.

—Pero ¡si es mi casa! ¿Qué otra tengo? ¿Por qué iba a olvidarlo por un solo momento?

—No lo olvida nunca, querida pequeña Dorrit, cuando se trata de hacer algo bueno.

—¡Eso espero, eso espero! Pero es mejor para mí que me quede ahí, mucho mejor; cumplo mejor con mi deber y soy más feliz. Por favor, no me acompañe, déjeme ir sola. Adiós, Dios le bendiga, gracias, gracias.

Clennam tuvo la sensación de que era preferible respetar su ruego y no se movió mientras la menuda silueta se alejaba rápidamente. Cuando ésta desapareció con un aleteo, volvió el rostro hacia el agua y se quedó pensando.

Sin duda, la había entristecido descubrir la existencia de esas cartas, pero ¿tanto y de modo tan incontenible?

No.

Cuando vio a su padre mendigar con aquel ajado disfraz, cuando le pidió a él que no le diera dinero, estaba triste, pero no de esa manera. Algo la volvía ahora más sensible que antes. ¿Aquella persona que se encontraba a una distancia inalcanzable? ¿O era sólo una vaga sospecha al comparar el río inquieto que pasaba bajo el puente con el mismo río aguas arriba, el rumor regular bajo la proa del barco, el apacible fluir de la corriente a velocidad constante, aquí los juncos, allá los lirios, sin incertidumbres ni desasosiegos?

Clennam siguió pensando un buen rato en la pobre criatura, la pequeña Dorrit; pensaba en ella al volver a casa; pensaba en ella por la noche; pensaba en ella al amanecer del día siguiente. Y la pobre niña Dorrit pensaba en él —tan fiel, ah, demasiado fiel— cubierta por la sombra del muro de Marshalsea.

Capítulo XXIII

La máquina se pone en marcha

El señor Meagles había estado tan activo en la negociación con Daniel Doyce que Clennam le había confiado que no tardó en tenerla lista, y una mañana lo visitó a las nueve para darle su informe.

—Doyce le está muy agradecido por su buena opinión —empezó diciendo— y no hay nada que desee tanto como que examine usted los asuntos de su taller y comprenda por completo lo que hace. Me ha dado las llaves de todos sus libros y papeles, aquí las tengo, tintineando en el bolsillo, y el único encargo que me ha hecho ha sido: «Que el señor Clennam sepa exactamente todo lo que yo sé. Si al final no llegamos a un acuerdo, él sabrá respetar el secreto. Si, para empezar, no estuviera completamente seguro de que lo iba a respetar, no querría trabajar con él». Como ve, estas palabras definen a Daniel Doyce.

—Un personaje honorable.

—Sí, por supuesto, no tengo la menor duda. Raro, pero honorable. Aunque muy raro. ¿Podrá creer, Clennam —dijo el señor Meagles, divertido ante la excentricidad de su amigo—, que pasé toda una mañana en la plaza-como-se-llame...

—¿Del Corazón Sangrante?

—Pasé toda una mañana en la Plaza del Corazón Sangrante antes de poder convencerlo.

—¿Y por qué?

—¿Que por qué, amigo mío? En cuanto mencionaba su nombre en relación con el asunto, se negaba.

—¿Se negaba por mi culpa?

—En cuanto lo nombré, Clennam, dijo: ¡Eso no funcionará! ¿Qué quería decir?, le pregunté. Da igual, Meagles, no funcionará. ¿Por qué no funcionará? No se lo va a creer, Clennam —dijo Meagles, aguantando la risa—, pero decía que no podía ser porque, cuando volvieron juntos de Twinckenham, la conversación que tuvieron fue derivando hacia una charla amistosa, en el curso de la cual él hizo referencia a su intención de tomar un socio; en aquel momento él suponía que usted era un hombre tan firmemente establecido como la catedral de San Pablo. «Y ahora el señor Clennam podría creer, si se lo propusiera, que aquella charla sincera iba con segundas y yo tenía un motivo oculto. Cosa que no puedo soportar, que soy demasiado orgulloso para soportar», dice.

—Si yo sospechara...

—Claro que sí —interrumpió Meagles— y eso le dije. Pero me costó toda una

mañana convencerlo; y creo que nadie más lo habría conseguido (a mí me conoce y me aprecia desde hace tiempo). En fin, Clennam, superado este obstáculo profesional, Doyce decidió que, antes de volver a tratar con usted, yo tenía que examinar los libros y formarme una opinión. He mirado los libros y me he formado una opinión. «¿A favor o en contra?», me preguntó Doyce. «A favor», contesté. «Entonces, amigo mío —dijo él—, puede procurar a Clennam los medios para que él se forme su propia opinión. Para permitirselo con total libertad y sin coacciones, me iré de la ciudad una semana». Y se ha ido —dijo Meagles—. He aquí la magnífica conclusión del asunto.

—Lo que me deja a mí una grata impresión de su sinceridad y de... —dijo Clennam.

—Y de su rareza —interrumpió Meagles—. ¡Eso mismo me parece a mí!

No era exactamente la palabra que tenía Clennam en los labios, pero se abstuvo de interrumpir a su bien humorado amigo.

—Y ahora —añadió Meagles— puede empezar usted a estudiarlo todo en cuanto quiera. Me he comprometido a explicarle lo que necesite explicación, pero tengo que ser estrictamente imparcial y no puedo hacer nada más.

Empezaron sus investigaciones en la Plaza del Corazón Sangrante aquella misma tarde. Era fácil detectar, para unos ojos experimentados, algunas excentricidades en la manera que tenía Doyce de manejar sus asuntos, pero siempre implicaban alguna ingeniosa simplificación de una dificultad y algún camino recto hacia el fin deseado. Que los libros estaban atrasados y que necesitaba ayuda para desarrollar todas las posibilidades del negocio era cosa clara; pero ahí aparecían bien expuestos los resultados de iniciativas tomadas durante muchos años y se distinguían con facilidad. Nada se había hecho pensando en una investigación; todos eran documentos en traje de trabajo y con un orden tosco y honrado. Los cálculos y las entradas, que eran muchos, estaban escritos del puño y letra de Doyce, con rotundidad, y, si bien no eran muy precisos, resultaban siempre claros y útiles para el caso. Arthur pensó que un registro más elaborado y llamativo —probablemente, como sería el del Negociado de Circunloquios— sería mucho menos útil, dado que su objetivo primordial habría sido hacerlo menos inteligible.

Después de tres o cuatro días de trabajo constante, Clennam dominaba ya todos los datos que debía conocer. El señor Meagles estuvo a mano todo ese tiempo, dispuesto siempre a iluminar los puntos oscuros con la lámpara de seguridad de su conocimiento de la balanza y la palita. Acordaron entre los dos la cantidad que sería justo ofrecer por la compra de la mitad del negocio y, a continuación, el señor Meagles quitó el lacre al documento en el que Daniel Doyce había apuntado la cantidad en que lo valoraba, que era incluso un poco inferior. Así, cuando Daniel regresó, se encontró con el asunto prácticamente concluido.

—Puedo ahora confesarle, señor Clennam —dijo con un cordial apretón de

manos—, que si hubiera buscado un socio en cielo y tierra, no creo que hubiera encontrado otro más a mi gusto.

—Lo mismo le digo —contestó Clennam.

—Y les diré yo a los dos que se complementan perfectamente —añadió Meagles—. Usted, Clennam, con su sentido común, lo mantendrá a raya, y usted, Dan, Dan, con su...

—¿Mi sentido poco común? —sugirió Daniel con su plácida sonrisa.

—Puede llamarlo así si quiere... cada uno de ustedes será una mano derecha para el otro. Y, en mi calidad de hombre práctico, les tiendo la mía por si la necesitan.

La compra se hizo efectiva en el plazo de un mes. Dejó a Arthur en posesión de un capital inferior a unos pocos cientos de libras, pero abría ante él una carrera activa y prometedora. Los tres amigos comieron juntos para festejar la ocasión; también los trabajadores del taller y sus mujeres e hijos lo celebraron; incluso se comió carne abundante en la Plaza del Corazón Sangrante. A los dos meses, los vecinos de la Plaza del Corazón Sangrante volvían a estar tan familiarizados con la escasez que habían olvidado ya el festín; cuando nada parecía nuevo en el negocio excepto la inscripción en la entrada que decía «Doyce y Clennam»; y hasta el mismo Clennam, que llevaba años pensando en emprender un negocio de esas características.

El pequeño despacho de contabilidad que tenía reservado era una pequeña habitación de cristal y madera al fondo de un taller largo, de techo bajo, lleno de bancos, tornillos de trabajo, herramientas, correas y ruedas; éstas, cuando estaban engranadas con el motor de vapor, giraban como si tuvieran la misión suicida de moler el negocio hasta dejarlo reducido a polvo y destrozarse el taller. Unas trampillas en el suelo y el techo, que daban al taller de abajo y al taller de arriba, dejaban pasar un rayo de luz que a Clennam le recordaba el dibujo del álbum que tenía de pequeño en el que unos rayos similares eran testigos del asesinato de Abel. Los ruidos estaban lo bastante alejados del despacho para transformarse en un incansable rumor, en el que se mezclaban periódicamente tintineos y golpes. Las siluetas de los pacientes trabajadores se veían ennegrecidas por limaduras de hierro y acero que bailaban en torno a cada banco de trabajo y se colaban por las grietas de las tablas. Se accedía al taller desde el patio exterior, a menor altura, por una escalera de mano, que servía de cobijo para la gran muela en la que se afilaban las herramientas. El conjunto le parecía a Clennam muy agradable y práctico, un cambio bienvenido; y cuando alzaba los ojos de la primera tarea que se había impuesto, la de poner en orden todos los documentos, miraba aquellas cosas con una sensación de placer vocacional totalmente nueva.

Así fue que un día, al alzar los ojos, se vio sorprendido por una capota que asomaba dificultosamente por la escalera. La insólita aparición fue seguida de otro sombrero. Entonces se dio cuenta de que la primera capota estaba en la cabeza de la

tía del señor F. y que la segunda estaba en la cabeza de Flora, que parecía haber empujado escaleras arriba con gran dificultad al legado de su marido. Si bien no le entusiasmó la aparición de tales visitas, Clennam se apresuró a abrir la puerta de la oficina y sacarlas del taller, rescate de lo más necesario pues la tía del señor F. estaba ya tropezando con algo y amenazando a la máquina de vapor como institución con el bolso pétreo que llevaba.

—Bendito sea Dios, Arthur (debería decir señor Clennam, que es mucho más adecuado), cómo hemos tenido que trepar para llegar hasta aquí, y cómo vamos a bajar sin salida de incendios, la tía del señor F. resbalará por las escaleras y se hará daño, y ¡cómo se encuentra usted entre máquinas y fundiciones sin decírnoslo! —exclamó Flora, sin aliento. Entre tanto, la tía del señor F. se frotaba sus queridos empeines con la sombrilla y miraba a su alrededor con afán de venganza—. Qué malo ha sido usted, no ha vuelto a visitarnos desde ese día, aunque claro, cómo va usted a sentirse tentado por nuestra casa, si está usted mucho mejor comprometido, no lo dudo, aunque no sé si ella es rubia o morena, tiene los ojos claros o negros, aunque estoy segura de que será muy distinta a mí en todo, porque yo soy una decepción para usted, lo sé muy bien, y usted hace muy bien en quererla a ella, pero qué más da lo que yo diga, ¡si casi no sé ni yo misma lo que digo, bendito sea Dios!

Entre tanto, Arthur les había preparado dos sillas en el despacho. Mientras Flora se desplomaba en la suya, lo miró como en otros tiempos.

—Y pensar en Doyce y Clennam, y en quién será ese Doyce —prosiguió Flora—: sin duda, un hombre encantador, quizá casado, quizá con una hija, ¿tiene una hija? Claro, así se entiende la sociedad, no me diga nada, ya sé que no tengo derecho a preguntar, ya que la cadena de oro que en otros tiempos nos unía se rompió y bien estuvo que se rompiera. —Flora puso una mano entre las suyas y le dirigió otra mirada como en los viejos tiempos—. Querido Arthur, ay, cómo pesa la costumbre, lo de señor Clennam es mucho más adecuado y apropiado en las circunstancias actuales, debo rogarle que me disculpe por tomarme la libertad de invadirlo en memoria de los viejos tiempos, aunque se hayan ido para siempre y nunca vayan a volver, y presentarme con la tía del señor F. para felicitarlo y ofrecerle nuestros mejores deseos, porque estoy segura de que esto es mejor que la China, y está mucho más cerca, aunque esté más alto.

—Me alegro mucho de verlas —dijo Clennam—. Y gracias, Flora, le agradezco mucho que me recuerde tan afectuosamente.

—En todo caso, eso es más de lo que puedo decir yo —replicó Flora—, porque me podría haber muerto y podrían haberme enterrado veinte veces sin que usted se hubiera acordado sinceramente de mí, a pesar de lo cual me gustaría hacer una última observación y darle una última explicación...

—Querida señora Finching... —interrumpió Arthur, alarmado.

—Oh, no me llame por ese nombre tan desagradable, ¡llámeme Flora!

—Flora, ¿cree que merece la pena que vuelva a darme explicaciones? Le aseguro que no me hacen ninguna falta, estoy satisfecho, plenamente satisfecho.

En ese momento, la tía del señor F. los interrumpió con una afirmación inexorable y terrible:

—¡En la carretera de Dover hay mojones!

Descargó ese proyectil con una hostilidad tan mortal contra la raza humana que Clennam no supo cómo defenderse; tanto más cuanto que estaba ya perplejo ante el honor de una visita de aquella dama venerable que, sin la menor duda, lo aborrecía completamente. No pudo por menos de mirarla atónito mientras la mujer exhalaba amargura y desprecio, con la vista fija en la lejanía. Sin embargo, Flora recibió la observación como si hubiera sido de lo más pertinente y agradable, y señaló con gesto de aprobación que la tía del señor F. era muy ingeniosa. Ya fuera estimulada por el cumplido o por su indignación ardiente, la ilustre mujer añadió:

—¡Que le haga frente, si se atreve! —y, con un movimiento rígido de su bolso pétreo (accesorio de gran tamaño y aspecto fósil), indicó que Clennam era la infortunada persona a la que se dirigía el desafío.

—Una última observación —prosiguió Flora—: iba a decirle que me gustaría darle una última explicación que quisiera ofrecerle: la tía del señor F. y yo no nos habríamos presentado en horas de trabajo, porque el señor F. fue un hombre de negocios y aunque lo suyo era un comercio de vinos eso también es un negocio, llámelo como quiera, y las costumbres de los negocios son las mismas, y veíamos que el señor F., que tenía las zapatillas siempre en la alfombra a las seis menos diez de la tarde y las botas en el guardafuegos a las ocho menos diez de la mañana, hiciera bueno o malo, con luz o ya de noche, digo que no nos habríamos presentado sin un buen motivo en horas de trabajo y con la esperanza de ser bien recibidas, Arthur, mejor dicho, señor Clennam, aunque probablemente Doyce y Clennam suena más a negocio importante.

—Por favor, no se disculpe usted —suplicó Arthur—. Es usted siempre bienvenida.

—Es muy cortés por su parte decir eso, Arthur (no me acuerdo de decir señor Clennam hasta que ya me ha salido la costumbre de tiempos pasados que nunca volverán y eso es tan cierto que a menudo en la noche en calma antes de que la cadena del sueño haya atado a las personas los recuerdos más tiernos que traen las luces de tiempos pasados); muy cortés pero más cortés que sincero me temo ya que se ha metido usted en el negocio de la maquinaria sin enviar una línea ni una tarjeta a papá (no me diga que todo pertenece a otros tiempos pero que pasaron porque a la dura realidad me enfrento generosamente con un qué más da) y eso no lo parece debe usted confesarlo.

En esta ocasión a Flora se le escaparon hasta las comas; era mucho más incoherente y locuaz que la vez anterior.

—Aunque, la verdad —se apresuró a añadir—, no hay que esperar nada más, y por qué iba esperarse y, si no se espera, por qué se esperaría, y estoy lejos de echarle a usted la culpa o a cualquier otra persona. Cuando su mamá y mi papá se inquietaron tanto por nosotros y rompieron el cuenco de oro (quería decir el vínculo de oro, pero me parece que ya sabe a lo que me refiero y si no lo sabe tampoco se pierde nada y a mí me da lo mismo me atrevo a añadir), cuando cortaron el vínculo de oro que nos ataba y nos dejaron entre lágrimas en el sofá casi me ahogo por lo menos yo y todo cambió y le di mi mano al señor F. ya sé que lo hice con los ojos bien abiertos pero él estaba tan alterado y tan abatido que se puso a hablar del río o del aceite o de cualquier otra cosa de la botica y yo lo hice con la mejor intención.

—Querida Flora, ya zanjamos ese asunto, está todo claro.

—Le parece que está todo claro —contestó Flora— porque se lo toma con mucha frialdad, si no fuera porque sé que estaba en la China, pensaría que viene usted de las regiones polares, querido señor Clennam, tiene usted razón, de todos modos, y no puedo echarle la culpa pero como las propiedades de papá están al lado de Doyce y Clennam, hemos oído contárselo a Pancks y si no llega a ser por él no habríamos sabido nada, estoy convencida.

—No, no, no diga eso.

—Qué tontería no decirlo, Arthur, Doyce y Clennam, es más fácil para mí decir eso que señor Clennam, cuando lo sé y usted también lo sabe y no puede negarlo.

—Pero lo niego, Flora. No habría tardado en hacerles una visita de cortesía.

—¡Ah —exclamó Flora, moviendo la cabeza—, seguro que sí! —y le dirigió otra de sus miradas de otros tiempos—. De todos modos, cuando Pancks nos lo dijo, tomé la decisión de que la tía del señor F. y yo le haríamos una visita porque cuando papá, antes de saberlo, habló de usted y dijo que estaba interesado en ella, dije yo al momento, santo Dios, por qué no traerla, cuando no tenemos nada más que hacer en lugar de dejarlo para más tarde.

—¿Se está refiriendo usted a la tía del señor F.? —preguntó Clennam, bastante desconcertado.

—Por Dios, Arthur (insisto en que me resulta más fácil llamarlo Doyce y Clennam, debido a los viejos recuerdos), ¿quién ha dicho que la tía del señor F. se dedique a coser y salga durante el día?

—¿Sale durante el día? ¿Se refiere usted a la pequeña Dorrit?

—Claro, sí, por supuesto —contestó Flora—, el más raro de todos los nombres raros que he oído en mi vida, como si fuera el de un lugar que había en el campo con un portazgo, o el de un poni, o de un cachorro, o de un pajarito, o de una semilla que hay que plantar en un jardín o en una maceta para que crezca.

—En ese caso, Flora —dijo Arthur, interesado súbitamente en la conversación—, el señor Casby tuvo la amabilidad de hablarle a usted de la pequeña de los Dorrit, ¿verdad? ¿Qué le dijo?

—Oh, ya sabe cómo es papá —contestó Flora— y lo molesto que resulta cuando se sienta cómodamente y da vueltas a los pulgares una y otra vez hasta que una se marea si no aparta la vista; dijo, cuando estábamos hablando de usted, no sé quién sacó el tema, Arthur, Doyce y Clennam, pero estoy segura de que yo no fui, al menos espero no haber sido yo, pero debe usted disculparme si no me extiendo sobre este particular.

—Sin duda, por supuesto —contestó Arthur.

—Lo dice usted con mucho entusiasmo —dijo Flora con un puchero y callando de repente con un sonrojo cautivador— y debo admitir que papá dijo que usted había hablado de ella con interés y yo le dije lo que le he dicho y ya está.

—¿Ya está? —preguntó Arthur, un poco decepcionado.

—Pero cuando Pancks nos dijo que se había embarcado usted en este negocio y consiguió convencernos de que, efectivamente, se trataba de usted, le dije a la tía del señor F. que entonces vendríamos y le preguntaríamos si no sería agradable para ambas partes que la contratara para nuestra casa cuando la necesitara, ya que sé que con frecuencia va a casa de su mamá y sé que su mamá tiene un carácter muy susceptible, Arthur, Doyce y Clennam, porque si no hubiera sido así no me habría casado con el señor F. y en este momento podría ser... pero me parece que sólo digo tonterías.

—Muy amable por su parte pensar en eso, Flora.

La pobre Flora contestó, con una sinceridad que le sentaba mejor que las miradas de otros tiempos, que se alegraba de que lo pensara él. Lo dijo con tanto énfasis que Clennam habría dado una gran suma por comprar el papel que había representado y olvidarse de él, junto con el de sirena, para siempre.

—Me parece, Flora —dijo Clennam—, que el empleo que le puede facilitar usted a la pequeña Dorrit y la amabilidad que puede mostrar con ella...

—Sí, por supuesto —se apresuró a contestar Flora.

—Estoy seguro de que... le será usted de gran ayuda. Me parece que no tengo derecho a decirle lo que sé de ella porque me enteré de modo confidencial y en circunstancias que me obligan a guardar silencio. Pero tengo interés en la pobre criatura y me inspira un respeto que no puedo explicarle. Ha llevado una vida de sufrimiento y devoción con tanta bondad que no se puede ni imaginar. Me cuesta pensar en ella y más todavía hablar de ella sin sentirme conmovido. Dejemos que estos sentimientos representen lo que puedo decirle y la encomiendo a su amistad con todo mi agradecimiento.

Una vez más, tendió la mano con franqueza a la pobre Flora; una vez más, la

pobre Flora fue incapaz de aceptarla con sinceridad y le pareció que, abiertamente, valía mucho menos que cuando se rodeaba de intriga y de misterio. Con tanto placer por su parte como consternación por parte de Arthur, la cubrió con una esquina del chal mientras la estrechaba. Después, viendo por el cristal de la oficina que se acercaban dos figuras, exclamó con infinito placer:

—Ah, es papá, Arthur, silencio, ¡por amor de Dios! —y volvió trotando a su silla como si estuviera a punto de desmayarse, inducida por la sorpresa y el virginal estremecimiento de su espíritu.

El Patriarca, entre tanto, se acercaba con una sonrisa estúpida a la oficina, detrás de Pancks. Éste le abrió la puerta para que pasara y se retiró a su amarre en un rincón.

—Me ha contado Flora —dijo el Patriarca con una sonrisa benevolente— que iba a pasar por aquí, a pasar por aquí. Y, como he salido, he pensado que yo también venía, también venía.

La benigna sabiduría que infundió a su declaración (poco profunda en sí misma), con el apoyo de sus ojos azules, la cabeza brillante y el largo cabello blanco tuvo un efecto de lo más impresionante. Habría podido clasificarse entre los más nobles sentimientos enunciados por los mejores hombres. Lo mismo habría podido decirse cuando, sentado en la silla que le había ofrecido Clennam, añadió:

—Así pues, ¿se dedica usted ahora a los negocios, señor Clennam? Le deseo lo mejor, le deseo lo mejor —parecía haber hecho maravillas.

—La señora Finching me estaba contando, señor —dijo Arthur después de los saludos, mientras la viuda del difunto señor F. protestaba, con un ademán, por el uso de aquel apellido respetable—, que tiene intención de contratar ocasionalmente a una joven costurera que usted recomendó a mi madre, cosa que le agradezco.

El Patriarca volvió la cabeza hacia Pancks con un gesto torpe y lento. El secretario cerró el cuaderno que lo tenía absorto y se dispuso a remolcar a su patrón:

—Usted no se la recomendó, ¿cómo iba a hacerlo? —dijo Pancks—. Usted no sabía nada de esa joven, no la conocía. Le hablaron de ella y se limitó a dar su nombre, eso fue lo que usted hizo.

—¡Bueno! —dijo Clennam—, en vista de que merece la recomendación, viene a ser lo mismo.

—Se alegra usted de que haya salido bien —dijo Pancks—, pero no habría sido culpa suya si hubiera salido mal. El mérito no es suyo y la culpa tampoco habría sido suya. No dio ninguna garantía. No sabía nada de ella.

—Así pues, no conoce usted a nadie de su familia —dijo Arthur, aventurando una pregunta.

—¿Si conoce a alguien de su familia? —contestó Pancks—. ¿Cómo iba el señor Casby a conocer a nadie de su familia? No ha oído nunca hablar de ellos. No puede conocer a gente de la que nunca ha oído hablar, ¿verdad? ¡Claro que no!

Durante toda esta conversación, el Patriarca sonrió con serenidad, asintiendo o negando con la cabeza benévolamente, según exigiera la ocasión.

—Y lo de recomendarla... —dijo Pancks—, ya sabe lo que significa, en general, dar referencias de alguien. ¡Tonterías! Mire los inquilinos que tiene aquí en la Plaza. Si se lo permitiera, los unos recomendarían a los otros, ¿y para qué? En lugar de uno, son dos los que quedan mal. Con uno es suficiente. Una persona que no puede pagar encuentra a otra que no puede pagar para garantizar que puede pagar. Como si una persona con dos piernas de madera buscara a otra con dos piernas de madera para garantizar que tiene dos piernas de carne y hueso. Y no por eso puede alguno de los dos participar en una carrera. Y cuatro piernas de madera son más molestas que dos cuando no se necesita ninguna —concluyó el señor Pancks con un resoplido, como si expulsara el vapor que contenía.

Sobrevino un silencio que rompió la tía del señor F., que desde su última observación estaba muy derecha, en un estado cataléptico. La mujer se estremeció con violencia calculada para sobresaltar los nervios de los no iniciados y, con la más letal de las animosidades, señaló:

—No se puede fabricar una cabeza y un cerebro con un tirador de bronce sin nada dentro. No se podía cuando vuestro tío George estaba vivo, mucho menos ahora que está muerto.

El señor Pancks no tardó en contestar con su calma habitual:

—Por supuesto, señora, bendita sea, me sorprende oír lo que dice usted.

A pesar de la presencia de ánimo del señor Pancks, la intervención de la tía del señor F. tuvo un efecto penoso en los presentes; en primer lugar, porque era imposible disimular que el templo de la razón despreciado era la cabeza inofensiva de Clennam; y, en segundo lugar, porque en estas ocasiones nadie sabía a qué tío George se refería o a qué presencia espectral se invocaba bajo aquel nombre.

Así pues, Flora dijo, no sin cierta vanidad y sensación de triunfo por su legado, que la tía del señor F. estaba «muy animada ese día» y creía que ya tenían que marcharse. Pero la tía del señor F. se reveló tan animada como para tomarse inesperadamente a mal la sugerencia y declarar que no quería irse; añadiendo, con varias expresiones injuriosas, que si «él» —sin duda, refiriéndose a Clennam— quería librarse de ella, «que la tirara por la ventana», con lo que expresaba al mismo tiempo su deseo de verlo a él officiar semejante ceremonia.

Ante tal situación, el señor Pancks, que parecía capaz de hacer frente a cualquier emergencia en aguas patriarcales, se puso sigilosamente el sombrero, salió sigilosamente de la oficina y volvió a entrar sigilosamente con un falso aire de novedad, como si acabara de pasar en el campo varias semanas.

—¡Caramba, bendita sea, señora! —exclamó frotándose el pelo con expresión de asombro—. ¿Qué hace usted por aquí? ¿Cómo está usted? ¡Está usted magnífica!

Estoy encantado de verla. Permítame que le ofrezca mi brazo, señora; vamos a dar un paseo, si me honra usted con su compañía.

Y así consiguió escoltar con gran galantería a la tía del señor Finching y bajar por la escalera de la oficina. En ese momento, el patriarcal señor Casby se levantó con aire de haber sido el artífice de todo y los siguió tranquilamente; su hija, que fue tras él, le señaló a su antiguo enamorado, con un susurro demencial (con el que disfrutó enormemente), que habían apurado la copa de la vida hasta los posos, e incluso llegó a aventurar que el difunto señor F. se encontraba precisamente en el fondo de la copa.

Cuando se encontró solo de nuevo, Clennam volvió a ser presa de las viejas dudas sobre su madre y la pequeña Dorrit, y resucitaron las antiguas ideas y sospechas. Mientras esos celos se mezclaban con las tareas que ejecutaba de modo mecánico, una sombra se proyectó sobre los papeles y levantó la cabeza para averiguar la causa. Era el señor Pancks. Con el sombrero sobre las orejas, como si los hirsutos mechones lo hubieran proyectado como muelles hacia atrás, con los ojos negros como el azabache examinándolo inquisitivamente, con los dedos de la mano derecha en la boca dispuesto a morderse las uñas y los de la mano izquierda en reserva en el bolsillo como segundo plato, el señor Pancks proyectaba su sombra sobre los libros y papeles a través del cristal.

El señor Pancks preguntó, con un movimiento de cabeza interrogativo, si podía entrar de nuevo. Clennam le contestó con otro movimiento de cabeza afirmativo. El señor Pancks entró, se dirigió al escritorio, apoyó los brazos en él y empezó a hablar con un resoplido y un gruñido.

—Espero que la tía del señor F. se haya calmado ya —dijo Clennam.

—Está bien, señor —dijo Pancks.

—Tengo la desgracia de haber inspirado una gran animosidad a esa dama —dijo Clennam—, ¿conoce usted la causa?

—¿La conoce ella? —preguntó Pancks.

—Supongo que no.

—Yo también supongo que no —dijo Pancks.

Pancks cogió la libreta, la abrió, la cerró, la dejó dentro de su sombrero, que había puesto sobre el escritorio, y, se quedó mirándola, todo ello con gran interés.

—Señor Clennam —dijo—, necesito cierta información.

—¿Relacionada con esta empresa? —preguntó Clennam.

—No —contestó Pancks.

—Entonces, ¿en relación con qué asunto, señor Pancks? Es decir, si es de mí de quien espera la información.

—Sí, señor, sí. Me gustaría que me dijera una cosa, si puedo convencerlo. Se lo digo por orden alfabético: empieza por la A, por la B, por la C, por la D, Da, De, Di, Do...

—Dorrit, ¿a ese apellido se refiere?

El señor Pancks volvió a resoplar con aquella nariz tan peculiar y atacó las uñas de la mano derecha. Arthur le dirigió una mirada inquisitiva y Pancks se la devolvió.

—No comprendo bien lo que quiere, Pancks.

—Quiero saber algo relacionado con ese apellido.

—¿Y qué es lo que quiere saber?

—Lo que pueda y quiera contarme —expresó este amplio resumen de sus deseos no sin una amplia gesticulación.

—Qué visita tan singular, señor Pancks. Me parece un tanto extraordinario que venga a verme a mí por este motivo.

—Puede ser completamente extraordinario —contestó Pancks—. Puede salirse del curso ordinario y, sin embargo, es un asunto de negocios. Resumiendo, es un asunto de negocios, soy un hombre de negocios. ¿Y qué otro asunto tengo yo entre manos en este mundo que no sea de negocios? Ninguno.

Dudando de nuevo si aquel personaje duro y seco hablaba en serio, Clennam volvió a mirarle la cara atentamente. Parecía tan lúgubre y descuidada como siempre, tan ansiosa e inquieta como siempre, y no vio nada en ella que expresara la burla latente que le había parecido percibir en la voz.

—Veamos: para aclarárselo, le diré que no es asunto de mi amo.

—Cuando dice amo, ¿se refiere al señor Casby?

Pancks asintió.

—Es mi amo. Imaginemos un caso. Imaginemos que en casa de mi amo oigo mencionar un nombre, el nombre de una persona joven a la que el señor Clennam quiere prestar ayuda. Pongamos que la primera persona que dijo ese nombre delante de mi amo fuera Plornish, personaje de la Plaza. Pongamos que voy a ver a Plornish. Pongamos que le pido a Plornish un poco de información. Pongamos que Plornish, que le debe seis semanas de alquiler a mi amo, se niega. Pongamos que la señora Plornish también se niega. Pongamos que ambos me remiten al señor Clennam, pongamos por caso.

—¿Y bien?

—Pues bien, señor —contestó Pancks—. Voy a verlo a él. Por eso estoy aquí.

Con los mechones disparados por toda la cabeza y la respiración entrecortada y ruidosa, el diligente Pancks dio un paso atrás (siguiendo con la metáfora del remolcador, hizo media virada de popa), como si quisiera enseñar todo el casco sombrío, después se adelantó de nuevo y dirigió su rápida mirada alternativamente al sombrero, donde estaba la libreta, y al rostro de Clennam.

—Señor Pancks, para no meterme en sus terrenos misteriosos, seré tan claro como pueda con usted. Permita que le haga unas preguntas. Primero...

—De acuerdo —dijo Pancks, mostrando el sucio índice con la uña rota—. Ya lo

entiendo, usted quiere saber qué motivos tengo.

—Exacto.

—Buenos motivos —dijo Pancks—. No tienen nada que ver con mi amo; no puedo decirlos ahora; sería ridículo decirlos ahora, pero son buenos. El deseo de ser útil a una joven llamada Dorrit —dijo, todavía con el índice alzado a modo de advertencia—. Es mejor reconocer que el motivo es bueno.

—En segundo y último lugar, ¿qué quiere usted saber?

Antes de que le formulara esa pregunta, el señor Pancks pescó la libreta y, mientras la guardaba en el bolsillo interior de la chaqueta, que cerró cuidadosamente con un botón, sin dejar de mirar a Clennam, contestó tras una pausa y un resoplido:

—Quiero información suplementaria, toda la que pueda.

Clennam no pudo contener una sonrisa al ver a aquel pequeño remolcador jadeante, que tan útil era para el gran barco, el Casby, esperando vigilante la oportunidad de asaltarlo y robarle a sus anchas antes de que él se opusiera a sus maniobras; si bien, por otra parte, la misma inquietud del señor Pancks daba pie a muchas especulaciones. Después de pensarlo un poco, Clennam decidió darle la información más destacada que podía darle, puesto que Pancks, si no la obtenía de aquella pesquisa, bien encontraría otro medio de conseguirla.

Así pues, después de rogarle a Pancks que recordara que había dicho voluntariamente que su amo no tenía interés en aquel interrogatorio y que sus intenciones eran buenas (dos declaraciones que el menudo caballero repitió con el mayor énfasis), le dijo abiertamente que no tenía información que darle en relación con el linaje o con el lugar en que habían habitado anteriormente los Dorrit, y que su conocimiento de la familia no iba más allá del hecho de que, en aquel momento, parecía reducirse a cinco miembros: los dos hermanos, uno de ellos soltero, y el viudo con tres hijos. Comunicó a Pancks la edad que calculaba a cada uno de los miembros, y, finalmente, le describió la posición del Padre de Marshalsea y el curso temporal de los acontecimientos que lo habían llevado a tal situación. El señor Pancks, roncando y resoplando con mayor solemnidad a medida que aumentaba su interés por el asunto, lo escuchó todo con gran atención; parecía obtener las sensaciones más agradables de los fragmentos más dolorosos de la narración y, especialmente, parecía encantado por el relato de la larga encarcelación de William Dorrit.

—En conclusión, señor Pancks —dijo Arthur—, no tengo más que decirle. Tengo motivos, más allá del respeto personal, para no hablar más de lo necesario de la familia Dorrit, especialmente en casa de mi madre —el señor Pancks asintió— y para recabar la mayor cantidad de información posible. Un hombre de negocios tan entregado como usted... ¿le pasa algo?

El señor Pancks había resoplado con una fuerza insólita.

—No pasa nada —dijo Pancks.

—Un hombre de negocios tan entregado como usted sabe perfectamente lo que es un pacto razonable. Me gustaría hacer un trato razonable con usted: usted me informa de todo lo que averigüe sobre la familia Dorrit, de la misma manera que le he informado yo. No le dará buena idea de mis costumbres en los negocios que no le haya aclarado las condiciones de entrada —prosiguió—, pero prefiero que sea una cuestión de honor. He visto hacer tantos negocios con ánimo de engaño que, para decirle la verdad, señor Pancks, estoy cansado.

El señor Pancks se echó a reír.

—Trato hecho, señor —dijo—. Ya verá usted como lo cumplo.

Tras lo cual, estuvo un momento contemplando a Clennam y mordiéndose las diez uñas, una por una, mientras grababa en la memoria todo lo que le había dicho y meditaba con cuidado, con intención de colmar cualquier posible laguna.

—De acuerdo —dijo finalmente Pancks—. Le deseo que pase un buen día, ya que es día de cobro de alquileres en la Plaza. Por cierto, ¿sabe algo de un extranjero cojo con un bastón?

—Sí, ya veo que algunas veces piden ustedes referencias —dijo Clennam.

—Cuando pueden pagar, señor —contestó Pancks—: quédate con lo que puedas conseguir y guarda lo que no te puedan obligar a dar. Así son los negocios. El extranjero cojo del bastón quiere una habitación alta en la Plaza, ¿es de fiar?

—Yo sí lo soy —dijo Clennam—. Y respondo por él.

—Con eso es suficiente. Lo que yo necesito en la Plaza del Corazón Sangrante es la fianza —dijo Pancks, tomando nota del caso en su libreta—. Quiero la fianza. Que paguen o entreguen las propiedades que tengan, ésa es la consigna de la Plaza. El extranjero cojo del bastón se ha presentado diciendo que lo enviaba usted, pero por mí puede presentarse diciendo que lo envía el gran Mogol. Según creo, ha estado en el hospital, ¿es cierto?

—Sí, lo conocí cuando tuvo el accidente, acaban de darle el alta.

—Por lo que he visto, cuando un hombre entra en el hospital, sale pobre —dijo Pancks, resoplando de nuevo sonoramente.

—Sí, yo también he visto casos así —contestó Clennam con frialdad.

El señor Pancks estaba ya listo para irse, metió presión a la caldera y, sin más gestos ni ceremonias, gruñó escalera abajo; resoplaba ya por la Plaza del Corazón Sangrante antes de que pareciera haber salido de la oficina.

Durante todo el resto del día, la Plaza del Corazón Sangrante estuvo consternada mientras Pancks la recorría de un lado a otro; lanzaba arengas a los inquilinos reincidentes en relación con el pago, les pedía la fianza, comunicaba desahucios y ejecuciones, perseguía a los morosos, levantaba una oleada de terror ante él y dejaba otra en su estela. Los vecinos, empujados por una atracción fatal, se agrupaban

delante de la casa en la que estuviera en aquel momento, escuchando fragmentos de sus discursos a los inquilinos; y, cuando corría el rumor de que bajaba las escaleras, con frecuencia no podían dispersarse con suficiente rapidez y los acorralaba y les pedía los atrasos. En lo que quedaba del día, los «Pero ¿hasta dónde van a llegar? ¿Qué pretenden?» resonaron por toda la Plaza. El señor Pancks no quería excusas, no quería quejas, no quería oír hablar de reparaciones, sólo quería dinero y sin condiciones. Sudando, resoplando y tomando los rumbos más excéntricos, cada vez más acalorado y sucio, dejó la marea de la Plaza en un estado turbio y agitado. Las aguas no se habían calmado del todo dos horas después de que lo vieran alejarse echando humo por el horizonte en lo alto de la escalinata.

Aquella noche, en los diversos puntos de reunión de la Plaza, se formaron corrillos de corazones sangrantes, y en ellos todo el mundo coincidió en que el señor Pancks era un hombre difícil de tratar; y en que era una pena que un caballero como el señor Casby dejara en sus manos los cobros y no lo viera nunca tal como era en realidad. Porque (según decían los corazones sangrantes) si un caballero con ese pelo y esos ojos cobrara las rentas en persona, todo sería muy distinto y no pasarían tantas penurias ni estrecheces.

A esa misma hora exacta, el Patriarca —que había surcado serenamente la Plaza por la mañana, antes de que empezara el acoso, con el deseo expreso de mostrar su confianza en su mole sedosa y sus rizos—, a esa misma hora exacta, el mismo farsante de mil cañones se esforzaba por mantenerse a flote en su casa, en el muelle de su pequeño remolcador, y le decía mientras hacía girar los pulgares:

—Un mal día de trabajo, Pancks, muy malo. Me parece, caballero, y debo insistir en esta observación de un modo tajante para hacerme justicia, que tendría que haber cobrado mucho más dinero, mucho más dinero.

Aquella misma tarde, la pequeña Dorrit recibió una visita del señor Plornish, el cual, tras insinuar que deseaba hablar con ella en privado —con una serie de tosecillas tan sonoras que confirmaban la idea de que el señor Dorrit, en lo que se refería al trabajo de costurera, era una ilustración del principio de que no hay peor ciego que el que no quiere ver—, obtuvo audiencia en la escalera común, delante de la puerta.

—Hoy ha venido una señora a nuestra casa, señorita Dorrit —dijo Plornish con un gruñido—, acompañada de otra que era lo más parecido a una bruja que he visto en mi vida. ¡Dios mío, qué manera de regañar!

Al principio, el amable Plornish fue incapaz de dejar de pensar en la tía del señor F.

—Es que le aseguro que es la persona más avinagrada que he visto en mi vida —añadió para disculparse.

Finalmente, con gran esfuerzo, se olvidó lo bastante de ella para señalar:

—En fin, no es ella quien nos interesa. La otra señora es la hija del señor Casby; y, si el señor Casby no es rico no será por culpa de Pancks, porque, desde luego, se esfuerza en que lo sea, ¡y cómo!

Plornish, como de costumbre, se expresaba con poca claridad pero con mucho énfasis.

—Y ha venido a casa —prosiguió— para dejar recado de que, si la señorita Dorrit quería presentarse en la dirección que aparece en esta tarjeta, que es la de la casa del señor Casby, donde Pancks tiene un despacho en la parte trasera, parece mentira, y cuánto, estaría encantada de darle trabajo. Es una vieja amiga muy querida, ha dicho que muy amiga, del señor Clennam, y espera poder demostrar que es una amiga útil de su amigo. Eso ha dicho. Como quería saber si la señorita Dorrit podría ir mañana por la mañana, he contestado que yo la vería a usted, señorita, y se lo preguntaría, y que pasaría por aquí esta tarde y, si estaba usted ocupada, mañana.

—Puedo ir mañana, gracias —contestó la pequeña Dorrit—. Es muy amable por su parte, Plornish, pero es que usted es siempre muy amable.

El señor Plornish, restándose méritos con modestia, abrió la puerta de la habitación para dejarla pasar y entró tras ella disimulando con tanta exageración que se habían visto fuera que el padre de la pequeña Dorrit podría haberse dado cuenta, por poco observador que hubiera sido. Sin embargo, éste, en su afable inconsciencia, no advirtió nada. Plornish, después de una breve conversación en la que se entremezclaba su condición subordinada de antiguo interno con su actual situación

privilegiada de humilde amigo externo, definido de nuevo por su modesta condición de yesero, se despidió; antes de marcharse, dio una vuelta por la cárcel y, con los sentimientos encontrados de un viejo interno que tenía motivos personales para creer que su destino tal vez fuera regresar, miró a los miembros de la institución jugar a los bolos.

A primera hora de la mañana, la pequeña de los Dorrit, después de dejar a Maggy como máxima responsable de los asuntos domésticos, se encaminó a la residencia del Patriarca. Cruzó por el Puente de Hierro, aunque le costó un penique, y en esa parte del recorrido fue más despacio que en el resto. A las ocho menos cinco tenía la mano sobre la aldaba patriarcal, situada a tal altura que apenas alcanzaba.

Entregó la tarjeta de la señora Finching a la joven que abrió la puerta y ésta le dijo que «la señorita Flora» —Flora, al regresar bajo el techo paterno, había vuelto a tomar el nombre con el que allí había vivido— todavía no había salido de su dormitorio, pero con gusto la acompañaría al salón de la señorita Flora. La pequeña Dorrit subió al saloncito de la señorita Flora y allí encontró una mesa de desayuno generosamente dispuesta para dos personas y una bandeja preparada para otra. La doncella desapareció unos instantes y regresó diciendo que hiciera el favor de sentarse junto al fuego, quitarse la capota y acomodarse como si estuviera en su casa. Pero la pequeña Dorrit era demasiado discreta, no estaba acostumbrada a acomodarse como si estuviera en su casa en semejantes ocasiones y no supo cómo hacerlo; de modo que seguía sentada al lado de la puerta, con la capota puesta, cuando Flora entró apresuradamente, al cabo de media hora.

Flora sentía muchísimo haberla hecho esperar y, santo cielo, por qué se había sentado ahí, donde hacía frío, esperaba encontrarla junto al fuego leyendo el periódico, si esa alocada chica no le había dado su recado, si de veras no se había quitado el sombrero en todo aquel tiempo, le rogaba que, por el amor de Dios, ¡le permitiera quitárselo! Con los modales más amables, Flora se lo quitó y se quedó tan asombrada al verle la cara que exclamó:

—¡Ay, señor! Pero ¡qué carita tan linda tiene usted, querida! —exclamó, oprimiéndole la cara con las manos como la más afectuosa de las mujeres.

Apenas lo hizo unos segundos: la pequeña Dorrit casi no tuvo tiempo de pensar en lo cariñosa que era cuando Flora se precipitaba ya sobre la mesa de desayuno y se entregaba a su locuacidad habitual.

—De verdad siento muchísimo haberme retrasado precisamente esta mañana porque mi deseo y mi intención eran estar lista para recibirla a usted en cuanto llegara y decirle que cualquier persona por la que Arthur Clennam sienta interés aunque fuera la mitad del que siente me interesa a mí y quería darle una bienvenida cordialísima y decirle que estaba encantada y en cambio no me han despertado y seguiría roncando, la verdad, me atrevería a decirle, y si no le gusta el pollo frío o el

jamón cocido, que a mucha gente no le gusta me parece a mí además de a los judíos, pero en su caso son escrúpulos de conciencia que todos debemos respetar aunque me parece a mí que podrían también tener escrúpulos cuando nos venden artículos falsos como si fueran nuevos que desde luego no valen lo que nos cobran, entonces me ofendo mucho —soltó Flora atropelladamente.

La pequeña Dorrit le dio las gracias y dijo tímidamente que por lo general tomaba té y pan con mantequilla...

—Oh, tonterías querida niña nunca he oído nada semejante —la interrumpió Flora, volviéndose hacia la tetera tan atolondrada que se vio obligada a cerrar los ojos tras salpicárselos con agua caliente—. Aquí viene usted en calidad de amiga y compañera si me permite esa libertad y me avergonzaría si no fuera así, además Arthur Clennam habló de usted de un modo tan... Está usted cansada, querida.

—No, señora.

—Se ha puesto usted palidísima porque ha andado demasiado antes del desayuno me parece a mí y vive muy lejos y debería haber cogido un coche —dijo Flora—. Querida, ¿qué puedo ofrecerle?

—Estoy bastante bien, señora. Gracias, muchísimas gracias, pero estoy bien.

—Le ruego entonces que se tome inmediatamente el té —insistió Flora—. Y esta alita de pollo y un poco de jamón no me espere ni se preocupe por mí porque yo siempre llevo en persona esta bandeja a la tía del señor F. que toma el desayuno en la cama, una anciana encantadora y listísima. Hay un retrato del señor F. detrás de la puerta y muy parecido pero demasiada frente y en cuanto a la columna con el suelo de mármol y las balaustradas y la montaña, la verdad es que nunca lo vi ni siquiera cerca de un sitio así ni es probable que fuera nunca por el comercio de vinos, un hombre excelente pero eso no era lo suyo.

La pequeña Dorrit miró el retrato y siguió con dificultad las referencias a esa obra de arte.

—El señor F. me adoraba tanto que no podía soportar perderme de vista —dijo Flora—. Aunque, por supuesto, no puedo decir cuánto tiempo habría durado eso si no hubiera fallecido mientras yo era nueva en el cargo, un hombre de mérito pero poco poético más bien prosa pero poco romántica.

La pequeña Dorrit miró de nuevo el retrato. El artista le había pintado una cabeza que habría sido, desde un punto de vista intelectual, desproporcionada incluso para un Shakespeare.

—Pero el romanticismo —prosiguió Flora mientras se afanaba en preparar las tostadas de la tía del señor F.—, como le dije claramente al señor F. cuando me propuso matrimonio y le sorprenderá saber que me lo propuso siete veces una en un coche de alquiler otra en un bote otra en el reclinatorio de una iglesia otra montados en un burro en Tunbridge Wells y las demás de rodillas, le dije que el romanticismo

había desaparecido en los lejanos tiempos de Arthur Clennam, nuestros padres nos separaron por la fuerza, nos convertimos en mármol y la dura realidad usurpó el trono, el señor F. dijo, lo que decía mucho a su favor, que era perfectamente consciente de ello e incluso prefería que las cosas fueran así por lo que yo dije lo que tenía que decir, se dio el visto bueno y así es la vida ya lo ve querida mía y sin embargo no nos rompimos sino que nos doblegamos, le ruego que desayune a su gusto mientras llevo la bandeja.

Desapareció, dejando a la pequeña Dorrit meditando sobre el significado de aquellas palabras inconexas. No tardó en volver y por fin empezó a desayunar sin dejar por ello de hablar.

—Ya ve, querida —dijo Flora, sirviéndose una o dos cucharaditas de un líquido marrón que olía a coñac y echándolas en el té—, tengo que seguir minuciosamente las indicaciones de mi médico aunque el sabor es muy desagradable pero soy una pobre criatura y quizá nunca me haya recuperado del disgusto que tuve en mi juventud y de llorar tanto en la habitación de al lado cuando me separaron de Arthur, ¿hace tiempo que lo conoce?

En cuanto la pequeña Dorrit comprendió que le había hecho esta última pregunta, para lo que necesitó cierto tiempo, ya que le resultaba muy difícil seguir la velocidad de galope a la que hablaba su nueva señora, contestó que conocía al señor Clennam desde el regreso de éste.

—Por supuesto, no podía conocerlo de antes a menos que hubiera estado usted en la China o hubieran mantenido correspondencia y ninguna de las dos cosas es probable —contestó Flora—, porque la gente que viaja tiene un color más o menos tirando a caoba y ése no es su caso y ¿para qué iban a mantener correspondencia? Para nada a menos que se tratara de asuntos del té así que fue en casa de su madre, a que sí, donde lo conoció, muy sensata y firme pero terriblemente severa, debería ser la madre del hombre de la máscara de hierro.

—La señora Clennam ha sido buena conmigo —dijo la pequeña Dorrit.

—¿De veras? Le aseguro de que me alegro de saberlo porque en su condición de madre de Arthur me complace tener de ella mejor opinión que antes, aunque no sé ni puedo imaginarme lo que piensa de mí cuando voy como debo ir y se queda mirándome como el destino en un carro, qué extraña comparación, la verdad, inválida aunque no sea por su culpa.

—¿Puede decirme usted dónde está mi trabajo, señora? —preguntó la pequeña Dorrit, mirando tímidamente a su alrededor—. ¿Puedo empezar ya?

—Qué hada tan trabajadora —contestó Flora, tomándose otra taza de té y otra dosis de la receta del médico—. No hay la menor prisa y es mejor que empecemos haciéndonos confianzas sobre nuestro común amigo, una palabra demasiado fría para mí, no es eso lo que yo diría, aunque sea muy apropiada, que nos dediquemos a

las formalidades, no usted sino yo como el chico espartano al que muerde la zorra, y espero que me disculpe por citarlo porque de todos los chicos pesados que andan por ahí con todo tipo de compañías ése es el más pesado^[25].

La pequeña Dorrit, con el rostro muy pálido, se dispuso de nuevo a escuchar.

—¿Y no sería mejor que me pusiera a coser mientras tanto? —preguntó—. Puedo trabajar y escuchar; preferiría hacerlo, si le parece bien.

Su empeño dejaba tan claro que se sentía incómoda sin trabajar que Flora le contestó:

—Bien, querida, como usted prefiera —y sacó un cesto de pañuelos blancos. La pequeña Dorrit lo puso a su lado de buen grado, sacó el estuche de costura, enhebró la aguja y empezó a coser dobladillos.

—Qué dedos tan hábiles tiene usted —dijo Flora—, pero ¿seguro que se encuentra bien?

—Oh, sí, de verdad.

Flora puso los pies sobre el guardafuegos y se instaló cómodamente para hacerle una confesión romántica. Se lanzó a hablar atropelladamente mientras se arreglaba el cabello, suspirando del modo más expresivo posible, enarcando las cejas sin parar y, de vez en cuando, sólo de vez en cuando, mirando el rostro silencioso que se inclinaba sobre la labor.

—Debe saber, querida —empezó Flora—, pero estoy segura de que ya lo sabe no sólo porque ya lo he dicho más o menos en general sino porque creo que lo llevo grabado al fuego cómo se diga eso en la frente que antes de que me presentaran al difunto señor F. estuve comprometida con Arthur Clennam, al que llamo señor Clennam en público cuando es necesario ser discreto, pero aquí es sólo Arthur, éramos el uno para el otro en la primavera de nuestra vida un paraíso un frenesí era todo eso en el más alto grado cuando nos separaron y nos volvimos como piedra por lo que Arthur se fue a la China y yo me convertí en la novia como una estatua del señor Finching.

Flora disfrutaba muchísimo mientras pronunciaba, con voz grave, estas palabras.

—No intentaré pintar las emociones de aquella mañana en que dentro de mí todo era de mármol y la tía del señor F. me acompañaba en un coche de alquiler con ventanas de cristal que sin duda debía de estar en muy malas condiciones o nunca se habría roto a dos calles de la casa y a la tía del señor F. la llevaron a casa en una silla de mimbre como si fuera Guy Fawkes un 5 de noviembre, basta con decir que tuvimos un almuerzo desolado en el salón de abajo que papá comió demasiado salmón marinado y estuvo enfermo semanas y que el señor Finching y yo fuimos a hacer un viaje continental por Calais donde en el muelle la gente se peleaba por nosotros y nos separaron aunque no para siempre porque no había llegado todavía el momento.

La novia estatua, sin apenas pausas para respirar, prosiguió con el mayor entusiasmo de modo un tanto errático y aludiendo, de vez en cuando, a la carne y la sangre.

—Correré un velo sobre esa vida de ensueño, el señor F. estaba contento su apetito era bueno le gustaba la cocina consideraba que el vino era flojo pero agradable y todo iba bien, volvimos al mismo barrio, el número 30 de Little Gosling Street en los muelles de Londres y nos instalamos antes de que nos diéramos cuenta de que la doncella vendía las plumas de la cama de los invitados y la gota fuera subiendo y se llevara al señor F. al otro barrio.

La viuda lanzó una mirada al retrato mientras negaba con la cabeza y se secaba los ojos.

—Reverencio la memoria del señor F. un hombre estimable y el más indulgente de los maridos, yo sólo tenía que decir la palabra espárrago y tenía espárragos o insinuar cualquier cosa delicada para beber y aparecía como por arte de magia en una botella de una pinta, no era el éxtasis pero era el bienestar, regresé bajo el techo de papá y viví recluida si no feliz varios años hasta que un día papá vino y me dijo con mucho tacto que Arthur Clennam me esperaba en el piso de abajo y allí lo encontré no me pregunte qué encontré excepto que seguía soltero y no había cambiado nada.

El oscuro misterio en el que ahora Flora se envolvía podría haber detenido otros dedos, pero no los dedos hábiles que trabajaban cerca. Siguieron trabajando sin pausa y la cabeza de Amy se inclinó sobre ellos mirando las puntadas.

—No me pregunte —prosiguió Flora— si todavía lo quiero o si él todavía me quiere o cómo va a terminar todo esto ni cuándo, nos observan por todas partes y podría ser que estuviéramos destinados a sufrir separados podría ser que no volviéramos a reunirnos ni una palabra ni un aliento ni una mirada nos traicionaría todo tiene que ser secreto como la tumba no es de sorprender si yo parezco relativamente fría con Arthur o él lo parece conmigo tenemos razones fatales y es suficiente con que las entendamos ¡y silencio!

Flora dijo eso de modo tan vehemente como si se lo creyera de veras. No cabe duda de que cuando se sentía como una sirena creía sinceramente en todo lo que decía.

—¡Silencio!—repitió Flora—. Ahora ya se lo he contado todo, ya hay confianza entre nosotras, silencio, por Arthur, seré siempre amiga suya, querida niña, y en nombre de Arthur podrá confiar siempre en mí.

Los dedos hábiles dejaron a un lado la labor y la figura menuda se levantó y le besó la mano.

—Está usted muy fría —exclamó Flora, volviendo a sus modales naturales y afectuosos y ganando mucho con el cambio—. No trabaje más hoy, estoy segura de que no se encuentra bien y de que no tiene fuerzas.

—Sólo es que me veo un poco desbordada por su amabilidad y por la del señor Clennam al confiarme a una persona a la que ha conocido y amado durante tanto tiempo.

—Bueno, querida —dijo Flora, que tenía una clara tendencia a ser siempre sincera cuando se concedía tiempo para serlo—, será mejor que lo dejemos por ahora porque no puedo decir más pero no tiene la menor importancia y descanse un poco.

—Siempre he sido lo bastante fuerte para hacer lo que quería hacer y estaré bien ahora mismo —contestó la pequeña Dorrit con una débil sonrisa—. Me ha abrumado la gratitud, nada más. Si me acerco un rato a la ventana me recuperaré.

Flora abrió una ventana, pidió a la pequeña Dorrit que se sentara ahí y, discretamente, se retiró al sitio de antes. Era un día ventoso y el aire fresco en la cara no tardó en despejar a la muchacha. A los pocos minutos regresó a la cesta de ropa y los dedos hábiles volvieron a ser tan hábiles como siempre.

Siguió con su tarea en silencio hasta que le preguntó a Flora si el señor Clennam le había contado dónde vivía. Cuando Flora contestó negativamente, la pequeña Dorrit le dijo que entendía sus motivos para ser tan delicado, pero estaba seguro de que al señor Clennam le parecería bien que le confiara su secreto, y eso deseaba hacer si ella le daba permiso. Después de recibir una respuesta afirmativa, resumió la historia de su vida con pocas palabras sobre sí misma y un brillante elogio de su padre; y Flora lo escuchó todo con su ternura natural y comprensiva, en la que no había ninguna incoherencia.

A la hora de comer, Flora entrelazó el brazo con el de su nueva protegida y bajaron las escaleras, se la presentó al Patriarca y al señor Pancks, que estaban ya en el comedor esperándolas para empezar (la tía del señor F. estaba echada en su cuarto, anclada en puerto y fuera de servicio). Estos caballeros recibieron a la pequeña Dorrit de acuerdo con su carácter; el Patriarca pareció estar haciéndole un tremendo favor al decirle que se alegraba de verla y el señor Pancks lanzó uno de sus resoplidos favoritos a modo de saludo.

La pequeña Dorrit en cualquier circunstancia se habría sentido cohibida por su presencia, especialmente porque Flora insistió en que bebiera un vaso de vino y comiera de todo lo mejor; pero se sentía todavía más violenta por la presencia del señor Pancks. La actitud de este caballero al principio le hizo pensar que podía ser dibujante, tal era la intensidad con que la miraba para examinar luego el cuadernito que tenía al lado. Pero, viendo que no tomaba apuntes y que sólo hablaba de negocios, empezó a sospechar que tal vez representara a algunos de los acreedores de su padre y que en esa libreta tal vez apareciera el balance de sus deudas. Desde ese punto de vista, los resoplidos del señor Pancks expresaban su impaciencia y su sensación de sentirse ofendido y cada uno de sus sonoros ronquidos se convertía en una exigencia de pago.

Pero la conducta extraña e insólita del señor Pancks no encajaba con esa idea. A la media hora de levantarse de la mesa, la pequeña Dorrit estaba trabajando de nuevo, esta vez a solas. Flora había ido «a echarse un rato» en la habitación de al lado y, después de que se retiraba, el olor a algún tipo de bebida se extendió por la casa. El Patriarca estaba dormido en el comedor con su filantrópica boca abierta bajo un pañuelo de bolsillo amarillo. En esa hora tranquila, el señor Pancks se presentó silenciosamente ante la muchacha y saludó con un cortés movimiento de cabeza.

—¿Se aburre, señorita Dorrit? —preguntó Pancks en voz baja.

—No, gracias, señor —contestó la pequeña Dorrit.

—Ya veo que está ocupada —observó el señor Pancks, entrando poco a poco en la habitación—. ¿Y qué es eso, señorita Dorrit?

—Pañuelos.

—Claro, tenía que haberme dado cuenta —dijo el señor Pancks—, no se me habría ocurrido —añadió mirando a la pequeña Dorrit en lugar de mirar los pañuelos—. Quizá se pregunte quién soy, ¿quiere que se lo diga? Soy un adivino.

La pequeña Dorrit empezó a pensar que estaba loco.

—Pertenezco en cuerpo y alma a mi amo —dijo Pancks—. Lo ha conocido hoy durante la comida. Pero también hago cosas en otra parte: de modo privado, muy privado, señorita Dorrit.

La pequeña Dorrit lo miró con aire de duda, no sin alarma.

—Me gustaría que me enseñara la palma de la mano —dijo Pancks—. Me gustaría mirarla, pero no quiero inquietarla.

La había inquietado ya, pero la joven dejó la labor en el regazo un momento y le tendió la mano izquierda con el dedal todavía en el dedo.

—Años de duras tareas, ¿verdad? —dijo Pancks, tocándola suavemente con el romo índice—. Pero ¿para qué otra cosa estamos hechos? Para nada más. ¡Vaya! —exclamó, observando las líneas de la mano—. ¿Qué es esto que tiene rejas? ¡Es una institución! Y ¿qué es esto con una bata gris y un gorro de terciopelo negro? Es un padre. Y ¿qué es esto con un clarinete? Es un tío. ¿Y qué es esto que lleva zapatillas de baile? Es una hermana ¿Y quién es este que da tumbos? Un hermano. ¿Y quién piensa en todos ellos? Ah, es usted, señorita Dorrit.

Ella lo miró con expresión de asombro y sus ojos se encontraron; la pequeña Dorrit pensó que tenía una mirada penetrante y que era un hombre más inteligente y amable de lo que había creído durante la comida. Pancks volvió la mirada a la mano directamente y la oportunidad de confirmar o corregir la impresión se esfumó.

—Pero qué demonios... —murmuró trazando una línea en la mano con su torpe dedo—. Si soy yo quien está en ese rincón, ¿qué hago ahí? ¿Qué hay detrás de mí?

Deslizó el dedo despacio hasta la muñeca y alrededor de ésta, y simuló mirar el dorso de la mano como si ahí pudiera leer lo que ocultaba.

—¿Es algo malo? —preguntó la pequeña Dorrit con una sonrisa.

—¡Qué demonios! —exclamó Pancks—. ¿Qué cree usted que es?

—Tendría que ser yo quien preguntara eso, yo no soy la adivina.

—Es cierto —dijo Pancks—. ¿Qué significa? Vivirá usted para verlo, señorita Dorrit.

Le soltó la mano lentamente, se pasó los dedos por la melena enmarañada y ésta se puso tiesa del modo más asombroso; y repitió despacio:

—Recuerde lo que he dicho, señorita Dorrit: vivirá para verlo.

El rostro de la pequeña Dorrit manifestó su sorpresa, aunque sólo fuera por lo mucho que Pancks sabía de ella.

—¡No, eso no! —exclamó Pancks, señalándola—. Señorita Dorrit eso no, nunca.

Más sorprendida que antes y un poco más asustada, lo miró en busca de una explicación.

—Eso no —insistió Pancks, imitando, muy serio, la expresión y los gestos de sorpresa de Amy de forma grotesca aunque bienintencionada—. No ponga esa cara cuando me vea, cuando sea, donde sea. No soy nadie. No se fije en mí. No hable de mí, haga como si no me viera, ¿de acuerdo, señorita Dorrit?

—No sé qué decirle —contestó la pequeña Dorrit, atónita—. ¿Por qué?

—Porque soy adivino. Pancks el gitano. Todavía no le he dicho todo lo que le depara la suerte, señorita Dorrit, ni le he dicho lo que hay en el dorso de esa manita. Le he dicho que vivirá para verlo, ¿de acuerdo, señorita Dorrit?

—De acuerdo en que voy a...

—A hacer como si no me conociera fuera de aquí, a menos que yo le diga algo primero. Mostraré indiferencia cuando me vea ir o venir. Es fácil, no soy importante, no soy guapo, no soy buena compañía y sólo soy el ávido recaudador de mi amo. Sólo tiene que pensar: «Ah, Pancks, el gitano y sus cosas de adivino, me dirá qué es lo que me reserva la Fortuna un día de estos, viviré para verlo...». ¿De acuerdo, señorita Dorrit?

—Ssssí —tartamudeó la pequeña Dorrit, muy confusa—. Supongo que sí, mientras no haga daño a nadie.

—Bien —Pancks echó una mirada a la pared de la habitación contigua y se inclinó hacia delante—. Ella es una mujer sincera, posee grandes virtudes, pero es una cabeza de chorlito y una charlatana, señorita Dorrit.

Acto seguido, se frotó las manos, como si la entrevista le hubiera parecido muy satisfactoria, se dirigió a la puerta resoplando y, antes de salir, volvió a hacer un gesto cortés de despedida con la cabeza.

Si la pequeña Dorrit estaba sobremanera perpleja por la curiosa conducta de su nuevo amigo y por haberse visto envuelta en semejante pacto, su perplejidad no se vio reducida por las circunstancias posteriores. Además, el señor Pancks aprovechaba

todas las oportunidades que se presentaban en casa del señor Casby para resoplar mirándola con intención —lo que no suponía gran cosa, teniendo en cuenta lo que ya había hecho— y empezó a infiltrarse en su vida diaria. Amy lo veía en la calle constantemente. Cuando iba a casa del señor Casby, siempre lo encontraba allí. Cuando se dirigía a casa de la señora Clennam, aparecía con cualquier pretexto, como si no quisiera perderla de vista. No había pasado todavía una semana cuando, para su sorpresa, una tarde lo encontró en la portería de la cárcel, conversando con el portero de guardia, y todo parecía indicar que era uno de sus compañeros habituales. La siguiente sorpresa se la llevó cuando lo encontró igualmente a sus anchas dentro de la cárcel, vio cómo se presentaba a su padre, entre otros visitantes, en la recepción del domingo, y cómo andaba cogido del brazo de un amigo interno por el patio, se enteró, por lo que se decía, de que un día se había ganado la estima de todos en el club social que se reunía en el Salón dirigiendo unas palabras a los miembros del Internado, cantando una canción e invitándolos a cinco galones de cerveza, a los que, según decían, había añadido disparatadamente un montón de gambas.

El efecto que estos fenómenos tuvieron en el señor Plornish cuando se convirtió en testigo de las visitas constates del señor Pancks causó una impresión en la pequeña Dorrit casi tan grande como los mismos fenómenos. Dio la impresión de que lo habían cegado y amordazado. No podía sino abrir atónito los ojos y murmurar de vez en cuando débilmente que en la Plaza del Corazón Sangrante no se lo creerían, pero nunca dijo una palabra más ni hizo una señal, ni siquiera a la pequeña Dorrit.

El señor Pancks coronó estos misterios haciéndose amigo de Tip de algún modo desconocido y paseando un domingo por el Internado del brazo de este caballero. Aunque nunca dio muestras de reconocer la presencia de la pequeña Dorrit, salvo una o dos veces, en que se acercó cuando no había nadie cerca; en estas ocasiones dijo al pasar, con una mirada amistosa y un resoplido de ánimo: «Pancks el gitano, adivino».

La pequeña Dorrit seguía trabajando incansablemente como de costumbre, intrigada, pero conteniendo su inquietud, como desde su más tierna infancia llevaba guardándose cargas más pesadas. Poco a poco, en aquel corazón paciente se estaba produciendo un cambio. Cada día se la veía más retraída que el anterior. Sus mayores deseos eran entrar y salir de la cárcel sin que repararan en ella y que en otros lugares la vieran y la olvidaran de inmediato.

Le gustaba retirarse a su propia habitación siempre que tenía ocasión sin abandonar sus deberes, una habitación extrañamente dispuesta para una persona de su delicada juventud y carácter. Algunas tardes que no tenía que trabajar, los visitantes se habían puesto a jugar a las cartas con su padre, no era necesaria su presencia y podía marcharse. Entonces volaba por el patio, trepaba por los largos tramos de escaleras que llevaban a su habitación y se sentaba junto a la ventana. Mientras meditaba, los pinchos que coronaban el muro se combinaban para adoptar infinidad

de formas distintas, el duro hierro tejía infinidad de puntos de luz, el óxido recibía infinidad de pinceladas de oro. Algunas veces nuevos zigzags se sumaban al cruel dibujo cuando lo veía todo entre lágrimas; pero, embellecido o endurecido, no podía dejar de mirar, y de verlo todo por encima, por debajo o a través de aquella marca imborrable.

La habitación de la pequeña Dorrit era una buhardilla, y una buhardilla de Marshalsea sin atenuantes de ninguna clase. Aunque la tenía limpia y ordenada, era fea y como compensación tenía poco más que limpieza y aire; porque cualquier cosa bonita que hubiera podido comprar habría ido a parar a la habitación de su padre. Sin embargo, ella sentía un amor creciente por aquel lugar y su forma de descanso favorita era estar allí sola.

Por ese motivo, cierta tarde, mientras Pancks seguía misterioso, cuando estaba sentada junto a la ventana y oyó el conocido paso de Maggy subiendo las escaleras, la inquietó el temor de que requirieran su presencia. A medida que el paso de Maggy subía y se acercaba, Amy temblaba y vacilaba; y cuando Maggy por fin apareció, apenas pudo contestarle.

—Por favor, madrecita —dijo Maggy, jadeando y sin aliento—, tienes que bajar a verlo. Está aquí.

—¿Quién, Maggy?

—¿Quién? El señor Clennam, claro. Está en la habitación de tu padre y me ha dicho, Maggy, tendrías la amabilidad de ir a decirle que estoy aquí.

—No me encuentro muy bien, Maggy. Prefiero no ir, será mejor que me acueste. Mira, me acuesto para que se me pase el dolor de cabeza. Dile que muchas gracias, que me he acostado; en otro caso, habría ido.

—Bueno, no es muy educado, madrecita —dijo Maggy mirándola fijamente—, y tampoco lo es que ahora mires para otro lado...

Maggy era muy sensible a los desaires y tenía habilidad para inventarlos.

—¡Ni que te tapes la cara con las manos! —continuó Maggy—. Si tan insufrible te parece la visión de una pobre criatura, será mejor que se lo digas de entrada en lugar de echarla así, hiriendo sus sentimientos y rompiendo el corazón de una niña de diez años, pobre criatura.

—Es para calmar el dolor de cabeza, Maggy.

—Bueno, si lloras para calmar el dolor de cabeza, madrecita, deja que lllore yo también. No te quedes para ti todo el llanto, eso es egoísta —dijo Maggy, e inmediatamente se puso a lloriquear.

A la pequeña Dorrit le costó bastante mandar a Maggy con el recado de que la excusara, pero se impuso la promesa de que le contaría un cuento —desde pequeña, su gran pasión— si se concentraba en cumplir su cometido y dejaba sola a su amita una hora más; asimismo, se impuso la sospecha, por parte de Maggy, de que Amy

había dejado su buen humor al pie de la escalera. Así que se fue, murmurando el recado todo el rato para no olvidarlo, y volvió en el momento acordado.

—Lo ha sentido mucho, te lo aseguro —anunció— y quería ir a por el médico. Va a volver mañana y me parece que no dormirá bien esta noche después de haber oído que te dolía cabeza, madrecita. Oh, vaya, ¿has llorado?

—Me parece que he llorado un poco, Maggy.

—¡Un poco! ¡Oh!

—Pero ahora ya se ha pasado, todo ha pasado para siempre, Maggy. Y tengo la cabeza mejor y más despejada, estoy bastante bien, me alegro de no haber bajado.

Su hija grande la abrazó con ternura sin dejar de mirarla; y, después de pasarle la mano por el pelo y humedecerle la frente y los ojos con agua fresca (tareas en las que sus torpes manos se volvían hábiles), la abrazó de nuevo, exultante al verla mejor, y la acomodó en la silla junto a la ventana. Luego, con exageradísimos esfuerzos, arrastró la caja que era su asiento cuando le contaba un cuento, se sentó en ella, se abrazó las rodillas y con un apetito voraz de historias y los ojos muy abiertos dijo:

—Venga, madrecita, una de las buenas.

—¿De qué la quieres, Maggy?

—Oh, de una princesa normal —dijo Maggy—: maravillosa e increíble.

La pequeña Dorrit pensó un momento y, con una sonrisa triste en el rostro, sonrojado por la puesta del sol, empezó:

—Maggy, érase una vez un buen rey que tenía todo lo que podía desear y mucho más. Tenía oro y plata, diamantes y rubíes, todo tipo de riquezas. Palacios y...

—Hospitales —intervino Maggy, que seguía abrazándose las rodillas—. Que tenga hospitales porque son muy cómodos. Hospitales de los que dan mucho pollo.

—Sí, tenía muchos hospitales y tenía mucho de todo.

—Muchas patatas asadas, por ejemplo —dijo Maggy.

—Mucho de todo.

—¡Señor! —dijo Maggy con una risita, abrazándose las piernas—. ¡Qué maravilla!

—Este rey tenía una hija que era la princesa más lista y más hermosa que se haya visto nunca. Cuando era pequeña entendía todas las lecciones antes de que los maestros se las enseñaran y, cuando creció, maravillaba a todos. Y resulta que cerca del palacio de esta princesa, había una casita en la que vivía completamente sola una mujer pobre y diminuta.

—Una viejecita —dijo Maggy, chasqueando los labios.

—No, no era vieja, era bastante joven.

—¿Y no tenía miedo? —dijo Maggy—. Sigue, por favor.

—La princesa pasaba por delante de la casita casi cada día en su bello coche de caballos y siempre veía a la pobre mujercita hilando con su rueca; miraba la mujer

diminuta y ésta la miraba a ella. Un día ordenó a su cochero que parara a cierta distancia de la casita, bajó y miró por la puerta, y allí, como de costumbre, se encontraba la mujer diminuta hilando con la rueca, y miró a la princesa y la princesa la miró.

—Es como cuando nosotras intentamos mirarnos fijamente —dijo Maggy—. Por favor, sigue, madrecita.

—La princesa era una princesa tan maravillosa que tenía el poder de conocer los secretos y le preguntó a la mujercita: «¿Qué guardas ahí?». Eso demostró a la mujercita que la princesa sabía por qué vivía sola hilando con su rueca, y se arrodilló a los pies de la princesa y le pidió que nunca revelara su secreto. Así que la princesa dijo: «Nunca te traicionaré. Enséñame lo que hay ahí». Así pues, la mujer diminuta cerró los postigos de la ventana de la casita, cerró bien la puerta y, temblando de pies a cabeza, pues temía que alguien adivinara su secreto, abrió algo que tenía en un rincón muy oculto y le mostró a la princesa una sombra.

—¡Señor! —exclamó Maggy.

—Era la sombra de alguien que se había ido hacía mucho, de alguien que se había ido lejos para no volver nunca, nunca. Era brillante y, cuando la mujer diminuta se la enseñó a la princesa, se sintió muy orgullosa porque era un tesoro, un gran tesoro. Después de pensar un rato, la princesa le dijo a la mujercita: «¿Y la cuidas todos los días?». Ella bajó los ojos y susurró: «Sí». Entonces la princesa dijo: «Dime por qué lo haces». A lo que la mujercita contestó que nunca había pasado por su casa nadie tan bueno ni tan amable y que ése era el motivo. Y dijo también que, además, nadie la echaba de menos, que nadie estaba peor sin ella, que Alguien había ido a reunirse con quienes esperaban...

—¿Ese «Alguien» era un hombre? —preguntó Maggy.

La pequeña Dorrit tímidamente contestó que sí, que eso creía, y prosiguió:

—Había ido a reunirse con quienes lo esperaban y que este recuerdo no lo había robado ni se lo había quitado a nadie. La princesa contestó que bueno, pero que cuando muriera la mujer de la casita se descubriría todo. La mujer diminuta le dijo que no, que cuando llegara el momento la sombra se hundiría lentamente hasta caer en su propia tumba y nadie la encontraría.

—Ah, claro —dijo Maggy—. Sigue, sigue.

—La princesa se quedó muy sorprendida al oír eso, como puedes imaginar, Maggy.

—Con razón —dijo Maggy.

—Así pues, decidió espiar a la mujer diminuta y ver qué pasaba. Todos los días iba con su bello coche a la casita y ahí veía a la mujer diminuta, siempre sola, tejiendo con la rueca, y miraba a la mujer diminuta y la mujer diminuta la miraba a ella. Hasta que un día vio que la rueca estaba quieta porque nadie le daba vueltas y la

mujer diminuta, según le dijeron, había muerto.

—Tenían que haberla llevado al hospital —dijo Maggy—, y seguro que se habría curado.

—La princesa, después de llorar un poco por la muerte de la mujercita, se secó los ojos y bajó de su carruaje donde se detenía antes, se acercó a la casita y atisbó por la puerta. No había nadie. No había nadie a quien mirar ni nadie que la mirara, así que fue rápidamente a buscar la sombra atesorada. Pero no la encontró por ningún sitio y entonces supo que la mujer diminuta le había dicho la verdad y que la sombra nunca molestaría a nadie y que se había hundido en silencio en su propia tumba y que la mujer y la sombra descansaban juntas para siempre.

»Y así acaba la historia, Maggy.

El arrebol del atardecer era en ese momento tan luminoso en el rostro de la pequeña Dorrit que se puso una mano delante para hacer un poco de sombra.

—¿Tenía que ser vieja? —preguntó Maggy.

—¿La mujer diminuta?

—Sí.

—No lo sé —contestó la pequeña Dorrit—, pero habría sido exactamente igual si hubiera sido vieja.

—¡Ah! —exclamó Maggy—. Bueno, supongo que sería igual —y se quedó mirando fijamente, pensativa.

Estuvo sentada durante tanto tiempo con los ojos muy abiertos que al final la pequeña Dorrit, para que reaccionara, se levantó y cerró la ventana. Al echar un vistazo al patio, vio a Pancks entrar y mirar por el rabillo el ojo.

—¿Quién es, madrecita? —preguntó Maggy. Estaba también ahora en la ventana y se apoyaba en el hombro de la pequeña Dorrit—. Lo veo entrar y salir muchas veces.

—He oído que lo llamaban adivino —dijo la pequeña Dorrit— pero dudo de que pueda decir el pasado y el presente de la gente.

—¿No podría haber adivinado la suerte de la princesa? —preguntó Maggy.

La pequeña Dorrit miró meditativa por el oscuro valle de la cárcel y negó con la cabeza.

—¿Ni de la mujer diminuta? —preguntó Maggy

—No —dijo la pequeña Dorrit. La puesta de sol la iluminaba de pies a cabeza—. Pero vale más que nos alejemos de la ventana.

El domicilio particular del señor Pancks se encontraba en Pentonville, donde se alojaba en el segundo piso de la casa de un modesto especialista en leyes; este caballero tenía una puerta interior, pasado el portal, que se cerraba con un muelle y se abría con un chasquido, como si fuera una trampa, y en el montante de abanico de la puerta había escrito: «Rugg, agente, contable, cobro de deudas».

Esta inscripción, majestuosa en su severa simplicidad, iluminaba un diminuto jardín que daba a una calle sedienta donde unas pocas hojas cubiertas de polvo llevaban una vida de ahogos. El primer piso lo ocupaba un profesor de caligrafía que animaba la verja del jardín con muestras selectas, enmarcadas y con un cristal, de lo que eran capaces de hacer sus alumnos antes de seis lecciones (mientras la joven familia del profesor movía la mesa) y de lo que sabían después de seis clases (cuando la familia se contenía). Las habitaciones alquiladas del señor Pancks se reducían a un dormitorio espacioso; había acordado con el casero, el señor Rugg, que, de acuerdo con cierta escala de pagos definida con precisión, y con aviso previo, podía compartir el desayuno, el almuerzo o la cena del domingo, una, varias o todas de esas comidas, con el señor Rugg y su hija, la señorita Rugg, en el salón trasero.

La señorita Rugg poseía una pequeña propiedad que había adquirido, junto con mucho prestigio en el barrio, tras haber visto su corazón tristemente lacerado y sus sentimientos destrozados por un panadero de mediana edad, residente en el vecindario, contra el cual había considerado necesario proceder judicialmente, con ayuda del señor Rugg, en concepto de daños y perjuicios por la ruptura de una promesa de matrimonio. El abogado de la señorita Rugg había denunciado al panadero por veinte guineas, al precio de dieciocho peniques el epíteto, más los correspondientes daños; el panadero todavía sufría, de vez en cuando, la persecución de los jóvenes de Pentonville. Pero la señorita Rugg, envuelta en la majestad de la ley y tras invertir la indemnización en bonos del Estado, merecía toda la consideración popular.

En compañía del señor Rugg, que tenía el rostro redondo y blanco, como si hiciera tiempo que hubiera perdido la capacidad de sonrojarse, y una cabeza amarilla y ajada como una escoba de deshollinar vieja, y en compañía de la señorita Rugg, que tenía en la cara pecas amarillas del tamaño de botones, y cuyas trenzas pajizas recordaban más un cepillo de fregar que una melena lujuriente, el señor Pancks acostumbraba a comer los domingos desde hacía pocos años, y dos veces por semana, más o menos, disfrutaba de una cena de pan, queso holandés y cerveza negra. El

señor Pancks era uno de los pocos hombres en edad de casarse a quien no aterrorizaba la señorita Rugg, y se tranquilizaba con un argumento doble: en primer lugar, «eso no iba a suceder dos veces» y en segundo lugar, «él no merecía el esfuerzo». Protegido por esta doble armadura, el señor Pancks resoplaba ante la señorita Rugg de modo amistoso.

Hasta la fecha, el señor Pancks se había ocupado poco o nada de sus negocios en su domicilio de Pentonville, a no ser cuando estaba en posición horizontal. Pero, en cuanto se convirtió en adivino, con frecuencia se encerraba pasada la medianoche con el señor Rugg en el despachito de delante e, incluso después de esas horas tan inoportunas, la vela de sebo ardía en su dormitorio. Aunque sus deberes como ávido cobrador de su amo de ningún modo se habían visto reducidos y, si bien dicha tarea no guardaba otro parecido con un lecho de rosas que la presencia de espinas, una nueva dedicación le exigía una atención constante. Cuando por la noche dejaba de remolcar al Patriarca tiraba de una embarcación anónima y seguía trabajando en otras aguas.

Tal vez no le costara pasar de la relación distante con Chivery padre al trato con la amable esposa y su desconsolado hijo; fuera o no fácil, no tardó en dar el paso. A las dos semanas de haberse presentado en el Internado por primera vez, estaba ya en la tienda de tabacos y se afanaba especialmente en entenderse bien con el joven John. Prosperó en el empeño hasta conseguir sacarlo de su bosquecillo y encomendarle misteriosas misiones, para las cuales el joven empezó a desaparecer de vez en cuando en viajes de dos o tres días de duración. La prudente señora Chivery, admirada del cambio, habría protestado por el perjuicio que causaba a su tienda y al hombre de las Tierras Altas del cartel del establecimiento si no hubiera sido por dos poderosos motivos: el primero, el interés que mostraba John en un asunto del que los viajes parecían ser los primeros pasos, por lo que la mujer imaginaba que sería bueno para su estado de ánimo; el segundo, que el señor Pancks, en secreto, había acordado pagarle por la ocupación de su hijo la hermosa cantidad de siete chelines con seis peniques diarios. La idea había partido de Pancks y se la había planteado en términos sucintos: «Señora, si su John tiene la debilidad de no aceptarlo, no es motivo para que usted no lo haga, ¿verdad? Así que quede entre nosotros, señora, los negocios son los negocios, ¡aquí tiene usted!».

De la actitud del señor Chivery no se podía deducir si sabía algo o nada de estas cosas. Hemos dicho ya que era hombre de pocas palabras; podría añadirse que tenía la costumbre profesional de guardarlo todo bajo llave. Encerraba sus sentimientos igual que encerraba a los deudores de Marshalsea. Incluso su faceta de tragaldabas parecía formar parte de su afición a las puertas cerradas; en cualquier caso, en otros asuntos, no cabe duda de que mantenía la boca tan cerrada como la puerta de Marshalsea. No la abría nunca porque sí. Cuando era necesario dejar salir a alguien,

la abría un poquito y sólo el tiempo justo, y luego la cerraba.

Del mismo modo que hacía esperar al visitante que quería salir y aguardaba para ver si alguien quería entrar, de manera que un solo giro de la llave sirviera para dos personas, a menudo se ahorra una palabra si se daba cuenta de que venía otra de camino y así soltaba las dos a un tiempo. Era tan poco probable que su rostro ofreciera una llave para averiguar lo que pensaba como que la llave de Marshalsea arrojara indicios sobre los caracteres individuales y las historias que encerraba.

Que el señor Pancks se sintiera inclinado a invitar a alguien a comer a Pentonville era un hecho sin precedentes. Pero invitó a John hijo e incluso lo expuso a las peligrosas fascinaciones (por el precio que tenían) de la señorita Rugg. El banquete se fijó para un domingo y la señorita Rugg, con sus propias manos, relleno para la ocasión una pata de cordero con ostras y la llevó a cocer al horno del panadero; que no era «el» panadero sino otro. También se aprovisionó de manzanas, naranjas y nueces. Y el sábado por la noche el señor Pancks llevó a la casa una botella de ron para alegrar el corazón del visitante.

La abundancia de cosas apetitosas no fue lo más importante de la recepción, sino el ambiente cordial y familiar. Cuando John hijo apareció a la una y media sin el bastón con empuñadura de marfil y sin el chaleco con ramas doradas, el sol despojado de su esplendor por catastróficas nubes, el señor Pancks lo presentó a los rubios Rugg como el joven al que con frecuencia aludía como enamorado de la señorita Dorrit.

—Me alegro de tener el honor de conocerlo, señor —dijo el señor Rugg—. Sus sentimientos lo honran. Es usted joven, ojalá sean para siempre. Si yo hubiese de sobrevivir a mis propios sentimientos —dijo el señor Rugg, que era hombre de muchas palabras al que tenían por un buen orador—, si hubiera de sobrevivir a mis propios sentimientos, dejaría en mi testamento cincuenta libras al hombre que me quitara la vida.

La señorita Rugg suspiró.

—Mi hija, caballero —dijo el señor Rugg—. Anastatia, para ti no serán nuevos los sentimientos de este joven. Mi hija ha pasado por algunas duras pruebas —el señor Rugg habría sido más preciso si lo hubiera dicho en singular— y comprende su estado.

John hijo, abrumado por ese recibimiento tan afectuoso, manifestó cuáles eran sus sentimientos.

—Me da envidia, señor —dijo el señor Rugg—, permita que le coja el sombrero, tenemos pocos percheros, lo pondré en el rincón, nadie lo pisará, lo que le envidio, señor, es el lujo de sus sentimientos. Pertenezco a una profesión en la que algunas veces se nos niega ese lujo.

John hijo contestó que sólo confiaba en portarse correctamente y expresar todo el

afecto que le inspiraba la señorita Dorrit. Quería ser poco egoísta y esperaba serlo. Quería hacer todo lo que estuviera en su mano para servir a la señorita Dorrit y desvanecerse sin que ella lo viera, y esperaba estar haciéndolo. Era poco lo que podía hacer, pero esperaba hacerlo.

—Caballero —dijo el señor Rugg, cogiéndolo de la mano—, es usted un hombre al que merece la pena conocer. Es usted un joven al que desearía poner en el estrado de los testigos para humanizar el pensamiento de la profesión legal. Espero que haya traído usted consigo buen apetito y la intención de usar el cuchillo y el tenedor.

—Gracias, señor —contestó John hijo—, últimamente no como mucho.

—Tampoco comía mi hija —le dijo Rugg en un aparte— cuando, en defensa de sus sentimientos y su sexo ofendido, se convirtió en demandante representada por Rugg y Bawkins. Supongo que podría haber alegado, señor Chivery, de haberlo considerado necesario, que en aquellos momentos mi hija ingería poco más de media libra por semana.

—Me parece que yo como un poco más, señor —contestó el joven vacilando, como si se avergonzara.

—Pero en su caso no se trata de un demonio con forma humana —dijo el señor Rugg subrayando su argumentación con una sonrisa y un ademán—. Téngalo en cuenta, señor Chivery, no es un demonio con forma humana.

—No claro, señor —añadió John hijo con sencillez—. Lo lamentaría mucho si lo fuera.

—Es el sentimiento que cabía esperar de una persona con sus principios. Mi hija se sentiría muy afectada si lo oyera. Como veo que viene con el cordero, me alegro de que no lo haya oído. Señor Pancks, en esta ocasión, le ruego que se siente delante de mí. Querida, ponte delante del señor Chivery. Demos gracias (también la señorita Dorrit) por lo que vamos a recibir.

De no haber sido por el tono burlón de la gratitud del señor Rugg, habría parecido que esperaban que la señorita Dorrit los acompañara en cualquier momento. Pancks reconoció la broma del modo habitual y tomó su forraje del modo habitual. La señorita Rugg, tal vez recuperando el tiempo perdido, se dedicó a comer cordero con entusiasmo y pronto sólo quedó el hueso. El pudín de pan y mantequilla desapareció rápidamente y de la misma manera se desvaneció una cantidad considerable de queso y rábanos. Luego llegó el postre.

Después también, y antes de que empezaran a tomar el ron con agua, apareció la libretita del señor Pancks. Las tareas que realizaron a continuación fueron breves pero curiosas y bien parecía aquello una conspiración. El señor Pancks consultaba su libreta, que estaba ya casi llena, con aire estudioso; y copiaba algunas notas que escribía en trocitos de papel; mientras tanto, el señor Rugg lo miraba con mucho detenimiento y John hijo perdía sus ojos errantes en nieblas de meditación. Cuando el

señor Pancks, en su papel de jefe de los conspiradores, terminó las notas, las examinó, las corrigió, guardó la libretita y las mostró como si fuera una mano de un juego de cartas.

—Veamos, hay un cementerio en Bedfordshire —dijo Pancks—, ¿quién se ocupa?

—Yo, señor —contestó Rugg—, si nadie lo pide.

El señor Pancks le tendió la carta y miró las que le quedaban.

—Tenemos aquí una investigación en York, ¿quién la quiere? —preguntó Pancks.

—No sirvo para York —dijo el señor Rugg.

—Entonces, quizá, si tuviera la amabilidad, ¿podría ir usted, John Chivery? —prosiguió el señor Pancks. John asintió, Pancks le entregó la carta y volvió a examinar las que tenía en la mano—. Hay una iglesia en Londres; podría ocuparme yo. Y una biblia familiar; también podría ocuparme yo. Tengo dos para mí. Dos para mí —repitió, respirando con fuerza sobre las cartas—. Aquí hay un oficinista en Durham para usted, John, y un viejo marinero en Dunstable para usted, señor Rugg. Dos para mí, eso era, ¿no? Sí, dos para mí. Aquí hay una lápida, tres para mí. Y un bebé nacido muerto, cuatro para mí. Y nada más por ahora.

Después de repartir así las cartas, en voz baja y discretamente, el señor Pancks se metió la mano en el bolsillo del pecho y extrajo una bolsita de lona, de la que, con la mano libre, sacó dinero suficiente para los gastos de viaje y lo dividió en dos.

—El dinero en efectivo se va de prisa —observó con inquietud mientras empujaba una carta a cada uno de sus compañeros—, muy de prisa.

—Le aseguro, señor Pancks —dijo John hijo—, que lamento muchísimo que en mis circunstancias no pueda permitirme pagar mis propios gastos y que no sea aconsejable que malgastemos tiempo en recorrer las distancias a pie porque nada me daría mayor satisfacción que ir andando sin gastos ni recompensas.

El desinterés del joven le pareció tan cómico a la señorita Rugg que se vio obligada a salir precipitadamente y sentarse en las escaleras; allí estuvo hasta que se le pasó la risa. Mientras tanto, el señor Pancks, mirando no sin pena a John hijo, lenta y pensativamente retorció la bolsa de lona como si le retorciera el cuello. La señorita Rugg, que regresó cuando se la estaba guardando en el bolsillo, mezcló ron y agua para todos, sin olvidarse de sí misma, y les ofreció un vaso. Una vez estuvieron servidos, el señor Rugg se puso en pie y sostuvo el vaso en silencio con el brazo extendido sobre el centro de la mesa, invitando con el gesto a los demás a sumarse al suyo y unirse en un brindis conspiratorio. La ceremonia fue impresionante hasta cierto punto y lo habría sido mucho más si la señorita Rugg, cuando alzaba el vaso hasta sus labios para ponerle broche, no hubiera mirado casualmente a John hijo; entonces de nuevo pudo con ella la ridícula comicidad de su desinterés, la risa la hizo resoplar sobre el ron y salpicó gotas de ambrosía por todas partes, tras lo cual se

retiró confusa.

Así se desarrolló aquella comida sin precedentes que ofreció Pancks en Pentonville, y así era la ajetreada y extraña vida que llevaba. Los únicos momentos del día en que parecía librarse de sus preocupaciones y recrearse yendo a alguna parte o diciendo cualquier cosa sin mayor trascendencia era cuando mostraba un interés creciente por el extranjero cojo del bastón, en la Plaza de Corazón Sangrante.

El extranjero, llamado Giovanni Baptista Cavalletto —en la Plaza lo llamaban señor Baptist— era un hombrecillo tan agradable, alegre y optimista que probablemente el interés de Pancks se debía a la atracción de los contrarios. Solitario, débil y apenas familiarizado con las palabras más imprescindibles de la única lengua en la que se podía comunicar con la gente que lo rodeaba, se dejaba llevar por la corriente de la suerte de un modo tan animoso que constituía una novedad en aquel lugar. Con poco para comer, menos para beber y nada para ponerse que no fuera lo que llevaba encima o hubiera traído consigo en uno de los hatillos más pequeños jamás vistos, cuando apareció por primera vez en la Plaza lo contempló todo con optimismo, como si se encontrara en las circunstancias más florecientes, y se granjeó humildemente la simpatía general con sus blancos dientes.

Era tarea cuesta arriba para un extranjero, aunque no fuera cojo, la de abrirse paso entre los habitantes de la Plaza del Corazón Sangrante. En primer lugar, éstos estaban vagamente convencidos de que no había extranjero que no llevara encima una navaja; en segundo lugar, creían que el axioma nacional constitucional de que todos los extranjeros debían marcharse a su país era muy sólido. Nunca pensaban en cuántos de sus compatriotas tendrían que volver de los distintos rincones del mundo si ese principio se aplicara con carácter general; consideraban que era un principio propio y peculiarmente británico. En tercer lugar, tenían la idea de que era una especie de castigo divino para un extranjero no ser inglés y de que a su país de origen le sucedían todo tipo de calamidades porque hacía cosas que Inglaterra no hacía y no hacía cosas que Inglaterra sí hacía. Por supuesto, los Barnacle y los Stiltstalking los habían formado durante largo tiempo en esta creencia y no dejaban de proclamar, oficialmente, que un país que no se sometiera a estas dos familias numerosas no podía aspirar a la protección de la providencia; y, cuando los corazones sangrantes ya estaban convencidos, los despreciaban en privado por ser las personas con más prejuicios de este mundo.

Por consiguiente, podría considerarse que era una postura política por parte de los corazones sangrantes; sin embargo, se sumaban otros recelos ante la presencia de extranjeros en la Plaza. Creían que los extranjeros eran siempre más pobres; y, aunque ellos no podían serlo más, eso no disminuía el peso de la objeción. Creían que los dragones y las bayonetas sometían con facilidad a los extranjeros y, aunque a ellos también les rompían la cabeza si daban muestras de mal talante, recibían el golpe con

un instrumento romo y eso no se podía tener en cuenta. Creían que los extranjeros eran siempre inmorales y, aunque también ellos tenían casos en los tribunales y de vez en cuando algún divorcio, eso tampoco tenía nada que ver. Creían que los extranjeros no tenían independencia de espíritu, ya que nunca iban a votar en manadas, escoltados por lord Decimus Tite Barnacle, con la bandera al viento y la música de *Rule Britannia*. No me extenderé para no ser tedioso en las muchas creencias similares.

Contra estos obstáculos, el extranjero cojo del bastón tenía que defenderse tan bien como podía; no del todo solo, puesto que Arthur Clennam lo había recomendado a los Plornish (vivía en lo más alto de la misma casa), pero su situación no era fácil. Sin embargo, los corazones sangrantes eran también corazones tiernos; y cuando vieron al hombrecito cojeando alegremente con rostro amistoso, sin hacer daño a nadie, sin navaja, sin cometer inmoralidades, viviendo de féculas y leche y jugando por las tardes con los hijos de la señora Plornish, empezaron a pensar que, aunque nunca podría albergar la esperanza de convertirse en inglés, no era justo reprochárselo. Empezaron a ponerse a su nivel, llamándolo «señor Baptist» pero tratándolo como si fuera un niño, riendo desaforadamente de su manera de gesticular y su inglés infantil, más aún porque a él le daba igual y también se reía. Le hablaban a gritos, como si fuera sordo como una tapia. Construían las frases, para enseñarle la lengua pura, como si se dirigieran a los salvajes del capitán Cook o al Viernes de Robinson Crusoe. La señora Plornish era especialmente ingeniosa en este arte y consiguió hacerse famosa por decirle: «Yo esperar su pierna bien pronto», frase que en la Plaza consideraron que era casi como hablar italiano. Incluso ella empezó a pensar que tenía un talento natural para ese idioma. A medida que Cavalletto se iba haciendo popular, la gente le llevaba objetos caseros para que adquiriera un vocabulario abundante; y, siempre que aparecía en la Plaza, las mujeres corrían a casa gritando, «¡Señor Baptist, tetera!», «¡Señor Baptist, recogedor!», «¡Señor Baptist, tamiz para la harina!», «Señor Baptist, cafetera», al tiempo que le mostraban esos objetos e iban convenciendo al hombre de que la lengua anglosajona estaba llena de dificultades tremendas.

Así estaban las cosas cuando llevaba ahí tres semanas y al señor Pancks empezó a llamarle la atención el hombrecillo. Subió a su buhardilla, acompañado de la señora Plornish como intérprete, encontró al señor Baptist sin más muebles que el colchón en el suelo, una mesa, una silla, y tallando un trozo de madera del mejor modo posible con ayuda de pocas herramientas.

—Veamos, amigo —le dijo el señor Pancks—, ¿tiene que pagar!

Cavalletto tenía el dinero preparado, doblado en un trozo de papel, y se lo tendió con una carcajada; después, extendió tantos dedos de la mano derecha como chelines le había dado e hizo en el aire un gesto horizontal, de corte, para indicar una moneda

de seis peniques.

—Oh —dijo el señor Pancks, mirándolo, asombrado—. ¿Está todo? Es un inquilino rápido. Está bien. La verdad es que no lo esperaba.

En ese momento intervino la señora Plornish con aire de superioridad y le explicó al señor Baptist:

—Él contento. Él contento dinero.

El hombrecillo sonrió y asintió. El señor Pancks pensó que aquel rostro luminoso era sumamente agradable.

—¿Cómo está de su pierna? —preguntó a la señora Plornish.

—Oh, está mucho mejor —dijo la señora Plornish—. Esperamos que la semana que viene pueda dejar de usar el bastón. —La oportunidad era demasiado buena para dejarla escapar y la señora Plornish explicó con disculpable orgullo al señor Baptist —: Él esperar tu pierna bien pronto.

—Además, es un individuo alegre —dijo el señor Pancks, admirándolo como si fuera un muñeco mecánico—. ¿De qué vive?

—Bueno, señor —contestó la señora Plornish—. Es hábil tallando flores, como ve ahora. —Baptist, que los miraba hablar, alzó su trabajo. La señora Plornish interpretó a su manera italiana, en nombre del señor Pancks—: A él gustar, muy bueno.

—¿Y eso le da para vivir? —preguntó el señor Pancks.

—Vive con muy poco, señor, y es de esperar que, cuando pueda, se ganará bien la vida. El señor Clennam le buscó trabajo y de vez en cuando le da alguna cosilla en el taller de ahí al lado, se la da, para abreviar, cuando sabe que lo necesita.

—¿Y qué hace cuando no se dedica a eso? —preguntó Pancks.

—Bueno, poca cosa, supongo que no puede andar demasiado; pero va por la Plaza y charla, sin que entienda demasiado o sepa hacerse entender, juega con los niños y se sienta al sol (se sentaría en cualquier sitio, incluso en el brazo de una silla), canta y ríe.

—¡Ríe! —repitió Pancks—. Me da la impresión de que está siempre riendo.

—Pero cuando sube las escaleras de la salida de la Plaza, mira hacia fuera de la manera más curiosa —dijo la señora Plornish—. Así que algunos creemos que busca dónde está su país, otros creen que busca a alguien que no quiere ver y otros no saben qué pensar.

El señor Baptist parecía comprender lo que se decía en líneas generales; o quizá había adivinado el gesto de buscar con la mirada; en cualquier caso, cerró los ojos y movió la cabeza como un hombre que tiene motivos más que suficientes para hacer lo que hace, y dijo en su lengua:

—*Altro!*

—¿Qué quiere decir *altro*? —preguntó Pancks.

—Ejem... es una especie de expresión que vale para todo, señor —dijo la señora Plornish.

—Ah, ¿sí? —dijo Pancks—. Entonces, *altro* también para ti, amigo. ¡Buenas tardes, *altro*!

El señor Baptist, en su vivaz modo de expresarse, repitió la palabra varias veces; el señor Pancks la repitió con su voz más triste una sola vez. A partir de ese momento, Pancks, el gitano, adoptó la costumbre, cuando volvía a su casa, hastiado, al final de la tarde, de pasarse por la Plaza del Corazón Sangrante, subir en silencio las escaleras del edificio, asomarse a la casa de Baptist y, cuando lo encontraba ahí, decir:

—¡Hola, amigo, *altro*!

A lo que Baptist contestaba con incontables sonrisas y asentimientos de cabeza.

—*Altro, signore, altro, altro, altro!*

Tras esta densa conversación, el señor Pancks seguía su camino con aspecto de estar más tranquilo y descansado.

Si Arthur Clennam no hubiera tomado la firme y sabia decisión de no enamorarse de Tesoro, se habría sumido en un gran azoramiento y se habría enfrentado a penosas pugnas con su corazón. No habría sido la menor de ellas la que siempre se libraba entre su tendencia a encontrar antipático a Henry Gowan, cuando no a verlo con abierta repugnancia, y un susurro que le decía que tal tendencia era indigna. Una naturaleza generosa no suele albergar fuertes aversiones y le cuesta reconocerlas de forma imparcial; sin embargo, cuando se da cuenta de que la animadversión sale victoriosa, y además de que el origen de ésta no es ecuánime, la congoja se apodera de ella.

Por tanto, Henry Gowan habría enturbiado el ánimo de Clennam, y habría estado mucho más presente en sus reflexiones que otras personas y asuntos más agradables, si él no hubiera tomado la prudente decisión ya mencionada. Tal como estaban las cosas, parecía que ahora era Daniel Doyce quien no dejaba de pensar en el señor Gowan. En cualquier caso, al final siempre era el señor Doyce, y no Clennam, quien acababa hablando de Gowan en sus amistosas conversaciones y que ahora tenían con gran frecuencia, dado que los dos socios compartían varias estancias de una espaciosa casa situada en una calle, seria y anclada en el pasado, que estaba en la City, no lejos del Banco de Inglaterra, cerca de las murallas de Londres.

El señor Doyce había ido a Twickenham a pasar el día; Clennam había excusado su presencia. Doyce acababa de volver y asomó la cabeza por la puerta abierta del salón de Arthur para darle las buenas noches.

—¡Pase, pase! —dijo Clennam.

—He visto que estaba usted leyendo —se disculpó Doyce mientras entraba—, y me ha parecido que no le iba a importar que le molestara.

De no haber sido por la notable resolución que había adoptado, Clennam podría no haberse enterado de qué estaba leyendo; podría haber estado una hora sin fijar la vista en el libro, aunque lo tuviera abierto delante de él. Lo cerró rápidamente y preguntó:

—¿Están todos bien?

—Sí —respondió Doyce—. Están bien. Están bien.

Daniel tenía una vieja costumbre de artesano: llevaba un pañuelo prendido en el sombrero. Se lo quitó y se enjugó con él la frente mientras repetía lentamente:

—Están bien. —Y añadió—: Me ha parecido que la señorita Minnie estaba particularmente espléndida.

—¿Había ido alguien a verlos?

—No, no tenían visitas.

—¿Cómo han pasado el día los cuatro? —preguntó Clennam con alegría.

—Éramos cinco —le corrigió su socio—. También estaba el fulanito ese.

—¿Quién?

—El señor Gowan.

—¡Ah, es verdad! —exclamó Arthur con una intensidad desacostumbrada—. Sí, me había olvidado de él.

—No sé si recuerda que ya le había comentado —prosiguió Doyce— que siempre está los domingos.

—Sí, sí —dijo Clennam—. Ahora me acuerdo.

Daniel Doyce, que seguía enjugándose la frente, repitió con lentitud:

—Sí. Estaba, estaba. Y tanto que estaba. Y el perro. El perro también estaba.

—La señorita Meagles le tiene mucho cariño al... perro —apuntó Clennam.

—Desde luego —confirmó su socio—. Le tiene más cariño al perro que yo al hombre.

—¿Se refiere al señor...?

—A Gowan, en efecto.

Se produjo un silencio que Arthur aprovechó para dar cuerda al reloj; después dijo:

—A lo mejor le ha juzgado usted apresuradamente. Nuestros juicios... y hablo en general...

—Desde luego —dijo Doyce.

—Pueden verse tan influidos, casi sin que nos percatemos, por tantas consideraciones injustas que es necesario estar en guardia. Por ejemplo, el señor...

—Gowan —terminó en voz baja Doyce, que era prácticamente el único de los dos que pronunciaba ese apellido.

—... es joven y apuesto, simpático y agudo, tiene talento, ha visto mundo. Puede ser difícil dar una razón objetiva para desconfiar de él.

—A mí no me resulta difícil —objetó Daniel—. Me parece que con él ha entrado la inquietud en la casa de mi viejo amigo, y me temo que también entrarán las desgracias. Veo que, cuanto más se acerca y más mira el rostro de la hija, más profundas se vuelven las arrugas del rostro de mi amigo. En dos palabras: lo imagino rondando con un cazamariposas a una criatura hermosa y afectuosa a la que nunca hará feliz.

—No podemos saber si la hará feliz o no —dijo Clennam, casi con pena.

—No podemos saber si la tierra durará otros cien años —replicó Daniel—, pero nos parece bastante probable.

—¡Bueno, bueno! —dijo Arthur—, no hay que perder la esperanza; si no

podemos ser generosos, lo que en este caso parece imposible, intentemos ser justos. No denostemos a este hombre por haber conseguido conquistar al bello objeto de sus anhelos, y no pongamos en duda el derecho natural de la dama a entregar su amor a aquel que juzgue digno de él.

—Quizá tenga razón, amigo mío. Pero también cabe la posibilidad de que ella sea demasiado joven y esté demasiado mimada, que sea demasiado ingenua y le falte experiencia para decidir con acierto.

—Algo que nosotros no podemos corregir —adujo Clennam.

Doyce asintió con la cabeza, con semblante grave:

—Eso me temo —convino.

—Por eso, a fin de cuentas —añadió Arthur— no nos corresponde a nosotros hablar mal del señor Gowan. Sería lamentable alimentar los prejuicios contra él. Yo decido, en lo que a mí respecta, no denigrarlo.

—Yo no estoy tan seguro; por tanto, me reservo el derecho a criticarlo —contestó el otro—. Aunque no esté seguro de mí, sí estoy seguro de usted; sé que es un hombre recto y que merece el mayor de los respetos. ¡Buenas noches, socio y amigo!

Tras esas palabras le estrechó la mano, como si el trasfondo de la conversación hubiera sido serio, y se despidieron.

En esa época ya habían visitado varias veces a la familia Meagles, y siempre habían observado que una mención, por pequeña que fuese, a Henry Gowan, cuando éste no los acompañaba, convocaba la reaparición de esa nube que había oscurecido la luminosidad del señor Meagles la mañana del encuentro fortuito en el transbordador. Si Clennam hubiera reconocido la pasión prohibida que bullía en su interior, ese período habría sido de verdaderos padecimientos; dadas las circunstancias, indudablemente aquello no era nada; nada.

Del mismo modo, si su corazón hubiera dado cobijo al huésped prohibido, la callada lucha por sobreponerse a su estado de ánimo habría tenido cierto mérito. También podría haber tenido cierto mérito ese esfuerzo constante por no verse abocado a un nuevo y traicionero período dominado por el pecado principal que conocía, esto es, la búsqueda de objetivos egoístas con métodos bajos y mezquinos, y observar en cambio unos elevados principios de honor y generosidad. Podría haber tenido cierto mérito la firme decisión de no evitar siquiera la casa del señor Meagles para no causar la menor angustia a la hija, cosa que egoístamente a él le habría convenido pero que había convertido a la joven en el motivo de un distanciamiento que, según creía, el padre lamentaría. Podría haber tenido cierto mérito la modesta sinceridad que demostraba al no olvidar nunca que el señor Gowan era más joven, que tanto él como su trato eran más atractivos. Hacer todo eso y mucho más, con total discreción, con una constancia viril y serena, aunque dentro de él el dolor (tan peculiar como su vida y su historia) fuese muy intenso, habría podido ser síntoma de

cierta fortaleza de carácter. No obstante, tras la firme decisión que había tomado, era evidente que no podía adjudicarse tales méritos: esos estados de ánimo no eran de nadie, de nadie.

Al señor Gowan no le preocupaba que ese estado de ánimo fuera de alguien o que no fuera de nadie. Jamás perdía su actitud de perfecta serenidad, como si la posibilidad de imaginar que Clennam se hubiera planteado la gran cuestión fuera demasiado ridícula y remota para concebirla. A Arthur siempre lo trataba con afabilidad y espontaneidad, cosa que (en el caso hipotético de que no hubiera tomado la mencionada e inteligente decisión) habría constituido un elemento muy incómodo para su estado de ánimo.

—Lamento que no nos acompañara ayer —dijo Gowan cuando fue a visitar a Arthur a la mañana siguiente—. Pasamos un día agradable a la orilla del río.

Clennam respondió que ya se lo habían contado.

—¿Su socio? —quiso saber Gowan—. ¡Un tipo magnífico!

—Sí, lo aprecio mucho.

—¡Desde luego, es un hombre de primera! ¡Tan original, tan inocente, confía en unas cosas tan asombrosas!

Éste era uno de tantos comentarios desagradables que a Clennam le molestaba oír. Hizo caso omiso limitándose a repetir que tenía en alta estima al señor Doyce.

—¡Es encantador! Ver cómo se pasa la vida pensando en las musarañas, sin producir nada y sin obtener nada, es una maravilla. Eso infunde ánimos a cualquiera. ¡Tan puro, tan sencillo, un espíritu tan bondadoso! Se lo juro, señor Clennam, me siento de lo más mundano y perverso cuando me comparo con un hombre tan inocente como él. Le aclaro que hablo por mí, sin incluirlo a usted, que también es una persona auténtica.

—Gracias por el halago —respondió Arthur, incómodo—; usted también lo es, o eso espero.

—No del todo —aclaró el otro—. Si le soy sincero, sólo moderadamente. Tampoco soy un impostor de tomo y lomo. Entre nosotros: le aseguro que, si adquiere uno de mis cuadros, pagará un precio excesivo. Si se lo compra a otro, a cualquier profesor eminente de los que me atacan con dureza, es probable que a mayor desembolso, mayor engaño. Todos hacen lo mismo.

—¿Todos los pintores?

—Los pintores, los escritores, los patriotas, todos los que venden algo en el mercado. Si usted le da diez libras a cualquiera de las personas que conozco, la gran mayoría le devolverá un fraude equivalente a esa cantidad; si le da mil, un fraude de mil libras; si le da diez mil, uno de diez mil. Cuanto mayor es el éxito, mayor el fraude. ¡Qué mundo tan estupendo tenemos! —exclamó Gowan con un encendido entusiasmo—. ¡Qué mundo tan alegre, tan espléndido, tan maravilloso!

—Yo tenía la impresión —dijo Clennam— de que ese principio lo ponían fundamentalmente en práctica...

—¿Los Barnacle? —interrumpió Gowan con una carcajada.

—Los caballeros metidos a políticos que consienten la continuidad del Negociado de Circunloquios.

—¡Ah! No sea usted tan exigente con los Barnacle —dijo Gowan con otra carcajada—, ¡son simpatiquísimos! ¡Hasta el pobre Clarence, el idiota de la familia, es el más agradable y el más encantador de los imbéciles! ¡Y le aseguro que posee cierta clase de inteligencia que lo asombraría!

—Sí, me sorprendería mucho —respondió Clennam secamente.

—Además, al fin y al cabo —añadió Gowan, con esa característica ecuanimidad que dotaba de la misma insustancialidad a todas las cosas del ancho mundo—, aunque no puedo negar que quizá el Negociado de Circunloquios acabe hundiéndolo todo y a todos, no creo que eso suceda mientras nosotros vivamos; además, ese lugar es una escuela de caballeros.

—Me temo que se trata de una escuela muy peligrosa, inútil y costosa para las personas que pagan la estancia de los alumnos —protestó Arthur, moviendo la cabeza.

—¡Ah! ¡Es usted un hombre terrible! —comentó Gowan con toda tranquilidad—. Ya entiendo por qué ha asustado tanto al tontito de Clarence, el más estimable de los necios (lo quiero muchísimo) y por qué casi le ha hecho perder el juicio. Pero ya hemos hablado bastante de él y los demás. Quiero presentarle a mi madre, señor Clennam. Le ruego que acceda.

En el ánimo de nadie, no había nada que Arthur deseara menos, ni que supiese menos cómo evitar.

—Mi madre vive del modo más primitivo en esa espantosa mazmorra de ladrillo rojo de Hampton Court —le informó Gowan—. Por favor, concierte la cita, decida un día para que lo lleve a cenar con ella; usted se aburrirá y ella estará encantada; eso es lo que pasará.

¿Qué podía alegar Clennam después de estas palabras? En su personalidad apocada abundaba la sencillez, en el mejor sentido del término, porque le faltaba mucha experiencia; por su sencillez y su modestia, sólo pudo responder que para él era un placer ponerse a disposición del señor Gowan. Así pues, fijaron el día. Para él era una fecha muy temida y muy desagradable, pero al fin llegó y fueron los dos a Hampton Court.

En aquella época parecía que los venerables habitantes de esa venerable mole habían levantado en ella un campamento, como una especie de gitanos civilizados. Las dependencias tenían un aspecto temporal, como si los residentes se fueran a marchar en cuanto encontraran algo mejor; éstos transmitían, además, cierta

sensación de insatisfacción, como si estuvieran muy ofendidos por no haber encontrado ya algo mejor. En cuanto se abrían las puertas podían verse más o menos elegantes persianas y adornos provisionales; biombos que no alcanzaban ni de lejos la altura debida convertían los pasillos de techos abovedados en comedores y tapaban esquinas oscuras en las que unos jóvenes lacayos dormían por la noche con la cabeza rodeada de cuchillos y tenedores; cortinas que intentaban convencer de que no ocultaban nada; cristales de ventanas que rogaban pasar desapercibidos; objetos de formas diversas que fingían no guardar ningún vínculo con su vergonzoso secreto; una cama, trampillas disimuladas en las paredes, que claramente eran carboneras; lugares que supuestamente no daban paso a otros lugares, y que evidentemente eran puertas de pequeñas cocinas. Estas cosas producían reparos mentales e ingeniosos misterios. Los visitantes, mientras miraban fijamente a los ojos de los anfitriones, fingían no oler lo que se estaba cocinando a medio metro; los huéspedes, al toparse con unos armarios que habían quedado abiertos por accidente, fingían no ver las botellas; los forasteros, con la cabeza a escasa distancia de una fina cortina de tela, detrás de la cual un criado y una joven se lanzaban exabruptos, simulaba hallarse sumido en un silencio primigenio. Estas pequeñas transacciones de convivencia social, que aquellos gitanos de buena cuna llevaban a cabo continuamente y que esperaban, en contrapartida, de los demás, no tenían fin.

Algunos de esos bohemios se veían aquejados de un temperamento irritable, pues dos afrentas mentales los ofendían y amargaban constantemente: en primer lugar, la conciencia de que nunca recibían lo suficiente de los ciudadanos; en segundo, la conciencia de que a esos ciudadanos se les permitía el acceso al edificio. Por culpa de esta última y gran humillación, algunos padecían espantosos sufrimientos, sobre todo los domingos, cuando ya llevaban cierto tiempo anhelando que la tierra se abriera y se tragara a esos ciudadanos; sin embargo, ese deseable acontecimiento aún no se había producido, por una reprensible falta de rigor en el orden del universo.

Delante de la puerta de la señora Gowan se hallaba apostado un criado que llevaba varios años al servicio de la familia y que también tenía una queja que manifestar a los ciudadanos, sobre un puesto en correos que esperaba desde hacía tiempo y que todavía no le habían adjudicado. Sabía muy bien que no estaba en manos de los ciudadanos procurarle el acceso, pero se permitía opinar lúgubramente que eran ellos quienes se lo vedaban. Por influencia de tal afrenta (y quizá por cierta estrechez e irregularidad de salario), había descuidado su apariencia y se había vuelto más taciturno; y, viendo ahora en Clennam a un miembro del despreciable grupo de sus opresores, lo recibió de forma ignominiosa.

La señora Gowan, en cambio, lo recibió con condescendencia. Arthur vio a una dama anciana y distinguida que seguramente había sido toda una belleza, aún lo suficientemente hermosa para no verse obligada a empolvase la nariz, y con cierto

arrebol inaudito en ambas mejillas. Se mostró algo altanera con él; lo mismo hizo otra anciana dama, recelosa y displicente, en la que algún rasgo real debía haber, pues de otro modo ella no habría existido, pero el rasgo no eran sin duda ni sus dientes ni su figura ni su piel; del mismo modo se comportó un caballero anciano y canoso de semblante circunspecto y huraño; la dama y el caballero habían sido invitados a comer. No obstante, como todos habían tenido relación con las embajadas británicas en diversas partes del mundo, y como el mejor modo en que una embajada británica puede labrarse una reputación ante el Negociado de Circunloquios es tratando a sus compatriotas con un desprecio infinito (de no ser así, se parecería demasiado a las embajadas de otros países), a Clennam le dio la impresión de que, en conjunto, no salía mal parado.

El caballero anciano y circunspecto resultó ser lord Lancaster Stiltstalking, que había trabajado muchos años a cuenta del Negociado de Circunloquios como representante de la corona británica en el extranjero. Este noble refrigerador había helado en su día varias cortes europeas a lo largo de su vida, y lo había hecho con tantísimo éxito que la mera mención del gentilicio «inglés» bastaba para encoger de frío el estómago de los extranjeros que aún tenían el distinguido honor de recordarlo un cuarto de siglo después.

Ahora estaba jubilado, pero (con un aparatoso pañuelo blanco que parecía un montón de nieve apelmazada) tuvo la gentileza de enfriar la cena. Atisbos de la ubicua naturaleza bohemia se observaban en el carácter nómada del servicio, en sus curiosas carreras con platos y fuentes; pero el noble refrigerador, infinitamente más eficaz que los platos o la porcelana, convirtió la comida en algo espléndido. Enfrió los alimentos, impidió que se calentaran los vinos, mantuvo fresca la salsa y en su punto las verduras.

Sólo había otra persona en la sala: un lacayo microscópicamente menudo que atendía al hombre malévolo que no había conseguido el puesto en correos. Incluso este joven, si hubiera podido desabrocharse la chaqueta y dejar su corazón al descubierto, habría pasado por un lejano simpatizante de la familia Barnacle, dispuesto a aspirar a un cargo oficial.

La señora Gowan, presa de una leve melancolía, viendo a su hijo reducido a buscar el favor del vulgar público como miembro de las viles Artes, en vez de domeñarlo como un legítimo Barnacle y de reclamar lo que era suyo por derecho propio, dirigió la conversación a los males de la época. Fue entonces cuando Clennam se dio cuenta de que este ancho mundo gira en torno a unos ejes minúsculos.

—Si John Barnacle —aseguró la señora Gowan, después de que el carácter degenerado de la época hubiera quedado claro— hubiera renunciado a esa desafortunada idea de contentar al populacho, no habría pasado nada, y creo que la

nación se habría salvado.

La anciana dama de la nariz prominente se mostró de acuerdo, pero añadió que, si Augustus Stiltstalking hubiera ordenado que la caballería saliera a las calles con órdenes de atacar, la nación se habría salvado.

El noble refrigerador asintió, pero añadió que, si William Barnacle y Tudor Stiltstalking, cuando acercaron posturas y formaron aquella coalición tan memorable, hubieran tenido la audacia de censurar los periódicos y de convertir en delito que el director de una publicación se atreviera a criticar la conducta de un cargo electo, tanto en el interior como en el extranjero, la nación se habría salvado.

Todos coincidieron en que la nación (sinónimo de los Barnacle o los Stiltstalking) debía ser salvada, pero no era tan evidente qué había que salvar exactamente. Sólo estaba claro que la cuestión concernía exclusivamente a John Barnacle, Augustus Stiltstalking, William Barnacle y Tudor Stiltstalking, o a Menganito y Fulanito Barnacle o Stiltstalking, porque, aparte de ellos, sólo existía el populacho. Y fue esa vertiente de la conversación la que se le hizo sumamente desagradable a Clennam, pues no estaba acostumbrado a semejantes opiniones, y no sabía si era correcto estar ahí sentado, en silencio, mientras una gran nación quedaba reducida a tan minúsculas dimensiones. No obstante, recordó que en los debates parlamentarios, ya versaran sobre la vida material o sobre la vida espiritual de la nación, normalmente sólo intervenían John Barnacle, Augustus Stiltstalking, William Barnacle y Tudor Stiltstalking, Menganito y Fulanito Barnacle y Stiltstalking; que sólo hablaban de ellos mismos y nadie más; no dijo nada en representación del populacho, pues pensó que éste ya estaba acostumbrado a la situación.

El señor Gowan parecía obtener un placer perverso cuando conseguía que los tres interlocutores se pelearan, y viendo cómo Clennam se sobresaltaba por lo que decían. Gracias a su desprecio infinito por la clase que lo había rechazado, así como por la que no lo había aceptado, no se sentía afectado por nada de lo que se manifestaba. Gracias a un estado de ánimo tan envidiable, parecía incluso obtener cierta satisfacción al ver la vergüenza y el aislamiento de Clennam entre aquellas personas de categoría; y si éste se hubiera encontrado en esa situación de rivalidad incesante en la que nadie se encontraba, lo habría sospechado y habría disipado la sospecha por considerarla una vileza.

En el curso de las dos horas siguientes el noble refrigerador, que siempre vivía por lo menos cien años antes de su época, retrocedió unos cinco siglos y pronunció unas solemnes predicciones políticas acordes a ese período. Terminó helando una taza de té y reduciendo su temperatura al mínimo antes de beberse.

Entonces la señora Gowan, que se había acostumbrado en sus días de gloria a guardar una butaca vacía a su lado para convocar, de uno en uno, a sus devotos esclavos, y concederles breves audiencias como favor especial, invitó a Clennam a

que se acercara con un movimiento de abanico. Éste obedeció y se sentó en el trípode^[26] que acababa de abandonar lord Lancaster Stiltstalking.

—Señor Clennam —le dijo—, aparte de lo feliz que me hace haberlo conocido, aunque haya sido en este lugar odioso e incómodo, apenas una barraca, hay un asunto que ardo en deseos de tratar con usted. Se trata de una cuestión relacionada con las circunstancias en las que, según tengo entendido, mi hijo tuvo el placer de entablar relaciones con usted.

Clennam agachó la cabeza, gesto que solía ser una respuesta conveniente cuando no comprendía muy bien de qué se le hablaba.

—En primer lugar —preguntó la señora Gowan—, ¿es hermosa de veras?

Si hubiera estado pasando los apuros que nadie pasaba, a Clennam le habría costado mucho responder, mucho más aún sonreír, y decir:

—¿Quién?

—¡Oh! ¡Ya sabe de quién le hablo! —respondió ella—. Esa muchacha de la que Henry está enamorado. Ese desafortunado capricho. ¡Bueno! Si considera usted que el honor me obliga a decir su nombre... la señorita Mickles... Miggles.

—La señorita Meagles —confirmó Clennam— es muy hermosa.

—Los hombres suelen equivocarse tanto en estos asuntos —objetó la dama negando con la cabeza— que debo confesarle que apenas puedo creerlo, aunque se trata de algo que Henry me ha corroborado con gran insistencia y seriedad. Henry se tropezó con esa gente en Roma, ¿no es así?

Esta frase habría sido un insulto gravísimo para cualquiera. Arthur respondió:

—Disculpe, pero no sé si la he entendido bien.

—Esa gente con la que se tropezó —repitió la señora Gowan mientras daba en la mesita unos golpes con las varillas del abanico cerrado (uno grande y verde, que empleaba como sombrilla de manos)—. Con la que se topó. A la que descubrió. Con la que se encontró de casualidad.

—¿Esa gente?

—Sí, esa gente, esos Miggles.

—Lo cierto es que no sé dónde presentó mi amigo, el señor Meagles, a su hija y a Henry Gowan.

—Estoy bastante segura de que se encontró por casualidad con ella en Roma, pero bueno, qué más da, en algún sitio sería. Una cosa, y que quede estrictamente entre nosotros: ¿es muy plebeya?

—Señora, he de decir —respondió Arthur— que yo mismo soy tan indudablemente plebeyo que no me siento capacitado para dilucidar la cuestión.

—¡Espléndido! —exclamó la dama, abriendo el abanico con frialdad—. ¡Maravilloso! ¿Debo deducir entonces que considera usted en secreto que la educación de la muchacha está a la altura de su belleza?

Clennam, tras un momento de tensión, asintió.

—Eso me consuela; espero que tenga razón. Henry me ha contado que ha viajado usted con ellos.

—He viajado con mi amigo el señor Meagles, con su mujer y su hija, algunos meses.

(Este recuerdo no podría haber conmovido el corazón de nadie).

—Me consuela de veras oírsele decir, porque debe usted de haberlos conocido a fondo. Verá, señor Clennam: esta situación no es nueva, pero no me parece que esté mejorando en nada. Por eso, la oportunidad de hablar con alguien como usted, tan bien informado supone para mí un inmenso alivio. Es una suerte. Una gran ayuda, qué duda cabe.

—Lamento decirle —aclaró Arthur— que desconozco las intenciones de Henry Gowan. En absoluto estoy tan bien informado como usted cree. Su error me coloca en una posición muy incómoda. El señor Gowan y yo no hemos hablado ni una sola vez de todo este asunto.

La señora Gowan miró al otro extremo de la sala, donde su hijo, en un sofá, jugaba al *écarté* con la anciana dama que se había mostrado favorable a un ataque de la caballería.

—¿Que no conoce sus intenciones? Claro que no —dijo la señora Gowan—. ¿Que no han hablado del asunto? Claro que no. Eso ya lo suponía. Pero hay confesiones tácitas, señor Clennam; y, como usted ha tratado íntimamente a esa gente, estoy segura de que en este caso se ha producido una confesión como la que imagino. Es posible que esté usted al corriente de la gran desazón que me ha causado ver que Henry elegía una profesión que... ¡en fin! —añadió encogiéndose de hombros—, una profesión muy respetable, supongo, y algunos artistas son, en tanto que artistas, personas de índole superior; pero en nuestra familia nadie había pasado de ser un aficionado, y es una debilidad perdonable sentirse un poco...

Mientras la señora Gowan hacía una pausa para exhalar un suspiro, Clennam, por mucho que hubiera decidido ser magnánimo, no pudo dejar de pensar que, por el momento, era ínfimo el riesgo de que en esa familia alguien superara la condición de aficionado.

—Henry —prosiguió la madre— actúa con gran independencia y es muy cabezota; como esa gente, naturalmente, va a hacer todo lo posible por cazarlo, no albergo muchas esperanzas de que la relación fracase. Tengo entendido que la fortuna de la muchacha es poca cosa; Henry podría haber aspirado a mucho más, pues prácticamente no hay nada que pueda compensar sus vínculos familiares; pero él es responsable de sus actos. Si dentro de poco tiempo no veo que la cosa mejora no me quedará otro remedio que resignarme e interesarme por las virtudes de esa gente. Le estoy sumamente agradecida por lo que me ha contado.

Mientras la señora se encogía de hombros, Arthur volvió a asentir rígidamente. Con un rubor azorado y una actitud dubitativa, añadió en un tono todavía más bajo que hasta entonces:

—Señora Gowan, no sé cómo desprenderme de algo que considero mi deber, pero debo pedirle que sea tan amable de liberarme de esta obligación. Creo que debo aclarar un malentendido, un enorme malentendido en el que usted ha incurrido, si puedo llamarlo así. Usted ha supuesto que el señor Meagles y su familia están haciendo todo lo posible, creo que ésas han sido las palabras...

—Todo lo posible —repitió ella, mirándolo con una tranquila obstinación y sosteniendo el abanico verde entre el fuego y su rostro.

—¿Para atrapar al señor Gowan?

La dama asintió plácidamente.

—La realidad es muy distinta —objetó Arthur—; sé que el señor Meagles no está en absoluto conforme con la situación y que ha dispuesto todos los obstáculos razonables para ponerle fin.

La señora Gowan cerró el enorme abanico verde, con el que dio un golpecito en el brazo de su invitado; después se dio ella otro en los labios, que esbozaban una sonrisa.

—Precisamente —dijo—. A eso me refería.

Él se quedó mirándola para que se explicara.

—¿De veras que no me comprende, señor Clennam?

Él no la comprendía, y así lo manifestó.

—¡Como si yo no conociera a mi hijo, como si no supiera que ésa es exactamente la manera en que hay que tratarlo! —exclamó la señora Gowan con desdén—. ¡Como si esos Miggles no lo supieran tan bien como yo! Ah, qué gente tan astuta, ¡cuánto se nota que se dedican a los negocios! Creo que Miggles ha trabajado en un banco. Seguro que ese banco obtenía grandes beneficios si él ocupaba algún cargo en la dirección. Lo han hecho muy bien, vaya si lo han hecho bien.

—Le ruego, le suplico, señora... —interrumpió Arthur.

—¡Oh, señor Clennam, es imposible que sea usted tan crédulo!

A Arthur le causó una impresión tan dolorosa oír un tono tan altanero y ver cómo se daba unos golpecitos desdeñosos en los labios con el abanico, que aseguró muy serio:

—Señora, créame, se trata de una sospecha injusta y carente de todo fundamento.

—¿Sospecha? —repitió ella—. No es una sospecha, señor, sino una certeza. Lo han hecho del modo más consciente, aunque parece que a usted lo han engañado del todo.

Soltó una carcajada, siguió dándose golpecitos en los labios con el abanico y echó la cabeza atrás, como si quisiera decir: «Se lo aseguro. Sé que gente así es capaz de

cualquier cosa con tal de tener el honor de presumir de un vínculo con nosotros».

En ese momento tan oportuno terminó la partida de cartas y el señor Gowan se acercó a ellos, diciendo:

—Madre, si puede prescindir de nuestro invitado hasta otra ocasión, le recuerdo que él y yo tenemos un largo camino por delante y se está haciendo tarde.

Arthur se levantó, pues no le quedaba otro remedio; la señora Gowan le dedicó, en el último momento, la misma mirada y los mismos golpecitos desdeñosos en los labios.

—Ha tenido usted una audiencia excepcionalmente larga con mi madre — comentó Gowan cuando la puerta se cerró tras ellos—. ¡Confío en que no le haya aburrido!

—En absoluto.

Habían contratado un pequeño faetón descubierto para el trayecto, y no tardaron en subir a él. Gowan, que lo conducía, encendió un habano; Clennam no quiso ninguno. En cualquier situación siempre acababa sumiéndose en tal estado de ensimismamiento que Gowan repitió:

—¡Me temo que mi madre ha debido de aburrirlo soberanamente!

Él reaccionó, se obligó a responder: «En absoluto», y volvió a abstraerse.

En ese estado de ánimo que no producía inquietud a nadie, sus cavilaciones habrían versado fundamentalmente sobre el hombre que tenía al lado. Se habría acordado de la mañana en que lo había visto por primera vez, dando patadas a las piedras con el talón, y se habría preguntado: «¿Me aparta a mí del camino con las mismas patadas insensibles y crueles?». Podría haber pensado que quizá esa entrevista con la madre la había organizado Gowan porque sabía lo que ella iba a decir, para dejar clara su posición frente a un rival, para mandarle altivamente un aviso sin verse obligado a revelar sus intenciones. Habría pensado que quizá, aunque Gowan no hubiera albergado tales intenciones, sí podía en efecto haberlo llevado allí para jugar con sus emociones reprimidas, para torturarlo. El curso de esas reflexiones se habría visto interrumpido en ocasiones por un acceso de vergüenza, por una reprimenda que su carácter franco le obligaba a dirigirse, pues se decía que semejantes sospechas, aunque fuera por un instante, constituían una traición a la actitud elevada y libre de envidia que había decidido cultivar. En esos momentos, su lucha interior habría alcanzado los momentos más encarnizados; al levantar la mirada y encontrarse con la de Gowan, se habría sobresaltado, como si éste le hubiera infligido una ofensa.

Después, mientras contemplaba el camino oscuro y las siluetas difuminadas, se habría puesto a cavilar de nuevo y se habría dicho: «¿Adónde nos dirigimos, él y yo, en el camino de la vida, que es más oscuro que éste? ¿Qué sucederá entre nosotros, qué pasará con ella, en el futuro brumoso?». Al pensar en Minnie le habrían vuelto a

asaltar las dudas, y se habría vuelto a reprochar que la antipatía que le inspiraba Gowan era una deslealtad con ella, y que, siendo presa tan fácil de los prejuicios, la merecía mucho menos que al principio.

—Es evidente que anda usted alicaído —observó Gowan—. Estoy seguro de que mi madre lo ha aburrido soberanamente.

—No, créame, en absoluto —protestó Clennam—. ¡No es nada, nada!

Una duda se le planteaba repetidamente a Arthur en esos días y le causaba una gran inquietud: que quizá la voluntad del señor Pancks de obtener información sobre la familia Dorrit guardara alguna relación con los recelos que él había expresado a su madre al volver de su largo exilio. Qué sabía ya el señor Pancks de la familia Dorrit, qué más quería averiguar, y por qué éste pensaba tanto en ella, cuando ya tenía otras cosas en que pensar, eran incógnitas que a menudo lo confundían. El señor Pancks no era de esos hombres que invierten tiempo o esfuerzos en indagaciones que sólo obedecen a la curiosidad. A Clennam no le cabía duda de que tenía un objetivo concreto. Le preocupaba mucho que el señor Pancks, con su insistencia, consiguiera sacar a la luz las secretas e incómodas razones que había podido tener su madre para acoger a la pequeña Dorrit.

Nunca, sin embargo, flaquearon ni el deseo ni la firme decisión de reparar una posible injusticia cometida en vida de su padre, si tal injusticia se hacía pública y era reparable. La sombra de ese supuesto abuso, que llevaba acechándolo desde la muerte de su progenitor, era tan vaga y amorfa que podía deberse a una realidad muy alejada de la idea que se había formado de ella. No obstante, si sus temores resultaban ser fundados, estaba dispuesto a renunciar inmediatamente a todo cuanto tenía y a empezar de nuevo. Como nunca había llegado a asimilar las despiadadas y tenebrosas enseñanzas de su infancia, el principal artículo de su código moral le dictaba que, en primer lugar y de forma práctica y humilde, debía asentar bien los pies en la tierra: sabía que nunca subiría al Cielo con unas alas fabricadas con palabras. Las obligaciones mundanas, los desagrazos mundanos, las acciones mundanas: esas cosas iban antes que nada y constituían los primeros y empinados escalones del ascenso. Estrecha era la puerta y angosta la senda^[27]; mucho más estrecha y más angosta que el ancho camino empedrado con vacuas profesiones de fe, con vacuas letanías, con pajas en el ojo ajeno y una gran facilidad para juzgar a los demás: materiales muy baratos, que no cuestan nada de nada.

No. No era un miedo egoísta ni eran las dudas lo que lo intranquilizaban, sino el temor de que Pancks no respetase su parte del acuerdo y que, si descubría algo, hiciera algo sin comunicárselo. Por otro lado, cuando recordaba lo que habían hablado y los pocos motivos que tenía para creer que ese extraño personaje fuese a obrar de ese modo, a veces se sorprendía de lo mucho que se preocupaba. Mientras se esforzaba por mantenerse a flote en ese mar, como se esfuerzan todos los bajeles en aguas encrespadas, iba dando tumbos sin llegar a puerto.

El alejamiento de la pequeña Dorrit no contribuyó a mejorar las cosas. Tan ausente estaba y tanto se recluía en su habitación que Arthur empezó a echarla de menos y a sentir que el lugar de Amy estaba vacío. Le había escrito para preguntarle si se encontraba mejor y ella había respondido con mucha gratitud y formalidad, y le había pedido que no se preocupara por ella, que estaba perfectamente; pero llevaba sin verla una temporada que, dada su relación, se estaba haciendo muy larga.

Una noche volvió a casa tras un encuentro con el padre de la joven, quien le había comentado que ésta había salido a hacer una visita —siempre decía eso cuando iba a trabajar para que él pudiera comer—, y se encontró a un excitado señor Meagles paseándose por su habitación. Al abrir la puerta, el visitante se detuvo, se dio la vuelta, lo miró y dijo:

—¡Clennam! ¡Tattycoram!

—¿Qué ha pasado?

—¡La hemos perdido!

—¿Cómo es posible? —exclamó Arthur anonadado—. ¿Cómo que la han perdido?

—No ha querido contar hasta veinticinco, señor, no la hemos podido convencer; ha llegado al ocho y se ha marchado.

—¿Que se ha ido de su casa?

—Y no va a volver jamás —respondió el señor Meagles asintiendo con la cabeza—. No sabe usted qué carácter tan visceral y tan orgulloso tiene esa chica. Ni tirando de ella con todos los caballos de un carruaje conseguiríamos que volviera; ni siquiera los cerrojos y los barrotes de la vieja Bastilla habrían podido cerrarle el paso.

—¿Cómo ha sido? Siéntese y cuéntemelo, por favor.

—No es fácil contar qué ha pasado, porque se requiere el funesto carácter de la pobrecilla, tan impetuosa, para comprenderlo del todo. Pero ha sucedido más o menos lo siguiente: últimamente madre, Tesoro y yo hemos estado hablando bastante. No le voy a negar, Clennam, que estas conversaciones no han sido todo lo agradables que me habría gustado; en ellas hemos vuelto a considerar la posibilidad de marcharnos. Y esta consideración, por mi parte, obedece a un objetivo.

El corazón de nadie latió con fuerza.

—Un objetivo —prosiguió el señor Meagles después de una breve pausa— que tampoco le voy a negar. Mi querida hija alberga ciertos sentimientos que me disgustan. Quizá adivine usted quién los inspira. Henry Gowan.

—No me sorprende lo que me dice.

—¡Bueno! —exclamó el visitante con un profundo suspiro—. No sabe cuánto lamento tener que decírselo. Pero así están las cosas. Madre y yo hemos hecho todo lo posible para solucionar esta situación. Hemos recurrido a tiernos consejos, al tiempo, a las ausencias. Pero nada ha surtido efecto hasta ahora. En nuestras últimas

conversaciones hemos planteado la posibilidad de emprender otro viaje de al menos un año, para que la separación sea ininterrumpida, y se produzca un alejamiento, durante todo ese período. Tal posibilidad ha puesto muy triste a Tesoro y, por tanto, también a madre y a mí.

Clennam comentó que comprendía muy bien la situación.

—¡Bueno! —añadió el señor Meagles, como pidiendo una disculpa—. Admito, al ser un hombre práctico, y estoy seguro de que madre también lo admitiría en tanto que mujer práctica, que en las familias solemos exagerar nuestros problemas y hacer montañas de granos de arena, de un modo que puede poner a prueba la paciencia de un observador externo, de los meros desconocidos, Clennam. Pero la felicidad o la infelicidad de Tesoro es para nosotros una cuestión de vida o muerte, y espero que se nos excuse por la gran importancia que concedemos a este punto. En cualquier caso, Tattycoram lo podría haber comprendido, ¿no le parece?

—Desde luego —confirmó Arthur, dando un beneplácito muy entusiasta a esa expectativa tan modesta.

—Pues no, señor —contestó Meagles, negando con la cabeza y con gesto compungido—. Ella no lo soportaba. La irritación y el empecinamiento de esa joven, las denodadas luchas que se libraban en su interior, llegaban a tales extremos que, cada vez que la veía, no dejaba de decirle: «¡Veinticinco, Tattycoram, veinticinco!». Lamento enormemente que no haya estado contando hasta veinticinco día y noche: en ese caso, nada habría pasado.

El señor Meagles, con una pena en el semblante que expresaba la bondad de su corazón más acertadamente que los momentos de animación y alegría, se pasó la mano por toda la cara, de la frente al mentón, y volvió a negar con la cabeza.

—Le dije a madre lo siguiente, aunque no era necesario, pues ella se habría dado cuenta sola: querida, somos personas prácticas y conocemos su historia; en esta desgraciada muchacha vemos un reflejo de las batallas que se libraban en el corazón de su madre antes de que la pobre criatura viniera al mundo; seremos comprensivos con ella, nos olvidaremos de su mal genio; aprovecharemos otro momento en que esté de mejor humor. Así que nos callamos. Aunque no dependía de nosotros; parece que estaba escrito: una noche se marchó en un arrebato de furia.

—¿Cómo y por qué?

—Si quiere saber por qué —dijo el señor Meagles algo inquieto, pues estaba mucho más interesado en excusar el comportamiento de Tattycoram que el de la familia—, sólo le puedo remitir a las palabras que acabo de decirle, casi exactamente iguales que las que he dicho a madre. En cuanto al cómo, habíamos dado las buenas noches a Tesoro delante de Tattycoram (de forma muy cariñosa, debo reconocer), y ésta la había acompañado al piso de arriba; no olvide que era su doncella. Cabe la posibilidad de que Tesoro, que estaba disgustada, la tratara con menos consideración

de la habitual al requerir sus servicios, pero no estoy seguro de que sea justo afirmar tal cosa, porque siempre ha sido muy amable y considerada con ella.

—La dama más amable del mundo.

—Gracias, Clennam —dijo el señor Meagles, estrechándole la mano—; usted las ha visto juntas con frecuencia. ¡Bueno! Pues a continuación oímos que la desventurada Tattycoram gritaba con rabia; antes de que pudiéramos preguntar qué sucedía, Tesoro volvió temblando y nos dijo que le daba miedo estar con ella. En seguida apareció Tattycoram, presa de un violento ataque de cólera. «Os odio a los tres —nos espetó dando un pisotón—. Siento por toda esta casa un odio incontenible».

—¿Y qué hizo usted?

—¿Yo? —repitió el visitante con una sinceridad que habría convencido a la mismísima señora Gowan—. Le dije: «Cuenta hasta veinticinco, Tattycoram».

Y volvió a pasarse la mano por la cara y a negar con la cabeza en un gesto de profunda tristeza.

—Clennam, estaba tan acostumbrada a contar que incluso en ese momento, en medio de ese violentísimo arrebató, se detuvo en seco, me miró a la cara y llegó al ocho (yo conté con ella). Pero no pudo seguir controlándose. En ese momento se vino abajo y mandó a los otros diecisiete a tomar viento fresco. Entonces nos lo soltó todo. Nos detestaba, era desgraciada con nosotros, no soportaba la situación, no estaba dispuesta a soportarla, había tomado la firme decisión de marcharse. Era más joven que su joven señora, ¿y tenía que aguantar que sólo se considerase joven e interesante a Tesoro, que sólo a ella se la quisiera y se la valorara? No. ¡No lo iba a permitir, no lo iba a permitir! ¿En qué creíamos que se habría convertido si a ella la hubieran mimado y cuidado en la infancia, como a su joven señora? ¿En alguien tan bueno como ella? ¡Ja! Seguramente cincuenta veces mejor. Cuando fingíamos querernos tanto, a ella la denigrábamos, eso era lo que hacíamos: la denigrábamos y la cubríamos de vergüenza. Todos en nuestra casa hacían lo mismo. Hablaban de sus padres y sus madres, de sus hermanos y hermanas; les gustaba restregárselos por la cara. Por ejemplo, a la señora Tickit, ayer mismo, acompañada por el nietecito, le había hecho gracia que el niño intentase llamar a Tattycoram, con ese espantoso nombre que le habíamos puesto: el niño se había reído del nombre. Cómo no iban a reírse todos: ¿quién nos creíamos que éramos para tener el derecho de llamarla como si fuera un perro o un gato? Pero le daba igual; ya no iba a aceptar nuestra protección, nos iba a devolver el nombre y se iba a marchar. Se iba a ir de nuestro lado en ese mismo momento, no debíamos detenerla, y nunca volveríamos a saber nada de ella.

El señor Meagles había repetido todo aquello metiéndose tanto en la piel del original que casi estaba acalorado y con el rostro enrojecido, como había contado que estaba ella.

—¡Bueno! —añadió, enjugándose el rostro—. En ese momento era inútil tratar de razonar con esa criatura jadeante y empecinada (a saber cómo debió ser la vida de su madre), así que le dije en voz baja que no debía salir tan tarde, le di la mano, la acompañé a su habitación y cerré la puerta de la calle. Pero esta mañana se había marchado.

—¿Y no ha tenido más noticias de ella?

—No —contestó el señor Meagles—. Llevo todo el día buscándola. Ha debido de irse muy temprano y muy silenciosamente. No he encontrado ni rastro de ella en las inmediaciones.

—¡Espere! —exclamó Clennam tras un instante de reflexión—. Supongo que quiere verla, ¿verdad?

—Desde luego; quiero darle otra oportunidad; madre y Tesoro también quieren darle otra oportunidad. ¡Incluso usted —añadió, como si quisiera convencerlo, como si no fuera él quien tuviera motivos para estar enfadado— quiere dar a la pobre muchacha, tan empecinada, otra oportunidad, lo sé!

—Desde luego, sería muy extraño y cruel no dársela —convino Clennam—, cuando todos se muestran tan dispuestos a perdonarla. Lo que iba a preguntarle es si ha pensado en la señorita Wade.

—Sí. No me acordé de ella hasta después de recorrer todo el vecindario, y no sé qué habría hecho a continuación si, a mi vuelta, no me hubiera encontrado con madre y Tesoro. Ellas estaban convencidas de que se había ido a casa de la señorita Wade. Entonces me acordé de lo que ella había dicho en aquella cena, la primera a la que vino usted.

—¿Tiene alguna idea de dónde vive esa señorita?

—Si le digo la verdad, si he venido a verle a usted es porque sí tengo una idea, aunque bastante imprecisa. En casa todos compartimos una de esas curiosas impresiones que, misteriosamente, a veces se difunden por los hogares sin que nadie la haya transmitido claramente; una impresión que todos parecen haber oído a alguien y después comunicado a los demás. Es decir, que la señorita Wade vive, o vivía, por aquí.

El señor Meagles le tendió un papel en el que aparecía el nombre de una calle secundaria y anodina del barrio de Grosvenor, cerca de Park Lane.

—No está el número —comentó Arthur al echarle un vistazo.

—¿Que no hay número, querido Clennam? —repitió su amigo—. ¡No hay nada! Hasta el nombre de la calle puede ser inexacto, porque, como ya le he dicho, en mi casa nadie sabe de dónde lo hemos sacado. Pero merece la pena tirar del hilo y, como prefiero hacerlo acompañado antes que solo, y usted también fue compañero de viaje de esa mujer impasible, he pensado que podría...

Clennam acabó la frase por él volviendo a coger el sombrero y anunciando que

estaba listo.

Ya era verano; y la tarde, calurosa, gris, polvorienta. Fueron en coche hasta el final de Oxford Street, donde se bajaron; se internaron en las avenidas imponentes y tristes y en las callecitas que, intentando ser igual de imponentes, sólo consiguen ser más tristes, y que forman un laberinto en torno a Park Lane. En las esquinas, casas en estado salvaje, con pórticos y adornos anticuados, bárbaros, espantos creados por personas nada cabales en una época nada cabal que todavía exigían la ciega admiración de las generaciones posteriores, a la que no pensaban renunciar hasta que se desmoronaran, contemplaban el crepúsculo con el ceño fruncido. Edificios de viviendas, pequeños y parasitarios, con la estructura completamente apuntalada, desde la enana puerta de entrada, que imitaba la gigante de alguna eminencia de la plaza, hasta la angosta ventana del tocador con vistas a los estercoleros de las caballerizas, daban a la tarde un aire lúgubre. Residencias destartaladas e indudablemente a la moda, pero capaces de albergar con holgura sólo un olor nauseabundo, parecían el último fruto de las relaciones endogámicas entre las grandes mansiones: los pequeños arcos y los balconcitos de adorno se sostenían en finas columnas de hierro y se apoyaban escrofulosamente en unas muletas. En algunos lugares un escudo de armas, que recogía toda la ciencia de la heráldica, se cernía sobre la calle como un arzobispo que pronunciara un sermón sobre la vanidad. Las escasas tiendas manifestaban una discreción absoluta, pues no concedían ningún valor a la opinión pública. El pastelero sabía llevar bien sus cuentas, pues se conformaba con colocar en el escaparate algunos cilindros de cristal con pastillas de menta para damas ancianas y seis especímenes añejos de jalea de grosella. Unas pocas naranjas constituían toda la concesión que el verdulero hacía a los gustos vulgares. En una única cesta llena de musgo, donde antes había huevos de chorlito, estaba cuanto el pollero tenía que decirle al populacho. Daba la impresión de que en esas calles todo el mundo había salido a cenar (como siempre sucede a esa hora y en esa temporada), pero también daba la impresión de que nadie invitaba a esas cenas a las que todos acudían. En los escalones de entrada holgazaneaban unos lacayos de plumaje multicolor y cabeza blanca, como una raza extinguida de pájaros monstruosos, y también había mayordomos, hombres solitarios de porte huraño que parecían desconfiar de los otros mayordomos. Ese día ya había cesado el tráfico de carruajes en la avenida de Park Lane; las farolas se estaban encendiendo; unos perversos mozos de cuadra vestidos con ropa apretadísima pululaban en parejas a paso retorcido, como sus pensamientos, mascando paja y contándose secretos y engaños. Los perros con manchas que acompañaban a los carruajes, tan asociados a equipajes espléndidos que parecían hacerle un favor a alguien si no salían con ellos, seguían a los sirvientes que iban de un lado a otro haciendo los recados. Había algunas tabernas que no necesitaban el apoyo del público para su sustento, y donde

los caballeros sin librea no eran muy requeridos.

Este último descubrimiento lo hicieron los dos amigos en el curso de sus pesquisas. Ni en la taberna en la que entraron ni en ningún otro sitio conocían a una tal señorita Wade que pudiera estar vinculada con la calle que exploraban. Era una de las calles parasitarias: larga, regular, estrecha, desangelada y lúgubre, como un funeral arquitectónico. Preguntaron en varias puertas, en las que vieron a jóvenes abatidos, con el mentón clavado en lo alto de un empinado y corto tramo de escaleras de madera, pero nadie les informó. Recorrieron una de las aceras de la calle y después la otra, mientras dos vendedores de periódicos, que pregonaban un acontecimiento extraordinario que no había sucedido y que jamás sucedería, se metían con sus voces chillonas en las habitaciones secretas; pero no consiguieron nada. Por fin acabaron en la esquina en la que habían empezado; se había hecho bastante de noche y no habían averiguado nada.

Resultó que en esa calle habían pasado varias veces por delante de una casa, mugrienta y aparentemente vacía, con avisos en las ventanas que anunciaban que estaba en alquiler. Los avisos, una excepción en la procesión funeraria, casi equivalían a un adorno. Quizá porque por culpa de ellos no habían tomado la casa en cuenta, o quizá porque los dos amigos habían convenido dos veces, al pasar por delante: «Está claro que no vive ahí», Clennam propuso que volvieran y llamaran a la puerta antes de marcharse definitivamente. El señor Meagles se mostró de acuerdo, y dieron media vuelta.

Golpearon la puerta una vez y pulsaron el timbre una vez, sin respuesta.

—Está vacía —afirmó el señor Meagles, aplicando el oído.

—Otra vez —insistió Clennam, y volvió a llamar.

Después del nuevo golpe oyeron ajetreo en el piso de abajo: alguien subía fatigosamente hacia la puerta.

La entrada estrecha estaba tan oscura que era imposible distinguir cómo era la persona que había abierto, pero parecía que se trataba de una anciana.

—Disculpe la molestia —dijo Clennam—. ¿Podría decirnos dónde vive la señorita Wade?

La voz respondió inesperadamente entre tinieblas:

—Aquí.

—¿Está en casa?

Como no hubo respuesta, el señor Meagles repitió:

—¿Podría decirnos si está en casa?

—Supongo que sí —respondió la voz abruptamente tras otra pausa—. Pasen y lo preguntaré.

La puerta se cerró sumariamente y se encontraron confinados en la casa oscura; la figura desapareció con un crujido de telas, y desde un piso más alto les dijo:

—Suban si quieren; no se van a tropezar con nada.

Ascendieron a tuestas por las escaleras guiados por una luz débil, que resultó ser de una farola de la calle que se colaba por una ventana; la figura los dejó enclaustrados en una habitación mal ventilada.

—Esto es muy extraño, Clennam —comentó el señor Meagles en voz baja.

—Extrañísimo —confirmó Arthur en el mismo tono—, pero lo hemos conseguido, y eso es lo importante. ¡Una luz se acerca!

Era una lámpara; la llevaba una anciana muy sucia, muy arrugada y muy seca.

—La señorita está en casa —declaró (era la misma voz de antes)—, viene en seguida.

Después de dejar la lámpara en la mesa, la mujer se limpió las manos con el delantal, cosa que podría haber hecho toda la eternidad sin que le sirviera de nada; miró a los visitantes con unos ojos que poco veían y salió sin volver la espalda.

La dama a la que habían ido a ver, en el caso de que en aquel momento viviera en la casa, se había instalado en ella, al parecer, como en un caravasar oriental. Una alfombrita cuadrada en el centro de la sala, unos pocos muebles que evidentemente no habían sido comprados para esa estancia y un desbarajuste de baúles y artículos de viaje componían su entorno. Algún inquilino anterior había dotado el pequeño y asfixiante apartamento de un espejo, colocado entre dos ventanas, y de una mesa dorada; pero el dorado estaba tan desvaído como las flores del año anterior, y el espejo tan empañado que parecía seguir mostrando mágicamente todas las nieblas y el mal tiempo que alguna vez se habían reflejado en él. Los visitantes tuvieron un par de minutos para estudiar la sala; entonces se abrió la puerta y entró la señorita Wade.

Ésta estaba exactamente igual que la última vez que se habían visto. Igual de hermosa, igual de altiva, igual de impenetrable. No mostró la menor sorpresa al verlos, ni cualquier otra emoción. Les pidió que se sentaran; ella quiso seguir de pie y en seguida reveló estar al tanto del asunto que habían ido a tratar:

—Creo saber a qué debo la amabilidad de esta visita. Vayamos al grano.

—El motivo —intervino el señor Meagles— es Tattycoram, señora.

—Eso suponía.

—¿Sería usted tan amable de decirnos si sabe algo de ella?

—Desde luego. Sé que está aquí, conmigo.

—En tal caso —prosiguió el señor Meagles— permítame decirle que me alegraría que volviese a nuestra casa, que a mi mujer y a mi hija les alegraría que lo hiciera. Lleva mucho tiempo con nosotros; no olvidamos sus acusaciones, y espero que sepamos mostrarnos más comprensivos.

—¿Que espera mostrarse más comprensivo? —replicó la señorita Wade con voz sin tono, tranquila—. ¿Cómo?

—Señorita Wade, creo que mi amigo se refería —intervino Clennam, al ver que

su amigo no sabía qué responder— a esos sentimientos tan fuertes que a veces se adueñan de la pobre chica, a esa idea suya de que ocupa una posición inferior. Lo que a veces consigue anular otros recuerdos mejores.

La dama esbozó una sonrisa y posó en Arthur la mirada:

—No me diga.

Fue su única respuesta. Seguía sin hacer el menor movimiento al lado de la mesa con una compostura tan perfecta, que el señor Meagles no podía dejar de mirarla con cierta fascinación, sin poder siquiera dirigirse a Arthur para saber qué hacer a continuación. Después de unos momentos incómodos, Clennam dijo:

—¿Sería posible que el señor Meagles la viera?

—Nada más fácil —dijo ella—. Entra, niña.

La señorita Wade abrió la puerta mientras pronunciaba estas palabras e hizo pasar a la muchacha, cogiéndola de la mano. Era muy curioso verlas una al lado de la otra: la joven, con los dedos que le quedaban libres, se manoseaba la parte delantera del vestido, medio indecisa, medio resuelta; la señorita Wade, con un gesto sereno, la miraba atentamente; daba la sensación, con una fuerza extraordinaria, de que precisamente en ese sosiego (como un velo que sugiere la forma que cubre) se manifestaba la pasión insaciable de su carácter.

—Aquí la tienen ustedes —anunció con la misma voz plana de antes—. Ha venido tu señor, tu amo. Está dispuesto a que vuelvas con él, si reconoces el favor que te hace y decides marcharte. Puedes volver a ser la segundona de la familia, la esclava de las agradables órdenes de su preciosa hija, y obedecer; puedes volver a ser el juguete de la casa, y demostrar qué bondadosa es la familia. Puedes volver a utilizar ese graciosísimo apodo, que con tanta chispa te marca y te diferencia de los demás, pues es importante que seas marcada y diferenciada. (Es por tu origen: no debes olvidar de dónde procedes). Harriet, pueden entregarte de nuevo a la hija de este caballero, y estarías a su lado para que nadie olvide su superioridad y su elegante condescendencia. Puedes volver a disfrutar de todas esas ventajas, y otras muchas parecidas que seguramente te vienen ahora mismo a la cabeza, y que pierdes al haber acudido a mí: las puedes recuperar si les dices a estos caballeros, con toda humildad, lo arrepentida que estás, si regresas con ellos para que te perdonen. ¿Qué vas a hacer, Harriet? ¿Te marchas?

La chica, en la cual, al socaire de esas palabras, la rabia había ido creciendo y el rubor aumentando, respondió alzando los ojos negros y brillantes, cerrando el puño y agarrando los pliegues del vestido que no había dejado de toquetear:

—¡Prefiero morirme!

La señorita Wade, cogiéndole la mano, miró tranquilamente a su alrededor y dijo con una sonrisa:

—¡Caballeros! ¿Qué responden a esto?

La inexpresable consternación del señor Meagles al ver cómo sus motivos y sus actos se tergiversaban le había impedido decir nada hasta ese momento; pero entonces recobró el don de la palabra:

—Tattycoram... —comenzó—, dado que voy a seguir utilizando ese nombre, querida niña, sabiendo como sé que sólo pretendía expresar mi cariño cuando te lo puse, y sabiendo que tú también lo sabes...

—¡No, no lo sé! —exclamó Tattycoram levantando la vista de nuevo, casi desgarrándose el vestido con la mano.

—No, quizá ahora no —reconoció el señor Meagles—; no bajo la mirada de esta dama que no se despegaba de ti. —La señorita Wade los miró un instante—. Menos aún con la influencia que, según veo, ejerce sobre ti; quizá ahora no lo sepas, pero ya lo sabrás. Tattycoram, no le voy a preguntar a esta dama si realmente cree lo que ha dicho, porque tanto mi amigo como yo sabemos que ha pronunciado sus palabras con la rabia y mala sangre, aunque consigue controlarse con una determinación imposible de olvidar. No te voy a preguntar, con todos los recuerdos que tienes de mi casa y de todo lo que hay en ella, si la crees o no. Sólo voy a decir que no estás obligada a declarar fidelidad ni a mí ni a los míos, que no tienes que pedir perdón; lo único que yo te pido, Tattycoram, lo único, es que cuentes hasta veinticinco.

Ella lo miró brevemente y dijo torciendo el gesto:

—No. Señorita Wade, sáqueme de aquí, por favor.

La lucha que se libraba en su interior ya no tenía freno: ahora se debatía exclusivamente entre la rebeldía de la emoción y la rebeldía de la terquedad. El tono intenso de su piel, la rapidez de su pulso, la aceleración de su respiración, todo la alejaba de la oportunidad de dar marcha atrás.

—No, no, no —repitió en voz baja y ahogada—. Preferiría que me hicieran pedazos. ¡Antes me haría pedazos yo misma!

La señorita Wade, que la había soltado, puso una mano protectora en el cuello de la muchacha y después repitió, con la sonrisa y el tono de antes:

—¡Caballeros! ¿Qué responden a esto?

—¡Ay, Tattycoram, Tattycoram! —gimió el señor Meagles, con un solemne gesto de súplica—. Escucha la voz de esta dama, mira su rostro, piensa en lo que alberga su corazón e imagina el futuro que te aguarda. Niña mía, creas lo que creas, la influencia que esta dama ejerce sobre ti, que nos deja perplejos, y me quedo corto si digo que nos resulta terrible de ver... nace de una pasión más agresiva que la tuya y de un temperamento más violento. ¿Qué vais a hacer juntas? ¿Qué consecuencias traerá vuestra unión?

—Estoy sola, caballeros —dijo la señorita Wade sin alterar el tono ni la actitud—. Digan lo que les plazca.

—Como esta muchacha tan confundida se encuentra en una situación muy difícil

—prosiguió el señor Meagles—, podemos prescindir de la buena educación, aunque espero no resultar descortés del todo, pese al perjuicio que usted le causa tan abiertamente delante de mí. Discúlpeme si le recuerdo, y me da igual que ella me oiga, pues debo decirlo, que era usted un misterio para todos nosotros, que no tenía nada en común con ninguno de nosotros, cuando la muchacha, desgraciadamente, se cruzó en su camino. No sé quién es usted, pero no oculta ni puede ocultar el alma oscura que encierra. Si finalmente es una mujer que, por el motivo que sea, obtiene un placer perverso al convertir a otra mujer en una persona tan malvada como usted (y tengo la edad suficiente para saber que existen personas así), aconsejo a Tattycoram que no confíe; también le aconsejo a usted que no confíe en usted misma.

—¡Caballeros! —repitió la señorita Wade con tranquilidad—. Cuando haya terminado... quizá podría usted, señor Clennam, convencer a su amigo...

—No sin intentarlo de nuevo —respondió el señor Meagles firmemente—. Tattycoram, querida niña, cuenta hasta veinticinco.

—No rechace la esperanza, la seguridad, que le ofrece este hombre tan bondadoso —añadió Arthur con voz baja pero enérgica—. Recorra a los amigos que no la han olvidado. ¡Vuelva a pensárselo!

—¡No! ¡Señorita Wade —dijo la chica, cuyo pecho subía y bajaba de forma muy acentuada, con la mano en el cuello—, sáqueme de aquí!

—¡Tattycoram! —exclamó el señor Meagles—. ¡Una vez más! ¡Lo único que te pido, lo único, niña mía! ¡Cuenta hasta veinticinco!

Ella se tapó los oídos con fuerza, enmarañándose la cabellera negra y brillante con el ímpetu del gesto, y volvió decididamente la cara a la pared. La señorita Wade, que la había observado mientras el señor Meagles hacía su último ruego con una extraña sonrisa de atención y con la mano controladora en el pecho, la misma postura con que la había observado debatirse en Marsella, le pasó la mano por la cintura como si se adueñara de ella para siempre.

Y había una visible expresión de victoria en su rostro cuando miró a los visitantes para despedirlos.

—Como es la última vez que tendré este honor —dijo—, y, como ustedes han señalado que no saben quién soy y también les intriga el origen de mi influencia, sepan que ésta procede de una causa común. Su juguete roto nació en las mismas circunstancias que yo. Ella no tiene apellido, yo no tengo apellido. Sus faltas son mis faltas. No tengo nada más que decirles.

Estas palabras las dirigió al señor Meagles, quien salió muy apenado de la sala. Cuando Clennam iba a seguirlo, la señorita Wade le dijo, con la misma compostura y la misma voz sin tono pero con una sonrisa que sólo asoma en los rostros crueles, una sonrisa muy leve en la cual la nariz se levanta, que apenas llega a los labios, que no desaparece poco a poco sino que se aparta bruscamente cuando ya ha cumplido su

propósito:

—Espero que la mujer de su querido amigo el señor Gowan se alegre de que su procedencia difiera tanto de la de esta muchacha y la mía, y de que a ella la aguarde un futuro magnífico y elevado.

Insatisfecho con los esfuerzos realizados para recobrar a su protegida perdida, el señor Meagles le escribió una carta que sólo desprendía bondad y en la que afeaba su conducta, y otra a la señorita Wade. Como las epístolas no obtuvieron ninguna respuesta, ni tampoco otra escrita a la testaruda muchacha por su anterior y joven señora, que, de habérselo permitido, la habría conmovido profundamente (las tres cartas fueron devueltas semanas después, rechazadas en la puerta), delegó en la señora Meagles para el experimento de un encuentro personal. Como a esta respetable dama le fue negada dicha oportunidad y también la entrada a la casa de forma repetida, el señor Meagles volvió a recurrir a Arthur, para que éste hiciera lo que pudiera. Clennam aceptó, pero lo único que descubrió fue que la anciana se había quedado al cargo de la casa vacía, que la señorita Wade se había marchado y que la colección de muebles variopintos había desaparecido; la anciana aceptaba las medias coronas que se le daban, agradeciéndolas amablemente al donante, pero sin ofrecer a cambio la menor información, aunque sí, insistentemente, la posibilidad de examinar el inventario de los objetos e instalaciones legalmente vinculados al edificio y que un joven empleado de la oficina inmobiliaria había dejado en el vestíbulo.

El señor Meagles no estaba dispuesto, pese a las derrotas, a abandonar a la ingrata joven a su suerte, por si alguna vez sus mejores cualidades conseguían dominar la parte más oscura de su personalidad, así que publicó durante seis días sucesivos un aviso discreto, en clave, donde aseguraba que, si cierta persona joven que se había marchado hacía poco de casa, irreflexivamente, se presentaba en cualquier momento en su dirección de Twickenham, todo volvería a ser como antes y nadie le reprocharía nada. El anuncio tuvo una consecuencia imprevista: por primera vez el consternado señor Meagles comprendió que cientos de jóvenes se marchaban irreflexivamente de casa todos los días, pues hordas de desconocidos se acercaron a Twickenham, donde, al no ser recibidos con entusiasmo, exigían una compensación por las molestias, además del importe del viaje de ida y vuelta en coche. No fueron los únicos que respondieron inoportunamente. La caterva de pedigüños aficionados a mandar cartas, siempre a la caza de alguna excusa, por pequeña que fuera, para enviarlas, comunicaron con gran frescura al señor Meagles que, al ver el aviso, habían pensado en pedirle diversas cantidades que iban de los diez chelines a las cincuenta libras: no porque supieran algo sobre esa joven persona, sino porque estaban convencidos de que realizar esas donaciones supondría un gran alivio para el espíritu del anunciante. Algunos inventores aprovecharon igualmente la oportunidad para entablar

correspondencia: contaban, por ejemplo, que un amigo les había puesto al corriente y no olvidaban afirmar que, si llegaban a saber algo de esa joven persona, lo notificarían de inmediato, y que, entre tanto, si el señor Meagles les entregaba los fondos necesarios para perfeccionar un nuevo tipo de bomba, la humanidad saldría ampliamente beneficiada.

Ante tal cúmulo de decepciones, el señor Meagles y su familia empezaron a pensar que nunca volverían a ver a Tattycoram; sin embargo, un sábado, los miembros de la nueva y activa empresa Doyce y Clennam, a título personal, fueron a la casa de campo de los Meagles con intención de quedarse hasta el lunes. El socio de más edad cogió un coche, y el más joven un bastón.

Un apacible ocaso estival iluminaba a Arthur mientras éste iba llegando al final de la caminata y atravesaba los prados junto a la orilla del río. Lo embargaba esa sensación de paz, de verse libre del peso de las preocupaciones, que la tranquilidad rural infunde en el ánimo de los habitantes de ciudades. Todo lo que veía era hermoso y estaba en paz. El tupido follaje de los árboles, la hierba exuberante con una gran variedad de flores silvestres, las islas verdes del río, los juncales, los nenúfares que flotaban en la superficie de la corriente, las voces lejanas de los barcos que las ondulaciones del agua y el aire vespertino le acercaban musicalmente: todo transmitía una sensación de descanso. El esporádico salto de un pez, o la entrada de un remo en el agua, o el gorjeo de un pájaro todavía despierto, o el ladrido de un perro en la distancia, o el mugido de una vaca, todos esos sonidos tenían el hálito del descanso, que parecía envolverlo en cada una de las esencias que perfumaban el aire fragante. Las largas franjas rojas y doradas del firmamento y el glorioso recorrido del sol poniente infundían una calma divina. A lo lejos, en las copas de los árboles de tonos morados y más cerca, en la colina verde que tenía al lado, en la que lentamente se instalaban las sombras, reinaba el mismo silencio. El paisaje real y las sombras del agua se fundían irreconociblemente, ambos tan claros y tranquilos, y aunque imbuidos del misterio solemne de la vida y la muerte, tan llenos de consuelo y esperanza para el corazón sosegado del observador gracias a su belleza tierna y misericordiosa.

Clennam se detuvo, una de tantas veces en la caminata, para contemplar el panorama y dejar que se empapara su espíritu, mientras las sombras, al mirarlas, parecían sumergirse cada vez más en el agua. Había vuelto a emprender lentamente la marcha cuando vio delante de él una figura en el camino que, quizá, ya había asociado a la tarde y sus impresiones.

Era Minnie y estaba sola. Llevaba unas rosas en la mano y parecía que se había detenido al verlo, que lo esperaba. Venía de frente, en dirección contraria, y su actitud revelaba cierto nerviosismo que nunca le había visto; al acercarse, se le ocurrió de pronto que había salido expresamente para hablar con él.

Ella le tendió la mano y le dijo:

—¿Le sorprende verme aquí sola? Hace una tarde tan bonita que me he alejado más de lo que pretendía. He pensado que seguramente me encontraría con usted, y eso me ha dado seguridad. Siempre viene por este camino, ¿verdad?

Cuando él respondió que era su camino preferido, notó que la mano de ella, posada en su brazo, temblaba, y que las rosas se agitaban.

—¿Me permite que le dé una, señor Clennam? Las he cogido del jardín al salir. Lo cierto es que casi son para usted, pues me parecía muy probable que nos encontráramos. El señor Doyce ha llegado hace más de una hora y nos ha dicho que venía usted a pie.

A él también le tembló la mano al aceptar un par de rosas, y le dio las gracias. Llegaron a una alameda. Poco importa si se habían internado en ella guiados por uno o por otro. Arthur no supo cómo habían acabado ahí.

—Este lugar es muy solemne —comentó Clennam—, aunque a esta hora resulta muy agradable. Si cruzamos esta sombra tan oscura y salimos por ese arco de luz llegaremos al transbordador y a la casa por un atajo, creo.

Con su sencillo sombrero de paja y su fino vestido estival, con la abundante melena castaña que encuadraba su rostro de forma natural y sus ojos maravillosos, que por un instante se habían alzado para encontrarse con los de Arthur en una mirada en la que el respeto y la confianza se fundían curiosamente con una especie de tristeza tímida, también inspirada por él, Minnie estaba tan hermosa que resultaba muy conveniente para la tranquilidad de Clennam (o muy poco, él no sabía cuál de las dos posibilidades atenerse) haber tomado esa firme decisión de la que tantas veces se acordaba.

Minnie interrumpió un breve silencio para preguntarle si sabía que su padre estaba considerando la idea de emprender otro viaje al extranjero. Él respondió que lo había oído de pasada. Minnie interrumpió otro breve silencio para añadir, con cierta vacilación, que su padre había descartado la idea.

Al oírlo, Arthur pensó inmediatamente: «Se van a casar».

—Señor Clennam —añadió Minnie, todavía más amedrentada y dubitativa, y en voz tan baja que él tuvo que agachar la cabeza—. Quiero confesarle una cosa, si es usted tan amable de aceptar mi confesión. Me habría gustado decírselo mucho antes, porque... me parecía que se estaba haciendo muy amigo nuestro.

—¡Y eso me colma de orgullo, como no podía ser de otro modo! Le ruego que me lo diga. Le ruego que confíe en mí.

—Nunca he tenido miedo de confiar en usted —respondió ella, levantando el rostro y mirándolo con franqueza—. Seguramente lo habría hecho antes si hubiera sabido cómo. Pero me cuesta, incluso ahora.

—El señor Gowan —dijo Clennam— tiene muchos motivos para ser feliz. ¡Que

Dios los bendiga a su mujer y a él!

Ella se echó a llorar e intentó darle las gracias. Él la tranquilizó, le tomó la mano que ella había apoyado en su brazo y que sostenía las trémulas rosas, cogió las flores que quedaban y se la llevó a los labios. En ese momento le pareció que, por primera vez, renunciaba a la agonizante esperanza que nunca había brillado tenuemente en el corazón de nadie, causándole tanto dolor y tantas preocupaciones; y a partir de ese momento se sintió, frente a cualquier esperanza o proyecto de la misma índole, un hombre mucho más viejo que ya había terminado con esa parte de la vida.

Arthur se puso las rosas en el pecho y ambos echaron a andar lenta y silenciosamente bajo los árboles umbríos. Luego le preguntó, en un tono amable y cariñoso, si le quería decir alguna otra cosa en tanto que amigo suyo y de su padre, con muchos más años que ella: alguna confesión que quisiera hacerle, algún favor que quisiera pedirle, alguna contribución a su felicidad que ella pudiera darle el gusto de creer que estaba en su mano.

Minnie estuvo a punto de responder, pero una pena o una compasión ocultas (¿cuál de las dos sería?) la conmovieron tanto que dijo, rompiendo a llorar otra vez:

—¡Ay, señor Clennam! ¡Es usted tan bueno y generoso! Por favor, dígame que no me reprocha nada.

—¿Reprocharle algo? —repitió él—. ¡Querida niña! ¿Reprocharle algo? ¡No!

Ella le cogió el brazo con las dos manos, lo miró con un gesto confidencial, le dijo abruptamente que se lo agradecía de todo corazón (lo cual era cierto, al menos hasta donde el corazón puede ser sincero), y se fue calmando mientras él le decía alguna palabra de ánimo; avanzaban con lentitud y casi en silencio bajo los árboles cada vez más oscuros.

—Y ahora, Minnie Gowan —dijo Arthur al fin, con una sonrisa—, ¿no tiene usted nada que preguntarme?

—¡Oh! Muchas cosas.

—¡Muy bien! Eso esperaba; no me defrauda usted.

—Ya sabe que en mi casa me quieren mucho, y yo a ellos. Querido señor Clennam, a lo mejor le parece inconcebible —aventuró muy agitada— que me vaya a marchar por propia voluntad, ¡pese a lo mucho que los quiero!

—Sé perfectamente lo que siente por su familia —replicó él—. ¿Cómo puede pensar que lo dudo?

—No, no. Pero hasta a mí me resulta extraño, queriéndolos tanto y siendo tan querida, ser capaz de renunciar a ellos. Tengo la impresión de ser una insensata, una desagradecida.

—Querida niña —aseguró Clennam—, es ley de vida. Todo el mundo abandona su hogar.

—Lo sé; pero no todo el que abandona su hogar deja en él un vacío tan grande

como el que sé que quedará en el mío cuando me haya ido. No es que escaseen muchachas mucho mejores, más merecedoras de cariño y con mayores méritos que yo, que soy poca cosa; pero ¡me valoran tanto! —El corazón afectuoso de Tesoro se desbordó, y sollozó al imaginar lo que iba a suceder—. Sé que al principio mi padre notará un cambio, y sé también que desde al principio dejaré de ser lo que he sido para él durante tantos años. Le ruego que en esos momentos, precisamente en esos momentos, no se olvide de él, que le haga compañía usted cuando pueda permitirse; y dígame que lo he querido más cuando me he tenido que ir de su lado que en ningún otro momento de mi vida. Porque no hay nadie... él mismo me lo ha dicho... no hay nadie a quien tenga más afecto que a usted, o en quien confíe más.

La sospecha de lo que había sucedido entre padre e hija cayó como una piedra en el pozo del corazón de Arthur, y llenó sus ojos de lágrimas. Le aseguró animado, pero no con toda la animación que quería transmitir, que lo haría; se lo prometió solemnemente.

—Si no le digo ahora nada de mi madre —prosiguió Tesoro, tan emocionada y tan hermosa en esa pena inocente que no era prudente para Arthur detenerse a admirarla, por lo que se dedicó a contar los árboles que tenía al lado, cada vez más escasos, y a contemplar el ocaso—, es porque ella comprenderá mejor mi decisión, lamentará mi marcha de otro modo y me añorará de forma distinta. Pero ya sabe usted lo buena madre y lo dedicada que es, y tampoco se olvidará de ella, ¿verdad?

Arthur le aseguró que podía confiar en él, que podía confiar en que haría todo lo que le había pedido.

—Otra cosa, señor Clennam —añadió Minnie—, como mi padre y aquel cuyo nombre huelga mencionar todavía no se aprecian ni se entienden del todo, aunque lo acabarán haciendo, en mi nueva vida será para mí una obligación, un orgullo y un placer procurar que se acerquen y se conozcan mejor, que sean felices cuando estén juntos, que estén orgullosos el uno del otro y que se quieran, ya que tanto me quieren los dos a mí. Como usted es tan amable y fiel, cuando me marche de casa (me voy a ir muy lejos), intente que mi padre pierda un poco de esa antipatía, utilice su gran influencia para que mi padre piense en él sin prejuicios, como realmente es Henry. ¿Lo hará por mí, como amigo generoso que es?

¡Pobre Tesoro! ¡Qué confundida, qué engañada estaba! ¿Cuándo se han producido esos cambios en las relaciones naturales entre los hombres, cuándo han ocurrido esas reconciliaciones tras una profunda enemistad? Muchas hijas lo han intentado, Minnie, sin lograrlo nunca; el único resultado de tales intentos ha sido el fracaso.

Eso pensó Clennam. Pero no lo dijo: era demasiado tarde. Se comprometió a cumplir lo que ella le había pedido; ella supo perfectamente que lo haría.

Habían llegado al último árbol de la alameda. Minnie se detuvo y retiró el brazo. Miró a Arthur a los ojos, tocó trémulamente una de las rosas que se había puesto en el

pecho y, haciendo otro gesto de súplica con la mano que hasta entonces tenía en su brazo, le dijo:

—Querido señor Clennam, al ser tan feliz, pues lo soy, aunque me haya visto llorar, no puedo dejar sombras entre nosotros. Si tiene usted algo que perdonarme (no por algo que haya hecho a propósito, sino por alguna preocupación que le haya causado sin querer o sin poder impedirlo), ¡que su noble corazón me perdone esta noche!

Arthur se detuvo y contempló sin retroceder el cándido rostro que se rozaba con el suyo. Le dio un beso y respondió que no tenía nada que perdonarle. Se agachó para besar de nuevo ese rostro inocente; ella susurró: «Buenas noches», y él dijo lo mismo. Este momento supuso el abandono de las antiguas esperanzas, de las viejas dudas e inquietudes de nadie. En seguida salieron de la alameda cogidos del brazo, igual que habían entrado, y pareció que los árboles se cerraban detrás de ellos en la oscuridad, como su propia perspectiva del pasado.

Les llegaron las voces de los señores Meagles y de Doyce, que hablaban cerca de la puerta del jardín. Al oír el nombre de Tesoro, Clennam exclamó: «¡Está aquí, conmigo!». Hubo cierta perplejidad y sonaron ciertas risas hasta que aparecieron, pero, en ese momento, las risas cesaron y Tesoro desapareció sigilosamente.

El señor Meagles, Doyce y Clennam, sin decir nada, se acercaron a la orilla del río bajo la luz de la luna que despuntaba en el firmamento, y pasearon durante unos minutos; Doyce, rezagado, volvió a la casa. El señor Meagles y Clennam caminaron algunos minutos más en silencio, hasta que el primero tomó la palabra.

—Arthur —le dijo, utilizando su nombre de pila por primera vez—, ¿recuerdas que una calurosa mañana te conté, mientras caminábamos por el puerto de Marsella, que madre y yo teníamos la impresión de que la hermanita muerta de Tesoro había crecido como ella, y que había cambiado al mismo tiempo que ella?

—Perfectamente.

—¿Recuerdas que te conté que íntimamente nunca habíamos podido separar a las gemelas y que, en nuestra fantasía, a la otra le sucedía lo mismo que le sucedía a Tesoro?

—Sí, con toda claridad.

—Arthur —prosiguió el señor Meagles, muy abatido—, esta noche llevo esa fantasía un poco más lejos. Esta noche, querido amigo, tengo la sensación de que has amado a mi querida niña con gran ternura, y de que la has perdido en el momento en que ella era exactamente como Tesoro es ahora.

—Gracias —musitó Clennam—. ¡Gracias!

Y le apretó la mano.

—¿Quieres volver? —preguntó el señor Meagles.

—Dentro de un ratito.

El señor Meagles se marchó y Arthur se quedó solo. Después de andar media hora por la ribera bañada por la plácida luz de la luna, se llevó la mano al pecho y cogió cariñosamente las rosas que llevaba prendidas en la chaqueta. Quizá se las acercó al corazón, quizá a los labios, pero indudablemente se agachó en la orilla y las arrojó a la corriente. Pálidas e irreales bajo la luz de la luna, el río se las llevó.

Cuando entró en la casa, las luces brillaban dentro con intensidad y los rostros que iluminaban, sin descontar el suyo, no tardaron en manifestar una sosegada alegría. Hablaron de muchas cosas (su socio nunca había hecho gala de tal acopio de anécdotas para pasar el tiempo), después se fueron a acostar y se durmieron. Entre tanto las flores, pálidas e irreales bajo la luz de la luna, se alejaban río abajo, del mismo modo que otras cosas más importantes que hemos llevado en nuestro pecho, que han estado cerca de nuestro corazón, se alejan de nosotros rumbo al mar de la eternidad.

Capítulo XXIX

La señora Flintwinch sigue soñando

La casa de la ciudad no había perdido ni un ápice de su densa oscuridad mientras se desarrollaban todos estos acontecimientos, y la inválida que vivía en ella continuaba sujeta al mismo círculo invariable. Mañana, tarde y noche; mañana, tarde y noche, se repetían con mecánica monotonía, siempre la misma reaparición desgana de los mismos engranajes, como la pieza renqueante de un reloj.

Cabe suponer que la silla de ruedas llevaba asociados ciertos recuerdos y ensoñaciones, como todos los sitios en los que se asienta un ser humano. Imágenes de calles destruidas y casas cambiadas, tal como eran cuando la ocupante de la silla las frecuentaba; imágenes de personas tal como eran, sin excusarse por el tiempo transcurrido desde la última vez que se dejaron ver: muchas imágenes así habían de aparecer en la larga rutina de los días sombríos. Detener el reloj de una vida de ocupaciones justo en el momento en que fuimos excluidos de ellas, pensar que la humanidad ha interrumpido su curso cuando nosotros hemos dejado de avanzar, ser incapaces de ver los cambios con ojos distintos a los de nuestra existencia uniforme y reducida: he aquí la dolencia de muchos inválidos, la enfermedad mental de la mayoría de los reclusos.

Sólo esta adusta mujer sabía qué escenas y qué actores había vuelto a ver, a lo largo de los años, desde su silla en la habitación oscura. Quizá el señor Flintwinch, que con su sardónica presencia ejercía diariamente sobre ella una excéntrica fuerza mecánica, habría podido sonsacárselo, si hubiera encontrado menos resistencia; pero la anciana era demasiado fuerte para él. Por su parte, Affery ya tenía bastante con contemplar a su señor y a su impedida señora con expresión de vacua perplejidad, con deambular de noche cubriéndose la cabeza con el delantal sin salir nunca de su estado fantasmal de ensoñación, de sonambulismo.

Affery advirtió que el negocio marchaba viento en popa porque su marido andaba muy atareado en la pequeña oficina y recibía a más personas de las que habían aparecido por ella los años anteriores. Esta impresión podía deberse al hecho de que la casa llevara desierta muchos años, aunque él no hubiera dejado de recibir cartas y visitantes, de llevar las cuentas y de atender la correspondencia. Jeremiah también visitaba otros establecimientos, los muelles y los embarcaderos, la aduana, el café Garraway, el café Jerusalén, la Bolsa, de modo que siempre estaba entrando y saliendo. También, cuando la señora Clennam no manifestaba el deseo de contar con su compañía, había empezado a frecuentar una taberna de las inmediaciones en busca de noticias sobre los barcos que habían atracado y los precios de cierre de la jornada,

incluso a charlar de trivialidades con capitanes de buques mercantes. Todos los días, en determinado momento, celebraba con la señora Clennam una reunión de negocios, y a Affery, que siempre andaba a tientas por la casa, escuchando y observando, le parecía que el par de listos estaba ganando dinero.

El estado de ánimo en el que la aturdida mujer del señor Flintwinch se había sumido había empezado a manifestarse tan claramente en su apariencia y sus actos que el par de listos, si ya la tenía, en su escasa estimación, por persona de pocas luces, ahora pensaba que se había vuelto idiota. Quizá porque su presencia no era muy comercial, o quizá porque se le había ocurrido que sus clientes lo juzgarían por haberse casado con ella, el señor Flintwinch le pidió que guardase en secreto su relación conyugal, y que sólo lo llamara Jeremiah delante de la señora Clennam. Como la mujer olvidaba con frecuencia la advertencia, sus sobresaltos iban en aumento, pues el marido acostumbraba a vengarse de sus descuidos abalanzándose sobre ella en las escaleras y zarandeándola: por eso, Affery vivía en una perpetua incertidumbre, pues nunca sabía cuándo sería víctima del siguiente ataque.

La pequeña Dorrit había terminado un largo día de trabajo en la habitación de la señora Clennam y estaba guardando cuidadosamente todos los retales antes de marcharse. El señor Pancks, al que Affery acababa de anunciar, se interesaba por la inválida aclarando que, «como pasaba por allí», había querido saber cómo se encontraba, pues se lo había pedido su patrón. La señora Clennam, con el ceño muy fruncido, lo miró.

—El señor Casby ya sabe —respondió— que mi estado no conoce cambios. El único cambio que espero es el definitivo.

—¿De veras, señora? —replicó el señor Pancks, mientras la vista se le iba a la pequeña costurera, que, de rodillas, recogía hilos sueltos, producto de su trabajo, de la alfombra—. Pues tiene usted buen aspecto.

—Aguanto lo que tengo que aguantar. Usted haga lo que tenga que hacer.

—Desde luego, señora, de eso me ocupo.

—Entonces, ¿pasa con frecuencia por aquí? —preguntó la señora Clennam.

—Sí —dijo Pancks—, últimamente mucho; últimamente vengo mucho por este barrio, por una cosa u otra.

—Dígales al señor Casby y a su hija que no se interesen por mí a través de terceras personas. Si quieren verme, saben que de aquí no me voy a mover. No tienen por qué tomarse la molestia de mandar a nadie. No tiene usted por qué tomarse la molestia de venir.

—No es ninguna molestia, señora. Realmente tiene usted un aspecto excepcionalmente bueno.

—Gracias. Buenas tardes.

Estas palabras de despedida, junto al dedo que las acompañaba y que señalaba la

puerta, fueron tan bruscas y directas que al señor Pancks no le quedó más remedio que poner fin a la visita. Se pasó la mano por el cabello con un gesto muy enérgico, volvió a mirar a la figura menuda, dijo: «Buenas tardes, señora; no baje, Affery, ya sé dónde está la salida», y se marchó a toda velocidad. La señora Clennam, con la barbilla apoyada en una mano, lo siguió con una mirada atenta y oscuramente recelosa; Affery la miraba a ella como hechizada.

Lenta y reflexivamente, los ojos de la señora Clennam se alejaron de la puerta por la que Pancks había salido y se dirigieron a la pequeña Dorrit, que se estaba levantando del suelo. Apoyando todavía más la barbilla en la mano, con la mirada baja y vigilante, siguió observándola hasta que la joven se dio cuenta. La mirada sonrojó a la muchacha, que clavó la vista en el suelo. La señora Clennam no depuso su actitud.

—Pequeña Dorrit —dijo al fin—. ¿Qué sabes de ese hombre?

—No sé nada de él, señora; sólo lo he visto algunas veces y hemos cruzado algunas palabras.

—¿Y qué te ha dicho?

—No entiendo lo que dice, es un hombre muy raro. Pero nada grosero ni desagradable.

—¿Por qué viene aquí a verte?

—No lo sé, señora —respondió la pequeña Dorrit con la mayor sinceridad.

—Pero sabes que viene a verte, ¿verdad?

—Lo había imaginado. Pero no se me ocurre ningún motivo para que se presente aquí, o en cualquier otro sitio, con ese propósito.

La señora Clennam dirigió la vista al suelo y, con semblante duro y rígido, pendiente de alguna preocupación como antes de la figura que ya no parecía ver, se quedó ensimismada. Pasaron unos minutos antes de que saliera de sus cavilaciones y recobrar su inflexible compostura.

La pequeña Dorrit esperaba para marcharse, pero temía molestarla si se movía. Ahora se atrevió a abandonar el lugar del que no se había movido después de levantarse, y pasó con delicadeza por detrás de la silla de ruedas. Se detuvo para decir:

—Buenas noches, señora.

La anciana extendió la mano y se la puso en el brazo. La muchacha, azorada por el contacto, se tambaleó. Es posible que le pasara por la cabeza un breve recuerdo del cuento de la princesa.

—Dime una cosa, pequeña —le dijo la señora Clennam—. ¿Tienes muchos amigos?

—Ahora mismo muy pocos, señora. Aparte de usted, sólo la señorita Flora y... uno más.

—¿Te refieres a ese hombre? —preguntó la señora Clennam, señalando otra vez la puerta con el dedo enhiesto.

—¡Oh, no, señora!

—¿A algún amigo de éste, quizá?

—No, señora. —La joven negó seriamente con la cabeza—. ¡Desde luego que no! Una persona que no se parece en nada a él, y que no tiene nada que ver con él.

—¡Bueno! —exclamó la inválida, casi con una sonrisa—. No es asunto mío. Te lo pregunto porque me preocupo por ti, y porque creo que he sido tu única amiga cuando no tenías a nadie a quien recurrir. ¿Me equivoco?

—No, señora, claro que no. En muchos momentos, si no hubiera sido por usted y por el trabajo que me ha ofrecido, nos habríamos visto en la miseria.

—Hablas en plural —observó la señora Clennam mirando el reloj de bolsillo que había pertenecido a su difunto marido y que ahora siempre tenía en la mesilla—. ¿Sois muchos?

—Ahora sólo estamos mi padre y yo. Ahora sólo él y yo tenemos que subsistir con lo que gano.

—¿Habéis sufrido muchas privaciones? Tu padre, tú y todos los que seáis —preguntó la señora con calma y deliberación mientras manoseaba el reloj.

—A veces la vida ha sido muy dura —confesó la pequeña Dorrit con su voz suave, con timidez y resignación—, aunque creo que no más, en ese aspecto, que para otros muchos.

—¡Bien dicho! —exclamó en seguida la anciana—. ¡Ésa es la verdad! Eres una muchacha buena y juiciosa. Además, o me equivoco mucho, o también eres agradecida.

—Pero es que serlo es lo más natural, no tiene ningún mérito —replicó la joven—. Sí, me siento agradecida.

La señora Clennam, con una delicadeza que la soñadora Affery nunca habría soñado, cogió la cara de su costurera, se acercó y la besó la frente.

—Márchate ya, pequeña —le dijo—, ¡o llegarás tarde, pobrecilla!

En los sueños que Affery había ido teniendo desde que se había aficionado a ellos, nunca había soñado nada tan asombroso. Le dolía la cabeza de pensar que, si la cosa seguía así, acabaría encontrándose al otro listo besando a la muchacha, y después los dos listos también se besarían y se desharían en un tierno llanto por toda la humanidad. Esta idea la obsesionaba, mientras seguía los pasos livianos de la pequeña Dorrit por las escaleras, a fin de cerrar bien la puerta de la calle.

Al abrirla para que saliera, se topó con el señor Pancks, que, en vez de seguir su camino, como seguramente habría hecho en un lugar menos asombroso y entre fenómenos menos asombrosos, deambulaba por el patio que había delante de la casa. En cuanto vio a la joven, se aproximó a ella con brío, tocándose la nariz con el dedo,

y le dijo (como Affery oyó con toda claridad): «El gitano Pancks te adivina el futuro», y se marchó.

—¡Que el Señor se apiade de nosotros! ¡Ahora también tenemos un gitano y un adivino! —exclamó Affery—. ¿Qué será lo próximo?

La señora Flintwinch se demoró en la puerta abierta, pasmada por el enigma, en esa tarde de lluvia y truenos. Las nubes pasaban muy rápidamente, las ráfagas de viento se sucedían, algunas contraventanas del vecindario, que se habían soltado, empezaron a dar golpes, y las caperuzas de las chimeneas y las veletas a girar; en un cementerio de las inmediaciones se había levantado un sinfín de remolinos, como si el viento quisiera sacar a todos los muertos de sus tumbas. Un trueno sordo, que farfullaba por los cuatro confines del firmamento, parecía prometer venganza por ese intento de profanación, y murmurar: «¡Hay que dejarlos descansar!».

Affery, a quien los rayos y truenos inspiraban un miedo sólo igualado por la casa encantada y su oscuridad prematura y sobrenatural, no sabía si entrar o salir; la duda quedó zanjada cuando se cerró bruscamente la puerta por una violenta ráfaga, y la buena mujer se encontró en la calle.

—¿Ahora qué hago, ahora qué hago? —se lamentaba, retorciéndose las manos dentro de ese último sueño, el más aterrador de todos—. ¡La señora está sola y le costaría tanto bajar a abrirme como a los muertos del cementerio!

Ante semejante dilema, Affery, con el delantal a modo de capucha para no mojarse, recorrió varias veces, llorando y a toda prisa, el solitario patio empedrado. Sería difícil decir por qué se agachó en determinado momento para mirar por el ojo de la cerradura, como si así pudiera abrirla; en todo caso, es lo que la mayoría habría hecho en la misma situación, y lo que también hizo ella.

De esa postura se levantó de un respingo, conteniendo un grito, al notar algo en el hombro. Una mano se había posado sobre ella, la mano de un hombre.

El hombre llevaba ropas de viajero, un gorro de viaje ribeteado de piel y una gruesa capa. Parecía extranjero, tenía una gran cantidad de pelo, un bigote negro como la pez —menos en los extremos enmarañados, con cierto matiz pelirrojo—, y una prominente nariz ganchuda. Ante el respingo y el grito de Affery soltó una carcajada; al reírse, el bigote se le escondió debajo de la nariz, y la nariz le tapó el bigote.

—¿Qué sucede? —preguntó en un correcto inglés—. ¿Qué le asusta?

—Usted —respondió ella jadeando.

—¿Yo, *madame*?

—Y esta tarde espantosa, y... todo —añadió ella—. ¡Mire! El viento ha cerrado la puerta de golpe y no puedo entrar.

—¡Vaya! —comentó el caballero, tomándose la situación con gran tranquilidad—. ¿Conque ésas tenemos? ¿Hay alguien por aquí que responda al apellido de

Clennam?

—¡Que Dios me asista, sí, sí! —exclamó Affery, en quien la pregunta produjo otro desaforado retorcimiento de manos.

—¿Y dónde está?

—¿Dónde? —gimió Affery, impelida a mirar de nuevo por la cerradura—. ¿Dónde va a estar si no es en esta casa? Y se ha quedado sola en su habitación, y no puede utilizar los brazos ni las piernas ni levantarse para sacarnos del apuro; y el otro listo se ha ido, ¡que el Señor me perdone! —añadió, ejecutando un baile desquiciado, inducido por ese cúmulo de consideraciones—. ¡Voy a perder la razón!

Más interesado, ahora que también se veía afectado, el caballero dio un paso atrás para echar un vistazo a la casa; su mirada no tardó en detenerse en la ventana larga y estrecha de la salita cercana a la puerta del salón.

—¿Dónde se encuentra la dama que no puede servirse ni de los brazos ni de las piernas, *madame*? —inquirió con una sonrisa muy particular a la que Affery tuvo forzosamente que prestar atención.

—¡Ahí arriba! Detrás de esas dos ventanas.

—¡Vaya! No soy un alfeñique, pero no podría tener el honor de presentarme en esa habitación sin la ayuda de una escalera. Veamos, *madame*, francamente (la franqueza forma parte de mi carácter), ¿quiere que le abra la puerta?

—Sí, señor, se lo ruego, sea usted tan amable y hágalo en seguida —imploró Affery—, porque a lo mejor la señora me está llamando ahora mismo, o quizá ha provocado un incendio y está a punto de morir quemada, quién sabe lo que le estará pasando, ¡me vuelvo loca sólo de pensarlo!

—¡Tranquila, buena mujer! —El desconocido frenó la impaciencia de Affery con una mano blanca y de piel suave—. Supongo que las tiendas ya han cerrado por hoy, ¿verdad?

—¡Sí, sí, sí! —respondió ella—. Hace mucho.

—En ese caso, le voy a hacer una propuesta ecuaníme. La ecuanimidad forma parte de mi carácter. Acabo de bajar del paquebote, como puede usted ver. —Le mostró la capa mojada y el agua que rezumaban las botas; ella ya se había fijado en su cabello despeinado y su piel macilenta, como si regresara de un arduo viaje; tenía tanto frío que los dientes le castañeteaban sin que pudiera evitarlo—. Acabo de bajar del paquebote, *madame*, y el tiempo nos ha retrasado. ¡Qué clima tan infernal! Por tanto, un recado necesario del que de otro modo habría podido encargarme en horario comercial (necesario porque se trata de una cuestión de dinero) ha tenido que posponerse. Si usted me trae a alguna persona autorizada del vecindario que pueda encargarse de él, a cambio de que yo le abra la puerta, se la abro. Si este acuerdo le parece cuestionable, yo...

Y, con la misma sonrisa, esbozó un movimiento para indicar que se marcharía.

Affery, más que dispuesta a aceptar el pacto propuesto, dio su pleno consentimiento. El caballero le pidió inmediatamente que le hiciera el favor de sostenerle la capa; tomó carrerilla, se acercó a la ventana estrecha, saltó al alféizar, trepó agarrándose a los ladrillos y, en un abrir y cerrar de ojos, había alcanzado la ventana de guillotina y la había abierto. El forastero tenía una mirada tan siniestra cuando metió la pierna en la habitación y miró a Affery que ésta pensó, con un escalofrío repentino, que, si subía directamente al piso superior y asesinaba a la inválida, no podría impedirlo.

Afortunadamente, el viajero no albergaba tales intenciones, pues en seguida reapareció en el portal.

—Ahora, querida señora —dijo mientras cogía la capa y se la ponía—, si tiene usted la bondad de... ¡qué demonios es eso!

Era el más extraño de los ruidos, claramente muy próximo por la conmoción peculiar que había transmitido al aire, pero también tenue, como si viniera de muy lejos. Un temblor, un rumor y la caída de un material liviano y seco.

—¿Qué diablos ha sido eso?

—No lo sé, señor, pero es algo que he oído muchas veces —dijo Affery, que le había agarrado el brazo.

No debía de ser un hombre muy valiente, llegó a pensar ella, asustada y sobrecogida en su estado de ensoñación, porque los labios temblorosos se le habían puesto blancos. Después de aguzar el oído unos instantes, el caballero restó importancia al incidente.

—¡Bah! ¡No ha sido nada! Ahora, querida señora, creo que me ha hablado usted de una persona muy lista. ¿Sería tan amable de presentarme a ese genio?

Sujetaba la puerta con la mano, como dispuesto a dejarla otra vez en la calle si no cumplía su promesa.

—Pero no cuente lo que me ha pasado con la puerta —suplicó Affery en un susurro.

—No diré ni una palabra.

—Y no se mueva de aquí, ni responda si ella llama, mientras me acerco a la esquina.

—Soy una estatua, *madame*.

Tenía tanto miedo de que el hombre subiera sigilosamente al piso de arriba en cuanto ella se diera la vuelta que, en cuanto estuvo fuera del alcance de su vista, volvió a la verja para espiarlo. Al ver que seguía en el umbral, que estaba más fuera que dentro de la casa, como si no le gustara especialmente la oscuridad ni tuviera ganas de atisbar en sus misterios, se acercó a paso rápido a la calle de al lado y pidió que avisaran en la taberna al señor Flintwinch, quien salió de inmediato. Los dos regresaron juntos —la dama primero, y él a paso enérgico detrás, animado por la

esperanza de zarandearla antes de entrar en la casa— y vieron al caballero que no se había movido de la oscuridad, mientras la potente voz de la señora Clennam, exclamaba desde su habitación:

—¿Quién ha venido? ¿Qué pasa? ¿Por qué no responde nadie? Pero ¿quién está ahí abajo?

Cuando, ya anocheciendo, el señor y la señora Flintwinch llegaron jadeando al portal de la vieja casa, Jeremiah un segundo antes, el desconocido dio un paso atrás.

—¡Por todos los diablos! —exclamó—. ¿Cómo ha llegado usted aquí?

El señor Flintwinch, a quien iban dirigidas estas palabras, reaccionó ante el desconocido con la misma perplejidad. Lo miró con un silencioso gesto de estupor y luego echó un vistazo a su espalda, como si esperara encontrarse ahí a alguien cuya presencia no había advertido; volvió a mirar al desconocido, sin decir nada y sin saber qué esperar; dirigió la vista a su mujer para que se lo explicara y, como ésta no lo hizo, se abalanzó sobre ella y la zarandeó con tanta fuerza que le tiró la cofia, mientras le decía entre dientes en un sombrío tono de burla:

—¡Affery, mujer, vamos a tener que darte una buena! ¿Se trata de una de tus bromas? Has estado soñando otra vez. ¿Con qué has soñado? ¿Quién es este hombre? ¿Qué significa esto? ¡Habla o te estrangulo! No te dejo otra elección.

Suponiendo que Affery tuviera capacidad de elección en ese momento, no cabe duda de que escogió el estrangulamiento, pues no dijo ni una sílaba en respuesta a la orden: mientras su cabeza descubierta oscilaba violentamente, se resignó al castigo. Sin embargo, el desconocido le recogió la cofia con un ademán galante y se interpuso entre los dos cónyuges.

—Permítame —dijo el viajero mientras le ponía la mano en el hombro a Jeremiah, que se detuvo y soltó a su víctima—. Gracias. Perdón. Estos juegos me indican que son ustedes marido y mujer. ¡Je, je! Siempre es agradable ver que un matrimonio se sigue divirtiendo. ¡Una cosa! Me parece que alguien, en la oscuridad del piso de arriba, manifiesta una enérgica curiosidad por conocer lo que aquí sucede.

Esta referencia a la señora Clennam llevó al señor Flintwinch a entrar en el vestíbulo y decirle desde la parte baja de las escaleras:

—¡No pasa nada, ya he llegado, Affery le subirá en seguida la lámpara! —Luego le dijo a su mujer, muy nerviosa, que se estaba poniendo la cofia—: ¡Arréglate y sube! —A continuación miró al desconocido y añadió—: ¿Y usted, señor, me puede decir qué quiere?

—Me temo —respondió éste— que debo pedirle que traiga una vela, si no es molestia.

—Tiene usted razón —dijo Jeremiah—. Eso iba a hacer. Por favor, no se mueva mientras voy a buscarla.

El visitante se quedó en la puerta, pero introdujo una pequeña parte del cuerpo en

la oscuridad de la casa mientras el señor Flintwinch, sin quitarle ojo de encima, entraba en una pequeña habitación y buscaba a tientas una caja de fósforos. La encontró, pero estaba mojada o inutilizada por otro motivo, pues encendió varias cerillas que prendieron lo suficiente para iluminar con un débil resplandor su rostro inquieto y reflejar en sus manos unas pálidas motas de luz, pero no para encender la vela. El desconocido aprovechó los destellos que alumbraron el semblante de Jeremiah y lo miró con gran atención y asombro. Cuando al fin prendió la vela, Jeremiah se dio cuenta de que lo había estado estudiando por el rastro de una profunda observación que aún se traslucía en su rostro, y que se transformó en la dudosa sonrisa que constituía uno de los elementos principales de su expresión.

—Tenga usted la bondad —dijo Jeremiah, cerrando la puerta y sometiendo a su vez al visitante sonriente a un examen muy exhaustivo— de entrar en mi negocio. ¡Le digo que no pasa nada! —le gritó malhumorado a la voz del piso superior, que seguía protestando pese a que Affery, ya con ella, le hablaba, y trataba de tranquilizarla—. ¿No le he dicho que no pasa nada? ¡No le pregunte a Affery, que tiene la cabeza llena de pájaros!

—¿Una mujer miedosa? —preguntó el desconocido.

—¿Miedosa? —repitió el señor Flintwinch, volviendo la cabeza mientras entraba con la vela—. Es más valiente que noventa de cada cien hombres, se lo aseguro.

—¿Aunque sea una inválida?

—Lo es desde hace muchos años. Es la señora Clennam. La única persona que queda en el negocio con este apellido. Mi socia.

Con unas palabras de disculpa, pues a esas horas de la noche no solían recibir visitas y ya habían cerrado, el señor Flintwinch cruzó el vestíbulo y condujo al hombre a su oficina, que presentaba un aspecto suficientemente comercial. Encendió la lámpara de la mesa y le dijo con el más sardónico de sus tonos:

—A sus órdenes.

—Me llamo Blandois.

—Blandois. No me suena —señaló Jeremiah.

—He pensado que quizá le habían avisado de París... —añadió el forastero.

—De París no nos han dicho nada de un tal Blandois —dijo Jeremiah.

—¿No?

—No.

Flintwinch adoptó su actitud favorita. El sonriente señor Blandois se abrió la capa para llevarse la mano a un bolsillo delantero, pero, con una chispa en los ojos brillantes, que a Jeremiah le pareció de pronto que estaban demasiado juntos, se detuvo para decir:

—¡Se parece usted muchísimo a un amigo mío! No tanto como creí al principio, cuando por un instante, en la luz del ocaso, lo confundí con él, por lo que debería

usted disculparme. La voluntad de reconocer mis errores forma parte de la franqueza de mi carácter, o eso espero, pero el parecido entre ustedes dos es extraordinario.

—No me diga —respondió Jeremiah con malicia—. Pues no he recibido ninguna carta en que me avisaran de que iba a venir un tal Blandois.

—Eso no tiene importancia —afirmó el desconocido.

—¿Cómo que no la tiene?

El señor Blandois, sin desanimarse por esta omisión por parte de los corresponsales de Clennam y Compañía, se sacó una cartera del bolsillo, extrajo de ella una carta y se la tendió al señor Flintwinch.

—No me cabe duda de que reconoce usted la letra. Cabe la posibilidad que la carta hable por sí misma y no me vea obligado a explicarla. Usted es un juez mucho más competente en esos asuntos que yo. Desgraciadamente, soy más lo que se suele denominar (arbitrariamente) un caballero que un hombre de negocios.

El señor Flintwinch cogió la carta y leyó, bajo el encabezamiento situado en París: «Le rogamos que preste los servicios requeridos y todas las atenciones posibles al señor Blandois, muy apreciado representante de nuestra empresa. Le rogamos también que conceda al señor Blandois un préstamo de unas cincuenta libras esterlinas».

—Muy bien, señor —dijo Flintwinch—. Tome asiento. Mientras esté a nuestro alcance, pues nuestro negocio funciona de forma discreta, estable, a la antigua usanza, nos complacerá ayudarlo en todo lo que podamos. Veo, por la fecha, que no teníamos manera de recibir el aviso de su llegada. Seguramente ha venido usted en el mismo barco en el que han llegado las cartas, con retraso.

—No me sorprende que las cartas se hayan retrasado —respondió el señor Blandois, pasándose la mano blanca por la nariz aguileña—; los trastornos de mi cabeza y mi estómago son prueba de ello, pues el clima, espantoso e insoportable, me los ha destrozado. Me ve usted en el lamentable estado en que he bajado del paquebote hace media hora. Tendría que haber llegado horas antes, y entonces no tendría que disculparme, permítame usted que me disculpe, por haberme presentado de modo tan poco formal, y asustando... no, es cierto, ha dicho usted que la señora no se asustaba, permítame que me disculpe de nuevo... a la estimadísima señora Clennam en su habitación de inválida del piso superior.

La jactancia y cierto aire de legítima superioridad consiguen tantas cosas que el señor Flintwinch ya había empezado a considerar todo un caballero a aquel personaje. Aunque no por eso se mostró menos reticente. Se frotó el mentón y le preguntó qué podía hacer por él esa noche, cuando los negocios estaban ya cerrados.

—¡Veamos! —respondió el caballero, sacudiendo los hombros tapados por la capa—. Tengo que cambiarme, comer y beber, y hospedarme en algún sitio. Tenga la bondad de indicarme dónde puedo hacerlo hasta mañana, sin olvidar que soy un

forastero; no tenga en cuenta el precio. Cuanto más cerca se encuentre mi alojamiento, mejor. Incluso al lado.

El señor Flintwinch empezó a decir lentamente:

—Para un caballero de sus costumbres no hay ningún hotel en las proximidades...

Pero el señor Blandois lo interrumpió:

—¡Querido señor, olvídense de mis costumbres! —exclamó, chasqueando los dedos—. Un ciudadano del mundo no tiene costumbres. ¡Desde luego que soy, con toda modestia, un caballero! Eso no lo niego, pero no tengo prejuicios ni soy quisquilloso. Una habitación limpia, un plato caliente para cenar y una botella de vino que no sea veneno del todo son lo único que necesito esta noche. Pero sin verme obligado a moverme ni un centímetro más de lo necesario para conseguirlos.

—Cerca de aquí hay una taberna —propuso el señor Flintwinch con mayor parsimonia de la habitual mientras, por un instante, se cruzaba con los ojos brillantes del señor Blandois, que se movían inquietos—; por lo que sé, la puedo recomendar, pero carece de toda elegancia.

—¡No necesito elegancia! —afirmó el señor Blandois con un ademán—. Hágame el favor de acompañarme a ese establecimiento y de presentarme, si no es pedir demasiado, y le estaré infinitamente agradecido.

Jeremiah buscó el sombrero y condujo otra vez al señor Blandois al otro extremo del vestíbulo. Mientras dejaba la vela en un candelero, donde los viejos y oscuros paneles de madera casi apagaban su resplandor, pensó que debía subir a decirle a la inválida que no se ausentaría ni cinco minutos.

—Si no es molestia —le pidió el forastero cuando se lo dijo—, dele mi tarjeta. Sea tan amable de añadir que estaré encantado de visitar a la señora Clennam, de presentarle mis respetos y de disculparme por haber causado cierta turbación en esta tranquila casa, si no va a ser para ella demasiado trastorno soportar la presencia de un desconocido unos minutos, cuando me haya quitado la ropa mojada y haya recobrado fuerzas tras comer y beber.

Jeremiah subió y bajó rápidamente y, al volver, dijo:

—Le alegrará verlo, señor, pero, como sabe muy bien que su habitación de enferma carece de alicientes, me ha pedido que le diga que no está obligado a cumplir su promesa si cambia usted de opinión.

—Cambiar de opinión —respondió el galante Blandois— sería infligir una afrenta a una dama; infligir una afrenta a una dama sería demostrar muy poca caballerosidad con el bello sexo; ¡y la caballerosidad con el bello sexo forma parte de mi carácter!

Después de tal afirmación, se echó al hombro el sucio faldón de la capa y siguió al señor Flintwinch a la taberna; en el camino se unió a ellos un mozo que lo esperaba

con su baúl detrás de la verja.

La taberna era gobernada de un modo muy casero, y la condescendencia del señor Blandois era infinita. Apenas cabía en el pequeño mostrador en el que la dueña, viuda, y sus dos hijas lo recibieron; era excesiva para la angosta habitación de paneles de madera, con un tablero de *bagatelle*, que le ofrecieron en primer lugar como hospedaje; pero se esparcía perfectamente por el salón privado de la familia, que fue lo que finalmente le adjudicaron. En ese salón, ya con prendas secas, ropa interior perfumada, el cabello bien peinado, un gran anillo en los dos índices y un reloj de bolsillo inmenso y muy vistoso, el señor Blandois, mientras esperaba la cena cómodamente sentado, con las piernas recogidas, en el banco de la ventana, se parecía asombrosa y terriblemente (pese a las diferencias ambientales) a un tal *monsieur* Rigaud, el que en cierta ocasión había esperado el desayuno en la misma postura, en un alféizar de piedra detrás de los barrotes de hierro de una infame mazmorra de Marsella.

Su glotonería a la hora de la cena también se asemejaba mucho a la de *monsieur* Rigaud a la hora del desayuno. La voracidad con que cogía la comida, con que la devoraba, parte con los ojos y otra parte con la boca, era la misma. Su completo desprecio por los demás, evidente en su forma de tirar al suelo los femeninos mueblecitos que lo rodeaban, de colocarse almohadones muy valiosos debajo de las botas para apoyar el pie con mayor comodidad, de aplastar telas delicadas con su cuerpo enorme y su voluminosa cabeza de cabellos negros, encerraba el mismo egoísmo brutal. Las manos de movimientos suaves, tan atareadas con los platos, tenían la misma pérfida agilidad de las manos que se agarraban a los barrotes. Y, cuando se hartó de comer y empezó a chuparse los dedos delicados uno a uno y después se los limpió en el mantel, sólo faltaba que le hubieran puesto hojas de parra a modo de servilletas para que pareciera que estaba en Marsella.

En ese hombre, con ese bigote y esa nariz que subían y bajaban en la más malvada de las sonrisas, con esos ojos sin profundidad que parecían una prolongación de su cabello teñido y en los que la capacidad natural de reflejar la luz parecía haberse interrumpido por efecto de un proceso similar al del tinte, la naturaleza, que siempre es sincera y nunca actúa en vano, había colgado un aviso que decía: «¡Peligro!». No era culpa de ella que la advertencia fuera inútil. En esos casos, la responsabilidad no es suya.

Después de terminar el ágape y limpiarse los dedos, el señor Blandois se sacó un habano del bolsillo, se recostó en el banco de la ventana y se lo fumó tranquilamente, mientras le apostrofaba al humo que salía de sus labios finos en finas volutas:

—Blandois, hijo mío, vas a ajustar cuentas con la sociedad. ¡Ja, ja! ¡Caramba, qué bien has empezado! ¡Cuando convenga, serás un excelente profesor de inglés o francés, conocerás la intimidad de las familias! Eres agudo, divertido, te sabes

comportar, tus modales son sutiles, tienes buena pinta: en resumidas cuentas, ¡eres un caballero! Como caballero vivirás, muchacho, y como caballero morirás. Ganarás, pase lo que pase en la partida. Todos reconocerán tu valía, Blandois. Con tu osadía someterás a la sociedad que tan gravemente te ha injuriado. ¡Desde luego! ¡Eres osado por carácter y por la posición que ocupas!

Con esos susurros tan alentadores terminó de fumar el habano y de beber la botella de vino. Después, se incorporó, pronunció un último y grave apóstrofe («¡Ánimo! ¡Blandois, aprovecha tu astucia, aguza el ingenio!»), se levantó y volvió a la sede del negocio de los Clennam.

Le abrió la puerta Affery, quien, siguiendo instrucciones de su marido, había encendido dos velas en el vestíbulo y una tercera en las escaleras; lo condujo a la habitación de la señora Clennam. En ella ya estaba preparado el té y se habían hecho los pequeños arreglos que solían acompañar a la recepción de un visitante inesperado. Estos cambios, hasta en las ocasiones más importantes, se reducían a sacar el juego de té de porcelana y a cubrir la cama con una tela sobria y triste. Por lo demás, el sofá, como un patíbulo con el tajo del verdugo encima, la figura con ropas de viuda, vestida como si aguardara su ejecución, el fuego ahogado por un montón de cenizas húmedas, otro montoncito de cenizas en el hogar, la tetera y el olor al tinte negro... todo seguía igual que hacía quince años.

El señor Flintwinch presentó al caballero que había acudido a Clennam y Compañía con una carta de recomendación. La señora Clennam, con ese documento delante, lo saludó con la cabeza y le pidió que se sentara. Se miraron con gran detenimiento, por pura curiosidad.

—Le agradezco, señor, que se acuerde de una impedida como yo. Pocos de los que vienen por negocios reparan en una persona tan apartada de la mirada ajena. Sería inútil fingir lo contrario. Ojos que no ven, corazón que no siente. Aunque agradezco la excepción, no me quejo de la regla.

El señor Blandois, con sus modales más caballerosos, afirmó que temía haberla molestado presentándose tan inoportunamente y a una hora tan avanzada. Ya le había pedido disculpas por eso al señor... Habría que perdonarlo, pero no había tenido el placer de oír su nombre.

—El señor Flintwinch lleva muchos años con nosotros.

El señor Blandois quedaba a la entera disposición del señor Flintwinch para lo que éste deseara. Le aseguró al señor Flintwinch que se sentía honradísimo de conocerlo.

—Como mi marido ha muerto —siguió la señora Clennam— y mi hijo prefiere otras actividades, en la actualidad el señor Flintwinch es el único representante de nuestro negocio.

—¿Y usted qué cargo desempeña? —preguntó en tono brusco el caballero—.

Usted tiene la inteligencia de dos hombres.

—Mi sexo me impide desempeñar un papel de responsabilidad —respondió la enferma mientras dirigía una mirada fugaz a Jeremiah—, por mucha capacidad que tenga; por eso, él vela por sus intereses y los míos, y se ocupa de todo. Antes no eran así las cosas, pero algunos amigos de toda la vida (fundamentalmente, quienes envían esta carta) han tenido la gentileza de no olvidarnos, y todavía podemos cumplir nuestros encargos con la eficiencia de siempre. Sin embargo, no creo que esto le interese. ¿Es usted inglés, caballero?

—No, señora, desde luego que no; ni nací ni he crecido en Inglaterra. Lo cierto es que no soy de ningún país —declaró el señor Blandois, estirando la pierna y dándose un golpe en ella—. Procedo de media docena de países.

—¿Ha visto usted mucho mundo?

—¡Y tanto, *madame*! He estado en todas partes.

—Entonces no tendrá usted familia. ¿Está casado?

—*Madame* —dijo el señor Blandois, bajando las cejas en un feo gesto—, adoro a las representantes de su sexo, pero nunca me he casado.

Affery, que estaba al lado de la mesa, cerca de él, sirviendo el té, lo miró en plena ensoñación precisamente cuando pronunciaba estas palabras, y tuvo la impresión de vislumbrar en sus ojos cierta expresión que atraía irresistiblemente a los suyos. Por efecto de esta impresión, se quedó con la vista clavada en él y la tetera en la mano, lo que no sólo le resultó incómodo a ella, sino ostensiblemente también al visitante, y, a través de ellos, a la señora Clennam y al señor Flintwinch. Se produjo entonces un momento espantoso en el que todos se miraron confundidos sin saber por qué.

La inválida fue quien rompió el silencio:

—Affery —dijo—, ¿qué te pasa?

—No sé —respondió ésta, señalando con la mano izquierda, que tenía libre, al desconocido—. No soy yo. ¡Es él!

—¿A qué se refiere esta buena mujer? —exclamó el señor Blandois; se había puesto pálido y, acalorado, se levantó con lentitud y un gesto de furia terrible que contrastaba vivamente con el tono moderado de sus palabras—. ¡Es imposible comprender a esta señora!

—Posible no es, desde luego —confirmó el señor Flintwinch, mirándola fugazmente con mala cara—. No sabe lo que dice. Es idiota y no piensa más que en majaderías. ¡Menuda se va a llevar, menuda! Vete, mujer, vete —le dijo al oído—, ahora que todavía sabes que te llamas Affery, ¡antes de que te dé una paliza!

Affery, consciente del peligro que corría su identidad, dejó la tetera, que cogió su marido, se tapó la cabeza con el delantal y desapareció en un abrir y cerrar de ojos. El visitante esbozó poco a poco una sonrisa y se sentó de nuevo.

—Perdónela, señor Blandois —le rogó Jeremiah mientras servía el té—; cada vez

tiene peor la cabeza, ella es así. ¿Con azúcar, señor?

—Gracias, pero no quiero nada. Disculpen el comentario, pero ¡ese reloj es extraordinario!

La mesa del té se hallaba cerca del sofá, a cierta distancia de la mesilla de la señora Clennam. El señor Blandois, tan galante, se había levantado para acercarle la infusión (ella ya tenía el plato de la tostada) y estaba dejando la taza en un lugar a su alcance, cuando el reloj, que reposaba como siempre en la mesita, le llamó la atención. La señora Clennam levantó la vista de pronto y lo miró.

—¿Me permite? Gracias. Un reloj espléndido, de los de antes —observó el señor Blandois mientras lo sostenía—. Pesa mucho para llevarlo encima, pero es macizo y auténtico. Siento debilidad por todo lo auténtico. Yo mismo soy una persona auténtica. ¡Caramba! Un reloj de caballero, de caja doble, como se hacían antes. ¿Puedo sacarlo de la caja exterior? Gracias. ¡Oh! Un antiguo forro de seda con dibujos. He visto a muchos viejos caballeros holandeses y belgas con un reloj así. ¡Qué objeto tan curioso!

—Y anticuado —añadió la señora Clennam.

—Mucho. Pero el forro es más reciente que el reloj, ¿verdad?

—Creo que sí.

—¡Qué filigranas tan extraordinarias hacían con los números! —observó el señor Blandois, levantando la vista y otra vez con su sonrisa de siempre—. Aquí veo las letras N. O. J. Podrían significar casi cualquier cosa.

—Eso es lo que pone.

El señor Flintwinch, que llevaba todo ese rato sin moverse y observando, con una taza de té en la mano y la boca abierta, empezó a beber: casi siempre se llenaba completamente la boca antes de tomárselo todo de un trago, y siempre meditaba antes de llenársela de nuevo.

—No me cabe duda de que N. O. J. debía ser una mujer hermosa, adorable, cariñosa y fascinante —comentó el señor Blandois mientras cerraba la caja—. Únicamente con lo que imagino, ya venero su recuerdo. Desgraciadamente para mi tranquilidad de espíritu, tengo una tendencia excesiva a la veneración. Puede que sea un vicio o una virtud, pero la adoración de la belleza y los méritos femeninos constituye el tercer atributo de mi carácter, *madame*.

En ese momento el señor Flintwinch ya se había servido otra taza de té, que empezó a tomarse a grandes tragos, como antes, sin apartar la vista de la inválida.

—En este caso no tiene que preocuparse por su corazón —le respondió la anfitriona al señor Blandois—. Creo que estas letras no responden a las iniciales de un nombre.

—Quizá sean las de un lema —apuntó el visitante, al azar.

—De una frase. Creo que significan «no olvides jamás».

—Y, como es natural —dijo el forastero, devolviéndole el reloj y volviendo a su silla—, usted no olvida.

El señor Flintwinch terminó el té no sólo de un trago mayor que los anteriores, sino que con la pausa subsiguiente de otra forma, es decir, con la cabeza hacia atrás y la taza cerca de los labios, sin dejar de mirar a su socia. En el rostro de la señora Clennam había esa fuerza y ese aire concentrado de estar haciendo acopio de toda su determinación u obstinación, que en su caso equivalían a lo que en otra persona habrían sido ademanes y acciones, cuando respondió con un tono intencionadamente firme:

—No, señor, no olvido. No se puede olvidar cuando se lleva una vida tan monótona como la mía durante tantos años. No se puede olvidar cuando se lleva una vida dedicada a la corrección de los propios errores. El deseo de olvidar no puede cumplirse cuando una sabe que tiene ofensas que expiar (¡como las tenemos todos los hijos de Adán!). Por eso, hace mucho tiempo que he desistido de ese propósito: ni olvido ni quiero olvidar.

El señor Flintwinch, que estaba removiendo los posos del té, apuró lo que quedaba del líquido, dejó la taza en la bandeja para indicar que había terminado y miró al señor Blandois, como si quisiera preguntarle qué pensaba de esas palabras.

—Lo único que tengo que decir, *madame* —dijo el señor Blandois con la más lisonjera de las reverencias y la mano blanca sobre el pecho—, se resume en la palabra «naturalmente»; me enorgullece tener el suficiente discernimiento e inteligencia (sin la inteligencia no sería un Blandois) para conocer ese vocablo.

—Discúlpeme, señor —protestó la dama—, pero no creo que un caballero dedicado a una vida de placeres, de cambios, de galanterías, acostumbrado a cortejar y a ser cortejado...

—¡Oh, *madame*! ¿Cómo dice eso?

—No creo que una persona así pueda comprender lo que es vivir en mis circunstancias. No pretendo adoctrinarlo —añadió mirando el rígido montón de libros de tapas duras y blancas que tenía delante—, pues usted obra como mejor le parece y carga con las consecuencias, pero le voy a decir una cosa: que yo encomiendo el rumbo de mi vida a ciertos pilotos, sólo a pilotos de comprobada solvencia, con los cuales no puedo naufragar, es imposible, y, si no hubiera olvidado el aviso que representan esas tres letras, no habría recibido ni la mitad del castigo que padezco.

Era curioso que la inválida aprovechara la ocasión para discutir con un adversario invisible. Quizá discutía con su sensatez, que la regañaba por las fantasías que se habían adueñado de ella.

—Si olvidara los desatinos cometidos cuando gozaba de salud y libertad, podría quejarme de la vida a la que ahora estoy condenada. Nunca me quejo y nunca lo he hecho. Si olvidara que este mundo, la tierra, ha sido concebido como un lugar de

penurias, de trabajos y de oscuros sufrimientos para las criaturas nacidas de su polvo, todavía podrían inspirarme cierta benevolencia las vanidades mundanas. Pero no me la inspiran. Si no supiera que merecemos, todos y cada uno de nosotros, y merecemos justamente, una ira que debe ser saciada, y contra la que es inútil reaccionar, podría lamentarme por las diferencias que existen entre una persona como yo, que estoy aquí confinada, y las que circulan por la calle. Pero considero un don y un favor haber sido señalada para cumplir el castigo que estoy cumpliendo en este mundo, saber con tanta certeza lo que sé en este mundo y haber descubierto lo que he descubierto en este mundo. De otro modo, mis padecimientos no tendrían ningún sentido. Por eso no quiero olvidar ni olvido nada. Por eso me doy por satisfecha, y afirmo que mi existencia es mejor que la de millones de personas.

Mientras decía estas palabras había acercado la mano al reloj y lo había vuelto a colocar en el lugar exacto de la mesita que siempre ocupaba. Estuvo tocándolo unos instantes, observándolo con un gesto algo desafiante.

El señor Blandois había prestado gran atención a este parlamento, no había apartado la mirada de la dama y se había acariciado a conciencia el bigote con las dos manos. El señor Flintwinch, que se había puesto algo nervioso, ahora intervino:

—¡Bueno, bueno! La hemos entendido bien, señora Clennam, sus palabras han sido elocuentes y devotas. Sospecho que el señor Blandois no es muy dado a la devoción religiosa.

—¡Todo lo contrario, señor! —protestó el caballero mientras chasqueaba los dedos—. ¡Se lo aseguro! Soy sensible, entusiasta, puntilloso e imaginativo. ¡Un hombre sensible, entusiasta, puntilloso e imaginativo es religioso, o no es!

Por la expresión del señor Flintwinch, éste parecía sospechar que el visitante se encontraba más cerca del no ser, pero entonces el señor Blandois se levantó de la silla con aire petulante (era característico de aquel hombre, como en todos los hombres de su género, exagerar siempre todo lo que hacía, aunque a veces la exageración fuera mínima) y se acercó a la señora Clennam para despedirse de ella.

—Creerá usted que mis palabras se deben al egoísmo de una anciana enferma, señor —dijo ella—, pero lo cierto es que he acabado hablando de mí y de mis padecimientos por el comentario que ha hecho usted de pasada. Como ha sido tan amable de visitarme, espero que con la misma amabilidad no me lo tenga en cuenta. No me haga cumplidos, se lo ruego. —Era evidente que el señor Blandois estaba a punto de hacérselos—. El señor Flintwinch estará más que dispuesto a prestarle cualquier servicio, y espero que su estancia en esta ciudad sea agradable.

El señor Blandois le dio las gracias y le besó la mano varias veces.

—Qué habitación tan antigua —observó con un interés repentino, ya cerca de la puerta, paseando la mirada por la estancia—. Estaba tan pendiente de lo que me contaba que no me había fijado. Pero es genuinamente antigua.

—Esta casa es antigua y genuina —afirmó la señora Clennam con una sonrisa gélida—. Un lugar sin pretensiones y con muchísimos años.

—¡Ah! —exclamó el visitante—. Si el señor Flintwinch tuviera a bien enseñarme las habitaciones antes de marcharme, sería para mí un gran placer. Siento debilidad por las casas antiguas. Tengo muchas debilidades, pero ésta es la mayor de ellas. Me gusta muchísimo lo pintoresco y lo estudio en todas sus manifestaciones. Incluso a mí me han llamado pintoresco. Ser pintoresco no es ningún mérito, puede que los tenga más importantes, pero quizá lo sea casualmente. ¡Apiádense ustedes de mí!

—Señor Blandois, le advierto de antemano de que la casa le va a parecer muy sombría y muy parcamente amueblada —dijo Jeremiah, cogiendo una vela—. No merece una visita.

Pero el visitante, dándole una palmada amistosa en la espalda, se limitó a reír; el supuesto Blandois volvió a besar la mano de la señora Clennam y salió con Jeremiah de la habitación.

—No querrá usted subir al piso superior, ¿verdad? —le preguntó Jeremiah en el rellano.

—¡Al contrario, señor Flintwinch! ¡Si no le molesta, me encantaría!

Así pues, el señor Flintwinch reptó por las escaleras y el señor Blandois lo siguió a poca distancia. Llegaron al gran dormitorio abuhardillado que Arthur había ocupado la noche de su regreso.

—Pues ¡ya lo tiene, señor! —dijo Jeremiah—. Espero que considere que ha merecido la pena venir tan arriba para ver esto. Le confieso que no es mi caso.

Como el forastero estaba embelesado, recorrieron otras buhardillas y pasillos, y luego bajaron de nuevo. Jeremiah observó que el visitante no se fijaba en las habitaciones; tras echarles un vistazo, a quien miraba era a él. Pensando en ese detalle, se dio la vuelta en los escalones para llevar a cabo un experimento. Miró al desconocido a los ojos y, en el momento en que sus miradas se encontraron, el visitante, con ese feo movimiento de nariz y bigote, se rio en silencio (igual que en ocasiones similares desde que habían salido de la habitación de la señora Clennam), un silencio diabólico.

Siendo mucho más bajo, el señor Flintwinch se encontraba en desventaja física y el visitante se reía de él desde una posición superior, lo que resultaba muy desagradable; como iba primero, normalmente un par de escalones por debajo, su desventaja fue aumentando. Decidió no volver a mirar al señor Blandois hasta que esa desigualdad momentánea desapareciese al entrar en la habitación del difunto señor Clennam. Entonces, al darse la vuelta súbitamente, vio que no había cambiado de actitud.

—Una casa magnífica —aseguró el sonriente señor Blandois—. Llena de misterio. ¿Nunca oyen ruidos de fantasmas?

—¿Ruidos? —preguntó el señor Flintwinch—. No.

—¿Ni ven espíritus?

—Tampoco —dijo Jeremiah frunciendo el ceño con seriedad—, al menos ninguno se ha manifestado como tal.

—¡Ajá! Veo que aquí tenemos un retrato.

(Seguía mirando a Flintwinch, como si éste fuera el retratado).

—Sí, señor, ha observado usted bien.

—¿Puedo preguntarle quién es el modelo?

—El difunto señor Clennam. El marido de la señora.

—¿Y quizá el antiguo dueño de ese extraordinario reloj? —apuntó el visitante.

El guía, que había dirigido la vista al cuadro, se dio la vuelta de nuevo, y de nuevo se vio sometido a la misma mirada y a la misma sonrisa.

—Sí, señor —replicó ásperamente—. Era suyo, antes de su tío y antes vaya usted a saber de quién; es lo único que puedo contarle sobre el pedigrí del instrumento.

—Qué carácter tan fuerte tiene nuestra amiga, la del piso de arriba.

—Sí, señor —convino Jeremiah dándose la vuelta nuevamente, acción que repitió en el curso de todo este diálogo, como un tornillo que nunca llegaba a entrar en su orificio, porque el visitante nunca se alteraba, y él siempre se sentía obligado a dar un paso atrás—. Es una mujer fuera de lo común. Tiene una gran fortaleza y una cabeza clarividente.

—Debieron de ser muy felices —aventuró Blandois.

—¿Quiénes? —preguntó el señor Flintwinch con otro giro de tornillo.

El señor Blandois señaló la habitación de la enferma con el dedo índice de la mano derecha y el retrato con el de la izquierda; luego puso los brazos en jarras, separó mucho las piernas y se quedó mirando a Jeremiah con una sonrisa, bajando la nariz y subiendo el bigote.

—Tan felices como la mayoría de los matrimonios, supongo —respondió Flintwinch—. No sabría decirle. No lo sé. En todas las familias hay secretos.

—¡Secretos! —exclamó en seguida el señor Blandois—. ¿Cómo ha dicho usted, muchacho?

—He dicho —repitió Jeremiah, mientras el visitante se erguía repentinamente y su pecho expandido casi le rozó la cara— que en todas las familias hay secretos.

—Desde luego —confirmó el señor Blandois, agarrándolo por los hombros y zarandeándolo—. ¡Ja, ja! Cuánta razón tiene. ¡Y tanto! ¿Secretos? ¡Eso es! ¡Hay familias que guardan más secretos que el mismísimo diablo!

Entonces, después de dar amistosamente varias palmadas en los hombros del señor Flintwinch, como felicitándolo por un chiste que hubiera contado, Blandois levantó los brazos, echó la cabeza hacia atrás, entrelazó las manos detrás de ella y empezó a soltar carcajadas. Fue inútil que el señor Flintwinch intentara dar otra

vuelta de tornillo. Blandois se rio todo lo que quiso.

—Por favor, permítame un momento la vela —le pidió al terminar—. Vamos a echar un vistazo al marido de esa dama extraordinaria. ¡Vaya! —exclamó extendiendo el brazo y acercando la luz—. Otro rostro de expresión decidida, aunque no con la misma personalidad. Da la impresión de que está diciendo... ¿cómo era? «No olvides jamás». ¿Verdad, señor Flintwinch? ¿A que sí?

Al devolverle la vela, lo miró otra vez; después salió ociosamente al vestíbulo y declaró que, efectivamente, era una casa preciosa, que le había gustado mucho, que no habría renunciado a verla ni a cambio de cien libras.

Mientras se tomaba estas libertades tan peculiares, que suponían un cambio sustancial de actitud y le daban un aire mucho más vulgar y grosero, mucho más violento y audaz, el señor Flintwinch, cuyo rostro correoso nunca conocía grandes cambios, conservó la inmovilidad. Quizá ahora pareciera un ahorcado al que hubieran dejado colgando demasiado tiempo antes de ejecutar la amable operación de cortarle la soga, pero guardaba la compostura. Acabaron la inspección en la salita contigua al vestíbulo; Jeremiah miró fijamente al visitante.

—Me alegro de que le haya gustado, señor —dijo tranquilamente—. No me lo esperaba. Parece usted de muy buen humor.

—De un humor excelente —confirmó Blandois—. ¡Le doy mi palabra de honor! Nunca me he sentido tan animado. ¿Alguna vez ha tenido un presentimiento?

—No sé si entiendo muy bien a qué se refiere con esa palabra, señor —respondió Jeremiah.

—En este caso, señor Flintwinch, una difusa promesa de los placeres venideros.

—Me parece que en este momento no aprecio ninguna sensación así —dijo el anfitrión con la mayor seriedad—. Si empiezo a notar algo, se lo haré saber.

—Muchacho, tengo el presentimiento de que nos haremos amigos. ¿Lo tiene usted?

—Pues... no —respondió Flintwinch, profundizando en sus percepciones—. La verdad es que no.

—Tengo el fuerte presentimiento de que vamos a acabar siendo amigos íntimos. ¿Usted todavía no?

—Todavía no.

El señor Blandois lo agarró otra vez por los hombros y lo zarandeó un poco con la misma alegría que antes; luego le dio el brazo y lo invitó a salir a beber con él una botella de vino, como el granuja que era.

Sin dudar ni un instante, el señor Flintwinch aceptó la invitación y se dirigieron a la taberna donde se hospedaba el viajero bajo una intensa lluvia, que llevaba golpeando las ventanas, los tejados y las aceras desde el ocaso. Hacía mucho que habían cesado los rayos y los truenos, pero llovía a cántaros. Al llegar a su

alojamiento, el galante caballero pidió una botella de oporto y se acomodó en el banco de la ventana (aplastando todos los hermosos cojines a su alcance para que su remilgado cuerpo estuviera cómodo), mientras que el señor Flintwinch se sentó delante de él, al otro lado de una mesa. El viajero propuso que bebieran en los vasos más grandes del establecimiento, a lo que su compañero accedió. Una vez llenos, el forastero, con una bulliciosa alegría, chocó la parte superior de su vaso con la inferior del señor Flintwinch, y después la parte inferior con la superior, y bebió para celebrar la íntima amistad que presentía. Jeremiah brindó con gran solemnidad, bebiéndose todo el vino que pudo y sin decir nada. Cada vez que Blandois chocaba los vasos (siempre que los llenaba), participaba impertérrito en el brindis, e impertérrito se habría bebido también el vino de su compañero, si no fuera porque tenía paladar; Jeremiah era idéntico a un barril.

En resumidas cuentas: Blandois se percató de que, dándole oporto al retraído Flintwinch, no se conseguía que hablara más, sino que se encerrara más en sí mismo. Además, tenía pinta de ser perfectamente capaz de seguir bebiendo toda la noche o, si la ocasión lo requiriera, todo el día siguiente, y la noche siguiente. Blandois, además, no tardó en darse cuenta de que él empezaba a soltar bravatas demasiado exageradas. Por eso, puso fin a la diversión tras la tercera botella.

—¿Vendrá a visitarnos mañana, señor? —preguntó Jeremiah al despedirse con un rostro impasible.

—Querido amigo —respondió el señor Blandois, agarrándolo por el cuello de la camisa con las dos manos—, iré a visitarlos, no tema. *Adieu*, mi Flintwinch. ¡Le doy en este momento —entonces lo abrazó a la manera meridional y le plantó dos sonoros besos en ambas mejillas— mi palabra de caballero! ¡Me volverá a ver, hasta ahí podíamos llegar!

Pero al día siguiente no apareció, aunque sí que se recibió la carta de París que avisaba de su llegada. Esa noche Flintwinch fue a buscarlo a la taberna y se enteró sorprendido de que había pagado la cuenta y había vuelto al continente por Calais. Aun así, frotándose el rostro, reflexionó y llegó a la vívida conclusión de que el señor Blandois cumpliría su promesa y de que lo volverían a ver.

No es difícil toparse, en las atestadas calles de la metrópoli, con algún anciano enjuto, arrugado, cetrino (que podríamos imaginar caído de una estrella, si en el firmamento hubiera estrellas sombrías, capaces de lanzar una chispa tan débil), que va renqueando con aire de susto, como si el ruido y el bullicio lo dejaran perplejo y un poco atemorizado. Ese anciano siempre es de baja estatura. Si en algún período de su vida ha sido alto, había menguado hasta ser bajo; si siempre había sido bajo, había menguado hasta ser aún más bajo. Ni el color ni el corte de su chaqueta han estado nunca de moda, en ningún sitio ni en ninguna época. Es evidente que no se la han hecho a medida, ni a él ni a nadie. Algún fabricante al por mayor ha confiado al destino las medidas de quinientas chaquetas de la misma calidad, y el destino le ha asignado la suya a ese hombre, uno más de una larga e interminable serie de ancianos. La prenda siempre tiene unos grandes botones de metal que no brilla, y que son distintos de los demás botones. El anciano lleva un sombrero, manoseado y raído pero resistente, tan resistente que nunca se ha adaptado a la forma de su pobre cabeza. La tosca camisa y el tosco pañuelo del cuello son tan impersonales como la chaqueta y el sombrero; comparten la característica de no pertenecerle ni a él, ni a nadie. Lleva la ropa como si no estuviera del todo acostumbrado a vestirse y arreglarse para presentarse en público, como si pasara la mayor parte del tiempo en camisón y con gorro de dormir. Este anciano camina por las calles como un ratón de campo que, en el segundo año de una hambruna, va a ver al ratón de ciudad y busca amedrentado la residencia de este último en una ciudad llena de gatos.

En algunos atardeceres de ciertos días festivos se le ve caminando con un aspecto levemente más enfermizo, y una luz húmeda y pantanosa brilla en sus ojos. En esos momentos, el anciano está borracho. Una dosis pequeña basta para que se tambalee; después de media pinta, sus piernas inestables ya no lo sostienen. Algún conocido que se ha apiadado de él —muchas veces alguien a quien ha conocido de casualidad— ha querido que olvide sus achaques y lo ha invitado a una cerveza; la consecuencia es que uno tarda todavía más que de costumbre en volverlo a ver. Porque el anciano de baja estatura vive en un asilo de pobres; cuando se porta bien no le dejan salir con mucha frecuencia (aunque quizá deberían permitirselo, teniendo en cuenta los pocos años de salidas y entradas que le quedan en este mundo), pero, cuando se porta mal, lo encierran con mayor rigor, en una plantación con otros cincuenta y nueve ancianos donde cada uno huele a los demás.

El padre de la señora Plornish —un pobre caballero de voz aflautada, aguda,

como la de un pájaro exhausto, que había trabajado, según contaba, en el ramo de la encuadernación de partituras musicales, que había sufrido grandes desgracias, y que apenas se había podido abrir camino en la vida, ni ver cuál era ese camino ni cómo ganarse el sustento, ni hacer otra cosa que andar sin rumbo, había ingresado voluntariamente en el asilo de pobres, establecimiento que por ley representaba al buen samaritano en ese distrito (aunque sin recibir los dos peniques correspondientes, un ejemplo de mala economía política)^[28]; su ingreso se había producido después de que el señor Plornish fuera embargado y acabara en la institución de Marshalsea. Antes de que los apuros de su yerno tuvieran ese desenlace, el viejo Nandy (siempre lo llamaban así en su residencia oficial, aunque para los habitantes del Corazón Sangrante era el viejo señor Nandy) acostumbraba a sentarse al lado de la chimenea de los Plornish y a comer y cenar gracias a la despensa de éstos. También aspiraba a seguir ocupando esa posición doméstica cuando el destino le sonriera a su yerno; entre tanto, mientras el destino no se inmutara, él era, y estaba firmemente decidido a seguir siendo, un anciano menudo del grupo de ancianos menudos que formaban esa comunidad tan peculiar.

Sin embargo, por muy pobre que fuese, por muy poco de moda que estuviese su chaqueta, por mucho que viviera en un asilo, la admiración que le tenía su hija no conocía límites. La hija del señor Plornish estaba tan orgullosa de los talentos de su padre como si éstos lo hubieran llevado a la presidencia de la Cámara de los Lorens. Los modales del anciano le parecían tan afables y decorosos que habrían sido dignos del lord chambelán. El pobre y diminuto viejo sabía cantar ciertas cancioncillas sin gracia, caídas en el olvido desde hacía mucho tiempo, sobre las penas que el hijo de Venus había causado a Cloe, Filis y Coridón; la señora Plornish consideraba que en la ópera no había música que pudiera igualarse ni a las pequeñas vibraciones internas ni a los gorjeos con los que su padre entonaba esas melodías como un minúsculo órgano de tubos, roto, poco potente y manejado por un niño de pocos meses. En los «días de salida», que para el señor Nandy constituían puntos de luz en su habitual panorama de ancianos desmejorados, a la señora Plornish le procuraba cierto placer y cierta pena, cuando él ya había comido un buen plato de carne y tomado medio penique de oportuno, decirle: «Cántenos algo, padre». Entonces les ofrecía la historia de Cloe y, si estaba de buen humor, también la de Filis (a Coridón apenas lo había mencionado desde su ingreso en el asilo); después la hija declaraba que nadie tenía una voz como la de su padre, y se secaba las lágrimas de los ojos.

Si en esas ocasiones Nandy viniera del palacio real... no, si hubiera sido el noble refrigerador al regresar victorioso de una corte extranjera, a punto de ser recibido y ascendido gracias a un último y tremendo fracaso, la señora Plornish no lo habría anunciado con más pompa en la Plaza del Corazón Sangrante. «Ya ha llegado padre», decía, presentándoselo a una vecina. «Dentro de poco padre vendrá a vivir con

nosotros. Se le ve espléndido, ¿verdad? Canta mejor que nunca. Si lo escucha, no lo olvidará jamás». El señor Plornish, al casarse con la hija del señor Nandy, se había casado también con estos artículos de fe, y lo único que le sorprendía era que un caballero con tanto talento no hubiera amasado una gran fortuna. Tras mucho cavilar, había llegado a la conclusión de que su suegro no había desarrollado científicamente su talento cuando era joven. «¿Cómo va a dedicarse uno a encuadernar partituras — opinaba el señor Plornish— cuando lo que mejor hace es ejecutarlas? Yo creo que ahí ha estado el fallo».

El viejo Nandy tenía un mecenas, un único mecenas. Tenía un mecenas que, con cierta actitud de magnificencia —una actitud de disculpa, como si constantemente admitiera ante un público de admiradores que le era imposible no tratar al anciano con tanta familiaridad, por lo sencillo y pobre que era—, se portaba muy bien con él. El viejo Nandy había ido varias veces a Marshalsea a visitar a su yerno durante la corta estancia de éste, y allí había tenido la fortuna de ganarse, y de poco a poco y a lo largo del tiempo aumentar, el mecenazgo del Padre de esa institución nacional.

El señor Dorrit acostumbraba a recibir al anciano como si éste fuera vasallo suyo y tuvieran una relación feudal. Nandy le preparaba golosinas y té y se los ofrecía como tributos de una provincia lejana en la que los arrendatarios del señor vivieran en un estado primitivo. Daba la impresión, en ciertos momentos, de que al señor Dorrit no le quedaba más remedio que reconocer que el anciano era criado suyo, un criado de meritoria lealtad a lo largo de muchos años. Cuando se refería a él, decía en tono campechano que era su viejo jubilado. Verlo le procuraba una gran satisfacción, así como comentar cuán ajado estaba cuando ya se había ido. Le parecía asombroso que aún le quedara un poco de dignidad al pobre hombre:

—En el asilo, todo se comparte: allí nadie tiene intimidad, ni visitas, ni rangos, ni respeto, ni categorías. ¡Es deplorable! —exclamaba.

Era el cumpleaños de Nandy y lo habían dejado salir. Él no les había dicho qué día era, porque en ese caso quizá le habrían prohibido la salida: como todo el mundo sabe, los viejos como él nunca tendrían que haber nacido. Recorrió las calles de siempre hasta llegar a la Plaza del Corazón Sangrante, comió con su hija y su yerno y les cantó la historia de Filis. En cuanto terminó apareció la pequeña de los Dorrit para ver cómo estaban.

—¡Señorita Dorrit! —exclamó la señora Plornish—. ¡Ha venido padre! ¡Mire qué buen aspecto! ¡Y cómo tiene hoy la voz!

Amy le estrechó la mano y dijo con una sonrisa que llevaba mucho tiempo sin verlo.

—Es que son muy estrictos con él —explicó la señora Plornish, poniendo mala cara— y no le dejan que le dé el sol ni que cambie de aires tanto como le convendría. Pero no tardará en volver a casa. ¿Verdad, padre?

—Sí, querida, eso espero. Cuando Dios disponga.

En ese instante el señor Plornish pronunció un discurso que siempre repetía, palabra por palabra, en esas ocasiones. Decía lo siguiente:

—Señor John Edward Nandy: mientras quede bajo este techo algo de comer o beber, tiene usted garantizada una parte. Mientras quede bajo este techo un puñado de brasas o el rincón de una cama, tiene usted garantizada una parte. Si no quedara nada bajo este techo, tendría usted garantizada su parte, tuviéramos mucho o tuviéramos poco. Ésa es mi intención, se lo juro, y por eso le ruego que deje el lugar donde está, ¿qué se lo impide?

Ante tan elocuente parlamento, que el señor Plornish siempre pronunciaba como si le hubiera costado mucho trabajo redactarlo (lo que sin duda había hecho), el padre de la señora Plornish respondió entre gorjeos:

—Te lo agradezco mucho, Thomas, conozco muy bien tus deseos, y precisamente por eso te doy las gracias. Pero no, Thomas. Hasta que mi presencia no suponga quitarles el pan a tus hijos, que es lo que sucedería si viniera a vivir con vosotros, pues digas lo que digas les quitaría la comida, aunque ojalá llegue ese momento lo antes posible... ¡no, Thomas, no!

La señora Plornish, que llevaba un rato mirando hacia otro lado y agarrándose una esquina del delantal, volvió a intervenir en la conversación y le dijo a la señorita Dorrit que padre se disponía a cruzar el río para presentar sus respetos al Padre de Marshalsea, a no ser que la señorita creyera que podía resultar molesto.

—Yo vuelvo directamente a casa; si viene conmigo será un placer guiarlo —respondió Amy, siempre considerada con los sentimientos de los débiles—, y también será un placer contar con su compañía.

—¡Mire, padre! —exclamó la señora Plornish—. ¡Va a parecer usted un alegre joven que sale de paseo con la señorita Dorrit! Le voy a hacer un nudo bonito y galante en el pañuelo del cuello, porque usted sí que es todo un galán, padre, desde luego que sí.

Con esta broma filial la hija lo acicaló, le dio un cariñoso abrazo y aguardó en la puerta con el niño débil en los brazos, mientras el niño robusto bajaba las escaleras con paso inseguro. La señora Plornish miró a su menudo y viejo padre, que se marchaba, con paso también inseguro, del brazo de la pequeña Dorrit.

Amy y el anciano fueron avanzando lentamente; ella lo llevó por el Puente de Hierro, donde lo sentó para que descansara; contemplaron las aguas y hablaron de las embarcaciones; él le contó lo que haría si tuviera un barco lleno de oro (su plan consistía en marcharse a vivir con los Plornish a una casa noble de los Tea Gardens y pasar allí el resto de su vida, servidos por un criado). Aquel cumpleaños fue especial para el señor Nandy. Faltaban cinco minutos para llegar a su destino cuando se encontraron con Fanny, en la esquina de la calle donde ésta vivía, con un sombrero

nuevo; iba al mismo sitio que ellos.

—¡Cómo es posible, Amy! —exclamó la joven dama, descompuesta—. ¿Cómo has sido capaz?

—¿De qué me hablas, Fanny?

—¿De qué? ¡Creería muchas cosas de ti —respondió la dama con viva indignación—, pero esto ni lo habría soñado, especialmente tratándose de ti!

—¡Fanny! —dijo la pequeña Dorrit, herida y anonadada.

—¡Oh! ¡No te hagas la tonta! ¿A quién se le ocurre ir por las calles, a plena luz del día, con un pordiosero!

(Esta última palabra la disparó como si fuera la bala de una escopeta).

—Pero ¡Fanny!

—¡Te digo que no te hagas la tonta, que no voy a entrar en ese juego! Nunca había visto algo semejante. Es vergonzoso el gran empeño que pones en humillarnos en todo momento. ¡Eres mala!

—¿Acaso humilla a alguien —replicó Amy muy educadamente— cuidar a este pobre anciano?

—Sí, señorita —respondió la hermana—, deberías saberlo. Y lo sabes. Y lo haces porque lo sabes. Lo que más te gusta en el mundo es recordar a tu familia todas sus desgracias. Después de eso, lo que más te gusta es frecuentar malas compañías. Pero aunque tú no tengas ninguna decencia, yo sí la tengo. Si no te importa, voy a seguir mi camino por la otra acera, y no quiero que me dirijáis la palabra.

Tras decir esto, cruzó rápidamente la calle. El vergonzoso anciano, que iba andando medio encorvado, con gran deferencia, un par de pasos por detrás (pues Amy le había soltado el brazo, estupefacta, cuando Fanny había empezado a hablar), empujado e insultado por transeúntes impacientes porque les entorpecía la marcha, alcanzó a su acompañante, bastante aturdido, y le dijo:

—No le habrá pasado nada a su distinguido padre, ¿verdad, señorita? Espero que no le haya sucedido nada a ningún miembro de su distinguida familia.

—No, no —respondió la pequeña Dorrit—. Gracias. Deme el brazo otra vez, señor Nandy. Ya falta poco.

Amy siguió hablando con él igual que antes; llegaron a la institución, vieron al señor Chivery en la garita y entraron. Resultó que el Padre de Marshalsea se acercaba tranquilamente a la garita cuando ellos la cruzaban, cogidos del brazo. Ante semejante visión, dio muestras de una gran ansiedad y una enorme turbación, y —sin prestar atención al viejo Nandy, quien, después de una reverencia, se quedó con el sombrero en la mano, como siempre hacía ante ese ilustre personaje—, se dio la vuelta y volvió rápidamente a su habitación por las escaleras.

Amy dejó al desventurado anciano, de quien en mala hora se había hecho cargo, y, prometiéndole precipitadamente volver a buscarlo en seguida, echó a correr tras los

pasos del padre; en las escaleras, vio que Fanny la seguía con grandes aspavientos, para mostrar lo ofendida que estaba. Los tres llegaron a la habitación casi a la vez; el Padre se sentó en la butaca, hundió el rostro en las manos y soltó un gemido.

—No me extraña —sentenció Fanny—. Qué bonito. ¡Pobre papá, qué ofensa! ¡Señorita, espero que ahora me crea usted!

—¿Qué le pasa, padre? —exclamó Amy, agachándose al lado de él—. ¿Le he hecho algo malo? ¡Espero que no!

—¿Cómo que esperas que no? Pero ¡qué fresca! Amy, qué... —Fanny hizo una pausa para buscar una expresión suficientemente rotunda— ¡qué vulgar eres! ¡Cómo se nota que te has criado en una cárcel!

El padre frenó estos airados reproches con un ademán; empezó a sollozar, levantó el rostro y le dijo a su hija menor, moviendo con pena la cabeza:

—Amy, sé que tus intenciones no han sido malas. Pero ¡me has hecho un daño enorme!

—¿Que sus intenciones no eran malas? —intervino la implacable Fanny—. ¡Sus intenciones eran aviesas! ¡Mezquinas! ¡Lo que quiere es humillar a la familia!

—¡Padre! —exclamó la pequeña Dorrit, pálida y temblorosa—. Lo siento mucho. Por favor, perdóneme. ¡Dígame qué ha pasado para no volverlo a hacer!

—¿Cómo que qué ha pasado, granuja? —gritó Fanny—. Ya sabes lo que ha pasado. Te lo he dicho, ¡así que no seas una fresca y no lo niegues!

—¡Silencio! —dijo el padre, enjugándose el rostro varias veces con el pañuelo y después retorciéndolo convulsivamente con la mano que tenía apoyada en el muslo—. Amy, he hecho todo lo posible para que no te juntaras con mala gente, para que fueras una persona distinguida. Quizá lo haya logrado, quizá no. Quizá tú sepas si lo he conseguido; quizá no. Yo no me pronuncio. En este lugar he tenido que soportar muchas cosas, pero nunca una humillación. Afortunadamente no me había visto en esa situación... hasta hoy.

En ese momento abrió la mano que se movía compulsivamente y volvió a llevarse el pañuelo a los ojos. La pequeña Dorrit, arrodillada en el suelo y con una mano implorante en el brazo de su padre, lo miraba arrepentida. Al anciano se le pasó el acceso de dolor y volvió a agarrar fuertemente el pañuelo.

—Afortunadamente, nunca había sido humillado hasta hoy. A pesar de todas mis penurias siempre he demostrado una gran entereza, que todos los que me rodeaban han destacado, si puedo emplear esa palabra... y eso ha impedido que me sintiera humillado. Pero hoy, ahora, me he sentido vivamente ofendido.

—¡Pues claro! ¿Cómo no iba a sentirse así? —exclamó Fanny, incontenible—. ¡Amy paseándose como si tal cosa con un pordiosero!

(Otro disparo de la escopeta).

—Padre —dijo entre sollozos la pequeña Dorrit—, si lo he ofendido, no quiero

disculpar mi comportamiento, ¡nada más lejos de mi intención! —Entrelazó las manos sumida en una gran congoja—. Ruego y deseo que no sufra más, que lo olvide. Pero... si no hubiera sabido que usted era tan amable con el anciano, que se preocupaba por él, que siempre se alegraba de verlo, no habría venido con él, se lo aseguro. Lo que he hecho, con tan funestas consecuencias, ha sido por ignorancia. Si de mí dependiera usted no derramaría ni una sola lágrima —afirmó muy desconsolada—, por mucho que me ofrecieran, o por mucho que pudieran quitarme.

Fanny, con otro sollozo medio enojado, medio arrepentido, se echó también a llorar y dijo —como siempre cuando estaba medio inmersa en un arrebató y medio olvidándose de él, medio rabiosa consigo misma y medio rabiosa con los demás— que ojalá estuviera muerta.

Entre tanto, el Padre de Marshalsea había abrazado a su hija menor y le acariciaba la cabeza.

—¡Ya está, ya está! No digas nada más, Amy, niña mía. Dentro de poco ni me acordaré —declaró con exagerada alegría—, en cuanto me sea posible dejaré de pensar en ello. Es totalmente cierto, querida, que siempre me alegra ver a mi viejo jubilado, no es eso lo que me duele. Lo que me duele, y voy a zanjar este penoso asunto siendo muy claro, es haber visto a mi hija, a mi propia hija, a mi niña, llegando a este Internado, a la vista de todos... ¡sonriendo, sonriendo y del brazo de un...! ¡Dios mío, de un lacayo con librea!

El desventurado caballero hizo esa jadeante alusión a la chaqueta de corte indefinido, que nunca había estado de moda, con voz casi inaudible y con el puño en alto, agarrando el pañuelo. Podría haber encontrado más frases de dolor para expresar sus exaltados sentimientos si no hubieran llamado a la puerta dos veces; al oír los golpes, Fanny (que todavía quería morirse, y ahora también que la enterraran) dijo:

—¡Pasen!

—¡Ah, joven John! —dijo el Padre con voz tranquila pero alterada—. ¿Qué sucede?

—Hay una carta para usted, señor, que acaban de dejar en la garita ahora mismo, con un recado; como yo estaba ahí en ese momento, se me ha ocurrido venir a dárselos.

Mientras decía esto, el muchacho se había distraído enormemente al ver el penoso espectáculo de la espalda de la pequeña Dorrit a los pies de su padre.

—¡Ah, pues muchas gracias, John!

—La carta es una respuesta del señor Clennam; y el recado es para decirle que le presenta sus respetos y anunciarle que tendrá el placer de visitarlo esta tarde, si es usted tan amable de recibirlo, y también —añadió, más distraído aún— a la señorita Amy.

—¡Oh! —Mientras echaba un vistazo a la carta (había un billete de banco en el

interior) el señor Dorrit se sonrojó levemente y volvió a acariciar la cabeza de Amy—. Gracias, joven John. Espléndido. Te agradezco mucho las molestias. ¿No hay nadie esperando?

—No, señor, no espera nadie.

—Gracias. ¿Cómo se encuentra tu madre, joven John?

—No está todo lo bien que nos gustaría, señor. Ninguno de nosotros lo está, excepto mi padre. Pero no se puede quejar, señor.

—Mándale recuerdos nuestros, por favor. Di que son recuerdos muy afectuosos, ten la bondad.

—Gracias, señor, eso haré.

Y el señor Chivery, hijo, prosiguió con sus quehaceres, no sin antes componer espontáneamente, allí mismo, un nuevo epitafio para su tumba: «Aquí yacen los restos de John Chivery, quien, en tal fecha, habiendo contemplado a la dueña de su corazón sumida en el llanto y presa del dolor, se retiró inmediatamente, incapaz de soportar la desgarradora estampa, a casa de sus inconsolables padres, donde puso fin a su vida cometiendo un acto imprudente».

—¡Ya está, Amy, ya está! —dijo el señor Dorrit después de que el joven John cerrara la puerta—. No se hable más. —Los últimos minutos le habían levantado el ánimo considerablemente, y ahora parecía casi despreocupado—. ¿Dónde está mi viejo jubilado? No debemos dejarlo solo más tiempo, o pensará que no es bienvenido, y eso me dolería. ¿Sales tú a buscarlo, niña mía, o voy yo?

—Si no le importa, padre... —respondió la muchacha, intentando dejar de sollozar.

—Desde luego, querida. Es verdad: tienes los ojos rojos. ¡Vamos! Anímate. No te inquietes por mí. Ya soy el de siempre, cariño, el de siempre. Ve a tu cuarto, lávate la cara y trae tu labor para recibir al señor Clennam.

—Prefiero quedarme en mi habitación, padre —rogó la joven, a quien le empezaba a costar más que antes recobrar la compostura—. Prefiero no ver al señor Clennam.

—Vamos, vamos, no digas tonterías. Clennam es todo un caballero. A veces un poco reservado, pero todo un caballero, he de decir. Me parece inconcebible que no lo recibas, querida, y especialmente esta tarde. Ve a acicalarte, Amy, sé buena.

Al recibir estas órdenes, la pequeña Dorrit se levantó en seguida y obedeció. Sólo se detuvo un instante al salir para darle a su hermana un beso de reconciliación. Ante lo cual esta joven dama, que se consideraba muy ofendida y a quien había dejado de tranquilizar el deseo con que normalmente aplacaba su sensación de humillación, tuvo la brillante idea, que llevó a cabo, de desear la muerte del viejo Nandy, para que éste dejara de aparecer y de molestar, de comportarse como un asqueroso, fastidioso y pérfido desalmado y de causar disensiones entre las hermanas.

El Padre de Marshalsea, entonando una cancioncilla y con el gorro de terciopelo negro algo ladeado (hasta tal punto había mejorado su humor), bajó al patio y encontró al viejo jubilado, sombrero en mano, justo delante de la puerta, de donde no se había movido.

—¡Venga usted, Nandy! —lo saludó con gran cortesía—. Suba, ya conoce el camino, ¿por qué no sube usted? —En esta ocasión llegó incluso a darle la mano y a añadir—: ¿Cómo se encuentra usted? ¿Está bien?

—Muchas gracias, distinguido señor —respondió el cantante—; estoy mucho mejor cuando veo a una persona distinguida como usted.

Mientras atravesaban el patio, el Padre le presentó a un interno que acababa de ingresar en la institución:

—Es un viejo conocido mío, un jubilado. —Y después dijo muy consideradamente—: Tápese la cabeza, mi buen Nandy: póngase el sombrero.

Su protección fue todavía más allá: pidió a Maggy que preparara el té y le mandó que comprara ciertos pastelillos, mantequilla fresca, huevos, jamón y langostinos; para comprar las viandas le dio un billete de diez libras y la conminó con severidad a tener cuidado con la vuelta. Los preparativos estaban ya muy avanzados y Amy había vuelto, con su labor, cuando apareció Clennam. El señor Dorrit lo recibió de forma muy galante y lo invitó a comer con ellos.

—Amy, cariño, tienes la suerte de conocer al señor Clennam mejor que yo. Fanny, querida, tú también lo conoces ya.

Fanny lo saludó con un ademán altivo; en esas ocasiones siempre daba a entender que, si alguien no comprendía su rango o no le prestaba el debido respeto, era porque existía una gran conspiración para insultar a la familia, y ahora se encontraba con uno de los conspiradores.

—Y éste, señor Clennam —prosiguió el señor Dorrit—, es un viejo pensionista que conozco: Nandy, un anciano muy fiel. —Siempre hablaba de él como si fuera un objeto muy antiguo, aunque sólo tenía dos o tres años más que él—. Veamos. A Plornish lo conoce, ¿verdad? Creo que mi hija Amy me lo ha comentado...

—¡Sí, desde luego! —confirmó Arthur.

—Pues bien, éste es el padre de la señora Plornish.

—¡No me diga! Encantado de conocerlo.

—Se alegraría aún más si conociera sus cualidades, señor Clennam.

—Espero conocerlo mejor y acabar sabiéndolo —dijo Arthur, compadeciéndose en silencio de la figura agachada y sumisa.

—Para él hoy es un día festivo, y ha venido a visitar a unos viejos amigos que siempre se alegran de verlo —continuó el Padre de Marshalsea. Después añadió, tapándose la boca con la mano—: Vive en un asilo, el pobre hombre. Hoy le han dejado salir.

A estas alturas Maggy, con la ayuda silenciosa de su madrecita, ya había puesto la mesa, y el ágape estaba listo. Como hacía calor y en la cárcel no corría mucho el aire, habían abierto la ventana todo lo posible.

—Querida, si Maggy extiende el periódico en el alféizar —le dijo el señor Dorrit a su hija, bajando algo la voz y con aire de suficiencia—, el viejo jubilado puede tomar ahí el té mientras nosotros nos tomamos el nuestro.

Así pues, con un abismo de unos treinta centímetros que lo separaba del grupo de categoría, el padre de la señora Plornish fue agasajado con suma generosidad. Clennam nunca había visto nada parecido a la magnánima protección que le dispensaba ese otro Padre, el de Marshalsea; y tan sumamente asombrosa le pareció que no pudo sino admirarla.

Quizá lo más asombroso de esta protección era el deleite con que el señor Dorrit comentaba las enfermedades y los achaques del jubilado. Como si fuera el generoso guarda de una exposición y estuviese explicando el deterioro de un animal inofensivo a su cargo.

—¿Todavía no quiere más jamón, Nandy? ¡Madre mía, qué lento es usted! Al pobrecillo —aclaró a sus acompañantes— se le están cayendo los últimos dientes.

En otro momento dijo:

—¿Nandy, no va a comer langostinos?

Como éste no respondió inmediatamente, aclaró:

—Está muy mal del oído. No tardará en quedarse sordo.

Y otra vez le preguntó:

—¿Suele pasear usted en el patio interior de ese lugar en el que vive?

—No, señor, andar no me gusta especialmente.

—Claro, claro. Es natural. —Al grupito le explicó en privado—: Las piernas no tardarán en fallarle.

También se interesó, con esa clemencia general con que le dirigía la palabra para que no se durmiese, por la edad de su nieto mayor.

—John Edward tiene... —respondió el jubilado mientras dejaba lentamente los cubiertos y se lo pensaba—. Veamos...

El Padre de Marshalsea se dio un golpe en la frente:

—Le falla la memoria.

—¿John Edward, señor? La verdad es que lo he olvidado. Ahora mismo no sabría decirle si tiene dos años y dos meses o dos años y cinco meses. O lo uno o lo otro.

—No se inquiete por eso —lo tranquilizó el señor Dorrit, con una paciencia infinita. Y explicó—: Es evidente que está perdiendo facultades. ¡Con esa vida que lleva, el viejo se está deteriorando!

Cuantas más cosas creía descubrir en el jubilado, todas de la misma índole, más cariño le cogía, aparentemente; al levantarse de la butaca después del té para

despedirse, como el señor Nandy declaró que temía, distinguido señor, que debía marcharse, Dorrit se irguió para aparentar la mayor fortaleza posible.

—Esto que le pongo en la mano no es simplemente un chelín, Nandy —le dijo mientras le daba una moneda—. Es dinero para tabaco.

—Muy agradecido, señor. Compraré tabaco. Mis respetos a la señorita Amy y a la señorita Fanny. Buenas noches, señor Clennam.

—No se olvide de nosotros, Nandy —le rogó el Padre—. Vuelva siempre que tenga una tarde libre. No salga a la calle sin venir a vernos, o nos pondremos celosos. Buenas noches. Tenga cuidado al bajar las escaleras, están muy viejas y son muy desiguales. —Tras decir estas palabras esperó en el descansillo viendo cómo el anciano se marchaba; al volver a entrar, declaró con un gesto de solemne satisfacción —: Qué pena da ver a ese hombre, señor Clennam, aunque es un consuelo saber que él no se da cuenta. El pobre es un auténtico desastre. No le queda la menor dignidad: ¡se la han hecho añicos, se la han quitado toda!

Como Arthur seguía allí por un motivo, dijo lo primero que le vino a la cabeza en respuesta a tales opiniones, y esperó delante de la ventana al lado de quien las había vertido, mientras Maggy y la madrecita lavaban el servicio de té y lo guardaban. Se fijó en que su acompañante miraba por la ventana con el aire de un soberano afable y accesible; también advirtió que, cuando los súbditos del patio alzaban la vista, el monarca respondía a los saludos de una forma parecida a una bendición.

Cuando la pequeña Dorrit desplegó su labor en la mesa, y Maggy la suya sobre la cama, Fanny empezó a anudarse la capota y se dispuso a marcharse. Arthur, que seguía teniendo un motivo para quedarse, no se movió. Entonces se abrió la puerta, sin previo aviso, y entró el señor Tip. Amy se incorporó para recibirlo; Tip le dio un beso, saludó con la cabeza a Fanny y al señor Dorrit, miró sombríamente al visitante, sin dar señales de reconocerlo, y se sentó.

—Tip, querido —dijo Amy en voz baja, sorprendida por esta actitud—, ¿no ves que...?

—Sí, Amy, claro que lo veo. Si te refieres a la visita que tenéis, si te refieres a eso —respondió el muchacho, ladeando la cabeza bruscamente sobre el hombro que tenía más cerca de Clennam—, ¡claro que lo veo!

—¿Y no tienes nada más que decir?

—No. Y supongo —añadió el altanero joven, tras un instante— que la visita comprenderá por qué digo que no tengo nada más que añadir. Es decir: que supongo que la visita se dará cuenta de que no me ha tratado como a un caballero.

—No, no lo comprendo —respondió tranquilamente el ofensivo personaje al se había aludido.

—¿No? Pues entonces se lo voy a aclarar, señor. Resulta que, cuando dirijo una petición que considero bien formulada, una petición urgente, una petición delicada, a

una persona, con el objeto de encontrar un pequeño alojamiento temporal, cosa que tal persona puede conseguir fácilmente, ¡cosa que puede conseguir fácilmente, insisto!, y me responde diciendo que ruega que la disculpe, creo que no me ha tratado como a un caballero.

El Padre de Marshalsea, que había observado a su hijo en silencio, exclamó enojado:

—¡Cómo te atreves!

Pero el hijo lo interrumpió:

—No, padre, no me pregunte que cómo me atrevo, no diga bobadas. Si se refiere a la actitud que he decidido adoptar con la persona aquí presente, debería estar usted orgulloso de mi demostración de dignidad.

—¡Desde luego! —exclamó Fanny.

—¿Dignidad? —repitió el señor Dorrit—. Sí, menuda dignidad... ¿Adónde hemos ido a parar cuando mi hijo me da a mí, a mí, lecciones de dignidad?

—Bueno, no perdamos el tiempo discutiendo por este asunto, padre. He llegado a la conclusión de que esta persona aquí presente no me ha tratado como un caballero. Y ahí se acaba todo.

—No, señor, ahí no se acaba todo —dijo el padre—. Ni se acabará ahí. ¿Así que has llegado a esa conclusión? ¿Has llegado a esa conclusión?

—Sí. ¿Por qué lo repite usted tanto?

—Porque no tienes ningún derecho —respondió el padre muy exaltado— a sacar conclusiones sobre qué comportamientos son monstruosos, cuáles inmorales, cuáles... parricidas. No, señor Clennam, se lo ruego. No me pida que me calle; estamos tratando una cuestión de principios, más importante incluso que las normas de... hospitalidad. Disiento de la afirmación realizada por mi hijo. ¡Me repugna!

—¿Por qué? ¿A usted qué más le da? —replicó el hijo, mirándolo por encima del hombro.

—¿Que a mí qué más me da, señor? Tengo cierta dignidad, y por eso no lo voy a consentir. —Volvió a sacar el pañuelo y a enjugarse el rostro—. Tu actitud me ofende y me escandaliza. Imaginemos que en determinado momento yo también me hubiera visto obligado a dirigir una petición, una petición bien formulada, delicada y urgente, a determinada persona, para encontrar un pequeño alojamiento temporal. Imaginemos que esta persona hubiera podido procurarme ese alojamiento fácilmente, pero que no quiso, y que me hubiera rogado que la disculpase. ¿Tiene mi hijo derecho a decirme que no me habrían tratado como a un caballero, que había sido sometido a una humillación?

Amy intentó tranquilizarlo dulcemente, pero el señor Dorrit se negaba en redondo a que lo calmaran. Afirmó que estaba en juego la dignidad, y que no iba a consentir que lo humillaran.

¿Tenía su hijo derecho a decirle eso, volvió a preguntar, en su propia casa, a la cara? ¿Tenía que aguantar que la sangre de su sangre lo ofendiera de ese modo?

—La única ofensa que recibe usted, padre, es la que usted se imagina —respondió malhumoradamente el joven caballero—. Las conclusiones a las que yo haya llegado no tienen nada que ver con usted. Lo que he dicho no tiene nada que ver con usted. ¿Qué necesidad tiene de ponerse en la piel de los demás?

—Al contrario, tiene muchísimo que ver conmigo —protestó el Padre—. Permíteme transmitirte mi indignación y decirte que, cuando menos, lo delicado y lo peculiar de la posición que ocupa tu padre debería hacerte pensar dos veces antes de formular esos principios tan poco naturales. Además, si no respetas a tu padre, si niegas esa obligación... ¿es que no eres cristiano? ¿Acaso te has vuelto ateo? ¿No es poco cristiano, te pregunto, estigmatizar a una persona y criticar su comportamiento por rogarte que la disculpes en una ocasión, cuando cabe la posibilidad de que esa misma persona te consiga el alojamiento en una ocasión futura? ¿Acaso no debe un cristiano darle a esa persona otra oportunidad?

El señor Dorrit se había sumido en un arrebatado de fervor religioso.

—Me doy perfecta cuenta —dijo Tip, levantándose— de que hoy no va a haber manera de razonar con sensatez o justicia, así que lo mejor que puedo hacer es dejarlo aquí. Buenas noches, Amy. No te apures. Lamento mucho que haya sucedido esto, no sabes cuánto; pero yo tampoco puedo renunciar a mi dignidad, cariño, ni siquiera por ti.

Tras estas palabras se puso el sombrero y se marchó, acompañado por la señorita Fanny, a quien no le pareció que estuviera hiriendo la dignidad del señor Clennam al despedirse de él con una larga mirada que denotaba gran animadversión y que también ponía en su conocimiento que siempre lo había considerado uno de tantos conspiradores.

Después de que se fueran, la primera reacción del Padre de Marshalsea fue sumirse de nuevo en el abatimiento, y en él se habría sumido si no hubiera aparecido oportunamente un caballero, al cabo de un par de minutos, dispuesto a llevárselo al Salón. Era el hombre al que Clennam había visto la noche en que había quedado encerrado accidentalmente, el que parecía sentirse muy ofendido por el desfalco que le había conducido a la cárcel. Al entrar, anunció que venía con el encargo de acompañar al Padre al Salón, pues éste había prometido dirigir a los internos que iban a practicar el arte de la armonía musical.

—Ya ve usted, señor Clennam —dijo el señor Dorrit— lo incoherente de mi posición en este lugar. Pero así son las responsabilidades públicas. Si hay un hombre que entienda lo que conllevan, ése es usted.

Arthur lo instó a que no perdiera ni un instante.

—Amy, querida, si convences al señor Clennam de que se quede un rato más, te

dejo con plena confianza al cargo de esta humilde morada, y quizá así nuestro invitado olvide el incidente... desagradable e indecoroso que ha ocurrido después del té.

Arthur le aseguró que el incidente no le había dejado huella, y que por tanto nada tenía que olvidar.

—Estimado señor —respondió el Padre, quitándose el gorro negro y estrechándole la mano, una combinación que expresaba que por la tarde había recibido la carta y el billete de banco—, ¡que Dios lo bendiga!

Así, al fin, Arthur alcanzó propósito que lo retenía: hablar con Amy sin que hubiera nadie presente. Estaba Maggy, sí, pero ella era lo mismo que nadie.

En la pared de la ventana, Maggy se dedicaba a la labor sin despegar de ella el único ojo con que veía; la enorme cofia blanca, con abundantes y opacos pliegues cubrían su escaso perfil (si es que tenía alguno). Entre los aleteos de la cofia y el ojo inútil, se hallaba muy aislada de su madrecita, cuya silla se encontraba delante de la ventana. El rumor de pasos en el pavimento del patio había disminuido perceptiblemente desde que el Padre ocupaba la presidencia; la mayoría de los internos habían acudido a la llamada de la armonía musical. Los pocos a quienes ese arte dejaba indiferentes, o que no tenían dinero en el bolsillo, merodeaban aún por el patio; el conocido espectáculo de la mujer que visitaba a su marido o del preso recién llegado a quien consumía la tristeza seguía viéndose en las esquinas, como las telarañas rotas y otros feos detalles que, en otros lugares, ensucian las esquinas. Era el momento de mayor quietud en la institución, descontando las horas nocturnas en las que los internos disfrutaban de los beneficios del sueño. De tanto en tanto, una serie de golpes en las mesas del Salón marcaban a modo de aplausos el final de una pieza, o bien señalaban la aceptación de todos los hijos de algún brindis o algún sentimiento expresado por el Padre. A veces, un esfuerzo vocal más sonoro de lo común anunciaba que un bajo bravucón había conseguido internarse en unas aguas azules, o en un coto de caza, o entre renos, o sobre las montañas, o a través de un brezal; pero el director de Marshalsea siempre era más listo y lo detenía con rigor.

Cuando Arthur se acercó a Amy y se sentó a su lado, ésta se echó a temblar de tal modo que a duras penas no se le cayó la aguja. Él, con delicadeza, le puso la mano encima de la labor y le dijo:

—Querida, suéltala, por favor.

Ella dejó que le cogiera la costura y que la dejara a un lado; entrelazó las manos con nerviosismo, pero Clennam le cogió una.

—¡Qué poco te he visto últimamente, pequeña Dorrit!

—He estado muy atareada, señor.

—Pero hoy me he enterado, por casualidad —comentó Arthur—, de que has estado con unos buenos amigos míos. ¿Y a mí por qué no vienes a verme?

—No... no lo sé. Bueno, pensaba que usted también estaría ocupado. Ahora suele estarlo, ¿no?

Él vio el cuerpecillo trémulo y la cabeza gacha de Amy; también vio que bajaba la vista justo después de haberlo mirado a los ojos, y eso le produjo casi tanta inquietud como ternura.

—¡Niña mía, cómo ha cambiado tu actitud!

La muchacha ya era incapaz de controlar el temblor. Se soltó con suavidad de la mano de Arthur, juntó las suyas y bajó la vista al suelo, estremeciéndose.

—¡Pequeña mía! —exclamó Clennam con voz compasiva.

Ella rompió a llorar. De repente Maggy volvió la cabeza y la miró de hito en hito al menos un minuto, pero no la interrumpió. Arthur esperó un instante antes de volver a hablar.

—No soporto verte llorar —dijo—, pero espero que sólo sea un modo de aliviar un corazón desbordado.

—Sí, sólo es eso, señor.

—¡Bueno! Temía que le hubieras dado demasiada importancia a lo que acaba de pasar aquí. No la tiene, ninguna en absoluto. Lo único que lamento es haber venido en este momento. Que tus lágrimas borren el recuerdo de lo sucedido. El incidente no merece ni una sola. ¡Ni una sola! Accedería gustoso a vivir que se repitiera una minucia así, cincuenta veces al día, si de ese modo pudiera ahorrarte un solo instante de amargura.

Amy ya había recobrado cierta compostura y respondió en un tono mucho más habitual:

—¡Qué bueno es usted! En cualquier caso, aunque no hubiera pasado nada que lamentar ni de lo que avergonzarse, después de lo que usted ha hecho no es...

—¡Chitón! —le dijo Arthur con una sonrisa y poniéndole un dedo en los labios—. Sería muy extraño que tú, que tantas cosas y tan bien recuerdas, olvidaras algo. ¿Hace falta que te repita que jamás he sido otra cosa que ese amigo en quien aceptaste confiar? No. Te acuerdas, ¿verdad?

—Intento hacerlo, señor; si no, habría faltado a mi palabra hace un rato, cuando estaba aquí mi atolondrado hermano. ¡Sé que usted tendrá en cuenta lo que ha sido para él criarse en esta institución! ¡Sé que no juzgará con dureza al pobre! —Al decir esas palabras levantó la vista, miró el rostro de Arthur con más detenimiento y añadió, cambiando rápidamente el tono—: ¿No habrá estado usted enfermo, verdad?

—No.

—¿Ni se ha visto en ningún aprieto? ¿Ni ha sufrido por nada? —preguntó angustiada.

Entonces le tocó a él no saber muy bien cómo reaccionar.

—A decir verdad —confirmó—, he estado algo preocupado, pero ya se me ha pasado. ¿Tanto se me nota? Tendría que comportarme con mayor entereza y controlarme más. Creía que era capaz de hacerlo. Son dos cosas que tengo que aprender de ti. ¡Nadie me las podría enseñar mejor!

Ni se le ocurría que ella veía en él lo que nadie más sabía ver. Ni se le ocurría que en todo el mundo no había otros ojos que lo mirasen con la misma luz y la misma

fuerza.

—Pero esto me recuerda algo que quería decirte —prosiguió—. No quiero mirarme al espejo y tener que acusarme de embustero. Además, es un privilegio y un placer confiar en mi pequeña Dorrit. Así pues, deja que te confiese que, olvidando lo triste que soy y la edad que tengo, olvidando que el momento para esas cosas se me había pasado ya, después de todos los años vacíos, de monotonía y escasa felicidad que han caracterizado mi vida en el extranjero, olvidando todo eso... creí que me había enamorado.

—¿La conozco, señor?

—No, niña mía.

—¿No es esa dama que ha sido amable conmigo gracias a usted?

—¿Flora? No, no. ¿Habías pensado que...?

—No llegué a pensarlo de veras —dijo Amy, más para sus adentros que dirigiéndose a él—. Pero sí se me ocurrió la idea.

—¡Bueno! —continuó Arthur, dejándose llevar por la sensación que le había embargado en la alameda, la noche del ramo de rosas: la sensación de que ya era un hombre maduro, de que la ternura ya no tenía cabida en su vida—. Me he dado cuenta de mi error, he reflexionado un poco... he reflexionado mucho, en realidad, y me he vuelto más sensato. Al discurrir con mayor sensatez, he aceptado la edad que tengo, he pensado en lo que soy, en el pasado y en el futuro, y he visto que no tardaré en peinar canas. He visto que ya he subido la montaña, que ya he pasado por la cima, y que ahora voy cuesta abajo a toda velocidad. —¡Si hubiera sabido qué intenso era el dolor que causaba en el paciente corazón de Amy al pronunciar esas palabras! Especialmente cuando las pronunciaba para tranquilizarla, para ayudarla—. Me he dado cuenta de que el momento en que una situación así me habría traído esperanza o felicidad, en que habría sido conveniente o buena para mí, o para cualquier persona relacionada conmigo, ya ha pasado, y nunca más se me volverá a presentar. —¡Oh, si hubiera sabido la verdad, si la hubiera sabido! ¡Si hubiera visto el puñal que blandía y las heridas crueles que con él infligía en el seno fiel y sangrante de su pequeña Dorrit!—. Todo eso se ha acabado y no volveré ni a plantearme la posibilidad. ¿Por qué te lo cuento? ¿Por qué te hablo, niña mía, de los años que nos separan, y te recuerdo que te doblo en edad?

—Porque confía usted en mí, o eso espero. Porque sabe que todo cuanto le afecta también me afecta a mí, que todo lo que le causa felicidad o infelicidad me las causa también a mí, que tanta gratitud siento por usted.

Arthur oyó el tono trémulo, vio la convicción de su rostro, vio la verdad y la claridad de sus ojos, vio la respiración acelerada de un pecho que gozosamente se habría interpuesto para recibir una herida mortal dirigida a él, con el grito agonizante de «¡Lo amo!», y ni siquiera entonces barruntó la verdad. No. Veía a la criatura leal

con sus zapatos desgastados y su vestido sencillo, y que vivía en esa cárcel; a una muchacha de cuerpo menudo, pero de espíritu fuerte y heroico; y la luz de su vida familiar sumía todo lo demás en la oscuridad.

—Por todo eso, claro, pero también por otro motivo —dijo Arthur—. Como mi experiencia es tan distinta de la tuya, como soy mucho mayor que tú y nos parecemos tan poco, estoy en la mejor posición para ser tu amigo y consejero. Es más fácil que confíes en mí: cualquier pequeño reparo que pudieras tener con otro no puede aplicarse a mí. ¿Por qué te has alejado tanto de mí? Dímelo.

—Es que aquí estoy mejor. Éste es mi sitio, y donde hago más falta. Aquí estoy mucho mejor —respondió ella débilmente.

—Eso me dijiste aquel día, en el puente. Me acordé mucho después. ¿No tienes ningún secreto que me quieras contar para tranquilizarte, para aliviarte?

—¿Un secreto? No, no tengo ninguno —aseguró ella, algo apurada.

Hablaban en voz baja, más porque ese tono resultaba natural, dado lo que se decían, que porque no quisieran que Maggy los oyera mientras cosía. De repente ésta volvió a mirar a Amy, y esta vez exclamó:

—¡Oye! ¡Madrecita!

—Dime, Maggy.

—Si no tienes ningún secreto tuyo que contarle, cuéntale el de la princesa. Ella sí que tenía uno.

—¿Que la princesa guardaba un secreto? —repitió Arthur con cierta perplejidad—. ¿A qué princesa te refieres, Maggy?

—¡Madre mía! ¡Qué manera de tratar a una niña de diez años! —protestó Maggy—. ¡No quiera usted pillarme, pobre de mí! ¿Quién ha dicho que la princesa guardaba un secreto? Yo no, desde luego.

—Perdóname. Pensaba que eso habías dicho.

—Pues no. ¿Cómo iba a decirlo, si la princesa era quien quería descubrirlo? Era la mujercita la que guardaba el secreto, la que siempre estaba hilando en la rueca. Y entonces ella le preguntaba: «¿Por qué lo tienes aquí?». Y la otra le respondía: «No lo tengo», pero entonces la otra le decía: «Sí que lo tienes», y las dos iban al armario, y ahí estaba. Y ella no quería ir al hospital y se moría. ¡Tú lo sabes, madrecita, díselo! ¿Eso era un secreto en toda regla, o no? —sollozó Maggy, abrazándose.

Arthur miró a Amy para que le ayudara a comprender aquello, y le sorprendió verla tan roja y azorada. La pequeña Dorrit le aseguró que era sólo un cuento de hadas que se había inventado un día para Maggy, tan tonto que, si pudiera acordarse de él, le daría vergüenza volver a contárselo a alguien. Arthur no insistió más.

Insistió, en cambio, en la cuestión que le interesaba: le rogó que se vieran más a menudo, y le recordó que nadie como él podía preocuparse tanto por su bienestar, ni haber decidido mejorar sus condiciones de vida con mayor firmeza. Cuando ella

respondió con convicción que lo sabía muy bien, que nunca se le olvidaba, Arthur abordó la segunda cuestión, más delicada: la sospecha que lo había asaltado.

—Pequeña Dorrit —le dijo, cogiéndole la mano de nuevo y bajando más la voz, para que ni siquiera Maggy, en esa habitación tan pequeña, pudiera oírlo—, otra cosa. Quería decírtela desde hace tiempo pero no encontraba la ocasión. Por mí no te preocupes: por edad, podría ser tu padre o tu tío. Considérame un viejo. Sé que en esta habitación se encuentra todo aquello a lo que eres fiel, y que no hay tentación en el mundo capaz de apartarte de tus obligaciones aquí. Si no lo supiera, ya te habría rogado, y le habría rogado a tu padre, que me permitierais buscarte un lugar mejor. Pero es posible que algún día sientas cariño... no digo ahora, aunque podría ser, sino que algún día, quizá sientas cariño por otra persona, un cariño que no sea incompatible con el que te inspiran los tuyos.

Amy se había puesto muy pálida, y negó con la cabeza en silencio.

—Puede suceder, pequeña Dorrit.

—No. No. No. —Volvió a mover la cabeza al repetir lentamente cada negación, con un gesto de muda tristeza del que él se acordaría mucho después. Llegaría el momento en que recordara el gesto, al cabo de mucho tiempo, en esa misma cárcel, en esa misma habitación.

—Pero si eso llega a pasar, cuéntamelo, pequeña mía. Dime la verdad, dime quién te inspira ese cariño, y yo intentaré ayudarte en todo lo posible, con todo el celo, el honor, la amistad y el respeto que siento cuando pienso en ti, querida niña de mi corazón.

—¡Oh, gracias, gracias! ¡Pero no, no, no! —respondió mirándolo, con las curtidas manos entrelazadas y el mismo tono resignado.

—No insisto; no hace falta que me cuentes nada ahora. Sólo te pido que confíes en mí sin dudar.

—¿Cómo no voy a confiar, con lo bueno que es usted?

—Pues hazlo sin vacilar. ¿No me ocultarás ninguna pena secreta, ninguna inquietud?

—Casi ninguna.

—¿Y ahora tienes alguna?

Ella respondió que no con la cabeza, pero muy pálida.

—Esta noche, cuando me acueste y piense en este triste lugar, que es lo que hago todas las noches, incluso cuando no te he visto, ¿puedo dar por hecho que, fuera de esta habitación y de las personas que la ocupan, no hay nada que turbe el ánimo de la pequeña Dorrit?

Estas palabras hicieron reaccionar a Amy —algo que Arthur también recordaría mucho después—, y dijo, más animada:

—¡Sí, señor Clennam, puede darlo por hecho!

La desvencijada escalera, que normalmente avisaba sin dilación cuando alguien subía o bajaba, crujió el peso de unos pies que se acercaban rápidamente; también se oyó otro ruido, como si un motorcito de vapor con más presión de la que podía permitirse avanzara hacia la habitación. Mientras se aproximaba a gran velocidad, el motor iba adquiriendo más energía; después de llamar a la puerta, sonó como si se hubiera agachado y resoplara por el agujero de la cerradura.

Antes de que Maggy pudiera salir a abrir, el señor Pancks lo hizo desde fuera y apareció delante de la muchacha: estaba sin sombrero y con el cabello en un estado sumamente alborotado, y se quedó mirando a Clennam y a la pequeña Dorrit. Llevaba un habano encendido en la mano, y olía a cerveza amarga y humo de tabaco.

—Pancks, el gitano —anunció, sin resuello—, te adivina el futuro.

Los miraba, jadeando y con una sonrisa tiznada, en un gesto muy curioso. Parecía que, en vez del recadero de su patrón, fuera el ufano propietario de Marshalsea, del director, de todos los carceleros y de todos los internos. Con esa actitud de gran satisfacción se llevó el habano a los labios (aunque era evidente que habitualmente no fumaba), y dio tal calada, con el ojo derecho muy cerrado para que le saliera mejor, que empezó a sufrir convulsiones y ahogos. Pero incluso en medio de ese acceso no cejó en el intento de repetir la frase con que le gustaba presentarse: «Pancks, el gitano, te adivina el futuro».

—Estoy pasando la tarde con los internos —explicó—. Me he puesto a cantar. He participado en el canon *White Sand and Grey Sand*. No conozco bien la melodía. Pero da igual. Me apunto a lo que sea. Lo único importante es saber gritar.

Al principio Clennam pensó que venía ebrio, pero en seguida se percató de que, aunque seguramente la cerveza no le había sentado demasiado bien (o todo lo contrario), en realidad su excitación no se debía a la malta, ni procedía de la destilación de ningún cereal ni de ninguna baya.

—¿Cómo está usted, señorita Dorrit? —dijo Pancks—. He pensado que no le importaría que me acercara a saludar un momentito. El señor Dorrit me ha dicho que estaba aquí el señor Clennam. ¿Cómo se encuentra usted, señor?

Arthur le agradeció el interés, y dijo que le alegraba verlo tan contento.

—¡Contento! —repitió Pancks—. No podría estar de mejor humor, señor. No me puedo quedar mucho porque me van a echar de menos, y no quiero que eso suceda. ¿Eh, señorita Dorrit?

Al parecer, le complacía sin medida dirigirse a la joven y mirarla sin dejar de pasarse la mano por el cabello, poniéndoselo de punta como una variedad oscura de cacatúa.

—No hace ni media hora que he llegado —añadió—. Sabía que el señor Dorrit iba a dirigir el coro, así que me he dicho: «¡Voy a echarle una mano!». En realidad ahora tendría que estar en la Plaza del Corazón Sangrante, pero ya iré a molestar

mañana. ¿Eh, señorita Dorrit?

Los ojillos negros de Pancks lanzaban chispas eléctricas. Incluso de su cabello parecían salir chispazos cuando se lo alborotaba. Desprendía tanta energía que, si alguien le hubiera tocado cualquier parte del cuerpo, habría recibido una descarga y se habrían oído chasquidos.

—Qué bien acompañada está usted aquí —dijo—. ¿Eh, señorita Dorrit?

Pancks inspiraba cierto miedo a Amy, quien no supo muy bien qué responder. El visitante soltó una carcajada mientras señalaba con la cabeza a Clennam.

—Por él no se preocupe, señorita. Es de los nuestros. Habíamos acordado que, delante de la gente, fingiríamos no conocernos bien, pero no estaba pensando en el señor Clennam. Él es de los nuestros, lo sabe todo. ¿A que sí, señor Clennam? ¿Eh, señorita Dorrit?

La excitación de este extraño personaje se le estaba contagiando rápidamente a Clennam. Amy lo notó, estupefacta, y advirtió que los dos hombres cruzaban una breve mirada.

—Estaba diciendo algo —prosiguió Pancks—, pero la verdad es que he olvidado el qué. ¡Ah, sí! Qué bien acompañada está usted aquí... He hecho regalos a todos los internos. ¿Eh, señorita Dorrit?

—Es usted muy generoso —respondió ella, advirtiendo que los hombres volvían a mirarse rápidamente.

—No tiene la menor importancia —dijo Pancks—. Dentro de poco recibiré lo que es mío, estoy seguro. Puedo permitirme ser generoso. Creo que voy a organizar un banquete aquí dentro. Con mesas en el patio. Montañas de pan. Pipas a mansalva. Tabaco a raudales. Ternera asada y budín de ciruela para todos. Un litro de cerveza negra por barba. Y medio litro de vino, si a la gente le gusta y las autoridades lo permiten. ¿Eh, señorita Dorrit?

Ésta estaba tan atónita por el comportamiento de Pancks, o más bien por su creciente complicidad con Clennam (pues cada vez que el señor Pancks dirigía una frase a Amy con esos gestos de cacatúa, ella miraba a Arthur), que se limitó a mover los labios sin pronunciar palabra.

—¡Ah, por cierto! —añadió el visitante—. Le he dicho que algún día sabría usted lo que me revelaba su mano... ¡Y lo sabrá usted, lo sabrá! ¿Eh, señorita Dorrit?

De pronto, Pancks se contuvo. Fue un gran misterio de dónde salieron los nuevos mechones negros y puntiagudos que de pronto se irguieron en su cabeza, como la explosión de miles de puntitos que aparecen en el último estallido de unos grandes fuegos artificiales.

—Me van a echar de menos —añadió—, y no quiero que lo hagan. Señor Clennam, usted y yo hemos hecho un trato. Le prometí que lo cumpliría. Verá usted cómo lo cumplo si me acompaña un momentito. Buenas noches, señorita Dorrit. Que

la fortuna le sonría, señorita Dorrit.

Estrechó bruscamente las dos manos de la joven y empezó a bajar las escaleras entre resoplidos. Arthur lo seguía con tanta prisa que estuvo a punto de tropezar con él en el último rellano; un poco más y habrían salido los dos rodando por el patio.

—Pero ¿qué es lo que sucede? —preguntó Arthur cuando llegaron, después de tantos atropellos, al exterior.

—Deténgase un momento, señor. Le voy a presentar al señor Rugg.

Entonces le presentó a otro hombre que tampoco llevaba sombrero, que también tenía un habano, y a quien también rodeaba un aura de cerveza y humo de tabaco; este hombre, aunque no tan exaltado, se encontraba en un estado que habría podido considerarse próximo a la locura, si bien, al lado de la euforia de su compañero, parecía estar en sus cabales.

—Señor Clennam, éste es el señor Rugg. Un momentito. Venga conmigo a la bomba de agua.

Allí se dirigieron. Pancks puso inmediatamente la cabeza debajo del caño y pidió al señor Rugg que le diera con brío a la palanca. Éste siguió fielmente sus instrucciones; Pancks se apartó del chorro jadeando y resoplando, y se secó con un pañuelo.

—Esto me ha aclarado la cabeza —le dijo entrecortadamente a Clennam, que no salía de su asombro—. Aunque hay que ver... Tener que escuchar esos discursos del Padre en ese Salón, sabiendo lo que sabemos, y verla a ella en esa habitación con ese vestido, sabiendo lo que sabemos, basta para... Présteme su espalda, señor Rugg. Un poco más arriba, señor. ¡Ya está!

Y allí mismo, en el patio de Marshalsea, entre las sombras del atardecer, el señor Pancks (¡quién lo habría dicho!) saltó sobre la cabeza y los hombros del señor Rugg de Pentonville, agente de negocios, contable y cobrador de deudas. Cuando volvió a poner los pies en el suelo, agarró a Clennam por la solapa, lo condujo detrás de la bomba y, entre jadeos, se sacó del bolsillo un fajo de papeles. Rugg también se sacó del bolsillo, entre jadeos, un fajo de papeles.

—¡Caramba! —susurró Arthur—. Ha descubierto usted algo.

—Eso parece —respondió Pancks con una suficiencia que no se puede expresar con palabras.

—¿Hay implicados?

—¿Cómo que si hay implicados?

—En algún fraude o cualquier otro delito.

—En absoluto.

—¡Gracias a Dios! —dijo Arthur para sus adentros—. Déjeme ver.

—Debe usted saber... —añadió Pancks con un resoplido, mientras desdoblaba papeles febrilmente y profería frases cortas como estallidos producidos por la presión

—. ¿Dónde está el árbol genealógico? ¿Dónde está el cuarto documento, señor Rugg? ¡Oh! ¡De acuerdo! Ya está. Debe usted saber que casi hemos terminado. Legalmente el asunto estará cerrado dentro de un par de días. Puede que tarde una semana. Llevamos con él, día y noche, muchísimo tiempo. Señor Rugg, ¿sabe usted cuánto tiempo le hemos dedicado? Da igual. No me lo diga, no me va a aclarar nada. Clennam, dígaselo usted a la pequeña Dorrit. Cuando le demos permiso. ¿A cuánto ascendía aproximadamente la cantidad, Rugg? ¡Ah! ¡Aquí está! Ésta es la noticia que tiene que darle a la muchacha. ¡El hombre que aparece ahí es el Padre de Marshalsea!

Capítulo XXXIII

El malestar de la señora Merdle

La señora Gowan se resignó a un destino inevitable —con la idea de aprovechar el lado bueno de aquella gente, «los Miggles», y de someter su filosofía a tan dura prueba, tal como había previsto en la entrevista con Arthur— y decidió generosamente no oponerse al matrimonio de su hijo. En el proceso de reflexión y en la feliz conclusión probablemente no sólo influyeron los afectos maternos sino también tres consideraciones políticas.

La primera podría ser que su hijo nunca había mostrado la menor intención de pedir su consentimiento ni había dado indicios de incapacidad para seguir adelante sin él; la segunda tal vez fuera que la pensión que le había concedido el país agradecido (y un Barnacle) se vería libre de toda incursión filial cuando Henry estuviera casado con la querida hija única de un hombre muy acomodado; en tercer lugar, bien podría hallarse la convicción de que el suegro de Henry pagaría las deudas de éste antes de que llegara al altar. Cuando a estos tres puntos tan prudentes se suma el hecho de que la señora Gowan dio por fin su consentimiento en cuanto supo que el señor Meagles había dado el suyo, y que la objeción de éste a la boda había sido el único obstáculo real hasta el momento, resulta de lo más probable que la viuda del difunto Comisionado de Nada en Particular barajara tales ideas en su sagaz cabeza.

Sin embargo, entre sus conocidos y parientes, mantenía la dignidad individual y la dignidad de la sangre de los Barnacle, alimentando diligentemente la pretensión de que era un acuerdo sumamente desafortunado, de que estaba triste y disgustada, de que a Henry le habían sorbido el seso; de que ella se había opuesto mucho tiempo pero ¡qué podía hacer una madre! y cosas por el estilo. Ya había utilizado a Arthur Clennam, en calidad de amigo de la familia Meagles, como testigo de aquella fábula; y el siguiente paso fue acorralar a la familia con el mismo objetivo. En su primera reunión con el señor Meagles, adoptó la actitud de quien cede, desconsolada pero generosamente, a una presión irresistible. Con la mayor educación y los mejores modales, actuó como si hubiera sido ella —y no él— quien hubiera puesto reparos, y quien, al final, hubiera cedido; así pues, era ella quien se había sacrificado, no él. Con la misma habilidad cortés, le endilgó esa misma ficción a la señora Meagles, igual que un prestidigitador le habría puesto una carta en las manos a la inocente dama; y cuando su hijo le presentó a su futura nuera, le dijo mientras la abrazaba:

—Querida, ¡qué le ha hecho usted a Henry para hechizarlo de este modo! —al mismo tiempo que se permitía que unas pocas lágrimas hicieran rodar, en pequeñas píldoras, los polvos que llevaba en la nariz, como señal delicada pero conmovedora

de lo mucho que sufría en su interior al tener que guardar la compostura con que soportaba su desgracia.

Entre las amistades de la señora Gowan (que se enorgullecía de pertenecer a la Sociedad y mantener una relación íntima y estrecha con ese poder), la señora Merdle figuraba en primera línea. Era cierto que todos los bohemios de Hampton Court, sin excepción, miraban por encima del hombro a los Merdle porque eran unos advenedizos; pero luego inclinaban esos mismos hombros en una reverencia para adorar su riqueza. Y el mismo movimiento ejecutaban los prohombres del Tesoro, la Abogacía, el Obispado y todos los demás.

Tras dar su consentimiento del modo mencionado, la señora Gowan hizo una visita de condolencia —condolencia por su propia situación— a la señora Merdle. A tal efecto, se desplazó a la ciudad en un coche de un solo caballo que en aquel momento de la historia de Inglaterra recibía el irreverente nombre de «pastillero». Pertenecía a un pequeño empresario que lo conducía en persona y al que contrataban, por día o por horas, la mayoría de las señoras mayores que vivían en Hampton Court Palace; pero de modo tácito, las personas de aquel campamento se habían puesto de acuerdo para hacer pasar todo el conjunto, coche y cochero, por propiedad privada de quien lo alquilaba, y el dueño sólo daba muestras de conocer al viajero que empleaba el coche. Del mismo modo que los Barnacle de los Circunloquios, que prestaban más atención que nadie en este mundo a sus negocios, simulaban desconocer cualquier otro asunto que no tuvieran en aquel momento entre manos.

La señora Merdle estaba en casa y se encontraba en su nido de oro y carmesí, mientras el loro, posado en una percha a su lado, la miraba con la cabeza ladeada, como si la tomara por otro loro espléndido de una especie de mayor tamaño. Condujeron ante ambos a la señora Gowan, que iba con su abanico verde favorito, destinado a suavizar la luz que le daba en el rostro.

—¡Querida mía! —exclamó la señora Gowan, dando unos golpecitos con el abanico en el dorso de la mano de su amiga tras una breve conversación anodina—. ¡Es usted mi único consuelo! Este asunto de Henry que le conté va a concretarse, ¿qué le parece? Me muero por saberlo porque usted representa perfectamente a la Sociedad.

La señora Merdle examinó el busto que la Sociedad acostumbraba a examinar y, después de asegurarse de que el escaparate del señor Merdle y de los joyeros de Londres estaba bien colocado, contestó:

—Cuando se trata del casamiento de un varón, querida, la Sociedad exige que salve su fortuna mediante el matrimonio. La Sociedad exige que gane con el matrimonio. La Sociedad exige que consiga un buen puesto gracias al matrimonio. Si no es así, la Sociedad no entiende para qué va a contraer matrimonio. ¡Cállate, pájaro!

El pájaro, presidiendo la reunión en su jaula por encima de ellas y como si fuera un juez (cosa que, sin duda, parecía extraordinariamente), había rematado la exposición con un chillido.

—Hay casos —prosiguió la señora Merdle curvando delicadamente el dedo meñique de su mano favorita y haciendo así más expresivos unos comentarios ya de por sí expresivos— en que el hombre no es joven o elegante sino rico y está ya bien establecido. Eso es otra cosa; en tal caso...

La señora Merdle encogió sus níveos hombros y descansó una mano en el mostrador de joyería para reprimir una tosecilla, como si señalara: «Entonces un hombre busca esto, querida». El loro chilló de nuevo; la dama cogió el monóculo para mirarlo y le ordenó:

—¡Pájaro, cállate! Pero los hombres jóvenes —prosiguió la señora Merdle—, y por hombres jóvenes ya sabe usted qué entiendo, querida (me refiero a los hijos de algunas personas, con la vida por delante), deben mejorar su posición en la Sociedad mediante el matrimonio o la Sociedad no les perdonará que hagan el tonto. Todo esto parece muy mundano —dijo la señora Merdle, reclinándose en su nido y alzando de nuevo el monóculo—, ¿verdad?

—Pero es bien cierto —dijo la señora Gowan con un aire muy moralizante.

—Querida, eso no se puede discutir ni por un momento —contestó la señora Merdle—. Porque la Sociedad ha tomado una decisión y no hay nada más que añadir. Si viviéramos en un estado más primitivo, si viviéramos bajo techumbres hechas con hojas, criáramos vacas y ovejas y otros animales en lugar de cuentas bancarias (cosa que sería deliciosa; querida, soy tremendamente pastoril por naturaleza), no habría nada que discutir. Pero no vivimos debajo de las hojas ni criamos vacas, ovejas y otros animales. Algunas veces me agoto explicándole la diferencia a Edmund Sparkler.

Cuando oyó el nombre de este joven caballero, la señora Gowan, mirando por encima del abanico verde, replicó:

—Querida mía, ya sabe usted en qué estado tan terrible se encuentra el país, ¡las lamentables concesiones que ha tenido que hacer John Barnacle! Y ya conoce usted los motivos por los que soy tan pobre como la más pobre de las personas...

—¿Como una rata? —sugirió la señora Merdle con una sonrisa.

—Estaba pensando en una figura bíblica, en el mismísimo Job —contestó la señora Gowan—. En fin, cualquiera de las dos comparaciones sirve. Sería ocioso disimular que hay una enorme diferencia entre la posición de su hijo y la del mío. Debo añadir, sin embargo, que Henry tiene talento...

—Cosa que Edmund no tiene —interrumpió la señora Merdle con gran finura.

—... y que ese talento, combinado con cierto desencanto —prosiguió la señora Gowan—, lo ha llevado a buscar... ay de mí, ya sabe usted, querida. En fin, dado que

la posición de Henry es distinta, la cuestión es qué grado de desigualdad puedo aceptar para su matrimonio.

La señora Merdle estaba tan entretenida con la contemplación de sus brazos (unos brazos bien torneados, el mejor expositor para las pulseras) que durante un rato no contestó. Al final, el silencio hizo que reaccionara, cruzó los brazos y, con una presencia de ánimo admirable, miró a su amiga a la cara y preguntó:

—¿Ah, sí? ¿Y qué?

—Pues que me gustaría saber lo que opina usted de este caso.

En este momento, el loro, que desde su último grito se sostenía sobre una sola pata, se echó a reír a carcajadas, se balanceó con aire burlón sobre las dos patas y volvió a erguirse sobre una sola mientras esperaba una respuesta con la cabeza tan torcida como le era posible.

—Parece muy materialista preguntar qué va a recibir el caballero además de la dama —dijo la señora Merdle—. Pero quizá la Sociedad sea un poquito materialista, querida.

—Por lo que he podido deducir —contestó la señora Gowan—, creo que Henry se verá libre de sus deudas...

—¿Tiene muchas? —preguntó la señora Merdle a través del monóculo.

—Me parece que alcanzan una cifra tolerable —contestó la señora Gowan.

—Es decir, dentro de lo normal —dijo la señora Merdle, observándola con aire relajado.

—Y creo que el padre les dará una renta de tres mil al año, o quizá algo más, que en Italia...

—Oh, ¿se van a Italia? —preguntó la señora Merdle.

—Para que Henry estudie. No le costará mucho adivinar qué, querida. Eso tan terrible que es el arte...

Sin duda, no hacía falta decir nada más. La señora Merdle se apresuró a impedir que su afligida amiga prosiguiera, ya lo entendía.

—Y nada más —dijo la señora Gowan moviendo la cabeza abatida—. ¡Nada más! —repitió la señora Gowan, plegando el abanico y golpeándose con él la barbilla (la papada estaba en camino de convertirse en otra barbilla; en aquel momento, tenía ya barbilla y media)—. Cuando mueran sus padres, llegará algo más, pero no sé con qué limitaciones o restricciones. Y pueden vivir años. Querida, son precisamente de este tipo de personas.

La señora Merdle, que conocía la Sociedad de su amiga muy bien y sabía cómo eran las madres de la Sociedad y cómo eran las hijas de la Sociedad y cómo estaba el mercado matrimonial en la Sociedad, qué precios se imponían, qué tramas y contratramas se organizaban para los mejores compradores y qué gangas y chalanerías se imponían, pensó, en lo más profundo de su amplio pecho, que el

partido era razonablemente bueno. Sin embargo, como sabía lo que se esperaba de ella y percibía la naturaleza exacta de la ficción que había que alimentar, se hizo cargo del caso con delicadeza y aportó el brillo requerido.

—¿Y ya está, querida? —preguntó con un suspiro amistoso—. ¡Bueno, bueno! No es culpa suya, usted no tiene nada que reprocharse. Debe recurrir a esa fortaleza de carácter bien conocida de todos y poner al mal tiempo buena cara.

—La familia de la joven ha hecho todo lo posible y ha tomado todas las disposiciones, como dicen los abogados, para tenerlo y retenerlo —señaló la señora Gowan.

—Claro que sí, no me cabe duda —dijo la señora Merdle.

—He insistido en todas mis objeciones y me he preocupado día y noche buscando la manera de alejar a Henry de esta relación.

—No me cabe duda, querida —repitió la señora Merdle.

—Y no ha servido para nada. Todo se ha derrumbado. Dígame, querida, ¿tengo razón al ceder al fin, aunque sea a regañadientes, y permitir que Henry se case con gente que no pertenece a la Sociedad? ¿O bien he actuado con una debilidad imperdonable?

Al contestar a esta pregunta directa, la señora Merdle (en su papel de sacerdotisa de la Sociedad) garantizó a la señora Gowan que su actitud había sido encomiable, que era muy comprensible su postura y que había sido puesta a prueba en el crisol de la aflicción^[29]. Y la señora Gowan que, por supuesto, veía perfectamente lo que había detrás de este manido subterfugio y sabía que la señora Merdle también lo veía perfectamente, pasó por el trámite, igual que había llegado, con aire grave y satisfecho de sí misma.

La reunión se había celebrado a las cuatro o las cinco de la tarde, cuando toda la zona de Harley Street, Cavendish Square, resonaba con ruedas de carruajes y aldabonazos dobles. Así estaban las cosas cuando el señor Merdle regresó a casa después de haberse ocupado, como cada día, de que el nombre de la Gran Bretaña fuera cada vez más respetado en todos los rincones del mundo civilizado capaces de apreciar la empresa comercial mundial y las combinaciones de habilidad y capital en proporciones gigantescas. Porque, aunque nadie sabía con precisión en qué consistían los negocios del señor Merdle, excepto que tenían que ver con amasar dinero, todo el mundo los definían con tales palabras en las ocasiones ceremoniosas, en una versión moderna de la parábola del camello y la aguja que obligaba a aceptar los hechos sin hacerse preguntas.

Para ser un caballero al que se le había encomendado tan espléndido trabajo, parecía un poco vulgar, casi como si, en el curso de sus múltiples transacciones, hubiera intercambiado accidentalmente la cabeza con la de algún ser inferior. Se presentó ante las damas mientras daba un triste paseo por su mansión sin otro

objetivo aparente que escapar de la presencia del mayordomo principal.

—Les ruego que me perdonen —dijo, confuso—; pensaba que aquí sólo estaba el loro.

Sin embargo, mientras la señora Merdle decía: «Pase, pase», y la señora Gowan anunciaba que ya se marchaba y se ponía en pie, el señor Merdle entró y se detuvo a mirar por una ventana apartada, con las manos cruzadas bajo los inquietos puños de la levita, agarrándose las muñecas como si quisiera llevarse preso ante la autoridad. En esta actitud cayó en un estado de ensoñación del que lo despertó su esposa llamándolo desde la otomana cuando llevaban ya un cuarto de hora solos.

—¿Eh? ¿Sí? —contestó el señor Merdle volviéndose hacia ella—. ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? —repitió la señora Merdle—: lo que pasa es que imagino que no ha oído usted ni una palabra de mi malestar.

—¿Su malestar, señora Merdle? —dijo el señor Merdle—. No sabía que tuviera ningún malestar...

—Oh, mi malestar con usted —dijo la señora Merdle.

—Oh, conmigo —dijo el señor Merdle—. ¿Qué es... qué he... de qué se queja usted, señora Merdle? —Distraído y ausente como estaba, tardó un poco en formular la pregunta. Como en un débil intento de convencerse de que era el amo de la casa, concluyó amenazando al loro con el índice, el cual expresó su opinión clavándole inmediatamente el pico—. Decía usted, señora Merdle —dijo el señor Merdle, llevándose el dedo herido a la boca—, que tenía una queja contra mí.

—Una queja que, el mero hecho de tener que repetirla, demuestra su fundamento —dijo la señora Merdle—. Bien podría habérselo contado todo a la pared. Mejor habría sido que se lo dijera al pájaro; al menos, él habría gritado.

—Supongo que no querrá usted que grite, señora Merdle —indicó el señor Merdle, tomando asiento.

—La verdad es que no lo sé —contestó la señora Merdle—, pero lo preferiría a verlo a usted tan malhumorado e inquieto. Creía que, al menos, podría ser sensible a lo que sucede a su alrededor.

—Es posible gritar y no por ello ser más sensible, señora Merdle —dijo el señor Merdle con pesar.

—Y se puede ser muy obstinado, como usted en este momento, sin gritar —contestó la señora Merdle—. Es bien cierto. Si desea saber cuál es el motivo de mi malestar, le diré, en palabras bien sencillas, que no puede usted frecuentar la Sociedad a menos que pueda usted acomodarse a sus exigencias.

El señor Merdle, mesándose los escasos cabellos que le quedaban, se levantó de un brinco como si éstos hubieran tirado de él.

—¿Cómo? —exclamó—. Por todos los demonios, señora Merdle, ¿quién hace más que yo por la Sociedad? ¿Ve esta casa, señora Merdle? ¿Ve estos muebles, señora

Merdle? ¿Se mira en el espejo y se ve usted, señora Merdle? ¿Sabe cuánto cuesta todo esto y quién lo paga? ¿Y me dice que no debería frecuentar la Sociedad? ¿Yo, que la riego de dinero de esta manera? Si podría decirse que todos los días me pongo los arreos de un carro de regar lleno de dinero y me dedico a empapar a la Sociedad.

—Le ruego que no se ponga violento, señor Merdle —dijo la señora Merdle.

—¿Violento? —exclamó el señor Merdle—. Me desespera usted. No sabe ni la mitad de todo lo que hago para adaptarme a la Sociedad. No sabe nada de los sacrificios que hago por ella.

—Sé que recibe usted a lo mejor del país —dijo la señora Merdle—. Sé que se mueve en la Sociedad más destacada. Y creo que sé (en fin, para no andarme con rodeos, sé que sé) quién lo mantiene a usted ahí, señor Merdle.

—Señora Merdle —contestó el caballero, secándose el rostro apagado, en el que alternaban tonos rojizos y amarillentos—, yo lo sé tan bien como usted. Si no fuera usted un adorno para la Sociedad ni yo un benefactor de la Sociedad, no estaríamos juntos. Cuando digo benefactor quiero decir una persona que le da todo tipo de cosas caras para comer, para beber y para mirar. Y decirme a mí que no estoy preparado, después de todo lo que he hecho por ella, después de todo lo que he hecho por la Sociedad... —repitió el señor Merdle con tanto énfasis que su mujer abrió los ojos asustada—... después de todo esto, de todo esto, decirme a mí que no tengo derecho a mezclarme con la Sociedad es una bonita recompensa.

—Lo que quería decir —respondió la señora Merdle con calma— es que debería usted intentar adaptarse a la Sociedad comportándose de modo más *dégagé*^[30], sin tantas preocupaciones. Resulta muy vulgar que lleve usted siempre encima los asuntos de negocios.

—¿Que llevo siempre encima los negocios? —preguntó el señor Merdle—. ¿Cómo?

—¿Que cómo los lleva? Mírese al espejo —dijo la señora Merdle.

Involuntariamente, el señor Merdle volvió los ojos hacia el espejo más cercano mientras la sangre le iba subiendo a las sienes, y preguntó lentamente si uno era responsable de sus digestiones.

—Tiene usted un médico —contestó la señora Merdle.

—No me sirve de nada —dijo el señor Merdle.

La señora Merdle cambió de terreno.

—Además —dijo ella—, lo de su digestión es una tontería. No hablo de digestiones. Hablo de modales.

—Señora Merdle —replicó su marido—: eso lo dejo en sus manos. Usted pone los modales y yo pongo el dinero.

—No espero de usted que cative a la gente —prosiguió la señora Merdle, acomodándose en los cojines—. No quiero que se tome la molestia ni que intente ser

fascinante. Sólo le pido que no se preocupe por nada (o que no parezca preocuparse por nada), igual que los demás.

—¿Alguna vez he dicho que me preocupara algo? —preguntó el señor Merdle.

—¿Decirlo? ¡No! ¡Nadie le haría caso si lo dijera! Pero lo demuestra.

—¿Demuestro qué cosa? ¿Qué demuestro? —se apresuró a preguntar el señor Merdle.

—Ya se lo he dicho. Demuestra que lleva consigo sus negocios, inquietudes y proyectos en lugar de dejarlos en la City o en el lugar que les corresponda —dijo la señora Merdle—. O eso parece. Y basta con que lo parezca: no pido más. Que no parezca más inquieto por sus cálculos y asuntos que si fuera un carpintero.

—¡Un carpintero! —repitió el señor Merdle, ahogando algo así como un gemido—. No me importaría nada ser carpintero, señora Merdle.

—Y mi malestar se debe —prosiguió la dama, sin hacer caso de aquella respuesta indigna— a que eso no está a tono con la Sociedad y debería usted corregirlo, señor Merdle. Si pone en duda mi juicio, pregúnteselo usted a Edmund Sparkler.

La puerta de la sala se había abierto y la señora Merdle examinaba la cabeza de su hijo a través del monóculo.

—Edmund, acércate.

El señor Sparkler, que se había limitado a asomar la cabeza y a mirar por la habitación sin entrar (como si buscara en la sala a la joven dama muy sensata), metió el cuerpo después de la cabeza y se detuvo ante ellos. La señora Merdle, en unas pocas palabras adaptadas a su capacidad, formuló la cuestión sobre la que estaban discutiendo.

El joven caballero, tras palparse el cuello de la camisa como un hipocondríaco que se tomara el pulso, señaló que «lo había oído comentar».

—Edmund Sparkler lo ha oído comentar —proclamó la señora Merdle, con un aire de lánguido triunfo—. ¡Vaya! ¡No cabe duda de que todo el mundo lo ha oído comentar!

Deducción que, en realidad, no tenía nada de descabellada, puesto que era probable que, en cualquier congregación de seres humanos, el señor Sparkler fuera la última persona en enterarse de algo sucedido en su presencia.

—Y seguro que Edmund Sparkler le dirá qué es lo que ha oído —prosiguió la señora Merdle, señalando a su marido con su mano favorita.

—No puedo —dijo el señor Sparkler después de tomarse el pulso, como había hecho antes—. No puedo decirlo porque tengo una memoria pésima. Pero estaba en compañía del hermano de una chica estupenda, muy bien educada, muy sensata, en ese momento...

—¡Venga! Da lo mismo la hermana —señaló la señora Merdle un poco impaciente—. ¿Qué dijo el hermano?

—No dijo ni una palabra, señora —contestó el joven Sparkler—. Era un chico tan callado como yo. Y le costaba tanto como a mí hacer alguna observación.

—Pero alguien dijo algo —insistió la señora Merdle—, fuera el hermano u otra persona.

—No me preocupa en absoluto —dijo el señor Sparkler.

—Pero cuéntanos qué dijo.

El señor Sparkler se tomó de nuevo el pulso e intentó aplicarse una disciplina severa antes de contestar:

—Unos tipos que hablaban de mi jefe, así lo llaman ellos, lo alababan porque mi jefe era inmensamente rico y experto, un gran negociante y banquero y todo eso, pero dijeron que llevaba a cuestras la tienda. Dijeron que llevaba la tienda a la espalda, como un sastre judío con demasiado trabajo.

—Cosa que expresa claramente mi malestar —dijo la señora Merdle, poniéndose en pie envuelta en metros de tela—. Edmund, dame el brazo y acompáñame al piso de arriba.

El señor Merdle, una vez a solas, se puso a pensar en cómo podía adaptarse mejor a la Sociedad, miró las nueve ventanas, una tras otra, y pareció ver nueve paisajes desolados. Al cabo de un rato, bajó la escalera y observó atentamente todas las alfombras de la planta baja; después subió de nuevo y observó atentamente todas las alfombras del primer piso; como si fueran profundidades tan sombrías como su alma oprimida. Vagó por todas las habitaciones, como siempre, como la persona de este mundo que menos pintara en aquel lugar. La señora Merdle bien podía pregonar tanto como quisiera que pasaba en casa un buen número de noches de la temporada; no obstante, saltaba a la vista que el señor Merdle, aunque estuviera presente físicamente, nunca se sentía en su casa.

Al final se topó con el jefe de los mayordomos, cuya visión siempre lo dejaba agotado. Aniquilado por aquella gran criatura, se metió en su vestidor y ahí se quedó encerrado hasta que salió a cenar con la señora Merdle en su bello coche de caballos. En la cena, y gracias a su poder, fue envidiado, halagado, atesorado, adjudicaturado y obispeado a voluntad; y una hora después de medianoche regresó solo y, después de que el mayordomo jefe lo apagara en el vestíbulo de su casa, como si fuera una vela, se fue suspirando a la cama.

Henry Gowan y el perro se convirtieron en visitantes regulares de la casa de campo y se fijó el día de la boda. Convocaron a todos los Barnacle para la ocasión con intención de que aquella familia tan distinguida y numerosa diera lustre a la celebración del matrimonio en la medida en que un acontecimiento tan deslucido podía ser lustroso.

Habría sido totalmente imposible reunir a toda la familia Barnacle por dos motivos: en primer lugar, porque no había edificio capaz de albergar a todos los miembros y conocidos de casa tan ilustre. En segundo lugar, porque ahí donde había una pequeña superficie británica bajo el sol o la luna con un cargo público, tenía un Barnacle adherido. Ningún navegante intrépido podía plantar una bandera en un rincón de la tierra y tomar posesión de él en nombre de Gran Bretaña sin que, tan pronto como se supiera, el Negociado de Circunloquios enviara a un Barnacle y una valija. Así pues, en cualquier lugar del mundo había algún Barnacle *valijando* los cuatro puntos cardinales.

Aunque ni siquiera el portentoso arte del mismo Próspero^[31] habría conseguido reunir a todos los Barnacle procedentes de todos los rincones del océano y de todos los puntos de la tierra firme en los que no había nada que hacer (excepto complicar la existencia) ni nada que meterse en el bolsillo, era perfectamente posible reunir a un buen puñado de ellos. La señora Gowan se aplicó a tal efecto y se dedicó a visitar asiduamente al señor Meagles con nuevos nombres para la lista de invitados, y celebró conferencias con este caballero cuando no estaba ocupado (como sucedía por lo general, en esas fechas) examinando y pagando las deudas de su futuro yerno en la oficina de la balanza y la palita.

El señor Meagles sentía más interés por la presencia de uno de los invitados a la boda que por el más encopetado de los Barnacle, aunque estaba lejos de ser insensible al honor de semejante compañía. Este invitado era el señor Clennam, el cual, una noche de verano, entre los árboles, se había hecho una promesa que consideraba sagrada, y en su caballeroso corazón se consideraba atado a diversas obligaciones. Se había impuesto olvidarse de sí mismo y prestarle servicio a ella en todo momento; así que, para empezar, contestó al señor Meagles alegremente: «Por supuesto que asistiré».

Su socio, Daniel Doyce, era para el señor Meagles una piedra en el camino, ya que no tenía claro que fuera posible mezclarlo con tanto barnacleísmo funcional sin producir una mezcla explosiva, incluso en el banquete de boda. Sin embargo, este

delincuente nacional lo liberó del peso al presentarse un día en Twinckenham para rogarle que, con la libertad que le daba ser un viejo amigo muy apreciado, no lo invitara.

—Dado que, cuando yo trataba con esos caballeros me proponía cumplir con un servicio y una obligación públicas y, en cambio, su tarea era ponerme obstáculos haciéndome perder la paciencia, me parece preferible que no comamos ni bebamos juntos como si fuéramos amigos.

Al señor Meagles le pareció divertida la excentricidad de su amigo y, con aire protector y más paternalista que nunca, le contestó:

—Bueno, Dan, es una idea un tanto excéntrica, pero que sea como usted quiera.

A medida que la fecha se acercaba, Clennam intentó dejar claro a Henry Gowan, con sencillez y sin alharacas, que quería, de modo franco y desinteresado, ofrecerle su amistad en el grado que considerara oportuno. Gowan le correspondió tratándolo con su habitual desenvoltura y una exhibición de confianza que poco tenía de auténtica confianza.

—Mire, Clennam —señaló una vez en el curso de una conversación, mientras paseaban cerca de la casa, a sólo una semana de la boda—. Soy un hombre desencantado, eso ya lo sabe usted.

—Le doy mi palabra de que no tengo la menor idea de por qué podría estarlo —contestó Clennam, un poco violento.

—Bueno —contestó Gowan—; pertenezco a un clan, a una camarilla, a una familia o a un ambiente, como quiera usted llamarlo, que podría haberme buscado un puesto de cincuenta maneras distintas, pero decidió no hacerlo. Así que sólo soy un pobre artista.

—Pero, por otra parte... —empezó a decir Clennam.

—Sí, sí, ya lo sé —interrumpió Gowan—. Tengo la fortuna de que me quiera una joven hermosa y encantadora a la que yo también quiero con todo mi corazón. —«Como si eso fuera gran cosa», pensó Clennam, e inmediatamente se avergonzó de sí mismo—. Y he encontrado un suegro que es un tipo magnífico y muy generoso. Sin embargo, cuando me lavaban y peinaban de pequeño, me metían otras ideas en la cabeza; me las llevé al colegio cuando ya me lavaba y peinaba solo; ahora ya no las tengo y, por lo tanto, soy un hombre desencantado.

Clennam se preguntó (y, de nuevo, se avergonzó de sí mismo) si tal afirmación de desencanto no sería la dote del novio después de haber intentado abrirse paso en la vida, y si podía considerarse esperanzadora o prometedora.

—No será un desencanto muy amargo, me parece —dijo en voz alta.

—No, no lo es —contestó Gowan, echándose a reír—. Mi familia no se lo merece, aunque son encantadores y siento por ellos gran afecto. Además, es agradable demostrarles que puedo prescindir de ellos y pueden irse todos al diablo. Y,

por otra parte, son muchos los hombres desencantados en la vida de un modo u otro, e influidos por su desencanto. ¡Pero este mundo es maravilloso y me gusta!

—El futuro que se le ofrece es hermoso —dijo Arthur.

—Hermoso como este río en verano —exclamó Gowan con entusiasmo—. Y por Júpiter que lo admiro con entusiasmo y me gustaría disputar en él una carrera. Es el mejor de los viejos mundos y mi profesión es la mejor de todas, ¿no es cierto?

—Está llena de interés y ambición, me parece a mí —dijo Clennam.

—E imposturas —añadió Gowan con una carcajada—. No olvidemos las imposturas. Espero no fallar, pero tal vez se ponga de manifiesto mi condición de hombre desencantado. Quizá no sea capaz de hacerle frente con la gravedad necesaria. Entre nosotros, le diré que tal vez sea ya un hombre demasiado desencantado para poder hacerlo.

—¿Para hacer qué cosa? —preguntó Clennam.

—Para aguantar el tipo. Para aprovechar la oportunidad cuando surja, como la aprovecha el vecino cuando le surge a él, y seguir fomentando el espejismo. Mantener la impostura del trabajo, el estudio, la paciencia, la devoción al arte, la dedicación de muchos días solitarios, el abandono de los placeres, la vida entregada al arte y todo eso... es decir, seguir fomentando el espejismo según las normas.

—Pero es bueno que un hombre respete su vocación, sea la que sea; que sienta la necesidad de mantenerla en un lugar honroso y exigir de los demás el respeto que merece, ¿no es cierto? —razonó Arthur—. Y su vocación, Gowan, bien puede pedirle esa entrega. Confieso que había pensado que todo arte la exigía.

—¡Qué buena persona es usted, Clennam! —exclamó el otro, deteniéndose para mirarlo como preso de una admiración irreprimible—. Qué bien se ve que nunca ha sido un hombre desencantado.

Si Gowan hubiera hablado en serio, la frase habría sido tan cruel que Clennam tomó la firme decisión de creer que no lo decía en serio. Gowan, sin detenerse, le puso la mano en el hombro y, riendo alegremente, prosiguió:

—Clennam, no quiero disipar sus generosos puntos de vista y daría el dinero que fuera (si lo tuviera) por vivir en una nube rosa como la suya. Pero todo lo que pinto es para venderlo. Todo lo que hacen mis colegas es con esa intención. Si no quisiéramos vender nuestra obra por la mayor cantidad posible, no la pintaríamos. La obra hay que hacerla, pero eso es fácil. Y todo lo demás es palabrería. Ésta es una de las ventajas (o desventajas) de conocer a un hombre desencantado: oye usted la verdad.

Todo lo que acababa de oír, mereciera ser considerado verdad o no, caló hondo en el espíritu de Clennam. Arraigó de tal modo que empezó a temer que Henry Gowan se convirtiera definitivamente en un problema para él, y que, en realidad, nada hubiera ganado al despedir a Nadie con todas sus incoherencias, inquietudes y contradicciones. Se encontró con que íntimamente seguía debatiéndose entre la

promesa de presentar a Gowan sólo en su mejor faceta ante el señor Meagles y la contemplación obligada de facetas que nada tenían de buenas. El carácter recto de Clennam tampoco podía secundar recelos que él mismo distorsionaba en perjuicio de Gowan mientras se recordaba que nunca había sido su intención hacer tales descubrimientos y que los habría evitado con gusto y alivio. Porque él no podía olvidar el pasado y sabía que, en otro tiempo, Gowan le desagradaba por el mero hecho de haberse interpuesto en su camino.

Hostigado por estos pensamientos, empezó a desear que la boda pasara, y que Gowan y su joven esposa se marcharan, dejándolo solo para cumplir su promesa hasta el final y desempeñar el generoso papel que había aceptado. Lo cierto era que aquella última semana se había convertido en un incómodo intervalo para toda la casa. Delante de Gowan o de Tesoro, el señor Meagles estaba radiante; pero, en más de una ocasión, Clennam lo había visto a solas, mirando con los ojos turbios la balanza y la palita, y a menudo siguiendo con la mirada a los enamorados, en el jardín o en otro lugar, cuando ellos no lo veían, con la antigua expresión nublada en la que Gowan había caído como una sombra. En el arreglo de la casa para el gran acontecimiento, tuvieron que retirar muchos pequeños recuerdos de los viajes de padre, madre e hija, y éstos pasaron de mano en mano; y, alguna vez, mientras los contemplaban en silencio y pensaban en la vida que habían llevado juntos, incluso Tesoro sucumbía a los lamentos y las lágrimas. La señora Meagles, la más alegre y atareada de las madres, iba de un lado a otro cantando y consolando a todo el mundo; pero ella misma, alma sincera, de vez en cuando se escapaba al trastero, donde lloraba hasta que tenía los ojos rojos; cuando salía, achacaba su aspecto a que había picado cebollas y pimienta, mientras cantaba con voz más clara que nunca. La señora Tickit, que no hallaba bálsamo para el alma herida en la *Medicina doméstica* del doctor Buchan, se sentía abatidísima y estaba muy conmovida por los recuerdos de la infancia de Minnie. Cuando éstos la dominaban, le mandaba mensajitos secretos en los que le comunicaba que no estaba vestida para bajar al salón y solicitaba ver a «su niña» en la cocina; allí bendecía el rostro de la niña, el corazón de la niña y abrazaba a la niña en una mezcla de lágrimas y felicitaciones, tablas de picar, rodillos de amasar y masas de empanada, con la ternura, tan conmovedora, de los viejos sirvientes.

Pero todo lo que tiene que llegar llega, y el día de la boda tenía que llegar y llegó, y con él llegaron todos los Barnacle invitados al banquete. Ahí estaba Tite Barnacle, del Negociado de Circunloquios y de Mews Street, Grosvenor Square, con la cara señora de Tite Barnacle, de soltera Stiltstalking, la mujer que conseguía que los días de cobro trimestral parecieran no llegar nunca, y las tres caras señoritas Barnacle, cargadas de méritos y dispuestas a salir disparadas, si bien no se disparaban con el destello y la explosión que cabría esperar y más bien parecían armas de disparo

retardado. También había venido el joven Barnacle del Negociado de Circunloquios, que había abandonado el tonelaje del país, que en teoría estaba bajo su tutela, a su propia suerte y, a decir verdad, no por ello se encontraba en peor situación. Y el encantador joven Barnacle, de la rama más briosa de la familia, también del Negociado de Circunloquios, echando una mano con amabilidad y alegría como una más de las tareas del departamento eclesiástico de «cómo no hacer las cosas». Había otros tres jóvenes Barnacle de otros tres negociados, insípidos para todos los sentidos y extremadamente carentes de sabor, dedicados a «hacer» la boda de la misma manera que habrían «hecho» el Nilo, la Roma clásica, un nuevo cantante o Jerusalén.

Pero había una pieza mayor aún: lord Decimus Tite Barnacle en persona, en olor de Circunlocución, el mismo olor de las valijas diplomáticas. Sí, ahí estaba lord Decimus Tite Barnacle, que había ascendido a las más altas esferas del funcionariado en alas de una idea indignada, que consistía, señores, en que aún tiene alguien que explicarme cómo puede ser competencia de un ministro de esta nación libre poner límites a la filantropía, entorpecer la caridad, encadenar el espíritu público, contraer la empresa y sofocar la confianza en sí mismo del pueblo. En otras palabras, todavía había que explicarle a aquel gran hombre de Estado que era competencia del timonel del barco no hacer otra cosa que prosperar en tierra con el comercio privado de trapicheos y chalaneos cuando la tripulación podía, a fuerza de bombear, mantener el barco a flote sin él. Con este sublime descubrimiento en el gran arte de «cómo no hacer las cosas», lord Decimus había conservado mucho tiempo la más elevada gloria de la familia Barnacle; y, por mucho que algún mal aconsejado miembro de alguna de las dos cámaras intentara «hacer las cosas» presentando un proyecto de ley, esa ley estaba muerta y enterrada cuando lord Decimus Tite Barnacle se ponía en pie en su escaño y decía solemnemente, alzándose con una majestad indignada entre los vítores de la circunlocución, que aún tenía alguien que explicarle, señores, cómo podía ser competencia suya como ministro de esta nación libre poner límites a la filantropía, entorpecer la caridad, encadenar el espíritu público, contraer la empresa y sofocar la confianza en sí mismo del pueblo. El descubrimiento de esa máquina de competencias era el descubrimiento del movimiento político perpetuo. Nunca se agotaba aunque diera siempre vueltas por todos los departamentos del Estado.

Y ahí, con su noble amigo y pariente lord Decimus, estaba William Barnacle, que había formado la famosísima coalición con Tudor Stiltstalking, y tenía su propia receta de «cómo no hacer las cosas»; a veces, mientras le daba una palmada al presidente de la Cámara de los Comunes y decía como gran novedad: «En primer lugar, le ruego, caballero, que informe a la Cámara de qué precedente tenemos en relación con las medidas a las que ese honorable caballero querría precipitarnos»; otras veces comunicaba al honorable caballero que él (William Barnacle) buscaría un precedente; y con frecuencia aplastaba ahí mismo al honorable caballero diciéndole

que no existía semejante precedente. En cualquier caso, «precedente» y «precipitar» eran, en toda circunstancia, los dos caballos de batalla parejos de aquel hábil circunloquista. Tanto daba que el infeliz honorable caballero llevara veinticinco años intentando en vano precipitar a William Barnacle hacia algún lugar; William Barnacle seguía planteando a la Cámara y (más o menos, en segundo lugar) a la Nación que iban a precipitarlo. Tanto daba que fuera totalmente imposible, vista la naturaleza de las cosas y el curso de los acontecimientos, que el infeliz honorable caballero tuviera la menor oportunidad de alegar un precedente; William Barnacle agradecería, de todos modos, al honorable caballero tan irónico entusiasmo y daría por zanjado el asunto diciéndole a la cara que *no* existía un precedente para lo que pedía. Tal vez podría objetarse que la sabiduría de William Barnacle no era tan grande, puesto que de haberlo sido la tierra que él mangoneaba nunca se habría creado o no habría pasado de ser barro estéril. Pero la combinación de «precedente» y «precipitar» aterrorizaba a la mayoría de la gente, que desistía de objetar.

Y también estaba ahí otro Barnacle, uno con mucho brío, que había saltado de cargo en cargo hasta veinte veces en rápida sucesión, ocupaba siempre dos o tres a la vez y que era el muy respetado inventor de un arte que practicaba con gran éxito y admiración en todos los gobiernos de los Barnacle. Éste consistía en que, cuando le formulaban una pregunta en el Parlamento sobre cualquier asunto, contestaba respondiendo a otra cualquiera. Le había sido de gran utilidad y por ese motivo lo tenían en alta estima en el Negociado de Circunloquios.

Y también había una serie de lapas parlamentarias, aún no del todo bien adheridas, en período de prueba para demostrar su total incompetencia. Esos Barnacle se encaramaban por las escaleras y se escondían en los pasillos esperando órdenes para conseguir que hubiera quórum en el Parlamento o que no lo hubiera; y escuchaban, exclamaban, vitoreaban y ladraban de acuerdo con las instrucciones de los patriarcas de la familia; y presentaban mociones que eran pura farsa para obstaculizar las mociones de otros; y ponían obstáculos para retrasar los asuntos desagradables a última hora del día y al final de las sesiones; entonces, con virtuoso patriotismo, decían que era demasiado tarde; y viajaban por toda la nación, ahí donde los enviaban, y juraban que lord Decimus había sacado al comercio del estupor y a la industria de un síncope, había duplicado la cosecha de cereal, había cuadruplicado la de heno e impedido que una cantidad sin límite volara del Banco de Inglaterra. Los patriarcas de la familia disponían de estos Barnacle como cartas inferiores a las figuras de la baraja y los mandaban a reuniones y cenas a prestar testimonio de los servicios que realizaban sus nobles y honorables parientes a los que loaban en todo tipo de brindis. Y, bajo órdenes similares, concurrían a todo tipo de elecciones y se levantaban de sus escaños en cuanto se les ordenaba, del modo menos razonable, para dejar paso a otros hombres; llevaban y traían, adulaban y trapicheaban, corrompían, y

tragaban montones de basura en un desempeño infatigable de sus tareas públicas. Y no había, en todo el Negociado de Circunloquios, una lista de posibles vacantes en ningún lugar durante medio siglo, desde la plaza de lord del Tesoro a la de cónsul en la China, pasando por la de gobernador general de la India, a la que no se hubieran adherido con avidez los nombres de algunas o todas estas lapas.

A la boda sólo asistía una pequeña muestra de cada clase de Barnacle, porque no había ni cuarenta y ¡qué es eso para una legión! Pero la pequeña muestra constituía una verdadera colonia en la casa de Twinckenham y la llenaba. Un Barnacle (ayudado por otro Barnacle) casó a la feliz pareja y correspondió al mismísimo lord Decimus Tite Barnacle entrar del brazo con la señora Meagles en el comedor.

La fiesta no fue tan bonita y espontánea como podría haber sido. El señor Meagles, si bien tenía en gran estima a la buena compañía, se sentía un poco cohibido y no era del todo él mismo. La señora Gowan sí era ella misma y eso no mejoraba las cosas para el señor Meagles. La ficción de que no había sido éste quien se había opuesto al matrimonio sino la grandeza de la Familia, y de que la grandeza de la Familia había acabado por ceder en una amable unanimidad, lo iba impregnando todo, aunque nadie lo dijera abiertamente. Los Barnacle, por su parte, tenían la sensación de que su relación con los Meagles terminaría en cuanto acabara aquella ocasión de mostrarse magnánimos, e idéntica sensación tenían los Meagles.

Entonces, Gowan, en calidad de hombre desencantado y resentido con su familia y que, tal vez, había permitido a su madre que invitara a los Barnacle tanto para fastidiarlos como con cualquier otro fin benevolente, aireó con ostentación su lápiz y su pobreza ante ellos y les dijo que esperaba que, con el tiempo, fuera capaz de ganar el pan para su mujer y que les rogaba que (dado que eran más afortunados que él) se acordaran de aquel pobre pintor cuando pudieran comprarle un cuadro. Entonces, lord Decimus, que maravillaba desde su pedestal del Parlamento, se reveló como el ser más verboso de la concurrencia: brindó por la felicidad del novio y de la novia con una serie de lugares comunes que habrían puesto los pelos de punta de cualquier discípulo o seguidor sincero, y trotó, con la vanidad de un elefante idiotizado, por desolados laberintos de frases que él parecía tomar por caminos principales que ni se le pasaba por la cabeza abandonar. Después, el señor Tite Barnacle no pudo dejar de aludir a una persona presente que habría sido capaz de alterar su pose de toda la vida para que lo retratara sir Thomas Lawrence, si es que tal alteración hubiera sido posible; y Barnacle junior comunicó, indignado, a dos insulsos caballeros, parientes suyos, que había ahí un individuo, ahí mismo, que había llegado a nuestro departamento sin cita previa y había dicho que quería saber, sabéis; y que, vaya, mira, bueno, si ahora dijera (porque nunca se sabe lo que un radical tan poco educado podía hacer a continuación), dijera, mira, vaya, que quería saber en aquel momento, mira, vaya, qué gracia, ¿verdad?

Para Clennam, el momento más agradable de la ceremonia fue también el más doloroso. Cuando el señor y la señora Meagles por fin se retiraron con Tesoro a la habitación con los dos cuadros (sin invitados), antes de acompañarla a la puerta que ya no volvería a cruzar como la Tesoro de siempre, la alegría de la casa, y se comportaron del modo más sencillo y natural. Incluso Gowan estaba conmovido y cuando el señor Meagles le dijo: «¡Oh, Gowan, cuídemela, cuídemela!», le contestó con un ferviente: «¡No se apene usted así, señor: le prometo que la cuidaré!».

Y con los últimos sollozos y las últimas palabras de afecto y la última mirada a Clennam, confiando en su promesa, Tesoro se recostó en el coche, su marido se despidió con la mano y partieron rumbo a Dover; pero antes, la fiel señora Tickit, con un traje de seda y unos rizos negríssimos, salió de repente de algún sitio y tiró los dos zapatos tras el carruaje: una aparición que produjo gran sorpresa entre la distinguida concurrencia que se asomaba a las ventanas.

Como dicha concurrencia no se sentía obligada a prolongar su estancia más tiempo y el patriarca de los Barnacle tenía mucha prisa (porque había que enviar unas cartas que, si no estaba presente, corrían el riesgo de llegar a su destino sin más dilación, barloventeando por los mares como el Holandés Errante, y había que tomar medidas complejas para detener el curso de un buen número de asuntos importantes que, de otro modo, corrían el peligro de salir adelante), cada uno tomó su camino después de asegurar afablemente al señor y la señora Meagles —con el tono altivo que empleaban siempre en sus comunicaciones oficiales con el inglés medio, esa desgraciada criatura— que su presencia ahí les había supuesto un sacrificio por el bien del señor y la señora Meagles.

Un triste vacío se instaló en la casa y en el corazón del padre, la madre y el señor Clennam. Al señor Meagles lo consolaba un único recuerdo.

—Es muy gratificante, Arthur —dijo—, mirar atrás.

—¿Al pasado? —Dijo Clennam.

—Sí... pero pensaba en la buena compañía.

Aunque en su momento se había sentido todavía más incómodo y triste, ahora le gustaba recordarla.

—Es muy gratificante —dijo, y repitió la observación varias veces a lo largo de la noche—. ¡Qué invitados tan distinguidos!

Capítulo XXXV

Lo que había leído el señor Pancks
en la mano de la pequeña Dorrit

Y llegó el momento en que Pancks, en cumplimiento del acuerdo con Clennam, le reveló toda la historia en la que él hacía el papel de gitano y le contó la buena fortuna de la pequeña Dorrit. El padre de la pequeña Dorrit era heredero legal de una gran propiedad cuya existencia se había ignorado durante mucho tiempo y, sin que nadie la reclamara, había ido acumulando rentas. En aquel momento sus derechos estaban claros, nada se interponía en su camino, las puertas de Marshalsea quedaban abiertas, los muros de Marshalsea habían caído; con un par de firmas de su puño y letra sería extraordinariamente rico.

Pancks había seguido la pista de aquellos derechos con una sagacidad inalterable y una paciencia y una discreción incansables.

—Cómo iba a pensar yo, señor Clennam —dijo Pancks—, cuando nos cruzamos en Smithfield aquella noche y le conté a qué me dedicaba, que esto terminaría así. Cómo iba a pensar yo cuando le pregunté si era usted de los Clennam de Cornualles que un día le contaría yo quiénes eran los Dorrit de Dorsetshire.

Pancks pasó a exponerlo todo con detalle: cómo, después de anotar en su agenda el apellido Dorrit, éste le había llamado la atención. Y como en muchas ocasiones había visto que no había consanguinidad probada, cercana ni lejana, entre dos apellidos idénticos originarios del mismo lugar, no le había dado mucha importancia, excepto para imaginar qué cambio tan sorprendente supondría para la condición de una simple costurera que se pudiera demostrar que tenía algún derecho sobre una heredad tan importante. Y cómo había seguido investigando porque, tal vez, algo en la menuda costurera le había gustado y había despertado su curiosidad. Cómo había avanzado, paso a paso, y cómo había ido «topeando» (ésa fue la expresión del señor Pancks) poco a poco. Cómo, al principio de la tarea descrita por este nuevo verbo — para hacerlo más expresivo, Pancks cerró los ojos y se sacudió el cabello que le caía por encima—, había pasado de luces y esperanzas repentinas a oscuridades y desesperanzas una, otra, varias veces. Cómo había hecho amigos en la cárcel con la intención deliberada de entrar y salir igual que otros entraban y salían; y cómo el primer rayo de luz había venido, sin que ellos lo supieran, del mismo señor Dorrit y su hijo, con los que había trabado conocimiento sin dificultad; había hablado mucho con los dos («pero siempre “topeando”, ya ve usted», dijo el señor Pancks), y había deducido, sin que lo sospecharan, dos o tres cuestiones de la historia de la familia que, a medida que resolvía algunas pistas, le habían sugerido otras. Cómo, al final, le

había parecido evidente que había descubierto en efecto sus derechos legales a una gran fortuna y que a ese descubrimiento sólo le faltaba el remate legal. Y cómo, llegados a este punto, había hecho jurar solemnemente a su casero, el señor Rugg, que guardaría el secreto y lo había incitado a colaborar en las tareas de topo. Cómo había contratado a John Chivery como único empleado y agente, ya que sabía por quién sentía devoción. Y cómo hasta el momento, cuando las autoridades que tenían poder en el Banco de Inglaterra y conocían la ley habían declarado que sus trabajos habían terminado, no habían confiado en nadie.

—De modo que, si todo se hubiera ido al garete en el último momento —concluyó Pancks—, pongamos que la víspera del día en que le enseñé a usted los papeles en el patio de la cárcel, o ese mismo día, sólo nosotros nos habríamos visto cruelmente decepcionados y nadie más habría perdido un solo penique.

Clennam, que durante toda la narración no había dejado de estrechar la mano de Pancks, gracias a estas últimas palabras recordó con una perplejidad que apenas atenuaba la revelación principal:

—Querido señor Pancks, todo esto tiene que haberle costado un dineral.

—Pues sí, bastante —dijo Pancks con aire triunfal—. No ha sido poco, aunque gastamos lo menos posible. Y el desembolso ha sido una dificultad añadida, permítame que le diga.

—¡Una dificultad! —repitió Clennam—. ¡Cuántas dificultades ha tenido que vencer en todo el proceso! —exclamó, estrechándole la mano de nuevo.

—Le diré cómo lo hice —dijo Pancks, encantado, enderezándose con un gesto el cabello hasta dejarlo tan exaltado como él mismo—. Primero, me gasté todo mi dinero, que tampoco era mucho.

—Lo siento —dijo Clennam—, aunque ahora ya no tenga importancia. ¿Y después?

—Después —contestó Pancks—, le pedí un préstamo a mi amo.

—¿El señor Casby? —preguntó Clennam—. Es un buen hombre.

—Un gran hombre, ¿verdad? —dijo Pancks, iniciando una serie de resoplidos un tanto secos—. Un tipo muy generoso. Un hombre muy confiado. Un tipo filántropo. ¡Un hombre benévolo! Al veinte por ciento. Y me comprometí a pagárselo, pero es que en nuestro negocio no pedimos menos.

Arthur se dio cuenta de que, en su entusiasmo, se había precipitado al sacar conclusiones.

—Le dije a ese fervoroso cristiano —prosiguió el señor Pancks, que, al parecer, disfrutaba con aquel epíteto— que tenía un proyecto entre manos muy prometedor. Le dije que era muy prometedor y que requería un poco de capital. Le propuse que hiciera el préstamo a mi nombre y eso hizo, al veinte por ciento. Y así lo anotó para que pareciera parte del capital. Si después de firmarlo me hubiera arruinado, habría

sido su siervo los siete años siguientes con la mitad de sueldo y el doble de trabajo. Pero ese hombre es un Patriarca perfecto y merece la pena servirlo con esas condiciones u otras cualesquiera.

Aunque le hubiera ido la vida en ello, Arthur no habría sabido decir si hablaba en serio o no.

—Cuando el dinero se acabó —siguió contando Pancks—, y lo cierto es se acabó, aunque lo gasté como si fuera mi propia sangre, ya había metido al señor Rugg en el secreto. Pedí prestado al señor Rugg (o a la señorita Rugg; es lo mismo; ganó un poco de dinero especulando en un tribunal civil). Me lo dejó al diez por ciento y a él todavía le parecía mucho. Pero el señor Rugg es pelirrojo y lleva el pelo corto. Y usa sombrero de copa alta y de ala estrecha. Y no va por ahí con aire benevolente como si fuera un patriarca.

—Merece usted una buena recompensa por todo esto —dijo Clennam.

—Confío en obtenerla, señor —contestó Pancks—. No he hecho ningún trato. En una ocasión hice uno con usted y ahora lo cumplo. Si se me devuelve el dinero que gasté, se me paga el tiempo dedicado y se zanja la deuda con el señor Rugg, para mí mil libras sería una fortuna. Dejo en sus manos el asunto y le autorizo a revelarlo todo a la familia del modo que le parezca más oportuno. La señorita Amy Dorrit estará con la señora Finching esta mañana. Y cuanto antes, mejor; nunca será demasiado pronto.

Esta conversación se celebró en el dormitorio de Clennam mientras éste estaba todavía acostado. El señor Packs había llamado a la puerta y lo había despertado muy temprano y, sin sentarse un momento ni quedarse quieto, le había revelado todos los detalles (ilustrándolos con una serie de documentos) a la cabecera de la cama. A continuación anunció que iba a ver al señor Rugg; parecía tan alterado como si necesitara de nuevo respaldo de éste; y, después de recoger todos sus papeles y estrechar de nuevo la mano de Clennam efusivamente, bajó las escaleras a toda velocidad y se marchó resoplando.

Como es natural, Clennam decidió ir directamente a ver al señor Casby. Se vistió y salió con tanta prisa que se encontró en la esquina de la casa del Patriarca casi una hora antes de que llegara la pequeña Dorrit; pero no lamentó que se le ofreciera la oportunidad de calmarse con un paseo tranquilo.

Cuando regresó a su calle y llamó con la brillante aldaba de latón, le informaron de que la pequeña Dorrit había llegado y lo acompañaron por las escaleras hasta la sala donde desayunaba Flora. La pequeña Dorrit no estaba, pero Flora sí y pareció tremendamente sorprendida al verlo.

—¡Santo cielo, Arthur!... ¡Doyce y Clennam! —exclamó la dama—. Quién iba a decir que lo vería a esta hora le ruego que disculpe el salto de cama porque nunca y menos con estos cuadros descoloridos que es peor pero nuestra común amiga está cosiéndome... No me importa decírselo porque imagino que sabrá usted que hay

cosas que se llaman falda y después de coserla tengo que probármela después del desayuno ése es el motivo de que me encuentre así aunque me gustaría mejor almidonada.

—Debo disculparme por venir de visita tan temprano y de modo tan inesperado, pero me perdonará usted en cuando sepa el motivo.

—En otros tiempos que han pasado para siempre, Arthur —prosiguió la señora Finching—, le ruego que me disculpe, Doyce y Clennam, mucho más correcto aunque más distante aunque la distancia también tenga su atractivo, aunque no lo pretenda, y supongo que depende considerablemente del punto de vista, pero otra vez me estoy yendo de tema y hace usted que pierda la cabeza... —con una mirada tierna, prosiguió—: en tiempos que han pasado para siempre iba a decir que habría sido extraño que Arthur Clennam (Doyce y Clennam es, por supuesto, algo muy distinto) tuviera que disculparse por aparecer en esta casa en cualquier momento, pero eso pertenece al pasado y el pasado no se repite a no ser que sea como el pepino, como decía el pobre señor F. cuando estaba de buen humor y por eso nunca lo comía.

Flora estaba preparando el té al entrar Arthur y se apresuró a terminar la operación.

—Papá —dijo, toda misterio y susurros, mientras cerraba la tapa de la tetera— está rompiendo el huevo recién puesto en el salón trasero mientras lee el artículo de economía como si fuera un pájaro carpintero y no tiene por qué saber que está usted aquí, y nuestra pequeña amiga, que bajará de cortar la tela en la mesa del piso de arriba, ya sabe usted que es de confianza.

Arthur le explicó entonces, con el menor número posible de palabras, que había venido a ver a su pequeña amiga y lo que tenía que comunicarle a ésta. Al saberlo, la asombrada Flora dio una palmada, se echó a temblar y derramó lágrimas de alegría y comprensión como la buena persona que era en realidad.

—Por amor de Dios, permítame que salga —dijo Flora, llevándose las manos a los oídos y dirigiéndose hacia la puerta— antes de que me ponga a gritar y lo estropee todo, y esa criaturilla que esta misma mañana parecía tan buena y pulcra y encantadora y tan pobre qué suerte ha tenido y cuánto la merece y se lo cuento a la tía del señor F., Arthur, ahora no Doyce y Clennam en esta ocasión ni nunca.

Arthur le dio permiso con un gesto de la cabeza, ya que Flora había cortado toda comunicación verbal. Ella asintió para darle las gracias y salió rápidamente de la sala.

Se oían ya los pasos de la pequeña Dorrit en las escaleras y al instante siguiente apareció por la puerta. Por muchos esfuerzos que hizo Clennam por guardar la compostura, resultó evidente que fue incapaz adoptar una expresión anodina y, en cuanto lo vio, Amy soltó la labor y exclamó:

—¡Señor Clennam! ¿Qué pasa?

—Nada, nada... es decir, nada malo. He venido para decirle algo, pero es un

golpe de fortuna.

—¿Un golpe de fortuna?

—¡Una maravillosa fortuna!

Se encontraban junto a una ventana y los ojos de la joven, llenos de luz, no se apartaban del rostro de Arthur. Éste la rodeó con un brazo al ver que estaba a punto de desmayarse. Ella le puso una mano en el brazo, en parte para sostenerse y en parte para seguir mirándolo. Sus labios parecieron repetir: «¿Un golpe de fortuna?». Él volvió a repetirlo en voz alta:

—¡Mi querida pequeña Dorrit! Se trata de su padre.

El hielo que cubría la pálida cara se rompió al oír esta palabra y la recorrieron luces y expresiones, todas ellas de dolor. La respiración era breve y acelerada, el corazón le latía más deprisa. Clennam habría estrechado el abrazo, pero veía que los ojos de Amy le rogaban que no se moviera.

—Su padre puede quedar libre esta semana. No lo sabe; tenemos que ir a decírselo. Puede quedar libre dentro de pocos días. Puede quedar libre dentro de pocas horas. ¡Recuerde que tenemos que ir a decírselo directamente desde aquí!

Esto hizo que Amy volviera en sí. Los ojos se le estaban cerrando, pero volvió a abrirlos.

—Aquí no acaba la buena noticia, aquí no acaba la buenísima noticia, mi querida pequeña Dorrit. ¿Le digo más?

Amy dijo que sí con los labios.

—Su padre no será un mendigo cuando quede libre. No le faltará de nada. ¿Le digo más? ¡Recuerde, todavía no lo sabe! Tenemos que ir a decírselo ahora mismo.

La pequeña Dorrit pareció suplicarle que le concediera unos instantes. Clennam la sostuvo con un brazo y, después de una pausa, agachó la cabeza para oír si decía algo.

—¿Me ha pedido que continúe?

—Sí.

—Su padre será rico. Es rico. Va a heredar una gran cantidad de dinero, son todos ustedes muy ricos. Doy gracias a Dios por que la más valiente y la mejor de las hijas haya recibido esta recompensa.

Clennam la besó, ella volvió la cabeza hacia su hombro, alzó los brazos para rodearle el cuello y exclamó: «Padre, padre, padre»; entonces se desmayó.

En este momento entró Flora y se ocupó de ella; empezó a revolotear alrededor del sofá mezclando atenciones afectuosas e incoherentes fragmentos de conversación de una manera tan confusa que no fue posible saber si insistía en que Marshalsea tomara una cucharadita de rentas acumuladas, que le sentaría muy bien, o si felicitaba al padre de la pequeña Dorrit por haber entrado en posesión de cien mil frasquitos olorosos; o si ponía setenta y cinco mil gotas de esencia de espliego en cincuenta mil libras de terrones de azúcar, y animaba a la pequeña Dorrit a tomar este estimulante,

o si bañaba la frente de Doyce y Clennam con vinagre y daba un poco de aire al difunto señor F. Un arroyo de confusión afluyó, además, desde el dormitorio contiguo, donde, al parecer, la tía del señor F., a juzgar por su voz, se hallaba en posición horizontal, esperando el desayuno; y desde su *boudoir* esta dama inexorable soltaba breves pullas, cuando lograba hacerse oír, del tipo: «¡No crean que es cosa suya!» y «¡No tiene ningún mérito!» o «¡Tardará mucho en poner de su dinero!», todas ellas destinadas a despreciar el papel de Clennam en el descubrimiento y a expresar su inveterada opinión de él.

Pero el deseo de la pequeña Dorrit de ir a ver a su padre para llevarle las buenas noticias y no dejarlo en la cárcel un momento más, ignorante de la felicidad que lo aguardaba, hizo más para acelerar su recuperación que todas las habilidades y atenciones del mundo.

—Venga conmigo a ver a mi querido padre, ¡le ruego que venga a decírselo a mi querido padre! —fueron las primeras palabras que dijo. Su padre, su padre. Sólo hablaba de él, sólo pensaba en él. Arrodillándose y expresando su gratitud con los brazos en alto, daba las gracias por su padre.

La ternura de Flora se desbordó al verla y, entre las tazas y platos, soltó un torrente de lágrimas y palabras:

—Declaro que nunca me había emocionado tanto desde que su mamá y mi papá, Doyce y Clennam en esta ocasión, pero dele a la pobre criatura una tacita de té y llévesela a los labios le ruego Arthur, ni siquiera con la última enfermedad del señor F. porque esa era de otro tipo y la gota no es cosa de niños aunque sea muy dolorosa y el señor F. fue un mártir con la pierna en reposo y el comercio de vinos también es inflamatorio y a quién le extraña parece un sueño sin duda esta mañana no podré pensar en otra cosa y ahora tienen un filón de dinero de verdad pero tiene que tomárselo cariño para ser fuerte y decírselo y no a cucharadas sería mejor llamar a mi médico porque aunque el sabor es cualquier cosa menos agradable me fuerzo a tomarlo porque él me lo ha recetado y me sienta bien preferiría no tomarlo querida pero lo hago por obligación, todo el mundo la felicitará, algunos de verdad y otros no y muchos la felicitarán de todo corazón pero nadie más que yo se lo aseguro de todo corazón aunque diga tonterías y Arthur no Doyce y Clennam adiós querida y Dios la bendiga y que sea muy feliz y disculpe la libertad que me tomo y le prometo que este vestido que estaba haciendo no lo terminará nadie sino que quedará como recuerdo tal como está y lo llamaré pequeña Dorrit aunque es el nombre más raro que he oído en mi vida y yo nunca la llamé así y nunca lo haré.

Así se expresó Flora al despedirse de su querida amiga. La pequeña Dorrit le dio las gracias, la abrazó una y otra vez; finalmente, salió de la casa con Clennam, cogieron un coche y partieron hacia Marshalsea.

Fue un viaje extrañamente irreal por las viejas calles miserables, envuelto en la

sensación de ir alejándose de ellas rumbo a un mundo más etéreo de riqueza y *grandeur*. Cuando Arthur Clennam le dijo a Amy que no tardaría en viajar en su propio coche por parajes muy distintos, cuando todas las experiencias que le eran familiares se hubieran desvanecido, la joven pareció asustada. Pero cuando Clennam dijo lo mismo de su padre, y le contó que iría en su propio coche y que sería un gran señor, brotaron rápidamente lágrimas de alegría e inocente orgullo. Al ver que la felicidad que Amy podía imaginar giraba siempre en torno a su padre, Arthur no dejó de hablar de él; y así circularon por las pobres calles de las cercanías de la cárcel para llevar la gran noticia al señor Dorrit.

Cuando el señor Chivery, que estaba de guardia, los dejó pasar a la portería, algo les vio en la cara que lo llenó de asombro. Se quedó mirándolos cuando entraron a toda prisa en la cárcel, como si los viera acompañados de un fantasma cada uno. Los dos o tres internos con los que se cruzaron los miraron también, se reunieron con el señor Chivery en los escalones de la portería y, espontáneamente, se les ocurrió que el Padre iba a ser puesto en libertad. A los pocos minutos se sabía en la más recóndita habitación del Internado.

La pequeña Dorrit abrió la puerta desde fuera y entraron los dos. El señor Dorrit estaba sentado leyendo el periódico, con la vieja bata gris y el viejo gorro negro, en el rayo de sol que entraba por la ventana. Tenía las lentes en la mano y acababa de volverse hacia la puerta; al principio, sorprendido por los pasos en las escaleras, ya que no los esperaba hasta la noche; sorprendido, después, al ver a Arthur Clennam en compañía de su hija. Cuando entraron, al anciano le asombró la misma expresión insólita que había llamado la atención en el patio. No se levantó ni dijo nada: dejó las gafas y el periódico a un lado y los miró con la boca entreabierta y los labios temblorosos. Cuando Arthur le tendió la mano, la tocó pero no en su estado habitual, y después se volvió hacia su hija, que se había sentado cerca de él, le había puesto las manos sobre los hombros y lo miraba con atención.

—¡Padre, esta mañana me han hecho muy feliz!

—¿Sí, querida?

—El señor Clennam me ha hecho muy feliz. Me ha traído una noticia buenísima para ti. Si con su bondad y su amabilidad no me hubiera preparado para recibirla, padre, creo que no habría podido soportarlo.

Estaba muy agitada y le caían las lágrimas por el rostro. El señor Dorrit se llevó una mano al corazón y miró a Clennam.

—Tranquilícese, señor —dijo Clennam—, y tómese un poco de tiempo para pensar. Piense en las mayores y mejores sorpresas de la vida. Todos hemos oído hablar de grandes y alegres sorpresas. No son frecuentes, pero estas cosas siguen pasando y no han terminado.

—¿Señor Clennam? ¿No han terminado? —Y en lugar de decir «para mí» se

llevó la mano al pecho.

—No —contestó Clennam.

—¿De qué sorpresa se trata? —preguntó, con la mano izquierda sobre el corazón; se interrumpió para llevar la mano derecha con las lentes a la altura de la mesa—: ¿Qué sorpresa puede esperarme?

—Deje que le conteste con otra pregunta. Dígame, señor Dorrit, cuál sería para usted la sorpresa más inesperada y más agradable. No tema imaginar o decir lo que le parezca.

El señor Dorrit miró fijamente al señor Clennam y, sin dejar de mirarlo, pareció envejecer de golpe. Detrás de la ventana, el sol daba en el muro coronado con pinchos afilados. Extendió lentamente la mano que tenía sobre el corazón y señaló el muro.

—Ya no está —anunció Clennam—. ¡Ha desaparecido!

El señor Dorrit seguía en la misma actitud, mirándolo fijamente.

—Y en su lugar —prosiguió Clennam, hablando despacio y con mucha claridad— están los medios para poseer y disfrutar lo mejor, aquello de lo que estos muros le han privado tanto tiempo. Señor Dorrit, sin duda dentro de pocos días será usted libre y tendrá una situación muy próspera. Lo felicito de todo corazón por este cambio de fortuna y por el feliz futuro al que no tardará en acompañarle el tesoro con el que ha sido bendecido aquí, la mejor de las riquezas del mundo... el tesoro que tiene ahora a su lado.

Al decir estas palabras estrechó la mano del anciano y la soltó; y Amy, apoyando la mejilla contra la de su padre, lo rodeó con los brazos en la prosperidad igual que en los largos años de adversidad lo había rodeado de amor, esfuerzo y sinceridad, y derramó su corazón rebotante de gratitud, esperanza, alegría y bendito éxtasis, todo por él.

—Lo veré como todavía no lo he visto nunca. Veré al padre que tanto quiero sin esa nube negra. Lo veré como lo vio mi madre hace mucho tiempo. ¡Querido, querido padre! ¡Gracias, gracias a Dios!

El anciano se dejó cubrir de besos y abrazos pero no los devolvió y se limitó a rodearla con un brazo. Tampoco dijo ni una sola palabra. Su mirada se repartía ahora entre su hija y Clennam, y empezó a temblar como si tuviera mucho frío. Arthur le dijo a la pequeña Dorrit que corría a la taberna a buscar una botella de vino, cosa que hizo con la máxima celeridad. Mientras esperaba que se la trajeran de la bodega, algunas personas muy animadas le preguntaron qué pasaba y les contó apresuradamente que el señor Dorrit había heredado una fortuna.

Cuando regresó con la botella de vino, Amy había acomodado ya a su padre en la butaca y le había desabrochado la camisa y la corbata. Llenaron un vasito de vino y lo llevaron a los labios del anciano. Después de tomar un sorbo, él mismo llenó el vaso

y lo vació. Después se recostó en el respaldo y se echó a llorar, tapándose el rostro con el pañuelo.

Al cabo de un rato, Clennam pensó que ya era hora de distraer su atención de la sorpresa principal y contarle los detalles. Despacio y con voz tranquila les explicó lo mejor que pudo y con minuciosidad la naturaleza de los servicios de Pancks.

—Será, será... ejem, bien recompensado, señor —dijo el Padre, poniéndose en pie y moviéndose con rapidez por la habitación—. Se lo aseguro, señor Clennam, todos los que se han interesado serán, ejem... recompensados con generosidad. Nadie podrá decir, querido señor, que tengo deudas con él. Pagaré, ejem... los adelantos que he recibido de usted, señor, con un placer especial. Le ruego que me informe en cuanto pueda de los préstamos que le haya hecho a mi hijo.

Seguía caminando sin rumbo por toda la habitación.

—Me acordaré de todos —anunció—. No me iré de aquí con una sola deuda. Todos los que se han portado bien... ejem... con mi familia recibirán su recompensa. También la recibirá Chivery. Y John hijo. Tengo la intención y el deseo de obrar con generosidad, Clennam.

—Permítame —dijo Arthur, dejando su cartera sobre la mesa— que me haga cargo de las necesidades del momento, señor Dorrit. Pensé que le vendría bien contar ya con una cantidad de dinero.

—Gracias, señor Clennam, gracias. Acepto de buen grado lo que no podía haber aceptado hace una hora. Le agradezco este préstamo temporal, muy temporal pero oportuno, muy oportuno —La mano se había cerrado sobre el dinero y lo llevaba consigo de un lado para otro—. Tenga usted la amabilidad de añadirlo a los adelantos a los que me he referido; y ponga cuidado en no olvidar los que le haya hecho a mi hijo. Sólo necesito que me comunique verbalmente la cantidad total.

En ese momento sus ojos se posaron sobre su hija y se detuvo un momento para darle un beso y unas palmaditas en la cabeza.

—Tendremos que buscar una modista, cariño, y cambiar de pies a cabeza tu modesto atuendo. También hay que hacer algo con Maggy, que ahora apenas es presentable. Y tu hermana, Amy, y tu hermano. Y mi hermano, tu tío, pobrecillo, espero que eso lo anime, hay que enviarles recado, tenemos que decírselo. Tenemos que contárselo con cuidado pero hay que informarlos directamente. Es nuestro deber que, a partir de ahora, no hagan nada.

Era la primera vez que daba a entender que sabía que trabajaban para vivir.

Seguía dando vueltas por la habitación, agarrando el dinero con la mano, cuando se oyeron gritos de alegría en el patio.

—Ha corrido la voz —dijo Clennam, mirando por la ventana—. ¿Quiere saludar, señor Dorrit? Están muy contentos y sin duda les gustará.

—Ejem... confieso que habría deseado, Amy querida —dijo, correteando con

paso aún más febril— haberme cambiado antes y haber comprado un... un reloj y una cadena. Pero si tiene que ser así... ejem... que así sea. Ciérrame el cuello de la camisa, querida. Señor Clennam, tendría usted la amabilidad... ejem... de darme la corbata azul que encontrará en el cajón que tiene a la altura del codo. Abróchame la levita en el pecho, querida. Cerrada parece más... ejem... más ancho.

Con la mano temblorosa se echó el cabello hacia atrás y, con la ayuda de Clennam y de su hija, se asomó a la ventana del brazo de ambos. Los internos lo saludaron con afecto y él les mandó un beso con la mano con un gesto muy cortés y protector. Cuando se retiró, dijo «pobrecillos» en un tono de gran pena por su condición miserable.

La pequeña Dorrit estaba inquieta y quería que se acostara para descansar un poco. Cuando Arthur le dijo que iba a informar a Pancks de que podía aparecer en cuanto quisiera y terminar con los últimos detalles, Amy le rogó con un susurró que se quedara con ella hasta que su padre estuviera tranquilo y descansado. Arthur no necesitó que se lo pidiera dos veces; la muchacha preparó la cama de su padre y le rogó que se acostara. Durante otra media hora o más no hubo manera de convencerlo de que dejara de pasear por la habitación mientras calculaba las probabilidades de que el director de la cárcel permitiera a los presos asomarse a las ventanas de su residencia oficial, que daban a la calle, para ver cómo él y su familia se marchaban para siempre en un carruaje, ya que, según dijo, el momento iba a ser todo un espectáculo. Pero poco a poco empezó a cansarse y terminó por acostarse en la cama.

Amy ocupó su fiel puesto a su lado, abanicándolo y refrescándole la frente; y el anciano pareció dormirse (sin soltar el dinero que tenía en la mano) cuando de repente se sentó y dijo:

—Señor Clennam, le ruego que me perdone. ¿Debo entender, querido señor, que puedo cruzar la portería en este mismo momento y dar un paseo?

—Creo que no, señor Dorrit —se vio obligado a contestar Clennam contra su voluntad—. Hay que hacer algunos trámites; y, aunque el que lo retengan aquí ahora es poco más que una formalidad, me temo que habrá que esperar un poco más.

Ante lo cual, el anciano volvió a echarse a llorar.

—Sólo son unas horas, señor —dijo Clennam animosamente.

—Unas pocas horas, señor —contestó con un tono apasionado—. Lo dice tan contento, ¿cuánto cree que dura una hora para un hombre que se ahoga por falta de aire?

Éstas fueron sus últimas palabras por el momento; tras verter algunas lágrimas más y lamentarse con tono quejumbroso de que no podía respirar, fue quedándose adormilado. Clennam tenía mucho en que pensar mientras contemplaba en la silenciosa habitación al padre en la cama y a la hija que le abanicaba la cara. La pequeña Dorrit también había estado pensando. Después de apartarle el cabello gris

con suavidad, y rozarle la frente con los labios, miró a Arthur; éste se acercó un poco y Amy empezó a explicarle en susurros sus pensamientos.

—Señor Clennam, ¿mi padre pagará todas sus deudas antes de salir de aquí?

—Sin duda. Todas.

—¿Y las deudas por las que ha estado aquí preso, a lo largo de toda mi vida y antes?

—Sin duda.

El rostro de Amy reflejaba cierta inquietud y reprobación, como si algo no acabara de gustarle. Clennam la miró sorprendido y preguntó:

—¿Le alegra que pague?

—¿Y a usted? —preguntó ella con ansiedad.

—¿A mí? Claro que sí.

—En ese caso, debo alegrarme yo también.

—¿Y no se alegra?

—Me parece duro que, después de haber perdido tantos años de su vida y haber sufrido tanto —dijo la pequeña Dorrit—, al final pague también todas las deudas. Me parece duro que tenga que pagar con su vida y con dinero.

—Querida niña... —empezó a decir Clennam.

—Sí, ya sé que me equivoco —dijo tímidamente—. No me juzgue mal, siempre he pensado lo mismo.

Ésta era la única huella que la cárcel, que tantas cosas puede estropear, había dejado en la pequeña Dorrit. Esta confusión que nacía de la compasión por el pobre preso, su padre, era la primera marca de la atmósfera de la cárcel que Clennam veía en ella, y sería la última.

Clennam hizo esta reflexión y no quiso añadir más palabras. Gracias a ella, la pureza y la bondad de la pequeña Dorrit se le aparecieron en todo su esplendor. La pequeña mancha hacía que destacaran todavía más.

Cansada por las emociones y abandonándose al silencio de la habitación, la mano se relajó y dejó de abanicar, la cabeza cayó sobre la almohada, junto a la de su padre. Clennam se puso en pie despacito, abrió y cerró la puerta sin hacer ruido y salió de la cárcel llevándose el silencio a las calles turbulentas.

Capítulo XXVI

La cárcel de Marshalsea se queda huérfana

Y llegó el día fijado para que el señor Dorrit y su familia dejaran la cárcel para siempre y las piedras del gastado pavimento no volvieran a saber de ellos.

El lapso había sido corto, pero el anciano se había quejado de él amargamente, apremiando al señor Rugg por el retraso. Lo había tratado con arrogancia y había amenazado con contratar a otro. Le había exigido que no utilizara como excusa el lugar en el que lo había encontrado, no, señor, sino que hiciese su trabajo, y lo hiciese con presteza. Le había dicho que sabía bien cómo eran los agentes y abogados, y que no tenía la menor intención de someterse a sus imposiciones. Cuando el señor Rugg le explicó humildemente que hacía todo lo posible, en la medida de sus capacidades, la señorita Fanny contestó en tono mordaz que eso era lo mínimo que se esperaba de él, puesto que se le había dicho una docena de veces que el dinero no era obstáculo, y expresó la sospecha de que olvidaba con quién estaba hablando.

El señor Dorrit también se mostró severo con el director de la cárcel, que llevaba en el cargo muchos años y con el que hasta el momento no había tenido diferencia alguna. Este funcionario, cuando fue a felicitarlo personalmente, puso a disposición del señor Dorrit dos habitaciones de su casa hasta la fecha de su partida. El señor Dorrit se lo agradeció en aquel momento y le contestó que lo pensaría; pero, apenas se marchó, se sentó para escribirle una nota mordaz en la que señalaba que, ya que hasta el momento nunca había tenido el placer de recibir sus felicitaciones (lo cual era cierto, aunque cierto era también que hasta el momento no había habido razón alguna para felicitarlo), le rogaba, en nombre propio y de los suyos, que considerase rechazada la oferta, con toda la gratitud que merecían su carácter desinteresado y su perfecta independencia de toda consideración mundana.

Aunque su hermano había manifestado un interés tan vago por el cambio de fortuna que parecía dudoso que lo entendiera, el señor Dorrit hizo que los mismos calceteros, sastres, sombrereros y zapateros que había llamado para él le tomaran las medidas para un guardarropa completo; ordenó también que se deshiciesen de la ropa vieja y la quemasen. La señorita Fanny y el señor Tip no necesitaron ayuda para hacer gala de gran elegancia y refinamiento, y los tres pasaron esta temporada juntos en el mejor hotel de la vecindad —aunque, a decir verdad, como bien dijo la señorita Fanny, el mejor tampoco era gran cosa—. A tono con semejante posición social, el señor Tip contrató un cabriolé con caballo y mozo de cuadra, un bonito conjunto que habría de adornar dos o tres horas al día el exterior del patio de Marshalsea. También se vería allí con frecuencia un coche de alquiler más modesto, tirado por dos caballos;

al subir y bajar del vehículo, la señorita Fanny causaba revuelo entre las hijas del director por las inaccesibles capotas que exhibía.

En este corto período se resolvieron múltiples asuntos. Entre otros, los señores Peddle y Pool, agentes, de Monument Yard, recibieron instrucciones de su cliente, el caballero Edward Dorrit, para remitir al señor Clennam una carta con la cantidad de veinticuatro libras, nueve chelines y ocho peniques, calculada la tasa de principal e interés al cinco por ciento anual, suma de la que su cliente se consideraba deudor del señor Clennam. Además de este encargo, se ordenó a los señores Peddle y Pool que recordaran al señor Clennam que nunca se le había solicitado el préstamo así devuelto (con comisiones incluidas), y le informaran de que tampoco habría sido aceptado si lo hubiese ofrecido abiertamente en su nombre. Junto con todo ello se le solicitaba un recibo firmado y quedaban sus atentos servidores. En Marshalsea, en vísperas de su orfandad, el señor Dorrit, su Padre por tanto tiempo, tuvo también que resolver gran cantidad de asuntos, principalmente solicitudes de pequeños préstamos de los internos. A éstas respondió con gran generosidad aunque sin renunciar a las formalidades; enviaba siempre una primera carta para fijar una hora en la que el solicitante podía visitarlo en su cuarto, luego lo recibía entre cúmulos de documentos, y acompañaba el donativo (ya que en cada caso repetía: «Es un donativo, no un préstamo») con gran cantidad de buenos consejos: todo con la intención de que el casi extinto Padre de Marshalsea fuera recordado por mucho tiempo como ejemplo de que un hombre podía conservar el respeto propio y el ajeno incluso en un lugar como aquel.

Los internos no le tenían envidia. No sólo sentían respeto, personal y por tradición, por un hombre que llevaba allí tantos años, sino que el acontecimiento en sí había dado prestigio al Internado y lo había hecho famoso en los periódicos. Quizá más de uno pensaba, además, que la lotería del azar bien podría haberle tocado a alguno de ellos, o que existía la posibilidad de que algo semejante les sucediese un día u otro. Se lo tomaron muy bien. Unos pocos se entristecieron al pensar que los dejaban atrás y, además, en la misma pobreza; pero ni siquiera éstos guardaban rencor a la familia por aquel golpe de suerte. Tal vez la envidia habría sido mucho mayor en entornos más educados. Probablemente individuos de fortuna mediocre se habrían visto menos inclinados a la magnanimidad que los internos, que vivían de una mesa muy escasa: de la mesa del prestamista a la de la comida diaria.

Le regalaron una dedicatoria, en un pulcro marco con cristal (aunque nunca se expondría en la mansión familiar ni se conservaría entre los papeles de la familia); a la que el señor Dorrit respondió por escrito con gentileza. En este documento les aseguraba, con dignidad regia, que recibía la expresión de su afecto con convicción absoluta de su sinceridad; y de nuevo los exhortaba, de forma general, a seguir su ejemplo —el cual, al menos en lo que se refería a la herencia de una gran propiedad,

habrían imitado de buena gana—. Aprovechó la ocasión para ofrecer a todo el internado un convite en el patio, en el que, según indicó, tendría el placer de despedirse brindando por la salud y la felicidad de todos aquellos a los que iba a dejar de ver.

El señor Dorrit no comió con los demás en el festejo público (que se celebró a las dos de la tarde: ahora la comida principal se la traían del hotel a las seis), pero su hijo tuvo la amabilidad de ocupar la cabecera de la mesa presidencial y comportarse con simpatía y desenvoltura. El señor Dorrit en persona se dedicó a circular entre los presentes, los fue saludando y verificando que las viandas se sirvieran a todo el mundo y fueran de la calidad que había pedido. En conjunto, parecía un barón de tiempos antiguos en un momento de particular buen humor. Al final de la comida, brindó por sus invitados con una generosa cantidad de madeira añejo; les dijo que esperaba que lo hubieran pasado bien, y, aún más, que lo pasaran bien lo que quedaba de tarde; que les deseaba lo mejor y les daba la bienvenida.

Después de que la concurrencia brindara a su salud, abandonó la compostura de barón y, al intentar agradecer el gesto, se le quebró la voz: como un mero siervo con un corazón en el pecho, lloró delante de todos. Después de este gran éxito, que él interpretó como un fracaso, brindó por el «señor Chivery y sus hermanos funcionarios», todos ellos presentes, a los que había regalado previamente diez libras por barba. El señor Chivery contestó al brindis, afirmando:

—Si tienes que encerrar, encierra; pero recuerda que eres, en palabras del africano encadenado, un hombre y un hermano.

Una vez acabada la ronda de brindis, el señor Dorrit procedió educadamente a jugar a los bolos con el interno que ocupaba el segundo lugar en antigüedad; y dejó a la masa entregada a sus diversiones.

Todos estos acontecimientos precedieron al último día. Y llegó el día fijado para que el señor Dorrit y su familia dejaran la cárcel para siempre, y las piedras del gastado pavimento no volvieran a saber de ellos.

La hora prevista para la partida eran las doce. A medida que se acercaba el momento, no quedaba ni un interno en el interior del edificio, no faltaba ni un sólo carcelero. Estos últimos iban vestidos de domingo; también la mayor parte de los internos se habían acicalado todo lo que permitían las circunstancias. Incluso se colgaron dos o tres banderas y los niños se pusieron trozos de cinta y lazos desparejos. El propio señor Dorrit conservó una dignidad grave pero elegante en aquel difícil momento. Su hermano, sobre cuyo porte abrigaba serias dudas, acaparaba buena parte de su atención.

—Mi querido Frederick —dijo—, si me das el brazo, pasaremos entre nuestros amigos. Creo que lo indicado es que salgamos cogidos del brazo, mi querido Frederick.

—¡Ah! —exclamó éste—. Sí, sí, sí, sí.

—Y si, mi querido Frederick, si pudieses, sin incurrir por ello en grandes incomodidades, incorporar algo de (discúlpame, Frederick)... algo de lustre a tus modales habituales...

—William, William —respondió el hermano negando con la cabeza—, eso es cosa tuya. Yo no sé hacerlo. Se me ha olvidado todo, ¡todo!

—Pero, querido Frederick —replicó William—, precisamente por esa razón, al menos, tienes que hacer un esfuerzo para estar a la altura de la ocasión. Tienes que empezar a recordar ahora lo que has olvidado, mi querido Frederick. Tu posición...

—¿Eh? —dijo Frederick.

—Tu posición, mi querido Frederick.

—¿La mía? —Se miró y luego miró a su hermano, y entonces, inspirando profundamente, exclamó—: ¡Ah, por supuesto! Sí, sí, sí.

—Tu posición, mi querido Frederick, es ahora desahogada. Tu posición, como hermano mío, es muy buena. Y sé que entra en tu naturaleza aplicada tratar de ser digno de ella, mi querido Frederick, y mejorarla; en lugar de desacreditarla, embellecerla.

—William —respondió Frederick, débilmente y con un suspiro—. Haré todo lo que desees, hermano, siempre que esté a mi alcance. Pero, por favor, recuerda que mi alcance es muy limitado. ¿Qué quieres que haga hoy, hermano? Dímelo, basta con que me lo digas.

—Mi querido Frederick, nada. Nada por lo que valga la pena molestar a un corazón tan bondadoso como el tuyo.

—Por favor —respondió el hermano—: no me molesta en absoluto, William, nada que pueda hacer por ti.

William se pasó una mano por los ojos y murmuró con augusta satisfacción:

—¡Bendito sea el cariño que me tienes, mi pobre hermano! —Tras lo cual dijo en voz alta—: Bueno, mi querido Frederick, si tratases, mientras salimos, de manifestar que eres consciente de la importancia de la ocasión, que piensas en ello...

—¿En qué me aconsejas que piense? —inquirió el sumiso hermano.

—¡Oh, querido Frederick! ¿Qué puedo responder a eso? Sólo puedo decirte lo que pienso yo al dejar a esta buena gente.

—¡Eso! —exclamó su hermano—. Eso me ayudará.

—Lo que me viene a la cabeza, mi querido Frederick, con emociones encontradas, en las que predomina una afectuosa compasión, es: «¡Qué será de ellos sin mí!».

—Cierto —respondió su hermano—. Sí, sí, sí, sí. Eso pensaré mientras salimos: ¡qué será de ellos sin mi hermano! ¡Pobrecitos! ¡Qué será de ellos sin él!

Acababan de dar las doce y les comunicaron que el coche estaba listo en la

explanada exterior; los hermanos bajaron las escaleras cogidos del brazo. El caballero Edward Dorrit (antes llamado Tip) y su hermana Fanny los seguían, también del brazo; Plornish y Maggy, a quienes se había encargado el transporte de las pertenencias de la familia consideradas dignas de transporte, cerraban la comitiva, cargados con los bultos y paquetes que se llevarían en un carro.

En el patio estaban los internos y los carceleros. En el patio estaban el señor Pancks y el señor Rugg, que habían ido a contemplar la última etapa de su trabajo. En el patio estaba John hijo componiendo un nuevo epitafio para sí mismo, pues había vuelto a fallecer con el corazón destrozado. En el patio estaba el patriarcal Casby — con un aspecto tan tremendamente benévolo que varios internos entusiastas le estrecharon fervientemente la mano, y las mujeres y la parentela femenina de muchos otros se la besaron— y nadie puso en duda ni por un momento que él era el responsable de todo. En el patio estaba el hombre que protestaba oscuramente por los fondos que el director de la cárcel malversaba, que se había despertado a las cinco de la mañana para terminar la copia de una memoria completamente ininteligible sobre el asunto, la cual había encomendado al cuidado del señor Dorrit como documento de la mayor importancia, concebido para dejar al gobierno anonadado y precipitar la caída del director. En el patio estaba el insolvente que invertía toda su energía en endeudarse, que se esforzaba tanto en entrar en la cárcel como otros en salir de ella, y que regularmente quedaba limpio y era liberado entre elogios; mientras que a su lado, codo con codo, un simple comerciante humilde, trabajador y quejoso, medio muerto debido a los ansiosos esfuerzos que hacía para librarse de las deudas, encontraba, desde luego, difícil conseguir que un inspector lo liberase aún con muchos reproches y reprobaciones. En el patio estaba el hombre que tenía muchos hijos y muchas cargas, cuyo fracaso asombraba a todo el mundo; y el hombre sin hijos y con amplios recursos cuyo fracaso no asombraba a nadie. Allí estaban los que siempre iban a salir al día siguiente, aunque luego siempre se postergara la salida; allí estaban los que habían entrado el día anterior, más celosos y molestos por aquella rara fortuna que los veteranos. Allí estaban algunos que por pura mezquindad de espíritu se encogían e inclinaban ante el interno enriquecido y su familia; y otros que también se inclinaban porque sus ojos, acostumbrados a las tinieblas de su prisión y de su pobreza, no soportaban la luz de un sol tan brillante. Allí había mucha gente cuyos chelines habían acabado en el bolsillo del señor Dorrit para que comprara comida y bebida, pero ninguno se mostraba campechano y desenfadado, acobardados por la numerosa asistencia. No podía menos que observarse que los pájaros enjaulados se sentían intimidados en presencia del que iban a liberar de forma tan grandiosa, y tendían a refugiarse contra los barrotes, agitados a su paso.

Entre estos espectadores, la pequeña procesión, encabezada por los dos hermanos, se dirigió lentamente a la puerta. El señor Dorrit, entregado a infinitas especulaciones

sobre cómo aquellas pobres criaturas habrían de arreglárselas sin él, tenía apariencia impresionante y triste, pero no absorta. Daba palmaditas en la cabeza de los niños como sir Roger de Coverley camino de la iglesia^[32], interpelaba a algunos internos del fondo por sus nombres de pila, trataba con paternalismo a todos en general y parecía, para consolarlos, andar rodeado por una inscripción en letras doradas: «¡Sé fuerte, pueblo mío! ¡Sopórtalo!» .

Al menos tres vítores sinceros anunciaron que había cruzado la puerta y que la cárcel de Marshalsea quedaba huérfana. Todavía resonaban entre las paredes de la cárcel cuando la familia acabó de subir al carruaje y el mozo tenía ya la escalerilla en la mano.

Entonces, y no antes, la señorita Fanny exclamó de repente:

—¡Ay, Dios mío! ¿Dónde está Amy?

Su padre había pensado que estaba con su hermana. Su hermana había creído que estaba «aquí o allá». Todos habían confiado en encontrarla, como siempre hasta entonces, en su sitio cuando la necesitaran. Ésta era tal vez la primera acción de su vida en común que habían emprendido sin ella.

Llevarían un minuto analizando la cuestión cuando la señorita Fanny, que, desde su asiento en el coche, veía el largo y estrecho pasillo que llevaba a la portería, enrojeció de indignación.

—¡Tengo que decirle, papá, que esto es una vergüenza! —exclamó.

—¿Qué es una vergüenza, Fanny?

—¡Tengo que decirle —repitió— que esto es completamente escandaloso! ¡Que en un momento como éste desee verme muerta! Mirad a la niña con el horrible vestido, viejo y andrajoso, que se ha empeñado en dejarse puesto, papá, aunque le he rogado una y otra vez que se cambiara y se ha opuesto una y otra vez, hasta que me ha prometido que se cambiaría hoy. Decía que quería llevarlo mientras siguiese aquí con usted (lo que es una absoluta tontería, romántica y del peor estilo). Pues miradla ahora, a la niña Amy, humillándonos hasta el último momento y en el último momento, permitiendo que carguen con ella hasta la salida y así vestida después de todo. ¡Y, encima, la lleva el señor Clennam!

En cuanto Fanny hizo la acusación, la falta quedó demostrada: Clennam apareció en la puerta del coche con la pequeña figura inconsciente entre sus brazos.

—Se la han olvidado —dijo en un tono de piedad no exento de reproche—. Subí a su cuarto (el señor Chivery me enseñó el camino) y encontré la puerta abierta y a ella desmayada en el suelo, pobre muchacha. Parece que subió a cambiarse de vestido y se desmayó, vencida por los acontecimientos. Tal vez fueron los gritos, o tal vez sucedió antes. Coja su pobre mano, señorita Dorrit; está muy fría. No la suelte.

—Gracias, señor Clennam —respondió la señorita Dorrit, rompiendo a llorar—. Creo que sé lo que tengo que hacer, si me lo permite. ¡Querida Amy, abre los ojos,

cariño mío! ¡Oh, Amy, Amy, qué confusa y avergonzada estoy! ¡Despierta, por favor, cielo! ¡Oh, por qué no avanzamos! ¡Por favor, papá, vámonos!

El lacayo, interponiéndose entre Clennam y la puerta del coche con un seco: «¡Con su permiso, señor!», retiró la escalerilla y el coche arrancó.

Libro segundo

Riqueza

En otoño de aquel año, la Oscuridad y la Noche escalaban las crestas más altas de los Alpes.

Era la época de la vendimia en los valles del lado suizo del paso del Gran San Bernardo y en las orillas del lago de Ginebra. El aire olía a uva recién recogida. Las cestas, cubas y tinajas llenas, que los vendimiadores habían ido acarreando todo el día por caminos y senderos, ocupaban las entradas mal iluminadas de las casas y obstruían las empinadas y estrechas calles de los pueblos. Por todas partes había racimos desgranados y aplastados. La campesina que regresaba trabajosamente a casa, cargada con una criatura sujeta con un trapo a la cadera, la acallaba con unas cuantas uvas cogidas al paso; el idiota, sentado bajo el alero de un chalé de madera, camino de la cascada, mascaba uvas exponiendo el bocio al sol; el aliento de las vacas y de las cabras olía a hojas y tallos de viña; en cada pequeña taberna, los parroquianos comían, bebían, hablaban de uvas. ¡Lástima que tan generosa abundancia no llegara nunca a dar un poco de cuerpo al vino flojo, duro y pedregoso que se obtenía, al final, de esas mismas uvas!

El aire había sido cálido y transparente todo el día. Dispersos en el paisaje, los tejados de las iglesias y las agujas de brillo metálico habían centelleado al sol; y las cumbres nevadas de las montañas se habían distinguido con tanta claridad que unos ojos poco familiarizados, suprimiendo el espacio que los separaba de ellas y menospreciando las abruptas alturas por su aspecto irreal, habrían creído que estaban a unas cuantas horas de marcha. Cimas célebres en los valles, de cuya existencia, durante meses enteros, no se tenía indicio visible, se habían divisado desde la mañana próximas y nítidas en el cielo azul. Y en aquel momento, cuando anochecía en el valle, aunque iban retrocediendo con solemnidad como espectros a punto de desvanecerse y se volvían, a medida que desaparecían los tonos rojizos del ocaso, blancas y gélidas, seguían siendo claramente discernibles en su soledad por encima de sombras y neblinas. Desde estas regiones solitarias, y desde el paso del Gran San Bernardo, que formaba parte de ellas, la Noche ascendía por la montaña como las aguas de una inundación. Cuando por fin alcanzó los muros del monasterio del Gran San Bernardo, fue como si el edificio, azotado por la intemperie, flotara, como otra Arca sobre las olas negras.

La Oscuridad, dejando atrás a un grupo de visitantes montados en mulas, se había elevado por encima de los toscos muros cuando los viajeros todavía subían por la montaña. De la misma manera que el calor del día, resplandeciente cuando pararon

para beber de los arroyos de hielo y nieve fundidos, se había convertido en el frío penetrante del gélido y escaso aire nocturno de las alturas, así la belleza fresca del viaje por las laderas inferiores había cedido a la aridez y a la desolación. Una pista rocosa, por la que la recua de mulas avanzaba evitando los bloques de piedra, como por las escaleras destrozadas de una ruina gigantesca, era ahora el camino. No había árboles ni otra vida vegetal que la del ralo musgo marrón que se helaba entre las grietas de las rocas. Junto al camino, unos brazos de madera, esqueléticos y ennegrecidos, señalaban hacia arriba, en dirección al monasterio, como fantasmas de unos antiguos viajeros sepultados por la nieve que encantasen el escenario de su desgracia. Las cuevas llenas de carámbanos y los refugios construidos como protección para las tormentas inesperadas susurraban otros tantos recordatorios de los peligros del lugar; las incansables guirnalda y laberintos de niebla vagaban inquietos, perseguidos por el aullido del viento; y la nieve, acuciante peligro de la montaña, contra la que se tomaban todas las medidas posibles, caía implacable.

La recua de mulas, agotada por el día de trabajo, ascendía penosamente por las curvas de la pendiente; un guía conducía a pie la primera de ellas, cubierto por un sombrero de ala ancha y una chaqueta gruesa, y con uno o dos bastones de montaña echados al hombro; con él conversaba otro guía. Nadie hablaba en la fila de jinetes. El frío cortante, el cansancio del viaje y una nueva sensación de falta de aire, en parte parecida a la que se experimenta al emerger de aguas frías y cristalinas y en parte como después de sollozar, los mantenían en silencio.

Al fin brilló una luz en la cima de una escalera rocosa, a través de la nieve y la niebla. Los guías vocearon a las mulas, las mulas irguieron la cabeza, se desataron las lenguas de los viajeros y, en un súbito estallido de resbalones, tintineos, repiqueteos, palabras y últimos empujones, llegaron a la puerta del monasterio.

Otra recua de mulas había llegado poco antes, algunas con campesinos y otras con mercancías, y habían pisoteado la nieve delante de la puerta hasta formar un charco de barro. Sillas de montar y bridas, albardas y ristras de cascabeles, mulas y hombres, linternas, antorchas, sacos, forraje, tarros, quesos, barrilillos de miel y mantequilla, pacas de paja y paquetes de todas las formas se amontonaban en el cenagal de la nieve fundida en torno a las escaleras. Ahí arriba, entre las nubes, todo se veía a través de una nube y parecía fundirse en una nube. Era nube el aliento de los hombres, era nube el aliento de las mulas, una nube rodeaba las luces, los interlocutores próximos no se veían por culpa de la nube, aunque sus voces y todos los sonidos se propagaban con sorprendente claridad. Entre las nebulosas mulas, atadas apresuradamente a las anillas del muro, una podía morder a otra o largarle una coz, y toda la niebla se veía perturbada: los hombres se adentraban en ella, y de ella salían gritos de hombres y bestias, sin que los observadores pudieran discernir lo que pasaba. También el gran establo, que ocupaba la parte inferior del monasterio y al que

se accedía por la puerta donde se producía toda esta confusión, exhalaba su parte de nube, como si toda la solidez del edificio dependiese de ella, y sin ella se fuera a derrumbar al quedar vacío, dejando que la nieve cayese sobre la cima desnuda de la montaña.

Mientras el ruido y la agitación aumentaban entre los viajeros vivos, también allí, a media docena de pasos, silenciosamente reunidos en una casa enrejada, envueltos en la misma nube y cubiertos por la misma danza de copos de nieve, se hallaban los viajeros muertos en la montaña. De pie en un rincón, la madre atrapada por una tormenta, en un lejano invierno, estrechaba todavía a su hijo contra el pecho; el hombre que había muerto de frío llevándose el brazo a la boca, en un gesto de hambre o de miedo, apretaba todavía los labios reseco después de años y años. ¡Horrible asamblea, congregada misteriosamente! Terrible destino para aquella madre, que no podía haberse imaginado: «Entre la innumerable compañía, de gente a la que jamás he visto y a la que jamás veré, mi hijo y yo habitaremos, inseparablemente juntos, en el Gran San Bernardo, viendo pasar las generaciones que vendrán a vernos sin saber jamás nuestro nombre y de nuestra historia sólo su final».

En ese momento, los vivos pensaban poco o nada en los muertos. Les preocupaba mucho más apearse a la puerta del monasterio y calentarse junto al fuego. Alejándose de la confusión, que se iba calmando a medida que las mulas eran conducidas al establo, los viajeros, temblando de frío, subían los escalones a toda prisa y entraban en el monasterio. En el interior, un olor a animal encerrado ascendía desde el suelo, como en una casa de fieras. El edificio tenía robustas galerías con arcos, grandes pilares de piedra, imponentes escaleras y anchos muros perforados por ventanucos hundidos: defensas contra las tormentas de montaña, como si fueran enemigos humanos. También había sombríos dormitorios abovedados donde el frío era intenso, pero estaban limpios y hospitalariamente preparados para acoger huéspedes. Por último, había una sala donde éstos se podían sentar a cenar, y ahora tenía la mesa ya puesta, delante de un fuego alto, rojo y llameante.

En esta sala se reunieron los viajeros en torno a la chimenea, después de que dos monjes jóvenes les asignaran habitaciones para la noche. Formaban tres grupos: el primero, el más numeroso e importante, también era el más lento, por lo que uno de los otros dos lo había adelantado en la subida. Lo componían una dama madura, dos caballeros de cabello cano, dos mujeres jóvenes y el hermano de éstas. Con ellos viajaban (sin contar a los cuatro guías) otro guía privado, dos lacayos y dos doncellas; este aparatoso conjunto se alojaba en otra zona, aunque bajo el mismo techo. El grupo que los había adelantado, tras seguirlos un tiempo, estaba formado por tres miembros: una dama y dos caballeros. El tercer grupo, que había ascendido desde el valle por el lado italiano del puerto y había sido el primero en llegar, lo integraban cuatro personas: un tutor alemán con anteojos, pletórico, hambriento y silencioso, que

viajaba con tres hombres jóvenes, sus alumnos, pletóricos, hambrientos y silenciosos, y todos ellos con anteojos.

Los tres grupos se sentaron en torno al fuego, mirándose de soslayo con hostilidad y esperando la cena. Únicamente uno de ellos, uno de los caballeros del grupo de tres personas, trataba de entablar conversación. Con la intención de llamar la atención del jefe de la tribu más importante, mientras hablaba con sus compañeros, declaró, hablando con sus acompañantes pero en un tono que incluía a todos los presentes si deseaban verse incluidos, que había sido un día muy largo y que compadecía a las señoras. Mucho temía que una de las señoritas jóvenes no fuera fuerte o no estuviera acostumbrada a viajar, pues hacía dos o tres horas había creído ver que se había cansado más de la cuenta. Que, desde su posición al final del grupo, se había fijado en que estaba exhausta, a juzgar por su manera de sentarse en la mula. Que había tenido el honor, después, de preguntarle dos o tres veces a uno de los guías, cada vez que se retrasaba respecto a su grupo, cómo se encontraba la señorita. Que se había alegrado en extremo cuando le dijeron que se había recuperado y que no había sido más que una molestia pasajera. Que confiaba en que (para entonces ya había conseguido captar la atención del jefe y se dirigía a él) se le permitiese expresar la esperanza de que ahora se encontrara perfectamente y no lamentara haber emprendido el viaje.

—Le agradezco su atención, caballero —respondió el jefe—; mi hija se encuentra mucho mejor y está muy interesada por todo lo que ve.

—¿Es la primera vez que viaja a las montañas, tal vez? —preguntó el viajero entrometido.

—Para ella... ejem... las montañas son una novedad —contestó el jefe.

—Pero usted está ya familiarizado con ellas, ¿no es así, caballero? —dedujo el viajero entrometido.

—Yo... ejem... las conozco un poco, pero no las he frecuentado en los últimos tiempos... en los últimos tiempos —contestó el jefe con un ademán.

El viajero entrometido aceptó el gesto con una inclinación de cabeza y pasó del jefe a la segunda señorita, a la que todavía no se había referido, excepto de modo indirecto como a una de las damas por las que sentía tan delicado interés.

Esperaba que las fatigas del día no la hubiesen incomodado.

—Sin duda, me han incomodado —contestó la joven—, pero no me han cansado.

El viajero entrometido la elogió por la exactitud de su distinción. Eso era lo que había querido decir. Sin duda no había mujer a la que no incomodase tratar con ese animal proverbialmente incómodo, la mula.

—Por supuesto —dijo la señorita, que parecía bastante altiva y reservada—, tuvimos que dejar los coches y el furgón en Martigny. Y la imposibilidad de traer nada de lo que una necesita a este inaccesible lugar, junto con la obligación de

renunciar a todas las comodidades, no es agradable.

—Es un lugar inhóspito, desde luego —dijo el viajero entrometido.

La dama madura, que era un modelo de decoro en el vestido y cuyo comportamiento, si se analizaba como si fuera una pieza de maquinaria, resultaba perfecto, intervino con una observación en voz baja y suave:

—Pero, como muchos otros sitios incómodos, es un lugar que hay que ver —declaró—. Como de él se dicen maravillas, es necesario verlo.

—¡Oh! No pongo la menor objeción, se lo aseguro, señora General —respondió la joven con aire indiferente.

—Y usted, señora —preguntó el viajero entrometido—, ¿ya lo había visitado anteriormente?

—Sí —contestó la señora General—. Yo ya había estado aquí. Permita que le aconseje, querida mía —añadió mirando a la joven dama que acababa de hablar—, que no exponga la cara directamente al fuego después de estar en contacto con la nieve y el aire de la montaña. Lo mismo le digo a usted, querida —le recomendó a la otra, la más joven, que se protegió el rostro al instante mientras la primera se limitaba a declarar:

—Gracias, señora General, pero estoy cómoda así y prefiero quedarme como estoy.

El hermano, que se había levantado para ir a abrir un piano que había en la sala, lo había examinado mientras silbaba y lo había cerrado casi inmediatamente, regresó pausadamente junto al fuego con el monóculo en el ojo. Llevaba el atuendo de viaje más completo y perfecto que quepa imaginar. El mundo apenas parecía lo bastante grande para ofrecerle una cantidad de viajes proporcionada a su indumentaria.

—Esta gente tarda una eternidad para preparar la cena —se lamentó, arrastrando las palabras—. Me gustaría saber que nos darán. ¿Alguien lo sabe?

—No creo que nos sirvan hombre asado —respondió la voz del segundo caballero del grupo de tres.

—Supongo que no; pero ¿qué quiere decir con eso? —inquirió el joven.

—Que, ya que no lo van a servir a usted en la cena de todos, tal vez nos hará el favor de no asarse delante del fuego de todos.

El joven, que estaba de pie en actitud relajada delante del hogar, pavoneándose con su monóculo, de espaldas a las llamas y con los faldones de la levita recogidos bajo el brazo, en cierto modo como un ave de corral y lista para el asador, quedó desconcertado al oír estas palabras; parecía a punto de pedir explicaciones cuando, al volver todos los ojos hacia el hombre que había hablado, vieron que la dama que lo acompañaba, que era joven y bella, no había podido oír sus comentarios porque se había desmayado con la cabeza apoyada en su hombro.

—Me parece que debería llevarla directamente a su cuarto —dijo el caballero en

voz baja—. ¿Podría usted llamar a alguien que traiga una luz y nos indique el camino? —rogó a su compañero—. No sé si podrá orientarse en este sitio, tan grande y complicado.

—Le ruego que me permita llamar a mi doncella —exclamó la más alta de las señoritas.

—Le ruego que me permita mojarle los labios —añadió la más baja, que todavía no había dicho nada.

Como cada una hizo lo que había propuesto, los auxilios no faltaron. De hecho, cuando entraron las dos doncellas (escortadas por el guía privado para evitar que por el camino alguien las abrumara dirigiéndoles la palabra en una lengua extranjera), la perspectiva de auxilio llegó a ser excesiva. Dándose cuenta y explicándose en pocas palabras a la más joven y menuda de las dos señoritas, el caballero se pasó el brazo de su mujer por los hombros, la levantó y se la llevó a cuestras.

Su amigo se quedó solo con los demás y anduvo arriba y abajo por la sala sin volver junto al fuego, tirándose del negro bigote en un gesto contemplativo, como si se sintiese comprometido por la última réplica. Mientras el objeto de ésta rumiaba la injuria en un rincón, el jefe se dirigió pomposamente a aquel caballero:

—Su amigo, señor mío, dijo, es... ejem... un poco impaciente; y, debido a su impaciencia, tal vez no sea todo lo sensible que debería ser a... ejem... pero pasémoslo por alto, pasémoslo por alto. Su amigo es algo impaciente, caballero.

—Tal vez sea el caso, señor —replicó el caballero—. Pero tuve el honor de conocerlo en el hotel de Ginebra, donde coincidimos en buena compañía hace cierto tiempo, y habiendo tenido el honor de disfrutar después de su presencia y conversación en multitud de excursiones, no puedo creer nada que se diga en su contra. Nada, ni siquiera en boca de una persona de su apariencia y posición, señor.

—De mi boca no lo oiré, desde luego. Al observar que su amigo peca de impaciencia, no digo nada en contra de él. Me limito a observarlo, ya que, puesto que sin duda mi hijo, que es, por nacimiento y... ejem... educación un... ejem... un caballero, se habría sometido de inmediato al deseo, expresado con amabilidad, de que el fuego quedase accesible en igual medida al conjunto del círculo aquí presente. Lo que a mí mismo, en principio... ejem... me parece bien, puesto que todos somos iguales... ejem... en estas ocasiones...

—Muy bien —fue la respuesta—. Dejémoslo aquí. Quedo humildemente a disposición de su hijo. Ruego a su hijo que tenga la seguridad de contar con mi más profunda consideración. Y ahora, caballero, estoy dispuesto a admitir, y admitirlo libremente, que mi amigo tiene a veces un temperamento algo sarcástico.

—¿Es esa dama la esposa de su amigo, caballero?

—Esa dama es la esposa de mi amigo, en efecto.

—Es muy agraciada.

—Señor, no tiene parangón. No llevan ni un año casados. Siguen de viaje, en parte de luna de miel y en parte por motivos artísticos.

—¿Su amigo es artista, caballero?

Éste respondió besándose los dedos de la mano derecha y lanzando el beso al cielo con el brazo extendido, como si dijera: «¡Lo encomiendo a los poderes celestiales como artista inmortal!».

—Pero pertenece a una familia importante —añadió—. Tiene las mejores relaciones. Es más que un artista: se mueve en altas esferas. Puede que haya renegado de dichas relaciones, con orgullo, impaciencia, sarcasmo (lo concedo); pero las tiene. Indicios que han surgido en el curso de nuestras conversaciones me lo han dado a entender.

—¡Bueno! —dijo el pomposo caballero, dispuesto, al parecer, a dejar por fin el tema—. Confío en que la señora no se sienta indispuesta por mucho tiempo.

—Así lo espero, señor.

—Simple fatiga, creo yo.

—Algo más que simple fatiga, caballero, porque su mula ha tropezado hoy y ella se ha caído de la silla. No ha sido una mala caída, ya que se ha levantado sin ayuda y ha seguido cabalgando muy risueña por delante de nosotros; pero por la tarde se ha quejado de cierto dolor en un costado. Lo ha dicho en más de una ocasión mientras seguíamos a su grupo montaña arriba.

El caballero que encabezaba la comitiva más numerosa, que se comportaba cortésmente pero sin familiaridad, pareció pensar que ya había conversado más que suficiente. No añadió nada y guardaron silencio aproximadamente un cuarto de hora hasta que se sirvió la cena.

Con ella llegó uno de los monjes jóvenes (no parecía haber monjes ancianos) para ocupar la cabecera de la mesa. La cena fue como la de un hotel suizo ordinario y no faltó un buen vino tinto elaborado por el monasterio en climas más benévolos. El artista viajero reapareció tranquilamente y tomó asiento con los demás, sin que pareciera acordarse de la pequeña escaramuza que había tenido con el viajero tan bien equipado.

—Dígame —preguntó al anfitrión mientras tomaba la sopa—, ¿tiene el monasterio muchos de sus famosos perros en este momento?

—Tiene tres, *monsieur*.

—He visto tres en la galería de abajo. Serán ellos, sin duda.

El anfitrión, un esbelto joven de cabello oscuro, ojos brillantes y modales educados, vestido con un hábito negro con bandas blancas cruzadas como si fueran tirantes, y que no se parecía más al tipo habitual de monje de san Bernardo que al tipo habitual de perro San Bernardo, respondió que, sin duda, se trataba de esos perros.

—Y me parece —continuó el viajero artista— que no es la primera vez que veo a

uno de ellos.

Era posible. Era un perro bastante conocido. *Monsieur* bien podía haberlo visto en el valle o en algún lugar del lago, cuando bajaba (se refería al perro) con un monje de la orden para pedir ayuda para el monasterio.

—Lo que se hace en determinada época del año, según creo.

Monsieur tenía razón.

—Y siempre con un perro. El perro es muy importante.

De nuevo tenía razón *monsieur*. El perro era muy importante. La gente se interesaba mucho por el perro, como era natural, pues se trataba de una raza de perro apreciada en todas partes, como bien podría observar *ma'amselle*.

Ma'amselle tardó un poco en observarlo, como si todavía no estuviese acostumbrada al francés. La señora General, sin embargo, lo observó en su lugar.

—Pregúntele si ha salvado muchas vidas —dijo, en su inglés nativo, el joven que poco antes había sido desairado.

El anfitrión no necesitaba que le tradujesen la pregunta y respondió al instante en francés:

—No, éste no.

—¿Por qué no? —preguntó el mismo caballero.

—Si se le da la oportunidad, sin duda lo hará —respondió el anfitrión sin inmutarse—. Por ejemplo, estoy completamente convencido —prosiguió, sonriendo sosegadamente al caballero desairado mientras cortaba la ternera en la fuente para que se repartiese entre los comensales— de que, si usted mismo, *monsieur*, le diese la oportunidad, se apresuraría con gran entusiasmo a cumplir con su deber.

El viajero artista se echó a reír. El viajero entrometido (que daba muestras de una previsor impaciencia por hacerse con su parte de la cena), mientras se limpiaba unas gotas de vino del bigote con un trozo de pan, se incorporó a la conversación:

—Está ya un poco avanzada la estación para turistas viajeros, ¿no es así, padre?

—Sí, es tarde. Dos o tres semanas más, como máximo, y quedaremos a merced de las nieves invernales.

—¡Y también —añadió el viajero entrometido— de los perros que buscan en la nieve a los niños sepultados, según se ve en las imágenes!

—Usted perdone —preguntó el anfitrión, que no acababa de entender la alusión—. ¿A qué perros que buscan en la nieve y a qué niños enterrados se refiere?

El viajero artista tomó la palabra antes de que alguien pudiese responder.

—¿Acaso no sabe —inquirió con frialdad mirando a su compañero— que sólo los contrabandistas vienen por aquí en invierno, porque sólo ellos tienen algún interés en este lugar?

—¡Santo cielo! No; nunca lo había oído decir.

—Así es, según creo. Y, como saben interpretar los indicios del tiempo, no dan

trabajo a los perros, que, en consecuencia, han ido desapareciendo, aunque este albergue no esté mal situado para ellos. Me temo que los contrabandistas suelen dejar en casa a los parientes de menor edad. Pero ¡es una gran idea! —exclamó el viajero artista, de repente con tono de entusiasmo—. Es una idea sublime. ¡Es la mejor idea del mundo! ¡Se me llenan los ojos de lágrimas sólo de pensarla, por Júpiter!

Tras lo cual siguió comiéndose la ternera con gran compostura.

Había habido en el fondo de su intervención algo incoherente y burlón que ponía una nota de discordia en el ambiente, aún en boca de un hombre refinado y atractivo; y el matiz desdeñoso estaba disimulado con tanta habilidad que era muy difícil de entender para quien no dominase perfectamente la lengua inglesa, e, incluso entendiéndola, difícilmente podría alguien llegar a ofenderse, debido a lo natural y desapasionado del tono. Después de acabar la ternera en silencio, el joven artista volvió a tomar la palabra para dirigirse a su amigo:

—¡Mire a este caballero, nuestro anfitrión —prosiguió en el mismo tono—, que todavía no está en la flor de la vida, y que preside nuestra mesa con tanta delicadeza y tan perfecta cortesía y modestia! ¡Sus modales son dignos de un rey! Cene usted con el lord principal alcalde de Londres (si es que consigue una invitación) y observe la diferencia. ¡Este cumplido caballero, cuya cara es la más finamente cincelada que he visto en mi vida, una cara de líneas perfectas, abandona una vida laboriosa y sube aquí arriba, a no sé qué altitud por encima del nivel del mar, sin otro propósito (además del de disfrutar, espero, de un refectorio excepcional) que el de albergar a pobres diablos ociosos como usted y como yo, y dejar la cuenta para nuestra conciencia! ¿No es éste un maravilloso sacrificio? ¿Qué otra cosa necesitamos para emocionarnos? ¿Vamos acaso a menospreciar este sitio por no haber encontrado en él individuos recién rescatados de aspecto interesante, sujetos al cuello de los perros más sagaces del mundo, que llevan un collar con un barrilito de madera, ocho o nueve meses de cada doce? ¡No! Bendito sea. ¡Es un lugar maravilloso, un lugar magnífico!

El pecho del caballero canoso, el jefe del grupo numeroso, se había hinchado como en señal de protesta por verse incluido entre los pobres diablos. Apenas terminó su intervención el viajero artista, tomó él la palabra con gran dignidad, como si fuese responsabilidad suya llevar la voz cantante en la mayoría de las situaciones y hubiese desatendido ese deber por unos momentos.

Comunicó ponderadamente a su anfitrión la opinión de que su vida, en invierno, debía de ser de lo más aburrida.

El anfitrión le concedió a *monsieur* que podía llegar a ser algo monótona. El aire se hacía difícil de respirar durante mucho tiempo. El frío era extremo. Se necesitaba juventud y fuerza para aguantarlo. Sin embargo, si se disponía de ambas y de la bendición de Dios...

Sí, todo eso era muy bonito. «Pero la reclusión...», dijo el caballero canoso.

Había días, incluso con mal tiempo, en los podían salir a dar un paseo. Tenían la costumbre de despejar un caminito y hacer ejercicio allí.

—Pero el espacio —insistió el caballero canoso—. Tan pequeño. Tan... tan extremadamente limitado.

Monsieur tal vez recordaba que había refugios que visitar, y que también había que abrir sendas para poder llegar a ellos.

Monsieur insistió, por su parte, en que el espacio era tan... ejem... tan extremadamente reducido. Sin contar con que era el mismo, siempre el mismo.

Restándole importancia con una sonrisa, el anfitrión alzó amablemente los hombros y los bajó con no menos amabilidad. Eso era cierto, observó, pero tenía que permitirle que señalara que la mayor parte de las cosas admiten diferentes puntos de vista. *Monsieur* y él no contemplaban su modesta vida desde el mismo punto de vista. *Monsieur* no estaba acostumbrado a la reclusión.

—Yo... ejem... sí, cierto —respondió el caballero canoso. Parecía muy impresionado por el peso del argumento.

Monsieur, en su condición de viajero inglés, sin duda viajaría con todas las comodidades; y poseía fortuna, coches y servicio...

—Exactamente, exactamente. Sin duda —dijo el caballero.

Monsieur no podía sin dificultad ponerse en el lugar de una persona que no podía elegir y decir: «Mañana iré aquí, pasado iré allá; saltaré estas barreras, ampliaré estos límites». *Monsieur* tal vez no podía saber cómo se adaptaba en estos casos el espíritu a la fuerza de la necesidad.

—Es cierto —dijo *monsieur*—. Dejemos... ejem... el asunto. Tiene usted... ejem... mucha razón, no lo dudo, no le demos más vueltas.

La cena había terminado y, mientras el caballero decía esto, apartó la silla y regresó al lugar que había ocupado previamente junto al fuego. Como hacía mucho frío en la mayor parte de la mesa, los otros huéspedes también volvieron a sus asientos cerca del hogar con la intención de tostarse convenientemente antes de irse a la cama. El anfitrión, cuando se hubieron levantado de la mesa, saludó a todos los presentes con una inclinación, les deseó buenas noches y se retiró. Antes de que se marchara, el viajero entrometido le preguntó si era posible que le trajeran un poco de vino caliente, a lo que el monje contestó afirmativamente; en cuanto llegó el vino, el viajero, sentado en el centro del grupo, recibiendo de lleno el calor del fuego, se dedicó sin demora a servirlo a todos.

En ese momento, la más joven de las dos señoritas, que había escuchado en silencio desde un rincón oscuro (el resplandor del fuego era la fuente de iluminación principal, ya que la luz de la lámpara era tenue y desprendía mucho humo) lo que se decía de la dama ausente, salió sigilosamente. Después de cerrar la puerta con

cuidado, no supo hacia dónde dirigirse; pero, tras dudar un poco entre el eco de los pasadizos y los muchos caminos a su disposición, llegó a un cuarto en la esquina de la galería principal donde estaban cenando los criados. De ellos obtuvo una lámpara e indicaciones para llegar al dormitorio de la joven dama.

Había que subir una gran escalera para llegar al piso de arriba. En algunas partes, una verja de hierro interrumpía los muros desnudos y blancos, y la joven se dijo, a medida que avanzaba, que aquel sitio no era muy diferente de una cárcel. La puerta en arco de la habitación —o celda— de la dama no estaba cerrada. Después de llamar una o dos veces sin recibir respuesta, la empujó suavemente y se asomó.

La joven yacía, con los ojos cerrados, encima de las sábanas, protegida del frío por las mantas y batas con las que la habían cubierto al volver en sí del desmayo. Una luz tenue, en el profundo hueco de la ventana, apenas alcanzaba a iluminar el cuarto abovedado. La visitante avanzó tímidamente hasta la cama, y preguntó en un suave susurro:

—¿Se encuentra usted mejor?

La dama dormía profundamente, y el susurro era demasiado débil para despertarla. Su visitante, en silencio, la observó con atención.

«Es muy hermosa —pensó—. Nunca he visto una cara tan bonita. ¡No como la mía!»

Esa curiosa reflexión debía de tener algún significado oculto porque se le llenaron los ojos de lágrimas.

«Sé que tengo razón. Sé que era de ella de quien hablaba él aquella tarde. Podría equivocarme fácilmente en cualquier otra cosa, pero ¡no en esto, en esto no me equivoco!»

Con mano dulce y tierna apartó un mechón despeinado del pelo de la durmiente, y tocó la mano que asomaba por debajo de las mantas.

«Me gusta mirarla —murmuró para sí—. Me gusta ver lo que a él le ha causado tanta impresión».

No había retirado la mano aún cuando la durmiente abrió los ojos, sobresaltada.

—Le ruego que no se asuste. Sólo soy una de las viajeras de abajo. Vine a ver si estaba mejor y a preguntarle si podía hacer algo por usted.

—Me parece que ha tenido ya la amabilidad de enviar a sus criados para ayudarme.

—No, no he sido yo; ha sido mi hermana. ¿Se encuentra usted mejor?

—Mucho mejor. No es más que un golpe superficial, ha sido bien atendido y ya casi no me duele. De repente me mareé y me desmayé. Antes me dolía; pero de repente no pude más.

—¿Puedo quedarme hasta que venga alguien? ¿Quiere?

—Me gustaría mucho porque esto es muy solitario; pero temo que pase usted

demasiado frío.

—No me importa el frío. No soy delicada, aunque tal vez lo parezca.

Desplazó rápidamente una de las toscas sillas hasta el lado de la cama y se sentó. La otra joven cogió con igual rapidez parte de una las mantas de viaje que la cubrían y tapó con ella a su visitante; para que no se cayera, dejó la mano sobre su hombro.

—Se parece usted tanto a una bondadosa niñera —dijo la dama, sonriéndole— que es como si hubiera venido de mi propia casa.

—Me alegro mucho.

—Estaba soñando con mi casa cuando me he despertado. Con mi casa antigua, antes de que me casara.

—Y antes de que viajara tan lejos.

—He estado mucho más lejos, pero entonces llevaba conmigo la mejor parte de mi casa y no echaba nada en falta. Me sentía sola y, al echarla de menos, he vuelto a ella en sueños.

Había en su tono algo de añoranza y pesar que obligó a la visitante a apartar la mirada un momento.

—Extrañas circunstancias las que nos unen, al fin, bajo esta manta en la que me ha envuelto usted —dijo la visitante después de una pausa—, ya que, ¿sabe usted?, creo que hace tiempo que la busco.

—¿Que me busca usted a mí?

—Creo que tengo aquí una carta, con la misión de dársela en cuanto la encuentre. Aquí está. Al menos que me equivoque por completo, está dirigida a usted, ¿no es así?

La joven dama la cogió, asintió y la leyó. La visitante la observó mientras leía. Era muy breve. La dama enrojeció un poco al posar los labios sobre la mejilla de la visitante y le acarició la mano.

—Dice que la querida y joven amiga a la que me presenta tal vez me sea de algún consuelo llegado el caso. Y así es, desde luego, en la primera ocasión que la veo.

—Supongo que no sabrá usted mi historia... —dijo la visitante, vacilando—. ¿Se la contó él?

—No.

—¡No, por supuesto! ¿Por qué habría de hacerlo? Ahora ni siquiera tengo derecho a contarla yo misma, ya que se me ha pedido que no lo haga. No es que sea gran cosa, pero le explicaría por qué le suplico que no diga nada de esta carta. Habrá visto a mi familia: algunos de sus miembros (y eso se lo digo a usted confidencialmente) son un poco orgullosos; tienen algunos prejuicios.

—Llévese usted la carta —respondió la joven dama—; así tendremos la certeza de que mi marido no la verá. De otro modo, tal vez la encontrara accidentalmente y me hiciese preguntas. ¿La guardaría usted de nuevo en su seno, para que estemos

seguras?

Eso hizo su compañera con mucho cuidado. Su mano, pequeña y ligera, seguía sobre la carta cuando oyeron llegar a alguien por el pasillo.

—Le prometí —dijo la visitante mientras se levantaba— que le escribiría en cuanto la viese a usted (no podía dejar de verla antes o después), para decirle si estaba bien y era feliz. Supongo que debo decirle que está usted bien y es feliz.

—¡Sí, sí, sí! Dígale que estoy muy bien y soy muy feliz. Y que le doy afectuosamente las gracias y que nunca lo olvidaré.

—La veré por la mañana. Seguro que nos volvemos a ver dentro de poco. ¡Buenas noches!

—Buenas noches. Gracias, muchas gracias. ¡Buenas noches, querida!

Las dos intercambiaron estas palabras de despedida a toda prisa, azaradas, mientras la visitante salía de la habitación. Creía que iba a encontrarse con el marido de la dama; pero no fue a él a quien vio en el pasillo sino al viajero que se había limpiado el vino del bigote con un trozo de pan. Al oír pasos a su espalda, éste se dio la vuelta, ya que se estaba alejando a oscuras.

Su cortesía, que era extrema, no podía permitir que una jovencita bajase las escaleras alumbrándose ella misma con una lámpara, o siquiera sola. Le cogió, pues, la lámpara, la sostuvo para iluminar los escalones de piedra lo mejor posible, y la siguió hasta la sala de la cena. Ella bajó, disimulando no sin dificultades el impulso de estremecerse y echarse a temblar, ya que el aspecto de aquel viajero le resultaba particularmente desagradable. Antes de la cena, desde su silencioso rincón, había imaginado qué habría podido hacer en momentos y lugares conocidos de su experiencia hasta que sintió por él una aversión que lo hizo a sus ojos poco menos que terrorífico.

El viajero la siguió hasta abajo sonriendo con cortesía, la siguió dentro de la sala y recobró su asiento en el mejor sitio frente a la chimenea. Allí, junto al fuego de leña que empezaba a apagarse, y lo iluminaba de modo irregular en la habitación oscura, se sentó con las piernas extendidas hacia el calor y apuró el vino caliente hasta los posos, mientras una sombra monstruosa lo imitaba en las paredes y el techo.

La reunión se había disuelto por efecto del cansancio, y todos se habían ido a la cama, excepto el padre de la señorita, que daba cabezadas en la silla junto al fuego.

El viajero se había tomado la molestia de subir un largo trecho hasta su cuarto en busca de una petaca de brandy. Eso les notificó mientras la vaciaba en el resto de vino y se lo bebía con nuevo leite.

—¿Me permite preguntarle, caballero, si va usted camino de Italia?

El caballero canoso se había incorporado y se disponía a marcharse. Respondió afirmativamente.

—¡Yo también! —afirmó el viajero—. Espero tener el honor de saludarlo en

paisajes más bellos y circunstancias más benignas que esta tétrica montaña.

El caballero inclinó la cabeza con fría cortesía y dijo que se lo agradecía.

—Nosotros, los caballeros pobres, señor —dijo el viajero, secándose el bigote con la mano, después de meterlo en el vino con brandy—; nosotros, los caballeros pobres no viajamos como príncipes, pero apreciamos al máximo las atenciones y gentilezas de la vida. ¡A su salud, señor!

—Muchas gracias.

—¡A la salud de su distinguida familia y de esas bellas damas, sus hijas!

—Se lo agradezco de nuevo y le deseo buenas noches. Querida, ¿están muy lejos... ejem... los criados?

—Están aquí cerca, padre.

—¡Permítanme! —exclamó el viajero, levantándose y sujetándoles la puerta, mientras el anciano se dirigía a ella del brazo de su hija—. ¡Que descansen bien! ¡Hasta que tenga el placer de volver a verlos! ¡Hasta mañana!

Mientras el hombre se besaba la mano, con sus mejores modales y la sonrisa más exquisita, la joven, acercándose un poco más a su padre, le pasó por delante con miedo a tocarlo.

—¡Diablos! —exclamó el viajero entrometido; sus modales desaparecieron y su voz perdió el tono agradable en cuanto lo dejaron solo—. ¿Por qué tengo que irme a la cama porque todos los demás se acuesten? Tienen una prisa endiablada. Bastante larga será ya la noche aunque me acueste dentro de dos horas.

Al apurar el vaso echó la cabeza atrás y entonces sus ojos recalaron en el libro de viajeros, que estaba sobre el piano, abierto, con plumas y tinta a su lado, como si los huéspedes de aquella noche se hubiesen registrado en su ausencia. Lo cogió y leyó las siguientes anotaciones:

Caballeros William Dorrit, Frederick Dorrit y Edward Dorrit; señorita Dorrit y señorita Amy Dorrit; señora General; y acompañantes. De Francia a Italia.

Señor y señora Henry Gowan. De Francia a Italia.

A esto añadió, con letra pequeña y recargada, y acabando con una larga floritura, como si echase un lazo sobre los demás nombres:

Blandois, París. De Francia a Italia.

Y entonces, con la nariz bajando hacia el bigote y el bigote subiendo hacia la nariz, se dirigió a la celda que le habían asignado.

Es indispensable que presentemos a la distinguida dama con la suficiente importancia en el séquito de la familia Dorrit para firmar con su nombre en el libro de viajeros.

La señora General era hija de un destacado clérigo de una ciudad catedralicia en la que ella había dictado la moda hasta que estuvo tan cerca de los cuarenta y cinco años como puede estarlo una dama soltera. Un oficial de intendencia muy estirado, de sesenta años, famoso por su rigidez, se enamoró de la gravedad con que la dama llevaba las riendas del coche de las normas sociales de la ciudad catedralicia y solicitó un puesto a su lado en el pescante y que los uncieran juntos en fría ceremonia. La dama aceptó la propuesta de matrimonio, el oficial de intendencia ocupó su lugar con gran decoro en defensa de las normas sociales, y la señora General llevó las riendas hasta que falleció el oficial. Mientras viajaron juntos, atropellaron a unas cuantas personas que se interpusieron en el camino de las normas, pero siempre con gran estilo y compostura.

Después de enterrar al oficial con las condecoraciones pertinentes (todas las normas sociales fueron enjaezadas al coche fúnebre y lucieron todas las plumas y arreos de terciopelo negro y el escudo de armas en una esquina), la señora General fue a mirar qué cantidad de polvo y ceniza quedaba en el banco. Salió entonces a la luz que el oficial de intendencia había ganado la mano a la señora General, pues había comprado una renta anual unos años antes de la boda y no había mencionado, cuando le pidió matrimonio, que sus ingresos procedían de un dinero que ya no era suyo. Así pues, la señora General se encontró con medios tan reducidos que, si no hubiera tenido una buena cabeza, habría puesto en duda la frase del oficio de difuntos en la que se afirmó que el oficial de intendencia no podía llevarse nada consigo.

En este estado de cosas, a la señora General se le ocurrió que podría «formar la inteligencia» y también los modales de alguna joven distinguida. O bien que podría enjaezar las normas sociales al carruaje de alguna joven viuda o heredera y convertirse en conductora y vigilante de tal vehículo por los laberintos sociales. Cuando la señora General comunicó esta idea a sus amistades del clero y la intendencia, éstas la aplaudieron de modo tan caluroso que, si no hubiera sido por los indudables méritos de la dama, habría parecido que estaban deseando librarse de ella. Algunas personalidades influyentes redactaron recomendaciones en las que retrataban a la señora General como un prodigio de piedad, sabiduría, virtud y distinción; y un venerable arcediano incluso llegó a verter lágrimas al dar fe de sus perfecciones (según se las habían descrito algunas personas de confianza), aunque jamás en la vida

había tenido el honor ni la gratificación moral de poner los ojos en la señora General.

Delegada de ese modo, por así decirlo, por la Iglesia y el Estado, la señora General, que había vivido siempre en las alturas, se encontró en condiciones de seguir en ellas y empezó fijando una cifra muy elevada por su compañía. Durante una temporada, nadie pujó por ella. Finalmente, un viudo de provincias, con una hija de catorce años, inició negociaciones; y, fuera parte de la dignidad natural o de la política artificial de la señora General (una u otra, sin duda), ésta se comportó como si su compañía fuera muy buscada (cuando, en realidad, era ella quien buscaba); pero el viudo la persiguió hasta que consiguió que se hiciera cargo de la inteligencia y los modales de su hija.

La ejecución de esta misión ocupó a la señora General unos siete años, en el curso de los cuales recorrió lo que se llamaba entonces el *tour* de Europa y vio gran parte de esa amplia miscelánea de objetos que es esencial que todas las personas cultivadas vean con los ojos de los demás y jamás con los propios. Cuando la joven a su cargo estuvo por fin formada, se acordó no sólo el matrimonio de ésta sino también el del padre, el viudo. Llegado ese momento, el viudo encontró que la presencia de la señora General no sólo era inadecuada sino también cara; de repente, se sintió tan conmovido por sus méritos como antes el arcediano y se encargó de difundir tales alabanzas sobre su tremenda valía en todos los ámbitos en los que le parecía que podía presentarse la oportunidad de transferir aquella bendición a otra persona, que el nombre de la señora General parecía más honorable que nunca.

El ave Fénix estaba, pues, en alquiler, suspendida en las alturas, cuando el señor Dorrit, que acababa de acceder a su fortuna, dijo a sus banqueros que deseaba encontrar una dama bien educada y con buenas relaciones, acostumbrada a la buena sociedad, para completar la educación de sus hijas y ser su dama de compañía. Los banqueros del señor Dorrit, que procedían del condado del viudo, dijeron al instante: «¡La señora General!».

Al seguir la luz que tan afortunadamente habían hallado, y viendo que todos los testimonios de los conocidos de la señora General eran tan impresionantes como los mencionados, el señor Dorrit se tomó la molestia de viajar al condado del viudo de provincias para conocer a la señora General y descubrió en ella una dama de una cualidad superior a sus mayores expectativas.

—Me disculpará usted —dijo el señor Dorrit— si le pregunto... ejem... qué remune...

—Por supuesto, es una cuestión que prefiero evitar —lo interrumpió la señora General—. Nunca hablé de ella con mis amigos y no puedo dejar de tratar con delicadeza este asunto, señor Dorrit. Espero que se haya dado cuenta de que yo no soy una institutriz...

—¡Por supuesto! —dijo el señor Dorrit—. Señora, le ruego que no piense ni por

un momento que ésa es mi idea —y llegó a sonrojarse ante la mera sospecha.

La señora General inclinó la cabeza con gesto serio.

—Por otra parte, no puedo poner precio a unos servicios que, para mí, constituye un placer prestar de modo espontáneo pero que jamás podría realizar a cambio de una mera remuneración. Tampoco sé dónde ni cómo encontrar un caso paralelo al mío, que es muy especial.

Sin duda, pero entonces (insinuó el señor Dorrit, cosa bastante lógica), se preguntaba cómo podrían abordar el asunto.

—No me opongo —dijo la señora General—, aunque para mí eso también resulta desagradable, a que pregunte usted a mis amigos de esta casa qué cantidad me han ido ingresando trimestralmente en el banco.

El señor Dorrit asintió mostrando su conformidad.

—Permítame que añada —dijo la señora General—, que preferiría no volver a sacar el tema. Y también que no puedo aceptar una posición inferior o secundaria. Si tengo el honor de conocer a la familia del señor Dorrit... ¿creo que dijo que tenía dos hijas?

—Dos hijas.

—Sólo puedo aceptar el puesto si el trato que recibo es de total igualdad como acompañante, protectora, tutora y amiga.

El señor Dorrit, a pesar la conciencia de su propia importancia, tuvo la sensación de que la dama era muy amable al aceptar la propuesta y a punto estuvo de decírselo.

—Según creo —dijo la señora General—, ha dicho que tenía dos hijas.

—Dos hijas —dijo de nuevo el señor Dorrit.

—Tendrá que sumar un tercio al pago (sea cual sea la cantidad) que mis amigos ingresaban en el banco.

El señor Dorrit consultó sin más dilación al viudo de provincias y, tras averiguar que pagaba trescientas libras a la señora General, llegó a la conclusión, sin tener que aplicarse mucho en aritmética, de que tenía que pagar cuatrocientas. Como la señora General era una mercancía tan espléndida que se diría que podía tener cualquier precio, y el señor Dorrit le propuso en firme que le permitiera el honor y el placer de considerarla un miembro de la familia, la dama le concedió ese privilegio y ahí estaba.

En persona, la señora General tenía un aspecto muy digno e imponente en el que su falda parecía desempeñar un papel principal: era amplia, susurrante, gravemente voluminosa; siempre bien erguida y precedida por las normas sociales. Podían llevarla —la habían llevado— hasta lo más alto de los Alpes o lo más profundo de Herculano sin que se le desordenara un pliegue del traje o se le moviera de sitio un alfiler. Si su semblante y su cabello parecían un tanto harinosos, como si viviera en un molino de una distinción trascendental, se debía a que toda ella daba la impresión

de ser de tiza y no a que se cubriera el rostro con polvos violeta o el cabello se le hubiera vuelto gris. Si sus ojos no tenían expresión, probablemente era porque no tenían nada que expresar. Si tenía pocas arrugas era porque la inteligencia nunca había escrito su nombre ni ninguna otra cosa en su rostro. Era una mujer fría, cerosa y apagada que nunca había iluminado su entorno.

La señora General no tenía opiniones. Su manera de formar la inteligencia de una joven era impidiendo que ésta tuviera opiniones. Tenía una escasa variedad de surcos o raíles mentales en forma de círculo por los que hacía circular los trenes de las opiniones ajenas; estos nunca se alcanzaban entre sí ni llegaban nunca a ningún lugar. Ni siquiera su devoción por el decoro le impedía poner en duda que en este mundo había cosas indecorosas, pero se libraba de ellas apartándolas de su vista y simulando que no existían. Ésta era otra de sus maneras de formar una inteligencia: amontonar todas las cuestiones difíciles en los armarios, cerrarlos con llave y negar su existencia. Era el sistema más fácil y, sin comparación posible, el más decoroso.

A la señora General no se le podía contar nada desagradable. Los accidentes, las miserias y las ofensas no se podían mencionar delante de ella. La pasión se iba a dormir en presencia de la señora General y la sangre se convertía en leche aguada. Lo poco que quedaba en el mundo, una vez eliminado todo lo dicho, era la provincia que la señora General se dedicaba a barnizar. En su proceso de formación, sumergía el más pequeño de los pinceles en el mayor de los recipientes de barniz y así barnizaba la superficie de cualquier objeto que cayera bajo su influencia. Cuantas más grietas tenía un asunto, más lo barnizaba.

Había barniz en su voz, había barniz en su tacto y la envolvía una atmósfera de barniz. Incluso sus sueños, si es que soñaba alguna vez, estarían también barnizados mientras dormía en los brazos del buen san Bernardo y los copos de nieve caían como plumas sobre el tejado del monasterio.

El brillante sol de la mañana cegaba los ojos, la nieve había dejado de caer, la niebla se había desvanecido, el aire de la montaña era tan claro y ligero que la sensación de respirarlo era como la de entrar en una nueva existencia. Para contribuir a la ilusión, el suelo parecía haber desaparecido, y las montañas, una extensión brillante de inmensos montones y masas blancas, era como una región de nubes flotando entre el cielo azul y la tierra.

Una hilera de puntitos negros en la nieve, como nudos en un hilo, que empezaba en la puerta del monasterio y se alejaba por las curvas del camino en tramos interrumpidos, indicaba los lugares en que trabajaban los hermanos para limpiar el sendero. Alrededor de la puerta, la nieve comenzaba a estar pisoteada. Los hombres sacaban las mulas, las sujetaban a las anillas de la pared y las cargaban; ajustaban las ristras de cascabeles, ataban la carga; las voces de los conductores y de los jinetes sonaban musicalmente; los más madrugadores habían reanudado su viaje y, tanto hacia la cumbre como camino abajo, por la senda del día anterior, las pequeñas figuras de hombres y mulas, reducidas a una miniatura por la inmensidad del entorno, avanzaban con un tintineo de cascabeles y una agradable armonía de lenguas.

En el comedor de la víspera, un nuevo fuego, apilado sobre las cenizas, como plumas, del precedente, iluminaba un desayuno casero de pan, leche y mantequilla. Iluminaba también al guía de la familia Dorrit, que preparaba el té que traía consigo para el grupo, además de algunas otras provisiones destinadas a los numerosos acompañantes. El señor Gowan y Blandois de París habían desayunado ya y paseaban a orillas del lago, fumando cigarros.

—Así que Gowan... —murmuró Tip, conocido también como el caballero Edward Dorrit, mientras pasaba las hojas del libro de viajeros, después de que el guía los dejó para que desayunaran—. Gowan es nombre de cachorro de perro, eso es lo único que tengo que decir. Si hubiera tenido tiempo que perder, le habría dado un golpe en el morro. Pero no merece la pena que le dedique ni un momento, afortunadamente para él. ¿Cómo está su mujer, Amy? Seguro que lo sabes, siempre sabes estas cosas.

—Está mejor, Edward, pero no se irán hoy.

—Oh, no se van hoy. Afortunadamente también para ellos —dijo Tip—, o él y yo habríamos terminado chocando.

—Consideran que es mejor que descanse hoy y no tenga que soportar las sacudidas y el cansancio hasta mañana.

—Me alegro muchísimo. Pero hablas como si hubieras estado cuidándola. Ahora que no nos oye la señora General, no habrás recaído en tus viejas costumbres, ¿verdad, Amy?

Formuló la pregunta mirando de soslayo a su padre y a Fanny.

—Sólo he ido a preguntar si podía ayudarla en algo, Tip —contestó la pequeña Dorrit.

—No me llames Tip, Amy —contestó el joven caballero frunciendo el ceño—, porque es una de esas viejas costumbres que debes olvidar.

—No quería decirlo, querido Edward. Me he distraído. Antes era tan natural que me parecía lo más indicado en este momento.

—Oh, claro —intervino Fanny—. Natural e indicado y antes y todo eso. ¡Tonterías! Sé perfectamente por qué te interesas por la señora Gowan, a mí no me engañas.

—No lo intento, Fanny, no te enfades.

—¡Que no me enfade! —contestó la dama con un gesto airado—. No tengo paciencia para aguantar esto —exclamó, y era bien cierto.

—Por favor, Fanny —dijo el señor Dorrit, alzando las cejas—, ¿a qué te refieres? Explícate.

—Oh, no se preocupe, papá —contestó Fanny—, no es un asunto importante. Amy ya me entiende. Conocía o sabía quién era esa tal señora Gowan antes de ayer y será mejor que lo reconozca.

—Hija mía —dijo el señor Dorrit, volviéndose hacia la más joven—. ¿Tu hermana tiene algún tipo de autoridad para hacer tan curiosa afirmación?

—Por bondadosas que seamos —dijo Fanny antes de que Amy pudiera contestar—, no subimos a las habitaciones de la gente en las cumbres de las gélidas montañas y nos sentamos a su lado muertas de frío a menos que sepamos algo de antemano. No es difícil adivinar de quién es amiga la señora Gowan.

—¿De quién es amiga? —preguntó el padre.

—Papá —contestó Fanny, que para entonces ya había conseguido, haciendo el esfuerzo habitual, irritarse como víctima de un gran abuso y ultraje—, lamento decirle que me parece que es amiga de esa persona tan desagradable e inconveniente que, con total falta de delicadeza, en contra de lo que nuestra experiencia podría habernos llevado a esperar de él, insultó y ofendió nuestros sentimientos de modo público y deliberado en una ocasión a la que hemos acordado no aludir jamás directamente.

—Amy, hija mía —dijo el señor Dorrit, atemperando cierta severidad con un afecto digno—. ¿Es ése el caso?

La pequeña Dorrit contestó con mansedumbre que sí, efectivamente.

—¡Efectivamente! —exclamó la señorita Fanny—. ¡Claro, ya lo decía yo! Papá,

declaro de una vez por todas —la joven dama había adquirido la costumbre de declarar las cosas de una vez por todas todos los días de su vida e incluso varias veces al día— que es una vergüenza. Declaro de una vez por todas que hay que poner freno a todo esto. No basta con que hayamos pasado por lo que nosotros sabemos sino que, precisamente, tiene que echárnoslo en cara constante y sistemáticamente quien más sensible tendría que ser a nuestros sentimientos. ¿Y nos veremos expuestos a esta conducta innatural todos los días de nuestra vida? ¿No se nos permitirá nunca olvidar? Lo digo de nuevo: ¡eso es completamente infame!

—Amy —señaló el hermano, moviendo la cabeza con un gesto de negación—, ya sabes que te respaldo siempre que puedo y en la mayoría de las ocasiones. Pero debo decir que, a fe mía, me parece una forma bastante inexplicable de mostrar tu afecto fraternal que respaldes a un hombre que me trató del modo menos caballeroso que un hombre puede tratar a otro. Y que —añadió concluyente— tiene que ser un ladrón de lo más rastrero para comportarse como se comportó.

—Y mira —añadió la señorita Fanny—, mira las consecuencias, ¿podremos esperar que nos respeten los criados? Jamás. Tenemos dos doncellas, el ayuda de cámara de papá, un lacayo y un guía privado, además de las personas que nos atienden, y, a pesar de todo, uno de nosotros corre con vasos de agua fría como si fuera un sirviente —insistió Fanny—. ¡Vamos, si un mendigo tuviera un ataque en la calle, un policía no tendría más remedio que socorrerlo con vasos de agua, como hizo Amy anoche en esta misma habitación ante nuestros ojos!

—La verdad es que, en esta ocasión, eso no me preocupa demasiado —señaló Edward—. Pero lo de vuestro Clennam, como a él le gusta llamarse, es cosa distinta.

—Clennam forma parte del mismo asunto —dijo la señorita Fanny—: impuso su presencia desde el principio, nunca la pedimos. Y yo, por ejemplo, siempre le demostré que podría prescindir de su compañía con el mayor placer. Y ahora nos ofende tremendamente, una ofensa que nunca habría cometido si no hubiera sido por el placer que obtiene al dejarnos en evidencia. ¡Y ahora nos rebaja poniéndonos al servicio de sus amigos! Vaya, no me extraña que este señor Gowan se portara así contigo. ¡Qué otra cosa se podía esperar cuando estaba disfrutando de la historia de nuestras desgracias pasadas, cuando se estaba recreando en ellas en ese mismo momento!

—¡Padre! ¡Edward! ¡Claro que no es eso! —exclamó la pequeña de los Dorrit—. Ni el señor ni la señora Gowan habían oído nunca nuestro nombre. Desconocían y desconocen por completo nuestra historia.

—En ese caso, peor todavía —replicó Fanny, decidida a no aceptar atenuantes—, porque no tienes excusa. Si hubieran sabido algo de nosotros, podrías haberte sentido obligada a tener con ellos una buena relación. Habría sido un error deleznable y ridículo, pero puedo aceptar un error; pero no puedo respetar que rebajes

voluntariamente y con premeditación a las personas que más tendrías que querer y respetar. No, no puedo aceptarlo. No puedo por menos de denunciarlo.

—Jamás te ofendería deliberadamente, Fanny —dijo la pequeña Dorrit—, aunque me trates con tanta dureza.

—En tal caso, Amy, tendrías que ir con más cuidado —contestó su hermana—. Si haces estas cosas sin querer y sin darte cuenta, tendrías que ir con más cuidado. Si yo hubiera nacido en un lugar especial y en circunstancias especiales y ello enturbiara mi conocimiento de las formas sociales, imagino que me consideraría obligada a analizar cada paso que daba. Y me preguntaría si iba a poner en un compromiso a mis parientes más cercanos. Eso es lo que me parece que haría, si fuera ése mi caso.

Llegado este momento, intervino el señor Dorrit para poner fin de inmediato a estos asuntos dolorosos con su autoridad y extraer una enseñanza moral con su sabiduría.

—Querida —le dijo a su hija menor—, te ruego que... ejem... no digas nada más. Tu hermana Fanny se expresa con contundencia, pero no sin una dosis considerable de razón. Ocupas ahora... ejem... una posición muy elevada. Esta posición no la ocupas sola, sino... ejem... conmigo y... ejem... con todos nosotros. Nosotros. Así pues, corresponde a todas las personas que tienen un lugar destacado en la sociedad, pero especialmente a esta familia, por razones sobre las que... ejem... no quiero extenderme, hacerse respetar. Estar atentos que se nos respete. Para que los subordinados nos respeten debemos saber guardar las distancias... ejem... y quedar por encima. Así pues, no puedes exponerte a las observaciones de nuestros sirvientes sugiriendo que puedes realizar tú sus servicios y prescindir de ellos... ejem... Eso es de suma importancia.

—¡Claro, quién puede ponerlo en duda! —exclamó la señorita Fanny—. Es la esencia de todo.

—Fanny, querida —contestó su padre con aire grandilocuente—, permíteme que prosiga: y llegamos a... ejem... el señor Clennam. Debo decir, Amy, que no comparto los sentimientos de tu hermana... en relación con el señor... ejem... en relación con el señor Clennam. Me complace considerar a este individuo una persona... ejem... por lo general bien educada. Ejem. Una persona bien educada. No insistiré en dilucidar si en algún momento el señor Clennam impuso su presencia y buscó de modo insistente un vínculo social conmigo. Él sabía que mi trato era solicitado y podría alegrarse en su descargo que... ejem... me consideraba un personaje público. Pero las circunstancias relacionadas con mi superficial conocimiento del señor Clennam (que era muy superficial) —llegado a ese punto, el señor Dorrit se mostró extremadamente grave e imponente— lo llevarían a cometer una tremenda falta de delicadeza si buscara mantener una relación conmigo o con mi familia en las circunstancias actuales. Si el señor Clennam tiene la delicadeza

suficiente para advertir lo inadecuado de esos intentos, en mi condición de caballero responsable estoy obligado a... ejem... apreciar esa delicadeza. Pero si, por el contrario, el señor Clennam carece de esa delicadeza, ni por un momento puedo... ejem... mantener correspondencia con una persona tan grosera. En cualquiera de los dos casos, me parece obvio que el señor Clennam debe desaparecer y que no tenemos nada que ver con él ni él con nosotros. ¡Ah, ahí está la señora General!

La entrada de la mencionada dama, con intención de tomar su desayuno, puso fin a la discusión. Poco después, el guía privado anunció que el ayuda de cámara, el lacayo y las dos doncellas, junto con los cuatro guías y las catorce mulas, estaban todos dispuestos; así que el grupo, tras el refrigerio, salió por la puerta del monasterio para sumarse a la cabalgata.

El señor Gowan se mantuvo distante con un cigarro y un lápiz, pero el señor Blandois presentó inmediatamente sus respetos a las damas. Cuando se quitó el sombrero flexible con gesto elegante para saludar a la pequeña Dorrit, ésta pensó que tenía un aspecto todavía más siniestro, con su tez morena y envuelto en la capa sobre la nieve, que a la luz del fuego. Pero, en vista de que tanto su hermana como su padre acogían sus cortesías con complacencia, se abstuvo de manifestar desconfianza, no fuera a ser ese comentario una mancha más derivada de haber nacido en la cárcel.

Sin embargo, mientras descendían por el accidentado camino y el monasterio aún era visible, en más de una ocasión miró a su alrededor y vio la silueta del señor Blandois contra el humo que salía, directo a las alturas, de las chimeneas del monasterio como un velo dorado, colocarse en un lugar prominente para seguirlos con la vista. Mucho tiempo después, cuando ya era un simple punto negro en la nieve, Amy seguía teniendo la sensación de ver aún aquella sonrisa, la nariz grande y los ojos demasiado juntos. E incluso después, cuando el monasterio ya no se divisaba y algunas nubes matutinas velaban el paso, los brazos esqueléticos levantados al borde del camino parecían señalarlo a él.

Tal vez más traicionero que la nieve, de corazón más frío y más difícil de deshelar, Blandois de París fue desvaneciéndose en su recuerdo a medida que se acercaban a regiones más templadas. De nuevo el sol era cálido, de nuevo los arroyos que descendían de los glaciares y las cuevas llenas de nieve ofrecían agua refrescante, y de nuevo avanzaba la comitiva entre los pinos, los torrentes pedregosos, las cumbres frondosas, los valles, los chalés de madera y las toscas vallas en zigzag del país suizo. Algunas veces el camino se ensanchaba tanto que Amy podía montar al lado de su padre. Y entonces le bastaba con mirarlo, bellamente vestido con pieles y abrigos, rico, libre, bien servido y atendido, contemplando con sus propios ojos las maravillas del paisaje sin que una miserable reja le ocultara las vistas y proyectara una sombra encima de él.

También habían rescatado a su tío de la vieja sombra y éste se vestía con la ropa

que le daban y hacía algunas abluciones como sacrificio familiar, del mismo modo que iba a donde lo llevaban, con la actitud paciente y agradecida de un animal de compañía, indicio de que el aire y el cambio le sentaban bien. En todos los demás aspectos, con una sola excepción, brillaba sin luz propia y reflejaba la luz de su hermano. La magnificencia, riqueza, libertad y grandeza de éste lo complacían, como si no tuvieran relación con él. Silencioso y retirado, no intervenía si hablaba su hermano; no deseaba que lo sirvieran, por lo que era a su hermano a quien los criados se dedicaban. El único cambio que se advertía en él afectaba al trato con la menor de sus sobrinas. Mostraba por ella un respeto cada vez mayor, algo infrecuente entre una persona de edad y una más joven, y aún podría decirse que era cosa todavía más rara la medida con que lo mostraba. Cada vez que la señorita Fanny declaraba de una vez por todas una cosa u otra, el tío aprovechaba la primera ocasión para descubrirse ante su sobrina pequeña, ayudarla a bajar o subir del carruaje o dedicarle cualquier otra atención con la mayor de las deferencias. Y, sin embargo, estos detalles nunca parecían forzados o fuera de lugar, puesto que eran siempre sinceros, espontáneos y sencillos. Tampoco consentía, ni siquiera cuando se lo pedía su hermano, que lo sirvieran antes ni ser el primero en nada. Tanto empeño ponía en estas muestras de respeto que, en el mismo trayecto de regreso del Gran San Bernardo, se irritó profundamente con el lacayo porque éste no se apresuró a sostener el estribo de Amy cuando la joven descabalgó, a pesar de que iba a su lado; y sorprendió a todos los presentes al arremeter contra el criado con la mula, acorralándolo y amenazándolo con matarlo a patadas.

Formaban una bonita comitiva y a los dueños de las posadas poco les faltaba para adorarlos. Fueran donde fueran, su importancia los precedía: el guía privado que llegaba primero para ver qué habitaciones de categoría estaban libres. Era el heraldo de la procesión familiar. Después llegaba el gran carruaje con el señor Dorrit, la señorita Dorrit, la señorita Amy Dorrit y la señora General; en el exterior, algunos de los criados y, si hacía buen tiempo, el caballero Edward Dorrit, al que reservaban el pescante. Iba después el coche ligero con el caballero Frederick Dorrit y un lugar vacío que ocupaba el caballero Edward Dorrit cuando llovía. Detrás iba el carro con el resto del servicio, el equipaje pesado y todo el polvo y el barro que levantaban los dos coches que lo precedían.

Estos coches adornaban el patio de la posada de Martigny cuando la familia regresó de la excursión por la montaña. Había también otros vehículos, ya que el camino estaba transitado, desde el remendado Vettura italiano —que parecía un columpio de una feria inglesa, puesto sobre una bandeja de madera con ruedas y con otra bandeja de madera sin ruedas encima— hasta el pulcro coche inglés. Pero había otro adorno en la posada que el señor Dorrit no había contratado: dos viajeros desconocidos embellecían una de sus habitaciones.

El posadero, sombrero en mano en el patio, juraba al guía privado que estaba desolado, que estaba consternado, que estaba profundamente afligido, que era la más miserable y desafortunada de las bestias, que tenía la cabeza de un cerdo de madera. Nunca tendría que haber accedido, dijo, pero aquella dama tan distinguida le había rogado tan insistentemente que le cediera una habitación durante media horita para comer que no había sabido negarse. La media horita había pasado, la dama y el caballero estaban tomando el postre y media taza de café, la cuenta estaba pagada, habían pedido los caballos e iban a partir de inmediato; pero debido a un destino infausto y a la maldición del cielo, todavía no se habían marchado.

Nada podía superar la indignación del señor Dorrit cuando se dio media vuelta a los pies de la escalera tras oír estas disculpas. Tenía la sensación de que la dignidad de la familia había sido apuñalada por un mano asesina. Poseía la más exquisita conciencia de la propia dignidad y era capaz de detectar la menor ofensa cuando nadie la percibía ni remotamente. Los finos escalpelos que sentía clavarse constantemente con el fin de diseccionar su dignidad convertían su vida en una agonía.

—¿Es posible, posadero —exclamó el señor Dorrit, enrojeciendo excesivamente—, que haya usted... ejem... tenido la audacia de poner una de mis habitaciones a disposición de otra persona?

¡Pedía mil excusas! Para desgracia del posadero, había cedido a la petición de aquella dama distinguidísima. Rogaba al caballero que no se enfadara. Le rogaba que tuviera clemencia. Si *monseigneur*, tan amable, tuviera a bien ocupar durante cinco minutos el otro salón especialmente reservado para él, se solucionaba el problema.

—No, señor mío —declaró el señor Dorrit—. No ocuparé ningún salón. Me iré de su casa sin comer ni beber y sin poner siquiera el pie en ella. ¿Cómo se atreve a portarse así? ¿Cómo se ha atrevido a hacer conmigo lo que no haría con otro caballero?

¡Ay! El posadero ponía a todo el universo por testigo de que *monseigneur* era el más gentil de todos los miembros de la nobleza, el más importante, el más estimable, el más honrado. Si de algún modo había dado a *monseigneur* un trato distinto al de los demás se debía únicamente a que era más distinguido, más apreciado, más generoso y más reputado.

—No me diga eso, señor mío —contestó el señor Dorrit con furor altivo—. Me ha ofendido. Me ha insultado repetidas veces, ¿cómo se atreve? Haga el favor de explicarse.

¡Santo Cielo! Cómo podía explicar el posadero cuando no había nada más que explicar: sólo podía disculparse y ponerse en manos de la célebre magnanimidad de *monseigneur*.

—Le diré —prosiguió el señor Dorrit, jadeando de rabia— que me ha dado un

trato diferente al de otros caballeros; que me ha dado un trato distinto a otros caballeros de fortuna y posición. Y quisiera saber a qué se debe. Quisiera saber... ejem... con qué autoridad, con qué autoridad. Conteste, señor mío. Explíquese. Dígame por qué.

El posadero rogó humildemente al señor guía privado que explicara a *monseigneur*, que solía ser tan clemente, que se enfadaba sin motivo. No había por qué. El señor guía privado podría explicar al *monseigneur* que se engañaba al sospechar que podía haber algún otro motivo más que el que su devoto servidor había tenido ya el honor de explicarle ya. Una dama distinguidísima...

—¡Silencio! —exclamó el señor Dorrit—. ¡Sujete la lengua! No quiero volver a oír hablar de la dama distinguidísima. No quiero volver a oír hablar de usted. Mire a esta familia, mi familia, una familia más distinguida que cualquier dama. Ha faltado al respeto a mi familia; ha sido usted insolente con esta familia. Lo arruinaré. Vayan a buscar los caballos, preparen los carruajes: no pienso poner el pie en la casa de este hombre nunca más.

Nadie había intervenido en la disputa, que estaba más allá del francés coloquial del caballero Edward Dorrit y apenas resultaba comprensible para las damas. Sin embargo, la señorita Fanny respaldó a su padre amargamente y declaró, en su lengua nativa, que estaba claro que algo ocultaba la impertinencia de aquel hombre, que merecía un castigo por tratar peor a su familia que a otras familias adineradas. No conseguía imaginar cuáles eran los motivos, pero sus motivos tendría y tenían que arrancárselos.

Todos los guías, conductores de mulas y ociosos que se encontraban en el patio fueron tomando parte en la disputa y quedaron muy impresionados al ver que el guía privado se afanaba en sacar los carruajes. Con ayuda de una docena de personas a cada rueda, se procedió con estruendo y luego pasaron a cargar los coches mientras esperaban que llegaran los caballos de la casa de postas.

Pero el coche de la dama inglesa distinguidísima tenía ya los caballos enganchados y estaba en la puerta de la posada, pues el posadero había subido a explicarle aquel difícil caso. Eso notificó en el patio cuando volvió a bajar las escaleras acompañando al caballero y a la dama y les indicó con un significativo movimiento de la mano dónde se encontraba el ofendidísimo señor Dorrit.

—Le ruego que nos perdone —dijo el caballero, adelantándose a la dama—. Soy hombre de pocas palabras y no se me da bien explicarme, pero la señora no desea en absoluto un altercado. Esta señora, mi madre, para ser exactos, desea que le diga que desea que no se produzca ningún altercado.

El señor Dorrit, que todavía jadeaba por la ofensa, saludó al caballero y saludó a la dama con un gesto frío, rotundo y tajante.

—No, pero de verdad, mire, oiga usted —dijo el caballero llamando la atención

de Edward Dorrit, al cual se dirigió como si fuera un alivio providencial—. Vamos a ver si entre usted y yo lo arreglamos. La dama no desea ningún altercado.

Sujetó por la solapa al joven caballero Edward Dorrit y lo llevó aparte; éste adoptó una actitud de contención diplomática y contestó:

—Tendría usted que admitir que cuando se reservan varias habitaciones con la debida antelación no es agradable encontrarlas ocupadas.

—Claro que no —dijo el otro—, ya lo sé. Lo reconozco. Pero vamos a ver si entre usted y yo podemos arreglarlo y evitar el altercado. La culpa no es del posadero sino de mi madre. Es una mujer notable y muy sensata, muy educada; el posadero no ha sabido resistirse y ella ha hecho con él lo que ha querido.

—Si es ése el caso... —dijo el joven caballero Edward Dorrit.

—Le aseguro que así es. Por tanto —dijo el otro caballero, insistiendo en el punto principal de su argumentación—, ¿por qué un altercado?

—Edmund —dijo la dama desde la puerta—, espero que hayas explicado o estés explicando a la entera satisfacción de este caballero y de su familia que este amable posadero no tiene la culpa de nada.

—Por supuesto, madre —contestó Edmund—, que no hago otra cosa.

Miró rápidamente a Edward Dorrit, lo observó unos segundos y exclamó, en un arranque de confidencialidad:

—¡Vamos, viejo amigo! ¿Arreglado?

—La verdad es que, después de todo —dijo la dama avanzando elegantemente un par de pasos hacia el señor Dorrit—, me temo que tendría que haberles dicho de entrada que le garanticé al buen posadero que correría con todas las consecuencias de haber ocupado en su ausencia la suite de un desconocido durante el tiempo (escaso) de una comida. No tenía ni idea de que el legítimo propietario volvería tan pronto ni tampoco tenía la menor idea de que hubiera vuelto; de haberlo sabido, me habría apresurado a devolverle mi inmerecida habitación y le habría ofrecido explicaciones y disculpas. Espero que con esto...

La dama, con un monóculo en el ojo, contempló unos momentos, paralizada y muda, a las dos señoritas Dorrit. Entre tanto, la señorita Fanny, en primer plano de una gran composición pictórica formada por la familia, el equipaje de la familia y sus criados, retuvo a su hermana por el brazo mientras con el otro brazo se abanicaba con aire distinguido y examinaba de pies a cabeza a la dama con aire indiferente.

La dama, recuperándose rápidamente —puesto que era la señora Merdle y no era fácil desconcertarla—, añadió que confiaba en que esas palabras fueran disculpa para su osadía y devolvieran al amable posadero el prestigio que tan importante era para él. El señor Dorrit, en el altar de cuya dignidad todo esto era puro incienso, contestó amabilísimamente y dijo que sus criados podían... ejem... desenganchar los caballos y que pasaría por alto lo que... ejem... al principio había tomado por una afrenta y

ahora consideraba un honor. Al oír estas palabras, el Busto se inclinó ante él y su propietaria, con un maravilloso dominio de la situación, dirigió una irresistible sonrisa de despedida a las dos hermanas, como si fueran dos jóvenes de buena posición por las que albergara gran simpatía y a las que no hubiera tenido el placer de ver jamás.

Sin embargo, no actuó de la misma manera el joven Sparkler. Este caballero, que se había quedado paralizado en el mismo momento que su madre, no se recobró como ella y no dejaba de contemplar el cuadro en el que Fanny ocupaba el primer plano. Cuando su madre le dijo: «Edmund, estamos listos, ¿harías el favor de darme el brazo?», por el movimiento de los labios de Edmund se habría dicho que contestó con algún comentario en el que hallara expresión su excelente y acostumbrado ingenio, pero no relajó ni un músculo. Tan paralizado estaba que difícilmente se habría inclinado lo bastante para entrar en el carruaje si no hubiera recibido desde el interior la oportuna ayuda de un tirón materno. En cuanto entró, la cortina de la ventanilla trasera desapareció y un ojo ocupó su lugar. Y ahí permaneció tanto tiempo como tan pequeño objeto fue discernible y, probablemente, mucho más, mirando fijamente (como si un bacalao hubiera recibido una sorpresa inenarrable) igual que un ojo mal hecho en un gran guardapelo.

Este encuentro fue tan sumamente agradable para la señorita Fanny y le dio después tanto en qué pensar triunfalmente que suavizó muchísimo sus asperezas. Cuando la procesión se puso nuevamente en marcha al día siguiente, ocupó su lugar con una nueva alegría; y mostró tan buen humor que la señora General estaba muy sorprendida.

La pequeña Dorrit se alegró de que ya no le encontraran defectos y de ver que Fanny estaba contenta; pero su papel en la procesión siguió siendo callado y pensativo. Sentada frente a su padre en el coche de viaje y evocando la vieja habitación de Marshalsea, su existencia presente era como un sueño. Todo lo que veía era nuevo y maravilloso, pero no era real. Tenía la sensación de que aquellas visiones de montañas y paisajes pintorescos podían desvanecerse en cualquier momento y el carruaje, tras doblar bruscamente un recodo, detenerse frente a las viejas puertas de Marshalsea.

Era extraño no tener nada que hacer, pero no tanto como verse relegada a un rincón en el que no tenía que pensar en nadie, ni nada que planear y organizar, ni cargar con el cuidado de nadie. Y aunque era raro, más lo era todavía encontrar un espacio entre ella y su padre ocupado por otras personas que se encargaban de atenderlo, y no se le pedía que hiciera nada. Al principio, le había parecido todo tan distinto a sus viejas costumbres como las montañas mismas, había sido incapaz de resignarse y había intentado seguir a su lado. Pero su padre habló con ella en privado y le dijo que... ejem... las personas que ocupaban una posición elevada, querida,

debían hacerse respetar por sus empleados; y que en su caso, si se supiera que ella, la señorita Amy Dorrit, de la única rama que quedaba de los Dorrit de Dorsetshire, ejem... se ocupaba de las tareas de... ejem... un lacayo, tal hecho sería incompatible con el respeto que merecía. Por eso mismo, querida... ejem... insistía con paternal afecto en recordarle que era una dama y que... ejem... tenía que comportarse con el orgullo conveniente y ocupar el lugar que le correspondía; y por tanto, le rogaba que se abstuviera de... ejem... tareas que pudieran suscitar comentarios ofensivos. Amy había obedecido sin rechistar. Y así iba en el rincón de un lujoso carruaje juntando las pacientes manos, desplazada incluso del último lugar firme donde sus pies habían podido descansar.

Desde esa posición, todo lo que veía le parecía irreal; mientras recorría aquellos parajes deshabitados, día tras día, cuanto más sorprendentes eran las escenas que contemplaba, más se parecían a la irrealidad de su vida interior. Las gargantas del Simplón, sus enormes profundidades y sus ruidosas cascadas, el maravilloso camino, los puntos de peligro en los que habría bastado que una rueda perdiera contacto o vacilara un caballo para la destrucción total, el descenso hacia Italia, el paisaje de esa hermosa tierra que se abría a medida que la hendidura en la montaña se ampliaba y los liberaba de un encarcelamiento oscuro y siniestro... todo era un sueño: sólo la vieja prisión de Marshalsea era realidad. Ni siquiera eso: incluso la vieja Marshalsea temblaba hasta los cimientos cuando la imaginaba sin su padre. Apenas podía concebir que los presos estuvieran todavía retenidos en aquel patio cerrado, que las mezquinas habitaciones siguieran ocupadas y que el vigilante siguiera en la portería dejando entrar y salir a la gente, como sabía que estaría ocurriendo en aquel momento.

Con el recuerdo de la antigua vida de su padre en la cárcel rondándole como una triste melodía, la pequeña Dorrit se despertaba del sueño sobre su lugar de nacimiento para sumirse en otro sueño que duraba todo el día. Éste empezaba en la habitación con frescos donde abría los ojos por la mañana, con frecuencia un dormitorio deteriorado en un palacete decrepito; con las hojas de parra otoñales de un rojo furioso contra el cristal de la ventana, los naranjos en la terraza blanca y cuarteada, y fuera, en la callejuela, un grupo de monjes y campesinos: miseria y magnificencia combatiendo en cada rincón del paisaje, por variado que éste fuera, hasta que la miseria derrotaba a la magnificencia con la fuerza del destino. A esto sucedía un laberinto de pasillos desnudos y galerías con columnatas mientras la procesión de la familia se preparaba en el patio cuadrangular y los criados contratados para el día traían los carruajes y el equipaje. Luego, desayuno en otra sala con frescos, con manchas de humedad y proporciones desoladas; y luego la marcha, que, con su timidez y su sensación de no estar a la altura del lugar que le correspondía en aquellas ceremonias, siempre la incomodaba. Para entonces, el guía privado (que en

Marshalsea habría pasado por un caballero extranjero de gran categoría) se presentaba para informar de que todo estaba listo, el ayuda de cámara envolvía a su padre en la capa de viaje; y tanto la doncella de Fanny como la suya (una carga para la pequeña Dorrit, que había llegado a llorar al principio, ya que no sabía ni qué hacer con ella) acudían a ayudarlas; luego el criado de su hermano completaba el atuendo de su señor; y más tarde su padre ofrecía el brazo a la señora General y su tío se lo ofrecía a ella y, escoltados por el dueño y la servidumbre del hotel, bajaban las escaleras solemnemente. En el patio se había congregado una multitud para verlos subir a sus carruajes y, entre reverencias, mendigos, encabritamiento de los caballos, latigazos y estruendo, se ponían en marcha; y luego corrían locamente por calles estrechas y repugnantes para salir por la puerta de la ciudad.

Entre las irrealidades del día se encontraban los caminos en los que las parras retorcidas de color rojo vivo adornaban como guirnaldas los árboles durante largos trechos; olivares, pueblos blancos y aldeas en las laderas de las colinas, preciosas a lo lejos, pero de una pobreza y suciedad terribles vistas de cerca; cruces al borde del camino; lagos de profundo color azul con islas maravillosas, botes con toldos de brillantes colores y velas de bellas formas; edificios enormes en ruinas; jardines colgantes de vegetación tan crecida que los troncos, como cuñas, habían partido arcos y desgarrado paredes; bancales limitados por muros de piedra de cuyas oquedades entraban y salían las lagartijas; mendigos de todo tipo y por todas partes; conmovedores, pintorescos, hambrientos, alegres; niños mendigos y viejos mendigos. En las casas de postas y otras paradas obligadas, aquellas míseras criaturas muchas veces le parecían lo único real en todo el día; y muchas veces, cuando el dinero que tenía para darles se había acabado, esperaba pensativa con las manos unidas ver alguna niña diminuta que guiara a su padre canoso, como si le recordara algo conocido en los días pasados.

En algunos sitios se quedaban una semana entera en habitaciones espléndidas, tenían banquetes diarios, transitaban entre montones de maravillas, deambulaban por enormes palacios y descansaban en rincones oscuros de grandes iglesias donde parpadeaban lámparas de oro y plata entre pilares y arcos, figuras arrodilladas en los confesionarios y en el suelo; donde una neblina olía a incienso y veían cuadros, imágenes fantásticas, altares llamativos, enormes alturas y distancias, todo iluminado a través de vitrales y de recias cortinas ante las puertas. Al dejar estas ciudades seguían por carreteras de vides y olivos entre pueblos miserables en los que no había chamizo sin un agujero en las paredes estropeadas ni una ventana con un fragmento de cristal o papel, pueblos donde nada parecía ser sustento de la vida, donde no había nada que comer, nada que hacer, nada que cultivar, nada que esperar sino la muerte.

De nuevo llegaban a ciudades con palacios de donde habían sido proscritos sus primeros habitantes, pues se habían transformado en cuarteles: tropas de soldados

ociosos se asomaban a magníficas ventanas de cuyos alféizares de mármol colgaban uniformes a secar; parecían ratas que devoraran (felizmente) los pilares del edificio que las sostenían y que no tardaría en derrumbarse, aplastándoles la cabeza, a ellos y a otros enjambres de soldados, y enjambres de sacerdotes, y enjambres de espías: la única población que quedaba, desastrada y condenada a la ruina, en las calles.

A través de estos escenarios, la procesión familiar avanzó hasta Venecia, donde parte del servicio se dispersó por un tiempo, ya que la familia iba a instalarse varios meses en un palacio (en conjunto, seis veces más grande que todo Marshalsea) en el Gran Canal.

En esta irrealidad suprema donde las calles estaban pavimentadas con agua y la quietud mortal de los días y las noches sólo la rompía el amortiguado repique de las campanas de las iglesias, el rumor del agua y el grito de los gondoleros al doblar por las calles acuáticas, la pequeña Dorrit, viendo, totalmente perdida, que se ocupaban otras personas de sus tareas, se retiraba a meditar. La familia llevaba una vida alegre, iba de acá para allá y convertía la noche en día; pero a ella le costaban sumarse a las diversiones y sólo pedía que la dejaran sola.

A veces subía a una de las góndolas que tenían reservadas, atadas a los postes pintados que se alzaban ante la puerta —cuando podía escabullirse de los cuidados de aquella doncella agobiante que se había convertido en su dueña, un ama muy exigente—, y pedía que la pasearan por la extraña ciudad. Las personas de la buena sociedad que ocupaban otras góndolas empezaron a preguntarse quién sería la jovencita solitaria, que iba en esa góndola con las manos unidas, tan pensativa y admirada. La pequeña Dorrit, a quien ni se le ocurría que los demás pudieran prestarle, a ella misma o a sus actos, la menor atención, paseaba, sin embargo, por la ciudad.

Pero su lugar favorito era el balcón de su propio cuarto, que daba sobre el canal y sobre otros balcones, sin que hubiera ninguno por encima. Era de piedra maciza, oscurecida por los años, construido con un estilo caprichoso y oriental que se sumaba a otros estilos caprichosos; y la pequeña Dorrit, apoyada en el amplio antepecho almohadillado, parecía verdaderamente pequeña. Como no había otro sitio que le agradara tanto para pasar la tarde, la gente no tardó en observar su presencia y muchos ojos de las góndolas que pasaban por delante se alzaban y muchos señalaban a la menuda joven inglesa que estaba siempre sola.

Para la menuda joven inglesa, aquellas personas no eran reales; eran todas desconocidas. Contemplaba la puesta de sol, las largas franjas de púrpura y rojo, y las llamaradas que se elevaban en el cielo, encendían los edificios e iluminaban su estructura hasta que los fuertes muros parecían transparentes como si el brillo procediera del interior. Contemplaba cómo aquellas glorias se apagaban y las góndolas negras del canal llevaban a los huéspedes a disfrutar de la música y del

baile, y después alzaba los ojos hacia las brillantes estrellas. ¿Acaso no habían brillado también en las fiestas que celebraba ella sola? ¡Y pensar en la vieja puerta! Pensaba en la vieja puerta y se veía en plena noche, ofreciendo su regazo como almohada a Maggy; y recordaba otros lugares y otras escenas asociadas con aquellos tiempos tan distintos. Y entonces se inclinaba sobre el balcón y miraba el agua, como si el pasado estuviera en ella. Y la veía correr, meditativa, como si en sus visiones el canal pudiera secarse y en su lugar aparecieran la cárcel y ella, y la vieja habitación, y los antiguos internos, y los antiguos visitantes: realidades duraderas que no habían cambiado.

Capítulo IV

Una carta de la pequeña Dorrit

Estimado señor Clennam:

Le escribo desde mi habitación en Venecia pensando que se alegrará usted de tener noticias mías. Pero sé que su alegría al recibirlas no será tan grande como la mía al escribirle, ya que todo lo que lo rodea en este momento se encuentra tal como está usted acostumbrado a ver, sin que le falte nada —tal vez sea yo la única excepción, aunque nos vimos poco y raramente—, mientras que en mi vida todo es nuevo y desconocido y echo muchas cosas de menos.

Cuando estuvimos en Suiza, se diría que hace años, aunque sólo hayan pasado unas pocas semanas, coincidí con la señora Gowan, que había ido de excursión por la montaña, como nosotros. Me dijo que estaba muy bien y era muy feliz. Me pidió que le diera las gracias de su parte afectuosamente y que nunca lo olvidaría. Me otorgó su confianza y no pude por menos de quererla en cuanto hablé con ella. Pero eso no tiene nada de particular: ¡quién podría no querer a un ser tan hermoso y seductor! Sin duda, no me sorprende que alguien la quiera.

Espero no inquietarlo respecto a la señora Gowan —ya que recuerdo que me dijo que sentía por ella el interés de un verdadero amigo— si le digo que, en mi opinión, ojalá se hubiera casado con alguien más apropiado. El señor Gowan parece amarla y, por supuesto, ella lo ama muchísimo, pero me ha dado la impresión de que él no es una persona seria: no lo digo en este sentido sino en general. No puedo quitarme de la cabeza que si yo fuera la señora Gowan (¡qué cambio supondría y cuánto tendría que cambiar para parecerme a ella!) me sentiría sola y perdida, necesitada de alguien firme y constante en sus propósitos. Incluso me pareció que ella misma, sin saberlo, notaba esa carencia. Pero le ruego que no se inquiete por este motivo porque ella estaba «muy bien y era muy feliz». Y, además, estaba muy hermosa.

Espero volver a verla antes de que pase mucho tiempo y lo cierto es que llevo varios días esperando verla por aquí. En atención a usted, seré tan buena amiga suya como pueda. Estimado señor Clennam: tal vez a usted le pareciera poca cosa ser amigo mío cuando yo no tenía otro (tampoco es que los tenga ahora, ya que no he hecho nuevas amistades), pero para mí es muy importante y nunca lo olvidaré.

Me gustaría saber (aunque es mejor que no me escriba nadie) si el señor y la señora Plornish prosperan en el negocio que mi amado padre les puso, y si el anciano señor Nandy vive felizmente con ellos y los dos nietos, y si sigue cantándoles las mismas canciones una y otra vez. No puedo contener las lágrimas cuando pienso en mi pobre Maggy y el vacío que habrá sentido al principio, por muy buenos que sean

todos con ella, sin su madrecita. ¿Podrá ir y decirle en secreto, con todo mi amor, que nunca sentirá tanto nuestra separación como la he sentido yo? ¿Y podrá decirles a todos que he pensado en ellos todos los días y que los llevo para siempre en mi corazón? ¡Oh, si supiera usted lo que los echo de menos, casi se apiadaría de mí por estar tan lejos y vivir entre tantos lujos!

Estoy segura de que se alegrará de saber que mi querido padre está muy bien de salud y que todos estos cambios han sido muy beneficiosos para él, y que es muy distinto de como era cuando usted lo trataba. Me parece a mí que mi tío también se encuentra mejor, aunque antes nunca se quejaba y ahora tampoco da muestras excesivas de alegría. Fanny es muy elegante, muy viva y muy lista, es natural en ella ser una dama; se ha adaptado a nuestra nueva fortuna con una maravillosa facilidad.

Eso me recuerda que yo no he sido capaz y que algunas veces me desespero y pienso que no lo seré nunca. Constato que no puedo aprender. La señora General está siempre con nosotras y hablamos francés e italiano, y se esfuerza en formarnos en muchos aspectos. Cuando digo que hablamos francés e italiano quiero decir que lo hablan los demás. En cuanto a mí, soy tan lenta que me cuesta muchísimo. En cuanto empiezo a hacer proyectos, a pensar y a querer hacer cosas, mis planes, pensamientos e intentos se encaminan por antiguos derroteros y empiezo a inquietarme por los gastos del día, por mi querido padre y por mi trabajo, hasta que recuerdo con un sobresalto que todas esas inquietudes han desaparecido y todo me resulta tan nuevo e improbable que me desconcierta por completo. No tendría valor para contárselo a nadie más que a usted.

Lo mismo sucede con estos nuevos países y paisajes maravillosos. Son muy hermosos y me admiran, pero no estoy lo bastante compuesta —no estoy lo bastante familiarizada conmigo misma, si es que entiende lo que quiero decir— para obtener todo el placer que debería. Lo que sabía de ellos se mezcla de un modo curioso con lo que veo. Por ejemplo, cuando estábamos en las montañas (dudo en contar una tontería semejante, incluso a usted, querido señor Clennam), con frecuencia tenía la sensación de que Marshalsea aparecería detrás de cualquier roca; o de que la habitación de la señora Clennam, en la que trabajé tantos días y donde lo vi a usted por primera vez, iba a surgir tras la nieve. ¿Recuerda aquella tarde en que aparecí con Maggy en su alojamiento de Covent Garden? He imaginado muchas veces que tenía aquella habitación delante de mí, viajando largo trecho junto a nuestro carruaje, cuando miraba por la ventanilla después de oscurecer. Aquella noche no pudimos volver a la cárcel porque cerraron la puerta y estuvimos dando vueltas hasta la mañana. Con frecuencia miro las estrellas, incluso desde el balcón de esta habitación, y creo que estoy de nuevo en la calle con Maggy y nos han dejado fuera porque han cerrado la puerta. Lo mismo me sucede con la gente que dejé en Inglaterra.

Cuando paseo en góndola, me sorprendo mirando otras góndolas, como si

esperara verla. Me llenaría de alegría encontrarme con ella, y no creo que me sorprendiera demasiado, de buenas a primeras. En los momentos de fantasía, imagino que esa gente podría estar en cualquier sitio y casi espero ver los rostros queridos en los puentes o en los muelles.

Le parecerá extraña otra de mis dificultades. Supongo que a todo el mundo, excepto a mí, le parecerá rara. Muchas veces siento la misma pena por él —no hace falta que escriba su nombre—. Por mucho que haya cambiado, a pesar de la inexpresable gratitud que siento al saberlo, un triste sentimiento de compasión me invade con tal fuerza que quisiera abrazarlo, decirle cuánto lo quiero y llorar un poco sobre su pecho. Me sentiría mejor, más orgullosa y feliz. Pero sé que no debo hacerlo, que a él no le gustaría, que Fanny se enfadaría, que la señora General se extrañaría mucho, así que me contengo. Sin embargo, de ese modo lucho contra el sentimiento de que debo guardar las distancias, de que incluso entre tantos criados y asistentes está solo y me necesita.

Querido señor Clennam, he escrito mucho sobre mí, pero debo seguir haciéndolo porque, si no, no le contaría lo que le quería contar en esta cartita. Todos estos pensamientos tontos que tengo y que he tenido el valor de confesarle porque sé que, si alguien puede entenderme en este mundo, es usted y que, si no me comprende, al menos sabrá disculparme, hay uno que casi nunca abandona mi memoria, y es la esperanza de que alguna vez, en algún momento de tranquilidad, piense usted en mí. Sobre esto quiero decirle que desde que estoy de viaje he sentido una inquietud que tengo grandísimo empeño en aliviar. He temido que acaso me viera usted ahora en sus pensamientos bajo otra luz y otro carácter. No haga usted tal cosa, no podría soportarlo, me haría sufrir mucho más de lo que puede imaginar. Me destrozaría el corazón la idea de que piensa usted en mí de un modo diferente que en los tiempos en que era tan bueno conmigo. Lo que quiero pedirle y suplicarle es que jamás piense en mí como en la hija de un hombre rico; que nunca piense que visto mejor o vivo mejor que cuando me vio usted por primera vez. Que me recuerde tan sólo como la pobre jovencita mal vestida a la que con tanta ternura protegió, cuyas prendas raídas resguardó de la lluvia y cuyos pies secó usted en su chimenea. Que piense en mí (si alguna vez piensa en mí) y en mi cariño sincero y devota gratitud (que no han cambiado nada) como en su pobre niña,

la pequeña DORRIT

P.D. Recuerde especialmente que no debe preocuparse por la señora Gowan. Sus palabras fueron «muy bien y muy feliz». Y estaba hermosísima.

La familia llevaba uno o dos meses en Venecia cuando el señor Dorrit, que se codeaba constantemente con condes y marqueses y tenía poco tiempo libre, se reservó una hora y un día para mantener una conversación con la señora General.

Llegada la ocasión así prefijada, envió al señor Tinkler, su ayuda de cámara, a las habitaciones de la señora General (en las que habría cabido un tercio de la superficie de Marshalsea) para presentar sus respetos a la dama y expresarle sus deseos de verla. Como era el momento de la mañana en que los diferentes miembros de la familia tomaban café en sus habitaciones, un par de horas antes de que se reunieran a desayunar en un deslucido salón, en otros tiempos suntuoso pero dominado ahora por los vapores acuosos y una inalterable melancolía, la señora General pudo recibir al ayuda de cámara. El enviado la encontró sobre una pequeña alfombra cuadrada, tan diminuta en proporción con el tamaño del suelo de piedra y mármol que parecía que la hubiera puesto para probarse unos zapatos de confección; o como si hubiera comprado un trozo de alfombra mágica, por cuarenta saquitos de monedas, a uno de los tres príncipes de los de las *Mil y una noches*, y acabara de formular el deseo de ser transportada a un salón palaciego con el que la alfombra nada tuviera que ver.

La señora General contestó al enviado, mientras dejaba en una mesa la taza de café vacía, que estaba preparada para acudir al instante a las habitaciones del señor Dorrit y ahorrarle la molestia de ir a verla (cosa que él había propuesto galantemente), por lo que el mensajero abrió las puertas y la escoltó a su presencia. Desde las habitaciones de la señora General había una buena caminata por misteriosas escaleras y pasillos —ensombrecidos por una estrecha callejuela con un puente bajo y triste, frente a un edificio con aspecto de mazmorra, con muros cubiertos de miles de manchas y churretones, como si cada boquete llevara siglos llorando lágrimas de óxido sobre el Adriático— hasta las habitaciones del señor Dorrit, el cual tenía una ventana (por la que habría pasado toda una casa inglesa) con vistas a bellas cúpulas de iglesias que se alzaban hasta el cielo azul desde el agua que las reflejaba, y por la que entraba el apagado murmullo del Gran Canal que bañaba las puertas donde las góndolas y los gondoleros, meciéndose adormilados en un bosquecillo de pilotes, esperaban a que la familia quisiera salir.

El señor Dorrit, con una bata y un gorro resplandecientes —la crisálida dormida que tanto tiempo había aguardado entre los internos de Marshalsea se había convertido en una rara mariposa—, se puso en pie para recibir a la señora General. Un asiento para la señora General. No una silla, un sillón; pero qué hace usted,

hombre, qué hace. Ahora, retírese.

—Señora General —dijo el señor Dorrit—, me he tomado la libertad...

—De ninguna manera —interrumpió la señora General: ella estaba totalmente a su disposición. Había tomado ya el café.

—... me he tomado la libertad —repitió el señor Dorrit con la magnífica placidez de quien se halla por encima de toda corrección— de solicitarle que me conceda una conversación en privado porque estoy bastante preocupado en relación con... ejem... la más joven de mis hijas. Habrá observado usted una gran diferencia de temperamento entre ambas, *madame*.

La señora General, en respuesta, cruzó las manos enguantadas (nunca salía sin guantes, éstos jamás se arrugaban y siempre le encajaban a la perfección).

—En efecto, hay gran diferencia.

—¿Podría hacerme usted el favor de darme su opinión? —preguntó el señor Dorrit con una deferencia no incompatible con una serenidad mayestática.

—Fanny —contestó la señora General— posee un carácter fuerte y seguridad en sí misma. En cambio, Amy no tiene ni lo uno ni lo otro.

¿Ni lo uno ni lo otro? Oh, señora General, pregunte a las piedras y a los barrotes de Marshalsea. Oh, señora General, pregunte a la sombrerera que le enseñó a coser y al maestro de baile que enseñó a bailar a su hermana. ¡Oh, señora General, señora General, pregúnteme a mí, su padre, cuánto le debo, y oiga mi testimonio de la vida, desde que nació, de esta menospreciada criatura!

Al señor Dorrit ni le pasó por la cabeza defender así a su hija. Miró a la señora General, sentada muy rígida, como siempre, en el pescante del carro de las normas sociales, y dijo con aire pensativo:

—Bien cierto, señora.

—Por supuesto, no quiero decir con ello —prosiguió la señora General— que Fanny no pueda mejorar. Pero tiene materia prima... Tal vez incluso demasiada.

—¿Tendría usted la amabilidad —dijo el señor Dorrit— de ser... ejem... más explícita? No entiendo bien eso de que mi hija mayor tiene demasiada materia prima, ¿de qué materia se trata?

—En este momento, Fanny —contestó la señora General— se forma una opinión sobre demasiadas cosas. Una persona con modales perfectos jamás tiene opinión propia y, en cualquier caso, nunca la expresa.

No fuera a reprocharle que su educación no era perfecta, el señor Dorrit se apresuró a contestar:

—Sin duda, señora, tiene usted toda la razón.

La señora General contestó con sus modales impasibles e inexpresivos.

—Eso creo.

—Pero ya sabe usted, querida señora —dijo el señor Dorrit—, que mis hijas

tuvieron la desgracia de perder a su llorada madre cuando eran muy pequeñas y que, como consecuencia de que hasta fechas recientes no se me ha reconocido heredero de mi hacienda, han vivido conmigo, un caballero que estaba relativamente lejos de considerarse adinerado, aunque siempre orgulloso, una vida... ejem... retirada.

—No pierdo de vista las circunstancias —concedió la señora General.

—Señora —prosiguió el señor Dorrit—, en cuanto a mi hija Fanny, si la tiene a usted como guía permanente y dándole ejemplo constante... —la señora General cerró los ojos—... no albergó la menor inquietud. Tiene un carácter adaptable. Pero mi hija menor, señora General, me inquieta y me preocupa. Debo informarle de que ha sido siempre mi favorita.

—No hay motivo para esa preferencia —señaló la señora General.

—Ejem... no —asintió el señor Dorrit—. No, no, señora. En fin, señora, estoy preocupado porque Amy no es, por así decirlo, uno de nosotros. No le interesa venir con nosotros, no participa de las relaciones sociales que tenemos aquí; nuestros gustos no son los suyos, no cabe duda. Lo cual equivale a decir —resumió el señor Dorrit con severidad judicial— que, en otras palabras, algo malo tiene Amy.

—¿Podríamos suponer —preguntó la señora General recurriendo, como era su costumbre, al barniz— que se debe a la novedad de la situación familiar?

—Disculpe usted, señora —observó el señor Dorrit rápidamente—: la hija de un caballero, aunque éste haya conocido... ejem... épocas de escasa abundancia relativamente... relativamente... y que se haya criado en una situación... de cierto retiro... no tiene motivos para considerar que su posición haya cambiado.

—Es cierto —admitió la señora General—, muy cierto.

—Por ese motivo, *madame*, me he tomado la libertad —dijo el señor Dorrit con énfasis y repitiendo la última frase, como si quisiera dejar claro, con firmeza cortés, que no quería que le llevara la contraria de nuevo—, me he tomado la libertad de solicitarle esta entrevista para plantearle la situación y pedirle consejo.

—Señor Dorrit —contestó la señora General—: desde que residimos aquí, he hablado con Amy varias veces de un modo general sobre la formación de los buenos modales. Me ha manifestado que está maravillada con Venecia y le he dicho que es mejor no maravillarse ante nada. Le he señalado que el famoso señor Eustace, el turista clásico^[33], no tenía la ciudad en tan alta consideración y que comparaba el Rialto con Westminster y los puentes de Blackfriars con gran desventaja para el primero. No es necesario que añada, después de lo que ha dicho usted, que mi argumentación no la ha convencido. Me hace usted el honor de pedirme consejo: siempre me ha parecido (y confío en que se me perdone si se trata de una suposición sin fundamento) que está usted acostumbrado a ejercer influencia en el pensamiento de los demás.

—Ejem... *madame* —dijo el señor Dorrit—, he sido el personaje más destacado

de... ejem... una comunidad considerable. Está usted en lo cierto al suponer que no estoy del todo desacostumbrado a... gozar de una posición influyente.

—Me alegra que lo confirme —contestó la señora General—. Así pues, le recomendaría que hablara personalmente con Amy y le expresara sus observaciones y deseos. Además, dado que es su favorita y, sin duda, sus lazos son muy estrechos, es probable que ceda ante su influencia.

—Imaginaba que me lo sugeriría, señora —dijo el señor Dorrit—, pero... ejem... no estaba seguro de no estar de este modo inmiscuyéndome...

—¿En mi terreno, señor Dorrit? —preguntó la señora General cortésmente—. Por supuesto que no, pierda cuidado.

—En ese caso, con su permiso, señora —prosiguió el señor Dorrit, tocando la campanilla para llamar a su ayuda de cámara—, la llamaré de inmediato.

—¿Desea usted que me quede?

—Tal vez, si no tiene usted otro compromiso, no ponga usted reparos a quedarse un par de minutos...

—En absoluto.

Así pues, el ayuda de cámara, Tinkler, recibió la orden de que ir a buscar a la doncella de la señorita Amy y rogarle a esa empleada que informara a la señorita Amy de que el señor Dorrit deseaba verla en su habitación. Al darle este encargo a Tinkler, el señor Dorrit lo miró con severidad y lo vigiló con celo hasta que salió por la puerta, albergando la sospecha de que pudiera tener alguna idea crítica sobre la dignidad de la familia; incluso podría haber oído algún chisme de un interno de Marshalsea antes de entrar a su servicio y tal vez estuviera recordándolo mientras se burlaba en lo más íntimo. Si por casualidad Tinkler hubiera sonreído, por débil e inocente que hubiera sido la sonrisa, nada le habría quitado de la cabeza al señor Dorrit, hasta el día de su muerte, que ésa era la causa. Sin embargo, afortunadamente para él, Tinkler era un hombre serio y de aspecto severo, por lo que escapó al peligro ignorado que lo amenazaba. Y, como a su regreso —cuando el señor Dorrit lo examinó de nuevo— anunció la presencia de la señorita Amy como si ésta acudiera a un funeral, dejó al señor Dorrit la vaga impresión de que era un joven bien educado, al que una madre viuda había criado en el estudio del catecismo.

—Amy —dijo el señor Dorrit—, la señora General y yo hemos estado hablando de ti. Los dos tenemos la sensación de que no pareces encontrarte a tu gusto. Ejem... ¿cómo es posible?

Una pausa.

—Creo, padre, que necesito un poco de tiempo.

—Es mejor decir «papá» que «padre» —observó la señora General—. «Padre» resulta un poco vulgar, querida. Además, la palabra «papá» hace que los labios adopten una forma bonita: «papá, pera, pollo, prisma y patatas» son palabras muy

buenas para los labios, especialmente «prisma y patatas». Le será muy útil, para educar sus modales, si algunas veces murmura para sí (al entrar en una habitación, por ejemplo), «papá...».

—Te ruego, hija mía —dijo el señor Dorrit—, que escuches los... ejem... preceptos de la señora General.

La pobre Amy, mirando con desamparo a la eminente barnizadora, prometió que lo intentaría.

—Dices, Amy, que crees que necesitas tiempo —prosiguió el señor Dorrit—. ¿Tiempo para qué?

Otra pausa.

—Quería decir que necesito tiempo para acostumbrarme a esta nueva vida —dijo la pequeña Dorrit mirando con cariño a su padre, al que poco faltó para que llamara «pollo, prisma o patata» en su deseo de someterse a las órdenes de la señora General y dar gusto a su progenitor.

El señor Dorrit frunció el ceño con aire muy poco satisfecho.

—Amy, debo decir que me parece que has tenido ya mucho tiempo. Ejem... Me sorprendes. Me decepcionas. Fanny ha superado todas estas pequeñas dificultades y... ejem... ¿por qué tú no?

—Espero no tardar mucho en hacer progresos —dijo la pequeña Dorrit.

—Eso espero —contestó su padre—. Yo... ejem... lo espero firmemente. Te he mandado llamar para decirte... ejem... con toda mi autoridad, en presencia de la señora General, a la que tanta gratitud debemos por su compañía en ésta... ejem... y otras ocasiones —(la señora General cerró los ojos)—. Que... ejem... no estoy contento contigo. Haces que la tarea de la señora General le resulte ingrata. Me... ejem... pones en evidencia. Tal como he informado a la señora General, siempre has sido mi hija favorita; siempre te he tenido... ejem... por amiga y compañera; a cambio... te ruego... ejem... que intentes adaptarte mejor a las circunstancias y cumplas debidamente con lo que corresponde a tu... tu situación.

El señor Dorrit titubeaba más de lo normal, preocupado como estaba por el asunto y deseoso de dar a sus palabras el debido énfasis.

—De veras te ruego —repitió— que me obedezcas y que te esfuerces en conducirte del modo que corresponde a tu posición como... ejem... la señorita Amy Dorrit, y a mi entera satisfacción y la de la señora General.

La dama en cuestión cerró los ojos otra vez en cuanto se mencionó su nombre; después, abriéndolos lentamente y poniéndose en pie, añadió unas palabras:

—Si la señorita Dorrit centrara su atención en la formación de determinada apariencia y aceptara para ello mi humilde ayuda, el señor Dorrit no tendría más motivos de inquietud. Aprovecharé esta oportunidad para señalar, como ejemplo, que es poco delicado examinar a los mendigos con la atención que les dedica una amiga

mía muy joven y apreciada. No es correcto mirarlos. Jamás hay que mirar nada desagradable. Además, una costumbre como ésta se interpone en el camino de la elegante apariencia de ecuanimidad que caracteriza la buena educación, y no parece compatible con el refinamiento espiritual. Un espíritu refinado simulará ignorar la existencia de cualquier cosa que no sea perfectamente pertinente, plácida y placentera.

Tras expresar estos sentimientos elevados, la señora General saludó con una inclinación y se retiró con una expresión en los labios que parecía indicar prismas y patatas.

La expresión de la pequeña Dorrit, tanto cuando había hablado como cuando había guardado silencio, había sido seria y afectuosa. No se había nublado más que unos instantes, hasta aquel momento. Pero, cuando se quedó sola con su padre, le temblaron las manos que tenía unidas sobre el regazo y en su rostro se observó que reprimía sus emociones.

No era ella. Quizá estuviera un poco herida, pero no preocupada por sí misma. Como siempre, pensaba en su padre. El vago recelo, que le llevaba rondando desde que habían tenido acceso a aquella fortuna, de que nunca vería a su padre como en los días de la cárcel, había empezado a tomar forma en su pensamiento. Tenía la sensación de que, en lo que acababa de decirle y en toda su actitud con ella, se vislumbraba la conocida sombra del muro de Marshalsea. Cobraba una forma nueva, pero era la sombra de siempre. Con pesar y tristeza, empezó a admitir que no tenía fuerza suficiente para disipar el temor de que la vida de un hombre no fuera lo bastante larga para sobreponerse al cuarto de siglo pasado tras los barrotes de la cárcel. Así pues, su padre no tenía la culpa, ella no tenía nada que reprocharle, su fiel corazón sólo albergaba una gran compasión y una ternura sin límites.

Por ese motivo, veía a su padre, sentado delante de ella en su sofá, a la luz brillante de un brillante día italiano, en el interior de un espléndido palacio antiguo y en medio de una maravillosa ciudad por el exterior, bajo la oscuridad de la habitación de Marshalsea, y habría deseado sentarse a su lado, consolarlo, volver a tener en él plena confianza, serle útil. Si el padre adivinó sus pensamientos, sin duda no coincidieron con los suyos.

Después de agitarse inquieto en el asiento, se puso en pie y empezó a pasear con aire de gran disgusto.

—¿Quiere decirme algo más, querido padre?

—No, no, nada más.

—Lamento que no esté contento conmigo. Espero que no siga disgustado. Voy a intentar más que nunca adaptarme, como usted desea, a lo que me rodea, si bien de veras que lo he intentado aunque haya fracasado, ya lo sé.

—Amy —contestó su padre, dándose la vuelta bruscamente—. Habitualmente...

ejem... tu actitud me hiere.

—¡Que mi actitud le hiere!

—Hay un... ejem... asunto —dijo el señor Dorrit, con la vista fija en el techo de la habitación y en ningún momento en el rostro atento, sobresaltado y manso—, un asunto doloroso, una serie de acontecimientos que desearía... ejem... borrar por completo. Tu hermana lo ha entendido bien y te ha reprendido ya en mi presencia; también lo entiende tu hermano; lamento decir que lo ha comprendido... ejem... cualquier persona con delicadeza y sensibilidad excepto tú... ejem... tú, Amy... ejem... sólo tú sacas siempre a la luz ese asunto, aunque no sea con palabras.

Amy puso una mano en el brazo de su padre. No hizo nada más. Lo tocó suavemente. La mano temblorosa podría haber dicho con cierta expresividad: «Piense usted en mí, piense en cómo trabajé, piense en todos los cuidados que le dediqué», pero ella no dijo ni una palabra.

Este gesto tenía una carga de reproche que Amy no había previsto, ya que, de haber sido así, lo habría evitado. El padre empezó a justificarse acaloradamente, balbuceando, enfadado, rechazándola.

—A lo largo de todos estos años, todo el mundo... ejem... me distinguió como la persona más destacada de aquel lugar. Conseguí... ejem... que se te respetara allí, Amy. Yo... ejem... di a mi familia una posición. Merezco que se me pague con la misma moneda. Lo exijo. Sólo te pido que lo borres todo de la faz de la tierra y empieces desde cero, ¿es mucho pedir? Pregunto, ¿es mucho pedir? —mientras divagaba, no la miró ni una sola vez sino que gesticuló y argumentó mirando al vacío—. He sufrido. Probablemente, sé mejor que nadie lo que he sufrido, y digo mejor que nadie. Si yo puedo olvidarlo, si puedo eliminar las huellas de lo que he soportado y puedo presentarme ante el mundo como... ejem... un caballero sin tacha... ¿Es mucho pedir? Insisto, ¿es mucho pedir que mis hijos hagan lo mismo y borren aquella maldita experiencia de la faz de la tierra?

A pesar del acaloramiento, formulaba todas estas exclamaciones en un tono cuidadosamente contenido, no fuera a oírlos el ayuda de cámara.

—Y ellos la han borrado. Tu hermana la ha borrado. Tu hermano la ha borrado. Sólo tú, mi hija favorita, a la que hice amiga y compañera de mi vida cuando eras sólo... ejem... una nena pequeña, no la borra. Sólo tú dices que no puedes. He puesto a tu disposición grandes medios para que lo consigas. He puesto a tu lado a una dama refinada y bien educada, la señora General, para que lo consigas. ¿Y te sorprende que esté disgustado? ¿Es necesario que me defienda por expresar mi disgusto? ¡No!

Siguió, sin embargo, defendiéndose sin calmarse un ápice.

—He tenido la prudencia de recurrir a esa dama para confirmar mis pensamientos antes de expresar mi disgusto. Me he visto obligado a darle una explicación limitada... ejem... para que esa dama no entendiera precisamente aquello que deseo

borrar por completo. ¿Soy egoísta? ¿Me quejo en beneficio propio? No. No. Me quejo, sobre todo... ejem... por ti, Amy.

Tal como expresó esta última consideración, era evidente que acababa de ocurrírsele.

—He dicho que me sentía herido y es cierto. Y así me seguiré sintiendo, me digan lo que me digan. Me duele que mi hija, sentada en el regazo de... ejem... la fortuna, se muestre retraída, huraña y se proclame indigna de su destino. Me duele que... ejem... reproduzca sistemáticamente lo que los demás hemos borrado; y parezca... ejem... casi diría que ansiosa... de anunciar a la sociedad rica y distinguida que nació y se crió... ejem... en un lugar que no quiero nombrar. Y no es incoherente... ejem... en lo más mínimo que me sienta herido y me queje, sobre todo, por ti, Amy. Precisamente por eso me quejo. Precisamente por ti desearía que, bajo los auspicios de la señora General, consiguieras formarte una buena apariencia. Precisamente por ti deseo que tengas un espíritu refinado y, de acuerdo con las extraordinarias palabras de la señora General, ignores todo lo que no sea pertinente, plácido y placentero.

El señor Dorrit, durante el discurso, se había ido parando a trompicones igual que una máquina mal ajustada. Sentía todavía la mano de Amy en el brazo. Guardó silencio y, tras contemplar el techo un rato más, la miró. Amy había bajado la cabeza y él no le veía la cara, pero el contacto era tierno y tranquilo, y en la expresión de su abatida figura no se advertía reproche, sólo afecto. El padre empezó a gimotear, igual que aquella noche en la cárcel cuando Amy lo veló hasta el amanecer; exclamó que era una pobre ruina y un desdichado entre tantas riquezas; y la estrechó en sus brazos.

—Ssst, querido padre. ¡Deme un beso! —se limitó a decirle Amy. Las lágrimas del padre no tardaron en secarse, mucho antes que en la ocasión precedente; y no tardó en mostrarse altivo con su ayuda de cámara para contrarrestar el haberlas vertido.

Con una sola notable excepción que quepa mencionar, ésta fue la única ocasión, en su vida de hombre libre y rico, en que habló a su hija Amy de los viejos tiempos.

Pero había llegado ya la hora del desayuno y, con ella, apareció la señorita Fanny y el señor Edward procedentes de sus habitaciones. Ambos jóvenes distinguidos daban señales de haberse acostado tarde. La señorita Fanny se había convertido en víctima de una obsesión insaciable de lo que ella llamaba «frecuentar la sociedad» y, de la puesta de sol al amanecer, habría asistido frenéticamente a cincuenta reuniones distintas si hubiera tenido cincuenta ocasiones. En cuanto a Edward, también tenía un numeroso grupo de conocidos y normalmente estaba ocupado (casi siempre en círculos en los que se jugaba a los dados y en otros de similar naturaleza) gran parte de la noche. Este caballero, cuando su fortuna cambió, tuvo la gran ventaja de estar ya preparado para los más elevados compañeros y tenía ya poco que aprender; todo eso tenía que agradecer a los felices accidentes gracias a los cuales se había

familiarizado con la trata de caballos y el registro de los tantos del billar.

También apareció para el desayuno el señor Frederick Dorrit. Dado que el viejo caballero ocupaba el piso superior del palacio, donde podría haber hecho prácticas de tiro sin que se enteraran los demás inquilinos, la más joven de sus sobrinas se había armado de valor para proponer que recuperara el clarinete, que el señor Dorrit había ordenado que le confiscaran y que la pequeña Dorrit se había aventurado a conservar. A pesar de que la señorita Fanny objetaba que era un instrumento poco elegante y que detestaba su sonido, se había hecho tal concesión. Pero entonces descubrieron que el tío estaba ya harto del clarinete y, ahora que ya no era su medio de ganarse el pan, ya no deseaba tocarlo. Poco a poco, había adquirido la costumbre de visitar las galerías de cuadros, siempre con un paquetito de rapé en la mano (para gran indignación de Fanny, que había sugerido que se le comprara una tabaquera de oro que no dañara la reputación de la familia y que él se negó en redondo a llevar cuando se la compraron), y pasaba horas y horas ante los retratos de los famosos venecianos. Nunca supieron lo que sus ojos asombrados veían en ellos; si tenía un interés por los cuadros o si, confusamente, los identificaba con alguna gloria perdida, como el vigor de su propia cabeza. Pero los visitaba con gran regularidad y no cabía duda de que le agradaba. Tras los primeros días, la pequeña Dorrit asistió con él a estas visitas, lo que aumentó la satisfacción del tío de modo tan evidente que, a partir de entonces, lo acompañaba con frecuencia y pocas veces se había visto al anciano tan contento desde su ruina como en estas excursiones, cuando podía llevarle una silla de cuadro en cuadro y aguardar tras ella, a pesar de todas sus protestas, para presentarle en silencio a los nobles venecianos.

Sucedió que, en aquel desayuno en familia, contó que se habían encontrado en una galería, el día anterior, con la dama y el caballero que habían conocido en el Gran San Bernardo.

—Se me ha olvidado cómo se llaman —dijo—, pero seguro que tú los recuerdas, William.

—Seguro que Edward también.

—Los recuerdo muy bien —dijo este último.

—Eso creo —observó la señorita Fanny con un movimiento brusco de la cabeza y una mirada a su hermana—. Pero no los recordaríamos, imagino, si nuestro tío no hubiera tropezado con el asunto.

—Querida, qué frase tan curiosa —dijo la señora General—. ¿No cree que sería mejor decir que se ha referido a ellos accidentalmente o que los ha mencionado de modo fortuito?

—Muchas gracias, señora General —contestó la joven dama—. Pero no, creo que no. Prefiero la expresión que he utilizado.

Así recibía Fanny las sugerencias de la señora General, pero siempre las

recordaba y las utilizaba en otra ocasión.

—Si el tío no hubiera mencionado el encuentro, Fanny —dijo la pequeña Dorrit—, lo habría contado yo. Pero casi no te he visto desde entonces. Quería decirlo durante el desayuno porque me gustaría hacer una visita a la señora Gowan y conocerla un poco mejor, si papá y la señora General no se oponen.

—Bien, Amy —dijo Fanny—. Me alegro de que por fin expreses el deseo de tener amistad con alguien en Venecia, aunque queda por saber si el señor y la señora Gowan son amistades recomendables.

—Me he referido únicamente a la señora Gowan, querida Fanny.

—Sin duda —contestó Fanny—. Pero no puedes separarla de su marido, me parece a mí, sin un decreto del Parlamento.

—¿Tiene usted, papá —preguntó la pequeña Dorrit con timidez y vacilación—, algo que objetar a que les haga una visita?

—La verdad —contestó el señor Dorrit—, yo... ejem... ¿Qué opina la señora General?

La opinión de la señora General era que, dado que no tenía el honor de conocer a la dama y al caballero mencionados, no estaba en condiciones de barnizar el objeto en cuestión. Sólo podía señalar, como principio general relacionado con la aplicación del barniz, que dependía en gran medida del origen de la amistad entre aquella dama y una familia tan destacadamente situada en el templo social como la de los Dorrit.

Al oír esta observación, el rostro del señor Dorrit se oscureció considerablemente. Estaba a punto de tachar el nombre de los Gowan (tras relacionar el apellido con una persona entrometida que respondía al nombre de Clennam, al que recordaba vagamente de una existencia anterior) cuando el joven caballero Edward Dorrit intervino en la conversación con el monóculo puesto y después de exclamar: «¡Eh, ustedes dos, hagan el favor de marcharse!», dirigiéndose a los dos hombres que los servían para explicarles, en una orden cortés, que podían prescindir temporalmente de sus servicios.

Después de que los criados obedecieran la indicación, el caballero Edward Dorrit se explicó:

—Quizá sea cortés por mi parte hacerles saber que estos Gowan, a favor de los cuales, por lo menos de él, no creo que me imaginen muy bien dispuesto, se relacionan con gente importante; lo digo por si les parece decisivo.

—Este dato, me parece a mí —señaló la elegante barnizadora—, es de la mayor relevancia. Las relaciones en cuestión, si es con personas de verdadera importancia y consideración...

—Le daré datos para que juzgue usted misma —dijo el joven caballero Edward Dorrit—. Tal vez esté usted familiarizada con el famoso nombre de Merdle.

—¡El gran Merdle! —exclamó la señora General.

—Exacto, el mismísimo Merdle —dijo Edward—. Pues lo conocen. La señora Gowan (me refiero a la viuda, la madre de mi cortés amigo) es íntima de la señora Merdle y me consta que el joven matrimonio se encuentra entre las personas que los frecuentan.

—En tal caso, no puede ofrecerse mayor garantía —dijo la señora General al señor Dorrit, alzando los guantes e inclinando la cabeza como si rindiera homenaje a una imagen invisible.

—Rogaría a mi hijo, por mera... ejem... curiosidad —señaló el señor Dorrit con un evidente cambio de actitud—, que aclarara a qué se debe que esté en posesión de esta... ejem... información tan oportuna.

—No es una historia larga, señor —contestó el joven caballero Edward Dorrit—, y la conocerá de inmediato. Para empezar, la señora Merdle es la dama con la que usted conversó en como se llame ese sitio.

—Martigny —intervino la señorita Fanny con un aire de languidez infinita.

—Martigny —repitió el hermano con un pequeño asentimiento y un guiño; al verlo, Fanny pareció sorprendida, después se echó a reír y enrojeció.

—Pero ¿cómo es posible, Edward? —dijo el señor Dorrit—. Nos informaste de que el caballero con el que habías conversado se llamaba... ejem... Sparkler. Lo cierto es que incluso me enseñaste la tarjeta. Ejem... Sparkler.

—Sin duda, padre. Pero de ello no se deduce que su madre tenga que llamarse igual. La señora Merdle estuvo casada antes y él es hijo de ese matrimonio. Ahora ella está en Roma, donde probablemente volveremos a verla, ya que ha decidido usted que pasaremos ahí el invierno. Sparkler acaba de llegar a Venecia y anoche estuve con él. Es un buen tipo, en conjunto, aunque bastante pesado en cierto aspecto, ya que está prendado de cierta joven dama —llegado a este punto, el caballero Edward Dorrit echó un vistazo a la señorita Fanny, situada al otro lado de la mesa, a través del monóculo—. Anoche estuvimos comentando nuestros viajes y obtuve la información que acabo de darles del propio Sparkler. —Edward se calló y siguió mirando a Fanny a través del monóculo con una expresión un tanto contorsionada y no precisamente favorecedora, debida en parte a la dificultad de mantener el monóculo en su sitio y en parte a la gran sutileza de su sonrisa.

—Dadas las circunstancias —dijo el señor Dorrit—, creo que expreso los sentimientos de... ejem... la señora General, en la misma medida que los míos, cuando digo que no hay nada que objetar sino... ejem... todo lo contrario a que satisfagas tu deseo, Amy. Creo que puedo acoger... ejem... favorablemente ese deseo —dijo el señor Dorrit con un tono que sugería que animaba y perdonaba a la muchacha— como un buen augurio. Me parece muy correcto tratar a esas personas. Muy oportuno. El nombre del señor Merdle tiene... ejem... reputación mundial. Sus negocios son inmensos. Le aportan tales cantidades de dinero que se consideran...

ejem... un bien nacional. El señor Merdle es el hombre de nuestra época. El apellido Merdle es el nombre de esta era. Te ruego que hagas en mi nombre todo lo que corresponda a un trato cortés con el señor y la señora Gowan porque deseamos... ejem... sin duda, tratarlos.

La magnífica concesión del señor Dorrit zanjó el asunto. Nadie se dio cuenta de que el tío había empujado el plato y no había desayunado, pero habitualmente nadie se fijaba en él, con la única excepción de la pequeña Dorrit. Volvieron a llamar a los criados y terminaron el desayuno. La señora General se puso en pie y dejó la mesa. La pequeña Dorrit se puso en pie y dejó la mesa. Edward y Fanny se quedaron cuchicheando y el señor Dorrit se quedó comiendo higos y leyendo un periódico francés cuando, repentinamente, el tío llamó la atención de todos al ponerse en pie, dando un golpe en la mesa y exclamando:

—¡Hermano, protesto enérgicamente!

Si lo hubiera dicho en una lengua desconocida y hubiera entregado el alma a continuación, no habría asombrado más a quienes lo rodeaban. El periódico se cayó de las manos del señor Dorrit y éste se quedó petrificado en el gesto de llevarse un higo a la boca.

—¡Hermano! —exclamó el anciano, con una energía sorprendente en su voz temblorosa—. ¡Protesto! Te quiero, ya sabes que te quiero muchísimo. En estos años, no te he sido desleal en el menor de mis pensamientos. Aunque soy débil, me habría pegado con cualquiera que hablara mal de ti. Pero hermano, hermano, hermano, ¡protesto!

Era asombroso ver de cuánta energía era capaz aquel hombre decrepito. Le brillaban los ojos, el cabello gris se le había puesto de punta, su rostro y su frente expresaban determinación como no lo habían hecho en veinticinco años, y sus manos tenían una fuerza que indicaba de nuevo la presencia de estímulos nerviosos.

—¡Querido Frederick! —exclamó el señor Dorrit débilmente—. ¿Qué pasa? ¿Qué hay de malo?

—¡Cómo te atreves! —dijo el anciano, volviéndose hacia Fanny—, cómo te atreves, cómo te atreves. ¿No tienes memoria? ¿No tienes corazón?

—¡Tío! —exclamó Fanny asustada y echándose a llorar—. ¿Por qué me ataca con esa crueldad? ¿Qué he hecho?

—¿Qué has hecho? —contestó el anciano, señalando el lugar que había ocupado su hermana—. ¿Dónde está tu afectuosa e inapreciable amiga? ¿Dónde está tu devota guardiana? ¿Dónde está quien se ha portado contigo mejor que si hubiera sido tu madre? ¿Cómo te atreves a darte aires de superioridad ante todas las virtudes que tu hermana posee? ¡Vergüenza debería darte, muchacha falsa, vergüenza!

—¡Quiero a Amy! —exclamó Fanny sollozando—, como a mi vida misma: más todavía. No merezco que me trate usted así. No es humanamente posible estarle más

agradecida o quererla más. Quisiera morir: nunca nadie me ha tratado tan injustamente. Y sólo porque me preocupo por el prestigio de la familia.

—Qué más da el prestigio de la familia —exclamó el anciano con aire de burla, tremendamente indignado—. Hermano, estoy en contra del orgullo, estoy en contra de la ingratitud. Estoy en contra de que uno de nosotros, que sabe lo que sabe y ha visto lo que ha visto, mire por encima del hombro a Amy o le cause el menor dolor. Si tal efecto tiene es porque se trata de una pretensión ruin. ¡Eso tendrá que acarrearlos algún castigo: hermano, protesto ante Dios!

Alzó la mano y la descargó sobre la mesa con la fuerza de un herrero. Tras unos momentos de silencio, la mano volvió a ser el mismo débil miembro; el anciano rodeó la mesa con su paso habitual, arrastrando los pies, puso una mano sobre el hombro de su hermano y dijo con voz más suave:

—Querido William, me he sentido en la obligación de decirlo. Perdóname, pero me he sentido obligado. —Y salió del salón del palacio con su caminar encorvado, exactamente igual que habría salido de la habitación de Marshalsea.

Fanny no había dejado de sollozar; Edward sólo había abierto la boca para manifestar asombro y no había hecho otra cosa que mirar fijamente a su tío. El señor Dorrit estaba completamente desconcertado, incapaz de expresarse de ningún modo. Fanny fue la primera en hablar.

—¡Nunca, nunca, nunca nadie me ha tratado tal mal! —sollozó—. No había oído nunca palabras tan duras e injustificadas, tan tremendamente violentas y crueles. La querida, buena, tranquila Amy, ¿qué habría pensado si hubiera sabido que ha sido el medio inocente para que se me maltrate de este modo? Pero ¡no se lo contaré nunca! No, pobrecilla, nunca se lo contaré.

Esto ayudó a que el señor Dorrit rompiera el silencio.

—Querida —dijo—, aplaudo... ejem... tu decisión. Será mejor... ejem... no contárselo a Amy. Podría... ejem... podría apenarla. Ejem... sin duda, le causaría mucho pesar. Es justo y considerado evitarlo. Mejor será que... ejem... lo guardemos para nosotros.

—Pero ¡qué crueldad la del tío! —exclamó Fanny—. ¡Nunca podré perdonarle su crueldad!

—Querida —dijo el señor Dorrit, recuperando el tono habitual, aunque permanecía inusualmente pálido—. Te ruego que no digas eso. Debéis recordar que vuestro tío... ejem... ya no es el que era. Debéis recordar que el estado de vuestro tío requiere... ejem... mucha paciencia por nuestra parte, mucha paciencia.

—Estoy convencida —exclamó Fanny compasivamente— de que tenemos que suponer que algo malo le pasa al tío o nunca me habría atacado precisamente a mí.

—Fanny —contestó el señor Dorrit con un profundo tono fraternal—, ya sabes que, aunque tu tío tiene muy buenas cosas, es una ruina, y te ruego, por el cariño que

le tengo, y por la fidelidad que tú sabes que siempre le he mostrado, que... ejem... te guardes tus conclusiones y no lastimes mis sentimientos fraternales.

Así terminó la escena; el joven caballero Edward Dorrit no dijo nada, pero no salía de su perplejidad y tenía un aire de duda. La señorita Fanny despertó aquel día un gran desasosiego en su hermana, pues se entregó a violentos arrebatos en los que le dio por abrazarla, regalarle broches y declarar que tenía ganas de morir.

La comprometida situación de Henry Gowan —haber abandonado de mala gana una facción en favor de otra donde no contaba con los méritos necesarios para medrar, y vagar por un terreno neutral, maldiciéndolas a ambas— es de las que sin duda perjudican al espíritu, y seguramente no mejora con el tiempo. En la vida cotidiana siempre hay matemáticos malintencionados especialistas en operaciones aviesas: aplican una resta a los méritos y los triunfos de los demás, y siempre suman cuando se trata de los suyos.

Además, el hábito de buscar alguna compensación en jactarse quejosamente del desencanto es un hábito vicioso que no tarda en desembocar en una ociosa indiferencia y en un desprecio por la constancia. Uno de sus perversos placeres consiste en denigrar todo lo que tiene mérito, mientras se ensalza todo lo que no tiene valor; y en ningún juego se pueden hacer trampas con la verdad sin que se deriven las peores consecuencias.

Cuando expresaba su opinión sobre obras pictóricas que carecían completamente de valor, Gowan era el hombre más generoso del mundo. Afirmaba que determinado pintor tenía más arte en el dedo meñique (siempre que careciera de talento) que otro (siempre que fuera todo un artista) en todo su cuerpo y alma. Si alguien protestaba señalando que el cuadro elogiado era una bazofia, él respondía, refiriéndose a su propia obra: «Querido amigo, ¿acaso creamos otra cosa que bazofia? Yo no hago más que bazofia, y no me molesta confesarlo».

Alardear de pobreza era otra de las características de su melancólico estado, aunque quizá en este caso la intención era dar a entender que era rico; también ensalzaba y vituperaba públicamente a los Barnacle, para que nadie olvidase que él formaba parte de la familia. De un modo u otro, estos dos temas estaban siempre en su boca, y los manejaba tan bien que, aunque se hubiera pasado un mes entero alabándose, no habría conseguido parecer un hombre tan importante como con ese ligero menoscabo de su derecho a la consideración ajena.

De sus displicentes declaraciones también se deducía rápidamente, allí donde su mujer y él hacían acto de presencia, que se había casado pese a una férrea oposición familiar, y que había tenido que hacer ímprobos esfuerzos para que aceptaran a Minnie. Nunca se quejaba; al contrario, la idea le parecía ridícula. Pero, en realidad, con tanto empeño por quitarse importancia, siempre se ponía en un lugar superior al de los demás. Desde el viaje de novios, Minnie Gowan había empezado a notar que todo el mundo la consideraba mujer de un hombre que se había casado con alguien

socialmente inferior, pero cuyo amor y caballerosidad habían anulado la desigualdad.

El señor Blandois de París los había acompañado a Venecia, y, en Venecia, el señor Blandois de París había frecuentado la compañía de Gowan. Al conocer a este caballero galante en Ginebra, el pintor no había sabido si rechazarlo sin contemplaciones, o si animarlo a que entablara relaciones con ellos; había pasado veinticuatro horas tan inquieto intentando tomar una decisión acertada que se había planteado la posibilidad de echarlo a suertes con una moneda de cinco francos («Cara, le doy una patada; cruz, me acerco») y obedecer la voz del oráculo. Sin embargo, resultó que su mujer le comentó que el encantador Blandois le caía antipático; resultó también que, en general, en el hotel dicho personaje inspiraba sentimientos negativos. Por eso, Gowan decidió acercarse a él.

¿Cuál era el motivo de semejante perversión, si no se debía a un arrebató de generosidad, cosa que desde luego no era? ¿Por qué Gowan, de rango muy superior al señor Blandois de París, y muy capaz de despedazar a este simpático caballero para estudiar sus entrañas, buscaba su compañía? En primer lugar, para oponerse al único deseo individual que su mujer había expresado, pues el padre de Minnie había pagado las deudas de Gowan y a éste le convenía aprovechar la primera ocasión que se le presentara para dejar bien claro que era un hombre independiente. En segundo lugar, se oponía a la opinión general porque, pese a tantas oportunidades para ser lo contrario, se había convertido en un hombre avieso. Le procuraba cierto placer declarar que un cortesano con los modales refinados de Blandois merecía figurar entre la flor y la nata de cualquier país civilizado. Le procuraba cierto placer ofrecer a Blandois como modelo de elegancia, y para mofarse de otros que presumían de gracias personales. Afirmaba con la mayor seriedad que las reverencias de Blandois eran perfectas, que su forma de hablar era irresistible, y que, si a su pintoresca campechanía se le pusiera precio (aunque fuera un don, y no algo que se pudiera comprar), cien mil francos sería barato. Los exagerados modales de su nuevo amigo, algo muy característico en él y en todos los que son como él, sea cual sea su crianza, y tan irrefutable como la pertenencia del Sol a nuestro sistema planetario, eran aceptables para Gowan por su valor caricaturesco, porque le parecía un recurso útil para ridiculizar a muchas personas que, por necesidad, hacían más o menos lo mismo que Blandois llevaba al extremo. Así pues, había aceptado entablar relaciones con él; así pues, reforzando negligentemente la simpatía con un trato habitual, y dado que la conversación de Blandois le procuraba cierto entretenimiento, se acostumbró a tenerlo por compañero. Y todo esto, a pesar de que sospechaba que vivía del juego y de otras actividades semejantes, a pesar de que sospechaba que era un cobarde, siendo él, por el contrario, valiente y osado, a pesar de saber muy bien que a Minnie le era antipático, y a pesar de que, al fin y al cabo, le tenía tan poco apego que, si Blandois le hubiera dado un motivo palpable para inspirarle aversión, no habría

tenido el menor reparo en tirarlo desde la ventana más alta a las aguas más profundas de Venecia.

La pequeña Dorrit habría preferido visitar a solas a la señora Gowan, pero Fanny, que todavía no se había recuperado del exabrupto de su tío, aunque ya habían pasado veinticuatro horas, insistió en acompañarla. Las dos hermanas se embarcaron en una de las góndolas que aguardaban bajo la ventana del señor Dorrit y, en compañía del guía, se dirigieron con gran ceremonia al alojamiento de la señora Gowan. Lo cierto es que no hacía falta tanta ceremonia para trasladarse a ese alojamiento, que estaba, en palabras de una quejosa Fanny, «lejísimos», y que los obligó a atravesar un laberinto de estrechos canales que ella misma calificó despectivamente de «meras acequias».

La casa, situada en una isleta desierta, parecía haberse desgajado de otro lugar y haber llegado flotando, azarosamente, a su fondeadero actual, junto a una parra casi tan falta de cuidados como los pobres desgraciados que se recostaban debajo de ella. Completaban la estampa una iglesia tapada por tablas y andamios, que llevaba tanto tiempo sometida a una supuesta restauración que los medios para llevarla a cabo parecían tener cien años y también se habían deteriorado; cierta cantidad de ropa blanca tendida al sol; varias casas discordantes entre sí, desviadas de la perpendicularidad, como quesos podridos de los tiempos de antes de Adán, cortados de formas asombrosas y llenos de pequeños insectos; y un febril desorden de ventanas con las celosías medio caídas, en la mayoría de las cuales colgaba algo sucio y húmedo.

En el primer piso de la casa había un banco —cosa sumamente sorprendente para cualquier caballero que se dedicara a los negocios y que promulgara leyes dirigidas a toda la humanidad desde una ciudad británica—, en el cual dos empleados ociosos, como dragones de secano, con barba y unos sombreros de terciopelo verde adornados con borlas doradas, atendían detrás de un mostrador pequeño en un local pequeño, donde no se veían más objetos que una caja de caudales vacía, de hierro y con la puerta abierta, una jarra de agua y un papel pintado con guirnaldas de rosas. Estos empleados, cuando recibían una petición legítima, podían sacar interminables montoncitos de monedas de cinco francos metiendo simplemente las manos en un sitio invisible para el cliente. Debajo del banco había un piso de tres o cuatro habitaciones con ventanas enrejadas que parecía una cárcel para ratas delincuentes. Encima del banco estaba la residencia de la señora Gowan.

A pesar de las manchas que llenaban las paredes, como si de ellas surgieran mapamundis para impartir clases de geografía; a pesar de que los extraños muebles estaban tristemente desgastados y mohosos, y de que el característico olor veneciano a aguas de pantoque y a marea baja en una costa llena de maleza era muy intenso; la casa era, por dentro, mejor de lo esperado. Abrió la puerta un hombre risueño que

parecía un asesino rehabilitado —un criado temporal—, y que las condujo a la sala donde se hallaba la señora Gowan, anunciando que dos bellas damas inglesas habían venido a ver a la señora.

Minnie, que estaba cosiendo, dejó la labor en un costurero y se levantó con cierta precipitación. La señorita Fanny se mostró exageradamente cortés con ella, y la saludó recurriendo a los habituales lugares comunes con la pericia de una veterana.

—Papá lamenta profundamente —dijo Fanny— estar ocupado hoy. Aquí está ocupadísimo, ¡tenemos tantos conocidos! Me ha rogado insistentemente que le traiga su tarjeta al señor Gowan. Para cerciorarme de que cumplo un recado que me ha encomendado al menos media docena de veces, permítame dejársela en la mesa ahora mismo; así me quedo tranquila.

Y eso hizo con la soltura de una veterana.

—Nos ha alegrado mucho —prosiguió Fanny— saber que conocen ustedes a los Merdle. Confiamos en que eso cree otro vínculo entre nosotros.

—Son amigos de la familia del señor Gowan —confirmó Minnie—. Yo todavía no tengo el gusto de conocer personalmente a la señora Merdle, pero imagino que me la presentarán en Roma.

—Ah, no me diga —se sorprendió Fanny, con aire de sacrificar en aras de la amistad su sensación de superioridad—. Creo que le caerá bien.

—¿La conoce usted mucho?

—Bueno —respondió la mayor de las Dorrit con un enérgico movimiento de sus bonitos hombros—, en Londres todos nos conocemos. Nos encontramos con ella estando de viaje, y, si soy sincera, al principio a papá le disgustó mucho que hubiera ocupado una de las habitaciones que nuestros empleados nos habían reservado. Pero el incidente no tardó en olvidarse, naturalmente, y volvió a reinar la cordialidad.

Aunque en el curso de la visita la pequeña Dorrit todavía no había tenido ocasión de decirle nada a la señora Gowan, ambas consiguieron entenderse sin palabras y comunicarse lo que querían. Amy miraba a Minnie con un vivo y continuo interés; le fascinaba su voz; nada de lo que estaba cerca de ella, ni un detalle de su apariencia o de cualquier otra cosa, se le escapaba. Era capaz de percibir el mínimo cambio que se producía en ella con mayor nitidez que en cualquier otra persona, con una excepción.

—¿No ha vuelto a encontrarse mal desde aquella noche? —le preguntó al fin.

—No, querida. ¿Y usted está bien?

—¡Oh, yo siempre estoy bien! —respondió Amy tímidamente—. Sí, gracias...

El único motivo de su titubeo y su interrupción fue que la señora Gowan le había rozado la mano, y sus miradas se habían encontrado. Amy vio en seguida en los ojos grandes y dulces de su anfitriona una cavilación y un temor.

—¿No sabe que mi marido siente predilección por usted, que casi debería estar celosa? —dijo la señora Gowan.

La pequeña Dorrit se sonrojó y negó con la cabeza.

—Por lo menos a mí me dice que es usted la persona más discreta y más espabilada que ha visto en su vida.

—Es demasiado generoso conmigo —protestó Amy.

—Lo dudo; pero lo que no dudo es que debo comunicarle que está usted aquí. Nunca me perdonaría que la dejara marcharse, y también a la señorita Dorrit, sin anunciarle su visita. ¿Me lo permite? ¿Podrá disculpar el desorden y la incomodidad de un estudio de pintor?

Estas preguntas se las había dirigido a Fanny, quien respondió graciosamente que la idea le inspiraba un enorme interés y que estaría encantada. La señora Gowan se dirigió a una puerta, asomó la cabeza y en seguida volvió.

—Sean tan amables de pasar a ver a Henry —les pidió—. ¡Sabía que querría recibirlas!

El primer objeto con el que se topó la pequeña Dorrit, que entró antes que su hermana, fue el señor Blandois de París, en una esquina sobre una tarima, con una capa enorme y un sombrero torcido que le tapaba la cara, y en la misma postura que en el Gran San Bernardo, cuando parecía que todos los dedos lo apuntaban a modo de advertencia. Al ver que le dedicaba una sonrisa, Amy dio un paso atrás.

—No se asuste —le dijo Gowan acercándose desde el caballete, que estaba detrás de la puerta—. No es más que Blandois. Hoy me hace de modelo. Estoy haciendo un estudio con él. Gracias a él ahorro dinero. A los pobres pintores no nos sobra.

Blandois de París se quitó el sombrero torcido y saludó a las damas sin moverse de su esquina.

—¡Mil perdones! —les dijo—. Pero este *professore* es tan estricto conmigo que no me atrevo ni a moverme.

—Pues no se mueva —replicó Gowan tranquilamente mientras las hermanas se acercaban al caballete—. Damas, vengan a ver este bosquejo hecho a toda prisa, para que sepan qué va a representar. Fíjense: eso de ahí es él. Un bandido que aspira a atracar a una víctima, un distinguido noble que aspira a salvar un país, un villano cualquiera que aspira a cometer alguna fechoría, un mensajero celestial que aspira a realizar una buena obra... ¿A cuál de ellos creen que se parece más?

—Incluya, *professore mio*, a un pobre caballero que aspira a rendir homenaje a la elegancia y la belleza —intervino Blandois.

—O también, *cattivo soggetto mio*^[34] —añadió Gowan mientras retocaba el retrato con el pincel en la parte en la que el rostro real se había movido—, puede representar a un asesino después de un crimen. Enséñeme esa mano tan blanca, Blandois. Sáquela de la capa. No la mueva.

A Blandois le temblaba el pulso, pero se estaba riendo, lo que podía explicar el temblor.

—Acaba de participar en una refriega con otro asesino o con una víctima, como pueden apreciar —prosiguió Gowan, dibujando los contornos de la mano con trazos rápidos, impacientes, poco conseguidos—, y aquí vemos las huellas. Pero ¡quítese la capa, hombre! ¿Se puede saber en qué está pensando?

Blandois de París volvió a soltar una carcajada y a estremecerse, con lo que la mano le tembló todavía más; después la levantó para retorcerse el bigote, que parecía húmedo; finalmente se colocó en la posición requerida con un nuevo aire de bravuconería.

Tenía el rostro tan vuelto hacia la pequeña Dorrit, que estaba al lado del caballete, que podía mirarla de arriba abajo. Su mirada peculiar llamó la atención de la muchacha, quien, a su vez, tampoco podía dejar de mirarlo: estuvieron estudiándose un buen rato. Ella empezó a temblar; Gowan, al notarlo, creyendo que le daba miedo el perro enorme que tenía al lado y que acababa de gruñir por lo bajo mientras ella le acariciaba la cabeza, le dijo:

—No le va a hacer daño, señorita Dorrit.

—No me da miedo —replicó ella inmediatamente—, pero ¡mire lo que está haciendo!

Gowan dejó en seguida el pincel y agarró el collar del perro con las dos manos.

—¡Blandois! ¿Cómo se le ocurre provocarlo? ¡Por Dios y por todos los diablos! ¡Que lo va a hacer picadillo! ¡Al suelo! ¡Ya me has oído, León, no seas rebelde!

El enorme perro, a pesar de que el collar casi lo ahogaba, tiraba tercamente de su amo con todas sus fuerzas, empeñado en lanzarse al otro lado de la sala. Se había agazapado para dar un salto en el preciso momento en que su amo lo había retenido.

—¡León! ¡León! —El animal se había levantado apoyándose en las patas traseras, y amo y perro se habían enzarzado en una refriega—. ¡Atrás! ¡Al suelo! ¡Blandois, váyase donde el animal no lo vea! Pero ¿qué hechizo le ha lanzado usted al bicho?

—Yo no le he hecho nada.

—¡Váyase donde no lo vea, que no voy a poder contener a esta bestia salvaje! ¡Salga de aquí! ¡Que lo mata, por Dios!

El perro, con otro ladrido feroz, intentó zafarse de nuevo mientras Blandois se marchaba; después, cuando se apaciguó, el amo, tan enfadado como él, lo obligó a tumbarse con un golpe en la cabeza y le dio varias patadas fortísimas con el talón de la bota, hasta que la boca se le llenó de sangre.

—¡Ahora vete a esa esquina y tumbate —le ordenó—, o te saco a la calle y te mato de un tiro!

León obedeció, se tumbó y empezó a lamerse el morro y el pecho. El amo de León se detuvo un instante para coger aire; recuperó inmediatamente su habitual frialdad y miró a su asustada mujer y a las visitas. Todo el episodio no duraría más de dos minutos.

—¡Vamos, vamos, Minnie! Ya sabes que siempre es manso y simpático. Blandois ha debido de picarlo, de hacerle burla. El perro tiene sus preferencias, y a Blandois no le tiene demasiado cariño. Pero seguro que no se lo tendrás en cuenta: nunca se había portado así.

Minnie estaba demasiado turbada para responder a este comentario; la pequeña Dorrit ya había empezado a tranquilizarla; Fanny, que había soltado dos o tres gritos, se agarró al brazo de Gowan buscando protección; León, profundamente avergonzado de haber causado este tumulto, se acercó arrastrándose a los pies de su ama.

—¡Bestia rabiosa! —dijo Gowan, dándole otra patada—. Pagarás por esto.

Y le propinó una patada más, y luego otra.

—Se lo ruego, no le pegue más —imploró Amy—. No le haga daño. ¿No ve lo bueno que es?

En atención a este ruego, Gowan se abstuvo de continuar; el animal merecía la intercesión, porque en verdad se mostraba todo lo sumiso, arrepentido y desgraciado que un perro se puede mostrar.

No fue fácil que se recuperaran del susto y que la visita siguiera su curso sin coacción, ni aunque Fanny hubiera sido, en la mejor de las circunstancias, un impedimento menor. En la conversación que se desarrolló a continuación, antes de que las hermanas se marcharan, Amy creyó advertir que el señor Gowan se excedía tratando a su mujer, por mucho cariño que le demostrara, como si sólo fuera una niña guapa. No parecía sospechar siquiera los intensos sentimientos que Amy sabía que bullían en su interior, hasta tal punto que llegó a pensar que el señor Gowan estaba incapacitado para cualquier sentimiento intenso. Se dijo que quizá su falta de seriedad era la consecuencia natural de la falta de tales sentimientos, y que a las personas seguramente les pasaba lo mismo que a los barcos, que, en aguas poco profundas y con demasiadas rocas, no tenían dónde echar el ancla y eran arrastrados a la deriva.

Gowan las acompañó por las escaleras, disculpándose jocosamente por el mísero alojamiento al que se veía abocada la gente pobre como él, y añadiendo que, cuando los poderosísimos y distinguidísimos Barnacle, sus parientes, que estaban muy avergonzados de Minnie y él, le procuraran mejores condiciones, viviría en un lugar mejor sólo por darles gusto. En el embarcadero se encontraron con Blandois, sumamente pálido después de su reciente aventura, aunque le restó importancia y soltó una carcajada al referirse a León.

Las hermanas dejaron juntos a los hombres debajo de la parra poco frondosa del portal —Gowan arrojando distraídamente hojas al agua y Blandois encendiendo un cigarrillo— y se marcharon del mismo modo que habían venido. No llevaban muchos minutos en la góndola cuando Amy se percató de que Fanny hacía muchos más aspavientos de los que la ocasión requería; miró por la ventana y por la portezuela abierta para descubrir el motivo y vio con toda claridad que otra góndola las seguía.

La góndola iba recorriendo el mismo camino que ellas, con variados métodos para disimularlo: a veces las adelantaba a gran velocidad y se detenía para dejarlas pasar; a veces, cuando el canal era lo bastante ancho, surcaba las aguas a su lado; otras veces se situaba a escasa distancia de la popa. Como, poco a poco, Fanny dejó de ocultar que le estaba haciendo gracias a alguien que iba en la otra embarcación, Amy le preguntó de quién se trataba. A lo cual Fanny respondió sucintamente:

—El tonto ese.

—¿Quién?

—Querida niña —respondió Fanny (en un tono que indicaba que, antes de la regañina del tío, seguramente habría dicho: «Pero qué boba eres») —, ¡hay que ver lo poco espabilada que eres! Ese chico, Sparkler.

Fanny bajó la ventana de su lado, se recostó, apoyó el codo despreocupadamente en el marco y se dio aire con un abanico español, dorado y negro, muy trabajado. La góndola que las seguía volvió a adelantarlas a gran velocidad; desde la ventana de enfrente se pudo atisbar una mirada dirigida a ellas. Fanny rio con coquetería y dijo:

—Cariño, ¿has visto alguna vez a un hombre tan necio?

—¿Crees que piensa acompañarte todo el camino? —preguntó Amy.

—Preciosa —respondió Fanny—, no tengo ni idea de lo que un idiota es capaz de hacer en estado de desesperación, pero me parece muy probable. No es un trayecto tan largo. Imagino que, si tantas ganas tiene de verme, no le importará cruzar toda la ciudad.

—¿Y tantas ganas tiene? —insistió la pequeña Dorrit con la mayor sencillez.

—Bueno, querida, yo no soy quién para responder a esta pregunta. Me parece que sí. Pregúntaselo a Edward. Por lo que tengo entendido, eso le ha dicho. Según me comentan, Sparkler va por ahí haciendo el ridículo, tanto en el casino como en otros sitios, por lo mucho que habla de mí. Pero es mejor que se lo preguntes a Edward si lo quieres saber de verdad.

—Pues me extraña que no haya venido a verte —observó la pequeña Dorrit tras reflexionar un instante.

—Querida Amy, si me han informado correctamente, pronto dejarás de extrañarte. No me sorprendería que viniese hoy. Sospecho que el pobre hombre ha esperado hasta ahora porque se estaba armando de valor.

—¿Vas a recibirlo?

—Es posible, tesoro. Ya lo tenemos aquí otra vez. Míralo. Pero ¡qué bobo es!

No cabía duda de que el señor Sparkler no ofrecía un aspecto demasiado halagüeño: tenía un ojo pegado a la ventana que parecía una imperfección del cristal, y ningún motivo en absoluto para detener súbitamente su embarcación, aparte del motivo verdadero.

—Cuando me preguntas si lo voy a recibir —prosiguió Fanny, casi con tanta

compostura y una actitud de tanta elegancia e indiferencia como la mismísima señora Merdle—, ¿qué quieres decir?

—Pues que... qué piensas hacer.

Fanny rio de nuevo con un aire a la vez condescendiente, malicioso y amable, y respondió, abrazando a su hermana con un gesto afectuoso y juguetón:

—Dime una cosa, cielo mío. Cuando vimos a esa mujer en Martigny, ¿cómo crees que reaccionó? ¿No viste qué decisión tomó en ese mismo instante?

—No.

—Pues te lo voy a decir, Amy. Decidió lo siguiente: «Jamás recodaré aquel encuentro que se produjo en circunstancias tan distintas, y fingiré que no tengo ni idea de que se trata de las mismas muchachas». Así es como ella resuelve los problemas. ¿Qué te dije cuando salimos aquel día de Harley Street? Que su insolencia y su falsedad no tienen parangón. Pero en el primer apartado, cielo mío, es posible que se encuentre con alguien capaz de igualarla.

Un significativo movimiento del abanico español, que tocó su pecho, indicó de forma muy elocuente que ella era una de esas personas.

—No sólo eso —añadió la mayor de las Dorrit—, sino que además la señora Merdle obliga a Sparkler a hacer lo mismo; no le permite venir a verme hasta que le meta en esa mollera tan obtusa que tiene (porque no se le puede llamar cabeza) que también debe fingir que se enamoró de mí al verme por primera vez en el patio de esa posada.

—¿Por qué? —preguntó Amy.

—¿Por qué? ¡Por qué va a ser, cielo! —Otra vez con ese tono de «Pero qué tonta eres»—. ¿Hace falta que te lo diga? ¿No te das cuenta de que me he convertido en un buen partido para ese cabeza hueca? ¿Y tampoco te das cuenta de que ella nos obliga a participar en su engaño, de que finge, quitándose así un peso de los hombros (y debo decir que tiene unos hombros espléndidos) —respondió Fanny, mirando satisfecha su reflejo—, de que finge preocuparse por nuestros sentimientos?

—Pero siempre podemos llamar a las cosas por su nombre.

—Si no te molesta, no vamos a hacer eso ni por asomo —dijo Fanny—. No, no voy a permitirlo, Amy. Sus excusas no tienen nada que ver conmigo; son tuyas, que ponga todas las que quiera.

La señorita Fanny, presa de una victoriosa exaltación, se abanicó con una mano y, con la otra, abrazó fuertemente a su hermana por la cintura, como si estuviera estrujando a la señora Merdle.

—No —repitió Fanny—, voy a seguirle el juego. Ella lo ha empezado, y yo voy a jugar. Y, si la fortuna me sonrío, ¡voy a hacerme íntima de esa mujer hasta que llegue el día en que le regale a su criada, delante de ella, vestidos hechos por mi modista diez veces más bonitos y más caros que los que ella me regaló, hechos por la suya!

La pequeña Dorrit se quedó callada: sabía que su hermana no le iba a hacer caso en nada que afectara a la dignidad de la familia, y no quería perder por una tontería el cariño de Fanny, reciente e inesperadamente recuperado. No podía estar de acuerdo, pero se calló. Fanny advirtió perfectamente en qué pensaba; sabía muy bien lo que Amy le iba a preguntar a continuación:

—Entonces, ¿vas a dejar que el señor Sparkler se haga ilusiones?

—¿Que se haga ilusiones, querida? —dijo la hermana mayor con una sonrisa de desdén—. Eso depende de qué consideres tú hacerse ilusiones. No, no pienso dejar que se las haga. Pero lo voy a convertir en mi esclavo.

Amy la miró a los ojos con gesto serio e interrogativo, pero Fanny se negó a darse por aludida. Cerró el abanico negro y dorado y dio con él un golpecito a la nariz de su hermana, con el gesto de una mujer bella y orgullosa, de gran personalidad, que se divierte instruyendo a una empleada doméstica.

—Le voy a obligar a hacerme recados, querida, y a someterse a mí. Y, si no consigo que su madre también se someta, no será porque no lo intente.

—Fanny, querida, no crees... y no te ofendas, ahora que nos llevamos tan bien... ¿no crees que sería mejor que no siguieras ese camino?

—Todavía no he empezado, cielo —contestó la hermana con suprema indiferencia—, todo a su tiempo. Ésos son mis planes. ¿Tanto he tardado en explicártelos que ya hemos llegado a casa? Y ahí tenemos a ese mozalbete, preguntando si hay alguien. ¡Por pura casualidad, desde luego!

Efectivamente, el jovenzuelo estaba de pie en su góndola, sosteniendo la caja en que llevaba las tarjetas, simulando preguntarle eso a un criado. El conjunto de circunstancias lo llevó a presentarse entonces a las jóvenes damas en una postura que antiguamente no habría pasado por buen augurio para sus pretensiones amorosas, pues los gondoleros de las damas, como se habían visto en ciertos apuros por culpa de la carrera, chocaron con tanta precisión con la embarcación del señor Sparkler que éste cayó de bruces como un bolo de grandes dimensiones: le mostró así la suela de los zapatos al objeto de sus más elevados anhelos, mientras las partes más nobles de su anatomía luchaban por incorporarse agarrando del brazo a uno de sus hombres.

Sin embargo, cuando la señorita Fanny preguntó con gran inquietud si el caballero se había hecho daño, éste se levantó con mayor compostura de la esperada y respondió, tartamudeando y sonrojado, que no. La señorita Fanny no recordaba haberlo visto antes, y ya se dirigía a la casa, con una fría inclinación de cabeza, cuando él anunció su nombre. Incluso entonces a ella le costó recordar quién era, hasta que él le aclaró que había tenido el honor de verla en Martigny. Entonces sí lo recordó, y se interesó por la salud de su madre.

—Gracias —balbuceó el señor Sparkler—, se encuentra excepcionalmente bien... para lo mal que suele estar.

—¿Está en Venecia? —inquirió la señorita Fanny.

—Se ha ido a Roma —respondió el chico—. Estoy aquí solo, solísimo. He venido a visitar al señor Edward Dorrit. Bueno, y también al señor Dorrit. En realidad, a toda la familia.

La señorita Fanny se volvió grácilmente hacia los criados y les preguntó si su padre o su hermano estaban en casa. Como resultó que sí, su pretendiente le ofreció el brazo con la mayor humildad; ella lo aceptó y subió la gran escalinata escoltada por el señor Sparkler, quien se engañaba si todavía creía que ella era muy sensata (y no hay motivos para dudar de que no lo creyera).

Al entrar en el mohoso salón de las visitas, en el que las desvaídas cortinas, de un triste verde azulado, se habían ido desgastando y deshilachando hasta adquirir cierto grado de parentesco con las algas que, abandonadas como niños callejeros, flotaban por debajo de las ventanas o se aferraban a las paredes llorando por sus familiares encarcelados, la señorita Fanny mandó que llamaran a su padre y hermano. Esperando su aparición, se acomodó con gran elegancia en un sofá, con lo que acabó de conquistar al señor Sparkler, e hizo algunos comentarios sobre Dante, de quien el joven caballero sólo sabía que se trataba de un excéntrico vejestorio que se adornaba la cabeza con hojas y estaba sentado en un taburete, por motivos desconocidos, delante de la catedral de Florencia.

El señor Dorrit recibió al visitante con la mayor urbanidad y los modales más corteses. Se interesó particularmente por la señora Merdle. Se interesó particularmente por el señor Merdle. Sparkler respondió, o más bien fue soltando palabras a pedacitos por el cuello de la camisa, que la señora Merdle, como ya había pasado mucho tiempo en su casa del campo, y también en la de Brighton, y como además no podía, como era comprensible, quedarse en Londres cuando ahí no había ni un alma, y sin ganas este año de ir de visita a casa de otras personas, había decidido pasar una temporada en Roma, donde una mujer como ella, cuya espléndida figura era por todos conocida, al igual que su gran seriedad, no podía sino constituir una presencia impagable. En cuanto al señor Merdle, les hacía tanta falta a los hombres de la City y de otros sitios parecidos, y era un fenómeno de tal envergadura en el ramo del comercio y la banca, que el señor Sparkler dudaba de que el sistema monetario del país pudiera prescindir de él; a veces las obligaciones lo desbordaban, eso no lo negaba el señor Sparkler, y no le vendría mal un retiro temporal en un entorno y un clima completamente nuevos. Por su parte, el señor Sparkler informó a la familia Dorrit de que él pensaba ir, con intenciones muy concretas, a donde ellos fueran.

Este larguísimo y arduo parlamento requirió cierto tiempo, pero el joven fue capaz de pronunciarlo. A su término, el señor Dorrit expresó el deseo de que el señor Sparkler cenara pronto con ellos. Éste acogió la idea con tal entusiasmo que su

anfitrión quiso saber, sin ir más lejos, qué iba a hacer ese mismo día. Como ese día no iba a hacer nada (lo cual constituía su ocupación habitual, para la que estaba especialmente bien preparado), concertaron allí mismo la cita; el joven se comprometió incluso a acompañar a las damas a la ópera esa noche.

A la hora de la cena, el señor Sparkler surgió de las aguas como el hijo de Venus imitando a su madre, e hizo una aparición espléndida al subir la gran escalinata. Si Fanny se había mostrado encantadora por la mañana, ahora se la veía tres veces más encantadora, con un vestido de colores muy pertinentes que la favorecía mucho, y con un aire de indiferencia que reforzó y remachó las cadenas del señor Sparkler.

—Señor Sparkler, tengo entendido que está usted relacionado con... —dijo el anfitrión en la cena—, con, ejem... el señor Gowan, Henry Gowan.

—Eso es, señor —confirmó el joven—. La verdad es que su madre y mi madre son muy amigas.

—Amy, si se me hubiera ocurrido —se lamentó el señor Dorrit, adoptando tal actitud de espléndido mecenas que parecía el mismo lord Decimus—, les habrías enviado una nota para invitarlos a cenar hoy. Algún criado nuestro podría haberlos, ejem... recogido. Podríamos haber reservado, ejem... una góndola. Siento que se me haya olvidado. Te ruego que me lo recuerdes mañana.

La pequeña Dorrit albergaba ciertas dudas de cómo se tomaría el señor Gowan el mecenas, pero prometió recordárselo sin falta.

—¿Podría decirme si el señor Gowan pinta, ejem... retratos? —preguntó el anfitrión.

El señor Sparkler opinó que pintaba cualquier cosa, con tal de que le hicieran el encargo.

—¿Y no sigue ninguna senda pictórica en particular? —añadió el señor Dorrit.

El señor Sparkler, a quien el amor inspiraba un gran ingenio, respondió que, para transitar por una senda en particular, una persona necesitaba unos zapatos particulares, por ejemplo, para ir de caza, botas de caza; para jugar al críquet, zapatos de críquet; pero que él creía que el señor Gowan no tenía zapatos particulares de ninguna clase.

—¿Ninguna especialidad? —insistió el señor Dorrit.

Como esta palabra era demasiado larga para el joven, y tenía la cabeza agotada del último esfuerzo, respondió:

—No, gracias, no suelo comer de eso.

—¡Bueno! —exclamó el señor Dorrit—. Me sería muy grato dar testimonio a ese caballero tan bien relacionado de, ejem... dar testimonio de mi deseo de que alcance sus metas artísticas y de que desarrolle, ejem... el germen de su genio. Creo que debo encargarle mi retrato al señor Gowan. Si el resultado es, ejem... satisfactorio para ambos, cabe la posibilidad de que después le encargue que pinte a mi familia.

Al señor Sparkler se le ocurrió una idea exquisitamente audaz y original: vio que la ocasión de responder que era imposible que ningún pintor hiciera justicia a ciertos miembros de la familia (insistiendo mucho en el «ciertos»). Sin embargo, como no encontró palabras para expresar la idea, ésta se volatilizó.

Todo esto fue especialmente desafortunado, porque la señorita Fanny recibió con gran alborozo la idea del retrato, e instó a su papá a que la pusiera en práctica. La muchacha sostenía que el señor Gowan había renunciado a oportunidades mejores y más elevadas al casarse con su bella mujer: vivir el amor en una casita y tener que pintar para ganarse el pan era tan sumamente interesante que le rogó a su papá que hiciera el encargo, independientemente de si el señor Gowan sabía o no pintar retratos, aunque tanto Amy como ella estaban al corriente de que sí sabía, puesto que ese mismo día habían visto uno, muy parecido al original, en su caballete, y habían podido compararlo con el modelo. Estos comentarios casi trastornaron al señor Sparkler (y quizá ésa fuera la intención), puesto que por un lado ponían de manifiesto la receptividad de la señorita Fanny a las ternezas del sentimiento, pero por otro revelaban tal inocente indiferencia por la admiración de su pretendiente, que a éste casi se le salieron los ojos de las órbitas, enfermo de celos de algún rival desconocido.

Volvieron a las aguas después de la cena, y salieron de ellas para subir la escalinata de la Ópera precedidos por uno de sus gondoleros, que parecía un tritón a su servicio, con un farol con pantalla de lino; entraron en su palco, y el señor Sparkler en una velada agónica. Como el teatro estaba oscuro y el palco iluminado, tuvieron visitas en el curso de la representación; Fanny mostró tanto interés por ellas, y al conversar estuvo tan encantadora, mientras cuchicheaba y entablaba pequeños debates sobre la identidad de los ocupantes de palcos lejanos, que el desventurado Sparkler empezó a odiar a toda la humanidad. Pero al final de la representación se consoló con dos cosas: ella le tendió el abanico para que se lo sostuviera mientras se ponía la capa, y él tuvo el inmenso privilegio de llevarla del brazo al bajar la escalinata. El joven pensó que estas leves señales de esperanza bastaban para no desistir; y no es descabellado suponer que la señorita Dorrit pensara lo mismo.

El tritón del farol ya los esperaba en la puerta del palco, y otros como él, con otros faroles, ya esperaban también en muchas otras puertas. El tritón de los Dorrit llevaba la luz cerca del suelo, para que vieran bien los escalones, y el señor Sparkler añadió otras pesadas cadenas a las que ya lo ataban al fijarse en los radiantes pies de Fanny, que brillaban a su lado. Entre los que merodeaban por la salida se encontraba el señor Blandois de París, que se acercó a Fanny y la saludó.

La pequeña Dorrit se había adelantado con su hermano y la señora General (el padre se había quedado en casa), pero justo antes del embarcadero coincidieron todos. Amy volvió a sobresaltarse al ver que Blandois estaba cerca de ella, ayudando

a su hermana a subir al barco.

—Gowan ha sufrido hoy una desgracia —anunció—, después de la visita de unas bellas damas a las que ha tenido la fortuna de recibir.

—¿Una desgracia? —repitió Fanny, a quien el apenado Sparkler ya había soltado, mientras se sentaba.

—Sí —confirmó Blandois—. La muerte de León, su perro.

Cuando dijo esto, la pequeña Dorrit le estaba dando la mano.

—¿Que ha muerto? —dijo Amy—. ¿Ese noble animal?

—¡Palabra de honor, bellas damas! —exclamó Blandois, sonriendo y encogiéndose de hombros—. Alguien ha envenenado a ese noble perro. Está tan muerto como los perros de esta ciudad.

Capítulo VII

Esencialmente, prismas y patatas

La señora General, siempre atenta desde su asiento en el carruaje al cumplimiento de las normas, se desvelaba por inculcar un poco de elegancia a su queridísima y joven amiga, y la queridísima y joven amiga de la señora General hacía todo lo posible por adquirirla. Mucho se había esforzado esta joven a lo largo de su industriosa vida por alcanzar múltiples metas, pero nunca había hecho un esfuerzo mayor que el que hacía ahora para ser educada por la señora General. Las operaciones que practicaba en ella esa mano refinada le causaban angustia e incomodidad, pero se sometía a las necesidades de la familia en la grandeza del mismo modo en que se había sometido a la estrechez, y no cedía a sus propias inclinaciones más de lo que había cedido al hambre en la época en que dejaba de comer para que su padre pudiera cenar.

En los padecimientos impuestos por la señora General había algo que la consolaba, que le infundía ánimos y que le inspiraba más gratitud de lo que le habría parecido razonable a un espíritu menos fiel y menos afectuoso, menos acostumbrado a las luchas y los sacrificios que el de Amy; de hecho, en general espíritus como el suyo no razonan, al parecer, con el mismo detenimiento que la gente que se aprovecha de ellos. El consuelo consistía en el cariño continuado de su hermana. Lo mismo daba que éste adquiriese la forma de una tolerante superioridad: estaba acostumbrada a eso. No le importaba verse reducida a una posición subordinada, ni a un lugar subalterno en el llamativo carruaje en el que la señorita Fanny tenía un asiento destacado y desde el que recibía los homenajes; no quería un sitio mejor. Sin dejar de admirar en ningún momento la belleza, la elegancia y la viveza de Fanny, sin preguntarse hasta qué punto su disposición a fomentar la intimidad se debía a sus propios sentimientos, y no a los de Fanny, le entregaba todo el amor fraternal que su enorme corazón albergaba.

La ingente cantidad de prismas y patatas que la señora General había sumergido en el vaso de la vida familiar, sumada a las perpetuas salidas en sociedad de Fanny, habían dejado un residuo muy pequeño de posos naturales al fondo del líquido. Por eso Amy apreciaba todavía más las conversaciones íntimas con Fanny, y tanto mayor era el consuelo que le dispensaban.

—Amy —le dijo una noche, una vez solas, después de un día tan ajetreado que la pequeña Dorrit estaba exhausta, aunque Fanny habría asistido a otra velada social con el mayor de los placeres—, voy a contarte una cosita. Creo que no adivinas qué es.

—Seguramente —convino Amy.

—Te voy a dar una pista, cielo —dijo Fanny—. Se trata de la señora General.

Como ese día los prismas y las patatas, en mil combinaciones distintas, habían tenido un gran y agotador protagonismo (no habían hablado de otra cosa que de superficies y de apariencias, de ostentaciones sin sustancia), la pequeña Dorrit esperaba que dicha señora se hubiera metido en la cama y no saliera de ella en varias horas.

—¿No lo adivinas? —insistió Fanny.

—No, querida. ¿He hecho algo malo? —respondió Amy algo inquieta, pensando que quizá había estropeado alguna superficie y manchado alguna apariencia.

A Fanny le hicieron tanta gracia sus temores que cogió su abanico preferido (en esos momentos estaba delante del tocador, rodeada de todo su arsenal de crueles instrumentos, la mayoría útiles para el propósito de infligir alguna herida al corazón de Sparkler) y le dio a su hermana varios golpecitos en la nariz sin dejar de reír.

—¡Ay, cómo eres, Amy! ¡Qué tímida palomita es nuestra Amy! Pero el asunto no me hace ninguna gracia. Al contrario: estoy muy enfadada.

—Como no te has enfadado conmigo, ya no me preocupa —dijo la hermana menor con una sonrisa.

—Ya, pero a mí sí, y también te vas a enfadar tú, tesoro, cuando te diga qué ha pasado. ¿Nunca te ha parecido que cierta persona en concreto se muestra exageradamente atenta con la señora General?

—Todo el mundo es atento con ella, porque...

—¿Porque ella los fulmina con la mirada y los obliga a serlo? —la interrumpió Fanny—. No, no estoy hablando de eso, hablo de otra cosa que no tiene nada que ver. ¡Piensa! ¿No te ha llamado la atención la cortesía exagerada con que la trata papá?

—No —musitó Amy, con gran perplejidad.

—Ya, tampoco me extraña. Pues sí —dijo Fanny—. Así es, Amy. No olvides mis palabras. ¡La señora General le ha echado el ojo a papá!

—Pero, Fanny, ¿tú crees posible que le eche el ojo a alguien?

—¿Que si lo creo posible? —replicó ésta—. Cariño, estoy segura. Te digo que le ha echado el ojo. Y no sólo eso: papá la considera tal portento, tal dechado de virtudes, y cree que beneficiaría tanto a nuestra familia, que está dispuesto a caer rendido a sus pies en cualquier momento. ¡Y menudo panorama nos esperaría! ¿Me imaginas con la señora General de madre?

La pequeña Dorrit no respondió: «¿Me imaginas a mí con la señora General de madre?», sino que, con gesto de acongojado, preguntó con gran seriedad cómo había llegado Fanny a semejante conclusión.

—¡Por el amor de Dios! —replicó bruscamente—. ¡Es como si me preguntaras cómo sé qué un hombre está enamorado de mí! Pero lo sé, sin duda. Sucede con mucha frecuencia y siempre me doy cuenta. Ahora me he percatado de la misma manera, supongo. En cualquier caso, lo sé.

—¿Le has oído comentar algo a papá?

—¿Comentar algo? Querida niña, a ver, ¿qué necesidad ha tenido hasta ahora de comentar nada?

—¿Y has oído a la señora General decir algo?

—¡Caramba, Amy! ¿Te parece de esas mujeres que dicen algo? ¿No es evidente que, por ahora, lo único que puede hacer es seguir muy tiesa, sin quitarse esos guantes feísimos y yendo y viniendo con su majestuosidad? ¡Decir algo! Si estuviera jugando al *whist* y tuviera la carta ganadora no diría nada, cielo. La sacaría cuando le tocase el turno.

—¿Y no podrías haberte equivocado?

—Sí, pero no es el caso. Aunque me alegra que puedas contemplar este extremo, querida, y me alegra también que por ahora te lo tomes con la suficiente serenidad para considerar la posibilidad. Espero, pues, que, llegado el caso, puedas soportar estar emparentada con ella. Yo no lo soportaría, ni pienso intentarlo. Antes me casaría con el mozalbete ese, con Sparkler.

—Fanny, jamás te casarías con él, en ninguna circunstancia.

—Te juro —respondió la joven dama con una indiferencia exagerada— que yo no podría afirmarlo tan rotundamente. Quién sabe lo que nos deparará el futuro. Sobre todo porque, si me casara con él, después tendría muchas ocasiones de tratar a esa mujer, a su madre, igual que ella me ha tratado a mí. Cosa que no tardaría ni un segundo en hacer, Amy.

La conversación se detuvo en este punto, pero lo que se habían dicho hasta el momento dio a la señora General y al señor Sparkler un papel preponderante en los pensamientos de la pequeña Dorrit.

La propia superficie de la señora General llevaba mucho tiempo construida, con tal grado de perfección que ocultaba cualquier cosa que hubiese debajo (si es que había algo); por eso, de ella no se podía decir nada más. Indudablemente, el señor Dorrit la trataba con gran educación y la tenía en muy alta estima, pero Fanny, que casi siempre se dejaba llevar por los impulsos, podía estar completamente equivocada. Sin embargo, la cuestión de Sparkler era harina de otro costal: todos veían muy bien lo que estaba pasando, y Amy también se dio cuenta y reflexionó, alimentando muchas dudas e incógnitas.

La devoción del señor Sparkler sólo era comparable al carácter caprichoso y la crueldad de su ama. A veces le demostraba tal favoritismo que el joven soltaba carcajadas de júbilo; al día siguiente, o a la hora siguiente, lo ignoraba tanto y lo arrojaba a tal abismo de indiferencia que empezaba a gemir, fingiendo sin convencer a nadie que le había entrado tos. A Fanny nunca la conmovía la constancia de sus atenciones, aunque el muchacho se separara tan poco de Edward que, cuando éste quería cambiar de compañía, se veía irritablemente obligado a escabullirse como un

conspirador en embarcaciones ocultas, por puertas secretas y callejones traseros; aunque le preocupara tanto la salud del señor Dorrit que fuera cada dos días a interesarse, como si el padre de Fanny fuera víctima de unas fiebres intermitentes; aunque apareciera con tanta frecuencia detrás de las ventanas principales, subido a su barca, que daba la impresión de haber apostado una elevada suma de dinero a que era capaz de recorrer mil millas marinas en mil horas; aunque, cada vez que la góndola de su amada salía de la casa, la góndola del señor Sparkler saliera de un escondrijo acuático y la persiguiera, como si ella fuera una bella contrabandista y él un agente de aduanas. Seguramente gracias al robustecimiento de su constitución ya naturalmente fuerte, de tanta exposición al aire y la sal marina, el señor Sparkler no se consumía a ojos vistas. No obstante, por una razón u otra, tenía tan pocas posibilidades de impresionar a su amada con una salud delicada que cada día se iba volviendo más corpulento, y esa peculiaridad, que le daba un aspecto más de niño hinchado que de hombre joven, se desarrolló hasta alcanzar altísimas cotas de rubicunda rotundidad.

Blandois fue a presentar sus respetos; el señor Dorrit lo recibió afablemente por su amistad con el señor Gowan, y le habló de su idea de encargar al pintor que lo inmortalizara. Como Blandois reaccionó con gran entusiasmo, a su anfitrión se le ocurrió que podía hacerle el favor de comunicar a su amigo la gran oportunidad que le brindaban. El caballero aceptó el recado con su habitual y locuaz elegancia, y juró cumplirlo antes de una hora. Al transmitirle la noticia a Gowan, éste mandó al señor Dorrit al diablo, sin ahorrarse epítetos, media docena de veces (porque le fastidiaba el mecenazgo casi tanto como su ausencia), y se puso a discutir con su amigo por haberle llevado el mensaje.

—Puede que no esté en mis cabales, Blandois —dijo—, pero para mí es un misterio qué pinta usted en todo esto.

—Pues yo tampoco lo sé, se lo aseguro —respondió Blandois—; sólo pensaba que le estaba haciendo un favor a un amigo.

—¿Consiguiéndole el encargo de un advenedizo? —replicó Gowan con gesto de desagrado—. ¿A eso se refiere? Pues dígame a su otro amigo que pose para el cartel de una taberna, y que lo pinte un cartelista. ¿Quién soy yo, y quién es él?

—*Professore* —respondió el mensajero—, ¿y quién es Blandois?

Sin que, al parecer, este último detalle le interesara lo más mínimo, Gowan se puso a silbar, de mal humor, y dejaron de hablar del señor Dorrit. Pero al día siguiente volvió a sacar el tema y dijo con su brusquedad habitual y riendo con desdén:

—Bueno, Blandois, ¿vamos a ver a ese mecenas suyo? Los artistas debemos aceptar los trabajos que nos salen. ¿Cuándo vamos a interesarnos por ese encargo?

—Cuando usted disponga —respondió el ofendido Blandois—, cuando le apetezca. ¿Y yo qué pinto aquí? ¿A mí qué me importa?

—Le voy a decir la importancia que tiene para mí: ganarme el pan. ¡Hay que comer! Venga conmigo, querido Blandois.

El señor Dorrit los recibió acompañado por sus hijas y el señor Sparkler, quien, por alguna sorprendente casualidad, resultó que había ido de visita.

—¿Cómo está usted, Sparkler? —lo saludó Gowan distraídamente—. Cuando tenga usted que vivir del talento de su madre, muchacho, espero que las cosas le vayan mejor que a mí.

El señor Dorrit hizo su propuesta.

—Señor —respondió el pintor con una carcajada, después de escuchar con cortesía—, soy nuevo en este oficio y no conozco todos sus misterios. Creo que debería estudiarlo a usted con diferentes iluminaciones, decirle que constituye un modelo espléndido, y ver cuándo estoy libre para dedicarme con el entusiasmo necesario al cuadro que pienso pintarle. Le aseguro —añadió con otra carcajada— que tengo la sensación de traicionar a los demás artistas, esos hombres tan bondadosos, tan nobles, de tanto talento, al no conocer mejor los trucos de mi arte. Pero no me los han enseñado, y ya es demasiado tarde para aprenderlos. Lo cierto es que soy un pésimo pintor, pero no mucho peor que la mayoría. Si está usted dispuesto a despilfarrar unas cien guineas, yo, que soy tan pobre como suelen ser los parientes pobres de los ricos, le estaré enormemente agradecido si decide malgastarlas conmigo. Haré todo lo que pueda a cambio de esa cantidad; si todo lo que pueda acaba siendo una birria, tampoco será muy grave: tendrá usted un cuadro malo con una firma modesta, en vez de un cuadro malo con una firma importante.

Este tono, aunque no era el que había esperado, contentó prácticamente al señor Dorrit. Denotaba que el caballero, muy bien relacionado y no un simple artesano, le debería algo en el futuro. Expresó su satisfacción por ponerse en manos del señor Gowan y la esperanza de tener el placer de conocerlo mejor, de caballero a caballero.

—Es usted muy amable —afirmó Gowan—. No me he retirado de la sociedad desde que ingresé en la hermandad del pincel (constituida por los tipos más espléndidos del mundo), y de vez en cuando me sigue gustando el maravilloso olor a pólvora, aun a riesgo de que me haga saltar por los aires, a mí y a mi actual vocación. ¿No creerá usted, señor Dorrit —prosiguió con otra carcajada muy campechana—, que me he vuelto un masón, como muchos de los que practican mi oficio (no es el caso, le juro que no dejo de traicionar las costumbres de los pintores allá donde voy, aunque también le aseguro que amo y respeto mi oficio con todas mis fuerzas), si le propongo un lugar y una fecha para que comencemos?

¡Ejem! El señor Dorrit no había albergado ninguna... ejem... sospecha de esa índole, y creía en la sinceridad del señor Gowan.

—De nuevo demuestra usted una gran amabilidad —proclamó el pintor—. Señor Dorrit, me han dicho que va a ir usted a Roma. Yo también, pues tengo amigos allí.

Permítame que inicie en esa ciudad, no aquí, la injusticia que malévolamente me he comprometido a perpetrar contra usted. Los días que nos quedan van a ser muy ajetreados, y, aunque no hay otro hombre digno de ese nombre más pobre en Venecia que yo, todavía no he conseguido dejar de ser del todo un diletante (¡ya ve que vuelvo a traicionar mi oficio!). No puedo aceptar un encargo a toda prisa sólo por unas monedas.

Estos comentarios no fueron recibidos de forma menos favorable que los anteriores por parte del señor Dorrit; constituyeron el prelude de la primera invitación a cenar a los señores Gowan, y gracias a ellos el pintor ocupó en la nueva familia la posición a la que estaba acostumbrado.

A su mujer también la colocaron en su posición habitual. La señorita Fanny percibió muy nítidamente que la belleza de la señora Gowan le había costado muy cara a su marido, que por culpa de ella se habían producido grandes disensiones en la familia Barnacle, y que la viuda Gowan, prácticamente inconsolable, se había opuesto con gran firmeza al matrimonio, hasta que los sentimientos de madre se habían impuesto. La señora General también entendió muy claramente que ese matrimonio había sido causa de muchas angustias y muchas discusiones familiares. Del bueno del señor Meagles nadie se acordó, aunque se comprendía que era natural que una persona de su clase quisiera situar a la hija en una posición más distinguida que la suya, y que no se le podía reprochar que hubiera hecho todo lo posible por conseguirlo.

El interés de la pequeña Dorrit por el bello objeto de esa idea comúnmente aceptada era demasiado sincero e intenso para no refutarla con la observación. Se daba cuenta de que tales comentarios contribuían a proyectar sobre la señora Gowan el matiz de sombra bajo el que vivía, e incluso intuía que eran rotundamente falsos. Entorpecieron, en cualquier caso, su relación con Minnie, porque la escuela de prismas y patatas dictaba que debía mostrarse muy educada con ella, pero sin trabar la menor intimidad, y Amy, como alumna obligada de esa institución educativa, debía someterse humildemente a sus dictámenes.

Sin embargo, ya se habían forjado entre ellas lazos de entendimiento y simpatía con los que habrían podido superar dificultades mayores y entablar amistad a partir de un trato aún más limitado. Parecía que las circunstancias se habían confabulado para fomentarla, puesto que ambas vieron confirmada su afinidad gracias a la aversión que cada una notaba que la otra sentía por Blandois de París; una aversión equivalente a la repugnancia y al horror de la antipatía natural que inspira una odiosa criatura de la familia de los reptiles.

Y, al lado de esta afinidad activa, se daba también otra de carácter pasivo. Blandois se comportaba exactamente igual con ambas, y las dos advertían que en su trato había algo uniforme, veían que su actitud con los demás era distinta. La

expresión de esa diferencia era demasiado sutil para que otros la percibieran, pero ellas sabían que estaba ahí. Un mero guiño de sus pérfidos ojos, un mero ademán de su mano blanca y tersa, una minúscula exageración en la forma de bajar la nariz y subir el bigote en ese frecuentísimo gesto suyo: todo les transmitía un aire de presunción especialmente destinado a ellas. Como si dijera: «Tengo un poder secreto sobre vosotras. Lo sé todo».

Ninguna de las dos lo había percibido con tanta fuerza, ni había visto tan perfectamente que la otra también lo percibía, como el día en que Blandois se presentó en casa del señor Dorrit para despedirse, pues se marchaba de Venecia. La señora Gowan también había acudido con el mismo fin y así las encontró a las dos: el resto de la familia había salido. Amy y Minnie no llevaban solas ni cinco minutos cuando llegó Blandois, que, con su actitud especial, parecía decirles: «Iban ustedes a hablar de mí. ¡Ja! ¡Pues aquí estoy para impedirlo!».

—¿Va a venir Gowan? —preguntó con su sonrisa.

Minnie respondió que no.

—¡Que no viene! —exclamó el francés—. Permítame, como fiel sirviente suyo, que la acompañe a su casa cuando se marche.

—Gracias, pero no voy a ir a casa.

—¡No va a casa! Me deja usted desconsolado.

Quizá estuviera desconsolado, pero no tanto como para marcharse y dejarlas en paz. Se sentó y las deleitó con sus mejores halagos y su conversación más selecta, pero sin dejar de darles a entender lo siguiente: «No, no, no, queridas damas. ¡Aquí estoy expresamente para impedirlo!».

Se lo insinuó de forma tan clara, con una persistencia tan diabólica, que la señora Gowan acabó levantándose para irse. Él le tendió la mano para ayudarla a bajar las escaleras, pero ella no soltó la de la pequeña Dorrit, se la apretó cautelosamente, y respondió:

—No, gracias. Pero ¿podría tener usted la amabilidad de ir a ver si mi gondolero está ahí fuera? Se lo agradecería enormemente.

A Blandois no le quedó más remedio que bajar antes que ellas. Mientras lo hacía, sombrero en mano, Minnie susurró:

—Fue él quien mató al perro.

—¿Lo sabe el señor Gowan? —murmuró Amy.

—Nadie lo sabe. No me mires a mí, míralo a él, que en cualquier momento va a darse la vuelta. Nadie lo sabe, pero yo estoy segura de que fue él. ¿Tú qué piensas?

—Pues... lo mismo.

—A Henry le cae simpático y es incapaz de pensar mal de él: es un hombre tan generoso y abierto... Pero a nosotras no nos engaña. Le dijo a Henry que al perro ya lo habían envenenado cuando se puso tan raro y se abalanzó sobre él. Henry se lo ha

creído, pero nosotras no. Veo que intenta escucharnos, pero no nos oye. ¡Adiós, cielo!
¡Adiós!

Estas últimas palabras las pronunció en voz alta mientras el vigilante Blandois se detenía, volvía la cabeza y las miraba desde la parte baja de las escaleras. En ese instante, a pesar de su suma cortesía, un auténtico filántropo no habría podido encontrar mejor ocupación que colgarle una piedra enorme al cuello y lanzarlo a las aguas por detrás de la oscura puerta abovedada en la que se había quedado parado. Como no se veía a ningún benefactor de la humanidad en las inmediaciones, Blandois ayudó a la señora Gowan a embarcar y no se movió hasta que la góndola hubo desaparecido por el angosto canal; después embarcó él solo en la suya y la siguió.

A veces la pequeña Dorrit había pensado, y ahora volvía a pensarlo al subir la escalinata, que Blandois había entrado en casa de su padre con demasiada facilidad. Pero tanta gente y tan diversa hacía lo mismo, dada la participación del señor Dorrit en la obsesión social de su hija mayor, que el señor Blandois no era una excepción. Se había adueñado de la Casa de Dorrit un auténtico frenesí por conocer a gente a la que impresionar con su riqueza e importancia.

Pero en líneas generales a Amy le parecía que la sociedad en que vivían no era más que una Marshalsea de rango superior. Venía de fuera una gran cantidad de gente, igual que antes venía a la cárcel: por deudas, por ociosidad, por sus relaciones, por curiosidad o porque en casa eran incapaces de desenvolverse solos. Ahora, en estas ciudades extranjeras, los custodiaban guías y un séquito local, del mismo modo que los deudores eran conducidos a prisión. Deambulaban por iglesias y museos de pintura como antiguamente, con el mismo aburrimiento, por el patio de la cárcel. Siempre iban a marcharse al día o a la semana siguiente, a menudo no sabían lo que querían y raramente hacían lo que habían dicho que harían, ni iban a donde habían dicho que irían: también en eso se parecían mucho a los deudores de la cárcel. Pagaban muy caros unos alojamientos pésimos, y odiaban lugares que fingían apreciar: exactamente ésa era la costumbre en Marshalsea. Cuando se marchaban, las personas que se quedaban y que fingían no querer irse los envidiaban: otro hábito persistente de Marshalsea. Tenían siempre en la boca ciertas frases y palabras, tan características de los turistas como el «Internado» y el «Salón» lo eran del lenguaje de la cárcel. Adolecían de la misma falta de concentración que los presos, y eran una mala influencia los unos para los otros, igual que los reclusos, y se vestían de manera desastrada, y llevaban una vida de dejadez: todo como los internos de Marshalsea.

La estancia de la familia en Venecia tocó a su fin, y partieron, con su séquito, rumbo a Roma. Se repitieron las ya conocidas estampas italianas, cada vez más sucias y destartaladas, y pasaron por lugares donde hasta el mismo aire era perjudicial; al fin llegaron a su destino. Les habían buscado un alojamiento espléndido en la Via del Corso y en él se instalaron, en esa ciudad en la que todo parecía tambalearse

perpetuamente sobre las ruinas de alguna otra cosa... a excepción del río, que, siguiendo leyes eternas, brotaba haciendo cabriolas de su glorioso sinfín de fuentes.

Allí la pequeña Dorrit tuvo la impresión de que el espíritu de Marshalsea que se había apoderado del grupo tenía menor influencia, y que los prismas y patatas tomaban el relevo. Todos paseaban por San Pedro y el Vaticano con las piernas ortopédicas de otras personas, y estudiaban atentamente todos los objetos visibles con criterios ajenos. Nadie opinaba sobre nada: todos repetían lo que decía la señora General, el señor Eustace o cualquier otra persona por el estilo. El grupo entero de viajeros parecía un compendio de víctimas voluntarias de un sacrificio humano, atadas de pies y manos, entregadas al señor Eustace y los ayudantes de éste y poniendo las entrañas de sus intelectos a disposición de esos sagrados sacerdotes. A través de las viejas ruinas de templos, tumbas, palacios, salas del Senado, teatros y anfiteatros de la Antigüedad, hordas de individuos modernos, mudos y ciegos, avanzaban a tientas, sin dejar de repetir «prismas y patatas», intentando pronunciar tales vocablos correctamente. La señora General no podía estar más en su elemento. Nadie tenía opinión. Alrededor de ella se estaba formando una cantidad ingente de superficies, y ninguna adolecía del defecto de la valentía o de la libertad de palabra.

Amy advirtió que se operaba un nuevo cambio en el ámbito de los prismas y patatas muy poco después de su llegada. Habían recibido en seguida una visita de la señora Merdle, quien ese invierno encabezaba ese amplio departamento de la vida en la Ciudad Eterna; y Fanny y la invitada se habían enzarzado en un combate de esgrima tan habilidoso que casi había dejado boquiabierta a Amy, igual que una espectadora ante el brillo de los floretes.

—Estoy encantada —proclamó la señora Merdle— de reanudar unas relaciones que con tan mal pie empezaron en Martigny.

—En Martigny, cierto es —dijo Fanny—. ¡Sí, imagino lo encantada que debe estar!

—Sé por mi hijo, Edmund Sparkler, que él ya ha sacado provecho de ese encuentro azaroso. Ha vuelto de Venecia embelesado con la ciudad.

—No me diga —replicó Fanny con indiferencia—. ¿Ha pasado mucho tiempo allí?

—Eso se lo podría preguntar usted al señor Dorrit —dijo la señora Merdle, volviendo el busto al mencionado caballero—; Edmund le debe a él en gran medida que su estancia haya sido tan agradable.

—Oh, no tiene la menor importancia, se lo aseguro —afirmó Fanny—. Creo que mi padre tuvo el placer de invitar al señor Sparkler en un par de ocasiones, pero no debe agradecersele. Venía tanta gente a vernos y teníamos las puertas tan abiertas que, si tuvo ese placer, no fue por nada especial.

—Pero no olvidemos, querida —intervino el señor Dorrit—, que, ejem... me ha

procurado un gran placer, ejem... poder mostrar, aunque haya sido con medios escasos, el, ejem... el gran aprecio que, al igual que el resto del mundo, me merece un personaje tan distinguido y de tanta categoría como el señor Merdle.

El Busto recibió el homenaje con la mayor de las deferencias.

—Debe usted saber, señora Merdle —aclaró Fanny, para que la cuestión del señor Sparkler pasara a un segundo plano—, que mi padre no deja de hablar de su marido.

—Me he llevado una gran, ejem... una gran desilusión, señora —añadió el señor Dorrit—, al ser informado por el señor Sparkler de que no hay muchas, ejem... posibilidades de que el señor Merdle salga de Londres.

—Efectivamente —confirmó la invitada—, está tan ocupado y tan solicitado que eso me temo. Lleva años sin poder viajar al extranjero. Pero usted, señorita Dorrit, tengo entendido que lleva una larguísima temporada fuera de Inglaterra.

—Oh, así es —dijo Fanny, recalcando mucho la respuesta y con enorme osadía—. Una cantidad inmensa de años.

—Sí, se nota nada más verla —dijo la señora Merdle.

—¿Verdad que sí? —replicó Fanny.

—Sin embargo —prosiguió el señor Dorrit—, confío en que, si no tengo el enorme, ejem... el enorme privilegio de ser presentado al señor Merdle en esta parte alpina o mediterránea del continente... confío en tener el honor al volver a Inglaterra. Es un honor al que aspiro especialmente y que valoraré especialmente.

—Estoy segura —respondió la señora Merdle, que había estado admirando a Fanny a través del monóculo— de que mi marido no lo valorará menos que usted.

La pequeña Dorrit, que normalmente seguía siendo reflexiva y solitaria pese a estar siempre acompañada, pensó al principio que todo aquello no era más que una exhibición de prismas y patatas. No obstante, después de asistir a una brillante recepción en casa de la señora Merdle, el señor Dorrit insistió mientras desayunaban en lo mucho que quería conocer al señor Merdle, pues creía que podía serle ventajoso el consejo de ese hombre excepcional para administrar su fortuna. Entonces Amy empezó a creer que sus palabras iban en serio y a sentir cierta curiosidad por conocer a esa lumbrera de la que todos hablaban.

Capítulo VIII

La viuda Gowan recuerda que hay cosas que nunca salen bien

Mientras las aguas de Venecia y las ruinas de Roma se soleaban para entretenimiento de la familia Dorrit y eran bosquejadas diariamente, sin el menor sentido de la proporción, el trazo o la fidelidad, por un sinfín de lápices viajeros, la empresa Doyce y Clennam trabajaba sin descanso en la Plaza del Corazón Sangrante, donde se oía, en horas laborables, el estruendo del hierro contra el hierro.

El socio más joven ya había asentado el negocio sobre unas bases sólidas; el de más edad, libre para dedicarse únicamente a la invención, había conseguido que el taller adquiriera una personalidad propia. Como hombre de ingenio, se veía obligado a enfrentarse a la infinidad de obstáculos que los poderes dirigentes llevaban tanto tiempo, con cualquier pretexto, poniendo en el camino de los delincuentes como él, porque «cómo hacer las cosas» debía verse, evidentemente, como el enemigo natural y mortal de «cómo no hacer las cosas». En eso se apoyaba todo el magnífico sistema fieramente defendido por el Negociado de Circunloquios: en avisar a cualquier súbdito británico dotado de ingenio de que, si desarrollaba ese ingenio, debía cargar con las consecuencias: y lo avisaban acosándolo, poniéndole zancadillas, ayudando a los ladrones a desplumarlo (al hacer que su invento resultara dudoso, difícil y caro), y en el mejor de los casos confiscándole sus propiedades después de un corto período de disfrute, como si inventar fuera una fechoría. Este sistema había sido favorecido unánimemente por los Barnacle, cosa de todo punto razonable, porque una persona que crea un invento memorable no puede sino tomarse la vida en serio, y no había cosa que los Barnacle repudiasen ni temiesen más. Lo cual era también muy razonable, porque, en un país que cayese víctima de la enfermedad propagada por un gran número de personas que se tomaran la vida en serio, al cabo de poquísimos tiempo no quedaría ni un solo cargo al que pudiera aferrarse Barnacle alguno.

Daniel Doyce sobrellevaba su enfermedad con los sufrimientos y los castigos que ésta acarrea y trabajaba mucho, por puro amor al trabajo. Clennam, que le infundía ánimos con una cooperación entusiasta, se había convertido en un apoyo moral para él, además de cumplir eficazmente con su parte del negocio. La empresa se fue asentando y los socios se hicieron muy amigos.

Pero Daniel Doyce no podía olvidarse del invento en que llevaba tantos años enfrascado. No cabía esperar que lo hiciera: si lo hubiera podido olvidar con facilidad, nunca lo habría creado, ni habría tenido la paciencia ni la perseverancia para desarrollarlo. Eso pensaba Clennam algunas noches cuando lo veía revisar modelos y dibujos y consolarse con un suspiro mientras guardaba los papeles y

concluía que el aparato no había perdido un ápice de su valor.

No ser un respaldo para tantas fatigas y decepciones habría supuesto, según lo entendía Clennam, incumplir una parte de las obligaciones que implícitamente había contraído con su socio. Este sentimiento reavivó el interés pasajero que la casualidad había despertado en Arthur a las puertas del Negociado de Circunloquios, y le pidió a su socio que le explicase en qué consistía el invento, «teniendo la amabilidad de considerar», aclaró, que él «no sabía trabajar con las manos, Doyce».

—¿Que no sabe trabajar con las manos? —repitió Daniel—. Lo habría hecho de maravilla si se hubiera dedicado a ello. Conozco a pocas personas tan dotadas como usted para entender estas cosas.

—Y con tan pocos conocimientos, lamento añadir —dijo Clennam.

—Yo no estoy tan seguro —respondió Doyce—, y, si fuera usted, no lo aseguraría. Ningún hombre cabal que haya mejorado en la vida, y que se haya mejorado a sí mismo, puede decir que desconoce completamente algo. No soy especialmente partidario de los misterios. Para ofrecer una explicación me da igual que me juzgue un hombre u otro, siempre que tenga el requisito mencionado.

—En todo caso —respondió Clennam—, y parece que nos estamos alabando mutuamente, aunque sé que no es así... estoy seguro de que su explicación no podrá ser más clara.

—¡Bueno! —dijo Doyce con su tono pausado y sin estridencias—. Intentaré que lo sea.

Doyce tenía la capacidad, que suele darse en personas de su carácter, de explicar lo que había visto y lo que quería transmitir con la misma fuerza y la misma nitidez con que le había venido a la cabeza. Su forma de exponer era tan ordenada, clara y sencilla que difícilmente se podían interpretar mal sus palabras. Había un elemento casi gracioso en lo irreconciliable de esa idea vaga y convencional de que Doyce era una especie de iluminado con la precisión y sagacidad con que sus ojos y sus dedos recorrían el papel, con la forma en que esos dedos se detenían con paciencia en puntos concretos y volvían minuciosamente sobre otros donde se encontraban pequeñas soluciones a nuevos problemas, con la calma con que lo dejaba todo sólidamente aclarado, en cada fase importante, antes de avanzar lo más mínimo en la exposición. Igualmente llamativa resultaba su manera de restarse importancia. Nunca decía: «Esta adaptación es descubrimiento mío», o «Esta combinación la he inventado yo», sino que lo explicaba todo como si fuera obra del divino creador y él lo hubiera encontrado sin querer. Así era su modestia, así mezclaba la callada admiración que le inspiraba su obra con un agradable matiz de respeto, así de tranquila era su convicción de estar obedeciendo leyes irrefutables.

Estas explicaciones tuvieron hechizado a Clennam no sólo esa noche, sino varias noches sucesivas. Cuanto mejor conocía el invento y cuanto más contemplaba la

cabeza gris agachada sobre los papeles y esa mirada inteligente en la que se veía una chispa de placer y amor (aunque el invento, creado a lo largo de doce largos años, le hubiera procurado tantos sinsabores), más le costaba olvidar que él tenía más energía por ser más joven, y que podía hacer un último esfuerzo. Al fin dijo:

—Doyce, ¿lo que le dijeron es que su idea iba a ser descartada junto a Dios sabe cuántas más, y que para que no fuera así debía usted empezar de nuevo?

—Eso es —confirmó Doyce—, eso fue lo que los nobles y los caballeros decidieron después de doce años.

—¡Qué gente! —se lamentó Clennam con rabia.

—¡Lo de siempre! —dijo Doyce—. No debo presentarme como un mártir: hay tantísimos en mi situación...

—¿Que la abandonara o que empezara otra vez? —repitió Arthur con gesto reflexivo.

—Exactamente, ni más ni menos.

—¡Entonces, amigo mío —exclamó Clennam poniéndose en pie y cogiendo la áspera mano de trabajador de su amigo—, empezaremos otra vez!

Doyce puso cara de susto y respondió rápidamente:

—No, no. Es mejor dejarlo. Muchísimo mejor. Algún día mi aparato será reconocido por alguien. A mí no me importa dejarlo. Olvida, mi buen Clennam, que yo ya lo he dejado. Todo ha llegado a su fin.

—Sí, Doyce —respondió Clennam—, usted ya ha puesto fin a tantas tentativas y rechazos, de acuerdo, pero yo no. Soy más joven que usted, sólo he estado una vez en esa insuperable oficina: para ellos soy carne fresca. ¡Déjeme que lo intente! Usted seguirá haciendo exactamente lo mismo que lleva haciendo desde que nos hemos asociado. Yo me ocuparé de una tarea más, y no me será nada difícil: tratar de que se le haga justicia públicamente. No volveré a molestarle con este asunto a menos que pueda contarle que he conseguido algo.

Doyce seguía resistiéndose, e insistió repetidas veces en que lo mejor era olvidarlo. Pero también era natural que poco a poco fuera cediendo ante el entusiasmo arrollador de Clennam y que acabara aceptando. Y eso hizo. Así pues, Arthur reanudó la larga e imposible labor de lograr algo en el Negociado de Circunloquios.

Las salas de espera de este departamento no tardaron en acostumbrarse a su presencia, y normalmente los bedeles le hacían pasar a ellas como a un ratero camino de la comisaría. La diferencia principal consistía en que el propósito de esta última institución pública es que el ratero no salga, mientras que la del Negociado era que Clennam no entrase. Sin embargo, él había decidido frecuentar el magno departamento, y así regresó a la actividad de rellenar impresos, mandar cartas, levantar actas, redactar informes, firmar, contrafirmar, contracontrafirmar, desviar

consultas a la mesa de atrás, a la de delante, a la de al lado, a la del otro extremo, a la de otra sala.

Aquí aparece un rasgo del Negociado de Circunloquios que no se había tratado previamente en este relato. Cuando el admirable departamento se metía en algún lío y recibía, por parte de algún indignado parlamentario, sospechoso de posesión demoníaca para los Barnacle menores, un ataque que no se derivaba de los méritos de ningún caso concreto, sino que se dirigía a toda la institución por aberrante y demente, en esos casos el noble o excelentísimo Barnacle que representaba al Negociado en la Cámara se abalanzaba contra el parlamentario y lo despedazaba presentándole un resumen de los enormes progresos (para impedir que nadie progresara) realizados en los Circunloquios. Este noble o excelentísimo Barnacle sostenía un papel con unas cifras que, con el debido permiso, mostraba a la Cámara. Y entonces los Barnacle inferiores exclamaban (acatando órdenes): «¡Muy bien, muy bien!» y «¡Que lo lea!». A continuación el noble o excelentísimo Barnacle declaraba, señor, que, a juzgar por el contenido de este pequeño documento, según él capaz de convencer hasta al espíritu más retorcido (risas desdeñosas y aplausos entre los Barnacle de poca monta), en el breve período del último semestre financiero, ese departamento tan denostado (vítores) había escrito y recibido quince mil cartas (ruidosos vítores), veinticuatro mil actas (ruidosos vítores) y treinta y dos mil quinientos diecisiete informes (vehementes vítores). Además, un ingenioso caballero relacionado con el departamento, que también era un extraordinario funcionario, le había hecho el favor de realizar un curioso cálculo: el de la cantidad de artículos de escritorio consumidos en el mismo período. El cálculo aparecía en el mismo y sucinto documento, donde figuraba el asombroso dato de que todos los pliegos de papel empleados en esa oficina consagrada al servicio público cubrirían las dos aceras de Oxford Street de principio a fin, y todavía sobraría casi medio kilómetro para tapizar el parque adyacente (tremendos vítores y risas); además, se habían utilizado tantas barras de lacre (una gran lacra) que, puestas una detrás de otra, llegarían de Hyde Park Corner a la oficina central de correos. En ese momento, en medio de un estallido de reverente júbilo, el noble o excelentísimo Barnacle se sentaba, dejando las extremidades mutiladas del parlamentario en el campo de batalla. Después de la destrucción ejemplar de dicho individuo, ningún otro tenía la osadía de sugerir que, cuanto más hacía el Negociado de Circunloquios, menos cosas se conseguían, y que el mayor favor que podía prestar el departamento a los sufridos ciudadanos era no dedicarse a nada.

Con gran cantidad de tareas entre manos, ahora que se había encargado de ese cometido adicional (un cometido por el que habían muerto muchísimos hombres diligentes antes que él), Arthur Clennam llevaba una vida bastante monótona. Las visitas regulares a la lóbrega habitación de su madre enferma y otras visitas, casi

igual de regulares, al señor Meagles en Twickenham, fueron los únicos cambios en su vida a lo largo de muchos meses.

Añoraba triste y profundamente a la pequeña Dorrit. Había previsto que la iba a echar mucho de menos, pero no tanto. Sólo la experiencia le hizo darse cuenta de hasta qué punto una parte muy grande de su vida había quedado vacía al desaparecer de ella aquella figura pequeña y familiar. También pensó que debía abandonar toda esperanza de que volviera, pues conocía lo suficientemente bien el carácter de los Dorrit para saber que los separaba un abismo. Cuando se acordaba de su antiguo interés, de la antigua confianza que la joven había depositado en él, lo hacía con un deje de melancolía: todo había cambiado, y había pasado a formar parte del pasado, junto a otros recuerdos tiernos, demasiado pronto.

Se conmovió mucho al recibir la carta de Amy, pero no menos sensiblemente cobró conciencia de que no sólo la distancia los separaba. La misiva le hizo ver con mayor claridad la posición que la familia le había asignado. Notó que ella, agradecida, se acordaba de él en secreto, y que los demás le guardaban rencor, como a la cárcel y a todo lo que a ella pertenecía.

En todas estas meditaciones que día a día se amontonaban en torno a Amy, no dejaba de pensar en ella igual que siempre. Era su inocente amiga, su delicada niña, su pequeña Dorrit. El cambio de circunstancias, curiosamente, encajaba muy bien con la costumbre, adquirida aquella noche en que el río se había llevado las rosas, de verse mucho más viejo de lo que realmente era. Contemplaba a la joven desde un punto de vista tan remoto, por cariñoso que fuera, que ni se le ocurría qué indecible dolor esta actitud le habría causado a Amy. Elucubraba sobre su futuro, y sobre el marido que tendría, con un afecto que habría secado en el corazón de Amy la gota de esperanza más querida, y se lo habría roto.

Todo cuanto lo rodeaba tendía a afianzar esa costumbre de considerarse un hombre entrado en años que había renunciado definitivamente a las aspiraciones que había combatido en el caso de Minnie Gowan (aunque, ciñéndonos a los meses y a las estaciones, no había pasado tanto desde entonces). Sus relaciones con los padres de Minnie se parecían a las de un yerno viudo. Si la hermana gemela, la que había muerto, hubiera vivido para fallecer en la flor de la vida, y él hubiera sido el marido, su relación con los señores Meagles seguramente habría sido idéntica a la que ahora tenía. Imperceptiblemente, esto contribuyó a asentar la impresión de que esa parte de la existencia ya le estaba vedada, que había renunciado a ella.

Los Meagles le hablaban invariablemente de Minnie, que en las cartas les contaba lo feliz que era y cuánto quería al señor Gowan; sin embargo, cada vez que salía el tema también veía Arthur, invariablemente, la nube de antaño en el gesto del señor Meagles. Éste no había vuelto a mostrar la alegría de antes desde la boda de su hija. No había llegado a recuperarse de la separación de Tesoro. Seguía siendo el mismo

hombre franco y campechano, pero daba la impresión de que su rostro, después de contemplar en exceso los retratos de sus dos hijas, esas imágenes que no cambiaban nunca, había adoptado sin querer una característica suya, y ahora siempre se le veía, pese a las diversas expresiones, con un gesto de dolor.

Un sábado de invierno en el que Clennam había ido a casa de los Meagles, la viuda Gowan se presentó con el coche de Hampton Court cuya exclusividad se disputaban tantos dueños distintos. La dama bajó sombríamente, emboscada en un gran abanico verde, para honrar a los señores Meagles con una visita.

—¿Cómo están ustedes, papá y mamá Meagles? —dijo, dispuesta a tratar con familiaridad a sus humildes parientes—. ¿Cuándo ha sido la última vez que han tenido noticias de mi pobre muchacho?

El «pobre muchacho» era su hijo; con esa forma de hablar perpetuaba educadamente, sin insultar a nadie, la falsa idea de que Henry había sido víctima de los ardidés de los Meagles.

—¿Y de nuestra querida y bella criatura —añadió— les ha llegado alguna carta después que a mí?

Así también daba a entender con delicadeza que había sido la pura y simple belleza lo que había atrapado a su hijo, el cual, fascinado por ella, había renunciado a toda clase de ventajas materiales.

—Desde luego —continuó la señora Gowan, sin prestar mucha atención a lo que le respondían—, es una gran tranquilidad saber que siguen siendo felices. Mi pobre muchacho es tan inconstante y está tan acostumbrado a ir de un lado a otro, a caerle simpático a gente de toda índole precisamente por su volubilidad, que nada podría dejarme más tranquila. Supongo que son pobres como las ratas, ¿verdad, papá Meagles?

Éste, inquieto, respondió:

—Espero que no, señora. Espero que sepan administrar su pequeña renta.

—¡Oh! ¡Queridísimo Meagles! —replicó la dama, dándole un golpecito en el hombro con el abanico verde, que a continuación movió hábilmente para que nadie viera que bostezaba—. Cómo es posible que usted, un hombre de mundo y uno de los más avezados para los negocios, porque sabe que tiene talento para los negocios, muchísimo más que las personas que, como yo, no...

(Esto también cumplía el mismo propósito: presentar al señor Meagles como un consumado confabulador).

—¿Cómo puede decir usted que van a administrar sus escasos ingresos? —continuó—. ¡Mi pobre muchacho! ¡Pensar que puede administrar cientos de libras! Por no hablar de la dulce y bella criatura. ¿Qué va a administrar ella? ¡Papá Meagles, no me diga eso!

—Bueno, señora... —respondió éste muy seriamente—. Lamento informarle de

que Henry ya ha empezado a gastar más de lo que recibe.

—¡Querido amigo...! Le hablo sin ceremonia, porque estamos más o menos emparentados... ¡Sí, mamá Meagles! —exclamó la invitada alegremente, como si se hubiera percatado por primera vez de esa absurda coincidencia—. ¡Estamos emparentados! Querido amigo mío, en esta vida a nadie le sale todo como uno quiere.

Así volvía a recalcar la idea anterior y demostraba al señor Meagles, sin perder la educación, que hasta el momento sus complicados ardidés habían triunfado. Le pareció tan bueno el golpe que no quiso dejarlo pasar y repitió:

—No, no todo. No, desde luego que no: en esta vida uno no puede quererlo todo, amadísimo Meagles.

—¿Y podría decirme, señora —replicó éste, algo ruborizado—, quién lo quiere todo?

—¡Oh, nadie, nadie! —dijo la dama—. Lo que iba a decir... pero me ha distraído usted. ¡Qué travieso, me ha interrumpido! ¿Qué iba a decir?

Bajó el enorme abanico verde y miró pensativa al señor Meagles mientras trataba de recordar: una interpretación que no aspiraba a enfriar los ánimos bastante encendidos del caballero.

—¡Ah! ¡Claro! —prosiguió la señora Gowan—. No olvide usted que mi pobre muchacho está acostumbrado a hacerse ilusiones. Puede que se hayan cumplido, puede que no se hayan cumplido...

—Imaginemos que no se han cumplido —intervino el anfitrión.

La viuda le dirigió, enojada, una rápida mirada, pero la cambió por un movimiento de cabeza y de abanico, y siguió hablando en el mismo tono:

—Eso da igual. El pobrecillo está acostumbrado, y usted lo sabía, evidentemente, y estaba dispuesto a cargar con las consecuencias. Yo nunca he perdido de vista cuáles serían esas consecuencias, y no me sorprenden. Usted tampoco debe sorprenderse. Lo cierto es que es imposible. Seguro que lo veía venir.

El señor Meagles miró a su mujer, a Clennam, se mordió el labio y tosió.

—Y ahora el pobre —continuó la señora Gowan— recibe la noticia de que va a ser padre, ¡con todos los gastos que supone ese aumento de familia! ¡Pobre Henry! Pero ahora ya no puede hacerse nada, es demasiado tarde para remediarlo. Pero, papá Meagles, no me diga que Henry ha empezado a gastar más de lo que recibe como si eso le sorprendiera, porque sería demasiado.

—¿Demasiado, señora? —repitió Meagles, como pidiéndole una explicación.

—¡Desde luego! —insistió ella, dejando patente su superioridad con un elocuente ademán—. Demasiado para lo que la madre del pobre muchacho puede tolerar a esta hora del día. Están casados y bien casados, y eso no se puede deshacer. ¡Desde luego! ¡Muy bien lo sé! No hace falta que me lo diga usted. Lo sé perfectamente. ¿Qué acabo de decir? Que era una gran tranquilidad que siguieran siendo felices.

Esperemos que lo sigan siendo. Esperemos que la bella criatura se esfuerce al máximo por hacer feliz al pobre muchacho, por tenerlo satisfecho. Amadísimos Meagles, dejémoslo. Nunca hemos tenido la misma opinión y nunca la tendremos. ¡Desde luego! Ya he terminado.

Ciertamente, después de haber dicho todo lo posible para no perder su posición asombrosamente mítica, y de haber advertido al señor Meagles de que no podía esperar que el honor del parentesco le saliera barato, la señora Gowan se mostró dispuesta a prescindir de lo demás. Si el señor Meagles hubiera cedido a una mirada conciliadora de la señora Meagles y a un gesto expresivo de Clennam, habría permitido que la invitada disfrutara sin contratiempos de su actual estado de ánimo. Pero Tesoro era la niña de sus ojos, lo que más quería, y, si en algún momento había podido defenderla con mayor devoción o quererla más que en los días en que era la alegría de su hogar, era ahora que ella ya no irradiaba diariamente su encanto y su cariño en esa casa.

—Señora Gowan —dijo Meagles—, he sido un hombre común toda la vida. Si alguna vez albergara pretensiones de refinamiento, ya fuera en mi caso, en el de otra persona, o en ambos, no creo que fuera capaz de engañar a nadie.

—Papá Meagles —respondió la viuda con una sonrisa afable, pero con un rubor en las mejillas algo más intenso de lo habitual, mientras la piel de alrededor se volvía más pálida—, seguramente tiene usted razón.

—Por eso, querida dama —prosiguió el señor Meagles, con un gran esfuerzo por contenerse—, creo que puedo aspirar a que tales engaños no se representen delante de mí.

—Mamá Meagles —dijo la señora Gowan—, no hay quien entienda a su marido.

Sus palabras eran una treta para meter a la buena mujer en la discusión, para enfrentarse a ella, para vencerla. El señor Meagles intervino para impedirlo.

—Madre —dijo—, tú no tienes experiencia en esto, querida, y el juego no estaría igualado. No digas nada, te lo ruego. ¡Vamos, señora Gowan, vamos! Intentemos ser sensatos, intentemos ser buenos, intentemos ser justos. No compadezca usted a Henry y yo no compadeceré a Tesoro. Y no sea tan parcial, querida señora: demuestra usted falta de consideración y generosidad. No digamos que esperamos que Tesoro haga feliz a Henry; ni siquiera que esperamos que Henry haga feliz a Tesoro —el señor Meagles tampoco parecía muy feliz al pronunciar esas palabras—, sino que esperamos que se hagan felices el uno al otro.

—Eso es, y no hace falta que sigas, padre —intervino la señora Meagles, mujer protectora y de buen corazón.

—No, madre —respondió él—, voy a seguir un poquito más. No quiero dejarlo aquí; tengo que añadir un par de cosas. Señora Gowan, espero no ser un hombre excesivamente sensible. Creo que no lo parezco.

—De eso no cabe duda —replicó la señora Gowan moviendo la cabeza y el enorme abanico a la vez, para recalcar sus palabras.

—Gracias, señora; me alegro. Y, sin embargo, me siento un poco... no quiero utilizar una palabra demasiado fuerte... ¿ofendido, podríamos decir? —prosiguió el señor Meagles con tanta sinceridad como moderación, y con un tono conciliador.

—Diga lo que guste —respondió la señora Gowan—. A mí me da exactamente lo mismo.

—No, no diga eso —dijo el señor Meagles—, porque ésa no es una respuesta amistosa. Me ofende un poco que se diga que las consecuencias se veían venir, que ya es demasiado tarde y cosas así.

—No me diga, papá Meagles —respondió la dama—. No me sorprende que se haya ofendido.

—Pues esperaba que al menos se sorprendiese —arguyó el anfitrión—, porque ofenderme adrede en una cuestión para mí tan delicada no parece revelar gran generosidad.

—Pero yo no soy la responsable de su conciencia —objetó la señora Gowan.

El pobre señor Meagles se quedó paralizado.

—Si tengo la mala suerte de verme obligada a llevar un sombrero que es suyo, y de su talla —continuó la invitada—, ¿no me culpe a mí de la forma que tiene, papá Meagles, se lo ruego!

—¡Cielo santo! —exclamó éste—. Eso equivale a decir que...

—Tranquilo, papá Meagles —dijo la señora Gowan, que adoptaba unos modales sumamente amables y tranquilos cuando el caballero se acaloraba—. Quizá, para evitar malentendidos, debería ser yo quien aclarara lo que quiero decir en vez de que usted se esfuerce en hacer suposiciones. Ha empezado usted a afirmar que eso equivalía a algo. Si no le molesta, voy a acabar la frase. Equivale a decir... y no es que quiera insistir, ni siquiera sacarlo a colación, porque ya no sirve de nada, sólo aspiro a adaptarme lo mejor posible a las circunstancias... Equivale a decir que siempre estuve en contra de que su hijo se casara con mi hija, y que tardé mucho en dar mi consentimiento, cosa que hice con gran reticencia.

—¡Madre! —gritó el señor Meagles—. ¿Lo has oído? ¡Arthur! ¿Lo has oído?

—Como esta sala tiene un tamaño muy conveniente —observó la señora Gowan, mirando a su alrededor mientras se abanicaba— y ha sido arreglada con mucho encanto para mantener conversaciones en ella, supongo que se me habrá oído desde cualquier parte de la estancia.

Se produjeron unos momentos de silencio antes de que el señor Meagles pudiera hablar sin saltar de la butaca al pronunciar la primera palabra. Al fin dijo:

—Señora, no es mi deseo, pero debo recordarle cuál fue mi opinión y cuál mi postura en todo este desagradable asunto.

—¡Querido señor! —dijo la señora Gowan, sonriendo y negando con la cabeza con un gesto astuto y acusador—. Entendí perfectamente cuáles eran, se lo aseguro.

—Nunca había sabido lo que era la infelicidad hasta ese momento, señora —afirmó Meagles—, ni tampoco la angustia. Fue una época tan dolorosa que...

Que no pudo continuar, en dos palabras, y se tapó el rostro con el pañuelo.

—Entendí todo lo que pasaba —dijo la señora Gowan, mirando con calma por encima del abanico—. Dado que usted ha buscado la confirmación del señor Clennam, permítame que yo haga lo mismo. Él sabe muy bien si lo entendí o no.

—No me siento muy dispuesto a participar en esta discusión —declaró Arthur, a quien todos contemplaban—, sobre todo porque quiero llevarme bien con el señor Gowan y mantener con él una relación lo menos enrarecida posible. De hecho, tengo razones muy poderosas para quererlo así. Antes de que la boda se celebre, la señora Gowan habló un día conmigo y atribuyó ciertas intenciones a mi amigo, aquí presente, supuestamente interesado en ese matrimonio; yo intenté sacarla de su error. Le aseguré que yo sabía (como sigo sabiendo) que el señor Meagles se oponía con todas sus fuerzas a él, tanto de palabra como de obra.

—¿Lo ve? —dijo la dama mirando al señor Meagles y extendiendo las palmas de las manos, como si fuera la encarnación de la justicia y lo conminase a confesar, ahora que se había quedado sin coartada—. ¿Lo ve? ¡Muy bien! Papá y mamá Meagles —añadió mientras se ponía en pie—, permítanme que me tome la libertad de zanjar esta disputa tan encarnizada. No insistiré en los argumentos ya expuestos. Sólo voy a añadir que esto demuestra, una vez más, lo que una ya sabía por experiencia: que estas cosas nunca resultan, como diría mi pobre hijo, que nunca funcionan. En resumidas cuentas: que nunca salen bien.

El señor Meagles preguntó qué cosas no salían bien.

—Es inútil —continuó la señora— que intenten llevarse bien personas de procedencias tan diversas, azarosa y confusamente vinculadas por un enlace matrimonial, y que no pueden pensar lo mismo de las desgraciadas circunstancias que los han llevado a unirse. Estas cosas nunca salen bien.

—Permítame decirle, señora... —quiso replicar el señor Meagles.

—¡No, no diga nada! —respondió ella—. ¿Para qué? Todo el mundo lo sabe. Nunca salen bien. Por eso, si me lo permiten, yo seguiré mi camino, y ustedes sigan el suyo. Siempre estaré más que dispuesta a recibir a la bella mujer de mi pobre muchacho, y siempre me esforzaré en tratarla con el mayor cariño. Pero esas relaciones con personas que son medio familia y medio desconocidas, esas relaciones medio irritantes y medio aburridas, acaban dando risa de lo impracticables que son. Le aseguro que nunca salen bien.

Entonces la viuda hizo una pequeña reverencia, más a la sala que a los que la ocupaban, y se despidió de papá y mamá Meagles. Clennam se acercó para ayudarla a

subir a la bombonera con ruedas que tenían a su servicio todos los bombones de Hampton Court; ella accedió al vehículo con distinción y solemnidad y se marchó.

A partir de ese día la viuda le contó muchas veces a cierta conocida, en tono jocoso y despreocupado, que, después de grandes fatigas, le había sido imposible conocer a esa gente que estaba emparentada con la mujer de Henry, y que tan denodadamente había decidido echarle el guante. Sólo ella sabía si había llegado previamente a la conclusión de que alejarse definitivamente de la familia Meagles haría más plausible su mentira favorita y le ahorraría ciertas molestias ocasionales sin poner nada en peligro (la bella criatura estaba casada y bien casada, y su padre la adoraba). Aunque esta historia también tiene su opinión sobre este punto, y es rotundamente afirmativa.

Capítulo IX

Aparición y desaparición

—Arthur, querido muchacho —le dijo el señor Meagles la tarde del día siguiente—, madre y yo hemos estado hablando, y no nos sentimos cómodos con el estado actual de cosas. Esa elegante pariente nuestra, esa querida dama que vino a vernos ayer...

—Sí, me hago cargo —respondió Clennam.

—Mucho nos tememos que ese miembro tan destacado, gentil y condescendiente de nuestra sociedad —prosiguió Meagles— pueda ir contando mentiras sobre nosotros. Estamos dispuestos a aguantar muchas cosas para llevarnos bien con ella, pero creemos que, si a ella le va a dar igual, es preferible que no lo consintamos.

—Me parece bien —comentó Arthur—. Continúe.

—Verás —añadió Meagles—: un enfrentamiento podría enturbiar la relación con nuestro yerno, incluso con nuestra hija, y también causar muchas disputas familiares. ¿No crees?

—Desde luego —confirmó Arthur—, son palabras muy razonables.

Clennam había mirado brevemente a la señora Meagles, que siempre se inclinaba por lo bueno y lo sensato, y que le había pedido, con un elocuente gesto de su rostro sincero, que confirmara el parecer del señor Meagles.

—Así que madre y yo estamos más que dispuestos —anunció Meagles— a recoger nuestros bártulos y a lanzarnos de nuevo al *alleg* y al *marchez*. Más que dispuestos a marcharnos, a cruzar Francia sin detenernos y llegar a Italia para ver a nuestra Tesoro.

—Creo que es lo mejor que pueden hacer —declaró Arthur, conmovido por la ilusión maternal que se veía en la cara resplandeciente de la señora Meagles (que en otro tiempo debía de haberse parecido mucho a su hija)—. Y, si quieren saber mi opinión, les aconsejo que salgan mañana.

—¿Ah, sí? —dijo el señor Meagles—. Madre, ¿ves cómo piensa lo mismo que nosotros?

La mujer, con una mirada de agradecimiento que a Arthur le procuró un gran placer, respondió que, efectivamente, pensaba lo mismo que ellos.

—Además —prosiguió el señor Meagles, mientras la vieja nube volvía a ensombrecer su rostro—, resulta que mi yerno ha contraído nuevas deudas, y supongo que tendré que volver a pagárselas. A pesar de todo, iré a visitarlos y me portaré de la forma más amistosa posible. Además, madre está insensatamente preocupada (aunque también es natural) por la salud de Tesoro, y cree que no podemos permitir que se sienta sola en estos momentos. No cabe duda de que aquello

está muy lejos, Arthur; nuestra pobre niña estará muy desorientada. Aunque esté tan bien atendida como cualquier dama de ese país, sigue estando lejísimos. Siempre se dice que como en casa, en ningún sitio. Pues bien: nosotros conseguiremos que, en Roma, Tesoro se sienta como en casa.

—Creo que es un espléndido motivo para ir a esa ciudad —dijo Arthur.

—Me alegra que te lo parezca; ahora estoy decidido. Madre, querida, haz los preparativos. Nos hemos quedado sin nuestra maravillosa intérprete (hablaba perfectamente tres idiomas extranjeros, Arthur, tú lo comprobaste muchas veces), así que tendrás que darme un empujoncito, madre. Necesitaré más de un empujoncito, Arthur —afirmó el señor Meagles moviendo la cabeza—, más de uno. Me hago un lío con todo lo que va detrás de los sustantivos... Incluso con los sustantivos me equivoco, si son muy difíciles.

—Se me acaba de ocurrir una cosa —propuso Clennam—: Cavalletto. Podría acompañarlos, si quieren. No quiero perderlo, pero sé que me lo devolverán sano y salvo.

—¡Te lo agradezco enormemente, muchacho! —exclamó el señor Meagles mientras consideraba la oferta—. Pero no hace falta. Madre me sacará de apuros. Caval... lo que sea... ¡ya me equivoco incluso con su nombre, que parece salido del estribillo de una canción de revista! Ese hombre te es tan necesario que no me gusta la idea de que tengas que prescindir de él. Además, quién sabe cuándo volveremos, y me niego a llevármelo por un período indefinido. Nuestra casa ya no es lo que era. Pese a que viven aquí sólo dos personitas menos, Tesoro y nuestra pobre y desgraciada doncella, Tattycoram, da la impresión de haberse quedado vacía. Cuando hayamos salido de ella, quién sabe cuándo volveremos. No, Arthur: madre me ayudará a salir de apuros.

Clennam pensó que quizá se las apañarían mejor solos, después de todo, así que no insistió.

—Si en algún momento quieres venir a esta casa para cambiar de aires, cuando te venga bien —añadió el señor Meagles—, me alegrará pensar, y sé que a madre también, que estas cuatro paredes vuelven a cobrar un poco de vida, como cuando estaban llenas de gente... y que de vez en cuando alguien mira cariñosamente a esas dos niñas de la pared. Éste es tu sitio, Arthur, al lado de ellas... hasta tal punto que todos nos habríamos puesto muy contentos si hubiera funcionado... Bueno, veamos cómo está el tiempo para viajar —concluyó el señor Meagles cambiando de tema; carraspeó y se levantó a mirar por la ventana.

Convinieron en que el tiempo parecía de lo más propicio, y Clennam no desvió la conversación hasta que hubo pasado el peligro; entonces sacó delicadamente el tema de Henry Gowan y resaltó su ingenio y las magníficas cualidades que demostraba cuando se le trataba con tacto; también destacó el indudable cariño que le inspiraba

su mujer. Consiguió obrar el efecto deseado en el bueno de Meagles, a quien las alabanzas animaron mucho, y que afirmó, poniendo a madre por testigo, que lo único que deseaba para el marido de su hija, con toda cordialidad, era tener con él una buena relación en la que pudieran compartir amistad y confidencias. Pocas horas después empezaron a cubrir los muebles para que no se estropearan en su ausencia (o, para decirlo con las palabras del propio señor Meagles, la casa empezó a recogerse el pelo con bigudíes); al cabo de unos días padre y madre ya se habían marchado y la señora Tickit y el doctor Buchan ya habían ocupado el lugar de antaño, detrás de los postigos del salón, y los pasos solitarios de Arthur ya levantaban las hojas muertas cuando paseaba por el jardín.

Como la casa le gustaba casi nunca dejaba pasar una semana sin visitarla. A veces iba solo el sábado y se marchaba el lunes; otras veces su socio lo acompañaba; otras se contentaba con caminar un par de horas por la casa y el jardín, comprobar que todo estaba bien y regresar a Londres. En todo momento y circunstancia veía a la señora Tickit, con el negro flequillo rizado y su doctor Buchan, sentada junto a la ventana del salón esperando la vuelta de la familia.

En una de estas visitas el ama de llaves lo recibió con las siguientes palabras:

—Tengo que decirle una cosa, señor Clennam, que le va a sorprender.

Tan sorprendente era la cosa en cuestión que hasta había abandonado su puesto al lado de la ventana y había salido al camino del jardín, donde se la encontró Clennam abriéndole la verja.

—¿Qué ha sucedido?

—Señor —respondió la fiel sirvienta, tras conducirlo al salón y cerrar la puerta—, o mucho me equivoco, o ayer al anochecer vi a esa muchacha tan extraviada y tan engañada.

—¿No se referirá a Tatty...?

—¡A Tattycoram, a quién si no! —confirmó ella, acabando con el misterio en un santiamén.

—¿Dónde?

—No tenía yo los ojos muy abiertos, señor Clennam —aclaró el ama de llaves—, porque Mary Jane, que me estaba preparando una taza de té, tardaba algo más que de costumbre. No estaba dormida ni tampoco, por definirlo con mayor precisión, dormitando. Más bien se podría decir que estaba mirando con los ojos cerrados.

Sin pretender averiguar en qué consistía ese estado tan curioso y anormal, Clennam respondió:

—Muy bien. ¿Y?

—Pues bien, señor —continuó la señora Tickit—. En ese momento estaba pensando en las musarañas, como podría haberlo estado usted o cualquiera.

—Sí, lo comprendo perfectamente. ¿Y?

—Pues que, cuando me pongo a pensar en las musarañas, señor Clennam — prosiguió ella—, como comprenderá usted, siempre me acabo acordando de la familia. Porque, por mucho que divaguemos —afirmó la señora Tickit con un gesto argumentativo y filosófico—, siempre nos acaba viniendo a la cabeza lo que más nos preocupa. Eso es lo que pasa, señor, y no se puede hacer nada por evitarlo.

Arthur se mostró de acuerdo con este descubrimiento asintiendo con la cabeza.

—Me atrevería a decir que a usted le pasa lo mismo —añadió la señora—, que a todos nos pasa. Sea cual sea la posición que ocupemos en la vida, eso no cambia: ¡los pensamientos son libres! Como decía, estaba pensando en las musarañas y acordándome mucho de la familia. No sólo de sus circunstancias actuales, sino también de las anteriores. Cuando alguien se pone a pensar en las musarañas al anochecer, me parece que pasado y presente se confunden, y hay que salir de ese estado y reflexionar para distinguirlos.

Arthur volvió a asentir sin atreverse a decir palabra, por si daba pie para una nueva digresión a la elocuencia de la señora Tickit.

—Por todo eso —concluyó la criada—, cuando entreabrí los ojos y la vi en carne y hueso, mirando desde detrás de la puerta, los volví a cerrar sin sobresaltarme, porque en ese momento me parecía que esa persona de carne y hueso seguía formando parte de esta casa, tanto como usted o yo, y ni siquiera me acordaba de que se hubiera ido. Pero, al entreabrirlos de nuevo y ver que no estaba, me vino todo a la cabeza de golpe y, asustada, di un respingo.

—¿Y corrió tras ella?

—Sí, salí corriendo todo lo rápido que pude. ¿Podrá creer, señor Clennam, que la muchacha había desaparecido como si se la hubiera llevado el viento?

Sin detenerse a considerar el efecto que el viento había tenido en la joven, Arthur preguntó a la señora Tickit si había llegado a salir de la verja.

—Sí, y estuve dando vueltas de un lado a otro, pero ¡no había ni rastro de ella!

Clennam también quiso saber el tiempo que creía que había transcurrido entre los dos episodios de leve apertura ocular. La señora Tickit, pese a las detalladas circunstancias de sus respuestas, no tenía una opinión muy formada, y le parecía que tanto podían haber pasado cinco segundos como diez minutos. Su desconocimiento sobre este aspecto del incidente era tan grande, y resultaba tan evidente que se había despertado agitada de un sueño profundo, que Clennam estaba más que dispuesto a considerar que la aparición era un elemento del sueño. Como no quiso ofenderla proponiendo esta incrédula solución al misterio, se marchó sin decirle nada, y seguramente no habría cambiado de opinión si, poco después, no se hubiera visto inducido a ello por cierta circunstancia.

Un día, al anochecer, iba por el Strand; el farolero caminaba por delante de él y a su paso las farolas, difuminadas por la neblina, iban encendiéndose con gran brillo

una tras otra, como un sinfín de girasoles resplandecientes que se abrieran al mismo tiempo. De pronto vio cortado el paso por una fila de carretas de carbón que venían lentamente de los muelles de la ribera, y tuvo que parar. Había estado andando a buen ritmo, enfrascado en sus pensamientos, y la interrupción repentina a la que fueron sometidas ambas operaciones le llevaron a fijarse de nuevo en todo lo que le rodeaba, como se suele hacer en tales circunstancias.

En seguida vio delante de él (a pesar de algunas personas que se interponían, pero tan cerca que la podría haber tocado extendiendo el brazo) a Tattycoram con un hombre de aspecto de lo más curioso: un hombre con un aire de suficiencia, de nariz prominente y un bigote negro de un color tan falso como falsa era la expresión de sus ojos, que llevaba una capa gruesa al estilo extranjero. Tanto su atuendo como su apariencia en conjunto eran los de un viajero, y daba la impresión de que acompañaba a la joven desde hacía muy poco tiempo. Cuando se agachaba (pues era mucho más alto) para atender a lo que Tattycoram le decía, miraba a su espalda con el gesto desconfiado de una persona acostumbrada a que la siguieran. Fue en ese momento en que se volvía para mirar a la multitud sin reparar en Arthur ni en nadie en concreto, cuando éste le vio la cara.

Apenas había vuelto de nuevo la cabeza, que todavía tenía agachada para escuchar a la joven, cuando el camino quedó libre y se reanudó el avance interrumpido de los transeúntes. Todavía con la cabeza gacha y escuchando a la chica, el hombre siguió caminando, y Clennam los siguió, decidido a llevar el juego hasta el final y averiguar a dónde iban.

Acababa de tomar esta decisión (cosa que le costó poco) cuando se vio nuevamente obligado a detenerse. La pareja se había desviado hacia los edificios Adelphi (era evidente que la ruta la marcaba la muchacha) y después siguió recto, como si se dirigiera a la terraza que se extiende delante de los edificios, por encima del río.

Todavía hoy en ese lugar la algarabía de las grandes avenidas hace una repentina pausa. Los miles de ruidos llegan tan amortiguados que parece que uno se ha metido algodón en los oídos, o que lleva la cabeza tapada por un gorro muy grueso. En esa época el contraste era aún mayor, pues no había barquitos de vapor en el río ni otro sitio para desembarcar que unos resbaladizos y angostos escalones o unas pequeñas pasarelas; tampoco había un ferrocarril en la otra orilla, ni un puente colgante o una lonja de pescado en las inmediaciones, ni tráfico en el puente de piedra más cercano: nada que avanzara por la corriente a excepción de algunos botes de pescadores y barcasas de carbón. Algunas de estas barcasas, largas, anchas y negras, unas al lado de otras y firmemente amarradas en el cieno como si nunca fueran a moverse, daban a la ribera un aire funerario y silencioso después del ocaso e impedían que el menor movimiento de las aguas llegara a la orilla. Una hora después de que anoheciera, en

ese momento en que la mayoría de los que tienen algo que comer en casa se dirigen precisamente a casa para comérselo, y en que la mayoría de los que no tienen nada todavía no ha salido sigilosamente a robar o mendigar, la ribera era un lugar desierto con vistas a un paisaje también desierto.

A esa hora se detuvo Clennam en la esquina para observar a la joven y al hombre extraño que bajaban por la calle. Los pasos del hombre hacían tanto ruido en el sonoro pavimento que Arthur no se decidía a sumar a ellos el ruido de los suyos. Sin embargo, en cuanto la pareja se introdujo en la oscuridad de la tenebrosa esquina que llevaba a la terraza, él la siguió, simulando, hasta donde le fue posible, la indiferencia de un transeúnte cualquiera.

Cuando dobló la oscura esquina, la pareja, ya en la terraza, se dirigía hacia una figura que se les acercaba. Si Arthur hubiera visto a esa figura sola, la luz de las farolas, la neblina y la distancia quizá no le habrían permitido reconocerla inmediatamente; pero, al lado de la silueta de Tattycoram, que le puso sobre la pista, en seguida identificó a la señorita Wade.

Parado en la esquina, volvió la cabeza, fingiendo esperar a alguien con quien hubiera concertado una cita, pero sin dejar de vigilar. Cuando las tres personas se encontraron, el hombre se quitó el sombrero y le hizo una reverencia a la señorita Wade. A Arthur le pareció que Tattycoram decía unas palabras, como si hiciera las presentaciones o explicara que el hombre había llegado tarde, pronto, o lo que fuera; después se quedó un paso por detrás, sola. La señorita Wade y el desconocido empezaron a pasear por la terraza; daba la impresión de que los modales del hombre eran sumamente corteses y halagadores; los de la señorita Wade parecían sumamente altivos.

Cuando llegaron a la esquina y se dieron la vuelta para volver sobre sus pasos ella iba diciendo:

—Si eso me supone un perjuicio, señor, es asunto mío. Ocúpese usted de sus cosas y no me pregunte nada.

—¡Por amor de Dios, señora! —exclamó él con otra reverencia—. Lo he dicho por el profundo respeto que me inspira la fortaleza de su carácter y por lo mucho que admiro su belleza.

—No necesito ni el respeto ni la admiración de nadie, y menos de alguien como usted —dijo ella—. Continúe con el informe.

—¿Me ha perdonado usted? —preguntó el hombre con una actitud entre galante y avergonzada.

—Le he pagado —contestó ella—, que es lo único que quiere.

Clennam no pudo averiguar si Tattycoram iba rezagada porque le habían prohibido oír la conversación o porque ya estaba al corriente del asunto. La pareja dio la vuelta y ella también. La joven caminaba mirando el río con las manos

entrelazadas delante de ella; Arthur no podía verla sin delatar su rostro. La suerte quiso que hubiera otro hombre que sí esperaba a alguien, que a veces se quedaba mirando el agua detrás de la barandilla y otras se acercaba a la esquina oscura y escudriñaba la calle; de esa forma, la presencia de Arthur resultaba menos llamativa.

Cuando la señorita Wade y el desconocido volvieron a aproximarse, ella estaba diciendo:

—Debe esperar usted hasta mañana.

—¡Mil perdones! —respondió él—. ¡Caramba! ¿Entonces ésta no es una buena noche?

—No. Ya le he dicho que, para dárselo, primero tengo que conseguirlo.

La señorita Wade se detuvo en la calzada, como si quisiera poner fin a la conversación. El desconocido, evidentemente, hizo lo mismo. Y Tattycoram también.

—Eso es un pequeño contratiempo —dijo el hombre—. Pequeño. Pero qué diablos, no tiene importancia al lado de un favor tan grande. Casualmente, esta noche estoy sin blanca. No crea, en esta ciudad tengo un buen banquero, pero no quiero recurrir a él hasta que tenga que sacar una cantidad importante.

—Harriet —dijo la señorita Wade—, encárgate de mandarle algún dinero mañana a... este caballero.

Pronunció la palabra «caballero» muy lentamente, de un modo que expresaba más desdén que la pronunciación más marcada, y siguió andando con parsimonia.

El hombre volvió a agachar la cabeza, y Tattycoram le dijo algo en cuanto empezaron a seguir a la señorita Wade. Mientras se alejaban, Clennam se aventuró a mirar a la joven. Advirtió que sus ojos negríssimos no se despegaban del desconocido; también se fijó en que, mientras se dirigían al otro extremo de la terraza, iba a cierta distancia de él.

Un nuevo y ruidoso movimiento en los adoquines lo avisó, antes de ver lo que ocurría, de que el hombre volvía solo. Arthur salió a la terraza con aire perezoso y se encaminó a la barandilla; el desconocido pasó rápidamente, la capa al hombro y tarareando unas estrofas de una canción francesa.

Ahora se había quedado solo en el mirador. El paseante se había esfumado; la señorita Wade y Tattycoram se habían ido. Más empeñado que nunca en averiguar adónde iban, y en obtener alguna información para su buen amigo Meagles, alcanzó el otro extremo de la terraza sin dejar de mirar con cautela a su alrededor. Había previsto, acertadamente, que las dos mujeres irían en dirección opuesta al hombre del que acababan de despedirse, al menos al principio. No tardó en verlas en una callecita lateral en la que no solía haber mucho tránsito, esperando sin duda a que el desconocido se alejara. Iban paseando sin prisas, cogidas del brazo, por una de las aceras, y volvieron por la otra. Al llegar a la esquina cambiaron el paso; empezaron a andar como quien va a algún sitio que queda algo lejos, y emprendieron la marcha sin

detenerse. Clennam tampoco se detuvo y no las perdió de vista.

Cruzaron el Strand, atravesaron Covent Garden (pasando por debajo de las ventanas de las antiguas habitaciones de Clennam, en las que aquella noche había ido a verle su querida Amy), y torcieron en dirección al noreste hasta pasar el gran edificio que había inspirado el nombre de Tattycoram^[35]; después entraron en Gray's Inn Road. Clennam conocía muy bien la zona gracias a Flora, por no hablar del Patriarca y de Pancks, y no le costó nada seguirlos. Empezaba a preguntarse asombrado qué rumbo tomarían a continuación cuando vio, más asombrado aún, que entraban en la calle del Patriarca. Pero su asombro aún sería mayor al ver que se detenían delante de la puerta del Patriarca. Dos golpes discretos con la brillante aldaba de latón, un reflejo de luz en la calle a través de la puerta abierta, una breve pausa para una pregunta y una respuesta, y la puerta se volvió a cerrar: las dos mujeres ya estaban dentro.

Después de observar cuanto lo rodeaba para cerciorarse de que no estaba soñando, Arthur dio unas cuantas vueltas delante de la casa y finalmente llamó a la puerta. Le abrió la criada habitual, que le hizo pasar de inmediato, con la diligencia habitual, al salón de Flora.

Sólo acompañaba a Flora la tía del señor F.; esta respetable dama, que disfrutaba de los agradables efluvios del té y las tostadas, se encontraba cómodamente instalada en una butaca al lado de la chimenea, con una mesita a un lado y una servilleta blanca y limpia extendida en el regazo, sobre la cual, en ese momento, dos tostadas esperaban a ser consumidas. Con la cabeza agachada sobre el humeante recipiente de té, mirando a través del vapor y resoplando vapor, como una pérfida hechicera china entregada a ritos paganos, la tía del señor F. dejó la enorme taza y exclamó:

—¡Maldito sea, ya ha vuelto este hombre!

A tenor de esta exclamación, la intransigente pariente del llorado señor F., que medía el tiempo según lo intenso de sus sensaciones, no según el reloj, parecía creer que Arthur acababa de salir de su última visita, cuando en realidad había pasado al menos medio año desde la última vez que había tenido la osadía de presentarse ante ella.

—¡Cielo santo, Arthur! —exclamó Flora, poniéndose en pie y brindándole una cordial acogida—. Doyce y Clennam qué sorpresa qué asombrada estoy porque aunque no vivamos lejos de las máquinas y de la fundición y podría usted ir a otro lado aunque sólo fuera a mediodía porque un vaso de jerez y un humilde bocadillo o un poco de embutido de la despensa nunca vienen mal y no van a ser peores porque se los ofrezca una amiga pero usted los compra en otro sitio y los compre donde los compre permite que otra persona haga negocio o si no cerraría la tienda eso es evidente pero hacía mucho que no lo veía y ya no lo esperaba, como el propio señor F. decía, si ver es creer no ver también es creer y cuando una no ve puede creer

perfectamente que no la recuerdan y no es que esperara que usted Arthur Doyce y Clennam me recordara por qué iba a hacerlo, esa época ya es cosa del pasado pero traiga en seguida otra taza de té y pídale que le haga una tostada y le ruego que se siente junto al fuego.

Arthur no veía la hora de explicar el motivo de su visita, pero, en contra de su voluntad, tuvo que esperar, pues había notado una oculta recriminación en las palabras de Flora y el placer auténtico que demostraba al verlo.

—Y ahora le ruego que me cuente todo lo que sepa —añadió Flora, acercando su butaca a la de Arthur— de esa chiquilla tan preciosa y tan calladita y de cómo ha cambiado su suerte no me cabe duda de que ahora tienen carruaje propio y un sinfín de caballos qué cosa tan romántica, se habrán hecho un escudo de armas y seguro que lo sostienen bestias salvajes levantadas sobre las patas traseras como si fuera una copia de un dibujo transmitido boca a boca, madre mía, y espero que ande bien de salud porque al fin y al cabo eso es lo principal porque la riqueza sin salud no es nada como el señor F. decía muchas veces cuando le venían los dolores es mucho mejor disponer sólo de seis peniques al día pero no tener gota, aunque él no podría haber vivido con esa cantidad de ninguna de las maneras pero esa chiquilla tan preciosa ay no debo tomarme tantas confianzas esa chica no corre el riesgo de padecer gota es demasiado menuda y flaca y tenía un aspecto tan frágil, ¡que Dios la bendiga!

La tía del señor F., que se había comido una tostada entera y sólo había dejado la corteza, se la tendió solemnemente en ese momento a Flora, que se la comió como si tal cosa. Entonces, la tía del señor F. se llevó los dedos a los labios y se los humedeció, uno a uno y con lentitud, y después se los secó exactamente en el mismo orden con la servilleta; a continuación cogió la otra tostada y se lanzó sobre ella. Mientras ejecutaba esta operación, miró a Clennam con una severidad tan intensa que él se sintió obligado a sostenerle la mirada, lo cual no era precisamente lo que más le apetecía.

—Flora, la pequeña Dorrit está en Italia, con toda su familia —dijo cuando la temible dama estuvo ocupada de nuevo.

—¿Ah, en Italia? No me diga —comentó Flora— con tantas uvas y tantos higos creciendo por todas partes y collares y pulseras de lava en ese país de poetas con montañas que echan fuego incomparablemente pintorescas así que si los organilleros dejan su lugar natal para no morir abrasados no me sorprende porque son muy pequeños y tampoco es de extrañar que vengan con sus ratoncitos blancos es muy comprensible^[36], así que es cierto que la muchacha se encuentra en ese privilegiado país rodeada de azul y gladiadores moribundos y Apolos de Belvedere aunque al señor F. no le gustaba aquello y cuando estaba de buen humor decía que las estatuas que tienen allí no pueden ser auténticas porque algunas se tapan con cantidades ingentes de telas todas arrugadas y mal puestas y otras van todas destapadas, lo que

ciertamente parece muy extraño aunque quizá eso obedezca a que unas representaban a ricos y otras a pobres, eso lo puede explicar.

Arthur intentó intervenir, pero Flora lo interrumpió:

—¿Y Venecia está bien conservada? Creo que ha ido usted está bien o mal conservada porque la gente cuenta cosas muy distintas y es cierto que se comen los macarrones como los infieles por qué no los hacen más cortos, ha ido usted Arthur, querido Doyce y Clennam, bueno, querido no, y menos aún Doyce, porque a éste no tengo el placer de conocerlo, pero discúlpeme por favor, tengo entendido que conoce usted Mantua, dígame si es cierto que las mantas provienen de esa ciudad porque si no, no entiendo por qué se llaman así.

—Creo que una cosa y otra no tienen nada que ver, Flora —empezó a decir Arthur antes de que ella lo interrumpiera otra vez.

—Pues entonces le creo, yo no lo sabía pero siempre hago lo mismo, se me ocurre una idea y como no suelo tener muchas pues me la guardo, desgraciadamente hubo un pasado querido Arthur, bueno, nada de querido ni de Arthur pero ya me entiende usted hubo un momento en que una idea brillante refulgía en el futuro de cierta persona pero ahora han aparecido unas nubes oscuras y todo ha terminado.

En ese momento a Clennam ya se le notaba tanto que quería hablar de otra cosa que Flora calló, lo miró con ternura y le preguntó de qué se trataba.

—Tengo la imperiosa necesidad de hablar con una persona que se encuentra ahora mismo en esta casa, sin duda con el señor Casby. Alguien a quien he visto entrar y que, de forma insensata y deplorable, se ha marchado del hogar de un amigo mío.

—Papá recibe a mucha gente, a personas tan extrañas —comentó Flora mientras se levantaba— que sólo me atrevo a bajar al salón por ser usted, por usted estaría dispuesta a bajar al fondo del mar en una campana de inmersión así que cómo no voy a bajar al salón volveré en seguida si es usted tan amable de por un lado atender y por otro no atender a la tía del señor F. en mi ausencia.

Con estas palabras y una mirada de despedida Flora salió rápidamente, y Clennam quedó a merced del terror que le inspiraba su inclemente protegida.

La primera variación que se observó en la actitud de la tía del señor F., cuando hubo terminado la tostada, fue un resoplido sonoro y prolongado. Como le fue imposible no interpretar semejante manifestación como una provocación personal, pues su significado ominoso era inequívoco, Arthur miró lastimeramente a la espléndida aunque prejuiciosa responsable del bufido, en la esperanza de que una dócil sumisión la desarmara.

—Nada de ponerme ojitos —le espetó la tía del señor F., temblando por la repugnancia que Arthur le inspiraba—. Coja esto.

«Esto» era la corteza de la tostada. Clennam aceptó el tesoro con un gesto de

gratitud y no lo soltó porque lo invadió cierta vergüenza, sentimiento que no disminuyó cuando la tía del señor F., levantando la voz, exclamó con potencia considerable: «Tiene un paladar remilgado, ¡el tipejo este! ¡Demasiado remilgado para comérsela!». La señora se levantó de la silla y blandió el puño, acercándolo tanto a la nariz de Arthur que le hizo cosquillas en la piel. Si no hubiera sido por el oportuno regreso de Flora, que lo encontró en tan comprometida situación, podrían haberse seguido peores consecuencias. Flora, sin mostrar la menor alteración ni sorpresa, sino felicitando a la anciana dama con benevolencia por estar «muy animada esta noche», volvió a sentarla en la silla.

—Tiene un paladar remilgado, el tipejo este —repitió la tía del señor F. al verse sentada de nuevo—. ¡Que le den una papilla de salvado!

—¡Oh! No creo que le gustara mucho, tía —objetó Flora.

—¡Que le den una papilla de salvado! —insistió la tía del señor F., con la vista clavada en su enemigo—. Es lo único que cura los paladares remilgados. Que se la coma sin dejar nada. ¡Maldito sea, que se coma una papilla de salvado!

Fingiéndose que iba a prepararle tal refrigerio, Flora salió con Arthur a la escalera; ni siquiera entonces la tía del señor F. dejó de repetir incesantemente, con un indecible rencor, que era un «tipejo», que tenía un «paladar remilgado», ni de insistir una y otra vez en que le prepararan el forraje equino que le había prescrito con tanta firmeza.

—Arthur, esta escalera es muy incómoda y tiene muchos peldaños de esquina —susurró Flora—, ¿tendría inconveniente en pasarme el brazo por debajo de la esclavina?

Con la sensación de estar bajando de una forma sumamente ridícula, Arthur adoptó la postura requerida, y sólo soltó a su bella carga en la puerta del comedor; incluso allí le costó desembarazarse de ella, pues Flora siguió abrazada a él y le musitó:

—¡Arthur, se lo ruego, ni una palabra de esto a mi padre!

La dama entró con Clennam en la sala, donde el Patriarca, a solas, con las zapatillas de retales sobre el guardafuegos, se dedicaba a girar los pulgares como si nunca hubiera dejado de hacerlo. El joven Patriarca de diez años lo contemplaba todo, desde su marco, por encima de él, aunque no parecía más sosegado que el anciano. Las dos cabezas peladas brillaban por igual, torpes y voluminosas.

—Señor Clennam, me alegro de verlo. Espero que se encuentre bien, señor, espero que se encuentre bien. Siéntese, por favor, siéntese.

—Señor —dijo Arthur mirando a su alrededor con un gesto de perplejidad y decepción—, esperaba no encontrarlo solo.

—¡Ah, no me diga! —respondió cariñosamente el Patriarca—. ¡No me diga!

—Papá, ¡ya te lo había dicho, ya lo sabías! —exclamó Flora.

—Sí, es cierto —confirmó el Patriarca—. Tienes razón. ¡Es cierto!

—Respóndame a una pregunta, se lo ruego —dijo Clennam angustiado—. ¿Se ha marchado la señorita Wade?

—¿La señorita...? Ah, llama usted así a Wade —observó el señor Casby—. Es lo más decoroso.

—¿Y usted cómo la llama? —preguntó Clennam inmediatamente.

—Wade —respondió el anciano—. Nada más que Wade.

Después de observar el filantrópico semblante y el largo cabello sedoso unos segundos, durante los cuales el señor Casby siguió girando los pulgares y sonriéndole al fuego con benevolencia, como si quisiera que lo quemara para poder perdonarlo, Arthur dijo:

—Discúlpeme, señor Casby...

—No hay nada que disculpar —lo interrumpió el Patriarca—, nada que disculpar.

—La señorita Wade ha venido con una acompañante, una joven que se ha criado con unos amigos míos que consideran que la señorita Wade ejerce una influencia perniciosa sobre ella; me gustaría poder asegurarle que no ha perdido el favor de sus protectores.

—Ah, ¡no me diga! —comentó el Patriarca.

—Por tanto, ¿sería usted tan amable de darme la dirección de la señorita Wade?

—¡Vaya, vaya, vaya —exclamó el anfitrión—, qué mala suerte! ¡Si hubiera venido usted a verme cuando estaban aquí! He observado a esa joven, señor Clennam. Una muchacha espléndida y muy morena, de cabello y ojos muy oscuros. ¡Si no me confundo, si no me confundo!

Arthur asintió, y repitió en otro tono:

—¿Sería usted tan amable de darme la dirección?

—¡Vaya, vaya, vaya! —exclamó el Patriarca, dulcemente contrariado—. ¡Ay, ay, ay! ¡Qué pena, qué pena! No la tengo, señor. La señorita Wade normalmente vive en el extranjero. Lleva años así, y es una persona inconstante, veleidosa (si se me permite hablar así de otro ser humano, de una dama). Es posible que no vuelva a verla en mucho, mucho tiempo. Es posible que no la vuelva a ver jamás. ¡Qué pena, qué pena!

Clennam se dio cuenta en ese momento de que el Patriarca no le iba a ayudar más que el niño del retrato; sin embargo, añadió:

—Señor Casby, ¿sería posible, con toda la discreción que usted considere oportuna, para tranquilidad de los amigos a los que acabo de mencionar, que me diera alguna información sobre la señorita Wade? La he visto en el extranjero y también aquí, pero no sé nada de ella. ¿Podría contarme algo de ella, lo que fuera?

—No —respondió el Patriarca, negando con la cabezota, con la mayor de las benevolencias—. Nada en absoluto. ¡Vaya, vaya, vaya! ¡Qué pena tan grande que ella

haya estado tan poco tiempo y usted no haya llegado antes! Debido a mis negocios privados, a mis negocios privados, algunas veces he pagado ciertas cantidades de dinero a esa dama, pero ¿qué utilidad tiene para usted ese detalle?

—La verdad, ninguna en absoluto.

—La verdad —confirmó el Patriarca con un rostro resplandeciente, sonriendo al fuego con filantropía—, ninguna en absoluto, señor. Ha dado usted la respuesta más cabal, Clennam. La verdad, ninguna en absoluto.

Su forma de girar los pulgares sin inmutarse era, para Clennam, tan indicativa de que, si le insistía, seguiría dando vueltas a la cuestión sin decir nunca nada nuevo ni permitir el menor avance, que acabó concluyendo que todos sus esfuerzos habían sido inútiles. Podía tomarse todo el tiempo del mundo para reflexionar si quería, que el señor Casby, acostumbrado a llegar muy lejos confiándolo todo a sus protuberancias y a su pelo blanco, sabía muy bien que su punto fuerte era el silencio. Así pues, el anciano siguió en su butaca, describiendo círculos y más círculos con los pulgares, mientras en el lustre de su cabeza y de su frente cada bulto ofrecía un aspecto de lo más benevolente.

Ante semejante espectáculo, Arthur se había incorporado, dispuesto a marcharse, pero entonces, desde el muelle interior donde amarraba la buena embarcación de Pancks cuando no se hallaba surcando las aguas, se oyó al vapor acercándose trabajosamente a ellos. A Arthur le llamó la atención que el ruido procediera de tan lejos, como si el señor Pancks quisiera dejar claro, a quien le diera por considerarlo, que venía, enfrascado en sus actividades, de un lugar donde no se oía de nada de lo que allí se decía.

El señor Pancks y Clennam se dieron la mano, y el primero le entregó a su patrón un par de cartas para que las firmara. Mientras le daba la mano, se rascó la ceja con el índice izquierdo, casi imperceptiblemente, y soltó un único resoplido, pero Arthur, que ya empezaba a conocerlo, entendió que casi había acabado sus tareas de esa tarde y quería comentarle algo en la calle. Por tanto, tras despedirse del señor Casby y (en un proceso más complicado) de Flora, salió de la casa y empezó a pasear por las inmediaciones, en plena ruta del señor Pancks.

Llevaba poco tiempo esperando cuando éste apareció. Pancks le volvió a dar la mano, bufó otra vez de forma muy expresiva y se quitó el sombrero para ponerse el pelo de punta. A Arthur le pareció que le estaba dando a entender que podía considerarlo perfectamente al corriente de lo que acababa de ocurrir en la casa. Por eso le dijo sin más preámbulos:

—Pancks, imagino que es cierto que se habían ido.

—Sí —respondió éste—. Es cierto.

—¿Sabe el señor Casby dónde encontrar a esa dama?

—No lo sé. Es lo más probable.

¿Y Pancks no lo sabía? No, el señor Pancks no lo sabía. ¿Y podía contarle algo de Wade?

—Creo —respondió el interpelado— que sé de ella lo mismo que sabe ella de sí misma. Que es hija de alguien... de cualquiera... de nadie. Si la lleva usted a un salón de Londres donde haya seis personas de edad suficiente para ser sus padres, cualquiera de ellas podría serlo. Puede que estén en cualquier casa, en cualquier cementerio por los que pase; puede cruzarse con ellos en la calle o hablar brevemente con ellos en cualquier momento sin enterarse. No sabe nada de sus padres. No sabe nada de ningún familiar. Nunca ha sabido nada y nunca lo sabrá.

—¿Y es posible que el señor Casby pueda darle alguna pista?

—Es posible —respondió Pancks—. Yo creo que sí, pero no estoy seguro. Hace mucho tiempo que tiene un dinero en fideicomiso (tampoco mucho, por lo que deduzco), y le va dando cantidades cuando le hacen falta. A veces el orgullo impide que la señorita Wade recurra a él durante una temporada; a veces sufre tantos apuros que le es imprescindible. Esa mujer vive dominada por sus sentimientos. No se conoce dama más rabiosa, más obcecada, más desalmada, más vengativa. Esta noche ha venido a pedir dinero. Ha dicho que quería emplearlo en un fin concreto.

—Me parece —dijo Clennam, pensativo— que sé con qué fin... quiero decir, en qué bolsillo va a acabar esa cantidad.

—¿Ah, sí? —dijo Pancks—. Si hay un acuerdo de por medio, le recomendaría a esa persona que no lo incumpliera. No me gustaría, ¡ni por el doble de dinero que tiene mi amo!, estar a merced de esa mujer, por muy joven y guapa que sea, si le causara algún agravio. A no ser —añadió, incorporando una cláusula condicional— que me viera aquejado por una enfermedad persistente y quisiera curarme.

Arthur reconsideró rápidamente la opinión que le merecía la dama y vio que se correspondía casi completamente con la de su acompañante.

—Lo que me sorprende —prosiguió el hombrecillo— es que nunca haya intentado causarle ningún mal a mi patrón, siendo éste la única persona relacionada con sus orígenes que tiene a su alcance. Y, ya que hablamos de esta cuestión, debo decirle, entre nosotros, que a veces soy yo quien se siente tentado de causarle algún mal al señor Casby.

Arthur se sobresaltó y exclamó:

—¡Caramba, no diga eso!

—No me interprete mal —aclaró Pancks, poniéndole en el brazo cinco dedos cortos y negros como el carbón—, no estoy diciendo que lo quiera degollar. Pero ¡juro que, si llega demasiado lejos, le cortaré el pelo!

Tras haber mostrado un nuevo aspecto de su carácter con esta tremenda amenaza, el señor Pancks, con la mayor seriedad, resopló varias veces y se marchó envuelto en una nube de vapor.

Capítulo X

Los sueños de la señora Flintwinch se complican

Las oscuras salas de espera del Negociado de Circunloquios, en las que había pasado largas horas acompañado de diversos díscolos delincuentes, condenados a ser desmembrados en esa rueda de tortura, habían dado a Arthur Clennam, después de tres o cuatro días, tiempo de sobra para pensar hasta la extenuación en su reciente encuentro con la señorita Wade y Tattycoram. No había conseguido sacar nada nuevo en claro, y en esas deficientes condiciones se resignó y desistió.

En todos esos días no había pasado por la lúgubre y vieja casa de su madre. Algunas noches tenía por costumbre cumplir con sus obligaciones, y una de ellas dejó su residencia y a su socio casi a las nueve y se dirigió a paso lento al sombrío hogar de su juventud.

En su imaginación, este edificio siempre aparecía teñido de ira, misterio y tristeza; y su imaginación era lo bastante susceptible a la sugestión para ver todo el barrio envuelto en cierta medida en esa sombra oscura. Mientras avanzaba, en la noche desolada, le parecía que todas las calles en penumbra guardaban angustiosos secretos. Las contadurías desiertas, secretos de libros y papeles metidos a buen recaudo en escritorios y cajas de caudales; los bancos, secretos depositados en cámaras y cajas de alquiler, cuyas llaves se guardaban en pocos bolsillos muy secretos y en pocas chaquetas muy secretas; también los secretos de todos los molineros que trabajaban en los inmensos molinos de las oficinas bancarias, entre los cuales sin duda se contaban infinidad de ladrones, falsificadores y traidores, que podían ser descubiertos cualquier día al amanecer; a Arthur se le antojaba que esas cosas ocultas pesaban en el ambiente. Las sombras se volvían cada vez más impenetrables a medida que se iba acercando al origen de toda esa oscuridad; pensó en los secretos de las criptas de la iglesia, donde personas que tantas cosas habían encerrado sigilosamente en cofres de hierro habían sido a su vez igualmente encerradas, no tan en paz como para no causar todavía daño; y también en los secretos del río, cuyas turbias mareas crecían entre dos adustas selvas de secretos que cubrían, tupidas y densas, muchos kilómetros, una barrera para el aire y los prados libres que recorren los vientos y las alas de los pájaros.

Las sombras seguían cobrando mayor densidad a medida que iba acercándose a la casa; recordaba la luctuosa habitación que había ocupado su padre, hechizada por el rostro suplicante que él había visto consumirse cuando no había nadie más junto a su cama. En el aire cerrado de esa habitación había otro secreto. En las tinieblas, el moho y el polvo de la casa entera había un secreto. Y en el centro estaba su madre, de

rostro imperturbable, de voluntad férrea, que guardaba con mano firme todos los secretos que habían conocido ella y su marido, y que se enfrentaba austeramente, cara a cara, al último y gran secreto de la vida.

Arthur ya había entrado en la calle estrecha y empinada que se abría a la parcela donde se alzaba la casa cuando oyó, detrás de él, unos pasos en la misma calle, tan cercanos a los suyos que tuvo que pegarse al muro. Como iba muy concentrado en los pensamientos antes mencionados, el encuentro lo cogió completamente desprevenido y el otro transeúnte tuvo tiempo de decir con voz de trueno: «¡Perdón! ¡No ha sido culpa mía!», y de seguir su camino antes de que Arthur tuviera un instante para volver a la realidad.

Cuando el instante pasó, se dio cuenta de que el hombre que avanzaba a buen paso delante de él era el mismo sobre el que tanto había cavilado los días anteriores. No se trataba de un parecido casual, acentuado por la intensa impresión que el desconocido le había causado. Era el mismo al que había seguido, el que acompañaba a Tattycoram, y el que había tenido con la señorita Wade la conversación de la que él había podido captar algunas palabras.

La calle descendía en una pronunciada pendiente con curvas, y el desconocido (que, aunque no iba borracho, parecía achispado por alguna bebida de alta graduación) la bajaba tan rápido que Clennam, mientras lo observaba, lo perdió de vista. Sin albergar la intención concreta de seguirlo, pero con el impulso de seguir estudiándolo un poco más, apretó el paso para doblar la esquina detrás de él. Cuando llegó, el hombre había desaparecido.

Clennam se detuvo cerca de la verja de la casa de su madre e inspeccionó la calle, pero no había nadie. Ninguna sombra era lo bastante grande para ocultar al desconocido; en las inmediaciones no había esquina que hubiera podido doblar, ni se había oído puerta alguna abrirse y cerrarse. Sin embargo, llegó a la conclusión de que el hombre debía llevar una llave, de que había abierto alguna puerta de las muchas casas de la calle y había entrado en ella.

Reflexionando sobre esa extraña casualidad y esa extraña visión, entró en el patio. Observó, por mera costumbre, las ventanas tenuemente iluminadas de la habitación de su madre, y en ese momento sus ojos se toparon con la figura que se le acababa de escapar: estaba apoyada en la verja de hierro del pequeño y descuidado patio, mirando también la ventana y riendo para sus adentros. Algunos de los gatos callejeros que solían merodear por allí de noche, y que se habían asustado del forastero, ahora se habían detenido al mismo tiempo que él, y lo miraban con unos ojos parecidos a los suyos desde lo alto de los muros, los porches y otros puntos en los que estaban a salvo. El hombre sólo se había parado un momento para recrearse en la vista de la casa; inmediatamente reemprendió la marcha, quitándose del hombro un extremo de la capa; subió los escalones, irregularmente hundidos, y llamó con

fuerza a la puerta.

La sorpresa de Clennam no le impidió tomar una clara decisión. Se dirigió también a la puerta y también subió los escalones. Su amigo lo miró con aire bravucón mientras canturreaba:

¿Quién anda tan tarde por la calle?

Compagnon de la Majolaine!

¿Quién anda tan tarde por la calle?

¡Siempre va contento!

Después de lo cual volvió a llamar.

—Qué impaciente es usted, señor —comentó Arthur.

—Así es. ¡Y que lo diga! —exclamó el desconocido—. Tengo un carácter impaciente.

El ruido que hizo Affery al correr la cadena de la puerta los tuvo a ambos muy pendientes de ella. Affery abrió muy poco, sosteniendo una vela que daba mucha luz, y preguntó por qué llamaban con tanta insistencia a esas horas de la noche.

—¡Caramba, Arthur! —exclamó perpleja, pues fue a éste a quien vio primero—. ¿No ha sido usted quien ha llamado, verdad? ¡Ah, el Señor se apiade de nosotros! Claro que no —dijo al ver al otro—. ¡Otra vez él!

—¡Efectivamente! ¡Otra vez él, querida señora Flintwinch! —confirmó el desconocido—. ¡Abra la puerta, que quiero darle un abrazo a mi querido amigo Jeremiah! ¡Abra y permítame que corra a abrazar a mi Flintwinch!

—No está en casa —le informó Affery.

—¡Vaya a buscarlo! —exclamó el forastero—. ¡Vaya a buscar a mi Flintwinch! Dígale que ha venido su Blandois, que acaba de llegar a Inglaterra, que está aquí su queridísimo amigo del alma. ¡Abra, bella señora Flintwinch, y déjeme mientras tanto subir a presentarle mis respetos, el homenaje de Blandois, a mi señora! ¿Sigue viva? Bien. ¡Pues ábrame!

Para mayor sorpresa de Arthur, Affery, mirándolo con ojos como platos, como si quisiera avisarle de que no le convenía contrariar al caballero, soltó la cadena y abrió la puerta. El desconocido, sin ninguna ceremonia, entró en el vestíbulo adelantándose a Arthur.

—¡En marcha! ¡Haga lo que le he dicho! ¡Tráigame a mi Flintwinch! ¡Anúnciame a mi señora! —gritó el desconocido, dando pisotones en el suelo de piedra.

—Affery, te lo ruego —intervino Arthur, con voz fuerte y severa, mientras miraba indignado al hombre de arriba abajo—, dime quién es este caballero.

—Affery, te lo ruego —repitió el forastero—, dime... ja, ja, ja... dime quién es este caballero.

La voz de la señora Clennam se oyó oportunamente desde su habitación del piso superior:

—¡Affery, que suban los dos! ¡Arthur, pasa directamente a mi cuarto!

—¿Arthur? —se sorprendió Blandois, que se quitó el sombrero, extendió el brazo y juntó los talones, dando un gran paso hacia atrás, para hacerle una florida reverencia—. ¿El hijo de mi señora? ¡A sus pies!

Arthur volvió a mirarlo, aunque no con mayor simpatía que antes, y, dándose la vuelta sin hacerle caso, empezó a subir las escaleras. El visitante lo siguió. Affery quitó la llave de la cerradura y salió rauda a buscar a su señor.

Un testigo de la primera aparición del señor Blandois en esa estancia habría observado una diferencia en la forma de recibirlo de la señora Clennam. No era en su rostro donde se traslucía el cambio, ni en su actitud contenida, ni en su tono forzado, que también tenía controlados. Pero desde que entró Blandois no le quitó el ojo de encima, y en dos o tres ocasiones, cuando éste levantó la voz, ella se adelantó un poco, sin despegar las manos de los brazos del asiento, donde tan erguida estaba, como si quisiera indicarle que todas sus palabras serían escuchadas con atención. Arthur no dejó de observarlo, aunque él no podía calibrar la diferencia entre esta ocasión y la anterior.

—Señora —dijo Blandois—, permítame el honor de presentarme a *monsieur*, a su hijo. Tengo la impresión, *madame*, de que su hijo no simpatiza en exceso conmigo. No me ha tratado con educación.

—Señor —intervino Arthur sin perder un instante—, sea quien sea usted, y sea cual sea el motivo de su visita, si ésta fuera mi casa no habría tardado ni un segundo en echarlo a la calle.

—Pero no lo es —replicó la madre sin mirarlo—. Desgraciadamente para ti y para tu mal carácter, no eres el señor de esta casa.

—Ni pretendo serlo, madre. Si censuro el comportamiento que ha tenido aquí esta persona, y tanto lo critico que, si tuviera autoridad, indudablemente no habría permitido que se quedara ni un minuto más, lo hago pensando en ti.

—En el caso de que tales censuras fueran necesarias —observó la señora Clennam— las podría hacer yo. Y las haría.

El causante del enfrentamiento, que se había sentado, soltó una carcajada y se dio unos golpecitos en la pierna con una mano.

—No tienes ningún derecho —prosiguió la madre, sin dejar de mirar a Blandois, por muy directamente que estuviera hablándole a su hijo— a tratar con prejuicios a ningún caballero, menos aún al que procede de otro país, sólo porque no responde a tus ideas o porque su comportamiento no se ajusta a tus reglas. Probablemente el caballero, por los mismos motivos, podría censurarte a ti.

—Pues eso espero —replicó Arthur.

—Este caballero —añadió la señora Clennam— me trajo el otro día una carta de recomendación escrita por unos clientes muy apreciados y responsables. Desconozco

por completo las razones que hoy lo han traído aquí. No tengo ni idea de a qué se debe su presencia, y ni siquiera se puede esperar que lo adivine —declaró; su habitual gesto de pocos amigos se acentuó mientras pronunciaba las siguientes palabras, lenta y gravemente, concediéndoles mucha importancia—: Sin embargo, cuando este caballero nos explique el motivo de la visita, cosa que le rogaré que nos aclare en cuanto Jeremiah regrese, resultará, no me cabe duda, que se trata de una de tantas visitas de negocios, que atenderemos con sumo placer y por el bien de nuestra empresa. Sólo puede tratarse de eso.

—¡En seguida lo sabremos, *madame*! —exclamó el hombre de negocios.

—En seguida lo sabremos —confirmó ella—. Este hombre conoce a Flintwinch; y, en su última visita a Londres, creo recordar que Jeremiah y él compartieron ciertos momentos de esparcimiento y amistad. No dispongo de muchos medios para saber lo que sucede fuera de esta habitación, y el barullo de los pequeños acontecimientos mundanos de la calle no me interesa especialmente, pero recuerdo haberlo oído.

—Es cierto, *madame*. Eso es verdad —confirmó el visitante con otra carcajada, después de lo cual silbó el estribillo de la canción que había cantado en la puerta.

—Así pues, Arthur —concluyó la madre—, aquí ya conocemos a este caballero, no es un intruso, y lamento profundamente que, por tu insensatez y tu mal carácter, su comportamiento te haya parecido censurable. Lo lamento. Así se lo hago saber a este caballero. Sé que tú no te vas a disculpar, así que lo hago yo en mi nombre y en el de Flintwinch, dado que es con nosotros con quienes este señor tiene negocios.

En ese momento se oyó la llave en la cerradura de la puerta de la calle, que se abrió y se cerró. Como era de esperar, apareció el señor Flintwinch; al verlo, el visitante se levantó entre grandes carcajadas y se fundió con él en un estrecho abrazo.

—¿Cómo se encuentra, queridísimo amigo? —le dijo—. ¿Cómo le va la vida, Flintwinch mío? ¿De color de rosa? ¡Cuánto me alegro, cuánto me alegro! ¡Ah, qué buena pinta tiene! ¡Tan joven y lozano como las flores en primavera! ¡Qué buen muchacho! ¡Qué mozo tan espléndido!

Mientras lo colmaba de halagos, Blandois le había puesto una mano en cada hombro y lo zarandeaba de tal modo, haciéndole dar vueltas sobre sí mismo, que los pasos titubeantes de Flintwinch, quien, en esas circunstancias, se mostraba más seco y más avieso que nunca, acabaron pareciéndose a los de una peonza a punto de caer.

—La última vez tuve el presentimiento de que llegaríamos a conocernos mejor, a ser más amigos. ¿Usted también lo nota, Flintwinch? ¿Lo nota ya?

—Pues la verdad es que no, señor —respondió éste—. No noto nada fuera de lo común. ¿No debería sentarse usted? Supongo que ha disfrutado un poco del oporto, ¿verdad?

—¡Ah! ¡Qué guasón! ¡Qué granuja! —exclamó el visitante—. ¡Ja, ja, ja!

Blandois empujó bruscamente a Jeremiah, como si le hiciera una última burla, y

volvió a sentarse.

La perplejidad, el recelo, el resentimiento y la vergüenza con que Arthur contempló esta escena lo dejaron anonadado. Flintwinch, que había salido rebotado un par de metros por efecto del ímpetu del visitante, recobró la compostura con una expresión de impavidez imperturbable, sólo afectada por un aliento entrecortado, y clavó la vista en Arthur. Aparentemente, Jeremiah se mostraba igual de desconfiado e inexpresivo que siempre; la única diferencia perceptible consistía en que el nudo del pañuelo, normalmente debajo de la oreja, lo tenía ahora en la nuca, donde se había convertido en un apéndice ornamental similar a la coleta de un peluquín que le daba cierto aire palaciego.

Del mismo modo que la señora Clennam no había apartado los ojos de Blandois (en quien habían obrado cierto efecto, como el de una mirada firme en un chuchó), Jeremiah no los había apartado de Arthur. Era como si ambos hubieran acordado tácitamente de quién debía ocuparse cada uno. Así pues, en el silencio que se produjo a continuación, Jeremiah observó a Arthur rascándose la barbilla, como intentando sacarle los pensamientos con unas pinzas.

Al cabo de un ratito el visitante, como si el silencio le resultara incómodo, se levantó y, con impaciencia, se puso de espaldas a ese fuego sagrado que tantos años llevaba ardiendo. Entonces la señora Clennam dijo, moviendo por primera vez de forma muy imperceptible una mano en señal de despedida:

—Arthur, haz el favor de marcharte, que vamos a ocuparnos de nuestros negocios.

—Madre, lo hago a mi pesar.

—Me da igual cómo lo hagas —replicó ésta— o cómo lo dejes de hacer. Haz el favor de marcharte. Vuelve en cualquier otro momento en que te sientas obligado a perder tediosamente una hora conmigo. Buenas noches.

La señora Clennam levantó los dedos enguantados para que él los tocara con los suyos, como era la costumbre; Arthur se agachó delante de la silla de ruedas para rozarle el rostro con los labios. Le pareció que su madre tenía la mejilla más tensa de lo habitual, y también más fría. Al volver a incorporarse siguió la dirección de su mirada y se fijó en el buen amigo del señor Flintwinch, el señor Blandois; éste chascó los dedos, con un ruido fuerte y lleno de desprecio.

—Señor Flintwinch, me marcho dejando a su... su socio comercial en la habitación de mi madre —dijo Arthur—, muy estupefacto y muy a mi pesar.

La persona mencionada volvió a chasquear los dedos.

—Buenas noches, madre.

—Buenas noches.

—Flintwinch, compadre mío, en cierta ocasión tuve un amigo —empezó a contar Blandois, con las piernas muy separadas delante de la chimenea, evidentemente para

detener la marcha de Clennam, el cual se paró en la puerta—, tuve un amigo a quien habían hablado tanto del lado oscuro de esta ciudad y de las cosas que en ella suceden que nunca se habría atrevido a quedarse solo, de noche, con dos personas que tuvieran algún interés en mandarlo al otro barrio —ni siquiera, ¡por Dios!, en una casa tan respetable como ésta—, si no hubiera estado seguro de ser físicamente más fuerte que ellos. ¡Bah! Menudo gallina, ¿eh, Flintwinch?

—Un imbécil.

—¡Efectivamente! Un imbécil. Pero nunca lo habría hecho, mientras no supiera que quienes tenían intención de acabar con él serían incapaces de vencerlo. ¡Ni siquiera habría aceptado un vaso de agua en esas circunstancias, ni en una casa respetable como ésta, sin ver que alguno de ellos bebía primero y se tragaba el líquido!

Sin dignarse contestar, y por otro lado sin ser muy capaz de hacerlo, pues estaba a punto de ahogarse, Clennam se limitó a mirar al visitante mientras salía. Éste lo despidió con otro chasquido, y la nariz le bajó por encima del bigote y el bigote se le metió por debajo de la nariz, en una sonrisa fea y ominosa.

—Por Dios, Affery —susurró Arthur cuando la criada le abrió la puerta en el vestíbulo oscuro, y él salía a tientas buscando un lugar donde ver el cielo nocturno—, ¿se puede saber qué pasa aquí?

La apariencia de la mujer ya era lo bastante espectral, allí en la oscuridad, con el delantal por encima de la cabeza, y además habló con una voz baja y mortecina:

—No me pregunte nada, Arthur. Llevo muchísimo tiempo soñando. ¡Váyase!

Clennam salió y ella cerró la puerta. Arthur miró las ventanas del cuarto de su madre y la tenue luz, amortiguada por los postigos amarillos, parecía musitar las mismas palabras de Affery: «No me pregunte nada. ¡Váyase!».

Capítulo XI

Una carta de la pequeña Dorrit

Querido señor Clennam:

Como le dije en mi última carta que era mejor que nadie me escribiera y por eso, si le envió otra cartita, usted no tendrá que molestarse más que en leerla (quizá ni siquiera tenga tiempo libre para hacerlo, aunque espero que lo encuentre en algún momento), voy a dedicar una hora a redactarle otra. En esta ocasión lo hago desde Roma.

Nos marchamos de Venecia antes que los señores Gowan, pero sus jornadas de viaje fueron más cortas y siguieron otro camino, así que cuando llegamos les buscamos nosotros el alojamiento, en un sitio llamado Via Gregoriana. Seguro que lo conoce usted.

Le voy a contar todo lo que sé de ellos, pues entiendo que es lo que más le interesa. Sus habitaciones no son muy cómodas, aunque quizá al principio me lo parecieron menos de lo que le habrían parecido a usted, que ha estado en muchos países y que conoce costumbres muy diferentes. Desde luego, es un alojamiento muchísimo mejor que aquel al que yo he estado acostumbrada hasta hace poco, y supongo que no lo estoy viendo con mis propios ojos, sino con los de la señora Gowan. Porque no habría costado mucho darse cuenta de que se ha criado en un hogar lleno de cariño y felicidad, aunque no me hubiera hablado usted de él con tanto amor.

Bueno, pues se trata de un piso con muy pocos muebles al que se llega por una escalera oscura y muy normal; consiste casi únicamente en una habitación enorme y triste en la que el señor Gowan pinta. No se puede mirar por las ventanas porque las han entablado parcialmente, y las paredes están llenas de garabatos en tiza y carboncillo trazados por otras personas que han vivido ahí antes, ¡como si se hubieran dedicado a eso durante años! La cortina que divide la estancia está tan polvorienta que apenas se ve su color rojo; lo que queda detrás de ella constituye el salón privado. La primera vez que fui a visitar a la señora Gowan la encontré sola, se le había caído la labor al suelo y contemplaba la luz que entraba por la parte de arriba de las ventanas. Por favor, no se inquiete al leer esto, pero allí eché en falta un poco más de aire, luz, alegría, animación, juventud.

Como el señor Gowan le está haciendo un retrato a mi padre (aunque seguramente no lo habría reconocido si no hubiera asistido al proceso), he tenido muchas ocasiones de verla gracias a este afortunado accidente. Ella está muy sola. Solísima.

¿Quiere que le cuente qué pasó la segunda vez que fui a verla? Me presenté un día en que, casualmente, pude acercarme sin compañía, sobre las cuatro o las cinco de la tarde. La señora Gowan comía sola; esa comida solitaria se la habían preparado fuera de casa, y ella se la calentaba con una especie de brasero, y no tenía ninguna compañía ni la esperaba, a excepción del anciano que le había llevado el alimento y que le estaba contando una historia muy larga (sobre unos ladrones de fuera de la ciudad, que habían sido atrapados por la estatua de piedra de un santo) para entretenerla, según me dijo este hombre cuando me marché, «porque él también tenía una hija, aunque no tan guapa».

Ahora debería mencionar al señor Gowan antes de añadir lo poco más que sé de ella. Seguro que él admira su belleza, pues todo el mundo la comenta, seguro que está orgulloso de ella, seguro que le tiene cariño, y no dudo de que así es, pero a su manera. Ya sabe usted cuál es esa manera y, si a usted le parece tan poco atenta y tan insuficiente como me lo parece a mí, entonces no me equivoco al pensar que ella merece algo mejor. Si a usted no se lo parece, entonces seguro que me equivoco de medio a medio, pues su pobre niña, que sigue siendo la misma de siempre, confía en su sabiduría y su bondad más de lo que podría expresar, si lo intentara. Pero no se asuste, no lo voy a intentar.

Por culpa (o eso creo, si usted lo cree también) de la inconstancia y el malhumor del señor Gowan, éste se dedica muy poco a su profesión. No hace nada con perseverancia o paciencia: lo mismo empieza una cosa como la abandona, y todo lo hace, o lo deja inacabado, sin que le importe. Al oírlo hablar con mi padre en las sesiones para el retrato, he pensado que quizá no cree en nadie porque no cree en sí mismo. ¿Es ésa la explicación? ¡Me gustaría saber qué dirá usted al leer esto! Ya sé qué cara pondrá, y casi puedo oír la voz con que me respondería si estuviéramos en el puente de Southwark.

El señor Gowan sale mucho con la aquí considerada buena sociedad, aunque no parece que lo pase muy bien ni que disfrute mucho de su compañía; a veces ella va con él, aunque últimamente casi siempre se queda en casa. He creído observar cierta incoherencia en la forma en que esas personas hablan de ella: por un lado, como si se hubiera casado con el señor Gowan por interés y hubiera ganado un premio; por otro, esas mismas personas jamás habrían aceptado a ese hombre en sus familias ni lo querrían para sus hijas. Además Gowan se marcha con frecuencia al campo para pensar qué bocetos hacer, y en todos los sitios donde reciben visitas conoce a mucha gente y también lo conocen a él. Aparte de eso, tiene un amigo que suele acompañarlo, tanto en casa como fuera, aunque él lo trata con gran frialdad y de forma bastante imprevisible. Sé con certeza (porque me lo ha dicho ella) que a la señora Gowan no le gusta ese amigo. A mí también me resulta tan repulsivo que su actual ausencia me tranquiliza mucho. ¡Cuánto le tranquilizará también a ella!

Pero lo que quería contarle expresamente, el motivo por el que he decidido decirle todas estas cosas, por mucho que tema causarle cierta inquietud sin motivo, es lo siguiente: ella es tan fiel y sincera, sabe tan bien que se ha comprometido a amarlo para siempre, que puede estar usted seguro de que lo querrá, lo admirará, lo ensalzaré y ocultará sus defectos hasta el día de su muerte. Creo que los oculta y que siempre lo hará; que incluso se los oculta a sí misma. Le ha entregado un corazón que no puede ser devuelto, y, por mucho que él se empeñe, su cariño nunca se agotará. Usted sabe si hay algo de verdad en esto, como en todo, muchísimo mejor que yo; pero no puedo dejar de hablarle del carácter que ella demuestra tener, ni de decirle que merece completamente la buena opinión que usted tiene de ella.

Todavía no la he llamado por su nombre en esta carta, pero nos hemos hecho tan amigas que sí lo hago cuando estamos solas y tranquilas, y ella a mí me llama igual: no por mi nombre de pila, sino por el que usted me puso. Cuando empezó a llamarme Amy le conté brevemente la historia de mi vida, y también que usted siempre me llamaba «pequeña Dorrit». Le conté que ése era el nombre al que más cariño le tengo, así que ahora también ella lo dice.

Es posible que todavía no haya recibido usted noticias de sus padres y que no sepa que Minnie ha tenido un hijo. Ha nacido hace dos días, sólo una semana después de que los señores Meagles llegaran, y les ha hecho muy felices. Sin embargo debo decirle, pues he decidido contárselo todo, que me parece que los Meagles se sienten algo incómodos con el señor Gowan, que creen que la actitud socarrona con que él los trata constituye una burla al amor que les inspira Minnie. Ayer, sin ir más lejos, cuando yo estaba con ellos, vi que al señor Meagles se le cambiaba el color de la cara, que se levantaba y salía, como si temiera acusarlo precisamente de eso si no se marchaba. Y los dos son tan considerados, tan alegres y tan razonables, que creo que el señor Gowan tendría que deponer su actitud. Resulta cruel por su parte no pensar un poco más en ellos.

Me he detenido en el último punto para releer toda la carta. Al principio me ha parecido que he intentado comprender y explicar demasiadas cosas, y he estado algo tentada de no enviarla. Sin embargo, después de pensarlo un poco, he confiado en que se dará cuenta en seguida de que sólo me he dedicado a observar por usted, de que sólo me he fijado en las cosas inspirada por el interés que siente usted por ellas. Y puede estar seguro de que ésa es la verdad.

Ya le he contado lo que le quería contar, y me queda muy poco que añadir.

Todos estamos muy bien, y Fanny mejora cada día. No se imagina usted lo amable que está conmigo ni lo mucho que se preocupa por mí. Tiene un pretendiente que la ha seguido primero desde Suiza y luego desde Venecia, y que acaba de confesarme que piensa seguir haciéndolo. Me sorprendió mucho que el muchacho me lo contara, pero así fue. No supe qué decir, pero al menos le respondí que me parecía

que era mejor que se abstuviera. Porque Fanny (aunque eso no se lo confesé) es demasiado lista y tiene demasiado carácter para él. Pero él respondió que la iba a seguir igual. Yo, como era de esperar, no tengo ningún pretendiente.

Si ha leído usted hasta aquí, quizá piense: «Digo yo que la pequeña Dorrit no se despedirá sin contarme algo de sus viajes, que ya va siendo hora». Seguramente debería hacerlo, pero no sé qué contarle. Desde que nos fuimos de Venecia hemos estado en muchos lugares maravillosos, entre ellos Génova y Florencia, y hemos visto tantas cosas preciosas que casi me mareo al pensar en cuántas han sido. Pero usted podría hablarme de ellas mucho mejor que yo, así que ¿para qué voy a aburrirlo con mis relatos y descripciones?

Querido señor Clennam, en vista de que hasta ahora he tenido el valor de confesarle lo que me iba preocupando en el transcurso del viaje, no seré cobarde ahora. Muchas veces pienso que, por muy antiguas que sean estas ciudades, su antigüedad no me llama la atención, pero sí me sorprende que estuvieran ya donde están en la época en que yo sólo sabía que existían dos o tres de ellas, cuando apenas conocía nada de lo que había fuera de nuestros muros. Esta idea me inspira cierta tristeza, y no sé por qué. Cuando fuimos a ver la famosa torre inclinada de Pisa hacía un día espléndido y soleado, ¡y ese edificio y los que lo rodeaban parecían viejísimos, y la tierra y el cielo muy nuevos, y la sombra que proyectaba en el suelo muy agradable y acogedora! Pero al principio no fui capaz de prestar atención a lo bonito y curioso que era todo, sino que pensé: «¡Oh, cuántas veces, cuando la sombra del muro caía sobre nuestra habitación, cuando se oía el cansancio de tantos pasos en el patio, cuántas veces habrá estado este lugar tan tranquilo y tan hermoso como hoy!». Este sentimiento se apoderó de todo mi ser con tanta fuerza que los ojos se me llenaron de lágrimas, aunque hice todo lo posible por contenerlas. Y me embarga muchas veces la misma sensación, muchas.

¿Sabe usted que, desde que cambió nuestra suerte, aunque me parece que sueño más que antes, en mis sueños siempre me veo de muy pequeña? Me dirá usted que tampoco es que sea muy mayor ahora. No lo soy, pero no estoy hablando de eso. En mis sueños siempre me veo cuando era niña y aprendía a coser. Muchas veces me he visto, al soñar, en la cárcel, contemplando en el patio rostros prácticamente desconocidos, rostros que creía olvidados; con frecuencia, mientras viajábamos por el extranjero, por Suiza, Francia o Italia, por todos los sitios en que hemos estado, no he dejado de ser esa niña pequeña. He soñado que iba a ver a la señora General vestida con la ropa remendada de mis primeros recuerdos. He soñado con frecuencia que estábamos en Venecia, con muchísimos invitados a cenar, y que me sentaba a la mesa con el vestido de luto por mi pobre madre, el que llevaba con ocho años y que seguí llevando mucho después, deshilachado, cuando ya no podía remendarse. Me angustiaba mucho pensar que los invitados lo considerarían totalmente incompatible

con la riqueza de mi padre, que iba a avergonzarlos y contrariarlos, a mi padre y a Fanny y a Edward, al revelar de forma tan clara lo que ellos querían guardar en secreto. Pero, por mucho que lo pensara, no dejaba de ser esa niña pequeña, y al mismo tiempo, en el sueño, estaba muy inquieta en esa mesa, distraída calculando lo que costaba la cena, y preguntándome cómo íbamos a pagarlo todo. Nunca he soñado con nuestra repentina riqueza; nunca he soñado con esa mañana memorable en que vino usted a darme la noticia; nunca he soñado con usted.

Querido señor Clennam, es posible que, como pienso tanto en usted (y en otras personas) a lo largo del día, no me queden ideas para que aparezca usted por la noche. Porque ahora debo confesarle que siento una gran añoranza, que tengo unas ganas tan intensas y tan sinceras de volver a casa que, a veces, cuando nadie me ve, me consumo pensando en ello. No soporto tener que alejarme todavía más de nuestro país. Mi ánimo mejora un poco cuando nos acercamos algo, aunque sean sólo unos pocos kilómetros, aunque sepa que en seguida volveremos a estar lejos, porque quiero mucho el lugar donde viví nuestra pobreza y donde usted fue tan bueno con nosotros. ¡Mucho, muchísimo!

Sólo Dios sabe cuándo volverá a ver Inglaterra su pobre niña. A todos les gusta tanto la vida que llevamos aquí (menos a mí) que nadie tiene la menor intención de volver. Mi querido padre habla de una visita a Londres a finales de la próxima primavera por ciertos asuntos relacionados con sus bienes, pero no albergo la menor esperanza de que me deje acompañarlo.

He intentado seguir las directrices de la señora General y desenvolverme mejor, y espero no ser tan sosa como antes. He empezado a hablar y a entender, casi sin dificultad, los idiomas tan complicados que le comenté. No recordaba, cuando le escribí la última carta, que usted sabe hablar los dos, pero sí me acordé luego, y eso me ayudó a progresar. Que Dios lo bendiga, querido señor Clennam. No me olvide.

Con el cariño y la gratitud de siempre,

la pequeña DORRIT

P.D.: Recuerde muy especialmente que Minnie Gowan es digna del mejor concepto que pueda tener usted de ella. Ninguna opinión que merezca es demasiado generosa o demasiado elevada. La última vez olvidé al señor Pancks. Por favor, si lo ve, dele muchos recuerdos de la pequeña Dorrit; se portó muy bien con ella.

Capítulo XII

En el que se celebra una gran cumbre patriótica

El famoso nombre de Merdle era cada día más famoso en toda la nación. De ese Merdle tan reputado nadie conocía ninguna acción que hubiera beneficiado a nadie, vivo o muerto, ni a ningún otro ser de este mundo; nadie le había oído decir nada que hubiera arrojado sobre alguna criatura un debilísimo rayo de luz, en ningún ámbito relacionado con el trabajo ni con las diversiones, con el dolor o con el placer, con el esfuerzo o con el descanso, con la realidad o con la fantasía, de todos los múltiples ámbitos que forman los senderos del laberinto por el que transitan los hijos de Adán; nadie tenía el menor motivo para pensar que el barro del que estaba hecho este objeto de adoración no fuera barro de la clase más común, que ocultaba en su interior una mecha incandescente que, si prendiera, haría añicos a la mayor efigie de la humanidad. Todos sabían (o creían saber) que el señor Merdle había amasado una ingente fortuna, y, sólo por ese motivo, se arrodillaban ante él de un modo más degradante y menos excusable que el más oscuro de los salvajes cuando sale a rastras de su agujero para atraerse los favores, con un tronco o un reptil, de la deidad a la que venera en su ignorancia.

Además, los sumos sacerdotes del culto tenían al hombre ante sus propios ojos, como una protesta viviente contra su propia vileza. La muchedumbre le adoraba guiándose por la confianza (aunque siempre sabía exactamente por qué), pero quienes oficiaban ante el altar veían con frecuencia al señor Merdle. Asistían a sus banquetes, y él a los de ellos. Un espectro lo acompañaba siempre, que les decía a los sumos sacerdotes: «¿Son éstos los signos que os inspiran confianza, los que tanto os gusta honrar? ¿Esta cabeza, estos ojos, esta forma de hablar, el tono y los modales de este hombre? Sois el sostén del Negociado de Circunloquios, vosotros gobernáis a los hombres. Si surgieran rencillas entre seis de vosotros, tal vez la madre tierra no pudiera alumbrar otros dirigentes. ¿Reside vuestro talento en una capacidad especial de conocer a los hombres, que os lleva a aceptar, halagar y agasajar a este hombre? ¿O reside, en cambio, si sois competentes para interpretar con acierto los signos que siempre os muestro cada vez que lo tenéis delante, en que vuestra honradez es superior?». Dos cuestiones harto incómodas, con las que el señor Merdle siempre cargaba por toda la ciudad; y se había llegado al acuerdo tácito de que no había que plantearlas.

Mientras su mujer estaba en el extranjero, el señor Merdle siempre tenía abiertas las puertas de su espléndida casa, por la que pasaba un torrente de visitas. Algunas se adueñaban generosamente del edificio. Tres o cuatro damas distinguidas y joviales se

decían: «Vamos a cenar a casa de nuestro querido Merdle el próximo jueves. ¿A quién invitamos?». Nuestro querido Merdle recibía a continuación las instrucciones, se sentaba con semblante muy serio a la mesa, rodeado de gente, y después pululaba torpemente por los salones, sin llamar la atención más que por su apariencia ajena a las diversiones que se cruzaban en su camino.

El mayordomo principal, el ángel vengador que presidía la vida de este gran hombre, no perdía un ápice de su severidad. Estudiaba a los invitados, cuando el Busto no estaba, del mismo modo que cuando estaba, y su mirada era un basilisco para el señor Merdle. Era un hombre implacable, y jamás reducía en lo más mínimo la cantidad de platos ni de botellas de vino. No permitía que se sirviera una cena si no estaba a su altura. Para él, poner la mesa era una cuestión de dignidad. Si los invitados querían comer lo servido, no ponía reparos, pero, si la comida se servía, era sólo para dejar clara su posición. Plantado al lado del aparador, parecía decir: «He aceptado este cargo para contemplar lo que ahora tengo delante de mí, no algo inferior». Si echaba de menos la presidencia del Busto en la mesa era porque se le había privado, por circunstancias inevitables, de una parte de sí mismo. Del mismo modo que habría echado de menos un centro de mesa o un enfriador de vinos muy especial que le hubiera sido remitido al banquero.

El señor Merdle cursó invitaciones para una cena en honor de los Barnacle. Lord Decimus iba a acudir, el señor Tite Barnacle iba a acudir, el simpático y joven Barnacle iba a acudir, y el coro de Barnacles parlamentarios, que recorrían las provincias cuando la Cámara estaba cerrada para cantar las excelencias de su cabecilla, también iba a estar representado. Se esperaba un gran acontecimiento. El señor Merdle iba a recibir a los Barnacle. Se habían entablado pequeñas y delicadas negociaciones con el noble Decimus —el joven Barnacle de modales tan gratos había desempeñado el papel de negociador—, y el anfitrión había decidido poner todo el peso de su gran probidad y enorme riqueza en la balanza de los Barnacle. Las malas lenguas sospechaban un soborno; quizá porque sin duda, si un empleo les hubiera podido garantizar la adhesión del inmortal Enemigo de la Humanidad, los Barnacle se lo habrían dado... por el bien de la nación, por el bien de la nación.

La señora Merdle le había escrito a su munificente esposo, a quien constituía una herejía no considerar, al menos, un compendio —recubierto de una gruesa capa de oro— de todos los mercaderes británicos desde la época de Whittington^[37]... la señora Merdle le había escrito a su esposo tres cartas desde Roma, una tras otra, repitiéndole de forma muy fastidiosa que era el momento de colocar a Edmund Sparkler. La señora aducía que la situación de Edmund era urgente, que sería de lo más provechoso conseguirle un buen puesto sin dilación. En la gramática de la señora Merdle, los verbos referidos a tan trascendental cuestión sólo aparecían en un modo, el imperativo, y este modo sólo tenía un tiempo, el presente. La señora Merdle

obligaba a su marido a conjugar estos verbos de una manera tan acuciante que su temperamento pausado y los largos puños de su chaqueta sufrieron un auténtico trastorno.

En semejante estado, el señor Merdle miró de soslayo los zapatos del mayordomo principal, sin levantar los ojos y sin posarlos en ese hombre sin par, de quien no se hallaba a la altura, para transmitirle su intención de celebrar una cena especial: no con muchos invitados, pero especial. El mayordomo le había transmitido, a su vez, que sería tan especial que no repararía en gastos; y la ocasión había llegado.

El anfitrión estaba en uno de sus salones, de espaldas al fuego y esperando que llegaran los insignes huéspedes. Casi nunca, o nunca, se tomaba la libertad de ponerse de espaldas al fuego si no estaba completamente solo. Delante del mayordomo principal no se habría atrevido. Se habría agarrado las dos muñecas con ese gesto suyo de agente de policía y se habría paseado por la alfombra, o habría ido sorteando con sigilo los caros muebles, si su opresivo criado hubiera aparecido en ese instante. Las sombras huidizas que parecían esconderse a toda prisa cuando las llamas se alzaban, y que volvían con la misma prisa cuando el fuego se empezaba a consumir, eran testigos más que suficientes de tal exceso de relajación. Eran incluso un testigo no deseado, si las miradas intranquilas que el señor Merdle les dirigía querían decir algo.

Toda la mano derecha del señor Merdle estaba ocupada por el periódico vespertino, y todo el periódico vespertino estaba ocupado por el señor Merdle. Sus maravillosos negocios, su maravillosa salud, su maravilloso banco, constituían el relleno del periódico de la tarde. El maravilloso banco, del que era principal inspirador, fundador y director, era la última de las muchas maravillas del señor Merdle. Además, tan modesta era su actitud, pese a hazañas tan espléndidas, que más parecía dueño de una casa embargada que un coloso comercial pisando su propia alfombra mientras los barquitos surcaban las aguas para asistir a la cena.

¡Ya arribaban los navíos! El simpatiquísimo y joven Barnacle fue el primero en llegar, pero la Abogacía lo alcanzó en las escaleras. La Abogacía, pertrechada, como era habitual, de sus anteojos y de esa pequeña reverencia que hacía en los tribunales, no cupo en sí de gozo al ver al simpatiquísimo y joven Barnacle, y aventuró que iban a reunirse *in banco*, como dicen los abogados, para debatir una cuestión especial.

—¡No me diga! —exclamó el vivaz y joven Barnacle, que se llamaba Ferdinand—. ¿Por qué cree usted eso?

—¡Oh! —respondió la Abogacía—. Si no lo sabe usted, ¿cómo lo voy a saber yo? Es usted quien ocupa un lugar en el sancta sanctorum del templo; yo sólo formo parte de la concurrencia que lo admira desde la explanada exterior.

La Abogacía podía adoptar modales suaves o bruscos según el cliente con que el que estuviera tratando. Con Ferdinand Barnacle se mostró suave como la seda.

Asimismo, la Abogacía siempre hablaba de sí misma con modestia, quitándose importancia... a su manera. Tenía mil caras, pero había una fibra principal en la trama de todos sus tapices. Cualquier persona con la que se relacionaba era, para él, miembro de un jurado, y, si era posible, debía ganarlo para su causa.

—Nuestro ilustre amigo y anfitrión —dijo—, nuestra rutilante estrella del comercio... quizá se meta en política.

—¿Cómo que quizá? Si ya lleva cierto tiempo en el Parlamento —observó el simpatiquísimo y joven Barnacle.

—Es cierto —reconoció la Abogacía con su risa de comedia ligera especialmente reservada para los miembros de un jurado, muy distinta de la risa de vodevil que tenía para los tenderos chistosos de los jurados populares—, lleva cierto tiempo en el Parlamento. No obstante, hasta ahora el brillo de nuestra estrella ha sido algo tenue, algo vacilante, ¿verdad?

A un testigo común, ese «¿verdad?» le habría convencido para dar una respuesta afirmativa. Pero Ferdinand Barnacle lanzó una mirada de complicidad a la Abogacía mientras subían las escaleras y no respondió nada.

—Pues precisamente por eso, por eso —prosiguió la Abogacía asintiendo y negándose a cambiar de tema—, he dicho que en nuestra reunión *in banco* se va a tratar un tema especial. Sin duda ésta es una ocasión importante y solemne, como cuando el capitán Macheath^[38] exclama: «Los jueces se han reunido. ¡Qué terrible espectáculo!». Como verá, los abogados somos lo bastante generosos para citar al capitán, aunque éste se muestre severo con nosotros. Sin embargo, debo destacar que Macheath también reconoce una cosa —prosiguió con un pequeño y jocoso movimiento de cabeza, pues en sus discursos legales siempre quería transmitir la sensación de que se burlaba un poco de sí mismo con la mayor elegancia del mundo —, reconoce que la ley, en general, pretende al menos ser imparcial. Porque el capitán declara, si recuerdo correctamente, y si no —añadió mientras rozaba con su monóculo, con un gesto de comedia ligera, el hombro de su acompañante—, mi docto amigo me corregirá:

Dado que las leyes se han creado sin excepción
para que seamos castigados sin distinción,
¡qué raro no encontrar compañías más selectas
en el Árbol de Tyburn^[39]!

Con estas palabras llegaron al salón, donde el señor Merdle estaba delante del fuego. Tan profundamente estupefacto lo dejó la irrupción de la Abogacía con tales alusiones que ésta tuvo que explicarle que estaba citando un fragmento de Gay.

—Le aseguro que no lo ha dicho uno de nuestros dignatarios de Westminster Hall —le aseguró—, sino una persona no del todo despreciable para un hombre que, como el señor Merdle, posee un conocimiento eminentemente práctico del mundo.

Pareció que el anfitrión pensaba decir algo, pero después pareció que estaba pensando en no decir nada. Entre tanto dio tiempo a que anunciaran al Obispado.

El Obispado entró con docilidad pero también con paso vigoroso y rápido, como si quisiera ponerse las botas de siete leguas y recorrer el mundo para cerciorarse de que a nadie le faltara de nada. El Obispado no tenía ni idea de que en la velada fuera a suceder algo importante. En su actitud se observaba un rasgo sumamente llamativo. Era un hombre vivaracho, animado, alegre, afable, insulso, ¡y tan sorprendentemente inocente!

La Abogacía se acercó para interesarse con la mayor educación por la salud de la mujer del Obispado. Ésta había padecido un pequeño resfriado en la época de las confirmaciones, pero por lo demás estaba bien. El hijo del Obispado también estaba bien. Se hallaba en su diócesis con su joven esposa y su reducida familia.

A continuación aparecieron los representantes del coro de los Barnacle, y a continuación la Medicina que atendía personalmente al señor Merdle. La Abogacía, que tenía un rabillo de un ojo y un rabillo de los anteojos apuntando a cada persona que franqueaba la puerta, estuviera hablando con quien fuera, y diciendo lo que dijera, consiguió internarse arteramente en este grupo y charlar con todos y cada uno de esos caballeros del jurado sobre el tema preferido de cada uno de ellos. Con algunos integrantes del coro recordó entre risas a aquel parlamentario medio dormido que, la otra noche, había salido al vestíbulo y se había equivocado al votar; con otros se lamentó del imperante espíritu de reforma que se atrevía incluso a interesarse de forma antinatural por los funcionarios y el dinero público; con él la Medicina intercambió un par de impresiones sobre la salud de la población, y también quiso obtener de él cierta información sobre un hombre de su misma profesión, de indudable educación y finos modales, aunque tales virtudes en su mayor exponente, según él, se apreciaban más en otros representantes del arte de la curación (reverencia ante el jurado), un hombre a quien casualmente había tenido en el estrado de los testigos dos días antes, citado por la otra parte, y a quien había interrogado, porque declaraba que prescribía un nuevo tratamiento que a la Abogacía le parecía... ¿Ah, sí? Bueno, a la Abogacía se lo parecía; la Abogacía creía, esperaba, que la Medicina se lo confirmase. No es que se atreviese a zanjar una disputa entre médicos, pero la Abogacía era del parecer, considerando la cuestión con sentido común, sin supuestas consecuencias legales, de que el nuevo sistema era —si podía permitirse hacer una afirmación así delante de una autoridad tan eminente— un fraude. ¡Ah! Animado por esta confirmación, sí, podía atreverse a llamarlo fraude; la Abogacía podía ahora respirar tranquila.

El señor Tite Barnacle, quien, al igual que el famoso conocido del doctor Johnson, sólo tenía una idea en la cabeza, y era una idea equivocada, ya había hecho acto de presencia a estas alturas. El eminente caballero y el señor Merdle, sentados a

cierta distancia uno del otro en actitud cavilante en una otomana amarilla delante de la chimenea, sin mantener ningún tipo de comunicación verbal, se parecían mucho, en líneas generales, a las dos vacas del cuadro de Cuyp que tenían justo delante de ellos.

Y entonces llegó lord Decimus. El mayordomo, que hasta el momento se había limitado a una de sus atribuciones habituales, la de mirar a los invitados a medida que iban entrando (y además con un gesto más desafiante que amistoso), se tomó la enorme molestia de subir con él las escaleras y anunciarlo. Al ser lord Decimus un miembro tan sumamente destacado de la Cámara de los Lores, un tímido y joven parlamentario de la Cámara Baja, que era el último pez atrapado por los Barnacle y que había sido invitado al acontecimiento para conmemorar su captura, cerró los ojos cuando Su Alteza entró.

No obstante, lord Decimus se alegró de ver al parlamentario. También se alegró de ver al señor Merdle, se alegró de ver al Obispado, se alegró de ver a la Abogacía, se alegró de ver a la Medicina, se alegró de ver a Tite Barnacle, se alegró de ver al Coro, se alegró de ver a Ferdinand, su secretario particular. Lord Decimus, pese a ser uno de los más grandes hombres de la tierra, no destacaba por su simpatía, y Ferdinand le había dado instrucciones para que saludara a todos los invitados con los que se encontrase y a decirles que se alegraba de verlos. Después de perpetrar semejante exhibición de animación y condescendencia, Su Alteza se sumó a la imagen que imitaba al cuadro de Cuyp y se convirtió en la tercera vaca del grupo.

La Abogacía, que creía que ya se había ganado a los otros miembros y que ahora debía dedicarse al presidente del jurado, no tardó en acercarse sigilosamente a él, anteojos en ristre. Solicitó la opinión del presidente sobre el tiempo, pues éste suele ser un tema no afectado por circunspecciones oficiales. Comentó que le habían dicho (porque a la gente siempre le dicen cosas así, aunque quién las dice, y por qué, nunca deja de ser un misterio) que ese año no se podía esperar nada de los frutales en espaldera. A lord Decimus nadie le había informado de que les hubiera pasado nada malo a sus melocotones, aunque sí creía, si sus empleados estaban en lo cierto, que no iba a tener manzanas. ¿Se iba a quedar sin manzanas? La Abogacía se sumió en un abismo de perplejidad y congoja. En realidad le habría traído completamente sin cuidado que no hubiera quedado una sola camuesa sobre la faz de la tierra, pero, dado el interés manifestado, se habría dicho que las manzanas le causaban un gran dolor. Y entonces lord Decimus, pues a los latosos abogados nos encanta obtener información, pues nunca sabemos cuándo puede sernos útil, lord Decimus, ¿a qué podía deberse todo esto? Lord Decimus no tenía ninguna teoría, lo cual podría haber desalentado a otro hombre, pero la Abogacía, sin separarse un ápice de su interlocutor, insistió: «¿Y sus peras?».

Mucho después de que nombraran fiscal general a la Abogacía, se comentaría que

aquella había sido una jugada maestra por su parte. Lord Decimus se acordó de un peral que había en un huerto cercano a la casa donde tenía su habitación de estudiante en Eton; en ese peral florecía perpetuamente el único chiste que había sabido contar en su vida. Era un chiste de naturaleza compacta y portátil, que detallaba la diferencia entre las peras que había comido en Eton y la forma en que ahora les ponía las peras al cuarto a los miembros de la Cámara; pero se trataba de un chiste, al fin y al cabo, una refinada chanza que, en opinión de lord Decimus, no podía apreciarse sin conocer a fondo ese árbol. Por eso, en el chiste al principio no aparecía el peral, luego el árbol iba viéndose poco a poco en invierno, seguía apareciendo mientras se sucedían las estaciones, luego despuntaban los capullos, luego daba flores, luego daba frutos, luego el fruto maduraba; en resumidas cuentas, en la historia el árbol se cultivaba de una forma diligente y minuciosa, hasta que al fin sus ramas alcanzaban la ventana del dormitorio y se podía robar la fruta, y los pacientes oyentes agradecían sinceramente que el árbol se hubiera plantado, que se hubiera injertado antes de que naciera lord Decimus. El interés de la Abogacía por las manzanas se vio tan ampliamente superado por la fascinación y la avidez con que fue siguiendo la evolución de las peras, desde el momento en que lord Decimus inició solemnemente el discurso con las palabras: «Ya que habla usted de peras, me acuerdo de un peral», hasta la ingeniosa conclusión: «Y así es la vida: pasamos de comer peras en Eton a ponerle las peras al cuarto a los parlamentarios», que la Abogacía no tuvo más remedio que bajar al piso inferior con lord Decimus, e incluso sentarse a su lado en la mesa para que pudiera contarle el final de la anécdota. Cuando llegó el momento, supo que ya se había ganado al presidente del jurado, por lo que pudo cenar con apetito.

Y era una cena pensada para despertar el apetito, aunque la Abogacía no lo hubiera tenido. Los platos más distinguidos, suntuosamente preparados y suntuosamente servidos; las frutas más selectas; los vinos más exquisitos; asombrosa artesanía en oro y plata, porcelana y cristal; innumerables cosas, deliciosas para los sentidos del gusto, del olfato y de la vista, habían concurrido en su composición. ¡Oh, qué hombre tan maravilloso era el señor Merdle, qué gran hombre, qué hombre superior, cuán afortunado y envidiablemente colmado de dones! En dos palabras... ¡qué hombre tan rico!

El anfitrión, como era habitual, comió como un pajarito, a su estilo indigesto, y fue el más callado de los hombres maravillosos. Felizmente, lord Decimus era uno de esos seres tan sublimes que no necesitan que se les hable, pues siempre están ocupados con la contemplación de su propia grandeza. Gracias a eso, el joven y tímido parlamentario pudo tener los ojos abiertos el tiempo suficiente para ver la comida. Aunque cuando lord Decimus tomaba la palabra los volvía a cerrar.

El simpatiquísimo y joven Barnacle y la Abogacía fueron los más locuaces de la reunión. La compañía del Obispado también habría sido sumamente agradable si su

inocencia no le hubiera creado un obstáculo. Muchas veces perdía el hilo. En cuanto algo era meramente insinuado, ya no entendía nada. Los asuntos mundanos le superaban; para él eran completamente impenetrables.

Esto quedó de manifiesto cuando la Abogacía expresó, de pasada, su alegría por la noticia de que, al cabo de poco tiempo, iban a tener el honor de sumar a su causa la sólida y sencilla sagacidad (no una sagacidad llamativa ni florida, sino totalmente sensata y práctica) de su amigo el señor Sparkler.

Ferdinand Barnacle soltó una carcajada y dijo que sí, que eso parecía. Un voto era un voto, y siempre venía bien.

La Abogacía lamentaba no contar con la presencia de nuestro buen amigo el señor Sparkler en esta velada, señor Merdle.

—Está de viaje con la señora Merdle —respondió el caballero interpelado, saliendo lentamente de un prolongado ensimismamiento, en el transcurso del cual se había dedicado a introducirse una cuchara en la manga—. No es indispensable que esté aquí.

—Basta con el mágico apellido Merdle —dijo la Abogacía con su reverencia de tribunal—, no cabe duda.

—Eh... sí, eso espero —convino el anfitrión, dejando la cuchara y escondiendo con torpeza una mano en cada manga—. Creo que la gente que representa allí mis intereses no se opondrá.

—¡Modélicos ciudadanos! —exclamó la Abogacía.

—Me alegra que les parezcan bien.

—Y los habitantes de esos otros dos lugares —prosiguió la Abogacía, mirando a su magnífico vecino con intensidad y una chispa en la mirada—, pues ya sabe que en mi profesión siempre somos curiosos, inquisitivos, siempre vamos recogiendo material para nuestra cabeza hecha de retales, pues nunca se sabe en qué esquina podrá encajar uno... los habitantes de esos dos lugares... ¿se someten de forma tan loable a la enorme y provechosa influencia de vuestros esfuerzos y vuestra fama? ¿Confluyen esos arroyuelos con discreción y docilidad como si obedecieran a leyes naturales? ¿Se someten con tanta hermosura a la fuerza de la majestuosa corriente que en su portentoso curso fertiliza las tierras de los alrededores? ¿Puede así la dirección de esos arroyos calcularse perfectamente y predecirse con exactitud?

El señor Merdle, un tanto inquieto por la elocuencia de la Abogacía, miró nervioso el salero más cercano unos instantes y después dijo, titubeando:

—Son muy conscientes, señor, de sus deberes con la Sociedad. Responderán debidamente ante cualquier persona que les envíe para que así lo demuestren.

—Lo celebro —replicó la Abogacía—, lo celebro.

Los tres lugares aludidos eran tres infectos antros de la Gran Bretaña donde se asentaban tres remotas circunscripciones repletas de ignorancia, de borrachos, de

comilones, de suciedad, que habían acabado en manos del señor Merdle. Ferdinand Barnacle soltó con ligereza una de sus carcajadas y declaró con displicencia que eran unos tipos de lo más agradable. El Obispado, deambulando en su cabeza por los caminos de la paz, estaba tan distraído que no se enteró de nada.

—Aclárenme una cosa —rogó lord Decimus, recorriendo la mesa con la mirada—, ¿qué es esa historia que me han contado de un caballero que estuvo encerrado mucho tiempo en una cárcel de deudores, que al final procedía de una familia acaudalada y heredó una importante cantidad de dinero? He oído hablar de él. ¿Sabes algo de eso, Ferdinand?

—Lo único que sé —respondió éste— es que ese hombre le ha causado al departamento con el que tengo el honor de estar vinculado —el chispeante y joven Barnacle pronunció estas palabras como si practicara un deporte, como si dijera: «Todos conocemos perfectamente este lenguaje, pero tenemos que seguir hablándolo, tenemos que seguir jugando»— infinidad de inconvenientes, y nos ha creado muchas complicaciones.

—¿Complicaciones? —repitió lord Decimus, con una majestuosa pausa y ponderando la palabra que había llevado al tímido parlamentario a cerrar los ojos con fuerza—. ¿Complicaciones?

—Qué caso tan asombroso —comentó el señor Tite Barnacle con un gesto de hondo resentimiento.

—Ferdinand —preguntó lord Decimus—, ¿en qué consistió el caso, cuál fue la naturaleza de las complicaciones?

—Ah, como historia no tiene precio —respondió el mencionado caballero—, es prácticamente impagable. Este señor Dorrit, pues ése es su apellido, se había portado de manera poco responsable con nosotros mucho tiempo antes de que el hada madrina saliera del banco y lo hiciera rico: se había comprometido a cumplir un contrato que, desde luego, no cumplió. Era uno de los socios más destacados de una empresa dedicada a los licores, o a los botones, o al vino, o a lustrar zapatos, o a la harina de avena, o a la lana, o a la ganadería porcina, o a los corchetes, o al hierro, o a la melaza, o a los zapatos, o a cualquier cosa que les hiciera falta a las tropas, o a los marineros, o a quien fuera, pero la empresa quebró y, como nosotros nos contábamos entre los acreedores, la Corona se encargó de encarcelar científicamente a las personas pertinentes, y con todo lo que correspondía. Cuando apareció el hada madrina y el señor quiso pagar su deuda, hay que ver... habíamos llegado a elaborar un método tan perfecto de comprobar de arriba abajo y de abajo arriba, de firmar y contrafirmar, que tardamos seis meses en averiguar cómo aceptar el dinero y cómo hacer un recibo. Fue un triunfo de los servicios públicos —añadió este joven y apuesto Barnacle mientras se reía con ganas—. Jamás se habían visto tantos impresos. «Caramba —me dijo un día el abogado—, si quisiera que esta oficina me

diera dos o tres mil libras, en lugar de recibirlas, seguro que me costaba menos». «Cuánta razón tienes, amigo mío —le dije—: así, en lo sucesivo, sabrás que aquí nos dedicamos a algo» —concluyó el joven y simpático Barnacle, volviendo a reírse sonoramente.

No cabía duda de que era un muchacho simpático, campechano, de trato sumamente encantador.

En la versión de Tite Barnacle hubo un poco menos de displicencia. No le había parecido nada bien que el señor Dorrit hubiera molestado al departamento queriendo devolver el dinero, cosa que le pareció enormemente informal, al cabo de tantos años. Sin embargo, el señor Tite Barnacle se abrochaba los botones hasta arriba, y, por tanto, estaba gordo. Todos los hombres que se abrochan hasta el último botón están gordos. Todos los hombres tan abotonados inspiran confianza. Bien sea porque la capacidad reservada y nunca utilizada de desabrochar botones fascina a la humanidad, bien porque se supone que la sabiduría se condensa y aumenta cuando uno se abrocha hasta arriba, y se disipa al desabrocharse, lo cierto es que el hombre a quien se considera importante es siempre un hombre abotonado. Al señor Tite Barnacle jamás se le habría atribuido ni la mitad de la estima que merecía si no hubiera llevado la chaqueta siempre abrochada hasta el pañuelo blanco.

—¿Y sabrían decirme —inquirió lord Decimus— si el señor Darrit, o Dorrit, tiene familia?

Como nadie respondía, el anfitrión dijo:

—Dos hijas, mi señor.

—¡Oh! ¿Lo conoce usted? —preguntó el lord.

—La señora Merdle sí. Y también el señor Sparkler —admitió el banquero—. Si le soy sincero, creo que una de las jóvenes damas ha causado muy buena impresión a Edmund Sparkler. Es un hombre impresionable, y tengo entendido que la conquista...

En este punto el señor Merdle guardó silencio y miró el mantel, cosa que solía hacer cuando lo observaban o lo escuchaban.

A la Abogacía le procuró un inmenso placer ver que las familias Merdle y Dorrit ya se conocían. Le dijo en voz baja al Obispado, que estaba al otro lado de la mesa, que era como una ilustración analógica de las leyes físicas que dictan que los objetos similares se buscan. Le parecía que la capacidad de la riqueza para atraer más riqueza era un fenómeno de lo más curioso e interesante, indefiniblemente relacionado con las leyes del magnetismo y la gravedad. El Obispado, que había vuelto a bajar a la tierra al tratarse la cuestión, asintió y añadió que, efectivamente, era de enorme importancia para la Sociedad que una persona que se vea en la difícil situación de adquirir repentinamente la facultad de hacer el bien o el mal, debía fundirse, por así decirlo, con una facultad superior, de desarrollo más legítimo y gigantesco, cuya influencia (como en el caso de su común amigo el anfitrión) solía recibir de acuerdo

con aquello que más convenía a la Sociedad. De este modo, en vez de tener dos llamas rivales, enfrentadas, una mayor y otra menor, cada una con un brillo misterioso e incierto, podíamos disponer de una luz mezclada y atenuada que, con su rayo fraternal, difundía un calor ecuánime por toda la nación. Al Obispado pareció gustarle mucho cómo le habían quedado estas palabras y se dedicó a repetir las; entre tanto, la Abogacía (que no quería prescindir de un miembro del jurado) casi parecía que iba a sentarse a sus pies para recibir sus preceptos.

Como la cena y el postre duraron tres horas, el tímido parlamentario se fue enfriando bajo la sombra de lord Decimus más rápido de lo que lo calentaban la comida y la bebida, y para él fue una velada gélida. Lord Decimus, como una torre alta en un país llano, se proyectaba en el mantel, le tapaba la luz al excelentísimo parlamentario, helaba al excelentísimo parlamentario hasta el tuétano, transmitiéndole la triste idea de la distancia que mediaba entre ambos. Cuando invitó a este desventurado viajero a tomar una copa de vino, acompañó sus pasos titubeantes con la más lúgubre de las sombras, y, cuando dijo: «¡A su salud, señor!», a su lado todo era esterilidad y desolación.

Por fin lord Decimus, sosteniendo una taza de café, empezó a revolotear en torno a los cuadros, lo que despertó en todas las cabezas una interesante conjetura sobre el momento en que dejaría de hacerlo, pues entonces los pájaros menores podrían volar al piso superior, algo que tenían prohibido hasta que el lord no pidiera a sus nobles alas que lo trasladaran a él. Después de cierto tiempo, y de extender las alas varias veces sin resultado alguno, el caballero ascendió a los salones.

A continuación surgió una complicación que siempre surge cuando se organiza una cena con el propósito especial de que dos personas hablen. Todos (menos el Obispado, que ni siquiera lo sospechaba) sabían muy bien que esa noche habían comido y bebido sólo para que, al final, lord Decimus y el señor Merdle tuvieran ocasión de charlar cinco minutos. La ocasión tan prolijamente preparada ya había llegado, pero entonces pareció que no había forma humana de conseguir que los dos gerifaltes coincidieran en la misma sala. El señor Merdle y su noble invitado se empeñaban en vagar por extremos opuestos del panorama. Fue inútil que el encantador Ferdinand llevara a lord Decimus a admirar los caballos de bronce cerca del señor Merdle. Justo en tal momento éste se escabulló y siguió vagando. Fue inútil que llevara al señor Merdle junto a lord Decimus para que el banquero le contara la historia de unos jarrones de Dresde que eran piezas únicas. Entonces fue lord Decimus quien se escabulló y siguió vagando, justo cuando Ferdinand colocaba a su hombre en el lugar deseado.

—¿Ha visto usted algo parecido? —le preguntó el joven a la Abogacía tras fracasar veinte veces.

—Con mucha frecuencia —respondió.

—A no ser que acordemos una esquina y yo le empuje a ella, mientras usted hace lo mismo con el otro —propuso Ferdinand—, va a ser imposible.

—Muy bien —dijo la Abogacía—. Si quiere, yo empujo a Merdle, pero no al lord.

Ferdinand soltó una carcajada pese a su confusión.

—¡Malditos sean los dos! —exclamó mientras miraba el reloj—. Quiero irme. ¿Se puede saber por qué se esquivan? ¡Los dos saben lo que quieren y lo que tienen intención de hacer! ¡Mírelos!

Ambos seguían en extremos opuestos de la sala; cada uno fingía absurdamente no estar pensando en el otro, lo cual no habría sido más transparente ni más ridículo ni aunque llevaran los pensamientos escritos a tiza en la espalda. Todos vieron que el Obispado, que acababa de reunirse con la Abogacía y Ferdinand, pero a quien su inocencia había vuelto a despistar y sumir en la ignorancia, se acercaba a lord Decimus y empezaba a hablar con él distraídamente.

—Supongo que tendré que ir a buscar al médico de Merdle para que lo retenga —dijo Ferdinand—, después echarle el guante a mi ilustre pariente y traerlo con algún ardid, o si no arrastrándolo, para que se celebre la cumbre.

—Dado que me hace usted el honor de requerir mis pobres servicios, lo ayudaré con sumo placer —propuso la Abogacía—. No creo que esto deba hacerlo un hombre solo. Si usted se encarga de impedir que el lord salga de ese último salón en el que ahora está tan entretenido, yo me ocuparé de llevar allí a nuestro querido Merdle y de no dejarle escapatoria.

—¡Eso está hecho! —dijo Ferdinand.

—¡Eso está hecho! —dijo la Abogacía.

Fue cosa digna de verse cuando la Abogacía, con toda intención, meciendo con desparpajo los anteojos que pendían de una cinta, y haciendo reverencias también con desparpajo a todo un universo de juristas, acabó, de la manera más casual jamás vista, al lado del señor Merdle, ocasión que aprovechó para mencionarle un asuntillo en el que quería que le guiara especialmente la luz de su sabiduría práctica. (Entonces cogió al anfitrión del brazo y se lo llevó suavemente). Un banquero, supongamos que se llamaba A. B., le había adelantado una gran suma de dinero, supongamos que quince mil libras, a una clienta suya, supongamos que llamada P. Q. (En ese instante se estaban acercando a lord Decimus y la Abogacía sujetó a Merdle con más fuerza). Como garantía de que iba a ser devuelta esa cantidad prestada a P. Q., que supongamos es una viuda, a A. B. se le entregaron las escrituras de una finca de la que ella era la única dueña, finca que supongamos se llamaba Pan Comido. Pues lo que había sucedido era lo siguiente: el hijo de P. Q., que ya había alcanzado la mayoría de edad, gozaba de un derecho limitado a cortar y podar los árboles de Pan Comido; supongamos que ese hijo se llamaba X. Y.... ¡Oh, pero qué contratiempo!

¡Delante de lord Decimus, retener al anfitrión con aburridas menudencias legales era del todo inapropiado! ¡En otro momento! La Abogacía estaba verdaderamente avergonzada y no diría ni una palabra más. ¿Sería tan amable el Obispado de hablar un poco con él? (Ya había colocado al señor Merdle en el sofá, al lado de lord Decimus: si no hablaban entonces, nunca lo harían).

Entonces los otros invitados, muy ansioso e interesados, exceptuando como siempre al Obispado, que ni siquiera se había percatado de que estuviera pasando algo, formaron corro en torno al fuego en el salón contiguo y fingieron charlar despreocupadamente sobre un sinfín de temas sin importancia, mientras no dejaban de mirar subrepticamente a la pareja retirada ni de pensar en ella. El Coro manifestaba un nerviosismo excesivo, quizá porque se había adueñado de sus miembros la espantosa sospecha de que algo bueno les iban a quitar. Sólo el Obispado hablaba de corrido, sin entrecortarse. Debatía con la Medicina sobre la debilidad de garganta que aquejaba a los curas jóvenes con demasiada frecuencia, y sobre el modo de disminuir la gran incidencia de esa afección en la Iglesia. La Medicina, por regla general, opinaba que el mejor método era aprender a leer antes de dedicarse profesionalmente a la lectura. El Obispado le preguntó incrédulo si de veras pensaba eso. La Medicina respondió que sí, sin ninguna duda.

Entre tanto Ferdinand se había convertido en la única persona de la concurrencia que se había salido con sigilo del primer círculo, y se había instalado a medio camino entre los dos, como si lord Decimus estuviera operando al señor Merdle, o éste a lord Decimus, y en cualquier momento pudieran necesitarlo como enfermero. Lo cierto es que, al cabo de un cuarto de hora, lord Decimus dijo: «¡Ferdinand!», y él acudió y participó en la cumbre otros cinco minutos. Después, una sorda exclamación se extendió entre el coro cuando lord Decimus se levantó. De nuevo siguiendo las instrucciones de Ferdinand para resultar simpático, el lord estrechó la mano con brillantez a todos los asistentes, e incluso preguntó a la Abogacía: «No le habré aburrido con mis peras, ¿verdad?». A lo cual ésta respondió: «¿Las de Eton, señor, o las del Parlamento?», manifestando así con gran elegancia que recordaba el chiste e insinuando con delicadeza que no lo olvidaría mientras viviese.

La pompa y circunstancia abotonada en el interior de Tite Barnacle fue la siguiente en marcharse; después Ferdinand se fue a la ópera. Algunos se quedaron un rato más y fueron depositando copas de licor dorado en mesas de madera embutida, en las que dejaron círculos pegajosos, por si se daba la nula posibilidad de que el señor Merdle dijera algo. Pero éste, como era habitual, circulaba lenta y dificultosamente por su salón sin abrir la boca.

Un par de días después se anunció en toda la ciudad que el señor Edmund Sparkler, hijastro del insigne y celeberrimo señor Merdle, había pasado a formar parte de los lores del Negociado de Circunloquios; y se declaró a todos los verdaderos

creyentes que tan admirable nombramiento debía ser considerado un elegante y deferente homenaje que el elegante y deferente lord Decimus rendía a los intereses comerciales que siempre deben, en una gran nación dedicada al comercio... etcétera, con gran fanfarria de trompeta. Así pues, reforzado por este homenaje gubernamental, el maravilloso banco y los otros negocios, también maravillosos, no hicieron sino prosperar, y una muchedumbre asombrada acudía a Harley Street, Cavendish Square, sólo para admirar la casa en la que vivía el dorado prócer.

Y, cuando veían que el mayordomo principal los observaba en sus momentos de condescendencia desde la puerta de entrada, la concurrencia comentaba su magnífico aspecto, y se preguntaba cuánto dinero tendría en ese maravilloso banco. Sin embargo, de haber conocido mejor a esa respetable Némesis no habrían hecho conjeturas, sino que habrían calculado la cantidad con absoluta precisión.

Así como la experiencia establece firmemente que los seres humanos respiramos el aire de la atmosfera, es un hecho igualmente innegable que es casi tan difícil frenar una infección moral como una física; que la enfermedad se difunde con la maligna rapidez de una plaga; que el contagio, una vez alcanzada su culminación, no perdona condición ni presa, se ceba en personas con la mejor salud y se desarrolla en las más inesperadas constituciones. Supondría un enorme beneficio para la humanidad aislar de inmediato a las víctimas en las que crece esa debilidad o maldad y recluirlas (para no decir ahogarlas) antes de que el veneno sea contagioso.

De la misma manera que el rugido de un fuego enorme se oye a una gran distancia, la llama sagrada que los poderosos Barnacle habían alentado expandía en el aire sonoramente, cada día más, el nombre de Merdle. Éste se posaba en cada labio y en cada oído. No existía, jamás había existido y nunca existiría en el futuro un hombre como el señor Merdle. Como se ha dicho antes, nadie sabía lo que había hecho, aunque todo el mundo sabía que era el más grande.

En la Plaza del Corazón Sangrante, donde incluso las monedas de medio penique tenían un destino claro, este hombre sin parangón despertaba tanto interés como en la bolsa de valores. La señora Plornish, que había puesto un pequeño comercio de comestibles y artículos varios en una tiendecita situada en el mejor rincón de la Plaza, en lo alto de las escaleras, con su viejo y menudo padre y Maggy de ayudantes, hablaba de Merdle con sus clientes sobre el mostrador. El señor Plornish, que poseía una pequeña parte del negocio de un pequeño constructor del barrio, paleta en mano, desde lo alto de un andamio y sobre los tejados de las casas, decía que la gente le había contado que el señor Merdle era justo quien, claro que sí, nos dará a cada uno lo que nos corresponde y nos conducirá a todos a buen puerto, tal como necesitamos, claro que sí. Se decía entre cuchicheos que el señor Baptist, único inquilino del señor y la señora Plornish, guardaba todos los ahorros que le permitía su vida moderada y sencilla para invertirlos en uno de los negocios más sólidos del señor Merdle. Los corazones sangrantes femeninos, cuando iban en busca de unas onzas de té y unos quintales de charla, contaban a la señora Plornish que ay, qué cosas, señora, habían oído a la prima Mary Anne, que trabajaba en el ramo, que la señora Merdle podría llenar tres carros con sus vestidos. Que era una de las mujeres más hermosas del mundo, señora, y que tenía un busto que parecía de mármol. Que, según se decía, habían metido en el gobierno a un hijo que había tenido de un marido anterior. Y, si se creía lo que se decía, éste había sido general y una y otra vez había conducido sus

ejércitos a la victoria. Que, según se contaba, el señor Merdle había dicho que, si le hubiera merecido la pena, se habría hecho cargo de todo el gobierno sin beneficio alguno, pero lo que no podía hacer era hacerse cargo y, además, tener pérdidas. Que no se podía esperar que perdiera dinero de este modo, dado que bien se podía afirmar, sin faltar a la verdad, que estaba acostumbrado a caminar por calles pavimentadas con oro; pero que era muy de lamentar que no hubieran podido convencerlo, porque él y sólo él sabía hasta qué punto habían subido el pan y la carne y sólo él podría hacer que bajaran los precios.

Tan extendida estaba la fiebre del Corazón Sangrante y tan alta era que ni siquiera los días de cobro eran una tregua para los pacientes. En tales ocasiones, y por efecto de la enfermedad, los afectados encontraban excusa y consuelo aludiendo al nombre mágico.

—Venga, vamos —instaba el señor Pancks al inquilino deudor—. ¡Haga el favor de pagar de una vez!

—No tengo dinero, señor Pancks —respondía el deudor—. No le miento cuando le digo que no tengo ni seis peniques a mi disposición.

—Eso no me lo trago —contestaba el señor Pancks—. No esperará que me lo crea, ¿verdad?

—No, señor —contestaba el deudor abatido, dado que no tenía esas expectativas.

—Mi amo no va a aceptarlo —contestaba el señor Pancks—. No me manda aquí para eso, ¡haga el favor de pagar de una vez!

—Ah, señor Pancks —contestaba el deudor—. Si yo fuera el rico caballero cuyo nombre está en boca de todos, si me llamara Merdle, le aseguro que le pagaré ahora mismo y de buen grado.

Estos diálogos sobre el alquiler se desarrollaban, por lo general, en la puerta o en los vestíbulos de las casas y en presencia de un coro de corazones sangrantes profundamente interesados, que siempre acogían estas referencias con un murmullo grave a modo de respuesta, como si fueran muy convincentes; y el deudor, antes desolado y confuso, siempre se alegraba un poco al hacer el comentario.

—Si yo fuera el señor Merdle, señor, no tendría usted motivos de queja, se lo aseguro —añadía mientras negaba con la cabeza—. Me daría tanta prisa en pagar que ni tendría que pedírmelo, señor Pancks.

Y el coro repetía la respuesta, dando a entender que era imposible decir nada más justo y que eso casi equivalía a pagar el alquiler.

Al señor Pancks no le quedaba más remedio que decir, mientras tomaba nota:

—¡Bueno! Ya vendrá el agente y le pondrá en la calle; eso es lo que le sucederá. De nada sirve que me hable del señor Merdle. Usted tiene tan poco de Merdle como yo.

—No, señor —contestaba el deudor—, pero ya me gustaría a mí que usted lo

fuera.

El coro contestaba rápidamente con gran sentimiento:

—Ya nos gustaría a nosotros que lo fuera usted.

—A todos nos vendría mejor que fuera usted el señor Merdle, caballero —insistía el deudor, animándose—: y sería mejor para ambas partes. Mejor para nosotros y mejor para usted. Entonces no tendría que preocuparse por nadie, no tendría que preocuparse por nosotros ni por usted mismo. Estaría usted más tranquilo y dejaría tranquilos a los demás, si fuera usted Merdle.

Al señor Pancks los cumplidos impersonales le producían una timidez irresistible y nunca contestaba a estas acometidas. No le quedaba más remedio que morderse las uñas y salir resoplando en busca del siguiente deudor. El coro de corazones sangrantes se congregaba entonces en torno al deudor que Pancks acababa de dejar y comentaba los rumores más disparatados, para su gran consuelo, sobre el dinero contante y sonante del señor Merdle.

Tras una más de esas derrotas en un día más de cobro de alquileres, el señor Pancks, al término de su trabajo, se dirigió con el cuaderno bajo el brazo a la esquina de la señora Plornish. El objeto de la visita no era profesional sino social: había tenido un día difícil y necesitaba animarse un poco. Había trabado ya amistad con la familia Plornish, la visitaba regularmente en ocasiones semejantes y llevaba ahí su parte de recuerdos de la señorita Dorrit.

La señora Plornish se había ocupado personalmente de decorar la trastienda y ésta, en la zona contigua a la tienda, ofrecía a la vista una pequeña ficción en la que la mujer se recreaba indeciblemente. Este detalle poético consistía un dibujo en la pared que representaba una casita de campo con el techo de bálago; el artista había encajado ahí la puerta y la ventana auténticas (con la mayor eficacia que pudo, dada la desproporción de las dimensiones). En la rústica morada florecían esplendorosamente un modesto girasol y una malva, mientras una gran cantidad de humo denso salía de la chimenea, indicando que en el interior se disfrutaba de bienestar y también, tal vez, que hacía tiempo que no se deshollinaba. Un perro fiel aparecía saltando desde el umbral a las piernas del visitante amigo; y un palomar circular, envuelto en una nube de palomas, se asomaba por detrás de la valla del jardín. En la puerta (cuando estaba cerrada), se veía una placa de metal pintada con la inscripción «La casita feliz de T. y M. Plornish», en alusión a la asociación de marido y mujer. La poesía y el arte nunca habían seducido tanto la imaginación de la señora Plornish como la unión de ambas en aquella casita de campo falsa. No le preocupaba que el señor Plornish tuviera la costumbre de apoyarse en ella mientras se fumaba una pipa después de trabajar, tapando con el sombrero el palomar y todas las palomas, que su espalda se tragara la casita y que las manos en los bolsillos arrancaran el jardín florido y arrasaran el campo contiguo. Para la señora Plornish

seguía siendo la más preciosa de las casitas y la más hermosa de las ficciones; y le daba lo mismo que los ojos del señor Plornish quedaran un poco por encima del nivel de la buhardilla de la casa. Entrar en la tienda después de cerrar la puerta de la casita y oír a su padre dentro cantando una canción resultaba para ella de lo más pastoril, como si viviera de nuevo en una edad de oro. Y lo cierto es que si esta época existió alguna vez, cabe dudar que tuviera una hija que la admirara más que aquella pobre mujer.

Advertida de que tenía una visita por la campanilla de la puerta de la tienda, la señora Plornish salió de la casita feliz para ver quién era.

—Ya sabía que sería usted, señor Pancks, porque le toca esta tarde, ¿verdad? —dijo la señora Plornish—. Aquí tiene a mi padre, ya ve, que sale a atender en cuanto oye la campanilla como si fuera un tendero joven y despierto. ¿Verdad que tiene muy buen aspecto? A mi padre le gusta más verlo a usted que a cualquier cliente, porque le encanta charlar; y, si resulta que hablamos de la señorita Dorrit, le gusta todavía más. Cada vez tiene mejor voz —dijo la señora Plornish; ella, en cambio, tenía la voz temblorosa, tal era el orgullo y la satisfacción que la embargaban—. Anoche nos cantó *Strephon*^[40] tan bien que Plornish se levantó de la mesa y le dijo: «John Edward Nandy —dijo Plornish a mi padre—: nunca le había oído cantar como esta noche, trinaba usted como un pájaro». Qué satisfacción, señor Pancks, ¿verdad?

El señor Pancks, que había saludado al viejo con uno de sus más cordiales resoplidos, contestó afirmativamente y le preguntó, como quien no quiere la cosa, si aquel vivaz muchacho, Altro, había vuelto ya. La señora Plornish contestó que no, que todavía no, aunque había ido al West-End para hacer un trabajo y había dicho que volvería a la hora del té. Instó hospitalariamente al señor Pancks a que pasara a la casita feliz, donde encontró al mayor de los hijos que acababa de regresar del colegio. Miró por encima los trabajos del día del joven alumno y se encontró con que los estudiantes más adelantados, a propósito de la letra M, habían copiado: «Merdle, Millones».

—¿Y qué tal anda usted, señora Plornish —preguntó Pancks—, ya que hablamos de millones?

—Muy bien, la verdad —contestó la señora Plornish—. Querido padre, ¿por qué no va a arreglar un poquito el escaparate antes del té, usted que tiene tan buen gusto?

John Edward Nandy se alejó trotando, agradecido, para satisfacer la petición de su hija. La señora Plornish, que tenía siempre pánico de hablar de dinero delante del anciano, no fuera a revelarle algún dato que lo empujara a marcharse al asilo de pobres, pudo así hablar confidencialmente con el señor Pancks.

—Es cierto que el negocio va bien —dijo la señora Plornish, bajando la voz— y está muy bien situado. El único obstáculo es el crédito.

Este lastre, con el que se topaban la mayoría de quienes se embarcaban en

relaciones comerciales con los habitantes de la Plaza del Corazón Sangrante, era una gran traba para el negocio de la señora Plornish. Cuando el señor Dorrit le montó la tienda, los corazones sangrantes mostraron una gran emoción y una decisión a apoyarla que honraban la naturaleza humana. Reconocieron que la señora Plornish tenía derechos adquiridos sobre sus sentimientos de generosidad y se comprometieron, con gran afecto, a ser clientes de la señora Plornish ocurriese lo que ocurriese, y no frecuentar otros establecimientos. Influidos por estos nobles sentimientos, habían llegado al extremo de adquirir pequeños lujos en forma de alimentos o derivados de la mantequilla a los que estaban poco acostumbrados; se decían el uno al otro que si no hacían algún sacrificio por una amiga y vecina, ¿por quién lo harían, si no? Con este estímulo, el negocio resultaba muy animado y los artículos del almacén salían con gran rapidez. En definitiva, si los corazones sangrantes hubieran pagado también, el negocio habría sido un éxito completo. Pero, dado que compraban siempre de fiado, los beneficios no habían empezado a aparecer en los libros de cuentas.

Al ver las cuentas, el señor Pancks empezó a mesarse los cabellos, y ya se había convertido en un auténtico puercoespín cuando el viejo señor Nandy volvió a entrar en la casita con aire de misterio para pedirles que fueran a ver la extraña conducta del señor Baptist, que parecía haberse encontrado con algo que lo había asustado. Los tres salieron a la tienda y, mirando por el escaparate, vieron al señor Baptist, pálido y agitado, haciendo cosas rarísimas. Primero lo vieron esconderse en lo alto de las escaleras de entrada a la Plaza, atisbar calle arriba y calle abajo con la cabeza pegada a la puerta de la tienda. Después del escrutinio, salió del escondrijo y caminó calle abajo como si quisiera marcharse; de repente, se dio media vuelta y regresó calle arriba al mismo paso. No había recorrido más distancia que en sentido contrario cuando, de golpe, cruzó la calle y desapareció. El objetivo de esta maniobra sólo lo comprendieron cuando su entrada con un quiebro inesperado hizo evidente que había dado un amplio y complicado rodeo por el otro extremo de la Plaza, por Doyce y Clennam, y que, tras recorrerla entera, se había metido en la tienda de un salto. Estaba completamente sin aliento y el corazón parecía latirle más deprisa que la campanilla de la tienda, que se agitaba y tintineaba a su espalda, después de que cerrara apresuradamente la puerta.

—¡Hola, muchacho! —exclamó el señor Pancks—. ¡*Altro*, amigo! ¿Qué pasa?

El señor Baptist o *signor* Cavalletto entendía ya el inglés casi tan bien como el propio señor Pancks y lo hablaba muy bien. Sin embargo, la señora Plornish, con una vanidad disculpable que la hacía cualquier cosa menos italiana, dio un paso adelante para actuar como intérprete.

—Yo pregunto —dijo la señora Plornish—, ¿qué malo hay?

—Vamos a la casita feliz, *padrona* —contestó el señor Baptist, señalando a su

espalda con el índice derecho con gran sigilo—. Vamos.

A la señora Plornish le gustaba que la llamara *padrona*, que, en su opinión, indicaba no tanto su condición de ama de la casa como ama de la lengua italiana. Así pues, obedeció inmediatamente la petición del señor Baptist y entraron todos en la casita.

—Espero tú no miedo —dijo la señora Plornish, haciendo de intérprete para el señor Pancks de una forma nueva, con su habitual riqueza de recursos—. ¿Qué pasar? ¡Habla a *padrona*!

—He visto a alguien —contesto Baptist—. Lo he *rincontrato*.

—¿A él? ¿Quién es él? —preguntó la señora Plornish.

—Un hombre malo. El más malo. Esperaba no volver a verlo nunca.

—¿Cómo saber que ser malo? —preguntó la señora Plornish.

—Eso no importa, *padrona*. Lo sé de sobra.

—¿Él verte a ti? —preguntó la señora Plornish.

—No, espero que no. Creo que no.

—Dice —tradujo la señora Plornish, dirigiéndose a su padre y a Pancks con ligera superioridad— que se ha encontrado con un hombre malo, pero que espera que el hombre malo no lo haya visto. ¿Por qué tú esperar hombre malo no ver? —añadió, volviendo al italiano.

—Querida *padrona* —contestó el menudo extranjero al que protegía tan afectuosamente—. Le ruego que no pregunte. De nuevo le digo que no importa. Tengo miedo de este hombre. No quiero verlo, no quiero que me vea... ¡nunca más! Y ya está, querida *padrona*, dejémoslo así.

El tema le resultaba tan desagradable y en tal medida le privaba de su vivacidad habitual que la señora Plornish no quiso insistir más; sobre todo, porque el té llevaba rato esperando en el hogar. Pero no por dejar de hacer preguntas disminuían en ella la curiosidad o el asombro ni tampoco en el señor Pancks, que, desde la entrada del hombrecito, respiraba tan ruidosamente como un motor de locomotora ascendiendo con una gran carga por una pendiente inclinada. Maggy, mejor vestida ahora que en otros tiempos, aunque todavía fiel a su monstruosa cofia, había estado en segundo plano desde el principio, con la boca y los ojos muy abiertos, y la brusca interrupción de la conversación no había conseguido que se cerraran. Sin embargo, no se comentó nada más, aunque se diría que todos pensaron mucho sin que, de ningún modo, se pudiera exceptuar a los pequeños Plornish, que compartieron la cena como si la probabilidad de que el peor de los hombres apareciera dispuesto a devorarlos ahí mismo hiciera casi superfluo que comieran el pan con mantequilla. Poco a poco, el señor Baptist empezó a gorjear, pero no se movió del asiento que había ocupado detrás de la puerta y cerca de la ventana, aunque no era su lugar habitual. Cada vez que sonaba la campanilla, se sobresaltaba y, en secreto, miraba hacia fuera con el

extremo de la cortinilla en la mano y el resto delante de la cara; era evidente que no estaba tranquilo y, a pesar de sus vueltas y revueltas, temía que el hombre lo hubiera seguido como el más terrible de los sabuesos.

En dos o tres ocasiones, la entrada de los clientes y del señor Plornish le dieron al señor Baptist suficiente ocupación para llamar la atención de la concurrencia. Terminaron el té, los niños se fueron a la cama, y la señora Plornish empezó a tantear el terreno para proponer tiernamente a su padre que los agasajara con la canción de *Chloe* cuando sonó de nuevo la campanilla y entró el señor Clennam.

Clennam había trabajado hasta tarde en los libros y cartas, ya que las salas de espera del Negociado de Circunloquios le quitaban muchísimo tiempo.

Por encima de todo, estaba triste e incómodo por los últimos acontecimientos en casa de su madre. Parecía cansado y solitario. Además, lo estaba; sin embargo, cuando volvía a casa de su trabajo de contabilidad en el extremo de la Plaza, pasó para comunicar a los Plornish que había recibido otra carta de la señorita Dorrit.

La noticia causó sensación en la casita y dejaron de prestar atención al señor Baptist. Maggy, que se abrió paso inmediatamente, parecía absorber las noticias de su madrecita por los oídos, nariz, boca y ojos, aunque estos últimos estaban obstruidos por las lágrimas. Estuvo especialmente encantada cuando Clennam le aseguró que en Roma había hospitales y, además, muy bien atendidos. El señor Pancks ascendió de categoría en cuanto la carta lo mencionó expresamente. Todo el mundo se mostró interesado y complacido, y Clennam se sintió bien pagado por la molestia.

—Está usted cansado, señor Clennam. Deje que le prepare una taza de té —dijo la señora Plornish—. Si le parece bien a usted tomarla en la casita, y muchas gracias por acordarse de nosotros.

El señor Plornish consideró que le correspondía, en su calidad de anfitrión, añadir su gratitud personal y la expuso de la manera que, en su opinión, mejor combinaba la ceremonia con la sinceridad.

—John Edward Nandy —declaró, dirigiéndose al anciano caballero—. Uno no ve con frecuencia a la gente obrar sin una pizca de orgullo y, por lo tanto, cuando uno lo ve, debe mostrar agradecimiento y, si no lo hace y más adelante se arrepiente, le estará bien empleado.

A lo que el señor Nandy contestó:

—Comparto plenamente su opinión, Thomas, puesto que su opinión es la misma que la mía, y por ello no añadiré más palabras ni me retractaré de dicha opinión, y esa opinión es que sí, Thomas, sí; en esa opinión usted y yo debemos coincidir unánimemente; y donde no hay diferencia de opinión sólo puede haber una opinión, Thomas, sólo una.

Arthur, menos formalmente, expresó su agradecimiento por el alto aprecio con que se había acogido una pequeña atención por su parte; y sobre el té, explicó que

todavía no había cenado y se iba directamente a casa para descansar tras un largo día de trabajo; si no fuera por eso, aceptaría rápidamente la hospitalaria oferta. Como el señor Pancks estaba aumentando la presión ruidosamente para ponerse en marcha, Clennam terminó preguntándole si quería acompañarlo. El señor Pancks dijo que no deseaba otra cosa y los dos salieron de la casita feliz.

—Si viene conmigo a mi casa, Pancks —dijo Arthur al salir a la calle—, y comparte la comida que tenga ahí (comida, cena o lo que sea), lo consideraré un acto de caridad porque esta noche estoy muy cansado y desorientado.

—Pídame algo más difícil que eso cuando quiera y lo haré —dijo Pancks.

Entre aquel excéntrico personaje y Clennam existía un entendimiento y un acuerdo tácitos que no habían hecho más que afianzarse desde el día en que el señor Pancks saltó sobre la espalda del señor Rugg en el patio de Marshalsea. Cuando el coche se alejó, el día memorable de la marcha de la familia, los dos lo miraron partir y se fueron caminando juntos. Cuando llegó la primera carta de la pequeña Dorrit, nadie estaba más interesado en tener noticias suyas que el señor Pancks. La segunda carta, que en aquel momento se encontraba en el bolsillo del pecho de Clennam, además, lo mencionaba a él directamente. Aunque nunca se había expresado ni explayado abiertamente y aunque lo que acaba de decir era tan escaso como el número de palabras que había empleado, hacía tiempo que Clennam tenía la sensación de que el señor Pancks, a su manera, iba tomándole afecto. Todas esas cuerdas entretejidas lo convirtieron aquella noche en un auténtico cabo de amarre.

—Me siento solo —le explicó Arthur mientras iban andando—. Mi socio está de viaje, por asuntos relacionados con nuestro trabajo, y puede hacer usted lo que mejor le parezca.

—Gracias. No se ha fijado mucho en el pequeño *Altro* hace un momento, ¿verdad?

—No, ¿por qué?

—Es un hombre inteligente y me gusta —explicó Pancks—. Le ha pasado algo raro, ¿se le ocurre qué puede haber sido para que se alterara tanto?

—¡Me sorprende! No tengo la menor idea.

Pancks le explicó los motivos, pero pilló a Arthur desprevenido y éste no pudo sugerirle una explicación.

—Quizá pueda usted preguntárselo directamente, ya que es extranjero.

—¿Preguntarle qué cosa? —contestó Clennam.

—Qué le pasa por la cabeza.

—Primero tendría que asegurarme de que le pasa algo, me parece a mí —dijo Clennam—. Siempre me ha parecido tan diligente, tan agradecido (por poco) y tan digno de confianza que podría creer que desconfío de él y eso no sería justo.

—Es verdad —admitió Pancks—. Mire lo que le digo, Clennam: no puede ser

usted patrón de nadie, es demasiado delicado.

—A decir verdad, no tengo una participación grande en la propiedad de Cavalletto —dijo Clennam riéndose—. Vive de tallar la madera. Guarda las llaves de la fábrica, la vigila en noches alternas y se encarga del mantenimiento en general; aunque le damos lo que hay, tenemos poco trabajo a la altura de su talento. ¡Si soy más su consejero que su patrón! Sería más exacto llamarme su consejero y banquero. Y, hablando de mi condición de banquero, ¿no le parece curioso, Pancks, que las ideas arriesgadas que circulan ahora por la cabeza de tanta gente se hayan metido también en la de Cavalletto?

—¿Ideas arriesgadas? —contestó Pancks con un resoplido—. ¿Qué ideas?

—Las de los negocios de Merdle.

—Oh, eso son inversiones —dijo Pancks—. Sí, sí. No sabía que estuviera hablando usted de inversiones.

Esta rápida respuesta hizo que Clennam lo mirara con la duda de si quería decir algo más de lo que estaba diciendo. Pero, como Pancks había pronunciado estas palabras mientras aceleraba el paso y aumentaba correspondientemente el resoplido de la maquinaria, Arthur no insistió en el asunto y pronto llegaron a su casa.

Una cena consistente en sopa y pastel de pichón, servida en una mesita redonda delante del fuego y sazonada con una botella de buen vino, aceitó la maquinaria de Pancks de manera sumamente eficaz; así pues, cuando Clennam sacó una pipa oriental y le puso otra en las manos, el caballero se encontraba ya perfectamente a gusto.

Fumaron en silencio un rato; el señor Pancks parecía un barco de vapor con el viento, la marea, las aguas calmas y todas las condiciones a favor. Fue el primero en decir algo y éstas fueron sus palabras:

—Sí, inversiones es el término exacto.

Clennam, con la misma expresión que antes, contestó:

—¡Ah!

—El asunto del que hablábamos antes —aclaró Pancks.

—Sí, ya veo que ha vuelto a sacar el tema —contestó Clennam, preguntándose por qué.

—¿No es cosa curiosa que estas ideas se hayan metido también en la cabeza del pequeño Altro? ¿No le parece? —preguntó Pancks mientras fumaba—. ¿No es eso lo que ha dicho usted antes?

—Eso he dicho.

—Ah, pero piense en que toda la Plaza tiene la misma idea en la cabeza. Piense que todos me reciben con lo mismo los días de cobro, aquí allá y en todas partes. Paguen o no paguen: Merdle, Merdle, Merdle. Siempre Merdle.

—Es extraño cómo se imponen estas chifladuras —dijo Arthur.

—¿Verdad que sí? —contestó Pancks. Tras fumar durante un par de minutos, con más sequedad de la que cabía esperar tras la sesión de aceitado, añadió—: Porque ya sabe usted que esa gente no entiende de estos asuntos.

—No tiene la menor idea —asintió Clennam.

—La menor idea —exclamó Pancks—. No saben nada de números. No saben nada de cuestiones de dinero. Jamás en su vida han hecho un cálculo, ¡nunca, señor!

—Si hubieran hecho cálculos... —empezó a decir Clennam, pero se detuvo al ver que Pancks, sin cambiar de aspecto, lanzaba un resoplido, nasal o bronquial, que superaba sus esfuerzos habituales.

—¿Si hubieran hecho cálculos? —repitió Pancks a modo de pregunta.

—Pensé que ya había... dado usted su opinión —dijo Arthur sin saber cómo denominar el sonido que lo había interrumpido.

—En absoluto —dijo Pancks—. Todavía no. Ya se la daré dentro de un minuto. ¿Si hubieran hecho cálculos?

—Si hubieran hecho cálculos —observó Clennam, un poco desconcertado por la actitud de su amigo—. Bueno, supongo que tendrían las ideas más claras.

—¿Y cómo es eso, señor Clennam? —preguntó Pancks al instante, dando la curiosa impresión de que, desde el principio de la conversación, tenía preparada la pregunta—. Tienen razón, sabe usted. Ellos no lo saben, pero están en lo cierto.

—¿Al compartir la afición de Cavalletto a especular con el señor Merdle?

—Eso mismo, señor —respondió Pancks—. Yo sí he hecho los cálculos, los he repasado. Son inversiones auténticas y seguras.

Aliviado por haber expresado su opinión, Pancks dio una bocanada a la pipa todo lo profunda que le permitían sus pulmones y dirigió a Clennam una mirada sagaz y firme mientras inhalaba y exhalaba.

En este momento el señor Pancks empezó a esparcir la peligrosa infección que él mismo había contraído. Así se difunden estas enfermedades, de esta sutil manera se propagan.

—¿Quiere decir usted, mi buen amigo Pancks —preguntó Clennam con mucho énfasis—, que pondría sus mil libras, por ejemplo, para cobrar el interés que él da?

—Por supuesto. Lo he hecho ya, Clennam —Pancks tomó otra larga bocanada y exhaló largo rato mientras miraba a Clennam, también largo rato—. Se lo aseguro, Clennam, he repasado los datos. Merdle es un hombre de inmensos recursos, posee un capital enorme y tiene influencia en el gobierno. Es la mejor inversión posible, segura, no falla.

—¡Bueno! —exclamó Clennam mirándolo con expresión grave y mirando después el fuego con la misma expresión grave—. ¡Me sorprende usted!

—¡Bah! —replicó Pancks—. No diga eso, Clennam. Eso mismo debería hacer usted. ¿Por qué no hace lo mismo que yo?

Pancks era tan inconsciente de quién le había contagiado la enfermedad como lo habría sido si de unas fiebres se hubiera tratado. Esta epidemia, al igual que tantas otras enfermedades físicas, primero se había alimentado de la maldad de los hombres y luego se había diseminado gracias a su ignorancia; hasta que, tras un período de tiempo, había contagiado a enfermos que nada tenían de malvados o ignorantes. El señor Pancks tal vez había contraído la enfermedad por culpa de un individuo de esa clase; si bien ante Clennam parecía un auténtico enfermo y tremendamente contagioso.

—¿De veras ha invertido usted —Clennam pasó a denominarlo «inversión»— mil libras, Pancks?

—Por supuesto, señor —replicó Pancks con valentía echando una bocanada de humo—. ¡Y ojalá tuviera diez mil!

Aquella noche Clennam tenía ya dos preocupaciones en su solitario ánimo; una de ellas era la esperanza largo tiempo pospuesta de su socio; la otra, lo que había visto y oído en casa de su madre. Aliviado por tener con quien hablar y con la sensación de que podía confiar en él, fue dando vueltas a ambos asuntos y, cada vez con más energía, regresó al punto de partida.

Sucedió del modo más sencillo. Dejó la conversación sobre las inversiones y, después de contemplar un rato el fuego en silencio a través del humo de la pipa, le contó a Pancks cómo y por qué estaba ocupado con el gran Negociado Nacional.

—Ha sido y sigue siendo una situación difícil para Doyce —terminó por decir con la sinceridad que abordaba el caso.

—Muy difícil —asintió Pancks—. Pero ¿lo está llevando usted?

—¿A qué se refiere?

—Si se ocupa usted de la parte del dinero del negocio.

—Sí, tan bien como puedo.

—Entonces, adminístrelo mejor, señor —aconsejó Pancks—. Compense así a Doyce por su trabajo y sus decepciones. Haga que aproveche las oportunidades de nuestros tiempos. Él nunca buscaría beneficios de ese modo, ya que está ocupado trabajando. Delega en usted.

—Lo hago lo mejor que puedo —contestó Clennam, algo dubitativo—. Aunque no sé si estoy preparado para estas nuevas empresas en las que no tengo experiencia, me estoy haciendo mayor.

—¿Haciéndose mayor? —exclamó Pancks—: Ja, ja.

Las magníficas carcajadas y la serie de resoplidos y ronquidos, producto del asombro y la incredulidad de Pancks eran tan sinceros que no podían cuestionarse.

—Haciéndose mayor? —exclamó Pancks—. Bueno, bueno, lo que hay que oír... ¿Viejo, usted?

La total negativa a alimentar semejante idea que expresaban los ronquidos

continuos del señor Pancks, en no menor grado que sus exclamaciones, llevó a Arthur a cambiar de tema. Lo cierto era que temía que al señor Pancks le pasara algo, viendo el violento conflicto entre los resoplidos que echaba y el humo que inhalaba. El abandono del segundo asunto lo lanzó al tercero.

—Sea joven, viejo o de mediana edad, Pancks —dijo cuando se lo permitió una pausa—, lo cierto es que me siento inquieto e inseguro; un estado de ánimo que me lleva incluso a dudar de si lo que parece pertenecerme es realmente mío. ¿Quiere que se lo cuente? ¿Quiere que le haga una importante confesión?

—Cuéntemelo —dijo Pancks—, si me cree digno de confianza.

—Eso creo.

—¡Por supuesto! —la rápida y breve réplica de Pancks, confirmada por el repentino gesto de tenderle la mano, fue muy expresiva y convincente. Arthur estrechó calurosamente aquella mano de carbonero.

A continuación, suavizando los antiguos recelos en la medida en que era posible con una narración comprensible y sin nombrar a su madre, sino hablando vagamente de una pariente suya, confió a Pancks en líneas generales sus temores y la entrevista que había presenciado. El señor Pancks le escuchaba con tal interés que, a pesar de los encantos de la pipa oriental, la dejó junto al fuego, en los hierros de la chimenea, y ocupó las manos, durante todo el relato, en mesarse los cabellos hasta dejar rizos y tirabuzones tan tiesos sobre su cabeza que, cuando Clennam terminó, parecía un Hamlet jornalero en conversación con el espíritu de su padre.

—Eso me lleva de nuevo a las inversiones —exclamó Pancks—. No me meto con que se empobrezca usted para pagar un error que no ha cometido. Eso es asunto suyo. Y cada uno debe comportarse según le dicte su conciencia. Pero, si va a necesitar dinero para salvar a su propia sangre de la vergüenza y la deshonra, ¡gane todo lo que pueda!

Arthur negó con la cabeza, pero se quedó mirándolo pensativamente.

—Enriquezcase todo lo que pueda, Clennam —lo conminó Pancks, concentrando todas sus energías en el consejo—: sea tan rico como pueda serlo honradamente. Es su obligación. No por usted sino en beneficio de los demás. Aproveche el tiempo. El pobre señor Doyce (él sí está haciéndose mayor) depende de usted. Sus familiares dependen de usted. Ni siquiera sabe todo lo que depende de usted.

—Bueno, bueno, bueno... —contestó Arthur—. Ya está bien por hoy.

—Una palabra más, señor Clennam —contestó Pancks—, y lo dejamos ahí. ¿Por qué iba usted a dejar los beneficios a los glotones, los bribones y los impostores? ¿Por qué iba a dejar todos los beneficios para mi patrón y la gente como él? Sin embargo, eso es lo que está haciendo. Cuando digo «usted» me refiero a la gente como usted. Sabe bien que es cierto. Vamos, si lo veo a diario, no veo otra cosa. Es mi trabajo verlo. Por eso mismo digo ¡vaya y gane! —lo apremió Pancks.

—¿Y qué pasa si voy y pierdo? —preguntó Arthur.

—No es posible, señor —contestó Pancks—. Lo he estudiado bien. Una reputación sólida... inmensos recursos... enorme capital... gran posición... importantes contactos... influencia en el gobierno... ¡No puede fallar!

Tras esta última explosión, Pancks se fue calmando gradualmente; dejó de mesarse el cabello, retomó la pipa de los hierros de la chimenea, la llenó de nuevo y se puso a fumar. Dijeron poco más, pero se hicieron compañía mientras pensaban en las mismas cosas y no se separaron hasta medianoche. A la hora de marcharse, Pancks, después de estrecharle la mano, dio una vuelta completa alrededor de Clennam antes de salir por la puerta echando vapor. Arthur lo interpretó como una garantía de que podía confiar incondicionalmente en él si alguna vez necesitaba ayuda, fuera sobre los asuntos de los que habían hablado aquella noche o sobre cualquier otro que lo afectara directa o indirectamente.

Al día siguiente, por momentos, e incluso mientras prestaba atención a otra cosa, Clennam pensó en la inversión de mil libras de Pancks y en que «lo había estudiado bien». Pensó en lo visceral que se había mostrado en este aspecto, aunque su carácter, por lo general, poco tenía de visceral. Pensó en el gran Negociado Nacional y en lo estupendo que sería ver cómo progresaban los asuntos de Doyce. Pensó en el lugar oscuro y amenazador que, en sus recuerdos, llamaba «su casa», y en las sombras que lo convertían en un lugar todavía más amenazador. Observó de nuevo que, fuera donde fuera, veía, oía o tocaba el celebrado nombre de Merdle; le costaba trabajar en su escritorio incluso un par de horas sin que, de un modo u otro, apareciera aquel nombre ante alguno de sus sentidos. Empezó a pensar que era curioso, además, que, fuera donde fuera, sólo él pareciera desconfiar de Merdle. Aunque recordó, llegado a ese punto, que tampoco él tenía recelos. Simplemente, se había mantenido al margen.

Tales síntomas, cuando de una enfermedad así se trata, suelen ser los del contagio.

Cuando los británicos que vivían a orillas del amarillo Tíber supieron que su inteligente compatriota, el señor Sparkler, había pasado a formar parte de los lores del Negociado de Circunloquios lo recibieron como una noticia de no mayor interés que cualquier otra publicada en la sección de sucesos de la prensa inglesa. Algunos rieron; otros, a modo de excusa, declararon que el cargo era virtualmente una sinecura y que cualquier tonto capaz de escribir su nombre podía ejercerlo; otros, los oráculos políticos más solemnes, señalaron que Decimus había actuado con sabiduría al reforzar su posición y que la única finalidad constitucional de los puestos que Decimus podía conceder era precisamente ésa, reforzar su posición. Unos pocos británicos biliosos no suscribieron semejante artículo de fe, pero sus objeciones eran puramente teóricas. Con sentido práctico, se olvidaron del asunto, considerando que era interés de otros británicos desconocidos que vivían en algún otro lugar o en ningún lugar concreto. De la misma manera, en Inglaterra, gran número de británicos sostuvieron veinticuatro horas seguidas que aquellos británicos invisibles y anónimos «debían tomar medidas» y que si aceptaban la situación sin rechistar bien se la merecían. Si bien ni a orillas del amarillo Tíber ni a orillas del negro Támesis quedó claro de qué clase eran los británicos remisos, dónde y por qué se ocultaban las desgraciadas criaturas y cómo podía ser que abandonaran constantemente el cuidado de sus intereses, cuando tantos otros británicos no podían explicarse que no cuidaran de ellos.

La señora Merdle difundió la noticia, al tiempo que recibía las felicitaciones por ella, con finura e indiferencia, con lo cual conseguía darle mayor relevancia, igual que la montura resalta la joya. Sí, decía, Edmund había aceptado el puesto. El señor Merdle lo deseaba y eso había hecho. Esperaba que a Edmund le gustara, pero lo cierto era que no lo sabía porque lo retendría en la ciudad y él prefería el campo. Sin embargo, no era una posición desagradable... y era toda una posición. No podía negarse que se trataba de un gesto amable dirigido al señor Merdle y no era mala cosa si a Edmund le gustaba. Y era mejor que tuviera algo que hacer y era mejor que cobrara por ello, aunque quedaba por ver si le resultaría más agradable que el ejército.

Así era el Busto: toda una maestra en el arte de parecer que no daba importancia a las cosas mientras, en realidad, lo que hacía era recalcarlas. Mientras Henry Gowan, al que Decimus había despreciado, recorría todos sus círculos de amistades entre la Puerta del Pueblo y la población de Albano jurando, casi con lágrimas en los ojos

(pero sin llegar a ese extremo), que Sparkler era el asno de mejor carácter, más sencillo y más adorable que había pastado en el prado público; y que sólo una circunstancia le habría entusiasmado más que el hecho de que el querido asno consiguiera el puesto, y habría sido conseguirlo él. Era, decía, lo ideal para Sparkler: no había nada que hacer y lo haría con gran encanto; pagaban un estupendo sueldo y lo cobraría con gran encanto; era un nombramiento apropiadísimo, magnífico, sensacional; casi perdonaba a quien se lo había concedido que no hubiera pensado en él, tanto le alegraba que el querido asno, por el que sentía tanto afecto, tuviera tan buen estable. Y su benevolencia no terminaba ahí. En todas las ocasiones sociales se tomaba la molestia de poner al señor Sparkler en primer plano para que destacara ante los presentes; y, aunque este gesto tan considerado siempre tenía como resultado que el joven caballero ofreciera un pobre espectáculo, nadie podía poner en duda las amistosas intenciones que lo guiaban.

A menos que las pusiera en duda la persona que era objeto del afecto del señor Sparkler. La señorita Fanny se encontraba en aquel momento en la difícil situación de que todo el mundo supiera quién era su admirador sin que ella lo hubiera rechazado, aunque lo tratara según su capricho. Por ello, se identificaba con el caballero lo bastante para sentirse molesta cuando él hacía el ridículo más que de costumbre; y por ello, dado que no le faltaba rapidez, a veces contraatacaba a Gowan y echaba una mano a Sparkler. Sin embargo, mientras lo hacía, se avergonzaba de él y no acababa de decidir si lo abandonaba o le daba esperanzas, cada día más dudosa, torturada por el temor de que la señora Merdle triunfara sobre su desconcierto. Con semejante confusión en la cabeza, no es de extrañar que una noche Fanny llegara a casa de un concierto y un baile en la residencia de la señora Merdle en gran estado de inquietud y, mientras su hermana intentaba calmarla afectuosamente, la apartara de un empujón del tocador donde intentaba llorar con rabia, y declarara con el pecho agitado que odiaba a todo el mundo y preferiría estar muerta.

—Querida Fanny, ¿qué pasa? Cuéntamelo.

—Que qué me pasa... Anda que eres un topo —contestó Fanny—. Si no fueras la más ciega de todos los ciegos ni se te ocurriría preguntármelo. ¡Crees que tienes ojos en la cara y se te ocurre preguntarme qué me pasa!

—¿Tiene algo que ver con el señor Sparkler, querida Fanny?

—¡El se-ñor Spar-kler! —repitió Fanny con una burla infinita, como si fuera la última persona en el sistema solar que pudiera pasarle por la cabeza—. No, señorita murciélago, no es él.

Se arrepintió de inmediato de haberse burlado de su hermana y, entre sollozos, reconoció que sabía que era odiosa pero que todo el mundo la empujaba a serlo.

—Querida Fanny, me parece que esta noche no te encuentras bien.

—¡Tonterías! —contestó la joven, de nuevo furiosa—. Estoy tan bien como tú. Y

no estaría presumiendo en vano si dijera que incluso mejor.

La pequeña Dorrit, pobrecita, al ver que no había manera de ofrecer consuelo a su hermana sin que lo rechazara, decidió callarse. Al principio, Fanny también lo tomó a mal y, frente al espejo, dijo que la peor hermana que podía tener una joven era una hermana boba. Sabía que en ocasiones tenía muy mal carácter y resultaba odiosa; y que cuando resultaba odiosa lo que mejor le venía era que se lo dijeran; pero, como había tenido la mala suerte de tener una hermana boba, ésta nunca se lo decía y, en consecuencia, todo la tentaba y empujaba a ser más desagradable. Además (dijo con rabia mirando al espejo), no quería pedir perdón a nadie. No era un buen ejemplo tener que disculparse continuamente ante una hermana menor. Ahí estaba el truco: siempre la colocaban en la posición de tener que pedir perdón, le gustara o no. Finalmente, estalló en un violento llanto y, cuando Amy se sentó a su lado para consolarla, exclamó:

—¡Amy, eres un ángel! Pero tengo que decirte algo, tesoro mío —prosiguió cuando la amabilidad de su hermana la hubo calmado—. En resumidas cuentas, la cosa es así: esto no puede seguir como hasta ahora y terminará de un modo u otro.

Como la afirmación era vaga, aunque perentoria, la pequeña Dorrit le contestó.

—Pues hablemos.

—Eso mismo, querida —asintió Fanny mientras se secaba los ojos—. Hablemos. De nuevo vuelvo a comportarme como un ser racional y tendrás que aconsejarme. ¿Querrás aconsejarme, querida niña?

Incluso Amy sonrió ante la idea, pero contestó:

—Claro que quiero aconsejarte, Fanny, tan bien como pueda.

—Gracias, queridísima Amy —contestó Fanny con un beso—. Eres mi áncora.

Tras abrazar a su áncora con gran afecto, Fanny cogió un frasco de agua de colonia de la mesa y pidió a su doncella un buen pañuelo. Después dijo a la camarera que no la necesitaría más aquella noche y se dispuso a oír los consejos de su hermana; de vez en cuando, se daba toquecitos con el pañuelo y la colonia en los ojos y la frente para refrescárselos.

—Querida mía —empezó Fanny—, nuestros caracteres y puntos de vista son tan distintos (dame otro beso, querida) que te sorprenderé con lo que voy a decirte. Lo que voy a decirte, querida, es que, a pesar de nuestro patrimonio, socialmente hablando sufrimos ciertas desventajas. ¿Entiendes lo que quiero decir, Amy?

—Seguro que te entenderé si me cuentas un poco más —contestó Amy amablemente.

—Bien, querida, lo que quiero decir es que, al fin y al cabo, somos recién llegados a esta vida elegante.

—Estoy segura, Fanny —la interrumpió la pequeña Dorrit con admiración ardiente—, de que a ti no se te nota.

—Bueno, querida niña, tal vez no —dijo Fanny—, aunque es muy amable y cariñoso por tu parte, niña preciosa, decirlo. —Con estas palabras le dio unos golpecitos en la frente y luego sopló un poquito sobre ella—. Pero, como todo el mundo sabe, tú eres la persona más tierna del mundo. Sigamos... Papá es muy erudito y es todo un caballero pero en algunos detalles sin importancia es un poco diferente de otros caballeros con fortuna similar: en parte por lo que ha tenido que pasar, pobrecillo; y en parte, me imagino, porque tiene siempre presente, mientras les está hablando, lo que otros podrían pensar. Nuestro tío, querida, es totalmente impresentable. Aunque sea un encanto y yo sienta por él mucho cariño, desde un punto de vista social es inaceptable. Edward es terriblemente despilfarrador y lleva una vida disipada. No quiero decir que eso no sea propio de un caballero (todo lo contrario), sino que no lo hace bien y que, si se me permite la expresión, gasta demasiado para la fama que obtiene a cambio.

—Pobre Edward —suspiró la pequeña Dorrit, abarcando a toda la familia con el suspiro.

—Sí. Y pobres de ti y de mí —contestó Fanny un poco seca—. ¡Es cierto! Además, querida Amy, no tenemos madre y tenemos una señora General. Y te diré de nuevo, querida, que la señora General, si se me permite alterar el proverbio y adaptarlo, es un gato con guantes que *sí* caza ratones. Estoy bastante segura de que esa mujer se convertirá en nuestra madrastra.

—Me cuesta creerlo, Fanny...

Fanny la interrumpió.

—Bueno, no me lo discutas, Amy —contestó—, porque estoy mejor informada que tú. —Con la sensación de haber sido brusca de nuevo, volvió a dar unos golpecitos en la frente a su hermana con el pañuelo y volvió a soplar—. Para seguir con el asunto, querida, la cuestión es si yo (soy orgullosa y valiente, Amy, como sabes tú bien: demasiado, me atrevería a decir) voy a tomar la decisión de sacar adelante a la familia.

—¿Cómo? —preguntó su hermana, inquieta.

—No voy a tolerar que la señora General sea mi madrastra —dijo Fanny, sin contestar a la pregunta—. Y no voy a tolerar que me mangonee o atormente la señora Merdle.

La pequeña Dorrit puso la mano sobre la mano que sujetaba la botella de colonia con una expresión todavía más inquieta. Fanny empezó a darse golpecitos en la frente con tanta fuerza como si se castigara y prosiguió muy nerviosa:

—Nadie puede negar que ha conseguido una buena posición de un modo u otro, ahora no viene al caso cómo. Nadie puede negar que es un buen partido. En cuanto a si es listo o no es listo, dudo mucho que a mí me conviniera un marido listo. No soy capaz de someterme. No podría dejarme llevar por él.

—Oh, querida Fanny —exclamó con tono de reproche la pequeña Dorrit, de la que se había ido apoderando una sensación de terror a medida que advertía el significado de las palabras de su hermana—. Si estuvieras enamorada, pensarías de otro modo. Si estuvieras enamorada, no querrías ser tú sino que querrías olvidarte de ti misma y dedicarte a él. Si estuvieras enamorada, Fanny...

Fanny había dejado de dar golpecitos y la miraba fijamente.

—¡Vaya! —exclamó Fanny—. ¿De verdad? Hay que ver lo mucho que algunas personas saben de algunas cosas. Dicen que todo el mundo tiene algún tema favorito y, desde luego, parece que este es el tuyo, Amy. Venga, niña, estaba hablando en broma —reanudó los golpecitos—. Pero no seas boba y no te pongas a divagar con tanta elocuencia sobre algo que es imposible. Vuelvo al asunto del que hablaba.

—Querida Fanny, déjame decir primero que preferiría que tuviéramos que volver a trabajar para vivir modestamente que verte rica y casada con el señor Sparkler.

—¿Que te lo deje decir? —repuso Fanny—. Claro, querida, te dejo decir lo que quieras. Espero que nadie te lo impida. Estamos aquí para hablar de estas cosas. Y lo de casarme con Sparkler... no tengo la menor intención de hacerlo esta noche ni tampoco mañana por la mañana.

—¿Y algún otro día?

—En este momento creo que nunca —contestó Fanny con indiferencia. De repente, trocando la indiferencia en ardiente desasosiego, añadió—: hablas de hombres inteligentes, Amy. Está muy bien hablar de hombres inteligentes, pero ¿dónde están? ¡No veo ninguno por aquí!

—Querida Fanny, en tan poco tiempo...

—Poco tiempo o mucho tiempo —interrumpió Fanny—. Nuestra situación me impacienta. No me gusta y necesito poca cosa para desear cambiarla. Algunas jóvenes educadas de otro modo y en otras circunstancias se sorprenderían de lo que digo o de lo que hago. Que se sorprendan. Están marcadas por su vida y su carácter. Yo lo estoy por los míos.

—Fanny, querida Fanny. Sabes que posees cualidades que te hacen digna de alguien mucho mejor que el señor Sparkler.

—Amy, querida Amy —contestó Fanny, parodiando sus palabras—. Sé que deseo una posición más clara y mejor en la que pueda mostrarme con aplomo ante esa mujer insolente.

—Perdona que te lo pregunte, pero ¿para eso te casarías con su hijo?

—Quizá sí —contestó Fanny con una sonrisa de triunfo—. Podría haber vías menos prometedoras, querida. Esa insolente podría pensar que sería un gran éxito hacerme cargar con su hijo y luego apartarme, pero quizá no tiene la menor idea de cómo me portaría si me casara con su hijo. Me opondría a ella en todo y competiría con ella. Sería el objetivo de mi vida.

Al llegar a este punto, Fanny dejó el frasco y empezó a pasear por la habitación; cada vez que hablaba se detenía y se quedaba inmóvil.

—Una cosa haría seguro, Amy. ¡La haría más vieja! —A esta frase siguió otro paseo—. Hablaría de ella como de una anciana. Simularía saberlo todo sobre su edad, aunque no lo supiera, pero lo averiguaría a través de su hijo. Y me oiría decirle con afecto y respeto lo bien que estaba teniendo en cuenta su edad. Sólo por el hecho de que soy más joven ella parecería más vieja. Quizá no sea tan guapa como ella, imagino que no soy buen juez; pero sé que soy lo bastante bonita para convertirme en una espina clavada en su costado. ¡Y lo sería!

—Querida hermana, ¿te condenarías a una vida infeliz por este motivo?

—No sería una vida infeliz, Amy, Estoy hecha para llevar una vida así. Sea por naturaleza o por las circunstancias, da lo mismo, es el tipo de vida para el que estoy hecha.

Estas palabras tenían un tono desolado; pero, con una carcajada breve y orgullosa, Fanny dio otro paseo y, después de pasar por delante de un gran espejo, se detuvo.

—Figura, figura, Amy. Bien, la mujer tiene buena figura. No puedo negarlo, lo concedo. Pero ¿tan por encima se encuentra de las demás? Te aseguro que no lo creo. Da a una mujer mucho más joven la capacidad de vestir como ella, casada, y ya veríamos qué pasaba, querida.

La idea le resultaba agradable y halagadora, por lo que al volverse a sentar estaba más alegre. Le cogió las manos a su hermana y dio con ellas una palmada por encima de su cabeza mientras riendo le miraba la cara.

—Y la bailarina, Amy, que ella casi ha olvidado, la bailarina que no se parecía a mí y a la que yo no le recuerdo, claro que no... bailarían en su vida y bailarían en su camino una melodía que alteraría un poco su tranquilidad, sólo un poco, Amy, sólo un poco.

Al ver la mirada seria e implorante de Amy, Fanny le bajó las manos y le puso una sobre los labios.

—Venga, no me llesves la contraria, niña —dijo, más severa—, porque no conseguirás nada. Entiendo de estos asuntos mucho más que tú. Todavía no he tomado una decisión, pero podría tomarla. Ahora hemos hablado ya de esto cómodamente y podemos irnos a la cama. Querida ratoncita, buenas noches.

Con estas palabras, Fanny levó el ancla y, tras escuchar todos los consejos, no quiso recibir más por el momento.

A partir de entonces, Amy observó el trato que el ama daba a su esclavo Sparkler con nuevos motivos para dar importancia a todo lo que pasaba entre ellos. En algunas ocasiones, Fanny parecía incapaz de soportar su debilidad mental y se impacientaba tanto que a punto estaba de despedirlo para siempre; en otras ocasiones se llevaba mucho mejor con él, cuando él la divertía y cuando el sentimiento de superioridad de

Fanny parecía compensar el otro peso de la balanza. Si el señor Sparkler no hubiera sido el más fiel y sumiso de los enamorados, el mal trato que recibía lo habría hecho huir del escenario de sus penas y habría puesto entre él y su encantadora, como mínimo, la distancia que hay entre Roma y Londres. Pero no tenía más voluntad que el barco que es remolcado; y seguía a su cruel ama dando tumbos, arrastrado por una fuerza irresistible.

La señora Merdle, mientras tanto, hablaba poco con Fanny pero hablaba bastante de ella. Se veía forzada a mirarla a través de sus impertinentes y a hacer los obligados comentarios sobre su belleza, ya que éstos se imponían. La expresión de desafío que la belleza adoptaba al oír los elogios (porque, por lo general, los oía) no indicaba concesión alguna al imparcial Busto; y la máxima venganza que el Busto se permitía era decir con voz audible:

—Una belleza echada a perder, pero ¿a quién le extraña con esa cara y esa figura?

Habrían pasado un mes o seis semanas desde la noche de los consejos cuando la pequeña Dorrit empezó a pensar que advertía un entendimiento mayor entre Fanny y Sparkler. El señor Sparkler, como si obedeciera a un pacto, casi nunca hablaba sin mirar primero a Fanny pidiéndole permiso. La joven era demasiado discreta para devolverle la mirada; pero, si el señor Sparkler tenía permiso para hablar, ella guardaba silencio; si no lo tenía, hablaba ella. Además, era evidente que ya no se dejaba llevar por Henry Gowan cuando éste intentaba arrastrarlo. Y no sólo eso sino que, además, Fanny, aunque no viniera a cuento, lanzaba pullas con tal aguijón que Gowan retrocedía como si hubiera metido la mano en un avispero.

Otra circunstancia confirmó los temores de la pequeña Dorrit, aunque fuera en sí un detalle de poca importancia. La actitud del señor Sparkler con ella cambió, se convirtió en fraternal. Algunas veces, en una reunión —en su propia residencia, en la de la señora Merdle u otra—, aunque no en el centro de ella, notaba que, de repente, el señor Sparkler le rodeaba la cintura con el brazo. El señor Sparkler nunca le ofrecía la menor explicación por estas atenciones; se limitaba a sonreír con aire de propietario torpe, satisfecho y bonachón; cosa que en un caballero tan lerdo resultaba ominosamente expresivo.

Un día estaba la pequeña Dorrit en casa pensando en Fanny con gran preocupación. En un extremo de sus habitaciones había una sala que era casi toda ella una ventana irregular sobre la calle que dominaba toda la vida pintoresca y variada del Corso en ambas direcciones. A las tres o cuatro de la tarde, hora inglesa, la vista desde esa sala era brillante y peculiar; la pequeña Dorrit acostumbraba a sentarse para meditar, igual que se había acostumbrado a pasar el rato en el balcón de Venecia. Estaba ahí sentada un día cuando notó que le tocaban en el hombro suavemente, oyó que Fanny le decía: «Hola, querida Amy», y se sentaba a su lado. El asiento formaba parte de la ventana; cuando había procesiones colgaban brillantes tapices y se

arrodillaban o se sentaban para mirar, inclinadas sobre los colores brillantes. Pero aquel día no había procesión y a la pequeña Dorrit le extrañó bastante que Fanny estuviera en casa, ya que era su hora de montar a caballo.

—Hola, Amy —dijo Fanny—, ¿en qué estas pensando, niña?

—Pensaba en ti, Fanny.

—¡Vaya, qué coincidencia! También hay aquí otra persona, ¿no estarías pensando también en ella, Amy?

Lo cierto era que Amy sí había estado pensando en esa otra persona, dado que se trataba del señor Sparkler; sin embargo, no dijo nada mientras le tendía la mano. El señor Sparkler entró y se sentó a su lado, y Amy sintió el abrazo familiar que, al parecer, incluía también a Fanny.

—Bien, hermanita —dijo Fanny con un suspiro—. Supongo que sabes lo que significa esto.

—Es tan guapa como querida —tartamudeó Sparkler—. Y muy sensata... Está todo claro...

—No hace falta que se lo cuentes, Edmund —dijo Fanny.

—No, amor mío —contestó el señor Sparkler.

—En definitiva, tesoro —prosiguió Fanny—, en resumen, nos hemos prometido. Tenemos que contárselo a papá esta noche o mañana, cuando se presente la oportunidad. Ya está decidido y hay poco más que decir.

—Mi querida Fanny —dijo el señor Sparkler con deferencia—, me gustaría decirle unas palabras a Amy.

—Bueno, bueno: dilas, por amor de Dios —contestó la joven dama.

—Estoy convencido, querida Amy —dijo Sparkler—, que si existe alguna joven parecida a su bella e inteligente hermana y muy sensata...

—Eso ya lo sabemos, Edmund —intervino la señorita Fanny—. No te preocupes. Y olvídate de la sensatez.

—Sí, amor mío —dijo Sparkler—. Y le aseguro, Amy, que mi mayor felicidad, casi tanta como haber sido honrado por la elección de una joven gloriosa que da muestras de gran sensa...

—¡Por favor, Edmund, por favor! —lo interrumpió Fanny dando con su lindo pie una patadita en el suelo.

—Cariño, tienes razón —dijo el señor Sparkler—. Ya sé que tengo la costumbre de decir eso. Lo que quería dejar claro es que nada puede hacerme más feliz, casi tan feliz como unirme a la más maravillosa de las jóvenes, que tener la felicidad de cultivar el afectuoso parentesco con Amy. Quizá yo en algunas cosas no esté a la altura —añadió noblemente—; y soy consciente de que si se preguntara por ahí la opinión general sería que no lo estoy; pero a la altura de Amy, estoy seguro de que sí.

El señor Sparkler le dio un beso para demostrarlo.

—Un cuchillo, un tenedor y una habitación —prosiguió el señor Sparkler, poniéndose, en comparación con sus antecedentes oratorios, un poco prolijo— estarán siempre a disposición de Amy. Mi *jefe*, estoy seguro, estará siempre orgulloso de contar con una persona a la que aprecio tanto. Y con mi madre —dijo Sparkler—, que es una mujer notable y muy...

—Edmund, Edmund —volvió a exclamar Fanny.

—Tienes razón, alma mía —contestó Sparkler—. Sé que tengo la costumbre y te doy las gracias, muchacha adorable, por tomarte la molestia de corregirme; pero en todas partes admiten que mi madre es una mujer notable y lo cierto es que no tiene nada...

—Quizá sí o quizá no —contestó Fanny—, pero te ruego que no lo repitas.

—No lo repetiré, cariño —contestó Sparkler.

—Me parece que, en realidad, no tienes nada más que decir, Edmund, ¿verdad? —preguntó Fanny.

—Claro que no, muchacha adorable —contestó Sparkler—. Me disculpo por haber hablado demasiado.

Con algo parecido a una inspiración, Sparkler se dio cuenta de que el comentario de Fanny implicaba que tal vez debería marcharse. Por lo tanto, retiró el abrazo fraternal y dijo que, si se lo permitían, se retiraba. No se fue sin haber recibido antes las felicitaciones de Amy, en la medida en que ésta pudo expresarlas en su preocupado estado de ánimo.

Cuando se marchó, exclamó:

—¡Fanny, Fanny! —Y se volvió hacia su hermana en la luminosa ventana, se apoyó en su pecho y se echó a llorar. Al principio, Fanny se rio, pero pronto acercó su rostro al de su hermana y lloró también, aunque sólo un poquito. Fue la última vez que Fanny manifestó que no había en ella ningún sentimiento oculto, doblegado o reprimido; a partir de ese momento, tenía por delante el camino elegido y avanzó por él con paso decidido.

Capítulo XV

No existe traba ni impedimento
para que estas dos personas contraigan matrimonio

El señor Dorrit, cuando su hija mayor le comunicó que había aceptado la propuesta matrimonial del señor Sparkler, al que había dado su palabra, recibió la noticia con mucha dignidad y, al mismo tiempo, con una gran exhibición de orgullo paterno: su dignidad se dilataba con la ampliada perspectiva de un mejor terreno desde el cual trabar amistades, y su orgullo paterno crecía con la rápida comprensión por parte de Fanny de este objetivo vital. Manifestó a su hija que esa noble ambición encontraba ecos armoniosos en su corazón y la bendijo, en tanto que hija obediente y seguidora de buenos principios, entregada a la mayor gloria del apellido familiar.

Al señor Sparkler, cuando Fanny permitió que apareciera, el señor Dorrit le dijo que no pretendía ocultar que la alianza que les había hecho el honor de proponer era muy afín a sus sentimientos; tanto porque coincidía con los afectos espontáneos de su hija Fanny como porque ofrecía a la familia un vínculo gratificante con el señor Merdle, la eminencia de la época. Y también mencionó con palabras muy laudatorias a la señora Merdle, destacada dama, rica en distinción, elegancia, gracia y belleza. Se sintió obligado a señalar (estaba seguro de que un caballero con la fina sensatez del señor Sparkler sabría comprenderlo con delicadeza) que no podía dar la propuesta por definitiva hasta tener el privilegio de entablar cierta correspondencia con el señor Merdle a fin de asegurarse de que el compromiso se atenía a la opinión de aquel caballero tan destacado, y de que su hija (la del señor Dorrit) sería recibida tal como su posición en la vida, su dote y sus aspiraciones le daban al señor Dorrit derecho a reclamar, y de que seguiría perteneciendo a lo que él confiaba que se le permitiese llamar, sin parecer en modo alguno mercenario, el ojo del gran mundo. Mientras decía estas palabras, que su condición de caballero de cierta posición y su condición de padre le exigían, no quiso que la diplomacia lo obligase a ocultar que la proposición de matrimonio quedaba esperanzadoramente en suspenso y a la espera de aceptación, y que agradecía al señor Sparkler la deferencia que les mostraba a él y a su familia. Terminó con algunas observaciones más de índole general sobre... ejem... el carácter de un caballero de posición independiente y el carácter... ejem... de un padre que tal vez fuera demasiado parcial y admirador de su hija. En definitiva, el señor Dorrit recibió el ofrecimiento del señor Sparkler igual que habría aceptado en otros tiempos tres o cuatro monedas de media corona.

El señor Sparkler, aturdido por las palabras que se amontonaban en su inofensiva cabeza, contestó de manera breve si bien pertinente; más o menos dijo que hacía

tiempo había advertido que la señorita Fanny era una joven muy sensata y que estaba seguro de que su *jefe* se mostraría conforme. Al llegar a este punto, el objeto de su afecto le cerró la boca como si fuera una caja de resorte y le rogó que se marchara.

Poco después, el señor Dorrit fue a presentar sus respetos al Busto y éste lo recibió con gran consideración. Edmund había informado ya a su madre; al principio, ésta se había sorprendido porque nunca se había imaginado que Edmund fuera un hombre casadero. La Sociedad no había tenido a Edmund por casadero. No obstante, ella, como mujer (¡nosotras, las mujeres, adivinamos estas cosas por instinto, señor Dorrit!), se había dado cuenta de que Edmund estaba cautivado por la señorita Dorrit y declaró con franqueza al señor Dorrit que él era el responsable, por haber llevado al extranjero a una joven tan encantadora para que volviera locos a sus compatriotas.

—¿Debo tener pues el honor de deducir, señora —dijo el señor Dorrit—, que aprueba usted el rumbo que han tomado los afectos de su hijo?

—Le aseguro, señor Dorrit —contestó la dama—, que, personalmente, estoy encantada.

El señor Dorrit se quedó muy complacido.

—Personalmente —repitió la señora Merdle—, estoy encantada.

La repetición casual de la palabra «personalmente» movió al señor Dorrit a manifestar la esperanza de que no faltaría tampoco la aprobación del señor Merdle.

—No puedo dar una respuesta positiva en nombre del señor Merdle —dijo la señora Merdle—. Los caballeros, y en especial aquellos a los que la Sociedad llama capitalistas, tienen ideas propias sobre estos asuntos. Pero yo diría... y sólo es mi opinión, señor Dorrit... yo diría que el señor Merdle, en general... —la señora Merdle se pasó revista a sí misma antes de añadir—: estará encantado.

A la mención de los caballeros que la Sociedad llamaba capitalistas, el señor Dorrit había reaccionado con unas tosecitas, como si expresara cierto reparo íntimo. La señora Merdle lo observó y le dio la réplica.

—En realidad, señor Dorrit, huelga esta observación por mi parte, pero la franqueza me empuja a decir algo que es de gran importancia para una persona a quien tengo en la más alta consideración y con quien espero tener el placer de mantener una relación todavía más agradable. Porque creo que es muy probable que vea usted las cosas desde el mismo punto de vista del señor Merdle, si bien las circunstancias han hecho que la suerte o la desgracia del señor Merdle consista en estar ocupado en transacciones comerciales y que éstas, por vastas que sean, estrechen un poco su horizonte. En cuestión de negocios soy una niña —dijo la señora Merdle—, pero temo que puedan tomar ese camino, señor Dorrit.

Este hábil movimiento de balancín entre el señor Dorrit y la señora Merdle en el que alternativamente uno subía y bajaba el otro, sin que por ello ninguno de los dos obtuviera ventaja, actuó como sedante de la tos del señor Dorrit. Éste señaló con la

mayor cortesía que debía permitirle que protestara por la hipótesis, aunque fuera obra de la propia señora Merdle, esa dama tan perfecta y elegante (la señora en cuestión inclinó la cabeza ante el cumplido), de que los negocios del señor Merdle, que tan por encima quedaban de las pequeñas iniciativas del resto de los hombres, hicieran otra cosa que ensanchar y expandir el talento que los concebía.

—Es usted la generosidad misma —contestó la señora Merdle con su mejor sonrisa—. Esperemos que así sea. Pero confieso que en mis ideas sobre los negocios soy casi supersticiosa.

El señor Dorrit le dedicó otro cumplido al señalar que los negocios, como el tiempo que era precioso para ellos, estaban hechos para esclavos, no para la señora Merdle, que reinaba sobre los corazones a su antojo. La señora Merdle se rio, y el señor Dorrit tuvo la sensación de que el Busto se sonrojaba, con lo que conseguía uno de los efectos más favorecedores.

—Digo todo esto —explicó la señora Merdle a continuación— porque el señor Merdle siempre se ha tomado el mayor interés en Edmund y siempre ha expresado el más intenso deseo de mejorar su posición. Me parece que ya conoce usted el cargo que ocupa Edmund. En cuanto a su posición particular, depende por completo del señor Merdle. Pero, siendo una absoluta nulidad para los negocios, no puedo saber nada más.

El señor Dorrit expresó de nuevo a su manera el sentimiento de que los negocios nunca serían tan importantes como las damas hechiceras y esclavizadoras. Mencionó entonces su intención, como caballero y padre, de escribir al señor Merdle. La señora Merdle aplaudió con todo su corazón —o con toda su sagaz razón, que venía a ser lo mismo— y ella misma escribió una carta para poner en situación a la octava maravilla del mundo y la mandó con el primer correo.

En esta comunicación epistolar, igual que en sus diálogos y discursos sobre la gran cuestión que trataban, el señor Dorrit envolvía el asunto con muchas florituras, igual que los maestros calígrafos embellecen los cuadernos de ortografía y cálculo, en los que los títulos de las normas elementales de aritmética se convierten en cisnes, águilas, grifos y otras recreaciones, y donde las letras mayúsculas pierden su cuerpo y alma en un éxtasis de tinta y pluma. Sin embargo, dejó el objetivo de la carta lo bastante claro para permitir que el señor Merdle pudiera simular que se había enterado por esta fuente de la noticia. El señor Merdle dio su conformidad, el señor Dorrit contestó al señor Merdle; el señor Merdle contestó al señor Dorrit y pronto se anunció que los poderes correspondientes habían llegado a un arreglo satisfactorio.

Entonces, y no antes, la señorita Fanny entró en escena, preparada por completo para el nuevo papel. A partir de ese momento, absorbió por completo al señor Sparkler en su luz y brilló por ambos y por veinte más. Liberada de la sensación (que tanta inquietud le había causado) de que necesitaba un lugar y un personaje, el bello

barco empezó a surcar las aguas con firmeza por la ruta prevista y a navegar con una seguridad y un equilibrio que mostraban sus habilidades marineras.

—Después de que los preliminares se hayan arreglado tan convenientemente, ahora, querida mía, creo que anunciaré formalmente... ejem... a la señora General...

—Papá —contestó Fanny, interrumpiéndolo nada más oír ese nombre—, no veo qué tiene que ver la señora General con esto.

—Querida —dijo el señor Dorrit—, sería un acto de cortesía con... ejem... una dama bien educada y refinada...

—Uf, estoy harta de la buena educación y el refinamiento de la señora General —protestó Fanny—. Estoy cansada de la señora General.

—Cansada —repitió el señor Dorrit con asombro y reprobación— de... ejem... la señora General.

—No la aguanto, papá —dijo Fanny—. Y no sé qué tiene que ver con mi matrimonio. Que se dedique a sus propios planes matrimoniales, si es que los tiene.

—Fanny —contestó el señor Dorrit con una lentitud grave y solemne que contrastaba con la ligereza de su hija—, te ruego que expliques... ejem... lo que quieres decir.

—Quiero decir, papá —dijo Fanny—, que si la señora General tuviera sus propios planes matrimoniales, me parece a mí que serían cosa suficiente para ocupar su tiempo libre. Y, si no los tiene, mucho mejor; pero sigue sin apetecerme disfrutar del honor de anunciarle nada.

—Permíteme que te pregunte por qué, Fanny —dijo el señor Dorrit.

—Porque puede enterarse por su cuenta —contestó Fanny—. Me parece que es lo bastante cotilla, creo yo. Que se entere por su cuenta. Si no se entera, ya lo sabrá cuando me case. Y espero que no lo interprete como falta de afecto por usted, papá, si digo que ese papel es el que le corresponde a la señora General.

—Fanny —dijo el señor Dorrit—, me desconciertas. Me disgusta esta... ejem... caprichosa e incomprensible muestra de animosidad contra... ejem... la señora General.

—Le ruego que no lo llame animosidad —insistió Fanny—, porque le aseguro que no creo que la señora General merezca mi animosidad.

Al oír estas palabras, el señor Dorrit se levantó de la silla y se plantó delante de su hija con una mirada de severa reprobación. Ella, dando vueltas a un brazalete que llevaba en el brazo y mirando de vez en cuando a su padre, añadió:

—Papá, siento muchísimo que no le guste, pero no puedo evitarlo. No soy una niña, no soy Amy y tengo que hablar.

—Fanny —dijo el señor Dorrit jadeando tras un silencio mayestático—. Te ruego que no te muevas de aquí mientras anuncio formalmente a la señora General, en su condición de dama ejemplar... ejem... y miembro de confianza de esta familia...

ejem... el cambio que va a producirse entre nosotros; no sólo te lo pido sino que...
ejem... insisto en ello...

—Oh, papá —exclamó Fanny, dando especial significado a sus palabras—, si tan importante es para usted, no me queda más remedio que obedecer. Sin embargo, espero que se me permita tener una opinión propia porque, dadas las circunstancias, no puedo evitarlo.

Tras decir estas palabras, Fanny se sentó con una mansedumbre que, entre tanta extremosidad, resultaba desafiante; su padre no supo o no quiso contestar y llamó a Tinkler a su presencia.

—La señora General.

Tinkler, que no estaba acostumbrado a recibir órdenes tan concisas sobre la bella barnizadora, se quedó quieto. El señor Dorrit, viendo todo Marshalsea y todos los testimonios en la pausa, reaccionó violentamente.

—¿Cómo se atreve usted, caballero? ¿Qué pretende?

—Le ruego que me perdone, señor —dijo Tinkler—. Quería saber...

—Usted no quiere saber nada —exclamó el señor Dorrit, congestionado—. No me diga qué quiere. No quiere nada. Se está usted burlando de mí.

—Le aseguro, señor... —empezó Tinkler.

—¡No me asegure usted nada! —dijo el señor Dorrit—. No quiero que un criado me asegure nada. Está usted burlándose de mí. Está usted despedido, están todos despedidos, ¿a qué espera?

—Espero ordenes, señor.

—Mentira —dijo el señor Dorrit—, ha recibido usted ya la orden. Ejem... Quiero que le presente mis respetos a la señora General y le comunique que le ruego que venga a verme, si le resulta conveniente, unos minutos. Estas son las órdenes.

Al ejecutar el recado, tal vez Tinkler expresara además que el señor Dorrit estaba furioso. Fuera como fuere, no tardaron en oír cómo se aproximaba la falda de la señora General, casi a saltos, con insólita celeridad. Se detuvo, sin embargo, en la puerta y entró en la sala con la habitual frialdad.

—Señora General —dijo el señor Dorrit—, siéntese.

La señora General, con una graciosa inclinación de agradecimiento, se acomodó en la silla que el señor Dorrit le ofrecía.

—Señora —prosiguió el caballero—, dado que ha tenido usted la amabilidad de hacerse cargo de la... ejem... formación de mis hijas y como estoy convencido de que nada que las afecte a ellas puede... ejem... resultarle indiferente...

—Eso sería totalmente imposible —dijo la señora General con la mayor tranquilidad.

—Deseo, pues, anunciarle, señora, que mi hija aquí presente...

La señora General inclinó ligeramente la cabeza hacia Fanny, la cual contestó

inclinando la suya profundamente y adoptando de nuevo una actitud altiva.

—... que mi hija Fanny es... ejem... está prometida con el señor Sparkler, al que usted conoce ya. Así pues, señora, se verá usted aliviada de la mitad de su difícil cometido... ejem... difícil cometido —el señor Dorrit lo repitió mirando de soslayo a Fanny enojado—. Sin que ello implique, espero, que disminuya el papel que, de modo directo o indirecto, en este momento tiene la amabilidad de desempeñar en mi familia.

—Señor Dorrit —respondió la señora General con las manos enguantadas reposando ejemplarmente en su regazo—, es usted muy considerado y aprecia, tal vez en exceso, mis amistosos servicios.

(Fanny tosió como si dijera: «Tiene usted razón»).

—La señorita Dorrit ha actuado con la mayor discreción que exigían las circunstancias y confío en que me permita ofrecerle mis más sinceras felicitaciones. Estos acontecimientos suelen ser muy auspiciosos cuando surgen lejos de las ataduras de la pasión —la señora General cerró los ojos al decir esta palabra, como si no fuera capaz de pronunciarla mientras veía a alguien—, cuentan con el consentimiento de los parientes próximos y cimentan la orgullosa estructura de un edificio familiar. Confío en que la señorita Dorrit me permita dedicarle mis mejores deseos.

Al llegar a este punto, la señora General se detuvo y añadió internamente para mejorar su expresión: «Papá, pera, pollo, prisma y patatas».

—El señor Dorrit —agregó en voz alta— es siempre muy atento; y le ruego que acepte el tributo de mi gratitud por haber tenido la atención, añadiría incluso distinción, de otorgarme tan pronto esta muestra de confianza. Mis agradecimientos y mis felicitaciones se destinan por igual al señor y a la señorita Dorrit.

—En mi caso —observó la señorita Fanny—, estos agradecimientos resultan gratificantes hasta un punto excesivo. Me quita un peso de encima saber que no tiene usted objeciones. No sé qué habría sido de mí si hubiera usted formulado alguna objeción, señora General.

La señora General cambió los guantes de sitio para que el derecho quedara por encima del izquierdo mientras esbozaba una sonrisa de prismas y patatas.

—Merecer su aprobación, señora General —prosiguió Fanny, devolviéndole una sonrisa en la que no había rastro de los mencionados ingredientes—, será, por supuesto, el más alto objetivo de mi vida de casada; perderla sería, por supuesto, una tremenda desdicha. Sin embargo, espero de su gran bondad que no tenga inconveniente, ni tampoco lo tenga papá, en que corrija el pequeño error en que ha incurrido. Es tan cierto que hasta los más listos se equivocan que incluso usted, señora General, ha cometido un pequeño error. La atención y distinción que ha expresado usted tan admirablemente, señora General, y ha vinculado a esta confianza constituyen, sin duda, un cumplido muy generoso, pero no lo merezco. El

mérito de que se le haya consultado a usted habría sido tan grande por mi parte que me parece que no puedo apropiármelo cuando no me corresponde. Es mérito exclusivo de papá. Le agradezco infinitamente las palabras de ánimo y la protección, pero ha sido papá quien los ha solicitado. Le estoy muy agradecida, señora General, por permitir que alivie mi pecho de tan gran peso dando su consentimiento a mi compromiso, pero no tiene que darme las gracias. Espero que le parezca a usted siempre bien mi actitud después de que me haya marchado de casa y que mi hermana siga siendo, durante mucho tiempo, objeto de su trato arrogante, señora General.

Con estas palabras, expresadas con la mayor cortesía, Fanny salió de la sala con aire alegre y elegante; cuando ya no podían oírla, subió las escaleras corriendo, ruborizada, y se echó sobre su hermana, la llamó lironcillo, la zarandeó para que abriera mejor los ojos, le contó lo que había pasado en el piso de abajo y le preguntó qué pensaba de papá en esas circunstancias.

En relación con la señora Merdle, la joven dama se comportaba con gran independencia y serenidad, sin iniciar hostilidades todavía. De vez en cuando tenían una pequeña escaramuza cuando Fanny tenía la sensación de que aquella dama la trataba con tono de suficiencia o cuando la señora Merdle parecía especialmente joven y hermosa; pero la señora Merdle ponía siempre fin a estos episodios hundiéndose entre los cojines con la más elegante indiferencia y dedicando su atención a otra cosa. La Sociedad (porque esa misteriosa criatura también estaba entre las Siete Colinas) encontraba que la señorita Fanny había mejorado mucho con su compromiso. Era mucho más accesible, mucho más independiente y amable, mucho menos exigente; hasta tal punto que ahora tenía una corte de seguidores y admiradores, ante la amarga indignación de las damas con hijas casaderas, que parecieron rebelarse contra la Sociedad por culpa de la señorita Dorrit y levantaron la bandera de la insurrección. La señorita Dorrit, divertida por el revuelo que causaba, no sólo se movía a través de esa rebelión sino que, incluso con ostentación, conducía al señor Sparkler por ella como si dijera: «Si me parece bien desfilar entre ustedes en procesión triunfal asistida por este débil cautivo, y no con alguno más fuerte, es asunto mío. ¡Es decisión mía!». En cuanto al señor Sparkler, no se planteaba nada; iba a donde lo llevaban, hacía cuanto le decían, tenía la sensación de que las distinciones de las que era objeto su novia eran la forma más fácil de ser él también distinguido y estaba muy agradecido por aquel reconocimiento.

El invierno pasó y llegó la primavera en este estado de cosas y se hizo necesario que el señor Sparkler volviera a Inglaterra y se ocupara de la parte que le correspondía en la expresión y dirección del talento, la sabiduría, las relaciones sociales, el ingenio y el sentido común de su país. La tierra de Shakespeare, Milton, Bacon, Newton, Watt, la tierra de multitud de sabios del pasado y el presente, filósofos abstractos, filósofos naturalistas y maestros de la naturaleza y el arte en sus

miles de formas, llamaba al señor Sparkler en su auxilio, no fuera a fallecer. El señor Sparkler, incapaz de resistir el grito desesperado que nacía de las profundidades del alma de su país, declaró que tenía que marcharse.

Por esta razón se hizo urgente dar respuesta a dónde y cómo debía casarse el señor Sparkler con la muchacha más extraordinaria de este mundo y más sensata. Después de un poco de misterio y algunos secretos, la propia Fanny hizo un anuncio a su hermana.

—Oye, niña —le dijo un día—: voy a decirte una cosa. Hay que anunciar el momento y, como es natural, corro a anunciártelo.

—¿Tu boda, Fanny?

—Niña querida, no te adelantes a mis palabras. Deja que te lo comunique a mi manera. En cuanto a tu pregunta, si diera una respuesta literal, debería contestar que no. Porque no se trata tanto de mi boda como de la de Edmund.

Pareció como si la pequeña Dorrit, tal vez no del todo sin motivo, tuviera ciertas dificultades para entender aquella sutil distinción.

—Yo no estoy en ningún aprieto —exclamó Fanny— y no tengo prisa. A mí no me reclaman en ningún puesto ni debo votar en ningún sitio. Pero Edmund sí. Y a Edmund le entristece muchísimo la idea de irse solo y, la verdad, no me gusta que esté solo. Porque, si es posible que haga una tontería (y, por lo general, lo es), seguro que la hace.

Mientras concluía este resumen imparcial de la confianza que le inspiraba su futuro marido, se quitó, con aire de mujer ocupada, la capota que llevaba y la agitó sujetándola por las cintas.

—Así pues, es un asunto más de Edmund que mío. Sin embargo, no hace falta que le demos más vueltas, eso es más que evidente. Pues bien, querida Amy. La cuestión que se plantea es si se va él solo o si no se va solo; y de ahí se deriva si nos casamos aquí rápidamente o nos casamos en Inglaterra dentro de unos meses.

—Veo que voy a perderte, Fanny.

—Qué manera tienes de adelantarte a lo que voy a decirte —exclamó Fanny con aire entre tolerante e impaciente—. Te ruego que hagas el favor de escucharme, querida. Esa mujer —dijo, refiriéndose a la señora Merdle, por supuesto— se queda aquí hasta después de Pascua; de modo que, en caso de que me case aquí y me vaya a Londres con Edmund, esa ventaja que le llevo. Ya es algo. Además, Amy, si esa mujer está fuera, no veo por qué me voy a oponer a la propuesta que el señor Merdle ha hecho a papá de que Edmund y yo nos alojemos en esa casa (ya sabes, aquella a la que fuiste con una bailarina) hasta que elijamos la nuestra y la arreglemos. Además, Amy, papá siempre ha tenido intención de volver en primavera. Si Edmund y yo nos casamos aquí, podríamos ir a Florencia, donde papá nos recogería, y podríamos irnos a Inglaterra los tres juntos. El señor Merdle ha animado a papá a alojarse con él en la

mansión que he mencionado y supongo que eso hará. Pero él es dueño de sus actos y sobre este punto (que no es una cuestión material en absoluto) no puedo decir nada.

Por cómo Fanny presentaba la cuestión quedaba claro que papá era dueño de sus actos y, en cambio, el señor Sparkler no lo era en absoluto. Su hermana no se fijó en ello porque estaba dividida entre la tristeza de la separación inminente y el deseo de que la hubieran incluido en los planes para regresar a Inglaterra.

—Entonces, ¿ésas son las decisiones tomadas, Fanny?

—¡Decisiones! —repitió Fanny—. Hija, agotas la paciencia a cualquiera. Habrás visto que he evitado cuidadosamente esa palabra. Lo que he dicho es que se presentan algunas cuestiones y las he expuesto.

La pequeña Dorrit miró a su hermana a los ojos con expresión tierna y callada.

—Venga, niña mía —dijo Fanny, agitando la capota por las cintas con una impaciencia considerable—: de nada te servirá mirarme fijamente. Cualquier lechuza es capaz de mirar fijamente. Vengo a pedirte consejo, Amy, ¿qué me aconsejas que haga?

—¿No te parece... —preguntó la pequeña Dorrit con tono persuasivo tras una breve vacilación—, no te parece que sería mejor que se retrasara unos meses?

—No, pequeña tortuga —contestó Fanny muy bruscamente—. No lo creo en absoluto.

Al decir esto lanzó la capota y se dejó caer en una silla. Pero volvió a sentirse afectuosa, se levantó de un brinco y se arrodilló en el suelo para abrazar a su hermana con silla y todo.

—No creas que me apresuro o que soy poco amable, querida, porque no es eso. Pero es que eres tan rara... Cuantas más ganas tengo yo de ser dulce, más ganas me das tú de arrancarte la cabeza. ¿No te he dicho, querida niña, que no se puede confiar en Edmund? ¿Y no sabes tú que es cierto?

—Sí, sí, Fanny, eso has dicho, lo sé.

—Y tú también lo sabes, yo lo sé —contestó Fanny—. Bien, querida niña. Si no podemos fiarnos de él supongo que tendré que irme con él, ¿no?

—Eso parece, querida —dijo la pequeña Dorrit.

—Así pues, después de oír las decisiones que hay que tomar, entiendo, querida Amy, que me aconsejas que lo haga.

—Eso parece, querida —dijo la pequeña Dorrit de nuevo.

—Bien —exclamó Fanny con aire de resignación—, entonces supongo que hay que hacerlo. He venido a verte, querida, en cuanto he tenido la duda y la necesidad de tomar una decisión. Ya me he decidido, así que adelante.

Tras ceder ejemplarmente al consejo de su hermana y a la fuerza de las circunstancias, Fanny se mostró muy benévola, como quien ha sometido sus deseos a los del amigo más querido y tiene la conciencia satisfecha por haber hecho ese

sacrificio.

—Después de todo, Amy —dijo a su hermana—, eres la mejor de las criaturitas y estás llena de sentido común: no sé qué voy a hacer sin ti.

Al decir estas palabras la estrechó en sus brazos con verdadero afecto.

—Pero no tengo la menor intención de desprenderme de ti porque espero que seamos casi inseparables. Y ahora, tesoro mío, voy a darte un consejo. Cuando te quedes sola con la señora General...

—¿Voy a quedarme sola con la señora General? —preguntó la pequeña Dorrit con mucha calma.

—Claro, por supuesto, preciosa, hasta que papá vuelva. A menos que consideres que Edward te hace compañía, cosa imposible, aunque esté aquí, pero que desde luego no es posible cuando está en Nápoles o Sicilia. Iba a decir... pero eres una pequeña aguafiestas que no para de hacerme perder el hilo... que cuando te quedes sola con la señora General no permitas que dé por hecho que ella cuida de papá o papá cuida de ella: si puede, lo hará. Conozco su manera de abrirse camino con esos guantes que lleva. Pero no te dejes liar bajo ningún concepto. Y, si papá te dijera al volver que tiene la idea de convertir a la señora General en tu mamá, algo que mi marcha no hace menos probable, te aconsejo que le digas de inmediato: «Papá, me opongo con toda firmeza. Fanny me lo advirtió, ella se opone y yo también me opongo». No quiero decir que una objeción tuya vaya a tener el menor efecto ni que espero que la expreses con la menor firmeza. Pero es una cuestión de principios, principios filiales, y te suplico que no aceptes que se nos imponga a la señora General como madrastra sin intentar que todos cuantos te rodean se sientan lo más incómodos posible. De veras no espero que te mantengas firme... sé que no lo harás, tratándose de papá... pero quisiera que se despertara en ti cierto sentido del deber. En cuanto a mi ayuda o la oposición que pueda yo mostrar a tal matrimonio, te aseguro que no te dejaré en la estacada, cariño. La fuerza que pueda derivarse de mi posición de joven casada no exenta de atractivos (dirigida, como puede hacerse, contra esa mujer) la utilizaré, puedes estar segura, contra la cabeza y el postizo de la señora General (porque estoy convencida de que el pelo que lleva, aunque feísimo, es postizo, aunque parezca imposible que una persona en su sano juicio sea capaz de gastar dinero en algo así).

La pequeña Dorrit recibió este consejo sin aventurarse a oponerse pero sin dar a Fanny ningún motivo para creer que seguiría sus indicaciones. Tras, por así decirlo, haber terminado con su vida de soltera y arreglar sus asuntos mundanos, Fanny procedió con su habitual entusiasmo a prepararse para un importante cambio de estado.

La preparación consistió en enviar a su doncella a París, bajo la protección del guía privado, para que comprara las piezas del ajuar de la novia que sería poco

elegante mencionar en inglés y que no procede citar en francés (pues el autor mantiene el vulgar principio de expresarse en el idioma en el que pretende escribir). El rico y hermoso equipo que compraron los enviados tardó varias semanas en cruzar el país y varias aduanas vigiladas por un inmenso ejército de astrosos mendigos de uniforme que no paraban de pedir, como si cada uno de esos guerreros fuera el anciano Belisario^[41]: y fueron tantas las legiones que, si el guía privado no hubiera gastado un montón de monedas de plata en aliviar su pobreza, las prendas, de tanto removerlas, habrían acabado ajadas antes de llegar a Roma. Sin embargo, a través de tantos peligros avanzaron triunfalmente, paso a paso, y llegaron en buenas condiciones a su destino.

Ahí fueron exhibidas ante una selecta compañía de espectadoras en cuyos gentiles corazones despertaron sentimientos implacables. Al mismo tiempo, se hicieron preparativos para el día en que algunos de esos tesoros debían exponerse al público. Se enviaron tarjetas de invitación al almuerzo a la mitad de los ingleses de la ciudad de Rómulo; la otra mitad hizo lo posible para montar guardia, como críticos voluntarios, en distintos puntos de la ceremonia. El distinguidísimo e ilustrísimo *signor* Edgardo Dorrit cruzó el profundo barro y las roderas (después de haber cultivado su apariencia con la nobleza napolitana) para alegrar la ocasión. El mejor hotel y todos sus marmitones se pusieron a trabajar para preparar el festín. El Banco Torlonia no dejaba de recibir cheques del señor Dorrit. El cónsul británico no había visto casamiento igual en todo su consulado.

Llegó el día y la loba del Capitolio tal vez habría enseñado los dientes con envidia al ver cómo los salvajes isleños organizaban estas cosas. Las estatuas de cabezas asesinas de los malvados emperadores de la soldadesca (a los que los escultores no habían conseguido despojar, con adulación, de su horrible villanía) habrían bajado de sus pedestales para fugarse con la novia. Y la vieja fuente atascada, donde antes se lavaban los gladiadores, habría vuelto a brotar para honrar la ceremonia. El templo de Vesta podría haberse alzado de sus ruinas para dar solemnidad a la ocasión. Podrían haber hecho estas cosas, pero no lo hicieron. También podrían haber hecho mucho los objetos sensibles, incluso los señores y señoras de la creación, pero no hicieron nada. La celebración discurrió con admirable pompa; monjes vestidos de negro, vestidos de blanco y vestidos de rojo se paraban a mirar los carruajes; los campesinos vestidos con pieles de cordero mendigaban y tocaban la flauta bajo las ventanas de la casa; los voluntarios ingleses desfilaban; el día pasó hasta las vísperas, la fiesta llegó a su fin, miles de campanas tocaron ajenas a la fiesta, y san Pedro negó que tuviera algo que ver con ella.

Pero a esa hora la novia concluía ya su primer día de viaje hacia Florencia. La boda se había caracterizado porque sólo hubo novia, nadie se fijó en el novio. Nadie se fijó en la dama de honor. Pocos podrían haberse fijado en la pequeña Dorrit, que

hacía este papel, teniendo en cuenta lo mucho que deslumbraba la novia, y aun suponiendo que alguien se hubiera propuesto localizarla. Así pues, la novia había subido a su hermoso carro, incidentalmente acompañada por el novio y, tras rodar unos pocos minutos sobre buen pavimento, empezaron a verse sacudidos por una ciénaga de desaliento y por una larguísima avenida de ruina y desolación. Según dicen, son muchos los carros nupciales que han recorrido ese camino antes y después de aquel día.

Si la pequeña Dorrit se sintió un poco sola y un poco abandonada aquella noche, nada habría aliviado más su sensación de abatimiento como sentarse a trabajar al lado de su padre, como en otros tiempos, y ayudarlo a cenar y descansar. Pero eso era ahora impensable y, por el contrario, se sentaron en un carruaje de gala con la señora General en el pescante. ¡Y la cena! Si el señor Dorrit hubiera querido cenar, tenía a su disposición un cocinero italiano y un pastelero suizo que se habrían puesto un gorro tan alto como la mitra del Papa y habrían resuelto los misterios de los alquimistas en un laboratorio lleno de utensilios de cobre.

Aquella noche, el señor Dorrit se mostró sentencioso y didáctico. La pequeña Dorrit habría sentido mayor consuelo si se hubiera limitado a ser afectuoso, pero lo aceptaba tal como era —¡cuándo no lo había aceptado tal como era!— e intentó aprender de sus palabras. La señora General se retiró por fin. Por lo general, la ceremonia de retirarse a dormir era en ella la más gélida de todas, como si creyera necesario que la imaginación humana quedase petrificada, con tal de que nadie la siguiera. Tras ejecutar los rígidos preliminares, como maniobras de un pelotón militar, se retiró. Entonces la pequeña Dorrit rodeó con el brazo el cuello de su padre para desearle buenas noches.

—Amy, querida —dijo el señor Dorrit cogiéndole la mano—, aquí termina un día que... ejem... me ha impresionado y me ha satisfecho mucho.

—¿Está usted cansado, padre?

—No —dijo el señor Dorrit—, no. No soy sensible a la fatiga cuando su causa es una ocasión tan... ejem... repleta de tan grandes gratificaciones.

La pequeña Dorrit se alegró de que ésos fueran sus sentimientos y le sonrió sinceramente.

—Querida —prosiguió el señor Dorrit—. Esta ocasión supone... ejem... un buen ejemplo. Un buen ejemplo, mi más querida niña... ejem... para ti.

La pequeña Dorrit, alterada por estas palabras, no supo qué decir, aunque su padre se había detenido como si esperara que dijera algo.

—Amy —prosiguió—, tu querida hermana, nuestra Fanny, ha contraído un matrimonio... ejem... sin duda calculado para extender la base de nuestros... ejem... contactos sociales y... ejem... consolidar nuestras relaciones. Querida, confío en que no esté muy lejano el momento en que aparezca alguien... ejem... una buena pareja

para ti.

—Oh, no, deje que me quede con usted. Se lo ruego. ¡No deseo otra cosa que cuidarlo! —dijo como con una repentina alarma.

—No, no, Amy —dijo el señor Dorrit—. Eso es una debilidad y una tontería, una debilidad y una tontería. Tu posición te impone una... ejem... responsabilidad. Tienes que mejorar esa posición y ser... ejem... digna de ella. En cuanto a cuidarme, puedo... ejem... cuidarme yo solo. Y —añadió, un momento después—, si necesitara que me cuidaran, ejem... con la bendición de la providencia, puedo encontrar quien me cuide y no pensar en... ejem... sacrificarte.

Qué momento del día para aquella declaración altruista; para manifestarla, como si fuera verosímil, para creerla, si fuera posible.

—No digas nada, Amy. Sé muy bien que no puedo acapararte. No puedo... ejem... hacerlo. Mi conciencia no me lo permitiría. Además, querida, aprovecho esta ocasión tan importante y feliz para señalarte solemnemente que tengo el deseo y el propósito de buscarte una pareja... conveniente (repito que conveniente) para verte casada.

—Oh, no, se lo ruego.

—Amy —dijo el señor Dorrit—. Estoy convencido de que si expusiéramos este asunto a una persona de mayor conocimiento social, de mayor sentido común y delicadeza, por ejemplo... ejem... la señora General, no disentiría de mis sentimientos de afecto y decoro. Pero, como conozco tu carácter cariñoso y obediente... ejem... por experiencia, estoy seguro de que no tengo que añadir nada más. En este momento no tengo ningún marido que proponerte, querida: ni siquiera tengo uno en perspectiva. Sólo deseo que nos entendamos... ejem... Buenas noches, querida hija, la única que me queda. Buenas noches. Que Dios te bendiga.

Si aquella noche se le había pasado por la cabeza a la pequeña Dorrit que su padre podría ahora, en su prosperidad, renunciar a ella a la ligera y, cuando se le ocurriera, sustituirla por una segunda esposa, abandonó la idea. Abandonó la idea porque le seguía siendo fiel como en los peores tiempos en que ella sola había sido su sostén; y, entre lágrimas, sólo le reprochó que ahora lo viera todo con los ojos de la riqueza, interesado únicamente en que los suyos siguieran siendo ricos y cada vez más ricos.

Pasaron tres semanas más en el elegante carruaje con la señora General en el pescante, al cabo de las cuales el señor Dorrit se dirigió a Florencia para reunirse con Fanny. A la pequeña Dorrit le habría gustado acompañarlo, movida por su afecto, y regresar sola desde Florencia con el pensamiento en su querida Inglaterra. Pero, como el guía privado había partido con la novia, correspondía ahora que viajara el ayuda de cámara y, mientras pudiera ir un empleado asalariado, no debía ir ella.

La señora General se tomó la vida con tranquilidad —con tanta tranquilidad como podía tomarse las cosas— cuando quedaron las dos solas en la casa romana; y la

pequeña Dorrit se dedicaba a dar paseos en un coche de alquiler que le habían dejado y vagaba entre las ruinas de la antigua Roma. Las ruinas del antiguo anfiteatro, de los antiguos templos, de los antiguos arcos conmemorativos, de las antiguas vías tan transitadas, de las antiguas tumbas, además de ser lo que eran, eran para ella las ruinas de la vieja cárcel de Marshalsea —las ruinas de su antigua vida—, ruinas de los rostros y formas que la habitaban antaño, ruinas de sus amores, esperanzas, deseos y alegrías. Dos esferas ruinosas de acción y sufrimiento se alzaban ante la solitaria joven cuando con frecuencia se sentaba en algún fragmento roto; y en los lugares solitarios, bajo el cielo azul, las veía juntas.

Pero entonces aparecía la señora General, arrebatándole el color a todo, de la misma manera que la naturaleza y el arte se lo habían arrebatado a ella; escribiendo prismas y patatas en el texto de Eustace, siempre que podía; buscando en todas partes a Eustace y compañía, sin ver nada más; arrancando los huesos de las antigüedades y devorándolos de un modo inhumano, como un demonio necrófago con guantes.

A su llegada a Harley Street, Cavendish Square, Londres, el mayordomo recibió a la pareja de recién casados. A aquel gran hombre no le interesaban, pero en conjunto los toleraba. La gente tenía que casarse y prometerse, si no, los mayordomos no serían necesarios. De la misma manera que las naciones se crean para poder aplicarles impuestos, las familias se forman para tener un mayordomo. Él, sin duda, consideraba, en beneficio propio, que el curso de la naturaleza exigía que la población más adinerada tuviera siempre un mayordomo.

Así pues, condescendió a mirar el carruaje desde la puerta de entrada sin fruncir el ceño y ordenó generosamente a uno de los empleados: «Thomas, ayude con el equipaje». Incluso escoltó a la novia por las escaleras para conducirla ante la presencia del señor Merdle; pero eso debe tomarse por un acto de homenaje a su sexo (del que era admirador; era sabido que estaba cautivado por los encantos de cierta duquesa) y no como muestra de entrega a la familia.

El señor Merdle paseaba silenciosamente por la alfombrilla de delante de la chimenea esperando a la señora Sparkler para darle la bienvenida. Su mano pareció encogerse manga arriba cuando se acercó a recibirla y le ofreció un puño vacío, y ella tuvo la sensación de estrechar la mano de la representación popular de Guy Fawkes^[42]. Y luego, cuando le besó los labios, el caballero se agarró por las muñecas y retrocedió entre otomanas, sillones y mesillas como si fuera un oficial de policía que le dijera: «¡Ni hablar! ¡Vamos! ¡Date preso, ven conmigo sin rechistar!».

La señora Sparkler, instalada en las habitaciones de gran gala —el santuario de plumón, seda, chintz y fina ropa blanca—, tuvo la sensación de haber triunfado y haber llegado, paso a paso, al lugar donde quería llegar. El día antes de la boda, con un aire de elegante indiferencia, había regalado a la doncella de la señora Merdle, en presencia de ésta, un pequeño recuerdo sin importancia (una pulsera, un sombrero y dos vestidos, todo nuevo) que costaría cuatro veces más que los regalos que, en otro tiempo, le había hecho la señora Merdle a ella. Ahora estaba instalada en las habitaciones de la señora Merdle, que unos pocos detalles habían hecho más dignas de que las ocupara. Con su imaginación, mientras estaba ahí sentada, entre todos los accesorios de lujo que el dinero podía comprar o la invención imaginar, veía el bello busto que latía al unísono con sus pensamientos exultantes, compitiendo con el Busto que había sido famoso durante tanto tiempo, brillando más que éste y derrotándolo. ¿Era feliz? Con toda probabilidad, Fanny era feliz y no deseaba verse muerta.

El guía privado no había considerado oportuno que el señor Dorrit se alojara en la

casa de un amigo y había preferido llevarlo a un hotel de Brook Street, Grosvenor Square. El señor Merdle ordenó que por la mañana temprano su coche estuviera dispuesto para visitar al señor Dorrit justo después del desayuno. El coche relucía, los caballos acicalados brillaban, los arcos resplandecían, las libreas fulguraban. Todo un atuendo rico y responsable, digno de un Merdle. Los viandantes madrugadores lo miraban, oía cómo retumbaba por las calles y decían con reverencia: «¡Ahí va!».

Y ahí fue hasta que Brook Street lo detuvo. Entonces bajó la joya del magnífico estuche, pero ésta no refulgía sino todo lo contrario.

Conmoción en la recepción del hotel, ¡Merdle! El director, a pesar de ser un caballero animoso que acababa de llevar un par de caballos de pura sangre a la ciudad, apareció para acompañarlo por las escaleras. Los empleados y criados buscaban atajos para observarlo desde puertas y rincones. ¡Merdle! Oh, sol, luna, estrellas, el gran hombre. El hombre rico que había cambiado el Nuevo Testamento y había entrado ya en el reino de los Cielos. El hombre que podía cenar con quien eligiera, el hombre que había hecho una fortuna. Mientras subía las escaleras, la gente se agolpaba en el tramo inferior para recibir su sombra al bajar. Así sacaban a los enfermos y los ponían en la senda del apóstol, aunque el apóstol no había entrado en la buena sociedad ni había hecho una fortuna.

El señor Dorrit estaba desayunando, vestido con una bata y leyendo el periódico. El guía privado, con voz agitada, le anunció «¡la *señoga* Mairdale!».

El señor Dorrit se puso en pie de un salto y el corazón le dio un vuelco.

—Señor Merdle, es un... ejem... honor. Permítale que le exprese el... ejem... sentimiento, elevado sentimiento con que acojo este... ejem... elevadísimo acto de cortesía. Soy muy consciente, señor, de cuán escaso es su tiempo y de que éste... ejem... es de enorme valor —el señor Dorrit no pronunció la palabra «enorme» con el énfasis que habría deseado—. Que a primeras horas de la mañana... ejem... me conceda parte de su preciadísimo tiempo... ejem... es una atención que acepto con la mayor estima —el señor Dorrit temblaba claramente mientras se dirigía al gran hombre.

El señor Merdle pronunció con su voz vacilante, baja, como si murmurara para sí, unos pocos sonidos sin sentido alguno, y finalmente dijo:

—Me alegro de conocerle, señor.

—Es usted muy amable —dijo el señor Dorrit—. Verdaderamente amable.

El visitante se había sentado ya y se pasaba una gran mano por la agotada frente.

—Espero que se encuentre usted bien, señor Merdle.

—Me encuentro tan bien como... como de costumbre —contestó el señor Merdle.

—Sus ocupaciones serán inmensas.

—Más o menos. Pero... en fin, no se trata de mí —dijo el señor Merdle, mirando la habitación

—¿Un poco de dispepsia? —insinuó el señor Dorrit.

—Probablemente. Pero... en fin, estoy bastante bien —dijo el señor Merdle.

Tenía las comisuras de los labios oscuras, como si hubieran estallado en ellos un reguero de pólvora; y daba la sensación de que, si su temperamento hubiera sido más vivaz, aquella mañana habría tenido fiebre. Eso, sumado a su forma de pasarse la mano por la frente, había dado pie al solícito interés del señor Dorrit.

—Como usted sabrá, dejé a la señora Merdle —prosiguió el señor Dorrit con aire insinuante— convertida en... ejem... el centro de las miradas de todos los observadores y admiradores, la mayor fascinación y encanto de la sociedad de Roma. Tenía un aspecto magnífico cuando la vi por última vez.

—La gente dice que la señora Merdle es una mujer muy atractiva. Y lo es, sin duda. Me doy perfecta cuenta.

—¿Y quién no? —contestó el señor Dorrit.

El señor Merdle movió la lengua dentro de la boca cerrada... parecía una lengua rígida y difícil de manejar; se humedeció los labios, se pasó de nuevo la mano por la frente y miró de nuevo por la habitación, principalmente debajo de las sillas.

—Pero —dijo Merdle, mirando por primera vez al señor Dorrit a la cara, aunque inmediatamente se dedicara a contemplar los botones del chaleco de su interlocutor—, si hablamos de atractivos, debería ser su hija el objeto de nuestra conversación. Es extremadamente hermosa. Un rostro y una figura extraordinarios. Cuando los jóvenes llegaron anoche me sorprendió mucho su encanto.

La satisfacción del señor Dorrit fue tal que dijo... ejem... no pudo contenerse y dijo al señor Merdle de viva voz, como antes por carta, que era para él un gran honor y felicidad la unión de sus familias. Y le tendió la mano. El señor Merdle contempló la mano un rato, la cogió un momento como si fuera una bandeja o una rodaja de pescado y se la devolvió al señor Dorrit.

—Pensé en venir a verlo a primera hora para ofrecerle mis servicios por si puedo hacer algo por usted; y para decirle que espero que me haga el honor de cenar conmigo hoy y todos los días mientras no tenga otros compromisos durante su estancia en la ciudad.

El señor Dorrit estaba emocionado por estas atenciones.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo?

—En este momento, tengo intención de no quedarme más de quince días —dijo el señor Dorrit.

—Es una estancia muy breve tras un viaje tan largo —contestó el señor Merdle.

—Ejem... sí —dijo el señor Dorrit—. Pero lo cierto es... ejem... mi querido señor Merdle, que la vida en el extranjero se adapta muy bien a mi gusto y a mi salud que... ejem... y en esta visita a Londres sólo tengo dos objetivos: en primer lugar, la distinguida felicidad y... ejem... el privilegio del que estoy ahora disfrutando y

apreciando; en segundo lugar, resolver... ejem... la inversión... es decir, ejem... de mi dinero.

—En tal caso —dijo el señor Merdle, tras mover de nuevo la lengua—, si puedo serle de alguna utilidad, no tiene más que decírmelo.

La intervención del señor Dorrit se había vuelto más vacilante que de costumbre a medida que se acercaba al tema delicado porque no sabía cómo se lo podría tomar tan importante potentado. Dudaba si la referencia a un capital o fortuna individual no fuera una minucia ridícula para quien negociaba tan a lo grande. Aliviado por el amable ofrecimiento del señor Merdle, lo aprovechó para tratar el asunto directamente y le expresó su infinito agradecimiento.

—Apenas... ejem... oso —dijo el señor Dorrit—, se lo aseguro, esperar la... ejem... enorme ventaja de... ejem... contar con su consejo y ayuda de primera mano. Aunque como el resto del mundo civilizado... ejem... por supuesto yo también desearía... ejem... formar parte de los seguidores del señor Merdle.

—En fin, ya sabe usted que podríamos decir que somos parientes —dijo el señor Merdle, curiosamente interesado en el dibujo de la alfombra—. Y, por ese motivo, puede considerar que estoy a su servicio.

—Ejem... ¡Magnífico! —exclamó el señor Dorrit—. ¡Verdaderamente magnífico!

—En este momento, me parece que no sería fácil para lo que yo consideraría un individuo ajeno entrar en uno de los buenos... por supuesto, me refiero a uno de mis buenos negocios...

—¡Claro, claro! —exclamó el señor Dorrit en un tono que daba a entender que no había otro tipo de negocios.

—... a menos que participe con una cantidad importante. Lo que estamos acostumbrados a llamar un número con muchos ceros.

El señor Dorrit rio lleno de optimismo. ¡Ja, ja, ja! Con muchos ceros. Estupendo. Ja. Una expresión muy clara.

—Sin embargo —dijo el señor Merdle—, por lo general me reservo la facultad de ejercer cierta preferencia... la gente lo llamaría favor... como privilegio por mi interés y trabajo.

—Y por su talento y entrega pública —sugirió el señor Dorrit.

El señor Merdle pareció hacer un esfuerzo para tragarse los halagos; después añadió:

—Como una especie de pago. Si quiere, puedo ver hasta qué punto puedo ejercer este poder limitado (ya que la gente es celosa y se trata de un poder limitado) en beneficio de usted.

—Es usted muy amable —contestó el señor Dorrit—. Es usted muy amable.

—Por supuesto —dijo el señor Merdle—, estas transacciones deben ser estrictamente íntegras y rectas; con la mayor confianza entre hombre y hombre, una

confianza inquebrantable o, de lo contrario, no podría llevarse a cabo el negocio.

El señor Dorrit acogió con fervor estos generosos sentimientos.

—Así pues —dijo el señor Merdle—, sólo puedo darle preferencia hasta un punto determinado.

—Me doy cuenta. Hasta cierto punto —señaló el señor Dorrit.

—Hasta cierto punto. Y con toda franqueza. En cuanto a mi consejo, ésa es otra cuestión —dijo el señor Merdle—. Porque eso es cosa menor.

—Oh, cómo va a ser menor —el señor Dorrit no podía tolerar que nadie pareciera menospreciar los consejos del señor Merdle, ni siquiera él mismo.

—Porque nada en los vínculos de honor con mis socios me impide darlos, si así lo deseo —dijo el señor Merdle, ahora profundamente interesado en el coche de basura que pasaba bajo las ventanas—. Y para ello estaré a sus órdenes cuando usted lo considere oportuno.

Nuevos agradecimientos del señor Dorrit. Vuelta a pasarse el señor Merdle la mano por la frente. Silencio y tranquilidad. Contemplación de los botones del chaleco del señor Dorrit por parte del señor Merdle.

—Mi tiempo es muy valioso —declaró el señor Merdle, poniéndose de pie repentinamente, como si hubiera estado esperando que le trajeran las piernas y éstas acabaran de llegar—. Tengo que irme a la City, ¿quiere que lo deje en algún sitio? Estaré encantado de acompañarlo o dejarle el coche, está a su disposición.

El señor Dorrit recordó que tenía que hacer unas gestiones en el banco y éste estaba en la City. Qué gran fortuna, el señor Merdle podría llevarlo a la City. Pero no quería retener al señor Merdle mientras se ponía la levita. ¡Podía y debía!, insistió el señor Merdle. Así pues, el señor Dorrit se retiró a la habitación contigua, se puso en manos de su ayuda de cámara y a los cinco minutos regresó esplendoroso.

Entonces le dijo el señor Merdle:

—¡Permítame que le ofrezca el brazo!

Apoyándose en el brazo del señor Merdle, el señor Dorrit bajó la escalera y vio a los adoradores en los escalones con la sensación de que la luz de su acompañante se reflejaba en él y lo iluminaba. Después subieron al coche y fueron a la City; la gente los miraba, los sombreros se alzaban sobre cabezas canosas, todos se inclinaban y reverenciaban a aquel maravilloso mortal como nunca se ha visto en ningún otro lugar —¡Dios bendito! El caso exigía una reflexión a los adoradores de todo tipo—, ni siquiera sumando la gente que acudía los domingos a la abadía de Westminster y a la catedral de San Pablo. Para el señor Dorrit era un sueño de felicidad verse subido al carro triunfal, avanzando magníficamente hacia aquel destino tan oportuno, la zona donde se encontraban todos los bancos de Londres.

Allí el señor Merdle insistió en bajar, seguir a pie su camino y dejar su pobre coche al servicio del señor Merdle. El sueño se hizo más intenso cuando el señor

Dorrit salió solo del coche en el banco y la gente lo miró a él, pues ya no estaba el señor Merdle, y cuando con los oídos de su fantasía oyó que todo el mundo exclamaba: «Qué hombre tan extraordinario será éste, ya que es amigo del señor Merdle».

Ese día, a la hora de cenar, aunque la ocasión no estaba prevista, una brillante compañía, que no está hecha de barro de la tierra sino de alguna materia superior desconocida hasta la fecha, derramó su brillante bendición sobre el matrimonio de la hija del señor Dorrit. Y para la hija del señor Dorrit, ese día empezó, en serio, la competición con la mujer ausente; y la empezó tan bien que el señor Dorrit casi podría haber jurado, si se lo hubieran preguntado, que la señora Sparkler había dormido toda su vida en el regazo de la fortuna y que nunca había oído una palabra tan tosca en la lengua inglesa como Marshalsea.

Al día siguiente, al otro y cada día, favorecidas por más cenas y comensales, las tarjetas de visita fueron cayendo sobre el señor Dorrit como en una obra de teatro. Como amigo y pariente político del ilustre Merdle, la Abogacía, el Obispado, el Tesoro, el Coro, todo el mundo quería conocer o intimar con el señor Dorrit. Cuando el señor Dorrit aparecía por cualquiera de la infinidad de oficinas que el señor Merdle tenía en la City, porque sus negocios lo llevaban hacia el este (y eso ocurría con frecuencia porque prosperaban asombrosamente), el nombre de Dorrit era siempre un pasaporte a la presencia de Merdle. A cada hora que transcurría, el sueño era mayor y el señor Dorrit cada vez más consciente de lo que aquel vínculo había significado para su progreso.

Sólo una cosa le pesaba al señor Dorrit y no precisamente como si fuera de oro. Era el mayordomo. Este magnífico personaje lo miraba, cuando tenía que mirarlo profesionalmente en las cenas, de un modo que el señor Dorrit consideraba discutible. Lo miraba, cuando recorría el vestíbulo y subía las escaleras para comer, con una expresión helada que al señor Dorrit no le gustaba. Mientras bebía, sentado a la mesa, el señor Dorrit seguía viéndolo a través de la copa de vino, mirándolo con un ojo frío y fantasmal. Incluso llegó a pensar que había conocido a algún interno y lo había visto en el Internado... quizá incluso se lo habían presentado. Lo había examinado con la máxima atención, y, sin embargo, no había llegado a la conclusión de que lo hubiera conocido en otro lugar. Finalmente dio en pensar que aquel hombre carecía del sentimiento de respeto, que la gran criatura no albergaba ningún sentimiento en absoluto. Pero eso no lo consoló; porque, pensara lo que pensara, el mayordomo lo inspeccionaba con arrogancia incluso cuando tenía los ojos puestos en los platos y otros elementos de la mesa; y nunca dejaba de hacerlo. Habría sido demasiado aventurado insinuarle que su mirada le resultaba molesta o preguntarle qué pretendía con ella; la severidad que ejercía con sus señores y sus visitantes era terrible y nunca toleraba la menor libertad por su parte.

Quedaban dos días del período que el señor Dorrit había previsto pasar en Londres y estaba a punto de vestirse para someterse a otra inspección del mayordomo (cuyas víctimas se vestían siempre expresamente para él) cuando uno de los empleados del hotel se presentó con una tarjeta. El señor Dorrit la cogió y leyó:

—Señora Finching.

El criado esperó con muda deferencia.

—Hombre, hombre —exclamó el señor Dorrit volviéndose hacia él con indignación extrema—: explíqueme qué motivos tiene para traerme una tarjeta con un nombre ridículo. No lo conozco de nada. Así que Finching, ¿eh? —dijo el señor Dorrit, tal vez descargando en aquel sustituto su venganza contra el mayordomo—. ¡Ja!, ¿qué quiere decir con Finching?

Se habría dicho que el hombre, hombre, más que *finching* quería decir *flinching*^[43], porque retrocedió ante la severa mirada mientras contestaba:

—Se trata de una dama, señor.

—No conozco a semejante dama —declaró el señor Dorrit—. Llévase la tarjeta, no conozco a ningún señor o señora Finching.

—Le ruego que me perdone, señor. La dama ha dicho que sabía que no la conocería por su apellido. Pero me ha rogado que le dijera, señor, que tuvo en otros tiempos el honor de conocer a la señorita Dorrit. Dice la dama que a la menor de las señoritas Dorrit.

El señor Dorrit frunció el ceño y, pasados unos segundos, contestó:

—Comunique a la señora Finching —dijo, subrayando el apellido, como si el inocente empleado fuera el único responsable de éste— que puede subir.

Durante la breve pausa había reflexionado que, si no la recibía, podría dejar algún recado o decir algo en la recepción que entrañara una desgraciada referencia a su vida anterior. De ahí la concesión y la aparición de Flora, guiada por el hombre, hombre.

—No tengo el placer —dijo el señor Dorrit, poniéndose en pie con la tarjeta en la mano y con un aire que sugería que ponía en duda que, de haberlo tenido, hubiera sido un placer de primera clase— de conocer su apellido o de conocerla a usted, señora. Caballero, ofrézcale asiento.

El caballero en cuestión obedeció con un sobresalto y salió de puntillas. Flora, apartando el velo temblorosa, se presentó. Al mismo tiempo, una singular combinación de perfumes se difundió por la habitación, como si hubieran rellenado, por error, un frasco de agua de espliego con coñac o como si, por error, hubieran

rellenado una botella de coñac con agua de espliego.

—Ruego al señor Dorrit que acepte mil disculpas y lo cierto es que mil serían pocas por semejante intrusión que estoy segura que le parecerá sumamente osada por parte de una dama que además viene sola, pero me ha parecido que debía hacerlo por difícil y aparentemente fuera de lugar que sea aunque la tía del señor F. me habría acompañado encantada y como personaje de gran fuerza y espíritu habría causado una gran impresión a una persona que posee tanto conocimiento de la vida como habrá adquirido usted con tantos cambios, ya que el propio señor F. decía con frecuencia que aunque lo habían educado en el barrio de Blackheath por un precio de ochenta guineas cantidad alta para unos padres y se quedaron con la vajilla cuando se marchó lo que es más mezquino que su valor, que aprendió más en su primer año como viajante de comercio con una gran comisión sobre la venta de un artículo del que nadie quería saber nada y mucho menos comprar, antes de que entrara en el comercio del vino mucho tiempo pasó en conjunto seis años en la academia dirigida por un bachiller^[44], aunque no sé y nunca he sabido por qué un soltero iba a saber más que un hombre casado pero le ruego que me disculpe porque ése no es asunto pertinente.

El señor Dorrit parecía convertido en piedra, una estatua del desconcierto.

—Debo decir abiertamente que no tengo ninguna pretensión —prosiguió Flora— pero como conocí a aquella niña preciosa en otras circunstancias tal vez le parezca que me tomo libertades pero no es ésa mi intención y Dios sabe que no era ningún favor pagar media corona diaria por una costura como la suya sino todo lo contrario y tampoco tiene nada de indecoroso cuando el trabajador es digno de que se lo contrate y estoy segura de que sólo desearía que el trabajador tuviera más y pudiera comer más carne y tuviera menos reumatismo en la espalda y las piernas pobrecillo.

—Señora —dijo el señor Dorrit tras recuperar el aliento con gran esfuerzo cuando la viuda del difunto señor Finching se detuvo para recobrar el suyo—. Señora —repitió el señor Dorrit, congestionado—, entiendo que se refiere usted a... ejem... algún episodio en la vida de... ejem... una hija mía que incluía... ejem... un estipendio diario y le ruego que comprenda que... ejem... jamás tuve conocimiento de ese hecho. Ejem. Jamás lo habría permitido. ¡Jamás, jamás!

—Es totalmente innecesario seguir hablando de ello —contestó Flora— y nada habría dicho bajo ningún concepto si no me hubiera servido de carta de presentación pero no cabe duda de que es un hecho constatable y puede estar usted tranquilo porque el mismo vestido que llevo puesto puede demostrarlo y está maravillosamente hecho aunque no puedo negar que quedaría mejor en una figura más esbelta porque la mía es demasiado gruesa aunque no sé cómo perder peso y le ruego que me disculpe porque divago de nuevo.

El señor Dorrit retrocedió con gestos fríos e impasibles y se sentó de nuevo

mientras Flora lo miraba afectuosamente y jugueteaba con su sombrilla.

—La niña querida —continuó Flora— se desmayó, se quedó blanca y fría en mi propia casa digamos mejor en la de papá porque a pesar de que no tiene el título de propiedad hay un contrato de arrendamiento muy largo por un precio puramente nominal la mañana en que Arthur (qué tonta costumbre tengo de nuestros tiempos de juventud ya que decir señor Clennam sería mucho más acorde a las circunstancias presentes especialmente delante de un desconocido y sobre todo un caballero desconocido de elevada situación) comunicó las buenas noticias trasmitidas por una persona llamada Pancks y esta serie de circunstancias me animan a hablar.

Al oír esos dos apellidos, el señor Dorrit frunció el ceño, la miró fijamente, volvió a fruncir el ceño, se llevó los dedos a la boca y vaciló, igual que vacilaba en otro tiempo.

—Hágame el favor de... ejem... decirme lo que desea.

—Señor Dorrit —dijo Flora—, es usted muy amable al darme permiso y me parece de lo más natural que sea usted amable porque advierto cierta semejanza, un poco más relleno pero semejante igualmente, el objeto de mi intrusión es sólo mío y no he consultado a ningún ser humano y desde luego no a Arthur (le ruego que me disculpe Doyce y Clennam no sé por qué digo Arthur a secas) porque vincular a este individuo con una cadena de oro en un tiempo en que todo era etéreo y sin inquietudes vale para mí lo que pudiera pagarse por el rescate de un monarca aunque no tengo ni idea de cuánto sería eso lo digo sólo para indicar que daría todo lo que tengo en el mundo y más.

El señor Dorrit no prestó gran interés a la franqueza de estas últimas palabras y repitió:

—Dígame usted qué desea, señora.

—La verdad es que no lo sé bien —dijo Flora—, pero es posible... y como es posible, cuando tuve el placer de leer en el periódico que había regresado usted de Italia y volvía a marcharse tomé la decisión de intentarlo porque quizá se había cruzado con él o había oído algo de él y entonces sería un alivio para mí.

—Permítame que le pregunte, señora —dijo el señor Dorrit con las ideas totalmente confusas—, a quién... ejem... a quién —repitió alzando la voz por pura desesperación— se refiere usted.

—Al extranjero venido de Italia que desapareció en la City, tal como habrá leído usted en el periódico igual que yo —dijo Flora— para no referirme a fuentes privadas como el hombre llamado Pancks del que se deduce que algunas personas muy malas son capaces de murmurar cosas terribles probablemente juzgando a los demás a partir de sí mismos, cosa que no puede dejar de causar incomodidad e indignación de Arthur (incapaz de decir Doyce y Clennam).

El hecho de que el señor Dorrit no hubiera oído ni leído nada sobre el asunto

favoreció, afortunadamente, que se llegara a un resultado inteligible, ya que la señora Finching, con muchas disculpas por las grandes dificultades prácticas que le suponía encontrar el camino del bolsillo entre las rayas del traje, consiguió por fin sacar un volante de la policía en el que se declaraba que un caballero extranjero llamado Blandois, visto por última vez en Venecia, había desaparecido de modo inexplicable determinada noche en determinada zona de Londres; que se sabía que había entrado en una casa a determinada hora, que los habitantes de la casa decían que se había marchado unos minutos antes de medianoche y que, desde entonces, no lo habían vuelto a ver. El señor Dorrit leyó todo esto junto con los detalles exactos del tiempo y lugar, y una descripción completa y detallada del caballero extranjero que se había desvanecido tan misteriosamente.

—¡Blandois! —exclamó el señor Dorrit—. ¡Venecia! ¡Y esta descripción! Conozco a este caballero, ha estado en mi casa. Es íntimo amigo de un caballero de buena familia (en circunstancias mediocres) del que soy... protector.

—En ese caso, insisto en mi humilde ruego —dijo Flora— de que, en su viaje de vuelta a Italia, tenga la amabilidad de buscar a este caballero extranjero en todas las carreteras, en todas las vueltas y revueltas, y que pregunte por él en todos los hoteles, naranjales, viñedos y volcanes y lugares que frecuente porque debe de estar en algún sitio y quisiéramos saber por qué no dice aquí estoy y aclara la situación.

—Le ruego que me explique, señora —dijo el señor Dorrit, refiriéndose de nuevo al volante—, ¿quiénes son Clennam y Cía.? Veo el nombre mencionado en relación con los habitantes de la casa en la que fue visto el señor Blandois y me pregunto quiénes son Clennam y Cía. ¿Se trata del individuo al que... ejem... en otro tiempo... ejem... conocí de modo breve y superficial y al que, según creo, se ha referido usted? ¿Es esa persona?

—Es otra persona completamente distinta —dijo Flora—, con ruedas en lugar de piernas y la más severa de las mujeres, aunque sea su madre.

—Clennam y Cía... ejem... ¡una madre! —exclamó el señor Dorrit.

—Junto con un hombre mayor —dijo Flora.

El señor Dorrit parecía a punto de enloquecer por aquella explicación y no contribuyó mucho a su cordura que Flora se lanzara a un rápido análisis de la corbata del señor Flintwinch y lo describiera, sin trazar la menor línea de separación entre su identidad y la de la señora Clennam, como un clavo oxidado con polainas. Y la figura compuesta de hombre y mujer, sin piernas, con ruedas, clavo oxidado, adusta y con polainas dejó al señor Dorrit tan estupefacto que ofrecía un espectáculo digno de conmiseración.

—Pero no lo retendré a usted un solo instante más —dijo Flora, apiadada del estado del señor Dorrit, si bien totalmente inconsciente de que era ella la causante— si tiene usted la bondad de darme su palabra de caballero de que tanto en su viaje de

regreso a Italia como en Italia buscará a este señor Blandois por todas partes y, si lo encuentra o tiene noticia de él, lo obligará a venir a aclarar la situación.

Llegado este momento, el señor Dorrit se había recuperado de su desconcierto lo bastante para ser capaz de decir, de un modo razonablemente coherente, que lo consideraría su deber. Flora estaba encantada con su éxito y se puso en pie para marcharse.

—Le doy un millón de gracias y le dejo mi dirección en la tarjeta por si quiere comunicarme algo personalmente; no me atrevo a enviarle un abrazo a la niña querida porque quizá no le pareciera correcto y la verdad es que tras esta transformación queda poco de la niña querida, pero tanto yo como la tía del señor F. le hemos deseado siempre lo mejor sin que por ello pretendamos nada a nuestro favor puede estar usted seguro sino todo lo contrario porque ella hizo todo aquello a lo que se había comprometido y eso ya es más de lo que puede decirse de muchos de nosotros, por no decir que lo hacía tan bien como puede hacerse, y yo soy una de esas personas porque siempre he dicho desde que empecé a recuperarme del golpe de la muerte del señor F. que aprendería a tocar el órgano que me gusta muchísimo y debo confesar avergonzada que no sé ni una nota, ¡buenas tardes!

Cuando el señor Dorrit, que la acompañó a la puerta de la habitación, tuvo tiempo para recuperarse, se dio cuenta de que aquel encuentro había hecho revivir recuerdos deliberadamente olvidados que discordaban con una cena en casa del señor Merdle. Escribió y envió una breve nota disculpándose por su ausencia y pidió que le subieran de inmediato una cena a su habitación del hotel. Tenía otro motivo para hacerlo. Se acababa el tiempo de su estancia en Londres y tenía muchos compromisos; tenía planes hechos para volver y le pareció que correspondía a su importancia averiguar algo sobre la desaparición de Blandois y encontrarse en condiciones de llevar a Henry Gowan el resultado de su investigación personal. Así pues, tomó la decisión de aprovechar la noche que le quedaba libre para dirigirse a Clennam y Cía., fácil de encontrar gracias a la dirección que aparecía en el volante, ver qué era y formular un par de preguntas.

Tras una cena tan sencilla como el hotel y el guía le permitieron y después de una cabezada junto al fuego para recobrar mejor del encuentro con la señora Finching, salió solo en un coche de alquiler. La profunda campana de San Pablo daba las nueve cuando pasó bajo la sombra de la puerta de Temple Bar, decapitada y olvidada en aquellos tiempos degenerados.

A medida que se acercaba a su destino por callejuelas y vías paralelas al río, aquella parte de Londres le pareció a esa hora más fea todavía de lo que había imaginado. Habían pasado muchos y largos años desde la última vez que la vio, nunca la había conocido bien y, ante sus ojos, ofrecía un aspecto misterioso y deprimente. Tan grande impresión le causó que, cuando el conductor se detuvo,

después de haber preguntado el camino más de una vez, y le dijo que, según creía, aquélla era la dirección que buscaban, el señor Dorrit dudó, sin quitar la mano en la portezuela del coche, algo asustado por la apariencia sombría de la casa.

Lo cierto era que aquella noche estaba más lúgubre que nunca. En la fachada habían pegado dos de los volantes, uno a cada lado de la puerta, y mientras el farol parpadeaba en el aire nocturno, las sombras pasaban por encima de los papeles como las sombras de unos dedos que siguieran las líneas. No cabía duda de que alguien vigilaba la casa: cuando el señor Dorrit se detuvo, entró un hombre desde el otro lado de la calle y otro salió de dentro, de algún oscuro rincón interior; ambos lo miraron al pasar y ninguno se alejó de las inmediaciones.

Dado que en el recinto había una sola casa, no cabía la menor duda; el señor Dorrit subió los escalones y llamó a la puerta. Brillaban dos luces tenues en las dos ventanas del primer piso. La puerta le devolvió un sonido hueco y apagado, como si la casa estuviera vacía; pero no era el caso, ya que se veía una luz y se oyeron unos pasos casi de inmediato. La luz y los pasos se aproximaron a la puerta, se oyó el roce de una cadena y una mujer con la cabeza cubierta por un delantal apareció en el umbral.

—¿Quién es? —preguntó la mujer.

El señor Dorrit, desconcertado por su atuendo, contestó que venía de Italia y que deseaba formularles una pregunta en relación con la persona desaparecida, a la que conocía.

—¡Eh! —gritó la mujer, alzando una voz cascada—. ¡Jeremiah!

Tras lo cual apareció un anciano demacrado al que el señor Dorrit creyó identificar por sus polainas como el clavo oxidado. La mujer tenía miedo del anciano demacrado porque cuando éste se acercó se quitó el delantal de un tirón y entonces pudo verse un rostro pálido y asustado.

—Abre la puerta, imbécil —dijo el anciano—, y deja pasar a este caballero.

El señor Dorrit, no sin mirar por encima del hombro al conductor y el coche, entró en el oscuro vestíbulo.

—Caballero, puede ahora preguntar lo que le parezca oportuno, aquí no tenemos secretos.

Antes de que pudiera contestar, una voz fuerte y severa, aunque de mujer, gritó desde el piso de arriba:

—¿Quién es?

—¿Quién es? Más preguntas —contestó Jeremiah—. Un caballero que viene de Italia.

—Hágalo subir.

El señor Flintwinch murmuró algo como si le pareciera el gesto innecesario, pero se volvió hacia el señor Dorrit y dijo:

—La señora Clennam. Ella manda. Le indicaré el camino.

Y precedió al señor Dorrit por la ennegrecida escalera; este caballero echó de nuevo una ojeada a su espalda en un gesto bastante comprensible y vio que lo seguía la mujer, otra vez con el delantal sobre la cabeza y con un aspecto espectral.

La señora Clennam tenía los libros abiertos sobre una mesilla.

—¡Oh! —exclamó bruscamente en cuanto vio al visitante y lo miró detenidamente—. Así que es usted de Italia, ¿y bien?

El señor Dorrit no supo encontrar respuesta mejor que otro: «¿Y bien?».

—¿Dónde está el hombre desaparecido? ¿Ha venido a darnos información de su paradero? Espero que así sea.

—Ni mucho menos, yo... ejem... he venido a buscar información.

—Lamentablemente para nosotros, aquí no tenemos ninguna. Flintwinch, enseñe a este caballero el volante y dele varios para que se los lleve. Sosténgalo para que lo lea.

El señor Flintwinch hizo lo que se le indicaba y el señor Dorrit lo leyó entero, como si no lo hubiera visto antes, agradeciendo el momento de recobrar su presencia de ánimo, que el aire de la casa y de la gente que la habitaba había alterado un poco. Con los ojos en el papel, tuvo la sensación de que los del señor Flintwinch y los de la señora Clennam se clavaban en él. Y cuando alzó la vista se encontró con que la sensación no era imaginaria.

—Ahora sabe usted tanto como nosotros, caballero —dijo la señora Clennam—. ¿El señor Blandois es amigo suyo?

—No... ejem... es sólo un conocido —dijo el señor Dorrit.

—¿No trae ningún encargo suyo?

—Yo... ejem... claro que no.

La mirada implacable fue desviándose gradualmente hacia el suelo después de pasar por el rostro del señor Flintwinch. El señor Dorrit, confuso por verse en el papel de interrogado en lugar de interrogador, intentó invertir aquella situación inesperada.

—Soy... ejem... un caballero con cierta posición y en este momento resido en Italia con mi familia, mis criados y... ejem... en una mansión de tamaño considerable. Me hallo en Londres por un breve período por asuntos relacionados con... ejem... mi patrimonio y al enterarme de esta extraña desaparición he deseado conocer de primera mano las circunstancias... porque hay un... ejem... caballero inglés en Italia, al que sin duda veré al mi regreso, que mantiene una estrecha amistad con *monsieur* Blandois. Se trata de Henry Gowan, tal vez conozca el nombre.

—No lo he oído nunca —dijo la señora Clennam, y el señor Flintwinch lo repitió como un eco.

—Como me gustaría ofrecerle una narración... ejem... coherente y completa —dijo el señor Dorrit—, ¿puedo formularle tres preguntas?

—Treinta, si así lo desea.

—¿Hace mucho tiempo que conoce a *monsieur* Blandois?

—No hace ni un año. El señor Flintwinch aquí presente consultará los libros y le dirá en qué fecha, y qué casa de París nos lo presentó. Si es que le sirve de algo, ya que a nosotros nos sirve de bien poco.

—¿Lo ha visto muchas veces?

—No, sólo dos. Lo había visto una antes y...

—... y esa otra —completó el señor Flintwinch.

—Esa otra.

—Disculpe, señora —dijo el señor Dorrit; a medida que se sentía más seguro, se metía cada vez más en el papel de comisionado de la paz—. Disculpe, señora, ¿podría preguntarle para mayor satisfacción del caballero al que tengo el honor de... proteger o... ejem... conocer... si venía el señor Blandois por un asunto de negocios la noche indicada en el volante?

—De lo que llamamos negocios.

—¿Y podría usted comunicarme la naturaleza de éstos?

—No.

Era evidente que no era posible cruzar la barrera de semejante respuesta.

—Ya me han hecho esa pregunta y la respuesta ha sido que no. No queremos hacer públicas nuestras transacciones, por pequeñas que sean, y que se entere toda la ciudad. Así que la respuesta es no.

—Es decir, ¿llevaba dinero encima, por ejemplo? —preguntó el señor Dorrit.

—No se llevó dinero nuestro y no le entregamos ningún dinero.

—Supongo —observó el señor Dorrit, mirando alternativamente a Flintwinch y a la señora Clennam— que no tienen explicación para este misterio.

—¿Y por qué lo supone? —contestó la señora Clennam.

Desconcertado por aquella pregunta fría y seca, el señor Dorrit fue incapaz de dar ninguna razón.

—Mi explicación —prosiguió la señora Clennam, tras un silencio incómodo por parte del señor Dorrit— es que está de viaje por alguna parte o se esconde en algún sitio.

—¿Y sabe por qué habría de esconderse en algún sitio?

—No.

Era el mismo «no» que antes y alzaba otra barrera.

—Me ha preguntado si tenía yo una explicación para la desaparición —le recordó la señora Clennam con aire severo—, no si quería dársela. No pretendo dársela, caballero. Creo que no es asunto mío hacerlo ni suyo preguntarlo.

El señor Dorrit contestó inclinando la cabeza en un gesto de disculpa. Mientras daba un paso atrás con intención de anunciarle que no tenía nada más que preguntar,

no pudo por menos de observar que la señora Clennam tenía los ojos clavados en el suelo con expresión sombría y cierto aire de decidida expectación; y también que el señor Flintwinch reflejaba exactamente la misma expresión, a poca distancia de la silla, también con los ojos en el suelo mientras se frotaba la barbilla suavemente con la mano derecha.

En ese momento, Affery (por supuesto, la mujer del delantal), soltó la vela que tenía en la mano y exclamó:

—Ahí, ¡santo cielo! Ahí está otra vez! ¡Jeremiah!

Si se había oído algún ruido, había sido tan suave que la mujer debía de estar acostumbrada a escuchar; el señor Dorrit creyó, en efecto, haber oído algo, como si cayeran unas hojas secas. Por unos momentos, el terror de la mujer pareció contagiar a los demás y todos prestaron atención.

El señor Flintwinch fue el primero en reaccionar:

—Affery, mujer —dijo, acercándose con los puños cerrados y los codos temblorosos, lleno de impaciencia por pegarle—, vuelves a las andadas. Ahora empezarás a deambular en sueños y habrá que aguantar todas tus bufonadas. Necesitas una medicina. Cuando haya acompañado a la salida a este caballero, te daré una buena dosis, mujer. ¡Una buena dosis!

Affery no pareció considerar que ninguna dosis fuera buena, pero su marido, sin más referencia a la medicina, cogió otra vela de la mesa de la señora Clennam y dijo:

—Caballero, ¿quiere que lo alumbre hasta la salida?

El señor Dorrit se manifestó muy agradecido y bajaron las escaleras. Flintwinch cerró la puerta y pasó la cadena sin perder un instante.

De nuevo los dos hombres pasaron junto al señor Dorrit: uno salió y el otro entró; el señor Dorrit subió al coche que había dejado esperando y se marchó.

Antes de haber recorrido mucho trecho, el conductor se detuvo para decirle que había tenido que dar su nombre y dirección respondiendo a la solicitud de dos hombres; así como la dirección en la que había recogido al señor Dorrit, la hora en que lo habían llamado desde su alojamiento y el camino que habían recorrido. Eso no contribuyó a que el señor Dorrit evocara la aventura con mayor calma cuando se sentó de nuevo delante del fuego o cuando se acostó. Toda la noche estuvo soñando con aquella casa tétrica, las dos personas que esperaban con aire decidido, oyó gritar a la mujer con el delantal sobre la cara porque oía un ruido y encontró el cuerpo del desaparecido Blandois, unas veces enterrado en un sótano y otras, emparedado en un muro.

Muchas son las inquietudes que se derivan de la riqueza y la buena posición. La satisfacción del señor Dorrit al recordar que no había sido necesario anunciarse en Clennam y Cía., ni siquiera aludir al trato que hubiera podido tener con el entrometido que llevaba ese apellido, se disipó en el curso de la noche, cuando era todavía reciente, por culpa de una duda interior, pues no sabía si pasar por delante de Marshalsea en el camino de regreso y ver la antigua puerta. Decidió no hacerlo y asombró al cochero al enfadarse violentamente cuando éste le propuso cruzar el puente de Londres y volver a cruzar el río por el de Waterloo, un recorrido que le habría permitido vislumbrar su antigua residencia. Sin embargo, y a pesar de todo, la cuestión había creado un conflicto en su pecho; y por alguna extraña razón, o algún motivo irracional, se sentía vagamente insatisfecho. Incluso al día siguiente, sentado a la mesa de Merdle durante la cena, estaba tan incómodo que seguía dándole vueltas de un modo terriblemente incoherente con la buena sociedad que lo rodeaba. Le inquietaba pensar en la opinión que habría tenido de él el mayordomo si este ilustre personaje hubiera podido sondear con su ojo de plomo el curso de sus pensamientos.

El banquete de despedida fue esplendoroso y remató su visita con la mayor brillantez. Fanny combinaba el atractivo de su juventud y belleza con una soltura tal que parecía llevar casada veinte años. El señor Dorrit tenía la sensación de que podía irse tranquilo y dejarla transitando por los senderos de la distinción, y deseó que su otra hija se le pareciera, sin que por ello se redujera su deseo de protección ni su aprecio de las tranquilas virtudes de su favorita.

—Querida —le dijo a Fanny cuando se despedía—, nuestra familia confía en que tú afirmes nuestra dignidad y... ejem... mantengas su importancia. Sé que no nos defraudarás.

—No, papá —dijo Fanny—. Puede usted confiar en mí, me parece. Dele todo mi cariño a Amy y dígame que escribiré muy pronto.

—¿Quieres darme algún mensaje para... ejem... alguien más? —sugirió el señor Dorrit.

—Papá —dijo Fanny, ante la cual se alzó al instante la figura de la señora General—, no, gracias. Es usted muy amable, pero le ruego que me disculpe. No tengo nada que añadir que pudiera serle a usted agradable transmitir.

Se despidieron en un salón con ventanas a la calle, donde sólo estaba el señor Sparkler acompañando a su dama y aguardando obedientemente el momento de estrechar la mano. Cuando el señor Sparkler fue admitido a la audiencia de

despedida, llegó el señor Merdle de puntillas: daba la impresión de no tener brazos dentro de las mangas, como si fuera el hermano gemelo de la señorita Biffin^[45], en insistió bajar con el señor Dorrit las escaleras. Todas las protestas del señor Dorrit fueron en vano y disfrutó del honor de ser acompañado hasta el vestíbulo por aquel hombre distinguido que (como dijo el invitado cuando le estrechaba la mano en el umbral) lo había abrumado con sus atenciones y detalles en aquella visita memorable. Así se separaron; el señor Dorrit entró en el coche con el pecho henchido de orgullo y sin lamentar por un momento que su guía privado, que había ido a despedirse del servicio, tuviera la oportunidad de contemplar la *grandeur* de la ocasión.

Dicha *grandeur* seguía rodeando al señor Dorrit cuando se apeó del coche delante del hotel. Ayudado por el guía y media docena de empleados, cruzaba el vestíbulo con una serena magnificencia cuando tuvo una visión que lo dejó mudo y paralizado. John Chivery, vestido con su mejor traje, con el sombrero de copa bajo el brazo, el bastón con empuñadura de marfil obstruyendo elegantemente su paso y un puñado de cigarros en la mano.

—Joven, éste es el caballero —dijo el portero—. Este joven ha insistido en esperarlo, señor, y decía que usted se alegraría de verlo.

El señor Dorrit contempló al joven, se ahogó y dijo con el más suave de los tonos:

—Ah, John hijo, creo que es John hijo, ¿no es así?

—Sí, señor —contestó John hijo.

—Ah, ya me lo parecía —dijo el señor Dorrit—. Este joven puede subir —dijo a los empleados—. Por supuesto, puede subir. Permitan que John hijo me siga, hablaré con él arriba.

John hijo lo siguió con una sonrisa complacida. Llegaron a las habitaciones del señor Dorrit. Encendieron las velas. Los empleados se retiraron.

—Ahora, señor mío —dijo el señor Dorrit, dando media vuelta y agarrándolo por el cuello de la camisa, en cuanto estuvieron solos, a salvo de otras miradas—. ¿Qué pretende?

La perplejidad y el horror que se pintaron en el rostro del desgraciado John — porque, en realidad, él esperaba un abrazo— fueron tan expresivos que el señor Dorrit retiró la mano y se limitó a mirarlo con rabia.

—¿Cómo se atreve? —preguntó el señor Dorrit—. ¿Cómo tiene usted la presunción de presentarse aquí? ¿Cómo se atreve a insultarme?

—¿Insultarlo yo, señor? —exclamó John hijo—. ¡Oh!

—Sí, señor —contestó el señor Dorrit—. Insultarme. Que se haya atrevido usted a venir es una afrenta, una impertinencia, una audacia. Aquí nadie lo ha llamado. ¿Quién lo ha enviado? ¿Qué... ejem... qué demonios hace usted aquí?

—Pensaba, señor —dijo John hijo con la cara más pálida y consternada que jamás había visto el señor Dorrit, ni siquiera en los tiempos del Internado—. Se me ocurrió,

señor, que tendría usted la bondad de aceptar unos cuantos...

—Malditos cigarros —exclamó el señor Dorrit con una rabia incontenible—. Yo... ejem... no fumo.

—Le ruego humildemente que me perdone, señor. Antes fumaba.

—Repita eso —exclamó el señor Dorrit, fuera de sí— y le doy con el atizador del fuego.

John Chivery fue retrocediendo hacia la puerta.

—Alto, caballero —exclamó el señor Dorrit—. Alto ahí. Siéntese, maldita sea.

John Chivery se desplomó en la silla más cercana a la puerta y el señor Dorrit empezó a dar vueltas por la habitación; al principio rápidamente, después más despacio. En una ocasión se acercó a la ventana y se detuvo con la frente apoyada en el cristal. De repente, se dio media vuelta y dijo:

—¿Para qué más ha venido?

—Para nada más, señor. ¡Santo cielo! Sólo para decirle que deseaba que estuviera bien y preguntarle si la señorita Amy estaba bien.

—¿Y a usted qué le importa? —contestó el señor Dorrit.

—Señor, no tengo ningún derecho. Nunca pensé en disminuir la distancia que nos separa, se lo aseguro. Sé que me he tomado una libertad, pero nunca se me ocurrió que fuera a sentarle tan mal. Palabra de honor, señor —dijo John hijo con emoción—, a mi nivel, soy demasiado orgulloso y nunca habría venido si me hubiera imaginado esto.

El señor Dorrit se sintió avergonzado. Regresó a la ventana y apoyó de nuevo la frente en el cristal durante un rato. Cuando se volvió, tenía el pañuelo en la mano y se había estado secando los ojos; parecía enfermo y cansado.

—John, siento muchísimo haber sido desagradable con usted, pero... ejem... algunos recuerdos no son felices y... ejem... no debería usted haber venido.

—Ahora me doy cuenta —contestó John Chivery—, pero no se me había ocurrido y sabe Dios que ha sido sin mala intención.

—No, no —dijo el señor Dorrit—. De eso estoy... ejem... seguro. Deme la mano, John, deme la mano.

John hijo se la tendió, pero el señor Dorrit le había partido el corazón y nada podía cambiar la expresión de John hijo, ni disipar su palidez y consternación.

—Venga, siéntese de nuevo, John —dijo el señor Dorrit, estrechándole la mano lentamente.

—Gracias, señor, pero prefiero quedarme de pie.

El señor Dorrit se sentó. Estuvo un rato sujetándose la cabeza con un gesto de dolor; luego se volvió hacia el visitante y dijo, esforzándose en ser amable:

—¿Y cómo está su padre, John? ¿Cómo están... ejem... todos, John?

—Gracias, señor. Están bastante bien, señor. No se quejan de nada.

—Y, por lo que veo, sigue usted dedicándose a lo mismo, John —dijo el señor Dorrit con una mirada al ofensivo hatillo de cigarros que había anatemizado.

—En parte sí, señor. Y también me dedico a los... —John vaciló un poco—... asuntos de mi padre.

—Ah, ¿sí? —dijo el señor Dorrit—. Se ocupa usted... ejem... de... ejem...

—Cerrar la puerta, sí, señor.

—¿Y hay mucho trabajo, John?

—Sí, señor; estamos bastante al completo. No sé por qué pero por lo general lo tenemos todo muy lleno.

—¿En este momento del año, John?

—En todas las épocas del año, señor. No creo que ninguna época sea muy distinta a otra para nosotros. Le deseo buenas noches, señor.

—Quédese un momento, John, quédese... ejem... un momento. Ejem. Le... ruego que me dé los cigarros.

—Por supuesto, señor —John los dejó sobre la mesa con mano temblorosa.

—Quédese un momento, John; quédese un poco más. Sería para mí un gran placer enviar un... ejem... pequeño testimonio a través de un mensajero de confianza para que lo divida entre... ejem... entre ellos... entre ellos... de acuerdo con sus necesidades. ¿Tiene usted algún inconveniente, John?

—Ninguno en absoluto, señor. Estoy seguro de que mejorará la situación de muchos.

—Gracias, John. Voy... voy a firmar un cheque, John.

Le temblaba tanto la mano que le costó mucho escribir y al final la letra resultó temblorosa. Era un cheque de cien libras. Dobló el papel, lo puso en la mano de John hijo y la apretó con la suya.

—Espero que... ejem... olvide usted lo que ha sucedido, John.

—No se preocupe, señor. Le aseguro que no le guardo rencor.

Pero, mientras siguió allí, nada pudo restituir el color y la expresión naturales del rostro de John ni devolverle sus modales.

—John —dijo el señor Dorrit, dando a la mano del joven un apretón final y soltándola después—, espero que... ejem... estemos de acuerdo en que hemos hablado de modo confidencial. Y se abstendrá usted, al salir de aquí, de decir nada a nadie que pudiera... ejem... sugerir... que... ejem... en otros tiempos...

—Oh, se lo aseguro, señor —contestó Chivery hijo—. Aunque soy pobre y humilde, soy demasiado orgulloso y honorable para eso.

El señor Dorrit no fue demasiado orgulloso y honorable para escuchar a través de la puerta y asegurarse por sí mismo de que John hijo se marchaba sin entretenerse en charlar con nadie. No le cupo duda de que se dirigió directamente a la puerta y salió a la calle con paso rápido. Después de un rato en soledad, el señor Dorrit llamó al guía,

que lo encontró en el sillón delante de la chimenea, dándole la espalda y mirando el fuego.

—Puede coger usted esos puros para el viaje, si quiere —dijo el señor Dorrit con un gesto descuidado de la mano—. Es un pequeño regalo... ejem... del hijo de un... antiguo arrendatario.

Al día siguiente, el sol vio el carruaje del señor Dorrit por la carretera de Dover, en la que cada postillón de chaqueta colorada era insignia de una casa cruel establecida para expoliar sin piedad a los viajeros. Como entre Londres y Dover no existe para la raza humana otra actividad que el latrocinio, al señor Dorrit lo atracaron en Dartford, lo desvalijaron en Gravesend, lo saquearon en Rochester, lo desplumaron en Sittingourne y lo despojaron en Canterbury. Sin embargo, y dado que era misión del guía privado mantenerlo alejado de las manos de los bandidos, éste pagó el debido rescate en cada etapa y así las chaquetas rojas brillaron alegremente por el paisaje primaveral, subiendo y bajando regularmente, entre el señor Dorrit, en su cómodo rincón, y el siguiente promontorio en la polvorienta carretera.

El sol del día siguiente lo vio en Calais. Y tras dejar que el canal se interpusiera entre él y John Chivery, empezó a sentirse seguro y a pensar que el aire del extranjero era más fácil de respirar que el de Inglaterra.

Y de nuevo rumbo a París por las densas carreteras francesas. Recuperada casi por completo la ecuanimidad, acurrucado en su acogedor rincón, el señor Dorrit empezó a construir castillos en el aire. Pasó el día levantando torres, derribándolas, añadiendo un ala por aquí, unas almenas por allá, contemplando las murallas, reforzando las defensas, adornando el interior y, en todos los aspectos, construyendo un castillo soberbio. Su rostro preocupado mostraba con tanta claridad su empeño que cada lisiado que encontraba en las casas de postas y que le metía la baqueteadada lata de metal por la ventana del coche pidiendo caridad en nombre del Cielo, caridad en nombre de Nuestra Señora, caridad en nombre de todos los santos, sabía perfectamente, mientras no fuera ciego, a qué se dedicaba aquel caballero, de la misma manera que lo habría adivinado su compatriota Le Brun si hubiera hecho al viajero inglés objeto de un tratado fisionómico^[46].

Una vez en París, descansó ahí tres días y se dedicó a pasear por las calles solo, contemplando los escaparates y en especial las joyerías. Finalmente, entró en la más famosa y dijo que quería un regalo para una dama.

Se lo dijo a una mujer menuda y encantadora, una mujercita vivaracha, vestida con un gusto perfecto, que salió de un reservado de terciopelo verde para atenderlo y que estaba poniendo al día unos libros de contabilidad pequeños y primorosos en los que difícilmente se podía imaginar que registrara la entrada de artículos que no fueran besos, y en un primoroso mostrador pequeño y brillante, que parecía un dulce.

Por ejemplo, preguntó la mujercita, ¿qué tipo de regalo deseaba hacer? ¿Un

regalo de amor?

El señor Dorrit sonrió y dijo, bueno, tal vez, no estaba seguro. Siempre era posible, teniendo en cuenta los encantos del bello sexo. ¿Podría enseñarle algo?

Con mucho gusto, dijo la mujercita. Halagada y encantada le enseñaría muchas cosas. Pero, disculpe, para empezar, tendría la bondad de señalarle que había regalos que eran muestras de amor y otros que eran regalos nupciales. Por ejemplo, esos maravillosos pendientes con un soberbio collar a juego eran lo que se llamaba una muestra de amor. Aquellos broches y aquellos anillos, de belleza tan grácil y celestial, era lo que se denominaba, con permiso de *monsieur*, regalo nupcial.

Tal vez sería buena idea, insinuó el señor Dorrit con una sonrisa, comprar los dos y ofrecer primero el regalo de amor y luego el regalo nupcial.

¡Cielos!, dijo la mujercita, uniendo las yemas de los dedos de ambas manitas, eso sería generosísimo, sería muy galante. Y, sin duda, la dama cubierta de regalos los encontraría irresistibles.

El señor Dorrit no estaba seguro. Pero, por ejemplo, la mujercita vivaracha estaba segurísima, dijo. Así pues, el señor Dorrit compró un regalo de cada tipo y pagó los dos generosamente. Después, mientras iba hacia el hotel, llevaba la cabeza bien alta: las torres de su castillo eran mucho más altas que las dos torres cuadradas de Notre Dame.

Dedicándose a construir con gran energía, pero reservándose para sí los planos del castillo, el señor Dorrit partió para Marsella. Construyendo, construyendo, atareado, atareado de la mañana a la noche. Caía dormido y dejaba grandes bloques de material de construcción flotando en el aire; se despertaba para seguir trabajando y colocarlos en su sitio. Y, mientras tanto, el guía, sentado en el pescante posterior, fumaba los mejores cigarros de John Chivery y dejaba una fina estela de humo... tal vez construyendo también un par de castillos con el dinero que sisaba al señor Dorrit.

Ninguna de las ciudades fortificadas por las que pasaron en el curso del viaje era tan fuerte, la cúspide de ninguna catedral era tan alta como el castillo del señor Dorrit. Ni el río Saona ni el Ródano avanzaban con la rapidez de aquel edificio sin par; ni el Mediterráneo era más profundo que sus cimientos; ni los remotos paisajes de la carretera de la Cornisa, ni las montañas ni la bahía de Génova, la magnífica, eran más bellos. El señor Dorrit y su castillo sin par desembarcaron entre las sucias casas blancas y los más sucios delincuentes de Civita Vecchia y de ahí llegaron a Roma como pudieron a través de la basura que se pudría en el camino.

Capítulo XIX

El asalto al castillo en el aire

Hacía ya cuatro horas que se había puesto el sol y era más tarde de lo que a muchos viajeros les habría gustado para encontrarse fuera de las murallas de Roma; aun así el coche del señor Dorrit, todavía en su última y agotadora etapa, seguía traqueteando por la solitaria *campagna*. Los pastores de aspecto fiero y los campesinos de aire feroz que habían jalonado el camino mientras era de día se habían ido con el sol y habían dejado el campo solitario y vacío. En algunos recodos del camino, un pálido destello en el horizonte, como una exhalación procedente de una tierra sembrada de ruinas, indicaba que la ciudad todavía quedaba lejos, pero este pobre alivio era escaso y breve. El carruaje se hundía de nuevo en las profundidades de un mar seco y negro y, por lo general, no se veía otra cosa que una ola petrificada y un cielo lúgubre.

El señor Dorrit, aunque podía entretenerse construyendo su castillo, no se sentía cómodo en aquel paraje desolado. Manifestaba mayor impaciencia, a cada oscilación del carruaje y a cada grito de los postillones, que en todo el viaje desde que salieron de Londres. El ayuda de cámara, sentado en el pescante, iba temblando ostensiblemente. Y el guía privado, en el asiento posterior, no estaba del todo tranquilo. Cada vez que el señor Dorrit bajaba el cristal y lo miraba (cosa que hacía con frecuencia), lo veía fumándose a John Chivery; pero, por lo general, viajaba de pie mirando a un lado y a otro, como un hombre que sospechara algo y se hubiera puesto en guardia. Entonces, el señor Dorrit, subiendo de nuevo la ventanilla, pensaba que aquellos postillones tenían cara de matarifes y que habría hecho mucho mejor quedándose a dormir en Civita Vecchia y poniéndose en marcha por la mañana temprano. Sin embargo, a pesar de todo, a ratos seguía edificando su castillo.

Pero poco después, los fragmentos de vallas en ruinas, los agujeros de las ventanas, las paredes destartadas, las casas abandonadas, los pozos que desbordaban agua, los depósitos rotos, los cipreses espectrales, las parcelas de viñas enmarañadas y el camino convertido en un sendero largo, irregular y desordenado en el que todo se desmoronaba, desde los deslucidos edificios hasta la vía llena de baches, le indicaron que se acercaba a Roma. Hasta que un giro y la detención repentina del carruaje le hicieron temer que la hora de los bandidos había llegado y que poco faltaba para que lo tiraran a una cuneta hecho un guiñapo y le robaran; hasta que, después de bajar de nuevo la ventanilla y mirar afuera, vio que su asaltante era sólo un cortejo fúnebre que iba cantando mecánicamente con una vaga exhibición de trajes sucios, antorchas desvaídas, incensarios oscilantes y una gran cruz delante de un sacerdote. A la luz de las antorchas, el sacerdote, con el prominente ceño fruncido,

tenía una pinta espantosa. Cuando sus ojos se cruzaron con los del señor Dorrit, que asomó la cabeza desnuda por la ventanilla del carruaje, sus labios, que se movían al cantar, parecieron amenazar a tan importante viajero; también el gesto de la mano, que era, de hecho, su forma de devolver el saludo del viajero, pareció insistir en la amenaza. Eso fue lo que pensó el señor Dorrit con la imaginación desbocada por el cansancio de tanto viajar y construir, mientras el sacerdote pasaba a su lado y la procesión se alejaba llevándose consigo a su muerto. También siguió su camino el cortejo del señor Dorrit. Y pronto, con el carruaje cargado de lujos procedentes de las dos grandes capitales de Europa, se encontraron llamando a las puertas de Roma (exactamente al revés que los godos).

En la casa del señor Dorrit nadie lo esperaba ya aquella noche: habían imaginado que, siendo tan tarde, llegaría al día siguiente. De modo que, cuando el coche se detuvo a la puerta de la casa, sólo salió el portero a recibirlo. ¿Estaba fuera la señorita Dorrit? No, estaba en casa. Bien, dijo el señor Dorrit a los criados que iban apareciendo: no hacía falta que se molestaran, bastaba con que descargaran el coche, ya encontraría a la señorita Dorrit él solo.

Así que subió la magnífica escalera, despacio y cansado, y miró en varias habitaciones vacías hasta que vio una lucecita en una pequeña antecámara. Era un rincón cerrado por cortinas, como si fuera una tienda de campaña, entre otras dos habitaciones; y a medida que se acercaba por la oscura avenida que éstas formaban, tuvo la impresión de dirigirse a un lugar cálido, de colores brillantes.

El umbral tenía una cortina, pero no puerta, y, cuando se detuvo para mirar sin que nadie lo viera, sintió una punzada ¿tal vez de celos? ¿Y por qué celos? Ahí sólo estaban su hija y su hermano: él, en una butaca cerca del hogar, disfrutando del calor del fuego vespertino; ella, delante de una mesita, bordando una labor. Si bien los objetos materiales del cuadro eran muy diferentes, las figuras eran muy parecidas a las de otros tiempos: su hermano se parecía lo bastante a él para representarlo en la composición. Así había pasado muchas noches, junto a un fuego de carbón, muy lejos; así había pasado Amy mucho tiempo dedicada a él. Por supuesto, no había motivo para añorar la antigua miseria. Entonces, ¿a qué se debía aquella punzada?

—¿Sabe una cosa, tío? Yo diría que está usted cada vez más joven.

Su hermano negó con la cabeza y dijo:

—¿Desde cuándo, querida, desde cuándo?

—Me parece —contestó la pequeña Dorrit sin dejar de bordar con la aguja— que estas últimas semanas ha rejuvenecido. Lo veo alegre, despierto e interesado por las cosas.

—Querida niña, todo te lo debo a ti.

—¡A mí, tío!

—Sí, sí. Me haces un bien inmenso. Has sido tan considerada y tan tierna, tan

delicada disimulando la atención que me prestabas que... ¡Bueno, bueno, bueno...! Son gestos que atesoro, querida. Los atesoro.

—Son todo imaginaciones tuyas, tío —contesto la pequeña Dorrit alegremente.

—¡Bueno, bueno, bueno...! —murmuró el anciano—. ¡Gracias a Dios!

La joven interrumpió un momento la labor para mirar a su tío y esa mirada causó en su padre el mismo dolor en el pecho de antes; en su pobre pecho débil, tan lleno de contradicciones, vacilaciones, incoherencias, de las perplejidades pequeñas e irritantes de esta vida ignorante, de esas nieblas que sólo podrá despejar la mañana sin noche.

—Me he sentido más libre contigo estando solos, ¿sabes, paloma mía? —decía el anciano—. Porque a la señora General no la cuento; me da igual, no tiene nada que ver conmigo. Pero sé que Fanny se impacientaba conmigo. Y no me sorprende ni me quejo porque me doy cuenta de que me interpongo aunque de veras intento mantenerme al margen. Ya sé que no soy la mejor compañía para nuestras amistades. Mi hermano William —dijo con admiración— es compañía digna de un rey, pero vuestro tío no lo es, querida. Frederick Dorrit no está a la altura de William Dorrit y lo sabe muy bien. ¡Ah, aquí está tu padre, Amy! Querido William, bienvenido. Querido hermano, ¡me alegro de verte!

(Mientras hablaba, había visto a su hermano en la entrada).

La pequeña Dorrit, con un grito de alegría, abrazó a su padre y le dio un beso tras otro. Su padre estaba un poco impaciente y un poco gruñón.

—Me alegro de verte por fin, Amy —dijo—. Ejem. Me alegro de encontrar... ejem... a alguien que por fin me reciba. Según parece... ejem... se me esperaba tan poco que os prometo que empezaba a pensar... ejem... que debía disculparme por... ejem... haberme tomado la libertad de volver.

—Es tan tarde, querido William —dijo su hermano—, que ya no esperábamos que llegaras hoy.

—Soy más fuerte que tú, querido Frederick —contestó su hermano con un tono fraternal lleno de severidad—. Y creo que puedo viajar a la hora que quiera sin mayores dificultades.

—Por supuesto, por supuesto —contestó Frederick Dorrit, temiendo haber dicho algo ofensivo—. Claro que sí, William.

—Gracias, Amy —prosiguió el señor Dorrit mientras ésta lo ayudaba a quitarse la ropa de abrigo—. Puedo hacerlo sin ayuda. No necesito... ejem... no necesito que te molestes, Amy. ¿Podría tomar un trozo de pan y un vaso de vino o... ejem... sería eso demasiada molestia?

—Querido padre, tendrá la cena lista dentro de unos minutos.

—Gracias, cariño —dijo el señor Dorrit con un tono de gélido reproche—. Temo molestar... ejem... a alguien. ¿La señora... ejem... General está bien?

—La señora General ha dicho que le dolía la cabeza y que estaba cansada; cuando creímos que ya no llegaba usted hoy se ha ido a la cama.

Tal vez el señor Dorrit pensó que la señora General había hecho bien al dejarse vencer por la decepción al ver que no llegaba. En cualquier caso, su rostro se relajó y dijo con satisfacción evidente:

—Lamento oír que la señora General no se encuentra bien.

Durante este breve diálogo, su hija lo había estado observando con algo más que su interés habitual. Se diría que le parecía cambiado o cansado; el señor Dorrit se dio cuenta y se molestó, por lo que, cuando se hubo quitado el abrigo de viaje y se acercó al fuego, dijo, de nuevo de mal humor:

—Amy, ¿qué estás mirando? ¿Por qué... ejem... concentras tu solicitud en mí de esta... ejem... manera tan especial?

—No me había dado cuenta, padre. Le ruego que me perdone. Me alegro de volver a verlo, nada más.

—No me digas que nada más porque sí hay algo más. Piensas... ejem... piensas —dijo el señor Dorrit en un acusado tono de recriminación— que no tengo buen aspecto.

—Pensaba que parecía usted un poco cansado.

—Pues estás muy equivocada —dijo el señor Dorrit—. Ejem... no estoy cansado. Ejem... Estoy mucho mejor que cuando me fui.

Tenía tantas ganas de enfadarse que Amy no dijo nada más para justificarse y se quedó a su lado, cogiéndolo del brazo. Y en esa posición, de pie, con su hermano al otro lado, el señor Dorrit dio una cabezada de menos de un minuto y se despertó con un sobresalto.

—Frederick —dijo, volviéndose a su hermano—. Te recomiendo que te vayas a la cama de inmediato.

—No, William, espero para hacerte compañía mientras cenas.

—Frederick —contestó—. Te ruego que te vayas a la cama. Te pido como un favor que te vayas a la cama. Hace ya rato que tendrías que estar en la cama, eres muy débil.

—¡Ah! —dijo el anciano, que no tenía más deseo que el de darle gusto—. Bueno, bueno, bueno... Supongo que así es.

—Querido Frederick —contestó el señor Dorrit con un asombroso tono de superioridad ante la debilidad creciente de su hermano—. No cabe la menor duda. Me duele verte tan débil. Ejem... me entristece. Creo que no tienes buen aspecto. No puedes hacer estas cosas, tendrías que ir con más cuidado, tendrías que tener mucho cuidado.

—¿Me voy a dormir? —preguntó Frederick.

—Querido Frederick —dijo el señor Dorrit—, vete, te conmino. Buenas noches,

hermano. Espero que mañana estés más fuerte. No me gusta nada tu aspecto, buenas noches, querido hermano.

Tras despedir a su hermano amablemente, se quedó dormido antes de que éste acabara de salir de la sala, y se habría dado de bruces sobre los troncos si su hija no lo hubiera sujetado.

—Tu tío divaga mucho, Amy —dijo cuando se despertó—. Es menos... ejem... coherente y su conversación es más... entrecortada que... ejem... que nunca. ¿Se ha puesto enfermo mientras yo estaba fuera?

—No, padre.

—¿Lo has visto... ejem... cambiar mucho, Amy?

—No he observado el menor cambio.

—Muy deteriorado —dijo el señor Dorrit—. Muy deteriorado. Mi pobre y cariñoso Frederick. Ejem... Incluso teniendo en cuenta cómo estaba antes, lo veo... ejem... tristemente deteriorado.

La cena, que le llevaron ahí mismo y sirvieron en la mesita donde había visto coser a su hija, distrajo su atención.

Amy se sentó a su lado como en otros días, por primera vez desde que tales días habían terminado. Estaban solos y ella le sirvió la carne y la bebida, como hacía en la cárcel, por primera vez desde que eran ricos. Amy temía mirarlo demasiado, ya que antes se había ofendido; pero advirtió en dos ocasiones, durante la cena, que su padre la miraba de repente y miraba a su alrededor, como si la semejanza con otros tiempos fuera tan intensa que necesitara que la vista le asegurara que no se encontraban en la habitación de la cárcel. En ambas ocasiones se llevó la mano a la cabeza como si echara de menos el viejo gorro negro, aunque éste, regalado ignominiosamente en Marshalsea, seguía preso, rondando por los patios en la cabeza de su sucesor.

Tomó una cena muy ligera pero tardó mucho y recordó varias veces el progresivo deterioro de su hermano. Aunque expresaba la mayor piedad, se refería a él casi con dureza. Dijo que el pobre Frederick... ejem... ejem... chocheaba. No había otra palabra para decirlo: chocheaba. ¡Pobrecillo! Qué pena pensar en lo que la pobre Amy debía de haber aguantado en su aburridísima compañía —divagar y balbucear, si el pobre no paraba de divagar y balbucear—, menos mal que había tenido el alivio de la señora General. Sentía mucho, repitió con la misma satisfacción que antes, que aquella mujer... ejem... extraordinaria no se encontrara bien.

La pequeña Dorrit, tan afectuosa y solícita, habría recordado el menor detalle de lo que hizo o dijo su padre aquella noche aunque no hubiera tenido motivos para hacerlo. Siempre recordaría el momento en que su padre, bajo la fuerte influencia de las semejanzas, miró por toda la sala, intentando alejar aquellas evocaciones de la memoria de su hija y tal vez de la propia, y procedió acto seguido a explayarse sobre las grandes riquezas y la refinada compañía que lo habían rodeado en su ausencia, y

la elevada posición que él y su familia tenían que mantener. Tampoco olvidaría que dos corrientes profundas y paralelas recorrían sus palabras y su comportamiento: una tendía a mostrarle lo bien que se había desenvuelto sin ella y lo muy independiente que era; la otra, de modo incomprensible y caprichoso, expresaba cierto enojo, como si le reprochara que lo hubiera olvidado en su ausencia.

La narración del magnífico tren de vida del señor Merdle y la corte que lo reverenciaba, lo llevó, de modo natural, a la señora Merdle; tan natural, de hecho, que, aunque la mayor parte de sus observaciones no seguían hilo alguno, empezó a hablar de ella y le preguntó cómo se encontraba:

—Está muy bien, se marcha la semana que viene.

—¿A Inglaterra? —preguntó el señor Dorrit.

—Después de unas cuantas semanas de viaje.

—Será una gran pérdida aquí —dijo el señor Dorrit—. Y una gran... ejem... adquisición en Londres. Para Fanny y... ejem... el resto... ejem... del gran mundo.

La pequeña Dorrit pensó en la competencia que se iba a entablar y asintió en voz baja.

—La señora Merdle va a celebrar una gran fiesta con una cena. Ha expresado su interés en que volviera usted a tiempo y nos ha invitado a los dos a cenar.

—Es muy... ejem... amable. ¿Cuándo es?

—Pasado mañana.

—Escríbele por la mañana, dile que he vuelto y que estaré... ejem... encantado.

—¿Puedo acompañarlo a su habitación?

—¡No! —exclamó el señor Dorrit, enfadado de nuevo, mientras se iba sin acordarse de darle las buenas noches—. No puedes, Amy. No quiero ayuda. ¡Soy tu padre, no tu tío inválido! —se contuvo tan rápidamente como se había enfadado y añadió—: Amy, no me has dado un beso. Buenas noches, querida. Ahora tenemos que casar... ejem... tenemos que casarte a ti, querida.

Con estas palabras, más cansado y más lentamente, empezó a subir las escaleras y, en cuanto llegó a sus habitaciones, despidió al ayuda de cámara. Su primera preocupación fue buscar las compras de París y, después de abrir los estuches y examinarlas cuidadosamente, guardarlas bajo llave. Luego se entretuvo dando cabezadas y construyendo castillos en el aire, y así, cuando se metió en la cama, la mañana asomaba por el extremo oriental de la desolada *campagna*.

Al día siguiente, la señora General le envió sus respetos en su debido momento y manifestó su esperanza de que hubiera descansado bien tras un viaje tan fatigante. El señor Dorrit le envió un saludo junto con el ruego de que le informaran de que había descansado muy bien y se encontraba estupendamente. Sin embargo, no salió de sus habitaciones hasta mucho después de mediodía y, aunque iba magníficamente ataviado para dar un paseo con la señora General y su hija, su aspecto no estaba a la

altura de la descripción que había hecho de sí mismo. Como la familia no tenía visitas aquel día, comieron los cuatro juntos y solos. El señor Dorrit acompañó a la señora General hasta el asiento de su derecha con inmensa ceremonia; y la pequeña Dorrit no pudo dejar de observar, mientras los seguía con el tío, que su padre iba muy acicalado y que trataba a la señora General de un modo muy obsequioso. La perfecta formación de la apariencia de aquella dama exquisita hacía difícil que se desplazara un átomo de su brillo elegante, pero la pequeña Dorrit creyó divisar un leve destello de triunfo en la comisura de sus ojos gélidos.

A pesar de lo que podríamos llamar en estas páginas la naturaleza prismática y patatera de aquel banquete familiar, el señor Dorrit se quedó dormido varias veces en su transcurso. Sus cabezadas eran tan repentinas como la víspera e igualmente breves y profundas. Cuando le sobrevino el primero de esos ataques de sueño, la señora General pareció hasta sorprenderse, pero cuando se presentaron de nuevo los síntomas, pasó las cuentas infalibles del rosario de la urbanidad: papá, pera, pollo, prisma y patatas y, a fuerza de repetirlas, pareció terminarlas al mismo tiempo que el señor Dorrit despertaba de su sueño.

De nuevo, el señor Dorrit se manifestó tristemente consciente de la tendencia somnolienta de Frederick (que sólo existía en su imaginación) y, después de la comida, cuando Frederick se retiró, disculpó en privado a la señora General la actitud del pobre hombre.

—El más estimable y afectuoso de los hermanos —dijo—, pero... ejem... ejem... totalmente deteriorado. Es triste ver lo rápido que está declinando.

—Habitualmente, suele estar abstraído y cabizbajo —dijo la señora General—, pero esperemos que no se encuentre tan mal como dice usted.

Sin embargo, el señor Dorrit estaba resuelto a no dejarlo escapar.

—Está declinando muy deprisa, señora. Una ruina, un desastre. Se está desmoronando ante nuestros propios ojos... ejem... el bueno de Frederick.

—¿Ha dejado usted a la señora Sparkler feliz y en buen estado de salud? —preguntó la señora General después de lanzar un gélido suspiro por Frederick.

—Rodeada —contestó el señor Dorrit— de... ejem... todo lo que puede recrear el gusto y... ejem... elevar el espíritu. Feliz, querida señora, con su... ejem... marido.

La señora General se agitó un poco y pareció apartar delicadamente aquella palabra con los guantes, como si no supiera adónde podría conducir la conversación.

—Fanny —prosiguió el señor Dorrit—, Fanny, señora General, tiene grandes cualidades. Ejem. Ambición, decisión, conciencia de su posición... ejem... determinación para sostener esta posición... ejem... ejem... gracia, belleza y nobleza natural.

—Sin duda —dijo la señora General (algo más rígida de lo normal).

—Combinadas con estas cualidades, señora —dijo el señor Dorrit—, Fanny tiene un... ejem... defecto evidente... que me ha hecho... ejem... sentir incómodo y debo añadir... enfadado; pero confío en que haya desaparecido, tanto por su bien, cosa que no me cabe duda, como por... ejem... el de los demás.

—¿A qué se refiere usted, señor Dorrit? —contestó la señora General con los guantes algo alterados—. Me parece que no consigo...

—No diga eso, querida señora —la interrumpió el señor Dorrit.

La voz de la señora General se extinguió:

—No consigo imaginar...

Tras lo cual, el señor Dorrit cayó dormido durante un minuto y se despertó aturdido por un espasmo.

—Me refiero, señora General, a ese... ejem... fuerte espíritu de oposición o... ejem... podría decir... a los celos que ocasionalmente ha manifestado contra los sentimientos que albergo por la dama con la que tengo ahora el honor de conversar.

—Señor Dorrit —contestó la señora General—, es usted demasiado amable y demasiado encomiástico. Si en algún momento he imaginado que la señorita Dorrit se sentía molesta por la favorable opinión que el señor Dorrit tiene de mis servicios, he encontrado en esa alta opinión mi consuelo y recompensa.

—¿Opinión de sus servicios, señora? —preguntó el señor Dorrit.

—De mis servicios —repitió la señora General con unos modales tan distinguidos como impresionantes.

—¿Sólo de sus servicios, querida señora? —preguntó el señor Dorrit.

—Creo que únicamente de mis servicios —contestó la señora General con los mismos modales impresionantes—. Porque —añadió la señora General con un gesto levemente interrogante de los guantes— ¿a qué otra cosa podría achacar...?

—A... ejem... usted misma, señora General. Ejem, ejem... A usted misma y a sus méritos —fue la respuesta del señor Dorrit.

—El señor Dorrit me perdonará —dijo la señora General— si le señalo que no es momento ni lugar para seguir con esta conversación. El señor Dorrit me disculpará si le recuerdo que la señorita Dorrit se encuentra en la habitación contigua y la estoy viendo en este mismo momento que pronuncio su nombre. El señor Dorrit me excusará si le señalo que me siento turbada y que hay momentos en que debilidades que imaginaba dominadas regresan con mayor fuerza que nunca. El señor Dorrit me permitirá que me retire.

—Ejem... tal vez podamos reanudar esta... ejem... interesante conversación en otro momento —dijo el señor Dorrit—; a menos que resulte, aunque confío que no sea el caso, desagradable... ejem... de algún modo para... ejem... la señora General.

—Señor Dorrit —contestó la señora General, bajando los ojos mientras se levantaba con una pequeña inclinación— puede contar con mi homenaje y

obediencia.

La señora General se retiró a continuación con majestuosidad y sin la emoción que podría haberse esperado en una mujer menos notable. El señor Dorrit, que había llevado su parte del diálogo con cierto tono de superioridad, mayestático y admirativo —como algunos en la iglesia al desempeñar su parte en la ceremonia— pareció, en conjunto, muy satisfecho consigo mismo y con la señora General. Cuando esta señora regresó para tomar el té, se había arreglado un poco con polvos y cremas, sin olvidar los encantos morales: estos últimos se manifestaron en el dulce tono protector con que se dirigió a la señorita Dorrit y todo el aire de tierno interés por el señor Dorrit que juzgó compatible con el rígido decoro. Al final de la velada, cuando se levantó para retirarse, el señor Dorrit le cogió la mano como si fuera a llevarla a bailar un minueto a la luz de la luna en la *Piazza del Popolo* y con gran solemnidad la llevó hasta la puerta de la sala, donde alzó los nudillos de la dama y se los llevó a los labios. Tras separarse de ella con lo que probablemente fuera un beso huesudo de aroma cosmético, bendijo a su hija generosamente. Y, después de insinuar que algo extraordinario iba a suceder, se fue a la cama.

Pasó la mañana siguiente recluido en su dormitorio, pero unas horas después de mediodía envió sus saludos a la señora General a través de Tinkler y le rogó que acompañara a la señorita Dorrit a dar un paseo sin él. Antes de que él apareciera, su hija estaba ya vestida para la cena de la señora Merdle. El señor Dorrit se presentó ataviado de manera refulgente, pero con un aspecto indefiniblemente encogido y viejo. Sin embargo, como estaba firmemente decidido a enfadarse con ella si osaba preguntarle cómo se encontraba, Amy sólo se aventuró a darle un beso a la mejilla antes de salir hacia la mansión de la señora Merdle con el corazón inquieto.

El camino que debían recorrer era muy corto, pero antes de que el carruaje hubiera recorrido la mitad, el señor Dorrit estaba de nuevo edificando su castillo. La señora Merdle lo recibió con mucha deferencia; el Busto se encontraba magníficamente conservado y en gran armonía consigo mismo; la comida era exquisita y la compañía muy selecta.

Estaba compuesta principalmente por ingleses, con la única excepción del habitual conde francés y la habitual marquesa italiana, hitos sociales decorativos, de apariencia muy poco variada, que era obligado encontrar en determinados lugares. La mesa era larga y la cena fue larga; y la pequeña Dorrit, oculta por un gran par de patillas negras y una gran corbata blanca, perdió de vista a su padre por completo hasta que un criado le puso un trocito de papel en la mano mientras le susurraba, de parte de la señora Merdle, que lo leyera de inmediato. La señora Merdle había escrito a lápiz: «Venga a hablar con el señor Dorrit, creo que no se encuentra bien».

Corrió discretamente hacia él en el momento en que se levantaba de la silla y la llamaba, creyendo que la muchacha se encontraba todavía en su sitio.

—Amy, Amy, hija mía.

El gesto era tan insólito, por no hablar de su extraño aspecto y del extraño timbre ansioso de su voz, que inmediatamente se produjo un profundo silencio.

—Amy, Amy, querida —repitió—, ¿puedes ir a ver si Bob está vigilando la puerta?

Amy estaba a su lado y lo tocaba, pero él seguía imaginando tercamente que estaba en su asiento, y la llamaba, inclinándose sobre la mesa:

—Amy, Amy, no me encuentro bien. Ejem... No sé lo que me pasa. Me gustaría ver a Bob en particular. Ejem. De todos los carceleros, es tan amigo mío como tuyo. Ve a mirar si Bob está en la portería y ruégale que venga a verme.

Los invitados, consternados, se levantaron de la mesa.

—Querido padre, no estoy ahí, estoy aquí, a tu lado.

—Ah, estás aquí, Amy. Bien. Ejem. Bien. Ejem. Llama a Bob. Si no está de guardia en la puerta, dile a la señora Bangham que vaya a buscarlo.

Amy intentaba llevárselo suavemente, pero él se resistía y no quería marcharse.

—Te digo, niña —gruñó—, que no puedo subir por esas escaleras tan estrechas sin Bob. Ejem. Ve a buscar a Bob. Ejem. Manda buscar a Bob, es el mejor de los carceleros, ¡que venga Bob!

El señor Dorrit miró confuso a su alrededor y, consciente de la cantidad de rostros que lo rodeaban, se dirigió a ellos:

—Señoras y caballeros, el deber me obliga... ejem... a darles la bienvenida a Marshalsea. ¡Bienvenidos a Marshalsea! El espacio es... ejem... limitado... limitado... El paseo podría ser más amplio. Pero verán que, con el tiempo, tienen la sensación de que se hace más ancho... ejem... damas y caballeros... y el aire es, en resumidas cuentas, muy bueno. Sopla desde... ejem... las colinas de Surrey. Sopla por las colinas de Surrey. Esto es el Salón. Ejem. Lo mantenemos con una pequeña suscripción de los internos. A cambio de lo cual tenemos... agua caliente... una cocina común... y pequeñas ventajas domésticas. Los habituales de Marshalsea dicen que soy el Padre. Los desconocidos me presentan sus respetos como el Padre de Marshalsea. Sin duda, si los años de residencia pudieran establecer derechos a tan... ejem... honorable título, debo aceptar la distinción. Mi hija, damas y caballeros. Mi hija, ¡nacida aquí!

Amy no se avergonzaba de la escena ni de su padre. Estaba pálida y asustada, pero no tenía otra inquietud que calmarlo y sacarlo de ahí por su propio bien. Estaba entre él y los rostros desconcertados, delante de él y mirándole la cara. Él la sujetaba con el brazo izquierdo y de vez en cuando se oía la voz baja y tierna de Amy que le rogaba que salieran.

—Nacida aquí —repitió, vertiendo lágrimas—. Criada aquí. Damas y caballeros, mi hija. Hija de un padre infortunado pero... ejem... que siempre ha sido un

caballero. Pobre, sin duda, pero... ejem... orgulloso. Siempre orgulloso. Se ha convertido en... ejem... costumbre no del todo infrecuente entre... ejem... mis admiradores personales... únicamente admiradores personales... que expresen el deseo de reconocer mi posición semiformal ofreciendo... ejem... pequeños tributos que suelen tomar forma de... un reconocimiento voluntario de mis humildes esfuerzos para... mantener aquí un nivel... un nivel... ruego que se comprenda que no me afecta personalmente. Ejem... personalmente. No soy un mendigo. No, me opongo a ese término. Al mismo tiempo, lejos de mí... ejem... rechazar los buenos sentimientos que mueven a mis amigos y poner objeciones a unos regalos que son perfectamente aceptables. Al contrario, se pueden aceptar sin reservas. En nombre de mi hija, si no en el propio, los acepto plenamente y al mismo tiempo conservo ejem... mi dignidad personal. Señoras y señoras, ¡Dios los bendiga a todos!

Para entonces, la tremenda vergüenza que estaba pasando el Busto había llevado a gran parte de los invitados a retirarse a otras habitaciones. Los pocos que se habían entretenido terminaron siguiendo a los demás, y la pequeña Dorrit y su padre quedaron abandonados a los criados y a sí mismos. El queridísimo y adorado padre seguro que ahora querría ir con su hija. Él contestaba a sus ardientes ruegos que nunca conseguiría subir por las estrechas escaleras sin Bob, que dónde estaba Bob, si es que nadie podría traer a Bob. Con el pretexto de buscar a Bob, Amy lo sacó luchando con la corriente de alegres invitados que entraban para la fiesta, lo metió en un coche que acababa de depositar su carga y se fueron a casa.

Las amplias escaleras del palacio romano se contraían ante su escasa vista hasta verse reducidas a las estrechas escaleras de su cárcel londinense; y no soportaba que lo tocara nadie más que su hija, con la única excepción de su hermano. Lo subieron a su habitación sin ayuda y lo metieron en la cama. Y a partir de aquel momento, su pobre espíritu maltrecho, que sólo recordaba el lugar en el que se le habían roto las alas, puso fin al sueño que había perseguido desde entonces y olvidó todo cuanto había sucedido después de Marshalsea. Cuando oía pasos en la calle, los tomaba por el cansado caminar de otros tiempos en el patio. A la hora del cierre, imaginó que todos los desconocidos debían marcharse durante la noche. Cuando llegó de nuevo la hora de abrir, se mostró tan impaciente por ver a Bob que se vieron obligados a inventar un relato según el cual el tal Bob —el buen carcelero llevaba muchos años muerto— se había resfriado pero esperaban que se pusiera bien al día siguiente o al otro o al otro día, como mucho.

Cayó en una debilidad tan extrema que no podía levantar la mano. Pero seguía protegiendo a su hermano igual que antes y le decía con cierta complacencia, cincuenta veces al día, cuando lo veía junto a la cama:

—Mi buen Frederick, siéntate. Estás muy débil, de veras.

Intentaron que volviera en sí trayéndole a la señora General, pero no tenía la

menor idea de quién era. Se le metió en la cabeza la ofensiva sospecha de que quería sustituir a la señora Bangham y de que era dada a la bebida. La acusó inmoderadamente e instó de tal manera a su hija a que fuera a buscar al director de la cárcel para que la echara que, tras ese fracaso, no volvieron a llevarla a su presencia. Si bien en una ocasión preguntó si Tip había salido, no pareció acordarse más de sus hijos ausentes. Pero tenía siempre presente a la hija que había hecho tanto por él y había recibido tan escasa recompensa. Si bien no por ello temía o impedía que lo velara o se fatigara a su lado: eso no le inquietaba más ahora que en otros tiempos. No, la quería igual que la había querido antes. Estaban de nuevo en la cárcel, ella lo cuidaba y él la necesitaba constantemente y no podía pasarse sin ella; e incluso le decía, algunas veces, que estaba satisfecho de haber sufrido tanto por ella. En cuanto a Amy, inclinada sobre la cama, con su rostro junto al de su padre, habría dado su vida a cambio de la de él.

Cuando llevaba ya dos o tres días hundiéndose sin dolor, Amy observó que le molestaba el tic tac del reloj, un pomposo reloj de oro que daba tanta importancia a su propia marcha como si sólo avanzaran él y el Tiempo. Amy dejó que se le agotara la cuerda; pero su padre seguía inquieto y la muchacha vio que no era eso lo que quería. Al final pudo explicarle que quería que lo empeñara. Se quedó tranquilo cuando Amy simuló llevárselo con ese propósito y a partir de aquel momento disfrutó con los pequeños caprichos de vino y gelatina que no había tenido antes.

Pronto quedó claro que eso era lo que quería, porque al cabo de un día o dos entregó a su hija los anillos y los botones de las mangas. Parecía sentir una extraña satisfacción al encargarle esos cometidos, como si fueran las disposiciones más metódicas y previsoras. Después de darle sus alhajas, o las pocas que había visto, le tocó el turno a la ropa; y cabe en lo posible que le prolongara la vida algunos días más la satisfacción de enviarlas, pieza a pieza, a una imaginaria casa de empeños.

Así pues, durante diez días la pequeña Dorrit estuvo echada sobre la almohada de su padre, mejilla contra mejilla. Algunas veces estaba tan cansada que, por unos minutos, se adormecían juntos. Después despertaba para recordar, con lágrimas que fluían rápidas y en silencio, quién le rozaba la cara y ver, amenazadora, sobre el rostro querido que descansaba en la almohada, una sombra más oscura que la del muro de Marshalsea.

Poco a poco, se fueron borrando las líneas del plano del gran castillo. Poco a poco, las líneas que se habían trazado en todas direcciones sobre su cara fueron borrándose y ésta quedó limpia y vacía. Poco a poco, las marcas de los barrotes de la cárcel y de los hierros que describían un zigzag sobre el muro se fueron desvaneciendo. Poco a poco, el semblante del padre fue adquiriendo rasgos semejantes a los de su hija, de una juventud que ella nunca había visto bajo el cabello gris, y entonces, finalmente, conoció el descanso.

Al principio, el tío pareció enloquecer:

—¡Oh, hermano mío! ¡Oh, William, William! Te vas antes que yo, te vas solo, te vas y me dejas. Tú, que eres muy superior, tan distinguido, tan noble. Yo, una pobre criatura inútil que no vale para nada y a quien nadie echaría de menos.

A la pequeña Dorrit le hizo bien tener, por unos momentos, alguien de quien preocuparse y a quien atender.

—Tío, tío, le ruego que no diga eso, piense en usted, piense en mí.

El anciano no fue sordo a estas últimas palabras. Empezó a controlarse precisamente para ahorrarle el mal trago a su sobrina. No se preocupaba por sí mismo; pero, con toda la energía que quedaba en aquel corazón sincero, tanto tiempo aturdido y ahora espabilado por la conmoción, la reverenciaba y bendecía.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó antes de salir de la habitación, agarrándola con las manos arrugadas—. Tú que has visto a la hija de mi querido hermano muerto. Has visto con toda claridad lo que yo he visto con mis ojos pecadores y medio ciegos. No permitas que ni un cabello de su cabeza sufra daño ante ti. Sostenla la hasta su última hora. ¡Recompénsala en el más allá!

Se trasladaron a una habitación cercana, iluminada tenuemente, y allí estuvieron hasta que fue casi media noche, callados y tristes, uno junto al otro. De vez en cuando, la pena de Frederick buscaba alivio en un estallido como los anteriores; pero no sólo pronto le fueron fallando las fuerzas sino que, teniendo muy presentes las palabras de Amy, se contenía y se calmaba. Lo único que se permitía en su tristeza era exclamar regularmente que su hermano se había marchado, solo; que habían estado juntos desde el principio de su vida, que habían caído juntos en la desgracia, que habían sufrido juntos los muchos años de pobreza y habían estado juntos hasta el final; y que su hermano se había ido solo, ¡solo!

Se separaron abrumados por la pena. Amy no consintió en dejarlo en otro lugar que no fuera su dormitorio y lo acompañó hasta verlo acostado, vestido, sobre la cama, y lo cubrió con sus propias manos. Entonces se fue a su habitación y se quedó profundamente dormida: el sueño del agotamiento y el descanso, aunque no consiguió liberarse de un sentimiento de tristeza. Duerme, buena pequeña Dorrit. Duerme toda la noche.

Era una noche de luna; pero la luna se había alzado tarde y hacía días que no estaba llena. Cuando brillaba ya en lo alto del apacible firmamento, se coló a través de las persianas medio cerradas en la solemne habitación donde horas antes habían concluido las andanzas y tropiezos de una vida. Pero en la habitación había ahora dos figuras; dos figuras, igualmente inmóviles e impasibles, igualmente separadas por la distancia insalvable de la atestada tierra y todo lo que la puebla, aunque muy pronto yacerían en ella.

Una figura descansaba en la cama. La otra, arrodillada en el suelo, derrumbada sobre el lecho, descansaba los brazos sobre la colcha; tenía el rostro inclinado, de modo que los labios tocaban la mano sobre la que había exhalado su último aliento. Los dos hermanos se encontraban en presencia del Padre, lejos del juicio crepuscular de este mundo, por encima de sus nieblas y oscuridades.

Capítulo XX

Que da pie al siguiente

Los pasajeros desembarcaban del paquebote en el muelle de Calais. Mientras la marea retrocedía hacia el punto más bajo, baja era la ciudad de Calais, en altitud como en espíritu. La barra cercana a la orilla tenía apenas agua suficiente para que pudiera entrar el paquebote; y ahora la barra misma, con sus rompientes superficiales, parecía un perezoso monstruo marino que acabara de emerger a la superficie, apenas reconocible bajo sus formas dormidas. El magro faro, todo de blanco, se alzaba en el litoral como el fantasma de un edificio que, en otros tiempos, hubiera tenido color y rotundidad y que ahora vertía lágrimas melancólicas tras sufrir el último embate del mar. Las largas hileras de demacrados pilotes negros, húmedos y resbaladizos, desgastados por el mal tiempo y envueltos en fúnebres guirnaldas de algas por la última marea, podrían haber representado un feo cementerio marino. Cada objeto batido por las olas, azotado por las tormentas, parecía tan bajo y tan pequeño, cubierto por el gran cielo gris, frente al ruido del viento y del mar y ante las feroces embestidas de las rizadas líneas de espuma, que resultaba portentoso que quedara aún algo de Calais, y que sus puertas bajas y sus muros bajos y sus tejados bajos y sus zanjas bajas y sus dunas bajas y sus murallas bajas y sus calles llanas no hubieran cedido hacía ya tiempo al asedio del mar, como los castillos que los niños construyen en la orilla.

Después de resbalar entre tablones y pilotes empapados, tropezar en escalones húmedos y enfrentarse a un buen número de dificultades salinas, los pasajeros emprendieron una incómoda peregrinación por el muelle; ahí los esperaban todos los vagabundos franceses y los fugitivos ingleses (la mitad de la población) dispuestos a impedir que se recuperaran del desconcierto. Después de que los inspeccionaran minuciosamente todos los ingleses y de que, como si fueran premios, los llamaran, rellamaran y contrarrellaman los franceses en una escaramuza cuerpo a cuerpo a lo largo de un buen trecho, pudieron por fin entrar en las calles y encaminarse cada uno a su paradero, en medio de una acalorada persecución.

Clennam, acosado por más de una inquietud, se encontraba en aquel abnegado grupo. Tras rescatar a los más indefensos compatriotas de situaciones extremas, iniciaba ahora su camino solo o tan solo como podía, seguido a escasa distancia por un caballero nativo con un traje de grasa y una gorra del mismo material, que gritaba una y otra vez:

—¡Eh, oiga, usted, *señog!* ¡*Bueng* hotel!

Clennam por fin dejó atrás incluso a aquella persona tan hospitalaria y siguió

adelante sin que nadie lo molestara. Después de la turbulencia del canal y de la playa, la ciudad tenía un aire tranquilo y, en comparación, su tristeza resultaba agradable. Se encontró con nuevos grupos de compatriotas, todos algo ajados, como esas plantas que, después de florecer en exceso, parecen convertirse en simples hierbajos. Asimismo, daban la impresión de estar dando vueltas y vueltas, día tras día, por el mismo sitio, lo que le recordó intensamente a Marshalsea. Pero, sin prestarles más atención que la imprescindible para dar pie a estas reflexiones, buscó cierta dirección que se había aprendido de memoria.

—Eso indicó Pancks —murmuró para sí cuando se detuvo ante el tétrico edificio que correspondía a las señas—. Supongo que su información será correcta y su descubrimiento, entre los papeles sueltos del señor Casby, indiscutible; pero difícilmente se me habría ocurrido que podría estar en un sitio así.

Una casa que parecía muerta, con una tapia muerta delante y una puerta muerta en el lateral con un tirador de campana que dio dos campanadas muertas y una aldaba que dio dos golpes muertos y superficiales que no parecían tener profundidad suficiente para penetrar la puerta agrietada. Sin embargo, la puerta se abrió como si girara sobre un resorte muerto y Clennam la cerró a su espalda tras entrar en un patio triste, limitado por otra tapia muerta, donde alguien había intentado plantar unas enredaderas, que estaban muertas, poner en una hornacina una pequeña fuente, que estaba seca, y decorarla con una estatua, que había desaparecido.

La entrada de la casa quedaba a la izquierda y estaba adornada, al igual que la exterior, con dos papeles impresos en inglés y en francés anunciando que se alquilaban apartamentos amueblados para ocupar en el acto. Una campesina fuerte y alegre, toda ella medias, enaguas, cofia blanca y pendientes, apareció en el oscuro umbral y dijo enseñando los dientes amablemente:

—¡Hola, señog! ¿Para quién?

Clennam, contestando en francés, dijo que la señora inglesa; quería ver a la señora inglesa.

—Entre y suba, se lo ruego —contestó la campesina, también en francés. Clennam hizo las dos cosas y la siguió por unas escaleras desnudas hasta una sala del primer piso que daba a la parte trasera. Desde ahí se tenía una vista lúgubre del patio trasero que era tan triste, de los arbustos que estaban muertos, de la fuente que estaba seca y del pedestal de la estatua que había desaparecido.

—*Monsieur* Blandois —anunció Clennam.

—Con mucho gusto, *monsieur*.

La mujer se retiró y lo dejó inspeccionando la sala. Era justo lo que podía esperarse en una casa como aquella. Fría, triste y oscura. El suelo encerado era resbaladizo, pero la estancia no era lo bastante grande para patinar ni se adaptaba a ninguna otra actividad. Cortinas rojas y blancas, una pequeña estera de paja, una

mesilla redonda con una tumultuosa reunión de patas en la parte inferior, sillas toscas de asiento de mimbre, dos grandes butacones de terciopelo rojo que ofrecían gran espacio para la incomodidad, un escritorio, un espejo sobre la chimenea, roto en varios pedazos pero pegado como si fuera uno solo, un par de jarrones llamativos con flores muy artificiales y, entre ellos, un guerrero griego sin casco que sacrificaba un reloj al genio de Francia.

Tras una breve pausa, se abrió la puerta de comunicación con otra sala y entró una mujer. Mostró gran sorpresa al ver a Clennam y buscó con la vista otra persona.

—Discúlpeme, señorita Wade, estoy solo.

—No era su nombre el que me han anunciado.

—No, ya lo sé. Discúlpeme. Sé por experiencia que mi nombre no la predispone a una conversación y me he aventurado a dar el nombre de la persona a la que estoy buscando.

—Le ruego que tome asiento —dijo, indicándole una silla con tanta frialdad que Clennam se quedó de pie—. ¿Qué nombre ha dado?

—Blandois.

—¿Blandois?

—Un apellido que usted conoce.

—Es extraño —dijo la señorita Wade, frunciendo el ceño— que siga mostrando usted un interés, que no deseo en absoluto, en mí y en mis conocidos; en mí y en mis asuntos, señor Clennam. No sé qué pretende.

—Disculpe, pero ¿conoce ese apellido?

—¿Qué puede tener usted que ver con ese apellido? ¿Qué puedo tener yo que ver con ese apellido? ¿Y qué le importa a usted que lo conozca o no? Conozco muchos apellidos y he olvidado muchos más. Éste podría ser de los unos o de los otros. O podría no haberlo oído nunca. No se me ocurre motivo alguno para que me interrogue yo misma u otra persona sobre ese asunto.

—Si me lo permite —dijo Clennam—, le contaré mis motivos para insistir. Admito que insisto y le ruego que me perdone si resulto demasiado obstinado. Tengo mis motivos y no insinúo que tenga usted nada que ver.

—Bien, señor —contestó ella, repitiendo con un tono algo menos altivo la invitación a que se sentara, que esta vez Arthur aceptó, puesto que ella se sentó también—: al menos, me alegro de saber que no se trata de ninguna sierva de un amigo suyo, privada de elegir libremente, y a la que yo haya hecho desaparecer. Si quiere contármelos, escucharé sus motivos.

—En primer lugar, para identificar a la persona de la que estamos hablando —dijo Clennam—, permítame señalarle que se reunió usted con él en Londres hace cierto tiempo. Recordará usted que habló con él cerca del río, frente al edificio Adelphi.

—Se mete usted en mis asuntos de un modo injustificable —contestó ella, mirándolo con profundo disgusto—. ¿Cómo lo sabe?

—Le ruego que no se enfade: lo sé de modo accidental.

—¿Y de qué accidente se trata?

—El mero accidente de pasar por ahí y verlos hablando.

—¿Se refiere a usted o a otra persona?

—A mí mismo, fui yo quien los vio.

—Dado que era en plena calle —señaló la señorita Wade al cabo de unos momentos de reflexión cada vez menos indignada—, podrían habernos visto cincuenta personas y no habría tenido la menor importancia.

—Ni se la doy yo a que los viera por casualidad ni lo relaciono con mi visita o el favor que voy a pedirle (excepto como explicación de mi presencia).

—¡Oh, tiene que pedirme un favor! Ya me parecía a mí —el bello rostro lo miró con expresión amarga— que era más amable que de costumbre, señor Clennam.

Clennam se limitó a contestar con un pequeño gesto pero sin palabras. Le contó la desaparición de Blandois, de la que probablemente habría oído hablar. Aunque a él le pareciera más o menos probable, lo cierto era que la señorita Wade no sabía nada. Que echase un vistazo a su alrededor (dijo ella) y juzgara por sí mismo qué contacto con el mundo podía tener una mujer encerrada ahí, devorando su propio corazón, mientras la noticia se propagaba. Después de semejante negativa, que a Clennam le pareció sincera, la señorita Wade le preguntó a qué se refería cuando hablaba de desaparición. Eso lo llevó a contarle las circunstancias con detalle, expresar parte de su interés por descubrir lo que le había sucedido a aquel hombre y disipar las oscuras sospechas que se cernían sobre la casa de su madre. La señorita Wade lo escuchó con evidente sorpresa y con más indicios, si bien disimulados, de prestar atención de los que Clennam había visto en ella; sin embargo, no por ello abandonó su actitud distante, orgullosa y altiva. Cuando él terminó, se limitó a decir estas palabras:

—Todavía no me ha dicho, señor, qué tengo yo que ver con este asunto ni cuál es el favor que me pide. ¿Tendría la amabilidad de explicármelo?

—Supongo —dijo Arthur, sin abandonar el intento de suavizar la actitud burlona de la señorita Wade— que, estando usted en contacto (¿tal vez podría decir contacto confidencial?) con esta persona...

—Puede decir usted lo que le dé la gana —dijo ella—, pero no suscribo su hipótesis ni las de nadie.

—... que, estando usted, por lo menos, en comunicación personal con él —insistió Clennam, alterando un poco la frase con la esperanza de que ella no pudiera objetar nada—, podría decirme algo de sus antecedentes, sus intereses, costumbres y lugar habitual de residencia. Puede darme alguna pista que me oriente con mayores probabilidades en su búsqueda, para luego sacarlo a la luz, o bien establecer qué ha

sido de él. Éste es el favor que le pido y se lo pido con una inquietud por la cual espero que manifieste alguna consideración. Si tuviera usted motivo para imponerme condiciones, lo respetaré sin preguntarle cuál es.

—Me vio por casualidad con ese hombre en la calle —señaló la señorita Wade tras un momento, para mortificación de Arthur, más absorta en sus pensamientos que en la petición que acababa de hacerle—. ¿Es que ya conocía usted a aquel hombre?

—No lo conocía antes, pero lo conocí después. No lo había visto nunca, pero lo vi de nuevo aquella misma noche, la de su desaparición. En la habitación de mi madre, de hecho. Lo dejé ahí. Leerá en este papel todo lo que se sabe de él.

Le tendió uno de los volantes y ella lo leyó con expresión firme y atenta.

—Eso es más de lo que yo sabía de él —dijo la señorita Wade devolviéndoselo.

El semblante de Clennam expresó su profunda decepción, tal vez su incredulidad; por lo que ella añadió en el mismo tono indiferente:

—No me cree. Sin embargo, así es. En cuanto a la comunicación personal, parece que la hubo entre él y su madre. Y, sin embargo, ¡dice que a ella sí la cree cuando declara que no sabe nada más de él!

Estas palabras fueron lo suficientemente suspicaces, así como la sonrisa que las acompañó, para que las mejillas de Clennam enrojecieran.

—Vamos, caballero —dijo la señorita Wade, con un placer cruel al repetir la puñalada—. Ya que así lo desea, seré franca con usted. Le confesaré que, si me preocupara mi prestigio (que no es el caso) o tuviera un buen nombre que proteger (cosa que no tengo, porque me da absolutamente igual la buena o mala fama), consideraría que me comprometía mucho haber tenido algo que ver con este individuo. Sin embargo, nunca ha cruzado la puerta de mi casa y nunca se ha quedado hablando conmigo hasta medianoche.

Se desquitó así de su viejo resentimiento volviendo la situación contra Clennam. No era propio de su carácter dejar pasar la oportunidad de herir a alguien y no sentía la menor piedad.

—No tengo inconveniente en decirle que es un mercenario, ruin y miserable; lo conocí rondando por Italia (donde me encontraba yo, no hace mucho tiempo) y ahí lo contraté para que se encargara de unos asuntos míos. En definitiva, me interesaba, por mi propio interés (la satisfacción de un fuerte deseo), pagar a un espía que obedeciera mis órdenes. Pagué a ese individuo. Y debo decir que, si hubiera querido semejante cosa y hubiera podido pagarle lo suficiente, y si él hubiera podido hacerlo en la oscuridad y sin riesgos, habría sido capaz de quitarle la vida a cualquiera con la misma falta de escrúpulos con que aceptó mi dinero. Ésta es, al menos, la opinión que tengo yo de él: y veo que no es muy distinta de la suya. Pero debo deducir (siguiendo su ejemplo de suponer eso y aquello) que la opinión de su madre era muy diferente.

—Me permito recordarle que mi madre —dijo Clennam— lo conoció en el

lamentable curso de un negocio.

—Parece haber sido el lamentable curso de un negocio lo que la puso en comunicación con él por última vez —contestó la señorita Wade— y, en esa ocasión, trabajaron hasta muy tarde.

—Sus palabras —dijo Arthur, dolorido por los golpes asestados fríamente, cuya fuerza había constatado ya— dan a entender que existía algo...

—Señor Clennam —interrumpió ella con tranquilidad—, le recuerdo que no doy a entender nada. Digo sin tapujos que ese hombre es un miserable mercenario. Supongo que semejante personaje va donde le ofrecen algo; si yo no hubiera tenido algo interesante que ofrecerle, nunca nos habría visto juntos.

Torturado por la insistencia de la señorita Wade en exponerle el lado más oscuro del caso, sobre el que él mismo albergaba algunas dudas, Clennam guardó silencio.

—He hablado de él como si siguiera vivo —añadió la señorita Wade—, pero ignoro si lo han quitado de en medio. Tampoco me preocupa, no lo necesito para nada.

Con un profundo suspiro y aire abatido, Arthur Clennam se puso en pie despacio.

Ella no se levantó, pero, después de examinarlo mientras tanto con una mirada de recelo y los labios apretados con ira, dijo:

—Era el compañero que eligió su querido amigo el señor Gowan, ¿verdad? ¿Por qué no le pide a su querido amigo que lo ayude?

Arthur tenía ya en los labios la respuesta de que no era su querido amigo, pero se contuvo, recordando sus viejas luchas y decisiones, y dijo:

—Puesto que Gowan no ha vuelto a ver a Blandois desde que éste partió hacia Inglaterra, no sabe nada más de él. Era un conocido al que trató casualmente en el extranjero.

—¡Un conocido casual! —repitió ella—. Sí, con la mujer que tiene, su querido amigo necesita distraerse con todos los conocidos que pueda. ¡Odio a esa mujer!

A Clennam le llamó la atención la rabia con que lo dijo, tanto más por cuanto la señorita Wade era una mujer contenida, y guardó silencio. Ella lo miraba y la ira le brillaba en los ojos oscuros, le temblaba en las ventanas de la nariz y encendía el aliento que exhalaba; pero, en conjunto, su rostro expresaba una serenidad desdeñosa y su actitud era tan tranquila y altivamente elegante como si su estado de ánimo fuera de completa indiferencia.

—Lo único que le diré, señorita Wade —señaló Clennam—, es que dudo que haya recibido usted provocación alguna para un sentimiento que no creo que sea recíproco.

—Puede pedir a su querido amigo su opinión al respecto, si quiere —contestó.

—Mi relación con mi querido amigo no es íntima hasta el punto —dijo Arthur, a pesar de la decisión que había tomado— que haga probable que tratemos el asunto,

señorita Wade.

—Lo odio —contestó ella—. Más todavía que a su mujer, porque en otros tiempos fui lo bastante boba y me engañé a mí misma para llegar casi a quererlo. Usted sólo me ha visto en situaciones comunes e imagino que me ha tomado por una mujer común, un poco más terca que la mayoría. Usted no sabe lo que entiendo yo por odiar si sólo me conoce de modo superficial; no puede saberlo si ignora con qué cuidado me he estudiado a mí misma y a la gente que me rodea. Por este motivo, durante un tiempo me he sentido inclinada a contarle lo que ha sido mi vida; no para ganarme su buena opinión, ya que no le doy importancia, sino para que pueda comprender, cuando piense en su querido amigo y en su querida mujer, lo que yo entiendo por odiar. ¿Puedo darle algo que he escrito y he guardado para que lo lea o prefiere que no lo haga?

Arthur le rogó que se lo diera. La señorita Wade se dirigió al escritorio, lo abrió con llave y de un cajón interior cogió unas pocas hojas de papel dobladas. Sin mostrarse más amable, sin mirarlo apenas, hablando como si se dirigiera a su propia imagen en el espejo para justificar su terquedad, dijo mientras se las entregaba:

—¡Ahora entenderá lo que quiero decir cuando hablo de odiar! Ni más ni menos que esto. Aunque me encuentre alojada de modo temporal y precario en una casa londinense vacía o en un piso de Calais, encontrará a Harriet conmigo. Quizá quiera verla antes de irse. ¡Harriet, ven! —A continuación llamó por segunda vez y la segunda llamada consiguió que saliera Harriet, antes Tattycoram—. Aquí está el señor Clennam —anunció la señorita Wade—; no ha venido a buscarte, ha renunciado a ti... porque supongo que habrá renunciado ya.

—Como no tengo autoridad ni influencia, sí —dijo Clennam.

—No ha venido a buscarte, ya ves; pero sigue buscando a alguien. Quiere a ese tal Blandois.

—Con quien las vi en el Strand de Londres —insinuó Arthur.

—Si sabes algo de él, Harriet, que no sea que vino de Venecia, que eso ya lo sabemos todos, díselo al señor Clennam libremente.

—No sé nada más de él —dijo la joven.

—¿Está usted satisfecho? —preguntó la señorita Wade.

Arthur no tenía motivo para no creerlas; la actitud de la chica era tan natural que casi lo habría convencido si hubiera albergado alguna duda.

—Tendré que buscar información en otro lugar.

No pensaba irse en aquel momento, pero, como se había levantado antes de que la joven entrara y ella, evidentemente, había pensado que se iba, le lanzó una mirada rápida y dijo:

—¿Están bien, señor?

—¿Quiénes?

La joven se contuvo para no decir «todos ellos»; miró a la señorita Wade y dijo:

—El señor y la señora Meagles.

—Estaban bien la última vez que supe de ellos. No están en Inglaterra. A propósito, permita que le pregunte si es cierto que la han visto por ahí.

—¿Dónde? ¿Dónde dicen que me han visto? —preguntó la joven bajando los ojos con gesto hosco.

—Mirando por la verja de la casa.

—No —dijo la señorita Wade—. Ni se ha acercado.

—Me parece que está usted equivocada —dijo la muchacha—. Fui allí la última vez que estuve en Londres. Fui una tarde cuando usted me dejó sola, y miré por la verja.

—Niña tonta —contestó la señorita Wade con un desprecio infinito—. ¿De tan poco han servido nuestra compañía, nuestras conversaciones, tus quejas?

—No pasa nada por mirar desde la verja un momento —dijo la joven—. Vi por la ventana que la familia no estaba.

—¿Y por qué tuviste que ir por ahí?

—Porque quería ver la casa. Porque tenía la sensación de que me gustaría verla otra vez.

Mientras los dos hermosos rostros se miraban el uno al otro, Clennam tuvo la sensación de que aquellos dos caracteres debían de vivir en un continuo estado de destrucción mutua.

—Oh —dijo la señorita Wade, cediendo con frialdad y apartando la vista—; si tenías ganas de ver el lugar donde vivías cuando yo te rescaté porque habías descubierto qué clase de vida llevabas en realidad, es otra cosa. Pero ¿ésa es la confianza que me tienes? ¿Ésa es tu fidelidad? ¿Ésa es la causa común que nos une? No te mereces la confianza que he depositado en ti. No te mereces el aprecio que te tengo. No eres mejor que un perrito faldero y sería mejor que volvieras con la gente que te trataba peor que si te azotara.

—Si habla así de ellos delante de otras personas, me provoca para que los defienda —dijo la joven.

—Vuelve con ellos —contestó la señorita Wade—: vuelve con ellos.

—Sabe usted muy bien —contestó Harriet a su vez— que no quiero volver con ellos. Sabe muy bien que he cortado con ellos y nunca querré ni podré volver con ellos. Así que, por favor, déjelos usted en paz, señorita Wade.

—Prefieres su riqueza a vivir en la pobreza aquí —contestó ella—. A ellos los exaltas y a mí me menosprecias, ¿qué otra cosa podía esperar? Debería habérmelo imaginado.

—No es eso —protestó la muchacha sonrojándose intensamente— y no habla usted en serio. Yo sé lo que quiere decir. Me lanza reproches disimulados porque no

tengo a nadie más que a usted. Y porque no tengo a nadie más que a usted en quien confiar, cree que puede obligarme a hacer o a no hacer lo que se le ocurra y que puede ofenderme con cualquier pretexto. Es usted tan mala como ellos punto por punto. Pero a mí no me domará ni me volverá sumisa. Insisto en que fui a ver la casa porque había pensado muchas veces que me gustaría volver a verla. Y me intereso de nuevo por saber cómo están porque en otros tiempos los aprecié y a veces creía que eran buenos conmigo.

Clennam dijo entonces que estaba seguro de que la recibirían con afecto si deseaba volver.

—¡Jamás! —exclamó la joven enérgicamente—. Nunca volveré. Nadie me conoce mejor que la señorita Wade, aunque me hiere porque me ha hecho depender de ella. Yo lo sé y sé que disfruta cuando tiene ocasión de recordármelo.

—¡Buena actuación! —exclamó la señorita Wade con la misma altivez, amargura y rabia—. Pero demasiado trillada para ocultar lo que yo veo con toda claridad. Mi pobreza no puede competir con su dinero. ¡Será mejor que vuelvas con ellos ahora mismo, vuelve con ellos y terminemos con todo esto!

Arthur Clennam las miró, una en frente de otra, separadas por una distancia escasa en la habitación triste y cerrada, las dos alimentando su rabia con orgullo; cada una con una idea fija, torturándose y torturando a la otra. Dijo una o dos palabras de despedida, pero la señorita Wade se limitó apenas a inclinar la cabeza, y Harriet, con la humillación consciente de quien siente su condición de dependencia y servidumbre (aunque no sin desafío), actuó como si fuera demasiado insignificante para fijarse en él o para que él se fijara en ella.

Clennam bajó hasta el patio por las oscuras escaleras de caracol, percibiendo con mayor intensidad la tristeza de la pared muerta, de los arbustos muertos, de la fuente seca y de la estatua ausente. Pensando en lo que había visto y oído en la casa, así como en el fracaso de sus esfuerzos en la búsqueda de pistas sobre el personaje sospechoso en paradero desconocido, volvió a Londres y a Inglaterra en el paquebote en que había venido. Por el camino, desplegó las hojas de papel y leyó en ellas lo que se reproduce en el siguiente capítulo.

Capítulo XXI

Historia de una mujer que se tortura

Tengo la mala suerte de no ser idiota. Desde muy pequeña he sabido ver lo que quienes me rodeaban creían ocultarme. Si hubiera podido acostumbrarme a las imposiciones de los demás, en vez de acostumbrarme a descubrir la verdad, podría haber vivido en la tranquilidad en que vive la mayoría de la gente idiota.

Pasé la infancia con una abuela, es decir, con una señora que desempeñó ese papel y que se atribuyó ese título. No tenía ningún derecho a él, pero no sospeché nada, porque por entonces aún era un poco tonta. Esta señora acogía en su casa a algunas niñas de su familia y a algunas niñas de otras personas. Ni un solo chico; en total diez, contándome a mí. Vivíamos juntas; nos educamos juntas.

Debía de tener unos doce años cuando empecé a darme cuenta de hasta qué punto esas niñas se creían mejores que yo. Me dijeron que era huérfana. Yo era la única, y advertí (ahí apareció la primera desventaja de no ser tonta) que toleraban mi compañía con una insolente compasión, con un sentimiento de superioridad. Pero no acepté la veracidad de mi descubrimiento a la ligera. Las puse a prueba muchas veces. Casi nunca conseguía que riñeran conmigo. Cuando lo lograba alguna vez, la niña en cuestión venía siempre al cabo de un par de horas a reconciliarse. Las puse a prueba una y otra vez, pero siempre les costaba entrar en el juego. Nunca dejaban de perdonarme, eran engreídas y displicentes. ¡Reflejos en miniatura de los adultos!

Elegí a una como amiga. Quería a esa estúpida enana con una pasión que no merecía y que siempre me avergüenza recordar, aunque yo no fuera más que una chiquilla. Ella tenía lo que suele denominarse un carácter apacible, cariñoso. Podía dedicar, y dedicaba, bonitos gestos y sonrisas a todas. ¡Creo que allí no había ni una sola persona, sin contarme a mí, que supiera que lo hacía expresamente para herirme, para que yo rabiara!

Sin embargo, quería tanto a esa muchacha tan insulsa que mi vida se convirtió en un tormento por el cariño que me inspiraba. Continuamente me sermoneaban y me regañaban por «pincharla», decían ellos; en otras palabras, por acusarla de pequeñas perversidades y por hacerla llorar al demostrarle que había adivinado sus intenciones. Pero la quería, y mucho, y en una ocasión pasé las vacaciones en su casa.

En su casa se comportó peor que en el colegio. Vivía rodeada de un sinfín de primos y conocidos; allí se organizaban bailes, ella también iba a bailes en otras casas, y, tanto dentro como fuera, ponía a prueba mi amor de una forma insoportable. Había planeado que todo el mundo se encariñara con ella para volverme loca de celos. Intimar y ser afectuosa con todo el mundo para volverme loca de envidia. Por

la noche, a solas en nuestra habitación, yo se lo reprochaba, pues conocía perfectamente su vileza; ella lloraba y lloraba y decía que yo era cruel; después la abrazaba hasta el amanecer, queriéndola más que nunca, y lamentando muchas veces no poder dejar de sufrir tanto, no poder sumergirme en un río abrazándola así, y seguir abrazándola hasta después de que hubiéramos muerto.

Todo terminó, lo que supuso un alivio para mí. En la familia había una tía a la que yo no le caía simpática. No creo que llegara a caer muy bien a ningún miembro de la familia, pero ésa nunca había sido mi aspiración, pues sólo me interesaba ella. La tía era una mujer joven que no me quitaba los ojos de encima. Era muy descarada, y me miraba sin ambages compadeciéndose de mí. Después de una de las noches que ya he descrito bajé al invernadero antes del desayuno. Charlotte (el nombre de mi joven y falsa amiga) había bajado antes que yo; al entrar, oí que la tía le hablaba de mí. Me detuve en seco, entre las hojas, y escuché.

—Charlotte —decía la tía—, la señorita Wade te está dejando exhausta, y esto no puede seguir así.

Repito palabra por palabra lo que escuché.

¿Y qué respondió ella? ¿Acaso dijo: «Soy yo quien la está dejando exhausta, quien la está sometiendo a indecibles torturas, y a pesar de todo ella me dice todas las noches que me quiere con toda su alma, aunque sabe lo que la obligo a aguantar»? No: en ese primer incidente memorable se confirmó lo que ya sabía de ella, y lo que todos los incidentes posteriores me han confirmado, y respondió:

—Tía, tiene un carácter muy difícil; otras chicas del colegio, no sólo yo, intentan que mejore; todas nos esforzamos por conseguirlo.

Tras esta declaración la tía la acarició como si hubiera dicho algo noble en vez de algo deleznable y falso, y continuó con la infame farsa diciendo:

—Pero todo tiene un límite, querida mía, y veo que esta pobre y desgraciada muchacha te causa una angustia tan constante y tan inútil que ni siquiera una intención loable puede justificarla.

La pobre y desgraciada muchacha salió de su escondrijo y dijo: «Quiero volver a casa». No les dirigí ni una palabra a ninguna de las dos aparte de «¡Quiero volver a casa, y si no me dejáis me iré andando sola, sea de día o de noche!». A mi vuelta, le dije a mi supuesta abuela que, si no me mandaba a otro sitio a terminar los estudios, antes de que esa chica volviera, antes de que volviera cualquiera de ellas, me tiraría al fuego y me quedaría ciega antes que volver a ver a esas conspiradoras.

En seguida me vi rodeada de mujeres jóvenes, pero no me parecieron mejores. Bonitas palabras y bonitos fingimientos, seguras de sí mismas y despreciativas conmigo, no eran mejores que las otras. Antes de marcharme de allí me enteré de que no tenía abuela ni ningún familiar conocido. A la luz de este dato iluminé tanto mi pasado como mi futuro. Así recordé un montón de ocasiones en que la gente me

había menospreciado cuando simulaba tratarme con consideración o prestarme un servicio.

Un hombre de negocios me había guardado cierta suma de dinero en fideicomiso. Se había decidido que debía convertirme en institutriz; me hice institutriz y fui empleada por la familia de un noble venido a menos, que tenía dos hijas, dos niñas pequeñas; pero los padres preferían que se educaran con una preceptora. La madre era joven y guapa. Desde el principio llevó a gala tratarme con delicadeza. No dejé que se notara mi resentimiento, pero no se me escapaba que todos esos melindres eran sólo porque ella era mi señora y yo su sirvienta, y me podría haber tratado de forma muy distinta si se le hubiera antojado.

Afirmo que no mostré mi resentimiento, y es cierto, pero sí le hice ver, al no entrar en el juego, que no me engañaba. Cuando insistía en que tomara vino, yo me servía agua. Si había algún manjar en la mesa ella siempre me lo ofrecía, pero yo declinaba y comía lo que los demás no querían. Al decepcionarla en su afán protector le estaba devolviendo astutamente el golpe, y eso me daba cierta sensación de independencia.

Las niñas me caían simpáticas. Eran tímidas, pero en general se las veía dispuestas a cogerme cariño. No obstante, había en la casa un ama de cría, una mujer coloradota que siempre fingía con grandes alharacas estar muy alegre y de muy buen humor, que las había criado a las dos y que se había ganado su afecto antes de que yo las conociera. Si no hubiera sido por esa mujer, casi podría haber aceptado mi destino. Sus artimañas para estar siempre con las niñas, para competir continuamente conmigo, podrían haber embaucado a muchas mujeres en mi posición, pero yo me di cuenta de lo que se traía entre manos desde el principio. Con la excusa de limpiar mis habitaciones, de atenderme y ocuparse de mi ropa (tareas en las que se esforzaba), nunca me perdía de vista. El más artero de sus trucos, uno entre mil, era simular que quería que las niñas sintieran más afecto por mí. Me las traía y las obligaba a acercarse a mí. «Id con la señorita Wade, que es muy buena; id con la querida señorita Wade, que es muy guapa. Os quiere mucho. La señorita Wade es una dama muy lista y ha leído un montón de libros, y os puede contar cuentos mucho mejores y más interesantes que yo. ¡Id a escuchar a la señorita Wade!» ¿Cómo iba yo a conseguir que me atendieran si me consumía la rabia por esos torpes tejemanejes? ¿Cómo iba a sorprenderme que esos rostros inocentes se apartasen de mí, que sus brazos se aferrasen al cuello de esa mujer y no al mío? Entonces ella me miraba mientras les apartaba los rizos de la cara y me decía: «No tardarán en perder el miedo, señora; son muy buenas y muy cariñosas; no se apene, señora»... ¡Se jactaba de su triunfo!

Además, esa mujer hacía otra cosa. En ciertas ocasiones, cuando veía que con sus métodos me sumía en negras y desesperadas cavilaciones, señalaba mi estado a las

niñas para destacar la diferencia entre ella y yo. «¡Chitón! La pobre señorita Wade no se encuentra bien. No hagáis ruido, tesoros, le duele la cabeza. Venid a consolarla. Venid a preguntarle si se encuentra mejor; decidle que se acueste. Espero que no le preocupe nada, señora. ¡No sufra, señora, no ponga esa cara de pena!»

La situación se volvió intolerable. Un día que estaba sola apareció la señora y me encontró en uno de esos momentos en que la sensación de no poder aguantar más era más fuerte, y le dije que debía marcharme. No soportaba la presencia de esa Dawes.

—¡Señorita Wade! La pobre Dawes la adora, ¡haría cualquier cosa por usted!

Yo sabía de antemano que iba a decir eso y estaba preparada; sólo respondí que yo no era quién para contradecir a mi señora, pero que debía irme.

—Espero, señorita Wade —respondió, adoptando rápidamente ese tono de superioridad que nunca había llegado a disimular del todo—, que nada de lo que yo haya dicho o hecho desde que nos conocemos justifique que haya recurrido usted a una expresión tan desagradable como «mi señora». Habrá sido algo involuntario por mi parte. Por favor, dígame a qué se debe esta expresión.

Respondí que no tenía ninguna queja que presentar, ni a mi señora ni de mi señora, pero que debía marcharme.

Ella dudó un momento; luego se sentó a mi lado y puso su mano sobre la mía. ¡Como si ese honor pudiera borrar los recuerdos!

—Señorita Wade, me temo que es usted una mujer desgraciada por motivos que escapan a mi influencia.

Sonreí al pensar en las experiencias que estas palabras me recordaban, y dije:

—Tengo mal carácter, supongo.

—Yo no he dicho eso.

—Pero es una forma fácil de explicar las cosas —insistí.

—Es posible, pero no es lo que he dicho yo. Lo que quiero decirle es algo muy distinto. Mi marido y yo hemos estado hablando, porque hemos visto con gran desilusión que usted no ha estado cómoda con nosotros.

—¿Cómoda? ¡Oh! Pero si son ustedes personas muy importantes, señora —objeté.

—Quizá la palabra haya sido desafortunada, si evidentemente ha dado a entender lo contrario de lo que pretendía. —No se esperaba mi respuesta, y la había avergonzado—. Sólo quería decir que no ha sido feliz con nosotros. Hay una cuestión difícil de tratar, pero de mujer joven a mujer joven, quizá... en resumidas cuentas, tememos que usted haya permitido que ciertas circunstancias familiares, de quien nadie es menos responsable que usted, enturbien su ánimo. Si así ha sido, le rogamos que no se deje apesadumbrar por ellas. Como todo el mundo sabe, mi marido tuvo una hermana muy querida que no lo era de forma legítima, pero a quien todos querían y respetaban...

Vi claramente que me habían acogido para sustituir a esa mujer muerta, fuera quien fuera, para vanagloriarse de ello y aprovecharse de mí; vi que, como el ama de cría lo sabía, se lo había tomado como una invitación a torturarme; también vi, en el retraimiento de las niñas, la vaga impresión de que yo no era como los demás. Me marché esa noche.

Después de un par de experiencias breves y muy parecidas, que ahora no vienen al caso, fui contratada por otra familia en la que sólo tenía una pupila: una muchacha de quince años, hija única. Los padres era gente mayor, gente de categoría y dinero. Entre otras muchas personas, solía visitar la casa un sobrino al que habían criado, y éste empezó a cortejarme. Yo decidí rechazarlo, pues, nada más llegar, me había prometido que nadie me compadecería ni me trataría con paternalismo. Pero él me escribió una carta. Esta carta condujo a un compromiso de boda.

Era un año más joven que yo, pero parecía serlo más. Estaba en Inglaterra de permiso: ocupaba un puesto en la India, y se esperaba que accediera a un cargo mucho mejor al cabo de poco tiempo. Nos casaríamos a los seis meses y nos marcharíamos allí. Hasta entonces yo seguiría en la casa, y de ahí saldría para la boda. Nadie puso reparos a ninguna parte del plan.

No puedo dejar de decir que ese hombre me admiraba, aunque, si pudiera, no lo diría. La vanidad no tiene nada que ver con esta afirmación, pero es que su admiración me preocupaba. No se molestaba lo más mínimo en ocultarla, lo que me hacía sentir, cuando estaba entre gente rica, que me había comprado por mi belleza, y que lucía su adquisición para justificarse. Ellos me calibraban en su fuero interno, cosa que yo advertía; tenían curiosidad y querían averiguar cuál era mi valor real. Decidí que nunca lo sabrían. Delante de ellos me mostraba inflexible y callada, y antes me habría dejado matar que decir algo que les llevara a pensar que buscaba su aprobación.

Él me decía que no me valoraba lo suficiente. Yo respondía que sí, y que precisamente por eso, porque me valoraba y pretendía seguir valorándome hasta las últimas consecuencias, no me rebajaba y no buscaba congraciarme con esa gente. Él se inquietó e incluso se escandalizó cuando añadí que prefería que no exhibiese su cariño delante de ellos, pero afirmó que sacrificaría incluso los sinceros impulsos de su afecto por el bien de mi tranquilidad.

Con esta excusa empezó a vengarse. Cuando estábamos juntos nunca se acercaba a mí, hablaba con cualquiera menos conmigo. Yo me quedaba sola, sin que me hicieran caso, la mitad de la tarde, mientras él charlaba con su primita, mi pupila. Yo veía en las miradas de la gente que pensaban que ellos formaban una pareja en igualdad de condiciones, no como nosotros dos. Y yo seguía adivinándole el pensamiento a todo el mundo hasta que me invadía la sensación de que la apariencia juvenil de mi prometido me ponía en ridículo, y me enfadaba profundamente

conmigo misma por haberlo querido.

Porque sí, lo había querido. Por poco que él lo mereciera, por poco que tuviera en cuenta las torturas que yo soportaba por su culpa, torturas que tendrían que haberme valido su gratitud eterna y absoluta, hasta el fin de sus días... lo quería.

Su tía (quien, no olvide usted, era mi señora) aumentaba intencionada, voluntariamente, mis padecimientos y humillaciones. Disfrutaba perorando, con gran lujo de detalles, sobre qué vida debíamos llevar en la India, cómo debía ser nuestra casa y a qué invitados debíamos recibir, cuando él consiguiera el ascenso. Mi orgullo se sentía herido por la desvergüenza con que señalaba el contraste de mi futura vida de casada con la posición inferior y dependiente que ocupaba entonces. Reprimía mi indignación, pero le demostraba que veía sus intenciones y respondía a sus insultos fingiendo humildad. Le decía que todo cuanto describía iba a ser un honor demasiado grande para mí. Que temía no estar a la altura de un reto de ese calibre. ¡Y pensar que una simple institutriz, la institutriz de su hija, iba a alcanzar un rango tan elevado! Cuando respondía así a ella se la veía incómoda, a todos se los veía incómodos. Sabían que entendía perfectamente lo que había querido decirme.

Fue en esa época, en la que mi situación era más complicada que nunca, en la que más me soliviantaba la ingratitud de mi novio al preocuparse tan poco por las innumerables humillaciones y angustias a las que me veía sometida por su culpa, cuando apareció en la casa ese querido amigo de usted, el señor Gowan. Allí lo conocían desde hacía mucho tiempo, pero había estado en el extranjero. Él comprendió la situación en seguida, y también me comprendió a mí.

Era la primera persona, en toda mi vida, que me comprendía. No hicieron falta ni tres visitas para que me diera cuenta de que pensábamos del mismo modo. Lo noté en la fría desenvoltura con que los manejaba a ellos, a mí, la situación entera. Lo veía claramente cuando declaraba a la ligera la admiración que sentía por mi futuro marido, en el entusiasmo que manifestaba ante nuestro compromiso y nuestro futuro, en sus palabras para desearnos un porvenir pletórico de riqueza y en las alusiones sin esperanza a su pobreza, todas igualmente huecas, socarronas, burlonas. Eso me inspiró un resentimiento y un desprecio por mí misma cada vez mayores, pues el señor Gowan conseguía presentarme todo cuanto me rodeaba desde una nueva y odiosa perspectiva, pese a que fingía pintarlo bajo su mejor aspecto para que lo admirásemos los dos. Era como la figura que representa a la Muerte en los grabados holandeses: sea quien sea el personaje al que coge del brazo, joven o viejo, hermoso o feo, ya baile, cante, juegue o rece con él, siempre le da un aire espectral.

Comprenderá usted que, cuando su querido amigo me felicitaba, en realidad me estaba presentando sus condolencias; que, cuando me consolaba por las humillaciones recibidas, en realidad destapaba todas las heridas que me escocían; que, cuando declaraba que mi «fiel mozalbete» era «el joven más enamorado del

mundo, con el corazón más afectuoso», despertaba mi viejo temor de hacer el ridículo. Podría pensar usted que no me estaba haciendo un gran favor. Pero yo lo agradecía, porque sus opiniones reflejaban lo que yo pensaba y confirmaban lo que sabía. No tardé en preferir la compañía de su querido amigo a todas las demás.

Cuando advertí (y no tardé en hacerlo) que esta situación despertaba los celos de mi novio, su compañía me gustó todavía más. ¿Acaso no había tenido que sufrirlos yo? ¿Iban todos los padecimientos a ser míos? No. ¡Que él supiera lo que se sentía! Me causaba un gran placer que los sintiera, y esperaba que así fuera. Más aún. Mi prometido era un hombre insulso si lo comparaba con el señor Gowan, que sabía tratarme de igual a igual y retratar certeramente a todos los desgraciados que nos rodeaban.

Así iban las cosas hasta que un día la tía, mi señora, pensó que debía hablar conmigo. Era una tontería, sabía que yo no lo hacía a mala idea, pero me aconsejaba, sin que nadie se lo hubiera pedido y sabiendo que bastaba con aconsejármelo, que quizá convendría que no pasara tanto tiempo con el señor Gowan.

Le pregunté que cómo sabía cuáles eran mis intenciones. Ella sabía muy bien, me respondió, que no eran malas. Le di las gracias, pero le dije que eso prefería decidirlo yo, y rendir cuentas sólo ante mí misma. Seguramente los otros criados le agradecían que tuviera tan buena opinión de ellos, pero a mí no me hacía falta.

La conversación prosiguió y tuve ocasión de preguntarle cómo sabía que bastaba con darme un consejo para que yo lo obedeciera. ¿Lo deducía por mis orígenes o por el cargo que desempeñaba? No me había comprado en cuerpo y alma. Daba la impresión de creer que su distinguido sobrino había ido a un mercado de esclavos a comprar una esposa.

Seguramente todo habría acabado, antes o después, de la forma en que terminó, pero ella precipitó el fin en ese momento. Me dijo, con una hipócrita conmiseración, que yo tenía muy mal carácter. Al oír de nuevo ese viejo y malintencionado insulto dejé de contenerme y le dije todo lo que había percibido y visto en ella, todo lo que había sufrido en silencio desde que ocupaba la deleznable posición de prometida de su sobrino. Añadí que el señor Gowan me había procurado el único consuelo en medio de tanta degradación, que la había aguantado demasiado tiempo y que me libraba de ella demasiado tarde, pero que no volvería a verlos. Y eso fue lo que pasó.

Su querido amigo me siguió en mi huida; estaba encantado de que hubiera roto mis lazos con la familia, aunque también lo sentía por ellos, que eran excelentes personas (a su manera, las mejores que había conocido), y lamentaba que hubiera sido necesario matar pulgas a cañonazos. Al poco comenzó a asegurar, con mayor sinceridad de la que supuse entonces, que no merecía ser aceptado por una mujer con tantas cualidades como yo y con un carácter tan fuerte, pero... pero...

Su querido amigo me divirtió y se divirtió mientras le vino en gana, y después me

recordó que los dos éramos personas de mundo, que los dos sabíamos cómo era el género humano, que los dos sabíamos que el romanticismo no existía y que estábamos preparados para seguir cada uno nuestro camino y buscarnos la vida como personas sensatas; que los dos estábamos seguros de que, cuando nos volviéramos a encontrar, lo haríamos como grandísimos amigos. Eso afirmó, y no lo contradije.

Poco después me enteré de que estaba haciéndole la corte a su mujer actual y de que a ella se la habían llevado de viaje para que él no pudiera verla. Entonces la odié casi tanto como la odio ahora y por eso, naturalmente, mi mayor deseo fue que se casara con él. Me entró una curiosidad insaciable por verla, tanto que me pareció que era uno de los pocos entretenimientos que me quedaban. Viajé un poco, viajé hasta que pude relacionarme con ella, y con usted. Creo que usted todavía no conocía a su querido amigo, que él no había depositado en usted esas inconfundibles muestras de amistad que le ha prodigado después.

En ese grupo conocí a una muchacha cuya posición guardaba, en varios aspectos, un parecido sorprendente con la mía, y en cuyo carácter me interesó y me complació ver la misma rebeldía frente a esa hinchada mezcla de paternalismo y egoísmo que algunos llaman generosidad, protección, benevolencia y otros elevados nombres; me gustó ver en ella esa rebeldía que, como ya he dicho, es inherente a mi naturaleza. También vi que muchas veces la acusaban de tener un «carácter difícil». Como comprendía muy bien lo que escondía esta expresión conveniente, y como quería una compañera que supiese las mismas cosas que yo, quise liberar a la muchacha de su esclavitud, de esa sensación de injusticia. No es necesario añadir que lo conseguí.

Hemos estado juntas desde entonces, compartiendo lo poco que tengo.

Arthur Clennam había emprendido su infructuosa expedición a Calais en un momento de mucho ajetreo en el negocio. Cierta potencia regida por bárbaros, que poseía valiosos territorios en todo el mundo, necesitaba los servicios de un par de ingenieros de inteligencia ágil y ejecución precisa, personas prácticas, capaces de encontrar los hombres y los medios que su inteligencia considerara necesarios a partir de los mejores materiales que tuvieran a mano; ingenieros tan osados y productivos en la adaptación de esos materiales a sus propósitos como en la propia concepción de los propósitos. En esa gran potencia, como estaba regida por bárbaros, no se les había ocurrido enterrar ningún gran proyecto nacional en un Negociado de Circunloquios, como un vino fuerte se resguarda de la luz en una bodega, hasta que pierde la juventud y el fuego, y los trabajadores que se ocupan de los viñedos y pisan las uvas se han convertido en polvo. Con una ignorancia característica, esa potencia actuaba siguiendo las ideas más enérgicas y decididas sobre «cómo hacer las cosas», y jamás mostraba el menor respeto ni concedía el menor valor a la gran ciencia política de «cómo no hacer las cosas». Es más, en ella se practicaba la costumbre salvaje de suprimir ese misterioso arte cuando una persona de ideas avanzadas quería implantarlo.

Así pues, buscaban y encontraban a los hombres que les hacían falta, procedimiento sumamente incivilizado e irregular. Cuando los encontraban, los trataban con mucha confianza y respeto (lo que, de nuevo, demostraba una profunda ignorancia política), y los invitaban a acudir inmediatamente a desempeñar su tarea. En resumidas cuentas, los consideraban hombres que iban a cumplir un cometido y que se relacionaban con otros hombres que querían ver cumplido ese cometido.

Daniel Doyce fue uno de los elegidos. En ese momento no se sabía si estaría ausente meses o años. Clennam había estado ocupado día y noche con los preparativos para su marcha y los informes exhaustivos de todos los detalles y resultados de la empresa común, para que Doyce los conociera: todo ello había requerido mucho trabajo en muy poco tiempo. En cuanto tuvo un rato libre, Arthur cruzó el canal, pero volvió con gran premura para ver a Doyce antes de que éste se marchara.

Arthur le explicó, de forma concienzuda y precisa, cuánto habían ganado y cuánto habían perdido, sus responsabilidades y sus perspectivas. Daniel lo revisó todo con su paciencia habitual y alabó enormemente lo hecho por su socio. Repasó las cuentas como si fueran un mecanismo muchísimo más ingenioso que los que construía él, y

después de quitarse el sombrero, agarrándolo por el ala, siguió revisándolas como si estuviera muy concentrado contemplando un motor asombroso.

—Qué maravilla, Clennam, qué regularidad y qué orden. No podría ser más comprensible ni estar mejor hecho.

—Me alegro de que le parezca bien, Doyce. Bueno... en cuanto a la gestión de nuestro capital en su ausencia y a su utilización según el negocio lo necesite de vez en cuando...

Su socio lo interrumpió.

—En estas cuestiones, y en todas las del mismo cariz, le doy carta blanca. Seguirá representándonos a los dos en estos asuntos, como ha hecho hasta ahora, quitándome de encima un peso, cosa que agradezco.

—Aunque, como le suelo decir —respondió Clennam—, menosprecia sin justificación sus dotes para los negocios.

—Puede que sí —reconoció Doyce con una sonrisa—, o puede que no. En cualquier caso, tengo una vocación para la que estoy mejor preparado y que me gusta más. Confío plenamente en mi socio, y estoy convencido de que siempre hará lo mejor. En el ámbito del dinero y las cifras —prosiguió, apoyando su plástico pulgar de artesano en la solapa de la chaqueta de su socio— sólo tengo un prejuicio: no me gusta la especulación. Creo que es el único. Seguramente lo tengo porque nunca he reflexionado a fondo.

—No debería llamarlo prejuicio —protestó Arthur—. Querido Doyce, es lo más sensato del mundo.

—Me alegra que se lo parezca —dijo Daniel, con una chispa de simpatía en los ojos grises.

—Resulta que hace nada —añadió Clennam—, ni media hora antes de que viniera, le estaba diciendo lo mismo a Pancks, que se ha pasado a hacer una visita. Los dos hemos coincidido en que arriesgarse con inversiones poco seguras es una de las más peligrosas locuras, aunque también de las más frecuentes, y muchas veces habría que llamarlas vicios.

—¿Pancks? —repitió Doyce mientras se levantaba el sombrero por la parte posterior y asentía con un gesto de confianza—. ¡Desde luego! Ése sí que es un tipo cauto.

—Y tan cauto —confirmó Arthur—. Todo un ejemplo de precaución.

Pareció que a ambos el carácter cauteloso del señor Pancks les procuraba una diversión mayor de la que se desprendía de sus palabras.

—Y ahora —anunció Daniel—, como los coches no esperan a nadie, mi fiel socio, y, como ya lo tengo todo preparado para marcharme y el equipaje en la puerta, déjeme que le diga una última cosa. Quiero pedirle algo.

—Lo que quiera. Con una excepción. —Arthur expresó claramente esa salvedad

porque el semblante de su socio claramente apuntaba a ella—. No me diga que deje de interesarme por su invento.

—Eso es lo que le iba a pedir, ya lo sabe —replicó Doyce.

—Entonces le respondo que no. Con rotundidad: no. Ahora que he empezado le sacaré a esa gente un motivo concreto, alguna declaración responsable, algo parecido a una respuesta de verdad.

—No lo conseguiré —afirmó Doyce, negando con la cabeza—. Créame: nunca lo logrará.

—Por lo menos lo intentaré —insistió Arthur—. No me va a pasar nada malo por intentarlo.

—De eso no estoy tan seguro —objetó Doyce mientras le ponía una mano en el hombro para convencerlo—. A mí sí me han pasado cosas malas, amigo mío. Por culpa de mi invento he envejecido, me he quedado exhausto, he sido humillado, he conocido la decepción. A nadie le sienta bien que le agoten la paciencia, verse maltratado. Me atrevería incluso a afirmar que tantas esperas y retrasos que no han llevado a nada ya le han vuelto a usted un poco menos flexible que antes.

—Es posible que eso se deba a mis preocupaciones personales —repuso Clennam—, no a los atropellos de las autoridades. Todavía no. Todavía no me han hecho daño.

—En ese caso, ¿no va a hacer lo que le pido?

—Desde luego que no —repitió Arthur—. Me daría vergüenza retirarme tan pronto de un campo de batalla en el que un hombre mucho mayor y mucho más comprometido con la causa que yo luchó valerosamente tanto tiempo.

Como no había forma de que cambiara de opinión, Daniel Doyce estrechó la mano que Clennam le tendía y, despidiéndose con una mirada del despacho donde se hacían las cuentas, bajó las escaleras acompañado por su socio. Doyce debía ir a Southampton para unirse a un pequeño estado mayor del que iba a formar parte junto a otros viajeros; un coche esperaba en la puerta, provisto de todo lo necesario, para llevarlo a esa localidad. Los obreros estaban en la puerta para despedirlo, orgullosísimos de él. «¡Buena suerte, señor Doyce! —dijo uno de ellos—. Vaya donde vaya, la gente sabrá que es usted un verdadero hombre, un hombre que domina sus herramientas sin que éstas lo dominen a él, un hombre capaz, un hombre dispuesto, ¡si usted no es todo un hombre, entonces no hay hombres en el mundo!» Este discurso, pronunciado por un tosco espontáneo que estaba al fondo, y de quien previamente no se había sospechado que tuviera tales habilidades, fue recibido con tres sonoros vítores, y el orador se convirtió en un personaje distinguido lo que le quedaba de vida. Mientras resonaban los tres sonoros vítores, Daniel les dedicó un cariñoso adiós y el coche desapareció, como si el aire se lo hubiera llevado en volandas de la Plaza del Corazón Sangrante.

El señor Baptist, tipo agradecido que ocupaba una posición de confianza, se

hallaba entre los obreros y había participado en el clamor con todo el ímpetu del que un extranjero es capaz. Lo cierto es que nadie lanza los vítores como los ingleses, que se enardecen tanto unos a otros cuando jalean con todas sus ganas que, en la agitación producida, se percibe el brío de toda la historia nacional, con todos los estandartes ondeando al mismo tiempo, desde la época de Alfredo el Grande. El remolino había arrastrado al señor Baptist antes de que todo estallara, y el italiano estaba recobrando el aliento bastante asustado cuando Clennam le indicó con una seña que lo siguiera al piso de arriba para ordenar los libros y los papeles.

En la calma que siguió a la partida —en ese primer vacío que se instala después de toda separación y que anticipa la gran separación que siempre se cierne sobre toda la humanidad— Arthur, desde su escritorio, veía como en sueños un destello de luz. Sin embargo, sus pensamientos, liberados de otras cargas, volvían al asunto al que más vueltas daba, y revivió, por enésima vez, las circunstancias que conseguía recordar de esa noche misteriosa en que había visto a aquel hombre en casa de su madre. Volvía a tropezarse con el desconocido en la calle, volvía a seguirlo y a perderlo, volvía a encontrarse con él en el patio, mirando la casa, volvía a seguirlo y a tenerlo a su lado en las escaleras.

¿Quién anda tan tarde por la calle?
Compagnon de la Majolaine!
¿Quién anda tan tarde por la calle?
¡Siempre va contento!

No era la primera vez, ni mucho menos, que se acordaba de esa canción infantil: aquel hombre había canturreado esa estrofa cuando lo tuvo a su lado; pero no se había percatado de que en ese momento la estaba cantando él mismo en voz alta, por lo que se sobresaltó al oír la estrofa siguiente:

De todos los caballeros del rey es el primero,
compagnon de la Majolaine.
De todos los caballeros del rey es el primero,
¡siempre va contento!

Con gran amabilidad, Cavalletto le había indicado la letra y la melodía, pensando que se había detenido porque había olvidado la continuación.

—¡Ah! ¿Conoce usted la canción, Cavalletto?

—¡Por Baco! ¡Claro que sí, señor! En Francia todos la conocen. He oído muchas veces cantarla a los niños pequeños. La última vez que a ella yo he escuchado —añadió el señor Baptist, anteriormente llamado Cavalletto, que solía recurrir a las construcciones gramaticales de su lengua materna cuando sus recuerdos se aproximaban a su país— la cantaba una dulce vocecita. Una vocecita, muy bonita, muy inocente. *Altro!*

—La última vez que la oí yo —dijo Arthur— la cantaba una voz de todo menos bonita, y de todo menos inocente. —Lo dijo más para sus adentros que hablando a su acompañante, y añadió, repitiendo las mismas palabras que había pronunciado el desconocido—: ¡Y que lo diga! Tengo un carácter impaciente!

—¿QUÉ? —exclamó Cavalletto, anonadado y súbitamente pálido.

—¿Qué pasa?

—¡Señor! ¿Sabe usted cuándo oí por última vez esa canción?

Con los gestos rápidos de un italiano, dibujó el contorno de una nariz ganchuda, cerró los ojos para que pareciera que estaban más juntos, se despeinó, infló el labio superior para simular que llevaba un tupido bigote y se echó el pesado extremo de una capa imaginaria por encima del hombro. Al mismo tiempo, con una rapidez pasmosa para todo aquel que no conozca a un campesino italiano, esbozó una sonrisa muy llamativa y muy siniestra. Todos estos cambios de fisonomía desaparecieron a la velocidad del rayo y su patrón volvió a verlo pálido y estupefacto.

—¡Por amor del cielo! —exclamó Clennam—. ¿Qué dice usted? ¿Conoce usted a un tal Blandois?

—¡No! —respondió el señor Baptist moviendo la cabeza.

—Pero acaba de describir usted a un hombre a quien vio al mismo tiempo que oía esa canción, ¿verdad?

—¡Sí! —confirmó el señor Baptist, asintiendo cincuenta veces.

—¿Y no se llamaba Blandois?

—¡No! —aseguró el extranjero—. *Altro, altro, altro, altro!*

Estas palabras no parecían bastarle para oponerse al nombre, pues también negó con el dedo índice de la mano derecha y con la cabeza.

—¡Un momento! —insistió Clennam mientras desdoblaba un documento en el escritorio—. ¿Era este hombre? Si le leo lo que pone aquí, ¿lo entenderá?

—Todo. Perfectamente.

—Pero venga a verlo también. Acérquese y mire por detrás de mí mientras se lo leo.

El señor Baptist se aproximó, siguió todas las palabras escritas con sus ojos sagaces y lo escuchó todo con la mayor de las impaciencias; después aplastó el papel con las palmas de las manos, como si hubiera atrapado con todas sus fuerzas una criatura peligrosa, y exclamó, mirando muy serio a Clennam:

—¡Es él! ¡Seguro que es él!

—Esto es para mí de una importancia mucho mayor —confesó Clennam, muy agitado— de la que puede imaginar. Cuénteme dónde lo conoció.

El señor Baptist soltó el pliego muy lentamente, sumido en una gran turbación; retrocedió dos o tres pasos mientras hacía el gesto de limpiarse las manos y respondió, muy en contra de su voluntad:

—En *Marsiglia*... Marsella.

—¿Y él qué hacía ahí?

—Estaba preso porque era... *Altro!* Sí, creo que sí... —El señor Baptist se acercó otra vez, sigilosamente, para susurrar—: ¡Un asesino!

Clennam trastabilló, como si con esta palabra le hubieran dado un golpe, debido al cariz terrible que tomaba así la relación de su madre con ese hombre. Cavalletto se arrodilló y le rogó, con una gesticulación superlativa, que le prestara atención mientras le contaba cómo había acabado frecuentando una compañía tan aciaga.

Le relató, con toda sinceridad, lo que le había pasado por dedicarse al contrabando a pequeña escala; que al cabo del tiempo había salido de la cárcel y que había roto con su pasado. Que, en una posada llamada El Amanecer, en Chalons, a orillas del río Saona, lo había despertado una noche, mientras dormía, el mismo asesino, que por aquel entonces se hacía llamar Lagnier, aunque anteriormente se llamaba Rigaud; que el asesino le había propuesto que se asociaran, pero que le inspiraba tanto horror y tanta aversión que había huido en cuanto se había hecho de día, y que desde entonces lo atenazaba el miedo de volver a ver a aquel malvado y de que éste lo reconociera. Tras esta narración, subrayando como sólo saben hacer los italianos la palabra «asesino», algo que no sirvió precisamente para tranquilizar a Clennam, se incorporó de repente, volvió a abalanzarse sobre el documento con una vehemencia que habría pasado por indicio de locura en cualquier hombre de origen septentrional, y gritó:

—¡Y aquí tenemos al mismo asesino! ¡Es él!

Con estos arrebatos tan exaltados, al principio se le olvidó que había visto recientemente al asesino en Londres. Cuando se acordó, Clennam albergó la esperanza de que hubiera sido después de la visita a casa de su madre, pero Cavalletto sabía muy bien cuándo y dónde se había producido el encuentro, y no quedó ninguna duda de que había sido antes.

—Escúcheme bien —le pidió Arthur con gran seriedad—. Este hombre, como acabamos de leer, ha desaparecido de la faz de la tierra.

—¡Pues lo celebro enormemente! —respondió Cavalletto, mirando a lo alto en actitud piadosa—. ¡Mil gracias a Dios! ¡Maldito asesino!

—No hay motivo para celebrarlo —objetó Clennam—; hasta que no se tengan noticias de él no podré estar tranquilo ni un minuto.

—No diga más, benefactor mío; eso cambia las cosas. ¡Mil perdones!

—Bueno, Cavalletto —añadió Arthur, cogiéndolo del brazo y haciendo que se volviera con suavidad, para mirarlo a los ojos—, estoy seguro de que está usted muy agradecido por los pequeños servicios que he podido prestarle.

—¡Y tanto! —exclamó el italiano.

—Lo sé. Si pudiera encontrar usted a este hombre, o saber qué ha sido de él, y

obtener alguna información, la que sea, me haría el mayor de los favores, y le estaría tan agradecido, y con mucho más motivo, como me lo está usted a mí.

—No sé dónde buscar —dijo el hombrecillo después de besar la mano de Arthur, presa de un arrebató— ni dónde empezar. No sé dónde ir. Pero ¡valor! ¡Ya basta! ¡Todo eso da igual! ¡Ahora mismo empiezo!

—Ni una palabra de esto a nadie, Cavalletto: sólo a mí.

—¡*Al-tro!* —exclamó el italiano, desapareciendo a toda velocidad.

Capítulo XXIII

Affery hace una promesa condicional relativa a sus sueños

Una vez a solas, recordando con toda nitidez los expresivos gestos y miradas del señor Baptist, también llamado Giovanni Baptista Cavalletto, Clennam tuvo un día de lo más tedioso. Intentó en vano concentrarse y ocupar la cabeza con algún asunto profesional o de otra índole, pero siempre acababa volviendo a lo que le angustiaba, y no podía pensar en otra cosa. Como un criminal encadenado en un barco amarrado en un río profundo y claro, condenado a ver siempre, por debajo de los miles de leguas de agua que la corriente empuja delante de él, el cadáver de ese congénere al que ha ahogado y que ahora yace sumergido en el fondo, inmóvil e inalterado, excepto en los momentos en que los remolinos le dan una apariencia más ancha o más larga, o agrandan o reducen sus terribles facciones, del mismo modo Arthur, por debajo del tumulto cambiante de ideas y ensoñaciones transparentes que, nada más aparecer, se sucedían unas a otras, veía, constante y oscuro, sin moverse de su sitio, el único asunto del que había intentado zafarse con el mayor empeño y del que no conseguía huir.

La confirmación que ahora tenía de que Blandois, fuera cual fuera su nombre auténtico, era un personaje sumamente indeseable aumentaba en gran medida su inquietud. Aunque la desaparición de Blandois quedara explicada al día siguiente, el hecho de que su madre hubiera tenido comunicación con un hombre así no iba a cambiar. Esperaba que, aparte de él, nadie más supiera que la comunicación había sido secreta, y que ella se había mostrado sumisa y atemorizada delante del forastero; pero, sabiéndolo él, ¿cómo iba a eliminarlo de sus vagas aprensiones, cómo iba a creer que no había nada malo en esa relación?

La firme decisión de la madre de no tratar la cuestión con su hijo, que conocía a la perfección su carácter indómito, multiplicaba la sensación de desamparo. Era como un sueño opresivo: Arthur creía que la vergüenza y el escarnio amenazaban a su madre y también el recuerdo de su padre, pero un muro de obstinación le cortaba el paso y le impedía prestar su ayuda. El propósito con el que había vuelto a su tierra y que nunca había olvidado se veía frustrado, con la mayor determinación, por su misma madre, y precisamente en el momento en que parecía más urgente llevarlo a término. Los consejos, la energía, las actividades, el dinero, el crédito, todos los recursos de que él disponía, de nada servían. Si la madre hubiera tenido poderes como en las antiguas fábulas y hubiera convertido en piedra a todos cuantos la miraran, no habría podido producirle una impotencia mayor (o eso le parecía, sumido en su angustia) que la que sentía cuando lo miraba con ese semblante inflexible en

aquella habitación oscura.

No obstante, la nueva luz que habían arrojado sobre sus cavilaciones los descubrimientos del día, lo llevó a tomar medidas más drásticas. Seguro de la rectitud de sus intenciones e inspirado por una sensación de peligro inminente, decidió, si su madre seguía siendo inaccesible, pedirle a la desesperada un favor a Affery. Si conseguía que ésta se mostrara comunicativa, que hiciera algo por romper el hechizo de secretismo que envolvía la casa, quizá pusiera fin a la parálisis de la que, a cada hora que pasaba, era más vívidamente consciente. Ésta fue la conclusión de su día angustioso, y ésta la decisión que puso en práctica al anochecer.

Sufrió la primera decepción al llegar a la casa y ver la puerta abierta, y al señor Flintwinch fumándose una pipa en los escalones. Si las circunstancias hubieran sido las acostumbradas, y para él favorables, le habría abierto la señora Flintwinch. Como resultaron ser desacostumbradas y desfavorables, la puerta estaba abierta y el señor Flintwinch fumaba una pipa en los escalones.

—Buenas tardes —dijo Arthur.

—Buenas tardes —respondió Jeremiah.

El humo salía de la boca del fumador describiendo volutas sinuosas como si, después de circular por todo aquel retorcido cuerpo, hubiera regresado por aquella retorcida garganta, antes de fundirse con el humo de las sinuosas chimeneas y las brumas del sinuoso río.

—¿Hay noticias? —inquirió Arthur.

—No hay noticias —respondió Jeremiah.

—Hablo del forastero —aclaró Clennam.

—Y yo también hablo del forastero —replicó Jeremiah.

Flintwinch tenía un aspecto tan sombrío, la cabeza ladeada, el nudo del pañuelo debajo de la oreja, que a Clennam se le ocurrió una idea, y no por primera vez: ¿sería posible que Jeremiah, por algún motivo personal, se hubiera desembarazado de Blandois? ¿Podían ser un secreto y la seguridad de Flintwinch los que se hubieran visto amenazados? Era un hombre bajo, encorvado, quizá sin mucha fuerza física, pero resistente como un tejo viejo y tan artero como una vieja urraca. Un hombre así, acercándose por detrás a uno mucho más joven y vigoroso con la inquebrantable intención de acabar con él, podría conseguir su propósito a altas horas de la noche, sin correr grandes riesgos, en un sitio solitario como aquél.

Mientras esta idea, en la mórbida naturaleza de los pensamientos de Clennam, avanzaba errática por encima de la que no dejaba de obsesionarlo, el señor Flintwinch, que miraba la casa que quedaba al otro lado de la verja con el cuello torcido y un ojo cerrado, seguía fumando con una expresión hostil, como si quisiera arrancar de un mordisco la boquilla de la pipa en vez de disfrutar de ella. Sin embargo, estaba disfrutando, a su manera.

—Arthur, si quiere, la próxima vez que venga a vernos me puede pintar un retrato —dijo, agachándose para apartar la ceniza.

Azorado y confundido, Clennam le pidió que lo perdonara si se había quedado mirándolo de una forma descortés.

—Lo que pasa es que este asunto me preocupa mucho —añadió—, y me olvido de todo lo demás.

—¡Ah! Pues no entiendo muy bien —observó Flintwinch sin apresurarse— por qué iba a preocuparle precisamente a usted.

—¿No?

—No —repitió Jeremiah, brusca y tajantemente, como si fuera un ejemplar de la raza canina y le hubiera mordido la mano.

—¿No tienen que preocuparme esos avisos de las calles? ¿No tiene que preocuparme que el nombre y la dirección de mi madre aparezcan por todas partes, asociados a este asunto?

—No veo por qué ha de tener tanta importancia para usted —replicó Flintwinch, rascándose la mejilla huesuda—. Pero le voy a decir una cosa que sí veo, Arthur —añadió mirando las ventanas del piso superior—. ¡Veo la luz de las velas y de la chimenea en la habitación de su madre!

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Pues que esa imagen me sugiere —respondió Jeremiah, retorciéndose— que, si resulta conveniente, como se suele decir, no andar metiendo las narices por ahí, quizá sea recomendable hacer lo mismo en el caso de las personas desaparecidas, y no buscarlas. Suelen reaparecer al cabo de poco tiempo.

El señor Flintwinch se dio la vuelta rápidamente después de esta afirmación y entró en el vestíbulo en penumbra. Clennam se quedó donde estaba, siguiéndolo con la mirada, mientras él buscaba una caja de cerillas en la pequeña habitación de al lado, encendía una después de tres o cuatro intentos y prendía la tenue lámpara de la pared. No dejó, sin embargo, en todo este tiempo, de calibrar las posibilidades —como si una mano invisible se las estuviera mostrando, en vez de imaginárselas— de que el señor Flintwinch hubiera cometido aquella ominosa acción, sin dejar rastro, en cualquiera de las oscuras avenidas de sombras que los rodeaban.

—Bueno, señor —dijo el irritable Jeremiah—, ¿quiere usted subir?

—Mi madre está sola, ¿verdad?

—No, no está sola —anunció Flintwinch—. La acompañan el señor Casby y su hija. Han llegado mientras yo estaba fumando, y me he quedado en la calle para no echar el humo dentro.

Ésta fue la segunda decepción. Pero Arthur no hizo el menor comentario y se dirigió al cuarto de su madre, donde el señor Casby y Flora habían tomado té, pasta de anchoas y tostadas calientes con mantequilla. Los restos de estos manjares todavía

no habían desaparecido ni de la mesa ni del rostro acaloradísimo de Affery, quien, sosteniendo aún la horquilla para tostar que había traído de la cocina, parecía una especie de personaje alegórico, sólo que con considerable ventaja, en fuerza emblemática, sobre la mayoría de estos personajes.

Flora había dejado el sombrero y el chal en la cama con un mimo que indicaba que pensaba quedarse cierto tiempo. El señor Casby también resplandecía cerca del guardafuegos: las benevolentes protuberancias le brillaban como si la mantequilla caliente de las tostadas rezumara a través del cráneo patriarcal, y tenía la cara muy roja, como si el colorante de la pasta de anchoas se extendiera por el semblante patriarcal. Ante semejante estampa, mientras intercambiaban los saludos de rigor, Clennam decidió hablar con su madre sin más dilación.

Dado que la señora Clennam nunca salía de la habitación, se había instalado desde hacía mucho tiempo la costumbre, si alguien quería decirle algo en privado, de acercarle la silla de ruedas al escritorio, y ponerla de espaldas; la persona que hablaba con ella se sentaba en una esquina, en un taburete dispuesto a tal efecto. Aunque madre e hijo llevaban una larga temporada sin hablar delante de una tercera persona, era muy habitual para los visitantes que se le solicitase a la señora Clennam, con una disculpa por la interrupción, una entrevista privada por asuntos de negocios, que ella accediera y que le empujaran la silla hasta la posición anteriormente descrita.

Por eso, cuando Arthur ofreció ahora una de esas disculpas, hizo una de esas peticiones, acercó la silla al escritorio y se sentó en el taburete, la señora Finching empezó a hablar más fuerte y más deprisa, para indicar con delicadeza que nada podría oír; y el señor Casby se limitó a acariciarse los rizos blancos y largos con una soñolienta tranquilidad.

—Madre, hoy me he enterado de una cosa de la que estoy seguro de que no está usted al tanto, que creo que debería saber, sobre el pasado del hombre al que vi aquí.

—No sé nada del pasado del hombre al que viste aquí, Arthur.

La señora Clennam pronunció estas palabras en voz alta. El hijo había bajado el tono, pero ella rechazó la invitación a la intimidad como rechazaba cualquier otra, y habló con la intensidad y el deje de severidad de siempre.

—La información no me ha llegado a través de intermediarios; la he recibido directamente.

Ella le preguntó, del mismo modo que antes, si había ido sólo para contársela.

—Me ha parecido que debía saberlo.

—¿De qué se trata?

—Ha estado preso en una cárcel francesa.

Ella respondió sin alterarse lo más mínimo:

—No me extraña en absoluto.

—Pero en una cárcel de criminales, madre. Acusado de asesinato.

Ante esta palabra la señora Clennam se sobresaltó y su gesto delató espontáneamente cierto espanto. Sin embargo, no bajó el tono para preguntar:

—¿Quién te lo ha dicho?

—Un hombre que compartió celda con él.

—Supongo que el pasado de ese otro hombre no lo conocías antes de que él te lo desvelara, ¿verdad?

—No.

—Pero ¿a tu confidente ya lo conocías de antes?

—Sí.

—¡Pues es lo mismo que nos ha pasado a Flintwinch y a mí con ese desconocido! Aunque supongo que nuestro caso es un poco distinto. Porque este informador tuyo no te habrá presentado la carta de un socio comercial que responde económicamente por él, ¿verdad? ¿Llega hasta ahí el paralelismo?

Arthur no tuvo más remedio que reconocer que no había conocido a su confidente a través de un agente con credenciales, y que, de hecho, no tenía credenciales de ninguna clase. El rictus de concentración de la señora Clennam fue extendiéndose poco a poco hasta convertirse en un adusto gesto triunfal, y replicó con gran decisión:

—Pues entonces no juzgues a los demás tan a la ligera. Te lo digo por tu propio bien, Arthur, ¡no juzgues tan a la ligera!

Esta decisión no sólo la había expresado la manera de acentuar las palabras, sino también la mirada. La señora Clennam no despegaba la vista de su hijo; si, al llegar esa noche, él había albergado alguna esperanza de convencerla, su forma de mirarlo acabó por quitarle la idea.

—Madre, ¿no puedo hacer nada para ayudarla?

—Nada.

—¿No quiere usted confiarme nada, acusarme de nada, explicarme nada? ¿No quiere que la aconseje? ¿No va a permitir que me acerque a usted?

—¿Cómo me preguntas eso? Fuiste tú quien se desvinculó de mis asuntos. Lo decidiste tú, no yo. ¿Cómo puedes siquiera hacerme esa pregunta? Sabes que me dejaste sola con Flintwinch y que él ocupa tu lugar.

Clennam se fijó en Jeremiah; hasta sus polainas le decían que estaba escuchando atentamente la conversación, aunque, apoyado en la pared y rascándose el mentón, fingiera seguir lo que decía Flora, que en esos momentos soltaba una perorata capaz de distraer a cualquiera y en la que se mezclaban caóticamente la caballa y la tía del señor F. subida a un columpio, los escarabajos y el comercio del vino.

—Preso en una cárcel francesa, acusado de asesinato —repitió la señora Clennam, repasando minuciosamente todo lo que había dicho su hijo—. ¿Eso es todo lo que te ha contado ese compañero de celda?

—En resumidas cuentas, sí.

—¿Y el compañero era su cómplice, otro asesino? Aunque no cabe duda de que se presentará de forma más favorable que a su amigo, no hace falta que te lo pregunte. Gracias a esta anécdota los aquí presentes van a tener otro tema de conversación. Casby, Arthur me ha contado que...

—¡Calle, madre, calle! —la interrumpió Arthur rápidamente, porque ni se le había pasado por la cabeza que pudiera difundir a los cuatro vientos lo que acababa de contarle.

—¿Qué pasa? —dijo ella disgustada—. ¿Qué quieres ahora?

—Señor Casby... y también usted, señora Finching... le ruego que me disculpen si sigo hablando un momento con mi madre...

Arthur puso la mano encima de la silla de ruedas, porque si no la madre se habría dado la vuelta sola, apoyando un pie en el suelo. Seguían cara a cara. Ella lo miraba mientras él consideraba la posibilidad de consecuencias no deseadas, no previstas, si la revelación de Cavalletto llegaba a hacerse pública, y no tardó en concluir que era mejor que no se hablara del asunto, aunque quizá el único motivo que le había llevado a casa de su madre había sido que daba por supuesto que ella sólo compartiría la información con el señor Flintwinch.

—¿Qué pasa? —repitió la señora Clennam con impaciencia—. ¿Qué quieres ahora?

—Madre, no pensaba que fuera a divulgar lo que acabo de contarle. Creo que sería mejor que no lo hiciera.

—¿Quieres que cumpla eso?

—Pues sí...

—Entonces, ¡ten en cuenta una cosa! Eres tú quien quiere convertir esto en un secreto —dijo la madre, levantando la mano—, no yo. Eres tú, Arthur, quien se presenta aquí con dudas, sospechas y quien pide explicaciones, y eres tú, Arthur, quien viene con secretos. ¿Crees que me importa dónde ha estado ese hombre o lo que ha sido? ¿Qué puede importarme? Por mí, como si todo el mundo se entera; me da igual. Ahora suéltame.

Arthur cedió ante la mirada imperiosa pero triunfal de su madre y devolvió la silla al lugar que ocupaba antes. Mientras lo hacía vio la misma expresión de triunfo en el señor Flintwinch, expresión que, indudablemente, no le había inspirado Flora. Las consecuencias de su revelación y el fracaso de todo su plan lo convencieron, más que la obstinación y la firmeza de su madre, de que era inútil insistir. Lo único que podía hacer era ir a rogar a su vieja amiga Affery.

Pero incluso acceder a la primera y muy dudosa fase del plan parecía la menos prometedora de las empresas. Affery estaba tan completamente dominada por el par de listos, tan sistemáticamente vigilada por uno u otro, y tenía además tanto miedo de pasearse por la casa, que hablar con ella a solas parecía imposible. Y, sobre todo, por

algún motivo (no era muy difícil adivinar cuál, si se tienen en cuenta los contundentes argumentos de su señor), la señora Flintwinch estaba tan profundamente convencida de que corría peligro si decía cualquier cosa, en cualquier circunstancia, que en todo aquel tiempo no se había apartado de una esquina, impidiendo que nadie se le acercara con la ayuda de ese simbólico instrumento suyo: cuando Flora le había dirigido un par de palabras o incluso el Patriarca de color verde botella en persona, había frenado la conversación blandiendo la horquilla de tostar, como si fuera muda.

Después de varios intentos infructuosos de que Affery lo mirara mientras recogía la mesa y lavaba el servicio de té, a Arthur se le ocurrió una excusa a la que Flora podía dar pie, y le susurró a la dama:

—¿Podría usted pedir que le enseñaran la casa?

La pobre Flora, que siempre albergaba una titubeante esperanza de que Clennam regresara a la infancia y se volviera a enamorar perdidamente de ella, escuchó el susurro con el mayor de los gozos, pues no sólo le pareció valiosísima su naturaleza misteriosa, sino que además allanaba el camino para una tierna entrevista en la que él le expondría el estado de sus sentimientos. Inmediatamente se puso manos a la obra.

—Madre mía, hay que ver —dijo Flora, mirando a un lado y otro— esta habitacioncita está como siempre cosa que me emociona aunque esté más impregnada de humo lo cual es lo más lógico con la de tiempo que ha pasado y todos tenemos que aceptar que eso pasa nos guste o no a mí también me ha pasado no es que esté impregnada de humo pero sí que me he puesto mucho más corpulenta que es lo mismo o peor, qué época aquella en la que papá me traía aquí cuando era una niña delgadísima y estaba llena de sabañones y me plantaban en esa silla y apoyaba los pies en el guardafuegos y me quedaba mirando a Arthur, discúlpenme por favor, al señor Clennam, un niño delgadísimo prácticamente enterrado entre volantes y chaquetas antes de que apareciera el señor F. como una sombra oscura en el horizonte y de que se manifestara como ese conocidísimo fantasma de no sé dónde en Alemania el sitio empieza por la letra be^[47], ¡lo cual es una enseñanza moral pues nos muestra que todos los caminos de la vida son iguales a los caminos que hay en el norte de Inglaterra, donde extraen el carbón y fabrican hierro y todas esas cosas envueltos en cenizas!

Tras reconocer con un suspiro la inestabilidad de la existencia humana, Flora se apresuró a cumplir con su cometido:

—La verdad es que en ningún momento —prosiguió— ni el peor enemigo podría haber afirmado que ésta era una casa alegre porque nunca se había pretendido que lo fuera pero sí muy impresionante, recuerdo con cariño un día, éramos jóvenes y todavía no sabíamos muy bien lo que hacíamos y Arthur, no se me quita la costumbre, el señor Clennam me llevó a una cocina que no se utilizaba y que se caracterizaba eminentemente por estar toda mohosa y me propuso encerrarme allí de

por vida me dijo que me alimentaría con lo que pudiera guardar de sus comidas cuando viniera a casa por vacaciones y también con pan rancio cuando lo castigaran cosa que en ese período dorado sucedía harto frecuentemente, ¿sería una impertinencia o pedir demasiado rogar que me permitan revivir esas escenas y ver la casa?

La señora Clennam, que respondía con una deferencia forzada a la presencia de la señora Finching, pues su visita (antes de la llegada inesperada de Arthur) era sin duda un acto de pura bondad, del que la invitada no obtenía ningún placer, le dio a entender que tenía toda la casa a su disposición. Flora se puso en pie y miró a Arthur para que la acompañara.

—Desde luego —aceptó Clennam en voz alta—, y seguro que Affery se ofrece a llevarnos la vela.

La criada ya había empezado a negarse, y dijo:

—¡No me pida nada, Arthur!

Pero el señor Flintwinch la obligó a callarse y le espetó:

—¿Cómo que no? Affery, ¿se puede saber qué te pasa, mujer? ¡Claro que sí, majadera!

Tras esta reprimenda la criada salió con desgana de la esquina, le dio la horquilla a su marido y cogió la palmatoria que éste le tendía con la otra mano.

—¡Ve tú por delante, mema! —exclamó Jeremiah—. ¿Quiere usted subir o bajar, señora Finching?

—Bajar —respondió Flora.

—Pues entonces baja tú primero, Affery —le ordenó Flintwinch—. ¡Y hazlo bien, o me deslizaré por la barandilla y te empujaré para que te caigas!

Affery encabezaba el grupo de exploradores y Jeremiah lo cerraba, sin la menor intención de dejarlos solos. Arthur miró a su espalda y, al ver quién los seguía, a tres escalones de distancia, con la más fría y metódica de las actitudes, dijo en voz baja:

—¿Es que no hay manera de librarse de él?

Flora lo tranquilizó respondiendo inmediatamente:

—Bueno aunque no es lo más correcto Arthur y algo que ni se me ocurriría hacer delante de un hombre más joven o de un desconocido pero no me importa que esté él dado que usted lo ha querido expresamente pero tenga la bondad de no agarrarme demasiado fuerte.

Como no tuvo valor para explicarle que ésas distaban mucho de ser sus intenciones, Arthur pasó un brazo por la cintura de Flora para que ésta se apoyara.

—Caramba, hay que ver —dijo la invitada—, qué obediente es usted, ciertamente, demuestra un gran respeto y una gran caballerosidad, no cabe duda, pero también es cierto que si desea usted agarrarme con un poco más de fuerza no lo consideraría una grosería.

En esta postura ridícula, que tan indescritiblemente desentonaba con los pensamientos que lo angustiaban, Clennam bajó al sótano de la casa, notando que, cuando la oscuridad se volvía más densa, Flora parecía pesar más, y que, cuando la casa estaba más iluminada, parecía más liviana. Al salir de la lúgubre parte de las cocinas, todo lo sombrías que cabía imaginar, Affery se detuvo con la vela en la antigua habitación del padre y después pasó al antiguo salón, siempre como un fantasma que no quisiera que lo adelantaran, sin mirar atrás ni responder cuando Arthur le musitaba:

—¡Affery! ¡Affery! ¡Quiero hablar con usted!

En el comedor, a Flora le sobrevino un sentimental deseo de contemplar el armario empotrado en el que Arthur se escondía muchas veces cuando era niño, seguramente porque, al ser un armario muy oscuro, cualquier persona pesaba más en su interior. Clennam, cada vez más desesperado, ya lo había abierto cuando se oyó que llamaban a la puerta de la calle.

Affery, sofocando un grito, se tapó la cabeza con el delantal.

—¿Qué? ¿Quieres que te dé una buena otra vez? —le soltó el señor Flintwinch—. ¡Menuda te vas a llevar, menuda te vas a llevar! ¡Vas a recibir por todos lados!

—Antes de eso, ¿va a ir alguien a abrir? —preguntó Arthur.

—Antes de eso, voy a ir yo, señor —respondió el viejo con mucha furia, como si quisiera aclarar que, enfrentado a dos situaciones difíciles, consideraba su obligación ir a abrir, pero que habría preferido no hacerlo—. ¡Ustedes no se muevan! Affery, mujer, ¡si te mueves lo más mínimo o dices una sola de tus tonterías, te daré tres veces más de lo habitual!

En cuanto se marchó, Arthur soltó a la señora Finching, no sin cierta dificultad, pues la dama había malinterpretado sus intenciones y estaba en una postura en que les resultaba más fácil juntarse que separarse.

—¡Affery, quiero hablar contigo!

—¡No me toque, Arthur! —exclamó ella, apartándose—. No se acerque. Jeremiah lo va a ver. ¡No!

—No me puede ver si apago la vela —aseguró Clennam, haciendo precisamente lo que había dicho.

—¡Lo oiré! —protestó Affery.

—No puede oír nada si se mete usted en este armario oscuro y hablamos aquí dentro —afirmó Arthur, llevando otra vez a cabo lo que decía—. ¿Por qué se tapa la cara?

—Porque tengo miedo de ver algo.

—¿Cómo va a tener miedo de ver algo con lo oscuro que está?

—Pues lo tengo. Mucho más que si hubiera luz.

—¿Por qué?

—Porque esta casa está llena de misterios y secretos; porque está llena de susurros y advertencias; porque está llena de ruidos. Nunca se ha visto una casa con tantos ruidos, ruidos que me van a matar, si Jeremiah no me estrangula antes. Cosa que seguramente hará.

—Aquí yo no he oído nunca un ruido fuera de lo normal.

—¡Ah! Pero ¡los oiría si viviera en la casa y se viera obligado a recorrerla de un lado a otro, como yo! —repuso Affery—. Y, viéndolos a ellos, se daría usted cuenta de que hay muchas cosas de las que hablar, tantas que, como no le dejarían hablar de ellas, a punto estaría de estallar. ¡Ya vuelve Jeremiah! Va a conseguir usted que me mate.

—Mi buena Affery, le juro que veo la luz de la puerta abierta en el suelo del vestíbulo, y usted también la vería si se destapara la cara y echara un vistazo.

—No me atrevo —confesó la criada—, y nunca me atreveré. Siempre me tapo los ojos cuando Jeremiah no me está mirando, y a veces también cuando me mira.

—No puede cerrar la puerta sin que yo lo vea —aseveró Arthur—. Está usted tan segura a mi lado como si él estuviera a cien kilómetros.

—¡Ojalá fuera así! —se lamentó la señora Flintwinch.

—Affery, quiero saber qué pasa aquí; quiero que salgan a la luz algunos de los secretos de esta casa.

—Arthur, ya le he dicho —insistió la señora Flintwinch— que los secretos son esos ruidos, como si alguien anduviera sigilosamente y le crujiera la ropa, los temblores, los pasos en el piso de arriba y en el de abajo.

—Pero éstos no son los únicos secretos.

—No lo sé —respondió Affery—. No me pregunte nada más. Su antigua enamorada anda por aquí cerca, y no sabe cerrar la boca.

Su antigua enamorada, que en realidad se hallaba tan cerca que estaba apoyada en él, haciendo muchos aspavientos y formando un ángulo muy pronunciado, de cuarenta y cinco grados, intervino en este momento para asegurarle a Affery con mayor seriedad que claridad que todo cuanto oyera no saldría de ahí ni sería difundido aunque sólo fuera «para no perjudicar a Arthur, perdón por tomarme tantas confianzas, para no perjudicar a Doyce y Clennam».

—Se lo ruego encarecidamente, Affery, es usted una de las pocas personas de mi infancia a las que recuerdo con cariño; se lo ruego por mi madre, por su marido, por mí, por todos nosotros. Estoy seguro de que, si quiere, me puede contar algo relacionado con la visita de ese hombre.

—Bueno, entonces se lo diré, Arthur —respondió la criada—. ¡Vuelve Jeremiah!

—No, le aseguro que no. La puerta sigue abierta y él está en el umbral, hablando.

—Entonces se lo voy a contar —accedió Affery, después de quedarse escuchando—. La primera vez que vino, él también oyó estos ruidos. «¿Qué es eso?», me

preguntó. «No lo sé —le respondí agarrándome a él—, pero lo he oído muchísimas veces». Mientras se lo decía, se quedó mirándome y temblando de pies a cabeza, ¿sabe usted?

—¿Ha venido con mucha frecuencia?

—Sólo esa vez, y la otra noche.

—¿Y la otra noche, después de que yo me fuera, qué hizo?

—Los dos listos se quedaron a solas con él. Jeremiah se puso a mi lado de una zancada después de que yo lo acompañara a usted a la puerta (siempre se pone a mi lado, dando una zancada, cuando me va a pegar), y me dijo: «Affery, te acompaño a la cama, mujer, que te voy a arropar». Y, desde atrás, me apretó el cuello con tanta fuerza que tuve que abrir la boca, y después me tiró a la cama de un empujón sin dejar de asfixiarme. Ésa es su forma de arroparme. ¡Ah, qué hombre tan malo!

—¿Y no vio ni oyó nada más, Affery?

—¿No le he dicho que me obligaron a acostarme? ¡Ya vuelve!

—Le aseguro que sigue en la puerta. Esos cuchicheos y esas advertencias de las que habla... ¿en qué consisten?

—¡Y yo qué sé! No me pregunte por ellos, Arthur... ¡Apártese!

—Querida Affery, si no conozco un poco mejor todo lo que se me ha ocultado, pese a lo que digan su marido y mi madre, las consecuencias serán funestas.

—No me pregunte nada —repitió Affery—. Llevo muchísimo tiempo soñando. ¡Apártese, apártese!

—No es la primera vez que dice eso —observó Clennam—. Es la misma frase que dijo esa noche, en la puerta, cuando le pregunté qué pasaba aquí. ¿Qué quiere decir con que lleva mucho tiempo soñando?

—No se lo voy a decir. ¡Déjeme! No se lo diría ni aunque estuviese solo, y mucho menos con su antigua enamorada delante.

No sirvió de nada que Arthur implorara y que Flora protestara. Affery, que no había dejado de temblar ni de intentar zafarse, hizo oídos sordos a todos los ruegos, empeñada en salir de aquel armario.

—¡Prefiero llamar a Jeremiah a gritos antes que decir otra palabra! Si no me deja tranquila le pediré que venga, Arthur. Es lo último que voy a decir antes de llamarlo. Si alguna vez consigue usted someter a los dos listos (y debería hacerlo, como le dije cuando volvió a casa, pues ha vivido fuera muchos años y no está aterrorizado como lo estoy yo), sométalos en mi presencia, ¡y pídamme entonces que le cuente mis sueños! ¡A lo mejor se los cuento entonces!

El ruido de la puerta al cerrarse impidió que Arthur respondiera. Se dirigieron sigilosamente al lugar donde Jeremiah los había visto por última vez; Clennam fue al encuentro del anciano caballero y le anunció que se le había apagado la vela sin querer. El señor Flintwinch no dejó de observarlos mientras la volvía a encender con

la llama de la lámpara del vestíbulo, mostrando un profundo mutismo respecto a la persona con la que había estado hablando. Cabe la posibilidad de que el visitante le hubiera aburrido, que se hubiera irritado y que quisiera resarcirse; en todo caso, le ofendió tanto ver a su mujer con la cabeza tapada por el delantal que se abalanzó sobre ella, le cogió la nariz oculta con los dedos índice y pulgar y utilizó toda su capacidad rotatoria para retorcérsela.

Flora, que ahora pesaba continuamente, no permitió que Arthur pusiera fin a la inspección de la casa hasta que le enseñó su antigua habitación, situada en la buhardilla. Él no estaba precisamente concentrado en la visita guiada, pero en ese momento no pudo dejar de reparar (y después tendría ocasión de recordarlo) en la casa tan cerrada y en su ambiente viciado, cerrado; en que habían dejado huellas de pisadas en el polvo de los pisos superiores; y en que había costado mucho abrir la puerta de una sala, lo que llevó a Affery a decir en voz bien alta que había alguien escondido en ella: siguió creyéndolo después de que emprendieran una búsqueda sin encontrar a nadie. Cuando regresaron al fin a la habitación de la madre vieron que la señora Clennam se tapaba la boca con la mano enguantada y hablaba en voz baja con el Patriarca, que estaba delante de la chimenea. Los ojos azules, el cráneo lustroso y los rizos sedosos de éste se volvieron hacia ellos cuando entraron y otorgaron un valor inestimable y un inagotable amor por el género humano a su comentario:

—¡Conque han estado viendo la casa... la casa... viendo la casa!

Estas palabras no eran en sí mismas un brillante ejemplo de sabiduría ni de bondad, pero el Patriarca consiguió que lo parecieran hasta tal punto que entraban ganas de anotarlas.

Capítulo XXIV

La noche de un largo día

Ese personaje ilustre, esa gran gloria nacional llamada señor Merdle, continuaba su deslumbrante travesía. Empezó a extenderse la idea de que una persona que había prestado a la sociedad el admirable servicio de ganar tanto dinero a sus expensas no podía seguir siendo un plebeyo. Un título de barón se daba por seguro; con frecuencia se mencionaba un asiento en la Cámara de los Lores. Se rumoreaba que el señor Merdle había torcido el gesto de su dorado rostro ante la posibilidad de ser nombrado barón; que le había comunicado sin ambages a lord Decimus que ese título no le bastaba, que había dicho: «No; seré lord o seguiré siendo simplemente Merdle». Según se contaba, tal respuesta había sumido a lord Decimus hasta la noble barbilla en el abismo de dudas más profundo en que podía hundirse un personaje de tanta altura. Porque los Barnacle, como si formaran una especie propia dentro de la creación, creían que sólo ellos tenían derecho a semejantes distinciones, y, cuando a un soldado, a un miembro de la Marina o a un abogado se les concedía una distinción nobiliaria, ellos le abrían las puertas de la familia, por así decirlo, para demostrar su tolerancia, y después las cerraban en seguida. El atribulado Decimus no sólo sostenía esa opinión por cuestiones hereditarias (añadían los rumores), sino que además sabía que ya se estaban tramitando varias solicitudes para ennoblecer a otros Barnacle, cosa que chocaba con la solicitud del distinguidísimo personaje. Con razón o sin ella, los rumores no dejaban de circular, y lord Decimus, mientras se hallaba, o se suponía que se hallaba, ponderando majestuosamente la cuestión, dio cierto pábulo a las habladurías al embarcarse, en varios acontecimientos públicos, en una de sus típicas carreras de elefante a través de una selva de frases demasiado largas, en las que agarraba al señor Merdle con la trompa, lo zarandeaba y lo exhibía como luminaria de los negocios, artífice de la riqueza de Inglaterra, de la resistencia, del crédito, del capital, de la prosperidad, y compendio de toda suerte de dones.

La proverbial guadaña iba segando con tanta parsimonia que, sin que nadie se diera cuenta, ya habían pasado tres meses desde que habían enterrado a los dos hermanos ingleses en una tumba del cementerio de forasteros de Roma. El señor y la señora Sparkler se habían instalado en una casa propia, una pequeña mansión muy del estilo de Tite Barnacle, todo un triunfo de la incomodidad, impregnada de un perpetuo olor a caballo y a sopa de dos días antes, pero carísima, pues se encontraba precisamente en el centro del orbe habitable. En esta envidiable residencia (pues, efectivamente, mucha gente la envidiaba), la señora Sparkler se había propuesto iniciar de inmediato la obra de destrucción del Busto, pero las hostilidades abiertas

habían quedado suspendidas tras la llegada del mensajero que trajo las noticias fatales. La señora Sparkler, que no carecía de sentimientos, había reaccionado con un violento acceso de dolor que le duró doce horas, después de las cuales se había recuperado para ocuparse del luto en todos los detalles y para cerciorarse de que le favoreciera tanto como en su día a la señora Merdle. Después, la pena también se apoderó de más de una familia distinguida (según las crónicas más amables), y el mensajero regresó a Italia.

Era una calurosa y estival noche de domingo. Los señores Sparkler habían cenado solos, embargados de dolor, y la señora se había echado en un sofá del salón. La residencia del centro del orbe habitable, siempre cerrada y con el aire viciado, como si padeciera un resfriado incurable, resultaba particularmente asfixiante esa noche. Las campanas de las iglesias habían difundido el más terrible estrépito, que un eco disonante había repetido por las calles; y las ventanas de las iglesias ya no tenían el tono amarillo que les daba la luz gris del ocaso, y se habían fundido en un negro impenetrable. La señora Sparkler estaba tumbada en el sofá y miraba la calle por la ventana abierta, desde detrás de unas cajas de resedas y flores; estaba cansada de aquella imagen. La señora Sparkler miró hacia otra ventana, en cuyo balcón se encontraba su marido; estaba cansada de aquella imagen. La señora Sparkler se miró con la ropa de luto; incluso de aquella imagen estaba cansada, aunque, como es natural, no tanto como de las otras dos.

—Esto es como estar en el fondo de un pozo —protestó mientras cambiaba nerviosamente de postura—. Caramba, Edmund, si tienes algo que decir, ¿por qué no lo dices?

El señor Sparkler podría haber respondido, con gran agudeza: «Pero ¡si no tengo nada que decir!». Sin embargo, como no se le ocurrió esta réplica, se limitó a salir del balcón y a trasladarse al lado del sofá de su mujer.

—¡Por amor de Dios, Edmund! —exclamó Fanny, todavía más nerviosa—. ¡Te estás metiendo la reseda por la nariz! ¡Quítatela, por favor!

El señor Sparkler, con la cabeza en otro sitio (quizá más en otro sitio de lo que suele dar a entender la expresión), había olisqueado con tanto ahínco un ramillete que tenía en la mano que a punto estaba de cometer la afrenta mencionada. El joven sonrió, dijo: «Perdóname, querida», y tiró el ramito por la ventana.

—Me está entrando dolor de cabeza de verte en esa postura, Edmund —se quejó la señora Sparkler, dirigiendo la mirada a su marido al cabo de otro minuto—. Con esta luz pareces insoportablemente alto. Siéntate, te lo ruego.

—Cómo no, querida —dijo Edmund; cogió una silla y se sentó en el mismo sitio.

—Si no supiera que el día más largo del año ya ha pasado —añadió Fanny, bostezando con hastío—, habría afirmado con rotundidad que el más largo era hoy. Nunca había tenido un día igual.

—¿Este abanico es tuyo, amor mío? —inquirió el señor Sparkler mientras cogía uno y se lo enseñaba.

—Edmund —respondió la dama con un hastío aún mayor—, no me hagas preguntas idiotas, te lo suplico. ¿De quién va a ser si no?

—Sí, me ha parecido que era tuyo.

—Entonces no sé para qué preguntas —replicó Fanny. Al cabo de unos instantes se removió en el sofá y exclamó—: ¡Hay que ver, hay que ver, nunca había tenido un día tan largo como hoy!

Al cabo de unos instantes más se levantó poco a poco, se paseó por la sala y volvió al punto inicial.

—Querida mía —dijo el señor Sparkler, a quien se le había ocurrido de pronto una idea muy original—, creo que te encuentras algo inquieta.

—¡Ah! ¿Que estoy inquieta? ¡No sigas!

—Adorable niña mía —le pidió Edmund—, ¿por qué no recurre al vinagre aromático? He visto que mi madre lo utilizaba muchas veces, y creo que le sentaba bien. Y mi madre es, como muy bien sabes, una mujer excepcional y muy sensa...

—¡Dios mío! —gritó Fanny poniéndose de nuevo en pie—. ¡Esto no hay quien lo aguante! ¡Es imposible que haya habido un día más aburrido que hoy en la historia de la humanidad!

El señor Sparkler la siguió dócilmente con la mirada mientras ella iba de un lado a otro de la estancia; también parecía un poco asustado. Fanny, después de manosear algunos objetos y mirar la calle oscura por las tres ventanas, volvió al sofá y se desplomó entre los cojines.

—¡Edmund, ven! Acércate un poco más, que quiero alcanzarte con el abanico, para que te enteres bien de lo que te voy a decir. Así está bien. ¡Madre mía, qué enorme eres!

El señor Sparkler se disculpó por tal circunstancia, alegó que no podía evitarla y le contó que «cierta gente», sin especificar de qué gente se trataba, lo llamaba Quinbus Flestrin hijo, u Hombre Montaña^[48].

—Me lo tendrías que haber dicho antes —protestó Fanny.

—Querida mía —respondió el señor Sparkler, muy contento—, no sabía que esto te interesara. De haberlo sabido, no se me habría pasado contártelo.

—¡Ya basta! Por lo que más quieras, cállate —le pidió Fanny—, que quiero hablar yo. Edmund, tenemos que buscar compañía. Debo tomar medidas para no volver a caer en la horrible depresión en que he caído esta noche.

—Querida —respondió Edmund—, tú que eres, como muy bien saben todos, una mujer excepcional y muy sensa...

—¡Oh, por amor de DIOS! —exclamó Fanny.

Al señor Sparkler lo dejó tan perplejo la energía del exabrupto en el que

prorrumpió la dama mientras se levantaba con muchos aspavientos y se volvía a sentar, que transcurrieron un par de minutos antes de que reuniera fuerzas para responder:

—Lo que quería decir, querida, es que todos saben que estás destinada a brillar en sociedad.

—Destinada a brillar en sociedad —repitió Fanny, muy irritada—, ¡cómo no! Pero ¿qué ha pasado? En cuanto me recupero lo suficiente para recibir visitas de la conmoción sufrida por la muerte de mi pobre padre y de mi pobre tío, aunque reconozco perfectamente que este último deceso ha sido una suerte, porque, si una persona no es presentable, es mucho mejor que se muera...

—Amor mío, ¿no te estarás refiriendo a mí, verdad? —intervino humildemente el señor Sparkler.

—Edmund, Edmund, agotarías la paciencia de un santo. ¿Acaso no me estoy refiriendo expresamente a mi pobre tío?

—Preciosa, me mirabas de forma tan penetrante —dijo el marido— que me he sentido un poco incómodo. Gracias, amor mío.

—Me has hecho perder el hilo —anunció Fanny, moviendo resignada el abanico—, así que me voy a la cama.

—No te vayas, mi amor —rogó el señor Sparkler—. No tengas prisa.

Fanny no tuvo ninguna prisa: siguió recostada con los ojos cerrados y las cejas enarcadas en un gesto de desesperación, como si hubiera decidido desentenderse de todos los asuntos de este mundo. Al fin, de improviso, volvió a abrirlos y volvió a tomar la palabra en un tono conciso y brusco:

—¿Y qué ha sucedido? ¿Qué ha sucedido? Que me encuentro, precisamente en el momento en que más podría brillar en sociedad, cuando más me gustaría hacerlo por motivos de suma importancia, en una situación que hasta cierto punto me impide cultivar la vida social. ¡También es mala suerte!

—Querida mía —objetó el señor Sparkler—, tampoco creo que sea necesario que no salgas de casa.

—Edmund, mira que eres bobo —le espetó Fanny, muy indignada—. ¿Crees que una mujer en la flor de la vida, con cierto atractivo personal, puede, en un momento así, aparecer al lado de una mujer muy inferior en todos los aspectos y rivalizar con ella? Si te parece posible, es que tu estupidez es infinita.

El señor Sparkler adujo que había pensado que esa dificultad «podía superarse».

—¡Que puede superarse! —repitió Fanny con un indecible desdén.

—Durante una temporada —propuso Edmund.

Sin dignarse responder a esta tímida sugerencia, la señora Sparkler declaró con amargura que realmente había que tener mala suerte, ¡que en una situación así más le valía estar muerta!

—Sin embargo —prosiguió cuando se hubo recuperado un tanto de la sensación de agravio personal—, por mucho que me subleve el asunto, por cruel que parezca, supongo que debo resignarme.

—Sobre todo porque era algo previsible —apuntó el señor Sparkler.

—Edmund —dijo su mujer—, si no tienes nada mejor que hacer que insultar a la mujer con la que has tenido el honor de casarte cuando ésta atraviesa un período de adversidad, ¡creo que deberías ser tú el que se acueste!

Al señor Sparkler le produjo un gran pesar este ataque, y presentó una disculpa de lo más sincera y cariñosa. La disculpa fue aceptada, pero la dama le exigió que se dirigiera al otro extremo del sofá y que se sentara delante de la cortina para tranquilizarse.

—Edmund —prosiguió Fanny extendiendo el brazo, acercándole el abanico y tocándolo con él—, lo que iba a decir cuando has empezado, como de costumbre, a soltar tonterías, es que no voy a permitir que sigamos solos, y que, cuando las circunstancias no me permitan salir a voluntad, me las arreglaré para tener siempre a alguien aquí, porque no puedo soportar, ni voy a soportar, otro día como hoy.

La opinión del señor Sparkler respecto a semejante plan fue, en dos palabras, que le parecía muy sensato, y añadió:

—Además, ya sabes que muy probablemente dentro de poco tendrás a tu hermana...

—¡Sí, a mi querida Amy! —exclamó la señora Sparkler con un suspiro de afecto—. ¡Cuánto la quiero! Pero no basta con tener sólo a Amy.

El joven iba a decir: «¿No?», con gesto interrogativo. Pero se dio cuenta del peligro y convino:

—No, claro que no; no basta con tenerla sólo a ella.

—No, Edmund. No sólo porque las virtudes de esa niña excepcional, de carácter tan reposado, requieren un contraste, requieren que haya vida y movimiento en torno a ellas, para que se aprecien en su justa medida y a la gente le parezcan lo más adorable del mundo; sino también porque habrá que espabilarla en más de un sentido.

—Desde luego —confirmó el señor Sparkler—. Espabilarla.

—¡Edmund, te lo ruego! Esa costumbre tuya de interrumpir sin tener nada que decir me distrae. Tienes que dejar de hacerlo. Volvamos a Amy: mi pobre tesorito estaba muy apegada a mi pobre padre, y no me cabe duda de que su muerte la habrá afectado mucho, de que habrá sufrido mucho. Lo mismo me ha pasado a mí. Mis sufrimientos han sido espantosos. Pero estoy segura de que a Amy le ha afectado todavía más por haber sido testigo, por haber estado al lado de mi pobre padre hasta el final, cosa que, desgraciadamente, yo no he hecho.

En este momento Fanny dejó de hablar para derramar unas lágrimas y musitar: «¡Ay, querido, queridísimo papá! ¡Él sí que era un auténtico caballero! ¡Qué distinto

de mi pobre tío!».

—Habrà que animar a mi muñequita —prosiguió— para que olvide los efectos de esta época difícil y también de los prolongados cuidados que ha prodigado a Edward en su enfermedad; unos cuidados que quizá deban prolongarse todavía cierto tiempo y que no dejan de perturbarnos a todos, porque nos impiden arreglar los asuntos de mi padre. Sin embargo, como todos los papeles que tenemos en manos de los agentes, afortunadamente, están sellados y a buen recaudo, como providencialmente los dejó mi padre cuando vino a Inglaterra, tales asuntos están ordenados y pueden esperar a que mi hermano Edward recobre la salud en Sicilia y pueda regresar, y administrar o ejecutar o hacer lo que haga falta.

—No podría tener una enfermera mejor para recuperarse —se atrevió a opinar el señor Sparkler.

—Asombrosamente, estoy de acuerdo contigo —confirmó su mujer, parpadeando un poco y volviendo la cabeza hacia él (normalmente le hablaba como si se dirigiera a un mueble)—, y puedo hacer más tus palabras. No podría tener una enfermera mejor para recuperarse. Hay momentos en que mi querida niña resulta un poco agotadora para un espíritu despierto, pero, como enfermera, es la perfección en persona. ¡No hay nadie mejor que Amy!

El señor Sparkler, a quien su reciente triunfo había vuelto imprudente, comentó que a Edward todavía le quedaban una barbaridad de días de estar pocho, querida.

—Si en tu jerga —replicó la señora Sparkler—, cuando dices «pochó», te refieres a que está indispuesto, así es. Si no, no me siento capacitada para dar una opinión, visto el lenguaje soez con el que te diriges a la hermana de Edward. De lo que no cabe duda es de que ha contraído malaria en algún sitio, bien durante ese viaje sin paradas a Roma, donde, pese a todo, llegó demasiado tarde para ver a mi pobre padre antes de que muriera, o bien en otro entorno insalubre. Tampoco cabe duda de que la vida tan disipada que ha estado llevando le ha hecho un candidato idóneo a la enfermedad.

Al señor Sparkler le pareció que el caso recordaba al de una gente que conocía, que había contraído fiebre amarilla en las Indias Occidentales. Fanny volvió a cerrar los ojos y se negó a recibir cualquier noticia de esa gente, de las Indias Occidentales o de la fiebre amarilla.

—Volviendo a Amy —prosiguió la señora Sparkler cuando abrió los ojos de nuevo—, habrá que animarla para que se le pase el efecto de tantas semanas de tedio y angustia. Y también habrá que espabilarla para que se le pase una tendencia poco recomendable que sé que alberga en el fondo de su corazón. No me preguntes de qué se trata, Edmund, porque debo negarme a decírtelo.

—No iba a hacerlo, querida —aseguró su marido.

—Tengo que mejorar muchas cosas de mi preciosa hermana —continuó Fanny—,

así que ardo en deseos de tenerla a mi lado. ¡Es demasiado buena esa niña! En cuanto al arreglo de los asuntos de mi padre, no es el egoísmo lo que me mueve. Fue muy generoso cuando me casé, y no puedo esperar nada o casi nada. Mientras no haya hecho un testamento válido en el que le haya dejado algo a la señora General, me daré por satisfecha. ¡Ay, querido papá!

Volvió a derramar unas cuantas lágrimas, pero la señora General se reveló el mejor de los tónicos. Gracias a este nombre no tardó en dejar de llorar, y dijo:

—Aunque Edward esté enfermo, es bastante alentador, me alegra comprobar, y también me permite confiar en que mi hermano no ha perdido el sentido común, ni se le ha ido la cabeza, al menos hasta la muerte de mi padre, saber que ha despedido inmediatamente a la señora General. Le doy la enhorabuena. ¡Puedo perdonarle muchas cosas por haber hecho con tanta rapidez lo mismo que habría hecho yo!

La señora Sparkler se había dejado llevar por la sensación de gratitud cuando se oyeron dos golpes en la puerta. Unos golpes muy extraños. Débiles, como si no quisieran hacer ruido ni llamar la atención. Largos, como si la persona que los daba estuviera absorta en alguna preocupación y se le olvidara dejar de llamar.

—¡Caramba! —exclamó Edmund—. ¿Quién será?

—¡Ni Amy ni Edward, sin aviso y sin coche! —respondió Fanny—. Ve a mirar.

La sala estaba sumida en la penumbra, pero la calle estaba más iluminada gracias a las farolas. La cabeza del señor Sparkler, al asomarse por el balcón, se veía tan voluminosa y pesada que parecía a punto de hacerle perder el equilibrio y aplastar al desconocido que estaba en la calle.

—Es un hombre —anunció Sparkler—. Pero no he visto quién... ¡Un momento!

Se lo pensó mejor, volvió a salir al balcón y echó otro vistazo. Volvió mientras abrían la puerta, anunciando que creía haber distinguido «el sombrero de su jefe». No se equivocaba, pues su jefe, sombrero en mano, entró inmediatamente después.

—¡Velas! —pidió la señora Sparkler, disculpándose por la oscuridad.

—Hay bastante luz para mí —dijo el señor Merdle.

Cuando trajeron las velas se pudo ver al señor Merdle delante de la puerta, pellizcándose los labios.

—He venido a haceros una visita —declaró—. Ando especialmente ocupado estos días, pero, como estaba dando un paseo, se me ha ocurrido pasar a haceros una visita.

Dado que iba vestido de etiqueta, Fanny le preguntó dónde había cenado.

—Bueno —respondió el banquero—, no he cenado en ningún sitio en particular.

—Pero habrá cenado usted, ¿verdad? —insistió Fanny.

—Pues... no, no he cenado exactamente —respondió Merdle.

Se había pasado la mano por la frente amarilla y se había quedado cavilando, como si no estuviera seguro de lo que había hecho. Le ofrecieron algo de comer.

—No, gracias —dijo Merdle—. No tengo ganas. Iba a cenar fuera de casa con la señora Merdle. Pero, como no tenía ganas, he dejado que fuera ella sola, justo cuando subíamos al coche, y he preferido dar un paseo.

¿Le apetecía un té, un café?

—No, gracias —repitió el huésped—. He pasado por mi club y he tomado una botella de vino.

En ese momento el señor Merdle se sentó en la silla que Edmund Sparkler le había ofrecido y que hasta entonces él había estado zarandeando levemente por el respaldo, como una persona torpe que se pone unos patines por primera vez y que no se atreve a arrancar. Ahora dejó el sombrero en otra silla, a su lado, y, mirando por dentro la prenda, como si ésta tuviera cinco metros de profundidad, dijo otra vez:

—He venido a haceros una visita, como veis.

—Cosa que nos halaga enormemente —aseguró Fanny—. Usted no suele ir de visita.

—Eh... no —confirmó el banquero, que en ese momento se estaba arrojando a sí mismo, metiendo las manos en las mangas de la chaqueta—. No, no suelo ir de visita.

—Está demasiado ocupado —apuntó Fanny—. Estando tan ocupado, señor Merdle, en su caso no tener apetito es algo grave, debe consultar a un médico. No puede usted ponerse enfermo.

—¡Oh! Me encuentro muy bien —repuso el invitado tras una reflexión—. Tan bien como siempre. Suficientemente bien. Todo lo bien que quiero.

La mente más preclara de su tiempo, fiel a su rasgo de no dejar nunca de ser una mente que se manifestaba lo menos posible y a la que le costaba mucho expresar sus pensamientos, volvió a quedarse muda. La señora Sparkler empezó a preguntarse hasta cuándo pretendía quedarse la mente preclara.

—Estaba hablando de mi pobre padre cuando ha llegado usted, señor.

—¿Ah, sí? Qué coincidencia —observó Merdle.

A Fanny no se lo pareció, pero creyó que su papel le exigía seguir hablando:

—Estaba diciendo —prosiguió— que la enfermedad de mi hermano ha retrasado el estudio y el reparto de los bienes de mi padre.

—Sí —confirmó el invitado—. Se ha producido un retraso.

—Aunque no tiene importancia —matizó la dama.

—No —convino el señor Merdle, tras examinar la cornisa de la parte del salón que alcanzaba con la vista—, no tiene importancia.

—Lo único que me inquieta —añadió Fanny— es la señora General; espero que se quede sin nada.

—Pues se va a quedar sin nada —confirmó Merdle.

A Fanny le causó un gran placer oír la opinión del banquero. El señor Merdle, después de otro vistazo a las profundidades de su sombrero, como si pensara que iba

a encontrar algo al fondo, se pasó la mano por el pelo y lentamente fue añadiendo a su último comentario varias palabras de confirmación:

—Oh, desde luego que no. No. Ella no se va a llevar nada. Es muy improbable.

Como el tema pareció agotarse y el banquero también, la anfitriona le preguntó si iba a volver a casa con la señora Merdle, en su coche.

—No —respondió—, voy a volver por el camino más corto, y que la señora Merdle se... —en ese instante se miró las palmas de las manos, como si se estuviera leyendo el futuro—, que se las apañe sola. Estoy seguro de que sabrá hacerlo.

—Probablemente —observó Fanny.

Entonces hubo un largo silencio, durante el cual la señora Sparkler volvió a recostarse en el sofá, a cerrar los ojos, a enarcar las cejas y a evadirse de nuevo de los asuntos de este mundo.

—Pero os estoy entreteniendo, y yo también me estoy entreteniendo —dijo Merdle—. Sólo quería haceros una visita.

—Ha sido un gran placer —afirmó Fanny.

—Bueno, me voy ya —anunció el invitado, poniéndose en pie—. ¿Podrías prestarme un cortaplumas?

La señora Sparkler comentó con una sonrisa que era curioso que le prestara ese objeto precisamente ella, a quien le costaba hasta escribir una carta, a un hombre tan atareado como el señor Merdle.

—Sí, resulta curioso, ¿verdad? —confirmó el invitado—, pero necesito uno, y sé que tenéis por aquí varios recuerdos y regalos de boda como tijeras, pinzas y cosas así. Lo devolveré mañana.

—Edmund —le pidió Fanny—, abre con mucho cuidado, por favor, te lo ruego y suplico, la caja de nácar que hay en esa mesita, y dale al señor Merdle el cortaplumas de nácar.

—Gracias —dijo el banquero—, pero, si hay uno con el mango más oscuro, creo que lo preferiría con el mango más oscuro.

—¿De carey?

—Sí —respondió Merdle—, gracias. Creo que lo prefiero de carey.

Así pues, Edmund recibió la orden de abrir la caja de carey y de dar al señor Merdle el cortaplumas que había en ella. Cuando lo hizo, su mujer le dijo con donaire a la mente preclara:

—Si lo mancha de tinta, lo perdonaré.

—Me cercioraré de no mancharlo de tinta —prometió el huésped.

Entonces el ilustre visitante tendió la manga de la chaqueta y, por un instante, aprisionó en ella la mano de la señora Sparkler, con muñeca, pulsera y todo. No pudo saberse en qué recónditas honduras se había hundido la mano de Merdle, pero sí que se había acercado tan poco a los dedos de la señora Sparkler como un veterano de

grandísimos méritos de Chelsea o un jubilado de Greenwich^[49].

Completamente convencida, mientras el señor Merdle salía de la estancia, de que el día que terminaba efectivamente había sido el más largo nunca visto, y de que nunca había habido una mujer, con cierto atractivo personal, tan agotada por culpa de personas imbéciles y torpes, Fanny salió al balcón a que le diera un poco el aire. Unas lágrimas de rabia le llenaron los ojos y produjeron tal efecto que le pareció que el señor Merdle, al recorrer la calle, saltaba, y bailaba un vals, y daba vueltas, como poseído por varios demonios.

Capítulo XXV

El mayordomo principal deja su puesto

La cena se celebró en casa del gran representante de la Medicina. La Abogacía había asistido, y en todo su esplendor. Ferdinand Barnacle había asistido, con sus modales más irresistibles. Pocos ámbitos de la vida humana le eran desconocidos a la Medicina, que frecuentaba lugares más oscuros que el Obispado. Había damas brillantes de todo Londres que adoraban a la Medicina, querida mía, el hombre más encantador y la persona más agradable, pero que, estando a su lado, se habrían llevado un buen susto si hubieran sabido qué imágenes habían contemplado esos ojos reflexivos un par de horas antes, y cerca de qué camas, y bajo qué techos, había rondado su figura circunspecta. Sí, la Medicina era un hombre circunspecto, que no se daba coba ni se la daba a los demás. Había visto y oído muchas cosas asombrosas, y su vida transcurría entre contradicciones morales, pero repartía su compasión con la misma ecuanimidad con que el Creador sana a unos y a otros. Frecuentaba, como la lluvia, a los justos y a los pecadores, haciendo todo el bien posible y sin proclamarlo en las sinagogas ni en las esquinas de las calles.

Como todo hombre con una gran experiencia en los asuntos humanos, por muy discretamente que la asimile, siempre resulta particularmente interesante por los conocimientos que posee, la Medicina era un hombre atractivo. Incluso los caballeros y las damas más remilgados que no estaban al tanto de sus secretos, y que habrían perdido la escasa cordura que tenían si él les hubiera propuesto, con una monstruosa falta de decoro: «¡Venid a ver lo que yo veo!», reconocían ese atractivo. Si él estaba presente, la realidad también estaba presente. Y medio grano de realidad, igual que una parte ínfima de otros productos naturales muy escasos, da sabor a una cantidad muy elevada de diluyente.

Por tanto se daba la circunstancia de que, en las pequeñas cenas que daba la Medicina, las personas siempre mostraban su faceta menos convencional. Los invitados se decían para sus adentros, consciente o inconscientemente: «He aquí un hombre que en verdad nos conoce tal como somos, que entra en nuestras casas todos los días, cuando nos hemos quitado las pelucas y el maquillaje, que escucha las disquisiciones de nuestra cabeza, que ve los gestos auténticos de nuestro rostro cuando ya no podemos dominar ni unas ni otros; con él nos conviene acercarnos a la realidad, pues nos saca ventaja y es un hombre demasiado fuerte para nosotros». Así pues, los invitados de la Medicina se portaban de una forma tan sorprendente en su mesa redonda que casi parecían naturales.

El conocimiento de la Abogacía de esa aglomeración de miembros de un jurado

que solemos llamar humanidad era penetrante como el filo de una navaja, aunque la navaja no suele ser un instrumento demasiado práctico, mientras que el escalpelo sencillo y brillante de la Medicina, aunque mucho menos afilado, puede adaptarse a fines mucho más diversos. La Abogacía conocía al dedillo la ingenuidad y la ignominia de la gente, pero la Medicina le podría haber ayudado a comprender su faceta tierna y cariñosa en una semana de visitas por las casas, con mayor eficacia de lo que lograrían, en ochenta años, el palacio de justicia de Westminster Hall y todas las demás audiencias. La Abogacía lo sospechaba, y quizá no le importaba alentar la diferencia (pues, si realmente el mundo era un gran tribunal, el último día de sesión no podía llegar demasiado pronto), y por eso apreciaba y respetaba a la Medicina tanto como los demás.

La ausencia del señor Merdle había dejado en la mesa una silla como la de Banquo^[50]; pero, aunque hubiera estado, su presencia se habría notado tan poco como la del mismo Banquo, y por tanto nadie lo echó de menos. La Abogacía, que iba recogiendo chascarrillos y comentarios por Westminster Hall igual que haría un cuervo que pasara allí mucho tiempo, había encontrado últimamente muchas briznas jugosas y las iba lanzando para ver en qué dirección soplaba el viento de Merdle. Tuvo una pequeña conversación con la propia señora Merdle, tras acercarse sigilosamente a ella, desde luego, con los anteojos y su reverencia de tribunal.

—Un pajarito —anunció, con un gesto tal que el ave sólo podía tratarse de una urraca— nos ha contado a los abogados que alguien va a engrosar las filas de la nobleza en este país.

—¿De veras? —dijo la dama.

—Sí —confirmó el invitado—. ¿Acaso no ha estado ese pajarito piando en oídos muy distintos de los nuestros, en oídos muy hermosos? —añadió mientras miraba expresivamente el pendiente de la señora Merdle que le quedaba más próximo.

—¿Se refiere a los míos? —preguntó ella.

—Cuando hablo de hermosura —respondió la Abogacía— siempre pienso en usted.

—Usted nunca piensa en serio lo que dice —replicó la señora Merdle (aunque no le había desagradado la respuesta).

—¡Oh, qué cruel y qué injusta! —protestó la Abogacía—. Pero volvamos al pajarito.

—Yo soy la última persona de la tierra en enterarme de las noticias —aseguró la dama, encastillándose despreocupadamente en su fortín—. ¿De quién se trata?

—¡Usted sería un testigo formidable! —exclamó la Abogacía—. ¡Ningún jurado se le resistiría, como no fuera ciego! ¡Aunque no dijera lo que conviene... cumpliría usted perfectamente su cometido!

—¿Por qué? ¡Qué tontería! —respondió la señora con una carcajada.

La Abogacía meció los anteojos dos o tres veces para dar un tono sarcástico a su respuesta y preguntó con el más insinuante de los tonos:

—¿De qué forma me dirigiré a la más elegante, la más refinada y la más encantadora de las mujeres dentro de pocas semanas, días quizá?

—¿Su pajarito no le ha dicho cómo tendrá que dirigirse a ella? —respondió la dama—. ¡Pregúnteselo mañana, por favor, y cuéntemelo la próxima vez que nos veamos!

Esto dio pie a nuevas galanterías, similares a las anteriores, entre uno y otra, pero la Abogacía, pese a su agudeza, no consiguió sacar nada en claro. Por otro lado, la Medicina, que acompañó a la señora Merdle al coche y que la ayudó a ponerse el mantón, se interesó por los síntomas con su tranquilidad y franqueza habituales:

—¿Es cierto lo que se rumorea de Merdle?

—Mi querido doctor —respondió ella—, ésta es precisamente la pregunta que estaba a punto de hacerle.

—¡Preguntarme eso! ¿Por qué a mí?

—Caramba, pues porque creo que no hay otra persona a quien el señor Merdle haga más confidencias que a usted.

—Todo lo contrario, no me cuenta nada de nada, ni siquiera desde un punto de vista profesional. Pero estará usted al tanto de los rumores, ¿verdad?

—Claro que sí. Aunque ya conoce a mi marido; ya sabe lo taciturno y reservado que es. Le aseguro que no sé cuánta verdad hay en estos rumores. ¡Me gustaría que fuera cierto, no voy a negárselo! Si le dijera que no, se daría cuenta de que miento.

—Efectivamente —confirmó la Medicina.

—Pero ignoro si es cierto, cierto en parte, o completamente falso. Se trata de una situación irritante, una situación de lo más absurda, pero a usted, que conoce al señor Merdle, no le sorprenderá.

La Medicina no estaba nada sorprendida; la ayudó a subir al coche y se despidió de ella. Se demoró un instante en la puerta de la casa, mirando apaciblemente cómo el elegante carruaje desaparecía traqueteando. Volvió al piso superior; los demás invitados no tardaron en marcharse, y se quedó solo. Como era un gran lector de toda clase de literatura (y nunca sentía la necesidad de disculparse por esa debilidad), se sentó a leer con toda comodidad.

El reloj de la mesa de su estudio marcaba casi las doce cuando se vio obligado a consultarlo porque había sonado el timbre de la puerta. Al ser un hombre de costumbres sencillas, había mandado a los criados a la cama y tuvo que bajar a abrir. Así que eso hizo, y se encontró a un hombre sin sombrero ni abrigo, con las mangas de la camisa muy enrolladas y subidas hasta los hombros. Por un instante le pareció que el hombre acababa de salir de una refriega; al menos, parecía muy alterado y jadeaba. Al fijarse más, sin embargo, se dio cuenta de que iba especialmente limpio,

y que no presentaba otra anormalidad en el vestido que la ya reseñada en esta descripción.

—Vengo de la casa de baños, señor, de la calle de al lado.

—¿Y qué ha sucedido en ella?

—Tenga la bondad de venir inmediatamente. Hemos encontrado esto en una mesa.

Le tendió un papel. La Medicina lo leyó y vio su nombre y dirección escritos a lápiz; nada más. Estudió más detenidamente la letra, miró al hombre, cogió el sombrero de la percha, se metió la llave de la puerta en el bolsillo y se marchó sin pérdida de tiempo con el desconocido.

Al llegar a la casa de baños, quienes trabajaban en ella los esperaban en la puerta e iban y venían a toda prisa los pasillos.

—Diga que nadie se acerque, por favor —rogó la Medicina al dueño, en voz alta. Y, dirigiéndose al mensajero—: Usted lléveme ahora mismo donde ha pasado todo, amigo mío.

El mensajero echó a andar rápidamente por delante de él, cruzó una serie de cubículos, se detuvo al fondo delante de uno y metió la cabeza por la puerta. La Medicina lo alcanzó y también metió la cabeza por la puerta.

En la esquina había una bañera que había sido desaguada con premura. En el interior, como en una tumba o un sarcófago, tapado a toda prisa con una sábana y una manta, estaba el cadáver de un hombre de constitución fornida, cabeza chata y rasgos bastos, sin nobleza, vulgares. Se había abierto una claraboya para que saliera el vapor que llenaba el cubículo, pero el vaho se había condensado en las paredes, formando gotas, y también en la cara y el cuerpo de la bañera. Todavía hacía calor y el mármol de la bañera seguía caliente; al tocar la cara y el cuerpo, se notaba que estaban húmedos pero fríos. En el mármol blanco del fondo aparecían unos espantosos riachuelos rojos. A un lado, en el borde, había un frasco de láudano vacío y un cortaplumas de mango de carey, manchado, pero no de tinta.

«Corte en la yugular; muerte a los pocos minutos; lleva casi media hora muerto». El eco de estas palabras se difundió por los pasillos y cubículos, y por todo el establecimiento, cuando la Medicina todavía se estaba incorporando después de haberse agachado para alcanzar la parte más profunda de la bañera, y cuando todavía se estaba lavando las manos, formando en el agua unos riachuelos rojos como los riachuelos del mármol, antes de volverse de un solo color.

Dirigió la mirada al traje del sofá, y al reloj, el dinero y la cartera de la mesa. Su mirada observadora se detuvo en una nota doblada, medio escondida, que medio salía de la cartera. La miró, la tocó, tiró un poco de ella para separarla de los otros papeles, dijo en voz baja: «Está a mi nombre», la abrió y la leyó.

No fue necesario que diera instrucciones. Los empleados de la casa sabían qué

hacer: no tardaron en llamar a las autoridades pertinentes, y con serena profesionalidad se hicieron cargo del difunto y de las que habían sido sus pertenencias, sin manifestar mayor alteración en su actitud o gesto que si dieran cuerda a un reloj. La Medicina se alegró de salir al aire de la noche; incluso se alegró, pese a toda la experiencia que tenía, de poder sentarse un rato en un escalón, pues lo había acometido una sensación de náusea, de que iba a desmayarse.

La Abogacía vivía muy cerca de él; cuando la Medicina se acercó a casa de su amigo, vio que había luz en la habitación en la que sabía que muchas veces iba adelantando trabajo hasta altas horas. Como nunca había luz si la Abogacía no estaba, supo que todavía no se había acostado. Lo cierto era que aquel hombre tan incansable se enfrentaba al día siguiente a un veredicto y las pruebas no le eran favorables, con lo que estaba aprovechando la madrugada para urdir trampas para los caballeros del jurado.

La llamada a la puerta lo sorprendió, pero sospechó en seguida que alguien querría informarle de que una tercera persona lo estaba robando o intentando aprovecharse de él de cualquier otra forma, por lo que bajó rápida y silenciosamente. Se había refrescado con agua de colonia para aguzar las entendederas y así poder aturdir las de los miembros del jurado, y había estado leyendo con el cuello de la camisa abierto para poder estrangular con mayor libertad de movimientos a los testigos de la parte contraria. Tenía, por tanto, un aspecto bastante poco presentable. Al ver la Medicina, la última persona que esperaba encontrar, hizo un gesto todavía menos presentable y le dijo:

—¿Qué pasa?

—En cierta ocasión me preguntó usted cuál era el malestar del señor Merdle.

—¡Extraordinaria respuesta! Efectivamente.

—Le respondí que no lo había descubierto.

—Efectivamente.

—Pues lo he descubierto.

—¡Dios mío! —exclamó la Abogacía, dando un paso atrás y poniendo la mano en el pecho del visitante—. ¡Y yo también! Lo acabo de ver en su rostro.

Entraron en la sala más cercana, donde la Medicina le tendió la carta para que la leyera. La Abogacía la leyó de cabo a rabo media docena de veces. No era especialmente larga, pero le exigió una concentración intensa y continua. Manifestó repetidas veces que lamentaba no haber sido él quien hubiera descubierto aquello. El menor atisbo, añadió, le habría dado una ventaja insuperable en el caso, ¡y menudo caso para desentrañar hasta sus últimas consecuencias!

La Medicina se había comprometido a llevar la noticia a Harley Street. La Abogacía no podía seguir dedicándose a las artimañas para conquistar al jurado más preclaro y extraordinario que jamás hubiera visto en un estrado, al cual, según podía

asegurarle a su docto amigo, no podía convencer con huecos y enrevesados argumentos, ni tampoco engatusar con lisonjas y ardidés de los que desgraciadamente se abusaba en su profesión (así pensaba empezar su discurso); así que dijo que él también iría, y que daría vueltas cerca del edificio mientras esperaba a su amigo. Allí se dirigieron a pie, para airearse y recobrar la compostura, y las alas del día ya removían la noche cuando la Medicina llamó a la puerta.

Un lacayo vestido con todos los colores del arco iris montaba guardia bien a la vista para proteger a su amo: es decir, estaba profundamente dormido en la cocina delante de un par de velas y un periódico, acumulando probabilidades matemáticas de que en la casa se declarara un incendio. Cuando despertó a este sirviente, la Medicina aún tuvo que esperar a que se despertara el mayordomo principal. Al fin esta noble criatura entró en el comedor con un camisón de franela y zapatillas de retales, pero con el pañuelo anudado al cuello, sin dejar de ser todo un mayordomo principal de los pies a la cabeza. Ya había amanecido. La Medicina abrió los postigos de una ventana mientras esperaba, para ver la luz.

—Deben avisar a la doncella de la señora Merdle, decirle que despierte a la señora y que la prepare, con toda la delicadeza posible, para mi visita. Le traigo una noticia terrible —le dijo al mayordomo principal.

Este último, que sostenía una vela, llamó a su ayudante para que se la llevara. Luego se acercó a la ventana con dignidad y se dispuso a recibir la noticia con el mismo semblante con que oficiaba las cenas en esa misma sala.

—El señor Merdle ha muerto.

—Dejaré mi puesto dentro de un mes —anunció el mayordomo principal.

—El señor Merdle se ha quitado la vida.

—Señor —prosiguió el sirviente—, eso supone un grave inconveniente para una persona en mi posición, pues suscita prejuicios; quiero, por tanto, marcharme de inmediato.

—Ya que no ha sufrido usted una fuerte conmoción, ¿ni siquiera le ha sorprendido este acontecimiento? —le preguntó la Medicina amablemente.

El mayordomo, rígido y sereno, respondió con las siguientes y memorables palabras:

—El señor Merdle nunca fue un caballero, por lo que ningún acto impropio de un caballero puede sorprenderme en él. ¿Quiere que vaya a buscar a otra persona o dar nuevas instrucciones relativas a lo que usted desea que se haga, antes de marcharme?

Cuando la Medicina, después de cumplir su cometido en el piso superior, se reunió con la Abogacía en la calle, de su conversación con la señora Merdle sólo le contó que todavía no se lo había dicho todo a la dama, pero que lo que sí le había dicho se lo había tomado bastante bien. La Abogacía se había entretenido en la calle ideando una trampa ingeniosísima para que, de golpe, cayera en ella todo el jurado;

tras haber resuelto este asunto, dirigió todos sus pensamientos a la catástrofe reciente, y ambos volvieron a casa lentamente mientras discutían todos los detalles. Antes de despedirse, en la puerta de la Medicina, los dos hombres levantaron la cabeza para mirar el luminoso cielo de la mañana, al que subían sosegadamente el humo de las primeras chimeneas y el aliento y las voces de algunos madrugadores; después recorrieron con la vista la inmensa ciudad y se dijeron: «¡Si esos cientos y miles de personas sumidas en la pobreza que aún duermen supieran que, mientras nosotros hablamos, la calamidad se cierne sobre ellas, qué espantosa maldición contra un pobre desgraciado oirían los cielos!».

La noticia de que el gran hombre había muerto se difundió con una rapidez asombrosa. Al principio el deceso se atribuyó a todas las enfermedades conocidas hasta el momento, y también se inventaron a la velocidad de la luz varias afecciones nuevas para estar a la altura de lo que la ocasión requería. El banquero llevaba ocultando una hidropesía desde la niñez, había heredado de su abuelo una enorme bolsa de agua en el pecho, durante dieciocho años de su vida lo habían operado todas las mañanas, le habían estallado, como fuegos artificiales, ciertas venas importantes del cuerpo, tenía algo malo en los pulmones, tenía algo malo en el cerebro. Quinientas personas que, al empezar a desayunar, no tenían ni idea de lo ocurrido, creían, antes de haberlo terminado, saber de primera mano que el médico le había dicho al señor Merdle: «Debe estar usted preparado para consumirse, algún día, como una vela que se apaga», y también que el señor Merdle había respondido: «Un hombre sólo puede morir una vez». A las once de la mañana el mal en el cerebro se había convertido en la teoría preferida, y a las doce se había dilucidado, sin ningún género de duda, que tenía algo que ver con la «presión».

La opinión pública quedó tan satisfecha con la presión, que a todo el mundo parecía contentar, que la teoría podría haberse prolongado hasta la noche si la Abogacía no hubiera expuesto la verdad del caso en el juzgado a las nueve y media. Eso hizo que, sobre la una, empezara a murmurarse de un extremo a otro de Londres que el señor Merdle se había suicidado. La presión, sin embargo, muy lejos de perder su hegemonía tras ese descubrimiento, gozó de mayor favor que nunca. En la calle se peroraba en tono moralista sobre la presión. Los que habían intentado ganar dinero y no lo habían conseguido decían: «¡No me extraña! En cuanto dedicas todos tus esfuerzos a enriquecerte sufres esa presión». Los vagos aprovecharon la ocasión de igual manera. ¡Ahí tenéis, decían, lo que se consigue con trabajo, trabajo y más trabajo! No dejabas de trabajar, cruzabas la raya, aparecía la presión, ¡y adiós muy buenas! Esta reflexión cobró una gran relevancia en muchos sectores, pero especialmente entre los empleados jóvenes de las oficinas que jamás habían corrido el riesgo de cruzar la raya. Ahí todos declaraban, unánimemente y con gran devoción, que esperaban no olvidar nunca el aviso y adaptar su modo de vida para no caer en

las garras de la presión, y seguir viviendo muchos años para gran consuelo de sus amigos.

Sin embargo, en la hora de mayor actividad en la Bolsa de Londres, la presión empezó a perder protagonismo y unos espantosos rumores a circular por doquier. Al principio eran débiles y apenas expresaban una duda: que a lo mejor resultaba que la riqueza del señor Merdle no era tan enorme como se suponía, que quizá se tardara un poco en poder hacerla «efectiva», que incluso el maravilloso banco podía verse obligado a pedir una suspensión temporal (de un mes aproximadamente). A medida que las murmuraciones iban cobrando intensidad, como cierta e imparablemente ocurrió a partir de entonces, se iban volviendo también más amenazadoras. Merdle había salido de la nada, no había seguido una evolución o un proceso natural que se pudiera detallar; había sido, al fin y al cabo, un tipo vulgar e ignorante; era un hombre que iba siempre con la cabeza gacha, nadie le había podido mirar jamás a los ojos; su compañía había sido aceptada por toda clase de gente, sin que nunca se supiera muy bien por qué; nunca había tenido dinero propio, sus actividades mercantiles se habían caracterizado por una extrema imprudencia, y sus gastos debían haber sido colosales. A un ritmo incesante, mientras el día acababa, aumentaron el volumen y los argumentos de los chismes. En la casa de baños había dejado una carta dirigida a su médico, el médico la había recibido y la iba a presentar en la investigación judicial del día siguiente, y caería como un rayo sobre la multitud a la que el banquero había engañado. Una gran cantidad de hombres de todas las profesiones y oficios se verían arruinados por la insolvencia de Merdle; ancianos que siempre habían vivido cómodamente no podrían arrepentirse de haber depositado en él tanta confianza en otro sitio que no fuera el asilo; el futuro de infinidad de mujeres y niños quedaría destruido por culpa de ese tremendo granuja. Todos los que habían participado en sus suntuosas fiestas serían tachados de cómplices en el saqueo de un sinfín de hogares; habría sido preferible que los serviles adoradores de la riqueza que habían contribuido a subirlo a su pedestal hubieran idolatrado directamente al diablo. Así las habladurías, confirmación tras confirmación, fueron adquiriendo cada vez mayor fuerza y alcance y, mientras los periódicos vespertinos sacaban una edición tras otra, dieron paso a un clamor al llegar la noche: entonces un observador solitario, en la galería superior de la cúpula de San Pablo, habría podido ver cómo el nombre de Merdle, acompañado de todas las imprecaciones posibles, ocupaba la inmensidad del cielo nocturno.

Porque en ese momento ya se sabía que el malestar del señor Merdle había sido, lisa y llanamente, la estafa y el robo. Él, ese zafio objeto de tanta adulación, ese asiduo de los festines de los prohombres, ese huevo de roc^[51] de las asambleas de grandes damas, ese conquistador de lo exclusivo, ese vencedor del orgullo, ese mecenas de mecenas, ese instigador de cambalaches que conseguía, por mediación de

un ministro, puestos vitalicios en el Negociado de Circunloquios, ese hombre que en diez o quince años, como mucho, había alcanzado mayor reconocimiento en Inglaterra que todos los benefactores públicos que actuaban con discreción, que todos los personajes destacados de las artes y las ciencias, de cuyo valor daban cuenta sus obras, en los doscientos años anteriores... Ese hombre, ese prodigio resplandeciente, esa nueva estrella que iban a seguir los Reyes Magos cargados de regalos, hasta que la estrella se detuvo delante de ciertos despojos humanos del fondo de una bañera y desapareció, no había sido otra cosa que el mayor estafador y el mayor ladrón que jamás había conseguido escapar de la horca.

Capítulo XXVI

Se recoge lo que se siembra

Con el sonido anticipatorio de una respiración acelerada y un andar acelerado, el señor Pancks entró como un vendaval en el despacho de Arthur Clennam. La investigación judicial se había cerrado, la carta se había difundido, el banco había quebrado, las otras modélicas estructuras de paja habían ardido y se habían convertido en humo. El admirado barco pirata había explotado en medio de una enorme flota de navíos de todas las categorías, de embarcaciones de todos los tamaños, y en el mar sólo había ahora restos destrozados, sólo había cascos arrasados, santabárbaras destruidas, grandes cañones que habían disparado sin que nadie lo ordenara, llevándose por delante a amigos y vecinos, sólo había náufragos que se aferraban a palos poco resistentes y que se ahogaban uno tras otro, nadadores agotados, cadáveres flotantes y tiburones.

La diligencia y el orden que habitualmente reinaban en el despacho donde Clennam llevaba las cuentas de la fábrica habían desaparecido. En el escritorio se veían cartas sin abrir y papeles desordenados. En medio de tales muestras de energía vencida y esperanza abandonada, el señor del despacho estaba sin hacer nada en su sitio de siempre, con los brazos cruzados encima de la mesa, mirándose con la cabeza gacha.

El señor Pancks entró impetuosamente, lo vio y se detuvo. En seguida apoyó también los brazos en la mesa y se los miró con la cabeza gacha, y, durante un rato, los dos se quedaron en esa postura, callados, sin hacer nada, en la amplitud del pequeño espacio entre uno y otro.

Fue Pancks el primero que levantó la cabeza y dijo:

—Yo le insistí en que lo hiciera, señor Clennam. Lo sé. Diga lo que quiera. No puede reprocharme nada de lo que yo no me haya acusado ya. No puede decirme nada que no merezca.

—¡Ay, Pancks, Pancks! —respondió Clennam—. No hable de merecer. ¿Y qué merezco yo?

—Mejor suerte —dijo el hombrecillo.

—¡He arruinado a mi socio! —prosiguió Arthur, sin prestarle atención—. ¡Pancks, Pancks, he arruinado a Doyce! A ese viejo amigo, recto, independiente, infatigable, que ha trabajado toda la vida para salir adelante; a ese hombre que ha conocido tantas decepciones, sin perder su temperamento tan bondadoso y optimista; a ese hombre que tanta simpatía me inspira y a quien tan fiel y útil quería ser... ¡lo he arruinado, lo he arrastrado a la vergüenza y la humillación, lo he arruinado!

La angustia que estas ideas causaban en el ánimo de Clennam resultaba tan desgarradora que el señor Pancks se agarró del pelo y empezó a arrancárselo, desesperado ante el espectáculo.

—¡Échemelo en cara! —exclamó—. ¡Échemelo en cara, señor, o de lo contrario yo mismo me haré daño! Dígame: «¡Idiota, granuja!». Dígame: «¡Imbécil, cómo ha podido hacer esto! ¡Animal, en qué estaba usted pensando!». Zarandéeme. ¡Insúlteme!

Todo esto lo dijo gritando, sin dejar de arrancarse el espeso cabello del modo más despiadado y cruel.

—Si no hubiera cedido a esa obsesión fatal, Pancks —respondió Clennam, con un tono más misericordioso que vengativo—, ¡habría sido mucho mejor para usted y mucho mejor para mí!

—¡Atáqueme más, señor! —gimió el hombrecillo, rechinando los dientes de remordimiento—. ¡Atáqueme más!

—Si no hubiera hecho usted esos malditos cálculos y no hubiera llegado a esos resultados con una claridad tan abominable —se lamentó Clennam—, ¡habría sido mucho mejor para usted, y mucho mejor para mí!

—¡Atáqueme más! —gritó Pancks, apartando la mano del pelo—. ¡Siga, siga!

Sin embargo, Arthur había visto que Pancks ya empezaba a calmarse, y él ya había dicho todo lo que quería decir, y más. Se retorció las manos y sólo añadió:

—¡Un ciego se ha dejado llevar por otro ciego, Pancks! ¡Un ciego se ha dejado llevar por otro ciego! Pero Doyce, Doyce, Doyce... ¡a mi socio lo he perjudicado!

Con estas palabras volvió a bajar la cabeza.

Volvió a ser Pancks quien puso fin a las mismas posturas de antes y al mismo silencio de antes.

—Todavía no me he acostado, señor, desde que empezó a circular la noticia. He removido cielo y tierra en busca de un resquicio de esperanza, para salvar algo de la quema. Ha sido inútil. Todo ha desaparecido. Todo se ha esfumado.

—Demasiado bien lo sé —respondió Clennam.

El señor Pancks llenó el silencio con un gemido que le salió de lo más profundo del alma.

—Precisamente ayer —reveló Arthur—, precisamente ayer, había tomado la firme decisión de venderlo todo, de cobrarlo y de acabar con todo.

—Yo no puedo decir lo mismo —se lamentó Pancks—. Aunque me asombra la cantidad de personas que, según me han contado, ¡justo ayer, de los trescientos sesenta y cinco días del año, iban a liquidarlo todo, si no hubiera sido demasiado tarde!

Pancks resoplaba como un motor de vapor, pero lo que normalmente tenía un efecto gracioso, era ahora más trágico que si gimoteara; por otra parte, todo él, de

pies a cabeza, estaba tan mugriento, desastrado y maltrecho que podría haber pasado por un auténtico retrato de la Desgracia, aunque apenas visible por la falta de aseo.

—Señor Clennam, lo había invertido... ¿todo?

A Pancks le costó superar la pausa antes de la última palabra, que también le fue muy difícil pronunciar.

—Todo.

El hombrecillo volvió a llevarse la mano al espeso cabello, y se dio un tirón tan fuerte que arrancó varios mechones en punta. Después de contemplarlos con un gesto de odio salvaje, se los guardó en el bolsillo.

—Debo actuar inmediatamente —dijo Arthur, enjugándose unas lágrimas que le corrían en silencio por las mejillas—. Las míseras reparaciones que puedan estar en mi mano, debo emprenderlas. Tengo que limpiar el nombre de mi desventurado socio. No me puedo quedar con nada. Tengo que transferir a nuestros acreedores la capacidad de gestión que tan mal he empleado, y debo dedicar lo que me queda de vida a enmendar todo cuanto pueda enmendarse de mi falta, o mi delito.

—¿Y le es imposible, señor, capear el temporal por el momento?

—Totalmente imposible. No hay nada que capear, Pancks. Cuanto antes se haga cargo del negocio otra persona, mejor. Esta misma semana hay que atender unos compromisos, y no tardaría en producirse una catástrofe si esperara, si retrasara mi decisión un solo día, sabiendo en secreto lo que sé. Ayer me pasé toda la noche pensando qué hacer, y lo único que me queda es hacerlo.

—Pero no completamente solo, ¿verdad? —preguntó Pancks, con una cara tan mojada que parecía que el vapor se le convertía en agua en cuanto lo exhalaba lastimeramente—. Busque ayuda legal.

—Quizá no sería mala idea.

—Acuda a Rugg.

—No hay gran cosa que hacer. Él me servirá tan bien como cualquier otro.

—¿Voy a buscarlo?

—Si se tomara usted la molestia, se lo agradecería enormemente.

El hombrecillo se puso el sombrero inmediatamente y se marchó a Pentonville entre nubes de vapor. En su ausencia, Arthur no llegó a levantar la cabeza, sino que se quedó mirando la mesa.

Pancks volvió acompañado por Rugg, su amigo y asesor profesional, quien se había percatado con tanta claridad, durante el trayecto, del estado de ánimo irracional en que se hallaba su amigo, que comenzó el asesoramiento profesional pidiéndole que se marchara. Pancks, abatido y sumiso, obedeció.

—Le pasa a usted lo mismo que a mi hija cuando, en su nombre, presenté una demanda contra un tipo llamado Bawkins por incumplimiento de compromiso matrimonial —aseguró el abogado—. El caso le toca muy de cerca, es demasiado

personal y afecta a sus sentimientos. En nuestra profesión no conseguimos nada si nos dejamos llevar por los sentimientos.

Mientras se quitaba los guantes y los metía en el sombrero, le bastó con mirar un par de veces por el rabillo del ojo para comprender que se había producido un gran cambio en su cliente.

—Lamento advertir —prosiguió Rugg— que se ha dejado usted llevar por los sentimientos. No lo haga, se lo ruego. Todos lamentamos mucho esta clase de pérdidas, pero hay que mirarlas de frente.

—Señor Rugg, si el dinero que he tirado fuera mío —afirmó Clennam con un suspiro—, me preocuparía mucho menos.

—No me diga, señor —respondió el letrado mientras se frotaba las manos con semblante alegre—. Me sorprende usted. Qué peculiar. Según mi experiencia, la gente suele mostrarse puntillosa con su propio dinero. He visto a muchas personas que pierden grandes cantidades de dinero de otros y que lo llevan bien, pero que muy bien.

Tras estas reconfortantes observaciones, el señor Rugg se sentó en una silla delante del escritorio y fue al grano:

—Señor Clennam, con su permiso, metámonos en harina. Examinemos el caso. La pregunta es sencilla. Se trata de la pregunta de siempre, la menos complicada, la más sensata: ¿cómo puedo salir lo mejor parado de ésta?

—Eso no es lo que yo me pregunto, señor Rugg —respondió Arthur—. Confunde usted el sujeto de la frase. Habría que decir: «¿Cómo puede mi socio salir lo mejor parado de ésta? ¿Cómo puedo ofrecerle la mejor reparación posible?».

—Señor, si me permite decírselo —intervino el jurista—, me temo que sigue usted dejándose llevar por los sentimientos. No me gusta nada la palabra «reparación» si no es un abogado quien la pronuncia, y como una triquiñuela. Creo que es mi obligación darle un consejo: trate por todos los medios de no dejarse llevar por los sentimientos.

—Señor Rugg —respondió Arthur, armándose de valor para alcanzar la meta que se había fijado, y sorprendiendo al otro caballero al demostrar, pese a su desánimo, que había tomado una decisión firme—, sus palabras me dan la impresión de que no está usted muy dispuesto a tomar el rumbo que he decidido seguir. Si sus reticencias le impiden adoptar las medidas necesarias en este asunto, lo lamento, pero tendré que recurrir a otra persona. Y le advierto desde ahora que intentar disuadirme es una batalla perdida.

—Muy bien —dijo el abogado con un gesto de indiferencia—. Muy bien. Dado que alguien tendrá que ocuparse del caso, me encargaré yo. Ése fue el principio al que me ceñí en el caso de Rugg contra Bawkins. Ése suele ser el principio al que me ciño.

Entonces Arthur le contó cuál era la decisión que había tomado. Le dijo que su socio era un hombre de gran sencillez e integridad; que, en todo lo que se había propuesto, lo guiaba su fe en el carácter de su socio y el respeto por los sentimientos de éste. Le explicó que en esos momentos Doyce se hallaba ausente por un importante trabajo, y que le correspondía a él cargar públicamente con la culpa de sus imprudentes actos, y públicamente exonerar a su socio de toda responsabilidad para que el éxito de ese trabajo no se viera amenazado en otro país por la mínima sospecha sobre su honor y crédito. Le dijo que no tenía otro modo de expiación posible que librar a Doyce de toda responsabilidad moral, y declarar públicamente y sin reservas que él, Arthur Clennam, de la empresa del mismo nombre y sin la intervención de otra persona, incluso actuando de forma contraria a las advertencias expresas de su compañero, había invertido los bienes de la empresa en las estafas que acababan de descubrirse; y que, como expiación, a Doyce le serviría mucho más que a la mayoría; y que por tanto era lo primero que tenía que hacer. Teniendo eso en cuenta, había decidido publicar una declaración, que ya había redactado, en la que se afirmase todo lo anterior; amén de enviársela a todos aquellos con quienes la empresa tenía tratos, también quería que saliese en los periódicos. Además de esta medida (cuya descripción llevó al señor Rugg a poner mala cara y a retorcerse las manos en múltiples ocasiones), iba también a mandar una carta a todos sus acreedores para desvincular formalmente a su socio y anunciar que la empresa cerraba hasta que ellos aclararan lo que pensaban hacer y hasta que él pudiera comunicarse con su socio, para someterse humildemente a lo que decidieran. Si los acreedores, considerando la inocencia de su socio, vieran posible volver a una situación en la que fuera posible reconstruir el negocio de forma provechosa y superar la catástrofe actual, Arthur cedería su parte a Doyce, como única compensación económica que le podía ofrecer por la angustia y las pérdidas que lamentablemente le había ocasionado, y él, con un pequeño salario que le diera para vivir, pediría permiso para seguir prestando sus servicios como fiel empleado.

Aunque el señor Rugg vio con toda claridad que no había manera de impedir que se consumasen tales medidas, su mal gesto y su retorcimiento de manos exigían tan rotundamente una protesta que acabó por expresarla:

—No pongo ninguna objeción, señor. No voy a discutirle ningún punto. Haré lo que me ha pedido, pero manifiesto mi disconformidad.

A continuación, el abogado refirió, con todo lujo de detalles, los motivos fundamentales de su disconformidad, a saber: como toda la ciudad, o incluso toda la nación, estaban en plena oleada de indignación a raíz del reciente descubrimiento, y las acusaciones contra las víctimas serían implacables, los que no habían sido engañados indudablemente montarían en cólera contra las víctimas por no haber sido tan listas como ellos, y los que sí habían sido engañados indudablemente encontrarían

excusas y motivos para lo que habían hecho, excusas que indudablemente no encontrarían para los otros afectados, por no hablar de la elevada probabilidad de que cada afectado llegara por su parte, dominado por el rencor, a la conclusión de que, si no hubiera sido por el ejemplo de los otros afectados, no se habría visto sometido a semejantes sufrimientos. Y una declaración como la de Clennam, hecha pública en ese momento, le granjearía con toda seguridad un vendaval de hostilidad que haría imposible prever la comprensión o siquiera la unanimidad de los acreedores; asimismo, se convertiría en el único blanco de un furioso fuego cruzado, que podía alcanzarlo simultáneamente desde varios puntos.

Clennam se limitó a responder que, aunque reconocía la validez de los argumentos, no había nada en ellos que disminuyera el carácter imperioso, o que pudiera disminuir el carácter imperioso, de la voluntaria y pública exoneración de su socio. Por tanto, y de una vez por todas, le pedía al señor Rugg que se pusiera inmediatamente manos a la obra. Entonces el abogado obedeció, y Arthur, que se había quedado sin más bienes que su ropa, sus libros y algunas monedas, sumó los papeles de su modesta cuenta de banco a los documentos de la empresa.

La declaración se hizo pública, y se desató una tormenta espantosa. Miles de personas buscaban por doquier a una persona viva a quien acusar, y este caso destacado, que recibió mucha publicidad, puso en el patíbulo a esa persona tan perseguida. Si los que nada tenían que ver con el caso se sentían tan afectados por tales atrocidades, no cabía esperar que los que sí habían perdido dinero se comportaran con mesura. Llegó un aluvión de cartas de los acreedores, llenas de reproches e invectivas, y el señor Rugg, que se sentaba todos los días en la silla del despacho y las leía todas, al cabo de una semana anunció a su cliente que temía que ya se hubiera dictado orden de prisión contra él.

—Debo cargar con las consecuencias de lo que he hecho —respondió Clennam—. Aquí estaré cuando lleguen.

A la mañana siguiente, cuando entraba en la Plaza del Corazón Sangrante por la esquina de la señora Plornish, vio que ésta lo esperaba en la puerta, y que le pedía con mucho misterio que entrase en aquel hogar feliz. En él se encontró con el señor Rugg.

—He creído conveniente esperarlo aquí. Yo no iría al despacho esta mañana si fuera usted, señor.

—¿Por qué no?

—Que yo sepa, han venido al menos cinco.

—Cuanto antes acabemos con esto, mejor —dijo Arthur—. Me entregaré ahora mismo.

—Sí, pero sea razonable, sea razonable —rogó el abogado, interponiéndose entre Clennam y la puerta—. No tardarán en prenderlo, señor, no me cabe duda, pero sea razonable. En estos casos casi siempre aparece algún detalle insignificante que acaba

volviéndose muy visible y cobrando mucha importancia. Creo que hay una orden de prisión dictada por un tribunal que sólo lleva deudas menores, y seguramente podrían detenerlo por ella. Pero yo no dejaría que me metieran en la cárcel así.

—¿Por qué no? —preguntó Arthur.

—Yo ingresaría en prisión por una deuda más sustanciosa —respondió el señor Rugg—. Para guardar las apariencias. Como asesor legal, prefiero que sea usted detenido por una orden de uno de los tribunales superiores, si no le importa hacerme ese favor. Eso no daría tan mala impresión.

—Señor Rugg —dijo Arthur, abatido—, lo único que quiero es que termine todo esto. Voy a seguir mi camino, y que pase lo que tenga que pasar.

—¡Otro motivo para ser razonable, señor! —exclamó Rugg—. Le hablo del sentido común. Puede que lo que acabo de decir fuera una cuestión de gustos, pero esto es sentido común. Si lo encarcelaran por esa suma menor, lo mandarían a Marshalsea. Ya sabe usted cómo es esa prisión. Insalubre. Con muy poco espacio. Pero si lo mandaran a la cárcel de King's Bench...

El señor Rugg hizo un amplio ademán con la mano para indicar que allí el espacio sobraba.

—Prefiero que me metan en Marshalsea —declaró Arthur— antes que en ninguna otra cárcel.

—¿De veras, señor? —respondió el letrado—. En tal caso, esto también es una cuestión de gustos. Emprendamos la marcha.

Al principio el abogado se sintió un poco ofendido, pero lo olvidó en seguida. Atravesaron la Plaza y llegaron al otro extremo. A los residentes les interesaba más ese Arthur caído en desgracia que el de antes: ahora lo consideraban un hombre que les era fiel, que había renunciado a la libertad. Muchos salieron a verlo y a comentar entre ellos, en tono muy pomposo, que estaba «hecho una pena». La señora Plornish y su padre se quedaron en su esquina, en lo alto de las escaleras, muy apenados y con un gesto de incredulidad.

A simple vista, no había nadie esperando cuando Arthur y Rugg llegaron al despacho. Pero un anciano judío, conservado en ron, los había seguido de cerca, y los miró por detrás del cristal antes de que el abogado empezara a abrir las primeras cartas.

—¡Oh! —exclamó Rugg—. ¿Cómo está usted? Pase. Señor Clennam, creo que éste es el caballero del que le hablaba.

El caballero explicó que su visita se debía a «un asunto insignificante», y enseñó la orden judicial.

—¿Quiere que lo acompañe, Clennam? —preguntó el letrado muy educadamente mientras se frotaba las manos.

—Prefiero ir solo, gracias. Tenga la bondad de mandarme la ropa.

Rugg se lo prometió de una forma muy aérea y le estrechó la mano. Arthur y su acompañante bajaron las escaleras, accedieron al primer vehículo que encontraron y se dirigieron a la vieja puerta.

«Que el Señor se apiade de mí, pero ¡jamás habría pensado que entraría aquí de este modo!», se dijo Clennam.

El señor Chivery estaba en la puerta, y el joven John en la portería; o bien acababan de terminar el turno, o esperaban a que empezase. Los dos se quedaron más perplejos al ver quién era el nuevo recluso de lo que habría cabido esperar en unos carceleros. El padre le estrechó la mano con cierto azoramiento y le dijo:

—Creo que nunca me había alegrado menos de verlo, señor.

Chivery hijo, más distante, no le tendió la mano: lo estaba observando en un estado de indecisión tan patente que hasta Clennam reparó en ello, pese a lo cansados que tenía los ojos y el corazón. El joven desapareció rápidamente en el interior de la cárcel.

Como Arthur conocía lo bastante bien la cárcel para saber que debía quedarse un rato en la portería, se sentó en una esquina y fingió revisar unas cartas que llevaba en el bolsillo. No se concentró tanto en su lectura como para dejar de advertir, agradecido, que Chivery padre impedía que otros reos entraran en la portería, que a algunos les hacía una seña con la llave para que no se acercasen y a otros les daba un empujón con el codo para que saliesen: que intentaba aliviar su dolor en todo cuanto estaba en su mano.

Arthur seguía sentado con la vista clavada en el suelo, recordando el pasado y lamentándose por el presente, sin examinar muy profundamente ni uno ni otro, cuando notó que lo tocaban en el hombro. Era John hijo, quien le anunció:

—Ya puede venir.

Se levantó y lo siguió. Después de franquear la puerta de hierro que daba acceso al interior y subir un par de escalones, el joven se dio la vuelta y le dijo:

—Le hará falta una habitación. Le he conseguido una.

—Se lo agradezco de todo corazón.

John hijo se dio la vuelta otra vez, lo condujo a la puerta de siempre, subieron las escaleras de siempre y llegaron a la habitación de siempre. Arthur le tendió la mano. El joven la miró, lo miró a él —con semblante severo—, se enderezó, tosió y declaró:

—No, creo que no puedo. No, me resulta imposible. Pero he pensado que le gustaría este cuarto, y aquí lo tiene.

El asombro que le causó a Clennam esta actitud contradictoria desapareció cuando el joven se marchó (cosa que hizo en seguida), pues entonces surgieron los sentimientos que la habitación vacía despertaba en el corazón herido de Arthur, el sinfín de asociaciones que le recordaban a ese ser bueno y amable que la había santificado. Que ella no estuviera allí en ese momento en que su suerte había

cambiado envolvía aquel espacio, y también a él, de tanta desolación y tanta necesidad de un rostro amoroso y sincero, que se puso cara a la pared, se echó a llorar y gimió, dando rienda suelta a su pena:

—¡Ay, mi pequeña Dorrit!

Era un día de sol, y en Marshalsea, donde caía el calor del mediodía, reinaba una calma inusitada. Arthur Clennam se desplomó en una silla solitaria, tan desvencijada como cualquier deudor de la cárcel, y se sumió en sus pensamientos.

En la paz artificial en la que vivía tras sufrir la temida detención e ingresar en prisión —el primer cambio de actitud que la cárcel solía producir, un peligroso remanso de tranquilidad desde el que muchas personas habían caído al abismo de la degradación y la vergüenza en sus miles de formas—, pudo repasar varios episodios de su vida, casi como si hubiera entrado en otro estado de la existencia y le fueran ajenos. Teniendo en cuenta dónde se encontraba, por qué había empezado a frecuentar aquel lugar cuando podía salir y entrar a voluntad, y aquella cariñosa presencia, tan inseparable de los muros y los barrotes que lo rodeaban como de los recuerdos impalpables de su vida reciente, recuerdos que ningún muro ni ningún barrote podía confinar, no era de extrañar que todo cuanto le viniera a la memoria le llevara a pensar de nuevo en la pequeña Dorrit. Pero a Arthur sí le extrañaba; no por el fenómeno en sí, sino porque ese recuerdo le hacía darse cuenta de hasta qué punto esa muchacha tan querida le había ayudado a tomar sus mejores decisiones.

Ninguno de nosotros sabe con quién o con qué hemos podido contraer una deuda de esa índole hasta que una parada importante en la noria de la vida nos ayuda a verlo con claridad. Sucede con la enfermedad, con las penas, con la muerte de una persona querida; es uno de los beneficios más frecuentes de la adversidad. Le pasó a Clennam cuando se abatió sobre él la desgracia, le inspiró reflexiones profundas y tiernas. «Cuando tomé las riendas de mi vida —pensaba— y fijé mis ojos cansados en algo semejante a un objetivo, ¿a quién tenía delante de mí, esforzándose en alcanzar una meta encomiable, sin que nadie la animase ni le prestase atención, enfrentándose a obstáculos indignos que habrían hecho desistir a un ejército de héroes y heroínas reconocidos? ¡A una débil muchacha! Cuando intenté conquistar a la mujer que no me amaba y ser generoso con el hombre que era más afortunado que yo, aunque él no se llegara a enterar ni me lo agradeciera con una palabra amable, ¿quién demostró paciencia, discreción, humildad, un carácter compasivo, el más generoso de los afectos? ¡Esa muchacha pura! Si yo, un hombre, con las ventajas y los medios y las fuerzas de un hombre, hubiera desoído ese susurro interior que me decía que, si mi padre había cometido una falta, mi primer deber consistía en limpiarla y repararla, ¿qué joven de pies delicados que pisan casi desnudos el suelo húmedo, de manos desprotegidas que no dejan de trabajar, de frágil constitución apenas protegida contra

el mal tiempo, me habría obligado a avergonzarme de mí mismo? La pequeña Dorrit». Y siempre pensaba aquellas cosas estando solo en aquella silla desvencijada. Siempre en la pequeña Dorrit. Hasta llegó a creer que había sido castigado por haberse alejado de ella, por haber permitido que algo se interpusiera entre él y el recuerdo de sus virtudes.

Se abrió la puerta y por ella asomó la punta de la cabeza de Chivery padre, sin mirar a Arthur.

—Ya he acabado el turno, señor Clennam, y voy a salir. ¿Necesita algo?

—Nada, muchísimas gracias.

—Perdóneme por haber abierto —se excusó—, pero no me oía usted.

—¿Ha llamado?

—Media docena de veces.

Arthur salió de su ensimismamiento y vio que la cárcel había despertado del sopor del mediodía, que los internos deambulaban por el patio umbrío y que mediaba la tarde. Llevaba horas cavilando.

—Han llegado sus cosas —anunció Chivery—, y se las va a subir mi hijo. Se las habría mandado ya, pero él ha insistido en traérselas personalmente, así que no he podido mandarlas a nadie. Señor Clennam, ¿puedo hablar un momentito con usted?

—Pase, por favor —respondió Arthur, porque Chivery seguía aún con la mayor parte de la cabeza en el pasillo y sólo se comunicaba con él con un oído, y no con los dos ojos. El señor Chivery mostraba una delicadeza innata, verdadero tacto, aunque su aspecto era el de todo un carcelero, en absoluto el de un caballero.

—Gracias —dijo—, pero no voy a entrar. Señor Clennam, sea benevolente con mi hijo (si es usted tan amable), en caso de que aprecie en él una actitud extraña. John tiene corazón, y bien puesto en el pecho que lo tiene. Su madre y yo sabemos dónde le late, y nos parece que está donde tiene que estar.

Con estas misteriosas palabras, el carcelero apartó la oreja y cerró la puerta. Al cabo de unos diez minutos apareció el hijo.

—Aquí le traigo el baúl —anunció mientras lo dejaba con cuidado en el suelo.

—Es usted muy amable. Lamento profundamente que haya tenido que tomarse la molestia.

Pero el joven ya se había marchado, aunque regresó en seguida y repitió: «Aquí tiene la caja negra», que también dejó en el suelo cuidadosamente.

—No sabe cuánto le agradezco el favor. Espero que ahora nos demos la mano, John.

El muchacho, sin embargo, retrocedió mientras retorció la muñeca derecha dentro de un anillo formado por los dedos pulgar y corazón de la mano izquierda, y repitió:

—No, creo que no puedo. ¡No, me resulta imposible!

Chivery hijo se quedó mirando al prisionero con dureza, aunque los ojos

empezaban a empañarse por algo que se parecía a la compasión.

—¿Por qué, por un lado, está usted enfadado conmigo —preguntó Clennam—, y, por otro, dispuesto a hacerme estos favores? Tiene que haber un malentendido. Si he hecho algo para causarlo, le pido disculpas.

—¡No hay ningún malentendido, señor —replicó John, girando la muñeca dentro del anillo, que le venía bastante estrecho—, ninguna confusión en los sentimientos que me inspira usted en este momento! Si pesara lo mismo que usted, señor Clennam, que no lo peso, y si usted no estuviera confundido, porque lo está, y si eso no contraviniera todas las normas de Marshalsea, que las contraviene... esos sentimientos me darían ganas, más que cualquier otra cosa, de proponerle que riñéramos aquí mismo.

Arthur lo miró un instante con cierta perplejidad y un atisbo de rencor.

—¡Vaya, vaya! —exclamó—. ¡Un malentendido!

Entonces se dio la vuelta y se sentó otra vez en la silla desvencijada con un profundo suspiro.

John hijo lo siguió con la mirada y, tras un breve silencio, exclamó:

—¡Discúlpeme!

—Disculpado —dijo Clennam con un ademán, sin levantar la cabeza—. No añada nada. No lo merezco.

—Señor, estos muebles son míos —explicó el joven en un tono suave y comedido—. Acostumbro a cedérselos a quienes ocupan este cuarto y no tienen. No son gran cosa, pero los tiene a su servicio. Gratis, me refiero. No se me ocurriría dejárselos en otras condiciones. Puede utilizarlos sin darme nada a cambio.

Arthur volvió a levantar la cabeza para agradecerse y asegurarse que no podía aceptar el favor. John seguía retorciéndose la muñeca y debatiéndose interiormente en sus contradicciones.

—¿Qué es lo que tiene contra mí? —inquirió Arthur.

—Me niego a decirlo, señor —respondió John, de repente en un tono fuerte y cortante—. No tengo nada.

Clennam volvió a mirarlo, intentando en vano comprender su reacción. Al cabo de un rato volvió a apartar la vista. El muchacho declaró entonces con suma delicadeza:

—Esa mesita redonda que tiene a la altura del codo, era... ya sabe de quién, no hace falta que lo diga... de ese gran caballero que ha muerto. Se la compré a un individuo a quien él se la regaló y que vivió aquí después de él. Pero ese individuo no estaba a su altura en absoluto. Muy poca gente podría estar a su nivel.

Arthur se acercó la mesita, apoyó en ella el brazo y ahí lo dejó.

—Seguramente no sepa usted —añadió el joven— que tuve la desfachatez de ir a ver al caballero cuando vino a Londres. Porque creo que le pareció que mi visita era

una desfachatez, aunque fue muy amable, me pidió que me sentara y me preguntó cómo se encontraban mi padre y todos sus viejos amigos. Incluso preguntó por los conocidos de menor categoría. Lo vi muy cambiado, y así lo conté al volver. Quise saber si la señorita Amy estaba bien...

—¿Y lo estaba? —interrumpió Arthur.

—Me extraña que no lo sepa usted y que me lo tenga que preguntar —replicó John, con un gesto como si acabara de tragarse una gran píldora invisible—. Aunque me haga esa pregunta, lamento no poder responderla. El caballero pensó que mi interés era indicio de frescura, y me dijo que a mí qué me importaba. Fue entonces cuando me di cuenta de que mi presencia le parecía una desfachatez, falta que seguramente ya había cometido de forma involuntaria en ocasiones anteriores. Sin embargo, después me habló con elegancia, con mucha elegancia.

Se quedaron callados varios minutos, aunque John confirmó, más o menos mediado ese silencio:

—Habló y se comportó con mucha elegancia.

Fue de nuevo el muchacho quien tomó la palabra para preguntar:

—Si no le parece una desfachatez, señor, ¿podría preguntarle cuánto tiempo piensa estar sin comer ni beber?

—Todavía no me ha apetecido nada —respondió Clennam—. Ahora mismo no tengo apetito.

—Precisamente por eso debería coger fuerzas, señor —insistió John—. Si al cabo de muchas horas sigue sin tomar ningún refrigerio porque no tiene hambre, pues tendrá que tomarlo sin hambre. Voy a preparar el té en mis dependencias. Si no le parece una desfachatez, tenga la bondad de acompañarme. O le puedo traer una bandeja dentro de dos minutos.

Como tenía la sensación de que el joven se tomaría igualmente la molestia si se negaba, y también quería demostrar claramente que no había olvidado ni el ruego de Chivery padre ni las disculpas de Chivery hijo, Arthur se levantó y accedió a tomar una taza de té en las dependencias del hijo. Éste le cerró la puerta cuando salieron, se metió la llave en el bolsillo con gran destreza y lo guió a su lugar de residencia.

Esta residencia se encontraba en el edificio más próximo a la puerta de entrada. Era la sala en la que Clennam había entrado a toda prisa el día en que la familia repentinamente acaudalada se había marchado de la cárcel para siempre, en la que él había recogido a Amy del suelo, desmayada. Adivinó adónde iban en cuanto pusieron los pies en las escaleras. La habitación había cambiado mucho porque habían empapelado las paredes, la habían vuelto a pintar y los muebles eran más cómodos, pero él la recordó tal como la había visto con una sola ojeada cuando había recogido del suelo a la pequeña Dorrit y la había llevado al carruaje.

El joven lo miró intensamente, mordiéndose los dedos.

—Veo que se acuerda usted de este sitio, ¿verdad, señor Clennam?

—Desde luego. ¡Que Dios la bendiga!

Olvidándose del té, el joven siguió mordiéndose los dedos y mirando a su huésped, el cual seguía contemplando la habitación. Finalmente el chico se acercó a la tetera de un salto, echó en su interior con gran ímpetu un poco de té que sacó de una lata y se dirigió a la cocina común para llenarla de agua caliente.

La habitación evocaba tantas cosas en Arthur en las circunstancias tan distintas de su regreso a la lóbrega Marshalsea, le recordaba con tanta añoranza a Amy y la forma en que la había perdido, que le habría costado mucho resistirse a sus sentimientos aunque no hubiera estado solo. Solo, ni lo intentó. Apoyó la mano en la pared insensible con la misma ternura que si la hubiera estado tocando a ella y pronunció su nombre en voz baja. Delante de la ventana, mirando el muro de la cárcel con los macabros pinchos, pronunció una bendición destinada a cruzar la calima estival y llegar al país lejano en el que ella era rica y próspera.

John tardó un rato en volver y, cuando lo hizo, fue evidente que había salido a la calle porque llevaba mantequilla fresca dentro de una hoja de repollo, unas lonchas finas de jamón hervido en otra hoja de repollo y una cestita de berros y otras hortalizas para ensalada. Cuando quedó satisfecho con el modo en que estaba puesta la mesa se sentaron a tomar el té.

Clennam intentó probar la comida, pero no pudo. El jamón le daba náuseas, tenía la impresión de que el pan se le hacía arena en la boca. Lo único que pudo obligarse a tragar fue un té.

—Pruebe las hortalizas —le propuso el joven, tendiéndole el cesto.

Arthur cogió un par de manojos de berros y lo volvió a intentar, pero el pan le pareció que era arena todavía más gruesa que la anterior, y le dio la impresión de que el jamón (aunque no era de mala calidad) desataba un débil simún porcino por toda Marshalsea.

—Coma más hortalizas, señor —insistió John, y le volvió a acercar el cesto.

Se habría dicho que el muchacho estaba metiendo una hoja de lechuga en la jaula de un pájaro alicaído; pero era tan ostensible que el chico había comprado la cestita para dar un contraste de frescor al pavimento seco y caliente y a los ladrillos de la cárcel, que Clennam dijo, con una sonrisa:

—Ha sido usted muy amable de meter las hortalizas entre rejas, pero hoy no puedo tragarme ni esto.

Como si la dificultad fuera contagiosa, el carcelero no tardó en apartar también su plato, y empezó a doblar la hoja de repollo que había envuelto el jamón. Después de plegarla en tantas capas, una encima de otra, que le cabía en la palma de la mano, empezó a aplastarla a conciencia y a observar detenidamente a Clennam.

—Es posible —declaró al fin, haciendo bastante fuerza sobre el bulto verde—

que, aunque usted considere que no le merece la pena cuidarse por su propio bien, sí merezca la pena que lo haga por otra persona.

—Pues no sé por quién lo voy a hacer —respondió Arthur con un suspiro y una sonrisa.

—Señor Clennam —añadió John amablemente—, me sorprende que un caballero tan franco como usted sea capaz de cometer la bajeza de obligarme a responder. Me sorprende, señor Clennam, que un caballero que tan buenos sentimientos alberga en su corazón sea tan insensible para no tener en cuenta los míos. Me sorprende, señor. ¡No sabe cuánto me sorprende!

Tras ponerse en pie para subrayar estas últimas palabras, el joven se volvió a sentar y empezó a hacer rodar el bulto verde por su pierna derecha sin apartar la vista de Arthur y escudriñándolo con una inagotable mirada de indignación y reproche.

—Lo había superado, señor —confesó John—. Me había sobrepuesto porque sabía que debía sobreponerme, y había decidido no pensar más. Seguramente no habría vuelto a enfrentarme a todo esto si usted no hubiera ingresado en esta cárcel, hoy mismo, ¡en mala hora, desventurada para mí! —Presa de la agitación, el muchacho había adoptado la elocuencia de su madre—. Cuando lo he visto hoy, señor, en la portería, cuando casi parecía que traían un upas^[52] y no a un acusado particular, un tumulto de sentimientos contradictorios se ha desatado en mi interior, hasta tal punto de que, en los primeros minutos, lo ha barrido todo y me he visto arrastrado por un remolino. He luchado, y he salido de él. Aunque hubiera sido lo último que hubiera hecho en esta vida, he combatido con todas mis fuerzas el remolino y he conseguido vencerlo. Me he dicho que, si había sido grosero, debía disculparme, y, sin sentirme humillado, he pedido perdón. Y ahora, cuando he querido mostrarle que hay alguien cuya idea me parece algo sagrado, más importante que cualquier otra cosa... usted me esquivo cuando aludo con mucho tacto a la cuestión y me obliga a quedar en ridículo. No, señor —remató el muchacho—, ¡no cometa la vileza de negar que me esquivo y que me ha obligado a quedar en ridículo!

Totalmente perplejo, Arthur lo miró de hito en hito, como si estuviera perdido, y sólo acertó a responder:

—¿Qué ha pasado? ¿A qué se refiere, John?

Pero éste, que se encontraba en ese estado de ánimo en que, a determinadas personas, nada resulta más difícil que responder, prosiguió ciegamente:

—No tenía —declaró—, no tenía ni jamás había tenido la osadía de pensar, de ningún modo, que quedaba la menor posibilidad. No la tenía, no, para qué voy a decir lo contrario, ninguna posibilidad de gozar de esa inmensa suerte, no después de las palabras que se habían dicho, ¡incluso si no se hubieran levantado esos muros infranqueables! Pero ¿acaso me impide eso tener memoria, me impide pensar, me impide encariñarme con lugares sagrados, me lo impide todo?

—¿De qué está hablando? —repitió Arthur.

—A usted le da igual pisotearme —continuó John, que se había zambullido en todo un caudal de destemplanza—; cuando una persona decide pisotear a otra, lo hace. Pero la situación seguirá siendo la misma. Si la situación no existiera, no habría nada que pisotear. Aunque eso sigue sin ser propio de un caballero ni de una persona con honor ni justifica cubrir de ridículo a quien ha luchado y conseguido salir sin ayuda de nadie, como una mariposa. Puede que el mundo mire con desdén a un carcelero, pero un carcelero sigue siendo un hombre, cuando no es una mujer, cosa que es de esperar si se encuentra entre delincuentes del sexo femenino.

Por risible que fuera la incoherencia de sus palabras, el temperamento simple y sentimental de John hijo expresaba con sinceridad la idea de que había recibido una afrenta en un ámbito muy delicado, algo que se veía en su rostro encendido y en su voz y movimientos trémulos, tanto que Arthur tendría que haber sido muy cruel para no advertirlo. Trató de recordar el origen de la afrenta desconocida; mientras tanto el muchacho, tras haber fabricado una bola perfecta con el bulto verde, la cortó en tres partes y la dejó en la mesa como si fuera un manjar muy especial.

—Me parece que es posible —aventuró Arthur después de remontarse al principio de la conversación, desde el momento presente hasta la aparición de los berros, y viceversa— que se haya querido referir usted a la pequeña Dorrit.

—Es posible, señor —respondió Chivery.

—No lo entiendo. Espero no tener la mala suerte de hacerle creer que quiero ofenderlo de nuevo, porque no ha sido mi intención jamás, si le digo que no lo entiendo.

—Señor —repuso el joven—, ¿es usted tan malvado para negar que sabe, que ha sabido desde hace mucho tiempo, cuáles eran los sentimientos que me inspiraba la señorita Dorrit, que no tengo el atrevimiento de confundir con el amor, unos sentimientos de adoración y sacrificio?

—John, que yo sepa no he obrado con maldad, y se me escapan los motivos por los que usted me ha atribuido tales intenciones. ¿Le ha hablado la señora Chivery, su madre, de una ocasión en que vine a ver a la pequeña Dorrit?

—No, señor —respondió John bruscamente—. Nunca me lo ha comentado.

—Pues eso hice. ¿Imagina la razón?

—No, señor —respondió John con la misma brusquedad—. No imagino la razón.

—Se la voy a contar. Quería hacer todo lo que estuviese en mi mano para contribuir a la felicidad de la señorita Dorrit, y, si hubiera creído que ella le correspondía en esos sentimientos...

El pobre John Chivery se sonrojó hasta la punta de las orejas.

—La señorita Dorrit nunca me ha correspondido, señor. Quiero ser sincero y comportarme con honor hasta donde mi humildad me permita, y me parecería

deleznable fingir que ella me ha correspondido en algún momento, o que me haya inducido a pensarlo; no, ni siquiera puedo pretender, mirándolo fríamente, que pudiera llegar a hacerlo. La señorita siempre ha estado muy por encima de mí en todos los aspectos. Como también lo ha estado —concluyó— su distinguida familia.

La caballerosidad de sus sentimientos por Amy le daban tal dignidad, pese a su baja estatura, lo fino de sus piernas, lo finísimo de su cabello y su temperamento poético, que un Goliat en su lugar no habría merecido más consideración por parte de Arthur.

—John —le dijo con admiración y cordialidad—, habla usted como un hombre.

—En tal caso, señor —respondió el muchacho, pasándose la mano por la frente—, es una pena que usted no haga lo mismo.

Esta réplica inesperada fue tajante, y Arthur volvió a contemplar al joven con un gesto de asombro.

—Bueno —continuó, mientras le alargaba la mano por encima de la bandeja del té—, ¡si mi respuesta ha sido demasiado brusca, la retiro! Pero ¿por qué no, por qué no? Señor Clennam, cuando le pido que intente no hacer sufrir a otra persona, ¿por qué no se sincera con un carcelero? ¿Por qué le he dado la habitación que sabía que más le gustaba? ¿Por qué he subido sus cosas? No es que me hayan pesado mucho, no lo digo por eso, en absoluto. ¿Por qué me he portado así con usted, desde esta mañana? ¿Por lo mucho que vale usted? No. Y seguro que lo vale, no lo dudo, pero no ha sido por eso. En mis actos ha desempeñado un papel importante lo mucho que vale otra persona, un papel mucho más importante para mí. ¿Por qué no me habla con sinceridad?

—Francamente, John —respondió Arthur—, es usted un tipo tan espléndido, y respeto tanto su forma de ser, que, si ha creído que yo no entendía, porque sí lo entiendo, que los favores que me ha prestado hoy se deben a que la señorita Dorrit ha depositado en mí su confianza y su amistad... confieso mi falta y le pido perdón.

—¡Oh! ¿Por qué no me habla con sinceridad? —repitió John con renovado desdén.

—Le aseguro que no lo entiendo —afirmó Clennam—. Míreme. Tenga en cuenta los apuros que estoy pasando. ¿Tengo aspecto de querer aumentar la cantidad de cosas que tengo que reprocharme, mostrándome desagradecido o taimado con usted? De veras, no lo entiendo.

—Señor Clennam, ¿pretende decirme que no lo sabe?

—¿El qué, John?

—¡Cielo santo! —exclamó el carcelero, que había dirigido estas palabras entrecortadas a los pinchos del muro—. ¡Me pregunta el qué!

Arthur miró los pinchos y miró a John; volvió a mirar los pinchos y volvió a mirar a John.

—¡Me pregunta el qué! —insistió Chivery mientras estudiaba el estado de perplejidad y dolor del preso—. ¡No sólo eso! ¡Parece que lo dice en serio! ¿Ve esta ventana, señor?

—Claro que veo la ventana.

—¿Ve esta celda?

—Pues claro que la veo.

—¿La pared de enfrente y el patio de abajo? Todos han sido testigos de ello, día tras día, noche tras noche, semana tras semana, mes tras mes. ¡Cuántas veces habré visto aquí a la señorita Dorrit sin que ella advirtiese mi presencia!

—¿Testigos de qué? —preguntó Arthur.

—Del amor de la señorita Dorrit.

—¿A quién ama la señorita Dorrit?

—¡A usted! —respondió John.

Y le tocó el pecho con el dorso de la mano, y volvió a su butaca, y se sentó en ella con el rostro pálido, agarrándose a los brazos del mueble y contemplando a Arthur con incredulidad.

Si le hubiera asestado un fuerte golpe, en vez de rozarlo, no habría logrado que se tambaleara más. El preso se quedó anonadado, con la vista clavada en John, la boca abierta; a veces parecía que formaba con los labios la palabra «¡Yo!» sin llegar a pronunciarla; dejó caer los brazos a los costados; todo él evocaba a un hombre a quien acaban de despertar, estupefacto ante una noticia que no alcanza a comprender.

—Sí —gruñó John—. ¡Usted!

Arthur hizo todo lo posible por esbozar una sonrisa y dijo:

—Imaginaciones tuyas. Se equivoca de medio a medio.

—¡Que me equivoco! ¡Que me equivoco yo en ese asunto! No, señor Clennam, no me venga con ésas. Eso dígaselo a otro si quiere; no pretendo tener unas dotes de observación muy desarrolladas, conozco perfectamente mis deficiencias. Pero... ¡que yo me equivoco en una cuestión que me ha causado más dolor en el corazón que el que me habría causado toda una descarga de flechas de pueblos salvajes! ¡Que yo me equivoco en un asunto que casi me ha mandado a la tumba, cosa que a veces lamento que no haya hecho, con tal de que la tumba pudiera ser compatible con el estanco y no afligiera a mis padres! ¡Que yo me equivoco en una cuestión por la que todavía hoy saco el pañuelo como una mujeruca, como dicen por ahí, aunque no creo que eso deba constituir una ofensa, porque cualquier hombre bien formado ama a las damas, ya sean mujerucas o mujeronas! ¡No me venga con ésas, no me venga con ésas!

Todavía muy respetable en el fondo, aunque bastante ridículo en la forma, John hijo se sacó el pañuelo del bolsillo con una genuina falta de alharacas o disimulo, cosa que sólo se ve en hombres muy bondadosos cuando se sacan el pañuelo para enjugarse las lágrimas. Después de secárselas y permitirse el inocuo lujo de soltar un

sollozo y un resoplido, volvió a meterlo en su sitio.

Aquel roce seguía ejerciendo unos efectos tan parecidos a los de un golpe que Arthur no podía articular muchas palabras y zanjar la cuestión. Le aseguró a John Chivery, cuando éste se hubo guardado el pañuelo, que reconocía y admiraba el interés sin tacha y la fidelidad que profesaba por el recuerdo de la señorita Dorrit. Sobre las impresiones que acababa de comunicarle —en ese momento John lo interrumpió y protestó: «¡Nada de impresiones! ¡Certezas!»—, dijo que podrían hablar en otro momento, pero que ahora no iba a añadir nada. Como se sentía triste y cansado, quería volver a su celda, con el permiso de John, y no salir más esa noche. El carcelero asintió y también regresó a sus dependencias siguiendo con sigilo la sombra del muro.

La sensación de haber recibido un golpe todavía era tan intensa que, cuando se marchó la anciana mugrienta a la que se encontró sentada en las escaleras, delante de su puerta, esperando para hacerle la cama, y quien le dio a entender mientras la hacía que había recibido instrucciones del señor Chivery, «no del viejo, sino del joven», Arthur se sentó en la silla desvencijada y hundió la cabeza entre las manos, como si le hubieran dejado sin sentido. ¡Que la pequeña Dorrit lo amaba! Eso lo confundía mucho más que su desgracia, mucho más.

Parecía imposible. Arthur se había acostumbrado a llamarla su niña, su niña querida, a ganarse su confianza resaltando la diferencia de edad, a hablar de sí mismo como de un hombre que se estaba haciendo mayor. Pero cabía la posibilidad de que a ella no le pareciera viejo. Algo le recordó que él tampoco se había considerado así hasta que la corriente se llevó las rosas, río abajo.

Tenía guardadas las dos cartas de Amy con otros papeles en una caja; las sacó y las leyó. Tuvo la sensación de que en ellas oía un eco de la dulce voz de la joven, con una multitud de tonos cariñosos que no excluían el nuevo sentido. Entonces se acordó de repente de la muda desolación con que ella le había respondido: «No, no, no», aquella noche, en esa misma habitación; aquella noche en que él había conocido los primeros indicios de la riqueza de los Dorrit, y en que se habían dicho otras palabras destinadas a que él las recordase ahora, humillado y encarcelado.

Parecía imposible.

Pero la cuestión manifestaba una acusada tendencia, al ser examinada, a parecer menos imposible. Entonces empezó a preguntarse más despacio y con mayor curiosidad sobre el estado de sus sentimientos. En su reticencia a creer que ella amaba a alguien, en su deseo de no dejarse preocupar por este asunto, en la idea que se había medio formado de que sería un acto noble por su parte ayudarla a que amara a alguien, ¿no había algo reprimido que él había acallado cuando empezaba a cobrar fuerza? ¿No se había convencido entre susurros de que ni se le podía ocurrir amarla, de que no debía aprovecharse de la gratitud de la joven, de que debía recordar su

experiencia para que le sirviera como aviso y freno, de que debía dar por perdidas sus esperanzas de juventud, del mismo modo que su amigo había perdido a su hija muerta, de que no debía dejar de repetirse que para él ese momento había pasado, de que se había convertido en un hombre demasiado viejo y triste?

La había besado cuando la había recogido del suelo ese día en que, de forma tan reiterada y elocuente, todos se habían olvidado de ella. ¿Del mismo modo que la habría besado si no se hubiera desmayado? ¿No había ninguna diferencia?

La noche lo sorprendió hundido en estas disquisiciones. La noche también sorprendió a los señores Plornish llamando a su puerta. Traían una cesta llena de lo más selecto de esos productos que se venden en seguida y que tanto tardan en producir beneficios. La señora Plornish estaba muy compungida y lloraba. El señor Plornish farfulló con afabilidad, a su manera filosófica pero carente de lucidez, que en la vida había momentos buenos y momentos malos. Era inútil preguntarse por qué venían los buenos y por qué los malos; así eran las cosas, y ya estaba. Él siempre había oído decir, y sabía que era verdad, que, como el mundo gira, pues no cabía duda de que giraba, hasta al mejor de los caballeros le tocaba estar cabeza abajo en alguna ocasión, con todo el cabello en punta y dirigido a lo que podría llamarse el espacio. Pero no pasaba nada. Eso dijo el señor Plornish, que no pasaba nada. La cabeza del caballero volvería a estar arriba cuando le llegara el turno, sería un placer ver el semblante del caballero porque todo estaría en su sitio, ¡y no habría pasado nada!

Ya se ha señalado que la señora Plornish, al no estar dotada de un carácter filosófico, lloraba. No sólo eso: sin carácter filosófico, sus palabras eran inteligibles. Quizá fuera por la perplejidad que la dominaba, por el ingenio propio de su sexo, por la capacidad de las mujeres de asociar ideas con rapidez, o por la incapacidad de asociarlas de esa mujer en particular, pero dio la casualidad de que las palabras inteligibles de la señora Plornish se centraron precisamente en la cuestión sobre la que Arthur había estado cavilando.

—Señor Clennam —empezó a decir la señora—, no se imagina cómo habla mi padre de usted. Esto le ha afectado mucho. Con esta desgracia se le ha ido la voz. Ya sabe lo bien que canta, pero hoy, a la hora del té, aunque parezca mentira, no ha podido entonar ni una nota para los niños.

Mientras hablaba, movía la cabeza, se secaba las lágrimas y paseaba la mirada por toda la habitación.

—Y el señor Baptist —prosiguió— tampoco puedo ni imaginarme qué hará cuando se entere. Habría venido ya a verlo, de eso puede estar seguro, pero se ha marchado por un asunto confidencial relacionado con usted. La perseverancia con que se dedica a ese asunto, con que se entrega a él sin descanso, es digna de verse —aseguró la señora Plornish—. Yo le digo que ha dejado a su *padrona molto*

sorprentita.

Aunque no era una mujer vanidosa, tuvo la sensación de haber pronunciado esta frase toscana con una elegancia peculiar. El señor Plornish no pudo ocultar el júbilo que le inspiraban las proezas lingüísticas de su mujer.

—Pero le digo una cosa, señor Clennam —añadió la buena mujer—: siempre hay algo de lo que estar agradecido; estoy segura de que usted también lo sabe. Ahora mismo, en esta habitación, no resulta muy difícil saber de qué se trata en este caso. Hay que estar agradecidos, desde luego, a que la señorita Dorrit esté fuera y no se haya enterado.

A Arthur le pareció que lo miraba con un gesto peculiar.

—Hay que estar agradecidos —repitió la señora Plornish—, desde luego, a que la señorita Dorrit esté muy lejos. Probablemente la noticia no habrá llegado a sus oídos. Si hubiera estado aquí y hubiera presenciado esto, señor, es indudable que... que verlo así, es indudable —insistió— que verlo a usted así, víctima del infortunio y la calamidad, habría sido casi insoportable para su dulce corazón. No se me ocurre otra cosa que pudiera afectar tanto a la señorita Dorrit.

Ahora sí que era evidente que la señora Plornish lo miraba con cariño, pero también con una especie de trémula provocación.

—¡Sí! —exclamó—. Y demuestra lo despierto que sigue estando mi padre, pese a su edad, que esta tarde me haya dicho (en mi feliz hogar todos saben que no invento ni exagero mis palabras): «Mary, menos mal que la señorita Dorrit está fuera y no puede ver lo que ha pasado». Eso es lo que ha dicho mi padre. Ha dicho, exactamente: «Menos mal que la señorita Dorrit está fuera y no puede ver lo que ha pasado». Y yo le he respondido: «¡Tiene usted razón!». Así ha sido la conversación que hemos tenido mi padre y yo —concluyó la señora Plornish, como un testigo muy meticuloso ante un tribunal—. Le acabo de referir con toda precisión la conversación que hemos tenido mi padre y yo.

El marido, de talante más lacónico, aprovechó la oportunidad para sugerirle a su esposa que dejaran solo al señor Clennam.

—Es lo que hay que hacer, mujer.

Plornish repitió esta profunda observación varias veces, como si pensara que encerraba un gran secreto moral. Al fin, la distinguida pareja se marchó cogida del brazo.

La pequeña Dorrit, la pequeña Dorrit. Otra vez, durante horas. ¡Siempre la pequeña Dorrit!

Afortunadamente, si alguna vez había sido verdad, todo había terminado, y era mejor así. Porque, si ella lo había amado, si él lo hubiera sabido y se hubiera permitido amarla, ¡por qué senda la habría obligado a internarse! ¡Una senda por la que habría

regresado a este sombrío lugar! A Arthur tenía que consolarlo pensar que ella había salido de allí para siempre, que se había casado o se iba a casar pronto (unos vagos rumores sobre las intenciones de su padre habían circulado por la Plaza del Corazón Sangrante, al tiempo que la noticia de la boda de su hermana), al pensar que la puerta de Marshalsea hubiera cerrado para siempre esa desconcertante posibilidad que pertenecía a una época pasada.

¡Su querida y pequeña Dorrit!

Cuando repasaba la triste historia de su vida, ella se convertía en su punto de fuga. Toda la perspectiva llevaba a su inocente figura. Arthur había recorrido decenas de miles de kilómetros para llegar hasta ella; acuciantes esperanzas y dudas anteriores se habían aclarado delante de ella; era el centro de su vida; era el punto final de todo lo bueno y agradable de su existencia; después de ella sólo había una extensión yerma y un cielo oscuro.

Tan incómodo como la primera noche en que durmió entre esas lúgubres paredes, pasó las horas sumido en tales pensamientos. En esas mismas horas John hijo se había entregado a un sueño tranquilo tras componer y ordenar, con la cabeza en la almohada, este monumental epitafio:

¡DESCONOCIDO!
RESPETA LA TUMBA DE
JOHN CHIVERY, HIJO,
QUE MURIÓ A UNA AVANZADA EDAD
QUE HUELGA DETALLAR.
SE ENFRENTÓ A SU RIVAL, EN ESTADO DE AGITACIÓN,
Y TENTADO ESTUVO DE
EMPRENDERLA A GOLPES CON ÉL;
PERO, POR RESPETO A LA AMADA,
VENCÍO EL SENTIMIENTO DE RENCOR
Y OBRÓ
CON MAGNANIMIDAD.

Capítulo XXVIII

Una aparición en Marshalsea

La opinión de la comunidad que vivía fuera de la cárcel se mostró implacable con Clennam a medida que fue pasando el tiempo, y él tampoco hizo amigos entre la comunidad que vivía dentro. Demasiado derrotado para juntarse con la turbamulta del patio, con los internos que se reunían para olvidar las penas, demasiado retraído e infeliz para acompañar a los pobres que frecuentaban la taberna, apenas salía de su cuarto, y todos recelaban de él. Algunos afirmaban que era un soberbio; otros, que era un hombre triste y tímido; otros lo despreciaban porque lo tenían por un tipejo débil, destruido por sus deudas. Todos los internos lo rehuían por esa diversidad de cargos, pero sobre todo por el último, que se consideraba una especie de traición a la causa; y él se aferró tan rápidamente a su reclusión que sólo salía a pasear cuando, por las tardes, los hombres se juntaban en el Salón a cantar, brindar y ponerse sentimentales, y en el patio prácticamente sólo quedaban mujeres y niños.

La estancia en la cárcel empezó a hacer mella en él. Sabía que se había rendido a la pereza y la melancolía. Ya conocía los efectos de vivir aprisionado entre esas mismas cuatro paredes, y esta conciencia le hacía temer por sí mismo. Evitaba la observación de los demás, y evitaba observarse a sí mismo; empezó a cambiar de forma muy ostensible. No era difícil darse cuenta de que la sombra de aquel muro proyectaba sobre él toda su oscuridad.

Un día, después de diez o doce semanas, en las cuales había intentado leer, incapaz de dejar de asociar a Marshalsea ni siquiera a los personajes imaginarios del libro, unos pasos se detuvieron delante de su puerta, y una mano llamó. Se levantó y fue a abrir; una voz agradable lo saludó, diciendo:

—¿Cómo está usted, señor Clennam? Espero no importunarle con mi visita.

Se trataba de Ferdinand, el vivaz y joven Barnacle. Parecía de buen humor y simpático, aunque abrumadoramente libre y alegre, en contraste con la lóbrega prisión.

—Le sorprende verme, señor Clennam —observó el recién llegado mientras se sentaba en la silla que Arthur le ofrecía.

—Debo confesar que mucho.

—Espero que no sea una sorpresa desagradable.

—En absoluto.

—Se lo agradezco. Le aseguro —declaró el encantador y joven Barnacle— que he lamentado muchísimo que se haya visto usted obligado a pasar aquí una temporada, y espero (por supuesto, le hablo de caballero a caballero) que nosotros no

tengamos nada que ver.

—¿Se refiere a su oficina?

—A nuestro Negociado de Circunloquios.

—No puedo atribuir ninguna de mis desgracias a ese espléndido departamento.

—Me alegro enormemente —dijo el brioso y joven Barnacle—, se lo juro. Me alivia mucho oírle decir eso. Habría lamentado en grado sumo haber tenido algo que ver con sus apuros.

Clennam volvió a asegurar que lo eximía de toda responsabilidad.

—De acuerdo —respondió Ferdinand—, me congratulo por ello. Dándole vueltas al asunto, temía que hubiéramos contribuido a precipitar su caída, porque no cabe duda de que, de vez en cuando, tenemos la mala suerte de obrar ese efecto. No queremos hacerlo, pero si hay que meter a alguien en chirona, nosotros no podemos impedirlo.

—Aunque no comparto plenamente lo que dice —contestó Arthur con pesadumbre—, le agradezco enormemente el interés que muestra por mí.

—¡No es nada! Nuestro departamento es de lo más inofensivo —afirmó el simpático y joven Barnacle—. Objetará usted que no somos más que una patraña. No le digo que no, ése es el propósito del departamento, y ése debe ser. ¿No lo entiende?

—No —dijo Clennam.

—No lo está considerando desde el ángulo que toca. El ángulo es lo esencial. Considere nuestra posición desde este ángulo: nosotros sólo pedimos que no se nos moleste, de este modo podemos ser un departamento tan importante como cualquier otro.

—¿Su cometido consiste entonces en conseguir que no los molesten? —preguntó Arthur.

—Ha dado usted en el clavo —respondió Ferdinand—. Existimos con la intención expresa de que no se nos moleste. Ésa es la idea. Ésa es nuestra función. Sin duda hay que rellenar ciertos impresos para que parezca que nos dedicamos a otra cosa, pero eso es pura fachada. ¡Si somos pura fachada, caramba! Piense en todos los impresos que ha tenido que rellenar. ¿Alguna vez se ha acercado al final del proceso?

—¡Nunca! —exclamó Clennam.

—Si considera usted la cuestión desde el ángulo que toca, apreciará la eficiencia con que cumplimos nuestro papel oficial, como si jugáramos un partido de críquet con un número limitado de jugadores. Siempre hay un equipo de forasteros que quiere lanzarle la pelota a la administración pública, pero nosotros interceptamos esa pelota.

Clennam quiso saber qué pasaba con los lanzadores. El animoso y joven Barnacle le dijo que se cansaban, que se agotaban, que quedaban lisiados, que se destrozaban la espalda, que perdían, que abandonaban, que se dedicaban a otros juegos.

—Lo cual me da pie a felicitarme de nuevo —prosiguió el visitante— por no haber tenido nada que ver con su retiro temporal. No habría sido difícil que contribuyéramos a él, porque es indudable que a veces traemos desgraciadas consecuencias a las personas que insisten en molestarnos. Señor Clennam, le voy a ser muy franco. Entre nosotros, sé que puedo serlo. Ya lo fui cuando vi que cometía usted el error de molestarnos, pues me di cuenta de que le faltaba experiencia y le sobraba optimismo, y que manifestaba cierta —espero que no le moleste lo que le voy a decir— cierta simpleza.

—En absoluto.

—Cierta simpleza. Y me pareció una pena; por eso hice todo lo posible por darle a entender (no de forma oficial, aunque siempre prescindo de lo oficial, si me lo puedo permitir), no sé con qué palabras exactamente, que, si yo fuera usted, no me metería en tantos embrollos. Pero usted se metió en ellos y ha seguido metiéndose. Deje de hacerlo.

—No creo que tenga más oportunidades —apuntó Clennam.

—¡Claro que las tendrá! Saldrá de aquí. Todo el mundo sale. Hay miles de formas de salir de aquí. Pero no vuelva a visitarnos. Este ruego es el segundo objeto de mi visita. Por favor, no vuelva a visitarnos. Le confieso —añadió Ferdinand con un gesto amistoso e íntimo— que me inquietaré mucho si no aprende usted de sus errores y decide volver a visitarnos.

—¿Y el invento?

—Mi buen amigo —respondió Ferdinand—, si me permite llamarlo de ese modo, a nadie le interesa ese invento, a nadie le importa un rábano.

—¿A nadie del Negociado, se refiere?

—Ni fuera de él. Todo el mundo suele desconfiar de los inventos y ridiculizarlos. No se hace usted una idea de cuánta gente quiere que no se la moleste. No se hace una idea de hasta qué punto el carácter inglés (no haga mucho caso del matiz parlamentario de la expresión, no se deje engañar por ella) prefiere que no se lo moleste. Créame, señor Clennam —añadió el vivaracho y joven Barnacle con sus modales más encantadores—, nuestro departamento no es un malvado gigante contra el que haya que arremeter con todo el ímpetu, es únicamente un molino de viento que le indica, moliendo cantidades ingentes de paja y heno, en qué dirección sopla el viento de la nación.

—Si creyera algo así —replicó Arthur—, tendríamos todos un futuro muy negro.

—¡Oh! ¡No diga eso! —protestó Ferdinand—. No es tan grave. Las fachadas son necesarias, a todos nos gustan las fachadas, no podríamos vivir sin ellas. Un poco de fachada, un camino trillado, y todo marcha de maravilla si no se molesta a nadie.

Con esta ilusionada confesión de sus convicciones como cabecilla de los jóvenes Barnacle de este mundo, seguida de toda una serie de consignas en las que ningún

Barnacle creía y que todos vituperaban, Ferdinand se levantó. Nada podía ser más agradable que su porte franco y cortés, nada ajustado con tacto más caballeroso a las circunstancias de la visita.

—Espero no importarlo si le pregunto —añadió cuando Arthur le tendió la mano con auténtica gratitud por su sinceridad y buen humor— si es cierto que esta molestia transitoria ha sido causada por el difunto y llorado Merdle.

—Soy uno de tantos a quienes ha arruinado. Sí.

—Debía de ser un hombre sumamente inteligente —observó Ferdinand.

Arthur, que no se sentía muy inclinado a cantar las alabanzas del finado, no dijo nada.

—Un granuja de tomo y lomo, claro —aclaró el joven—, pero ¡menuda inteligencia! Es imposible no admirarlo. Él sí que sabía cómo mantener una fachada. ¡Conocía muy bien a la gente, la engañaba completamente y la manejaba a su antojo!

Sin abandonar su desenvoltura, Ferdinand manifestaba auténtica admiración.

—Espero —apostilló Arthur— que tanto él como sus víctimas sirvan de aviso para que otras personas no se dejen manejar tanto.

—Querido señor Clennam —respondió el joven Barnacle con una carcajada—, ¿de veras alberga una esperanza tan ingenua? El próximo hombre que demuestre la misma capacidad y la misma afición por la estafa también lo conseguirá. Perdóneme, pero creo que no tiene ni idea de hasta qué punto acude todo el enjambre de las abejas humanas cuando se las llama dando golpes en un viejo recipiente de hojalata; no se necesitan más instrucciones para dominarlas. Cuando se convence a las abejas de que el recipiente está fabricado con metales preciosos, consiguen todo su poder hombres como nuestro difunto amigo. Evidentemente, de vez en cuando aparecen casos excepcionales —aclaró Ferdinand con educación— de personas que sufren engaños por motivos que parecían mucho mejores, y no tengo que ir muy lejos para encontrar ejemplos, pero no quitan validez a la regla general. ¡Pase un buen día! Espero que, cuando tenga el placer de volverlo a ver, esta nube pasajera haya dejado de ocultar el sol. No, no es necesario que me acompañe. Sé muy bien por dónde se sale. ¡Buenos días!

Tras estas palabras, el mejor y más brillante de los Barnacle bajó las escaleras, cruzó la portería tarareando una melodía, montó en su caballo en la explanada frente a la cárcel y se marchó porque tenía cita con su noble pariente, que necesitaba cierta preparación para responder eficazmente a unos descreídos esnobs que querían cuestionar las aptitudes de gobierno de la gente de auténtico postín.

Debió de cruzarse con el señor Rugg al salir, porque al cabo de un par de minutos, este rubicundo caballero apareció resplandeciente en la puerta, como un anciano Febo.

—¿Cómo se encuentra hoy, señor? —preguntó el abogado—. ¿Puedo hacer

alguna cosita por usted?

—No, gracias.

El señor Rugg disfrutaba con los apuros de los demás del mismo modo que un ama de casa disfrutaba preparando encurtidos o conservas, una lavandera disfrutaba de una amplia colada, un barrendero disfrutaba con un cubo a rebosar, o cualquier otro profesional disfrutaba de una situación complicada en su oficio.

—De vez en cuando me paso a ver si todavía quedan acreedores que se congreguen a las puertas de la cárcel —anunció el abogado muy contento—. Han venido a mansalva, señor, como era de esperar.

Comentó este detalle como si fuera algo de lo que congratularse, frotándose las manos enérgicamente y echando un poco la cabeza hacia atrás.

—A mansalva —insistió—, como era razonable esperar. En tropel. Casi nunca vengo a molestarlo cuando me paso por aquí, porque sé que no tiene usted ganas de compañía, y que, si quisiera verme, dejaría recado en la portería. Pero vengo casi todos los días. ¿Sería éste un momento muy inoportuno —preguntó en tono zalamero— para hacerle un comentario?

—Tan indicado como cualquier otro.

—¡Ejem! La opinión pública se ha centrado mucho en usted.

—No me cabe duda.

—¿No sería aconsejable —propuso el abogado con un tono aún más zalamero— hacer ahora, de una vez por todas, una mínima concesión a la opinión pública? Todos las hacemos en un sentido u otro. Y lo cierto es que debemos hacerlas.

—No está en mi mano que la opinión pública me perdone, señor Rugg, y no creo que nunca lo esté.

—No diga eso, señor, no diga eso. El precio de un traslado a la cárcel de King's Bench es casi insignificante, y, si el sentir general insiste en que debería usted estar allí, cómo no...

—Creo que había decidido usted —replicó Arthur— que mi decisión de quedarme aquí era una cuestión de gustos.

—¡Bueno, señor, bueno! Pero ¿demuestra usted buen gusto? He aquí la verdadera cuestión. —Las palabras del señor Rugg eran tan tranquilizadoras y convincentes que casi resultaban conmovedoras—. Casi estaba a punto de decir: ¿es buena idea? Este asunto le compromete mucho, y su estancia en esta prisión, en la que un hombre puede ingresar por una deuda de un par de libras, se dice con insistencia que no es acorde a las circunstancias. Nada acorde. No imagina, señor, en cuántos sitios he oído murmuraciones. Oí comentarlo anoche en un salón frecuentado por un grupo que denominaría el más selecto del mundo de la abogacía, si no lo frecuentara yo también; en él escuché palabras que me disgustaron mucho. Me dolieron por usted. E incluso esta mañana, en el desayuno, mi hija (aducirá usted que es sólo una mujer,

pero no le falta cierta sensibilidad para estos asuntos, en los que incluso tiene cierta experiencia personal como demandante en el caso de Rugg contra Bawkins) me ha participado su gran asombro; su enorme asombro. Dadas las circunstancias, y como nadie puede prescindir de la opinión pública, ¿no sería una mínima concesión...? Voy a utilizar el argumento más sencillo. ¿No sería una prueba de buena voluntad?

Sin darse cuenta, Arthur se había puesto a pensar de nuevo en la pequeña Dorrit, y no respondió a la pregunta.

—En lo que a mí respecta —prosiguió el señor Rugg, que esperaba que su elocuencia hubiera fomentado la indecisión en su representado—, siempre observo la norma de no inmiscuirme en los gustos de un cliente. Pero, como conozco su talante considerado y su deseo de complacer a los demás, repito que preferiría que estuviera usted en King's Bench. Su caso ha levantado bastante polvareda; estar profesionalmente implicado en él acarrea cierta notoriedad, y mi posición entre mis colegas sería más cómoda si se trasladara usted a King's Bench. No quiero influir en usted, señor. Sólo aclaro la situación.

Tan distraído se había vuelto el preso después de tantas horas de soledad y decaimiento, tanto se había acostumbrado a comunicarse únicamente con una figura muda entre esas paredes siempre amenazantes, que tuvo que salir de su letargo para poder mirar al señor Rugg, recordar cuál era el hilo de la conversación y contestar apresuradamente:

—Mi decisión no ha cambiado ni cambiará. Se lo ruego, ¡no insista, no insista!

El abogado, sin ocultar su irritación ni su sensación de ofensa, respondió:

—¡Oh! ¡Por descontado, señor! Me he excedido en mis atribuciones, me doy cuenta, al hacerle esta sugerencia. Aunque cuando veo que en distintos círculos, de personas muy distinguidas, se comenta que, aunque esta decisión no supone ningún desdoro para un extranjero, no es digno de un inglés quedarse en Marshalsea cuando las gloriosas libertades de la isla que lo ha visto nacer le permiten un traslado a King's Bench, he considerado conveniente cruzar los estrechos límites que se me han impuesto y sacarlo a colación. Personalmente —afirmó Rugg— no tengo ninguna opinión al respecto.

—Me alegro —respondió Arthur.

—¡Oh! ¡Ninguna opinión! Si la tuviera —añadió el letrado—, me habría contrariado ver que, hace unos minutos, a un cliente mío lo visitaba en esta cárcel un distinguido joven de buena familia que ha venido montado a caballo. Pero no era asunto mío. Si lo hubiera sido, habría lamentado no poder comunicarle a otro caballero, un caballero con atuendo militar y que en este instante espera en la portería, que mi cliente jamás ha albergado la menor intención de quedarse aquí, que está a punto de ser trasladado a una institución de rango superior. Pero profesionalmente debo funcionar como una máquina, eso está claro; no tengo nada

que decir. ¿Desea usted ver a ese caballero, señor?

—¿Ha dicho que alguien quería verme?

—Sí, me he tomado esa libertad tan poco profesional. Al enterarse de que soy su asesor legal, se ha negado a molestarlo hasta que yo no hubiera cumplido con mis limitadas atribuciones. Afortunadamente —añadió Rugg con sarcasmo— no me he excedido hasta el punto de preguntarle cómo se llama.

—Supongo que no me queda más remedio que recibirlo —dijo Clennam con un suspiro de cansancio.

—Entonces ¿así lo desea, señor? —le dijo el abogado—. ¿Me concede el honor de comunicárselo al caballero cuando me vaya? ¿De veras? Gracias, señor. Me marcho.

Y, efectivamente, se marchó muy indignado.

Este caballero de atuendo militar había despertado tan poca curiosidad en Clennam, dado su estado de ánimo, que ya casi había olvidado el anuncio de su visita, cubierto por el velo tenebroso que la mayor parte del día le nublaban ahora el pensamiento, cuando unos pasos fuertes en las escaleras lo sacaron de su aturdimiento. Tuvo la impresión de que alguien subía sin prisas, sin espontaneidad, pero con una fanfarria de energía y un estruendo que pretendían resultar ofensivos. Cuando el desconocido se detuvo un instante en el rellano, detrás de la puerta, Arthur no supo qué le recordaba ese ruido, aunque le pareció que le sonaba de algo. Sólo pudo reflexionar brevemente. Un golpe violento abrió la puerta sin más dilación, y en el umbral apareció el desaparecido Blandois, la causa de tantos quebraderos de cabeza.

—¡Salve! ¡Lo saluda otro asiduo de las cárceles! Tengo entendido que me buscaba usted. ¡Aquí estoy!

Antes de que Arthur pudiera responder, asombrado e indignado, entró también Cavalletto. A Cavalletto lo siguió el señor Pancks. Ninguno de ellos lo había visitado desde que ocupaba ese cuarto. Pancks, jadeando, se acercó con sigilo a la ventana, dejó el sombrero en el suelo, se erizó el pelo con las dos manos y cruzó los brazos, como si se tomara un descanso en una dura jornada de trabajo. El señor Baptist, que no despegaba la vista de su temido y antiguo compañero, se sentó silenciosamente en el suelo, apoyando la espalda en la puerta y agarrándose los tobillos, en la misma postura (aunque ahora en una actitud de vigilancia constante) que cuando tenía delante al mismo hombre en las sombras más oscuras de otra cárcel, una calurosa mañana, en Marsella.

—Me han asegurado estos dos majaderos —anunció Blandois, antes Lagnier, antes Rigaud— que quería usted verme, hermano delincuente. ¡Aquí me tiene!

Se fijó desdeñosamente en el catre, que durante el día estaba plegado; se recostó en él sin quitarse el sombrero, con gesto desafiante y las manos en los bolsillos.

—¡Es usted un villano y un pájaro de mal agüero! —exclamó Arthur—. Ha difundido intencionadamente unas terribles sospechas que afectan a mi madre. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Qué lo ha llevado a tramar este pérfido ardid?

El señor Rigaud, después de contemplarlo un instante con el gesto torcido, soltó una carcajada:

—¿Han oído a este noble caballero? ¡Que todo el mundo atienda a las palabras de este modelo de virtudes! No se acalore tanto. Es posible, amigo mío, que su vehemencia resulte levemente comprometedora. ¡Vaya que si es posible!

—*Signore!* —intervino Cavalletto, dirigiéndose también a Arthur—. Antes de que responda, ¡escúcheme! Usted me pidió que encontrara a Rigaud, ¿verdad?

—Cierto.

—Entonces, consecuentamente —la señora Plornish se habría inquietado mucho si le hubieran dicho que el error más importante que cometía Cavalletto en inglés era alargar algunos adverbios de ese modo—, primero lo busco entre mis compatriotas. Pido noticias de los extranjeros llegados a *Londra*. Luego voy a ver a los franceses. Luego a los alemanes. Todos hablan conmigo. La mayoría nos conocemos bien y me hablan. Pero ¡nadie sabe nada de él! De Rigaud. Quince veces —aseguró el italiano, abriendo tres veces la mano con todos los dedos extendidos, tan rápidamente que apenas se pudo distinguir con la vista— pregunto por él en todas partes donde van extranjeros, y quince veces —concluyó repitiendo el mismo ademán— ¡nadie sabe nada! Pero...

Después de esta pausa tan italiana y tan cargada de significado tras el «pero», volvió a blandir el dedo índice de la mano derecha, muy tímidamente y con mucha cautela.

—Pero... pasa mucho tiempo y no puedo saber si está en *Londra*, pero me hablan de un soldado de pelo blanco, ¡blanco! No como el pelo que lleva ahora, sino blanco, y vive secretalmente en cierto lugar. Pero... —volvió a hacer una pausa tras esta palabra— me dicen que después de cenar pasea y fuma. Es necesario, como dicen en Italia (y lo saben bien, los pobres), tener paciencia. Yo tengo paciencia. Pregunto dónde está ese cierto lugar. Uno me dice que por aquí, el otro que por allá. ¡Pues bien! No está ni en un sitio ni en el otro. Espero pacientemente. Por fin lo encuentro. Luego lo vigilo y me escondo hasta que sale a pasear y fumar. Es un soldado de pelo gris. ¡Pero...! —Entonces se produjo una pausa cargadísima de intención y el dedo índice se movió de un lado a otro con gran vigor—. Resulta que es el hombre que tiene usted delante.

Fue muy visible que, llevado por la antigua costumbre de someterse a un hombre que se había esforzado mucho en dejar clara su superioridad, Cavalletto bajaba la cabeza, confuso, al señalar con ella a Rigaud.

—¡Pues bien, *signore!* —exclamó para concluir, dirigiéndose de nuevo a Arthur

—. Espero un buen momento. Escribo al *signor* Panco —el señor Pancks pareció adquirir un nuevo semblante al recibir semejante apelativo— para que venga a ayudarme. Le digo cuál es la ventana de Rigaud y el *signor* Panco lo espía muchas veces durante el día. De noche yo duermo cerca de la puerta de la casa. Al fin entramos, hoy mismo, ¡y aquí lo tiene! Como él no quiere subir en presencia del ilustre abogado —así fue como el señor Baptist describió con todo respeto al señor Rugg—, esperamos ahí abajo, juntos, mientras el *signor* Panco vigila la calle.

Al término de este recital, Arthur volvió la vista al rostro malvado e impúdico. Cuando su mirada y la de Rigaud se encontraron, la nariz de este último bajó por encima del bigote y el bigote se escondió por debajo de la nariz. Cuando nariz y bigote volvieron a su sitio, el señor Rigaud chascó los dedos muy ruidosamente media docena de veces, echándose hacia delante y mirando a Arthur, como si fueran proyectiles palpables que le lanzara a la cara.

—¡Oiga, filósofo! —le espetó—. ¿Qué quería de mí?

—Quiero saber —respondió Arthur, sin ocultar su aborrecimiento— por qué ha tenido usted la desfachatez de dirigir una sospecha de asesinato contra la casa de mi madre.

—¡Desfachatez, dice! —exclamó Rigaud—. ¡Ja, ja! ¿Desfachatez? ¡Madre mía, muchachito, qué imprudente es usted!

—Quiero que se disipen esas sospechas —exigió Clennam—. Se presentará usted en la casa para que lo vean. Y también quiero saber qué asunto había ido usted a tratar aquel día que tuve que contenerme para no empujarlo por las escaleras. ¡No me mire así! Lo conozco lo suficiente para saber que es un bravucón y un cobarde. No necesito reponerme de los efectos de este espantoso lugar para decirle algo tan sencillo, algo que sabe usted perfectamente.

Apretando los labios con mucha fuerza, Rigaud se acarició el bigote y musitó:

—Caramba, muchachito, pone usted a su querida y respetable madre en una situación un poco comprometida...

Por un minuto dio la impresión de que no sabía cómo reaccionar. Pero su indecisión no tardó en desaparecer. Con jactancia y en un tono amenazante, dijo:

—Tráigame una botella de vino. Aquí se puede comprar. Mande a uno de sus majaderos a comprarme una. No pienso hablar con usted sin vino. ¿Qué me dice? ¿Sí o no?

—Vaya a buscar lo que ha pedido, Cavalletto —dijo Arthur con un gesto de desdén y sacando el dinero.

—Tú, miserable contrabandista —añadió Rigaud—. ¡Que sea oportó! Sólo tomaré auténtico oportó.

Como el miserable contrabandista, sin embargo, se negó en redondo a abandonar su puesto en la puerta, cosa que indicó con su expresivo dedo, el *signor* Panco se

ofreció a hacer el recado. No tardó en volver con la botella de vino, que, siguiendo las costumbres del lugar, motivadas por la escasez de sacacorchos entre los internos (compartida con la escasez de tantas cosas), ya venía abierta.

—¡Majadero! Deme un vaso grande —exigió Rigaud.

El *signor* Panco le puso uno delante, no sin luchar ostensiblemente contra el impulso de tirárselo a la cabeza.

—¡Ja, ja! —exclamó Rigaud—. Quien nace caballero, siempre es caballero. Caballero de la cuna a la sepultura. ¡Qué diablos! A los caballeros se les sirve, ¿verdad que sí? ¡Que me sirvan forma parte de mi carácter!

Mientras decía estas palabras había ido llenando el vaso hasta la mitad, y lo apuró después de pronunciarlas.

—¡Ajá! —exclamó tras relamerse—. No lleva usted mucho tiempo entre rejas. Su aspecto me dice, valiente señor, que la prisión le rebajará ese temperamento mucho más rápido de lo que enfría este vino caliente. Ya parece usted desmejorado, ha adelgazado y está pálido. ¡Va por usted!

Y dio cuenta de otro vaso medio lleno; lo sostuvo antes y después con el brazo extendido, como si quisiera que se le viera bien la mano pequeña y blanca.

—Volvamos a nuestro asunto —prosiguió—. A nuestra conversación. Ha demostrado usted que, pese a haber perdido físicamente la libertad, en sus declaraciones se toma muchas libertades.

—Me he tomado la libertad de decirle, señor, lo que usted ya sabe. Sabe, y todos sabemos, que es usted mucho peor de lo que he dicho.

—Si no olvida usted añadir que también soy un caballero, lo demás me trae sin cuidado. Menos en ese punto, todos somos iguales. Por ejemplo: usted no podría ser un caballero ni que su vida dependiera de ello; yo no podría dejar de serlo ni que mi vida dependiera de ello. ¡Una diferencia abismal! Sigamos. Las palabras, señor, nunca han determinado cómo salen las cartas ni cómo salen los dados. ¿Lo sabía? ¿Sí? Yo también participo en un juego, y en él las palabras sobran.

Ahora que se encontraba cara a cara con Cavalletto y que era consciente de que todos conocían su historia, si hasta entonces había podido llevar una finísima máscara, se desprendió de ella y se mostró, abiertamente y sin tapujos, como el odioso canalla que era.

—No, hijo mío —añadió, chascando los dedos de nuevo—. Yo llevo mi juego hasta el final, a pesar de las palabras, ¡así me caiga muerto! Ganaré. ¿Quiere saber el porqué de esa pequeña argucia que usted ha descubierto? Pues escúcheme bien: porque tenía y sigo teniendo una mercancía que voy a venderle a su querida y respetable madre. Le conté en qué consistía la mercancía y fijé el precio. Al negociar el trato, su admirable madre se mostró demasiado tranquila, demasiado impávida, demasiado rígida e imperturbable. En resumidas cuentas: la actitud de su admirable

madre me produjo una gran irritación. Para no aburrirme, para divertirme... ¡caramba, un caballero debe divertirse a costa de alguien! Para divertirme, se me ocurrió la feliz idea de simular mi desaparición. Una idea, se lo aseguro, que a su peculiar madre y a mi Flintwinch no les habría importado en absoluto llevar a término con sus propias manos. ¡Ah! ¡Vamos, vamos! ¡No me mire con esa cara de superioridad! Les habría encantado, les habría gustado sobremanera, se habrían quedado extasiados. ¿Quiere que se lo diga más claro?

Rigaud tiró al suelo los posos del vino y estuvo a punto de salpicar a Cavalletto, y eso hizo que se fijara de nuevo en él. Dejó el vaso y declaró:

—No pienso llenarlo. ¡Ni en sueños! He nacido para que me sirvan. Venga, Cavalletto, ¡llénamelo!

El hombrecillo miró a Clennam, que tenía la vista clavada en Rigaud, y, como no vio que se lo prohibiesen, se levantó y sirvió vino en el vaso. Mientras lo hacía, la mezcla de antigua sumisión con cierto aire humorístico, sumado a una especie de furia incontenible que podía estallar en un instante (o eso le parecía al caballero de toda la vida, que no le quitaba ojo de encima), y luego, abandonando tal actitud, la propensión predominante, despreocupada y espontánea a sentarse de nuevo en el suelo, formaban una memorable combinación de carácter.

—Esa feliz idea, valiente señor —prosiguió Rigaud después de beber—, era feliz por varios motivos. Me divertía, causaba inquietud a su querida mamá y a mi Flintwinch, para usted suponía un tormento (y así le daba una lección por no haberse mostrado cortés con un caballero), y llevaba a esa gente amable que se interesa por mí a pensar que un servidor es un hombre temible. ¡Y tanto que soy un hombre temible! Además, podría haber servido para que su querida madre entrara en razón, para que, agobiada por la acuciante sospecha que tan inteligentemente ha identificado usted, accediera al fin a anunciar con discreción en los periódicos que las dificultades que presentaba cierto contrato se resolverían si aparecía cierta importante persona vinculada al acuerdo. Cabía la posibilidad de que su madre lo hiciera. Pero ahora usted lo ha impedido. Veamos: ¿qué quiere decirme? ¿Qué es lo que busca?

Arthur nunca había sido más intensamente consciente de las cadenas que lo apresaban que en ese momento: tenía a ese hombre delante pero no podía ir con él a casa de su madre. Todas las complicaciones y los difusos peligros que había temido se cernían ahora sobre él, cuando no podía moverse.

—Quizá, amigo mío, filósofo, modelo de virtudes, botarate, lo que usted prefiera... Quizá —sugirió Rigaud, dejando de beber y apartando la vista del vaso con su espantosa sonrisa— le habría convenido más dejarme en paz.

—¡No! Por lo menos —respondió Arthur— ahora se sabe que está usted vivo, sano y salvo. Por lo menos no podrá escapar de estos dos testigos, que pueden llevarlo ante las autoridades o ante cientos de personas.

—Pero no me van a llevar ante nadie —aseguró Rigaud, que chascó los dedos de nuevo con una triunfal señal de amenaza—. ¡Que se vayan al diablo sus testigos! ¡Que se vayan al diablo esos cientos de personas! ¡Váyase al diablo usted! ¿Acaso no sé lo que sé? ¿Acaso no tengo esa mercancía en venta? Bah, ¡pobre deudor! Ha interrumpido mi pequeño proyecto. Da igual. ¿Qué pasará después? ¿Qué quedará? Para usted, nada; para mí, todo. ¿Que quiere que la gente me vea? ¿Eso es lo que quiere? Ya dejaré que me vean dentro de muy poco. ¡Contrabandista! Tráeme pluma, tinta y papel.

Cavalletto se levantó otra vez y le llevó lo que pedía del mismo modo que antes. Rigaud, después de pensar y sonreír malévolamente, escribió lo siguiente, que luego leyó en voz alta:

PARA LA SEÑORA CLENNAM

Se espera respuesta

Cárcel de Marshalsea
En las dependencias de su hijo

Querida señora:

Me he quedado consternado al enterarme hoy gracias a nuestro reo, quien me acompaña (y que ha tenido la bondad de contratar a varios espías para que me buscasen, en vista de que él se encuentra recluido por razones políticas), de que ha temido usted por mi seguridad.

No hay nada que temer, querida señora. Estoy bien, rebosante de salud y sin que nada haya cambiado.

Acudiría con la mayor celeridad a su casa si no previera la posibilidad de que, dadas las circunstancias, usted todavía no se hubiera decidido del todo con respecto a la humilde propuesta que tuve el honor de hacerle. Exactamente dentro de una semana recibirá mi última visita; entonces aceptará o rechazará la propuesta sin condiciones, y cargará con las consecuencias.

Reprimo mis incontenibles ganas de saludarla y de finiquitar este interesante asunto para que disponga usted de tiempo para arreglar los detalles, a fin de que ambos quedemos plenamente satisfechos.

Entre tanto, no creo excesivo pedirle (dado que nuestro reo ha desbaratado mi situación doméstica) que se haga usted cargo de mis gastos de alojamiento y manutención en un hotel.

Reciba, querida señora, el testimonio de mi más sincero respeto.

RIGAUD BLANDOIS

Mil recuerdos amistosos a mi querido Flintwinch.

Beso la mano de la señora F.

Al acabar la epístola, Rigaud la dobló y la tiró a los pies de Clennam con un ampuloso ademán.

—Hala, ¡ahí tiene! Hablando de llevar cosas ante la gente, que alguien la lleve a esa dirección y que traiga la respuesta.

—Cavalletto —pidió Clennam—, ¿podría ocuparse de la carta de este tipo?

No obstante, como el expresivo dedo de Cavalletto volvió a indicar que su sitio estaba en la puerta para vigilar a Rigaud, ahora que lo había encontrado después de tantos esfuerzos, y, como cumplir con su cometido lo obligaba a quedarse sentado con la espalda apoyada en la puerta, mirando a su antiguo compañero de celda y

agarrándose los tobillos, el *signor* Panco volvió a presentarse voluntario. Sus servicios se aceptaron, y Cavalletto permitió que se entreabriera la puerta apenas lo justo para que Pancks saliera con dificultad, después de lo cual volvió a cerrarla en seguida.

—Como me roce con un dedo, como me insulte con un epíteto, como ponga en duda mi superioridad mientras estoy aquí bebiendo vino tranquilamente —amenazó Rigaud—, seguiré el mismo camino de la carta y anularé el período de gracia de una semana. ¿No quería usted verme? ¡Pues aquí me tiene! ¿Qué le parezco?

—Cuando empecé a buscarlo —respondió Arthur con una aguda sensación de impotencia— no estaba preso.

—¡A mí qué me importan usted y su prisión! —replicó Rigaud con displicencia mientras se sacaba del bolsillo un estuche con todo lo necesario para liar cigarrillos y empezaba a liar uno con sus ágiles dedos—. Los dos me traen al fresco. ¡Contrabandista! Dame fuego.

Cavalletto se levantó otra vez y le dio lo que quería. Había algo aterrador en la pericia muda de las manos frías y blancas de Rigaud, cuyos dedos se habían extendido y enroscado con la ligereza de una serpiente. Arthur no pudo reprimir un escalofrío interior, como si hubiera visto un nido de esas criaturas.

—¡Deprisa, cerdo! —gritó muy fuerte Rigaud, como si Cavalletto fuera un caballo o una mula italianos y quisiera azuzarlos—. ¡Caramba! Aquella prisión vieja e infernal era un lugar respetable comparada con esto. A sus barrotes y piedras no les faltaba dignidad. Era una cárcel de hombres. Pero ¿esto? ¡Bah! ¡Un hospicio para majaderos!

Fumó el cigarrillo hasta el final, con esa horrible sonrisa tan inamovible que parecía que fumaba más con la nariz ganchuda y larga que con la boca, como la criatura fantástica de un cuadro. Después de encender un segundo cigarrillo con las ascuas del anterior le dijo a Clennam:

—Hay que entretenerse hasta que vuelva ese imbécil. Hay que charlar. No puedo pasarme todo el día tomando vino de alta graduación; si no, tomaría otra botella. Una mujer bella, señor. Aunque no es exactamente mi tipo, pero ¡hermosa al fin y al cabo, qué diablos! Lo felicito por su elección.

—Ni sé ni quiero saber de quién habla —respondió Arthur.

—*Della bella Gowana*, señor, como dicen en Italia. De la hermosa señora Gowan.

—Ah, a cuyo marido rendía usted vasallaje, ¿verdad?

—¿Cómo? ¿Vasallaje? Qué insolencia. Era su amigo.

—¿Vende usted a todos sus amigos?

Rigaud se quitó el cigarrillo de la boca y lo miró con repentina sorpresa. Pero volvió a ponérselo en la boca y respondió fríamente:

—Vendo todo aquello por lo que se pague un buen precio. ¿Cómo cree que viven

los abogados, los políticos, los intrigantes, los agentes de Bolsa? ¿Cómo ha vivido usted? ¿Cómo ha venido a parar aquí? ¿Acaso no ha vendido a un amigo? ¡Por el amor de Dios! ¡Yo diría que sí!

Clennam se dio la vuelta, mirando hacia la ventana, y empezó a contemplar el muro.

—En efecto, señor —prosiguió Rigaud—, la sociedad se vende y me vende, y yo la vendo a ella. Tengo entendido que conoce usted a otra dama. También bella. Un carácter fuerte. Veamos. ¿Cómo se hace llamar? Wade.

No obtuvo respuesta, pero no tardó en advertir que había dado en el blanco:

—¡Sí! —añadió—. Esa bella dama de fuerte carácter me abordó en la calle, y yo no soy de piedra. Reacciono. Esa bella dama de fuerte carácter me hizo el favor de decirme, con gran discreción: «Tengo curiosidad, y también ciertos rencores. Usted no será más respetable de lo habitual, ¿verdad?». Yo declaré: «*Madame*, soy caballero desde la cuna y lo seré hasta la sepultura, pero no más respetable de lo habitual, desde luego. Desprecio esa fantasía en la que sólo creen los imbéciles». Entonces ella tuvo la deferencia de felicitarme. «La diferencia entre usted y los demás —afirmó— es que usted lo dice». Porque ella sabe cómo es la sociedad. Acepté el cumplido con galantería y educación. La educación y las pequeñas galanterías son parte intrínseca de mi carácter. Y me hizo una propuesta: como nos había visto juntos muchas veces, como le había parecido que en aquel momento yo era un huésped muy habitual, un amigo de la familia, había sentido, guiada por la curiosidad y el rencor, un vivo interés por saber adónde iban y venían, cómo vivían, si la bella Gowan recibía mucho amor o no, si la atendían bien, etcétera. Wade no es una mujer rica, pero ofrece algunas míseras compensaciones a cambio de las pequeñas molestias que acarrearán esos servicios, y yo, generosamente, pues obrar generosamente siempre ha formado parte de mi carácter, me digné aceptarlas. ¡Sí! Así funciona el mundo. Es el signo de los tiempos.

Aunque Clennam le daba la espalda, y así estuvo hasta el final de la entrevista, Rigaud no despegaba de él esos ojos brillantes que estaban demasiado juntos, y, evidentemente, vio en la posición de la cabeza del preso, mientras iba desgranando con su jactanciosa osadía las frases de este discurso, que no estaba diciendo nada que él no supiera ya.

—¡Ejem, ejem! ¡La bella Gowan! —continuó, encendiendo un tercer cigarrillo y resoplando como si fuera capaz de hacer desaparecer a Minnie con el más leve suspiro—. ¡Encantadora, pero imprudente! Porque no fue muy acertado que la bella Gowan escondiera cartas de antiguos pretendientes, en su habitación de la montaña, para que su marido no las viera. No, no. En eso se equivocó. ¡Ejem, ejem! Cometió una falta.

—¡Espero sinceramente —exclamó Arthur— que Pancks no tarde mucho en

volver, porque la presencia de este hombre contamina la sala!

—Pero ¡este hombre triunfará aquí y en todas partes! —aseguró Rigaud con una mirada exultante, volviendo a chascar los dedos—. ¡Siempre lo ha hecho y siempre lo hará!

Con estas palabras se tumbó en las tres únicas sillas de la estancia, aparte de la que ocupaba Clennam, y se puso a cantar, dándose golpes en el pecho, como el gallardo personaje de la canción:

¿Quién anda tan tarde por la calle?
Compagnon de la Majolaine!
¿Quién anda tan tarde por la calle?
¡Siempre va contento!

—¡Canta el estribillo, cerdo! —gritó Rigaud—. Bien que lo cantabas en la otra cárcel. ¡Cántalo! Si no, te juro por todos los santos lapidados que me ofenderé y montaré una buena... ¡Y entonces, a ciertas personas que aún no han muerto más les habría valido que los lapidaran con ellos!

Y añadió:

De todos los caballeros del rey es el primero,
compagnon de la Majolaine.
De todos los caballeros del rey es el primero,
¡siempre va contento!

En parte por la vieja costumbre de someterse, en parte porque negándose podía perjudicar a su benefactor, y en parte porque le daba igual cantar o no, en esta ocasión Cavalletto se sumó al estribillo. Rigaud soltó una carcajada y se dedicó a fumar con los ojos cerrados.

Seguramente no transcurrió más de un cuarto de hora antes de que se oyeran los pasos del señor Pancks en las escaleras, pero a Clennam el intervalo se le hizo insufriblemente largo. Se oían otros pasos además de los de Pancks, y, cuando Cavalletto abrió la puerta, entraron el hombrecillo y el señor Flintwinch. En cuanto este último apareció, Rigaud se abalanzó sobre él y lo abrazó con grandes aspavientos.

—¿Cómo está usted, señor? —dijo Jeremiah cuando pudo zafarse, algo que luchó por conseguir con muy pocas ceremonias—. No, gracias, ya basta. —Esto último se lo inspiró una nueva amenaza de afecto por parte del amigo que había vuelto a encontrar—. Bueno, Arthur. Recordará usted que le dije que no removiera las cosas. Ya habrá visto por qué.

Flintwinch parecía tan imperturbable como siempre, y movió la cabeza con una actitud moralizante mientras paseaba la vista por la celda.

—¡Así que ésta es la cárcel de deudores de Marshalsea! —exclamó Jeremiah—.

¡Vaya, vaya! Arthur, creo que ha echado usted sus margaritas a los cerdos.

Aunque Arthur tenía paciencia, Rigaud no. Agarró a su querido Flintwinch por las solapas de la chaqueta con una violenta alegría y gritó:

—¡Que se vayan al diablo las margaritas, los cerdos y el porquero! ¡Venga! Deme la respuesta a mi carta.

—Si tiene usted la amabilidad de soltarme un momentito, señor —respondió Flintwinch—, primero le voy a entregar al señor Arthur una notita que tengo para él.

Eso hizo. En un papel se veía la caligrafía trazada con dificultad de su madre, y sólo se leían las palabras siguientes:

Espero que te haya bastado con destruirte a ti mismo. No quieras causar más destrucción. Jeremiah Flintwinch es mi mensajero y mi representante. Con afecto,

M. C.

Clennam leyó la nota dos veces, en silencio, y la rompió. Entre tanto Rigaud se había subido a una silla y se había sentado en el respaldo con los pies en el asiento.

—Y ahora, apuesto Flintwinch —dijo, después de observar atentamente cómo se hacía pedazos la nota—, ¿cuál es la respuesta a mi carta?

—La señora Clennam no ha escrito nada, señor Blandois, dado que tiene las manos agarrotadas, y le ha parecido mejor que se la transmita yo de palabra —al señor Flintwinch le costó decir esto, y lo hizo con desgana y torpemente—. Le presenta sus respetos, dice que en conjunto no lo considera a usted un hombre poco razonable y que accede. Pero sin renunciar al plazo concedido de una semana a partir de hoy.

El señor Rigaud, con un estallido de risa, bajó de su trono y dijo:

—¡Bien! Voy a buscar un hotel.

Pero su mirada se topó con Cavalletto, que seguía delante de la puerta.

—Muévete, cerdo —añadió—. Me has seguido contra mi voluntad; ahora lo harás en contra de la tuya. Ya les he dicho, reptiles de tres al cuarto, que he nacido para que me sirvan. Exijo que el contrabandista sea mi criado hasta que se cumpla el plazo de una semana.

Para responder al gesto interrogativo de Cavalletto, Clennam le hizo un ademán para que se marchara, aunque añadió de forma audible:

—A no ser que le tenga miedo.

El italiano respondió moviendo el dedo enérgicamente:

—No, señor, no le tengo miedo, ahora que ya no es una cosa secretamental que fui su compañero.

Rigaud no se dio por enterado de estas dos declaraciones hasta que encendió el último cigarrillo y se dispuso a marcharse.

—Que si le tienen miedo... —dijo, mirándolos a todos—. ¡Ja! Niños míos, criaturas, muñequitos... claro que le tienen miedo. Primero le dan una botella de vino, luego le brindan comida, bebida y alojamiento; además, no se atreven a rozarlo ni a humillarlo con sus epítetos. No. Triunfar forma parte de su carácter. ¡Ja!

De todos los caballeros del rey es el primero,
¡siempre va contento!

Aplicándose de este modo el estribillo a sí mismo salió muy dignamente, seguido muy de cerca por Cavalletto, a quien quizá había obligado a servirlo porque había llegado de algún modo a la conclusión de que no iba a poder desembarazarse de él. El señor Flintwinch, después de rascarse el mentón y mirar esa pocilga con un semblante de cáustico menosprecio, se despidió de Arthur con la cabeza y salió también. El señor Pancks, aún triste y abatido, hizo lo propio, después de escuchar con gran atención un par de instrucciones que Arthur le dio en secreto y de responder entre cuchicheos que resolvería el asunto y que no cejaría en su empeño. El preso, sintiéndose más despreciado, más rechazado y repudiado, más impotente, mucho más triste y acabado que antes, volvió a quedarse solo.

Capítulo XXIX

Un ruego en Marshalsea

Angustias, ojeras y remordimientos son malos compañeros de celda. Pasarse el día cavilando y descansar muy poco por la noche no ayuda a nadie a superar el abatimiento. A la mañana siguiente, Clennam tenía la sensación de que su salud se iba resquebrajando, de que su ánimo estaba resquebrajado ya, y de que el peso que llevaba lo estaba venciendo.

Noche tras noche, se levantaba de esa cama infame a las doce o a la una de la madrugada, se sentaba delante de la ventana, contemplaba las farolas mortecinas del patio y alzaba la vista en busca del primer pálido atisbo del día, horas antes de que el cielo pudiera ofrecérselo. Ahora, cuando llegaba la noche, ya ni siquiera se molestaba en desvestirse.

Pues se había apoderado de él una acuciante inquietud, una dolorosa impaciencia producida por el encierro, por la convicción de que el corazón iba a fallarle, de que iba a morir allí, y eso le causaba un sufrimiento indecible. El sitio le inspiraba tanta repugnancia y tanto odio que le costaba respirar. La sensación de asfixia a veces lo abrumaba de tal modo que se quedaba inmóvil junto a la ventana, con las manos en el cuello, jadeando. Pero, de igual manera, suspirando por respirar otro aire, anhelando franquear esos muros ciegos y mudos, acababa creyendo que la misma intensidad de su deseo lo iba a volver loco.

Muchos presos habían conocido ese estado antes que él; la violencia y la continuidad de la situación los habían dejado exhaustos, igual que a él. Al cabo de dos noches y un día la sensación desapareció y, aunque volvía a ratos, cada vez era menos fuerte y frecuente. Después sobrevino una calma desolada, y, a mediados de semana, se había instalado el desaliento de una fiebre tenue y lenta.

Después de la marcha de Cavalletto y el señor Pancks, Arthur ya no tenía más visitas que temer que la de los señores Plornish. Le preocupaba que esa excepcional pareja se presentara, porque, dado el enfermizo estado de sus nervios, quería estar solo y que no lo vieran tan derrotado, tan débil. Le escribió una nota a la señora Plornish en la que aseguraba que estaba muy atareado con sus asuntos, obligado a dedicarse a ellos, por lo que debía renunciar temporalmente a la agradable distracción de contemplar el afectuoso rostro de su amiga. John hijo iba a verlo todos los días a cierta hora, al terminar el turno de los carceleros, para preguntarle si podía hacer algo por él; pero Arthur siempre fingía estar escribiendo algo y respondía que no en un tono alegre. No habían vuelto a tratar el asunto de la única conversación larga que habían tenido. Sin embargo, pese a tantos cambios desafortunados, él no la había

olvidado.

El sexto día de la semana acordada con Rigaud fue húmedo y caluroso. Parecía que la pobreza, el deterioro y la mugre de la cárcel aumentaban en ese ambiente cargado. Con dolor de cabeza y tremendamente alicaído, Arthur había pasado toda la triste noche sin dormir, oyendo cómo la lluvia caía en el empedrado del patio e imaginando cómo caería con mayor suavidad en la tierra del campo. Un círculo borroso de calima amarilla había ocupado en el cielo el lugar del sol, y el preso se había fijado en la mancha que proyectaba en la pared, y que ya parecía formar parte del estado ruinoso de la cárcel. Había oído cómo abrían la puerta, cómo los pies mal calzados que esperaban fuera entraban con paso cansado, cómo habían empezado a barrer, a accionar la bomba, a mover cosas, todo lo que daba comienzo a la mañana en la cárcel. Tan enfermo y débil se sentía que tuvo que descansar muchas veces mientras se lavaba; finalmente se había arrastrado hasta la silla que estaba al lado de la ventana abierta, y en ella se había quedado dormitando mientras la anciana que le arreglaba la habitación cumplía con sus quehaceres.

Mareado por la falta de sueño y de comida (había perdido el apetito, incluso el sentido del gusto), dos o tres veces había cobrado conciencia, durante la noche, de estar extraviándose. Había oído en el viento cálido fragmentos de melodías y canciones que sabía que no eran reales. Ahora empezaba a adormilarse por el agotamiento y las oyó otra vez; y unas voces parecían hablarle, y él respondió, y se asustó.

Dormitaba y soñaba, incapaz de medir el paso del tiempo: un minuto podría haber sido una hora y una hora, un minuto; tenía la viva impresión de estar viendo un florido jardín, un jardín en el que soplaba un viento húmedo esparciendo levemente el aroma de las flores. Le costó un esfuerzo tan doloroso levantar la cabeza y concentrarse en la imagen, en cualquier otra cosa, que la impresión ya era algo viejo y molesto cuando alzó la vista. Además de la taza en la mesa, vio entonces un exuberante ramillete, un maravilloso ramito de las flores más selectas y hermosas.

Nunca había visto una estampa tan bella. Las cogió, las olió, se las acercó al rostro febril, se las puso en el regazo y abrió las manos cuarteadas encima de ellas, como se abren unas manos frías para recibir el calor del fuego. Sólo después de deleitarse un rato en ellas se preguntó quién las habría mandado; abrió la puerta para preguntarle a la anciana, que debía de haberlas dejado allí, cómo habían llegado. Pero la mujer se había ido, y al parecer hacía mucho tiempo, porque el té que tenía en la mesa estaba frío. Intentó beber un poco pero el olor le resultó insoportable, así que volvió a rastras a la silla junto a la ventana abierta y dejó las flores en la mesita redonda.

Se había mareado por haberse movido; pero, cuando se le pasó el mareo, volvió al estado anterior. Estaba oyendo una de las melodías nocturnas cuando le pareció que

una mano delicada abría la puerta y que, al cabo de un momento, aparecía una figura muda, cubierta por un manto negro. También le pareció que la aparición se quitaba el manto, que éste caía al suelo, y entonces creyó que se trataba de su pequeña Dorrit con el viejo vestido deshilachado. Le pareció que la figura temblaba, que le cogía las manos y que rompía a llorar.

Arthur salió de su letargo y soltó una exclamación. Y entonces vio, en ese querido rostro lleno de amor, de compasión, de dolor, como si fuera un espejo, lo cambiado que estaba; ella se acercó y, poniéndole las manos en el pecho para que no se levantara, arrodillada delante de él, dirigiendo hacia él los labios para besarlo, derramando lágrimas sobre él del mismo modo que la lluvia del cielo se había derramado sobre las flores, la pequeña Dorrit, en carne y hueso, dijo su nombre:

—¡Oh, queridísimo amigo mío! ¡Querido señor Clennam, no quiero verle llorar! Sólo si sus lágrimas son por la alegría de verme. Espero que así sea. ¡Su pobre niña ha vuelto!

Había vuelto con toda su fidelidad, su ternura, sin que la riqueza la hubiera cambiado. Con su voz, con la luz de sus ojos, con el roce de sus manos, ¡tan angelicalmente consoladora y leal!

Mientras Arthur la abrazaba, ella le dijo: «No me habían dicho que estaba usted enfermo», y, pasándole suavemente el brazo por detrás del cuello, hizo que bajara la cabeza hasta su pecho; luego le puso la mano en ella, apoyó la mejilla en la misma mano y lo acarició con el mismo amor, y bien sabe Dios que con la misma inocencia, con que había acariciado a su padre en esa misma habitación, cuando sólo era una niña que necesitaba de los demás todos los cuidados que ella les prodigaba.

Cuando Arthur pudo hablar, le preguntó:

—¿Es posible que hayas venido? ¿Con ese vestido?

—He pensado que preferiría verme con este antes que con cualquier otro. Nunca me he desprendido de él, para no olvidarme de nada, aunque habría sido imposible olvidar. No he venido sola. Me acompaña una vieja amiga.

Arthur echó una ojeada y vio a Maggy, con la enorme cofia que llevaba mucho sin ponerse y una cesta colgada del brazo como antes, y con una enorme y alegre sonrisa.

—Llegué ayer por la tarde a Londres con mi hermano. Casi lo primero lo que hice fue mandar recado a la señora Plornish para tener noticias de usted y decirle que había vuelto. Entonces me enteré de que estaba aquí. ¿Se ha acordado de mí por la noche? Estoy casi convencida de que ha tenido que pensar un poco en mí. Yo he estado pensando en usted con gran preocupación, y me ha parecido que el día tardaba mucho en llegar.

—He pensado en ti...

Arthur no supo qué llamarla, cosa que ella notó inmediatamente.

—Todavía no ha dicho mi nombre de verdad. Ya sabe, en su caso, cuál es mi nombre de verdad.

—He pensado en ti, pequeña Dorrit, cada día, cada hora, cada minuto desde que estoy aquí.

—¿De veras? ¿De veras?

Clennam vio el luminoso gozo del rostro de Amy, y el sonrojo que lo encendía, con una sensación de vergüenza. Él, un hombre acabado, arruinado, enfermo, deshonorado, encarcelado.

—He llegado antes de que abrieran las puertas, pero no he querido subir directamente. Mi presencia le habría causado más mal que bien en un primer momento; porque la prisión me ha resultado tan familiar pero tan ajena, y ha despertado en mí tantos recuerdos de mi pobre padre, y también de usted, que al principio me he sentido abrumada. Pero hemos ido a ver al señor Chivery antes de entrar, él nos ha dejado pasar y nos ha cedido la habitación de John, la que yo ocupaba, como sabe usted, y allí hemos esperado un rato. He dejado las flores en la puerta, pero no me ha oído.

Parecía algo más mujer que cuando se había marchado; y el efecto de maduración obrado por el sol italiano se apreciaba en su rostro. Pero, por lo demás, no había cambiado. La misma sinceridad profunda y tímida que él siempre había visto en ella, que nunca había dejado de emocionarlo, seguía estando ahí. Si había en esa sinceridad un nuevo sentido que lo conmovía hasta el fondo de su corazón, el cambio estaba en su forma de mirarla, no en ella.

Amy se quitó el gorro, lo colgó en el lugar de siempre y empezó silenciosamente, con la ayuda de Maggy, a airear y arreglar, en lo posible, la habitación, y a esparcir por ella una agradable agua perfumada. Después abrió la cesta, llena de uvas y otras frutas, y las guardó con discreción. Y después, con un breve susurro, le pidió a Maggy que mandara a otra persona a llenar la cesta de nuevo. Ésta no tardó en regresar repleta de más provisiones; entre las novedades, lo primero en salir fueron unas bebidas frías y gelatina, así como una previsora cantidad de pollo asado, vino y agua. Una vez concluidas estas tareas, Amy sacó su viejo estuche de costura, dispuesta a coser una cortina para la ventana, y así, con una tranquilidad que se había instalado en la habitación y que parecía extenderse por toda la cárcel, siempre tan ruidosa, Arthur tuvo la sensación de que su ansiedad desaparecía mientras la pequeña Dorrit trabajaba a su lado.

Volver a ver esa modesta cabeza agachada sobre la labor y los dedos ágiles tan entregados a la antigua actividad —aunque Amy no estaba tan concentrada para no poder mirarle frecuentemente con sus ojos compasivos... y, cuando volvía a bajarlos, los tenía llenos de lágrimas—, sentir ese consuelo y ese alivio, saber que toda la devoción de ese elevado espíritu estaba dedicada a él, sumido en la adversidad, y que

ese espíritu vertía sobre él todo su inagotable caudal de bondad, no eliminó el temblor de la voz y del pulso de Arthur, ni curó su debilidad. Pero sí le inspiró una fortaleza interior que crecía junto a su amor. ¡Y cuánto la quería ahora, más de lo que las palabras pueden expresar!

Sentados uno al lado del otro, a la sombra del muro, la oscuridad caía sobre él como si fuera luz. Amy no le dejó hablar mucho; Arthur, recostado en la butaca, la miraba. De vez en cuando ella se levantaba y le daba el vaso para que bebiera, o le alisaba el sitio donde apoyaba la cabeza; luego volvía a sentarse y agachaba la cabeza para continuar con la labor.

La sombra fue desplazándose al mismo tiempo que el sol, pero ella sólo se separaba de su lado cuando quería acercarle algo. El sol se puso y Amy seguía allí; ya había terminado la cortina y no había apartado una mano dubitativa del brazo del sillón desde la última vez que le había tendido algo. Arthur puso su mano sobre la de ella, y Amy se la estrechó con una temblorosa súplica.

—Querido señor Clennam, debo decirle una cosa antes de irme. Llevo retrasándolo toda la tarde, pero debo decírsela.

—Yo también, pequeña Dorrit de mi corazón. He ido retrasando lo que tengo que decirte.

Ella le acercó nerviosa una mano a los labios, como si quisiera que callara, pero después la volvió a bajar, aún temblando.

—No voy a volver a marcharme al extranjero. Mi hermano sí, pero yo no. Él siempre ha estado muy unido a mí, pero ahora me está tan agradecido —demasiado, porque su gratitud sólo se debe a que lo cuidé mientras estuvo enfermo— que me ha dicho que puedo quedarme donde me apetezca, que puedo hacer lo que prefiera. Dice que sólo quiere que sea feliz.

Una estrella brillante lucía en el firmamento. Ella la miró como si fuera el ferviente anhelo de su corazón que parpadeara encima de ella.

—Supongo que ya imagina usted, sin que yo se lo diga, que mi hermano ha vuelto a Inglaterra para abrir el testamento de mi querido padre y para tomar posesión de todos sus bienes. Edward dice que, si hay un testamento, indudablemente voy a ser rica, y que, si no lo hay, será él quien me convierta en una persona acaudalada.

Arthur quiso decir algo, pero ella levantó otra vez la mano trémula y se calló.

—Yo no sé qué utilidad darle al dinero, no lo quiero. Para mí no tendría ningún valor si no pudiera beneficiarlo a usted. No puedo ser rica y dejar que usted siga aquí. Si usted sufre, yo viviré algo mucho peor que la pobreza. ¿Me permite prestarle todo lo que tengo? ¿Me permite dárselo? ¿Me permite demostrarle que nunca he olvidado y que nunca olvidaré cómo me protegió cuando yo vivía aquí? Querido señor Clennam, ¡hágame la persona más feliz del mundo y dígame que sí! Deje que salga hoy de aquí lo más contenta posible y no me responda esta noche, deje que me vaya

con la esperanza de que se lo va a pensar detenidamente, y que, por mí, no por usted, por mí, sólo por mí, me va a dar la alegría más grande que puedo esperar en este mundo, que es saber que le he sido útil, que he pagado con afecto y gratitud una pequeña parte de la deuda que he contraído con usted. No soy capaz de decir lo que quiero decir. No soy capaz de venir a verlo aquí, donde he vivido tanto tiempo, de pensar que está usted aquí, donde he visto tantas cosas, y ofrecerle toda la tranquilidad y el consuelo que se merece. Las lágrimas acabarían empañando mis ojos. No puedo contenerlas. ¡Se lo ruego, se lo ruego, no se aleje de su pequeña Dorrit, ahora, en este desgraciado momento! ¡Se lo ruego, se lo suplico y se lo imploro de todo corazón, amigo mío... querido mío... acepte todo lo que tengo y conviértalo en una bendición para mí!

La estrella había iluminado su rostro hasta ese instante; ahora lo hundió en la mano de Arthur y en la suya propia.

La oscuridad era más intensa cuando él la obligó a levantarse con el brazo que la rodeaba y le respondió tiernamente:

—No, pequeña Dorrit de mi alma. No, niña mía. No voy a consentir ese sacrificio. La libertad y la esperanza me serían tan gravosas, obtenidas a un precio tan elevado, que no soportaría su peso, no aguantaría el reproche de haberlas conseguido. Pero ¡juro que digo esto con toda mi gratitud y mi amor!

—Pero ¿no me permite demostrarle mi lealtad en su infortunio?

—Soy yo, querida mía, quien quiere serte leal. Si en aquella época en que éste era tu hogar y éste tu vestido me hubiera conocido mejor a mí mismo (y hablo sólo por mí); si hubiera interpretado mejor los secretos de mi corazón; si, a pesar de mi retraimiento y de la poca confianza en mí mismo, hubiera reconocido una luz que veo ahora con toda intensidad, cuando ya ha desaparecido y cuando mis débiles piernas no pueden alcanzarla; si entonces hubiera sabido y te hubiera dicho que te quería y te respetaba, no como una pobre niña, que es como solía llamarte, sino como una mujer cuya mano sincera me habría elevado por encima de mí mismo, convertido en un hombre mejor, más feliz; si hubiera aprovechado la oportunidad que ya no va a repetirse.... ¡Ojalá lo hubiera hecho! Si algo nos hubiera separado en ese momento, cuando las cosas no me iban del todo mal, cuando tú eras pobre, podría haber respondido al noble gesto de ofrecerme tu fortuna, querida niña, con otras palabras, aunque todavía me habría dado vergüenza tocar tu dinero. Pero, dada la situación, ¡nunca debo tocarlo, nunca!

Ella le suplicó con sus manitas, más conmovedora y fervientemente de lo que habría podido hacer con palabras.

—El oprobio que sobre mí ha caído ya es suficiente, pequeña Dorrit. No puedo rebajarme a tanto y arrastrarte conmigo, a ti que eres tan generosa, tan buena, a quien tanto quiero. ¡Que Dios te bendiga y que Dios te lo pague! Pero ya es imposible.

Arthur la abrazó como si fuera su hija.

—Siempre he sido mucho más viejo y mucho más tosco y siempre he valido mucho menos que tú; los dos tenemos que olvidar todo lo que fui, tenemos que verme sólo como lo que soy ahora. Te voy a dar un beso de despedida, niña mía, que podrías haber sido algo más para mí, a quien no podría querer más... Te beso como un hombre arruinado, ajeno a ti, alejado para siempre de ti, cuya vida ha acabado, mientras que la tuya está empezando. No tengo valor para pedirte que olvides mi humillación; sólo te ruego que me recuerdes tal como soy.

Empezó a sonar la campana que indicaba a los visitantes que debían marcharse. Arthur cogió el manto de Amy de la pared y se lo puso sobre los hombros con ternura.

—Otra cosa, pequeña Dorrit. Me cuesta recordarte esto, pero es necesario. Esta cárcel y tú ya no tenéis nada que ver. ¿Me has entendido?

—¡Ay! ¡No me diga que no puedo volver! —gimió Amy, llorando amargamente y levantando, suplicante, las dos manos entrelazadas—. ¡No me irá a dar la espalda de este modo!

—Te lo diría si pudiera, pero también me falta valor para renunciar a tu rostro tan querido y abandonar toda esperanza de volver a verlo. Pero ¡no vuelvas pronto y no vengas con frecuencia! Este sitio está manchado, y yo sé que llevo su mancha sobre mí. Tu sitio está en lugares mejores y más luminosos. No debes volver, pequeña Dorrit; tienes que buscar caminos muy distintos, mucho más felices. ¡Y que Dios te proteja en ellos! ¡Que Dios te colme de dones!

Maggy, que se había puesto muy triste, exclamó en ese instante:

—¡Oh, llévelo a un hospital, llévelo a un hospital, madre! Nunca volverá a ser el de antes si no lo llevamos a un hospital. Y así la muchacha que estaba siempre hilando en la rueca podrá abrir el armario con la princesa y decir: «¿Por qué guardáis aquí el pollo?». Y así podrán sacarlo y dárselo al hombre, ¡y todos serán felices!

Esta interrupción les sirvió para darse cuenta de que la campana casi había dejado de sonar. Arthur volvió a arrebujar a la pequeña Dorrit en el manto y, llevándola del brazo (aunque, si no hubiera sido por su visita, casi no habría tenido fuerzas ni para andar), la acompañó al piso de abajo. Amy fue la última visitante que cruzó la portería; y la puerta rechinó con fuerza y desesperación al cerrarse después de que la joven saliera.

Con la campanada fúnebre que en ese momento sonó en el corazón de Arthur, volvió también la sensación de debilidad. Le costó subir las escaleras para volver a su cuarto; entró de nuevo en ese recinto cerrado, oscuro y solitario, presa de un pesar indescriptible.

Cuando ya casi era medianoche y la cárcel llevaba mucho tiempo envuelta en silencio, oyó unos cautelosos crujidos en la escalera y unos cautelosos golpecitos de

llave en la puerta. Era John hijo, que entró sigilosamente en calzones, cerró la puerta y dijo entre susurros:

—Esto contraviene todas las normas, pero me da lo mismo. Había tomado la firme decisión de cruzar toda la cárcel para verlo.

—¿Qué ha pasado?

—No ha pasado nada, señor. Cuando la señorita Dorrit ha salido al patio, yo estaba esperándola. He pensado que a usted le habría gustado que alguien cuidara de ella.

—¡Gracias, gracias! ¿La ha acompañado a su casa, John?

—A su hotel. El mismo en el que se hospeda el señor Dorrit. La señorita Dorrit ha ido todo el camino a pie, y ha hablado conmigo con tanta amabilidad que me ha dejado anonadado. ¿Por qué cree usted que no ha cogido un coche?

—No lo sé, John.

—Para hablar de usted. Me ha dicho: «John, siempre ha sido usted un hombre de honor, y, si me promete cuidar de él, y no permitir que le falten ayuda ni comodidades cuando yo no esté, me quitará un peso de encima». Se lo he prometido. Así que estaré a su lado, señor —declaró John Chivery—, ¡siempre!

Clennam, muy conmovido, le tendió la mano a esa alma honrada.

—Antes de darle la mano —avisó John, mirando la de Arthur y sin despegarse de la puerta—, adivine qué mensaje me ha dado la señorita Dorrit.

Clennam hizo un gesto con la cabeza para indicar que no lo adivinaba.

—Dígale —prosiguió el muchacho, repitiendo las palabras de Amy con una voz clara aunque trémula— que su pequeña Dorrit le envía su amor eterno. —Y añadió —: Ya se lo he entregado. ¿Me he portado de forma honrosa, señor?

—¡Mucho, mucho!

—¿Le dirá a la señorita Dorrit que me he portado de forma honrosa?

—No le quepa duda.

—Pues aquí tiene mi mano, señor —concluyó John—. ¡Siempre estaré a su lado!

Tras un enérgico apretón, el joven desapareció por las escaleras con el mismo crujido cauteloso, avanzó sigilosamente y sin zapatos por el pavimento del patio, cerró la puerta al pasar y llegó a la entrada, donde había dejado el calzado. Si el camino hubiera estado sembrado de rejas de arado incandescentes, sin duda el joven lo habría recorrido con la misma devoción y el mismo celo.

Capítulo XXX

Se acerca el desenlace

Llegó el último día del plazo de una semana a los barrotes de la entrada de Marshalsea. Negras toda la noche, desde que la puerta se había cerrado ruidosamente tras la pequeña Dorrit, las franjas de hierro se convirtieron, en los albores del sol, en franjas de oro. En toda la ciudad, por encima de la mezcolanza de tejados, a través de las celosías de las torres de las iglesias, se iban posando los rayos largos y brillantes, los barrotes de la prisión en la que todos vivimos.

En todo el día ningún visitante perturbó la vieja casa protegida por la verja. Sin embargo, mientras se ponía el sol, llegaron tres hombres y se encaminaron a la casa destartalada.

El primero era Rigaud, que caminaba solo, fumando. El señor Baptist, el segundo, iba a buen paso detrás del francés, sin fijarse en nada más. El tercero era el señor Pancks, con el sombrero bajo el brazo para liberar así su rebelde mata de pelo, pues hacía muchísimo calor. Los tres llegaron a la vez a la puerta.

—¡Par de majaderos! —exclamó Rigaud, dándose la vuelta—. ¡No os vayáis todavía!

—No pensábamos hacerlo —replicó Pancks.

Con una oscura mirada en respuesta a esta réplica, Rigaud llamó con furia a la puerta. Había bebido en abundancia para prepararse a conciencia el papel que iba a desempeñar, y estaba impaciente por empezar. Apenas se había apagado el eco de un prolongado y sonoro golpe cuando volvió a coger la aldaba y a llamar de nuevo. El ruido aún se oía cuando Jeremiah Flintwinch abrió la puerta, y todos entraron estruendosamente en el vestíbulo de piedra. Rigaud apartó de un empujón a Flintwinch y subió directamente al piso superior. Sus dos acompañantes lo siguieron; Jeremiah siguió a los recién llegados, y los cuatro invadieron como una tropa la tranquila habitación de la señora Clennam, donde todo seguía en su estado habitual, con la salvedad de que una de las ventanas estaba abierta de par en par, y de que Affery, en el anticuado banco de esa ventana, zurría unas medias. En la mesita se veían los objetos de siempre, en la chimenea ardía el fuego mortecino de siempre, el paño fúnebre de siempre cubría la cama, y la señora de la casa estaba sentada en aquel sofá negro que parecía un ataúd, apoyada en el cojín anguloso que recordaba al tajo de un verdugo.

No obstante, un vago ambiente de expectación se respiraba en la estancia, como si la hubieran arreglado para una ocasión importante. Aparentemente (todos y cada uno de los múltiples objetos ocupaban el sitio del que no se habían movido desde hacía

años) nadie podría haber llegado a tal conclusión sin observar con atención a la señora; sin haber visto, además, su rostro con anterioridad. Aunque los pliegues no habían sufrido la menor alteración en su vestido negro e inmutable, y aunque la señora Clennam defendía con rigor su actitud inmutable, la huella de un leve hundimiento en sus rasgos y de una contracción en su ceño sombrío era tan marcada que marcaba también todo cuanto la rodeaba.

—¿Ésos quiénes son? —preguntó asombrada al ver a los dos acompañantes—. ¿Qué han venido a hacer aquí?

—¿Quiénes son, inquiera usted, *madame*? —respondió Rigaud—. Pues amigos de su hijo el encarcelado. ¿Y qué han venido a hacer aquí? Le juro, *madame*, que no lo sé. Tendría que preguntárselo usted.

—Pero si usted nos ha dicho en la puerta que no nos fuéramos todavía —le recordó Pancks.

—Y ustedes me han respondido en esa misma puerta que no pensaban marcharse —replicó Rigaud—. Hablemos claro, *madame*: permita que le presente a dos espías del preso; majaderos, pero espías. Si quiere que se queden durante nuestra pequeña conversación, pídaselo. A mí me da igual.

—¿Y por qué voy a querer que se queden? —respondió la señora Clennam—. ¿Qué tengo yo que ver con ellos?

—En tal caso, queridísima señora —prosiguió Rigaud mientras se desplomaba en una butaca con tanta fuerza que todo retumbó en la vieja estancia—, haría bien en pedirles que se marcharan. La orden le corresponde a usted. Desde luego, no son espías míos ni esbirros míos.

—¡Oiga! ¡Pancks! —exclamó la anciana, mirando enfadada al interpelado y con el ceño fruncido—. ¿Usted no es empleado de Casby? Pues vaya a ocuparse de los asuntos de su patrón y de los suyos. Váyase. Y llévese a ése con usted.

—Gracias, señora —dijo Pancks—. Me alegra declarar que no veo impedimento alguno. Hemos cumplido todo lo que nos encargó el señor Clennam. Lo que más le preocupaba (y más le preocupó en la cárcel) era que este simpático caballero volviera a esta casa, al lugar en el que lo habían visto por última vez. Aquí está; ya ha vuelto. Y voy a decirle a este señor a la cara, a esa cara tan perversa —añadió—, que, en mi opinión, el mundo no perdería nada si él desapareciera para siempre.

—Nadie le ha pedido su opinión —le dijo la señora Clennam—. Váyase.

—Lamento no dejarla mejor acompañada —añadió Pancks—, y lamento también que el señor Clennam no pueda estar aquí. Ha sido por mi culpa.

—Querrá decir que ha sido culpa de Arthur.

—No, ha sido mía, señora —insistió Pancks—, pues yo tuve la desgracia de sugerirle que hiciera una inversión ruinosa. —El hombrecillo seguía aferrándose a esta expresión y nunca hablaba de especulación—. Aunque puedo demostrar con

cifras —añadió con cara de angustia— que habría sido una buena inversión. Desde la hecatombe he revisado los números todos los días, y todo encajaba. No es momento ni lugar —dijo mirando con esperanza el sombrero, donde guardaba sus papeles— para detenernos en los números, pero mis cálculos son impecables. A estas alturas el señor Clennam tendría que estar paseándose en un coche de dos caballos, y yo, disponer de un patrimonio de entre tres mil y cinco mil libras.

El señor Pancks se puso el pelo de punta con tal expresión de seguridad en sí mismo que no habría sido mayor si hubiera tenido esa cantidad en el bolsillo. Los cálculos indiscutibles habían ocupado todo su tiempo libre desde que había perdido el dinero, y estaban destinados a procurarle un gran consuelo hasta el fin de sus días.

—Bueno —prosiguió el hombrecillo—, ya hemos hablado demasiado de esta cuestión. *Altro*, muchacho, usted ha visto las cifras y los resultados que dan.

El señor Baptist, que no tenía el menor conocimiento matemático para comprender tales asuntos, asintió enseñando unos dientes espléndidos y relucientes. Flintwinch, que no le había quitado el ojo de encima, le preguntó entonces:

—Ah, claro, ¿es usted, verdad? Me ha parecido reconocer su cara, pero no he estado seguro hasta verle los dientes. ¡Desde luego! Se trata de aquel solícito refugiado —le aclaró a la señora Clennam— que se presentó aquí la noche en que vinieron Arthur y la cotorra esa, el que me hizo un sinfín de preguntas sobre el señor Blandois.

—Es cierto —reconoció alegremente el señor Baptist—. ¡Y mírelo, *padrone!* Consecuentamente, lo he encontrado.

—Pues a mí no me habría importado que, consecuentamente —replicó Flintwinch—, se hubiera roto usted el pescuezo.

—Ahora —prosiguió el señor Pancks, que no había dejado de mirar subrepticamente el banco de la ventana y la media que allí se zurcía— sólo quiero añadir una cosa antes de marcharme. Si el señor Clennam estuviera aquí, aunque por desgracia, pese a que al menos ha conseguido vencer a este magnífico caballero y lo ha obligado a volver a esta casa en contra de su voluntad, está enfermo y entre rejas... enfermo y entre rejas, pobre hombre... si estuviera aquí —continuó Pancks, acercándose al banco y poniendo la mano derecha encima de la media— diría: «¡Affery, cuente sus sueños!».

El hombrecillo blandió el índice derecho entre su nariz y la media con un fantasmagórico gesto de advertencia, se dio la vuelta, salió exhalando nubes de vapor y remolcando en su estela al señor Baptist. Se oyó que la puerta de la calle se cerraba después de que salieran, se oyeron también los pasos de ambos en el desgastado empedrado del patio lleno de ecos, pero nadie dijo nada. La señora Clennam y Jeremiah se habían mirado el uno al otro y después habían empezado a mirar, y seguían mirando, a Affery, que zurcía la media con gran constancia.

—¡Veamos! —exclamó Flintwinch al fin, acercándose con el cuerpo retorcido al banco y frotándose a su espalda las palmas de las manos, como si las estuviera preparando para algo—. Será mejor que nos digamos lo que nos tenemos que decir y que dejemos de perder el tiempo. ¡Affery, mujer, sal de aquí!

En un santiamén, ésta dejó la media, se incorporó de un respingo, se agarró al alféizar con la mano derecha, apoyó la rodilla derecha en el banco y empezó a hacer aspavientos con la mano izquierda, como ahuyentando a unos agresores muy esperados.

—¡No, Jeremiah, no! ¡No me voy! ¡Me niego a irme, me quedo! Me voy a enterar de todo lo que no sé y voy a contar todo lo que sé. Lo haré, por fin, aunque me cueste la vida. ¡Lo haré, lo haré, lo haré, lo haré!

El señor Flintwinch, rígido de indignación y asombro, se mojó en los labios los dedos de una mano, dibujó con ellos un leve círculo en la palma de la otra y continuó acercándose a su mujer con el cuerpo retorcido, diciendo algo entre jadeos; de sus palabras, en medio de su rabia sin escape, sólo se entendió lo siguiente: «¡Menuda te vas a llevar!».

—¡Ni un paso más, Jeremiah! —exclamó Affery, sin dejar de dar manotazos al aire—. ¡Como des un paso más despierto a todo el vecindario! ¡Me tiro por la ventana! ¡Anunciaré a gritos que ha habido un incendio, un asesinato! ¡Resucitaré a los muertos! ¡Ni un paso más, o daré unos alaridos capaces de sacar a los muertos de su tumba!

La voz firme de la señora Clennam también dijo: «¡Ni un paso más!». Jeremiah ya se había detenido.

—Se acerca el desenlace, Flintwinch. Déjela. Affery, ¿me traiciona usted al cabo de tantos años?

—Sí, si es traicionarla enterarme de lo que no sé y contar lo que sé. Ya he despertado y no puedo volver atrás. Estoy decidida. ¡Lo haré, lo haré, lo haré! Si eso es traicionarlos, sí, los traiciono a ustedes dos, par de listos. Cuando Arthur volvió a casa le dije que no se achantara ante ustedes. Le aseguré que, por mucho miedo me dieran a mí, él no tenía ningún motivo para temerlos. Desde entonces ha pasado de todo, y ya no voy a permitir que Jeremiah me asuste, ya no voy a asustarme, ni a aturdirme ni a ser parte de una trama que desconozco. ¡No, no y no! Defenderé a Arthur ahora que se ha quedado sin nada, que está enfermo y en la cárcel, que no puede defenderse por sí mismo. ¡Lo haré, lo haré, lo haré!

—¿Y cómo sabe usted, cabeza de chorlito —replicó la señora Clennam con severidad—, que, reaccionando de este modo, está ayudando a Arthur?

—No estoy segura de nada —respondió Affery—, y, si alguna vez me ha hablado usted con sinceridad, ha sido al llamarme cabeza de chorlito, porque ustedes dos, par de listos, han hecho todo lo posible para que yo viviera aturdida. Me casaron sin tener

en cuenta mi opinión, y desde entonces me han obligado a llevar una existencia inaudita, dominada por los sueños y el miedo; ¿acaso esperaban que no me convirtiera en una cabeza de chorlito? Eso han querido que fuera, y eso soy, pero ya no voy a someterme más. ¡No, no y no!

Mientras tanto, seguía dando manotazos al aire a diestro y siniestro.

Tras observarla en silencio, la señora Clennam miró a Rigaud:

—Ya ha visto y oído a esta necia. ¿Le molesta que se quede donde está y que siga distrayéndonos?

—¿A mí, *madame*? —respondió el interpelado—. Eso tiene que decidirlo usted.

—No —aseguró la anciana con aire sombrío—. A mí me quedan pocas cosas por decidir. Flintwinch, se acerca el desenlace.

Jeremiah reaccionó a este comentario con una mirada colérica y vengativa dirigida a su mujer, y después, como si quisiera contenerse para no abalanzarse sobre ella, metió los brazos cruzados en la pechera del chaleco, y, con el mentón casi pegado a uno de los hombros, se instaló en una esquina, vigilando a Rigaud con una actitud de lo más extraña. Este último, por su parte, se levantó de la silla y se sentó en la mesa con las piernas colgando. Con esa cómoda postura miró el rostro imperturbable de la señora Clennam, mientras el bigote le subía y le bajaba.

—*Madame*, soy un caballero...

—Del cual me han llegado referencias muy poco halagüeñas —lo interrumpió la dama—, relacionadas con una cárcel francesa y una acusación de asesinato.

Él le mandó un beso con su exagerada galantería y respondió:

—Estoy al corriente. Lo sé. ¡Y dicen que maté a una dama! ¡Qué absurdo! ¡Qué increíble! En esa ocasión tuve el honor de obtener una gran victoria, y espero tener el mismo honor ahora. Le beso las manos, *madame*. Tal y como le decía, soy un caballero, que, cuando declara que va a dejar zanjado un asunto en una reunión, lo hace. Le anuncio que hemos llegado a la última reunión vinculada con el asuntillo que nos une. ¿Me hace usted el favor de escucharme y seguir mis razonamientos?

La señora Clennam, sin despegar los ojos de él y con cara de pocos amigos, respondió:

—Sí.

—Pues no sólo eso: soy un caballero a quien los acuerdos comerciales puramente mercenarios resultan ajenos, pero para quien el dinero siempre es aceptable como medio para procurarse placeres. ¿Me está haciendo usted el favor de escucharme y seguir mis razonamientos?

—La respuesta me parece evidente. Sí.

—No sólo eso: soy un caballero de temperamento sumamente agradable y cordial, pero que, si se le buscan las cosquillas, monta en cólera. En tales circunstancias, las almas nobles montan en cólera. Yo tengo un alma noble. Cuando

despiertan al león, es decir, cuando monto en cólera, tanto me vale el dinero como aplacar mi animosidad. ¿Sigue usted haciéndome el favor de escucharme, de seguir mis razonamientos?

—Sí —respondió la anciana, un poco más fuerte que antes.

—No se altere por mí; esté tranquila, se lo ruego. Ya le he dicho que hemos llegado a nuestra última reunión. Permítame que le recuerde las otras dos que ya hemos celebrado.

—No es necesario.

—¡Caramba, *madame*, me apetece recordárselas! —gritó Rigaud—. Además, así vamos al grano. La primera fue limitada. Tuve el honor de conocerla, de presentarle mi carta; soy un caballero y un erudito a su servicio, *madame*; mis refinados modales me han hecho triunfar como profesor de idiomas extranjeros entre sus compatriotas, que normalmente se relacionan entre ellos con la rigidez del almidón, pero que en seguida bajan la guardia ante un caballero de otro país y refinados modales... Tuve el honor de conocerla y observar un par de detalles —añadió mientras recorría la habitación con la vista y sonreía— sobre este respetable hogar; gracias a ellos supe que había tenido el gran placer de encontrar a la dama que buscaba. Lo había conseguido. Le di mi palabra de honor a nuestro querido Flintwinch de que volvería. Me marché con toda elegancia.

En el rostro de la señora Clennam no se vio señal alguna de confirmación ni de desacuerdo. La anciana no cambiaba de expresión cuando Rigaud hablaba ni cuando callaba, pero en ella se seguía apreciando la misma concentración, la misma cara agriada y la misma actitud sombría, que revelaban que se había preparado para este momento.

—Y digo que me marché con elegancia porque la demostré al retirarme sin afligir a una dama. La elegancia moral, tanto como la física, forma parte del carácter de Rigaud Blandois. Marcharme dejando una sombra que se cernía sobre usted, para que aguardara mi vuelta con cierta angustia cualquier día inesperado, también fue una decisión estratégica. Pero es que yo, servidor suyo, soy un gran estratega. ¡Y tanto que soy un gran estratega! No nos distraigamos. Ese día inesperado tuve el honor de volver a presentarme en su casa. Le confesé que quería venderle algo que, si no compraba, pondría en grandes aprietos a *madame*, a quien tantísimo aprecio. Pero me estoy expresando con vaguedad. Le pedí... creo que fueron mil libras. Corrijame si me equivoco.

Al verse obligada a manifestarse, la señora Clennam respondió incómoda:

—Sí, me pidió mil libras.

—Ahora le pido dos mil. Es lo malo de los retrasos. Pero no nos desviemos. No llegamos a un acuerdo; en esa reunión no nos entendimos. Soy un hombre bromista; el buen humor forma parte de mi cordial carácter. Les gasté una broma y fingí que me

habían asesinado y que habían ocultado mi cadáver. Porque quizá a *madame* le compensaba pagar la mitad de esa cantidad para librarse de las sospechas que mi divertida idea creaba. Las casualidades y los espías confabularon y me estropearon la broma, justo cuando el fruto estaba a punto de caer, aunque esto último no lo sabe nadie, sólo Flintwinch y usted. Y ahora, *madame*, aquí estoy por última vez. ¡Escúcheme bien! La última, definitivamente.

Mientras daba un golpe con los talones desgastados en el borde de la mesa y contemplaba con insolencia el gesto serio de la señora Clennam, su tono de voz empezó a adquirir un matiz más violento.

—¡Bueno! ¡No vayamos tan deprisa! Paso a paso. Aquí tiene el recibo de hotel que debe pagar, según lo estipulado. Es posible que dentro de cinco minutos estemos con las espadas en alto. Prefiero no postergar el pago, porque si no me engañará. ¡Deme el dinero! ¡Cuéntelo delante de mí!

—Coja el recibo y págueselo, Flintwinch —ordenó la señora Clennam.

Rigaud tiró el recibo a la cara de Jeremiah cuando éste se acercó; extendió el brazo y repitió con voz de trueno:

—¡Págúeme! ¡Cuenta el dinero delante de mí! ¡Nada de moneda falsa!

Jeremiah recogió el papel, consultó el total con los ojos inyectados en sangre, se sacó del pantalón una bolsita de lona y fue depositando la cantidad indicada en la mano de Rigaud.

El francés hizo sonar las monedas, las sopesó, tiró unas cuantas al aire, las cogió y las hizo sonar de nuevo.

—Este sonido, para el audaz Rigaud Blandois, es como el sabor de la carne fresca para un tigre. Respóndame, *madame*. ¿Cuánto?

Se volvió hacia ella de pronto, con un gesto amenazador de la mano cerrada en la que guardaba las monedas, como si fuera a darle un puñetazo.

—Le repito, como ya le he dicho, que aquí no somos ricos, como usted cree, y que su exigencia resulta excesiva. En este momento no dispongo de medios para satisfacerla, si se diera el caso de que hubiera decidido hacerlo.

—¡Si se diera el caso! —exclamó Blandois—. ¡Dice la dama que si se diera el caso! ¿Insinúa usted que ha decidido no hacerlo?

—No he insinuado nada, no interprete mis palabras según le convenga.

—Pues entonces dígame. Cuénteme qué ha decidido. ¡Rápido! Acláreme qué ha decidido, para que sepa cómo debo actuar.

La respuesta de la señora Clennam no fue más rápida ni más lenta:

—Parece que ha conseguido usted apoderarse de un papel... de unos papeles que pienso recuperar, sin ningún género de duda.

Rigaud, con una ruidosa carcajada, dio un golpe en la mesa con los talones e hizo sonar nuevamente las monedas:

—¡Esa impresión tengo! ¡Ahí la creo!

—Cabe la posibilidad de que considere que esos documentos valen cierta cantidad de dinero. No sé a cuánto asciende esa cantidad.

—¡Cómo es posible! —rugió Rigaud—. ¿Ni siquiera después de que le haya concedido una semana para pensárselo?

—¡No! Dado lo exiguo de mi situación económica, pues le repito que en esta casa somos pobres, no ricos, no le voy a ofrecer cualquier precio por un documento que no conozco a fondo ni sé cuánto daño puede causar. Es la tercera vez que viene usted aquí con indirectas y amenazas. Hable claro, o vaya donde quiera y haga lo que le plazca. Prefiero quedar atrapada en los muelles de una ratonera antes que verme a merced de un gato como usted.

Rigaud clavó en ella con tanta dureza esos ojos demasiado juntos que la mirada de cada ojo, al cruzarse con la del otro, parecía torcerle el caballete de la nariz. Después de una larga inspección, declaró, con una nueva exhibición de su sonrisa diabólica:

—¡Es usted una mujer osada!

—Soy una mujer firme.

—Siempre lo ha sido. ¿Verdad? ¿A que siempre lo ha sido, Flintwinch mío?

—Flintwinch, no responda. Lo que tiene que hacer este hombre es decir ahora mismo todo lo que quiera decir, o irse a otro lado a hacer todo lo que quiera hacer. Ya sabe que eso es lo que habíamos acordado. Que actúe como estime oportuno.

La anciana no se amilanó ante la mirada perversa de Rigaud ni desvió la suya. Él insistía en mirarla, pero ella no depuso en lo más mínimo su actitud. Rigaud se bajó de la mesa, colocó una silla cerca del sofá, se sentó en ella, apoyó un brazo en el sofá, cerca del de la señora Clennam, y rozó a la dama, cuyo rostro ceñudo seguía concentrado e inmóvil.

—Entonces veo que me concede usted permiso, *madame*, para contar un episodio de la historia de su familia en esta pequeña reunión también familiar —dijo, recorriendo el brazo de la anciana con sus ágiles dedos, como si la estuviera avisando de algo—. Tengo ciertas nociones de medicina. Déjeme tomarle el pulso.

Ella permitió que le cogiera la muñeca. Mientras la sostenía, Blandois añadió:

—Se trata de la historia de una extraña boda, de una extraña madre, de una venganza y de un ocultamiento... ¡Caramba, caramba! ¡Este pulso se está acelerando de forma notable! Tengo la impresión de que, desde que se lo estoy tomando, ha doblado su velocidad. ¿Son éstos los síntomas habituales de su enfermedad, *madame*?

La señora Clennam luchó con el brazo impedido para zafarse de él, pero su rostro no delataba que estuviera luchando. En el de Rigaud no se había esfumado la sonrisa.

—He vivido una vida llena de aventuras. Mi carácter es aficionado a ellas. He conocido a muchos aventureros, almas interesantes, ¡una grata compañía! A uno de

ellos le debo la información y las pruebas —repito, estimada dama: las pruebas— de la fascinante historia familiar que voy a contar. Van a quedar embelesados. ¡Ah, qué descuido! A las historias hay que ponerles un título. Podría decir que es la historia de una casa... Bueno, da igual. Casas hay muchas. Diré que es la historia de esta casa.

Cerca del sofá, con la silla hacia atrás inclinada sobre dos patas, apoyándose en el codo izquierdo; dándole golpecitos en el brazo a la señora Clennam, para que ésta no se perdiera ni una sola de sus palabras; cruzando las piernas; peinándose a veces con la mano izquierda, otras alisándose el bigote, otras tocándose la nariz, siempre con un ademán amenazante dirigido a la anciana; vulgar, insolente, insaciable, cruel y poderoso, Rigaud retomó la narración muy tranquilamente:

—En resumidas cuentas: sí, es la historia de esta casa. Empiezo a contarla. Vivían aquí, imaginemos, un tío y un sobrino. El tío, un caballero anciano, rígido, de fuerte carácter; el sobrino siempre tímido, anulado, vigilado.

Affery, que no perdía detalle desde el banco de la ventana mientras mordía un borde enrollado del delantal y temblaba de pies a cabeza, exclamó entonces:

—¡Jeremiah, ni te acerques! En mis sueños he oído hablar del padre de Arthur y del tío del padre de Arthur. Se está refiriendo a ellos. Yo no llegué a conocerlos, pero en mis sueños he oído que el padre fue un pobre hombre, indeciso, asustadizo, que de pequeño había aprendido a tenerle miedo a todo excepto a su existencia de huérfano, y que no tuvo ni voz ni voto siquiera para elegir esposa, que su tío se la escogió. ¡Es esa mujer que está ahí! Lo he oído en sueños, y además tú mismo lo has hablado con ella.

Mientras el señor Flintwinch amenazaba con el puño a Affery y la señora Clennam miraba a la criada de hito en hito, Rigaud le mandó un beso.

—Cuánta razón, querida señora Flintwinch. Tiene usted un talento especial para soñar.

—No necesito sus halagos —replicó Affery—. A usted no tengo nada que decirle. Pero ¡Jeremiah me convenció de que eran sueños míos, y como tales los voy a contar!

Entonces la criada volvió a llevarse el delantal a la boca, como si quisiera hacer callar a otra persona, quizá a Jeremiah, que murmuraba amenazas entre dientes como si tiritara de frío.

—Nuestra querida *madame* Flintwinch —continuó Rigaud— ha desarrollado tan de repente una sensibilidad y una espiritualidad tales que no cabe sino asombrarse. Sí. Así sigue la historia. El señor tío obligó al sobrino a casarse. El señor le dijo, de hecho: «Sobrino mío, te presento a una dama de fuerte carácter, como yo; una dama firme, una dama seria, una dama con una férrea voluntad capaz de doblegar a los débiles, una dama que no conoce la compasión ni el amor, implacable, vengativa, fría como el mármol pero con una rabia tan ardiente como el fuego». ¡Ah! ¡Qué fortaleza! ¡Qué potencia intelectual tan superior! No cabe duda: un carácter orgulloso y noble

que describo tal como imagino las palabras del señor tío. ¡Ja, ja, ja! ¡Por todos los diablos, cómo me gusta esta dulce dama!

El semblante de la señora Clennam había cambiado. Ahora tenía un color inusitado y oscuro, y el ceño más fruncido.

—*Madame, madame* —añadió Rigaud dándole más golpecitos en el brazo, como si probara con su mano cruel cómo sonaba un instrumento musical—, noto que he despertado su interés. Noto que me mira con simpatía. ¡Sigamos!

Sin embargo, antes de continuar, tuvo que ocultar un instante con la mano blanca esa nariz que bajaba y ese bigote que subía; le causaba un gran placer el efecto conseguido.

—Dado que el sobrino era, como ha señalado la lúcida señora Flintwinch, un pobre diablo que, a fuerza de pasar miedo y hambre, se aferraba a su vida de huérfano... el sobrino agachó la cabeza y respondió: «Tío, es usted quien decide. ¡Haga lo que le parezca!». El señor tío hizo lo que le pareció. Siempre se conducía así. La boda se celebró con todos los buenos auspicios; los recién casados se instalaron en esta preciosa mansión; es de suponer que a la dama la recibió Flintwinch. ¿Eh, pedazo de intrigante?

Jeremiah, sin apartar la vista de su señora, no respondió. Rigaud observó alternativamente a uno y otro, se tocó la fea nariz y chasqueó la lengua.

—La dama no tardó en descubrir algo singular y apabullante. A raíz de eso, dominada por la ira, por los celos, por la sed de venganza, planeó una forma de desquitarse... ¡sí, usted, señora! De forma muy ingeniosa, logró que el derrotado marido llevara el peso de su venganza y fuera él quien la ejecutara contra su enemigo. ¡Qué inteligencia superior!

—¡No te acerques, Jeremiah! —gritó Affery, acalorada, quitándose el delantal de la boca—. ¡Éste es uno de mis sueños! ¡Se lo contaste tú a la señora una tarde de invierno, mientras discutías con ella a la hora del ocaso! Ella estaba ahí y tú, mirándola, le dijiste que no tendría que haber permitido que Arthur, al volver a casa, sospechara únicamente de su padre, que ella siempre había tenido la fuerza y el poder, y que tendría que haber defendido al padre. En ese sueño también le decías que ella no era... que no era algo, pero no sé el qué, porque se enfadó muchísimo y te obligó a callar. Conoces el sueño tan bien como yo. Lo tuve el día que bajaste a la cocina con la palmatoria y me quitaste el delantal de la cabeza. El día que me aseguraste que había estado soñando. El día que te negaste a creer que se oían ruidos.

Después de esta explosión, Affery se tapó otra vez la boca con el delantal, sin separar la mano del alféizar ni la rodilla del banco de la ventana, dispuesta a gritar o a saltar si su amo y señor se acercaba.

A Rigaud no se le había escapado una palabra.

—¡Ajá! —exclamó, enarcando las cejas, cruzando los brazos y recostándose en la

silla—. No cabe duda de que la señora Flintwinch es todo un oráculo. ¿Cómo interpretamos el oráculo usted, yo y el intrigante? Jeremiah aseguró que usted no era... ¡Y usted se puso hecha un basilisco y lo obligó a callar! ¿Qué no era usted? ¿Qué no es? ¡Dígallo, *madame*!

Frente a estas burlas atroces, la señora Clennam empezó a suspirar y a mover la boca involuntariamente. Los labios le temblaban, se le abrían, a pesar de sus ímprobos esfuerzos por dominarlos.

—¡Venga, *madame*! ¡Díganoslo! Nuestro querido intrigante afirmó que no era... y usted lo mandó callar. Flintwinch iba a decir que usted no era... ¿el qué? Yo ya lo sé, pero quiero que me demuestre un poco de confianza. ¿Qué? ¿Qué no es usted?

Ella intentó contenerse de nuevo, pero soltó impetuosamente:

—¡No soy la madre de Arthur!

—Muy bien —comentó Rigaud—. Veo que ha sido usted razonable.

Con la expresión imperturbable del rostro arrasada por este estallido de pasión, y mientras el fuego que tanto tiempo llevaba sofocando se abría paso a través de sus facciones desgarradas, la señora Clennam exclamó:

—¡Contaré yo la historia! Me niego a escucharla en boca de usted, manchada por la perversidad que le imprime. Dado que debe conocerse, prefiero ser yo quien la cuente. Ni una palabra más. ¡Atiendan!

—A menos que sea usted más obstinada y tenaz de lo que pensaba —intervino Flintwinch—, le recomiendo que deje que la cuente el señor Rigaud, el señor Blandois, el señor Belcebú, a su manera. ¿Qué más da, si lo sabe todo?

—No lo sabe todo.

—Sabe lo que tiene que saber —insistió Jeremiah, irritado.

—Pero no sabe quién soy yo de veras.

—¿Y usted cree que eso le importa? ¡Qué vanidosa! —respondió Flintwinch.

—Jeremiah, escuche: voy a hablar. Escuche: si hemos llegado a este punto, voy a contarlo con mis propias palabras y a explicar lo que viví. ¡Desde luego que lo voy a hacer! ¿Acaso he sufrido en esta habitación, donde me he visto confinada y sometida a privaciones, para acabar viéndome en el espejo que él me muestra? ¿No lo ve? ¿No lo oye? Aunque Affery fuera cien veces más desagradecida, aunque me costara mil veces más hacerla callar, aunque consiguiera que este hombre también se callara, ¡preferiría contarlo yo antes que padecer la tortura de oírlo de labios de él!

Rigaud echó la silla un poco hacia atrás, extendió las piernas y se quedó con los brazos cruzados, mirando a la señora Clennam.

—Usted no sabe lo que es una educación estricta y rigurosa —prosiguió la anciana—. A mí me educaron así. La mía no fue una juventud despreocupada de pecaminosa alegría y placeres. Los míos fueron días de ejemplar represión, castigo y pánico. La depravación de nuestro corazón, la maldad de nuestros actos, el pecado

que arrastramos, los terrores que nos rodean... ésas fueron las cosas que definieron mi infancia. Formaron mi carácter y me inculcaron una profunda repugnancia por quienes eligen la senda del mal. Cuando el señor Gilbert Clennam propuso a mi padre que me casara con su sobrino huérfano, mi propio padre me señaló que la educación del joven se había caracterizado, como la mía, por una severa restricción. Me contó que, además de la disciplina a la que su alma había sido sometida, había vivido en una casa donde se pasaba hambre, donde el bullicio y la alegría eran desconocidos, donde todos los días eran días de trabajo y fatigas como si fueran el último. Me dijo que el muchacho era ya todo un hombre antes de que su tío empezara a tratarlo como tal, y que, desde su más tierna infancia, la casa del tío había sido para él como un santuario protegido contra ideas blasfemas o disolutas. Cuando, a los doce meses de casarme, supe que mi marido, en el momento en que mi padre me hablaba de él, había ya pecado contra el Señor y me había humillado entregándose a una mujer culpable, en vez de a mí, ¿pude dudar que había sido elegida para descubrirlo, que había sido elegida para castigar a esa criatura perdida? ¿Acaso podía olvidar en un instante... no mis faltas, pues no era quién para hacerlo, sino esa negativa al pecado, esa lucha contra él, en los que me habían educado?

La anciana puso la mano encima del reloj que había en la mesa.

—¡No! —continuó—. «No olvides jamás». Las iniciales de estas palabras se leen en este reloj, donde ya se leían en aquella época. Yo había sido elegida para encontrar la vieja carta en la que se hacía referencia a esas iniciales y que me desentrañó su significado, y que estaba, con el reloj, en el cajón secreto de mi marido. Si no hubiera sido elegida, no lo habría descubierto. «No olvides jamás». Oía su voz como si viniera de una nube de tormenta. No olvides jamás ese pecado mortal, no olvides jamás la verdad para la que has sido elegida, no olvides jamás el sufrimiento para el que has sido elegida. No olvidé jamás. ¿Era mi falta la que recordaba? ¿Mía? No, yo sólo era una servidora, una enviada. Yo no tenía ningún poder sobre ellos. Las cadenas del pecado los atenazaban y unían a los dos, y yo solamente cumplí una misión.

Más de cuarenta años habían pasado por la cabeza gris de esa mujer de hierro desde que ocurrieron estas cosas. Más de cuarenta años de luchas y forcejeos con la voz que entre susurros le decía que, fuera cual fuera el nombre que quisiera dar a su ira y a su orgullo, la eternidad entera no bastaría para cambiar la naturaleza de sus sentimientos. Pero habían pasado más de cuarenta años, había aparecido aquella Némesis que ahora la miraba cara a cara, y ella seguía aferrándose a su inclemencia, seguía invirtiendo el orden de la creación y seguía insuflando vida a una imagen de barro del Creador. En verdad, en verdad hay viajeros que han visto un sinfín de ídolos monstruosos en muchos países, pero los ojos humanos jamás han contemplado imitaciones más osadas, ofensivas y escandalosas de la naturaleza divina que las que

fabricamos nosotros, criaturas de polvo, a nuestra imagen y semejanza, y que representan nuestras peores pasiones.

—Cuando obligué a mi marido a decirme quién era esa mujer, a que me diera su nombre y su dirección —continuó la señora Clennam, deslizándose por un torrente de indignación y defensa—, cuando la acusé y ella se echó a mis pies, ocultando el rostro, ¿era la afrenta que yo había recibido la que expuse, eran míos los reproches con que la cubrí? Aquellos personajes que, en la Antigüedad, eran elegidos para dirigirse a los reyes malvados y acusarlos, ¿acaso no eran servidores, enviados? ¿Acaso no me había encontrado, yo, un ser humilde, ajeno a esas dos personas, con un pecado que debía denunciar? Cuando ella quiso ablandarme diciéndome que era muy joven, que él había tenido una vida desgraciada y difícil (ésas fueron las palabras con que describió la virtuosa educación que el señor Clennam había traicionado), cuando me habló de la impía boda que habían celebrado en secreto y de la miseria y la vergüenza terribles que se habían abatido sobre ambos, en ese momento en que yo había sido elegida para castigarlos... cuando me habló del amor, pues dijo esta palabra, arrodillada delante de mí, del amor con que se había separado de él para que se casara conmigo... ¿era mi enemiga aquella a la que di un puntapié, eran más las expresiones de cólera que la obligaron a encogerse, estremecida? ¡No es a mí a quien debe atribuirse tanto poder, no fui yo quien ordenó la expiación!

Hacía muchos, muchísimos años que la anciana no podía siquiera mover los dedos con facilidad, pero, curiosamente, ya había dado varios golpes vigorosos en la mesa, y, al pronunciar estas últimas palabras, alzó todo el brazo, como si fuera un movimiento que hiciera de forma habitual.

—¿Y cuál fue la penitencia que tuvo que cumplir esa mujer de corazón impasible y entregada a la depravación más oscura? ¿Que yo fui vengativa e implacable? Quizá se lo parezca a una persona como usted, que no conoce la rectitud moral ni atiende a otra llamada que la de Satán. Ríase, pero ahora sabrá cómo soy de veras, como ya lo sabe Flintwinch. Aunque sólo se enteren usted y esta mujer corta de entendederas.

—Inclúyase a usted, *madame* —replicó Rigaud—. Albergo ciertas sospechas de que *madame* también siente cierta necesidad de justificarse.

—Eso es mentira. No es cierto. No tengo esa necesidad —afirmó ella con furiosa energía.

—¿De veras? —dijo Rigaud—. ¡Vaya!

—Estaba hablando de la penitencia efectiva que se le exigió a esa mujer. «Usted tiene un hijo, yo no, y quiere mucho a ese niño. Démelo. El pequeño creerá que es hijo mío, y todos lo considerarán como tal. Para que nadie se entere, su padre me jurará que nunca más la verá, que jamás se comunicará con usted; del mismo modo, para impedir que el tío lo desherede, para que el niño no se vea en la indigencia, también jurará usted que nunca más volverá a verlos, que jamás se comunicará con

ellos. Entonces, y después de que renuncie usted al dinero que actualmente le pasa mi marido, seré yo quien se encargue de mantenerla. Se marchará a un lugar desconocido; en él, si quiere, puede fingir que siempre ha sido honesta: nadie excepto yo conocerá la verdad; no pondré en peligro su historia». No hubo más. Tuvo que sacrificar los pecaminosos sentimientos de los que debía avergonzarse, nada más. Fue libre para cargar con su culpa en secreto, para padecer en secreto; gracias a este sufrimiento temporal, que muy liviano me parece teniendo en cuenta la falta cometida, obtenía la posibilidad de salvarse del sufrimiento eterno. Aunque la haya castigado en este mundo, ¿acaso no le abrí una senda al más allá? Si llegó a sentirse rodeada por un fuego inagotable y unos tormentos infinitos, ¿cree usted que fueron obra mía? Si la amenacé, entonces y después, hablándole de las torturas que se cernían sobre ella, ¿cree usted que las había ideado yo?

Dio la vuelta al reloj que estaba en la mesa, lo abrió, y, con el mismo gesto implacable, miró las letras del interior.

—Ellos no olvidaron jamás. Cuando alguien comete una ofensa de tal envergadura, parte de la penitencia consiste en no olvidar. La presencia de Arthur era un reproche diario para su padre, y su ausencia, un padecimiento diario para su madre, siguiendo los justos dictados de Jehová. También se me podría acusar a mí, pero fue el aguijón de una conciencia iluminada lo que la volvió loca, y también fue el Señor de todas las cosas quien decidió que viviera muchos, muchísimos años. Yo me dediqué a llevar por el buen camino a ese niño que, de no haber sido por mí, se habría visto condenado a la perdición; me dediqué a darle una buena reputación, unos orígenes decentes, a educarlo en el miedo y el escalofrío, a enseñarle una vida en la que pudiera redimir los pecados que ya arrastraba antes de venir a este valle de lágrimas. ¿Fue eso cruel? ¿No me afectaban también a mí las consecuencias de la ofensa original, en la que no había participado? El padre de Arthur y yo vivimos juntos en esta casa, pero no habríamos estado más alejados si nos hubiera separado medio globo terráqueo. Cuando murió me envió este reloj con la inscripción de «No olvides jamás». Y no olvido, aunque no interpreto estas palabras del mismo modo que él. A mí este lema me recuerda que fui elegida para cumplir una misión. Así he interpretado estas tres letras desde que las tengo en la mesa, y así las interpretaba también, con la misma claridad, cuando estaban a miles de kilómetros de distancia.

Mientras la señora Clennam cogía el reloj con esa nueva facilidad para mover la mano que no parecía advertir en absoluto, y clavaba en él los ojos como si lo estuviera retando a que la conmoviese, Rigaud exclamó, chasqueando ruidosamente los dedos con desdén:

—¡Deprisa, *madame*! Se acaba el tiempo. ¡Deprisa, compasiva dama, hay que acabar con esto! No puede contarme nada que desconozca. ¡Pase a la cuestión del dinero robado o lo haré yo! Le juro que ya me he hartado de tanta cháchara. ¡Hable

ya del dinero robado!

—Es usted un canalla —replicó la anciana, que se había llevado las manos a la cabeza—. No sé gracias a qué error de Flintwinch, gracias a qué descuido cometido por él, que es la única persona que me ayudaba en estos asuntos y a quien se los había confesado, no sé gracias a qué documentos sacados de la chimenea en la que ardían, ha conseguido usted hacerse con el testamento; lo ignoro como ignoro de dónde ha sacado usted el poder que tiene en esta casa...

—Y, sin embargo —intervino Rigaud—, ¡tengo la suerte de custodiar, en un lugar a salvo que sólo yo conozco, ese breve anexo al testamento del señor Gilbert Clennam, escrito por una dama y en el que aparecen como testigos esa misma dama y nuestro querido intrigante! Bueno, eso de intrigante... ¡más bien avieso e insignificante títere! Prosigamos, *madame*. El tiempo apremia. ¿Acaba usted o acabo yo?

—¡Yo! —respondió la señora Clennam todavía con mayor firmeza si cabe—. Yo, porque no voy a consentir que se me presente aquí, o que se me presente delante de otros, con su horrible versión deformada. Usted, tan acostumbrado a infames cárceles y a galeras extranjeras, afirmarí­a que lo hice todo por dinero. Pero no fue una cuestión de dinero.

—¡Bah, bah, bah! Voy a prescindir un momento de la cortesía para decirle que miente usted más que habla. Sabe perfectamente que ocultó el anexo y se quedó con el dinero.

—Pero ¡no fue por el dinero, granuja! —La señora Clennam empezó a removerse como si fuera a incorporarse; incluso como si, llevada por la vehemencia, fuera a sostenerse en sus piernas de inválida—. Si Gilbert Clennam, ya en un estado senil, a las puertas de la muerte, quiso creer que debía ceder ante una mujer de quien le habían dicho que su sobrino había estado enamorado, de quien él la había separado, una mujer que después se había sumido en la melancolía y había desaparecido... si, en ese estado de debilidad, me dictó un documento precisamente a mí, a quien esa mujer había perjudicado con el pecado cometido y que había sido elegida para oír de su propia boca, de su propia mano, cuán perversa era, un documento por el que la pecadora heredaba cierta cantidad, para compensarla por sufrimientos supuestamente inmerecidos... ¿no cree que hay una diferencia entre impedir que se cometiera esa injusticia y querer más dinero? ¿Ese dinero que usted y sus compañeros de cárcel están dispuestos a robarle a cualquiera?

—El tiempo apremia, *madame*. ¡Cuidado!

—Aunque en esta casa se declarara un incendio y ardiera todo el edificio —dijo la señora Clennam—, preferiría quedarme aquí dentro y seguir explicándome, antes que permitir que mis justos motivos se comparen con los de ladrones y bandidos.

Rigaud, irritado, chascó los dedos a poca distancia del rostro de la anciana:

—Mil guineas para la bella joven a quien fue usted matando lentamente. Mil guineas para la hija que pudiera tener, cumplidos los cincuenta años, el hombre que había recogido a la bella joven, o, en caso de que no tuviera ninguna hija, para la hija menor del hermano de dicho benefactor, cuando ésta alcanzara la mayoría de edad, «en recuerdo de la forma desinteresada con que acogió a una muchacha huérfana y sin amigos». Dos mil guineas. ¿Qué? ¿No quiere entrar ya en la cuestión del dinero?

—Ese benefactor... —empezó a decir la dama con gran vehemencia, pero Rigaud la interrumpió.

—¡Diga los nombres! Diga que se llamaba Frederick Dorrit. ¡Basta de evasivas!

—Ese Frederick Dorrit fue el causante de todo. Si no hubiera sabido tocar ningún instrumento musical, si no hubiera tenido una casa, en sus días de juventud y prosperidad, consagrada al ocio donde cantantes, actores y otros hijos del demonio se apartaban de la luz para hundirse en las tinieblas, esa mujer habría seguido ocupando una posición humilde, y no habría salido de ella para condenarse. Pero no: Satán poseyó a Frederick Dorrit y lo convenció de que era un hombre de aficiones inocentes y encomiables, proclive a la generosidad, que tenía delante a una muchacha pobre pero dotada de una voz espléndida. Por eso, debía darle una educación. Por eso el padre de Arthur, que ya en secreto ansiaba adentrarse en las sendas de la virtud escabrosa a través de esas malditas trampas que suelen llamarse bellas artes, la conoció. ¡Y así una vulgar huérfana que recibía clases de canto, gracias a la mediación de Frederick Dorrit, comete esa horrible acción de la que yo soy víctima! ¡Así me engañan y me humillan a mí! Bueno, no a mí, desde luego —añadió rápidamente sonrojándose—, ¡a alguien muy superior a mí! ¿Quién soy yo?

Jeremiah Flintwinch, que se había ido acercando a la señora Clennam poco a poco, con el cuerpo retorcido, y que ya casi le rozaba el codo sin que ella lo hubiera advertido, contrajo el gesto visiblemente cuando la anciana pronunció estas últimas palabras; no sólo eso, sino que además se pellizó las polainas, como si las mentiras de su señora le pincharan las piernas.

—Por último —añadió la anciana—, pues ya voy a llegar al final y no pienso hablar más del asunto, ni tampoco lo hará usted, y sólo habrá que decidir cómo lo hacemos para que nada de esto salga de estas cuatro paredes... por último, cuando oculté el documento, con el conocimiento del padre de Arthur...

—Aunque no con su consentimiento —objetó Flintwinch.

—¿Quién ha hablado de su consentimiento? —la señora Clennam se sobresaltó al ver a Jeremiah tan cerca; echó hacia atrás la cabeza y lo miró con creciente desconfianza—. Usted fue muchas veces testigo de que él insistía en que sacara el documento a la luz y yo me negaba; usted podría haber refutado mis palabras si yo hubiera pretendido que contaba con el consentimiento del señor Clennam. Afirmo, en cambio, que, cuando oculté el papel, no me molesté en destruirlo, sino que lo tuve

guardado en esta casa muchos años. Como los demás bienes de Gilbert los había heredado el padre de Arthur, yo podría haber fingido que lo encontraba en cualquier momento, y sólo habríamos tenido que descontar de nuestro dinero la segunda cantidad de la herencia. Sin embargo, para ello no sólo habría tenido que mentir (lo que supone una gran responsabilidad), sino que además tampoco he visto el menor motivo, en todos los años que llevo sufriendo en esta casa, para hacer público el documento. Un papel con el que se recompensaba un pecado; el producto injusto de un delirio. Hice lo que se me había encomendado, y he padecido, entre estas cuatro paredes, todo lo que estaba destinada a padecer. Cuando al fin se destruyó el documento, o eso pensaba, delante de mí, esa mujer llevaba mucho tiempo muerta, y su protector, Frederick Dorrit, también llevaba mucho tiempo arruinado y había perdido la cabeza. Y no tenía hijas. Antes de eso ya había encontrado a la sobrina, y me dediqué a ayudarla de un modo mucho más provechoso para ella de lo que le habría sido ese dinero, que no le habría servido para nada. —La señora Clennam añadió, al cabo de un instante, como si le hablara al reloj—: La sobrina es inocente, y es posible que no se me haya olvidado legarle ese dinero a mi muerte.

Tras esta declaración, la anciana se quedó mirando el reloj.

—¿Le recuerdo una cosa, distinguida señora? —intervino Rigaud—. Ese documento sin importancia estaba en esta casa la noche en que nuestro amigo el preso, que, como yo, tan bien conoce las cárceles, regresó del extranjero. ¿Le recuerdo otra cosa? Esa mujercita, esa avecilla canora no llegó a medrar, tuvo que pasar muchos años en una jaula, vigilada por un guardián a quien usted eligió y a quien nuestro querido intrigante conoce muy bien. ¿Obligamos a nuestro querido intrigante a que nos diga cuándo vio a ese guardián por última vez?

—¡Yo se lo diré! —exclamó Affery, quitándose el delantal de la boca—. Yo lo soñé; fue el primero de mis sueños. Jeremiah, si te acercas ahora, ¡gritaré tanto que me oirán hasta en la catedral de San Pablo! Esta persona que ha mencionado el señor era el hermano gemelo de Jeremiah, que vino aquí, de madrugada, la noche en que Arthur volvió; el propio Jeremiah le dio el documento, además de no sé cuántas cosas más, y el hermano se lo llevó todo en una caja de hierro. ¡Socorro! ¡Que me asesinan! ¡Aparten de mí a Jeremiah!

El señor Flintwinch se había abalanzado sobre ella, pero Rigaud lo detuvo con los brazos. Tras un breve forcejeo, Flintwinch desistió y se metió las manos en los bolsillos.

—¡Cómo! —exclamó Rigaud en tono de burla, dando codazos a Jeremiah—. ¡Agredir a una dama con un talento tan grande para los sueños! ¡Habrase visto! ¡Si en una feria podría hacer una fortuna con ella! Todo lo que sueña se hace realidad. Cuánto se parece usted a él, Flintwinch mío. ¡Es casi idéntico a aquel hombre al que conocí (la primera vez que le hice de intérprete ante el dueño del local) en el cabaret

Las Tres Mesas de Billar, en una callejuela de tejados empinados en el muelle de Amberes! ¡Él sí que sabía beber! ¡Él sí que sabía fumar! Ese hombre vivía en un precioso piso de soltero, amueblado y en una quinta planta, encima del carbonero y del maderero, de las modistas y del sillero y del tonelero; también lo visité en esa casa, en la que, a fuerza de tanto coñac y de tanto fumar, echaba todos los días doce cabezadas y le daba un ataque, hasta que uno fue demasiado fuerte y se lo llevó al cielo. ¡Ja, ja, ja! ¿Es necesario decir cómo conseguí los documentos que el difunto guardaba en una caja de hierro? Es posible que me los diera para que yo se los entregara a usted; quizá los tenía escondidos y eso despertara mi curiosidad; quizá forcé la caja. ¡Ja, ja, ja! ¡Lo único que cuenta es que están a buen recaudo! Estos detalles no nos preocupan, ¿verdad, Flintwinch? No nos preocupan, ¿a que no, *madame*?

Jeremiah se había ido apartando de Rigaud, sin dejar de darle violentos codazos, y había vuelto a su esquina, donde estaba ahora con las manos en los bolsillos, recuperando el aliento y mirando a la señora Clennam, que también tenía la vista clavada en él.

—¡Caramba, caramba! ¿Qué es lo que veo? —añadió—. Si da la impresión de que no se conocen ustedes... Señora Clennam, tan dada a ocultar cosas, permítame que le presente al señor Flintwinch, tan dado a las intrigas.

Este último se sacó una mano del bolsillo para rascarse el mentón, dio un par de pasos sin dejar de mirar a la anciana, y le dijo las siguientes palabras:

—No sé qué pretende usted al mirarme así, con esos ojos como platos, pero no es necesario que se moleste, porque no me afecta lo más mínimo. No sé cuántos años llevo diciéndole que es usted la más terca e intratable de las mujeres. Sí, ésa su verdadera naturaleza. Dice que es una humilde pecadora, pero no hay, entre todas las mujeres, una más soberbia que usted. He aquí su verdadera naturaleza. Le he dicho muchas veces, cuando reñíamos, que pretendía que todos se arrodillaran delante de usted y que yo no estaba dispuesto a hacerlo; que pretendía devorar a todo el mundo, y que yo no estaba dispuesto a permitirlo. ¿Por qué no destruyó el documento cuando estuvo en su mano? Se lo aconsejé, pero no, no acostumbra usted a aceptar consejos. Dijo que debía conservarlo. Dijo que quizá le convendría sacarlo a la luz en algún momento. ¡Como si me pudiera engañar con semejantes excusas! Sé que obró así por soberbia, porque le daba igual que alguien pudiera sospechar que todavía lo conservaba. Siempre se engaña a sí misma. También se engaña cuando pretende no haberse conducido así porque es una mujer implacable, dominada por el desprecio, la ira, el ansia de poder, el rencor, sino porque era una servidora, una enviada, porque había sido elegida para cumplir una misión. Pero ¿quién es usted para que la elijan para una misión así? Puede que usted entienda así la religión, pero yo entiendo así la mentira. Y, ya que estamos, le voy a decir toda la verdad —prosiguió, cruzando los

brazos, la viva e irascible imagen de la tenacidad—. Lleva usted cuarenta años agotando mi paciencia con esa actitud altiva que no abandona ni ante mí, que no me la creo, con la que pretende fríamente dejar clara mi posición de inferioridad. Lo cierto es que la admiro mucho: es usted una mujer de una inteligencia privilegiada y con un gran talento, pero ni siquiera la inteligencia más privilegiada ni el mayor de los talentos pueden impedir que un hombre, después de cuarenta años agotando su paciencia, acabe hartado. Así que me da lo mismo que ahora me mire así. Voy a hablar del documento, y fíjese bien en lo que voy a decirle. Usted lo guardó donde mejor le pareció. En esa época era una mujer activa, y, si quería recuperar el papel, podía hacerlo. Pero después se vería en el estado en que se halla ahora; y ahora, si quiere recuperarlo, no puede. Y ese anexo ha pasado muchos años en el lugar donde está oculto. Al fin, mientras esperábamos que Arthur volviera, sabiendo que cualquier día podía aparecer por casa y ponerse a hurgar por todas partes, le recomendé cinco mil veces que, ya que no podía recuperarlo, me dejara buscarlo a mí para quemarlo. Pero no, no, sólo usted sabía dónde estaba, y ahí radicaba su poder; ¡finja toda la humildad que quiera, pero, para mí, su ansia de poder es peor que la de Lucifer! Arthur regresó un domingo por la noche. Apenas llevaba diez minutos en esta habitación y ya había empezado a hablar del reloj de su padre. Usted supo perfectamente que ese «No olvides jamás», en el momento en que su marido le envió el reloj, sólo podía significar una cosa, pues la historia ya había concluido hacía mucho tiempo: que no olvidara jamás lo que habían ocultado. ¡Que le devolviera a cada uno lo que es suyo! La actitud de Arthur le causó cierta aprensión, y decidió quemar el documento, después de todo. Así pues, antes de que esta mujerzuela asustadiza y saltarina, antes de que esta Jezabel —dijo mirando a Affery con una sonrisita— la llevase a la cama, me desveló al fin el escondite del papel, entre los viejos libros de cuentas del sótano, precisamente por donde Arthur empezaría a husmear a la mañana siguiente. Pero no se podía quemar nada un domingo por la noche. No, usted fue muy estricta en este punto; había que esperar a las doce, a que empezara el lunes. Tantas exigencias estaban empezando a irritarme, se me estaba acabando la paciencia, así que, bastante enfadado, y como no soy tan estricto como usted, eché un vistazo al documento antes de las doce para recordar cómo era, doblé uno de los muchos papeles amarillentos que había en el sótano idénticos a él, y después, cuando el lunes me pidió usted, bajo la luz de esta lámpara, que hiciera el trayecto entre la cama y la chimenea, hice también un pequeño cambio, como un prestidigitador, y quemé el segundo papel. Mi hermano Ephraim, el celador del manicomio (ojalá se hubiera puesto él la camisa de fuerza), había tenido muchos empleos después de que dejara de trabajar para usted al cabo de tantos años, pero las cosas no le habían ido bien. Su mujer había muerto (no es que fuera éste un incidente muy importante; si hubiera fallecido la mía yo me habría quedado tan fresco); se metió en ciertos chanchullos con los locos, de los que

no sacó nada, y también en otros líos por haber chamuscado en exceso a un paciente para que entrara en razón; acabó contrayendo deudas. Iba a poner tierra de por medio con el poco dinero que había podido rebañar y con otro poco que le había prestado yo. Ephraim estuvo en esta casa aquel lunes, a primera hora de la mañana, esperando a que zarpara el barco, porque se marchaba a Amberes, donde conoció (me temo que se escandalizará al oírlo, pero que Dios lo maldiga) a este caballero. Mi hermano venía de muy lejos y en ese momento me pareció que tenía sueño; aunque ahora imagino que estaba borracho. En la época en que Ephraim y su mujer trabajaban cuidando a la auténtica madre de Arthur, ésta no dejaba de escribir, escribía sin cesar, sobre todo cartas dirigidas a usted, señora Clennam, en las que se confesaba e imploraba el perdón. De vez en cuando mi hermano me pasaba algunas de esas cartas, un montón de ellas. Me pareció conveniente guardarlas y ocultarlas también, así que las metí en una caja y las leía cuando estaba de humor. Como no me cabía duda de que había que sacar el anexo de esta casa, porque si no Arthur acabaría encontrándolo, lo metí en la caja con las cartas, la cerré con dos candados nuevos y se la di a mi hermano para que se la llevase y la custodiase hasta que yo le escribiera reclamándola. Le escribí, pero no obtuve respuesta. No supe qué pensar hasta que este caballero nos hizo el honor de visitarnos por primera vez. Evidentemente, entonces empecé a sospechar lo que había pasado; y no hace falta que Rigaud nos aclare que se enteró de todo gracias a mis papeles, al anexo y a la cháchara de mi hermano, animada por el coñac y el tabaco (ojalá en su trabajo lo hubieran obligado a amordazarse). Ahora, obstinada mujer, sólo me resta decirle una cosa, y es que todavía no he decidido del todo si voy a utilizar el anexo para ponerla en un apuro. Creo que no, que me basta con saber que he conseguido engañarla, que la he vencido. Dadas las circunstancias, no voy a decir nada más hasta mañana, a esta misma hora. Así que más le vale poner sus ojos en otra persona —añadió Flintwinch, concluyendo su parlamento con el cuerpo retorcido—, porque conmigo no va a conseguir nada.

Cuando Jeremiah terminó, la señora Clennam apartó lentamente la mirada y se sujetó la frente con una mano. Con la otra agarró la mesa con gran fuerza y volvió a apreciarse en ella el curioso estremecimiento de antes, como si fuera a ponerse en pie:

—Nadie le va a pagar por esta caja el precio que conseguirá aquí. Lo que sabe usted no le va a reportar los mismos beneficios si se lo vende a otra persona. Pero en este momento me es imposible reunir la cantidad que pide. Mis medios son escasos. ¿Cuánto está dispuesto a aceptar ahora, y cuánto en otra ocasión, y cómo puedo saber que he comprado su silencio?

—Ángel mío —respondió Rigaud—, ya le he aclarado la cantidad que considero aceptable, y el tiempo apremia. Antes de venir he entregado a otra persona copias de los documentos más importantes. Si espera usted hasta la noche, cuando cierren la puerta de Marshalsea, ya será demasiado tarde: el preso los habrá leído.

La señora Clennam volvió a hundir la cabeza entre las manos y, con una sonora exclamación, se puso en pie. Se tambaleó un instante y pareció que iba a desplomarse, pero se mantuvo firme:

—Diga cuáles son sus intenciones. ¡Hable claro!

Ante esa figura espectral, tan poco acostumbrada a estar erguida y tan envarada en su postura, Rigaud se sentó y bajó la voz. Las tres personas allí presentes casi tuvieron la sensación de que una muerta había resucitado.

—La señorita Dorrit —explicó Rigaud—, la sobrinita de *monsieur* Frederick, a quien he conocido en el extranjero, siente un gran apego por el preso. La señorita Dorrit, la sobrinita de *monsieur* Frederick, cuida en estos momentos del preso, que está enfermo. Yo mismo le he dejado a esa muchacha un paquete en la cárcel, antes de venir aquí, junto con una carta con instrucciones «para que el señor Clennam no sufra ningún perjuicio». Ella sería capaz de cualquier cosa con tal de que el señor Clennam no sufra ningún perjuicio... En las instrucciones se aclara que debe guardar el paquete sin romper el sello, si alguien pasa a buscarlo antes de la hora del cierre; pero, si nadie va a buscarlo antes de que suene la campana de la cárcel, debe dárselo al preso; también se incluye una copia para ella, que el señor Clennam debe entregarle. ¡Qué se cree! No me habría arriesgado a venir a esta casa, después de lo lejos que hemos llegado, sin asegurar la pervivencia de mi secreto. Y lo que ha dicho de que en ningún sitio me lo van a pagar mejor que aquí... Cuénteme, *madame*, ¿ha limitado y fijado usted el precio que la sobrinita aceptará para que el preso no sufra ningún perjuicio y para que el asunto no se difunda? Le repito que el tiempo apremia. Si nadie recoge el paquete antes de que esta noche suene la campana, ya no podrá comprarlo. ¡Entonces se lo venderé a la joven!

De nuevo la anciana se estremeció y se removió; se dirigió de prisa a un armario, abrió la puerta bruscamente, cogió una capa o un mantón y se cubrió la cabeza con él. Affery, que la contemplaba aterrorizada, se abalanzó sobre ella en el centro de la habitación, y, sujetándola por el vestido, se arrodilló.

—¡No, no, no! ¿Qué hace? ¿Adónde va? Es usted una mujer espantosa, pero no le deseo nada malo. Sé que ya no puedo prestarle ningún servicio al pobre Arthur, y usted no tiene nada que temer de mí. Guardaré el secreto. Si sale usted, se desplomará y morirá en la calle. Prométame sólo una cosa: si es a esa pobre mujer a quien esconden aquí, deje que me ocupe de ella, que la atienda. Prométame sólo eso y nunca tendrá nada que temer de mí.

La señora Clennam, detenida en el momento de mayor urgencia, respondió con terminante incredulidad:

—¿Que si está escondida aquí? Si lleva muerta más de veinte años... Pregúnteselo a Flintwinch; pregúnteselo a este otro hombre. Los dos le dirán que esa mujer murió cuando Arthur se marchó al extranjero.

—Tanto peor —repuso Affery con un escalofrío—, porque entonces debe ser ella quien se aparece en esta casa. ¿Quién si no se mueve de un lado a otro y deja señales con pequeños puñados de polvo? ¿Quién si no entra y sale, y deja marcas largas y torcidas en las paredes al pasar, cuando todos estamos en la cama? ¿Quién si no impide que a veces se abran las puertas? ¡No salga, no salga! ¡Señora, morirá usted en la calle!

La señora desenganchó el vestido de las manos implorantes de Affery; le dijo a Rigaud: «¡Espéreme hasta que vuelva!», y salió rápidamente de la habitación. Todos vieron, por la ventana, cómo cruzaba a toda prisa el patio y franqueaba la verja.

Por unos instantes nadie se movió. Affery fue la primera en reaccionar: retorciendo las manos, siguió a su señora. Después, Jeremiah Flintwinch, lentamente y andando de espaldas a la puerta, con una mano en el bolsillo y frotándose el mentón con la otra, salió con su habitual reticencia. Por último Rigaud, al quedarse solo, se acomodó en el banco de la ventana, que estaba abierta, en la postura que solía adoptar en la cárcel de Marsella. Sacó los cigarrillos y la caja de cerillas y se puso a fumar.

—¡Caramba! Este sitio es casi tan feo como esa cárcel infernal. Hace menos frío, pero casi resulta igual de lúgubre. ¿Espero a que vuelva? Desde luego. Pero ¿adónde ha ido, y cuánto tiempo estará fuera? ¡Qué más da! Rigaud Lagnier Blandois, querido amigo, conseguirás el dinero. Te harás rico. Has vivido como un caballero; morirás como un caballero. Triunfarás, muchacho, pero ¡es que el triunfo forma parte de tu carácter! ¡Y tanto!

En semejante momento de triunfo, el bigote le subió y la nariz le bajó mientras contemplaba embelesado, con especial satisfacción, un ancho rayo de luz.

El sol se había puesto y, en el ocaso polvoriento, las calles escasamente iluminadas vieron cruzar con celeridad a una figura que llevaba mucho tiempo sin pisarlas. En las inmediaciones de la vieja casa la figura apenas había llamado la atención porque a esa hora pocos transeúntes podían fijarse en ella, pero, al ir alejándose del río por las callejuelas sinuosas que llevaban al puente de Londres, y al llegar a la gran avenida principal, fue recibida con gran asombro.

Feroz y resuelta en la mirada, ligera en el paso aunque débil y vacilante, vistosamente vestida de luto, la cabeza tapada por el manto que se había puesto a toda prisa, demacrada y de una palidez sobrenatural, la figura seguía avanzando rápidamente, sin prestar atención a nadie, como una sonámbula. Era notable cuán ajena se mostraba al gentío entre el que avanzaba, más que si la llevaran, para ser admirada, en un pedestal: nadie podía dejar de mirarla. Los paseantes la observaban con gran interés; los atareados, al cruzarse con ella, aflojaban el paso y volvían la cabeza; los que iban acompañados se hacían a un lado y señalaban entre susurros a esa mujer espectral; parecía dejar, en su estela, un remolino que atrapaba a los más ociosos y a los más curiosos.

Aturdida por la turbulenta irrupción de la multitud en su celda de tantos años, por una confusa sensación de ir volando y la más confusa todavía de ir a pie, por los cambios inesperados que advertía en cosas que sólo recordaba vagamente y por la enorme diferencia entre las estampas controlables que tantas veces su imaginación había creado y la vida de la que había estado apartada, siguió su camino como si fuera sola y perdida en sus pensamientos, en vez de rodeada de una muchedumbre que la observaba. Sin embargo, después de cruzar el puente y seguir un pequeño trecho en línea recta, recordó que necesitaba que alguien la orientase; y sólo entonces se detuvo y miró a un lado y otro, buscando un lugar propicio para preguntar. Así fue como se percató de que estaba rodeada de rostros que la miraban de hito en hito.

—¿Por qué me miran? —preguntó, temblando.

Los que estaban más cerca no respondieron, pero de las últimas filas del círculo se oyó un grito:

—¡Porque es una loca!

—Estoy tan cuerda como todos ustedes. Quiero ir a la cárcel de Marshalsea.

El grito de las últimas filas replicó:

—¡Pues con más razón es usted una loca, porque la prisión está en sentido contrario!

Mientras se armaba una gran bulla a raíz de esta réplica, un joven bajo, de modales suaves y aspecto tranquilo, se abrió paso, se acercó a ella y le dijo:

—¿Quería ir a Marshalsea? Yo trabajo allí. Venga conmigo, haremos juntos el camino.

Ella lo cogió del brazo y el joven la guió; la multitud, muy ofendida por la inminente posibilidad de perderla de vista, los empujó por delante, por los lados y por detrás, y recomendó a la dama que diera un rodeo y se encaminara a Bedlam^[53]. Después de cierta agitación pasajera en la explanada, la puerta de la cárcel se abrió y se cerró tras ellos. En la portería, que, comparada con el alboroto de la calle, parecía un remanso de paz, un refugio, una lámpara amarilla ya intentaba derrotar las sombras de la cárcel.

—¡Caramba, John! —exclamó el carcelero que los había dejado pasar—. ¿Qué sucede?

—Nada, padre; esta señora no sabía llegar, y los chicos la estaban molestando. ¿A quién quería ver, señora?

—A la señorita Dorrit. ¿Está aquí?

El joven empezó a mostrar más interés:

—Sí, está. ¿Podría decirme su nombre?

—Soy la señora Clennam.

—¿La madre del señor Clennam? —preguntó el joven.

Ella apretó los labios, titubeó y respondió:

—Sí. Dígale, por favor, a la chica que soy su madre.

—Verá usted —le aclaró el muchacho—, la familia del director vive en el campo en estos momentos, así que el director le ha cedido a la señorita Dorrit una de las habitaciones de su casa para que se hospede allí cuando quiera. ¿Por qué no me espera en ella mientras voy a buscarla?

La anciana hizo un gesto de asentimiento; John hijo abrió una puerta y la guió por una escalera interior que llevaba a las dependencias del piso superior. La hizo pasar a una habitación en penumbra y allí la dejó. Desde ese cuarto se veía el patio de la cárcel, también en penumbra, donde los prisioneros paseaban o se asomaban por las ventanas; hablaban, acercándose cuanto podían a la puerta, con los amigos que se marchaban; sobrellevaban, en pocas palabras, su reclusión de la mejor manera posible en esa noche estival. La atmósfera estaba cargada, hacía calor; el confinamiento resultaba opresivo; de fuera venía un alud de ruidos en libertad, como el amargo recuerdo que se tenía de estas cosas cuando dolían la cabeza o el corazón. La señora Clennam se acercó a la ventana perpleja y contempló la prisión como si fuera distinta de su propia prisión. De pronto la sobresaltó un murmullo de asombro, y se encontró a la pequeña Dorrit delante de ella.

—¿Es posible, señora Clennam, que felizmente se haya recuperado usted

tanto...?

Pero la joven se interrumpió, pues no había ni felicidad ni salud en el rostro que se volvió hacia ella.

—Ni me he recuperado ni tengo fuerzas; no sé qué me ha pasado. —Con un ademán impaciente, la anciana dio por zanjada la cuestión—. Te han dejado un paquete que debías darle a Arthur si nadie venía a buscarlo esta noche, antes del cierre.

—Así es.

—Pues he venido a buscarlo yo.

Amy, que lo guardaba en su seno, lo sacó y se lo dio; la señora Clennam no retiró el brazo extendido después de cogerlo.

—¿Tienes alguna idea de lo que contiene?

Asustada por la presencia de la dama, con ese nuevo poder de movimiento que, como ella misma había confesado, no se debía a la fuerza física, y que ahora resultaba irreal, como si un cuadro o una estatua hubieran cobrado vida, la pequeña Dorrit respondió:

—No.

—Léelo.

Amy volvió a coger el paquete de la mano que seguía extendida y rompió el sello. La señora Clennam le pasó el fajo que iba a su nombre y se quedó con el otro. Los muros y los edificios de la cárcel, que ya ensombrecían la sala a mediodía, tanto la privaban de luz que sólo se podía leer en ella, con el ocaso cada vez más avanzado, al lado de la ventana. A esa ventana, donde podía alcanzarla un atisbo del brillante firmamento veraniego, ya casi nocturno, se acercó la pequeña Dorrit y empezó a leer. Tras un par de tenues exclamaciones de sorpresa y pavor, siguió leyendo en silencio. Al terminar vio que su antigua señora se había arrodillado delante de ella.

—Ahora ya sabes lo que he hecho.

—Eso creo. Eso me temo, aunque estoy tan confusa y apenada, y tantas cosas me han inspirado compasión, que no he podido entender bien todo lo que leía —dijo Amy con voz trémula.

—Te daré lo que te he ocultado. Perdóname. ¿Me podrás perdonar?

—¡La podré perdonar y la perdono de todo corazón! No me bese el vestido ni se arrodille delante de mí, es usted demasiado mayor; la perdono sinceramente y no necesito ese gesto.

—Quiero pedirte una cosa más.

—No en esa postura —objetó la joven—. Es antinatural ver sus cabellos grises por debajo de mí. Levántese, se lo suplico; yo la ayudo.

Y la ayudó a ponerse en pie; la pequeña Dorrit la miraba más bien asustada, pero no sin cariño.

—El gran ruego que te hago (y después vendrá otro que es consecuencia de éste), la gran súplica que dirijo a tu bondadoso y misericordioso corazón, es que no le cuentes nada a Arthur hasta que yo muera. Si crees, después de considerarlo detenidamente, que él puede sacar algún provecho de esto estando yo aún viva, cuéntaselo. Pero no lo creerás; si llegas a esta conclusión, ¿me prometes que esperarás a que muera?

—Siento tanta pena, y lo que he leído me ha dejado tan perpleja —respondió Amy—, que creo que no estoy en condiciones de darle una respuesta cabal. Si estuviera segura de que saberlo no iba a beneficiar en nada al señor Clennam...

—Sé el cariño que sientes por él, y que mirarás sobre todo por su bienestar. Tienes que pensar sobre todo en él; es lo que te pido. Sin embargo, después de pensar en él, si te sigue pareciendo que puedes esperar el poco tiempo que me queda en este mundo, ¿esperarás?

—Sí.

—¡Que Dios te bendiga!

La señora Clennam, envuelta en sombras, sólo era para la pequeña Dorrit, bajo la luz, una forma velada, pero su tono de voz al decir estas palabras revelaba fervor y emoción. Una emoción tan desacostumbrada para sus ojos secos como el movimiento para sus extremidades paralizadas.

—Quizá te extrañe —añadió, con voz más firme— que me sea menos difícil descubrirme ante ti, con quien he obrado mal, que ante el hijo de mi enemiga, de cuya falta fui víctima. ¡Sí, fui su víctima! No sólo cometió un gravísimo pecado contra el Señor, sino que me perjudicó a mí. Fue ella quien determinó la relación entre el padre de Arthur y yo. Desde el día en que nos casamos él me tuvo pavor, y eso se lo debo a ella. Fui el azote de ambos, y eso también fue culpa de ella. Tú amas a Arthur (veo que te sonrojas, ¡ojalá eso señale el inicio de días más felices para los dos!), y, siendo él tan bueno y tan compasivo como tú, ya habrás pensado cómo es posible que no me sincere con él tan fácilmente como lo he hecho contigo. ¿No lo has pensado?

—Cualquier idea basada en la seguridad de que el señor Clennam se va a comportar siempre con bondad y generosidad —respondió Amy— no me resulta desconocida.

—No lo dudo. Sin embargo, de todas las personas del mundo, Arthur es la única a quien preferiría, mientras viva, ocultarle esto. De niño, desde sus primeros recuerdos, lo eduqué, lo corregí, le puse límites. Fui severa con él, porque sabía que las transgresiones de los padres resurgen en los hijos, y también que él llevaba una marca onerosa desde su nacimiento. He estado con su padre y con él, y he visto cómo su padre, llevado por la debilidad, deseaba consentirlo, pero yo lo devolvía a la disciplina, para que aprendiera a ser libre entre ataduras y dificultades. Lo he visto, con la cara de su madre, mirándome amedrentado mientras leía sus libritos; he visto

cómo intentaba ablandarme con la misma actitud con que su madre había conseguido endurecerme.

El gesto de desagrado de Amy llevó a la señora Clennam a interrumpir brevemente sus palabras, pronunciadas con voz lúgubre y evocadora.

—Por su bien. No para vengarme de la ofensa recibida. ¡Quién era yo y cuál era la importancia de mi ofensa al lado de la maldición divina! He visto cómo crecía ese niño; no para convertirse en un hombre piadoso, en un elegido (la falta de su madre pesaba demasiado en él), pero sí en una persona justa y recta que me obedecía. Nunca me quiso, aunque en cierto momento albergué la esperanza de que algún día me quisiera... así de débiles somos, así amenazan nuestros corruptos sentimientos aquello que nos ha sido encomendado; pero Arthur siempre me respetó y cumplió con sus obligaciones filiales. Todavía lo hace. Con un vacío en el corazón cuyo origen nunca ha adivinado, se alejó de mí y emprendió su propio camino, pero incluso eso lo ha hecho con consideración y deferencia. Así ha sido mi relación con él. Contigo ha sido mucho menos profunda y más breve. Cuando estabas en mi cuarto con tu labor de costura me tenías miedo, pero creías que te estaba haciendo un favor; ahora conoces la verdad y sabes que te estaba causando un perjuicio. Que tú interpretes mal, que no entiendas, la situación y mis motivos para haber obrado de este modo es para mí menos gravoso de lo que sería en el caso de Arthur. No creo que pueda haber recompensa en este mundo que me llevara a permitir que Arthur, aunque fuera en un arrebato, me bajara del pedestal que he ocupado toda su vida, que me convirtiera a sus ojos en una persona indigna de su respeto, que me viera al descubierto, desenmascarada. Que eso suceda, si es que tiene que suceder, cuando yo ya no esté aquí para verlo. No quiero tener, mientras siga viva, la sensación de que he muerto, de que no existo para él, como si me hubiera fulminado un rayo y un terremoto se me hubiera tragado.

El orgullo era un sentimiento muy fuerte en la señora Clennam, así como el dolor que le infligían la situación y la intensidad de las antiguas pasiones, cuando pronunció estas palabras. No fueron menos intensas cuando añadió:

—Pero veo que hasta tú te apartas de mí, como si me hubiera portado con crueldad.

La pequeña Dorrit no pudo negarlo. Intentó que no se le notara, pero le producía un gran rechazo esa actitud vital que tan ardientemente había defendido y que tanto se había prolongado. Amy percibía a la anciana sin ningún adorno, veía claramente su naturaleza.

—He cumplido —prosiguió la señora Clennam— lo que me fue encomendado. He luchado contra el mal, no contra el bien. He sido un instrumento de castigo contra el pecado. ¿Acaso no se nos ha dicho a los pecadores como yo que lo persigamos en todo momento?

—¿En todo momento? —repitió la joven.

—Incluso si lo que más me preocupase fuera la ofensa recibida, aunque hubiera obrado movida por la sed de venganza, ¿no habrían estado justificados mis actos? ¿Acaso no hubo una época en que mil inocentes morían por un solo culpable? ¿En que la ira del enemigo de los impíos ni siquiera se aplacaba con la sangre y, aún así, era encomiable?

—¡Ay, señora Clennam, señora Clennam! —se lamentó Amy—. El rencor y la venganza no nos sirven de consuelo ni de guía, ni a mí ni a usted. He pasado toda la vida en esta mísera cárcel, y mi educación ha sido muy deficiente, pero le ruego que no olvide los días venideros, más felices. No siga a otro guía que no sea aquel que sana a los enfermos y resucita a los muertos, el amigo de los que sufren, de los desposeídos, el paciente maestro que con resignación vertió lágrimas de compasión por nuestras cuitas. Si no queremos equivocarnos, sólo podemos, apartándonos de cualquier otro camino, tomarlo a Él como ejemplo. Estoy convencida de que Él jamás quiso vengarse ni hacer sufrir a nadie. ¡Estoy convencida de que no podemos errar si seguimos únicamente sus pasos!

Bajo la luz difusa de la ventana, contemplando el cielo luminoso desde el escenario de sus primeros padecimientos, Amy no sólo contrastaba acusadamente con la figura negra envuelta en sombras, sino que el contraste se extendía también a la vida y la doctrina en las que basaba su vida, comparadas con el pasado de quien tenía la lado. La señora Clennam volvió a agachar la cabeza y no dijo nada; así se quedó hasta que sonó la primera campanada que avisaba del cierre.

—¡Escúchame! —exclamó la anciana—. Quiero pedirte otra cosa, y no hay tiempo que perder. El hombre que te ha traído el paquete y que está en posesión de las pruebas espera en mi casa una cantidad de dinero. Para que todo esto nunca llegue a oídos de Arthur debo entregar cierta cantidad a ese hombre. Ha exigido una cifra muy elevada, mayor de la que puedo reunir sin aviso. Se niega a aceptar una parte y amenaza con acudir a ti si no le doy lo que quiere. Te pido que vengas conmigo y que le digas que ya estás al corriente de todo. Que vengas conmigo para convencerlo. Que vengas a ayudarme. ¡No me niegues lo que te pido en nombre de Arthur, aunque no me atreva a afirmar que sea para su bien!

La pequeña Dorrit accedió de buena gana. Desapareció unos instantes dentro de la cárcel, volvió y anunció que estaba lista. Salieron por otra escalera para no pasar por la portería; cruzaron la explanada de la entrada, ahora vacía y silenciosa, y llegaron a la calle.

Era una de esas noches de verano en que la oscuridad no llega a ser completa, sólo un prolongado crepúsculo. Se veían perfectamente la calle y el puente, y el cielo estaba sereno y hermoso. La gente había salido a la puerta de su casa, a jugar con los niños y a disfrutar de la noche; algunos paseaban y tomaban el aire; las

preocupaciones del día casi habían dejado de ser preocupantes; y Amy y la señora Clennam eran prácticamente las únicas personas que iban con prisas. Al cruzar el puente, los nítidos campanarios de las iglesias parecieron acercarse, dejando atrás las tinieblas que normalmente los envolvían. El humo, al elevarse, ya no era lóbrego sino que adquiría en el cielo cierta luminosidad. La belleza del ocaso no había abandonado la larga hebra de nubes que se cernía, liviana y pacífica, sobre el horizonte. Desde un centro radiante, a lo largo y ancho del tranquilo firmamento, grandes rayos de luz se diseminaban entre las primeras estrellas, como señales de la sagrada alianza de paz y esperanza que había convertido en un halo la corona de espinas.

La señora Clennam, ahora que no iba sola y estaba oscuro, llamaba menos la atención, y andaba a buen paso al lado de la pequeña Dorrit sin que nadie la molestase. Salieron de la avenida principal por la esquina por donde ella había venido y prosiguieron por callejuelas sinuosas, vacías y en silencio. Estaban llegando a la verja cuando se oyó un ruido repentino, como un trueno.

—¿Qué ha sido eso? ¡Entremos, deprisa! —exclamó la señora Clennam.

Ya estaban en la verja. La pequeña Dorrit, con un grito terrible, la detuvo.

Tenían la vieja casa delante, y en ella un hombre fumaba en la ventana; pero, en un abrir y cerrar de ojos, oyeron otro ruido como de trueno y el edificio empezó a temblar, a abombarse, a agrietarse en cincuenta partes, y finalmente se vino abajo. Ensobercidas por el estruendo, sin poder respirar, asfixiándose, cegadas por el polvo, Amy y la anciana se cubrieron la cara, incapaces de moverse. La nube de polvo que las separaba del plácido firmamento se abrió un instante y les dejó ver las estrellas. Mientras alzaban los ojos y, desesperadas, gritaban en busca de auxilio, las chimeneas, lo único que aún quedaba en pie, como una torre en medio de un remolino, empezaron a balancearse, se partieron y se derrumbaron sobre el montón de ruinas, como si cada fragmento desprendido quisiera enterrar a mayor profundidad el edificio abatido.

Tiznadas por las partículas de escombros que flotaban en el aire, apenas reconocibles, Amy y la anciana se apartaron de la verja sollozando y temblando. La señora Clennam se desplomó sobre los adoquines de la calle, y desde aquel momento no volvió a mover un dedo ni a articular una sola palabra. Pasaría tres años más en la silla de ruedas, mirando con atención a todos los que la rodeaban y, al parecer, comprendiendo lo que decían, pero el inflexible silencio que llevaba tantos años observando la dominó el resto de sus días, y, aunque podía mover los ojos y decir débilmente que sí o que no con la cabeza, recibió a la muerte convertida en una estatua.

Affery las había ido a buscar a la cárcel, y las había visto desde lejos en el puente. Ahora se acercó para levantar a su anciana señora, para llevarla a una casa del vecindario y manifestar su lealtad. Ya se había resuelto el misterio de los ruidos;

Affery, como muchos cerebros privilegiados, siempre había acertado al observar los detalles, pero igualmente se equivocaba en las teorías que había construido a partir de ellos.

Cuando la nube de polvo se disipó y se hizo de nuevo la calma en la noche estival, un gran gentío abarrotó las calles adyacentes, y se formaron varias partidas de excavadores para limpiar por turnos los escombros. Se decía que en el momento del derrumbamiento había cien personas dentro de la casa, luego cincuenta, luego quince, luego dos. Al final los rumores retuvieron la última cifra: el extranjero y el señor Flintwinch.

Los excavadores pasaron toda la noche cavando, rodeados de tuberías de gas que habían estallado; después trabajaron al mismo nivel que el sol del alba, después muy por debajo del astro que iba elevándose hasta alcanzar el cenit, después en posición oblicua con respecto a éste, mientras iba descendiendo, y de nuevo al mismo nivel cuando llegó el ocaso. Cavaron enérgicamente, recogieron piedras con palas y las retiraron en carretas, carretillas y cestas, sin cesar, día y noche; pero el segundo día ya tocaba a su fin cuando encontraron el mugriento montón de basura en que se había convertido el extranjero, con la cabeza pulverizada, como si fuera cristal, por la gran viga que lo había aplastado.

Pero todavía no tenían ni rastro de Flintwinch, por lo que continuaron cavando enérgicamente, recogiendo piedras con palas y retirándolas, sin cesar, día y noche. Corrió la voz de que en la casa había un famoso sótano, muy grande (cosa que, efectivamente, era cierta), y que Flintwinch se encontraba en él cuando ocurrió todo, o que le había dado tiempo a guarecerse en una de las galerías subterráneas, que seguía a salvo bajo esa sólida bóveda, que incluso se le había oído gritar, en un eco débil, hueco, bajo tierra: «¡Estoy aquí!». En la otra punta de la ciudad hasta se sabía que los excavadores habían podido comunicarse con él por una tubería, que por esa vía le habían enviado comida y coñac, y que había declarado con una presencia de ánimo admirable que «estaba perfectamente, muchachos», si no fuera por la clavícula. Pero continuaron cavando, recogiendo piedras con palas y retirándolas sin cesar, hasta que desaparecieron los escombros y el sótano quedó al descubierto: ningún pico ni ninguna pala dieron con Flintwinch, ni vivo ni muerto, ni en perfecto estado ni en un estado lamentable.

Entonces empezó a decirse que Jeremiah no estaba en la casa cuando se había derrumbado; empezó a decirse que en ese momento estaba muy ocupado en otra parte, canjeando títulos mercantiles por la mayor cantidad de dinero en metálico posible en tales circunstancias, ejerciendo sus atribuciones como representante de la empresa en su propio provecho. Affery, al recordar que su marido, tan listo, había asegurado que se explicaría al cabo de veinticuatro horas, llegó a la firme conclusión de que no habría otra explicación que el mismo hecho de desaparecer durante ese

plazo con todo el dinero que hubiera sido capaz de reunir; pero conservó la calma, enormemente agradecida por haberse librado de él. Como no parecía descabellado pensar que no se podía desenterrar a un hombre que no había sido enterrado, los excavadores desistieron de encontrarlo cuando acabaron de recoger los escombros, y dejaron de buscarlo en las profundidades de la tierra.

Lo cual sentó muy mal a mucha gente, empeñada en creer que Flintwinch seguía sepultado bajo alguna capa de las formaciones geológicas londinenses. Semejante creencia no se vio muy perturbada por las insistentes noticias que fueron llegando con el paso del tiempo: que un anciano, que llevaba el nudo del pañuelo debajo de la oreja, y de quien se sabía perfectamente que era inglés, se dedicaba a alternar con los holandeses en las pintorescas orillas de los canales de La Haya y en las tabernas de Ámsterdam, bajo la guisa y el nombre de Mynheer von Flyntevynge.

Como Arthur seguía muy enfermo en Marshalsea y el señor Rugg no veía un resquicio en el firmamento de las leyes que permitiera albergar esperanzas de liberación, el señor Pancks no dejaba de reprocharse amargamente lo sucedido. Si no hubiera contado con las cifras indiscutibles que demostraban que Arthur, en lugar de consumirse en la cárcel, tendría que estar paseándose ahora en un coche de dos caballos, y que él mismo, en vez de disponer únicamente del salario semanal, tendría que verse en posesión de una cantidad de entre tres mil y cinco mil libras, seguramente el desgraciado matemático se habría metido en la cama y en ella se habría convertido en una de los cientos de personas anónimas que mueren con el rostro contra la pared, en un último sacrificio a la grandeza del difunto señor Merdle. Con esos cálculos indiscutibles como único apoyo, el señor Pancks llevaba una existencia infeliz y agitada; siempre iba con las cifras metidas en el sombrero, y no sólo las repasaba en cuanto se le presentaba la ocasión, sino que instaba a todo ser humano con el que se cruzara a revisarlas con él, a fin de dejar constancia de lo claro que estaba todo. En la Plaza del Corazón Sangrante apenas quedaba un vecino al que no le hubiera hecho la demostración y, como los números son contagiosos, se extendió una especie de sarampión de cifras, por culpa del cual toda la Plaza había enfermado.

Cuanto más se debatía Pancks interiormente, menos paciencia tenía con el Patriarca. En sus últimas reuniones, los resoplidos del hombrecillo habían adquirido un matiz de irritación que no presagiaban nada bueno para el anciano; además, Pancks había contemplado varias veces las protuberancias patriarcales de un modo extraño en una persona que no se dedicaba a la pintura, ni a la fabricación de pelucas, y que no buscaba un modelo.

Sin embargo, el hombrecillo atracaba y zarpaba del pequeño muelle de la parte posterior de la casa, envuelto en nubes de vapor, cuando el Patriarca requería su presencia, y los negocios seguían su curso habitual. El señor Pancks continuaba arando la Plaza del Corazón Sangrante y el señor Casby recogía la cosecha al ritmo marcado por las estaciones; el señor Pancks se llevaba toda la parte ingrata y sucia del negocio; el señor Casby, todos los beneficios, todos los vapores etéreos, todos los claros de luna... toda *su* parte; y, según solía decir este hombre risueño y benevolente los sábados por la tarde, cuando giraba los gruesos pulgares después de cerrar las cuentas de la semana, «todas las partes han quedado satisfechas... todas las partes, señor, han quedado satisfechas».

El muelle del remolcador a vapor, es decir, del señor Pancks, tenía un techo de plomo que, con las elevadísimas temperaturas del tórrido sol estival, quizá hubiera recalentado en exceso la embarcación. Fuera como fuera, una luminosa tarde de sábado, tras recibir la llamada del renqueante barco de color verde botella, el remolcador maniobró inmediatamente y zarpó a toda máquina del muelle en plena ebullición.

—Señor Pancks —lo acusó el Patriarca—, ha sido usted descuidado, ha sido usted descuidado, señor.

—¿A qué se refiere? —replicó bruscamente el hombrecillo.

El estado de ánimo patriarcal, siempre caracterizado por la tranquilidad y la compostura, era tan particularmente sereno esa tarde que resultaba provocador. Todos los mortales tenía calor, pero el Patriarca disfrutaba de un espléndido frescor. Todos tenían sed, y el Patriarca bebía. Lo envolvía un aroma a lima o limón, y se había preparado una bebida de jerez dorado que relucía en un vaso enorme, como si hubiera de beberse el sol del atardecer. Eso ya era malo, pero no era lo peor. Lo peor era que, con esos grandes ojos azules y esa cabeza lustrosa, con esos largos cabellos blancos y esas piernas verde botella extendidas, coronadas por unos cómodos zapatos cómodamente cruzados por el empeine, el aspecto radiante del anciano parecía señalar que, en su infinita benevolencia, había preparado la bebida para toda la especie humana, y que él se conformaba con tomar la leche de su propia generosidad.

Por eso replicó el señor Pancks: «¿A qué se refiere?», y se puso el pelo de punta con las dos manos, gesto que presagiaba algo.

—Me refiero, señor Pancks, a que debe mostrarse usted mucho más insistente con los inquilinos, más insistente con los inquilinos, más insistente. No los exprime usted. Los recibos que me trae dejan mucho que desear. Debe exprimirlos, señor; de otro modo, nuestra relación dejará de ser todo lo satisfactoria que me gustaría para todas las partes. Todas las partes.

—¿Que no los exprimo? —repuso Pancks—. ¿Y qué otra cosa hago?

—Es que no debe hacer otra cosa, señor. Usted está aquí para cumplir su obligación, pero no la cumple. Le pago para que exprima, y debe exprimirlos para que me paguen. —Al Patriarca le sorprendió tanto el ingenio de esta frase, inspirada en el doctor Johnson^[54], sin esperarlo ni pretenderlo en absoluto, que soltó una carcajada, y, girando los pulgares y haciendo un gesto con la cabeza a su retrato de niñez, repitió muy satisfecho—: Le pago para que exprima, y debe exprimirlos para que me paguen.

—¡Oh! —exclamó Pancks—. ¿Algo más?

—Sí, señor, hay algo más. No estoy nada contento con mi hija, señor Pancks, nada contento. No sólo aparece con demasiada frecuencia por casa de la señora Clennam para interesarse por la dama, por la dama, que no se encuentra ahora en

unas circunstancias que se puedan considerar... satisfactorias para todas las partes, sino que además, señor Pancks, o estoy muy mal informado o aparece por la cárcel, por la cárcel, para interesarse por el señor Clennam.

—El señor Clennam está enfermo —apuntó Pancks—. Quizá no sea más que un gesto de deferencia.

—Bobadas. A ella eso no la afecta en absoluto, no la afecta en absoluto. No lo voy a consentir. Que el señor Clennam pague sus deudas y salga; que pague sus deudas y salga.

Aunque el pelo del hombrecillo ya estaba tan en punta que parecía alambre duro, aún le dio otro impulso perpendicular con las dos manos y le dedicó a su amo la más espantosa de las sonrisas.

—¿Me podría hacer el favor de decirle a mi hija que no lo voy a consentir, que no lo voy a consentir? —preguntó el Patriarca en tono conciliador.

—¡Oh! —se sorprendió Pancks—. ¿Y no podría comentárselo usted?

—No, señor; le pago para que comente usted esas cosas. —El necio y torpe anciano no pudo resistirse a repetir la expresión anterior—: Debe usted comentarlas para que le pague, comentarlas para que le pague.

—¡Oh! —exclamó Pancks de nuevo—. ¿Algo más?

—Sí, señor. Tengo la impresión de que usted también frecuenta demasiado ese lugar, ese lugar. Le recomiendo, señor Pancks, que deje de prestar tanta atención a las pérdidas que han sufrido usted y otras personas, y que se centre en su trabajo, se centre en su trabajo.

El señor Pancks reaccionó a esta recomendación pronunciando el monosílabo «¡Oh!» de una forma tan extraordinariamente abrupta, cortante y sonora que incluso el impasible Patriarca movió los ojos con algo parecido a la rapidez para mirarlo. El señor Pancks, con un resoplido de intensidad correspondiente, añadió:

—¿Algo más?

—Por ahora no, señor, por ahora no. Voy a dar un paseíto —respondió el anciano, apurando la bebida y poniéndose en pie con semblante afable—, a dar un paseíto. No sé si estará usted aquí cuando vuelva. Si no, señor, dedíquese a sus obligaciones, a sus obligaciones: el lunes exprima, exprima, exprima; ¡el lunes exprima!

El hombrecillo, tras ponerse otra vez el pelo de punta, se quedó contemplando al Patriarca mientras éste se calaba el sombrero de ala ancha, al parecer debatiéndose entre la indecisión y cierta sensación de agravio. El señor Pancks también estaba más acalorado que antes y jadeaba más. Pero dejó que el señor Casby se marchara sin añadir nada, y después espió a su amo a través de las pequeñas contraventanas verdes.

«Eso me parecía —se dijo—. Ya sabía dónde ibas. ¡Bien!»

Volvió entonces al muelle envuelto en vapor, lo ordenó minuciosamente, cogió el

sombrero, lo miró todo, dijo: «¡Adiós!», y también se marchó, soltando resoplidos. Se encaminó directamente al extremo de la Plaza del Corazón Sangrante en el que vivía la señora Plornish, y llegó a lo alto de las escaleras más recalentado que nunca.

En el rellano declinó la invitación de la señora Plornish a entrar en aquel hogar feliz y charlar un ratito con su padre (aunque, para gran alivio suyo, la invitación no se repitió como se habría repetido en cualquier otra noche que no fuera sábado, día en que los clientes que tan amablemente sostenían el negocio en todos los sentidos menos el económico hacían los pedidos sin pagar); el señor Pancks se quedó en el rellano hasta que vio al Patriarca, que siempre entraba en la Plaza por el otro extremo, avanzando lentamente con una espléndida sonrisa, rodeado de personas que le debían dinero. Entonces, el señor Pancks bajó y se acercó a él exhalando vapor a la máxima presión.

Al Patriarca, con su benevolencia habitual, le sorprendió ver al señor Pancks, pero creyó que lo había convencido para ponerse a exprimir de inmediato en vez de esperar al lunes. Los vecinos de la Plaza se quedaron perplejos al presenciar el encuentro, porque ni el residente más antiguo podía recordar haber visto juntos a los dos capitostes. Y los invadió un indecible estupor cuando Pancks se acercó a aquel hombre tan venerable, se detuvo delante del chaleco color verde botella, dibujó con los dedos índice y pulgar de la mano derecha una pistola, la apoyó en el ala ancha del sombrero y, con una rapidez y precisión sorprendentes, despojó de esa prenda a la cabeza lustrosa, que de pronto pareció una canica de dimensiones colosales.

Después de tomarse semejantes libertades con la cabeza del Patriarca, el señor Pancks inspiró todavía mayor estupor y simpatía a los residentes del Corazón Sangrante al decir en voz alta:

—¡Ahora, estafador zalamero, voy a ajustar cuentas con usted!

Una multitud, toda ojos y oídos, no tardó en rodear a los dos hombres; las ventanas se abrieron de par en par; la gente se arremolinó en las puertas.

—¿Qué finge ser usted? —preguntó Pancks—. ¿En qué consiste su juego moral? ¿Qué virtud se supone que practica? La benevolencia, ¿verdad? Usted... ¡benévolo!

En ese momento el remolcador, sin intención aparente de darle un golpe, pero impulsado por la necesidad de calmarse y de invertir la energía sobrante en un sano ejercicio, dirigió un puñetazo a la protuberante cabeza, que la protuberante cabeza se agachó para evitar. Este sorprendente movimiento se repitió, causando una admiración aún mayor entre los espectadores, al término de cada frase de la alocución del señor Pancks.

—Dejo de estar a su servicio —anunció—, así que le voy a decir lo que es usted: un impostor de la peor calaña. Yo, que los he sufrido a ambos, no sé si son peores los tipejos como Merdle o a los tipejos como usted. Es usted un ejecutor en la sombra, un torturador que se esconde, una máquina de exprimir, un explotador, un mercachifle

camuflado. Un infame filántropo. ¡Un mentiroso despreciable!

(En este momento, la repetición de la acción anterior fue recibida con una ronda de carcajadas).

—Pregunte a esta buena gente quién es el malo aquí —prosiguió—. Seguramente le dirán que Pancks.

Confirmaron esa afirmación varias exclamaciones:

—¡Desde luego!

—¡Eso es!

—Pero ¡yo les aseguro, queridos amigos, que el malo es Casby! Este ejemplo de mansedumbre, este ser lleno de amor, este hombre tan afecto a las sonrisas y al color verde botella, ¡es el causante de todo lo que os pasa! —declaró Pancks—. Si queréis ver al hombre que quiere despellejaros... ¡aquí lo tenéis! ¡No os fijéis en mí, que sólo gano treinta chelines a la semana! ¡Fijaos en Casby, que no sé cuánto gana al año!

—¡Sí! —exclamaron varias voces—. ¡Escuchad lo que dice el señor Pancks!

—¿Escuchad lo que dice el señor Pancks? —repitió el caballero (después de ejecutar de nuevo ese movimiento tan popular)—. ¡Sí, y tanto! Ya va siendo hora de que se escuche al señor Pancks. He venido esta noche a la Plaza para que me escuchéis. Yo soy sólo el mecanismo; ¡ahí tenéis la manivela!

El público se habría rendido ya al señor Pancks como un solo hombre, como una sola mujer, como un solo niño, si no hubiera sido por los rizos largos, grises, sedosos, y por el sombrero de ala ancha.

—Ahí tenéis el registro que marca el tono de la melodía. Y en esa melodía sólo hay una palabra: ¡exprimir, exprimir, exprimir! Ahí tenéis al amo, y aquí al recadero. Sí, queridos amigos, esta noche Casby ha venido tranquilamente a la Plaza a dar una vuelta como una lenta y benévola peonza, vosotros os acercáis a él para quejaros del recadero... pero ¡no sabéis cómo os engaña el dueño de todo esto! ¿Por qué creéis que ha venido hoy? ¡Para que el lunes cargue yo con todas las culpas! ¿Y si os digo que esta misma tarde me ha echado un rapapolvo porque no os exprimo lo suficiente? ¿Y si os digo que acaba de darme la orden concreta de exprimiros el lunes hasta la última gota?

La respuesta llegó entre cuchicheos:

—¡Qué vergüenza! ¡Cuánta maldad!

—¿Maldad? —respondió Pancks con un bufido—. ¡Sí, mucha maldad! Los hombres como Casby son los más perversos de todos. Envían a sus recaderos, a cambio de unos estipendios míseros, para que hagan todo lo que a ellos les causa vergüenza y miedo, ¡lo que fingen no hacer, pero que conseguirán que otro haga, sin darle tregua! ¡Os obligan a echar la culpa al recadero para que los miréis con respeto! ¡El estafador más abyecto de esta ciudad, que se saca dieciocho peniques haciendo trampas, no estafa ni la mitad que esta cabezota que tenéis aquí!

Se oyeron los siguientes gritos:

—¡Eso es cierto! ¡No nos estafará más!

—Y fijaos en lo que os traen los hombres como él —prosiguió Pancks—. Fijaos en lo que os traen esas espléndidas peonzas que giran suavemente entre vosotros, pero tan rápido que no podéis ver si tienen una inscripción o un agujero. Ahora quiero hablar brevemente de mí. No soy un tipo que caiga simpático, lo sé muy bien.

El público se mostró dividido en este último punto; los menos complacientes exclamaron: «¡Desde luego que no!», y los más educados: «¡Sí que lo es!».

—En líneas generales, soy un zoquete aburrido, un recadero antipático y seco. Así es un humilde servidor. ¡Ése es mi retrato de cuerpo entero, pintado por mí mismo y que aquí os presento, con un probado parecido con el original! Pero ¿cómo iba a ser, teniendo el amo que tengo? ¿Qué se puede esperar? ¿Puede uno pedir peras al olmo?

A los vecinos del Corazón Sangrante les parecía que no, a tenor de lo rotundo de su respuesta.

—Pues bien —añadió Pancks—, tampoco podéis esperar cualidades agradables de recaderos como yo, con amos como éste. He sido recadero desde niño. ¿En qué ha consistido mi vida? ¡En sudar sin fin, en sudar sin fin, en impulsar la maquinaria, en impulsar la maquinaria! Ni yo mismo me caigo bien, así que tampoco es probable que les caiga bien a los demás. Si al cabo de diez años mi trabajo le reportara un chelín menos de beneficio a este impostor, me pagaría un chelín menos; si pudiera conseguir a otro que le hiciera el mismo trabajo por seis peniques menos, le daría mi puesto por seis peniques menos. ¡La mayor ganancia al menor coste, bendita sea! ¡Un principio inamovible! Qué cabezota tan espléndida tiene el señor Casby —prosiguió Pancks, observando esta parte del cuerpo con un semblante que indicaba cualquier cosa menos admiración—, aunque, si tuviera una taberna, tendría que llamarla Las Armas del Farsante. Su lema sería: «Ni un minuto de descanso para el recadero». ¿Algún caballero de los aquí presentes —preguntó el orador, haciendo una pausa y mirando a la concurrencia— conoce nuestras normas gramaticales?

El Corazón Sangrante no se atrevió a afirmar tal cosa.

—Da igual —continuó Pancks—. Sólo quería añadir que la tarea que mi amo me ha encomendado ha consistido en no dejar nunca de conjugar el modo imperativo del verbo trabajar. ¡Trabaja sin descanso! Que él trabaje sin descanso. Trabajemos sin descanso. Que ellos trabajen sin descanso. Ahí tenéis a Casby, vuestro Patriarca, y su regla de oro. Él ofrece una imagen agradabilísima a la vista, y yo todo lo contrario. Él es dulce como la miel, y yo no tengo ninguna gracia. Él me da la brea, yo la aplico y es a mí a quien se pega. En cualquier caso —dijo, acercándose otra vez a su antiguo amo, del que se había alejado un poco para que los residentes de la Plaza pudieran verlo mejor—, como no estoy acostumbrado a hablar en público y ya he pronunciado un discurso muy largo, dadas las circunstancias, voy a concluir mis reflexiones

pidiendo que se ponga fin a toda esta situación.

El último de los Patriarcas se esperaba tan poco todo esto, necesitaba tanto tiempo para captar una idea y tanto tiempo para asimilarla, que no pudo decir nada. Parecía estar buscando una forma patriarcal de salir del embrollo cuando el señor Pancks volvió a apoyar en su sombrero la pistola formada con los dedos y la disparó otra vez con la misma habilidad anterior. En la ocasión previa, un par de habitantes de la Plaza habían recogido obsequiosamente la prenda y se la habían devuelto al dueño, pero el señor Pancks había conseguido impresionar tanto a su público que el Patriarca tuvo ahora que agacharse personalmente.

Como una centella, el hombrecillo, que llevaba cierto tiempo con la mano derecha metida en el bolsillo de la chaqueta, sacó unas tijeras de podar, se puso detrás del Patriarca y le cortó en un abrir y cerrar de ojos los sagrados rizos que manaban sobre sus hombros. En un arrebato de animadversión y celeridad, le quitó el sombrero de ala ancha que tenía en la mano, lo convirtió a tijeretazos en algo parecido a una olla y lo devolvió a su patriarcal cabeza.

Al ver el horrible resultado de esta medida desesperada, hasta el propio Pancks dio un paso atrás, consternado. Ahora un tipo trasquilado, con los ojos fuera de las órbitas, de cabeza inmensa, torpe, lo miraba de hito en hito, con un aspecto de cualquier cosa menos imponente, cualquier cosa menos venerable, que parecía haber brotado de la tierra para preguntar qué había sido de Casby. Después de devolver la mirada al fantasma, abrumado y sin decir nada, el señor Pancks tiró las tijeras y corrió a esconderse en algún sitio donde no pudieran alcanzarlo las consecuencias de su delito. Al hombrecillo le pareció prudente recurrir a la máxima prontitud para desaparecer, aunque lo único que lo persiguió fue el eco de las carcajadas de la Plaza del Corazón Sangrante, que atravesaron el aire y la volvieron a llenar de música.

Los cambios que se producen en una habitación donde hay una persona febril son lentos e inestables, pero los cambios que se producen en un mundo febril son rápidos e irrevocables.

La pequeña Dorrit tuvo que enfrentarse a los dos tipos de cambio. El muro de Marshalsea, varias horas al día, volvía a envolverla en sus sombras y a convertirla en la hija de la cárcel mientras ella pensaba por Clennam, trabajaba para él, lo cuidaba y le prodigaba, cuando se alejaba de él, todo su amor y atención. La parte de su vida que se desarrollaba fuera también le imponía exigencias acuciantes, pero respondía a ellas con paciencia infatigable. Estaba Fanny, con su orgullo, sus rabietas y sus caprichos, muy avanzada en ese estado que la descalificaba para entrar en sociedad y que tanto la había inquietado la noche del cortaplumas de Carey, siempre empeñada en que la consolasen, empeñada en que no la consolasen, empeñada en sentirse profundamente ofendida, empeñada en que nadie tuviera la osadía de pensar que la habían ofendido. Estaba el hermano, un joven débil, orgulloso, aficionado a la bebida, incapaz de andar erguido, con una forma de hablar tan pastosa que parecía que una parte de ese dinero que tan ufano lo ponía se le hubiera metido en la boca y no pudiera sacárselo, incapaz de hacer nada solo, con esa tendencia a tratar con displicencia a su hermana, a la que quería egoístamente (siempre había adolecido de esa virtud negativa, ¡un muchacho tan desgraciado y tan mal situado en la vida!), precisamente porque dejaba que ella lo guiase. Estaba la señora Merdle, de vaporoso luto —su primer gorro de viuda, que seguramente había acabado hecho trizas en un arrebato de dolor, había tenido que ser sustituido por una prenda de lo más favorecedora fabricada en París—, enfrentada a Fanny en una lucha encarnizada, apechugando con ella, de la mañana a la noche, con todo su inconsolable busto. Estaba el pobre señor Sparkler, que no sabía qué hacer para que no riñeran, pero que sostenía con toda humildad que las dos debían admitir que eran mujeres extraordinarias, y muy sensatas ambas; gracias a esta última recomendación suegra y nuera se ponían de acuerdo en algo, y las dos regañaban a Edmund de una forma espantosa. Y también estaba la señora General, que había vuelto del extranjero y que cada dos días enviaba por correo unos prismas y patatas para pedir una carta de recomendación para algún puesto vacante. De esta espléndida dama se puede afirmar, finalmente, que ninguna otra contaba con tantos defensores (a juzgar por las cartas de recomendación que presentaba) de su trascendente idoneidad para cualquier puesto vacante en la faz de la tierra, ni ninguna otra con tan mala suerte para disponer de un

amplísimo círculo de fervientes y distinguidos admiradores que, casualmente, nunca la necesitaban para ocupar puesto alguno.

En el primer momento de conmoción tras la muerte del eminente señor Merdle, muchas personas de importancia no habían sido capaces de decidir si debían evitar a la señora Merdle o consolarla. Pero, como parecía esencial para la solidez de su propio caso admitir que la dama había sido cruelmente engañada, lo admitieron generosamente y no le retiraron el saludo. En consecuencia, la señora Merdle, al ser una mujer elegante y de buena cuna que había sucumbido a las artimañas de un vulgar bárbaro (porque todo el mundo había desenmascarado al señor Merdle nada más descubrir que no tenía dinero), debía ser activamente protegida por su orden social, por el bien de éste. Ella respondió a semejante muestra de fidelidad dando a entender que nadie estaba más indignada por la faceta delictiva del difunto, y así, en general, consiguió salir airosa de la comprometida situación, y le fue muy bien.

Afortunadamente, el asiento del señor Sparkler en la Cámara de los Lores fue uno de esos cómodos estantes donde se deposita a un caballero de por vida, mientras no se den motivos para que la grúa de los Barnacle lo eleve a alturas más lucrativas. Este servidor de la patria demostró una gran lealtad a sus colores (la bandera de cuatro cuarteles^[55]), y se comportaba como un auténtico Nelson cuando había que izarlos en el mástil. Gracias a los beneficios de tal intrepidez, la señora Sparkler y la señora Merdle, que ocupaban distintos pisos del distinguido y pequeño templo de la incomodidad sobre el que el olor a caballo y a sopa del día anterior se cernían con la misma insistencia con que la muerte se cierce sobre el hombre, se dispusieron a resolver sus diferencias, como enemigas mortales, en los salones de la alta Sociedad. Y la pequeña Dorrit, al observar el rumbo que tomaban las cosas, no pudo sino pensar angustiada que los hijos de Fanny acabarían relegados a un apartado recodo de esa elegante casa, y se preguntó quién cuidaría de esas pequeñas víctimas aún por nacer.

Como Arthur todavía estaba demasiado enfermo y no se podía contar con él para nada que pudiera producirle ansiedad o una fuerte emoción, y dado que su recuperación dependía en gran medida del reposo que le permitiría recobrar las fuerzas, la única persona a quien pudo consultar la pequeña Dorrit en ese difícil período fue el señor Meagles, que seguía en el extranjero; Amy le escribió, a través de Minnie, nada más ver a Arthur por primera vez en Marshalsea, y desde entonces le había confesado todas sus preocupaciones, especialmente una, a saber: que el señor Meagles estuviera ausente y no pudiera ir a Marshalsea, donde su presencia sería muy beneficiosa.

Sin desvelar la naturaleza exacta de los documentos que habían ido a parar a manos de Rigaud, Amy puso al señor Meagles en antecedentes del caso, y le contó también el triste sino de quien se los había dado. La inveterada prudencia del señor Meagles, que tan bien representaban la balanza y la palita, lo obligó a señalar a la

joven lo importante que era recuperar los documentos originales; este punto, le escribió a Amy, era crucial, y añadió que no volvería a Inglaterra «sin intentar descubrir dónde se hallaban».

En esa época, Henry Gowan ya había decidido que le convendría mucho no relacionarse con los Meagles. Tuvo la consideración de no dictar ninguna orden al respecto a su mujer, pero sí le confesó personalmente al señor Meagles su impresión de que no se llevaban bien, y que le parecía práctico que acordasen —educadamente, sin escenas ni nada parecido— que los dos eran tipos espléndidos, pero que era mejor que no se tratasen. El pobre señor Meagles, que ya temía no estar contribuyendo a la felicidad de su hija después de ser objeto de tantas afrentas delante de ella, respondió:

—¡De acuerdo, Henry! Eres el marido de mi Tesoro; como es natural, me has desplazado. Si es lo que quieres, ¡de acuerdo!

Esta decisión tuvo una ventaja adicional, que tal vez Gowan no había previsto: los señores Meagles, ahora que sólo se trataban con Minnie y su pequeño, empezaron a mostrarse más generosos con ella, y así aquel espíritu superior pudo disfrutar de mayores cantidades de dinero sin verse sometido a la degradante necesidad de saber de dónde venían.

En un momento así, naturalmente, el señor Meagles recibió con los brazos abiertos la posibilidad de ocuparse en algo. Minnie le dijo en qué ciudades había sembrado el terror Rigaud con su presencia y en qué hoteles se había hospedado en distintas temporadas. Meagles se asignó la tarea de visitar todos esos lugares con gran discreción y celeridad; si veía que Rigaud se había dejado en algún sitio una caja, un paquete o un recibo sin pagar, se llevaría la caja o el paquete y pagaría el recibo.

Con la única compañía de su mujer, emprendió el peregrinaje y vivió varias aventuras. Uno de los mayores escollos con que se encontró fue la imposibilidad de entender lo que le decían, y de proseguir sus pesquisas en lugares donde la gente tampoco entendía lo que él les decía. Sin embargo, con la vaga pero inamovible convicción de que el inglés era la lengua materna de todo el orbe y de que quien no lo sabía era sólo porque era tonto, el viajero soltaba largas y prolijas peroratas a los posaderos, ofrecía ruidosas y complicadísimas explicaciones y se negaba rotundamente a escuchar cualquier respuesta que los interpelados le dieran en otro idioma, aduciendo que no decían «más que bobadas». A veces recurría a un intérprete, con quien se servía de expresiones tan coloquiales que toda comunicación era imposible, lo cual no hizo más que empeorar la situación. Sin embargo, si tenemos en cuenta todos los detalles, cabe afirmar que quizá Meagles no salió del todo malparado, porque, aunque no encontró la menor prueba, fue recibido con tantas deudas y tantos insultos contra el apellido que constituía la única palabra que los demás entendían, que en casi todas partes lo cubrieron de graves acusaciones. Cuatro veces al menos llamaron a la policía para denunciarlo por estafador artero, granuja y

ladrón, gruesas palabras que Meagles sobrellevó con el mejor de los humores (pues no las había entendido), y lo condujeron a diversos barcos de vapor y coches de posta para que abandonara aquellos lugares, sin que él dejara jamás de replicar, como el alegre y elocuente británico que era, con madre cogida del brazo.

Sin embargo, dentro de su idioma y dentro de su cabeza, el señor Meagles era un hombre espabilado, astuto, perseverante. Después de peregrinar por todo París, de no dejar en ella «piedra sin remover», según sus propias palabras, y de fracasar estrepitosamente, seguía sin darse por vencido.

—Madre, cuanto más me acerque a Inglaterra siguiendo los pasos de ese hombre —razonaba Meagles—, más posibilidades tengo de acercarme a los documentos, aparezcan o no. Porque lo más lógico es pensar que los guardó en algún sitio a salvo de los ingleses, pero al mismo tiempo al alcance de su mano, ¿entiendes?

En París, el peregrino encontró esperándolo una carta de la pequeña Dorrit; en ella, Amy le decía que había podido hablar un par de minutos de Rigaud con el señor Clennam, y que, cuando le había contado que su amigo el señor Meagles, que se dirigía a Inglaterra para visitarlo, estaba intentando averiguar, en la medida de lo posible, algo sobre dicho personaje, él le había pedido que lo informase de que había ido una vez a ver a la señorita Wade, que por aquel entonces vivía en una calle de Calais.

—¡Caramba! —exclamó el peregrino.

Con toda la rapidez posible en aquella época de los coches de posta, Meagles fue a llamar al timbre resquebrajado de la puerta resquebrajada; la puerta se abrió con un chirrido y apareció en el vestíbulo oscuro la campesina, que dijo:

—¡Hola, señog! ¿Para quién?

Ante tales palabras, Meagles se dijo para sus adentros que los habitantes de Calais demostraban un gran sentido común y se enteraban bien de lo que pasaba a su alrededor, y respondió:

—La señorita Wade, querida.

Y lo llevaron en presencia de la señorita.

—Llevamos cierto tiempo sin vernos —declaró el visitante entre carraspeos—. Espero que se encuentre usted bien, señorita Wade.

Sin esperar que Meagles ni ninguna otra persona se encontrasen bien, la señorita Wade le preguntó a qué se debía el gran honor de volver a verlo. El recién llegado, entre tanto, no dejaba de observar la sala, sin ver nada que tuviera forma de caja.

—Pues lo cierto es —respondió en un tono afable, zalamero, por no decir convincente— que quizá pueda usted arrojar cierta luz sobre un asunto que en estos momentos se halla envuelto en tinieblas. Espero que cualquier incidente desagradable que hayamos podido tener en otro tiempo ya sea sólo cosa del pasado. No podemos cambiar lo sucedido. ¿Se acuerda de mi hija? ¡Cómo cambia todo! ¡Ahora es madre!

En su inocencia, el señor Meagles no podría haber hecho peor alusión. Hizo una pausa, esperando ver algún gesto de interés, pero fue una pausa inútil.

—Supongo que no será ése el asunto que quería tratar conmigo —dijo Wade después de un frío silencio.

—No, no —respondió Meagles—. Había pensado que, dada su bondad...

—Creía que ya sabía usted que no es precisamente fácil despertar mi bondad.

—No diga eso, no sea injusta consigo misma. Pero vayamos al grano. —Meagles se había percatado de que no conseguía nada con rodeos—. Me ha contado mi amigo Clennam, que ha estado muy enfermo y sigue estándolo, cosa de la que usted lamentará enterarse...

Volvió a hacer una pausa, y ella volvió a quedarse callada.

—Resulta que me ha contado que tuvo usted cierta relación con un tal Blandois, recientemente fallecido en Londres a raíz de un trágico accidente. ¡No me interprete mal! Sé que fue sólo una relación superficial —añadió Meagles, frenando hábilmente una airada interrupción que, según vio, estaba a punto de producirse—. Estoy plenamente al corriente. Sí, fue sólo una relación superficial. Pero la pregunta es la siguiente —prosiguió, adoptando de nuevo el tono amable—: la última vez que Blandois iba de camino a Inglaterra, ¿no le dejaría a usted una caja con documentos, o un fajo de documentos, o unos documentos en un receptáculo u otro, o cualquier tipo de documento, rogándole que se los guardase cierto tiempo hasta que se los reclamase?

—¿Ésa es la pregunta? —repitió Wade—. ¿Y quién la hace?

—Yo —respondió Meagles—. No sólo yo; también Clennam y otras personas. Estoy seguro —añadió, con el corazón rebosante de cariño por Tesoro— de que mi hija no puede inspirarle ningún sentimiento desagradable; es imposible. Pues también se lo pregunta ella, porque es algo que interesa de forma muy particular a una amiga suya. Así que he venido a hacerle con toda franqueza esta pregunta: ¿le dejó unos documentos?

—¡Hay que ver! —exclamó Wade—. ¡Da la impresión de que soy el blanco de los interrogantes de todas las personas que conoció a ese hombre al que hice un encargo una vez en la vida, a quien pagué, y a quien no volví a ver!

—No —objetó Meagles—, no se ofenda, porque es la pregunta más sencilla del mundo, y se le podría plantear a cualquiera. Los papeles de los que hablo no eran de Blandois, no los había conseguido lícitamente, en determinado momento podrían dar un disgusto a la persona inocente que los custodiase, y los están buscando los dueños legítimos. Blandois pasó por Calais antes de volver a Londres, y tenía motivos para no llegar a esta última ciudad con ellos, porque quería tenerlos fácilmente a su disposición sin dejarlos en manos de gente de su calaña. ¿Los depositó aquí? Le aseguro que, si supiera cómo no ofenderla al preguntarle esto, haría todo lo posible.

Le hago la pregunta personalmente, pero en ella no hay nada personal. Se la podría plantear a cualquiera; ya se la he hecho a muchas personas. ¿Los dejó aquí? ¿Dejó algo aquí?

—No.

—Entonces, desgraciadamente, ¿no sabe usted nada de ellos?

—No sé nada. Ya he respondido a su misteriosa pregunta. No los dejó aquí, y no sé nada de ellos.

—¡Bueno! —exclamó Meagles mientras se ponía en pie—. Lamento oírlo, no hay más que hablar, y espero que no haya sufrido usted mucho por mi culpa... Señorita Wade, ¿Tattycoram está bien?

—¿Que si Harriet está bien? ¡Desde luego!

—He vuelto a meter la pata —se disculpó el visitante al ver que corregían sus palabras—. Parece que no hago otra cosa que equivocarme. Quizá, si hubiera reflexionado un poco, nunca le habría puesto a la chica ese sonoro nombre. Pero, cuando uno quiere ser simpático y campechano con los jóvenes, no reflexiona en exceso. Su antigua amiga le manda muchos recuerdos, si considera usted oportuno transmitirse los.

Wade no respondió; el señor Meagles sacó su rostro sincero de la lúgubre sala, en la que había brillado como un sol, y lo llevó al hotel donde había dejado a la señora Meagles, a la cual presentó el siguiente informe: «He fracasado, madre. ¡No he conseguido nada!». A continuación metió el mismo rostro en el paquebote a vapor que zarpaba de noche rumbo a Londres, y de ahí, a Marshalsea.

En la cárcel estaba de guardia el fiel John cuando los señores Meagles se presentaron en la puerta, a última hora del atardecer. El joven les anunció que la señorita Dorrit no estaba, pero que se había pasado por la mañana y que siempre iba por la noche. El señor Clennam mejoraba poco a poco; Maggy, la señora Plornish y el señor Baptist se turnaban para cuidarlo. Seguro que la señorita Dorrit volvía antes de que tocasen la campana. Tenía una habitación que el director le había cedido; podían esperar en ella, si querían. Temiendo que una visita sin previo aviso fuera peligrosa para Arthur, Meagles aceptó la propuesta, y el matrimonio se encerró en la habitación, contemplando la cárcel a través de los barrotes de la ventana.

La zona más atestada de la prisión causó tal impresión a la señora Meagles que se echó a llorar, y tal impresión al señor Meagles que empezó a jadear. El hombre estaba paseándose por la estancia, resoplando y empeorando su estado al abanicarse trabajosamente con el pañuelo, cuando se volvió hacia la puerta que empezaba a abrirse.

—¿Eh? ¡Cielo santo! —exclamó Meagles—. ¡Si no es la señorita Dorrit! ¡Madre, madre, mira! ¡Tattycoram!

La misma. Y los brazos de Tattycoram sostenían una caja de hierro de más de

medio metro. Affery Flintwinch había visto una caja igual en el primero de sus sueños, saliendo de la vieja casa de madrugada, transportada por el doble de Jeremiah. Tattycoram la dejó en el suelo, delante de los pies de su antiguo señor; se arrodilló al lado de ella y, dándole golpes con las manos, con una mezcla de júbilo y desesperación, medio llorando y medio riendo, exclamó:

—¡Perdóneme, señor! ¡Querida señora, acójame de nuevo! ¡Aquí tienen la caja!

—¡Tatty! —dijo el señor Meagles.

—¡Esto es lo que buscaban! —dijo la joven—. ¡Aquí la tienen! Me obligó a ir a la habitación de al lado para no verlo. Oí que preguntaba por esta caja y que ella le decía que no la teníamos, pero yo estaba delante cuando ese hombre nos la dejó, la cogí por la noche y la he traído. ¡Aquí la tienen!

—Pero, muchacha mía —preguntó el señor Meagles, más falto de aliento que antes—, ¿cómo has llegado hasta aquí?

—En el mismo paquebote que ustedes. En el otro extremo, muy arrebujaada. Cuando los he visto coger un coche en el muelle, he cogido otro y los he seguido. Ella jamás se la habría entregado después de que usted le contara que la andaban buscando; habría preferido hundirla en el mar o quemarla. Pero ¡aquí está!

¡Qué radiante y extasiada estaba la joven al pronunciar estas palabras!

—Debo añadir en su descargo que ella no pidió que nos la dejara, pero él lo hizo, y sé perfectamente que, después de lo que usted contó y de que ella negara tenerla, jamás se la habría entregado. Pero ¡aquí está! Querido señor, querida señora, acéptenme otra vez, ¡vuelvan a llamarme con el nombre de antes! Que esta caja interceda por mí. ¡Aquí la tienen!

Padre y madre Meagles nunca habían merecido más esos apelativos que cuando volvieron a acoger a esta joven obstinada y huérfana.

—¡Oh! ¡Qué desgraciada he sido! —se lamentaba Tattycoram, sollozando aún con más fuerza—. ¡Qué infeliz he sido y cuánto me he arrepentido! Esa mujer me dio miedo desde la primera vez que la vi. Supe que Wade sería capaz de dominarme porque entendía muy bien todo lo malo que había en mí, una locura que ella sabía despertar a voluntad. Cuando me ponía así, pensaba que todos me despreciaban por mis orígenes; cuanto más amables se mostraban, más me ofendían. Tenía la sensación de que querían demostrar su superioridad, para que los envidiase, pero ahora sé, y habría sabido entonces si me hubiera parado a pensar, que no era ésa la intención de nadie. ¡Y mi joven y bella señora, que no ha sido todo lo feliz que se merece... yo la abandoné! ¡Debe considerarme una salvaje y una miserable! Pero ¿le hablarán bien de mí y le pedirán que se muestre tan comprensiva como ustedes? Porque ya no soy tan mala —añadió, en tono de súplica—. Sigo siéndolo, pero no tanto como antes. Todo este tiempo he tenido delante a la señorita Wade como si fuera un reflejo de mí misma al cabo de cierto tiempo, como si todo se hubiera echado a perder y todo lo

bueno se hubiera convertido en malo. Todo este tiempo la he tenido delante de mí, y he visto que su único placer consistía en que yo me sintiese tan desgraciada, recelosa y atormentada como ella. Tampoco es que tuviera que esforzarse mucho para lograrlo —declaró, en un último e intenso estallido de angustia—, porque yo ya era suficientemente perversa. Lo único que quiero decir es que, después de todo lo que he vivido, sólo aspiro a no ser tan mala nunca más, a mejorar poco a poco. Lo intentaré con todas mis fuerzas. No me detendré al llegar a veinticinco, señor. ¡Contaré hasta veinticinco multiplicado por diez, multiplicado por mil!

Se abrió otra vez la puerta, Tattycoram se tranquilizó, entró la pequeña Dorrit, el señor Meagles le entregó la caja henchido de alegría y orgullo, y la alegría y un dichoso agradecimiento iluminaron el rostro de la muchacha. ¡El secreto quedaba a buen recaudo! Podría ocultarle todo cuanto la afectaba a ella; Arthur nunca sabría lo que ella había perdido; a su debido tiempo, se enteraría de todo lo que tenía importancia para él, pero jamás conocería lo que sólo la concernía a ella. Todo formaba parte del pasado, todo se había perdonado, todo se había olvidado.

—Y ahora, querida señorita Dorrit —añadió Meagles—, como soy un hombre de negocios, o al menos lo fui, voy a ejercer como tal esta noche. ¿Debo ver a Arthur hoy?

—Creo que no. Voy a subir a su habitación para ver cómo está. Pero seguramente será mejor que no se presenten ustedes ahora.

—Comparto en gran medida su opinión, querida —afirmó Meagles—, y, por eso, no he querido traspasar los límites de esta lóbrega estancia para subir a verlo. Esperaré un poco para visitarlo. Pero a usted le explicaré un asunto que quiero tratar, en cuanto vuelva a bajar.

Amy se marchó. El señor Meagles, a través de los barrotes de la ventana, observó cómo la joven cruzaba la portería y entraba en el patio.

—Tattycoram, querida niña —dijo dulcemente—, acércate un momento.

La muchacha obedeció.

—Tatty, ¿ves a esa joven dama que acaba de salir, a esa figura menuda, callada y frágil que cruza el patio? Fíjate en ella. La gente se mueve para dejarla pasar. Los hombres —mira esos tipos pobres, desastrados— se quitan el sombrero con la mayor educación para saludarla... Acaba de franquear la puerta. ¿La has visto, Tattycoram?

—Sí, señor.

—Me han contado que antes siempre decían que era la hija de este lugar. Aquí nació, y aquí ha vivido muchos años. Entre estas paredes me asfixio. ¿No te parece un sitio muy triste en el que nacer, en el que crecer?

—¡Y tanto, señor!

—Si ella hubiera pensado continuamente en sí misma y llegado a la conclusión de que todo el mundo tenía en cuenta que había nacido aquí, de que la despreciaban por

ello, de que se lo echaban en cara, habría llevado una vida dominada por el resentimiento y seguramente bastante inútil. Pero también me han dicho, Tattycoram, que su existencia se ha caracterizado por una activa resignación, por la bondad y la nobleza al servicio de los demás. ¿Quieres que te cuente hacia dónde creo que siempre se han dirigido esos ojos que acaban de marcharse, y que ahora lucen con esa expresión?

—Sí, señor, se lo ruego.

—Al deber, Tattycoram. Hay que empezar a cumplirlo cuanto antes, y cumplirlo bien; sean cuales sean el origen o las circunstancias de una persona, siempre hay que cumplir ese deber contraído con el Todopoderoso y con nosotros mismos.

Se quedaron junto a la ventana; la señora Meagles se acercó y estuvo compadeciendo a los presos hasta que vieron que Amy volvía. No tardó en llegar a la habitación, y les aconsejó que no visitaran esa noche a Arthur, a quien había dejado tranquilo y calmado.

—¡De acuerdo! —convino alegremente el señor Meagles—. Sin duda es lo mejor. Dejo en sus manos, querida cuidadora, la tarea de darle recuerdos de mi parte; sé que no podría dejarla en mejores manos. Mañana me marcho de nuevo.

La pequeña Dorrit, sorprendida, le preguntó adónde iba.

—No puedo vivir sin respirar —declaró el visitante—. Este lugar me ha cortado la respiración, y no la voy a recuperar hasta que Arthur salga de aquí.

—¿Y ése es el motivo de que vuelva a marcharse mañana a primera hora?

—En seguida lo entenderá —afirmó Meagles—. Esta noche, los tres nos hospedaremos en un hotel. Mañana por la mañana, madre y Tattycoram irán a Twickenham, donde la señora Tickit, sentada en compañía del doctor Buchan junto a la ventana, pensará que son dos apariciones; yo volveré al extranjero en busca de Doyce. Dan tiene que estar aquí. Cielo mío, le aseguro que es inútil hacer planes y conjeturas sobre esto y lo otro por carta, desde tan lejos y de forma inconstante; Doyce tiene que volver. Desde mañana, a primera ahora, me dedicaré a facilitar su regreso. A mí no me cuesta nada ir a buscarlo. Estoy muy acostumbrado a los viajes, y todos los idiomas y costumbres extranjeros me parecen iguales: no entiendo nada ni de una cosa ni de la otra. Así no pasaré ningún apuro. Está claro que debo partir de inmediato, porque no puedo vivir sin respirar tranquilo, y no respiraré tranquilo hasta que Arthur salga de esta cárcel de Marshalsea. Me ahogo en este mismo momento, y apenas tengo aire para pronunciar estas palabras y llevarle esta valiosa caja al piso de abajo.

Salieron a la calle en cuanto la campana empezó a sonar; el señor Meagles sostenía la caja. A la pequeña Dorrit no la esperaba ningún vehículo, cosa que sorprendió mucho al viajero, que le llamó un coche; Amy subió a él y, después de que se sentara, Meagles le dejó la caja al lado. Tan contenta y tan agradecida estaba la

muchacha que le besó la mano.

—No haga eso, querida —le pidió Meagles—. No me parece correcto que precisamente usted me honre de este modo, a mí, en la puerta de Marshalsea.

Ella se agachó y le dio un beso en la mejilla.

—Me recuerda usted cierta época —dijo el hombre, de pronto alicaído—. Pero... bueno, ella lo quiere mucho, tapa sus defectos y cree que nadie los nota... ¡Y no cabe duda de que está muy bien relacionado y es de buena familia!

Era el único consuelo que le quedaba tras haber perdido a su hija, y, si se aferraba a él, ¿alguien podía reprochárselo?

Un saludable día de otoño, el preso de Marshalsea, débil pero algo recuperado, escuchaba una voz que le leía algo. Era un saludable día de otoño, cuando ya se había recogido la cosecha y se habían vuelto a arar los campos dorados, cuando los frutos del verano ya habían madurado y desaparecido, los laboriosos recolectores ya habían arrasado los verdes cultivos de lúpulo, las manzanas que se apiñaban en los huertos ya se habían vuelto rojas, y el fruto del serbal ya despuntaba con su tono carmesí entre el follaje amarillo. En los bosques ya se atisbaban las primeras señales del duro e inminente invierno en los recientes claros entre los arbustos, por los que el paisaje se veía nítido y despejado, sin la florescencia del letárgico clima estival que lo había cubierto todo como la pelusa cubre las ciruelas. Desde la costa, el mar ya no parecía dormir bajo el calor; sus miles de ojos centelleantes se habían abierto, poseídos por una alegre actividad, de una punta a otra, de la arena fría de la playa a las velas diminutas del horizonte, que se alejaban como las hojas de otoño se alejan de los árboles.

Inmune al cambio, yerma, contemplando neciamente todas las estaciones con el mismo rostro picado e imperturbable, hecho de pobreza e inquietud, en la cárcel no había entrado ni uno solo de esos detalles hermosos. Ya podía florecer lo que fuera: sus ladrillos y barrotes producían sin cesar la misma cosecha estéril. Pero Clennam, al escuchar la voz que le leía, percibía en ella todo lo que la espléndida naturaleza estaba haciendo, todas las alegres canciones que le canta al hombre. La naturaleza había sido la única madre en cuyo regazo había podido refugiarse de niño en busca de promesas de esperanza, de ensoñaciones, de los frutos de la ternura y la humildad que encierran las primeras semillas de la imaginación; en busca, en medio de una tormenta, de un roble protector, ese árbol que encuentra el germen de su fuerte raíz en las bellotas con las que juegan los niños. Sin embargo, la entonación de la voz que le leía despertaba recuerdos de todas esas cosas y evocaba los pocos susurros de amor y comprensión que había conocido en su vida.

Cuando la voz calló, Arthur se tapó los ojos con la mano, quejándose de que la luz era demasiado fuerte.

La pequeña Dorrit dejó el libro y rápidamente se levantó en silencio para correr la cortina. Maggy estaba entregada a su labor en su sitio habitual. Con la luz amortiguada, Amy acercó su silla a Arthur.

—Esto no durará mucho más, señor Clennam. El señor Doyce no sólo le demuestra su amistad y le anima en sus cartas, sino que también le dice que el señor

Rugg le manda noticias esperanzadoras, y que además todo el mundo (ahora que los ánimos se han calmado un poco) se muestra tan atento y habla tan bien de usted... que todo esto acabará pronto.

—Querida niña... qué buena eres. ¡Un ángel!

—Me halaga usted demasiado. Pero es un gran placer para mí oír esas palabras tan sentidas y ver... —dijo Amy, levantando la vista y mirándolo a los ojos—, ver lo convencido que está de lo que dice, así que no puedo impedirselo.

Él le acercó una mano a los labios.

—Has venido muchas veces sin que te haya visto, ¿verdad, pequeña Dorrit?

—Sí, a veces he venido sin entrar en la habitación.

—¿Con mucha frecuencia?

—Bastante —respondió Amy tímidamente.

—¿Todos los días?

—Creo que he venido —confesó la joven después de titubear un poco— al menos dos veces al día.

Arthur podía haber soltado la mano después de volver a besarla con fervor, pero la dejó muy delicadamente donde estaba, como si ella misma no quisiera moverse. Clennam la cogió entre las suyas y se la llevó al pecho con suavidad.

—Querida mía, no sólo es mi reclusión lo que va a acabar pronto. También hay que poner fin a tu sacrificio. Tenemos que estar preparados para separarnos otra vez, para emprender caminos distintos, en direcciones muy divergentes. No has olvidado la conversación que tuvimos cuando volviste, ¿verdad?

—No, claro que no. Pero ha sucedido algo... Hoy se siente usted bastante fuerte, ¿no?

—Sí.

La mano que Arthur tenía cogida se le acercó un poco al rostro.

—¿Se siente usted con fuerzas suficientes para conocer todo el alcance de mi fortuna?

—Estaré muy contento de que me lo cuentes. No hay fortuna demasiado grande ni demasiado buena para la pequeña Dorrit.

—Tenía muchas ganas de contárselo. No veía la hora. ¿Está seguro de que no quiere mi dinero?

—¡Jamás!

—¿Segurísimo de que ni siquiera acepta la mitad?

—¡Jamás, pequeña mía!

Ella lo miró en silencio con una expresión en su cariñoso rostro que Arthur no alcanzó a comprender, como si fuera a echarse a llorar en cualquier momento pero, al mismo tiempo, la invadieran el orgullo y la alegría.

—Lamentará usted enterarse de lo que le voy a contar de Fanny. La pobre lo ha

perdido todo. Sólo cuenta ahora con los ingresos de su marido. Todo lo que mi padre le dio al casarse acabó igual que su dinero, señor Clennam. Se lo había confiado a la misma persona, y se ha esfumado.

La noticia produjo en Arthur más indignación que sorpresa:

—Esperaba que las cosas no se pusieran tan feas —declaró—, pero temía que tu hermana hubiera sufrido grandes pérdidas, teniendo en cuenta la relación entre su marido y el estafador.

—Sí. No le ha quedado nada. Lo siento mucho por Fanny; lo siento muchísimo por la pobre Fanny. También por mi hermano.

—¿Él también había confiado sus bienes a la misma persona?

—¡Sí! Y también se ha quedado sin nada... ¿A cuánto cree usted que asciende mi gran fortuna?

Arthur la miró de forma inquisitiva mientras lo acometía un nuevo temor; ella retiró la mano y apoyó el rostro donde antes ésta descansaba.

—No tengo nada en el mundo. Soy tan pobre como era cuando vivía aquí. Cuando mi padre vino a Inglaterra se lo confió todo a una sola persona, y todo se ha esfumado. Querido mío, amado mío, ¿estás seguro ahora de que no quieres compartir mi fortuna?

Abrazada por Arthur, estrechada contra su pecho, mientras unas lágrimas de hombre caían sobre su mejilla, Amy le pasó una mano por detrás del cuello y la entrelazó con la otra.

—Nunca nos separaremos, queridísimo Arthur, ¡nunca más, hasta el fin de los días! Hasta ahora nunca había sido rica, nunca me había sentido orgullosa, nunca había sido feliz. Soy rica si me aceptas, me llena de orgullo que quisieras renunciar a mí, me colma de felicidad estar contigo en esta cárcel, del mismo modo que sería feliz si tuvieras que volver a ingresar en ella si Dios así lo dispusiera, para consolarte y servirte con todo mi amor y fidelidad. ¡Soy tuya en cualquier parte, en todas partes! ¡Te amo! Prefiero pasar mi vida aquí, contigo, salir a trabajar todos los días para ganar nuestro sustento, que disponer de la mayor fortuna jamás vista y convertirme en la dama más aclamada de todos los tiempos. ¡Ay, si mi pobre padre pudiera saber lo dichosa que soy en esta misma habitación en la que él sufrió tantos años!

Desde luego, Maggy no se había perdido ni un ápice de esta escena, y, desde luego, había empezado a llorar a lágrima viva mucho antes de llegar a este punto. Se apoderó de ella un júbilo tal que, después de abrazar con todas sus fuerzas a su madrecita, bajó las escaleras emulando los pasos de un baile de marineros en busca de alguien con quien compartir su felicidad. ¿Y a quién se encontró, entrando muy oportunamente en ese momento? A Flora y a la tía del señor F. ¿Y a quién si no, a raíz de ese encuentro, se encontró Amy esperándola cuando, al cabo de dos o tres horas largas, también salió?

Flora tenía los ojos un poco rojos y parecía bastante triste. La tía del señor F. iba tan envarada que parecía que jamás podría volver a doblarse sin la ayuda de una intensa presión mecánica. Llevaba el gorro echado hacia atrás, lo que le daba un aspecto aterrador; su pequeño y durísimo bolso estaba tan rígido que cabía suponer que la cabeza de la Gorgona lo hubiera petrificado, y que, además, se hubiera metido dentro de él. Investida de tan imponentes atributos, la tía del señor F., sentada a la vista de todos en las escaleras de la residencia oficial del director, se había convertido en las dos o tres horas ya mencionadas en un auténtico regalo para los habitantes más jóvenes de aquel distrito, cuyos alegres comentarios habían causado un considerable acaloramiento a la anciana, porque se había dedicado a combatirlos, de vez en cuando, a paraguazos.

—Siendo dolorosamente consciente, de eso no cabe duda —empezó a decir Flora— de que proponer una conversación en un lugar a una persona tan superior a él gracias a su fortuna y tan celebrada y mimada por lo más selecto de la sociedad parecerá una grosería porque incluso una pastelería con un saloncito posterior se halla muy por debajo de su posición actual pero seguro que pensando en Arthur, no lo puedo evitar aunque ahora resulta más indecoroso que nunca pero no puedo decir Doyce y Clennam, un último comentario que me gustaría hacer una última explicación que me gustaría ofrecer quizá dado que es usted tan bondadosa con la excusa de tres pastelillos de riñones en ese lugar se podría desarrollar una conversación.

Interpretando acertadamente esta alocución tan incomprensible, Amy respondió que estaba a su disposición. Flora, por tanto, la llevó a la pastelería en cuestión, que se encontraba cruzando la calle, mientras la tía del señor F. acechaba por detrás y corría un grave riesgo de atropello con una perseverancia digna de más noble causa.

Cuando les sirvieron en tres platitos de hojalata los pastelillos que habían servido de excusa para la entrevista, cada uno de ellos adornado con un agujero en la parte superior, en el que el amable pastelero vertió una salsa caliente de un recipiente con pitorro, como si echara aceite a tres lámparas, Flora sacó el pañuelo.

—Si en mis más quiméricas ensoñaciones —dijo— hubiera podido imaginar que Arthur, no puedo evitarlo le ruego me perdone, iba a recobrar la libertad hasta un pastelillo con tan poco hojaldre como éste y con un relleno de riñones tan deficiente que más bien parece un picadillo de nuez moscada le resultaría más que aceptable si se lo ofreciese cierta mano con un cariño auténtico pero esas visiones ya se han ido para siempre y todo ha terminado pero al saber que ese tipo de relaciones caracterizadas por el amor están brotando quiero hacerle saber que les deseo a los dos lo mejor de todo corazón y que los dos se han portado de un modo irreprochable, puede que no resulte alentador notar que el paso del tiempo me ha despojado de la esbeltez que me caracterizaba y que me pongo coloradísima y muy fea con el mínimo

esfuerzo sobre todo en las comidas sé perfectamente que parece que me ha salido un sarpullido podría haber pasado y no pasó porque los padres lo impidieron y después me vi sumida en un letargo anímico hasta que el señor F. me sacó de él misteriosamente pero en cualquier caso sería muy poco generosa si no les deseara todo lo mejor a ambos.

La pequeña Dorrit le cogió la mano y le agradeció toda la amabilidad que había demostrado hasta ese momento.

—No lo llame amabilidad —respondió Flora, después de besarle sinceramente la mano— porque usted siempre ha sido la mejor criaturita y la más preciosa que jamás ha existido si me puedo tomar la libertad de decírselo incluso si pensamos en el dinero usted es una bendición su conciencia tan espabilada aunque debo añadir que la utiliza mucho mejor que yo aunque yo la utilice menos que otros pero siempre me ha parecido que más bien servía para dar problemas y no soluciones y no cabe duda de que usted la utiliza mucho mejor pero me voy por las ramas, lo que sí quería decirle ya que dentro de poco caerá el telón es que espero que en virtud de los viejos tiempos y de la antigua sinceridad Arthur sepa que no lo abandoné en los momentos de infortunio y que vine muchas veces a preguntar si podía hacer algo por él y que pasé mucho tiempo en esta pastelería donde con toda amabilidad me trajeron bebidas calientes en un vaso del hotel cercano y aquí estuve muchas horas de lo más amenas para acompañarlo desde el otro lado de la calle aunque él no lo supiera.

A Flora se le habían llenado los ojos de lágrimas, lo que realzaba mucho su aspecto.

—Pero sobre todo le ruego —prosiguió— dado que es usted la criaturita más preciosa que jamás ha existido perdone tantas confianzas de una mujer que se mueve en círculos sociales tan distintos le ruego que le diga a Arthur que no sé si todo lo que hubo entre nosotros fue un disparate aunque en su momento fue bonito pero también sufrí y desde luego que el señor F. obró un cambio en mí y al romper el hechizo no podría haber sucedido nada a no ser que alguien hubiera vuelto a lanzar el hechizo pero la combinación de varias circunstancias impidió que eso sucediera y quizá la más importante de ellas haya sido que eso no estaba escrito, no voy a negar que si a Arthur le hubiera gustado la idea y la hubiera propuesto de forma natural al principio pues yo me habría alegrado mucho dado que tengo un carácter muy jovial y además languidezco encerrada en casa donde siempre está mi padre que sin duda es el más irritante de los hombres característica que incluso ha empeorado desde que ese incendiario le cortó el pelo y lo ha convertido en algo tan insólito que jamás había visto nada igual pero los celos no forman parte de mi carácter ni tampoco desearle el mal a nadie aunque tenga muchos defectos.

Pese a que no había podido seguir todos los pasos de la señora Finching a través de aquel laberinto, Amy había comprendido lo esencial, y aceptó cordialmente el

encargo.

—Así pues, querida mía, la marchita corona de flores se ha deshecho —añadió Flora—, la columna se ha derrumbado, la pirámide descansa ahora sobre otros cimientos no lo atribuya a los mareos ni a la debilidad ni al atolondramiento pero debo retirarme a un lugar íntimo para contemplar las cenizas de difuntas alegrías que no volverán pero no sin tomarme de nuevo la libertad de pagar estos pasteles que han constituido el humilde pretexto para esta entrevista ¡y me despido para siempre de usted!

La tía del señor F., que se había comido su hojaldre con gran solemnidad y que había estado meditando sobre todas las ofensas que había recibido desde que se había expuesto públicamente en las escaleras del director, aprovechó la ocasión para dirigir una profética conminación a la viuda de su difunto sobrino:

—¡Que lo traigan y que lo tiren por la ventana!

Flora trató inútilmente de calmar a esta espléndida dama explicándole que volvían a casa para cenar. La tía del señor F. se empeñó en responder:

—¡Que lo traigan y que lo tiren por la ventana!

Tras repetir la exigencia un incontable número de veces, con una mirada desafiante a la pequeña Dorrit, la tía del señor F. cruzó los brazos, se sentó en una esquina del saloncito de la pastelería y se negó en redondo a moverse hasta que «trajeran» a ese hombre y se cumpliera la parte de su destino que lo obligaba a pasar por una ventana.

En vista de la situación, Flora le confesó a Amy que llevaba semanas sin ver a la anciana tan llena de vida y temperamento; que cabía la posibilidad de que tuvieran que quedarse «horas» allí hasta que consiguiera convencer a la inexorable dama, con lo que era mejor que la pequeña Dorrit se marchara. Así pues, se despidieron de la forma más amistosa y con la mayor de las simpatías por ambas partes.

Como la tía del señor F. resistía como una recia fortaleza y Flora empezaba a necesitar algún refrigerio, mandaron a un recadero al hotel para que trajera el vaso ya mencionado, que después volvieron a llenar. Gracias al vaso, a un periódico y a ciertas degustaciones de las cremas que se servían en la pastelería, Flora pasó lo que quedaba de día de muy buen humor, aunque de vez en cuando la avergonzaban un poco las consecuencias de un rumor, producto del aburrimiento, que circulaba entre los crédulos chiquillos del barrio, es decir, que una anciana dama se había vendido a la pastelería para que la utilizaran en la confección de pasteles, pero que ahora se había plantado en el saloncito del establecimiento, negándose a cumplir lo pactado. La noticia atrajo a tantos niños y niñas y, cuando las sombras de la noche empezaron a extenderse, ocasionó tantos trastornos en el local, que el dueño manifestó un gran interés en que la señora F. se marchara. Así pues, acercaron un vehículo a la puerta, al cual, gracias los esfuerzos conjuntos del dueño y de Flora, la espléndida dama

accedió por fin a subir, aunque no sin antes sacar la cabeza por la ventana y exigir que «lo trajeran» para ejecutar la acción ya conocida. Como, mientras lo decía, vieron que miraba con aire siniestro la cárcel de Marshalsea, se ha llegado a la conclusión de que esta mujer de constancia tan admirable se refería a Arthur Clennam. Sin embargo, la idea no deja de ser una mera especulación; quién era esa persona, a quién, para dejar tranquila a la tía del señor F., tendrían que haberle traído aunque nadie se prestó a hacerlo, nunca se sabrá con total certeza.

El otoño siguió avanzando, y ahora la pequeña Dorrit ya no iba a Marshalsea y se marchaba sin haber visto a Arthur. No, no, no.

Una mañana, mientras Clennam esperaba oír esos pasos livianos que todos los días daban alas a su corazón, y que llevaban toda la luz celestial de un nuevo amor a la habitación en la que un amor antiguo había luchado tanto y tanta fidelidad había demostrado... una mañana, al escuchar, se dio cuenta de que Amy no venía sola.

—Querido Arthur —anunció la alegre voz de la joven desde detrás de la puerta—, traigo compañía. ¿Puedo pasar con una persona?

A él le había parecido por los pasos que la acompañaban dos personas. Dijo que sí; Amy entró con el señor Meagles, moreno y jovial, que abrió los brazos y dio un gran abrazo a Arthur, como un padre moreno y jovial.

—Ahora ya puedo respirar tranquilo —declaró Meagles al cabo de un minuto—. Ya ha acabado todo. Arthur, querido amigo, no niegue que me había estado esperando.

—Sí —respondió Clennam—, pero Amy me había dicho que...

—Pequeña Dorrit. No me llames de ninguna otra manera —le dijo la joven en un susurro.

—Pero mi pequeña Dorrit me había dicho, sin explicarme nada más, que no lo esperara, que ya aparecería usted.

—Y ya he aparecido, muchacho —confirmó Meagles con un fuerte apretón de manos—, y ahora te explicaré todo lo que quieras. Lo cierto es que sí vine, nada más volver a Inglaterra después de andar por el mundo entregado al *allez* y al *marchez*; si no lo hubiera hecho, todavía me daría vergüenza mirarte a la cara... Pero en ese momento no te convenía recibir visitas, y tuve que partir de nuevo en busca de Doyce.

—¡Pobre Doyce! —suspiró Arthur.

—No digas cosas que no le corresponden —le corrigió Meagles—. De pobre no tiene nada; no le va pero que nada mal. Doyce ha triunfado en ese país. Te aseguro que se ha abierto camino a lo grande. Ha encontrado su sitio. En un lugar donde nadie quiere que se hagan las cosas ni necesita a un hombre que las haga, Dan no tiene nada que hacer. Pero en un lugar donde quieren que se hagan las cosas y necesitan a un

hombre que las haga, Dan está en su sitio. Ya no tendrás que perseguir al Negociado de Circunloquios. Te lo digo yo, ¡Dan ha triunfado sin ellos!

—¡No sabe qué peso me quita de encima! —exclamó Arthur—. ¡Ni lo feliz que me hace!

—¿Feliz? —repitió Meagles—. No me hables de felicidad hasta que veas a Dan. Te lo digo yo, está dirigiendo unas obras y unos proyectos en ese país que te pondrían el pelo de punta. ¡Ya no lo consideran un delincuente, te lo juro! Le han puesto encima tantas medallas y tantas cintas y tantos lazos y tantas insignias que parece un caballero de toda la vida. Pero todo eso no podemos decirlo aquí.

—¿Por qué no?

—¡Cómo que por qué no! —dijo Meagles, negando con la cabeza muy seriamente—. Porque todo esto tendrá que ocultarlo bajo siete llaves cuando venga. En este país, no les va a gustar nada. Nuestra Gran Bretaña es como el perro del hortelano: no concede distinciones a sus hijos pero no permite que se sepa que las ha conseguido en otro país. ¡No, no, Dan! —exclamó, negando otra vez con la cabeza—. ¡Eso aquí no les gustaría nada!

—Dejando por un momento aparte a Doyce, si me hubiera devuelto usted todo lo que perdí, multiplicado por dos, ¡no me habría hecho tan feliz como con esta noticia!

—Desde luego, desde luego. Eso ya lo sabía, querido amigo; por eso he venido a decírselo lo antes posible. Ahora le voy a seguir contando cómo encontré a Doyce. Lo encontré. Me topé con él, rodeado de esos tipejos mugrientos y morenos que llevan unos gorros de mujer que les quedan enormes; se hacen llamar árabes o no sé qué otras razas extrañas. ¡Ya sabe usted de qué pueblo hablo! ¡Bueno! Pues resulta que casi nos chocamos, así que volvimos juntos.

—¿Que Doyce está en Inglaterra? —dijo Arthur, sorprendido.

—¡Huy! —exclamó Meagles, extendiendo los brazos—. Se me dan muy mal estas sorpresas. No sé qué habría hecho de haber sido diplomático. ¡A lo mejor, algo bueno! En resumidas cuentas, Arthur: los dos llevamos quince días en Inglaterra. Y, si me vas a preguntar dónde está Doyce en este preciso instante, pues te respondo claramente: ¡aquí lo tienes! ¡Y ahora ya puedo respirar, al fin!

Doyce apareció como una centella en la puerta, cogió a Arthur por las dos manos y le contó el resto de la historia:

—El asunto que voy a tratar sólo tiene tres puntos, querido Clennam —dijo, señalándolos los tres, con ese dedo pulgar tan ágil, en la palma de la mano—, y se los voy a explicar claramente. En primer lugar, no quiero que me hable más del pasado. Cometió usted un error de cálculo. Yo sé lo que es eso. Un error así afecta a toda la maquinaria y conduce al fracaso. Pero ese fracaso será beneficioso para usted, porque en otra ocasión sabrá evitarlo. Muchas veces me ha pasado lo mismo al construir algo. De cada fracaso se puede aprender algo, si uno está dispuesto, y usted es

demasiado sensato para no aprender de lo que ha pasado. Hasta aquí en lo que respecta al primer punto. Pasemos al segundo. Lamenté que se lo tomara usted tan a pecho, que se lo reprochara tan duramente; precisamente me encontraba de viaje, sin hacer paradas ni de día ni de noche, sin poder hablar con usted y aclarar las cosas, con la ayuda de nuestro amigo, cuando me topé con él, tal y como acaba de referirnos. Tercer punto. Meagles y yo convinimos en que, después de todo lo que había usted sufrido, después de la angustia y la enfermedad, podríamos darle una agradable sorpresa si no decíamos nada hasta haberlo arreglado todo sin su conocimiento; entonces le anunciaríamos que el asunto se había solucionado, que todo iba bien, que se le necesitaba en el negocio más que nunca, y que ante usted y yo se abría una nueva y próspera carrera como socios. Éste es el tercer punto. Ya sabe usted que los que fabricamos máquinas siempre tenemos en cuenta la energía que se pierde con la fricción, así que ya he reservado un local para que vayamos empezando. Querido Clennam, confío plenamente en usted; sólo depende de usted serme tan útil como yo lo he sido o he intentado serlo para usted; su antiguo puesto, donde hace usted mucha falta, sigue a su disposición; nada lo retiene aquí, puede salir antes de media hora.

Se produjo un silencio que sólo se quebró después de que la futura y menuda mujer de Arthur se acercara a él, que se había levantado para ir a la ventana, dándoles la espalda, y se quedara a su lado.

—Acabo de decir algo —añadió Daniel Doyce—, pero creo que puedo estar equivocado. He dicho que podía salir de aquí antes de media hora, que nada lo retenía. ¿Acierto si supongo que preferiría quedarse hasta mañana por la mañana? ¿Adivino, sin necesidad de ser muy listo, adónde quiere ir usted nada más abandonar estos muros y esta habitación?

—Sí —respondió Arthur—. Es nuestro deseo más ferviente.

—¡Muy bien! —dijo Doyce—. En tal caso, si esta joven dama me hace el honor de considerarme un padre las próximas veinticuatro horas, y permite que mañana la lleve a la calle de Saint Paul's Churchyard^[56], me atrevo a decir que sé lo que nos espera en ella.

Poco después, la pequeña Dorrit y Doyce se marcharon, pero el señor Meagles se demoró un rato más para decirle una cosa a su amigo.

—Arthur, creo que mañana no nos necesitarás ni a madre ni a mí, así que no asistiremos. La situación podría incitar a madre a pensar en Tesoro; es una mujer con los sentimientos a flor de piel. Mejor que se quede en casa; yo también me quedaré con ella y le haré compañía.

Con estas palabras, se despidieron hasta la siguiente ocasión. Y el día llegó a su fin, y la noche llegó a su fin, y amaneció, y la pequeña Dorrit, vestida con su sencillez habitual, acompañada únicamente por Maggy, apareció en la cárcel nada más

despuntar el alba. Esa mañana, la mísera habitación era una habitación feliz. ¡No había en el mundo otra más rebotante de paz y alegría!

—Amor mío —dijo Arthur—, ¿por qué enciende Maggy el fuego? En seguida nos vamos.

—Se lo he pedido yo. Es un capricho. Quiero que quemes una cosa.

—¿El qué?

—Este pliego. Si lo echas tú mismo al fuego, sin abrirlo, mi capricho se verá satisfecho.

—Pequeña Dorrit de mi corazón, ¿una superstición? ¿Se trata de algún hechizo?

—Lo que tú quieras creer, cielo mío —respondió Amy, riendo con ojos brillantes y poniéndose de puntillas para darle un beso—. Pero concédeme el capricho cuando el fuego esté listo.

Esperaron delante de la chimenea: Clennam le rodeaba la cintura con el brazo mientras el fuego brillaba donde ella lo había visto brillar tantas veces.

—¿Ya arde lo suficiente? —preguntó Clennam.

—Sí, ya es suficiente —respondió la joven.

—¿Requiere el hechizo que se pronuncien unas palabras? —dijo Arthur con el pliego en la mano, sobre el fuego.

—Si quieres, puedes decir: «¡Te quiero!» —respondió la pequeña Dorrit.

Y eso dijo él mientras el papel se quemaba.

Cruzaron el patio en silencio, pues no había nadie, aunque muchas cabezas los espiaban desde las ventanas. Sólo vieron un rostro, conocido de muchísimos años, en la portería. Los dos lo saludaron, y el dueño del rostro les deseó todo lo mejor; después, Amy se dio la vuelta, le tendió la mano y le dijo:

—¡Adiós, mi buen John! ¡Espero que tenga usted una vida muy feliz!

Subieron los escalones de la cercana iglesia de Saint George y llegaron al altar, donde Daniel Doyce, que desempeñaba el papel de padre, los aguardaba. Y allí vieron también a aquel viejo amigo de la pequeña Dorrit que le había dado el libro de entierros para que lo utilizara como almohada, muy admirado de que la muchacha hubiera elegido esa iglesia para casarse, después de todo.

Y se casaron, mientras el sol los iluminaba a través de la figura de Nuestro Salvador pintada en las vidrieras. Y pasaron a la misma salita en la que Amy había dormitado aquella noche, después de la fiesta, para firmar el registro matrimonial. Allí, el señor Pancks (que estaba destinado a convertirse en gerente de Doyce y Clennam, y después socio de la empresa) dejó de ser el incendiario para convertirse en un pacífico amigo y contempló desde la puerta todo el proceso, dando muy galantemente un brazo a Flora y el otro a Maggy, mientras al fondo se encontraban John Chivery, su padre y otros carceleros, que no habían querido perderse la ocasión, abandonando al padre Marshalsea para acompañar a su feliz hija. A pesar de sus

recientes declaraciones, no se observaron en Flora indicios de confinamiento: al contrario estuvo maravillosamente elegante y disfrutó de lo lindo con la ceremonia, aunque con cierto atolondramiento.

El viejo amigo de la pequeña Dorrit le sostuvo el tintero para que firmara; el pasante, que le estaba quitando la sobrepelliz al buen párroco, dejó lo que estaba haciendo, y todos los testigos observaron con gran atención.

—Esta joven dama —aseguró el viejo amigo de Amy— es una de nuestras curiosidades, y ahora ya aparece en el tercer volumen de nuestros registros. Su nacimiento figura en el que denomino primer volumen; una noche durmió en este mismo suelo, con esa preciosa cabeza apoyada en el que denomino segundo volumen; y ahora está firmando el acta matrimonial en el que denomino tercer volumen.

Todos se hicieron a un lado cuando acabaron de firmar, y la pequeña Dorrit y su marido salieron solos de la iglesia. Se detuvieron un instante en las escaleras del pórtico, contemplaron la nueva perspectiva de la calle bajo los rayos luminosos del sol de la mañana otoñal, e iniciaron el descenso.

Descendieron a una vida sencilla, útil y feliz. A una vida en la que, con el paso del tiempo, Amy daría todo el cariño maternal a los hijos a los que tan poco caso hacía Fanny, así como a los suyos propios, mientras su hermana se lanzaba de lleno a la vida en sociedad. A una vida en la que también, durante varios años, cuidó con ternura y cercanía a Tip, a quien no molestaban lo más mínimo todos los sacrificios que Amy hacía por él, aunque no hubiera llegado a compartir con ella esa riqueza de la que tampoco había llegado a disfrutar, aunque ella consiguiera, a fuerza de cariño, que él olvidara Marshalsea y todos sus frutos podridos. Descendieron silenciosamente al bullicio de las calles, inseparables, dichosos, y, mientras avanzaban bajo el sol y en la sombra, los ruidosos y los impetuosos, los arrogantes y los impenitentes y los vanidosos se exaltaban, acalorados, armando el alboroto de siempre.



CHARLES DICKENS, nació en Portsmouth en 1812, segundo de los ocho hijos de un funcionario de la Marina. A los doce años, encarcelado el padre por deudas, tuvo que ponerse a trabajar en una fábrica de betún. Su educación fue irregular: aprendió por su cuenta taquigrafía, trabajó en el bufete de un abogado y finalmente fue corresponsal parlamentario de *The Morning Chronicle*. Sus artículos, luego recogidos en *Bosquejos de Boz* (1836-1837), tuvieron un gran éxito y, con la aparición en esos mismos años de *Papeles póstumos del club Pickwick*, Dickens se convirtió en un auténtico fenómeno editorial. Novelas como *Oliver Twist* (1837; ALBA CLÁSICA MAIOR núm. XXIII), *Nicholas Nickleby* (1838-1839) o *Barnaby Rudge* (1841) alcanzaron una enorme popularidad, así como algunas crónicas de viajes, como *Estampas de Italia* (1846; ALBA CLÁSICA núm. LVII). Con *Dombey e hijo* (1846-1848) inicia su época de madurez novelística, de la que son buenos ejemplos *David Copperfield* (1849-1850; ALBA CLÁSICA MAIOR núm. XX; ALBA MINUS núm. 22), su primera novela en primera persona —y su favorita—, en la que elaboró algunos episodios autobiográficos, *Casa desolada* (1852-1853), *La pequeña Dorrit* (1855-1857), *Historia de dos ciudades* (1859) y *Grandes esperanzas* (1860-1861; ALBA CLÁSICA MAIOR núm. I; ALBA MINUS núm. 12). En 1850 fundó su propia revista, *All the Year Round*, en la que publicó por entregas novelas suyas y de otros escritores, y la serie de *La señora Lirriper* (1863-1864; ALBA CLÁSICA núm. CX), escrita en colaboración con otros autores, igual que *Una casa en alquiler* (1858; ALBA CLÁSICA núm. CXV). Dickens murió en Londres en 1870.

Notas

[1] Dickens se refiere en este párrafo a distintos acontecimientos recientes para justificar la verosimilitud de su punzante sátira de la burocracia, la situación política y la especulación financiera de la Inglaterra de su tiempo. En 1855 el Tribunal Militar de Chelsea abrió una investigación, inducida por el reportaje de un corresponsal de guerra, sobre la situación de los soldados británicos en Crimea, indefensos ante la incompetencia y los errores de sus generales, que condujo a la caída del gobierno. Más adelante, Dickens alude a otros escándalos: las acusaciones de fraude y soborno que acabaron con la carrera de George Hudson, «el rey del ferrocarril», en 1849; la quiebra fraudulenta en 1856 del banco Tipperary, con sedes en Dublín y Londres, cuyo director, el parlamentario y financiero John Sadleir se suicidó, y la quiebra, también en 1856, del Banco Real Británico, cuyos directores fueron juzgados y condenados por conspiración para estafar a sus clientes. [*Esta nota, como las siguientes, es de los traductores*]. <<

[2] La cárcel de deudores de Marshalsea, donde ocurre buena parte de la novela, se cerró en 1849. El padre de Dickens estuvo recluido en ella por deudas en 1824. <<

[3] ¿Perdone? ¿Cómo? <<

[4] Giovanni Battista Belzoni (1778-1823), egiptólogo. Descubrió y expolió muchos yacimientos arqueológicos egipcios cuyos hallazgos luego se expusieron en el Museo Británico. <<

[5] Flintwinch vendría a significar «retuercepedernales». Este apellido, como muchos de los que aparecen en esta obra de Dickens, tiene intención burlona. <<

[6] El Iron Bridge, construido en 1824, fue el antecesor del actual puente de Southwark. <<

[7] Richard Nash (1674-1761), conocido como Beau Nash, fue un famoso *dandy* y maestro de ceremonias. <<

[8] *Barnacle*, término inglés para crustáceos como la lapa o el percebe. <<

[9] Complot organizado por un grupo de católicos ingleses que pretendía volar el Parlamento durante la ceremonia de apertura (5 de noviembre de 1605) y matar al rey Jacobo I, así como a gran parte de la aristocracia protestante. <<

[10] Zancudo, que avanza o acecha con zancos. <<

[11] Caballerizas, *Mews* en inglés; alusión al nombre de la calle en donde está situada la casa. <<

[12] Thomas Lawrence (1769-1830), el retratista más famoso de la época. <<

[13] En esa época, algunos tratantes de caballos obligaban a ciertos animales con problemas de respiración a tragar perdigones, para, supuestamente, abrirles la tráquea. <<

[14] Palacio de la monarquía británica, situado en las inmediaciones de Londres, que fue abierto al público a mediados del siglo XIX. <<

[15] En Escocia, las parejas que se fugaban podían contraer matrimonio. <<

[16] *Domestic Medicine*, el primer libro conocido en el que se exponen nociones básicas de medicina para el hogar, de 1769. <<

[17] Claude Lorrain (1600-1682) y Albert Cuyp (1620-1691) fueron dos de los pintores paisajistas más destacados e imitados de su época. <<

[18] En la época se creía que la tumba de Mahoma flotaba en el aire. <<

[19] En la Inglaterra de la época, un defensor del cambio social que aspiraba a reducir las diferencias de clase. <<

[20] En la época, la presencia de un estanco se indicaba con la figura de un escocés de las Tierras Altas. <<

[21] Referencia a Philip Dormer Stanhope (1694-1773), político inglés y escritor conocido por las *Cartas a su hijo* (1774), retrato del caballero ideal del siglo XVIII. <<

[22] Joyeros de la época. <<

[23] «Bengala» en inglés. <<

[24] Parte no involucrada en un litigio a la que el tribunal permite que intervenga para asesorar. <<

[25] Alusión a la leyenda según la cual un muchacho de Esparta guardó silencio mientras una zorra le devoraba las entrañas. <<

[26] La sacerdotisa de Delfos pronunciaba el oráculo sentada en un banco de tres patas. <<

[27] Mateo 7, 14. <<

[28] Según el evangelio de san Lucas (10, 35), el buen samaritano pagó dos denarios para que un posadero cuidara de un hombre herido que se había encontrado. Esta frase hace alusión a una Ley de Pobres promulgada en 1834. <<

[29] Referencia a Isaías, 48,10. <<

[30] Relajado, desenvuelto. <<

[31] Alusión a *La tempestad* de Shakespeare, V, i. <<

[32] Personaje creado por Joseph Addison en el diario *The Spectator* (1711-1712) que ejemplificaba las virtudes del antiguo caballero rural. <<

[33] John Chetwode Eustace, autor de *A Classical Tour Through Italy* (1815). <<

[34] Malvado tema mío. <<

[35] Se refiere al Foundling Hospital, orfanato fundado en el siglo XVIII por el filántropo Thomas Coram (1668-1751). <<

[36] A principios del siglo XIX, era frecuente que los organillos callejeros fueran manejados por huérfanos italianos de corta edad. <<

[37] Richard Whittington (c.1354-1423), político y mercader, fue cuatro veces alcalde de Londres. <<

[38] Salteador de caminos, protagonista de *La ópera del mendigo* (1728), de John Gay.

<<

[39] En Tyburn, un suburbio hoy absorbido por Londres, se erigió en 1571 una famosa horca que recibió el nombre de «Árbol de Tyburn». <<

[40] *Strephon* y *Chloe* , que se citará más adelante, eran canciones de tema pastoril pasadas ya de moda en la época de la narración. <<

[41] Según la tradición medieval, el emperador Justiniano ordenó sacar los ojos a su anciano general Belisario y condenarlo a una vida de mendigo. <<

[42] En Gran Bretaña, el 5 de noviembre, para conmemorar el fracaso de la Conspiración de la Pólvora en 1605, se quema un muñeco que representa a Guy Fawkes, uno de los conspiradores. <<

[43] *Flinching* significa «estremecerse, retroceder». *Finching*, en cambio, puede hacer referencia al pinzón (*finch*) o a las franjas blancas que se dibujan en el lomo del ganado. <<

[44] *Bachelor* significa «bachiller» pero también «soltero». <<

[45] Sarah Biffin (1784-1850), también conocida como Beffin, fue una pintora victoriana inglesa; nació sin brazos y pintaba con la boca. <<

[46] Charles Le Brun (1619-1690) fue un pintor y teórico del arte francés, autor de *Méthode pour apprendre à dessiner les passions*. <<

[47] Se refiere al «espectro de Brocken», un fenómeno óptico que magnifica la sombra en determinadas condiciones de luz y niebla. Debe su nombre al pico Brocken, de los montes Harz, en Alemania. <<

[48] Personaje de *Los viajes de Gulliver* (1726) de Jonathan Swift. <<

[49] En Chelsea y Greenwich se encontraban dos residencias, en la época denominadas hospitales, para miembros jubilados del Ejército y de la Marina, respectivamente. <<

[50] Personaje de *Macbeth*, de Shakespeare, a quien el protagonista manda asesinar, pero que después se aparece como un espectro. <<

[51] En la historia de «Simbad el marino», incluida en las *Mil y una noches*, el protagonista se encuentra con un descomunal huevo de roc, un ave monstruosa; el interior de ese huevo, por tanto, presagia un gran peligro. <<

[52] Árbol originario de Java (*Antiaris toxicaria*), dotado de una resina sumamente venenosa. <<

[53] Nombre popular con que se conocía el hospital de Bethlem, la primera institución británica especializada en enfermedades mentales. <<

[54] *Prologue at The Opening of the Theatre in Drury Lane* (1747), de Samuel Johnson. <<

[55] Cuartel, en el sentido heráldico (cada una de las partes en que está dividido un escudo o insignia). En inglés, *quartering* alude también irónicamente al salario de un funcionario, que se percibía por cuatrimestres (*quarterly*). <<

[56] Hasta 1867, es unas oficinas de un gremio de abogados situadas en esta calle, se podían obtener licencias de matrimonio con gran rapidez. <<